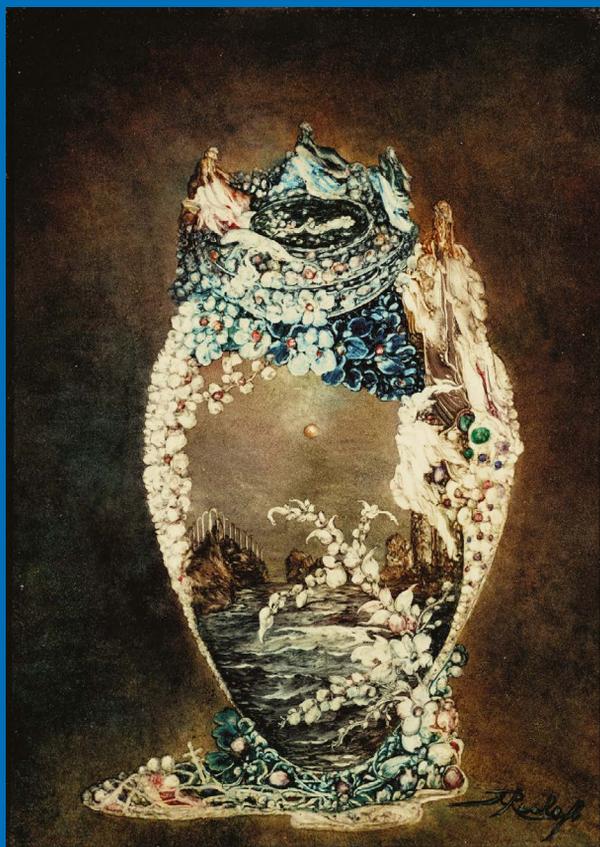
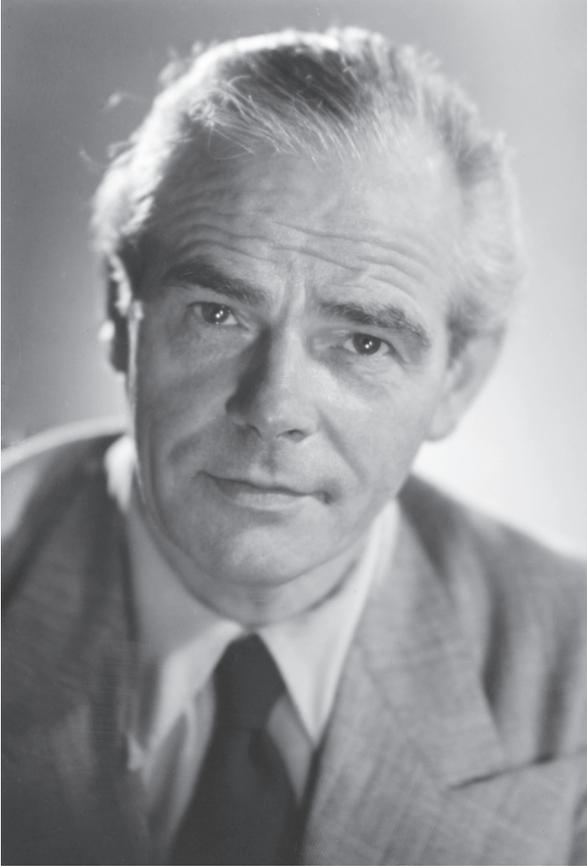


Las máscaras y los seres humanos



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

Las máscaras y los seres humanos

El discapacitado mental



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

En la portada verá la imagen de una pintura que Jozef Rulof recibió desde el más allá.

© 1937-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

Las máscaras y los seres humanos, 2023.

ISBN 978-94-93165-52-6

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

1948

Parte 1

Introducción	23
¿Tú comprendes, Frederik, por qué me desquicia tanto mi hijo?	34
¿O sea que esto era inspiración, Frederik?	72
Te digo, Frederik, a Erica no le pasará nada. ¡No se suicidará! — Las mujeres piensan de otra manera que los hombres. ¡Y tú sueñas!	84
Frederik, tenemos un niño..., y lo llamaremos René	91
Ay, Frederik, ojalá se me concediera morar brevemente en esa inmaculada claridad	105
Frederik, los dos llevamos máscaras	113
Expertos y profanos	119
¿Te dice algo el cráneo humano, Frederik?	130
Ay, Frederik, René pinta con caca	143
Frederik, ¿crees que la vida puede pensar antes de nacer?	155
¿Te parecen sobrenaturales los locos, Frederik?	181
Creo, Frederik, que andas muy equivocado	213
Frederik, René escribe notas extrañas: ¿sabes lo que significa esto?	223
Pero ¿es que no ves, Frederik, que nuestro hijo se está quedando sordomudo?	241
Frederik, ven con nosotros, ¡René te necesita!	254

Parte 2

Ay, Frederik, cómo me han engañado	266
Ay, Frederik, pero ¡qué despiadada es la juventud!	278
Frederik, ¿crees que esta es la buena?	296
¿Sabes ahora, tío Frederik, qué son los sueños?	306
¿Y esto es lo que llamas un niño prodigio espiritual, Frederik?	334
Frederik..., ¿qué tal mi Hansi?	344
Frederik, ¿crees... que la epilepsia es lo mismo que la hipnosis?	362
Ay, Frederik, nuestro René se va	381
Frederik, Hansi tiene que irse	400
Frederik, ¿estás seguro ahora de lo que quieres?	410
Son los diablos de Dios, Frederik	455
Si quieres saber lo que opino, Erica: todo va bien	474
Tío Frederik, ¿me enseñas esos hermosos cuadros?	487
Adiós, tío Frederik... ¡Me quedaré esperando!	545

Parte 3

¿Qué crees, Frederik? ¿Ya vendrá René pronto a casa?	554
Tío Frederik, ¿quiere ayudarme?	577
Si Rembrandt aún viviera, tío Frederik, tomaría clases con él	624
Frederik, soy Rachi-Hadju	638
Cuando hablo, Frederik, ¿es mi alma o mi espíritu?	648
Frederik, ahora puedes hacerme preguntas	675
Ay, Frederik, ¡he tenido un sueño tan desagradable!	743
Frederik, vas a tener razón, René es un milagro	759
Frederik, ¡el Pablo de este siglo vive entre nosotros!	823
Ay, Frederik, ¡qué horror, Hans se ha suicidado!	853
Frederik, oh, Frederik, ¡qué día!	876

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,

La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno

34. Dante y Doré
35. Ángeles
36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá

Parte 2 Nuestras reencarnaciones

41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento

72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué
76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación

Parte 3 Nuestra alma cósmica

81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnifuentes
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado

110. Animación de nuestro viaje cósmico

Parte 4 La Universidad de Cristo

111. La Universidad de Cristo

112. Moisés y los profetas

113. Autores de la Biblia

114. Dios

115. El primer sacerdote mago

116. El Antiguo Egipto

117. Pirámide de Giza

118. Jesucristo

119. Judas

120. Pilato

121. Caifás

122. Getsemaní y Gólgota

123. Apóstoles

124. Cuentos eclesiásticos

125. Evolución de la humanidad

126. Hitler

127. Pueblo judío

128. NSB y el nacionalsocialismo

129. Genocidio

130. Grados de amor

131. Almas gemelas

132. Maternidad y paternidad

133. Homosexualidad

134. Psicopatía

135. Demencia

136. La mediumnidad de Jozef Rulof

137. El Siglo de Cristo

138. Futuro luminoso

138. Instrumento de sanación definitivo

140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para

que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para

contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de 'Jeus de madre Crisje', bajo el nombre de "Jozef" y el nombre de su juventud, "Jeus".

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influencia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el "aparato de voz directa". Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro 'Dones espirituales' que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1948

Parte 1

Esta trilogía está dedicada a todos los que saben inclinar la cabeza, porque no llevan una máscara.

ALFREDO

Introducción

Estimado lector, estimada lectora:

A modo de introducción de esta trilogía tan asombrosa que nos brindó un “Loco” quisiera empezar diciendo:

“¿Sigues diciendo, aún después de haber leído esta trilogía, que todos los ‘locos’ son anormales? Yo ya no me atrevo a pensarlo”.

* *

*

Ahora que todo forma parte del pasado resulta que los primeros fenómenos se manifestaron cuando Erica se dio cuenta de que iba a ser madre. Pero desde el instante en que despertó en ella la joven vida y en que empezaron las desgracias, sentí el impulso de hacer notas. Sin estas ninguno de nosotros habría vuelto a encontrar jamás el camino recto en este laberinto y tampoco esta curiosa trilogía habría visto nunca la luz.

Ahora los hechos hablan por sí solos. Ahora hemos de aceptar que todo había sido vivido a fondo y calculado de antemano. Por medio del loco cada pensamiento fue adquiriendo conciencia y una personalidad propia, sobre las que un erudito pensó poder erigir una facultad; pero poco después no tuvo más remedio que aceptar que no solo no se conocía a sí mismo, sino que también desconocía el fenómeno y al loco. ¡Entonces se encontró ante una horrible “máscara”! Y... ¡además ante su propia torpeza, su pobreza y su inconsciencia!

A nosotros se nos revelaron miles de “máscaras”, materiales y, además, espirituales. Máscaras de una profundidad sin precedentes y con conciencia espacial. Ninguno de nosotros dos pensó que todas esas cosas fueran a suceder. ¿Qué es un ser humano? ¿Qué somos cuando nos sentimos “seres humanos”? En el fondo, ¿cómo está armada una máquina de esas? ¿No lo sabemos nosotros? ¡El loco sí lo sabía!

Por medio de nuestro loco llegamos a comprender que no sabíamos pensar. Nos colocó ante las “leyes” directas, leyes sobre las cuales se han fundado facultades académicas. ¡Ha desmenuzado nuestro gran acervo de palabras! Nuestras cabezas se inclinaron, ¡gracias a él obtuvimos una vida diferente y más hermosa! ¡Todo fue milagroso!

Una muerte habló de cosas encantadoras y te regaló ramos de lirios de los

valles, margaritas y nomeolvides. Lo hizo de un modo tan natural para que tan solo vieras claramente lo buena y humana que estaba siendo para ti. Esa misma muerte te habló como una persona, llevaba miles de túnicas hermosas, incluso “celestiales”, cada vez era diferente y te acariciaba como si fueras su hijo. Pero entonces solía pasar algo y, como persona pragmática, te daba vueltas por la cabeza, como persona... normal, y te buscabas, de tanta torpeza que tenías en ese momento...

También hubo momentos en que a “él” pensabas poder aplastarlo bajo tus pies hasta dejarlo hecho añicos, lo vivías con tanta intensidad que lo aplastabas hasta la “muerte” con tu personalidad, pero instantes después a “él” lo oías partirse de la risa cerca de ti, y una vez más sabías que no significabas nada como ser humano en cuanto te veías delante de las “máscaras”. Yo experimenté que “él” estaba riéndose de mí, encaramado a un árbol. Ya no quiero pensar en lo que me sucedió entonces. En la naturaleza recuperé la serenidad, las cosas cotidianas me volvían a meter en vereda, con un poco de fuerza de voluntad recuperaba el dominio de mí mismo, pero los demás caían, vivían esas cosas desagradables a su manera y ¡no les quedaba más remedio que aceptar esas máscaras, igual que yo!

Pero ¡qué decir de las cosas justas sobrenaturales tiradas así como así en las cloacas de tu ciudad y de las que de todas formas ni una sola persona se percata! El loco sabía todo eso, sabía arrancar las “máscaras” y mostrárnoslas, les daba una nueva vida y una túnica nueva, más bonita, les daba “pequeñas sandalias” como nosotros los normales jamás hemos calzado, tan increíblemente hermosas, que, en comparación, el azul del cielo —tan magnífico sin duda a nuestros ojos— se nos hacía como un dibujo infantil al lado del cuadro del maestro. El loco nos mostraba “cielos” y nos colocaba a nosotros, los normales, ante la veracidad “universal” y así es como nos veíamos ante la “máscara sobrenatural”. Era tan poderosa... tan desligada de lo terrenal y de un color y naturalidad tan “divinos” que uno pensaba estar viendo un joven “Dios”. Ya sé que es difícil de aceptar, pero tú misma lo experimentarás cuando llegues a conocer las “máscaras”.

¿Quién se atreve a decir de sí mismo: Soy un ser humano? Pero si es muy sencillo, ¿no? ¡Somos seres humanos! Pero cuando cae la “máscara”, cuando te encuentras ante ti mismo como ser humano, ¡tienes que aceptar que aún no lo eres! Y también eso nos lo enseñó el loco, René, el hijo de Karel y Erica Wolff. Era él quien conocía la esencia del ser humano y no nosotros, los mentalmente normales.

Si crees que eres capaz de pensar, si lo considerabas una sencilla función vital, entonces tendrás que aprender, igual que nosotros, que esto no es pensar. Cuando caiga también esta máscara, estarás ante tu propia falta de humanidad, ante tus palos de ciego que dan pena y que no tienen sentido, y sabrás

que aún tienes que ganarte este ser sobrenatural o social.

Pero cuando las leyes empiecen a decir algo a nuestras vidas, por lo que nosotros, las personas..., nos habremos hecho... personas, entonces volveremos a estar ante una máscara nueva. ¿Qué haces cuando comprendes algo de las ciencias y te interesan las cosas en esta vida? Pues te planteas preguntas. Pero hasta ahora nunca obtuve respuestas a ellas; millones de otras personas, tampoco. Cuando nació nuestro loco, incluso antes de que esta vida viera la luz del día, ya había máscaras que caían a tus pies. Las estabas pisando y aun así no las comprendías. Él les encontraría una explicación, más tarde, cuando todo empezó a cobrar valor para nosotros, ¡aunque vivieras las peores desgracias!

Cuando eres madre, cuando la naturaleza habla a tu vida, das a luz a un hijo —todo va por sí solo— ¿crees que entonces sabes lo que realmente está pasando? ¿Creías que eras madre, aunque esas cosas ocurran en tu vida y como madre estés conectada con el “divino proceso”, completamente una con este durante mucho tiempo? Es lo que piensan millones de madres; no hay ni una sola persona que conozca el poderoso milagro, ¡es una “máscara” más! Pero cuando nuestro loco alcanzó su conciencia, nos dimos cuenta de lo “divino” que era este proceso, pero también... qué incomprendido era.

Cuando estás esperando como madre, y de repente descubres, después de haber casi estado contando los días y las horas que te separan de la nueva vida, que Dios te ha colocado en los brazos a una criatura medio consciente, entonces te quedas noqueada, te desesperas, a no ser que tengas suficiente fuerza de voluntad, y lloras hasta no poder más. Pero entonces te encuentras ante una “máscara” espeluznante, una que se apodera de ti por completo, como si te aplastara hasta matarte, que te pulveriza, que te tortura y que convierte la vida en un terrible problema. ¿Cuántas personas no han tenido que aceptar esto? ¿Cuántas madres no han llorado hasta quedarse vacías porque vieron que sus pequeñas criaturas sufrieron un accidente? Nuestro loco explicó ambas cosas, el acontecimiento y la máscara, haciendo que también ellas, todas esas madres, recibieran una nueva vida y pudieran inclinar la cabeza. Aunque se fueran arrastrando, el “saber” les aportó una felicidad indescriptible, justo en el momento en que habían entrado en contacto con una figura aterradora.

¿Y qué, si tu criaturilla —muerta al nacer— ni siquiera quiere ver la luz del día? Cuando la madre se encuentra ante esta “máscara” y tiene que aceptar que durante días llevó en sus entrañas a un niño muerto, entonces no solo queda noqueada por la “muerte”, no, se rebela contra el Dios de todo lo que vive. La vida deja de tener valor, todo son tinieblas, escombros. Pero ¡entonces vienen las preguntas! ¡Y todas son “máscaras”! ¿Dura realidad? Nuestro loco levantó esa “máscara” y hubo una madre que recibió nueva sangre, el

latido de su corazón humano se fue serenando, ¡el alma humana o el espíritu, la personalidad o la “voluntad” humana se rendía! Pero ¿qué cosas son estas? ¿Las conoces? Nadie en esta tierra tan horrible las conoce. El loco nos dejó ver lo milagrosamente hermosa que no deja de ser esta tierra tan maldita. Dio la respuesta, la recibió de una fuente que lo es todo, y que lo es para todo lo que vive, y esa misma madre, esa alma engañada, finalmente dio gracias a Dios por todo lo que Él había dado al hombre pensante, y por que finalmente le hubiera dado la fuerza de seguir adelante.

Pero ¡entonces hubo un aluvión de preguntas! ¿Es que de verdad existe un Dios? Y si existe un Dios, ¿por qué entonces es tan duro y terrible? ¿Cómo es posible que consienta todo eso? ¿Cómo puede dar ventaja a una vida y destruir la otra, que también es Su hijo? Pero ¿obienes respuestas? ¿Por qué unos seres humanos están horriblemente enfermos a pesar de querer el bien, y a otros les va de maravilla a pesar de ser unos viva la Virgen y de hacer todo añicos? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que Dios lo consienta, a pesar de ser un “Padre de Amor”? ¿Es que no ve que algunas mujeres asesinan a sus hijos mientras nosotras estamos esperando? ¡Son máscaras!

El Dios de todo lo que vive es la máscara más terrorífica ante la cual se encuentra el ser humano. Hay millones de preguntas que esperan respuestas. ¿Hay un solo sabio que sepa dártelas? ¿Qué eres cuando eres “docto en Dios”, teólogo? ¿Es que entonces lo sabes todo de Dios? ¿Es que entonces eres capaz de apoyar al hombre que busca, al creyente, y de contarle entonces todo de su Dios para que ya no haya máscaras?

No, pero fue nuestro loco quien nos explicó esas leyes. ¡Cuando te crees algo, haberte convertido en algo, sigues sin ser nada, según aprendimos! ¡Es que el hombre no sabe pensar! Cuando dice: “Te amo” y te quiere convencer de ese amor según las leyes de la vida, tendría que decir: “¡Sí, hay amor, cuando te regalan flores y cosas hermosas!”. Pero ¿por qué no vas un poco más allá? ¿Creías que te conocías? ¿Creías conocer el ser humano? ¿De verdad pensabas que eras como tú hablas, como te sale de la boca con fruición material? Cuando caiga también esa máscara te encontrarás ante tu personalidad vacía y vacua, y no tendrás más opción que aceptar tu caída. ¿Creías ser verdadero, aunque lo vayas proclamando, aunque quieras convencer a cualquiera? Y por muy bien que lo hagas, aunque estés abierto a la vida de Dios, algún día se te echará encima la nueva máscara y te noqueará. Ahora tienes que demostrar de lo que eres capaz y quién eres, si posees verdadero amor, si quieres representar lo justo —la “máscara” te obliga a ello— y entonces la mayor parte de las veces ¡te derrumbarás!

Todos hemos tenido que aceptar eso, ¡el loco nos enseñó a arrancar la propia máscara y por medio de él llegamos a conocer al Dios de Amor y Justicia!

Como ser humano de este mundo es imposible pensar. No somos personas

de buena voluntad, mentimos y nos engañamos aunque cuentes la más sagrada verdad, cuestiones divinas, cosas que te han dado la fe y el sacerdocio, tesis de por qué vivieron y murieron los Profetas: ¿no conoces la “máscara”? Solo después de que nuestro loco también las pulverizara, vimos, nosotros los normales, que no conocíamos la justicia, que deformábamos al Dios de todo lo que vive, aunque para ti mismo lo hayas convertido en una doctrina divina. ¿No es horrible? Aun así, verás esas “máscaras” y empezarás a amarlas y ¡entonces le darás las gracias por ello al Omnipadre!

¡No hay ni un solo ser humano que se conozca! Pero nuestro loco nos enseñó a conocer al “hombre”. ¿No lo crees? Tampoco nosotros podíamos creerlo, pero tuvimos que aceptarlo. ¿Quieres decir que amas? ¿Que eres una persona honesta y sincera? Es lo que pensabas, pero ¡no es cierto! Cuando caen las máscaras eres mísero, y no tiene valor alguno ese amor propio. ¡Eso solo lo puede conseguir la “máscara”!

Anda, di ahora que amas a tu mujer e hijos. ¿Qué es amor? ¡No lo sabes! ¿Por qué vivimos en la tierra? ¿Por qué somos hombre y mujer? ¿Por qué nos creó Dios y dónde hemos vivido nuestra primera vida? ¿Crees en “barro y un poco de aliento de vida”, que fue el origen de nuestra vida humana?

Cuando sintonicé con todas las cosas divinas hice miles de preguntas sin obtener respuesta. ¿Por qué tenemos que morir y por qué es tan breve la vida? En una sola pequeña vida no consigues nada. ¡Cuando casi estás listo te echan! Y encima, todas esas cosas miserables, de las que todos recibimos una parte; en el fondo, todo es miserable. ¿Por qué es una vida sana y por qué tiene que ser la otra ciega? Me encontré ante miles de máscaras, pero no obtuve respuesta. Me sentía sano como un roble, pero al mirar a mi alrededor, preguntaba: ¿Es Dios quien ha creado toda esta miseria? ¿Qué es lo que ha querido Dios con esos asuntos inhumanos? ¿Por qué golpea una vida con la locura y a la otra le da talento? ¿No es triste, no es contradictorio, si tienes que aceptar un Dios de Amor y Justicia? ¡“Máscaras!” ¡Eso son!

Todos nosotros obtuvimos una respuesta por medio de nuestro loco, que miraba detrás de las máscaras y que les daba una túnica inmaculada y sobrenatural, y lo que es más significativo: era una túnica aceptable para nosotros, porque nos reconocimos en ella.

Uno de nosotros perdió la vida, y esta, también esa máscara, volvió más tarde a nuestra vida, y fue feliz. Hans no se conocía a sí mismo, tuvo que atravesar muchas máscaras hasta la última para su vida material, y entonces la pudo ver para su alma y espíritu. Nadie entre nosotros se atreve a decir: “¡Soy yo quien ahora está hablando!”. Aprendimos que aún no nos conocíamos a nosotros mismos, que aún teníamos que hacer despertar este “nosotros”. Solo mucho más tarde, cuando habían caído unos cuantos miles de “máscaras”, comprendimos algo de nosotros mismos y experimentamos entonces

que esa “Muerte” se nos acercaba sonriente. Había depuesto su “Guadaña”. ¡Ella misma calzaba pequeñas sandalias! Jamás vi unas sandalias tan hermosas. Las túnicas que llevaba tenían un fulgor que no tienen ni las estrellas. Y precisamente esa terrible máscara, esa bestia de tiempos inmemoriales, que destruye la felicidad de golpe así como así y que disfruta haciendo rabiar a los seres humanos, en torturarlos, ¡esa “Muerte” fría y satánica llevaba una túnica dorada y sus ojos despedían cielos!

En ese momento yacía yo en un brezal con la mirada perdida en el espacio y ¡llovía margaritas menores, lirios de los valles y nomeolvides para mi pequeña humanidad! Entonces oí cantar Ángeles, eran sonidos celestiales. Vi que todas esas almas pueden ser como espíritus, y eran como nosotros, los seres humanos, pero más hermosos.

Me decían con voces claras:

—¡Hola, Frederik! ¡Vamos, sigue así! ¡Sigue así, entonces caerán todos esos miles de “máscaras”, y te conocerás a ti mismo, y nos conocerás a nosotros y a “ÉL”! ¡Ahora estás ante algo que es infinito, ante lo sobrenatural, el ahora eterno, lo abierto! ¿Nos oyes, Frederik? ¿Quieres saber por qué ha creado Dios todas estas cosas? ¿Quieres ver caer todas esas máscaras, que te noquean, engañan y maltratan? ¿Quieres ir por la vida erguido y quieres poseer en todo alegría y felicidad, aunque te encuentres ante tu hijo muerto y demente, ante tu enfermedad, tu engaño, tu tristeza, tu amor traicionado? ¡Eso lo sabemos, Frederik! ¡Nosotros! ¿Viste esas pequeñas sandalias nuestras? ¿Nuestras túnicas celestiales, Frederik? ¿Pensabas estar soñando? Ya puedes abrir tus ojos, ¡incluso así nos verás! Y ¿no es asombroso? Pero, ¡ten cuidado, Frederik, sé cauto, sigue siendo hombre! Sigue con los pies en la tierra, usa tu voluntad. Pero no sabes si Dios te ha dado una voluntad propia, ¿no es así? ¡Eso ya te lo contará el loco!

¿Ves detrás de este azul? ¡Otra máscara más! Por eso llevamos una nueva túnica, ¡estamos creándola! ¿Nos ves? ¿Oyes los sonidos procedentes del universo?” (—dice).

¡Y eso te lo dan de pronto, como si nada! No creo en el espiritismo, no creo en nada, porque me es imposible aceptar que Dios haya creado toda esta miseria que hay en la tierra. ¡Para mí son máscaras!

¿Qué es la felicidad en la tierra? ¡Cuando lo tienes todo! Pero ¿es cierto eso? ¿Conoces al ser humano al que te une el matrimonio? ¿Realmente vuelves a Dios con esa persona? ¿Vivirás más adelante un cielo con tus hijos? Y ¿puedes decir desde el fondo de tu corazón: “Me muero por ti, te amo tanto”? ¿Sabes lo que puedes causar con tus palabras y hechos? ¿Quién lo sabe? Hace falta un loco para que te lo aclare, pero entonces te hablarán los mundos sobrenaturales a tu conciencia y sucede algo que suele haber sido llevado a tu vida al margen de tu propio pensamiento. Y ahora vuelves a detenerte como ser

humano y no sabes por dónde empezar, ¿es desamparo! ¿Máscaras?

Sócrates dijo una vez: “¡Los normales son los locos de este mundo, ¡y los locos, los normales, los conscientes de espíritu!”. No viene al caso aquí si es por eso que tuvo que beber el cáliz con cicuta, pero tuvimos que aceptar la verdad de sus palabras. Ahora podemos decir: ¡Sí, Sócrates, tenías razón! El ser humano normal es el inconsciente, son los locos quienes son conscientes. Y ahora cae ese psicólogo y está a tus pies. O... llega a conocer la siguiente máscara y puede seguir avanzando. ¡Si no sabe inclinar la cabeza se quedará quieto y no conseguirá bajar de su propio pequeño pedestal! ¡Hola, hombre! Quédate allí detenido, no avanzarás, tendrás que esperar siglos. Ya no se te puede alcanzar como ser humano. No eres nada y quieres ser algo y significar algo, pero ¡esta máscara te detendrá eternamente! ¿No es cierto? ¿Te creías erudito? ¿Por qué te convirtieron en médico? ¿Qué eres cuando te llaman “doctor”? ¿Quién eres entonces? ¿Más que yo, u otra persona? ¿Sabes tú de dónde viene el alma? El ser humano ¿tiene alma? Y el ser humano ¿también es espíritu? ¿Te ríes? ¡Aquí estás, hombre erudito, ante tu propia máscara!

Podría seguir haciendo miles de preguntas, pero eso lo haremos luego, tal como me las he planteado a mí mismo y a tu vida, después de lo cual se nos concedió contemplar las “máscaras”. ¡Es imposible hacer una pregunta sin tocar una máscara! ¿Por qué hay tantas en condiciones infames, como los habitantes de las junglas, y nos asignó Dios a nosotros el cuerpo blanco y tan hermoso? ¿Por qué vivimos nosotros en un pequeño castillo tan bello, y hay millones de personas que solo aceptan escombros?

Cuando ya te planteas el plan de la creación, ¡entonces te encuentras ante máscaras gigantescas! Y cuando te planteas la Biblia, entonces se difumina tu propia personalidad y ¡te encuentras ante el “Juicio Final”! Te ves a ti mismo metido en la tierra, aún quedan algunos huesitos, la mayor parte se lo han llevado a rastras las alimañas, pero ¿luego hay que comparecer de todas formas, quieras o no, ante tu Dios, Padre de Amor, y se juzga la vida que has llevado? Qué mal, ¡menuda máscara que es esa! Y ¡además tienes que aceptar entonces que el mundo puede perecer en cualquier momento y que estás viviendo los instantes que inexorablemente serán los últimos? ¿Que te parece esta máscara? No quiero ni pensarlo. Tiemblo y me estremezco ante esta representación, y ¿quién no lo haría? ¿Es posible algo así? ¿Es cierto? ¿Quiere Dios volver a llamarnos algún día, después de que hayamos dormido durante siglos como hombre-esqueleto? ¿Tenemos que levantarnos como seres humanos y comparecer ante Él? ¡Vaya, pues no logro llegar a ver su parte posterior! Pero nuestro loco también arrojó esa máscara a nuestros pies. Fui el primero que la pisoteó, Hans y Karel también empezaron a tener ganas de hacerlo, y el pastor protestante Dicksma me lanzaba gritos de júbilo, exclamando: “¡Gracias a Dios, esa terrible máscara también ha quedado hecha

añicos!”. ¡Qué bendición para los millones de hijos de Él, por quien vivimos y regresamos!

Simplemente comprueba en tu propio interior cuántas máscaras se han creado para tu vida. Las más grandes de todas tienen que ver con nuestra propia vida. Y esas son, en primer lugar, “Dios”, el alma, el espíritu, cielos e infiernos, ¡la pervivencia eterna o la condena eterna! ¡Y ahora te encuentras ante un espacio! Es un agujero, también un plano inclinado sobre el que te encuentras, que te hace ver tu propia destrucción. Después sigue el universo, la paternidad y la maternidad, la vida y la muerte, la felicidad y la pobreza, la justicia y la injusticia que ha creado Dios. ¡Te encuentras ante una jungla de miseria! No hay felicidad. Quien diga “Soy feliz” no se conoce. Quien diga “Lo sé todo” ¡es sordomudo! ¡Cuando lo sabes todo de tu facultad, ¡sigues sin saber nada! ¿Ves? ¡Eso son máscaras! Y ¿qué clase de mundos? ¿Qué amor le das todos los días a tu propia vida? ¿Para qué vives con ella, y tú con él? ¿Por qué no tuviste hijos y por qué tuviste a un loco? ¡Máscaras! No es mi culpa, yo no tenía la respuesta, ¡fue nuestro loco quien infundió un alma a esta “Universidad” y quien le dio nueva vida!

Mientras sigas teniendo que ver con las cosas visibles todo es sencillo. Pero descendamos ahora por unos instantes en el alma y en el espíritu. Ahora estamos ante máscaras sobrenaturales. ¿Hay un solo psicólogo que conozca sus leyes? ¿Hay un solo astrónomo en este mundo que conozca el universo? ¡Son máscaras! Nuestro loco no solo nos mostró la máscara, sino que ¡también nos la explicó! En esos instantes era un joven Dios. ¡No ha creado una figura aparente, penetró hasta el primer instante de todos, hasta cada pensamiento e infundió su alma a nuestro ser uno con él! Ahora te encuentras ante un pequeño castillo humano en el que hay fantasmas. ¡Tú eres el fantasma! Eres tú quien te hace temblar y estremecer, pero lo que deseas es un poco de amor. ¡Nosotros llegamos a ver y a sentir ese amor, a vivirlo! Algo así de hermoso, tan sagrado, pero también humano, aún no lo has vivido. Sé que a cualquiera ya le gustaría tener algo de ese amor loco. Nosotros nos servimos de ella sin que nos cansara, hasta Karel, que desde luego no quería tener que ver nada con lo invisible, participó con nosotros y se cayó de rodillas de felicidad y gratitud. En esos instantes un desgarró en el telón lo abrió solo unas pocas horas para nuestras vidas. Y si puedes permanecer en él durante millones de horas, ¿entonces qué?

Entonces hubo una lluvia de violetas, cada uno se regaló uno de esos ramitos e imaginó algo bonito para hacer feliz a la otra vida. Lo que hasta hace unos días había resultado ser miserable era ahora una felicidad imponente. Te veías a ti mismo y a tu Dios que te ha creado. ¡Bailabas de alegría porque sabías! ¡No hay ni un solo disgusto, por grande que sea, que no puedas encajar, porque sabes! ¿Y eso por medio de un loco? Sí, un loco nos condujo a las

“Máscaras” y nos las arrancó para nosotros como vida. Entonces nos reconocimos y accedimos —el otro y mejor yo— a una bienaventuranza posterior, pero verdadera. Oh, ¡qué bella era la vida entonces! Y qué imponente. ¡Es algo que todo el mundo debe saber! Agárralo, búscalo, piensa, aprende a pensar y a sentir del modo en que tiene que ser.

Ahora te encuentras ante el momento, ¡empieza el juego! La gente en la sala está preparada, espera la gran noticia. ¡Van a conocerse y van a conocer sus máscaras! Ahora te encuentras ante una figura, como ser humano, como alma y espíritu, ¡la cosa te habla! ¿Qué responderás? Es visible y no se puede ver, ¡aun así lo oyes y lo sientes! ¡Está cerca y sin embargo lejos! Anda y oyes el triquitraque, y también sientes la filosa guadaña, pero además ves que el cacharro no está afilado. Andas completamente desnudo por la calle y sin embargo nadie ve que no llevas ropa. ¿Qué es?

Escribes cartas y no eres tú mismo, pero ¡sin embargo eres tú quien maneja la pluma! Entonces haces algo e imploras ayuda. Salí de casa corriendo y la busqué en la naturaleza, ¡donde volví a encontrarme! Pero de otra forma, ¡había desaparecido una parte de la máscara!

Cantas y crees que eres tú mismo quien canta, tocas el piano y crees que sabes hacerlo, cuando aparece la “Máscara” ves que ¡fue él! Oh, santo cielo, ¿puedes procesarlo?

Hablas como un ser humano torpe, tartamudeas, unos momentos después estás analizando científicamente sistemas de un modo que marea a un verdadero erudito. ¿Conoces esa máscara? Comprendes todo, has visto algo del mundo y sin embargo cuando la máscara aparece en tu vida ¡es como si ya no fueras nada! Sientes que eres madre y puedes decir: Mi hijo llevará luego una barba, así que es un niño. ¿Quién te dio esta seguridad? ¡Entonces te encuentras ante tu propia máscara! Andas por la calle y no estás, estás en alguna parte y en ninguna, y sin embargo eres tú misma, saludas a todo el mundo y aun así sabes que tú misma no estás. Entonces ¿qué haces?

Entregas tu vida a tu enfermo, y este aun así se muere; irriteate pues si eres un buen médico y un erudito filantrópico, la máscara se ríe de ti y entonces te quedas sin saber qué hacer. La tristeza no te ayuda, es impotencia, la máscara de esta vida te conduce a la muerte de la propia personalidad, algo después te exclama: “Ya estoy aquí, te saludo, ¿ves mi túnica tan increíblemente bella, pero nueva?”. Mi querido médico, ¿habrías podido imaginarlo? No, ¿verdad? Pero ya lo ves, ¡es así!

Cuando tienes una afluencia de pensamientos y haces poemas que más tarde ni te pertenecen, entonces ¿qué haces? Di ahora una vez más que sabes algo de ti mismo, di ahora de nuevo que todos los locos son anormales cuando es un loco quien te hace conocer esas máscaras. Eso es lo que es perfecto, ¡lo único que es bueno y verdadero en ti! Y ni siquiera ha terminado el primer

acto, aún nos falta muchísimo, ¡porque esta pieza te conecta con lo sobrenatural en el hombre! Planeas y andas a la vez. ¿También eres capaz de hacer eso ahora con tus propias fuerzas?

Navegas por el mar y tienes tu propia brújula, pero un poco después ves que no tienes ninguna y que estás a la merced de los furiosos elementos. ¡Es noche, una noche de tormenta y relámpagos! ¿Qué haces? Solo hay una brújula: vive bajo tu corazón humano, pero no la conoces, ni siquiera sabes que existe. ¿Ahora qué haces? Cuando esta máscara aparece en tu vida y te das cuenta de tu propia insignificancia, entonces das gracias a Dios de rodillas por Su ayuda, pero ¡ahora ha sucedido algo milagroso! De golpe te has transformado en otro ser humano. Entregas tu propia vida por aquello en lo que antes no creías, y ¡eres feliz como un niño! ¡La otra máscara te elevó hacia ese mundo y llegaste a casa, sano y salvo! ¿No es milagroso?

Estás moribundo, vas a morirte, te meterán en la tierra, pero unos instantes después estás sentado encima de tu propia tumba, haciendo una trenza con margaritas, violetas y lirios del valle... Miras tranquilamente a tu alrededor y sabes que todo está bien, parece que fueras sabio, esperas algo que sin duda te llegará, por lo que recibirás el primer beso “universal”. ¿Qué es? ¿Qué sucede en ese instante cuando como ser humano te sientes de materia basta! ¿Algo terrenal? ¿Algo social? Aunque seas un rey o una reina, un emperador, da igual qué grande, te postras y rezas, suplicas, ¡solo ahora es cuando puedes ofrecer tu beso inmaculado! ¿Es ese el extraño amor que nosotros, los seres humanos, esperamos?

Y entonces ¿qué ocurre cuando ves que “el cielo y la tierra” se besan? ¿Qué vas a hacer cuando puedes verlo, sentirlo, vivirlo como ser humano común y normal? ¿Pensabas escaparte ahora todavía? ¿Huir de ti mismo? Sí, eso es lo que pensabas, pero ahora te puedes quedar donde estás. Sin embargo, ¡esto no es el Último Juicio! Mentira cochina, también el cielo y la tierra aman, porque todo insecto, hasta el más pequeño, es portador, creador, participe de todo aquello tan poderoso que nosotros, los seres humanos, desconocemos, pero que llamamos “Amor”.

Bendigo el instante en que nació nuestro loco. Bendecimos toda esa miseria, oh, ¡qué felices somos ahora! No echas ahora el cerrojo a tu dormitorio, lo que tendrás que vivir entrará de todas formas, aunque no quieras hacer caso a los golpecitos en la puerta. ¿Qué dices ahora? ¿Buenos días o buenas noches? ¿En qué día vivimos? ¿Es de día o noche? ¿Tiene todavía algún valor saber eso cuando caen las máscaras? ¿Cuando las máscaras son explicadas? Te digo que entonces no habrá ni hora ni día, semana ni año, solo estarás tú, y de eso es de lo que se trata a fin de cuentas. ¡Tú mismo y el amor para el que vives! ¡Y eso en este espacio! ¡Ahora hay amor para ti que es eterno! Ya no te morirás, una muerte solo te aportará una y otra vez otras “sandalias”, y también llevarás la

nueva túnica. ¿Reconoces estos regalos divinos que son para ti? ¿Estás preparado? ¿Estás preparado para seguirlo ahora a él?

Venga, ¡vamos a entrar! ¡Sígueme! Tú mismo decides si tienes que decir buenos días o buenas noches. Sé lo que tengo que ir a hacer. ¡Estoy preparado! Atrévete ahora a seguir. Te digo, al final de este laberinto estarás dando gracias de rodillas por lo que se te dio por el camino. Pero te digo: ¡Nuestro loco nos precede como una luz! ¡Retenlo, aférrate a su vida, hazlo y llegarás hasta el final! Siento muchísima curiosidad por las “sandalias” que llevarás y por cómo será tu túnica. Pero hay una cosa que sé, darás las gracias a Dios por lo que se te concedió que recibieras, vieras y vivieras; si no es así, es que eres demasiado muerto en vida, demasiado inconsciente, demasiado inhumano, y no sientes deseo de ser amado y querido. Ahora eres hipócrita, venenoso, no eres un ser humano normal, porque no hay alma que no quiera amor, felicidad o algunas ropas hermosas cuando haya despertado tu conciencia urbana en tu sentir y pensar humano.

¡Así que reconócelo! ¡No dejes de avanzar! ¡El juego puede comenzar! ¡Estamos saltando a la escena de este mundo! Allí está la gente. ¿Quién está sobre el escenario? ¿Eres tú mismo? ¿Quién es? Mira, una sombra..., otra, otra más, ya las veo todas. Pero ¿posees esos “ojos”? Aun así, vive en ti, está bajo tu corazón, ¡y es lo que lo hace latir! ¿Lo viste? ¿Lo viste, Frederik? ¿No es milagroso? ¿Ahora se pronuncia la primera palabra material! ¡Hay oscuridad o luz! ¿Oyes el primer beso? ¿Saboreas el silencio? ¿Eso es lo que es un “pequeño castillo humano”? Oh, oh, ¡conócete a ti mismo! Los llantos ahora no nos sirven de nada. ¡Sé hombre o mujer! Entiende tu primer paso.

¿Tú comprendes, Frederik, por qué me desquicia tanto mi hijo?

Si hace unos instantes, cuando todo pertenecía al pasado, decía que pensaba que los primeros fenómenos se manifestaron al sentir Erica que iba a ser madre, ahora, en cambio, supongo que aquellos ya estaban ahí antes de que Karel y Erica pensaran en atraer una pequeña alma. En el fondo una vez más por el loco, porque debido a la conciencia “alocada” de él, Erica perdió su pensar humano, su propio carácter. Que si esto es posible es otra cuestión muy diferente. En este asunto ya no era cuestión de echar agua al vino, a ambos no les quedaba más remedio que tragarse este vino de la forma más natural. Suponía que esto era parte de lo nunca antes visto, de lo intangible, de lo que nosotros, los seres humanos, no tenemos conciencia alguna. Honestamente, era lo que mejor se correspondía con mis propios pensamientos. Pero he de poner las cartas encima de la mesa: había errado el tiro por completo y me había enfrascado en otros asuntos.

Y en el fondo, Karel es demasiado lúcido para esto. No ve fantasmas. No sabe nada de esto de atraer y repeler, no le interesa. Y lo admite sin rodeos, no conoce aquella enfermedad. Para él es sentimentalismo, con una pizca de hipersensibilidad de la madre.

Cuando crees que posees a Karel lo has perdido. Él es exactamente como ahora se siente Erica. Está metida en problemas, pero al rato la ves pasar como una mariposita. Que no siente miedo, no hay peligro, aunque —como todos sabemos— uno de esos animalitos no tiene más que unas horas de vida. Si ves la verdad de esta comparación, entonces comprendes que en cualquier momento presenciarás su caída, y que se te revelará otra personalidad.

Ya lo dije, Karel ve su caso de otra manera. No se muerde la lengua: ¡Son fantasías de Erica! Pero también en él aparece cada vez otra personalidad. No llegas a conocerlo. No revela cómo es por dentro. Pero más tarde tuve que aceptar que fue el único que no cambió en este pandemónium tan increíble. No le apetece nada que lo ahorquen y ahoguen los problemas que para nosotros, los humanos, son espaciales. Dice: No te rompas la nuca, déjalo estar, la vida es lo más normal posible. Aunque Erica se quejaba e intentaba elevar a Karel en su vida, él se mantuvo implacable. Los fenómenos de ella no le afectaban a él. Karel no quiere tener que ver nada con cosas accesorias. Ve su tarea como médico como algo completamente normal, también allí reprime cualquier forma de sentimentalismo. Quiere observar todo con sus propios ojos y hacerlo comprensible, evita el glaucoma como la peste. Y ¿cómo no vas a darle la razón? Ahoga cualquier pensamiento por muy poco que afecte a

lo invisible o que intente demostrarlo; tiene los pies firme y conscientemente en la tierra.

Toda madre tiene sus vivencias, así que no hace falta alborotarse por ello. ¿Es sobrenatural lo que vive Erica?

Cuando ella le pregunta: ¿Cómo piensa una madre sobre el ser uno con su hijo?, él se encoge de hombros con desdén y le pega una paliza o la lanza a una acequia.

Cuando se le asomaron las primeras palabras y empezó a aferrarse a fenómenos, empecé a pensar en otra dirección. Karel se tranquilizó algo, ya no estaba tan desatado, tan impulsivo, sino que le daba a entender que ni él ni toda la ciencia terrenal sabía nada todavía al respecto. A fin de cuentas, a la ciencia uno no le podía poner la soga al cuello. Pero entonces empezaron los problemas.

Pues bien, si llegas a la unión de un alma con otra empiezas a ver las cosas de otra manera. Unas madres viven su milagro de manera muy natural, para ellas es coser y cantar; otras se alteran mucho y lo consideran algo milagrosamente artificioso. A unas les hace incrementar su autoestima, otras se pierden y están para el arrastre. ¿Y eso por dar a luz a un niño, un proceso natural en tu interior? Por eso Karel no sabía qué hacer, sino que se sentía golpeado por ello. Lo oí decir:

—A fin de cuentas, yo tampoco lo sé todo.

En ese instante él sentía que se estaba dando una paliza a sí mismo. Un poco más tarde te enfrasca en una conversación, te ofrece su pitillera y te pide que tomes asiento, porque el señor quiere hablar de los fenómenos de Erica. Se tira contigo al agua, te deja enfangado y desde la orilla mira a ver cómo te las arreglas para volver a salir. Nada de tenderte la mano. Él vuelve a salir al instante, no se ve manchado por nada, pero te coloca ante los hechos. Como si todo le interesara sobremanera y estuviera destrozado, baila con tu yo adquirido a través del mundo de Erica y se parte de risa por tu torpeza. Ahora te encuentras ante hormigón armado, ves y sientes su personalidad, pero sin saber cómo aproximarte a ella.

Por eso transcurrió bastante tiempo antes de que yo lo hubiera calado, pero desde aquella mañana me puse a jugar con él. Ya no volvió a verme hasta el día de mi muerte; pero aun así he de reconocer que fue él quien sospechaba en qué coraza me había escondido yo. Lo hice para protegerme contra sus vaivenes despiadados. Pero era un tipo estupendísimo.

—¿Está jugando Erica con ella misma, Frederik?

Mejor acláralo tú mismo. Para él no eran problemas. Los problemas —dice él— son asuntos que uno desconoce, cuyo origen uno no comprende. Es un gran gallinero con diez gallos y una sola gallina, pero es que encima también esta gallina se da aires de gallo. Incluso estando borracho uno a veces dice

verdades que a una persona sobria no se le ocurrirían, pero que suelen dar en el blanco, porque ves que el otro se pone colorado. ¿Convertía Erica las cosas normales en problemas? Él le muestra a ella cómo tiene que ser, pero aquí vemos dos mundos diferentes; son niños en un organismo adulto.

Karel dice:

—Tanto pensar como los de la ciudad no hace más que alterarte. La gente ya no tiene naturalidad y entonces se pone a buscar. Un cerdo y una vaca, un perro y un gato no lo viven de otra manera. ¡Sirven de lección!

Pero ni unos segundos después te encuentras ante una personalidad de poeta y lo oyes decir:

—Hay millones de madres que se encuentran ante estas revelaciones, aspiran a una compasión sagrada, a un mundo consolador al que quieren abrazar, pero se sienten como si ya no existiera nada más. ¡Que sea al estilo de Nuestro Señor!

Cuando yo aún era un niño la vida ya no era un problema, ya entonces veía cómo tenía que ser, porque los animales te dan el gran ejemplo —añade.

¿Que si yo también lo comprendía? Aún no, pero me parecía que comprendía algo.

—¿Qué quieres de mí, Erica? Una madre da a luz a trillizos y se siente completamente normal. Otra pone en la tierra a medio ser humano y monta un gran alboroto. También hay madres que quieren irse de copas y emborracharse. Es algo de lo que no sé ni comprendo nada, porque todas esas cosas no me interesan. Pero ¿qué es lo que quieres tú?

Erica recibe ahora tal ducha de agua fría que se siente arrojada a su acequia, y que se busque la vida para salir de allí.

—Mejor que no llores, de todas formas no te servirá. Yo soy hombre y tú eres mujer. ¿O es que te gustaría cambiarte conmigo? Si eso estuviera en nuestras manos ya no quedaría gran cosa de los asuntos divinos. Agarra el toro por los cuernos, es todo lo que hay que hacer (—dice).

Y ¿le falta razón?

Pero ahora lo vemos en su pequeño castillo. Los postigos están cerrados. ¡Él es el fantasma! Llaman a la puerta pero no deja entrar a nadie. Entra y sale, sin descanso. No se le ocurre sentarse ante el hogar. Por cierto: vemos que no hay fuego. ¡No lo sabe! También sabemos que a Karel no le gustan las chimeneas; irradian demasiado calor, y por detrás te quedas hecho un carambano. De pronto tiene a Erica delante de él; desea que la trate humanamente. Por algo es su esposo. Mejor quítate tú misma la chaquetilla, Erica, y siéntate junto al hogar. ¿Sientes calor? O ¿tienes frío? En realidad, ¿qué sucede? Te encuentras ahora ante los fenómenos, ante un ser humano de quien eres la esposa. Quisieras dar tu vida, tu alma y tu felicidad, pero aún no sabes lo que es y significa todo eso. Aun así, te sientes atraída hacia el interior de esa vida

y también descendes en ella. Pero lo que vives es que estás fuera. Llueve, hace un frío glacial, que hace temblar, es de una inseguridad sin piedad. Y eso tú misma lo posees. Te pertenece a ti y nadie más. ¿Es felicidad?

Sabes muy bien que esta es tu paliza. Durante unos instantes no sabes qué hacer, pero te vuelves a buscar y vas dando tumbos hasta un parquecito, donde todos los sitios para sentarse están ocupados. No te das cuenta de que es invierno, de que la tierra gira alrededor del sol y que no hace caso alguno a todas esas nimiedades humanas. Si tuvieras esa profundidad verías todo de otra manera, pero eres una persona apaleada, te estrellas. El bloqueo está en tu carácter. ¡Tú misma no lo ves! ¿Que si puedo comprender eso?

Ahora estás en condiciones de saber que eres capaz de analizar tu propio carácter. ¡Estás ante ti misma! Estás encima de ti mismo y no lo sientes. Estás en condiciones de saber que esta vida no mueve un dedo por ayudarte, pero aun así eres una con ese sistema de carne y hueso, ¡te pertenece! No eres más que miseria buscando una palabra amable. ¿Es eso, pues, felicidad?

Lo oí chirriar con los dientes, vi como caía a su acequia, pero no me metí en sus asuntos. Para Erica era un problema nuevo e inmediatamente después se encontró ante otro más, porque ¡el portazo fue demasiado fuerte!

¿Cambiará algo? ¿Tienen todas las madres problemas durante el embarazo de sus bebés? ¿No tienen los hombres comprensión por la hipersensibilidad maternal? Si entro en esa materia —oigo que dice Erica— entonces no viviré la maternidad, sino la locura.

Se informa aquí y allá; donde cree que le pueden aportar algo interroga a otras madres. “¿Usted también tiene problemas?. ¿Cómo se siente? ¿Está usted o no ‘está’ usted? ¿Aún hay sol para su vida? ¿Está aquí usted misma o es otra persona?”.

¿Quién puede ayudarla? ¡Karel, no! Tampoco sus amigos eruditos, pero los fenómenos están ahí y se imponen a sus sentimientos, ¡convierten su personalidad en un puesto de feria y al mismo tiempo en un hospital!

Karel dice que debo estudiar psicología, tengo aptitudes para ello, según él. Cinco minutos después es: “Tienes que hacerte pediatra”.

Vamos, dime algo. Y sin embargo, tienes que conocerlo. Si aun así me cruza una palabra los labios, entonces lo que él me pregunta es:

—¿Dije yo eso?

Ves su risa, su carácter juguetón, su origen campesino, y entonces se lo perdonas todo. Ahora te subes con él a un manzano, corres por su huerta, te deja comer los mejores frutos, te muestra lo milagroso que es Dios con todas Sus cosas, pero un poco después salta contigo por encima de una acequia demasiado ancha y te vas al fondo. En realidad, antes de darte cuenta de lo que te pasa, ha vuelto a desaparecer. Apenas lo ves doblar la esquina, saludando con la mano, después se esfuma. ¡Este es Karel! Cuando me sucedía eso pensaba:

‘Cielos, ¡cuántas cosas me enseña este médico!’.

Pero Erica no avanzaba con esto ni un solo paso. Seguía buscando el secreto. Quería conocerse a sí misma y todos sus fenómenos. Aun así seguían siendo misterios que envolvían la maternidad; se convirtieron en pesadillas. Lloro durante horas, pero no hay lágrimas. ¡Y aun así llora! Se siente desamparada, cansada de la vida, pesada. No lo sabe, pero parece que sí le da vueltas en su cabeza.

Antes de que fuera a ser madre tenía un carácter alegre. ¡Ahora no queda ni rastro! Siempre estaba en armonía, ¡también ha desaparecido! Lo que veo es una personalidad maltrecha. Sus hermosos rasgos han desaparecido, parece mayor de lo que es. Ni siquiera lo esperarías de Anna, su criada; esta es por lo visto aún más fuerte de espíritu.

Anna sabe lo que quiere. Es ella —al menos, eso creo— quien saca a flote a Erica entre sus fenómenos, que le da fuerza para soportar su desgracia. Sobre todo ahora que Karel dice que ya está bien de tanta niñería, que lo está empezando a marear. ¿Lo comprende Anna? No lo sé. No dice nada, pero sí que nos comprendemos.

¿Tiene que fracasar Erica como madre? Anna no dice ni una palabra. Aun así tengo la sensación de que sabe algo. Tiene una seguridad de la que nosotros carecemos. De repente es capaz de actuar con firmeza y segura de sí misma. Cuando piensas que está haciendo algo en la cocina, donde la viste solo unos segundos antes, ya está detrás de la casa, cortando flores que ordena con arte. De esta forma me dice algo, y la entiendo.

Sentía que nuestros mundos se correspondían, que estaban relacionados. Aún no conozco mi propia vida y jamás pensé que por medio de algo tan banal se pudieran decir cosas tan grandes. ¡Ella lo hace! Y lo sabe. Me preguntaba: ¿Es eso algo femenino o masculino? ¿También los hombres tenemos eso en nosotros? ¿Qué es? ¿Hay que descender también en esto? Lo tienes delante de ti sin darte cuenta. Lo miras sin verlo. Si eres al cien por cien uno con el acontecimiento, entonces ves un “universo” de felicidad. Así de profundo se hace entonces un ser humano. ¡Y eso por aquella Anna tan normal!

Lo que de pronto me convenció de que Anna comprendía de esto más que nosotros lo debo a un sentimiento que nació en mí y cuyo origen ignoraba, pero que me daba seguridad: ¡sobre nuestras cabezas penden cosas malas, algo desagradable! ¡Erica no está haciendo una comedia! Es incapaz de hacerlo. Pero todavía no lo sé. Y sin embargo, ¡es algo que está ahí!

Para Karel solo se produce un proceso de crecimiento: ¡incidencia! Cuando Erica le pregunta: “En el fondo, ¿qué es la vida?”, el hijo de campesinos se ríe. Y algo después ella obtiene una respuesta que no le sirve de nada. El campesino se ha hecho médico. La ciencia se parapeta detrás de la naturaleza; a las peras y manzanas, a los cerdos, caballos y otros animales se les suministran

inyecciones y se han convertido en objetos de laboratorio. Él se desentiende mascullando algunas palabras, pero ella me pregunta:

—Frederik, ¿tú comprendes por qué me altera tanto mi hijo?

El campesino vuelve a sonreír, yo no tengo ni idea de qué decir, pero ella no espera el final de mi remoloneo y prosigue:

—Quisiera saber, Frederik, lo que piensas tú. ¿Por qué no dices nada? Es que no soy capaz de decir nada, mis sentimientos infantiles se niegan. No espera mi respuesta y dice:

—Esto me está destrozando. Nunca pensé, Frederik, que tener hijos fuera tan difícil. Sé exactamente lo que siento, pero no puedo expresarme. ¡Es muy engorroso! Porque no es que yo sea una desgraciada. ¿Qué es lo que realmente se sabe de esto? ¿Nada? ¿Es capaz la vida de un niño, ya en este estadio, de influir en la de la madre? ¿Tiene poder sobre la madre un alma tan pequeñita? Y esa vida ¿ya es capaz de pensar? Creen que soy exagerada, increíblemente torpe. Pero ¿me tiene que parecer bien que mi hijo me arruine? ¿Que destruya mi carácter? ¡Así es! Karel se ríe de todo. Él no me sirve de nada. Pero ¿es que no ves, Frederik, que ya no soy yo misma? ¿Nunca has oído hablar de estos fenómenos? ¿Nunca has leído sobre ellos? Doy más importancia a tus sentimientos que a la ciencia de Karel y sus amigos (—concluye).

¿Qué puede responder uno cuando no sabe nada de estas cosas? Puedes decir “sí y amén”, mover la cabeza y cavilar un poco. Buscas a ciegas, pero adoptas una actitud expectante y te quedas esperando hasta que se respondan ellos mismos. Sientes tu impotencia, y finalmente dices: para esto hace falta un médico experto. No estás contento, eres pobre, es el límite de tu conciencia.

Una tarde que me dejé caer por su casa, Anna dijo que Karel quería poner fin a las monsergas. Había endilgado a Erica un “especialista extraordinario”. Un hombre que a él mismo lo saturaba por su ajeteo huero. Y justo a él lo quería. Esta entidad era la que ahora tenía que ponerle un nombre a los fenómenos de Erica. Aun oigo decir a Anna que una facultad necesita a la otra y me dice que Erica me espera.

Entro y me encuentro ante un nuevo problema. La ayuda de Erica, su médico, que es el viento cósmico de Karel. Y he allí que Karel sale volando por la puerta. Está como un toro salvaje. En su cara leo: “Eso cuéntaselo a tu abuela”. Aunque me encuentro ante una persona influyente, envío mis pensamientos a Erica.

—Vaya, amiga mía, no deberías haber hecho eso. No es que hayas hecho algo vil, pero para mí es inhumano.

Me arrastro hacia a una esquina de la habitación y me dejo caer en un sillón. Ay, Frederik, qué situación. ¿Qué quiere Erica? ¿Qué quiere esa alma femenina de mí? ¿Por qué me mete en todos estos asuntos? Siento sus pen-

samientos, pero me ignora por completo. ¡También al médico! Estamos en el mismo barco. Es Erica quien rema. Se avecina una tormenta. Y sin embargo aquí hay algo que pescar, según veo. Pero es ella quien echa los anzuelos. El médico pone el cebo, el erudito no tiene más que seguirla. Erica lanza los anzuelos y deja de mirar a ese ser humano. Me asusto al ver ahora que es capaz de actuar de esta manera. Me quito el sombrero ante esta personalidad, ¡es arte!

Pero no le hago gracia al hombre y, naturalmente, sé por qué. Esto desde luego es demasiado barato. Es ramplón. ¿Qué tengo que ver yo con esta ciencia? ¿Qué quiere el doctor Wolff? Pues muchas gracias, pero esto es justo algo para la esposa de un médico. A ella le falta un tornillo. Pobre Erica, pero ¿es que no lo ves?

Encima me presenta al erudito. Es lo que faltaba.

—Este es Frederik, un amigo de la casa. El doctor Van Stein.

El erudito no me ve, en lo que por lo demás tiene razón. Sí es una cosa bastante insolente, pero le asiste la razón. Karel jamás se habría tragado algo así, ese hacía que llovieran peras y manzanas y de una patada te lanzaba a su acequia. En mi presencia, Erica habla de sus achaques. Qué drama.

—Doctor, me surge de noche. Me toma por sorpresa. Y además esos ataques de llanto. Quiero dominarme pero es imposible. Hay miedo en mí. Me he perdido a mí misma, además de mi timón. Estoy que no estoy. Me siento insignificante y pequeña, y usted mismo puede ver lo alta que soy. A veces podría poner caras raras. Y es lo que hago, pero entonces veo, de golpe, que me da la risa, como si fuera una desconocida. Lo siento claramente, doctor, pero ¿hay algo que se pueda hacer?

Van Stein bosteza. Ahora se está limpiando la “universidad”. Veo que hay mujeres limpiando los cristales. Hay un hombre subido a una escalera y el conserje se ha dormido. Ahora veo a un hombre importante que sale volando por la puerta y que se sube a un coche que está esperándolo, como si lo necesitaran para una operación de emergencia. Pero cuando quiero comparar todo esto con lo que acabo de oír me envuelve una oscuridad impenetrable y padezco glaucoma. Ay, qué clase de máscara es esta. Algo después veo que una “muerte” besa unas margaritas. También veo que los lirios del valle sacan brillo a los zapatos de Van Stein. Y los pulgones van trepando por sus piernas y le pican en las pantorrillas. ¿Lo viste? Y el médico lo siente, se rasca, pero no sabe que es Erica quien le ha enviado todos esos pulgones, y el erudito muerde el anzuelo. Después de todo esto Erica tiene que recuperar el aliento, reflexionar, y luego continúa para sí misma.

—Sí, doctor, de noche es terrible. Pero a veces también me cae encima de día, puede ser muy repentino, ¿comprende? En el fondo es algo tangible. ¡Sí, eso eso! A ver si lo puede investigar, doctor. ¿Conoce esos fenómenos?

El médico no lo ve y yo no entiendo de eso. Van Stein parece petrificado. ¿No sabes lo que es, doctor? Hace unos instantes vi de repente que adquiría forma. Sí, ¡creo que lo sé! Pero de pronto Van Stein susurra algo, que a Erica se le escapa por completo. Solo consigue que así ella pierda el hilo. La oigo decir que es un gran misterio y después prosigue:

—Estoy que no estoy, doctor. A veces soy presa de sudores. Me siento fuerte y capaz de muchas cosas, por lo que me gustaría dedicarme al arte, o algo así. Hay momentos en que me gustaría vaciar de un trago una botella de ginebra añeja de tanta sed que tengo entonces y del intenso deseo de un estímulo. Siento entonces un ardor en mi interior, como si el niño hablara conmigo. Doctor, ¿piensa un niño de estos? ¿Ya puede influirte ahora tu hijo? El niño ¿vive conscientemente?

Van Stein juega con sus dedos y se va deslizando de su sillón, hasta casi caer. Está pensando, muy ensimismado. Reflexiona. Erica pregunta:

—¿Hay quizá algo más que usted deba saber, doctor?

¡Qué criatura, tan honesta, tan desinteresada, qué inocente! Y sin detenerse vuela otra vez a las siguientes palabras, sin concederle tiempo para la reflexión.

—Y esos pensamientos, doctor, me acechan. Están allí esperándome. Pero todavía son abstractos y egocéntricos.

¡Esta ya no es la Erica de siempre, según sé ahora! ¿De dónde saca esto? Me cuesta quedarme sentado. También Van Stein se siente serio, quiere actuar pero no puede. Se le vuelve a adelantar Erica, que cuenta:

—Son sentimientos estremecedores, doctor. Pero por lo demás no hay nada, físicamente me siento bien. Por dentro está lluvioso, ya no veo el sol, me paso el día entero andando entre tinieblas (—concluye).

También completamente natural, Erica, pero Van Stein te quiere dar una paliza. No obstante, no lo hace, porque no sabe dónde. Ahora ve que su universidad está tirada en la cuneta. Y tú estás jugando con él y su gran vida. Aun así, se recompone, mete su título bajo el brazo derecho y se cala el sombrero. Ahora se parece al mono de Darwin. Es hombre y mono a la vez, pero no lo sabe. Se muestra muy patoso ante ti y tus problemas, pero ahora se te impone, levemente alterado. Siente que le han tomado el pelo. Pero tu intuición femenina le puede a la sabiduría masculina. ¡Ya verás!

Van Stein insiste en examinarla. Van arriba, estas dos almas que no tienen nada en común la una con la otra. Agua y fuego, entidad visible y sensibilidad sobrenatural, directamente recibida por medio de la maternidad. ¿O es otra cosa? Van Stein porta una máscara. Erica se expone hasta la médula. Ahora ella tiene que ver con margaritas y violetas, pero no es un arriate el que pone a los pies de él. Él se perderá por esto. Es ahora cuando un erudito se sabe rodeado de fantasmas. ¡Van Stein ve fantasmas!

Erica entra en su propio castillo, allí la que manda es ella. El erudito llama a la puerta. Él ve que la puerta se abre y se cierra. Pero aun así llama otra vez, un poco más alto, y empuja la puerta. Ya quiere entrar. Está tirado en el suelo y ahora ve que en el mármol del pasillo se ven huellas de pasos. Para él es la señal de que entran y salen muchas personas. Así que ¿no es un ser sobrenatural? Ve a un ser humano igual que él. Sí es algo distinto, ¡está medio loco!

Pero ¿qué haces cuando ante semejante conversación te colocan como profano en una silla y te tratan amablemente? Fumo poco, pero ahora me entraron tantas ganas de fumar como nunca antes había sentido. Estoy quemado por completo y veo bajar a la pareja. Allí están otra vez. Ya ni siquiera quiero escuchar, pero tengo que hacerlo. ¡No! Creo que la casualidad no existe. ¡Sí, la miopía! Oigo hablar a Erica sobre una conversación con ella misma. Y entonces estalló la bomba para Van Stein en medio de su conciencia y sabiduría. Qué poca piedad tiene una mujer en semejante situación, me digo entre susurros. Ya no la conozco, es como si estuviera loca. Pero no creas a ese hombre, Erica, no sabe qué hacer con tus fenómenos. Aunque te bebieras diez botellas de ginebra en unas horas, ni así te creería. Solo te has ridiculizado a ti misma y a tu marido. Ahora eres el centro de los cotilleos, te has hecho objeto de las “charlas universitarias”. Ahora tendrás que ordenar tú misma tus flores y limpiar tus ventanas. ¿No viste un espantapájaros? Vaya, Erica. ¡Karel tiene la culpa de todo!

—¿No significa nada para usted que yo albergue deseos por la bebida? ¿No significa nada para usted que cuando voy por la calle creo estar dentro? Como y bebo, y no soy yo. Siento que es otra persona la que come por mí. ¿No le dice nada esto? Es como ya le dije hace unos momentos, es como una conversación cuerpo a cuerpo conmigo misma. Pero ¡me sale desde dentro, doctor...! (—dice).

Estoy en mi silla y oigo que se habla en mi interior, oigo: “Pero ¡vete, hombre!”, “¡Lárgate de aquí!” y expresiones de ese tipo. Ahora sé que es Erica y que todavía no la conozco, que jamás la he visto tan dura, tan grosera. ¡Se está convirtiendo en algo banal! De todas formas, ¡no me he equivocado, ella lo dijo! Ay, Karel, en qué te has metido. ¡Qué tonto eres todavía! Como un niño. Te va a costar tu cabezota campesina. Aún tendrás que aprender a inclinar la cabeza. ¿Por qué has hecho esto? Van Stein lo va a investigar, Erica lo echa a la calle, aunque se domine y salve lo que se pueda salvar. Sigue la ciencia hasta la sala de estar de su casa y entonces Anna se hace cargo de la mole y hay una puerta que se cierra.

Vaya, Erica, te estas metiendo en una acequia. Ahora tú puedes poner el cebo, él lanza tus propios anzuelos, come y bebe a gusto, y deja que tú y tu hijo se mueran (os muráis) de hambre. ¿No lo ves venir? Si él hubiera respondido a tus palabras, querida, habría muerto en el acto. He visto tu alma,

Erica, ¡era palpable! ¡Tú no cuentas tonterías! Pero hiciste el ridículo porque nosotros, seres humanos estúpidos, no hemos hecho una lengua para eso. Semejantes sentimientos no se pueden materializar. Estás en llamas y no hay fuego. A ver si eres capaz de resolver eso. ¿Querías que este zopenco lo hiciera por ti? ¿No lo viste tirado en la calle? ¿No viste cómo recogió su título y se caló el sombrero tanto como para que nadie lo reconociera?

—Oye, Frederik, ¿tú sí comprendes a un tipo así?

De nuevo palabras tan duras que le cruzan los labios maternos, por lo que ves consumida su intelectualidad, tal como antes jamás hubieras imaginado posible. Pero qué falsos somos los seres humanos. O ¿es porque aún no nos conocemos a nosotros mismos? Aunque Roma te declare santo, tienes que seguir pensando que no lo eres, o tu yo mejor y más elevado se va suelo o contra el suelo.

—Hay que ver a ese Karel. ¿Ya te saliste con la tuya? ¿Por qué no dijo nada ese hombre? ¿Frederik? ¿Es que soy una ilusa?

No sigue hablando, sino que se sirve un trago. Otro fenómeno de esos que antes jamás le vi. Me dice:

—¿Antes me comportaba así, Frederik? Me da vergüenza, pero hago caso omiso. ¿Tampoco esto es nada especial? Me estoy volviendo loca, Frederik. ¿Es mía esa pasión? ¡No es posible! ¡Mi alma está enfermándose! ¡Me estoy haciendo demente! Sencillamente, viene brotando desde mi interior y después se me clava cerca de la garganta y del paladar (—dice).

Me asusto mucho y pregunto:

—¿Cómo dices?

Se ha recompuerto y prosigue:

—¿Es que no me entendiste? Se me aferra a la faringe. Allí tengo un tremendo picor y me muero de sed.

—Pero entonces será mejor que te tomes un trago de leche u otra cosa, ¿no?

—¿Leche? ¿Cómo se te ocurre eso, Frederik? Tiene que arder hasta llegarme a la garganta, por mi cuerpo entero. Cuando tomo algo con mucho alcohol enjuago esos sentimientos hasta borrarlos y es como si el niño me hablara. Entonces va bajando. Creí que me bajaba hasta la boca del estómago. A veces baja aún más. Pero también podrían ser imaginaciones. Y sin embargo, Frederik, tiene que ver con el niño. Ya sentirás lo que quiero decir. ¿No me comprendes? ¿Qué dices?

—Dije: esperemos que sigas siendo normal.

Solo me oye a medias y me pide:

—Tienes que ayudarme tú, Frederik. ¡Tú puedes! Tengo miedo.

—Abandona esos pensamientos, ¿entendido?

Se despierta de golpe y es feliz como una niña.

—¿No ves que me puedes ayudar, Frederik? Así..., incluso ahora me estás

ayudando. ¿Lo comprendes?

Me asustaron mis propias palabras, su sonido. ¿Era yo? Me miró, porque ella tampoco me conoce así. Continúa de inmediato y dice:

—No puedo aceptar que este sea el proceso de crecimiento. Algo me dice que estamos viviendo cosas desagradables. Te pregunto, Frederik: ¿Quieres ayudarme? No me dejarás sola, ¿verdad? ¿Vendrás todas las veces que puedas? ¿O tengo que arreglármelas a solas con Anna? Igual piensas que soy una débil, que me comporto raro. Te juro que ni yo me comprendo. He cambiado, ya no soy la de antes, ¡estoy enferma! ¡Ay, pero qué miseria! Aun así tendré que arreglármelas conmigo misma. A Karel le falta cerebro para eso y no tiene paciencia para escucharme, y qué bien me sentaría eso. Puedo mirar la luz pero no la veo. ¿Será eso quizá un rasgo psicopático? ¿Me ayudarás, Frederik?

—Hago lo que puedo, Erica. ¿Que si te servirá? No te olvides de que soy un profano. Aunque me gusten mucho los niños y me interese todo lo que tenga que ver con ellos, ¡lo ignoro todo! Pero te aconsejo: no te hagas la interesante. En lo que se refiere a ese sol: ya volverá. No lo mires, no te compliques la vida, no agotes tu cerebro.

Se queda pensativa, intento sondar su ser: lo único que puedo hacer. Aún no sé dónde he de comenzar mi propia investigación si quiero alcanzar la unión de alma a alma y recibir de ella la respuesta. Creo que esta será la única posibilidad. Tengo que apoyarla. De niño tenía más o menos mis propias ideas, de las que mi madre decía: “Qué andas otra vez cavilando por ahí, me duele por dentro. Eso te altera los nervios”. Me reía de ella, no la comprendía. Ahora creo que tenía razón. Yo también no sentía más que esa alteración. Me sentía afectado por un alma, también podía ser la vida, u otra personalidad. Y eso es para Erica un solo estado, creo, la conversación cuerpo a cuerpo de ella. Qué estúpidos somos los seres humanos, qué pobre es nuestra lengua, somos unos zoquetes. Somos unos traviesos provincianos, vulgares, tenemos una conciencia porcina. También me parece que estoy conociendo mejor a Karel. Pero Erica está completamente sola con su miseria. ¡Estoy ayudándola! ¡Creo que puedo aceptar que me será factible! ¿Qué felicidad me entra ahora de repente? Qué barbaridad de cosas he vuelto a aprender. ¡Frederik, te estás haciendo un hombre!

De improviso me pregunta ella:

—¿Qué es un sentimiento, Frederik?

Me tragué las palabras, a las que di forma y color, pero que eran demasiado toscas para su vida. Hubiera querido expresar algo como una maldición de tanto que me asustó su pregunta. Para alguien de fuera esto no significará nada, para mí es un milagro. Erica siente que estoy llegando a la unión con su

ser. Sin más me saca ese conocimiento de mí. Tampoco a esta personalidad la conozco. Es algo completamente nuevo. No sé lo que es un sentimiento, le digo a modo de respuesta, pero se ha adormilado y ha olvidado la pregunta. Su ser irradia la conciencia de que sabe que he retrasado el reloj siglos. Toda la sabiduría social y toda la razón social se van ahora por la borda. Pero sí está despierta, repite sus pregunta murmurando. Oigo: ¡el sentimiento es vida y la vida es sentimiento! Aunque esto no me aclare nada, al menos está pensando. Ya veremos más tarde quién tiene razón. Quizá jamás oigamos la respuesta. Habla con Van Stein, así que está soñando en voz alta. Esto son fenómenos lúcidos, naturales; todo ser humano los tiene de cuando en cuando. Sale del interior de su ser, según puedo sentir. El sonido apagado de la voz no es de ella. Y también eso es nuevo para mí. Soy capaz de renunciar a mi convicción de que no existiría la casualidad. Todo se convierte en predestinación. Cuántas cosas estoy aprendiendo, quiero decir. ¿Quién hizo que ella cruzara mi camino? ¿Quién me echó de casa para conocerla? Regreso a ese momento y me pierdo en el recuerdo. Ahora estoy de nuevo ante el momento en que la conocí y ¡mi sentimiento se habla a sí mismo!

Tengo ante mí a una mujer que hasta hace poco todavía sabía lo que quería. Ahora es lo que quedó de un naufragio. Es una patera que el mar echó sobre la costa. Quisiera decir, aunque de nuevo sea para su personalidad demasiado duro y frío, demasiado descortés, porque ella no lo es: este mundo se fue al garete por gente como tú. Perdiste tu timón y ahora navegas a compás de otra vida. En tu barco hay un boquete, ves tierra, pero cuando lanzas el ancla no consigue agarrarse a nada.

¡Es como si ella estuviera de camino a su propia tumba! Algo después está justo encima, descansa sobre su lápida después de cortar flores, y se imagina que está conectada con el cielo y la tierra, ¡de los que, igual que yo y millones de otras personas, no conoce ley alguna! Ahora lleva una máscara y detrás de la misma hay un individuo que nos sonrío. Pero ¡no conocemos esa vida! ¿Viste esta máscara? Puede dedicarse al arte y bebe botellas de ginebra, lo tienes delante de ti y no está. Mira al sol y no hay luz. Tiene pasiones, poderes intensos y aires agarrados. Te estimula día y noche, pero hacia el mediodía es cuando mayor intensidad tiene. Por medio de esta máscara puedes decir hermosas palabras, como un poema.

¿Oyes el chisporroteo fuera? No te asustes, ¡es la Madre Naturaleza! También está chisporroteando ahora en el interior de Erica. Ve su propia tumba, está encima. Llama a la puerta de Karel y se queda helada por su interior: empiezo a comprenderlo. ¡Creo que estoy comenzando a sentir todos estos problemas!

—Y aun así puedes ayudarme —dicen sus labios. Durante el día sus sueños no están tan mal, va tanteando para sí misma una felicidad constructiva,

necesita ayuda.

¿Es esto telepatía? ¿Unidad entre los seres humanos? ¿Parentesco de almas? No me gustan esas palabras, siempre he detestado pronunciarlas. Yo no me meto en el ocultismo y odio el espiritismo. Eso es para mujeres que han perdido a sus hombres. Lo único que me infunde respeto es que ya no tengan miedo a la muerte. Son como niños que están jugando con algo divertido, porque para esta gente la muerte ha dejado de ser aterradora. Todo es bastante interesante, pero a mí no me gusta.

El alma de Erica me habla, sospecho ahora. Hace poco se habría reído de todos nosotros. Ahora le ha entrado eso. Por sí solo, ¿o por su hijo? “De la vida”, murmulla, y eso me da miedo. Mientras sueña va adoptando cada palabra mía. Se me hace espantoso; si no supiera tanto del mundo ahora me echaría a correr. Tampoco es que esté tan triste como eso. Pero ¿lo entiendes tú?

¿Solo son sus cuerdas vocales las que me hablan ahora? ¿Qué es? ¿Su unión con la Madre Naturaleza? ¿Me las cargaría! Y sus palabras vuelven a derrotarme cuando dice y veo que está completamente despierta.

—Tienes que pensar, Frederik; si sigues pensando así, llegarás. Eres capaz, ¡es necesario que intuyas las cosas! (—dice).

¿Lo oyes? Las palabras son mías, los pensamientos son míos y la elección de las palabras es mía. ¿Me analiza! Descifra mi alma, conoce mi personalidad. Ahora estoy en un baño, vestido y con el sombrero puesto. La llave de agua está cerrada, pero hay un goteo que me toca el dedo gordo. Es sorprendente lo que se puede asustar un hombre. Ahora pasa por encima de su tumba:

—¿Pensabas que llovía, Frederik? Fuera no cae ni una sola gota.

Siento presión en la garganta, se me hace más difícil respirar, es tensión. Quisiera clamar por ayuda, pero sería flojo hacerlo. La asustaría y yo mismo daría un traspie, a la acequia de Erica, por Karel no tiene nada que ver con todo esto. Pero aquí tienes un ejemplo tan horrible de esos que resulta ser una cuestión de sentimientos, que sin embargo los seres humanos aplastamos a muerte porque nos creemos decentes, normales en todo. Es una sorpresa maternal, traspuesta y comparada con la Madre Naturaleza. Porque mientras yo pensaba y analizaba llovía en mi interior. Dice que fuera no cae ni una sola gota; dicho de otro modo: sigue, no busques otro camino, es este.

¿Y dime ahora que todo lo que ella cuenta son majaderías, histeria, sensibilidad maternal! Pero ¿es que entonces es ternura maternal? ¿Son sus sentimientos puros? O ¿está todo difuminado?

Ahora estás tumbado fuera, entre el brezo, sobre la tierra, no: dentro de ella. Este lugar ofrece amplias vistas. Arriba ves el paraíso, te sonríen, pero de dónde te viene eso es algo que ignoras. ¿Viste esa risita?

Pues estos son los pulgones del médico. ¡También son para ti! Te produ-

cen escozor en las piernas, en la cabeza, pero sobre todo en tu corazón y en tus sentimientos. Empiezas a pensar que es intuición, tu propia sensibilidad, pero la vas adquiriendo. ¡Porque fuiste a la naturaleza! Quieres tener algo de serenidad, desprenderte de lo cotidiano y social que te rodea y que está podrido. Estás moribundo, cansado de la vida, pero abierto como un niño y consciente. Ahora te están limpiando las ventanas. Las violetas montan a caballo. Las nomeolvides sacan brillo a tus zapatos. Pero muy arriba, en el cielo, lees una oración que te conmueve hasta hacerte llorar. Mejor: que te conmociona.

¿No la viste?

Una madre embarazada empieza a tener pensamientos sobrenaturales y a ras de tierra, según apunté en mi cuaderno de notas. Pero he de aceptar que no fui yo, porque soy incapaz de hacerlo por mí mismo. Para eso soy demasiado lelo, demasiado infantil. Pero ¿qué es? Podría decirme ahora a mí mismo: cuando empezaste con tus apuntes ya ibas a la deriva rumbo al norte, cuando lo que querías era llegar al sobrio oeste, destino de los mismos. Yo también navegaba con otro compás. Pero lo huele un perro, agita un poco la cola para expresar su desprecio y sale escopetado. ¿Qué queremos hacer los seres humanos? Aun así te digo que soy feliz. Aprendí muchísimo hoy.

Erica está claramente despierta y me ruega:

—Tú has visto mucho de la vida, Frederik. Has leído mucho. Eres tan diferente. Has de creerme, cuenta lo que sepas. ¡Ayúdame!

Su charla me hace sentir que está agotada. Ya no tiene fuerzas para pensar, sus deseos han dejado de ser realistas. Pienso saber que hace unos instantes ya me pidió que la ayudara.

—¡Encantado! —se me escapa—, haré lo que pueda. —Pero le doy a entender que le tiene que parecer ridículo. Sin embargo, sigo sintonizado con ella interiormente. Tengo la sensación de haberme hecho mucho mayor y de que pasaron meses desde el instante en que entré aquí. Y es asombroso: siento que con una entrega del ochenta por ciento de mis sentimientos puedo oír la voz de su alma. Y ella la de la mía. ¿Que si esto te lleva a la locura? No lo sé ni tampoco pensaba en eso. No me importa, me he hecho un poco más fuerte desde que empecé a pensar. No obstante, recorro mi propio camino. Ella, el suyo. Topamos el uno con el otro en alguna parte de este espacio. Ella me invita a tomar té con pastas, yo tengo que pagar mis propias cosas. Un poco más tarde estamos fuera, vamos juntos por el camino; ha llovido. Lo hueles por el bosque, huele como a moho. Damos de comer a los patitos, no hay gente. Estamos solos en este mundo y sin problema podríamos hacer de segundos Adanes y Evas, si yo creyera en los primeros. ¡No tienes más que seguir la vida y lo sabrás!

Vivimos una vida despreocupada, no hay nada que nos estorbe. No tenemos hijos ni los tendremos. Somos demasiado mayores para eso. Y no cree-

mos en los milagros de la Biblia, con noventa años ya no queremos tener que quitar los pantalones a nuestros hijos. Eso nos produce escalofríos. Hemos crecido demasiado para tener esa paciencia. Fíjate, ¡de repente un estallido en mi cerebro...! Ahora ya lo sé. ¿Que si lo sabe ella? Mantente firme ahora, Frederik, y ya no creas en las casualidades... ¡Todo está calculado! Si retienes eso, podrás seguir. Ahora ves mejor el sol de ella, también tu propia luz. Con más nitidez, más virginal. No hay canto de gallos. Aún no eres capaz de esperar la respuesta procedente de Getsemaní. No te creas esas tonterías. Mira más allá de eso, solo entonces te elevas, te acercas más a Él. Te acercará a su ventrículo, y ¡verás que Su sangre corrió por ti!

Las experiencias de Erica formuladas en palabras rezaban:

—No creerás que digo estupideces, ¿no, Frederik?

Hubiera querido darle un beso a esta buena mujer de Karel si hubiera tenido la fuerza de dárselo, pero me pareció demasiado desconsiderado. No, pobre alma mía, tú no dices tonterías, eres de lo más natural, aunque todavía me falta por saber más de esto. Estoy completamente inmerso, mi constitución lo soporta. ¿Pero?

Digo, sin embargo, que es absurdo de lo que hablamos. Esto tiene que acabar. Sí puedo decirte que ya no creo en la casualidad, al menos en un setenta por ciento no. Y ahora me salió disparado de la boca, sin mucho ruido, pero con una sacudida en mi interior:

—La materialización de las palabras, querida Erica, ¡solo adquiere forma cuando enciendes el fuego de tu voluntad humana!

Oye, Frederik... ¿No te asustas de ti mismo? Doy gracias al cielo porque no ha entendido bien mis palabras, porque su reacción fue insuficiente. Las repetí para mí mismo y me parecieron milagrosas. ¡Ninguna era mía! Pero entonces ¿qué? No me quedó otra que volver a constatar que me llegaban enviadas, era otro ser en este mundo quien me las daba. Porque no creo en el subconsciente. Igual que Karel diría: eso cuéntaselo a tu abuela. ¿Son de Erica estos pensamientos? No puedo aceptarlo. Ahora es cuando me sonríe una muerte que me regaló algunas de sus violetas. Pero yo sentía que estos pensamientos saltaban de mi garganta como palabras, rozando las mías, como si se escribieran ellos mismos. Vuelve a leer la frase y tendrás que decir que así es. Es ingenioso. Me gustaría tener un estilo así, poder decir cosas semejantes. ¿También sobrenaturales?

Dije a Erica que creía en ella, que no tenía que preocuparse. Y dije la verdad, para esos instantes, naturalmente, porque estuve en aquel bosque donde olía tanto a moho. Asiente con la cabeza y todo le parece bien.

Realmente creo que viviremos cosas grandes, pero también cosas igual de desagradables. Ya veo la casa en llamas. Todos salimos corriendo a la calle. Una vez fuera estás con el atizador en la mano, mientras dejas que se quemem

los tesoros. Ahora tienes que sentir lo que significa. Aún no pienso en eso, porque hoy esto me está empezando a superar. Pero sé: ¡también eso es una máscara!

¿Por qué no miras detrás?

Por cierto, ya dije que antes de que fuera madre era una mujer hermosa, sin la más mínima sensibilidad por las ciencias ocultas. Ahora uno diría que ella misma las encarna. Jamás he podido descubrir en ella esos sentimientos que nos conducen a la telepatía y que se tienden hacia un sexto sentido. Su figura no es apta para ello, ella también es un poco provinciana; su constitución, el color de sus ojos —es lo que más o menos pienso— no están preparados. Viste muy bien, pero aun así ves algo en su ser que no es de la ciudad. Y alguien así ¿puede soportar y procesar la profundidad de una ley oculta? Los yoguis orientales afirman que el organismo humano tiene una enorme importancia. Esos tipos parecen ver por tu cuerpo quién eres, conocen tu forma de moverte tan bien como la de un caracol en su concha, te moldean por delante y por detrás sin que te des cuenta. ¿Todo esto por el boca a boca? Nada de eso, he visto el mundo.

¿Y tiene Erica algo de eso? ¿Son esto tonterías? Pero entonces ¿qué es?

Ella adopta pensamientos sin darse cuenta. Piénsatelo, luego estaremos ante estas leyes y las experimentaremos verdaderamente, siento también eso. Solo entonces empezarás a sentir más respeto por mi pensamiento. Ahora aún te ríes, te encoges de hombros, pero entonces nos iremos acercando más y todo empezará a respetar la propia personalidad. Erica está dando saltitos, como dicen los espiritistas... Está dando saltitos a otra vida, que soy yo y que es su propio hijo. Si es que al menos es un niño. Pero entonces ¿qué más? Quiero disculparme. Realmente, pensaba yo en un perro. Pero si entro más en eso, como podrás ver y sentir si vienes conmigo, entonces esto tan asombroso ni siquiera es tan malo. Yo para mí ya lo comprendo. ¿Y tú?

No sé si ya ha llegado el momento de analizar. Pero me encantaría darte mis sentimientos si con eso pudiera hacerte feliz. Lo que tengo que aceptar es que —prepárate— ¡descendemos a la conciencia animal! Por fin lo he dicho... ¿Sientes que es posible? ¿Que estamos analizando el alma de ella minuciosamente? Pero eso ya te gustaría. Aún no ha llegado ese momento. ¿Crees que ... sería posible? Conciencia animal... ¡Suenan a algo muy grande! ¿Cómo es posible? Vuelvo a desprenderme de ello por completo... Quiero librarme de cualquier tipo de influencia. No quiero seguir en el aire, quiero ir sobre seguro. Pero ¡ya hay otra máscara que te sonrío!

Y esos pensamientos tampoco los poseía antes de quedarse embarazada. Sí tengo que aceptar, aunque algunos tragos carezcan de importancia —para muchos médicos equivale a una medicina si uno no se olvida de la medida—, que nuestra Erica es capaz de beberse botellas enteras. Sus sentimientos están

sintonizados ahora con la conciencia canina. ¡Que es animal! ¿Cierto o no? O sea, otra vez una de esas cosas que merecen la pena. Contra las cuales tiene que luchar como madre y que destruye su bonita autoestima. ¿Qué pensará el doctor Stein de ella? Pare él ella es una calumnia sexual. Por eso es una lástima tan grande que Karel además la haya echado esa miseria encima. ¿Una lástima? Pero ¿se han creado lástimas? Mejor lo diré, porque si Erica no se hubiera lamentado tanto, yo no la habría llegado a conocer; dicho de otra manera: no entres demasiado en esa materia, pero es un pequeño milagro. ¡Para mí el sol brilla!

Karel la deja plantada ante su puerta como una mendiga, y eso tampoco debe ser así. “Y ya ves, Frederik...”, dice ella, “que él deja entrar a su castillo a todo tipo de gente, pero a mí no me gustan esos perifollos”. No hay ayuda. La estufa está apagada. ¡Bah...! Cosa que me vuelve a dejar trastornado, porque ella me está sacando lo que es parte de mi interior. Elige una metáfora que es mía, hace bromas que son humanamente responsables. ¿Es de extrañar? ¿Tiene una predisposición sentimental o erótica y está presumiendo de perifollos faltos de dignidad humana que no tienen nada en común? Te pregunto... ¿es por el niño? ¿Es posible que un niño influya en la madre ya antes de nacer...? No es tan extraño ni tan antinatural como pensamos. Reconócelo sin rodeos: es sobrenatural. No hay ni un solo especialista que la pueda ayudar. No te rías, mundo científico, no te encojas de hombros, hijo de campesino. Yerras el tiro por completo. Estoy junto a ella y empiezo a comprender que la puedo ayudar.

Si la dejas que termine de hablar sabrás aún mucho más, y empiezo a tener la verdadera satisfacción de que ella tiene agarrada mi vida. Repito: antes de que se quedara embarazada, sentía, no tenía ninguna de esas cosas... Todavía ayer Karel le dijo:

—Todo lo que pienses, o puedas pensar, al margen de ti misma para ti misma, ¡de todas formas será tuyo!

Bueno, pues a aclarar eso, pero es una verdad como un puño. Pero a ella no le sirve de nada.

—Entonces —dice Erica— salí corriendo de la casa para serenarme un poco. Cuando regresé volví a la carga y me sacó de mí misma, arrojándome a su acequia. Más tarde ese día me dio las flores de su corazón y dijo:

—Ya te digo, mujercita, también una yegua tiene que ver con la maternidad, pero los seres humanos no oímos que se queje el animal. Dado lo natural que es este animal no tiene síntomas molestos, pero ¡parir es parir! Ese potrillo también es hijo de Nuestro Señor. Por qué no ibas a poder procesarlo tú entonces. Eres un ser humano. Ojo: un ser humano. Puedes abarcar todo, obtener ayuda, con los avances de la ciencia. De verdad que no vas a sufrir un accidente. No te olvides, querida, que quiero seguir siendo independiente.

No puedo desatenderme a mí mismo ni lo que he de representar. ¿Qué es alma y qué es vida? ¿A ti qué te importa? Primero concóctete a ti misma, pero cerca de lo que es natural. Eso es sobre lo que tienes que reflexionar, y Él, que gobierna por encima de nosotros, será piadoso contigo en esto (—concluyó).

Ves, Frederik, así es Karel. ¿Estas son flores del corazón? Ahora ves solo un fragmento de su ser y carácter. Después hubo más:

—Todo lo que vivimos los seres humanos está predestinado. No por medio de Dios, porque Él no se mete con nuestra procreación ni con los nacimientos, para eso ha creado la yegua y el semental y me dio la capacidad de llevar tu fruto. Ahora te encuentras de inmediato ante tu Biblia y esa historia increíble, con la que no me vendarán los ojos.

Entonces, Frederik, yo lo habría podido besar de felicidad, si no hubiera añadido:

“Tú misma te estás precipitando hacia el psiquiátrico y yo no te voy a sacar de allí, porque todo ser humano está impotente ante eso. Preferiría decir: ¡Es algo que se te adeuda!”.

Inmediatamente volvió a largarse por la puerta y me dejó sola.

Más tarde esa noche volví a convencerlo, porque a veces dice cosas tan acertadas, por lo que podría ayudarme ahora, si solo le apeteciera hacerlo, o si al menos le viera el sentido. Fue algo tan repentino; dijo:

—Mis enfermos, Erica, ya me dirán si soy normal. Hago lo que puedo; a veces te quedas mirando a esas pobres almas y es imposible tenderles una mano. Entonces se te va subiendo la sangre a la cabeza y es como si recibieras una paliza. No de esas personas, sino de Él, porque lo que yo creo Él lo podía cambiar de golpe. Así que yo no creo en poderes ni leyes sobrenaturales, ni en milagros por imposición de manos o milagros del alma, eso, Erica, son sandeces... Nos deja tirados en la miseria, deja que lo arreglemos nosotros mismos. No quiere que nos dediquemos a ese tipo de cosas, porque ¡también nosotros, los eruditos, tenemos que aceptar el alto que Él nos da! Pero ¡lo sabe hasta un burro!

Le plantarías cara, Frederik, pero no puedes hacer nada contra eso. Cuando lo oyes crees que tiene razón. Pero a mí sí me fastidia. No puedo engañarme a mí misma, ¿no? (—pregunta).

Ella espera una respuesta. Le digo:

—Tienes que querer ser fuerte, ¡eso es todo! Si acudes a un médico sabes lo que te espera. Ellos no lo saben. Karel tiene razón en sus propios ojos, pero no sabe lo que quiere decir, al menos no si tiramos por la borda todo lo que es nuestro. Quiere decir con ello, si lo comprendo bien: Todo es bueno tal como sale de la mano de Dios, y si no es bueno quiere decir: hay que seguir siendo natural, porque de lo contrario intervendrá Dios. Pero Dios no interviene, Karel se encuentra ante sus muertitos, tiene que aceptar que no tiene nada

que decir, nada que desear frente a los poderes y las fuerzas ante las que se encuentra; y con él, sus colegas. Pero piensa: sus intenciones para contigo son buenas (—concluyo).

‘Aun así tenemos que intentar ayudar a esta alma’, pensé, ‘como sea, necesita ayuda’. Hay más unión con ella de lo que sospechamos. Aquí están operando fuerzas que todavía desconocemos, pero de las que empezamos a ver algunos fenómenos. ¿Cómo será luego, cuando esos mismos fenómenos se hagan más poderosos? Porque aún no hemos llegado. Y además: eres una personalidad propia o no la eres. Ella ya no la es.

¿Y eso por su embarazo? Nos encontramos ante sus sentimientos. La ciencia no sabe nada de eso, prácticamente nada, los estudios aún no son relevantes. Si entras en la materia como profano, entonces aprendes algo sin darte siquiera cuenta. Si tiene un axioma es algo que no sabes. Quiere que le dé la respuesta, y ciertamente, algo sé al respecto... Si, por ejemplo, cambio a la teosofía, que acepta que las personas vuelven a nacer, entonces vuelvo a estar en el acto ante Karel con su “universidad” que dice: el alma está por primera vez en la tierra. Cuando el niño adquiere vida, ese es el primer comienzo. ¡No hemos avanzado más! Pero ¿quién tiene razón? La cabeza ya me empieza a dar vueltas. Y cuando la oyes preguntar: “¿Ya es capaz de influir ahora en la madre un gusanito de esos?”, entonces tiendes a responder: “Sí, tiene que ser así. ¿De dónde vienen tus sentimientos y fenómenos?”. Pero ahora te encuentras ante centenares de miles de posibilidades y derribas a un parapsicólogo. Pisoteas a tu psicólogo; un psiquiatra padece de rabia. ¡Ya sentirás que eso no va! Es imposible. No soy capaz de acabar —así como así, en medio de los fenómenos de Erica, con sus charlas y sus ganas de tomarse un trago— aquello por lo que esta humanidad ha recibido su carácter y personalidad. Ya no quedó ahora nada de nuestro pensar social. Fuimos hundiéndonos en la arena del desierto, no fuimos construyendo, ¡fuimos destruyendo! ¿Tienen que sucumbir las “universidades” por sensibilidad maternal? O como lo dice Karel: ¿por piedad hipersensible, revelación consoladora? ¡No me hagas reír!

Seguramente ya lo sentirás: no es más que hacer preguntas y más preguntas. Y luego hay otra cosa. Sea lo que sea lo que pienses de Karel, él elige el camino correcto. Te digo que espero no verlo de otra manera que como es ahora. Es un médico natural. Es sobrio y está con los pies en la tierra. Karel quiere ver fundamentos, ¿o no es así?

Es Erica. No logra aclararse. Se ahoga en sus sentimientos, no adquieren un significado material. Ella tampoco tiene fundamentos. Y en cuanto a mí, estoy expectante y escojo mi propio camino. ¡Lo que hagas tú es cosa tuya! Pero creo que luego tendré la razón.

Karel dijo hace poco:

—Si hubiera sabido, Frederik, que me vería tan impotente a pesar de todos

mis conocimientos, entonces habría seguido con las vacas, o me habría hecho veterinario. Un animal te habla, lo natural en él te conduce por sí solo en la buena dirección. El animal te dice cómo actuar, pero el ser humano, con todas sus sintonizaciones divinas, es sordomudo, inalcanzable, imprevisible. Lo que soy ahora, tú lo alcanzas en medio año. Tú, con tu optimismo infantil, tu torpeza, penetras más profundamente en el problema que nosotros con toda nuestra seguridad. ¡Lo digo en serio! (—concluyó).

Pero ya no volví a caer en la trampa, ¡al día siguiente de todas formas volvería a pagar las consecuencias! Pero, aun así, ¿es verdad?

Me despido de Erica y deseo estar solo. Ah, ese aire fresco. A la naturaleza, Frederik. Anda, ya, tan rápido como puedas. Hay gente sentada en mi lugar fijo. Así que continúo. Quiero reflexionar. Ahora que soy uno con la naturaleza, verde y gris, ahora que me habla la unidad de este espacio, que los árboles están peleándose por un apasionado amor por Él, salgo corriendo del bosque y me encierro en mi habitación. Una cosa la tengo clara, y es que en Erica hay conciencia animal. La destruirá. Por el momento dejo que el resto vaya reposando.

Pienso en ella y le envío desde lejos mis pensamientos. ¿Que si ayuda?

—Quisiera decirte algo. Erica, señora Wolff: si lo quieres de verdad, si me prometes que dejarás la bebida, haré todo lo que pueda para ayudarte. Todavía no sé cómo y por medio de qué lo tengo que hacer, pero nos comprendemos. ¡Por el momento no hay más! (—concluyo).

Unos días después, cuando vuelvo a dejarme caer por su casa, me enfrenta a los hechos.

—¿Nos tomamos un trago, Frederik? (—pregunta). Ahora no me queda más remedio que aceptar que los pensamientos y la ayuda que envié no valen ni un céntimo. Tengo que empezar a hacerlo de otra manera, pero me niego a beber.

—Vamos, Frederik, una sola copa, porque estamos a gusto. ¿Crees que voy a vaciar esta botella de golpe? ¿Quieres que apostemos? ¿Quieres saber si a mi niño le gusta la ginebra? (—pregunta).

Pienso en Karel, él la daría una paliza. Erica lo siente y dice:

—Si Karel me ve, hay algo que arde para mi alma. Pero todavía no lo sabe, ni es necesario que lo sepa, de todas formas no le dirá nada (—concluye).

Constatamos que eso vive aquí en ella. Es horrible e incomprensible. Ahora ella es un hombretón, tiene actos de sabio, habilidad para beber y también para el trago. Su reloj de placer que oyes después, pero que te hace estremecerte y temblar. Esta es otra conciencia, ya no es la suya.

La suplico que deje las copas. No te pongas a beber, digo. Sonríe y no le importa. Aun así, pone la botella en el armario y pregunta:

—¿Seré demasiado mayor, Frederik, para tener hijos? Ahora tengo treinta y

siete años. A mí sí que me lo parece. Hemos esperado demasiado. ¿Me crees? (—pregunta).

Tengo que volver a ser torpe, porque no lo sé. Pero sí tengo mis propias ideas al respecto. Continúa:

—¿Por qué no tuvimos hijos cuando los deberíamos haber tenido? (—pregunta).

Eso no sirve de nada, pero es una pregunta humana. Tiene más preguntas; oigo:

—¿O es posible tener hijos cuando lo quiere una misma? (—pregunta).

Más raro todavía, pero también ahora verdaderamente humano o palabrería en el vacío. Más:

—Sinceramente, Frederik, he de decir que no los queríamos. Pero creo que estoy mintiendo. A Karel le gustan los niños, a mí me daba igual. No sé si soy feliz por ello. Podría querer a mis hijos si supiera de antemano que los conocía. Ya veo bastante miseria. ¡Son problemas! Se van añadiendo cada vez más preguntas, ¿no crees? (—pregunta).

Lo que dice ahora suena del todo razonable. Los niños son un problema, cualquier madre piensa como Erica. Para muchas, sus retoños suponen miseria, peleas, derrumbe, y, por inconcebible que sea, alejamiento entre esposo y esposa. ¡Y así más cosas! Pero ¿son las palabras de Erica las de una exaltada erótica? Aún no he terminado conmigo mismo cuando dice:

—Creo, Frederik, que va a haber problemas. No oigo que Karel diga nada. Antes lo comentaba a todas horas. Ahora que espero al niño, estoy sola. Pareciera que ha perdido el interés. Su amor por el hijo de su propia sangre se ha extinguido. ¿Cuál es la causa de este cambio? ¡Ay, Dios, qué problema! (—concluye).

Unos segundos más tarde dice:

—Sí, por qué no es capaz una madre de poner a sus hijos en el mundo a tiempo? ¿Por qué tienen las madres hijos aunque no los quieran? Unas se los quitan de encima, otras se lamentan y suplican, y no los tienen. Hay mujeres que viajan por todo el mundo para tener hijos, pero no hay catedrático que pueda ayudarlas. Hay madres que destruyen el fruto y se hacen estériles, otras se operan para conseguir lo contrario. Dios mío... si tienes que ver con todo esto, ¿qué misterios tan horribles son entonces!

Pasaron quince años hermosos. Entre los veinte y los treinta me parece la edad más hermosa. Entonces es cuando mejor preparada estás para ello, por no decir: entonces estás abierta a ello, estás más en armonía con el acontecimiento. Eres joven también y comprendes todo mejor. Ahora nos va a llegar a nosotros el primero. Ojala que sea el último, porque ya estoy harta de esto (—dice).

¿Todo esto son majaderías, locuras? Pero no tengo tiempo de reflexionar,

porque Erica continúa, toca leyes que me dan vértigo y de las que nadie sabe nada con exactitud, pero ante las cuales se ve colocada toda madre.

—Y, Frederik, ¿me quieres hacer creer que Dios se mete en todos estos asuntos? ¿Que Él se encarga de que no tengas hijos? ¿Que Él...? Pero, haz tú mismo miles de preguntas... ¿Es Dios quien da ventajas a una madre y deja que la otra se estrelle? Te pregunto: ¿Es por Dios que un niño está dotado y el otro tiene tendencias psicopáticas? Pues entonces quédate con tu Dios, ¡no quiero saber nada de Él!

Vuelvo a preguntarte: ¿Quieres hacerme creer que dedica Su tiempo a esta miseria? Ya lo sé, hablo influida por Karel, pero ¿es que no tiene razón? Entiéndeme bien, Frederik, no soy persona versada en la Biblia, no he estudiado bien ese libro. No quiero ofenderte, a nadie en absoluto, pero ¡respóndeme! Estoy buscando, pero ¡tú lo desmenuzas todo! Tú resolverás para mí este misterio. No sé qué me está fallando, pero todo se corresponde a lo que siento ahora, es la causa de mis problemas (—dijo).

De nuevo son mis pensamientos lo que ella expresa, es como si succionara una parte de mi vida. Es asombroso, pero desde luego que da miedo.

Si la seguimos, si somos capaces de ello, entonces ciertamente nos encontramos ante hechos. Te pregunto: ¿Es Dios quien hace que nazcan los niños? ¿No es como dice Karel? Él creo para la yegua un semental, y yo estoy aquí para que tu regazo porte un fruto. Pero —y es lo que él ha querido decir— ¿eso es algo que también está en tus propias manos! Dios te dio a ti, a nosotros, la capacidad, ¡por lo demás Él no tiene nada que ver con esto! Ya es bastante deplorable. Estamos metidos de lleno en una gran sociedad enlodada y nos atascamos en sus leyes. ¿Somos animales? Un animal tiene más espacio del que pensamos.

El animal no razona, actúa; pero obedece, mejor de lo que lo hacemos los humanos, a su amo. ¿Preguntó Erica por todos estos fenómenos? Karel y ella son personas normales, que poseen cuerpos bien formados y que están dotadas con buenas cabezas. ¡También son sencillas! ¡Karel no es alguien que se dé ínfulas! Sus amigos, entre quienes me encuentro, pero que aún no saben nada de todo esto, son tan chapuceros como todo el mundo. Disponen de un poco de sabiduría y se encargan de que nadie les moleste. Pero entonces viene Dios y pone esta vida patas arriba. A Su manera y de pasada destruye a hachazos la felicidad en esta casa. Aparece de repente, sin más... Dije “de pasada”: el terrible drama se desarrolló en pocos minutos. Pero Karel y Erica no se daban cuenta. Y ¿quién podría comprenderlo? ¿Quién nos aclarará las leyes universales? Estos dos, Erica y Karel, fueron una sola carne, pero ¿cómo iba a poder saber Erica que el hombre que Él le había dado envenenaría la suya? Ella recibe la savia de la vida, se fue deslizándose hacia las profundidades de la vida, se perdió y renegó de sí misma por ofrecerse por completo en su

pasión de mujer, y después se durmió profundamente, envuelta en un amor extraordinario, y soñó. Vio que las nomeolvides y margaritas fueron haciendo trenzas alrededor de su oscura cabellera. Vivió una gloria desconocida, algo tan imponente, de tal belleza sobrenatural, que lo vio a Él en su sueño, dándole las gracias por todo lo bueno otorgado a ella y Karel. Ni tres semanas después hay síntomas, y tiene que aceptar que su sueño la engañó. Sí, que Dios mismo la engañó.

¿Les dio Dios un niño? ¿Es Él quien da a Su hijo una madre alcohólica? ¿Es Él quien la hace tener todas esas pesadillas? ¿Porque antes nunca fue así! Erica empieza a tener una propensión a hacer todo añicos... ¿Es ese el amor bendito de Dios? ¿Ves? ¡No lo creo! Me es imposible creerlo, ¡porque no considero que Él sea capaz de hacerlo! Somos nosotros mismos, según sé, aunque no puedo demostrar esta aseveración. Quizá yo sea algo demasiado escéptico para esas metáforas “universales”. ¿Le pareció a Erica que el golpe que le afectó le fue dado directamente desde Su espacio?

“Eso cuéntaselo a tu abuelo”, se le escapó una vez a Karel, cuando por enésima vez se volvió a hablar de este asunto; yo añado lo mío... No me da la real gana otorgarle a semejante engendro el nombre de “Dios”. Así quedó embarazada Erica... ¡Creo que comprendo esta alma! ¡Ciertamente, sin duda se siente engañada!

Siendo todavía niño tuve una riña con mi padre sobre los poderes y las fuerzas que habrían inspirado determinados proverbios bíblicos. Sigo sin saber quién me puso en la boca aquellas tremendas palabras. Pero todavía sé que se me salieron antes de que me diera cuenta. Mi padre vio que reaccioné como un toro ante un capote, pero también él se olvidó a sí mismo. Ni corto ni perezoso, ¡le dije que el Dios del Antiguo Testamento era un malvado! Al instante salí corriendo por la puerta y desaparecí un día entero. Mamá me encontró arriba, guiada por su intuición, en el ático. Entretanto, había clavado al Dios de papá en las vigas de madera, lo había colgado de una robusta sogá y lo había tallado en la madera carcomida. Me divirtió, sin que apenas me diera cuenta de que yo seguía vivo. Ya entonces tanto de lo que se contaba acerca de Dios me parecía contrario a Sus leyes de amor y justicia con las que se me intentaba sobornar —y a cuántos niños más— y que nos presentaban como pruebas de veracidad. ¿Era yo entonces tan gamberro? No lo creo. Hice amigos y los he conservado. Yo, que ya aprendí a pensar de joven, ¡siempre era un apoyo para mis amigos! ¿Y ahora, a esta edad, tendría que aceptar que entonces no estaba en lo cierto? ¿Tengo que aceptar ahora que el Dios del Antiguo Testamento sí era un Padre de Amor?

Un teólogo podría intentar derrotarme a mí, a Erica y a Karel con tesis o concediendo a los proverbios de la Biblia un origen divino o un sentido de la justicia divino. A mí no me entra que todo esto sea justo, la política de un

Dios de Amor... A mí se me hace temerario hablar de un espacio y tiempo de los que nada sabemos... ¡de los que nada se ha probado! Entiéndeme bien, no estoy hablando de “Cristo” ni de los sucesos relacionados con Él. Ante mí yacen los escollos que nos impiden encontrar la salida. No junto al Hijo, sino donde el Padre, es decir: el Padre del Antiguo Testamento. Ahora bien, se puede hablar y hablar, predicar dichos sabios. Uno puede hacerse el sabio, ser catedrático. Esos escollos hay que aceptarlos para siempre, porque el Dios del Antiguo Testamento es un extraño... alguien que odia. Los seres humanos no queremos el derribo clandestino. ¡Fue Él quien lo hizo! ¡Porque así lo dice la Biblia! Pero ¿es que no eres un ser humano? ¿Tú también actúas como uno de esos borregos? ¡Y para colmo además pones una pistola en Su mano! No..., no creo que Él sea violento. ¡Me es imposible aceptarlo!

Creo a Erica y Karel, pero aun así sigo un camino propio. Sí que hay una cosa que me hace dudar... ¿Fue Dios quien introdujo el caos en esta vida? Todavía no lo sabemos. En Su espacio pende que recibamos o no la respuesta. Ay, esos ángeles Suyos, ¡qué abandonados nos tienen!

—Mira —dije a Erica—, ¡no creo que Dios te haya engañado! Los humanos somos como los borregos. ¿Y qué hace una oveja cuando se ha extraviado del gran rebaño, del hombre al que respeta y que tiene que vigilarla? Se come todo tu huerto. Pisotea todos tus buenos talentos. A diestro y siniestro muerde trozos de tus cultivos y continúa hasta volver a tener hambre, para empezar de nuevo desde el comienzo... Donde aparezca semejante vida crea pobreza y desgracias. Por qué no sometes esto a tu corazón humano, haz una comparación, mira hacia atrás: cómo te fuiste de casa, y sé sincera ante todos tus actos, que creaste como un hijo pródigo. Ahora sabes que este mundo entero te pertenece, esta tierra entera... pero ¡no comprendiste lo que poseías! ¿Le puede agradar a Dios ver cómo nos caemos y levantamos? ¿Puede hacer que te estrelles? Quizá sí, pero ¿es que lo hace realmente? Nosotros, los seres humanos, Erica, ya nos tropezamos con una sola palabrita... con miles de cosas sin importancia, pero ¡no vemos la quintaesencia! O para decirlo con la Biblia: Vemos la paja en el ojo ajeno —ay, que rápido la vemos—, pero no la viga en el ojo propio (—dije).

Cuando me pregunta de dónde he sacado esta sabiduría... no sé qué contestarle... Ni yo mismo lo sé. Pero ¡sentí que me entró una gloriosa sensación cuando lo comenté! Era como si todo me hablara, todas las cosas creadas por Él. ¿Es que estoy abierto a eso entonces? Anda, explícamelo. Respondí:

—Señora, es algo de lo que me enteré en Oriente. Oriente sabe a veces más que Occidente. A Occidente le gusta vivir de gorra. Oriente no pierde su identidad. ¿Qué significa? Que nosotros, los occidentales, hemos perdido nuestra naturalidad. Ahora lo nuestro es vivir de gorra. Oriente se centra en aquello que vive en ti. Significa que un sabio occidental se dedica a sí mis-

mo... Por medio de sí mismo intenta resolver misterios, que en la naturaleza están al alcance de la mano, pero del que no quiere aceptar un origen. ¡Y cada insecto —dicen en Oriente— puede decírtelo! Porque también ese animalito tiene un espacio propio. Eso te conduce a la magia blanca o negra, o, dicho de modo más sencillo... ¡al conocimiento propio! Una cosa sí sé: en Oriente la gente sigue siendo hija de la Madre Naturaleza... Nosotros, los occidentales, y con nosotros la conciencia urbana, intervenimos tan salvajemente en nosotros mismos, en nuestra vida y en las cualidades recibidas de Dios, que la verdad, aunque esté anotada con letras gigantescas, nos es desconocida.

—Qué hermoso, Frederik. Por Dios, qué arte tienes para decir las cosas. ¡Lo sabía...! Eres tan distinto a millones de personas de este mundo... Realmente, aún eres un niño. Pero ¡qué hermoso es! ¿Sabes que a veces doy paseos por la tierra? Justamente ahora, antes no era capaz. Anda, sigue.

—La realidad es que hasta los más conscientes entre nosotros no querían cambiar de ninguna manera su suerte por la de un habitante de la India. Es decir, no su vida material... Su interior es más elevado que el nuestro, al menos que el de quienes hayan creado el orden natural en su propia casa. ¡Porque el resto es un desastre! Creo que todas las personas de la tierra serán elevadas algún día a la vida urbana, porque ese es el objetivo —qué se le va a hacer— de esta humanidad. A fin de cuentas, uno no puede seguir renegando siempre de la cultura. Y eso me lleva de nuevo a Nuestro Señor, que dice: Te crearé un paraíso. Al menos, eso dice el Antiguo Testamento. Pero ¡mira cuánta miseria y juzga por tu cuenta! ¿Y lo que se refiere a Karel y a cómo vive de la gorra? ¡La ciencia hay que poder sentirla! Oriente vive según leyes naturales. Aquí, en cambio, lo convertimos todo en una ciencia, pero el alma de todo lo que vive demostrará algún día que esto no solo es innecesario, sino incluso un completo error. Por ejemplo: las sentencias judiciales. ¿Satisfacen el sentimiento de justicia natural? ¡Normalmente, no! Por ejemplo: la iglesia. ¿Da luz? Al contrario, con la imagen que nos da del Altísimo, solo hace más densas las tinieblas que lo envuelven. Nunca fue verdaderamente luminosa para los pobres de espíritu, nunca irradió nada, porque el Dios que predica sigue condenando todavía... ¡Y eso tampoco lo acepto!

Ves, Erica, ¡esto es vivir de gorra... ciencia espiritual bajo la tierra... palabrería al vacío! ¡Esto es calumniar a Dios con la muerte...! Vender su espacio por propiedades, oro, plata... ¡locura material! Podría ofrecerte otra imagen para que me comprendas mejor. Y entonces tal vez comprenderías mejor lo que quiero decir con vivir de la gorra en lo científico. Te daré un ejemplo.

Karel tiene un paciente... Lo visita y el enfermo piensa que está trabajando para curarlo. Pero Karel no hace más que recetar una pildorita, es todo lo que tiene a su alcance. A veces pasan años antes de que llegue finalmente la muerte... Karel se encuentra ante el hecho.

Todo ese tiempo vivió de su ineptitud... El enfermo lo pagaba, pero no recibía nada a cambio..., nada más que un poco de esperanza de que se recuperaría. ¿Sabes lo que les molesta, lo que los saca de quicio, aunque los señores no lo digan? No, eso no lo sabes. Una vez hablé con alguien que entendía de esto, y dijo:

“Y allí estás entonces, un montón de engaño consciente. Te gustaría arrojar el dinero recibido sobre el cadáver, porque te sientes un gorrón... Un barrenadero es más justo que nosotros los sabios”.

Entonces ese hombre se fue. Nunca he vuelto a verlo. Pero él sentía, según me di cuenta, que no se había merecido ese dinero... ¡Solo había vendido un poco de conocimiento inútil, conocimiento que no servía, que no valía nada! ¿Crees que esto está en armonía con lo infinito? ¿Te parece que es así como hay que aprovechar los dones del corazón y de la razón? Ya lo sé, nosotros, los humanos, no debemos pensar así, pero ¿qué quieres? Mira su ajetreo vacío, sus atavíos y ruido material, ¿qué son? Si nosotros, siguiendo por el camino de la ciencia, encontramos una manera de devolverle la vida al hombre — dicen aquellos que ven su propia comodidad— ¡seremos inviolables! ¡Eso lo compensa todo! Pero hasta que lleguemos allí..., y ¡hasta allí jamás llegaremos!

Te digo: que se aclaren entre ellos. Si Karel siguiera pensando en esta dirección, creo que no podría seguir aceptando esa limosna. Pero no piensa más allá. Te digo que cuando yo tuve que elegir, cuando empezó mi vida, cuando tuve el plan de hacerme médico, soñé una noche con estas cosas desagradables, y ahogué todos mis deseos de golpe... Nunca en mi vida, me dije, me haré médico. ¡No quiero ser un gorrón! Solo más tarde comprendí de verdad, Erica, lo estúpidos que eran esos pensamientos. Eran expresiones de sensaciones juveniles, porque nuestra sociedad y evolución al fin y al cabo estaban completamente detenidas. Pero es que Karel es así. Aun así sé que algún día oiremos salir esas palabras de su boca. ¡Es demasiado honesto, demasiado campesino... como para seguir levantando la mano ante un cadáver! ¡A él no le gustan las máscaras! (—concluyo).

A Erica esto le hace reír, pero ahora está tranquila. Se ríe como nunca antes la vi reírse, y se lo deseo. Sé quién la hace reír tanto... es Karel. Cuando me levanto para marchar me insiste en que me quede.

—Esta hora es demasiado valiosa —dice— para ya poner fin a ella. Me has aclarado tantas cosas. Nunca me he dado cuenta de esa vida plena de ir de gorra. Pero tienes razón. ¡Ay, este Karel! (—dice). Al instante me arrepiento de mi palabrería estúpida.

Después de callar brevemente prosigue:

—Cuando un ser humano común y corriente vende algo, Frederik, y luego resulta que la mercancía vendida no vale, un tipo así se va a la cárcel. La

sociedad rechaza a individuos así, por estafa o por otras cosas. Pero ¿qué hace Karel y los de su especie? Ves, sí que te entiendo. Es ridículo cuando te das aires por lo que sabes, aunque en realidad no sepas nada, cuando al menos tu ciencia es impotente. Ahora que tengo compasión con el modo, veo a Van Stein de otra manera. Puede contar lo que quiera, pensar de mí que soy una sentimental, quizá que sea una mujer erótica. ¡Ahora veo mi pobreza! Dios mío, cuánto me has ayudado, Frederik. Me he quitado tantos problemas de encima, solo por tus palabras. Qué feliz soy contigo... No te asustes, Frederik, ¡quiero decir que me siento feliz de poder llamarte mi amigo! Lo digo en serio. Vales tu peso en oro. ¡Tus palabras son tan serenas! ¡Vaya ese Van Stein! Ahora lo sé...: no requiero ayuda científica. Más tarde podrán ayudarme para ir a por la vida, pero eso es todo. ¡Ya está bien! (—concluye).

Se ríe con tanta fuerza y pasión que se oye hasta en la calle. Ve más que yo. Mira al suelo, pero allí está, creo, Van Stein con su “grado universitario”. Ahora comprendo que los pulgones pueden picar al hombre, ¡y les va la juerga!

Tengo que volver a aceptar que su capacidad de reflexión es más aguda de lo que pensaba. Antes era más pobre en lo espiritual, ahora es como si tuviera mil años más y mil veces más sabiduría. Esto me dice que no todo son desgracias y que no todo se convierte en locura, sino que también puede significar crecimiento y florecimiento.

Vuelve a preguntar:

—Pero ¿de dónde sacas toda esa sabiduría, Frederik?

Respondí:

—La tienes o no la tienes... Has de saber que estoy perdido. A veces puedo hablar de asuntos humanos. De pronto se me cierra el mundo de mis pensamientos y alguien me cose los labios, paralizando todo en mi interior. Parece ser que entonces he quemado mi propio combustible. O quizá sea otra cosa y he de volver para ello a Oriente. No me entretengo con teosofía ni espiritismo, conservo la lucidez, sigo con los pies en la tierra, y conozco el espacio. No es una consecuencia de mi edad más madura, esta queda al margen. Tiene que ver todo con dones espirituales. Eso me lleva directamente a esta pregunta: “¿Por qué da Dios tantos de Sus dones a unos niños, y a otros los deja fracasar?”. La edad no tiene nada que ver con eso, Erica. ¡La ancianidad es... estupidez, la juventud puede ser... creación, ampliación...! ¿Qué importan las canas y toda la experiencia?

¿Creías que todo esto vino con los años? Hace unos meses todavía no sabía nada de esto, ahora aprendo cada segundo (—dije).

Hubiera querido decirle: aprendo por medio de ti, pero eso me pareció demasiado horrible. Solo la alteraría con esas palabras. Aun así, era la santa verdad. Hace tan solo unos meses era un palurdo, espiritualmente pequeño.

Pero siento, no: sé que tengo que hacerme todavía más pequeño ¡si quiero llegar a viejo! Crecer hacia Su antigüedad, Su antigüedad que no es física, sino espiritual. La vejez terrenal no significa nada.

Le dije a Erica:

—¡Cambiarás! Créeme, ¡tu hijo llegará por sí solo! Y no te rías, por favor, aunque me exprese con torpeza. Quiero decir: tienes que seguir siendo tú misma. Depende más de que tu alma de mujer pueda dominar la de la madre que hay en ti (—dije).

Lo había soltado. Volví a oírme hablar. Cómo es posible, me preguntaba, de dónde sacas todas estas cosas, no salen de ti. ¿O es que solo ahora estoy empezando a ser yo mismo?

Erica preguntó:

—¿Puedes repetirme eso?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Creo que vale la pena.

—Realmente no sé de qué me hablas.

—Es que dijiste que el alma, que la mujer en mí... ¿y luego?

—¿Dije yo eso? Suena muy hermoso (—dije). Siento ahora que la estoy engañando. No tengo que mostrarle que hago cosas, que digo palabras que, igual que en su caso, no salen de mí mismo. Entonces sin duda que esto se convertirá en un manicomio. No tardo en recuperarme e intento actuar con normalidad, pero me asusté mucho. Pero gracias a Dios no se da cuenta; pregunta:

—¿Sí tienes entonces conocimientos del alma, Frederik? Anda, cuéntame más de eso, quiero saberlo todo (—dice).

Me quedé como un témpano y no me comprendí cuando le dije que a veces en mi interior vivía algo que yo mismo no comprendía. Me miró consternada. Pero acto seguido dijo:

—Eres como un niño, Frederik, ya te lo dije. De verdad, a veces puedes decir cosas hermosas. Deberías haber estudiado. O tenías que haberte hecho escritor. Dices las cosas con tanta amplitud, son tan estimulantes, tan juguetonas, tan ingeniosas. Creo que eres un psicólogo nato. ¿Nunca te dedicaste a eso, Frederik?

—Nunca —respondí mecánicamente—. No, ¡jamás me he dedicado a eso!

—Raro no es, pero sí una pena, porque entonces es que sin duda erraste tu vocación, Frederik. En tu interior su esconde un gran talento, sabes escribir libros muy hermosos que nos sirven a las personas. Imagínate que todo esto que hemos comentado ahora, en el fondo todo... desde el primer momento se describiera del modo en que tú piensas y dices las cosas. ¿No sería eso un libro milagroso, de un contenido sin parangón? Estoy segura de que te harías famoso. Y también sé por qué. Lo comparo conmigo misma... Sabes que toco

el piano. A pesar de todo el esfuerzo no consigo lo que en tu caso parece que sale volando sin más, de lo cual tú dices que no es parte de tu vida. Yo lo veo de otra manera. Tú sabes decir cosas que se te ocurren gracias a fuerzas desconocidas. A eso el mundo lo llama “inspiración”. ¡Lo que es eso exactamente no lo saben los sabios! Yo tampoco, ni tú. ¡Y sin embargo está! Yo no soy una creadora. ¡Tú, sí! Es algo que anhela cualquier artista... pero solo lo recibe unas pocas veces en su vida. Contigo lo veo todos los días. Sea lo que sea, Frederik, en todo te expresas por un sentimiento desconocido, por una fuerza exterior o interior —eso da igual—, y se convierte en arte. ¡Tu alma vive! Es algo que tengo que aceptar, y Karel lo hará más tarde. ¿Crees que no te conocemos? Antes de quedarme embarazada, lo reconozco sin tapujos, no veía con tanta nitidez como ahora. Podría sentirme completamente feliz si no estuvieran también todos esos problemas. Ahora ya creo que Dios lo sabe todo. Empiezo a comprender que reparte las cosas según Su criterio, eso me da esperanzas. Dicho de otro modo, el bien y el mal, la felicidad y la desgracia, la conciencia elevada y baja —como tú dices, Frederik—, todo esto vive en mí. Pero tú ya no tienes ninguna noción de lo de un nivel inferior, contigo todo está en uno más elevado.

Te repito: crees que nadie te conoce. Enseguida quizá vuelva a olvidarme de todo y te vea de otra manera. Ahora veo tu alma, tu capacidad y toda tu personalidad, que para mí tiene una belleza entrañable, justo la que le falta a nuestro mundo. A veces pierdo la razón, Frederik, pero sé que volverá a desatar la locura en mí. Es mi propia salvación, mi esperanza, mi fuerza para sobrellevar el horror. Ya ni sé lo que acabo de decir. ¿De qué hablábamos? Ah, ya lo tengo, creo: decía que a veces estoy completamente loca. No, eso no es. A mí me tranquilizas. Porque tienes esa seguridad en ti, aunque hagas como si no lo supieras. Lo que siento y tú a veces consigues pertenece a un solo mundo. Y de repente eso se cierra solo, te echan de ese castillo. ¿No es así?

Una vez oí a alguien comparar las almas afines con flores de un mismo color. Entonces no lo comprendí, pero ahora estoy empezando a entender a ese hombre. Quiso decir con eso que las almas pueden estar en distintos niveles. Pero ¿es que entonces pertenece la mía a un tipo tan lúgubre? Sí, de pronto me doy cuenta de ello. ¡Así tiene que ser! (—dice).

Solo puedo estar de acuerdo. Ha empezado a ver la verdad. Casi me atrapó. En esos segundos fuimos uno, como flores de un solo color. Pero ¡ella también tenía espinas! Las mías las extrajeron de camino hacia acá. Por eso tengo esa conciencia infantil, que ella admira tanto. No lo sé, es algo que aún me supera, aunque he de reconocer que es asombroso. Te entra paz. Me dice que no acierta, que se ha apartado de nuestro asunto original, y en eso tuvo razón. Pero ha vuelto a encontrarlo y continúa:

—Mira, Frederik, ¡todo eso es crear! Creo que vuelvo a sentirlo. No es

miedo escénico. Sale volando de tu pluma, sin que lo pienses. ¡Es crear! Dios santo, Frederik, lo dejo. Podría hacer poemas. Ahora se pone feo de verdad (—dice).

Ciertamente, así es. Sabía cómo le entraba eso, aunque desconozco el origen. ¿Que si es un pozo pestilente o un cielo? ¿Quién lo dirá? Es capaz de hacer cosas grandes, y un momento después no queda nada del sentimiento o de la fuerza con que convierte sus sentimientos en palabras. Cuando esto ya no esté en ella, sospecho, habrá nacido el niño. Que si será una niña o un niño no viene al caso... pero de pronto dudo incluso de eso. Durante la conversación me entró una nueva seguridad.

En el instante en que dije... que carece de importancia el sexo del recién nacido, hubo algo en mí que me hizo saber que sí la tiene. Otra vez un sentimiento tan predominante sobre el que en otro momento espero averiguar más. Ahora eso me vuelve a dar miedo. Siento con seguridad y de manera consciente que cuando el niño vea la luz, Erica volverá a sentirse como siempre. De eso se desprende que todo lo que se manifiesta ahora en ella viene del niño. Da igual lo que haga, o cómo, sea extraño o no, da lo mismo. Es algo que le dicta una entidad que nosotros desconocemos. ¿Soy yo quien espera un niño o es ella...? ¿O es otra persona? ¿La vida? ¿Erica da claras señales de locura y de... ser una gran artista! Pero esas fuerzas que alberga no las controla; tiene que esperar y consentir cuál se manifiesta. Y precisamente esa obligada pasividad es la causa de toda la miseria. Pero supongo que nos hemos hecho mucho más sabios. Lo que siente son fenómenos esenciales de un contenido desconocido. Son lo más reales posible, pero entonces tienes que explicarlos con arreglo a tu propia sintonización sobrenatural, si tienes el valor para ello. Puedes verlos, ya casi son palpables, pero se olvidan todavía de que los seres humanos no conocemos a Dios. También se olvidan de que no somos amigos de la Biblia y de que no sabemos nada de teosofía ni de espiritismo. Es lo que a Erica le impide comprenderse, cambia a cada segundo. Yo no, me niego. Y sin embargo me recorre una rasgadura, es una grieta. Estoy abierto a una rabia que no tiene nada que ver con la del animal. ¡No afecta al animal!

Erica interrumpió mis pensamientos:

—Si Karel viera que bebo, Frederik, me pegaría. No debo hacerlo, pero no puedo dejarlo. ¿Actúo como una loca? (—pregunta).

Ves, eso son majaderías. Ya era algo viejo, pero vuelve a sacarlo. Para mí, una prueba de que no ve lo que hay en su entorno. Yo sí, he tomado buena nota de sus cosas. Si aún no lo he comentado es porque esa birria material no me importa un comino. Si sientes necesidad, será mejor que tú vistas su entorno. Esto aquí presenta un buen aspecto. Hay cosas espléndidas por todas partes. Cada uno estamos sentados en un rinconcito muy hermoso, debajo de cuadros de ensueño, de los que sobre todo Karel tiene su propia visión.

Y en esta habitación está el piano de cola de Erica. Con lo que solo quiero decir: analízala, si es que puedes. Le respondí:

—Pues déjalo entonces, no lo toques.

Pero veo que de pronto ha cambiado; escucha lo que viene ahora:

—¿Te quieres creer, Frederik, que a veces siento como si estuviera loca? Te juro que los locos deben de sentir lo mismo, igual que como me porto yo ahora. Si no me crees y si te doy risa, quisiera pedirte: Vete, y no vuelvas nunca más. Pero tú no te ríes de cosas serias. Sabes escuchar. Sé cómo eres. Te queremos, Anna también. ¿Me crees? (—pregunta).

No reacciono. Busca brevemente palabras, antes de continuar:

—Ya estoy otra vez dentro, Frederik. —Erica lo retiene ahora. Un poco más—. Ves, ya ha vuelto a desaparecer. Realmente, no sé lo que quería decir. ¿No parece ahora que estoy loca? Pero a todo lo llamo inspiración. Es increíble. Creo, Frederik, que si en un momento así estuviera sentada delante del piano lo dejaría hecho añicos. Tan solo espero que entonces estés aquí. Y entonces crearé. ¿No crees? Ya veremos. Es asombroso.

Te digo que vuelvo a entrar sin darme cuenta. Ahora siento con más nitidez, pienso con más nitidez. Puede ser por la ginebra o por nuestra conversación. Pero me da igual. Ahora sé que en cuanto ocurre me dejo en ridículo. Pero si entonces está en mí ese sentimiento o esa fuerza, ay, Dios, me pondré hecha una furia, y cómo. No creo que entonces me haga falta música. Es como un chaparrón, veloz como un rayo, pero ¡entonces sabré que estoy loca!

—Deja de hablar ya tanto de locura o me voy.

—No lo harás, Frederik. Tú no te vas. No eres así. Las mujeres podemos confiar en ti. En todo eres un caballero. Karel no deja de ser un campesino. Tú puedes poner lo que quieras, pero sigues siendo un caballero. Karel, no; cualquiera ve que es de campo. Se le ve en la cara (—dijo).

De nuevo no la conozco, pero debo aceptar que ha vuelto a pensar de otra manera, una vez más. Y cuando dice:

—Ves las cosas como son —me llega interiormente. Pero ya está hablando otra vez, y dice—: Ves las cosas por medio de su propia estructura armoniosa. Realmente, ya no sé con quién estoy y me encierro algo más profundamente en mi interior. Es una pena, sí, pero lo considero necesario. ¡Esta alma todavía es desconocida! A fin de cuentas, también hay muchas cosas hermosas. ¿Será una de las cosas inescrutables de Dios? (—dice).

Unos minutos después vuelve a hablar de Karel y de cuánto ella bebe, y se da a sí misma la paliza largamente prometida. Pero eso ya lo he oído varias veces, no encuentro nada nuevo. Cuando me pregunta si se puede volver loca por el niño, vuelve a estar encima, pero eso es nutrirse del pasado. Es avanzar a trompicones, buscar, el vaivén involuntario de un ser humano, desgracia y felicidad, sabiduría y necedad, ¡la lucha por la existencia como persona con-

ciente! ¿Qué si no puedo sacar en claro de esto? Pues nada. No hay duda, porque a Erica le espera una espolada invisible que enseguida se le clavará en las carnes. Ya la oigo gritar, nadie puede ayudarla, es algo de lo que jamás debo olvidarme. Los fenómenos no conseguirán engañarme.

—Pero ¡lo que es volverme loca, ¡eso no lo quiero! Entonces prefiero saltar por la ventana o ahogarme. Tengo ganas de hacerme madre, pero no de volverme loca. Y me vuelvo loca, o... ¡o mi hijo lo es! Es esto lo que sé y siento, y lo que veo en mí misma. Hablo por medio de la vida de otra persona. Tú por medio de tu propia fuerza, de tu conciencia. ¿Querrían quitarme eso?

¿Ves? Ahora te he pillado. Te asustas, ¿verdad? Así no me habías oído nunca. Ahora soy completamente yo misma, consciente y serena. Sé lo que digo (—dice).

Y tiene razón. Pensé que vi cómo le cambiaba el rostro, o quizá solo me lo imaginaba. Pero eso es imposible, lo vi. Y entonces en el fondo ella era sobrenatural, ¡o una loca consciente! Y añade:

—Te mostraré, Frederik, que tengo mi propia voluntad. Mejor no te preocupes por mí. ¡Llegaré! Resistiré mis ansias de beber. No quiero encontrarme más tarde ante este problema. No quiero tener culpa en la infelicidad de mi hijo. ¡Voy a dejar la bebida! Pondré todo de mi parte. Algo me dice: ¡hazlo! De dónde viene... es algo que no sé. ¡Quizá sea... el yo mejor... en mí!

Ves, es el más absoluto conocimiento de una misma. Así es como el ser humano se llega a conocer a sí mismo, cosas todas más elevadas, ahora salen de un pozo de miserias. De repente se me ocurre esto: la felicidad del mundo incluso yace bajo un montón de estiércol, así me lo dijo una vez un oriental. Y cuando le pregunté lo que quería decir con eso, el hombre se rió de mí. Se levanta, pero al mismo tiempo se dirige a mí, y dice sencillamente:

“¡La Omnipresencia de Dios...! ¡Su Loto blanco! Vete a casa, vuelve a tus padres, aquí no se te perdió nada. Lo que ves es una máscara elemental. ¡Estúpida civilización occidental! ¡Vete!”.

De Erica también podrías decir estas cosas. De sus sentimientos confusos emerge el aroma de un Loto egipcio, pero con un cuello rojo, blanco y azul (como la bandera holandesa)... Obtenido de una fuente propia, surgido de un contacto dudoso. Y ahora ni siquiera es algo tan descabellado. ¿Qué te parece?

Solo que es una pena que Karel se ría de todo y no entre más en el meollo de la cuestión. Qué esplendor podría estar viviendo ahora. ¿Sientes cómo arde el beso de ella en tus labios? Y ¿cómo es el amor de ella? Me gustaría decir que universalmente profundo. Pero en el fondo no entiendo de eso. ¿Nunca lo conocí? No obstante, si pienso unos instantes deseo un picotazo así, un pequeño aguijón de esos, un insecto venenoso de esos, aunque te

provoque heridas sangrientas, uno casi lo desearía. ¡Creo que ya me gustaría tener que ver algo con ese amor loco!

Es ahora cuando me encuentro ante un pudín celestial, y soy el primero que mete los dedos para chupármelos. Pero ¡tan bueno como un niño, ya lo ven!

Cuando me encontré fuera de su cielo parecido a un arco iris, a las tinieblas de la noche, de un azul radiante, volví a pensar: 'A la naturaleza, Frederik, largo de aquí, el cielo y la tierra han entrado en contacto. Así igual hoy todavía alguien se ahorca. Pero ¡no quiero que sea yo! Menudas horas que estoy viviendo. Estuve en un infierno y en un cielo. Primero tengo que procesarlo todo. ¿Cómo lo conseguiré?'

Pero este estudio no te cuesta un céntimo, según quise convencerme a mí mismo. Esta universidad está en la calle, llena los cubos de ceniza hasta los topes. La gente la desperdicia y nadie la desea. Y sin embargo... ahora oí que el cielo y la tierra se besaban, "¡Dios mío, qué incomprensible eres para nosotros los seres humanos! Tengo un sagrado respeto por usted... Y si te tuteo cuando te hablo, es tu propia culpa. Fuiste tú quien no dio todos estos nombres. Fuiste tú quien quiso que dijéramos Padre y así es como te siento ahora. Ahora estoy más cerca de ti. ¡Mucho más cerca! ¡Mucho más! Nadie podrá creerme, porque no quieren oír este tuteo. Pero ¿no te ríes de todo? ¿No es exactamente lo mismo para ti? Porque no creo que las palabras menoscaben algo de tu santidad y omnipotencia. Antes creo que detrás de esa muerte extraña ya no se usan las palabras. Hoy me entró ese conocimiento... ¡Realmente he empezado a pensar de otra manera! ¡Los catedráticos se encuentran en lo que no se ha visto! No hablan, se deslizan por sí solos en tu vida. Son pegajosos como la miel y se te quedan pegados a tu vida, pero es entonces cuando todo empieza. ¡Escucho! Quiero ser un adepto receptivo. Y creo que en eso me convertiré. Pero entonces tendré que estar alerta. Le doy las gracias por todo. Felicidad, ¡soy como un niño! Me fui solo de casa, como un extraviado. Es usted quien me reconduce a casa. ¡Oh, Padre, oh, Madre!''

¿Qué clase de persona soy en realidad? Un ser sobre dos piernas, dotado de algo de soberbia y de metáforas, de carne y hueso, de oxígeno, pero con un don que vive en mí y que sabe si es engañado. Con... en realidad una intuición infalible... Pero ¡del que aún no me pertenece ni un solo gramo... en comparación con la de Él, que pesa millones de kilos! Vaya comparación. Los niños son así.

Erica tiene algo de eso. Karel, también. A veces pienso que lo poseemos todos. En los ojos negros de África se ve incluso de noche. Sobre todo cuando los niños que habitan ese continente se dan cuenta de la cercanía de serpientes. Madre mía, cómo he visto que se asustaban. Una vez hubo un jornalero que se puso algo malo por la mordedura de una serpiente. Lo pudimos

salvar gracias a un baño de lodo. Sobre la oscura superficie espejeante divisé las violetas celestiales, un bienestar que pululaba en la oscura agua, de la que saqué un poco para que la bebiera. Qué peligroso cuando conoces las leyes. Tan peligroso como la felicidad que ahora ha entrado en mi vida.

Hay algo que no se me quiere ocurrir ahora. Le doy vueltas, pero no consigo concentrarme bien. Vive en mí y no lo conozco. Cuando pienso que lo puedo asir se me escabulle entre los dedos y se va volando, hacia el espacio de donde vino, o se hunde en el suelo que piso. Me he perdido a mí mismo. ¡Por cierto... lo tengo! Me equivoco. Es muy distinto.

Tengo que fijarme en mí mismo. Allí no deben conocerme jamás, porque si no perderé mi independencia. Ya basta cómo Karel me ha echado a la acequia a patadas. Si dejo que Erica haga lo que quiera puede suceder cualquier cosa, pero cuando hablo sé que salgo volando a la calle, con todos mis encantos; ¡tengo que permanecer allí como una esfinge! Quien no me conoce empieza a sentir respeto por mí, según aprendí hoy. Ahora soy independiente. He encapsulado varios aspectos de mi personalidad, pero cuando quiera puedo sacarlos a relucir de nuevo, tarde o temprano, y usarlos como bálsamo para un alma herida. Creo que en efecto tengo talento para escribir. Erica tiene razón.

¡Lo que ella llama inspiración vive en ti mismo! Ya se revelará algún día lo que es realmente. Creo que es la anulación, la desaparición de tu personalidad consciente, pero que no tiene nada que ver con tu subconsciente. ¡Ya dije algo así anteriormente!

¡También Erica! Adquiere sentimientos de los que no toma conciencia, pero que sí inciden en ella. A eso se añade que a mi juicio a los seres humanos no se nos regala nada. Todo lo que bien quisiéramos poseer requiere que te entregues en cuerpo y alma. Ahora sé que esto me lleva a miles de problemas. Pero no voy a entrar ahora en eso.

Ella dice cosas cuya fuente no conoce. ¿Yo tampoco? Por cierto, me consta, y nadie me hará cambiar de idea, que yo soy su fuente. Ya sé de dónde se nutre y por medio de qué es vivida. Por muy sabios que sean, luego les ganaré a Karel y sus amigos. Pero voy por mi propio camino. ¡Mi universidad está en la calle! Atención, será cosa reñida.

Es una universidad, pero se requiere tener el sentimiento adecuado. Y esto es muy comprensible, porque aquí quien habla es la vida. Y respecto al carácter: ¡ahora todavía es una máscara, una muerte! ¡Tiene que ver con los destellos de las estrellas, con las noches claras de luna llena, etc., etc.! Con todo lo que tenga alma.

También es lógico que los ojos de Erica reflejen ahora la maternidad. Lo que a veces ves en ellos da miedo y te lleva al arte del que ella habla una y otra vez. Ya estoy haciendo apuntes; mi cuaderno está adquiriendo color, el juego va a empezar. ¡Erica lleva ahora una máscara! Nosotros no miramos a través

de la máscara; nosotros, o sea: los sabios, Van Stein y los de su calaña. ¡Yo sí! Gracias a Dios..., sí, Dios mío. Le doy las gracias. Ya lo ve. He recuperado mi respeto por usted.

¿Y por lo demás...? Ella está cerca de mí y al mismo tiempo, alejada. Justo como ella misma dice: está que no está. Es una suerte para ella que yo siga siendo un niño y que yo no sepa nada de este amor inusitado. Si yo fuera de otra manera ocurrirían accidentes. Porque también constaté esa seguridad. Le dije algo y me habló. Aún así no se separaron nuestros labios. Fue una conversación mental... entonces cantaban los cielos. ¡Nos salieron alas! Se nos acercó el zumbido de un órgano. ¡Entonces estábamos en la pradera! Por encima de nuestras cabezas, el espacio. Nos cubrían las flores de aquel único árbol que había allí. Entonces constaté que aún no habíamos vivido. Nos sentíamos como deben de sentirse los angelitos. ¡No había más que silencio! Una sola unión angelical. Después continuamos tomados de la mano. Y ahora calzábamos pequeñas sandalias de un blanco plateado. Gente no había... ¡Este castillo era solo nuestro! ¡Y Dios en el cielo nos saludaba con la mano! Entonces vimos que Él es un Padre y una Madre. ¡Amor! Un poco después estuvimos comiendo de los frutos celestiales, como para demostrar que aún éramos terrenales, ¡al menos que podíamos serlo si lo deseábamos!

Todo esto a modo de prueba. Si más tarde se me convierte en una carga, estaré listo con ello. Todavía es material. Pero ¿lo sientes?

Me he propuesto buscar contacto con futuras madres y para ello pongo un anuncio en la prensa. Quiero intercambiar ideas con ellas, porque quiero apoyar a Erica en todo. También por mí mismo, porque ahora ha comenzado la investigación. Estoy sondando. Unos días más tarde ya recibí respuestas al anuncio. Había pedido que me escribieran sin rodeos sobre su preñez. Con la más estricta confidencialidad. He aquí los resultados.

No es raro que las madres tengan ganas de tomarse una copa. Algunas se beberían botellas enteras. Pero portan la prueba de la fuerza y de la voluntad, porque se resisten por todos los medios contra esas ganas, y finalmente las vencen. Hay una madre que dice: a fin de cuentas no puedes convertir a tu hijo en un borracho... Por eso me negué. De su estilo puedes deducir su grado de civilización. Su marido trabaja en movimientos de tierras. Pero yo la admiré tanto que le prometí veinticinco florines.

Otra escribe: "Me apetecía un vinito rico, pero mi marido no ganaba bastante. Y yo sentía un deseo tan fuerte por tener ropa hermosa que empecé a hacer un vestido muy bonito a partir de varios viejos. No uno como compramos las mujeres ahora, no: uno como los que se llevaban antes. Mi marido pensó entonces que me había vuelto loca y le produjo risa. Para mí fueron días felices.

La mujer de mi hermano era muy distinta. De vez en cuando le daba por

hacer todo añicos en su casa. Le entraron ganas de tomarse una cerveza y quería tener ropa hermosa, igual que yo. Su caso fue cómico. Era capaz de ser tan bromista que te dejaba con la boca abierta. Decíamos entonces: “Va a ser artista de feria, atención, es niño”. Y así fue... Pero más tarde, ahora que su chico ya tiene ocho años, se ha vuelto tan tristona y su hijo tan insoportable, que ya no es posible amar a ninguno de los dos. Ella miente y te engaña como jamás hemos visto hacerlo a nadie. Es una situación muy extraña, qué quiere que le diga, señor. Pero espero que le sirva de algo”.

Tendrá su vestido. Aunque no sea uno al estilo de antes.

Otra madre se refiere a los cambios en su carácter y en el de una conocida con dos meses completos más de embarazo. Igual que las anteriores, tampoco ellas cuentan muchas cosas nuevas. Cuando terminé salí. De pronto empecé a sentirme muy mal. No me gusta nada escarbar en los asuntos de los demás. Pero en mi sitio de siempre en el bosque hay una mujer embarazada. Al instante veo que es un ser humano normal. Está a mi lado y disfruta. Así es como terminas hablando sin querer. Ya no recuerdo cómo empecé a hablar de su maternidad. Pero le parece lo más normal del mundo que una futura madre beba. Y esos miedos también. No entra en materia. Es parte de ello, dice. Y como si no tuviera otras cosas que hacer. ¿Es que entonces he de aceptar que Erica exagera? Esta mujer sencilla me metió miedo en el cuerpo. Cuando le pregunté si tenía suficientes medios, me respondió que no podía quejarse. Solo le preocupaban la cuna y algunas cosas más que necesitaba mucho, pero para los que no tiene los centavos. Me pareció tan sincera que le puse cien florines en las manos. Me fui al instante porque me horroricé a mí mismo.

La mujer pensaba en cosas raras. De verdad que mis intenciones habían sido honestas, pero es algo que me entró de repente. No llegué a oír lo que me interesaba saber. Me asustó lo que ella pensaba. De ninguna manera soy un maniático sexual.

Esta es una vil jugada, Frederik, pero es que tú tampoco ya no eres normal. No te olvides: lo que haces ahora no es común. Y heme aquí con mi psicología callejera. Hago cosas estúpidas. Así me pierdo a mí mismo y eso no debe ser. Quisiera enmendarlo, pero no sé cómo. Me hago estremecer a mí mismo. Esto ya no lo haré nunca más. Ojalá me hubiera leído entonces todas esas cartas.

Ya estoy de vuelta en mi habitación. Anotaré algunas cosas. He recuperado una sensación de serenidad. Claro, porque me di una paliza. Cuando estoy ocupado de esa manera siento algo de dolor bajo el corazón. Instantes después lo siento de otra manera, como si mi corazón quisiera decir algo. Es una sensación de satisfacción. Me dejo ir por completo. Mis pensamientos discurren ahora con naturalidad. Pero cuando tomé la pluma tuve que exper-

imentar que esta quería escribir por sí sola, al margen de mi voluntad. Pensé que me asfixiaba y me quedé helado. ¿Qué era eso? ¿Acaso era inspiración? No quiero eso, me hace pensar en la muerte.

Tuve una sensación como si todos mis organismos quisieran decir algo, y empecé a sudar. Me asusté mucho. En realidad ¿quién eres, Frederik? ¿Algo parecido a un escritor? ¿Es algo que padecen los poetas? ¿También sienten en su cuerpo estos porrazos? Es una tremenda tensión, nunca antes he vivido algo tan extraño. Arrojo la pluma, empiezo a dar vueltas y me obligo a pensar en otras cosas. Me veo en Italia, París, Sumatra, Londres y Berlín. Estoy unos instantes en Grinzing, porque esa noche no me agradó el vino, demasiado ácido. Estoy durmiendo en el tren, echado, y al mismo tiempo en Venecia. ¿Oyes eso? ¿Viste eso? ¡No hay más!

Pero mi inspiración la he perdido por completo. Comparada conmigo, Erica es una criatura consciente. También Karel, y hasta Anna. Mi criada me engaña. Ya lo verás. Así que somos artistas. Me sentará bien un baño frío. Aún soy demasiado joven. Quiero decir, para esa inspiración. Lo hermoso en mí ha sido barrido ahora. Es mi propia culpa. Empiezo a comprender que los seres humanos jamás estamos solos. Porque ¿quién quiere venderme que una flor es femenina? No conocemos las cosas por su nombre... El alma, no... ¡y ahora cambia todo!

Vuelvo a estar fuera... salí de estampida de casa, a la calle, de vuelta al bosque. Y aquí estoy ahora. ¿Qué fue? ¿Sabes tú la respuesta? Ya la sé... pero no me está permitido pensar en ella. Es muy valiosa. También puedes llamarla diabólica. Pero tengo una carga magnética. Lo más armado que se pueda. Te puede quebrar, puede hacer borrón y cuenta nueva en tu interior, te puede hacer perderlo todo y ganarlo todo. Lo tienes o no... La silla de montar te sujeta o te caes y te partes la nuca. Es todo y nada, y con eso he dicho todo lo que tenía que decir sobre el asunto.

Ahora estoy seguro de que por el momento he de dejarlo reposar. Este fenómeno te conduce al crecimiento y florecimiento. Hace un rato se me hizo demasiado veloz.

Ahora lo sé. Han pasado horas de esfuerzo. ¡Voy a comer bien a gusto! No me ha hecho perder el apetito, pero Gerrit es de otra manera. Me nota algo. ¡O soy yo! Cuando le pregunto lo que es, no lo sabe. Así que de ningún modo soy misterioso. Como igual que ayer. Hoy veo diferente a la gente. Estoy muy alejado de la locura. No quiero tener nada que ver.

También el sonido de mi voz es normal. Pero ¡no iré a ver a Erica hasta que yo mismo sienta que es posible, que es bueno! No me dejo atraer por casualidades. Estoy indagando y voy a caminar para hallar. Pienso sobre todas las cosas de manera sincera y plenamente consciente. No quiero poseer nada que se me dé sin más. Quiero conocer los entresijos. Este es el aspecto que hoy

ofrece mi diario. Me pongo exultante, es la alegría del ser humano contento y feliz que soy ahora.

Asombra lo hermosa que se ha puesto de repente la naturaleza. Nunca antes la vi como ahora.

Si de esta manera alcanzo la unión con todo es como si viera a mi abuelo ante mí. Él también era un amante de la naturaleza. Ahora que sé que todavía no han sonado las cornetas desde el espacio para llamar a los muertos a que resuciten, no me queda más remedio que aceptar que aún descansa en paz. Ahora tiendo a reírme de él, porque cuando aún vivía siempre quería guisárselo y comérselo. Y con un empecinamiento que no agradaba a Nuestro Señor. Ya no lo necesito. Pero siento que ha perdido su vitalidad. ¡Pasará un frío terrible allí! Por eso ¡apáñatelas tú mismo, viejo...! A fin de cuentas, ¡siempre lo sabías mejor!

Esto no tiene nada que ver con los fenómenos de Erica..., según entiendo. No logro desprenderme... todo ha adquirido forma, pero no quiero echar a perder mi descanso nocturno. Lárgate, hombre... ¡Vete! Todavía no me hace falta limpiar tu castillo, para eso ya te llamarán.

¡Al final de este día di las gracias a Él por todo lo que había recibido! Después caí en un sueño tranquilo. Me olvidé de todo y me levanté con renovada energía y alegre, del todo libre de cualquier presión extraña, para completar la tarea que se me había impuesto. Sé que la vida en la tierra casi puede ser una bendición. Y no es por nada que Dios nos dio ojos para ver y oídos para oír, en resumen: un organismo para trabajar y vivir, ¡un castillo del que mis ventanas ya están abiertas de par en par!

Quien no comprenda esto es un hijo extraviado.

¿O sea que esto era inspiración, Frederik?

Los siguientes días los pasé reflexionando sobre todas estas cosas. Me ha entrado serenidad y entrega natural, con la ayuda de la Madre Naturaleza. ¡No quiero ni pensar en todo lo anterior...! También sé que ahora mi mano se negaría a aceptar todas esas malditas fuerzas que no dejó sin tocar nervio alguno y que dio personalidad a la pluma. Te aseguro que no conocía estas cosas... Ya lo dije: para mí son cadavéricas. Hice borrón y cuenta nueva, muy a fondo. Y cuando se me manifestó este sentimiento, me sentí como renacido. Incliné la cabeza mucho... y di gracias a Él por haber salido yo tan bien parado, aunque repentinamente había perdido —según entendí— el equilibrio. Hubo algo que me alteró por completo la rutina. ¡Se me habían escabullido las piernas!

Para ello di largos paseos por el bosque para llegar a la unión con toda la vida que allí había, que antes sí observaba, pero de la que jamás había disfrutado tanto como ahora; el lugar donde mejor podía comprender mi propia almita pequeña. Simplemente, no lo sabía. Cuando antes me quedaba mirando la belleza de una flor, me parecía un mundo en sí. Por curioso que fuera ese pequeño mundo con su propio espacio y tiempo, su propio carácter, vida y también muerte, no me decía nada. Ahora me molesta inmensamente cuando veo que se destruye bruscamente una pequeña vida de esas; sería capaz de comprarme montones para darles otro lugar, lo más alejado posible del hombre. Porque ahora sí me dice algo esa vida. Vive en mí, así que he de tener en cuenta esos sentimientos. ¡Y eso tan de repente! Qué pronto puede cambiar un ser humano. Ahora sé que es mi universidad, que me pule la personalidad. Cada mañana recibo mis lecciones, y mis maestros no tienen nada que ocultar. ¡Se me presentan desenvueltos, donde nadie lo ve!

¡Todo cambia! Todo en mí. Veía las cosas con los ojos cerrados. Miraba las cosas y no las veía como son. Veía una parte, apenas el exterior, la forma en que se había vertido esa vida. Pero el resto sufría un abandono material. Creía estar disfrutando, pero no eran más que imaginaciones. Comía cosas ricas; ahora sé que todavía no he comido nunca. Me tragaba la bazofia, igual que lo hace un cerdo, y continuaba. Ahora lo sé: ¡siempre me sentí hombre, pero no lo era, ni un segundo!

Ahora he llegado al punto de empezar a hablar hasta con mi propio estómago. ¿Eres tú el que come? O ¿soy yo? Hoy no te doy más. Te pongo a dieta. No me vengas con cuentos. Lo que espero de ti es que sigas sometiéndote a tu dueño y señor. ¡Seré yo quien en adelante tendrá la sartén por el mango!

Y, mira, desde esta mañana ya no tengo tanto apetito, ¡y estoy encantado!

Acabo de ver a una madre con su criatura. Una cosita muy rica y la madre era una belleza lozana. Antes eso no lo entendía así, todo parecía tan normal y corriente. Ahora lo veo de otra manera, ahora me parece un poderoso milagro. Enfrente de mí el cielo se refleja en una criatura que, cansada de tanto mamar, se ha quedado dormida, resguardada en la seguridad de una cuna. Una cuna que contiene una vida, un alma y un espíritu, hasta un castillo milagroso. Máscaras no vi, para eso todo es demasiado joven, ¡la vida comienza!

Ahora me ocupo de saludar amablemente todo lo que tenga vida. No como ese hombre, con el que me topo aquí siempre, que se complace en saludar a todo el mundo. Al hacerlo inclina la cabeza de tal modo que queda claro que le falta un tornillo. Esto ya no es normal..., el tipo se comporta de forma rara, está listo para el psiquiátrico. Qué lástima..., me parece un intelectual. Lo primero que pensé fue: ese conoció mejores tiempos. Pero me informaré de quién es realmente. Sospecho que este hombre, que de todas formas no podrá tener hijos, tiene algo que ha puesto a cavilar a Erica. Esos aires son una máscara. Se inclina, cual rey, pero su cortesía despierta dudas.

Pero cortesía sí es. Y constaté que ahora él no significa nada, la gente no lo quiere. La gente pone pies en polvorosa, sonriendo. ¿Viste cómo se burlaban?

Mira allí qué árbol. Y qué me dices de ese pajarito. El animalito busca comida. Para este ser no existen más cosas. Vive al cien por cien. Ojalá nosotros también estuviéramos tan en armonía con todo, entonces viviríamos otro mundo, uno directamente conectado con el Omnipresente, con la esencia, con el creador de la idea fundamental, que nos dio piernas para andar y a aquel animalito allí alas y una gargantita para trinar. Y la gente se queja de que todo está repartido tan injustamente. Ya no lo creo. Es algo que está en tus propias manos. Ya sé que todo esto te conduce a todo tipo de problemas. Nosotros, que vivimos tan reñidos con las leyes y la divina armonía, predominamos. ¿Sería posible si no tuviéramos nada que ver los unos con los otros? No, porque entonces el mundo animal no existiría. Entonces viviríamos en un mundo completamente diferente, pero las cosas te vienen de frente y reclaman cierta amabilidad. Una prueba de que nos conocen. ¡Somos diferentes!

Nunca antes estuve paseando tan a gusto. Disfrutaba de cada paso, y cansancio, ni hablar. Estoy exultante de alegría de vivir, mis sistemas orgánicos hormigueaban antes de tiempo. Si no fuera porque nos estamos acercando al invierno, pensaría que la primavera ya me hacía hervir la sangre. ¡Estoy que brinco! Salto de lo feliz que estoy. Apenas consigo reprimir mis gritos de satisfacción interior. En realidad, ¡estallo! Oh, Frederik, que todo esto sea real.

Lo que antes no podía hacer lo hago ahora. Casi pisé un caracol. Agarro el animal y lo arrojé..., no, lo puse a un lado del camino. Hablo al animal, ¡para mí una de las formas de vida más bajas que Dios ha creado! Cuando tomé

conciencia de lo que hice, decidí ya no hacerlo más y dejar que esa vida siguiera su propio camino. Ahora me fijo en cosas necesarias, en ayuda natural a personas menos aventajadas, pero al instante constato que llego a ver miles de mundos, que poseen, todos y cada uno, una entidad propia. Ahora digo: haz como yo y encárgate de conquistarte una existencia. Quien sea vago, pues que sufra pobreza. ¡He visto el mundo!

Vaya caracol, el animal no me acepta y vuelve a arrastrarse por el camino, donde morirá aplastado por un ser humano. Eso es una vez y nunca más, ¡ese mundo no se puede ayudar! Primero tiene que despertar su conciencia. Si mueres aplastado es tu propia culpa. Yo no me quedo esperando. Así que esa porción de vida ha de aprender cómo cuidarse a sí misma. Pero ¿somos diferentes los humanos? Sin embargo, ¡qué curioso como relampaguean mis pensamientos! Ahora que pienso en esto veo, o vi de repente, que cuando nosotros, los seres humanos, reflexionamos algo más profundamente sobre la vida, obtenemos conocimientos de ella, por lo que podemos decirnos: “Algo sé de la creación divina. Conozco Sus leyes”. Cuando seamos casi ángeles materializados, en la tierra ya no quedará de esta especie de animales ni uno, porque esos lugares infelices ya no pertenecerán a nuestra existencia espiritualizada. Y acto seguido sentí que incluso la naturaleza recibe una túnica diferente. En el fondo, todo. Por cierto, ¿qué edad tienes, Madre Tierra? ¿Qué edad tienen el sol, la luna, las estrellas? ¿Qué edad tengo yo? ¿Qué edad tiene un niño prodigio? ¿De dónde obtiene un niño así todas esas cosas tan maravillosas? ¿Es un reparto injusto? ¡Porque el arte, o lo que fuere, es para semejante niño prodigio un regalo divino! Eso según piensan los seres humanos, al menos, pero yo estoy en vías de dejar de pensar como ser humano. Quiero ser un niño y averiguar todas esas cosas. Compruebo lo que ocurre en realidad.

Francamente, me importa poco la edad que tiene toda esa vida. Sí que me gustaría comprobar que todo esto no tiene un final. Pero, bueno, entonces me encuentro, sin embargo, ante la muerte y su atributo horroroso: el ataúd, al que entras sin piedad, ¡el final de tu existencia como ser humano! Y ahora ¿qué? Ahora que veo y admiro todas estas cosas imponentes, se ríe de mí esa maldita muerte. Me pregunta: “¿Y qué hay de mí?”. ¿Ves? ¿Es esto comprensión? Y aunque le digas palabras amables, no te sirve de nada. ¡Aquí hay un final y te encuentras ante su vida o su muerte! Y en ese mundo es dueña y señora de todas tus posesiones. Hasta el momento, Erica ya me enseñó que tienes que ver detrás de sus gafas azules. Se las pone para que la gente piense que a pesar de su desagradable aspecto, es hermosa, benévola, incluso de una rara belleza. Yo para mí la veo —no sé muy bien por qué— de otra manera. Sí sé, y eso lo tengo más claro que el agua, que no es ni blanca ni negra, es... colorida... pero ¡del todo desalmada! ¡No la veas de otra manera!

Hoy no veo máscaras. El sol no me ríe, pero me colma de una sagrada seriedad. Y estoy serio. ¿Es una señal de que estoy loco? ¿Diferente de toda esa gente que me rodea? Empiezo a darme cuenta de la finalidad directa de nuestra vida. Mi madre no creía en tantas cosas. Siempre se sentía agotada y yo sin embargo sabía que era fuerte como un roble. Era pobreza. No le gustaba escucharme. Yo siempre decía justo lo que ella no quería saber. También mi padre me ignoraba por esa razón, pero me pareció justo lo que quería para mí mismo. Ahora yo tenía poder sobre su vida. En el fondo hacía lo que me daba la gana. Él cada vez picaba y me llenaba los bolsillos. A fin de cuentas, yo era su hijo y él, mi padre. Siempre seguimos siendo buenos amigos, pero cada uno era independiente. Yo respetaba su paternidad y él me respetaba a mí por ser yo parte de su vida. Él sabía que tarde o temprano me iría de todas formas de su pequeño castillo, porque se me hacía demasiado apestoso el olor a cerrado, aunque él no se percataba. Pero en esos tiempos —yo era muy joven— estábamos ante nuestro propio mundo. El mío era uno de espacio, el suyo tan limitado como el de un caracol. Era muy rico, pero no sabía qué hacer con sus riquezas. Cuando lo comprendí lo liberé de eso, ¡y en parte gracias a su dinero empecé a conocer el mundo! Curioso, en el fondo, pero una satisfacción agria.

Los últimos días me he recuperado mucho. Duermo como un lirón. Me echo y me quedo dormido. Algo nunca antes ocurrido. Ahora supongo que me aproximo a lo natural. Aquello de Erica ni está tan mal, ¡me enseña a pensar! Pero sus problemas siguen amargándola, según Anna, a quien pude saludar por la calle. Todavía no he ido, pero siento que me atrae hacia ella. Me resisto contra eso. Ahora voy si quiero yo mismo, no quiero tambalearme más por ella, ni por Karel, ¡ya por nadie! Pongo punto final a las pequeñas voluntades débiles... Soy yo, y nadie más, el que acepta mi vida. Y ahora empiezo a actuar para mí mismo. Antes estaba a merced de los demás... La gente me sacaba consciente o inconscientemente del arte cotidiano. Porque todo, lo que sea, es arte, siempre que te conduzca a lo natural, a lo armonioso, ¿a Él?

Al día siguiente me sentí puro y yo mismo. Decidí ir a visitarla. Karel, que casi me arrolla, dijo que todo iba muy bien. Dijo muchas tonterías, hizo el gamberro, me lanzó por detrás sus peras y manzanas..., pero no se le ocurrió arrojarme de pasada y a patadas a su acequia, lo cual en otras ocasiones siempre intentaba, aunque llevaras solo unos segundos con él. Me pareció bastante tranquilo. No se veían cuentos, irradiaba seriedad. Y es que lo comprendí cuando me dijo que otra vez había uno muriéndose, del que desconocía la máscara. Tifus, dijo, pensando que el paciente moriría... Entonces empezó a llover fruta. Me asusté, pero me lo quité de encima, porque ya desde niño sé sentir lo que a veces piensa la gente. Ya dije que eso lo llaman telepatía. Yo no creo en eso, porque hasta los perros y gatos lo tienen. Te digo:

es imaginarse todo o nada, estar completamente vacío para otra persona. Es: ¡aceptar esa vida! Y ahora apabullas a otra persona con cosas propias. Te entra solo, y lo sabes. Eso me sirvió para dejar a Karel fuera de juego. Hoy perdí todos sus ases. Ahora sé que así es como lo quiebro por completo... Empieza a comprender que soy algo más que un niño torpe. ¡A mí no me dice nada de nada! ¡No es más que vacío! Esto solo lo comprendo ahora que poseo un espacio y personalidad propios. Pero ¡no sé a qué pertenece! ¿Es alma o es espíritu? ¡No lo sé!

Erica está detrás de su piano.

—Qué bien que hayas venido, Frederik —dice—. Enseguida hablaremos.

Toca de maravilla. El ‘Sueño de amor’, de Liszt. Escucho de inmediato. Cierro los ojos, hoy toca asombrosamente bien, con más sensibilidad. Con más hondura, y a la vez más suave. ¿Es de ella misma? ¿U oigo aquí también fenómenos? Pues sueña, Frederik.

Estoy exultante de felicidad, así toca. De verdad, algo me ocurre. Vuelo con ella por el espacio. Ahora es capaz de hacer despertar amor, pero ojalá para mí no sea demasiado tarde. Me prometo no perder la lucidez. Empiezo a sentir que de lo contrario todo estallaré en mil pedazos. ¡Esto es arte! Jamás había tocado de esta manera. Es raro. Casi no puedo procesarlo. Me apabulla. Un maestro que habla a su pobre discípulo. Las notas, Erica, ya no tienen importancia. Ahora ya no eres tú misma, pero aun así, Karel debería poder oírte de esta manera, y Van Stein y todos tus amigos. Nunca están cuando suceden cosas grandes. Es como si Dios dijera: “Esto no es de su incumbencia, indiferentes”. Estoy disfrutando. Me muero. Amo verdaderamente. Franz Liszt (1811-1886, compositor y pianista húngaro), me tienes impactado. Empiezo a ver que malgasté mi tiempo. El peor traspie que jamás di. ¿Nunca creé? ¿Malgasté mi tiempo? ¿No planté? ¿Ni siquiera toqué el timbre? ¿Nunca supe lo que significa el beso de una mujer? Ahora siento por qué nosotros, los seres humanos, cerramos los ojos ante algo que sin embargo parece tan normal. No tenemos respeto por nada, por nada. Hacemos más por un beso que por caer de rodillas para rezar a Dios. Estamos tan alterados, tan increíblemente felices, que los cerramos. ¡Ay, Dios mío, esta mujer está embrujada!

Me agarro, como una mariposa va revoloteando hacia el espacio. En el fondo es fría como un témpano, y sin embargo tan cálida que ves su desnudez. Está desnuda frente a mí, y eso por Franz Liszt. Qué agradecidos hemos de estarle nosotros, los seres humanos, a este hombre. Nos enseñas a amar y a besar.

¡Vivo un drama! Me encuentro ante una mujer hermosísima. Estábamos sentados los dos en el bosque, y ahora regresamos a casa. Su castillo es por dentro de una belleza milagrosa, la estufa arde, no hay sirvientes. Ella misma se encarga de todo. Aprieta unos botoncitos y lo tienes preparado. Es un

paraíso. Ahora bailamos. Me veo vestido con una túnica romana, calzando las pequeñas sandalias de un blanco plateado. Es una princesa. Delgada y con unas formas sorprendentes, nunca antes en mi vida vi algo tan hermoso. Y la estoy sintiendo entre los brazos. Bebemos champán..., solo sorbitos, porque no queremos extinguir nuestro incendio sobrenatural. Nos sumergimos el uno en el otro. Y me besa. Mis ojos se cierran, mi corazón compra flores para su ser. Me encuentro sobre violetas y nomeolvides. Los lleva en los ojos, me hablan.

Nos levantamos..., volvemos a pasear por los jardines vecinos. Hay luna. ¿Oyes cantar el ruiseñor? La porto en mi corazón. Me cuenta cuánto me ama y también me lo demuestra. Estamos en un cielo. Nos alejamos de la tierra planeando. Todo en nosotros, y a nuestro alrededor, es de una belleza divina.

Llego a la unión con su vida. Ella, con la mía. No me siento hombre ni mujer. Pero sé quién está conmigo. Me ennoblezco y regreso al instante en el que nos entró la razón para besar. Oh, Franz Liszt, ¿qué pretendías con todo esto? Si tú no lo hubieras sentido, si no lo hubieras desvelado ni aceptado, habríamos seguido siendo ciegos y sordos. Inconscientes de nuestra personalidad. ¡Cómo agradécetelo!

Vuelo a través de su vida, ella alcanza la unión con la mía. Ahora somos completos. Me convierto en su cabeza, en su corazón. Fluyo por su sangre. Tengo los ojos de ella para ver, su voz para decir algo cariñoso. Ahora me sirvo de sus piernas, no voy dando tumbos. Me deslizo sin hacer nada en su imponente personalidad. Alcanzo la unidad con las estrellas y los planetas. El sol dice que ahora es... padre. Allí cae un meteoro y comprendemos que es un enviado divino. Abrazamos la felicidad y la pena, pero esta pena también procede de Él, que nos sigue ahora. La besé miles de veces. No violé su castidad. Me muero de felicidad. ¡Ahora sé lo que es amor!

Entonces se echa a mis pies. El universo se ha despertado en ella, ¡es una diosa! ¡Soy un Dios! ¡Gracias, Franz! Te estoy tan agradecido... ¡Cuánto nos has dado!

¡Rezo, y ella reza! Veo su origen, ella, el mío. Nos compenetramos, allí donde tiene que suceder. Sigo con los ojos cerrados, sueño y estoy completamente despierto. De pronto se desgarra el universo. ¡Me divido y ella recibe! Las rosas reciben ahora nuestra sangre; el animal, su propio sonido; un árbol, la violencia de nuestra vida. Ella y yo lo vemos y sentimos, lo sabemos: que nuestra vida se reveló en todo. El sol está al margen, la luna también, pero ¡a lo que poseemos dimos luz, vida, alma, espíritu!

Entrelazados, de alma a alma uno, físicamente uno, con las bocas cerradas... así resurgimos de la muerte. ¡No vemos máscaras por ninguna parte! ¡No están! Entonces se disuelve en mis brazos. Se va a su propio mundo para esperar. ¡Veo que todo está bien! Allí, ella se arrodilla en una elevada

montaña. Veo su figura, muy por encima de ella hay una cruz luminosa. Por esa cruz reza. Hacia allá se envía a sí misma, es allí donde va para mostrar su agradecimiento.

Veó que se va haciendo cada vez más pequeña. Se disuelve ante mis ojos. Cuando pienso que se ha ido —no sé adónde— está a mi lado.

—¿Me ves? ¿Me sientes? ¿Me amas? ¡Vivo! Viviremos y amaremos todo lo que vive. ¿No es así?

Ahora es un ser humano normal. Regresamos a casa, igual que las demás personas. Ahora que abrimos los ojos ella está allí y yo aquí, estuvimos amando, lo hemos encontrado. Así es como se ama, es algo que vive en tu interior, pero ¡nunca lo das! ¡Nunca! Porque no eres capaz de darte. Franz Liszt nos enseñó cómo hay que darlo. Ay, ese Franz, qué feliz me hizo. Mi princesa... ¡ya nunca más me iré de tu lado! O tendrás que espantarme tú misma. Pero eso no lo creo, porque te conoces a ti misma. Ya no te romperás la nuca por cosas terrenales; en ti despertó lo celestial. Seguimos, pero ¡regálame otro beso más! Gracias. ¡Dios te dará su bendición!

Esto nunca había pasado. Creo que Erica ha tocado lo mismo hasta diez veces, tanto tiempo estuve de camino. Me embruja... ya no es ella misma... Quiero saber más de todo este rollo. Qué insignificante soy. Me avergüenzo de mí mismo. Me siento engañado. Tengo espuma en mi boca invisible, es lo último por lo que siento respeto, o la habría agarrado por la garganta y me habría olvidado por completo de mí mismo. Si no me pareciera algo tan infantil, insultaría su arte como una muestra de erotismo. ¿Es eso maternal, como de madre?

Otro sentimiento me muestra un huerto. Los árboles están cargados de fruta. Dulce y ácida, mezclada. Pues saca de allí los frutos maduros, Frederik, abalázate encima y di entonces si no pertenecen a ese mundo.

Qué asombrosamente hermoso es como toca, es fantástica. ¡Casi como una local! Vuelvo a quedar sumergido, sus sonidos, arrancados a ese pedazo de madera con cuerdas, me mecen de nuevo hasta dejarme dormido. Escucha, por ejemplo, ese trinar. Ella es un gran ser humano. Hay tormentas en su vida, y hay serenidad. Ella también sabe amar. Esto puede significar tanto espacio como estrechez de miras. Ya pasó, de pronto me encuentro ante un abismo creado por ella. ¿Lo hace ella misma?

Esto se pone espeluznante, de repente me siento frío como el mármol. ¿Es este el Adagio... en... aaaa... opus 30-I? ¡Ella lo dice! ¿Es sordera y ceguera? Es como que veo lo que es sordera. Lo huelo por su manera de tocar. Debajo de mi estómago siento vibraciones provocadas por algo que acaba de nacer en mí. Así vives y mueres al mismo tiempo. ¡Erica, eres noble! Pero ya no eres de este mundo. Lo sé, igual que tú: Karel no ha oído esto todavía. Siento ahora que he vuelto a ser yo mismo en todos los aspectos.

Ahora veo una carpa de feria, y al lado una exposición de bellas artes. La gente entra y sale, y no lo comprende. ¿Por qué juntaron estos dos mundos tan diferentes? ¡Erica vive y toca gracias a ello!

Veo que me van cubriendo las mareas, sangre, que sale de ella, sin más. Me viene encima saliendo de su cabeza. Además, da luz, es fosforescente, y su sistema nervioso tiene que ver con ello. Donde acaba su cabellera hay destellos. ¡Es... inspiración?

Te oigo y veo, Erica, pero estoy lejos de ti. Me quedaría dormido si no fuera por lo serio que es esto. El encanto se ha esfumado. Erica es como un tornado que rugen. Hay tormenta... rayos, el temporal es atroz. Nuestro tímpano no lo soporta. Dios mío, me está dando un ataque. Por Dios, para esto. ¡Estoy que me muero de cansancio! Me siento pegajoso. Me tengo miedo. Ya nunca más iré a buscar flores. Esto no va bien, es algo que te habla y que te derriba inesperadamente. Te arde por dentro, hueles un aire chamuscado, ¡un rayo que ha impactado!

Voy afuera, disparo hacia todos los lados, a diestro y siniestro la gente cae muerta. Soy un héroe pistolero y tengo que ver con el Lejano Oeste. Acabo de volver de una salvaje caza de gatos. Cuando agarro uno veo que es un ser humano. Y que este se parece a Erica. Pero no es ella, su figura es diferente. Aun así, se parecen. Y entonces todo se queda a oscuras. Me ahogo, doy gritos. Todavía siento que me llevan a un hospital. Pero Karel no quiere ayudarme. Dice: ¡Búscate la vida! Soy hijo del campo. Ahora lo ves: tonterías, sentimentalismo, piedad femenina, ¡yo no caigo en esa trampa!

Veo nudistas, personas que se dedican al naturismo y que se quedan mirando con la boca abierta aquello que han hecho otros de sí mismos. Ahora siento por qué a esa gente se le ocurrió desnudarse para los demás. Es como un jarro de agua fría, pero siento que también está envuelto en una nubecita celestial. El viento rugen aún más. Llueve a cántaros. Me han colocado en un cobertizo, me caen gotas en la cabeza. Estoy purgando una pena de muerte, pero no me da miedo. Ahora lo sé; ¡a mí no me volverán loco! Todo el mundo puede comportarse como un loco, ¡yo no lo haré! ¡Esto es una nueva revelación para mí! Pero ella continúa tocando y hace como si ya no existiera nada más. ¡Es tremendo! Estoy encima de un tejado y me caigo al vacío, se me ha partido el cerebro. El médico le pone tablillas y vendajes, y continúo al instante. Las llamas me envuelven y al mismo tiempo están apagadas. ¡Veo mi propio cuerpo! Este cuerpo también lo vi en París y Bruselas, en Londres y Viena. De noche en Nápoles. Entonces estaba en compañía de amigos, pero que iban en una dirección que yo no quería para mí. Los dejé y nunca más volví a verlos.

Erica vuelve a caer a la tierra y se aferra, por segunda vez, a Franz y su Sueño. Ya no la acompañaré otra vez. Es una maldita bruja. Ya no quiero

ver esas necedades de nuevo, se convierte en locura. ¡De una sacudida se me ha despertado por completo! Ahora lo llamo arte precedido de una “D”. La... “a”... de rollo animal. Esto es algo que no nos corresponde a los seres humanos. Esto es de una grandeza horrorosa. Ahora ella ya no es un ser humano, porque los seres humanos siempre siguen siendo ellos mismos, aunque su arte disuelva su personalidad por completo. Porque entonces se caían fuera de su propio cuerpo, desplomándose. ¡Se rompía la voluntad consciente! ¡Si es que la hay!

Por fin se encuentra a sí misma. Se queda mirando fijamente las teclas, espiritual y físicamente es una ruina. Y eso tan de repente. Mira sus ojos, parecen los de una pescadilla, con lo salvaje de un guepardo. Allí sigue. Estará pensando y busca reencontrarse. Solo se mueven sus pies, tiene el cuerpo como entumecido. Pero poco a poco empieza a haber más movimiento en su propio yo. Si es que todavía no lo ha perdido. Me doy cuenta ahora de que estoy siendo sarcástico, y no debo.

De pronto se incorpora de un salto. Respira jadeando, pero es ella misma. Lloro. La compadezco. Pero la dejo que termine de llorar sin molestarla, y ya me arrepiento de mis pensamientos. Veo que va serenándose, aunque sus hombros aún dan sacudidas. No obstante, no temo que afecte a su hijo. No lo he pensado ni un solo instante. Ha recuperado el dominio sobre sí misma. Ahora tengo que admirarla. Es grande, poderosa, increíble. Me pregunta, como si no hubiera sucedido nada:

—¿Y eso fue inspiración, Frederik?

Añade:

—Pero esto no fue de verdad, ¿no? ¡No verdaderamente humano! Quería tocar algo para mí misma, disfrutar de verdad. Entonces entraste tú y me sentí cambiar por dentro. ¡Y perdí cualquier noción! ¿Qué es realmente la inspiración? Ya me habría gustado golpear ese cacharro hasta dejarlo hecho añicos, tanta fuerza sentía en mí. Me picaban los dedos, hormigueaban de satisfacción, y deposité mi corazón en los sonidos. Es todo lo que sé de lo ocurrido (—dice).

No solo la creía, no: sabía que decía la verdad. Había algo que la protegía, y sin eso habría sucumbido.

—Santo cielo, no hables de esto con Karel —dice, completamente sobrepuesta. Es para que te dé algo, porque hace un momento pensaba justamente en él—. Una sola risa suya y lo derribo de un puñetazo. Claro, si no... —Así sí que es como es ella. Lo sé: ¡no se está volviendo loca!

—Cuando estás aquí, Frederik, no me ocurre nada, ¿lo sabías?

Me lo creo encantado, pero primero tengo que procesarlo. Ya no piensa en el suicidio, dice, se ha hecho más fuerte, hubo un ir y venir de sentimientos cálidos. Según sus cálculos dice que está justamente entre el tercer y cuarto

mes. Puedo que algo más, pero... ¿Qué significa? Siente que ahora ha llegado un calor ininterrumpido. Lo dice y seguramente que lo sabrá, gracias a sus sensaciones corporales.

Estamos pensando. El miedo se fue, estamos como si nada. Ahora que le vuelvo a preguntar en qué mes vivimos en el fondo, dice que es el cuarto y quinto mes. Deduzco que aún le falta para que vuelva a ser ella misma, y que responde mi pregunta de lejos. Huelo una influencia, pero ¿de dónde viene? Yo también pienso ahora que se avecina un cambio. Atención..., aquí se puede constatar un cambio, u oscilación, de la naturaleza, del que el torpe Van Stein no llega a enterarse, porque justamente no da en el clavo. A él lo veo ahora mostrar sus artes, como un funámbulo con paraguas, a gran altura del pueblo. Cree que es gracias a sus tenazas que consigue los partos. Yo veo con más lucidez y ahora sé que está a merced de los pulgones. ¡Qué caída sufre ese hombre!

Lo que vive en Erica es de derribo y a la vez arte, conciencia superior. Hoy no voy a tratar todas esas cosas, porque me muero de cansancio. Vuelve a decir que es demasiado mayor, pero enseguida me pide que no tarde en volver. Y que Karel no se entere de nada. Ya solamente porque todo le da risa. Ella se aferra a mí como una niña. No soy otra cosa.

Pero entonces vuelve a preguntar.

—¿Sabes tú, Frederik, si el alma vive varias veces en la tierra?

Ya me lo ha preguntado en otra ocasión, ya lo hemos hablado tantas veces. No reacciono. Uno diría que algo se está despertando, sus preguntas están cobrando contenido, ¡son humanamente justificados! Pero constatamos que hay numerosas cosas que se manifiestan por su maternidad. Por el momento eso es todo, no hace falta que hagamos nada más. Ya dije: me muero de cansancio, mi cerebro se ha detenido. Y ahora ella misma habla de incidencia, como si sintiera que algo en mí se negara. No es posible que esté más fresca, como si hubiera dormido horas enteras.

—La naturaleza sigue, Frederik, da igual como nos sintamos, es imparable. En el fondo me parece un gran milagro. Pero... esa misma naturaleza te obligaría a suicidarte. ¿Tiene la naturaleza una sintonización humana? ¿Sabe pensar esta naturaleza? Si todo lo que experimento realmente es por incidencia suya, entonces digo: ¡Sí que piensa! Te envía al borde del precipicio y se dedica al arte. Porque no creo que fuera yo misma. ¿Qué significa esa incidencia para la madre cuando está embarazada? ¿Qué significa la naturaleza en este estadio? Ella es arte, y miseria. ¡Erica tiene ganas de echarse un trago, y yo a través de ella! Ella te hace desconsiderado. La naturaleza es fantástica en su manera de incidir, ¿y sin embargo no tendría cabeza? Esa incidencia te domina en todo. Lo dejo.

—Es lo mejor que puedes hacer —respondo, pero entonces cae presa de

mi cansancio y se sumerge en el sueño. Me voy. Por el camino, ya lejos de ella, la cubro con una pequeña túnica. Sobre la vestidura yacen las violetas de Nuestro Señor. Erica oye música de órgano, los ángeles están cantando. Ahora también ella siente su primer beso. Ahora está viviendo exactamente lo mismo —según sé desde aquí— que lo que yo sufrí hace un rato. Solo ahora empiezo a comprender lo que esto tiene de celestial. Oh, Dios mío, qué fenomenal era esto. ¡Quiero aún más de ese amor loco!

La naturaleza me dice que todo es incidencia; es algo que entonces no te queda más remedio que aceptar. Karel tiene razón, es el proceso de crecimiento, ¡nada más! Un poco después yo también sé que me engaño a mí mismo. Así que ahora actúo como el borrego que no reflexiona sobre nada. Vuelvo a hundirme en lo que fui antes. Quizá sea un retrasado, pero también puede ser autoprotección. Entonces dice mi interior: ¡Ya está bien! Y vuelvo a tener razones para mostrar gratitud. Frederik..., ¿alguna vez amaste así? Era como si te volvieran del revés —pero no se lo digas a nadie. ¿Y todo eso por una mujer? ¡Qué loco ese Franz Liszt! Pero cómo lo habrán fastidiado, cómo fue torturada esa vida... Ala, exprésate, a ver..., y eso por medio de un pedazo de madera con unas cuantas cuerdas pulidas. Él mismo creo que estaba al lado. Tenía zapatos de plomo y llevaba gafas. Porque te aseguro, así de lejos, a tanta profundidad nunca te separarás de ti mismo. Franz..., ¡estabas en el séptimo cielo!

Pero he de intentar salvarme a mí mismo. A la cuna de Erica le ha dado ahora por mecerse. Los angelitos la están llevando lejos, o... está loca.

Ahora sé de repente dónde he visto antes a ese hombre que tan amablemente le dice buen día a todo el mundo. Ahora en realidad lo sé todo de él. Realmente, no es nada especial. ¡Ahora lo dejo ir!

Ahora le ponen a Erica su túnica. Ve la luna y las estrellas durante el día..., yo mismo las atisé un instante. ¿Creces ahora hacia Él? ¿O te aleja de Él? Esto, Erica, es nuestro ser uno en el pensamiento. ¡Eso no te vuelve loco!

¡Ahora eres todo! Franz Liszt no trajo una mentira, sino que lo vivió él mismo. Pero eso nos hizo nacer a nosotros. ¡Ahora amamos!

Hice mis apuntes en el bosque. Puedo estar contento. Me muero por una hora de sueño. Lo hago. Pero ya no quiero entrar allí, te ahoga, el corazón no lo resiste.

Llegado a casa agarré mi pluma estilográfica. Le puse una nueva pluma, sentía horror por la vieja. La nueva se niega a escribir. ¿Qué es eso? Ahora no puedo dormir... Pues entonces me pongo a pensar. Lo analizo todo. La música me transportó a un cielo donde la gente es como Dios la creó. ¡En lo que nosotros mismos convertimos nuestra vida es una mierda! Lo que hacemos no tiene ni alma ni contenido. Es un tinglado de escasa estatura humana, que deja un sabor amargo. En alguna parte alguien lee un periódico. Y veo como

alguien se come una manzanita. No me gusta hacerme el juguetón mientras hay cosas serias... ¡Son aires de cabra! Pero el animal en nosotros no lo sabe. De ese modo no me queda más opción que tragar con que me han tomado el pelo en todo en la vida. ¡Y he allí ahora mi buena vida!

Dejo constancia.

La incidencia reacciona entre el tercer y cuarto mes, y entonces hace algo para sí mismo. Parece una cura, pero no lo es. Hay eras que están activas. La naturaleza habla y causa víctimas. Y un niño ha de aceptarlas, o las transmite a la madre. La tierra y el espacio son ahora uno. ¿Extraño? ¡Lo veo! Pues piénsalo, esto merece la pena. Después vete a dormir e intenta hacerte con algo de ese amor loco. Te digo, tampoco demasiado, porque si no ya no serás apto para esta sociedad.

Las máscaras —ya lo dije— no se ven. Así que mejor tampoco las temas.

Pero ¿viste las violetas?

Te digo, Frederik, a Erica no le pasará nada. ¡No se suicidará! — Las mujeres piensan de otra manera que los hombres. ¡Y tú sueñas!

Unos días después me encuentro con Anna por la calle. Erica ocupa nuestras primeras palabras. Y cuando pregunto a Anna cómo está, dice:

—Te digo, Frederik, a Erica no le pasará nada, ¡no se suicidará!

Y cuando le pregunto cómo es que está tan segura, me responde:

—Nosotras, las mujeres, pensamos de otra manera que los hombres. Pero vente por aquí, así podremos hablar tranquilamente.

Me lleva con ella. Menuda que es Anna, pienso, qué resuelta, qué fuerza tan convincente. También a ella empiezo a verla de otra forma. Siento que he cometido un error enorme. La veía y no la veía. Poco ha quedado de aquel comprender. La poseía y ni siquiera sentía su posesión. Qué error, Frederik. Cuánto has dormido. Realmente, creo que me he despertado. ¿O ya tenía yo desde hacía mucho mi propia casa, mujer e hijos? ¿Soy ahora una brizna de paja reseca que vuelve a desear la vida? Cuando hemos dejado atrás la presión de las casas, pregunto:

—Dime ahora, Anna, ¿por qué estás tan segura?

Me mira sonriente y responde:

—¿Te pensabas, Frederik, que me asusto a la primera?

—Te creo, Anna. Ahora estoy seguro de que te encuentro por primera vez en mi vida.

—Y eso es, buen hombre, porque no abres los ojos. ¡Eres un soñador! (—dice).

Una ducha fría. Pero creo que tiene razón. Seguro no estoy. Lo que me sale de la boca es entre pobre y lastimoso.

—Vaya, Anna, ¿que sí, pues? A pesar de todo, ¿sí que soy un bobo?

—Tampoco lo veas así, Frederik. Eres un tipo estupendo, nos caes muy bien. No digo esto para halagarte, eso bien lo sabes. No insinúo nada, ya nos conocemos desde hace tanto tiempo.

—Y acabo de decir que hoy te veía por primera vez.

—Eso no lo dijiste, Frederik. ¿No ves? Sueñas.

Me dio un susto terrible. Así que pienso en voz alta, y se me oye cuando hablo en silencio. Y sin embargo hablo con ella. Dice:

—Vuelves a sobresoñar.

Me sobresueño. Esto se pone raro. Tengo que estar atento a mí mismo.

—Así que ¿tú no tienes miedo, Anna?

—¿Qué es lo que tendría que darme miedo?

—Y los fenómenos, Anna: ¿qué?

—Son muy favorables, Frederik, pero toda madre conoce sus propios pequeños milagros mejor que nadie.

—Eso lo comprendo, pero de repente hablas tan claro.

—¿Tengo que venderte mentiras, Frederik? No veo todas esas cosas como tú y Erica. Conozco a mi señora, Frederik. Sabes que nos tratamos como hermanas. Quiero a Karel tanto como a Erica. Pero no se suicidará. No saltará por la ventana ni se emborrachará hasta caerse al suelo. Ya he visto, por cierto, que no ha vuelto a tocar la bebida. Pero sueña en voz alta, y eso es algo nuevo para mí. Karel también lo oye, pero a él eso no le dice nada. Pero esto no son más que nimiedades, lo importante está por venir, pero entonces estaré lavando pañales.

¿Que de dónde saco todo esto, Frederik? De mi madre. Tuvo una vida desgraciada y una casucha repleta de niños. Cada niño era un mundo, solía decir. Y todos esos niños tenían su propio carácter. Mamá ya sabía de antemano el aspecto que iba a tener su niño y qué carácter había recibido. Lo más normal del mundo, decía, porque es carne de tu carne. No se deja tomar el pelo, no recibe gato por liebre. Es como una misma lo sienta. Yo velo, Frederik, pero no entro en nada. Velo día y noche. Bueno, tengo que irme, mejor vente pronto, te echamos de menos.

—Las mujeres —añade todavía— no somos como los hombres, Frederik... Deja de soñar, pero guárdate algo de eso, de lo contrario no valdrás un céntimo.

Y ahí se va..., es un poema. Qué lelo tan terrible eres, Frederik. ¿No lo sabías? ¿Creías conocer a la gente? De castigo, cien florines en la cuenta de ahorros de ella ... Santo cielo..., qué bobo eres.

Pero Anna tiene razón. Siente cómo es Erica. Tengo abandonados los estudios. Anna siente el alma de Erica como mujer. Yo la observo desde mis aires creadores, ¿y eso resulta ahora haber sido un error? Aún no puedo creerlo. Si pienso un instante, sé que sí tengo razón, pero que Anna lo siente de manera mucho más sencilla. Si me adentro más aún, entonces también sé que Anna está detenida y que ya está pensando en los pañales, lo cual me dice que no conoce la profundidad de estos fenómenos, aunque le parezcan de lo más normal. Lo que tiene viene de una fuente natural. Aún así estamos, o estábamos, ante problemas. En el fondo han dejado de ser problemas. Karel tiene razón, es incidencia. ¿Todo ha vuelto a ser normal? ¿Yo esperaré todavía un poco!

Vuelvo a casa y quiero leer las cartas. Leo:

“Quiere usted tener datos para una investigación científica. Pues bien, aquí tiene los míos. Entre aproximadamente el tercer y cuarto mes me entraron tendencias suicidas. Pero ahí sigo y ahora tengo una nena bien hermosa. Eso

es todo, en realidad. Usted querrá saber naturalmente cómo me surgieron esos sentimientos, pero no doy pie con bola. Están y no están. Como yo misma. A veces era yo misma por completo, pero en otros momentos me asombraba hasta yo de mis extrañas tendencias. Ahora que miro a mi hija sí he de decir: algo de eso sentí. A veces hace un poco raro y entonces empiezo a cavilar. Pero hace algunos días fue como si la niña hubiera vuelto a nacer. Ahora canta todos los días, simplemente es un milagro”.

La enviaré una bonita muñeca y algo de dinero. Una madrecita honesta, aunque algo irascible. Lo veo por su letra..., aunque no soy grafólogo. La letra me dice algo al instante.

Otra tiene exactamente los mismos síntomas. Está cabizbaja y tiene que luchar para no suicidarse. “Es una presión, una pesada carga que descansa sobre tus hombros, con la que luego no sabes qué hacer. Ahora lo comprendo: cuando nació mi hijo se me fue. Ahora tengo cuatro..., con los demás cada embarazo fue diferente, pero ni rastro ya de suicidarme. Sí que tenía otros deseos, pero pueden haber sido alucinaciones. Todo lo hermoso me atraía. Quería ser rica, lógicamente estaba insatisfecha con todo. Al médico le parecía normal. Y mi marido no hacía más que reírse. Ya no quiero pensar en eso, pues el propio acontecimiento es un milagro. Te va creciendo por dentro y recibe todo lo que tú misma también tienes. Habla y está contento. Es vida y alma a la vez. Pero alguna vez tendrás que volver a echarlo de menos. Y eso ya me da miedo ahora”.

“Yo”, dice otra madre, “no quería más que salir. La casa se me había quedado demasiado pequeña. Si hubiéramos tenido dinero, habría dado la vuelta al mundo en avión. En todo veía espacio. En todo volaba. En todo era la primera, mi boca no paraba. Antes era callada... Algo ha cambiado en mí, pero ese desagradable silencio se me fue. Ahora vivo más, disfruto más de la vida. Y mi chico tiene una buena cabeza, un buen cerebro. Lástima que no podamos mandarlo a estudiar. Daría todo por eso. ¿Acaso será eso lo que yo sentía y quería vivir durante mi embarazo? Es extraño, pero son cosas que una no logra averiguar. Pero seguramente que algo significarán”.

Ella y la otra madre cada una veinticinco florines. Haré algo por el chico. Pero leo allí que es un crío.

En fin, ¡eso se arreglará solo! En el fondo, nada extraordinario. Una tiene planes de suicidarse, la otra se toma su vinito o una cerveza. La clase más alta a la que pertenece Erica tiene mucha imaginación. Solo algún que otro no desvaría. Constato que la gente fina es la que se porta de manera más afectada. Las personas sencillas aceptan todas estas cosas, porque no tienen la personalidad de un alborotador. Algunas empiezan a sentir de repente mucho por los animales, y otras madres justamente ya no los soportan. Siento que estas son propiedades alimentadas directamente desde la personalidad.

Oye, Frederik, ¿qué es eso? ¿Me lo dices otra vez...? No suena muy mal. Pero volvió a ser demasiado rápido.

A otras madres les apetece fumar..., fuman como carreteras y se sienten completamente felices. Son estímulos, dice una, porque tanto crecer dentro de ti exige todo de tu cuerpo. Al menos, para mí, si no me equivoco. Yo también lo creo..., es muy natural.

Hay una... que ya quería estrangular a su bebé antes de que llegara al mundo. Hubo que hacer un esfuerzo descomunal para impedir que se mutilara a sí misma y al niño. Cuando nació, era medio niño. ¿Sintió esta madre todo de su bebé? El médico dice: destrucción propia. Seguramente que el cuchillo que se clavó rozó el corazoncito, porque encontraron un pinchazo en ese tierno cuerpecito. ¿Cómo se hizo el diagnóstico? Veo lágrimas en el papel y también le tengo que responder. Por su dolor le prometo... ¡un poco más de materia! Cómo es posible, está tan claro... ¿Hubo sentimientos que se expresaron aquí? Tengo mucho para reflexionar. Aún así, siento gratitud por haberlo hecho. Ya ves, madre, de algo sí que sirvió.

Hay otras que empiezan a tener síntomas directos de clarividencia. También sueños muy hermosos. Y arte. De modo que eso coincide con lo que vivió Erica. Con sentimientos débiles para destruir el fruto. Y la resistencia para no tocarlo. Ella se dedica a la teosofía. Llegó a esta a través de su maternidad. Ahora es un hacha, y según ella misma una buena astróloga.

A mí eso no me seduce nada... Una vez un amigo me hizo un cálculo que resultó ser completamente erróneo. Cuando me percaté de que de todas formas seguía siendo una búsqueda, dejó de interesarme por completo. Bueno, mujercita, ¡esto es todo! Lo otro no es nada especial. Nos despedimos.

Y aun otra madre dice: “Tenía pobreza física y espiritual... El niño me dejaba atolondrada, y padecí terriblemente de los riñones. Tenía mucho miedo, y sufría ataques de llanto. Ya no sabía qué hacer. Tenía la sensación de que algo sucedía a mi niño. Sin embargo, fue un niño fuerte. Pero a los ocho años de edad trajeron a mi chico muerto a casa. Atropellado por un coche, y muerto. ¿Tendría que haber sentido yo eso? Tuvimos a uno más, y con este todo va bien. Espero que se me conceda conservarlo. Pero al otro no lo olvidaré. Espero que esto le sirva de algo”.

Constato que son fenómenos que más tarde tendremos que investigar, si no queremos que nuestra propia fuente nos engañe. Hay una cosa que es segura y consciente: el empuje, el proceso de crecimiento y florecimiento puede predecir de manera infalible. Oh, Van Stein, ¿por qué no ahondas en esto? Así que ese estúpido empuje tiene una conciencia sobrenatural. Sí que me parece lo mejor de eso, si quieres sacar una conclusión inmediata. ¿Por qué un médico no piensa más allá? Es materia para el parapsicólogo. También es algo para el psiquiatra y para el hombre que se dedica a la psicología. Las

facultades espirituales —continúo— ¡están en un punto muerto! ¡Todavía no saben qué hacer con ellos mismos y todos son unos aprovechados! ¿Por qué darán a esa gente un título? ¿Qué significan en realidad para las ciencias? Pero eso a mí no me incumbe. Me estremezco. No les oculto nada a ellos, porque actúan con tanta soberbia sin saber nada todavía, sin embargo.

Hay otra carta que contiene cosas verdaderamente especiales. Durante el embarazo, la madre tiene molestias por una barba, por lo que sabe decididamente que es niño. ¡Y fue un niño!

Ese proceso de crecimiento y florecimiento ya tiene a la edad de cuatro o cinco meses la conciencia de que se tendrá que afeitar. Algo así deja tan en evidencia a Van Stein que no son buenas las perspectivas para él y los de su especie. Un conjunto de cosas que merecen la pena ser pensadas. Concluí la investigación. Mandé a todas quienes habían colaborado un regalo y después me encerré en mi propio mundo. Un poco más tarde oí por casualidad a más madres, pero ya no tenía ganas de adentrarme en la materia. Sí que valía la pena muchas veces, pero solían ser cosas que ya hemos constatado con Erica.

Por ejemplo, el hecho de que una madre sabe infaliblemente durante el embarazo y su ser uno con el niño cuál será su carácter. ¡El niño del que se trataba aquí está ahora en la cárcel! La madre supo por adelantado que iba a ser un bandido, que este niño era un caso perdido. Es conscientemente malo. Ella respondió a todas las experiencias propias, a las tristezas que surgían y a ese maldito roer bajo su propio corazón. Y de nuevo: ¡el empuje de Karel y Van Stein predice infaliblemente! ¿Tiene el niño alma y conciencia? Que el niño tenga alma es algo natural. Eso se sabe, pero ¿conciencia? Es imposible, según la ciencia. ¿Estamos locos o tenemos que aceptar que todos esos sabios aún tienen que nacer? ¿No deberían ir a un colegio interno? ¿O es esta la conciencia de este pobre mundo? ¿Qué es? ¿No deberían encargarse de empezar, lo antes posible, otras y mejores investigaciones, más agudas, en lugar de dejar de lado todos estos milagros tan naturales? Ya sé lo que dicen: que todos esos fenómenos son abstractos. De todas formas nos estrellamos. Pero ¡todo lo ignoran! No me molesto, pero ¡como para no hacerlo!

Creo que aún no ha llegado el momento de hablar de todas estas cuestiones. A mí me conduce hasta la realidad para este acontecimiento tan sobrenatural. “Das Ding an sich spricht!” (¡La cosa en sí habla!) Nuestros sabios están como cencerros o están trayendo el milagro al mundo mientras duermen. Quizá esté gritando demasiado pronto... y luego me ponen ante los hechos verdaderos. Pero entonces habrá que verlo. Si tienen razón, inclinaré la cabeza.

La redacción me hizo saber que habían llegado más cartas. Pero me parecía que ya bastaba y las coloqué junto a las demás que ya habían prestado su servicio. Me fui a Erica... Las leyó una por una. Le parecí un genio.

—¿Cómo es posible —dice— que hayas pensado en eso? Justo algo para ti. Te estoy muy agradecida. A Karel jamás se le habría ocurrido. Qué encanto como escribe esta. Tengo un hermoso vestido por allí, Frederik, será para ella. Y para el hijo de esta algo de dinero... Así podrá comprar libros. Esta carta es muy cariñosa, ¿no te parece? Pero ¡qué milagroso! ¿Ves, Frederik, que tenemos que empezar a pensar de otra forma y que Karel no puede responder a todo? Menudo Van Stein. ¿Le haré leer esto? Pero casi se me olvidaba: no quiero volver a ver a ese tipo. Qué realidad, Frederik. Creo que estoy empezando a agradecer haber sentido esas cosas desgraciadas. Esta carta es triste. ¿Que puedes cambiar en esto? Qué predicción más horrible. Vaya..., me parece horroroso. El resto no me dice gran cosa (—dice).

Pero ¿qué quiere decir todo esto? Me oye y pregunta:

—¿Qué nos dice eso, Frederik?

—Significa, aunque los sabios consideren a tu hijo vida y empuje, que es capaz de pensar humanamente, prever con infalibilidad y transmitir sus sentimientos a la madre. Esto, resumiéndolo con mayor claridad..., nos conduce a una personalidad consciente, y podemos aceptar —podríamos aceptarlo— que el niño en la madre ya sabe dónde estará más tarde la barba (—dice).

Se troncha de la risa y le parece que para mí es una revelación. Sí, está dicho y vivido de manera infalible.

—Esto —dije todavía— guarda relación con todos tus propios problemas. ¡Con todo!

—Y ¿qué es ese todo?

—Eso no te lo puedo decir así como así. Pero nos señala diferentes direcciones, donde luce un sol intenso y vive gente, aunque no haya nacido todavía. Primero tengo que reflexionar sobre esto (—dije).

Y eso hice. Naturalmente, no le comenté mucho a Erica. Hay que conservar la prudencia, porque está muchísimo mejor y ha vuelto a ser ella misma. Aparte de que se lo prometí a Karel. Se me ha demostrado aquí algo irrefutablemente, algo cuyas leyes aún desconozco, pero de lo que se me concedió contemplar la vida consciente. Constaté que el alma de un ser humano es un poderoso milagro, que posee intelecto y que puede ser considerada universal. Me es imposible explicar si todo esto es para el niño, es decir, si la propia madre recibe una conciencia más elevada, o si el niño es consciente y posee en esos meses personalidad propia, pero me parece posible.

En mi diario figura: hoy cartas recibidas con sonidos desconcertantes. Viví milagros. ¡Ahora sé que vivo! El análisis de todas estas cuestiones desconocidas lo hago de puertas adentro... Creo que es lo mejor. Pensar lo más posible en ello. Ahora noto que todo eso ayuda y que se conduce a sí mismo al buen camino. Oí allí voces... Los propios hechos se contradicen. Pero escucho bien, hasta que los tenga listos e inmaculados ante mí.

Los cuentos de Karel ya se me hacen como un cántico celestial. ¡Y mi universidad va adquiriendo significado! Incluso creo que más tarde podré impartir clases. Creo que cuando lo sepa todo tendré un nombre para ello, que te sonará asombroso a los oídos y del que la gente dirá: ¿Cómo es posible?

¡Voy a conocer a Dios! No pensé que la vida fuera tan milagrosa para nosotros, los seres humanos. Ahora también sé que Él habla a Su gente. ¡Todo esto estaba tirado por la calle, y sin más lo recogí! Allí hay tesoros, pero ¡hay que verlos! Quien abra los ojos empezará a tener color en el corazón y tendrá que reconocer que la vida está llena de matices. Yo antes tampoco veía esos tesoros, pero los últimos días he abierto mis ojos interiores. ¡Ahora mi castillo está abierto de par en par! ¡Hasta aquí! El resto, como ya dije, ... todavía se encuentra en mi laboratorio... Pero nadie es capaz de crear caos. ¡Mis guardianes están al acecho!

A Erica le mando ahora una preciosa cesta con flores. También a Anna. A Karel le doy cigarrillos Simon Arzt, sus favoritos. Le mandaré un montón, porque me siento muy feliz.

Te digo, a quien me crea: estos fenómenos te reconducen a Dios. Repito que nunca pensé que Él viviera tan cerca de la gente. Cada segundo extiende Sus manos hacia nosotros, y nos eleva. Entonces oyes: “¿Pasa algo, hijo mío, o hija mía?”. Si te caes: ¡al instante está a tu lado! Si te pasan cosas extrañas, Él te lo explica todo y de inmediato pone punto final a ello y su firma debajo, para que comprendas que para Él todas las cuentas están saldadas. Claro, volví a sentir aquello, es algo que tú mismo tienes que hacer, para que se curen esas heridas, y para ello necesitas unas compresitas materiales. Pero ¡eso no es tan grave! ¡Ya lo oigo hablar a Él, es milagroso como suena!

Ahora sé que las horas, los meses, los años, el tiempo y el espacio significan algo cuando uno mismo está en ellos. ¡Todo esto es del todo uno! Pero una vez más, hay que comprenderlo. Te digo que una vez que hayas retomado el hilo, también encontrarás el ovillo en el que está enrollado, para que puedas examinar su origen.

¡Y ese origen es la luz —créeme—, es la vida, el alma y el espíritu! Aquella sabe rezar y ya rezó antes de empezar con su empuje en la tierra. Incluso me atrevo a decir: ya estuvo una vez ante el altar y ofició la misa, antes de que ella misma cobrara vida. Es aliento de Su aliento, crecimiento de Su crecimiento. Y todo eso lo vi tirado por la calle. ¡Oh, cuánta gratitud siento hacia Él!

Qué día. ¡Ha sido poderoso! ¡Casi estallo de felicidad!

Frederik, tenemos un niño..., y lo llamaremos René

No teníamos de qué quejarnos: las leyes de la Madre Naturaleza no pusieron demasiado a prueba el deseo humano de tener la mejor vida posible, y los últimos meses pasaron como en un sueño. Lo único que dijo Erica fue: “Ha tardado un poco. Pero ahora está”.

En estos meses estuvimos hablando mucho, pero no hubo fenómenos. A Karel la parecía —y he de darle razón— que Erica a veces exageraba muchísimo, y cuando todo fue bien, comentó: “¿No ves? ¡La naturaleza lo regula todo!”. No obstante, es un médico raro.

Lo he oído hablar de estos asuntos de un modo que para un experto no sería menos que una temeridad. También puedes tratar las cosas con demasiada despreocupación, más cuando se trata de tu propia mujer que está esperando un niño, aunque pienses que sea la naturaleza la que tiene en sus manos todo lo que vive. Pero ya está bien: ahora ya tienen a su hijo. No sé por qué han llamado a su hijo René. El muchacho pesa, según Anna, tres kilos y algunos centenares de gramos, un niño bien hermoso. El día que nació llovía a mares. A Erica eso no le gustó. No soy alguien que lo ve todo negro, pero tengo mis ideas al respecto. No porque lloviera, sino por su sensación de desagrado; es otra vez algo que no es parte de su ser. Fui a verla.

—Frederik, tenemos un niño y lo llamaremos René —me dijo en voz alta.

Karel sacó de inmediato la artillería pesada:

—Y ¿ahora qué pasa con todos esos problemas tuyos? —dijo. Karel tenía que haberse callado. ¿Que si es feliz? Se comporta como un potro que pisa por primera vez el prado: salta de alegría. Ya estoy sintiendo que no es de verdad. Si dentro de un año sigue siendo igual de feliz, le creeré. Te digo: esto cambiará. No hay ningún tipo de consulta mental mutua, y uno diría que es lo primero que desea una madre. Echo de menos esas charlas sencillas. En todo ese tiempo no estuve equivocado, empiezo a ver ahora. También a esto recibimos la respuesta, y acertada, además. Karel no es así. Pero Erica vuelve a recibir nuevos golpes. ¡Va a ser crudo!

Ciertamente, nada dura para siempre, tampoco los nueve meses para una madre. Y luego se encuentra ante el poderoso milagro y tiene que demostrar al Dios nuestro y al de todo lo que vive si lo comprende. Pero ya dije... que llovía. Cómo es posible... madre... una criatura todavía... que una lluvia así te llegue a dominar y te ponga triste, así como así. ¿O son las secuelas? Solo quiero decir: la felicidad en ti tiene que derribar todo lo demás, tendrías que poder decir: ahora soy como una roca en la rompiente, ¡no hay nada en este

mundo que me pueda quitar, destruir o mancillar mi felicidad! Pero llovía y no le agradó para nada; predominó sobre su felicidad. Pues bien, ya entonces pensaba en otras cosas, pero aun así quiero ver negro el futuro. Ahora sé que los seres humanos nos podemos influir.

Del nacimiento nada se puede decir: no hubo complicaciones de ningún tipo. No obstante, se quedó metida en su chaparrón. De vez en cuando Anna la sacaba de allí, pero una y otra vez volvía a recaer. Puedes oír cómo susurra. También Karel habla para sus adentros, es como si de repente fuera tardo de oído. Alguna vez ves cómo le tiemblan los labios. Cree que nadie lo ve, pero es que yo lo veo todo, es así. También lo ves, por cierto, en sus andares, en sus anchos hombros, en su cuello, en cómo agita los brazos y en su rostro de erudito, detrás del cual hay muchos pensamientos confusos que intentan ordenarse ellos mismos, pero hasta ahora en vano, porque una y otra vez él mismo vuelve a ponerlo todo patas arriba. Pero él no cree en los seres humanos con sentimientos.

¿Qué quieres, Karel? ¿Que la gente cambie de golpe? Erica mira ahora a través de ti. Es un consuelo miserable. Le das una limosna. Ahora lo sé: jamás me casaré. Las mujeres tienen que tener cuidado. ¡Las pegan! Y a nosotros, los hombres, nos falta sensibilidad para mujeres como Erica. No quiero decir... esas mujeres hombrunas. Oh, pero no tienen por qué hacer caso alguno a mis palabras. Ya sé que también tienen sus rasgos buenos, cuyo valor aún desconocen esas personas sensibles.

Me he dejado convencer de que hay... madres infantiles, madres maternas y... madres paternas; o sea, una distinción que clasifica a las madres según la profundidad de sus sentimientos. Desconozco cuál es la mejor. Pero todas viven el mismo proceso. Para conocerlo, realmente me habría encantado hacerme médico. Precisamente por todos esos mundos diferentes de los que entonces diría —como quería entonces— lo que opino. Y también para poner allí un poco de orden, algo de serenidad y paz. Sí, así era. No digo nada denigrante de todos estos grados vitales si me expreso de esa manera.

¿Que si es así en todas partes? Hay padres y madres que son increíblemente felices. Una vez vi a un hombre que salió corriendo a la calle, loco de felicidad, donde a cualquiera que quisiera escucharle aseguraba, que sí, que era el hombre más feliz del mundo. El mocoso hizo sonreír a las madres. Calculé que el hombre no tendría más de treinta años y comprendí que habían tenido que esperar demasiado tiempo. Pero puede que los hombres sean diferentes.

Soy un tipo raro... Entre la veintena de personas —ancianos entre ellas— a la que creo que vi agitar la cabeza... no hubo ni una sola a la que se le ocurrió preguntar dónde vivía este joven padre. Hubo quien pensó que mi intención era mandarle flores, así que no dije nada más. Para mí se trataba de su dirección y por el momento nada más. Un año después —créeme, digo

la verdad— supe que el mismo padre no estaba dejando títere con cabeza de su felicidad. En primer lugar, terminó su matrimonio; a la madre y el hijo les llovían tortazos y robaba como un condenado, hasta que él mismo puso fin a eso, porque si no le habrían caído como mínimo diez años. El abogado, un amigo mío, que ya tres meses después del nacimiento intentó salvar lo que se pudiera, tiró la toalla. Así de miserable era la personalidad de este instinto antinatural y masculino. Solo quiero decir con esto: por favor, cuida tu felicidad. No hagas alarde de ella. Es mucho más difícil conservar la felicidad que la pena y el dolor. Y mucha gente ni siquiera se cree eso, pero te lo podría demostrar.

A esos ancianitos les pareció lo mismo que a mí... Conocían esa felicidad antinatural mucho mejor, pero siguieron andando arrastrando los pies, puesto que sabían que la Madre Naturaleza te vende gato por liebre, y luego no sabes qué hacer con aquel. Y así hay miles de casos... Por cierto, es algo que la propia gente también sabe.

Karel ya es ahora para Erica un consuelo miserable, dije hace un rato. Es duro para una madre, pero ¿qué puedes cambiar en esto? Ahora uno ve que el padre no está preparado para la madre ni la madre para su marido. Estos dos mundos diferentes precisan una formación cósmica, antes de que puedan empezar a pensar en tener hijos. El uno lo busca donde el otro, pero ambos en balde. ¡Les falta algo!

¡No se conocen! Y por eso no hay felicidad. ¿Que por qué sé esto con tanta seguridad? Porque Erica me lo mostró a través de Franz Liszt. Ahora es parte de mi propio corazón. Vuelvo a decirte que ya me daba cuenta de eso cuando era un joven grandullón. Ahora aquí en casa llueve a cántaros. No hay acercamiento, porque Karel hace como si él mismo no estuviera presente, como si de él no hubiera salido el germen que Erica acogió y por el que se le abrieron los cielos. ¿Aún te acuerdas de cómo tocaba el órgano? ¿De cómo los gnomos estaban toqueteándole el dedo gordo, lo que le hacía sentirse irritada? ¿No viste que la luz radiante del cielo tejió una rosa sobre su cabeza tan hermosa? ¿Y que le pintó los labios con el verde esmeralda de Nuestro Señor? Entonces le zumbaron los oídos... Y oyó ese zumbido con mucha nitidez, pero la orquesta, con un millar de músicos... empezó a tocar el “Sueño” de amor de Franz Liszt. Se fue sumergiendo, igual que lo viví yo, ¡y como cualquiera que tenga corazón y sienta!

Ves, ¡de eso ya se olvidaron! Se ha convertido en chatarra. El origen de la vida es para ellos un juego corporal, en lugar de una posesión universal que da forma a las cosas divinas. Como mucho dejan que se celebre una misa para ello. ¿O pensabas que era de otra forma?

Ya sé: ambos tienen culpa, pero tampoco se conocen las leyes correspondientes. Ya no ven que esta leche jamás se agria. Si eso lo sabes, si realmente

amas el espacio que corresponde, Él vuelve a estar a tu lado para ayudarte a dar otro pasito más. Ahora sabes que todo en ti y de ti es luz. Y cuando ves eso, y una y otra vez lo vuelves a declarar como sagrado en los demás, también volverá a ser siempre nuevo y una creación aparte, porque sabes... No, no sabérselas todas —eso me parece demasiado barato, ¡porque hablamos de la felicidad eterna del hombre y la mujer!—, sino que tienes que saber donde está guardada la semilla divina.

Y entonces puedes escuchar voces. Cualquier sonido procedente de ella se te hace agradable. Aunque esté muy acatarrada... o se encuentre ante una enfermedad contagiosa, bienvenido sea. La escarlatina de su vida te lleva a la inspiración. Como médico lo superas todo y ya no te alteras por nada cuando cada día hay un par que abandonan la vida mientras les prestas tu cuidado experto. Al día siguiente vuelves a recuperar la confianza y seguridad, y la operación sale perfecta. Pero ahora estás amando... todo lo que vive... Se encuentra a tu lado y maneja el bisturí para ti y para esa otra vida. Carece de importancia si se trata de un niño o de un adulto... ¡Acto seguido se oficia una misa y eso no cuesta un céntimo! Ahora lo oyes decir a Él: ¿Pensabas que era de otra manera?

Eso hace sufrir a Erica. Este gran acontecimiento no tiene la luz que se esperaban. Ya dije: es alma, es vida, es espíritu... ¡Para ellos este castillo está cerrado a cal y canto! Por mucho que llueva, están fuera. ¡No hay ropa para protegerse contra este tiempo! ¡Es imposible!

Todavía recuerdo como si fuera ayer que a Erica le entraron ganas de hacer un paseo justo cuando estaba lloviendo a mares. Cuando Karel quiso decir algo al respecto, tuvo que escuchar:

“Precisamente ahora. Querido Karel mío... Justo ahora que está diluviando vamos a pasear. Tienes que aceptar, admirar y amar todo lo que sea de Él. ¡Todo! ¿Cómo vivió Chopin este placer? ¿O Beethoven y Mozart? Si no hubiera lluvia, nos habríamos perdido todas esas cosas tan milagrosas”.

Le brillaban los ojos, su figura irradiaba luz, sus andares, seguros y conscientes, le daban satisfacción. La felicidad de la Madre Naturaleza. Oh, aún la oigo respirar, mientras se llenaba los pulmones y disfrutaba de todos estos dones de arriba, con los que sabía qué hacer. Unos días después, cuando quiso interpretar la canción del espacio en su piano de cola..., dio gracias a Dios bondadoso, a pesar de su gripe, por lo bien que le iba todo y porque sus dedos sentían la lluvia en su interior. Entonces creía que estaba abierta a la “verdadera” inspiración. Pero ¡un poco después había desaparecido de su vida! Todavía la oigo suspirar... Le parecía una lástima, pero aun así la lluvia le resultó una revelación.

Y ¿ahora? Qué diferencia tan enorme hay. Por eso tampoco conozco ya esta alma, esta lluvia común y corriente la golpea, la cubre con una vestidura

sombría, que contiene... una polilla... natural. Tiemblo y me estremezco; lo que tú pienses de ello es algo que depende de ti. Pero Karel no ve ni oye que esté lloviendo. ¿Otro fenómeno más?

Karel no obtuvo respuesta. Y es que realmente se portaba de manera patosa. Ahora se da un carácter propio. Ella lo cala, es fantástico. Ay, qué comedia la de la gente. Quisiera suplicarle: ¡sigue siendo como eres! Pero no me meto en eso.

Karel esperaba un mensaje de su hijo. Ese mensaje ya ha sido enviado y en breve será entregado. Observa un instante a ese cartero. El hombre lleva una máscara y hace como si fuera martes de carnaval. Da vueltas en un trajecito de pacotilla y canta canciones divertidas, pero ya se ha olvidado de su origen. Tú tienes que pagar la cuenta... aunque te enviaran flores.

La niña tiene una voz maravillosa, pero algo demasiado afónica. Karel ya está pensando en ese cartero. Pero aún no sabe que es de otro pueblo y que ha tenido que venir andando desde lejos. El hombre tiene un aspecto de mayor. Me molesté cuando constaté todo esto y me parecía incomprendible a mí mismo. Pero ¡y esa voz!

Hace mucho oí decir a alguien que un niño no oculta nada, aunque solo tenga unas horas de edad. Ahora creo que ese sabio tenía razón. Yo mismo conozco ese placer. Siento esta vocecita, me dice algo más que al público. La voz interpreta el carácter. Cuando más tarde el niño sea un poco más consciente, la voz cambiará, pero entonces oirás cómo es el estado interior, aunque te encuentres ante hechos que intentan demostrar lo contrario. La voz suele ser una advertencia, sobre todo para una madre.

Así que René está un poco demasiado afónico. Ahora mismo yo ya sabría decir lo que eso significará más tarde, pero entonces según los fenómenos anteriores. Karel también lo nota, pero cree que tiene que ser así, la naturaleza lo sabe. Ojalá que no resulte ser gato por liebre. ¡Este niño es demasiado mayor! No miro la carita arrugada, eso no dice nada. Es otra cosa.

En Indonesia me alertó la amabilidad de una voz. Me permitió oír que me engañarían y envenenarían. Dejé de lado aquella comida preparada con tanto esmero y se la di a mi perro, que dio su último suspiro una hora después. Vaya niña indonesia, se delataba por completo, ¿o era esto protección? Sea como fuere, lo oí por la voz. Ni siquiera me sorprendí cuando tuve a esa niña tan buena a mi lado y me presentó la comida. Su voz me sonó como los maullidos de un gato montañés a lo lejos. No la lamí. No vi mi féretro... Pero la voz humana me reveló justo lo suficiente para salvarme la vida. De preferencia, no quería ser asesinado, así, sin más, durante el día... para eso se me hacía la vida demasiado milagrosa. A partir de ese momento me fijé con especial atención en la voz humana, y ahora te podría contar todo sobre ella. Es un libro que impone por su volumen. Y también esa parte de mí mismo

tendrá luego su lugar en mi “Universidad”, donde los estudiantes no alcanzarán el doctorado ni en veinte años. ¡Es así de sencillo! Seguramente que una vez más no te lo creerás, pero entonces me sentí uno con Sócrates. Le dije: “Hombre, estabas muy cerca, ojalá que todos esos chapuzas no echen a perder tus impresionantes conocimientos. O tendrás que volver una vez más —si es que es posible, porque el hombre solo vive una vez en la tierra, según muchos— aquí para darle a tu propia facultad una ducha divina. ¡A mí me quisieron liquidar, pero me negué!”.

Y la voz de René me dice muchísimo, más aún que el sentimiento sombrío de Erica, ¡su yo anestesiado! Porque es lo que es, ¡no vive!

Casi me gustaría decir: René ya siente dónde estará luego la barba. Y si sigo un poco, entonces ya pregunta dónde se puede comprar el mejor jabón de afeitar, y a qué se debe en realidad que los hombres deban afeitarse, y las mujeres no tengan esas molestias. ¿Viste esa carita toda chupada? El hombre es una cosa rara. Podría hacerte gracia, pero sabes que es algo muy natural, y no te ríes. Pues sí, ¿a qué se debe que tengamos barba? ¿Por qué la madre, no? Sin duda que el Dios de todo lo que vive supo por qué. Ahora también sabe por qué siento que esta vocecita es demasiado mayor. Yo tengo mis propias ideas al respecto... Oigo ese crujido... A Erica tampoco le parece que sea un canto angelical..., de lo contrario tendría ahora brillos de belleza, planearía en el espacio y en el de su hijo. Sin embargo, pesa como el plomo. Uno podría meterla ya en el ataúd.

Lo dejo, no tiene sentido seguir con eso. De todas formas estaré solo en todo. Si tuviera un auditorio de estudiantes, entonces podría transmitir mis descubrimientos a la nueva generación, pero aún no lo tengo. Y ahora todo se hace tan pesado. Estás ante una montaña. Y después vuelve a haber otra cosa que dice: bebe y come, esta es Mi Sangre, este es Mi Cuerpo, ¿qué quieres?

Al día siguiente, Karel ya sacó sus trapos sucios y mostró a Erica que lo mejor era tirarlos a la basura, porque ya no servían para limpiar nada. Una y otra vez terminaban ensuciándose en lugar de quedar limpios. No sabía que esto no quedaba igual de claro para todo el mundo. Sus trapos sucios se esfuman como ratones blancos, a la velocidad de la luz... Pero a Erica no le apetece profundizar en ello. Dice: ¡todo esto es demasiado fangoso!

—¿Ves? —dice él—. Eso lo tenías que haber hecho así. Y esto tiene que ser de otra manera. Y eso también. Si lo hubieras hecho de otra manera, ahora serías feliz. ¿Qué puedo hacer por ti? (—dijo). Y si después viene: “Primero cuídate a ti mismo”, entonces sabes que aquí tampoco hay felicidad y que cada uno es una carga para el otro. Pero estos dos no comprenden que se puede hacer de una manera muy diferente. Ahora te encuentras ante las personalidades que no quieren inclinarse ni comprender esta enorme felicidad. Es un detalle, pero uno que pesa miles de kilos. Se encuentran uno frente al

otro y, al no saber cómo llegar el uno al otro, crean un caos. René ya les habla en voz alta, el niño habla con los padres, pero aún no lo oyen. Todo lo que hacen es alejarse de Él, de quien recibieron todo.

Karel le muestra a ella sus maneras rudas. Después oí sollozos y un gimo-teo maternal. Se olvida a él mismo como padre, no están preparados para este milagro, ¡es un problema! Tendría que haber actuado de otra manera, y lo sabe, pero es demasiado orgulloso para admitirlo. Mira ahora tu granja, Karel, pero has de saber que se puede hacer de otra manera, mejor; un poco más de sentimientos te abrirían a este milagro.

No tuve oportunidad de charlar un poco con ella. De todas formas, ella no habría sido capaz. Y, francamente, a mí me daba miedo. Vamos, ¿por qué no te adentras en una vida que no es más que tinieblas? ¡Vaya! Con las mantas subidas hasta el mentón, los ojos cerrados, cavilando mucho: así está echada. Siento pesadez, ¿derribo propio? Me sospechaba que esto iba a ser un caos, ahora estoy seguro. Un ser humano a fin de cuentas no se puede saltar trozos.

Como ya dije, Anna hace todo lo posible para apoyarla. Erica le regala pequeños gestos de la cabeza. Anna lo comprende y hace como si lo supiera todo. Su fuerte personalidad tiene un efecto estimulante y es capaz de mover montañas. Es un alma maravillosa. Creo que Erica se ha hecho ahora más sensible, por lo que no es tan sencillo intuirlo de manera pura, como finalmente tiene que ser ella. ¿Que si esto ha sido por su niño? ¿Que si esto es influencia, como todo lo demás? El médico dice que todo está bien. Esto también es parte de ello. Pero no lo sé. Tengo mis propios sentimientos, pero no me atrevo a hacer un análisis. Anna agita la cabeza, sus faldas chisporrotean por la casa, su paso también es diferente. Lo calcula. Todo es diferente en ella, empezamos a ver un cambio, todos lo vivimos para nosotros mismos. Pero ¿quién lo hace bien? Era cuestión de esperar.

He visto al niño. ¡Es como me lo había esbozado para mí mismo! Y créeme, esta vida vive en mi alma, es como si formara parte de mi propia vida. No sé por qué, pero lo siento. Uno pensaría que es imposible, pero no logro liberarme de ello, estos pensamientos me pisan los talones. Es como si viviera a través de ellos. También creo, debido a que se me concedió seguirlo tanto tiempo, que esos pensamientos viven en mí. Esperaba este momento con ansiedad, pero me decepcionó. ‘Cielos’, pensé, ‘hay que ver qué fracasado eres’; volví a actuar como antes y me hice infantil. Karel salió corriendo por la puerta, había algo otra vez. Erica me suplicó que me quedara, me lo pedía con la mirada. El portazo volvió a ser demasiado fuerte, fue un golpe para ella y su niño. Todavía oyó cómo arrancaba el coche, un último saludo para ella y aquella cosa en la cuna. No hubo más.

Alza por unos instantes la mirada, pero se le vuelve a caer inmediatamente; veo que le pesa como plomo. Pasa un ratito, pero después mira hacia mí, y de

mí a la cuna. Mira primero tú mismo, me llega. Pero soy como un pedazo de piedra. Quisiera darme a mí mismo una paliza por lo torpe que me comporto. Mi cuerpo calla, por dentro no se mueve nada, pero hay una madre que me está pidiendo una cosa. He de actuar, pero no soy capaz. Pasan más de diez minutos —para ella es penoso—, pero entonces oigo:

—No lo sé, Frederik, no lo sé.

Tiene los labios rojos de tanto apretarlos, hace un momento tenían una palidez mortal, y sigo sin poder hablar. Pero ¡hay que hacerlo! Podría haberme matado a mí mismo, tanto miedo da. Pero qué bobo soy. Aun así hay contacto con su vida, su pensamiento y sentimiento. También eso lo absorbo. Lloro por dentro, me siento trágico. Quisiera morirme. Siento desesperación, un corto circuito, mi vida está marchita. No valgo nada, nada, ¡estoy desesperado!

Aquí estoy sentado y soy un muerto en vida. Pienso y al mismo tiempo carezco de pensamientos. ¡Tiemblo! Ahora o nunca, tengo que hablar, no puedo dejarla así sola. No hago más que estar sentado sin hacer nada. Y me pide y suplica una respuesta. Se queda mirando lo que hago, pero sigue pesada como el plomo. Aún me falta para poder aceptar el niño y cumplir con los deseos de ella. Ella espera que le diga algo cariñoso, pero todavía no soy capaz. ¡Estoy como congelado! Cuando entra Anna, algo se quiebra en mí. Erica me observa ahora, perforándome con sus miradas. Entretanto ya he pasado diez veces por la hoguera. Piensa en mí y en su hijo. Ahora mira hacia la cuna y oigo:

—¿No es algo de lo que cualquiera puede disfrutar, Frederik?

Su voz me dice mucho. Ahora me sale volando por los labios:

—¡Así es, Erica, naturalmente, así es! Cada... hijo de hombre ha de hacerlo.

Pero ¿qué es eso ahora? Sí que se ríe. Algo he conseguido, pero no formo parte de ello. Hubiera querido decir: cada ser humano... y lo que sale es hijo de hombre. Me parece terrible. Me siento como un perro apaleado, pero miro al niño. Murmuro algo y hago mucho el tonto. Sigue al niño, ella cree que está hablando con el pequeño René. Pero ¿cuántas personas viven ahora en ella? ¿Estamos ante nuevos problemas? Entonces dice:

—No te ausentes demasiado tiempo, Frederik.

Tiemblo y le prometo regresar pronto. Pero soy un hombre apaleado. ¡Tengo que salir! Entonces ya me encuentro fuera y entro corriendo en el bosque. Pero todavía estoy viendo a Anna, que creo que me compadece, lo cual se me hace horrible. Hay un impulso desconocido que me guía al exterior. Si solo hubiera tenido que apoyarme en mis propias fuerzas —según sé ahora—, entonces me habría desplomado. Pero si pienso en Anna, me siento fuerte. Cuando entro en contacto con René y Erica, entonces me derrumbo y no sé qué hacer. Es como si entonces me recordara la muerte. Anna volvió a colo-

carme las piernas bajo mi cuerpo, después de que aquellos dos las derribaran a golpes. ¿Sigo siendo entonces igual de torpe?

Continúo mientras pienso. Había decidido ir a darme hoy una buena comilona a la salud de la madre y el niño. Ahora es como si René no me concediera la comida. Al pensarlo me entra una sensación de mareo. Me dejo caer en el sillón, pero al mismo tiempo me veo continuar mientras camino. Algo me falla en el tarro, creo. ¡De repente veo que corro y sin embargo estoy sentado! Quería gritar, pero no era capaz de producir sonido alguno. Creía ir volando por el bosque, pero por las puntas de mis zapatos vi que estaba sentado. Ahora me callo, ya no quiero pensar de lo infeliz que me siento. Tengo ganas de echar un trago, porque sé que todo este lío me superó.

¡Qué día este! Beethoven y Mozart, y Franz Liszt, con sus marchas fúnebres, se quedaron en casa: están enfermos. Creo que se hacen los enfermos. Perdieron su inspiración. Su pequeño niño espiritual ya yace bajo tierra. Erica ya no los conoce, ¡ese apoyo también ha desaparecido! Ese arte también ha resultado ser una majadería para su vida. Nada sirve, nada, mentimos y engañamos, nos tomamos el pelo. Uno no se puede fiar de las personas, no piensan, aunque les parezca tan hermoso y potente, ¡son tonterías! Acabo de tener que aceptarlo. No hay cosas útiles sobre la tierra que la gente apoye, ¡todo es imaginación! Creo que ya no voy a recoger más sabiduría, de todas formas no sirve de nada. Esto también pertenece a mi universidad, pero ¡es pesadez! ¡Pobreza!

Ya había vuelto a hacerse de noche —creo que el primer o segundo día después del nacimiento— y era como si tanto pensar y mi torpeza me hubieran vuelto loco. Me veía a mí mismo como si no hubiera nacido todavía, ¡y al mismo tiempo hubiera querido acabar con todo! ¿No es horrible?

Lo que un día antes todavía me parecía sabiduría hoy es como una carpa filosófica de feria. ¡Es presunción estúpida! Yo, estúpido ser humano, ya veía cambiar el mundo y a la gente. Ahora vivo otra vez en las tinieblas y no consigo salir de allí. Pero ¡tengo que hacerlo! Continué evolucionando, pero de pronto hubo una parada que sigo sin entender. Y ahora lo sé. Karel tiene razón cuando dice: ¡todo es empuje, todo es “naturaleza”! Es la naturaleza. ¡Sólo yo no lo soy todavía! Pero cuando ahondo en eso, él se cuelga de sus caballos y da bandazos en un espacio de peligro. ¡Para mí demasiado salvaje, demasiado peligroso!

Cuando pensé en esto, en su empuje y su naturaleza, de pronto volvió a haber luz en mi vida, y me sentí feliz de nuevo. Podría decir, pues: ¡Tonterías, buen hombre! Aunque todavía no hayamos llegado, ¡todo es diferente! Entonces vi una mano y esta me volvió a sacar de allí, la sujeto firmemente, ¡es mi vida y mi felicidad! ¡Y era una mano! ¡No dejo que me priven de esto! ¡Lo vi! ¡Lo viví! Pero ahora también sé que lo absorbemos con demasiada

seriedad. Tenemos que ver estas cosas con completa normalidad. Lo viven millones de madres, que siguen siendo ellas mismas. ¿Y tiene Karel razón? Lo seguí en pensamientos y vi como iba a arrastrándose detrás de sus caballos. Son los rasgos de su carácter, su personalidad es así. Así que yo prefiero hacerlo más sencillamente, y aunque a veces me aleje demasiado de mi propio establo, sé lo que hago, pero ¡él no sabe! Aun así, sigo avanzando pasito a pasito. Sí que sigo comportándome un poco raro, pero avanzo. Él no, ¡está detenido! Creo que ahora está tirado en una de sus propias acequias. No muevo un dedo por él, que el médico vea ahora cómo salir de allí. Ya me ha estado arrastrando bastante tiempo por sus acequias enfangadas. ¡Ya basta! Y esto es lo que me hizo saber el pequeño René. Por eso me recupero tan pronto, pero ¡fue peligroso!

¿Qué pensará Dios de nosotros, los seres humanos? ¿Quiso que este niño naciera? Según Karel, Dios tiene mejores cosas que hacer. Ahora estoy seguro de que sus caídas de sus caballos le harán inclinar su cabezota campesina. ¡No hay otra explicación posible, es esto! Y ahora se encuentra ante la sensibilidad de Erica sin saber qué hacer con aquella. ¿Va a ser un corazón partido? No quiero pensar en un ataúd, pero cualquiera lo diría.

Otra vez estoy destrozando caracteres; ¿por qué no los dejo en paz? Es una página sangrienta en el diario. En realidad no sé por dónde empezar. Veo ahora que hay muchos entrecomillados, sobre todo donde se trata de mí mismo. Pero la letra se va debilitando, y estoy pensando, sin encontrar lo que busco. Y aun así estoy seguro de lo que digo. Releo todo, pienso sobre cada una de las frases, pero todavía no lo averiguo. ¡Sin embargo creo que todo tiene un significado! ¡Todo! Todavía escribo en el diario:

“Me encontraba en el silencio y esperaba a mi hijo. De pronto empezó a llover, se avecinaba una tormenta. Volví a casa corriendo, pero por el camino perdí a mi hijo. Cuando llegué a casa, estaba en su cunita y me miraba con expresión grave. Era como si quisiera decir algo, pero yo entonces no lo entendía. Ahora sé que me quería decir:

‘¡Ya lo sabía yo desde hacía tanto tiempo, mamá! Corrí más rápido todavía y llegué mucho antes a casa. Ya sabía desde hacía mucho que iba a haber tormenta, así que adopté medidas. ¿Ves?’”.

Arrojé la pluma, quise hacer pedazos lo que había escrito, pero no lo hice. Terminé la frase, porque no comprendía ni jota de ella. ¡Parece una locura! Aun así llegué a pensar profundamente. Y un poco más tarde aún escribí:

“¿No sabías, madre mía, que te habías caído en una acequia? Fui yo quien te volvió a sacar de allí. Y lo que hace papá es horrible. ¡Ya le pondré las peras a cuarto! Pero entonces lloverán peras y manzanas por su vida de altanería sobrenatural, con la inscripción: ‘También estas crecieron en el paraíso’. No están como para echarlas a las vacas, como margaritas a los cerdos. Tienen

lucecitas, son como incienso machacado que no arde. Pero lo hueles, porque ahora estás ante tu propia alma. ¡René!”.

He vuelto a desvanecerme de milagro, y lo reconozco sin rodeos, me hago temblar y estremecer de nuevo. He dormido y ahora sé que me he salvado de una sacudida, así de miserable se me hace. Y detrás de todo esto vi Su mano, ¡la que te da! ¿He sido tocado ahora por Él? Por lo que se ve es un disparate, pero el temblor de mi corazón me lleva a otra respuesta. Leo las tonterías más de diez veces y no las vuelvo a tocar, nunca se sabe. Siento algo, pero no sé qué es. Quizá esto vaya a ser incluso lo mejor de todo lo que he escrito.

Y entonces volvió a hacerse de noche, el enésimo día después de este nacimiento, que me llevó de una sorpresa en otra, y pensé: soy feliz o... un loco asilvestrado. Pero aún vivo y hasta puedo pensar, en mí hay sentimiento. Pero ¡esa noche estaba borracho perdido!

Y al día siguiente supe con seguridad que mi criada me robaba. Por eso tomé la decisión para liberarme de ella, de una vez por todas. ¡Estoy seguro de que lo conseguiré! ¡Es triste!

Cuando al día siguiente estaba sentado frente a mi diario y leí lo que había escrito añadí algunos garabatos que no vaticinaban nada, y volví a cerrarlo. Del resto me acordaré. Seguramente que volverá a haber contradicciones, es lo que espero. Pero ¿qué máscaras son esas que veo? ¡No pasa una hora sin que te encuentres delante de máscaras! Si algo vuelve a ser escrito por medio de mi mano, algo de lo que no soy yo el creador, me cuelgo. Entonces no tendré que espantar a este niño ladrón, y será una florecilla sobre mi tumba. Vaya majaderías que se me ocurren.

Pero puedo decir, por ejemplo, qué cosas tuvo ella en sus manos. Y lee mis cartas, ¡es lo peor de todo! Si las leyera con un amor inmaculado, le daría un incremento de diez florines; ahora ¡que se vaya! ¡Creo que luego venderé todos mis bártulos y que volveré a ir de viaje! Lástima para mis amigos. A Erica y Anna les parecerá horrible. Tipos como Karel encontraré a mansalva. Aunque sea un tipo aparte, un gamberro con la cabeza bien amueblada, ¡lo dejo solo sin que me dé mucha pena!

Ahora veo el instante en que los conocí. Hacíamos un pequeño viaje y entablamos una conversación. Hacía bueno, teníamos los fiordos a la vista. Entonces comenzó. Después de charlar un rato, entraron en contacto nuestros caracteres. Sintonicé con ellos y los seguí en todo. Ellos no, lo hacían de otra manera. Vueltos a la ciudad, se produjo mi primera visita. Y ahora sigo yendo allí, mucho incluso, y me he convertido en uno de los mejores amigos de la casa.

Antes era viajar y hacer largos recorridos: he visto mucho de este mundo y he aprendido mucho, creo. He tenido que pagar muchas cuentas en beneficio de otros, aunque no me sirvió para ganarme buenas amistades. ¡Es lo que

suele pasar!

Ahora tengo mi base, creo que ya no consigo despegarme, aunque posea ahora estos sentimientos. Aún no sé a qué se debe, hay algo que quiere ahuyentarme, pero el sentimiento para quedarme es más fuerte y seguramente ganará a aquel. ¿Será que ÉL no quiere que me vaya? Vaya imaginación de nuevo, pero eso tampoco puede saberse. Como ser humano tienes cada vez otra cosa. Cuando no pasa nada, ¡es justo cuando te lo buscas! Es que así es como somos.

Pero me encuentro ante una estafadora, ¡y eso en mi propia casa! ¡Es horripilante! Es como estar infestado de piojos. Va a ser un montón de miseria. Un lío crudo y desagradable, ¡no quiero eso! Creo que ahora me está embistiendo todo, justo ahora cuando necesito tranquilidad. Esas cosas te impiden pensar, te sacan de tu mundo del silencio y la felicidad. Las cosas valiosas se estrellan por esas cuestiones de baja estofa, y eso no tiene que ser así.

Incluso ahora ya sé que no conseguiré salir de aquí. Curioso, ¿verdad?, pero ya lo verás. Ni yo mismo entiendo muy bien por qué lo sé, pero ¡ahí está! ¡Cuando sigo esos sentimientos estoy junto a Erica y su niño! Soy sordomudo, pero cuando escucho algo ¡sí lo oigo! ¡Es algo tan extraño! Pero cuando me voy, Karel llega a predominar y Erica se muda a un mundo en el que está sola y ya no recibe una miaja de cariño. ¡Eso también lo sé!

Karel me reprochó hace poco que miraba demasiado al suelo. Sentí lo que quiere decirme, pero él mismo busca las primeras briznas de hierba y no las ve, aunque esté casi encima. Quiere, eso sí, pero no puede; aún no. ¿Qué es? ¿A qué se debe que un ser humano esté atado de pies y manos por su propio carácter? Pero Karel no lo está, anda detrás de “sí mismo” y ¡busca a ese hombre! A veces oyes sus gemidos; no me atrevo a decir si son genuinos. Es como el cuento de Hansel y Gretel, arte anticuado, él también participa en el envejecimiento, pero ¡así le gasta bromas a Erica! Si quieres saber lo que pienso yo: ¡va a ser una vida quebrantada!

Si me quedo, ya nunca más tendrá la oportunidad de tirarme a patadas en sus acequias. No obstante, en estos años ha tenido que aceptar que a veces digo cosas acertadas, aunque sea yo torpe de naturaleza. ¿Que si es innato? ¿Que si es un indicio de verdadero talento? ¡No lo sabemos! Me dice: “En ti todo es arte, el arte crece en tu vida con la misma tenacidad que una planta en el lodo”. Hay que ver cómo es ese Karel. Para nada me sentía artístico cuando habló de esto. Pero me detengo, por hoy ya es suficiente, si no vuelvo a perderme, y eso no debe ser así. Mis pensamientos buscan el espacio para esta vida. Y ahora están construyendo otra personalidad. ¡Voy detrás y me parece bien! Salen de mí a hurtadillas y buscan otra luz. ¿Es algo que también ya sale del pequeño René? Es curioso, siento tanta unidad con esta vida, casi da miedo. Y ¡yo qué tengo que ver con ese niño, esa alma o ese espíritu?

¡Nada! ¿Tú también lo viste, Erica? ¿Y tú, Anna? ¿Y tú, Karel?

Hay una cosa que me hace sentir feliz. Karel confía en mí tanto como en él mismo, porque si no, por cierto, ya nos habríamos separado. Probablemente se debe a que las mujeres no me valoran como hombre. Pero también puede tener otra causa, que también conozco, pero de la que no hablo. Eso ya vendrá más tarde, si fuera necesario. O Él tiene que verlo de otra forma, entonces solo nos resta inclinarnos. En cualquier caso, ¡a Karel eso no le altera!

Y otra vez más te encuentras ante las máscaras... cada cosa tiene una. Pero ¿cómo son las mujeres? Yo sé mucho de eso, aunque sea torpe en esos asuntos. Ya lo oíste, sí que me aprecian y hablan bien de mí. Pero ¿qué es? ¿Por qué muchas de ellas me dicen que no me elegirían como esposo? ¿Es un sentimiento que yo irradio? ¿Molesto a esas almas? Pero ¿qué es? Yo ya lo sé, pero no lo digo, me lo reservo para el final del todo. Todavía no me atrevo a asegurar que lo consignaré al papel. Tiene que ver con muchas cosas en mi vida, con todo mi carácter, es lo que me hace vivir, y justo por eso he llegado a este camino, creo. ¡Es como si fuera obligatorio! Pero ¿lo que así siente el alma de la mujer? Un misterio para mí, ¡y aun así lo comprendo! Aunque todo esto sea contradictorio, así lo dejo. Es algo que está allí de todas formas, que sin embargo no participa. También es algo de ti mismo, pero ¡creo que ni siquiera te pertenece! ¿Comprendes? ¡Eso es lo que son las máscaras! ¿Quién no las tiene para sí mismo y no las conoce? Solo cuando miro a la naturaleza creo que allí todo está en orden. Creo que los animales no son conscientes de ello. ¡Solo nosotros, los seres humanos, andamos con ellas! Es despotricar de forma escandalosa, es como si no fuera algo tuyo, pero todo lo que está en tu vida, y todo lo que forma parte de ella, gira alrededor de aquello, es parte de eso. Te lleva hacia arriba y hacia abajo. Ya verás que tengo razón, aunque ahora se me escapan los detalles. ¡Porque vive y hasta puede pensar!

Mi corazón es verdadero, auténtico, y sé lo que hago. Erica es una excepción, eso también lo sé. ¡Y sin embargo lo dice!

Cuando hace tiempo volví de un viaje, mi padre estaba muriéndose. Tan pronto ya me había ido de casa, y caminaba por plena naturaleza de Dios, ¡por Su mundo increíblemente hermoso! Si no hubiera recibido el dinero de papá, entonces las cosas ahora pintarían mal para mí. Por suerte me dejó todo su patrimonio, y puedo hacer lo que quiero. Primero me quedé sus preciosos caballos y no me dejé engatusar por mi familia; el Frederik simplón sabía qué tenía que hacer. Me negaban la luz en los ojos, pero ellos ahora necesitan gruesas lentes, yo no. Así vemos que las maldiciones no siempre se cumplen; si así fuera, ya la habría palmado hace tiempo. Dios ya no escucha el atontamiento humano, eso pasó, o nunca existió; ¡no lo sé!

Entonces volví a viajar. Solo los últimos años me hice más casero, precisamente por Erica y Karel. Esto es todo lo que tienes que saber de mí, el resto

ya vendrá, si algún día fuera necesario. Entonces también sabrás por dónde estuve, y cómo me habló y golpeó la vida. Pero ¡has de saber que sentía gratitud por todo!

Sea como fuere que me llegara, siempre seguí siendo yo mismo. A veces me costaba sangre, pero gracias a mis luchas internas, que de cuando en cuando eran a vida o muerte, siempre volvía a recuperarme, y entonces el sol iluminaba otra vez mi vida. Recibí palos horriblos, y ¿qué le vas a hacer?

Seguramente que ya lo sientes: de aquí no salgo todavía. Algo que desconozco me ata, y ¡eso también es una máscara! De lo único que tengo que encargarme es que la gente no me llegue a conocer, entonces cruzo la calle. No quiero quedarme sin saber qué hacer, no como aquel hombre cortés pero vacuo. Es verdad que la gente me pregunta lo que hago, muchos creen que soy escritor, porque ando exhibiendo los ingredientes que apuntan a ello. No entro al trapo, pero sí que me incomoda, y quiero decir algo: suele ser lo equivocado. Soy un investigador, es lo que aquí se piensa, y así lo dejo.

Erica, es evidente que volveré, pero aún no estoy. ¿Que es horrible? ¿Sientes que te engaño? Me gustaría ir volando hasta donde estás, pero ¡me es imposible de lo apaleado que estoy! ¡Y eso por mi propia culpa! Pero sí iré. ¡Un poquito más y volverás a verme! Entonces cuidaré de lo que diga, y creo que me verás de otra manera, ¡mejor, espero, más espacioso, más cariñoso! Creo que voy a recibir otra máscara, Erica. Pero ¿qué te parecieron las flores? Así es como quiero enmendarlo todo. ¿Me crees? ¿Y Anna?

Frederik —es lo que todavía me cruza los labios— ¡sigue así, que vas bien! ¡Llega la luz!

Ay, Frederik, ojalá se me concediera morar brevemente en esa inmaculada claridad

Hubo algo en mí que se atascó, pero que volvió a liberarse por sí solo. Mi capacidad de pensar parecía estar atada y se negaba a funcionar. Eso me hacía sufrir. Analizando la situación, me dije: 'Ahora ya no eres tú mismo quien dispone de tus sistemas orgánicos, ahora estás al lado de ellos'. Aun así, pensaba de forma normal... Eso era justamente lo extraño. Empecé a reflexionar sobre la división de la personalidad... un asunto erudito y científico... del que aún se desconoce lo adecuado, aunque cada día los expertos hagan aspavientos al respecto. Un poco después constaté que ese mismo trastorno en mi cabeza me obligaba a pensar en una determinada dirección. Y cuando cedí a aquel, la "máquina" volvía a estar bien engrasada. Me quedé mirándola como si fuera un gran milagro, inconsciente de que yo mismo ya no era más que una parte de ella. Engrasaba y olvidé la quintaesencia. Entonces tiré del silbato y la fábrica se fue vaciando. Eran las siete, pero me vi de nuevo en el bosque y volví a encontrarme.

Todavía no he ido a ver a Erica, creo que mañana llegará el momento. Si Anna aparece con mensajes intencionados, llegaré antes. Y es posible.

No puede cambiar de buenas a primera una madre que desde hace meses ande con planes de suicidarse, aunque jamás haya existido el peligro de que los pusiera en práctica. Para eso hace falta tiempo. No puede meterse de un momento para otro en otra vida, eso es imposible, y debí haber pensado en eso. Ahora sé que ella no es personal, en su casa aún permanecen otras figuras; lo quiso ella misma, porque puso las puertas de par en par. Vi cómo entraron a saco centenares de mendigos, que dejaron sus piojos, ensuciaron el suelo y saquearon la alacena. A Karel lo sacaron a rastras de su rincón: solo perdió su recetario, nada más; su personalidad no se percató del resto.

Tengo que reconducirme a mí mismo hasta ellos, hacer mío el estado de Erica si quiero estar preparado para lo que va a venir, si quiero poder comprenderla a ella y a su hijo. Porque siento que tengo que sacar de esta historia todo lo que pueda. Empiezo a darme cuenta de que este asunto traerá cola. Una colita con una cabecita infantil. ¡Ojalá que no sea René! Me parece espeluznante el nombre del niño, ¡aunque no sé por qué! Tiene un sonido especial y no puede encontrarse en ninguna de las dos familias implicadas. Eso justamente es tan extraño.

—Oh, Frederik, —me entra— ojalá se me concediera morar brevemente en esa inmaculada claridad.

También pueden ser mis propios pensamientos, pero anteriormente supuse

que fue Erica quien las dijo; no, quien las gritó. ¿Y yo me encuentro hablando con ella aquí en la inmaculada claridad? ¿Estoy volviéndome loco otra vez? No, sale de forma resuelta de mi boca, le aportaré claridad en su estado. Sigue buscando, siento, y está afligida, aunque no sabe por qué. La expresión: “Esto es algo de lo que en el fondo cualquiera debe disfrutar” me llegó desde una tumba. ¿Que de qué tenemos que disfrutar? Pronto lo sabré... Ahora sé que me quedo.

Pero ¿de dónde es que llegan estos pensamientos a su vida? ¿Qué desea? ¿Qué quiere decir? ¿Sigue sin ser ella misma? Me ratifico en lo que sé al respecto. No creo que estos días haya habido cambios para bien. Erica quiere saber la verdad. Honestamente, su hijo es un espantajo. Nunca antes había visto un adefesio tan horripilante. Me parece horrible, pero ¿debo mentir? Naturalmente, no se lo digo a la cara. Pero Anna también lo ve. Creo que a Karel le habrá provocado un susto tremendo. Sospecho que por eso está tan alterado, que por eso actúa con tan poco tacto, por lo que no tiene ni una sola palabra amable para ella. Ahora se encuentra con que le han vendido gato por liebre. Es esto y nada más. Ya ahora parece que el niño padece de hidrocefalia. Aun así, el experto dice que todo está bien. ¡Otra vez una más-cara de esas!

Hay algo por lo que esta gente ya se encuentra desquiciada. ¿Es René? El niño tiene algo, según sé, gracias a esa claridad a la que llegué pero que aún no pude ganar hasta ahora.

Lo que algunas personas viven mientras duermen, despertándose de golpe y teniendo hallazgos sorprendentes, a mí se me pone en marcha y se desenvuelve durante el día. Ah, ¡la inmaculada claridad! Lo verás, Frederik, te será enviada. Es una universidad. ¡Y es algo que aceptarás algún día!

Me encuentro ante una inconmensurabilidad, cercana a mí: ahora quisiera dar las gracias a Él por todo, pero sé que estos últimos días he prendido fuego a Su cielo; que rechacé con decisión la mano que me tendió... porque quería salir por pies. Lo ignoré. Ahora también tengo que volver a intentar hacer buenas migas con Él, es algo que tiene que partir de mí... Es inclinar la cabeza ante Su mundo. Lo sé, vuelvo a levantarme. No soy de los que que-man sus naves. No tiro a la basura zapatos viejos antes de tener nuevos... Es algo que llevo dentro. Antes que nada he de empezar conmigo mismo. Solo entonces viviré Su unción.

¿Es inspiración también esto? ¡Creo que sí! Pero ¿qué es inspiración? Ya lo dije, eso no lo sabe absolutamente nadie. Y quien diga que sí lo sabe se engaña a sí mismo. Eso ya no es un ser humano de este mundo. Empiezo a sentir que esa cosa etérea vive arriba y en mí, pero su forma es de Él...

¡También la vida, el alma, naturalmente, y el espíritu! Erica se ha liberado de su... ser uno corporal, material, con su hijo, pero sigue anclada a esa vida.

Es increíble. ¿Serán los entuertos, que son susceptibles de adquirir vida y que ahora han llegado a pensar y sentir, pero que ella aún tiene que procesar? Me parece que su alma, su vida, está contagiada, sometida a una fuerza de la que ignora qué es exactamente, pero que su circulación sanguínea regula ahora de forma natural. Pero lo que es saber: no lo sé. Ya comprendo que esta cuestión esté fijada de manera inamovible, pero aun así me parece que vale la pena saberlo todo al respecto, con pelos y señales. Esta claridad te cuenta todo sobre ti mismo, sobre las cosas por las que recibimos la vida. Estoy madurando. Estoy en flor, la primavera llega con fuerza desconocida a mi vida, pero aquella ya no es material. Si es que ahora no llega una tormenta que destruya todo a destiempo. Ahora pierdo mi nacimiento natural.

Pero creo que es solo ahora cuando empieza mi tarea para este mundo. Me haré a mí mismo como una cosa viviente para Él. Un engranaje de Su reloj, aquel con el que puede mostrar a la gente la hora verdadera. Y cuando entonces suenen las doce... verás que la muerte ya no es un disgusto. Oye, ... pero qué cosas tan milagrosas veo y vivo hoy. También sé que llegarán días llenos de tristeza, en los que tendré que aceptar que volví a errar el tiro. Pero seguiré haciendo lo que pueda y besaré, con la sencillez de un niño, la tierra que piso.

Pero tengo que sentir las cosas, observarlas por medio de otros sentimientos, traspasar la máscara de esta vida hasta ver su reverso, de donde hemos venido, pues, tal como pienso, los seres humanos y los animales, la naturaleza. A esto me aferro, y entonces llevo otra túnica. Tal vez me vaya a encontrar desnudo ante las cosas; pero también es posible que reciba otro trajecito, porque Él se encargue de que yo no muestre mi incomprensión humana. Creo que solo viviremos la desnudez completa cuando entremos en el estadio angelical... porque antes de eso no haríamos más que envilecer a las personas. ¡Así que no creo que después de esto aún haya nudistas! Las cosas ya las veo de otra manera. Me ha entrado vida, y esa vida se extiende. Todos mis rasgos absorben todo lo que pueden, y se inspiran... Imagino... que sentiré con estas nuevas antenas. No como lo hace Karel... ese va a remolque de sus caballos... sus rasgos vuelan por encima de la tierra... aún no ha puesto punto final a eso. Eso hace que se caiga rodando en las acequias, conserva sus ganas de vivir... pero no tiene nada que ver con el alma o el espíritu. Todos esos caballos de Karel tienen su propio mundo... Representan negligencia, pereza, agitación, reírse de otros, la diversión por la torpeza de terceros. Y miles de otros asuntos y cosas, que sin embargo lo golpearán cuando luego llegue el momento de la verdad y también él tenga que inclinar su cabeza de aldeano. ¿O te habías hecho otra composición de lugar?

En este mundo todo se encuentra abierto a mí. ¡Veo de modo más consciente! ¿Tengo que aceptar entonces que me esté volviendo loco? ¿Es esto in-

humano? ¿Será que malinterpreto las verdades de la vida? ¿Está mal recuperar asuntos divinos de los pozos terrenales y reconducirlos hasta Su Omnisciencia... Su amor, Su justicia? No me parece; ahora sé que voy por el camino recto... ¡Está empezando a haber seguridad!

Ay, ¡ojalá se me concediera morar en Su claridad! En su Omnisciencia. Cuántas cosas sabría entonces. A Él le prometo que haré todo lo que pueda. Con ello quiero sanar a otras personas. Veo mi ayuda. Recogí todos Sus tesoros; entre ellos vi algunos que la gente había dejado pudrirse. ¿No es eso una vergüenza? Dejan que Sus dones se consuman... Dejan que la justicia de Su vida y Su ser quede sepultada bajo un estercolero pestilente... La saco de allí debajo y le devuelvo la vida, el color, la posibilidad de iniciar una nueva vida. ¡Han tratado Su amor como a una puta! ¡La gente ha vendido en la calle Su cordialidad como un objeto mercantil vulgar y corriente! Su alma y Su todo, Su espíritu y progreso, etcétera... la gente los consideró como fango enlodado... de modo que no los vieron. Todo lo Suyo lo han tergiversado... han hecho iglesias con ello... que ahora son tan pestilentes como quienes se sirven de ellas para proclamarse santos. ¿De cuánto dinero dispones? Es la única pregunta que se hace, y su respuesta es determinante para la cuestión: ¿bienaventurado o maldito? No digo nada de quienes hacen su profesión de fe, eso es cosa de ellos. Pero ahora veo cómo sería si Él viviera en la tierra, igual que nosotros en un traje de pana. Te aseguro que se iría a la cárcel.

Insisto: ahora veo mi ayuda delante de mí. Ya estoy encima. ¿Hay algo más que pueda entregarte? ¿No necesitas un cartero? Me encargaré de repartir Tus cartas. Así sabrá Karel cómo fueron selladas para su vida... Transformaré todos esos idiomas del mundo en el tuyo. Porque los seres humanos ignoran Tus sílabas, no saben lo que significan esos caracteres. Están ante una frase de Tu vida y ¡no ven que no tiene fin! Leen a la buena de Dios... Tu escuela aún se encuentra bajo la tierra. Ahora veo las primeras briznas de hierba, la nueva vida. Empiezo a arder por dentro, se está prendiendo un fuego. ¡Te estoy tan agradecido!

Vuelvo a preguntártelo: ¿Que si hay algo que repartir...? Porque de todas formas no hago otra cosa. Me harías feliz. Leo a través de toda esa materia. Sé exactamente lo que pone en el interior... ¡es ahora cuando me llega lo que está abierto!

¡Déjame ser Tu barrendero! ¡Déjame sacarle brillo a todos los timbres en casa de Tus hijos! ¡Déjame mostrarles que poseen un castillo y que viven en él! ¡Déjame explicarles qué tesoros cuelgan de las paredes; desde hace ya tanto tiempo que sé que no comprenden los cuadros de Rembrandt y Van Dyck! Se empapelan a sí mismos, pero lo que hay son fantasmas. Lo ignoran. Ignoran que cada segundo del día son como fantasmas, en disarmonía con Tu vida. Ignoran que Tus violetas y margaritas poseen una elocuencia que

podría dejarlos temblando, pero por medio de las cuales pueden ser llevados a despertar ante ti. Es entonces cuando desaparecen las máscaras. Ahora están desnudos ante Tu vida y ser. Soy feliz entonces, porque cambié algo para mí mismo. Y entonces acudimos formando un gran cortejo, mirando todas Tus estrellas y planetas. Ahora hay gente que cae postrada y que aprende ¡cómo es el “padrenuestro”!

¡Déjame ser una parte de todo esto! Cuéntame lo que significan todos estos fenómenos, déjame anotarlos por medio de Tu pluma... Yo ya me encargaré de la tinta. Porque ¿no dijo Tu Hijo: dejad que todos ellos se acerquen a mí? ¡Niños... jugad con Mis canicas... entonces ya es imposible perder nunca más! Quiero jugar con Sus canicas... Y si aun así pudiera perder yo, me resignaría. ¡Mañana será mi turno!

Pues bien, quiero postrarme, deponer mi torpeza, porque ¡ya no quiero ver cosas malas en los demás!

Qué día, vaya horas que vuelvo a vivir. Esta mañana no pensé que el sol me iluminaría. ¿Y ahora esto? Va a ser mi posesión, según siento, estoy ante una “omnisciencia”. ¿Y se puede vivir esta en este terrible mundo? ¡Ya lo creo! Pero para eso hay que recurrir a todo lo que uno tenga. Hoy lo pierdes, mañana te cae en los brazos. Ocurren cosas curiosas. En el cuaderno de notas pone:

“Ahora siento que hay fuerzas desconocidas incidiendo en mí. Todavía no tengo claro si todo el mundo experimenta eso, pero yo, sí”.

Cuando volví a tomar el libro entre las manos un poco más tarde, era como si mi mano fuera dirigida, pero de otro modo que lo vivido anteriormente. Estos pensamientos se acercan a trompicones a mi vida, y se quedan fijados en mi cerebro. También veo que han tenido que completar un recorrido largo antes de me lleguen, y tengan incluso algo que decir. También siento que están cansados, pero que son realmente humanos. ¿O soy yo? ¿Huelen a inspiración? ¿Acaso es esta la inmaculada claridad?

Ahora que esos pensamientos han podido dormir un poco, los veo de otra manera. Dicho de forma extraña, eso sí: así lo siento y veo, no hay otra explicación, me parece. ¡Ah, qué contento estoy! Y ahora ¿qué vamos a vivir, Frederik? Son como figuras, cada una es aún más hermosa que la otra y todas tienen que representar un mundo propio. Y están de camino para ayudarse unas a otras. Me flanquean y miran a través de mí, directamente a los ojos, y empiezo a parpadear. Ya no tengo miedo, creo. Pueden actuar de manera verdaderamente humana y me comprenden completamente; eso al menos pienso ahora todavía. Pero, ¡voy a ser “barrendero”! ¡Voy a convertirme en cartero divino! ¡Oigo cómo se dice! ¡Esos pensamientos son!

Ahora observo la pluma y el cacharro vuela por encima del papel. Creo que puedo aceptar saber ahora lo que es “inspiración”. No me lo había esperado tan rápidamente, aunque tengo que ver su comienzo, justo allí donde la

semilla fue introducida en la tierra. Ya sientes lo que quiero decir: el primer instante anterior a este pensar, ¡antes de que me llegara! ¿Dónde es eso? ¡No lo sé! Pero hace que cambie mi propia letra. ¡Y ahora me parece bien! Es bebida y comida a la vez para mi corazón, alma y espíritu, si eso es lo que soy a la vez. Todo figura allí, y tiene que ver con Erica. Hasta el instante en que René dejó oír sus primeros berridos. Las palabras están construidas telegráficamente, por lo que comprendes que aún tiene que seguir algo más, sin saber cuándo. Creo que esto es para mi universidad. Va fenomenal, y lo más destacado es desde luego que va por buen camino. ¿Saldré de este laberinto?

Ahora ya no tengo ceguera. Luego verás que allí ya no me conocen. Creo que incluso ahora ya he superado gran parte de mi torpeza. ¿Y esto solo en unas horas? Ahora sé, Erica, que esto va como tiene que ir; también llueve, mucho incluso, ¡es desagradable!

Los pensamientos que veo y siento quieren ayudar a este mundo a que avance. ¿Y no eso algo hermoso? Pero para Erica y Karel habrá tormentas, presiento un huracán, un barco en apuros.

¿Con qué brújula navegamos? Los pensamientos que veo y siento quieren ayudar a este mundo a avanzar, quieren guiarlo de forma luminosa. Claro, piensas en espíritus, pero eso no es nada para mí, no me dedico al espiritismo; ¡lo veo de otra manera! Para mí es empuje, el “empuje” de Karel y la credibilidad de la ¡Madre Naturaleza! Esto en el fondo es todo, no llega más. Pero es significativo, ¿no te parece? Conforme al proceso de crecimiento y florecimiento recibo sentimientos desde un espacio que siempre es agradable y donde creo que ya no se conoce la muerte. Y ahora te acercas a “Nuestro Señor”. Creo que esos pensamientos me vienen porque quiero ser un barrenadero espacial; de lo contrario no los recibes. Voy a mirar detrás de las máscaras, creo, al menos de sus primeros fenómenos; me parece que todavía no se puede ver más. Pero ¡esto está! Me ha dado otros ojos. Empiezo a comprender todo mejor, las cosas no son tan sombrías, veo luz por todas partes y a mí me hace radiar. Así de drásticos son esos pensamientos. Ahora el peligro ya no te hace ir de mal en peor, sientes tierra firme bajo los pies, estás más seguro de ti mismo y ¡te envuelve la serenidad! Creo que me siento diez años más joven. ¡Y eso así tan de repente! Creo que Dios ha podido perdonarme. ¡Es lo que creo!

Ya no soy capaz de seguir pensando cosas malas de otras personas. No quiero irme de casa sobre un caballo blanco y regresar sobre uno negro; no me gustan los cambios de los que uno mismo no entiende nada. Aun así, ocurren. La gente jura por Dios no decir nada sobre sus conocidos, pero ¡chismes nunca faltan! Este es entonces su caballo negro, el animal está desbocado, pero ¡son ellos mismos! Ahora ya han malogrado su sintonización divina. ¿Son farsantes?

Y así es con todo. Ahora sé exactamente lo que he dicho... Y también lo

comprendo. Lo que espero es que la tarea que se me ha puesto sobre los hombros siga siendo humana. Por eso no quiero tener que ver nada con el espiritismo. Entonces pierdes tu autoprotección, y te lleva de la correa un individuo inmaterial, por muy bueno que sea esto. Tarde o temprano tienes que regresar de todas formas, si no quieres perder todo lo que es tuyo. Pero has de saber... no lo acabaré... ¡Lo haré de otra manera! No diré todo al respecto, primero tengo que aclarármelo yo mismo. Quizá más tarde lo vea de otra manera y tendré que admitir que existen numerosas posibilidades de ver los primeros brotes.

Todo lo que el hombre ha concebido, a lo que ha dado forma —a lo que corresponde por tanto cada pensamiento— llega a tener ahora otra túnica. Empezamos de nuevo desde el comienzo, todo adquiere nueva luz, vida, alma y espíritu, aunque en su “verdadera creación” en el fondo nada haya cambiado. ¡Hay continentes que despiertan, obtienen un carácter universal y se nos figuran como templos divinos! No me adelantaré demasiado, pero ¡nos esperan muchas cosas hermosas y... muchas desagradables! Los trozos saltarán por los aires. ¿Quién se mantendrá firme entonces?

¡Un alemán dijo una vez: “Das Gleiche ist da!” (“Lo mismo está allí”.) ¡Ahora lo veo! ¡Es mi inmaculada claridad! ¡Es Él! ¡Él! ¡Así es como lo conoces mejor! Pero hasta la vida animal más minúscula quiere darle un bocado y también adquirió el gusto para eso. Repasa ahora todos y cada uno de esos mundos y termina en los cielos. Eso es lo que empiezo a sentir... es increíble, aunque cierto, ¡lo veremos!

Y entonces oí decir todavía a ese alemán: “Wer sucht wird es sehen!” (“¡Quien busque lo verá!”). Eso es ir a trancas y barrancas... Fíjate ahora en los tropezos y las zancadillas.

Si te pierdes a ti mismo por completo, a tu cuerpo le entra nueva vida. Aún no sé qué es lo que ahora se lanza a corregirse, pero te conduce al arte; es lo que diré a Erica. Y a miles de cosas más. También sé que necesito una cucharilla para hacérselo tragar todo, pero Karel será el primero que entienda la parte natural que tiene eso. Y ahora recibo ayuda del granjero, sus amigos vendrán más tarde por sí mismos, es decir: algunos de ellos. No albergo ilusiones de que todos quieran tener clases universitarias. Y ni siquiera me decanto por eso.

El telón lleva media hora abierto. Los actores están empezando a cansarse un poco, pero la tensión sigue en el escenario y en la sala. ¡Vamos al siguiente acto!

Ya sabes lo que va a venir. Te puedes imaginar el teatro. Erica está en la cama, sigue lloviendo y me parece que hay nuevos síntomas. Quiero hacer saber a todos los actores cómo tienen que ver sus papeles. Habrá desenlaces dramáticos, el resto será completamente humano. Se habla y se analiza... Veo

expertos. ¡Los huelo! A mí me ven ahora de otra manera.

Ven, Frederik, a la calle, allí es donde se necesita tu ayuda. Hoy entrego mi primera carta de todas. Mantengo la cosa bien agarrada, con ambas manos. Quiero mantenerla intacta, para que no se manche de grasa, y no debe arrugarse; ha de entregarse limpia y sin daños, para que cuando la gente la vea ¡tenga la esperanza de algo hermoso!

¡He despertado!

¡Allí está la inmaculada claridad!

Ah, Frederik...

Frederik, los dos llevamos máscaras

¿Ves? Ya me lo imaginaba. Erica sigue estando triste, llora día y noche. No es la felicidad lo que ha recibido, en su alma mora la desgracia. Aún se desconoce si es su propia culpa y si lo atrae ella misma con su débil personalidad, aunque se habla bastante sobre ello; han venido expertos que lo aclararán entre ellos. ¿Que si también estos síntomas recibirán un nombre? Primero tengo que verlo. Ya dicen: se niega a aceptar su felicidad. Tampoco me creo eso, porque ¿quién tendría eso en sus propias manos? Ya sé que el hombre quiere ser feliz, que solo quiere poseer aquello que a través de las lentes propias se ve como felicidad, aunque a otros no les parezca que merezca la pena recogerla, como yo, de la calle. ¿Quién me dice, quién me puede asegurar que Erica no quiere su felicidad? ¿Qué mujer sabe con seguridad que su niño traerá felicidad? ¿No hemos visto a una madre predecir que ella misma llevaría una soga al cuello? Este niño está ahora en la cárcel. Llámalo suerte, llámalo un regalo rechazado de Nuestro Señor, dale otro nombre, haz con ello lo que quieras... me da igual, al menos si tengo esa seguridad y si me envuelve ese saber verdaderamente. Pero ¿quién puede decir: “Erica no desea su felicidad”? No juzgues si no quieres ser juzgado; dicho de otra manera: ¡mira también ahora detrás de esta máscara!

¡Erica está enferma! Le puse mi primer correo entre las manos. Lo miró extrañada, pero de pronto estaba muy entusiasmada y quería saber lo que decía. Me puse a buscar la manera de leérselo poquito a poquito, y también para eso sentí mi ayuda... ¡procedía directamente del director! Ahora tengo claro cómo vela ese hombre, a fin de cuentas tenemos Sus lucecitas: ¡Su todo!

Su médico, el hombre que trajo al niño al mundo, no sabe todavía lo que puede significar esta tristeza. Él tiene que inventarse ahora un nombre y darle un nacimiento universitario, de la que pueda nutrirse la humanidad posterior. Sobre el cual —digo yo— se echará un nuevo cimiento, que se llama estudio. ¿Quién se dedicará más tarde a la psicología? ¡Atención...! Fue el doctor Van Hoogten quien puso las primeras piedras. No hay que olvidarse nunca de eso, este ser humano está delante de ti. Todos los días, este experto está postrado a los pies de esta nueva ciencia, es como si sintiera que aquí se puede aprender algo. Pero con Erica no saca mucho en limpio, ¡permanece callada! Cuando le sale alguna palabra habla de esa espantosa lluvia. Está empapada, dice, y ¡Van Hoogten sabe que fuera no cae ni una sola gota! Es difícil construir, en el breve tiempo que uno está en la tierra, una torrecilla sobre un edificio, por muchas ganas que uno tenga de ver terminada la casa. Pero hay algo que te detiene, sobre todo cuando se trata de ciencias por las

cuales la humanidad adquirió su personalidad.

—Vaya —dice—, ¿ya estás aquí otra vez, Frederik?

—Aquí me tienes, Erica, íntegramente. ¿Cómo estás?

—Tomo café por una pajilla, ya lo sabrás, supongo.

Me da una respuesta curiosa, qué asombroso. Ahora ya sé que luego dejará de llover. Pero aún preveo un fuerte viento del oeste, uno que causa destrozos, pero del que sabes de antemano cómo evolucionará, por lo que puedes tomar tus propias medidas. ¡Cegaremos los diques! Ella misma tiene que reírse cuando dice:

—Hombre, ¿dónde te has metido todo este tiempo? Ya andábamos buscándote.

Entiendo que hemos recuperado la unión y que le da fuerzas verme.

—Parece una eternidad, Frederik, sería mejor que no lo volvieras a hacer. Pero que sepas que iremos a buscarte. Anna estuvo tres veces delante de tu puerta. Nunca estabas. ¿Qué es lo que tienes entre manos? ¿No sentías que te echábamos de menos? ¡Maldito pillín..., cuidado, Frederik!

Y de pronto:

—¿Ves que los dos llevamos una máscara, Frederik?

¿Qué? Por fin lo dijo. Un poco después se vuelve a girar en la cama hacia mí, con los ojos llorosos. A mí no me esconde nada. Ya nos conocemos desde hace tanto tiempo.

Quiere tener una respuesta. ¡Yo estoy listo! Aun así, todavía nos quedamos callados un poco. Así es mejor. Ahora sientes cómo te entra la profundidad del alma, y recibes un beso o una puñalada traperera; ¡me obsequia con el beso! Y yo se lo devuelvo con respeto, sobre sus manos, la frente también, en ambas mejillas, esa máscara no me da miedo. Quiero que esto lo sepa, y ¡lo sabe!

—Pero el médico conoce estos síntomas, ¿no? La ciencia ya está así de avanzada, Erica.

—Pero ¿no sabes entonces que no me refiero a esas manchas? —reacciona de inmediato—. Mira tú mismo.

Ya me lo sé, me parecía que esa cabeza no estaba bien, no me cuenta nada nuevo. Pero pregunta:

—¿No tienes que ver al niño, Frederik?

Miro a René. Desciendo en esta vida, más tiempo y más conscientemente. Experimento esta pequeña vida. Naturalmente, murmuro cosas divertidas, que por lo menos así hacen aparecer una sonrisa por arte de magia. Es una flor de mi corazón. De modo que ella la sujeta entre los labios y hace unos instantes de Carmen. Hace bien, porque para ella aún sigue lloviendo. Luce el sol, pero aquí en casa no hay ni rastro de él. Hola, René. Me recorre como un relámpago una fuerza sorprendente, diría que... transpira. Al instante pensé: ese niño está calado, pero noto un olor fresco. ¿Qué es? El niño me dice algo;

eso también lo hacen otros niños, pero René sin duda lleva una máscara. Tiene el mismo tiempo que el que tienen los niños los primeros días, pero esto es algo muy diferente. ¡René es archifeo! Y esa archifealdad está en la cabeza, vive en el rostro, no son los rasgos de Erica y Karel; este semblante viene de alguna parte donde los seres humanos aún no tienen el derecho de llamarse humanos. Y todavía no he llegado ahora.

Pero alguien me espera, la madre quiere oír mi voz. Ya se me adelantó, he esperado y mirado demasiado tiempo.

—¿Qué ves, Frederik?

—Creo que esta es una máscara suelta... Erica, realmente ¿qué quieres?

—¿Quieres decir que no será de carácter permanente?

—Algo así, hija.

—¿No es un desgraciado?

—¿A René le llamas un desgraciado? ¿A tu propio hijo, un pobrecito?

—Pero ¿es que no ves lo viejo que es este niño? ¿Quieres hacerme creer que no pasa nada, Frederik? Entonces mejor vete otra vez. No tienes que compadecerte. De los demás no quiero oír nada, ¡tú no me engañarás!

Lo sé, y además obedeceré, ya estoy desdibujando mi mensaje, no leo en voz alta todo lo que está escrito, ya me están dando toques de atención. Gracias, ¡estoy cambiando!

—Estoy tan cansada, Frederik —prosigue un poco después—. Tan, tan cansada, y encima ahora esto. En mí vive otro. Y ese es suyo, ese muchachito allí. No soy yo misma, porque él todavía no es él mismo, si algún día todavía se le concediera saber lo que significa una salud natural. Tengo la sensación de tener el apéndice en la cabeza, Frederik, y no me digas que eso no es horrible, ¿verdad?

Ese soy yo otra vez... así que no ha cambiado nada. Volvemos a empezar. Hubo un breve descanso, ahora el telón se vuelve a abrir y tendremos ante nosotros la siguiente escena. Estoy dirigiendo la obra con ella. Por debajo de mí oigo ruido, voces masculinas. De modo que Karel y sus amigos sí que están analizando. El hecho de que no lo supiera todavía se debe a que ahora estaba abierta la puerta. O a que acababa de regresar Karel. Pero allí está Anna. Ya lo sabemos.

Están pensando. A Erica le es indiferente, espera, quiere curarse. Vuelve a la carga con su máscara y lo de René. Escucho.

—¿Pensabas, Frederik, que no me entiendo a mí misma? ¿Ni a René? Esto no tiene nada que ver con el embarazo ni con el parto. Tampoco estuvimos encerrados demasiado tiempo, le tomó exactamente nueve meses. Ya lo sé, para él fue un largo viaje, también para mí, por cierto, ahora es cuando veo cuánto ha durado. Pero qué extraño, ya hablo como sabes hacerlo tú. La mejor prueba de que me ayudas, aunque no estés. ¡Te llevo dentro de mí!

¿Ves esa máscara?

Lo veo y sin duda sabré cuál es el significado de esto. Ella tiene la palabra y me hace saber:

—Hay tantas cosas, Frederik, sobre las que pienso ahora y que me hacen llorar día y noche, pero que veo ante mí como lluvia y tormenta. Ay, cómo llueve. Ya no puedo ni ver a los médicos. Ellos sí que son unos infelices, no nosotros; nosotros vivimos la realidad. Se ríen y se encogen de hombros cuando digo cómo llueve, cómo está diluviando, lo empapado que está todo. Y esa es mi máscara, Frederik. También René tiene que ver con ella. ¿Está loco, Frederik? ¿Tendrá mi niño un crecimiento anormal? Quiero seguir valiéndome por mí misma, pero no puedo. Ya tendría que haberme encontrado abajo, ya con todo a las espaldas, pero creo que es ahora cuando empezamos. Me recuperaré, seguro, pero ¿qué hacer con René?

—No sabes nada, ¿no? ¿Quién te dice que el niño no es normal?

—Ojalá dijeran eso, eso lo veo y siento solo yo; Anna tampoco quiere oír hablar de eso. Pero también él tiene mi máscara. Eso quiere decir: vamos a tener disgustos, y es lo que me hace cavilar ahora. Es mi desgracia, ya lo sé, tengo que oponerme, pero yo también soy solo un ser humano.

Intentamos vivir algo de lo que ella abarca la vida. Yo estoy allí solo, ella parece anhelante. El silencio de la vida alimenta nuestro sereno pensar, le hace bien, lo sé. René duerme. Por debajo de nosotros el rumor ha disminuido un poco; o ¿es porque hemos partido a otro mundo? Es lo opuesto del silencio, y esto es lo que descurre nuestro vacío. Entra Anna, coloca nuevas flores —las mías— junto a ella y desaparece. Erica reflexiona, piensa profundamente y está tan normal y sana como cualquiera. No le he contado gran cosa de la carta, pero eso ya vendrá.

Pone la mano en la mía, estamos juntos, abajo, y hablamos. Sin embargo, vuelve a la cama, está demasiado cansada para seguir levantada. La comprendo; sí que quiere, pero aún no puede. Aun así, quiere que le lea la carta. En el fondo lo suplica.

Es una fuerza que me ofrece imágenes. Estamos fuera de nuevo y desafiamos la lluvia, también la tormenta. Pregunta:

—¿De verdad que tenemos que atravesar esto, Frederik?

—¡Sí, tenemos que atravesar esto, Erica! Tendrás que sintonizar de antemano toda tu ropa con esta lluvia; revisarla es mejor. Necesitarás al menos mil paraguas, se irán haciendo pedazos uno tras otro. Aun así continuarás; nosotros, Anna y yo, te acompañaremos, nunca estarás sola. René también se vendrá con nosotros, soy su amigo.

—¡Qué gloria, Frederik!

—Subiremos y bajaremos por montañas. Atravesaremos frío y calor, recorreremos desiertos y planicies, pasaremos por polos y trópicos, va a ser un viaje

alrededor del mundo.

—Cómo vamos a disfrutar, ¿verdad, Frederik?

—No nos echaremos atrás ante nada, cariño, porque llevaremos fusiles y todo lo demás para semejante travesía. Habrá vigilancia por la noche, porque nos llevaremos a muchos sirvientes. Por el camino, René podrá montar a caballo sobre mi espalda, y tú no tienes más que ver cómo va todo. ¿Te parece eso una desgracia?

—Creo, Frederik, que la tormenta ha amainado un poco.

—Por el camino entraremos en comunicación con todo tipo de aves. Verás las especies más bonitas, lo cual a René le hará pensar que está recibiendo un cielo. Pero entre ellas también hay cuervos negros, diablos que parecen ladrones, que roban todo lo habido y por haber. También veremos ratones, en resumen: muchos tipos de animales, sin olvidar los insectos, que si no los conoces, te darán miedo, pero que más tarde, cuando vuelvas a estar en casa sana y salva, serán parte de tus amigos, porque también habrás comprendido entonces lo que tienen de hermosos, y por lo cual ¡desde ese momento tu mundo será radiante! En las selvas en las que moraremos de cuando en cuando para descansar, Erica, oiremos los rugidos de miles de tipos de animales, créeme, también el silbido de las serpientes, el espeluznante aullido del chacal, los gruñidos de los osos pardos, de rebaños que querrán impedirnos el paso, pero a los que a pesar de eso venceremos, porque nosotros, los seres humanos, tenemos dones sobrenaturales.

Así que seguiremos, sabemos a dónde vamos. Al final de nuestra travesía habremos visto y conocido todas las cosas bellas de Nuestro Señor.

¡Cómo disfrutaré, Frederik! Tendré mucho cuidado. Y estoy muy contenta de que te llesves a René y a mí contigo. También me siento muy feliz por Anna. Y en cuanto a los animales, Frederik: si tus intenciones con ellos son buenas, según leí una vez en un libro, no te hacen nada. Solo tienes que poseer la fuerza para seguir adelante como sea. Ah, qué viaje tan hermoso va a ser. ¿Cuándo partimos?

—Ya estamos de camino, cariño. Las maletas ya están hechas, ahora estamos en una barca que nos lleva hasta las aguas.

—¡Entonces tú, Frederik, eres nuestro capitán! Y cuando más tarde René sea grande, te sucederá por sí solo. Ya estoy deseando que por fin nos encontremos con unas serpientes marinas.

—Cuidado, sigue ahora cómo se comporta el barco. Sin duda alguna oirás la campana para comer, solo tienes que seguirla. Ahora abre los ojos, Erica, viviremos milagros.

—Oh, Frederik, qué celestial eres hoy, ¿seguirá siendo así? ¡Voy contigo! Llevaré las maletas, sé lo que quieres de mí. ¿Cuándo zarpa el barco?

—¿No te dije que ya estamos de camino? No lo pierdas de vista: ¡estamos

de camino! Estamos navegando... estamos de camino para explorar el mundo, estamos haciendo un largo viaje, pero... regresaremos.

—Sanos y salvos, ¿no es así, Frederik?

—Exacto, cargados de cosas hermosas y de mucha sabiduría también. Hablarás todos los idiomas del mundo.

—¿Ves, Frederik, que ha dejado de llover?

—Lo veo, madre del pequeño René... yo ya lo sabía hace quince minutos.

Esto aún no era el final de la carta... pero de momento sabe suficiente. Aun así pregunta:

—Frederik, ¿no viste a Karel?

—Karel está abajo, en el cuarto de máquinas. Se encarga del combustible, solo tiene que hacer eso, a fin de cuentas el barco es suyo.

—Entonces lo comprendo. Le gusta hacer chapuzas, es un trabajito perfecto para él.

Le deseo ánimos y le doy la mano. Pero cuando nuestras manos se sueltan, pliega las suyas y reza... con los ojos cerrados. Cuando alza la mirada sé que quiere ver el barco. Al acercarme a la puerta todavía dice:

—Frederik, veo que la chimenea ya echa humo. Oh, qué feliz soy.

Cuando Anna llega arriba ve un mundo completamente diferente. Erica está radiante y la máscara le sonrío. Apenas he llegado abajo cuando ya está allí.

—¿Qué has estado tramando con ella, Frederik?

—Pero ¿es no has oído el silbato, Anna? Ya estamos navegando.

Regresa a Erica... ahora vive otros fenómenos, pero estos son más cercanos y conscientes, más materiales, también Anna los comprende. He entregado mi primera carta de todas, me guardo el sello milagroso para mostrarlo más tarde como prueba. ¡La imagen muestra el rostro divino! ¿Te gustaría poseer un sellito de esos? ¡No están a la venta...! Hay que ganárselo...

¿Y eso por la inmaculada claridad?

¡Ahora estoy listo para mi otro oficio!

Bárrelas, Frederik, hasta dejarlas limpias... fuera con toda esa porquería, las calles han de lucir bellas... ¡Y así es! Estamos actuando desde hace más de cuarenta y ocho minutos. La tensión se ha apoderado de la sala llena. ¡Vi lágrimas! Los corazones laten más veloces. Había morritos muy hermosos debajo de todas esas máscaras. ¡Los vi!

Expertos y profanos

Anna corre por la casa, está al mismo tiempo arriba y abajo, quiere saltarse partes, y lo consigue. Sabía que tenía una personalidad fuerte, ahora me lo demuestra a mí y a cualquiera que tenga ojos para ello y que sepa valorar el trabajo ingrato de una sirvienta. Es un servilismo con aspecto dulce; ella ha crecido más que los demás, es la capitana de esta nave, que ahora da la señal de levantar el ancla para iniciar un viaje hacia lo desconocido. Cuando regreso con unas flores de mi propio jardín ya está lista con un florero... así de bien sabe lo que se le pasa por la cabeza a todos los que quieran comprenderla y valorar su poderoso carácter. Es un faro para Erica, para Karel es un práctico de puerto... es ella quien domina la materia, que no teme ni a las tinieblas ni a las tormentas, aunque las olas vuelen por encima de la cubierta. Ama todos los colores del mar... porque es hija del mismo Padre que creó los elementos.

—¿Qué estás esperando, Anna?

—¡Hay que ver! ¿Hay otro nacimiento en ciernes, Frederik?

—¿Es que no lo ves?

—Entonces sé lo que me toca hacer. Aquí ya no hay ser humano que lo alcance. Esos tipos con sus palabrerías no lo saben. ¿Crees de verdad, Frederik, que esto será permanente? Murmura palabras de las que no puedo comprender el sentido. Hace unos instantes gritó: “¿Viste eso, Anna? Eso sí que es una serpiente marina. Pero luego veremos animales terrestres. Esas gaviotas nos acompañarán hasta que estemos en mar abierto. Frederik sabe lo que hace”. ¿Será que está delirando?

—Déjala, no te preocupes, Anna.

—¿Lo dices sinceramente, Frederik?

—Lo digo en serio.

—Entonces ya no entiendo nada. Si Karel no deja de meter en esto a todos esos tipos, igual hasta la mata. Pero qué mundo, ya no lo sé. Y ahora incluso estamos navegando en el mar, vemos serpientes y también habrá animales terrestres. Santo cielo, esto desde luego parece una casa de locos.

—Aún tienes que esperar un poco más, Anna. Luego volverás a reconocerla. Escucha bien lo que cuente sobre lo que ve durante el viaje. No te preocupes, no pasa nada.

—Es lo que también dice Karel, pero de él no te puedes fiar. Y los demás me son indiferentes. Si no viene ayuda de otros, ya lo haré yo.

Anna regresa a Erica... Karel me llama. Entro. Me presenta a sus amigos. En primer lugar... al doctor Ten Hove. A Van Hoogten ya lo conozco. Ten Hove me decepciona, la primera impresión es mala. El tiempo demostrará

que tengo razón. Ten Hove es un tipo despabilado, parece un granjero cualquiera, pequeño y macizo. A Karel le cae bien, huele sus propios orígenes. El hombre es de una pequeña ciudad de provincias, pero hace como si lo respaldara la Casa Real. En la mano derecha veo que lleva una ingeniosa obra de orfebrería... demasiado fanfarrona para un médico. Pero estoy sentado. Karel habla y me sirve una copa, los caballeros también toman algo. Fuman tanto que una chimenea se llenaría de orgullo. No sigo la conversación, sino que observo a los expertos. Aun así percibo el parloteo de Karel, según me doy cuenta un poco después. Se está refiriendo a una persona enferma... no tiene nada que ver con Erica.

Ten Hove escarba en su bolsillo y busca algo. Veo que allí lleva unas pequeñas tijeras, que no usa jamás. Tiene el pelo castaño claro, con una raya muy marcada en el lado derecho, y una mirada engreída. Ya lo dije: un careto de campesino... mucha imaginación, muchos aspavientos. Imagino que toda su familia habrá contribuido a costear sus estudios. Anda sobre rosas, ya conozco sus andares. Lleva botines, porque los zapatos bajos no le sientan bien. Conozco a esta gente de antes; lo que más les gusta es andar con ropa de noche, ¡con algunos botones dorados! ¡Y eso se ha hecho médico!

Van Hoogten es más alto y más delgado. Una cabeza estrecha con una narizota sobre un cuello espigado. Parpadea, pero por lo demás es muy tranquilo. Ten Hove no está ni un segundo quieto, es como si él también tuviera picor del pulgón. Mira un instante los calcetines de lana, de lo que deduzco que el hombre no es un sucesor directo de Robert Koch... ese era imperturbable. Por algo será, pues, que es influenciable. Karel y Van Hoogten no reaccionan, Karel cuenta bien, sabe presentar las cosas con gracia y es un muy buen analista. Muchos lo envidiarán, sé que maneja a estos dos, los tiene completamente en el bolsillo. Ahora comprendo que Karel, hace mucho, ya les ha contado todo sobre mi vida. Empiezo a tener la sensación de que son serenos, porque lo habitual es que durante semejante conversación recibas sus impulsos, lo que permite conocer sus caracteres. Ten Hove continuamente se pasa la mano por la frente, solo fuma puros, y los disfruta a fondo. Toma sorbitos de su copa, como hacen las mujeres que no quieren saber que les encanta. Karel ha contado su historia, vuelve a la carga y empieza a hablar de Erica.

—¿Tú que opinas, Frederik?

—¿Qué piensas tú? ¿Qué piensan los caballeros? Yo soy un profano.

—Eso es verdad... pero tú la conoces, Frederik.

—Insisto, Karel, soy un profano. Pero aún está lloviendo un poco para ella, todavía hay algo de tormenta, pero eso ya cambiará.

Los caballeros sonrén, estoy alerta. Karel no logra arrinconarme. Y se encierra. Cuando Ten Hove me pregunta si pienso que estos síntomas aparecen

directamente a partir del propio niño, sé que Karel me ha tomado el pelo. Reacciono ante la pregunta y le respondo con otra:

—¿Qué quiere de mí? ¿Tengo que hacer un diagnóstico?

Ahora reconoce que Karel ha hablado sobre la cuestión. Karel siente mi irritación y me pregunta:

—¿No es este estado el mismo, Frederik, que el que hemos visto todo este tiempo?

—Creo, Karel, que también esto es empuje. Leyes naturales... pero, claro, no soy más que un profano. Supongo que también ahora el niño está influyendo en la madre. Lo que ella vive actualmente ya lo vimos nosotros entre el tercer y cuarto mes. Una vez hablé con un médico que colocó un anuncio para averiguar cómo llevaba su embarazo un gran número de madres. No sé si conoces esa historia. Se convirtió en un extenso estudio, según supe; enviaron cartas muy hermosas al hombre.

—Bueno, ahora no pares, Frederik —le pide Karel.

—Me dejé convencer de que entre ellas había madres que durante el embarazo tuvieron molestias de barbas.

De pronto, Ten Hove se carcajea. Van Hoogten permanece serio, Karel sigue al primero. Continúa:

—Para quienes son expertos, como ustedes, debe sonar horroroso. Aun así esta madre dijo: “Supe de antemano que tendría un niño. ¡Y es lo que fue!”.

Sin duda curioso, opina Ten Hove: Karel se ríe y piensa ahora que lo echo a patadas en mi acequia. Pero Van Hoogten pregunta:

—¿Hubo más cosas?

—Hubo, por ejemplo, una carta de una madre que durante el embarazo tuvo planes suicidas, pero que no obstante tuvo la fuerza de no ceder. Hubo otras cartas, muy interesantes, como aquella sobre una madre que quiso llevar ropa bonita durante el embarazo y que luego se dio cuenta, cuando el niño se fue haciendo mayor, que este rebosaba altanería. También hubo una entre ellas que temía perder el niño. No ocurrió nada, pero al final el niño murió atropellado. Ahora pregunto a los caballeros: ¿Es posible que el alma, la vida, ya pueda pensar incluso antes del nacimiento y que con sus pensamientos pueda penetrar hasta la conciencia de la madre? Por ejemplo: ¿El niño ya sabe algo de una barba?

Karel ríe a carcajada limpia. Ten Hove esgrime una mueca. Van Hoogten está pálido como un muerto. Se prepara para desaparecer. Karel lo ve, yerra el tiro y piensa que a sus amigos los echa de una patada a la acequia. En cualquier caso: ¡se largan!

Karel los despide... Anna los mantiene bien alejados de Erica... que sueña; un misticismo sorprendente le muestra los globitos de Nuestro Señor, de los que quiere hacerse con los más bonitos para ella misma y para René. Pero

¿que si entonces también sabe qué hacer con ellos? Los médicos se fueron, Karel irrumpo en la habitación.

—Frederik, ¿desde cuándo usas tantas palabras para soltar tantas majaderías? Realmente, te has pasado.

No le respondo. De pronto le da un ataque de risa, no logra serenarse. Finalmente, después de recobrar la calma, dice:

—Tomaremos una copa para brindar. Estuvo realmente bien. Pero ¿cómo está Erica?

—Pregúntaselo a Anna.

—Estuviste arriba, ¿no? ¿Qué opinas del niño, Frederik? Ahora no me vengas con tonterías.

Tardo un poco en poder decir algo. La máquina no está detenida, pero tampoco empieza a funcionar de golpe a pleno rendimiento, todavía no es posible. Me acerco a él pasito a pasito. Karel ya se apodera de la conversación y dice:

—Pero a ti ¿qué te pasa, Frederik? Has cambiado. Tampoco es que te conozca como alguien que no abra la boca en compañía de otros, pero ahora te soltaste la melena como nunca. ¿De dónde sacaste todos esos disparates?

—Pero ¿qué es lo que quieres, Karel?

—No quiero ponerte a ofenderte, Frederik, ahora las cosas han cambiado. Ya he hecho bastante lo que me salía de las narices, pero ahora estamos ante graves problemas.

—Si es eso lo que piensas sobre esto, estamos metidos en la misma faena.

—¿Qué si no...? Se me hace imposible reconocer a Erica. Nunca imaginé que tuviera un carácter tan débil. Su personalidad de antes se ha extraviado. ¿Tú lo entiendes?

—Lo podrías haber entendido hace tanto tiempo, pero tu propia sangre por lo visto no te decía nada. Prefieres saltar acequias y dejar que otros se hundan hasta el cuello, mientras tú te quedas en la orilla viendo cómo se las arreglan para salir. Es cuando te partes de la risa. Ahora misma me resbalan tus historias de peras y manzanas, si te interesa saberlo.

—¿Qué quieres decir con peras y manzanas?

—Todo lo tuyo me recuerda a la vida campesina. Tus argumentos son para mí los frutos de tus huertos. Pero yo tengo mi propio árbol. No lo he mirado en todos estos años, solo ahora sé lo que poseo. ¡Tú en cambio eso no lo sabes!

—No te entiendo, Frederik.

—Eso es porque estás detenido en la vida. Vas traqueteando con tu coche día y noche por las calles sin ver que esta humanidad te lanza manzanas podridas; por cierto: eres demasiado jugueteón para eso.

—Hombre, no digas idioteces, qué quieres.

—Mejor me voy, para probar suerte en otra parte.

—No es lo que quiero decir, Frederik, pero no te comprendo.

—Aunque todos estos años hayamos vivido uno al lado del otro, tengo que reconocer que ahora tu propio huertito está floreciendo, con lo que quiero decir que en el fondo no habías visto nunca antes cuántas malas hierbas hay en él. Tú, Karel ¿quieres una seriedad sagrada? ¿Quieres hablar conmigo? ¿Quieres ver problemas? ¿Quieres preocuparte por la madre y el hijo? ¡Tú...!

—Para ya..., Frederik..., ¿qué quieres?

—No me dejas ni terminar de hablar. Te caes y no ves que hay miles de personas para tenderte la mano.

—Qué poético estás hoy, ¿de dónde sacas esa sabiduría?

—La recogí de la calle y me llené los bolsillos con ella; ahora reparto lo que encontré. Tú vas en tu coche y por eso te cuesta verla. Solo la viven las personas que van deambulando por la vida, que miran como vagabundos todo lo que el ser humano no desea. Así fue como vi que despilfarrabas la mayor parte de tu posesión... y también eso lo fui recogiendo.

Karel piensa; en este cuerpo hay sagrada seriedad, su alma escala las rejas del castillo, pero las bajadas de aguas son demasiado resbaladizas, una y otra vez vuelve a deslizarse, y ahora siente su propia torpeza. Sabe que así no puede. ‘Gracias a Dios’, pienso, ‘aún hay un núcleo’... no todo en él es jugueteón, no todo en él arroja Sus productos de la naturaleza... está empezando a aprender a pensar. Me mira a la cara, lo sé, le toqué una fibra. Así estamos un rato... ya no decimos una palabra, pero nuestras almas se palpan, de ninguna manera hay besos. Todavía no dice nada, Anna trae té; bebe, piensa, ahora anda en otra dirección, suelta sus caballos y los espanta uno tras otro hacia las tierras, se flagela. Cuando eso acaba se mete corriendo en el bosque. Lo veo sentado debajo de un árbol, con la mirada perdida, la frente fruncida. Pasa un rato, entonces regresa a casa... vuelve a sentarse allí entonces, pero ha cambiado.

—Tienes razón... Frederik, esto tiene que cambiar. Pero, cuéntame, ¿estoy ciego? ¿He caído tan profundamente? ¿Ya no soy una persona normal?

—Llevabas una máscara, Karel. No una que fuera complicada o repugnante, a la gente no le daba miedo. Y es por esto que no veías a los demás. Por llevar tú mismo una máscara tu mirada no traspasaba a los demás y veías tu propio entorno como una carpa de feria. Pero ya te pillaré... ¡he visto a más gente de tu especie reírse con ganas de la sagrada seriedad de otros! He visto más veces quebrarse a los de tu especie que quienes aparentemente recibieron los golpes y fueron ridiculizados, mientras nadie sabía qué hacer con ellos. Pues la verdad es que no me gusta la gente con tijeritas en los bolsillos que nunca usan; la estrechez de miras provinciana siempre llama la atención, sobre todo cuando se da aires, aunque de pura miseria hayan vendido todo y tuvieran una panadería para al menos conseguir el pan de todos los días.

¿No oyes esa fanfarronería? ¿Ya no tienes ojos en la cabeza? ¿No sientes que te están engañando, igual que a Erica? Si me dices que me vaya, Karel, me largo echando virutas. Pero del estado de Erica no tienes ni pajolera idea... ni la ves. ¡Eres un perro desagradecido!

—Continúa... Frederik —sale después de unos instantes— sigue, no te cortes.

—¡Gracias...! Muchas gracias... ¡Cómo es posible! Ahora me tomo una a la salud de tu familia entera..., qué lástima que no esté Erica. Pero eso ya vendrá. ¡Salud, Karel!

—Salud, pero ¡continúa! Hoy me pareces un milagro.

—¡Gracias, hombre! Pero esto no marcha.

Creo que me quita mi inspiración, si es que esto es un bien recibido, o... mi interior despierta, tal como ya lo estoy viviendo desde hace varios días. Parece que lo comprende y espera. Karel ha empezado a oír... ¡un gran logro!

De pronto se me hace como que Él me pusiera Sus misivas en las manos... y me oigo decir: “Cuando regreso al primer instante en que en casa se podían oír voces, que anunciaba un cambio completo, y en que un cuerpo empezó a dilatarse y en cuyo interior empezó a haber empuje... entiéndeme bien... me vi a mí mismo ante un gran milagro, que los demás no entendían. Todo parecía tan sencillo, Karel, hay millones de vidas que tienen que ver, todas vivieron una vida propia. Quien no actuara con normalidad se quedaba fuera en el mismo momento... fuera de la naturalidad del acontecimiento y se quedaba solo, porque el resto de esta humanidad no se dedica a perder el tiempo con beaterías. El sensacionalismo y los melindres van a la cabeza y esgrimen problemas que para los expertos de vosotros (ustedes) no son ningún problema. La olla queda tapada, para mí era como castillos que se cierran... la propia sangre está llamando a la puerta hasta ponerse negra, porque abrir está fuera de cuestión. Ya lo estarás sintiendo; en mi mundo onírico se habla de otra manera. Ya no sabría hablar como vosotros (ustedes); ahora sé que, llegado a esta edad, he trabajado en ello sin que se me concediera saberlo. También significa: el hombre no se conoce, en ti vive de todo, cosas buenas y malas; a veces observas cosas maravillosas con las que entonces puedes decorar tu castillo, normalmente ya te partes la nuca al entrar, porque tus sirvientes han dejado tirado un pegote de jabón. Dices alguna que otra maldición, de todos modos no te sirve, puedes encargarte tú mismo de crear orden.

¡Tu propia sangre está fuera, a la intemperie! Te ríes. No te percatas de que hay alguien más que se ríe. No oyes nada, no ves nada. Solo te sientes a ti mismo, además del mundo muerto en el que vives, en el que encima eres tu propio jefe, pero que a nadie le dice nada. Porque también eso lo puedes recoger por las calles de tu ciudad. Y sin embargo, ¿por qué no miras un poco a esa gente? ¿Qué jaleo quieren venderte...? ¿No será que nosotros mismos es-

tamos poniéndonos máscaras, rompiendo todos los corazones que podamos? Eres feliz, te ríes, te gusta y quieres hacerle creer a otra persona que a pesar de todo sí sientes y comprendes la miseria de esa vida, que incluso le dedicas la tuya. Cuando empezaron los primeros síntomas vi a Erica bajo la lluvia, tú mantuviste tus puertas cerradas. ¡Entonces empezaste sembrar la discordia! Te agradó desvestirla y mandarla a la calle, y junto a ella lo que tú llamas empuje, porque si no jamás le habrías dado la oportunidad a ese Van Stein de rodear su firmamento con un velo y dejarlo en profundas tinieblas. Dicho humanamente, más próximo a tu vida... ¡son cotilleos!

¡Lo que tú has podido —y ahora ya me puedes echar a la calle— no fue otra cosa que cerrar puertas de un portazo... mostrarle que eres de campo, que descienes de campesinos...! Pero ¿y yo qué tengo que ver realmente con esto? Creo que estás empezando a pensar que te quiero leer la cartilla; perdóname, Karel, te tengo un sagrado respeto... también se lo tengo a Erica y Anna... ¡Ya me puedes echar!”.

—Continúa, Frederik, ¡te lo suplico!

—¡Gracias...!

De nuevo he perdido el hilo... pero quizá la máquina quiera marchar todavía.

—¡Intenta poner el aparato en marcha...!

—Ya estoy haciendo todo lo posible... ¿oyes el traqueteo, Karel?

—Lo oigo, ¡sigue...!

—Cuando se hicieron visibles esos primeros síntomas, Karel, empecé a pensar en otra dirección, no para mí mismo, sino porque yo tenía que ver con esto... era parte de todos estos muebles. Me alegro, porque me pareció bueno... no sabía que sería capaz de aceptar la tarea de cartero y, en caso de necesidad, agarrar una escoba para recoger la basura campesina, para no molestar el ojo humano que miraba por aquí libremente, lo cual de verdad que no tenía ninguna gracia. Si quieres, puedes decir: ¡vete...! ¡Y también me parecerá bien...! Veo que ya sabes callarte.

Que poseyera esa posibilidad, Karel, es algo que solo sé desde hace unos días; nunca imaginé que una escoba de esas pudiera contarte tantos datos de interés, que en el fondo son parte de la universidad donde se analizan los rasgos del carácter humano. Me extravié en sistemas filosóficos, pero vi que estaban tirados por la calle, atascaban los desagües del alcantarillado. Y entonces Erica empezó a darse aires... en ese momento se encontraba fuera... ya no tenía la más mínima posibilidad de penetrar hasta tu propia universidad, porque estabas enganchado detrás de tus caballos, porque echabas demasiado abono encima de los botones de oro, que se asfixiaron por el exceso. Los rasgos de tu carácter quedaron borrosos. Te escondiste detrás de una máscara y así es como vivías tu tiempo. No veías que el empuje entiende de barbas,

que a ese mismo empuje le apetecía una copa, que incluso era capaz de vaciar una botella de ginebra curada antes de las nueve de la mañana, no veías que dentro de esa tierra embarrada, y dentro de ella, vivía... arte grande, no oías ni veías nada, no sabías si se habían depositado principios básicos universales en nuestro organismo, que cimentaría esa pequeña alma. No veías que el mar era insondable, que el barco náufrago iba a la deriva, con tierra a la vista, pero con rumbo equivocado; no veías que estaba sentada encima de su propia tumba, que cuidaba florecitas ;que había recolectado para tu sentido común campesino y que repartía felicidad de una manera infantil y juguetona!

Nunca comprendiste que las madres que están en semejante estado pueden pensar en suicidarse, nunca sentiste que una vida así podría haber llegado a tener razón, la pegabas, la quebrabas... te colocabas en un pedestal sin darte cuenta.

El empuje lo es todo... la naturaleza lo hace ella sola... pero jamás pensaste ni un solo momento que también esa... naturaleza... posee una personalidad. Esto, Karel, no se te enseñó, la "universidad" aún no vive, es la que todavía tiene que nacer, pero fue con esta que mi vida entró en contacto, como parte del engranaje de las masas. Creo que ahora ese pequeño engranaje se ha convertido en una construcción propia... pero va girando por los síntomas, ¡por aquello que encuentras tirado en la calle!

No lo sé todo al respecto, Karel, pero me condujo hasta el alma y el Dios para todo lo que vive. Entonces supe que el hombre es un poderoso milagro. Pero, mira, ¡ese milagro no se conoce a sí mismo!

Podría yo aclararte sin problema alguno día y hora... también sé que aún no nos sirve de nada, y tampoco sé por qué digo todas estas cosas, pero sí te digo: ¡estoy repartiendo cartas! Erica tiene síntomas naturales, Karel; aunque no entendamos ni papa, allí están. Cuando una madre sabe de antemano que va a tener un varón, por tener todos esos meses la sensación de una barba que pica, lo cual intenta suprimir día y noche, a ti te provoca risa, pero yo trato de sacarlo del lodo, de explicarlo como lo que es un síntoma natural. Hace un rato me contaste que estas cosas no te dicen nada, ¡hablabas de disparates! Te digo: vivíamos uno al lado del otro y no nos conocíamos. Yo a ti sí, tú a mí no, tampoco conocías a Erica.

Y ahora, Karel, tenemos arriba a dos que poseen síntomas, las dos. Una surca los grandes mares, ve serpientes con cabezas humanas, con máscaras, ve regiones preciosas y pájaros exóticos. Tú, junto con tu erudición, tienes que dilucidar ahora de dónde ha sacado eso; te digo: todo es tan asombrosamente sano, tan hermoso, tan tremendamente natural, pero no ven (veis) la luz, no conocen (conocéis) el origen. Aun así, la vida da serenidad. Ahora puedes ver que ella está cambiando... pero va caminando por tierras pantanosas, llueva o no llueva, por desiertos, asciende montañas, oye los gruñidos de

los animales salvajes, delante de sus narices se hacen pedazos. Den (dad), por favor, un nombre a todos estos nuevos síntomas, que esta mañana aún no estaban, pero que la hacen feliz. Y eso lo ves en su prodigiosa sonrisa... que de cuando en cuando experimenta una materialización desde detrás de esta máscara sobrenatural.

Anna entra y dice:

—Frederik, está delirando otra vez. Habla de gruñidos de oso y aullidos de chacal en la lejanía. Me pone mala. ¿Lo comprendes tú?

—Entonces ya estamos bastante encaminados, Anna, pronto nos sentaremos a cenar. No te preocupes, Anna, no tardará en dormirse y mañana no sabrá ponerle palabras. Pero ¡es una gloria!

Anna no lo comprende, y aun así está satisfecha; también ella ve que mi vida ha cambiado. Karel no dice nada, ¡está pensando! Entonces llega:

—¡Maldita sea!

—Tú no te vas a ir nunca de aquí, ¿verdad, Frederik? ¡Te necesitamos!

—Gracias..., me quedo, porque en ese viaje me han ascendido a capitán de la nave. Pero ¿qué dices de esta locura, Karel?

—No tengo palabras para ello. ¿Crees que ella cambiará pronto?

—No le pasa nada, Karel. ¡Es René!

—Eso es lo que pensaba yo también, pero lo que es comprenderlo, soy incapaz. ¿Qué le pasa al niño?

—Tendrán (tendréis) que buscar un nombre a eso. Todavía no lo sé... ahórrame esa ciencia, pero... ¡otra vez son síntomas!

—¿Tienes nombre para eso?

—Yo soy un profano, Karel, ¡vosotros sois (ustedes son) los expertos!

—Al margen de eso, Frederik, ¿no puedes darle tú mismo un nombre? Empiezo a ver tus botoncitos de oro.

—Gracias... pero las de René tienen demasiado abono... se asfixian y ahora, de momento, estás impotente, Karel, eso hay que dejarlo a la naturaleza, ella sabe lo que hace, pero puedes estar atento, prestar ayuda cuando veas que sea precisa. Te digo honestamente que esa cabeza ¡no me gusta nada!

—¿Y eso?

—Eso algo muy distinto... años atrás me dediqué a la craneometría. ¿Ves? Estamos en las mismas, ¡no me conoces! Me has estado tomando por bobo... ya es hora de que eso se acabe, al menos en parte. ¡Creo que estoy creciendo! Estoy despertando.

—Cuéntame algo de su cráneo.

—Si crees, Karel, que las tenazas pueden cambiar la vida en algo, lo creo al instante. Ahora podrías decir: las tenazas se apretaron demasiado. Pero... ¿crees eso? Según las leyes de tu amigo, todo está en orden. ¡Todo! ¡Yo no lo creo! Y desde allí, desde ese hueso coronal, o como quieras llamarlo, ve

Erica las serpientes y los osos pardos, llueve, diluvia; cada vez va cambiando, porque tiene que proseguir su viaje. El que esté postrada lo tienes que ver como descanso, el procesamiento de ese acontecimiento tan natural, que le ha emocionado en exceso. Por lo demás, te quedas esperando, porque ¡no hay más!

Karel piensa... pero dice:

—Eres un tipo extraño, Frederik. Me arrepiento de todo, ¡tienes razón! ¡Reflexionaré sobre esto!

Karel se incorpora de un salto y sale de la habitación. Pero casi al instante regresa comunicando que Erica está sumergida en un sueño reparador, como él no la había visto en los últimos meses.

—Lo que espero —prosigue— es que todo este caso se resuelva, no lo hemos disfrutado ni cinco minutos. Pero el pequeño mira como un viejo... Es terrible. ¡Ya éramos demasiado mayores!

—Tonterías, doctor Wolff, disparates, eso lo sabes muy bien, te escondes otra vez detrás de tu máscara. ¿Dónde están ahora sus (vuestrós) conocimientos? ¿Qué sabes de crías naturales? Uno diría que un patito recién nacido ya sabe que pertenece al mundo acuático, del que una gallina, en cambio, no tiene ni idea. ¿Por qué un perro jamás intenta volar? Son los pulgones para tu vida y vida de médico, ¡tu universidad padece sarna! Saca primero esa cosa fangosa de tus heridas y ponles un nuevo vendaje, pero abre más los ojos, trata esas heridas de otra manera, ¡no tienes los medicamentos adecuados, Karel!

—¿Hay algo más, Frederik?

—Pues por ahora no, porque hay que echar cimientos para todo. Entré en cosas independientes. Es una seguridad de la que tú aún desconoces las leyes, pero que para nosotros es un hecho. No sabes nada de este nacimiento. A veces sientes el impulso de comentarlo, pero cuando abres la boca, Karel, hablas un idioma del que desconoces el abecedario. Te pierdes por completo.

—¿Desde cuándo te dedicas a hacer poesía?

—Ya lo tenía de niño, Karel, pero ahora ves sus colores. ¡Mis manzanas están madurando! Nunca he sabido que pudieras ser tan amable con tus inferiores (—dije).

Los profanos no entienden de la ciencia universitaria... los expertos lo saben mejor, estudiaron para ello, pero se olvidan de que todo tiene sus fundamentos y que por tanto es un hecho para cualquiera —me salió aún de la boca. Entonces bajó la cabeza y suspiró, ¡lo que me sentó bien!

Y así se hizo de noche, a las seis de la tarde, el año tantos de 1900 y tantos en alguna parte de este pequeño país, del que soy un hijo. Entonces vi que se cerraba el telón ante mis ojos, pero oí ruido entre bastidores, las pisadas de gente que estaba montando el decorado para el siguiente acto. Sigue ha-

biendo tensión en la sala, no saben cuál será el final; yo, el director, sé ahora todo al respecto... También eso lo vi tirado por la calle... nadie se percataba de ello; pero ahora esos bobos pagan los platos rotos. Pero soy yo quien los invitó... ¿Ves esas máscaras?

Ahora hay que ver cómo cada uno tiene, a pesar de todo, una pequeña alma, verdadera. Adelante, Frederik, ¡reparte el correo! Pero ¡tampoco olvides tu escoba!

¡Cómo es posible!

¿Te dice algo el cráneo humano, Frederik?

Ponle a alguien un ramito de flores en las manos, añade un poco de sentimiento poniendo cariño en la mirada, actúa con total normalidad, con sencillez, habla un poco, pero cuidado con lo que digas; lleva la vida a la naturaleza y enseña al alma que todo, sea como sea que le llegue, ¡está bien...! Uno a mil que a esta vida le devuelves la alegría y la luz del sol. ¡Y en el fondo no te cuesta nada de nada! Sin embargo, esta es la fuerza sanadora que obra milagros. Karel todavía no se lo creía, aunque tenía que aceptar que Erica estaba cambiando, volviendo a encontrarse. Entonces mudó de andares, también volvió a encontrar su antigua postura, y vi que habían desaparecido las arrugas interiores de su frente. Pero una seguridad sí que ha desaparecido de su interior: ¡busca su universidad! Creo poder decir incluso que él pensaba ver que sus fundamentos se los estaba carcomiendo una polilla terrible. Pero eso es algo que más vale que se aclare él mismo. Yo aguardo, estoy alerta, ¡estoy sobre aviso frente a centenares de hechos!

Anna está en el séptimo cielo: los médicos han salido de la casa, Karel mismo se encarga de las necesidades de su hijo. Aun así, Anna lo ve de vez en cuando con un colega, y también a este lo conoceré. Anna sabe que es ella quien tiene que cuidar a René, los padres reciben las migajas. Atención, también eso se hará realidad. Y finalmente..., mi talento de carterero se considerará necesario para leer en voz alta alguna que otra palabrita.

Los meses pasaron volando, ya no llovía para Erica, los episodios de delirios fueron debilitándose. Anna la oía a veces haciendo ruidos asustadizos, pero eso también cesó, por lo que ¡en el fondo era como si su vida y personalidad hubieran renacido! Realmente, estaba siendo ella misma y al parecer casi habíamos concluido nuestra vuelta al mundo, pero yo sé que todavía tenemos que empezarla.

La vida empieza a ser aburrida, ha dejado de ser complicada, lo que antes suponía pena, dolor y miseria, ahora se considera asombrosamente interesante, y casi una pena que haya desaparecido. ¡Así es la gente! Yo sé que aún no hemos llegado. Una y otra vez volvemos a verlos de otra manera... ¿o es que han aprendido? Ahora están en una habitación vaciada, se ha producido un vacío. Yo soy como una silla vieja de la que uno siente y conoce cada palmo con la espalda, por lo que uno no se desharía de ella ni por todo el dinero del mundo. A veces uno medita comprarse una nueva, pero no da el paso, falta algo para llegar a esa decisión. Ahora la amistad es aburrimiento... pero aquella no la hubo nunca antes, aún tiene que nacer. ¡Todo ese tiempo veías máscaras!

Entonces pensé: este acto empieza bien... hay un momento de tranquilidad, la tensión en la sala no puede permanecer al máximo, los corazones humanos no pueden procesarla, hace falta una introducción, una breve transición para ordenar los siguientes problemas, porque consideramos necesario abarcar todo con suficiente margen. Oí decir a Erica: “Frederik, qué viaje tan asombroso hemos hecho, viendo muchas cosas, creo que ahora podré soportarlo”. Esto me dio la seguridad de que de todo esto todavía no ha aprendido nada. Lo dejé como ella lo sentía, como ella lo revestía de color y rayos de sol, pero no he leído en voz alta todo lo de sus cartas, aunque para eso tampoco hay ya curiosidad.

Anna también ve ahora que René está empezando a tener hidrocefalia. Dios mío...

Me echó unas flores de su jardincito, estas no estaban ordenadas en un ramillete, tal como Anna sabe hacer tan bien. Dice: “Es que somos como niños pequeños, somos bobos”. Así que piensa haber comprendido todo, pero no es cierto; ¡vuelve a estar en su pedestal y no quiere bajarse! Ay, ¡cuando lea en voz alta esas otras cartas! Ya empiezo a sentir su contenido, porque vi osos, tigres y serpientes —aún lo sé— que tan feliz la hacían. Entonces comprendí... que semejante ramillete de flores en el fondo engaña, debí haber acudido con las manos vacías: ¡todavía no se ha ganado su ramillete! ¿Es esto, pues, tan incomprensible, tan poco natural? No, esta verdad no hay más que recogerla, pero ¡hay que saber dónde buscarla!

Sea como fuere, René tiene ahora año y medio y hemos empezado una nueva vida. Todo iba bien. El niño requiere cuidados, es Karel quien lo atiende, pero pronto ya tampoco hizo falta eso. Pero desde hace unas semanas ha vuelto a haber cambios. La frente de Karel se ha vuelto a arrugar, por ser René semejante adefesio, por ser este cabezón. Si contiene algo es otra cosa, de la que Karel ni siquiera habla. Lo sé de Anna. Ella dice: “Erica no quiere oír hablar de eso, tampoco puedes esperarte una opinión honesta de ella, porque es la madre; pero a veces Karel se queda mirando esa cabeza, mientras agita la suya, por lo que sientes claramente que pagaría lo que fuera por poder saber lo que le pasa realmente a su hijo, a la sangre de su sangre. Eso a fin de cuentas es algo muy natural. Por lo demás no hay nada. ¿Busca síntomas? ¡Los tiene delante! ¿Por qué tiene su hijo la cabeza demasiado grande? ¡No lo sabe! ¿Es otra de esas malas pasadas de un Dios que no tiene otra cosa que hacer que fastidiar a Sus hijos? Anna dice que puedes oírlo maldecir, aunque no diga nada. Creo que Karel se asfixia por dentro, no sabe qué hacer con esto. También creo que pronto pensará: al diablo con todo esto... ¡quédate tú con esa criatura! Te digo, Frederik..., esto irá como deba ir, lo que te dé la naturaleza no te queda más que aceptarlo. Pero más vale que recuerdes que no me puedes dejar en la estacada.

Karel se encuentra ante su empuje, ante su naturaleza, que regula todo y se encarga de todo, y que las manos humanas han de dejar en paz. Es lo desconocido para él y para su universidad, su rollo diario, para el que vive y muere, del que come su pan. Pero ¡ahora las pruebas, Karel! ¿Qué quieres? ¿Volver a encogerte de hombros? ¿Reírte de la torpeza humana? Has tenido medio año, casi un año entero, para volver en ti. Ahora nos encontramos ante nuestro incipiente viaje, ahora hay que encender las calderas, porque con el sudor de tu rostro comerás el pan; te digo: no sigas estrellándote, inclina tu cabezota campesina, hay otras cosas entre el cielo y la tierra de las que ustedes (vosotros) los expertos aún no saben (sabéis) nada. Vamos, riéte... dale la espalda a esas tonterías... levanta tus cuellos blancos, exhibete con tu diploma bajo el brazo... haz como que lo sabes todo. ¿No ves el palo que espera emboscado para suministrarte una paliza?

Anda, Karel, el barco quiere avanzar, atiza la caldera, echa un poco más de combustible al fuego, tú eres el jefe de máquinas de esta mole. Aún no zarpamos, estás pensando, no sabes cómo prender el fuego. Estás con la pala en la mano, cargada de carbón, no sabes donde está la puerta del hogar. Cuántas preocupaciones. Ahora que le den al de allí arriba, con Sus hermosos dones, no desees esa vuelta al mundo. ¡Oyes el falso chisporroteo de una de esas vulgares urracas, Karel? No, entonces un gatopardo de esos, o un chacal, Karel, sin olvidarnos de los osos y las serpientes. Pero si ya te encontraras con ellos te derrumbarías dando gritos.

¡Karel está ahora ante su propia máscara y la de su hijo! Estuvo un rato descansando en su hamaca, pero salió despedido de ella por una fuerza anti-natural, desconoce de dónde procede ese trastorno. ¿No se le deja descansar a un ser humano? ¿Se le quiere estar torturando siempre? ¿También lo quiere Él? ¿Qué clase de regalos reparte entre Sus seres humanos? Lo oigo hacer esas preguntas, ya muy debilitadas, pero ¡allí están! El tiempo de preparación desde luego que le ha dejado sin blanca, igual que a Erica, pero la siguiente escena requiere su atención humana. ¿O pensaban esos dos, ahora que se trata justamente de sus vidas, que no tenían nada que ver con ello? El telón se abre solo... la espera de la sala es tensa porque allí se siente que esto ya no es sensacionalismo, se trata de vidas humanas, gira en torno a ciencia o charlatanería, es todo o nada..., ¡queremos saber si Dios es un Padre de Amor o... un idiota, un canalla! Por eso hay tanto interés. La obra se lleva representando miles de años y solo ahora la gente empieza a comprenderla un poco; antes, mucho antes, siempre la abucheaba. El escritor lo comprendía, pero pensaba: luego estaré con ustedes otra vez. Si hiciera falta puedo esperar siglos. Ahora vamos a actuar, y los demás ¡a escuchar! ¡Lo de inclinar la cabeza será más tarde!

Las máscaras se esfumaron, pero en su lugar apareció una cabeza demasiado grande. ¡René ha cambiado! Te digo que la cabeza del niño no me

convence. Pero mientras todo vaya bien, no me sumergiré en una visión negra... no tengo el propósito de ser tiquismiquis, al ser humano le deseas una respiración saludable.

Los amigos de la casa vinieron y se fueron, siempre iban presentándose otros diferentes. Ahora ha vuelto a anunciarse un experto que ya estuvo hace tiempo, pero que de pronto había desaparecido sin dejar rastro. Anna piensa que ese hombre estaba en un viaje de estudios. Lo que me iba llegando de él me parecía sospechoso, es un psiquiatra y se supone que es muy capaz. Es el doctor Groevers.

Durante esos meses estuve trabajando en mis apuntes, todo está listo y tiene un aspecto bien ordenado. Yo mismo me asombro del modo de organizarlos, y ahora sé que van a conformar un libro, y quizá varios, ya hay tanto para ser descrito y analizado. Antes siempre me daban buenas notas por mis redacciones, creo que esa habilidad ahora se ha desarrollado y que forma parte de mi personalidad. Y es que esto está siendo mi segunda juventud.

Pero no me fío de René. Veo al niño de mi propio modo. Tiene chispas en los ojos, como suele pasar con los niños. Pero en su mirada hay algo que no me convence. Es un rostro extraño si lo miras un poco. Pues yo creo que está deformado. Ahora predominan los soniditos como de bebé, pero permanece una interrogación. ¡Me quedaré velando!

Me gustan las cabezas humanas. ¿Te dije ya que me interesa mucho la configuración craneal? Suelo acertar en lo que me llama la atención, está bien sentido, por lo que estoy seguro de que la cabeza humana tiene algo que contarnos sobre la vida interior. Los ojos reflejan diferentes mundos, creo, más concretamente por medio de líneas frecuentemente muy finas; la forma de la cabeza es decisiva para la personalidad, te puede parecer cualquier cosa, pero hay una línea que en el fondo te cuenta todo, que te muestra la máscara. Apenas lo ves y ya lo sabes. Dicho con mayor claridad, ¿si la vida puede predecir si será un niño o una niña, qué decir entonces de una cabeza humana tan grande? ¿No sería eso un indicador? Pero ¿es que no ves esas líneas asombrosas? ¿Esos colorines? Yo me fijo en eso, me dice algo, muy fuerte. Empiezo a sentir que gracias a esto erigiremos una facultad.

Miro cabezas humanas y a veces veo en el mismo instante cómo tengo que considerar su contenido. Y eso lo tienen todas las personas; observan, miran a los ojos, siguen los labios, todas esas pequeñas líneas, y piensan: cuidado..., caerás en la trampa, allí tienes a un ladrón, un canalla, un alborotador, un charlatán. Por eso, mi querido y pequeño René, tú entra, si quieres, por muy terrible que sea la cabeza sobre tu torso, ¡eres la bondad misma! Eso también lo veo, lo siento, a veces lo siento de un solo vistazo. Tampoco es tan raro fijarse en cabezas humanas, pero la gente no ha de saber que la estás mirando. En la calle es peligroso, podrían pensar —esas mujeres sensibles— ‘Vaya

con este viejo verde'. Para los hombres recorro un camino que no les agrada. ¿Lo comprendes? ¡Es sorprendentemente interesante, te enseña un montón de cosas!

Karel me invitó... viene un amigo y ese mismo amigo quiere conocerme. Es el doctor Groevers. Siento curiosidad; ojalá haya buenas intenciones.

Ahora estamos junto al fuego, me han presentado al mejor amigo de Karel. Nos atiende Erica, Karel habla de una casa de campo con caballos que tiene intención de comprar, porque considera que René también ha de tener algo. Pero a él lo siento, orienta la conversación en mi dirección y ya sé que ese amigo lo sabe todo de mí, está informado. Es algo que Karel hace más veces, de pronto te encuentras ante su conversación, te lo pone sin más en tus manos. Antes siempre me sentía torpe, ahora estoy preparado, solo deseo saber de qué modo se las va a arreglar. Lo que es llegar ¡llegará! Y no han pasado ni cinco minutos cuando dice:

—¿Ves, Hans? Ese es mi hobby. Frederik, en cambio, se dedica a la configuración craneal, estudia síntomas interiores, y así es como todos nosotros tenemos nuestros propios pasatiempos... Para Frederik hasta una cabeza equina tiene significado.

Eso fue todo. Me pareció bastante barato, pero ya se lo haré pagar. Hans reacciona al instante y pregunta:

—¿Qué sabemos de la configuración craneal, Frederik? ¿Te parece bien que nos tuteemos?

Tengo que hablar, pero ya sé quién es este doctor Groevers. No tiene nada en común con Van Stein ni con Ten Hove. Como ser humano y personalidad está por encima de todos estos expertos. Es un hombre que tiene interés por lo desconocido, porque ha aceptado para eso una tarea. No se ríe de lo que puedan decir los profanos; sabe que él mismo aún es uno. Esto es lo que me hizo sentir uno con él. Nuestros corazones se unieron, nuestras personalidades se tocaron y estábamos inmediatamente abiertos el uno para el otro... una sensación asombrosamente hermosa entró en mi alma. Nos hicimos amigos en el acto. Es sorprendente lo que sentía, lo acepté con ambas manos, lo acaricié, porque ya llevaba tanto tiempo esperándolo.

Entonces se me escapó:

—Mira a los ojos de una cabeza equina, Karel... entonces suelen preguntarte si tienes algo rico. Si eso no es el caso, entonces ese primer contacto es un fracaso. Realmente, la cabeza de un caballo, del animal que sea, ¡se define a sí mismo! Pero no te olvides de las personas. Basta con ver todo el ganado en la tierra; me sorprende, dicho entre nosotros, que la gente no te pregunte por el precio de las patatas (papas) en lugar de los medicamentos; solo por tu cráneo ya se ve que vienes del campo. ¿Cierto o no?

Karel dice, y eso me pareció franco de su parte:

—Gracias. Frederik, ¡qué amable!

Hans se ríe, disfruta, igual que Erica, también se ríe, sabe que Karel ya no me altera, eso es parte del pasado. Pero el juego va a comenzar.

—Si queremos buscarlo por medio de los síntomas —prosigo—, hacer un diagnóstico fiable en base a ellos, entonces estás ante problemas. Ve un día a un manicomio, donde encuentras un centenar de casos juntos, entonces ya puedes ponerte a escribir un libro con un contenido impresionante, porque en esas cabezas intervienen diez universidades. Entonces te encuentras, según creo, ante síntomas materiales, deformados por el empuje interior. ¿Es eso culpa de la naturaleza? No, bueno, sí; pero entonces solo en la medida en que el alma, el producto natural interior, de la que todavía desconocemos las leyes, nos muestre la “máscara”. Sabemos la profundidad que tiene, miles de expertos abandonaron sus pesquisas. Alguno que otro continúa, pero ese está loco.

Me callo un instante. Hans me mira como si viera un milagro. Karel se encoge, de pronto vuelve a encontrarse ante nuestra conversación de algún tiempo atrás. Ya no ha vuelto a pensar en ella, pero ahí sigue. A Hans, según siento, lo dicho no le parece un milagro, tan tonto no es, pero la pelea le resulta espléndida, más aún porque siente que Karel no se lo había esperado. Entiendo que Karel le ha dicho que sigo siendo un niño, tan torpe, pero ahora me encuentro ante él conscientemente y desenmascaro sus palabras como palabrería hueca, demuestro que tienen el mismo valor que... sus disparates sobre la casa de campo con los caballos que salen en sus sueños sobre el futuro. Hans lo sabe, el ser humano en mi interior lo toca, y a la inversa hay para mí unión con esta vida.

—Continúa, Frederik —pide Hans.

He vuelto a perder el hilo, pero suplico que me den aceite, a Karel ya no le concedo su fanfarronería. Erica me está mirando como si estuviera viendo el Este y el Oeste delante de ella, como si estuviera viendo cómo se revelan el Norte y el Sur, cómo se irán a manifestar mundos a su pequeña vida, está a mi lado y ahora deja a Karel bajo la lluvia. Karel se da cuenta, pero no puede cambiar nada, esto va en serio, va a ser sagrada seriedad, aunque todo parezca una gansada. A Hans le preparo su pipa y pregunto:

—Y tú ¿qué opinas de esto, Hans?

Aún no me han dicho que Hans es un psiquiatra. A Anna le parecía, y si tiene razón, Hans debería poner ahora sus cartas boca arriba. Y, mira, Hans me intuye y dice:

—¿Sabes, Frederik, que esa es mi profesión?

—Ya me lo imaginaba, de modo que ahora ya estoy seguro. Bueno, ¿qué piensas de esto? ¿Qué te dicen esas caras retorcidas? ¿Qué actitud tienes frente a eso?

—Eso se dice pronto, Frederik, las miramos con impotencia, desconocemos el verdadero núcleo, su ser, al menos yo, pero intento hacer algo para esa gente. Es tremendamente difícil.

—Lo sabemos. Si te interesa te diré qué pienso de esto, pero no te olvides de que soy un profano.

—Eso da igual, porque estamos hablando de estas cosas. ¿Crees tú que tenemos que darle importancia a la configuración craneal?

—Yo creo, Hans, que esta apunta directa a la personalidad. Ya hemos hablado tantas veces de esto. Karel nunca reacciona, para él todo es empuje y naturaleza. Pero yo creo que incluso antes de que nosotros, los seres humanos, nos inclinamos al acto, que el niño por tanto también tendrá, su alma o la nueva vida ya está sintonizada con el acontecer material y humano; dicho de otra manera: la vida, o como quieras llamarlo, tiene la capacidad de pensar como un ser humano. Nos encontramos ahora ante centenares de miles de problemas, que cada uno por separado están concentrados, a su vez, en la personalidad de “esta” vida, de aquel niño, que están presentes en cuanto empieza el proceso de crecimiento.

—Frederik, ¿eres o has sido teósofo?

—Qué va, yo sigo un camino propio, pero hay algo que me muestra ese camino, porque tengo contacto con los síntomas. Fijémonos en otra imagen. A un médico se le ocurre hacer un cuestionario para mujeres que van a dar a luz. Coloca un anuncio y recibe cartas. Entre ellas hay madres que sufren molestias con una barba. Pero lo que para Karel es empuje y naturaleza, produce en una madre molestias y anuncia a esta que va a tener un hijo varón. ¡Y de hecho va a serlo! A Ten Hove y Van Hoogten les dio risa y no tardaron nada en largarse. Lo que para Karel y también para ellos es naturaleza, se convirtió para la madre en una conversación corporal, un diálogo cuerpo a cuerpo, que le llegó desde su interior y que influyó en su conciencia.

Todo retumba con la risa de Karel, Erica me mira, me comprende y quiere decir: Sigue, Frederik, estoy a tu lado, para mí es una revelación, no dejes que Karel te descoloque. Hans amenaza:

—Si te ríes de Frederik, me iré.

Toma... Karel tiene que explicarse. Pero asegura:

—De ninguna manera me estoy riendo de Frederik. Estoy viendo otra vez a esos dos, sé en lo que han convertido todo esto. Deja que termine de reírme, no tardaré. Frederik puede comprenderme, él mismo fue el motivo.

Karel cuenta ahora cómo se les pone en jaque mate a los expertos. Se les coloca, como si nada, ante los hechos, que les suenan a chino, pero que los obligan a reconocer que un profano se está pitorreando de ellos en presencia de un colega. Dice:

—Están furiosos conmigo, y en la vida me lo van a perdonar. ¿No es algo

por lo que pueda réirme?

—Sigue, Frederik.

Hans se mantiene serio.

—Bueno, Hans, piénsalo tú mismo. No lo sé... te lo vuelvo a decir, pero ¿qué dice eso a la ciencia?

Hans se frota la frente. Karel lo ve y se ríe para sus adentros, observa esa configuración craneal. Hans tiene una complexión fuerte, un torso culminado por una cabeza robusta, ojos destelleantes que miran con amplitud a este mundo podrido, es fuerte como un toro, creo, a Karel a y mí nos saca una cabeza. Viste descuidadamente, lleva zapatos de charol con un pantalón a rayas, un abrigo negro, la chaqueta es vieja. Cejas pobladas, una nariz ancha, labios carnosos que tienen algo que decir, que nunca se quedan debiendo una respuesta. Una personalidad que exige verdad, que lucha contra la pobreza, contra la miseria material que se manifiesta directamente desde su interior. Hans es un hombre hecho y derecho, pero, según veo, muy vehemente. Sabe aguantar el tipo, es inflexible, no deja que se rían de él, te dice a la cara lo que piensa. ¡Y eso Karel lo sabe! Hans dice:

—Ya lo dije, nosotros tampoco lo sabemos. Hoy te colocan ante un misterio, mañana te encuentras ante otro mamarracho. Una mujer te ve a la primera que te gustaría poner pies en polvorosa. Junto a eso hay otros miles de problemas, con los que no sabes qué hacer. Observo esas cabezotas, Frederik, puedo hacer con ellas lo que quiera, pero estoy impotente, y conmigo el mundo entero, no puedes extender la mano. También creo que tenemos que ir por un camino muy diferente si queremos aportar luz a estas tinieblas.

¿Crees en serio que la vida ya empieza a pensar dentro de la madre?

—No es más que una suposición, Hans, no quiero imponer a nadie mi opinión como inamovible. Es lo que creo, nada más. En cualquier caso, esas testas me dicen muchísimo.

—¿Te gustaría ver una vez mi clínica, Frederik?

—Quizá más adelante, aún no me siento apto para eso.

—Pues no tardes en venir a verme y seguimos hablando. Ya sé que los teósofos y otras sectas nos pueden ayudar, pero eso no nos sirve demasiado. A nosotros nos importa el comienzo, el primer estadio donde comienza la vida. Me encuentro ante un misterio, Frederik, y no creo que en los próximos cien años encontremos una solución a ello. ¿Quién nos ayudará? ¿Hay material de sobra! ¿Dónde empieza la vida? Bien sé que los cimientos están echados, pero la cuestión para mí y todos mis colegas, para nuestra facultad, es la pregunta de si el alma ya posee una personalidad dentro de la madre. ¿Tú has estudiado eso?

—Pienso sobre eso, Hans. Sigo un camino propio, pero aún no lo sé.

—¿Podrías contarme algo de eso? ¿De ese camino que tú recorres?

—Eso no se puede decir así como así. Karel te lo sabrá explicar mejor que yo. No sé expresarme bien, porque no es posible argumentarlo racionalmente. Es imposible analizarlo, no es material, está suspendido en el espacio. Quiero decírtelo todo en pocas palabras: es la inmaculada claridad, Hans.

—¿Qué es? —pregunta Karel. Hans responde por mí y dice:

—Aquello que creó tu casa de campo; aquello de donde viene todo lo que vive; aquello de lo que la razón obtuvo, si es posible decirlo así, sentimiento, alma y espíritu; aquello donde vive la respuesta; aquello donde se formó el primer pensamiento. ¡Es Dios! ¿No es así, Frederik?

—¡Gracias, Hans, gracias, para mí la claridad, lo abierto, todo!

Hans es un experto, pero también una persona sensible. Karel hace mucho ya que está fuera en la lluvia, ¡se le ha echado de casa! ¡Erica disfruta! ¡Está como en un cielo!

—¿Ves, Frederik? Aceptas lo más difícil. Si tienes una respuesta, encantado de oírla. Pero asegúrate de que tu hijo permanezca, si no te partirás la nuca. Yo también me dediqué a eso, pero tuve que dejarlo, porque me estrellaba. Mi naturaleza no lo soporta —observa Hans.

—¡Eres demasiado vehemente!

—Gracias, Frederik, he de reconocerlo. —Tengo que tener algo entre manos, pero aunque pensaba que podríamos ayudar a esos locos, estoy impotente. Me gustaría cortarlos en tiras para ver lo que hay en su interior, ya conoces esa sensación. Pero no sé nada. Su cerebro ya no me dice nada, y cuando la vida abandona el organismo te encuentras ante otro misterio.

—Máscaras, Hans, todo máscaras.

—Es una palabra asombrosamente bien elegida, Frederik, sabes expresarte. Que lástima, hombre, te necesitamos. ¿Por qué no seguiste este estudio?

—¿Para tener que aceptar la impotencia, igual que tú?

—¿Crees que lo lograrás?

—Los síntomas nos conducen al primer comienzo, Hans, el comienzo conduce por vía del final a la respuesta.

—Y ¿quieres encontrarla por tus propias fuerzas, Frederik?

—Tengo ayuda, Hans, la veo tirada por las calles.

—Hombre, qué riqueza tienes. Doy gracias a la providencia de haber podido conocerte. Hoy soy feliz, y creo que dormiré bien.

Karel me mira y cree estar viendo un fantasma. Hans se da cuenta y dice:

—¿Ves, Karel? Algo en lo que tú no habías pensado. Para mí Frederik tiene algo de un sexto sentido.

—Eso jamás, Hans.

—Sé que tú no deseas regalos. Quieres procesar todo interiormente. He oído que has visto mucho en el mundo, y yo también conozco un poco las leyes de Oriente. En mi interior vive algo que me conecta con ese mundo.

Y te digo: ten cuidado, te puede hacer perderte a ti mismo ¡Si tan solo pudiéramos ver detrás de esas máscaras, Frederik!

—Estoy con ello, Hans. Veo detrás de muchas máscaras, todas dicen: “Ten cuidado..., una muerte se ríe, juega con violetas ante de que llegues y hace como un niño nonato, siente... suspira, es viento, amor, ¿empuje? ¿Naturaleza?”. Oyes música de órgano, te sientes portado, se te besa, te dan muestras de cariño, sientes un beso de esos, pero ¿es un amor extraño! ¿Creías, Hans, que tus locos no saben la respuesta? Solo que todavía no sabes mirar detrás de las máscaras, aún no sabes por dónde empezar, estás ante ellos como ser humano, pero eso no ha de ser así, no tienes que querer ser un ser humano. Yo pienso dentro de la “nada”; vive en lo más profundo de tu fuero interior, allí también late, igual que durante el día. Estás encima, lo oyes gritar, pero en ese instante estás sordo como una tapia, estás tan duro de oídos como no lo alcanza a ser el acero, porque nosotros, los seres humanos, hemos transformado el origen natural en ir a toda mecha. ¡Maldita sea, cómo se está complicando esto! Solo cuando hayas llegado oirás un idioma cuya existencia ni siquiera sospechas todavía.

—¡Tú eres uno de los nuestros, Frederik! ¿Por qué no escribes un libro sobre esto? Sabes dar un nombre a las cosas, expresarlas, aquello para lo cual a nosotros nos faltan palabras vive en tu corazón. Sabes dar forma a las cosas y ahora todo adquiere contornos. ¿Lo sabes?

—Eso ya lo dije yo también —observa Erica—, tiene un talento innato.

—Realmente, Frederik, Erica tiene razón, tienes que fijar estos pensamientos. Sería una pena si no lo hicieras, y tienes tiempo para hacerlo. Vamos, continúa.

—¿Así que estás de acuerdo conmigo, Hans, en que no puedes mirar detrás de las máscaras?

—Así es.

—Yo estoy intentándolo. Todavía no sé si lo lograré, pero veo de otra manera, soy de otra manera. Karel me preguntó lo que me había pasado. Erica ya sabe desde hace tiempo que veo muchas cosas, así, sin mas, tiradas por la calle.

—¿Qué ves, Frederik?

—Máscaras, Hans. Solo máscaras. Son tan diferentes, pero no dejan de ser máscaras... Y sin embargo espero hacer con ellas una universidad.

Silencio. Karel no se ríe. Erica es cariñosa. Hans piensa. Da la impresión de estar excitado, es tan impetuoso, tan fulgurante, padece su propia impotencia. Máscaras, murmura, máscaras, sí, son máscaras, no hay más que máscaras. Todo en este mundo lleva una, todos somos máscaras. Todas las cosas llevan una máscara. No hay nada en este mundo que no lleve una... Maldita sea..., ¡qué pobres somos y qué difícil va a ser!

Se produce otro silencio. En el fondo ya no tenemos nada que decir. Las testas humanas han quedado intactas, porque no comprendemos ni papa de ellas; Hans se asfixia interiormente, Karel parece un perro apaleado, Erica tiene aspecto de querer decir: “¿Ya lo ves?”. Te reíste, te reíste de mi máscara y de la de René, ahora la tienes delante de tu cabezota de campesino, pequeño y querido Karel.

Finalmente, es Hans quien rompe el silencio.

—Sí deberías venir un día, lo antes posible, Frederik, quiero hablar contigo —dice.

Erica llena los vasos, encendemos un cigarro, pero seguimos callados. Un poco después, Hans dice a Karel:

—Si empezaras a pensar en desechar este mueble viejo: ya sabes, tengo mi hobby y me lo puedes traspasar de inmediato.

¡En el blanco...! Ay, y por terrible que sea para Karel. Casi se cae rodando, lástima que su cómodo sillón amortigüe su caída. Pero Erica le pasa la mano por el pelo...

—Todo está bien — dice—, ahora puedes entrar.

Sigue hablando desde el espacio, y Karel pregunta asombrado:

—¿Entrar?

—Pues estabas fuera en la lluvia —aclara Hans. Los sentimientos llegan a la unión, no se dejan detener por nada, lo atraviesan todo, también los cráneos humanos. Pero Karel se lo toma con deportividad. Vuelve a inclinarse y nosotros nos reímos. Ahora podemos reírnos, porque todo está bien, ¡acaba de caerse una máscara! ¿Lo viste? ¿Lo viste realmente? ¡Yo también! Pero Hans aún no se lo quería creer, ¡y sin embargo...!

Hans, por un instante, aún quiere sacar todo lo que tiene, quiere penetrar hasta el núcleo, no hay manera de que se quede satisfecho. Le aclaro:

—En primer lugar, Hans, tienes que ver a tu gente de otra manera. Si los ves como seres humanos, entonces los verás desde lo normal. Pero tienes que intentar comprender que en sus asuntos anormales... ¡son normales! Te digo: aunque todavía no lo sé, todo es normal. ¡Incluso la coexistencia del bien y el mal! Que si Dios aprueba esto, eso, claro, es otra cuestión, pero su existencia, su presencia, y, por tanto, su empuje, ¡es normal! Y lo normal es que nosotros, los seres humanos, seamos culpables de nuestra propia felicidad, que una vida tenga ventajas y la otra sea maldita, igual que otros miles de asuntos que reclaman justicia. Igual que tú, yo tampoco sé cómo explicar todo, porque la verdad, la respuesta vive detrás de todo esto.

Ya la busco. Ni tú ni Karel hacen (hacéis) nada por ella. Erica misma lo experimentó. Vi que las alucinaciones pueden ser artísticas. Vi que a la vida, al empuje, le entraron ganas de tomarse un trago y que era capaz de apurar hasta el fondo una botella de ginebra curada antes de las nueve de la mañana,

una vez adquirido el gusto por ella.

Karel vuelve a echarme un capote, le da la risa. Hans está furioso. He sido interrumpido, pero continuo, impertérrito; ahora sé que Erica no se rinde a la primera, es como si me suplicara que continúe.

—¿Sigues empeñado todavía, Hans, en que la vida no es capaz de pensar como nosotros, los seres humanos? ¡La vida en la madre tiene una entidad! Y a esa entidad le pueden entrar ganas de tomarse una copa.

¿Crees en la reencarnación, Frederik?

—No lo sé. No conozco bastante esa doctrina. Y frente a todo lo que desconozco mantengo reservas.

—Eres un analista nato, ¿lo sabías?

—Es posible, pero no me dedico a la teosofía. Es posible que esta doctrina sea la correcta; pero tampoco creo en la existencia del espiritismo, al menos; no en la autenticidad de los fenómenos! He de ver todo y poder tocarlo. En cualquier caso, aún no ha traído la sabiduría a la tierra. ¿Qué sabemos de los fenómenos parapsicológicos? Yo he visitado Oriente... Allí dicen, “Ten cuidado, tú que eres occidental..., ojo, te costará la vida”. Pero yo sigo buscando. ¡Ahora me he sintonizado con esa vida, sigo un camino propio, reparto cartas, estoy especializado en barrer las calles y soy un repartidor de esta inmaculada claridad!

—No tendrás correo para mí, ¿no Frederik?

—No me olvidaré, Hans. Pero has de saber que no soy más que un pobre hombre, un niño torpe en comparación contigo como experto. Pero detrás de la máscara te está esperando otra personalidad. De nosotros depende aprender el idioma que habla aquella. Creo que para esto no necesitas ni francés, ni alemán ni inglés.

Nos separamos. Volveré a ver a Hans. Deseo verlo más. Ahora el escenario ofrece un aspecto abandonado, los actores están entre bastidores, se oye ruido, el siguiente acto empezará en breve.

De nuevo, tensión en la sala. Es imponentemente interesante, cualquiera siente que es sagrada seriedad. Pero yo me fui a casa y pronto me quedé dormido. Tenía sueños sorprendentes, como nunca antes. Nuevamente, algo muy nuevo para mí. Me entrego por completo a ellos, si soy capaz de ello, porque a fin de cuentas ¡recibíamos todo! Todavía no hemos dejado de ser uno con el espacio en el que vivimos. ¡Ojalá ahora todo vaya bien! Observamos la máxima prudencia. Esperaremos. Pero creo que las máscaras me atacarán. Y entonces, Frederik, ¿qué? Ya veremos, quizá entonces aparecerá ayuda por algún sitio, también las luciérnagas llegaron a ver... creo... la justicia bíblica. ¿O me estaré equivocando ahora...? En algún sitio alguien me habló de un milagro con el que tenían que ver esas luciérnagas. Pero ¿que si ese hombre pensaba haber sido tocado? ¡No lo sé! Pero ¡cualquiera lo diría! ¡Y continuó!

¡Debajo de mi corazón hay tranquilidad! Una cosa... sé: si se ríen de mí a mis espaldas, no me daré la vuelta... ¡esa máscara la conozco!

Pero ¿sientes cómo se te acerca ese suave toque? Crees estar recibiendo flores. Cuando quieres hacerte con ellas resulta que no son para ti. Y otra vez oyes risas... Pero ¡mejor no entres al trapo! Vaya, qué vacío.

Créeme, estoy tranquilo.

Ay, Frederik, René pinta con caca

Pues yo creo que luego llegarán tiempos que nos situarán a todos nosotros ante los hechos verdaderos. Creo que Karel ya no pensará entonces en su casa de campo; habrá preocupaciones que ahora no ve todavía, pero que pertenecen, igual que todo lo que queremos desmenuzar, a lo invisiblemente presente, con lo que estamos continuamente en contacto, aunque tampoco creamos en ello. Espero no tener la razón, porque preveo disgustos, el hecho es que no puedo deshacerme de mi viaje, oigo que ya se están acercando esos gruñidos de oso y de pronto me asusto, porque pienso que ya hay serpientes viviendo también en nuestro entorno. Los aullidos del chacal se aproximan cada vez más. Me lo sacudo de encima, no quiero oír nada de eso, pero ¿qué haces cuando sientes esas voces en tu interior? Se mueven al margen de uno mismo y saben cómo alcanzarte como ser humano. Y también ahora estás impotente, ¿no puedes hacer nada contra ello! ¿No es algo horrible? Me parece que sí, porque te deja inerme, te pone palos en las ruedas, das una vuelta de campana, sin saber por dónde van los tiros. Tu oponente es una ley de la naturaleza, vuelve a llevar otra máscara. Te haría sentir infeliz si no supieras que de todas formas tienes que continuar.

Cuando visité a mis amigos hace unos días, Anna y Erica se abalanzaron sobre mí. Ambas estaban visiblemente alteradas.

—¿Qué ocurre aquí —pregunté.

—¡René pinta con caca...! —dice Erica—, ¿no es algo horrible?

Anna me guiña el ojo, como si quisiera decir “Tranquilízala”.

¿Ahora qué? La acompaño arriba y observo al niño. Digo:

—¿Quieres hacerme creer, Erica, que este niño ya entiende lo que está haciendo? Eso cuéntaselo a tu abuela. Ahora en serio. Todo niño hace en su momento cosas raras. Lo normal.

—Te asombrarías, Frederik, si como nosotras hubieras visto todo embaldurnado con esa porquería. Es simplemente un milagro cómo lo ha hecho, como si hubiera estado trabajando un pintor. Sería sorprendente si no fuera tan espeluznante, tan sucio, tan extraño. Frederik, ¿se volverá loco mi niño? ¿Tendrá que irse René a un manicomio? Santo cielo, a dónde irá a parar esto. Qué terrible es. ¿No lo ves? ¿No lo sientes, Frederik?

—A ver, y ¿ahora en qué estás pensando, Erica? ¿Por qué vas tan lejos? Ya no quiero volver a oírte así, ¿entiendes?

Me mira y se somete a mi reprensión. Ya verá cómo resultan las cosas, pero sigue miedosa. Son los osos y las serpientes. Ya están en casa, han encontrado el camino hasta nuestra vida, saben exactamente dónde vivimos, te conocen

como no nos conocemos nosotros mismos, así lo creo ahora, aunque todavía no lo tengo claro. ¿Qué más viviremos? ¿Qué tenemos que hacer? ¿Qué medidas tenemos que adoptar si queremos estar preparados para todo? No lo sé, estoy impotente, pero sé que voy a tener razón. Verás lo que viene ahora, ¡comienza el juego!

Finalmente, logro que ella y Anna se rían de esto.

—Hay que ver lo penoso que es el ser humano como problema, ¿verdad, Frederik...? —Sale ahora por la boca de Erica.

—Exacto, Erica, agarras el toro por los cuernos con tus manos femeninas, aguanta un poco más.

—Menudos milagros que somos, ¿verdad? —Continúa un poco y la complemento para mí mismo: “Cuánto cuento tenemos cuando todo va bien y lo poseemos todo, ¿no crees? ¿Qué fuertes nos sentimos, ¿verdad? Y ¿qué hacemos por y para ello? Estamos literalmente con las manos vacías, pero en sentido figurativo están llenas de problemas. Intentan vencerte mientras duermes y ahogarte entonces a hurtadillas. Envenenan tu comida y bebida, el hedor te indispone; es una lástima que lo diga... pero ¡así es! Y parece que hubieran sido depositados por una mano hábil, no ves su verdadero carácter, ¡llevan máscaras! Cuando crees haber atrapado uno, haberlo aplastado hasta matarlo, otros miles ocupan su sitio. No puedes luchar contra ellos, estás ante una fuerza superior. Y ahora tienes que aprender cómo actuar, si no te vas al suelo de un solo golpe, chocas con lo duro en tu interior que parece invencible, aunque le puedas taladrar un agujero con un taladro para ver si se te van a abalanzar más problemas encima.

Así es como nosotros, los seres humanos, queremos proteger nuestro propio pequeño yo de las desgracias. Quien diga ‘yo soy diferente’ ¡miente! Señálame esa gente, Erica, ¿dónde viven estos grandes? De eso lo sé todo. Son máscaras y nosotros, los seres humanos, pensamos que a ‘Él’ lo podemos vender como un caballo de tiro reventado. Pero ¿no oyes, no sientes, no ves que hay más aullidos que se acercan a tu vida?

Y entre todo eso oyes cómo aúlla tu carácter. Ya no suena tan extraño, pero puedes oír llorar el carácter humano, puedes oír sus maldiciones. Ay, ¿qué quieres? Estas cosas te corroen el corazón y sin embargo todo es lo más sencillo posible, pero tienes que comprenderlo. Los niños son diferentes y tienen un carácter propio, a muchos peques eso les parece normal y no son conscientes de ello. Este juego no es tan infantil para René, aún me parece demasiado joven. Aquí hay una naturaleza sólida que domina el carácter. La personalidad no es capaz de ello, pero estas cosas inhumanas sí que suceden, que, como puedes ver, son a su vez humanas. Ojalá supieras ahora dónde y cómo se formaron esos pensamientos. Y de nuevo nos encontramos ante miles de máscaras. ¿Es un niño capaz de pensar por encima de la conciencia

normal? Vaya, a dónde estoy yendo. Siempre esas máscaras. Cuando te has formado una opinión vuelves a encontrarte ante una nueva. La vida entera es una sola máscara. Lo que hay que hacer es introducir en ella espacio, desarrollo, conciencia. Haz como si te afectara directamente y deja que todas esas máscaras incidan en ti. Empiezo a sentir cuál es la causa de la conciencia de la que nos previenen los orientales y que finalmente va a ser nuestro ocaso. Es difícil, pero estamos preparados, el juego va a comenzar”.

Estos últimos pensamientos no los he podido materializar, es algo que ella tampoco debe saber. Pero... veo nuevas máscaras... es miseria, los chacales... viven en este pequeño espacio.

Erica ha vuelto a irse, junto a Anna observo a René. Este hijo de mis amigos tiene un aspecto raquítico, sobre todo ahora, porque pienso que ha vivido algo de lo que nosotros, como personas normales, no tenemos conciencia. ¿Tenemos que preocuparnos y preguntarnos si este niño realmente está siendo él mismo? Anna dice:

—Esto aquí parecía un cuchitril. No lo creerás, Frederik, pero esto ha empezado a darme miedo. Ya lo sé, simplemente parece... cuántos niños hacen algo así, pero esto era diferente, ¡parecía tan calculado! Y eso da miedo. Da la impresión de que aquí hubiera actuado un niño de cuatro años. Míralo tú mismo.

Les parece horrible. Karel no reacciona, pero sí le da vueltas. Anna rezará por René y estará pendiente de él. Mientras estamos mirándolo de esta manera, el niño se duerme profundamente. Anna vuelve a decir:

—Cuando tú visitas a la gente, Frederik, llevas contigo serenidad y sueño, y eso es incluso mejor que llevar flores. ¿Lo sabías?

Intento reflexionar sobre sus palabras, pero, curiosamente, no alcanzo a comprender su significado. Anna es muy sensata y eso puede venir como anillo al dedo; en esta casa aprende a actuar de manera práctica y rápida. Volvemos abajo, Erica está esperándome y quiere hablar conmigo.

—¿Qué opinas, Frederik?

—Nada; creo que estás a la caza de síntomas. Te aconsejo que dejes de hacerlo. Todo esto no significa nada. Hay miles de niños que juegan con su materia... ¿por qué René no? ¿O es algo que no cabe en tu familia? No me hagas reír, Erica, no le des demasiadas vueltas.

—Tengo la sensación, Frederik, de haber traído al mundo a un suicida. No sé lo que es, pero recaigo en mi pasado. No pasa ni un solo día en que no reflexione sobre mi hijo, y entonces siempre lo veo como miseria. Siempre vuelvo a soñar sueños desagradables, y me despierto con la sensación de que estuvieran apretándome el cogote.

Le tiemblan los labios. Y ahora ¿qué? ¿Tengo que confirmar sus sospechas? Espero un rato con mi respuesta, pero no me libro, porque insiste:

—¿Qué? ¿No lo sabes?

Y en ese momento lo sé... y le digo lo que pienso. Regreso y volvemos a vivir el gran viaje; ahora sabe que todo ha de llegar todavía y que solo podemos esperar que sea lo mejor posible.

—Yo creo, Erica, que como madre eres una con tu hijo. También me parece que recibes de él tus sueños. No sé cómo es posible, pero cuando la vida es capaz de transmitir casi todo a la madre —lo cual a fin de cuentas aceptamos— entonces también es posible esto. De modo que es posible vivir sueños que recibes de forma pura. Naturalmente, un sueño de esos lleva una máscara, porque desconoces su origen. Aún no sabemos nada de la psicología, así que la ciencia no puede ayudarte, por lo que tienes que regresar, si quieres una respuesta, al Antiguo Egipto, porque allí entendían de estas cosas. Resumiendo: tienes que conocer el alma como espíritu y dominar por completo esos imponentes mundos. Creo que antes de que lleguemos a ese punto ya nos habremos vuelto locos, porque ¿quién podría hacerlo? ¿Qué sabemos nosotros? ¿Qué sabe un experto sobre el subconsciente? ¡Nada! Es la peor máscara que existe, me parece.

Pero ¿qué quieres hacer, Erica? Si esto es todo, entonces no hay motivos para tener miedo, dado que lo hacen muchos niños. Tus sueños ya se volverán a disolver, la vida continúa. Acepta todo esto tal como te llegue. No conviertas las cosas cotidianas en misterios. Es algo de lo que no entiendes. Deja que Anna haga sus cosas y no te metas con nada; es una buena ayuda. ¿Qué más quieres?

Percibo que mis palabras no le sirven: ella tiene la firme convicción de que su hijo será mentalmente deficiente, y no veo posibilidades de hacerle pensar otra cosa. Además, se tiene que preparar, porque podrán ocurrir cosas extrañas. Cuando dice que tiene miedo, que René tiene una enfermedad incurable tengo que recurrir a todas mis fuerzas para quitarle ese miedo y prepararla al mismo tiempo. Se hace más mansa, por lo que veo, está enganchada.

Cuando regreso unos días después se me echan encima, porque René ha vuelto a embadurnar con miseria su pequeño mundo, al estilo primitivo suyo. Todo el tinglado estaba pintarrajeado. El niño parecía un estercolero, y Anna necesitó un día entero para limpiar su entorno. Erica lloraba con más vehemencia que nunca y estaba a punto de perder por completo el dominio sobre sí misma. Se dominó gracias a Anna. Opina que René emborriona conscientemente... asegura que lo que hace puede haber sido concebido por un adulto. Parecen figuritas. Da igual lo que le digas, no hay manera de sacárselo de la cabeza: ella misma lo ha visto. ¿Y terminará quebrada? No lo creo, aquí predomina el orgullo de la maternidad, o quizá su intelecto, su procedencia. Se había esperado otro niño, completamente normal. Pero está ante los hechos y yo no sé que qué hacer con ellos. Sí siento que aquí, a

pesar del incidente aparentemente normal, están trabajando fuerzas que aún desconocemos. Quizá exagere, pero cuando quiero convencerla de que todo esto es totalmente normal, siento que cuando no se puede, no se puede.

Karel, que se entera por Erica, frunce el ceño, dice unas palabras, y se acabó. Pero ella ya no oye las palabras “empuje” o “naturaleza”. Creo que a él todo este caso le parece ridículo. Y a ver quién le quita la razón. Sea como fuere, lo justificamos, nos parece el asunto más normal del mundo, muchos niños juegan con productos naturales, y no son conscientes de ello. ¿René sí? Erica se va, siente que es injusto que no se le dé la razón, pero no la consigue. Cuando ya se ha ido pregunta Karel:

—¿Crees, Frederik, que esto significa algo? Te digo honestamente que no me fío de su cabeza. Me quedo mirando al niño durante horas, pero no logro calarlo. Verdaderamente, es un niño raro. Qué decepción. Puedo comprender a Erica, no te creas que es tan sencillo. Pero ¿qué tenemos que hacer? Creo que de verdad no soy un bobo ni estrecho de miras. Puedo encajar mucho, pero esto no. Nos han engañado, Frederik. ¿Qué puede querer decir Dios con esto? ¿Tenemos que decir: “Te damos las gracias”? ¿“Oh, qué felices somos”? A veces me gustaría arrojar todo al suelo, dejar a mis enfermos que se busquen la vida, porque esto me supera. Me encuentro ante mis enfermos, miro a esas personas, pero ¿qué crees que veo? ¿Siempre y siempre, en todo, a René! Es como si el niño fuera tomando forma ante mis ojos. Ya lo veo andando por la calle, es un loco. Me pego, sé cómo soy, no me gusta hacerme el pobrecito, para eso soy demasiado calculador. Y, créeme, René me sigue. Está donde esté, haga lo que haga, Frederik, ¡el niño me sigue!

Y sin embargo no me entrego a él. Es como si el muchacho viviera en mis ojos. Tengo que ahuyentar su personalidad con violencia, a veces hasta me saca de quicio. Por eso comprendo la inquietud de Erica. Dime, ¿va a volver a empezar esta miseria?

—Lo que tenemos que hacer, Karel... es aguardar. Quítate todo de encima. No entres al trapo. ¿Qué se cree un niño así que puede hacer frente a tu conciencia? No hagas el ridículo.

—Es fácil decirlo. Hasta hace unos meses no podía aceptar que yo pensaría así, Frederik. Ahora está ahí, y para Erica igual.

—Aun así, tiene que cambiarte la vida, Karel. Solo hay una posibilidad de que no te afecte, de liberarte de ello: ¡acepta! Acepta esta vida tal como es y ya no lo verás. Esa es mi medicina, y sin duda funciona. Si entras al trapo, el niño te seguirá, al menos eso es lo que crees, porque no es el niño, eres tú mismo quien lo arrastra contigo, eres tú quien eleva espiritualmente un segundo yo. Y así es con todo. Nosotros, los seres humanos, Karel, queremos que las cosas sean como queremos verlas. Los padres se sienten engañados, dicho con crudeza: timados por Él... ahora que los (os) han apaleado y no sabes ofrecer

resistencia. Y tal como intentas hacerlo no sirve. Sientes el peligro por todos lados, pero no lo ves. ¡Y sin embargo está ahí! Es imposible formular cuánta gente se encuentra ante estas máscaras, así de tremendamente elevado es su número. Y ¿qué quiere hacer toda esa gente, todos esos hombres y mujeres? ¡Nada! Merece la pena reflexionarlo. Ahora sí que las cosas van a ser de una sagrada seriedad.

La vida es tan hermosa, Karel, que podemos decir: ¡qué feliz soy por ser parte de ella! ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué queremos? ¿Qué hay? ¿Qué hace un ser humano que pierde su amor? ¿Es capaz esa vida de soportar y aceptar la pérdida? Si eres capaz de eso, Karel, la pena será soportable. Si el alma o la personalidad no quiere resignarse con la pérdida, entonces va devorando el corazón hasta destrozarlo y esta la perseguirá.

—Tienes razón, Frederik, lo sé y te estoy agradecido. He de aceptar esto. Pero sí sé que hoy lo consigo y mañana ya no. Entonces me encuentro ante nueva miseria, ante la de ayer y esta, se complica, siempre más, hasta que te derrumbas.

—Eres falso, Karel.

—¿Qué es lo que soy?

—Si miras detrás de esta máscara, te topas con otra personalidad. ¿Quieres hacerme creer que este sentimiento, esta desgracia, surge por tu imponente amor por tu hijo? Seamos honestos, Karel. Si miro en tu corazón, este regalo te ha caído encima. No lo esperabas. No pensaste ni un solo segundo en ello. ¡Ahora te sientes engañado! Lo que te afecta es lo que es antinatural. Estás herido en tu orgullo. No es por esta vida, ¡es por la miseria! René en el fondo no te dice nada. Esa extraña personalidad te importa un comino, ¡es su cabeza! No te afecta la vida del niño. No eres suficientemente padre para eso, esos sentimientos aún tienen que despertar en ti. No estás preparado para disgustos, ¡no lo quieres! ¡Estás en rebelión! ¡Dios te ha engañado! Si vieras la posibilidad, le devolverías a Él esta vida. Lo mejor es que lo reconozcas, no hay nada en ti que lo refute. ¡Te conozco!

¡Ahora tienen (tenéis) que aprender a aceptar, tú y Erica. Tal vez sea un argumento barato, pero hay algo que me da la sensación de que algún día es posible que esto nos brinde felicidad. Tú lo verás como charlatanería, pero es que yo soy así y normalmente resulta que tengo razón.

Inclina la cabeza, Karel. Vete a tus enfermos y deja a René en casa. Está Anna y, te lo juro, yo también te ayudo a cargar. Suelta al niño, dale la posibilidad de desarrollarse, dale tu amor, no lo sometás a presión. De esta manera lo estás alterando.

Karel suspira. Se sirve una copa; no creo que sea capaz de ir a visitar a sus enfermos. René ya vive debajo de su corazón y le devora sus fuerzas.

—Es igual que una rata... —se le escapa de pronto, y me asusto. Estas

palabras son duras. Suenan horrorosamente frías y dicen muchísimo. ¿René, una rata? René le está corroyendo el corazón y es capaz de molestarlo en su trabajo. Eso dice mucho, conduce a la vigilancia, a ¡reflexionar! Para Karel hay un solo camino, una sola posibilidad: ¡seguir siendo él mismo!

—La vida es podredumbre, Frederik —la sale un poco después.

—La vida es de una belleza impresionante, Karel —digo a continuación—. La vida es asombrosa, poderosa, increíblemente hermosa, Karel, pero tú no lo comprendes. Te han vapuleado, te sientes herido en tu honor. Tienes que aprender a inclinar la cabeza. Pero no eres capaz ni lo quieres. Y, sin embargo, librarse de ello es imposible. Piensa en tu casa de campo, Karel, intenta comprenderlo y obtenerlo..., René te necesitará más tarde. Por Dios, no veas a tu hijo como un topo bajo la tierra, ¡es tu vida, tu sangre! Dale a esta vida una existencia, ¡aunque esté completamente loca! ¿Qué hacemos por personas así?

—Imagínate, ¿nosotros? ¿Un niño loco?

—Y ¿qué más da? ¿Te gustaría querer recomponer solo a los menos favorecidos? ¿Están (estáis) los dos tan elevados? ¿Es que entonces no llevan (lleváis) máscaras? ¿Estás por encima de algo así? ¡Tonterías, Karel! ¡No fueron creadas estas cosas miserables para ustedes (vosotros)? A él lo tienes que aceptar tal como te ha llegado. ¡Todavía no has pensado en él ni un solo segundo! Solo piensas en ti mismo... Solo actúas para ti mismo, impones tu voluntad, que sean los demás —personas también, hombres y mujeres también, padres y madres— quienes lo tengan que aceptar. No quieren (queréis) tinieblas ni desgracias, nada, ¡solo felicidad! Cómo se sienta luego tu hijo es algo que no te afecta. Que si el niño tiene que vivir desgracias ¡te da igual! ¡Se trata de ti! ¡Solo piensas en ti mismo! Esta vida ¡que se muera! No le brindas amistad, porque ya no tienes sentimientos. Ves a René como un montón de miseria, no ves más que preocupaciones. Ya no puedes hacer lo que quieras, porque se nos ha juntado un enfermo, Karel.

—Tienes razón, Frederik. Nuevamente: te agradezco tus palabras. He sucumbido, eres superior a mí. Desde hoy lo veré de otra manera. Te comprendo. Habla también alguna vez de esta manera con Erica. Desde ahora, Frederik, ¡tendrás nuestra casa más abierta que nunca!

Estamos uno frente al otro, nos miramos a los ojos. ¡Karel es un milagro! ¡Sabe valorar mi ayuda! Lo creo. ¡Ahora nos hemos hecho amigos! Fuimos extraños el uno para el otro durante todos esos años. ¡Estas máscaras se caen! ¡Han vivido un nacimiento! ¿O tenemos que aceptar que también ellas vivan un nuevo nacimiento? Muy por encima de nuestras cabezas veo una lluvia de violetas. ¡Karel también las ve! El comienzo del espacio, creo. O las... luciérnagas... de Él, que nos preceden. Quizá un flaco servicio, que ahora no es el nuestro. Pero ¡no lo sé! Esta máscara la hemos pulverizado a golpes entre los dos. Oh, Dios mío, qué infinito es Su amor. ¿No me desplomaré cuando me

encuentre ante mis propias máscaras? Hoy amo a todas las personas, ¿cómo seré mañana? Hoy juro que quiero que me echen a la hoguera por ese amor, ¿cuál será mi deseo mañana? No lo sé, pero haré lo que pueda. ¡Que me partan, no hay problema!

A Karel lo veo de golpe diez años envejecido, y sé que ya nunca más olvidará este día, aunque sucumba ante lo que siga. Pero ¿eso qué es es? ¡Otra vez una máscara! Karel empezará a pensar de otra manera, se hará consciente, irá conscientemente por su camino. Yo actúo de otra manera. ¡Karel no escogerá senderos secundarios, le basta este único camino grande!

Y aun así, tal como lo siento yo, se ha hecho más joven. La vejez y el ser joven tienen una sola máscara, una sola vida. Ahora comprendo por qué nunca nadie acierta mi edad. Todo el mundo cae en la trampa. Porque me siento joven, ¡soy más joven que el resto del mundo! Adonde uno tiene que llegar al final, allí no contarán los años, allí habrá bienaventuranza eterna, allí no habrá un fin. Pero, claro, primero he de saberlo, ¡yo solo supongo! Ahora que lo veo claramente, lo veo de la siguiente manera:

Karel es mi amigo, para él y Erica yo era un mueble. Hace mucho que yo ya podría haber puesto fin a esta relación, pero dejé que siguiera existiendo. Ahora veo que quien tenga paciencia para esperar, para aceptar todo, ¡gana! Tienes que entregar todo lo tuyo, solo entonces se te acerca la verdadera alma para besarte. Ahora Karel me besó y yo a él, y lo hicimos entrelazando las manos, pero también podría haber sido de otra manera. Ahora nuestros ojos cargaban la vida, la vida propia, el pequeño yo que tanto amamos. Pero ¡para eso somos seres humanos!

¡La verdadera amistad es profunda! ¡Lo sé! Tan profunda como el espacio en el que vivimos. Y detrás de este se puede ver una nueva máscara, un nuevo espacio, que también tenemos que conocer. Cuando descienes en un alma descubres su profundidad y a cambio recibes amor. ¡Si se tiene la preparación para ese amor! De lo contrario, te vuelves a perder en esa amistad y se te acerca la destrucción. Pero ¡eso es, creo, lo que “Él” quiere...! Lo que dio la capacidad de aprender a pensar y sentir en Su dirección. Solo entonces sigue ese amor incomprensible. Y ahora adelante, por las cosas pierdes la máscara material. Karel está ahora abierto a mí. Yo ya lo sabía mucho antes que él, pero él no lo veía. Ahora sí lo ve, aunque sé que esto no hablará de repente. Tendrá que aceptar, igual que René, este idioma. Lo haces con una inclinación de la cabeza, depositas algo de sentimiento en ella, ahora una cuantas flores... son las nomeolvides de tu corazón. Ahora la amistad es parte de mi universidad. Y todo lo demás ¿qué?

Erica regresa, pero Karel se va. Es como si se hubieran avisado, aunque sé que esto es imposible. Ella empieza al instante y pregunta:

—¿Cómo puede cambiar una persona, Frederik?

Me mira a los ojos, quiere verdad. Le digo:

—¡Si quieres, Erica, podrás aprender hoy muchas cosas todavía!

—Pero ¿cómo?

—Por ejemplo de cara a René. Creo que si eres un poco menos sensible aceptas las cosas como algo completamente normal. Ya solo por eso la vida vale pena.

—No es tan sencillo, ¿sabes?

—El menor chirlomirlo nos parte. Si queremos comprender este valle de lágrimas, tenemos que aceptar —como yo ya hago— el “causa y efecto” para nuestra vida y personalidad. Es decir, que Él, aquí arriba, no hace ni caso a nuestros pensamientos ni a nuestra miseria, sino que nuestra infelicidad es nuestra propia culpa. Y tómate ahora un segundo para mirar a la gente. ¿Qué ves? Si miras bien, Erica, le das las gracias a Él por lo bien parada que has salido. Lo tienes todo: comida, bebida, una hermosa casa, ropa, etcétera. Lo has aceptado como algo que se da por sentado. ¡Ahora falta René! Te niegas a aceptarlo, pero ya lo notas: estás obligada a inclinar la cabeza. Así está bien, porque tienes que aprender a decir... amén. Yo he aprendido que Su voluntad se hace, ante eso inclino la cabeza. ¡A ustedes (vosotros) no les (os) da la real gana!

¿Quieres aprender? ¿De verdad quieres hacer algo por ti mismo? Entonces empieza por amar todo, lo que sea. No permanezcas en rebeldía. ¡No te pongas a buscar! ¡Eres tú mismo! No hay nada más antinatural que nosotros, los seres humanos; llevamos máscaras. Has de saber dar color y forma a tu carácter. Deja de refunfuñar, no te maldigas por cuestiones antinaturales, ¡eres tú mismo! Y tú, que llevas una máscara, ¿te esperas que la vida que te atrajo no posea una? ¿Crees que eres un ángel? ¿Que estás libre de este mundo? ¿Desconectado del “causa y efecto”?

—¿Qué quieres decir con ese término, Frederik?

—Que tienes que ver las cosas en el marco de lo que hacías hace un tiempo. Ni siquiera hace falta que retrocedas mucho; basta tu racha de aguardientes, y otras tantas cosas, por cierto. En sí no significan mucho, pero cuando se las infliges a otro, te encuentras ante el efecto. Alguna vez tendrás que demostrar estar en armonía con la vida.

—¡Qué terrible, Frederik!

—Sin embargo es así. Y si ahora seguimos y nos adentramos más, entonces, Erica, nos encontraremos ante un mundo de efectos, de los que yo tampoco lo sé todo todavía. Y también eso vuelve a ser una máscara para tu vida. Porque ya sentirás que haciendo las cosas lo mejor posible, dándoles forma, siendo amable, resignándote, que teniendo una existencia armoniosa, ¡sirves a tu personalidad! Ahora estás elevándote, madurando, tarde o temprano verás como brotan tus propias flores, y ¡solo entonces serás feliz! Nuestro

carácter, como seres humanos que somos, tiene miles de rasgos. ¡Y todas esas cosas han de deponer su máscara! Hasta que seas tú mismo, y los demás puedan decir que tu alma está completamente abierta. La introspección no te dejará ver a otro; ahora sabes: ¡no eres capaz de juzgar! Otra vida de este mundo pertenece a tu sangre, a tu alma entera, pero eso ni nos lo creemos. Pero ¿te lo habías esperado de otra forma? ¿Tenías otras ideas al respecto?

—Eres tan diferente, Frederik, pero para nosotros no es tan sencillo. Creo que tú no ves ningún mal, ninguna soledad, no sientes presión. Yo me tropiezo con todo, ahora sé que todavía no he llegado. Pero ¿encima esto?

—¿Ves? Esto ya lo es. Igual que Karel, tú tampoco quieres esto. Acabo de hablar con él, inclinó la cabeza. Faltas tú todavía, entonces empezaremos una nueva vida, ahora estamos preparados.

—Haré todo lo que pueda, Frederik.

—¿Ves? Ahora la vida ya te empieza a decir algo. Has sido mimada demasiado. Tendrías que haber recibido más palos.

De pronto pregunta:

—¿Crees en la reencarnación?

—Cada segundo podemos vivir un nacimiento ulterior, Erica. ¿O quieres decir un regreso material a la tierra?

—¡Eso es lo que quiero decir, sí!

—Es una palabra poderosamente grande. En eso aún no me meto, porque carezco de pruebas. Sí creo que estoy abierto a ello. Lo quiero alcanzar por mi propia fuerza y entonces te lo diré. Estos pensamientos entran en tu vida porque crees que René tiene que ver contigo y que lo que recibes sale de él. Es posible, pero no acepto nada si no lo vivo yo también. Te repito que creo que llegaré y tú también tendrás tu parte. Ya te digo ahora que lo que quieres saber vive en ti. Vive en todas las personas, en toda vida de la flora y fauna; pero esa vida tiene que ser capaz de mostrártelo. Ahora he empezado conmigo mismo. Intento hacer las cosas lo mejor posible y ya lo ves: ya hay un pequeño éxito. Empiezo a sentir y pensar de otra forma, empieza a aparecer arte, y ni sabes de dónde viene. Ahora comprendo que sucede porque hago el máximo esfuerzo. Y ya late debajo de mi corazón, allí debajo vive, me saca de este mundo, es serenidad, felicidad, oh, es tan poderoso, ya casi no soy capaz de procesarlo yo solo. Tanto es lo que recibo todos los días.

Tienes que querer ver tus errores, y también aceptarlos. Tienes que querer inclinar la cabeza ante todas las cosas, hagas lo que hagas, solo entonces te estará esperando lo mejor, pero también lo más elevado, más etéreo, justo aquello por lo que la vida se hizo “alma”, espíritu, pero de lo que aún tengo que aprender las leyes, igual que de todo lo demás. Acepta la enfermedad, ve dentro de la felicidad, ama la lluvia y el viento, la tormenta, la noche y la luz; cuando tengas que operarte, por ejemplo, ¡convéncete entonces de la gloria

que es que haya gente que domina el arte de poder ayudarte! Y aunque con ellos vayas de mal en peor, eso aun así no demuestra nada sobre la causa. No creo que un cirujano asesine de manera consciente, aunque sepamos que también él todavía tiene que coronar su universidad.

¿Que si tenemos la culpa de nuestras enfermedades, Erica? Así lo creo, porque se me hace imposible aceptar que Dios nos envíe a la tierra con enfermedades y desgracias. Si nosotros, los seres humanos, poseemos suficiente sentimiento para no contagiar a los demás, y si podemos evitarlo —porque sería inhumano—, entonces ¿sería capaz de hacerlo un Dios de Amor? Si quieres saber lo que pienso: todo es diferente, todo lleva una máscara... ¿detrás de eso vive el yo inmaculado! ¿Cuántos mundos tendremos que vencer? ¡Me muero por saberlo! (—dije).

Me fui a pasear. Creo que he podido dar a esta gente algo de mí mismo. Hay una cosa que tienen que comprender: lo que digo lo creo de verdad, ya me es imposible cambiar, quien me conoce me tiene, gracias a mi respeto por el ser humano. Me inclino ante cualquiera, tengo amor por todo y todos, puedo llorar cuando veo que un animal tiene que trabajar demasiado sin recibir nunca gratitud o amabilidad. Al menos no la especie que la necesita. Enfráscate por ejemplo en un caballo y te haces como este animal. ¿Lo habías imaginado? El animal es ahora como eres tú mismo. Si quieres ir a dormir, entonces el caballo también piensa en descanso. Mis animales sollozan, saben reír y pueden llorar; parece extraño, pero eres un ser humano y para las personas estas cuestiones son anormales. ¿Qué dice un oriental? “Conviértete en la propia vida, y te hablará”.

¿Tal vez más tonterías? ¿Desvaríos? Te aconsejo ir allí unas semanas, vuelves cambiado. Solo te obligan a arrodillarte durante semanas sobre su alfombrilla. Te hacen esperar y esperar, rompen tu impaciencia tan implacable, te rompen por completo en todo, hasta que vean que ya no llevas una máscara. Entonces eres un nudista, y ya no tienes nada que ocultar ahora, ¡nada! ¿No es una vergüenza?

¡El ser humano llega a la unión con la naturaleza en cuanto se inclina! Yo quería inclinarme... me quedaba durante horas de pie. Era, creo, plena noche y aún seguía de pie. Ya empezaba a amanecer, salía el sol, o era justamente al revés, sí, así es..., nuestra buena tierra volvía a retirarse a la luz, y todavía seguía yo en el bosque. Dios mío, ¡qué bien he estado!

Qué sorprendentes eran mis sueños. Estaba junto a un árbol y me dejaba atiborrar. Pisé en una zanja y di gracias a la profundidad, a su frescura. Me acosté en una pradera y ¡entonces llegué a la unión con una noche vulgar y corriente...! Cuántas cosas te puede decir una noche. Vi que me entraba la luz del espacio.

Sí, vi cómo me entraba y llegaba luz.

Vi que no había noche, pero no lo entendía.

¡La noche era luz! Y esa luz vivía detrás de mi noche, ¡durante millones de años! Si hablara ahora de ello me declararían loco. Si dijera: “Te amo, en mí ya no hay odio”, ¡también! ¡Y aun así no estoy enojado con toda esa gente que me declara loco! Al contrario, así aprendo un montón de cosas de esas almas, ¡son ellas las que me dicen cómo actuar y cómo hay que hacerlo! ¡Y de hecho lo hago!

‘Sería verdad’, se me ocurrió de repente, ‘lo que me dijo una vez un amigo: que en el universo nunca hay noche’. Pensé: ‘Experto, cuéntame lo que quieras, pero esto no, porque en ese caso ¿qué significa nuestra noche? ¿Quieres hacerme creer que esto no es auténtico?’.

Ahora estoy dentro de ella. Vi que realmente no hay noche en este espacio. Frederik, ¡cuántas cosas aprendes! ¡Qué ser tan feliz eres! ¡Entonces me encontré brevemente ante Dios! Me miró y dijo:

—Muchachito... pequeño hombre, ¿quieres hacerte grande? ¿Llegar a ser como Yo?

—Naturalmente —respondí.

—Entonces ¡escucha bien...!

Así fue cómo oí que Él me hablaba... y un poco después supe que nunca hay noche en Su espacio. Noche material, quiero decir, esa otra cosa de todas formas jamás la llegaremos a conocer, a no ser como una gracia. ‘Hojea, hojea’, pensé, ‘lee ahora las Escrituras de otra forma’. Oh, Padre, que mal te han tratado. ¡Él no es humano...! ¡Ni nunca lo fue...! ¡Nunca habló como un ser humano! ¡Jamás! Primero tengo que procesar todo esto. Estoy lleno a rebosar, y eso en una sola noche, por un solo paseo breve.

Cuando llegué a casa me fui a la cama... La chica no está, así que hay calma en casa. Volví a soñar y vi al pequeño René recogiendo flores para papá y mamá, para Anna y para mí. ¡Eran precisamente las flores que todos nosotros deseamos...!

Cuando desperté, ya era mediodía. Tenía la sensación de haber envejecido mil años. ¡No quiero perder nada de eso! ¡Tan sorprendente es!

Frederik, ¿crees que la vida puede pensar antes de nacer?

En mi sueño aprendí a pensar de verdad, a analizar todo lo obtenido, las cartas para la gente y las mías propias. Ahora sé que esta es la manera adecuada, porque nada te molesta, tu conciencia diurna está desconectada. He de reconocer que no es tan sencillo encontrar la palabra exacta, realmente creo que mi lenguaje figurado se está complicando, parece inhumano desde el mismo comienzo, aunque justamente por eso surge para ti y para mí la verdadera materialización. Se han escrito muchos libros, han nacido muchos estilos, pero la mayoría áridos como arena, porque esos escritores no podían dejar de pisar terreno conocido. Ahora me estoy perdiendo, rezo por ello, y sé que no es tan sencillo, pero aprendes a ver las cosas de otra manera. Lo que recibo —porque eso es: recibir, obtener— ¡es un favor que cualquiera que se quiera perder a sí mismo puede conseguir! Es la materia que se desprende, tu máscara para este mundo y para estas cosas que se desprende, es el desprenderse como vida creada por Dios.

Y ahora que nos vemos situados ante problemas, se nos aproxima lo real y eso quiebra la máscara, nos obliga a deponerla. ¿Es esta el alma? ¿Es nuestra vida espiritual? ¿Es eso lo que Karel llama empuje y naturaleza?

Nuestra verdadera vida no es lo abstracto, es lo concreto... ¡que vive detrás de tu máscara! ¡Y significa algo! Cuando te vence el sueño, ¡vives en él! Anoche lo viví. ¡Entonces moraba otra vez en la “inmaculada claridad”! Pero aún no hemos llegado. Quiero aportar con cuidado las pruebas, construir mi universidad piedra a piedra. Coloco capa tras capa sobre el cimiento, y lo verás: ¡así llegaré!

Pero ¡intenta comprender lo que quiero decir cuando tratamos de mirar detrás de la máscara! Entonces hablas otro dialecto, igual que yo, que te hace ver las cosas con vida. ¡Después sigue el análisis! ¿Sientes lo sencillo que es?

Esto comenzó en el bosque. Llegó justo después del instante en que Él me habló. Cuando oí “Oye, muchachito, ¿quieres hacerte grande, ser como Yo?” precisamente me hice más pequeño.

¿Lo quieres? Me comprendía plenamente. Allí puedes darte a ti mismo la vuelta y vivirte, entonces ves lo que está mal en ti. Ahora piensas de otra manera y todo lo de este mundo se te cae de encima. Un poco después vi niños, caminaban igual que yo por el bosque, se les enseñaba el modo de mirar todo lo creado por Dios. Comprendí que no estaba solo, ¡también ellos atravesaban una noche y veían que sin embargo había luz! Ahora yo era como un niño, lo adulto se había borrado de mí. Ya no sentía el suelo que pisaba,

¡planeaba!

Ahora veía que mi yo mejor daba un paseo nocturno. Detrás de todos esos niños vi a René, que, según me constaba, se había escapado de su casa paterna. Cuando le pregunté si sabía quién era yo me contestó:

—Tú eres el tío Frederik. Y además crees que me he cagado encima... De hecho, en cierto modo es verdad..., pero ¡no lo hice yo mismo! ¿Creías que no sabía lo que piensas de mí?

Ni siquiera me asusté, me pareció de lo más normal, porque vi que René tenía mi misma edad, que incluso era mayor. Entonces pregunté:

—Pero ¿es que no sabes entonces, René, que allí tienes año y medio, y que aún no sabes andar?

—¿Cómo me haces reír, tío Frederik —dice—, ¿es que no sabes, pues, que se puede pasear sin andar? ¿Que se puede ir adonde quieras? ¿Eso no tiene nada que ver con la edad!

Y allí estaba yo. Pregunté:

—¿Qué quieres decir en realidad?

—¿No soy suficientemente claro? Cuando duermes allí, sí que estás despierto, solo duermes en relación a tu paseo, de este espacio, si me puedo expresar así. Eso es así para todas las personas, tío Frederik.

—Entonces ¿sabes, René, que ahora no estás allí?

—Ahora lo sé, tío Frederik... Cuando vuelvo a estar allí, ya no recuerdo nada. Aun así estoy... donde los niños. ¡Porque ya lo ves! En estos momentos duermo, tío Frederik... pero estoy despierto. ¿Lo oyes?

Duermo...

Pero ¡estoy despierto...!

¡Esa es mi máscara!

—¿Adónde vas, René?

—A la pradera, tío Frederik, voy a buscar brotes de flores para papá y mamá... Porque ya sabes que hubo una tormenta terrible.

—Y ¿qué haces con ello?

—Pero, tío Frederik, ¡hay que ver! Claro que voy a decorarlos a ellos con estas flores... Pero las voy a pegar sin más a su máscara, ellos mismos tienen que hacer los arreglos florales.

—¿Y después?

—Después se ven a sí mismos, entonces avanzan.

—Y ¿por lo tanto vas a buscar esas flores?

—Están por todas partes, tío Frederik, también para todos los seres humanos, para cada animal, para todo lo que tenga vida.

—Qué mayor eres, René.

—¿No lo sabías, tío Frederik? ¡Hazte niño y serás muy mayor!

—Tengo que meditar sobre esto, René, ¡es tan increíble!

—No digas eso. Si lo puedes creer... es así. Luego verás cómo está construido todo, entonces ya no podrás jugar con ello. Pero ahora lárgate, tío Frederik, ¡si no me pongo a hacer caca...! ¡Me parece horrible! Tío Frederik, vete a dormir, a soñar. ¡Solo entonces estás despierto! Haz como yo, sal de lo normal, vete a lo anormal. ¡Has de saber que nos conocemos desde antes que hoy! Hay más de lo que piensas. Déjame en paz, tío Frederik, no molestes a niños pequeños, ¡este es nuestro mundo! ¡Adiós, tío Frederik!

—¡Adiós, pequeño René, adiós...!

Dios mío, ay Dios mío, ¿es que estoy loco entonces? Pero allí van, los niños. Viven y saben que viven. Pero ¡respóndeme, por favor, hazme saber!

Me despierto a las diez de la mañana y poco después ya me encuentro junto a la camita de René, gracias a mi sueño.

—Uno diría, Frederik, que el niño ya está empezando a hablar. Todavía es un galimatías, pero ese balbuceo en la boquita quiere decir algo. Es el comienzo... lo sé. Pero ya es algo significativo. Estoy empezando a pensar que él sí es normal. ¿Podría ser, Frederik?

—Todo es posible, Anna.

—Anoche incluso pensé que me llamaba. Salí de la cama y fue como que en ese momento me estuviera diciendo algo.

—¿A qué hora fue eso?

—A las cuatro, Frederik.

—A las cuatro, pero yo no tengo idea de horas... Es posible que fueran las cuatro cuando me encontraba soñando. Pero un niño de año y medio no piensa como un adulto. Y este niño no es, a fin de cuentas, sobrenatural, aunque hablara como un filósofo. ¡Eso no es posible! Así que me encontraba soñando. A pesar de todo un sueño hermoso, aunque no lo entienda.

Tengo que hacer un esfuerzo máximo para separarme de René. Vuelvo a estar sentado en mi banquito en el bosque y pienso. Me voy hundiendo... directamente a mi sueño. De pronto oigo:

—Bobo..., bobo..., pero ¡qué bobo que eres!

Voy volando a casa. Descanso un rato y después tomo mi diario. Allí leí:

“Lo que experimenté ahora me recuerda a unos pensamientos eternos. Si nosotros, los adultos, podemos aceptar esto, estaremos ante revelaciones imponentes. He de decir: todavía no lo creo, aunque me increpen y digan que soy un... ¡bobo! Todo esto es tan poderoso. Tendríamos que aceptar que en realidad el sueño no existe y que nosotros, los seres humanos, jamás dormimos. ¡No existe la vejez! Estás o no estás, pero si estás ¡tienes la “juventud eterna”! Yo deduzco que, con independencia de dónde vivamos como seres humanos, jamás se tiene en cuenta lo que es ser niño. Me encuentro ante un problema imponente. Si puedo resolver el misterio, esta tesis se derrumbará y empezará una nueva vida en la tierra. Pero ¡aún no puedo! Si aceptamos

que como ser humano puedes vivir una realidad verdadera durante el sueño, entonces yo habría llegado a donde quiero. El pequeño René también podría ser entonces tan puro como el oro. Pero entonces fluyen hacia mí millones de tesis, como piedras para nuestro nuevo edificio, que ahora es mi propia universidad. Ya veremos, estoy preparado”.

Leo todo esto, pero mi escritura aún no se ha agotado, según siento. Y mira, ¿ahora qué viene...?

“Oí el canto de un viento. Ese viento tenía vida. Era verdaderamente humano. Ese viento me traspasa como un murmullo, lo oigo. El viento deforma, todo se queda liso como un espejo... miro en un espejo. Y ahora llega la palabra:

“Si digo: ‘bobo’... es que lo eres. Si digo: ‘Eres un indeciso’... ¿es que lo eres! ¡No te engaño! Soy duro... pero tienes que vivirme... mi mirada es fría, pero ¡soy calor! ¡Ahora ya puedes seguir!”.

¡Y todo me quedaba claro! Oh, pero ¡qué gracia! Cómo es posible. Vi la cara de un viento, hablé con una personalidad... la noche ahora es más clara... más clara que nunca. ¡Yo era esa noche! Porque Él no creó tinieblas. ¿Cómo lograremos salir de allí? Y todo eso por un niño que ya dibuja ahora con caca. Pero ¡sí es que es antinatural...!

Después vi a mis padres en este espejo. ¡Se convirtió en espacio! Le pregunté:

—Yo no dudo... pero ¿es de noche donde estás tú ahora? Porque no creo que tengas que estar esperando el sonido de las trompetas, ¿no? ¿Está mamá contigo y recibirá ella también nuevos huesos para exhibirse luego con ellos? Y ¿quieres hacerme creer que las trompetas sonarán en verdad? ¿No se estorban (os estorbáis) allí? Te pregunto: ¿Cómo quieres hacer de las migajas que restan una figura? Lo que nosotros llamamos rezar ¿es farfullar! ¡No tenemos derecho a pronunciar el amén! ¡Eso solo será mucho y mucho más tarde! ¿Aún andas con una máscara? Ay, Padre, ¡cómo te han engañado!”.

Adiós su mirada, adiós su figura, y tampoco ya no quiero tener que ver nada con su personalidad. Lo que él fue aquí ¡es pasado! ¡Ahora él es viento! Viento con un colorcito. Viento con una elocuencia que a un ser humano corriente y moliente le mete un susto de muerte en el cuerpo, ¡porque es tan natural! Pero eso aquí todavía no lo saben, es algo de lo que les tengo que convencer, yo, ¡que soy un profano!

Ahora lo sé. Quien sea bueno ¡sin duda llegará! Pero no es como pensamos, por muy doctos que nos mostremos, padre, tú leías tu Biblia... Padre, por encima de nosotros hay luz... Padre, la noche ¡no existe! El sol no gira alrededor de la tierra, ¡nosotros giramos alrededor del sol! Mi amigo el astrólogo va a tener razón. Con tal de que yo supiera dónde se encontraba recibiría flores. Pero no quiero tener que ver nada con él, porque me echa a patadas en su

acequia. Ahora pienso que puedo ayudar a Hans. Más vale que te leas tu Biblia, pero piensa en el comienzo y en todo lo demás que nunca entendiste. Ay, ¡padre mío!

Ahora sé bastante. Continuaré sobre este cimiento. Ahora puedo hablar. Sé que no debo intentar todavía analizar todo esto. Es parte de mí mismo y por eso se esclarecerá a su debido tiempo. Solo entonces podré ponerme a repartir. Hans, ¡tengo correo para ti! ¡Iré dentro de poco! ¡Quizá hoy mismo!

Nuestra vida lleva de las tinieblas a la luz... ¡así dice mi diario! ¡Y eso ya lo sé! ¡Te doy las gracias por ello! ¡Es imponente!

La vida del día se me fue escurriendo, y otra la fue sustituyendo. Quien diga que esto no es armonía no sabe de lo que habla. Cuando me desperté, después de que se me hubieran pegado las sábanas, rezumaba nueva fuerza, una que ayer no estaba todavía. Mis nervios se habían serenado, como si la fuente de todo lo que vive me hubiera aplacado la sed, ¡que aún tan poca gente sabe encontrar! Y sin embargo, sus aguas manan del corazón humano; estás encima, vives dentro de ella, nos anega los pies, pero ¡la gente piensa que el agua es turbia e incluso que apesta! Te salpica hasta en la cara, ¡te llega a pringar! Y aun así, más clara, imposible.

Ya ahora bebo de ella... esto tampoco quisiera perdmelo, ni por todo el oro del mundo. Siempre estuvo allí, y a pesar de todo, ¡allí sigue! Solo tienes que querer verla. ¿Por qué no la anhelas de forma normal? Crees que tienes sed, pero es que no la tienes, solo lo piensas.

Ahora ya no creo que el alma esté por primera vez en este mundo. Pero sí me doy cuenta de que no sé todo al respecto, si no ¡me avergonzaría! Pero primero tengo que verlo; crearme las cosas así sin más es algo que no hago. Así que supongo que todavía soy un bobo. ¡Sigo siendo cauto!

Primero escribí una breve carta a Erica. Le dije:

“Sí que estás cambiando. Anoche lo soñé. Lo que nosotros, los seres humanos, vemos como flores caídas, no es más que apariencia, jamás te convertirás en nudista, porque ¡todo permanece! Otros las recogerán por ti. Y las recibirás en casa. ¡Yace arriba y hace dibujos con heces! ¡Ay, qué tontos podemos ser los seres humanos, Erica! Si no comprendes estas reglas, entonces rompe esta breve misiva y lánzala a la papelera. Si te produce curiosidad, piensa entonces que aún no tengo otra medicina para ti. Mi farmacia está abierta día y noche. No me dedico a los cambios de tiempo, me gusta la tormenta, la lluvia y el viento. Me entran ganas de ir a montar..., creo, Erica, que voy a comprar un caballo. ¿Que hacen ustedes (hacéis vosotros)?”

Exactamente a las siete y media me encontraba ante Hans. Tuve suerte, no tenía nada que hacer. Primero tuve que admirar su casa, sus tesoros. A Hans le gustan las cosas antiguas, y tiene más de una. Hans colecciona antigüedades. Tenía un aspecto descuidado; yo soy el señor, él el vagabundo, así de

poco le importa la ropa. ¡Me parece una lástima!

La casa y su contenido son preciosos, y se da cuenta de que su sitio no es ese. Y aún así hay unión, porque Hans ha expuesto su personalidad. La casa es él mismo, su contenido está cuidado. Las cosas externas le dan igual, el contenido: ¡de eso se trata! Es un entorno rico. Aquí vive como un rajá, todo es misterioso. Por todas partes hay estatuillas, preciosos tapices persas le ofrecen a uno su brillo; daría gusto descansar, dormir y soñar sobre ellos durante días; creo que semejante alfombra tiene muchas cosas que decirle a uno. Te tira hacia otra dirección si estás abierto a ello. Y eso Hans lo sabe. Incluso cuenta con ello, de lo contrario no habría comprado todas estas cosas. Las compra porque le dicen algo. Otras personas lo hacen para decorar su entorno, ¡Hans, no! ¡Y ahora todo es diferente!

Hans vive aquí solo en su castillo; me doy cuenta de que no está casado, lo que por cierto ya sospechaba desde hace tiempo. Una habitación así, con tanta exhibición, tiene profundidad. ¿La mantiene una mujer o un hombre? Una mujer rompe por completo la mística oriental, porque sus sentimientos no tienen cabida en ella. No pega ni con cola. Hans parece un príncipe que ha contraído un matrimonio morganático, como si le gustaran más las papas (patatas) que la ropa oriental, para la que necesitas una sábana..., tal como has de llevar un turbante para poder procesar esta mística. ¿Que si Hans también lo siente así?

Me muestra sus tesoros, con las manos en los bolsillos, sin aspavientos algunos, lo veo tal como es. Actúa indiferentemente, pero él no lo es. Y yo ya sé que se sentiría profundamente infeliz si tuviera que echar en falta todas estas cosas. Ahora está perdido para mí. Esto está mal, se rompe a sí mismo. Puede hacer lo que quiera, conseguir todo lo que desee, esto es un hoyo por el que se partirá la nuca, si es que alguna vez cae dentro. Visto desde su posición, quiero decir, ¡como médico! Esto puede suponer su sentencia de muerte. No sé cómo llega, pero simplemente entra en mí y siento que así es. También sé que no es un yogui, si no habría adivinado ahora mis pensamientos. Es incapaz de hacer eso, aunque sea sensible. Hans tiene un segundo yo, lo cual siendo occidental puede resultar fatal. Aún no sé en qué dirección me lleva esto, pero ¡ahí está!

Esto forma su mundo, junto a sus estudios y sus enfermos. Aún no sabe nada sobre el amor ni de tener hijos. Eso está lejos de él. Pero él también es un ser humano, puede cambiar durante su vida. Aquí tiene que haber una mujer, una mujer hermosa, no una cualquiera, no, aquí tiene que ocupar su sitio una princesa y recibir a los amigos de él desde su trono. Los enfermos que vienen aquí no entienden de eso, y no saben valorarlo. Es como si yo viera su gusto..., apuesto que así es, ¡no puede ser de otra manera! Porque, quieras o no, ¡son los aires que posee todo oriental! Pero, Hans, una mujer hermosa

—prosigo— se asfixiaría aquí y acabaría con su propia vida. ¡Así que va a ser complicado!

Todo está colocado con mucho gusto. Hasta las cortinas están colocadas, no cuelgan. ¿Algo nuevo? Hans se ve ahora a sí mismo... se mira todos los días, y de vez en cuando besa una parte de su yo, que, sin embargo, permanece incomprendible y sordomudo.

La decoración es soberbia, tanto arriba como abajo, por lo que tengo miedo de sentarme.

—¿Te gusta, Frederik? Sé honesto y no me ahorres nada. Te lo suplico. Dime la verdad abiertamente (—dice).

¿Ves? Así es Hans, me conoce y me desafía. No le da vueltas... se atreve a ser directo y personal; no se ahorra ni a sí mismo. Ya llevaba buscándolo desde hace años, ahora lo tiene delante. Yo esto lo sé y he de tenerlo en cuenta. De nuevo me pregunta:

—¿Te gusta esto, Frederik?

—Primero tendré que habituarme, Hans. Tu naturaleza oriental no me apabulla, pero quiero hacer mi entrada como allí se espera. ¿Te conozco!

—Lo sé, es algo que me hace muy feliz, Frederik. ¡Te regalo todo!

—Eso también lo sé... pero de todas formas entonces te harías otro pequeño castillo.

—He heredado y recibido muchas cosas, pero también he gastado lo indecible, si consideras que un centavo es como mil veces más. Me hace sentirme feliz, pero también generoso; a veces de pronto me voy de viaje para erigir otro conjunto. ¡Tienes razón!

Tomamos asiento junto a la chimenea, un criado nos sirve. Lo cual me esperaba. Hans ya sabe en lo que estoy pensando, pero no por qué, y por eso es que pregunta:

—Explícame tu sonrisa interior, Frederik.

—Es decir, Hans, veo que actúas conforme a las leyes. No es tan sencillo analizar todo lo que hace y deja de hacer un ser humano, esto aquí está a mi alcance, estamos encima y no lleva máscara. Tú aún no has llegado a ese punto... si no estaría paseándose por aquí una princesa, con pequeñas sandalias blancas como la plata. Ahora todavía está bien como está, pero esto ya cambiará. Esa vida te corresponde, porque en cierta medida hace el mismo trabajo. Debido a que aún no estás abierto a eso... te conformas con ello... ¡solo más tarde cambiará!

Estas cosas, Hans, no necesitan una explicación. Eres tú. No tienes nivel, descienes de esa nobleza..., no eres de descendencia occidental, no eres de nuestra sangre... aunque hayas conocido la región de Achterhoek en Güeldres...allí estuvo tu cuna hace unos años. Lo veo, me silban los oídos, me lo dice el corazón... esto aquí es lenguaje figurativo consciente, allí consta y

cuelga de tu pared interior, todos tus rasgos están tirados por aquí a la vista de cualquiera, desperdigados, eres hombre y mujer a la vez, ¡sin que esto tenga nada que ver con la homosexualidad!

—¡Gracias! Para centenares de personas sí que lo soy..., gracias a Dios, ¡a mí ya no me perderás nunca!

Se levanta con energía, con lágrimas en los ojos. Sabe que puedo comprender también eso. Vuelve a recuperarse al instante y dice:

—Tú tampoco estás casado.

—No, todavía no he llegado tan lejos. No me sentía apto para ello.

—Estoy demasiado ocupado con mis enfermos, conmigo mismo, pero es un error mío.

Hablamos de Erica y Karel, de Anna y René. De su casa y sus preocupaciones. Repasamos todo. Hans hace comparaciones. Explora. Entonces llega su pregunta:

—Frederik, ¿crees que la “vida” ya puede pensar antes de nacer?

—Debido a esa pregunta empecé a buscar. Ahora lo creo.

—¿Por qué?

—Porque he recibido pruebas.

—Dímelas.

—Eso todavía no es posible.

—De modo que ¿sí es por la teosofía?

—Ya sabes que no me dedico a eso. Lo que necesito, precisamente, es recibirlo por todo lo existente y aprendido, y convertirlo para mí mismo en una nueva vida. Quizá siga a los maestros, pero ahora lo hago partiendo de nuestra existencia occidental, por medio de todo lo que poseemos. También a través de la Biblia. Empiezo a ver que llevamos máscaras. Detrás de cada cosa vive un mundo, Hans. Y ese mundo es de una belleza tan increíble, es tan concreto y consciente, que en él no se puede ver o vivir ningún nacimiento de ningún niño, allí no hay ninguna fase que nos diga: “Aquí comenzó lo que es pensar. ¡En lo que lo hemos convertido ahora es algo postizo!”.

—De modo que ¿sí?

—¿De modo que sí? ¡Siempre estuvo allí, Hans! A pesar de todas las cosas grandes que poseemos como seres humanos, por las que vemos, sentimos y pensamos, por las que empezamos a calar esta máquina, a pesar de todo lo que hemos creado en el mundo: ¡estamos descarrilados! No vivimos, somos psicopáticos. ¡Necesitados del gran yo!

—¿Te habla la vida?

—Está inculcándome las primeras sílabas. Es algo poderoso, tienes que estar dispuesto a perderte por completo para ello. Ahora tu castillo es tu parada final irrevocable.

—Lo sé, pero todavía no he llegado a ese punto.

—Entonces deberás empezar a hacerlo, Hans.

—¿Qué te dicen mis enfermos, Frederik?

—¡Todo!

—¿Qué es eso?

—Están vivos..., son alma, espíritu y materia. Todo te habla. Y cada parte posee un mundo propio, allí no hay noche. Donde mires te habla. Te abraza, es una gloria estar allí. Todo se te va escurriendo ahora.

—¿Te gustaría ver a mis enfermos? Ya te lo pregunté. ¿Es que puedes verlos?

—Ya iré..., ten un poco de paciencia..., ya iré, me prepararé para ello. Iré seguro, tengo que verlos. Las máscaras me lo dicen todo.

—¿Crees que además de la vida del alma, también el organismo posee una personalidad y que habla por medio de ella?

—Sospecho que la vida deforma, Hans. Aquello que vemos fue creado por la vida. Vuelvo a preguntarte: ¿Puede la vida, antes de que sea consciente, pensar, igual que nosotros? ¿Puede la vida prever las cosas y determinar otras que a nosotros se nos hacen imposibles? Te pregunto: ¿Dónde empieza el primer pensamiento de todos para crear, para deformar ese cuerpo como una máquina? ¿Dónde empezó? ¿Dónde empieza el primer pensamiento para ser persona, para convertirte en una? ¿Es Dios quien lo hace? ¿Sabe Él, por ejemplo, dónde viviremos, y dónde nos tocará hacerlo, cuando tengamos que dar el salto? Pues bien, si quieres puedes ponerte a hablar como un teósofo, empezar a dedicarte al espiritismo, seguir filósofos, dejar hablar a iniciados orientales y aceptarlos, pero yo eso no lo hago. Aún no nos ha hecho más sabios, no hay facultad que a eso le vea una brizna de verdad. Y sin embargo, Hans, ¿podrías echar todo eso por la borda? ¿Cómo eran los sacerdotes en el Antiguo Egipto? ¿No nos enseñaron ellos cómo hay que hacerlo? Eso también era algo que poseían ellos; me busco y me vivo, y de allí surge.

No soy un yogui ni un faquir ni un mago. Mi orientación es occidental, y así seguiré. Aquí, delante de tus pies, yace y vive. Yo lo recojo de las calles, donde está tirado, e intento darle forma, luz, figura, pero tal como nos llegó desde la fuente. Ahora estoy ante una vaca que está pariendo..., ante una yegua con su potro, ante nuestras palomas, y naturalmente, ante el hombre. ¿Es ahora cuando empieza la causa y el efecto? ¿Qué sabe un animal así de la causa y el efecto? ¿Y nosotros, los seres humanos? Pero hemos recibido la razón, el sentimiento para ver y aceptar, para actuar desde algo que es universal, que ha de ser Dios. Si desde allí continúas un poco, entonces te encuentras ante un sueño que ya no lo es, sino que es espacio, que no tiene tiempo, que no conoce día ni noche. ¿Qué quieres? ¿Qué camino quieres escoger, Hans? ¿Este por el que navegas ahora? Porque no andas, ¡crees que andas...! Andar es planear..., te lo puede demostrar un paseo nocturno. Pero ¡tienes que estar dispuesto a perderte a ti mismo! Y esto no es más que un juego de

niños. Todavía hay tanto.

Hans se pasa la mano por la frente. Un poco después pregunta:

—¿De dónde sacas todo esto?

—No escuchas. Aún no sabes escuchar, Hans, eso es lo que los seres humanos hemos de aprender antes que nada. Te digo que el alma imprime sus sellos sobre el organismo, es ella quien hace la máscara. Naturalmente que todavía no tengo fundamentos, pero también los recibiré. El alma impulsa la vida en una sola dirección, y esa es el hombre. Al nacer, los síntomas se materializan, antes eran invisiblemente conscientes... ¿Sabes lo que significa eso?

—¡No como ella lo sabe, claro, o piensa saberlo!

—Conciencia invisible, Hans, es ver detrás de la máscara. La conciencia invisible es exactamente lo mismo que cuando el viento invernal transforma como un mago nuestras ventanas en pinturas florales. Ese viento no es como pensamos, porque deja materializarse algo, o sea, la nebulosa. Pero ¡nosotros somos personas! Nosotros también nos vamos deformando. Si no camino al paso de la naturaleza, no acierto a alcanzar mi destino, entonces no me formo según las leyes, porque no poseo esa dignidad natural.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que antes era como Dios, ahora soy un extraviado.

—Y ¿encontraremos el camino de regreso?

—Detrás de la máscara, Hans. Tengo que regresar mucho si quiero vivir mi descendencia natural. Aún no sé cómo es eso. Lo vi poco antes de despertar. Pensé que soñaba, pero no era un sueño. Los sueños no existen, por mucho que sueñes. Es la vida, los sueños son como la materia que hay encima y dentro de esta alfombra. No ves la verdadera materia, porque la otra, que está en la alfombra, se hizo como ella. En eso vive todo para ti; ¡solo cuando veas la tela podrás hacer algo por tus enfermos! Entonces empezarás a conocer la vida, ¡ya la conoces!

—Pero eso nunca lo alcanzamos, Frederik.

—Eso pensabas. ¿No te dije que tienes que mirar detrás de esta máscara? Mira, por ejemplo, esa alfombra allí. ¿Por qué obtuvo esa alfombra persa la vida? ¿Cómo se fabricó esa cosa? ¿Qué era antes de... convertirse en alfombra? ¿Qué era esa estatuilla allí antes de que fuera tallada?

—Madera, un árbol... ¡un organismo vivo!

—Exacto, Hans,... esa es la profundidad que tenemos que desvelar, ¡así es como tenemos que analizar! Ahora es una estatuilla, antes era madera y en origen era un organismo vivo. Lo que vemos ahora, esa alfombrita, esa estatuilla, son las máscaras, pero ¡si retrocedemos...!

—¿Frederik?

—Estás sorprendido, ¿verdad? Yo ya me hacía estas preguntas cuando todavía era un niño. Me preguntaba —entonces tenía catorce años—: cuando

mi padre va a mi madre —así me lo imaginaba— y pone flores en un jarrón por lo que mamá ensanchará, es eso por lo que he nacido: ¡en el fondo por nada! Créeme, Hans, lo mío entonces se fue al demonio. Ya comprenderás lo que me pasó entonces. En ese instante pensé que el cielo y la tierra fluían por mi cuerpo, que se encontraban justo debajo de mi corazón, algo de lo que yo mismo no podía disfrutar, sino que lo experimentaba. Un poco después había un espacio viviendo en mis manos. Miré, lo puse bajo mi lupa, y después bajo mi microscopio, que había recibido de papá por mi cumpleaños. Así constaté un espacio que vivía, que tenía masa, y entonces empecé a pensar.

¿Soy yo este? ¿Es este el ser humano? ¿Dónde surgi? Me asusté, pero me recuperé. Entonces seguía todo y la vida tenía algo que decirme, hasta que me harté. Pero te pregunto: ¿qué aspecto tenía? Pensaba en la miseria en este mundo. Pensaba: ¿Es posible que esto lo construya un loco? ¿Es posible que esto ya sea una locura? ¿Que esto posea un resultado psicopático? Entonces, ¿por qué los expertos no buscan en esta dirección? ¿Por qué no toman el mío, que estoy sano y no estoy loco, en lugar de inyectarle a un infeliz de esos? Si la sangre demuestra su utilidad... entonces ¿por qué no esta materia que lo domina todo? Pero ¿qué haces cuando cumples dieciséis años? Yo viví el gran milagro a los dieciocho. A ella le pregunté si también poseía los mismos síntomas. Lo busqué en su ser, descendí en ella, pero tuve que aceptar que ella había sido creada de otra manera que yo. Ahora que entraba un poco en el asunto, la criatura lógicamente pensó que yo estaba loco. Pero yo lo sabía... en ella vivía el óvulo que yo fecundé.

Regresé hasta que ya no quedó nada de mí ni de ella. Entonces me encontré ante un vacío, una máscara... ¡ante el alma, la vida y el espíritu! ¿Éramos antes “alma”, nos hicimos después “espíritu” y finalmente “materia”? ¡Casi me asfixiaba y tiré la toalla!

—Continúa, Frederik.

—Me quedé mirando un tiempo a los animales, las plantas y las flores, por lo que pensé volverme loco, porque eso es aún más terrible, profundo, despiadado que lo que somos las personas. ¿De qué descendemos? ¿De Dios? Pero ¿qué es ese Dios? ¿Dónde está ese Dios? ¿Dónde vive Él? Empecé a hacer miles de preguntas, a ninguna me dieron una respuesta decente. Después de los veinticinco empecé de nuevo. Entraba en una iglesia y salía de otra. Desde los rezos hasta... si de mi dependiera: ¡Al demonio! Desde las maldiciones hasta las inclinaciones de la cabeza, desde allí inclinarse, desde allí hacia un nuevo comienzo. Buscar por el camino y recibir muestras de clemencia. Aún así, permanecí puro, la gratitud fue finalmente premiada; viví Oriente y Occidente, observé a pobres y ricos hasta verlos sin camisa y ya no hubiera para mis ojos una máscara. Pero ese día la tenía delante como no la había visto nunca antes. Y ahora estoy aquí... ¡mi yo experimentó un cambio increíble!

¿Cuál es la cosa capaz de convertirse en ser humano? Esto no es nada nuevo... lo sabemos. Todo animalito tiene la capacidad de crear y parir, ha surgido de lo precedente. Pero antes de eso, Hans. Antes de aquello: ¿qué había? ¿Qué éramos antes de eso? ¿Alma? ¿Espíritu? ¿Qué es alma y qué es espíritu? ¿Qué es materia cuando es anormal? ¿Cuando actúa de manera rara? ¿Está demente el esperma? (—digo).

Estamos en nuestras sillas con las cabezas inclinadas... El reloj hace tic-tac, y a cada tic es como si te dieran un golpe en la cabeza, debido al hecho de que estamos llenos a rebosar.

Hans dice:

—Uno tiraría todo por la borda, ¿te imaginas?

—O sea, igual que yo; después te arrepentirías. Doy gracias a Dios por no haberme hecho médico, por no haber hecho estudios, de todos modos me habría apartado del camino recto. Pero estos son los hechos, Hans. Profundiza y te asfixiarás. ¿Qué saben los teósofos y espiritistas, los iniciados, etcétera, de todo esto? ¿Quieren hacerte creer que nosotros —que en origen fuimos plantas y animales y luego seres humanos— somos como Dios? Yo no arrojé por ahí los pensamientos espirituales, soy un buscador, pero todo esto ¡ya no lo acepto más! Quiero saber, y sabré, la inmaculada claridad existe, ¡ahora estoy abierto a ella!

Y cuando haya llegado el momento, Hans, esto ya no cambiará nunca.

—Continúa, Frederik.

—¿Qué te gustaría, Hans? ¿Que ya te aclare ahora todas las leyes? Tú y yo y todos los demás podemos aguardar. Una cosa la sé: no seré yo quien se (os) las aclare. ¡Para eso hay otro!

—¿Quién?

—Eso por el momento no es asunto tuyo. Si te contara eso solo te destronaría, ¡cavaría una tumba para ti y para mí mismo! ¡Todavía no he llegado a ese punto!

—¿No me ocultas nada?

—Nada, amigo mío, nada.

—Entonces está bien. Ya lo sabes: suspiro por tus cartas, Frederik.

—No se me olvida.

—No, y aun así, lo que asimilé, sí, pero ¿qué es?

—De modo que supongo que elevas tus fundamentos por medio de tu propio pensamiento, por el alma y la vida.

—Exacto.

—Pero ¿no te quebrará?

—No creo, Hans, ya me ha quebrado.

—Pero el modo oriental, ¿no es así?

—Todos nosotros seguimos un solo camino, Hans, lo que allí es oriental

aquí está al este. Lo que allí es occidental aquí se convierte en la mirada de un alma que anhela la verdad y que es conducida a sus cosas por su Dios. ¡No hay nada más! Pienso y abro los ojos. A veces veo claramente las preguntas y respuestas, y puedo hacer apuntes de ellas.

—Así que ¿dejas constancia de tus pensamientos y sentimientos?

—Eso hago.

—Eso va a ser un libro magnífico, Frederik, lo considero una tarea espléndida para ti.

—Es posible. Creo, Hans, que cuando el alma entra en el embrión, o sea, la vida, comienza la formación del organismo.

Pero ¡también la deformación!

—¿Por qué piensas eso?

—¿Porque no pueda aceptar que Dios sea responsable de la demencia?

—Y su Omnipoder, ¿qué?

—Justamente por eso.

—Soy un hijo de Él, eso lo sabes, ¿no? Él no crea demencia, no trae pena, dolor ni miseria para Sus hijos, porque esa no es Su voluntad. Veo estos milagros en la naturaleza y no es necesario ir para ello a Oriente, ¡esas vacas allí no son diferentes a las nuestras! Hans, ¿creías que Dios cometía errores? ¿Que creaba cosas que son antinaturales? Créeme, ¡somos nosotros mismos quienes hemos creado nuestro yo demente! ¡De lo único que se trata es dónde está el comienzo!

—Tú piensas que el alma crea para sí misma por medio de la naturaleza y la vida.

—¡Exacto! Y no es ningún secreto. Sabemos a qué nos referimos; cuando hablamos así se trata de ver detrás de la máscara. Lo que es el alma, la vida, el espíritu, ¡eso no lo sabe nadie! Todas estas cosas tienen una entidad propia.

—¿Seguro?

—¿Es un cerdo capaz de fecundar a una cabra?

—Das en el blanco con lo que dices... así es. Pero ¿entonces?

—Entonces ¿qué? Yo siento que la vida juega un papel muy importante durante la existencia como embrión.

—¿Cuál?

—El de la deformación, del intelecto... ¡y otras miles de funciones!

—¿Cuáles, Frederik?

—¿Puedo suponer que me sigues? ¿O ya te estás quedando rezagado? Toma en consideración la naturaleza, el mundo animal, nuestra existencia, el espacio, el cosmos y el microcosmos como un conjunto, y veo cada entidad por separado.

—Entonces te vuelves loco.

—No lo creo, Hans. Es algo que se puede vivir, porque nosotros hemos

surgido a partir de allí. El alma forma, crea, pero siempre por medio de la personalidad. El cuerpo carece de significado; por eso hubo una vez un niño que dijo: “Cuando duermes estás despierto, y cuando estás despierto duermes”. Y así es, Hans, cuando dormimos estamos despiertos; el alma jamás duerme, si no experimentaríamos una muerte. Pero también el organismo sabe crear, aunque para él mismo, e igualmente tiene personalidad.

—Explícate, Frederik.

—Imposible todavía, Hans. Sí sé que el alma —el yo— está presente en nosotros, ¡tiene que estarlo! Suena muy torpe, pero es como yo lo veía y experimentaba. ¿Posee cada animalito un organismo, vida, alma y espíritu propios? No lo sé, porque he visto cómo se disolvían miles de especies animales. También nosotros nos disolvimos, porque ¿dónde se han quedado las especies prehistóricas de nuestra raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es)? ¿Somos nosotros? ¿Cómo era al comienzo nuestro modo de vida? ¿Como un Adán y una Eva? ¿Tú te crees esas majaderías? Te pregunto: ¿es posible que un gato descienda en el cuerpo de un perro? ¿Es capaz de fecundar a un perro? Son estas las cosas, Hans, que me hacen pensar. Y he empezado a hacerlo, de otra manera que en mi juventud, pero Erica y Karel no entienden nada de eso. De modo que cada especie vive con su propia especie, forma un solo mundo, una sola alma, una sola vida, pero si también forman un solo espíritu: ¡eso es una cuestión aparte!

—¿No has leído ni una sola palabra al respecto, Frederik?

—Te lo juro.

—Entonces te aconsejo perseverar en ello. No leas nunca un libro sobre estas cuestiones, atente a ti mismo.

—Sé lo que quieres decir; tampoco es posible aprender por medio de otros; a fin de cuentas, algún día uno mismo tiene que empezar con ello.

—¿Así que crees, Frederik, que el alma y el cuerpo se deforman?

—Pero ¿es que no sabes eso, Hans?

—Algo sabemos de eso, Frederik, algo.

—Imagínate que mis abuelos hayan tenido cáncer: ¿eso qué significa, pues, para las siguientes generaciones?

—Te comprendo.

—Eso es una desintegración material. La interior es mucho peor, esa deforma a su manera y llena a rebosar los manicomios. ¿Sabías eso?

—No, pero de una cosa sí que estoy seguro, Frederik, o sea: ¡que estás tú!

—Exacto, pero sin fundamento, aún tengo que recibirlo.

—¿De dónde?

—Eso viene por el buzón divino.

—Es asombroso, Frederik. Sigue.

—No tengo nada para seguir. Me quedo a la espera.

—Si vieras mis enfermos, ¿que podrían decirte ellos?

—Nada, me pondría un poco triste, Hans, nada más. Pero todas esas máscaras ocultan la verdad divina. Lo que vive allí contigo detrás de las rejas ¡tiene una conciencia divina!

¿No lo dirás en serio, verdad?

¡Pues claro que lo digo en serio! ¿No son sus vidas divinas? Sucumbieron en el camino de regreso, Hans, y ahora dan vueltas como locos. Pero ¿quién nos dice que están locos, dementes? ¿Quién nos dice que experimentamos lo consciente? ¡Ya no me atrevo a decirlo! Tengo miedo de tachar a alguien de loco; es algo que no puedo demostrar. Sé que están en disarmonía con esta existencia, pero ¡con lo otro, con aquello detrás de esta máscara! Ya estarás sintiendo que te pierdes a ti mismo, lo cual puede suponer la muerte. Pero, finalmente, vivimos y ¡es hacia allá que me llevo a mí mismo!

Todos esos organismos deformados no me dicen nada. No pueden decirme nada, Hans; solo aprendemos cuando vemos a través de la deformación: ¿está deformada el alma, la personalidad?

¿Tenemos que aceptar que el alma no posee más que una sola vida material? ¿Y si acudiera a un teósofo o espiritista? Claro, esa gente solo cree; lo que es saber, no sabe nada. Por eso no confío en eso; las entregas, los escritos: no los leo, ¡quiero llegar allí por medio de mí mismo! Todos estos mundos, Hans, se están abalanzando ahora sobre mí; las encadenó una a una y las ato a mi entorno. Lo que parece ser la muerte es vida, se convierte en alma y espíritu. Escucho, lo observo y no dejo que se escape ni un segundo a mi atención.

—Eres un yogui, Frederik.

—Tal vez, pero en todo caso uno occidental, por medio de la Biblia hacia la luz.

—¿De modo que sí que es una cuestión de fe?

—Ay, Hans, qué joven eres. Por medio de Él hacia lo nuevo, que es lo antiguo, porque eso siempre estuvo allí. Precisamente por “Cristo”, el Dios del Antiguo Testamento es un inconsciente.

—¡Para mí también!

—No puede ser de otra manera.

—Lo que necesita esta humanidad, Hans, es un hombre que piense. Y ese quiero ser yo. Al margen de todo, libre, completamente niño, con una conciencia adulta. Por lo que veo llego a conocer las leyes. Y cada ley es ahora un cuerpo, y alma y espíritu. El alma creó tejido tras tejido, hasta que un día pudo decir: Mira, esta soy yo.

—Es enorme, Frederik. Estas cosas cambiarán la humanidad.

—Posiblemente, Hans. Adelantarme no es lo mío. Quizá todas esas cabezas me digan algo más de lo que pienso ahora. Lo espero. Cada línea material tiene algo que decirnos. Pero ¿sientes lo profundos que son tus misterios? ¿En

qué te has metido? Aun así, tienes que seguir, Hans. Tú igual que yo, no podemos abandonar. Es tu tarea y tu vida. Sé que es el alma, y con ella llegaré a entablar una conversación. Sonará de otra manera que esto, quizá deformada para los oídos materiales, disparatada, pero será más consciente. Pero eso ya lo decidiré yo mismo. Aún no podrás aceptarlo, ya lo estoy sintiendo. Entonces reconoceré la personalidad de cada una y todas las cosas. Yo ya tengo establecido que el alma es la perturbadora de toda armonía material. ¡Creó miseria, desintegración, pena y enfermedades! ¡El empuje y la naturaleza de Karel me lo dieron todo! ¡El no lo veía! Mira ahora todas estas posibilidades y te verás de otra manera. Eso no lo lees en un libro, Hans, aún no se ha imprimido, porque Él es el padre espiritual de estas cosas.

—Con otras palabras, Frederik: la vida regresa, ya ha regresado. ¡La reencarnación!

—Es posible, claro, y si es así, ¡todos los pensamientos son uno, todo es un solo mundo, una sola alma, una sola vida, un solo espíritu!

—Entonces podríamos parar, Frederik. Ahora estamos impotentes ante las cosas, no hay final ni comienzo.

—Quieres decir una lástima, ¿verdad? Pero “lástima” no existe. Cuando tu universidad se derrumbe habrá surgido la mía. ¿Que si entonces seremos capaces de ayudar a los locos? Todavía no lo sé. Una cosa sí sé: solo entonces sabremos cómo acercarnos a ellos. Y muchas cosas las haremos de otra manera. Y también entonces nos ayudará la naturaleza. Hans, han surgido nuevas posibilidades. Siempre se fueron colocando los siguientes fundamentos. La naturaleza continuó, es imposible parar la tierra, pero lo que es noche será luz, en ninguna parte del espacio hay tinieblas. Así que la Biblia también contiene mucha tontería, y también esa vida ha de reorientarse. Pues ahora ponte a construir una iglesia, vale la pena. Ahora ya no hay gente que se derrumbe. ¡Saben que Dios no condena! Porque eso es lo peor que hay... detrás de eso está tu loco, ¡aunque no lo sepa!

Y si aceptas esto, Hans, también tienes que aceptar lo siguiente. Somos almas..., hemos construido una personalidad..., pero hemos abandonado el único camino. Nos hemos desintegrado, hemos hecho jirones lo mejor en nosotros. ¿Y ahora nos hacemos embriones? ¿Qué hay en nosotros que atraiga lo material? Pues no tienes más que mirar a tu gente, son ellos quienes tienen que darte la respuesta. Por eso buscaba yo mi propia semillita. Quería ver si ya estaban esos pensamientos demenciales, solo quería saber eso. ¿Entiendes que voy en serio? ¿Que ya no dejo que me vengán con milongas?

—Sé honesto y dime, Frederik: ¿siempre fuiste tan torpe?

—Siempre he sido como soy ahora. Solo que estoy floreciendo. Karel me conoció cuando me cubrían los colores otoñales, atravesamos el invierno y entonces despertó la primavera en mí, ¡no es más que eso!

—Así que según tus pensamientos y sentimientos, Frederik, no se han creado deficientes mentales.

—Cuando miras detrás de todas esas máscaras, Hans, podrás ver mis imágenes. No se han creado disgustos ni miseria, dolor o enfermedades. Un Dios de Amor no puede arrojarnos en esa miseria. En cuanto me viera obligado a aceptar que eso sí es así, tiraría la toalla. Pero ¡no lo creo! Lo que vivimos en la sociedad son desgracias. Cuando se pone a hablar el sentimiento de justicia te encuentras ante un lío diabólico. Todo tiene que cambiar y todo tiene un significado propio, ¡somos nosotros quienes causamos los destrozos! ¡Te digo que la culpable de la infelicidad del alma es ella misma! ¡Es que es así!

Cuando hayamos llegado al punto en que nos demos cuenta de esto surgirá otra humanidad. Yo añado lo mío. No descansaré antes de saberlo. Naturalmente, comprendo que como ser humano he de recibir esas verdades desde “arriba”. Te he dicho: ¡yo recibo! Estoy en la rompiente. Ya vi la “luz”, me iluminaba día y noche... ¡hasta mientras dormía!

—Por Dios, Frederik, sigue. Yo creo que esa es la única posibilidad de llegar a ese punto. Si puedes percibir estas cosas como fundamentos, como principios verdaderos, te aseguro que puedes contar conmigo. Ven lo antes que puedas a ver a mis enfermos. Verás de todo... Pero te prevengo: ¡eso allí es un infierno!

—Iré, Hans.

—¿Qué crees, Frederik? ¿Es nuestra vida material la meta hacia el Omnipoder, de vuelta a Dios?

—¿Qué tenemos que hacer aquí, Hans? Estoy convencido de que algún día poblaremos el infinito Universo. Entonces seremos lluvia, viento, calor, frío; entonces seremos el agua para los animales y toda la demás vida, porque creo que ¡Dios nos ve tal como es Él mismo! Somos alma de Su alma, vida de Su vida... espíritu de Su espíritu. Por Él hemos recibido la vida, en la que tenemos que trabajar aquí, sin embargo. Creo, irrevocablemente, que vivimos repetidas veces en la vida, pero quiere ver los hechos. Me gusta ir sobre seguro, no doy por sentado lo que se ha ido inventando a lo largo de los tiempos; investigo todo. Si resulta que un teósofo está en lo cierto, que un espiritista está en posesión de la verdad, entonces aceptaré su doctrina como verdad universal y continuaré. Sé lo que los iniciados han experimentado a lo largo de los siglos y lo que revelaron, pero eso no significa nada para nosotros aquí en Occidente. Ves que eso no hace cambiar la sociedad. Te digo, Hans, que serán los locos y tontos quienes nos den la oportunidad de proseguir este estudio. No tienes que buscarlo donde los sanos de espíritu, sino donde los anormales. Te digo: nosotros estamos enfermos, ¡ellos están sanos!

Ellos, Hans, experimentan las leyes naturales tal como son, aunque para la sociedad estas almas se hayan accidentado. ¿Sientes la compasión, la necesidad

cuando decimos: “Nosotros somos normales”? Te digo que ya no me atrevo. Creo que son tan sobrenaturales —y de ello ya obtuve pruebas— que tú, como experto, y nosotros, como profanos, somos incapaces de comprender lo que tienen de “celestiales” ni de verlo, porque jamás hemos conocido esa realidad. Al menos no ahora, porque creo, Hans, que todos nosotros hemos de atravesar esa maldita locura si queremos ver la luz, vivir la verdad en nuestro corazón y hacerla crecer y florecer, tal como se nos prescribe. Pero ¿entonces lo ves todo de otra manera!

Un loco, querido Hans, ¿es normal para sus leyes! Puedes vivir mundos, si quieres, pero adéntrate en ellos, mira detrás de la máscara, de lo contrario no llegarás. Tanta chapucería, tanta ineptitud para esos cuerpos, ¿eso no te sirve! Ya sé, entonces ¿qué? Pero eso ¡ya vendrá! Ahora estás ante la impotencia, y contigo todos esos colegas tuyos. Puedes hacer algo... pero de poco le sirve eso al alma. Tenemos que empezar determinando dónde están los errores y cómo empezaron esas chapuzas humanas. No creo que sea el cerebro, aunque haya trastornos materiales que hayan incidido sobre esa máquina de reloj. Por ejemplo, yo veo un tumor como desintegración material. Pero ¿qué quieres hacer para alguien que tiene delirios religiosos? ¿Para una madre que está rota, porque al dar a luz a su niño este estaba muerto? No solo estás ante la desintegración material, sino sobre todo ante la espiritual, y ¡es por esta que nuestra sociedad perece!

—Continúa.

—Te digo que el alma ha comenzado a desintegrarse. Y eso es así con todas las enfermedades en la tierra. ¡Somos nosotros mismos, Hans! Naturalmente, hay chapuzas materiales, personas que destruyen el fruto, pero hemos de regresar a la primera desintegración. Si la materia ha conocido el estado nebuloso, ¿no será entonces que también el alma lo haya vivido? El hombre no ve a su Dios. El ser humano lo quiere ver y poseer todo completo, piensa y pregunta: “¿Por qué no acabó todo según Sus conceptos, Su Omnipoder?”. Pero, Hans, ¿qué éramos nosotros antes de que comenzara esta “creación”? Mira hacia atrás... y te verás ante tu propia desintegración. Creo que ahora estoy poseído, pero si hago una comparación, entonces sé que ahora vivo; solo poco tiempo atrás era un muerto en vida. Veo mi propia utilidad y te aseguro que no había pensado que fuera tan sencillo, aunque a veces esté a punto de desfallecer, pero eso no ocurre, Hans; otros desfallecerán, ¡yo no!

La naturaleza me ofrece un asidero. No te puedo aclarar todo, pero créeme cuando te digo que reboso de energía. Desde luego que la naturaleza quiere ser un libro abierto; bueno, yo lo leo. Cada página es aún más hermosa que la otra. Oh, Hans, cuando llegues a conocer a la Madre. ¡Te hace perderte a ti mismo! Pero, después de leerlo, te preguntas qué hay detrás. De inmediato te ves entonces ante millones de problemas que no lo son, sino que son con-

strucción natural, por extraño que te llegue. El alma despierta en la madre. Cuando nace en el organismo humano, se encuentra ante el siguiente paso. Pero lo sabes: hubo un tiempo en que la tierra la habitaban seres humanos prehistóricos; nosotros, y eso lo doy por sentado, vivimos una vez en las selvas. Y a partir de allí empezamos nuestra existencia humana, descubrimos Sus leyes, que fuimos habitando como un pequeño castillo, y en el que ahora se nos concede contemplar la podredumbre de nosotros mismos. Aún no lo sé, pero ha habido cambios para bien, estamos despertando. Solo la primavera universal nos brinda comprensión, pero Adán y Eva no sabían de eso. Antes y ahora, Hans, ¡es un solo mundo! ¡Lo que éramos antes lo somos ahora! ¡Solo hay vida! ¡Ascenso y despertar! Lo que antes era nebuloso ahora tiene un poco más de luz. Lo que antes era una ciénaga se ha convertido en una ciudad. Lo que antes eran seres humanos con instintos animales se han convertido ahora en expertos que lo desmenuzan todo. Lo que una vez fue creado de forma consciente y saludable nosotros lo hemos asesinado...

El alma trabaja consciente e inconscientemente en sus propias creaciones. Todavía no tengo fundamentos, pero lo que siento está adquiriendo seguridad. No hay otro camino por donde transitar. El óvulo en la madre se abre y comienza el proceso de crecimiento... es el primer inicio, cuando los planetas comenzaron su tarea.

—¿A dónde vas, Frederik?

—Hacia aquello a lo que pertenecemos. Siento que me estoy haciendo espacial. Ustedes ven (vosotros veis) todo, lo observan (observáis) todo desde un pedestal. Te quedas de pie, no descendes ni te elevas, pero yo sí que camino por el espacio y ya no me siento material por más tiempo. Yo vivo todos los días mi órbita con la tierra y veo que todo va bien. Pero ¿no comprendes, Hans, que los seres humanos vivimos en un espacio? ¿Que la tierra es espacial? Primero he de conocer los cimientos de nuestra vida, entonces los del reino animal, de la naturaleza, y después me despido de este mundo, con la esperanza de que se me conceda poder conocer la vida del espacio. Ya hablo con el sol y la luna. Hablo con el viento y me pone un espejo delante. En él ves máscaras, tu propia existencia y a dónde te lleva esta. ¿Que si son majaderías? Te lo puede confirmar hasta un niño... pero entonces ese niño ha de poseer algo de lo anormal, o sea: ¡estar loco! Solo entonces te encuentras ante la realidad, porque una persona sana no posee vida, esa no atraviesa con la mirada la máscara de este “siglo”, ¡para eso hay que estar dispuesto a perderse!

Te digo, Hans, que el sol y la luna conocen el secreto. Ahora tengo que encargarme de sentir esas vidas, de ser lo mismo que en lo que se convirtieron para mí. ¡Eso es todo! ¡No hay nada más! Solo después comprenderás el pan nuestro de cada día...

Me callo un rato, y después, cambiando repentinamente de tema, alzo la

copa y digo:

—¡Salud! Me ha entrado sed... y necesito animarme con una copa. Tú si que entiendes de lo que es un buen vino, he de reconocerlo (—digo).

Hans piensa... sabe pensar, pero estoy cansado... desde luego que no sé por medio de qué recibí todo esto. De pronto sentí que mis puertas estaban siendo abiertas. Eso me da la buena esperanza de continuar. Cuando René quiera, cuando su vida me sea revelada, ¡podrá comenzar el juego!

Después de un breve silencio, Hans pregunta:

—¿Todavía quieres responder algunas preguntas, o estás demasiado cansado?

—Pues adelante. Pero sé breve, doctor.

—Por Dios, no pienses que para mí eres un objeto, Frederik, al contrario. Mi primera pregunta es esta: Cuando el alma llegó por primera vez a la tierra, ¿tú no crees que estaría deformada?

—No, seríamos tan blancos como cristales, tan cristalinos, quiero decir... ¡Ahora somos turbios, estamos descoloridos!

—¿Nos enviaría Dios a la tierra con defectos?

—¡Ya te dije que eso es imposible! ¡Creo en Él como un Padre de Amor!

—¿Tú crees que esta tierra será destruida, tal como nos enseña la Biblia?

—Cómo puedes expresar semejantes pensamientos, Hans. ¿No crees que el Antiguo Testamento se está escribiendo de nuevo? No, eso es imposible, ¡la tierra finalizará su viaje! Ahora me da risa esa creencia, esa charlatanería eclesiástica.

—Pero ¿crees firmemente en un Poder Supremo?

—¡Eso ya lo dije!

—¿Acudes a alguna iglesia, Frederik?

—No, allí ya no aprendo nada. Te digo: antes me sentía vehemente... ardía por dentro, pero ese fuego lo han ahogado. Creo en un Poder Supremo, en un Dios, pero ¡no en uno que condenará!

—¿Por eso diste el paso de abandonar?

—¡Salí corriendo para no volver nunca!

—¿Cómo ves ese Poder Supremo, Frederik?

—Supongo que haces estas preguntas al margen de tu ciencia.

—Por supuesto, te las hago como ser humano a ser humano.

—Veo ese Poder Supremo por medio de las revelaciones materiales, Hans. Naturalmente, tenemos que aceptar Su alma y espíritu, porque por medio de estos surgió Su personalidad.

—¿Y se puede sentir ese Poder Supremo, Frederik?

—A Él lo veo como un millón de kilos de sentimiento, de los que he asimilado ciento cincuenta gramos. Pero continúo, llego a conocer las leyes, prosigo a través de la vida y la muerte, Hans, ¡hacia el Infinito!

—¿Has determinado, Frederik, que Dios es una personalidad?

—¿No es un árbol una personalidad? Todo posee Su espacio, Su entidad, aunque eso apenas sea visible. Cada vida material, con la parte emocional de Su ser que vive en ella, lo representa a Él.

—¿Determina ese Omnipoder nuestra vida?

—No creo, Hans. Me parece que somos nosotros mismos quienes determinamos esas leyes, después de que las recibiéramos antes como leyes de la naturaleza. Dicho de otro modo: las recibimos en nuestras manos. ¡Dios nos las regaló! ¡Es entonces cuando empezó!

—Pero, eso no querrá decir que todo esté trazado de antemano, ¿no?

—Siento lo que quieres decir. No. Así no es, así no puede ser. Que nuestra vida se descoyunte, que padezcamos enfermedades y miseria, y que aún así estemos sintonizados con Dios, hay que achacarlo a nuestro estúpido comportamiento. Ya te dije: desintegramos como almas, como seres humanos padecemos esa miseria.

—¿Y eso piensas cambiarlo por medio de nuevas vidas?

—Eso pienso, sí. No hay más que una sola posibilidad: ¡volver a Él por medio de muchas vidas!

—Así que...¿reencarnarse?

—¿Hay otra cosa, o algo mejor?

—¡No lo sé! Pero ahora otra cosa. ¿Qué piensas de René?

—¿Cómo ves tú al niño? Tú eres el experto. Oí de Anna que has realizado un examen, junto a Karel. ¿Qué viste, Hans?

—No vi nada especial, Frederik. Sí que he llegado a la conclusión de que el nacimiento fue difícil, para el niño, al menos. Igual que vosotros, yo también observo esa cabeza grande, aunque hay cambios. Karel está impotente, yo también. Todavía no lo sé... primero quiero esperar un poco. No es posible establecer ya ahora un diagnóstico claro. ¿Crees tú, Frederik, que René es normal?

—Es lo que te pregunto yo, Hans.

—Pues no, yo creo que ¡no! No hay trastornos espirituales.

—¿Visto según normas materiales, Hans?

—Las cosas como son: no conocemos otra manera, Frederik. No se le ve nada que pueda indicar una anomalía. Lo he hablado con Van Stein, Ten Hove y Van Hoogten. Ellos también están ante un acontecimiento natural. ¿Síntomas? ¿La cabeza demasiado grande? Karel ha hecho el ridículo.

Yo no lo veo así... ¡René está enfermo!

—No lo dirás en serio, Frederik.

—Ya lo verás... pero no lo vayas comentando.

—¿Ya hay síntomas?

—Materiales y, además, espirituales.

—Es incomprendible..., pero yo para mí no lo sé, yo pongo mis cartas encima de la mesa.

—Gracias, Hans, si no lo hicieras, ya no me volverías a ver. René está enfermo... luego verás los síntomas, pero ¿después...?

—¿Qué después?

—Todavía no lo sé... Quizá haya revelaciones. No puedes calarlo, pero hay una intención detrás de todo... hasta el nacimiento de un loco.

—¿Así que tienes seguridad para ti mismo?

—Tengo suposiciones, Hans, que me dan pie a seguir pensando en esta dirección.

—Entonces pasará mucho tiempo todavía, Frederik, eso ya no lo viviremos.

—Te comprendo, pero ahora no pienso en Dios, sino en René.

—Hombre, que difícil te estás haciendo, qué sarcástico eres, Frederik.

—Es que es muy de cajón, Hans, porque puedes ver que René es atrasado.

—¿Ahora ya?

—Si puedes ver detrás de su máscara, ¡lo verás!

—¿No será que te aferras a Erica, no?

—¿Tan torpe me consideras?

—Me quedo a la espera, Frederik,... no veo nada especial, te lo digo honestamente.

—Lo que para el adulto son líos infantiles, Hans, va a ser edad adulta para el niño en cuanto despierte para ello, y reciba por medio de eso la vida.

—Es demasiado abstracto para mí.

—Es posible. Aquí sopla un viento cósmico... que llega directamente del espacio... Pero está centrado en nuestra vida, ampliará nuestro espíritu.

—Explicáte mejor, Frederik.

—¡Luego! Aún no he sentido sus rachas, pero vendrán. Erica las oye como gruñidos de osos, como aullidos de chacales... ya están a su alrededor. Pero Anna vuelve a ahuyentarlos por la puerta y yo aporto lo mío.

—¿Dejas constancia de todo esto, Frederik?

—No lo sé, Frans.

—Hombre, descríbelo. ¡Se me hace que esto se va a convertir en un drama científico!

—Pues es posible, primero tengo que pensar sobre ello. A pesar de ello, ya estoy imaginando las figuras y cada de una de ellas ya tiene su propio papel...

De pronto reí y él preguntó sorprendido:

—¿Qué es lo que te divierte tanto?

—Todas esas figuras, Hans.

—Entonces ya lo sé. Seguro que entonces seré yo el que no es feliz.

—No creo en tu clarividencia. No creo que tú poseas el sexto sentido. Si

fuera así, entonces sabrías que no deberías habitar este castillo.

—A ver, sigue con esto.

—No predigo el futuro, y tampoco veo nada en él. ¡Tendrías que haber sabido esto, Hans! Te reto, sin embargo, a apostar. Yo digo: René está enfermo. Tú dices: ¡Imposible! ¿De acuerdo?

—Acepto tu apuesta. Nosotros, los expertos, frente a un profano, porque ese es tu propósito, ¿no?

—Como quieras... nos quedaremos a la espera.

—¿Qué es lo que te hace estar tan seguro, Frederik?

—Estoy contagiado por esta vida.

—¿Es capaz un bebé de contagiar a un adulto?

—Parece que sí, Hans, yo antes tampoco era capaz de imaginar que fuera posible, pero ahora he cambiado de idea, y sé que los “locos” pueden decir cosas normales y que ¡a veces saben dónde despertó el comienzo!

—Ya no te das, Frederik.

—Ese es el límite, Hans... ¡hay que esperar! Yo no tengo nada que ver con diagnósticos... que no se te olvide eso. ¡Yo lucho por ampliación!

—¿De modo que tú crees, si te entiendo bien, que René es un discapacitado mental?

—René está enfermo... es una enfermedad que supera a todas las demás. Padece... ¡un arte!

—Te alejas mucho más de mí, Frederik, ¿por qué lo haces?

—Porque aquí se separan por el momento nuestros caminos. ¿No lo sientes tú mismo?

—¿Tengo que pensar que te agarras a un clavo ardiendo?

—¿Ves? Los expertos siempre son así, Hans. Una advertencia más... y si no te atienes a ella, me voy. Si no me ves como a una persona normal, tendré que desaparecer de tu entorno. No tengo nada que ver con tu facultad. Si me consideras como un “caso” e intentas probar tu erudición conmigo..., me iré. Esto que es tan natural tienes que poder razonarlo al margen de tu universidad. Para ello no hacen falta palabras doctas. Lo que para ti es un nombre, para mí ¡es una ley! No hace falta que te asustes, Hans, pero quiero poner las cartas encima de la mesa: no quiero verte como a un experto; si hacemos eso, ¡jamás llegaremos!

—Ya no lo olvidaré, Frederik, me arrepiento.

—Luego, cuando seas catedrático, Hans, te lo podrás permitir. Y es lo que vas a ser... Tienes cabeza para eso, y sobre todo el sentimiento, en este contexto tu cerebro no significa nada.

—¿Lo crees? ¿O ya lo sabes?

—¡Creo que es así! Los tejidos, grandes o pequeños... viven y empiezan a funcionar cuando para ello está presente la palabra animada como un im-

pulso espiritual.

—¿A ver? Dilo otra vez.

—Lo he perdido, Hans... Vino y se fue, sin dejar nada atrás. Cosas así nos vienen una sola vez.

—¿La inspiración?

—¿Qué es inspiración, Hans?

—No lo sé.

—Lo que un loco diga de ello es inspiración. Así que no te toca culpa.

—¿Estás empezando a hacer conmigo igual que haces con Karel?

—No, jamás, pero con Karel no hablo tanto, ese no me brinda credibilidad, para él su vida es inspiración... empuje, ¡naturaleza normal y corriente!

—¡Gracias!

—Lo creo con gusto.

—Dios mío, Frederik, ¡qué ocurrente eres!

—No te creas, Hans, ahora vivo bajo las flores recién abiertas.

—De modo que sí... a pesar de todo... “inspiración”. Karel, cómo es posible.

—Te digo, Hans, y esa es mi última palabra esta noche, porque veo que ya es muy tarde: igual que que tú te harás catedrático, así de cierto es que René está enfermo. Esa es mi predicción.

—Entonces los Wolff se irán a pique.

—¿De verdad crees eso...? Te digo: esos no perecerán, al menos no como queremos decir ahora. Ellos no, son demasiado lelos para eso. Pero tú sabes que los quiero, no obstante.

—¿Lo soñaste esto?

—¿Tú crees, Hans, que en los bosques viven gnomos?

—Me despiertas tanta curiosidad, Frederik.

—Merece la pena, Hans. Pero tenemos que esperar, entiendes, porque lo que ahora no es más que curiosidad tuya, luego será cólera... ¡Ojalá entonces sepas lo que haces...!

—Tienes razón, eres un milagro para mí, no quiero perderte por ningún castillo, Frederik.

—Pues entonces diremos que está bien. Por cierto: todo lo que al mismo tiempo pudiera explicar el amor. Añado a ello: el amor de un hombre no tiene nada de femenino... cuando el hombre se olvida de sus propios dolores de parto.

—Tu metáfora es perfecta, Frederik.

—Eso lo dirás tú, para otros soy un loco. Si leyeras mis primeras páginas, mis primeras notas, te quedarías de piedra de los disparates que suelto allí. Y claro que tuve que cambiar algo en eso. Pero te digo, Hans: empiezas a pensar espacialmente, te separas de las frases corrientes y molientes, que en

el fondo ya carecen de valor para nuestro tiempo. Creo que el libro está empezando a ser demasiado profundo... pero ¡te enseña a pensar!

—Por Dios, no vayas a convertirlo en una futilidad. Sigue siendo juguetón, Frederik, cúbrenos hasta las orejas, pon nuestro yo sobrenatural delante de una bomba y abre el grifo. Caray, ¿de dónde saco esas cosas?

—A ti mismo te da risa, Hans, y te asustas. Ahora ya ves que es posible. Anna lo llama “sueño”. Dice que puedo hacer que la gente se duerma.

—Es curioso. ¿Nunca has hecho hipnosis, Frederik?

—¡Ya me lo imaginaba! Cuando te pones a actuar de forma natural eres un faquir. Pero ¿es que no sientes, Hans, que el loco lo eres tú? ¿Es que no comprendes que toda tu gente es normal, y que tú, como médico suyo, estás en el manicomio y que les estás tomando el pelo?

Hans se ríe. No creo que alguna vez haya tenido semejante ataque de risa. Se ríe con vitalidad y ganas: esa risa que es medicina divina para los nervios humanos. Dice:

—Tú me has tocado, Frederik. No pensé que existiera, ahora creo en la telepatía.

—Yo lo veo de otra manera. Es estar desnudo, Hans, hace un momento te desvestiste.

—¿Cómo dices?

—Estabas desnudo delante de mí.

—Explícame eso, Frederik. ¿Qué quieres decir en realidad?

—Es sencillo, pero tienes que poseer espacio. Cuando te quitaste la chaqueta estabas abierto a mí. Ahora sigue la desnudez, el ser uno de la gente, el ser uno de sentimiento a sentimiento. En ese instante mi viento sopló hacia tus adentros... mi sentimiento incide en ti, por medio de eso dijiste algo. ¡No hay mas! Se te cayó la máscara. Ahora eres como un niño, preparado para esta unión de alma a alma. ¿No quieres más de este amor extraordinario?

—Tú podrías darle muchísimo a una mujer, Frederik.

—Vaya, eso pensabas. No creo que ella quiera esta desnudez. La mayor parte de las mujeres van muy abrigadas. Sé lo que sientes, Hans, pero yo tampoco conozco eso todavía. Le tengo miedo, de verdad, no lo deseo. Es demasiado imponente para mi vida. Prefiero esperar hasta ver mi otra máscara, pero ¡entonces estaremos viviendo en el año 2000...!

—Ya no te conozco. Pero ¡para mí es un idioma bueno! Espera, tomemos otra copa, Frederik, eso es bueno para tus nervios.

Quedamos en que pronto iré a ver a sus locos.

Me entró un gran deseo, pero ofrecí resistencia, aunque yo sabía que se abriría otro mundo. Me despido y Hans, el soberano, me acompaña hasta la salida. Se me queda mirando cuando me voy, y tengo la sensación de estar dejando atrás a mi novia, tanto anhela Hans mi amor. Es un buen hombre,

tiene la naturaleza de un perro, pero eso me hace feliz. ¡Me gustan los animales!

Sentía yo que tenía que prepararme para esa visita. ¡Tengo que armarme contra ella! Una vez en casa, después de pasear una hora, me acosté para ir a dormir. ¿Quién fue el que se me acercó? ¡En mi sueño vi la “Señal de la Cruz”! Si hubiera sido católico el golpe me habría hecho perder el equilibrio, pero ahora lo aceptaba, como si montara en mi caballo, con el pensamiento de que el “Dios de todo lo que vive” hace cosas raras. ¡Suelen ser de tal modo que a nosotros, los adultos, nos dan sustos, porque durante el día dormimos! ¿Sientes la piedra de tropiezo? Esa cosa la vi, pero no tenía bordes filosos.

Soñaba, pero seguía reflexionando. Entonces Él me prendió con unos alfileres algunas joyas en mi chaqueta y supe que había hecho un buen reparto de mis primeros recados. Gracias, dije en voz alta, ¡mañana seguiré! ¡Entonces llegó el sueño normal! ¡Creo que ahora estoy listo para la siguiente máscara! Pero ¡ni cinco minutos después vi que me habían engañado!

¡Cómo es posible!

¿Te parecen sobrenaturales los locos, Frederik?

Cuando el hombre habla de sí mismo, lo oyes tratar asuntos sobrenaturales y entonces hace como que piensa que tiene “el cielo y la tierra” en su bolsillo, entonces te surge la inclinación de decir: ¡Loco de remate...!, a ese le faltan cincuenta, es la palabrería de un fantasioso. Adiós ser humano, la personalidad está siendo quebrada, mancillada, engañada, porque uno no entiende a ese ser humano y lo toma por antinatural, ¡porque eso no existe! No es posible eso, gente así no vive en esta tierra. ¿Y no tiene razón el ser humano lúcido? Así que sé, cuando se trata de asuntos sagrados, que hasta un psicópata se rebela, creyendo ver detrás de tu máscara. Es la peor batalla que podemos librar los seres humanos; así ya ha sido desde el origen de la humanidad. Cada uno quiere representar lo “absoluto”, defender al Dios propio, lo conozca o no. Si tocas la palabra Dios, aunque estés ante una conciencia porcina, una intuición conejil, unos sentimientos de pato, una mentalidad de borrego, te juro que si empiezas a hablar de Dios y Sus leyes, sobre fe y amor, justicia y creación, entonces de repente estás ante una lucha de vida o muerte y habrá víctimas. Un poco después verás que estabas ante un fanático religioso y comprendes que has despilfarrado todas tus fuerzas, que no valía la pena. Ahora estás ante los hechos. Un alma orante de esas ha sido engañada por Él, este canalla pegó a este niño ciego como un topo, y entonces tienes compasión por toda esa gente que cree que tiene que hacer algo para su Creador por su propia cuenta, porque todo el mundo lo hace y porque quiere vivir y morir para Su Padre. Claro que no hablo de la ralea que no lo mira y que vive sin orden ni concierto.

Así pensaba yo cuando ayer me engañaron. Pero no nos adelantemos a los hechos.

Así que vi la Señal de la Cruz... y fue, además, durante un sueño antinatural, un sueño que te hace consciente, en el que puedes ver y pensar. Y sabes a lo que me refiero. Primero me pregunté: ¿quién me muestra esto sagrado? Pienso saber que la “Señal de la Cruz” siempre ha existido, también antes de que Cristo estuviera en la tierra. Supongo que esta señal solo le pertenece a Él y que por eso se considera por descontado como un acontecimiento sobrenatural cuando lo perciben ojos humanos. Aunque yo no lo pedí, me llegó, pero un poco después tuve que aceptar que me habían vuelto a vender gato por liebre, y encima uno que estaba contrahecho. Tenía que haberme asustado, pero me reía a carcajada limpia, porque ¿qué veía? ¿Qué experimentaba?

Me había acostado de espaldas, con los brazos tendidos junto al cuerpo, que es como mejor descanso. Me había quedado dormido y empecé a soñar.

De pronto, en el fondo me llegó de forma cautelosa —porque ha tenido que construirse de antemano— vi la Señal de la Cruz. Poco después sufrí una sacudida y estaba completamente despierto. Entonces me dio la risa, pero empecé a pensar; en realidad estaba viendo pasar el mundo entero; vi a miles de personas, que igual que yo habían buscado el Dios de todo lo que vive, y que por ello se habían perdido a ellos mismos. Se me fue construyendo el final para estas almas. Pero entonces vi a Hans y alrededor de él a todos sus deficientes mentales, a todos sus locos. Lo primero que pensé entonces fue: veamos si yo mismo no estoy también entre ellos, pero no me encontré.

Ahora mira la señal... Miro a la ventana. Entra un rayo de luz, como medio metro más abajo hay una barra de cobre, que ordena las cortinas. Estas se desgarran en ese punto; es algo que no entiendo, pero que para mí estableció el milagro callejero. Pues eso era la Señal de la Cruz. ¡Por una farola en la calle! De pronto me encontré con ambos pies en el suelo y entonces comprendí el peligro que corría. Volví a acostarme para descansar y reflexionar.

De inmediato pensé en Hans. Lo oí decir: cuidado, Frederik, no te pierdas, lo que haces es mortalmente peligroso. ¡Y así es! Pero ahora el funcionamiento de una farola de esas.

Fue le rendija por donde me iluminó la luz, cayendo justo en mis ojos. Estoy acostado en la cama con mi cara hacia ella. La luz del día va incidiendo en mí poco a poco, y la adopto en mi sueño. Lo estoy viendo, sí, un poco después veo que se me están prendiendo medallas en el pecho. Dije: “¡Gracias!”. Desde luego, una prueba de que yo aceptaba todo y de que estaba sintonizado con ello, que me hacía bien. Lo combiné de inmediato con mis recados, con mi naturaleza de repartidor de cartas y pensé: ‘Estupendo, mañana sigo’. Directamente después el hecho a secas e inclinar mi cabeza ante la verdad.

Me pregunté: imagínate por un momento que yo fuera católico, que me confesaba y que aún escalaba el altar para recibir la gracia divina; estoy más que convencido de que me habría declarado santo. No digo nada de mis católicos, Dios me libre, ni un átomo de mi cuerpo piensa en decir algo feo sobre ellos. Mi opinión es que todos nosotros somos hijos de un solo Padre y que todos también tenemos razón. Pero hay una cosa que me tomo muy a pecho: ya no creo que Dios vaya a condenar a Sus hijos. Pero ya estarás sintiendo a dónde quiero ir y lo que tiene importancia para nosotros. Un espiritista, por ejemplo. Te aseguro que ese mismo hombre o esa misma mujer al día siguiente ya le habría dicho a cualquiera que se le había aparecido Cristo y que le había dicho: “¿Me ves? Ve y haz Mi trabajo”. Y allí va, pues, esa vida, atropelladamente por las calles de la ciudad, con la cruz en el pecho, arrastrando ráfagas de incienso, con los ojos anegados, llorando día y noche por todas estas cosas sagradas, hasta que llega el final: la clínica psiquiátrica

de Hans, o toda esa larga vida sentada delante y detrás de esta crucecita: soledad, una sábana blanca, santificación, pero para muchos ¡completamente demente! ¿Cierto o no? Y ahora estamos ante el católico al que contempla su pastor u obispo y que recibe palabras sensatas. Se le reprende, se le aconseja paternalmente: ahora con cuidado, no lo estropees todo. Lo sé por experiencia y puedo alzar la mano por ello. Algo así ya lo he vivido antes. Quiero decir que un católico de esos tiene un mejor asidero con ello que el espiritista desbocado. Eso no lo hace un teósofo, es incapaz de hacerlo. Esta persona es diferente y está más avanzada, aunque los últimos años se haya cubierto con perifollos, igual que las demás sectas. Vi a todas esas personas desmandadas, las miraba, las seguía en todo y pensé: ‘¡Cuidado, Frederik, o tú también irás a la cárcel por estafador!’. ¡Y eso me costaría la cabeza!’.

Todo eso me lo tomé muy en serio como una advertencia, que no me costaba nada de nada, porque la recibí de una farola común y corriente.

De modo que recibí un tirón de orejas por una casualidad. Estaba muy agradecido por ello, y de inmediato sentí el increíble peligro para mí mismo y los demás que me han aceptado como a un amigo. Reflexioné, mucho tiempo y de forma implacable conmigo mismo, y registré ganancias. Lo considero como una preparación, el llegar a estar preparado para esas otras máscaras, entre las cuales vive y trabaja Hans.

Me dije: no es necesario que tengas imaginación, las alucinaciones te conducen al precipicio. Y adiós a mis perifollos. Pero ahora tenía que aceptar que en realidad las deseaba. Me encontraba desnudo y eso era necesario, porque había sentimientos en mí que estaban abiertos a la vanidad y a los que agradaba halagarse a sí mismos. Y esos pensamientos o sentimientos procedían directamente de mis deseos, adoptaban directamente mi yo diurno, y mira: Frederik paseaba cubierto de una máscara, sacaba los codos, no había nadie que pudiera atravesarla. Era yo, mi estúpido y torpe yo, quien había percibido esa “crucecita” y experimentado su sacralidad. Y esa cosa no se preguntaba en mi interior: ¿Por qué la merezco? ¿Se tragaba esa sacralidad así que yo me colocaba sobre un pedestal! Gracias a Dios me arrojaron de él al instante, si no toda mi doctrina, toda mi búsqueda de la verdad, habría sufrido en ese momento un golpe irreparable para siempre, tendría que haber seguido masticándolo y haber aceptado más tarde que la polilla antinatural habría destrozado todo el tinglado a bocados. Estaba encima mismo y ni siquiera lo veía.

¿Comprendes ahora que me han empezado a gustar las farolas? Una de ellas causó una revolución en mi pensar y buscar. Si mi alma no hubiera sido tan sensible, entonces esta luz nocturna no habría podido hacer parpadear mis ojos, pero eso es lo que ocurrió. Los rayos de esa luz siguieron iluminándome, penetraron incluso hasta en mis sueños, y mira: la Señal de la Cruz me llega mientras duermo. Esa luz callejera era más fuerte que yo, me tomó por

sorpresa, me dejó ver y me hizo feliz. Pero ahora la mística de este incidente tan normal.

¿Sientes ahora que cuando como seres humanos estamos separados de nuestro propio yo, cuando nos hemos perdido, que podemos vivir otras cosas que entonces son regaladas a tu vida, sin más? Ahora puedes comprender que yo, que estoy perdiéndome, estoy abierto a otros pensamientos. Si aún fuera yo mismo, entonces ya no sería cuestión alguna de “recibir”. Entonces no estoy abierto a ello. De modo que así recibo enviados todos mis pensamientos, llego a ver imágenes, que tú tal vez llames visiones, pero que para mí son la voz que posee la “claridad inmaculada” y lo absoluto, que nos muestran a los seres humanos lo sobrenatural, por lo que al final esta humanidad despertará. A eso Hans lo llamaba “inspiración”. Erica también, eso le hacía tocar como nunca antes; pensé entonces por un instante que estaba poseída por Franz Liszt, como sí el mismo se hubiera puesto delante del piano, pero un poco después suprimí por completo ese pensamiento, es decir: cuando se manifestó a mi vida lo bestial.

Lo llamé “la voz para lo absoluto”, para “la inmaculada claridad”. Es imposible que sea más pura, pero hay que estar abierto a ella y conservar la conciencia intacta, lo más natural posible, de lo contrario uno mismo crea la alucinación, ¡enfrentándose a su propia fantasía que más tarde le decapitará, le desnucará! Pero cuando puedes perderte a ti mismo, cuando estás dispuesto a confiarte a un yo mejor y más elevado —créeme, ya has podido verlo, seguirlo— entonces obtendrás verdad, entonces no te estrellarás, pero entonces no ha de haber nada más en ti que se abra al ruido, a la pedantería, o sea, a la soberbia, a la altanería espiritual; si no te quebrarás, ¡tarde o temprano! Te tropezarás, irás directamente al delirio religioso, ¡te dará la locura! Y es contra eso que se me advirtió ahora. Lloré como un niño feliz. Y para demostrar que soy feliz, hoy enviaré mil florines holandeses a una institución que suministra algo de bienestar a los pobres, que da de comer y beber a los necesitados, para lo que yo también apporto de vez en cuando mi granito de arena. Estaba tan agradecido —y todavía lo estoy— por mi farola en la calle que allí, delante de mi casa, adquirió una personalidad que un ser humano no posee, porque un cacharro de esos de hierro sin vida no piensa como nosotros. Para no caer en lo anormal no hago nada, pero me gustaría dar un nombre a ese cacharro y ponerle un moño, regalarle una condecoración que había imaginado para mí mismo. Seré amable, saludaré el cacharro todos los días, mostrando así mi gratitud, aceptando el conjunto como un camarada, porque el acontecimiento abrió una gran brecha en mi alma. Madre mía, ¡cómo me asusté en realidad!

Entonces pensé en toda la gente que se echó a correr antes que yo para sacar del fango a esta humanidad podrida. Pensé en todas aquellas personas que

obtuvieron sus santidades y que las vendieron a cambio de asuntos divinos, o que las repartieron sin más, por lo que se consiguieron aún más santidad, pero una que para mí no significa nada, porque la vida en la tierra también tiene sus exigencias. Alguien ve a “María” y su efigie es imponente, ¡fabulosa! Si es cierto, tengo un respeto sagrado por ello, pero ahora me pregunto: ¿No será que aquella mujer tan solo vio la luz de una farola por una rendija? ¿No habrá intervenido en su aparición una farola? ¿Fue solo luz puramente divina? ¿No hubo nada de ella misma?

¿Ves? Me llevó a reflexionar hondamente. Y cuando mantuve una conversación mental con ese ser humano, me encontré ante una persona que estaba loca. Vi a un ser que padecía un delirio religioso; por esta santidad murió el niño. Esta alma completamente normal se disuelve entera... en estiércol, en lodo, con el que nadie en su sano juicio quiere tener que ver nada, ¡porque allí apesta!

Para mí fue una mano levantada con “dos dedos”. ¡Cuidado, Frederik! Si no quieres que te engañen, ¡acepta, pues! ¡Mantén tu pensamiento normal bajo el surtidor divino, para que Él te pueda refrescar cuando lo quiera! Es ahora cuando tienes que mirar a esa fuente, esa agua vital, y además al hombre que se hace pasar por Dios, porque no creo que Él se meta en semejantes asuntos. Entonces vi una máscara, una jugada diabólica, alguien satánico que me quería refrescar para luego verter su baño lodoso por encima de mí. Porque el comienzo siempre es bueno, el final es una locura, la completa falta de pensamiento y sentimiento humano, ¡majaderías!

Deduje que aún estaba abierto en un diez por ciento para esa adulación espiritual, para esa caza de condecoraciones, para esa chaquetilla divina.

Se han erigido tantos sistemas. Llegaron centenares de profetas para dar a la gente los bienes de su “Padre”. Más tarde resultó que no solo habían puesto pies en polvorosa con la caja, sino que tampoco habían comprendido en lo más mínimo su verborrea en el espacio, que habían vendido a buen precio como si fuera sabiduría sobrenatural. Entre ellos había algunos tachados de impostores, otros iban al manicomio. Ninguno de ellos había visto bien sus rendijas, pero sí las habían aceptado y colocado como sagrados milagros en su florido jardín. ¿Ves su universidad? Ríete de sus necedades, pero no te olvides de que hubo miles de personas que sucumbieron por ello.

Ahora te digo que no soy un velocista espiritual, ningún iluso. No me hago imaginaciones de ser una persona extraordinaria, para eso soy demasiado lúcido. Pero te juro que estoy abierto para asuntos veraces y que quiero entregar mi vida a ellos. No soy un hombre que se coloque una corona en la cabeza, los pedestales debajo de mí los rompo a patadas. No me gustan los ornamentos, no deseo esas cosas, pero ¡anhelo saber!

No soy hombre que acepte una limosna, prefiero conseguirla trabajando,

quiero ganarme el pan honestamente.

Por medio de eso vi a todos aquellos otros. Los vi delante de mí envueltos en una sábana blanca. Me dan asco los adeptos que ven en su maestro a un santo, que quieren velar por su personalidad porque este mundo es demasiado duro para él... Prefiero adentrarme en esta sociedad podrida y participar en ella. Quiero aprender y comportarme de lo más normal. Cuando un santo de esos yace en su cabaña difundiendo desde allí su sabiduría por todo el mundo, a mí eso no me parece un mérito, sino miedo, insignificancia, porque veo que estos tipos desconocen la dura vida de la ciudad. Qué fácil lo tienen... Tienes que hacerlo así o asá, pero ¡ellos mismos quedan al margen de cualquier peligro y se hacen los santos! Vuelvo a decirlo: me dan asco estas personas sagradas en cuanto las comparo con Él. ¡Ahora se cae todo! Él marchó descalzo a la intemperie. No le hacía falta un cigarro... Yo sí, mi purito me sabe bien, pero es que tampoco ya me doy otros aires, mi desnudez es igual que la de un pollo recién desplumado. Vi a través de todos estos grandes y entonces me pareció que debían ir primero a Jerusalén para averiguar si el gallo tal vez sí cantaría para ellos. Ya lo oía... y ¡cómo...! Y los vi marchar y lo supe: allí van, ¡uno por uno se partirán su precioso cuello!

¿No los conoces?

Lo comprendo, Hans me mataría si luego tuviera que aceptar que yo fuera un loco de esos, que había tratado con tanta negligencia su vida. No soy el tipo de hombre que engañe a otro. Por eso doy las gracias a todos por mi toque, ahora estoy avisado ante miles de cosas.

Prefiero primero partirme yo mismo la nuca antes de empezar a dejar que otros caigan en la trampa. ¡Prefiero tener una muerte violenta que vender majaderías! ¡Yo no meto la pata! Corto directamente los lugares enfermizos de mi corazón, me doy a mí mismo una buena paliza, porque he aprendido que de todas formas no puedes escaparte de ello. Tarde o temprano te encuentras ante tu propia descomposición, y entonces has de aceptarla, con la triste consecuencia de que ya no posees un para adelante ni un para atrás.

Siento demasiado amor por el ser humano y todo lo que vive. No cometo estupideces de forma consciente, solo soy un sencillo repartidor de cartas. Y ya lo viste: con eso también puedes romperte la nuca. Mi intención no es que por culpa de mi búsqueda y mis palabras la gente termine condenada, estoy hecho de otra pasta. Mi sombrero Stetson está de medio lado, y así seguirá, nadie en absoluto tiene que ver en mí que fui tocado por lo sobrenatural y que esto me abrió las puertas de par en par. No quiero saber nada de ruido espiritual, ni con alturas, yo suprimo la adoración humana. Pero quieras o no te preguntas: a dónde quiere llegar ese tipo, ¿verdad?

Pues bien, todo esto lo he hablado conmigo mismo y ahora lo considero como la preparación para luego, para Hans y sus locos, pero sobre todo para

más tarde. Pero ¿es que no sientes que lo que ocurre es que estamos perdiendo nuestras propias piernas? Y eso ya es posible por una crucecita de esas, dibujada en una ventana por una farola. Y ¿qué pasa con la realidad? No quiero ni pensarlo, pero ¡he avanzado un buen trozo!

Si te caes, no es como hacerlo de un caballo, sino una de la que no te recuperas ni en mil años. Das un tumbó increíble, incomparable con ninguna otra miseria en este mundo, ¡aunque estés afectado por la lepra! ¡Es así de terrible! ¡Y aun así estos poderes y estas fuerzas sobrenaturales son tratadas con tanta negligencia! Una cosa sí que sé: ¡es tu caída o resurrección! Eso es cierto, pero ¡ya verás si te pierdes!

Prolongué el seguimiento de todas esas imágenes el día entero. Me quedé solo, no quería ver a nadie, porque lo consideraba necesario para mí mismo, y no deseaba verme perturbado en nada. En el bosque de pronto lo supe. Sentía cómo me iba liberando de todas esas personas, vi de inmediato dónde el bien y el mal que albergamos estaban haciendo labores de socava, y así alcancé a ver mi propia personalidad. Vi dónde vivían los errores en mi propio interior, y aunque quisieran ponerse sus máscaras, los saqué a la superficie y entonces les di una buena paliza. Los zurré uno por uno, sin hacer caso alguno a sus gritos o dolor. Creo que entonces comprendí a ese “Francisco”: pero yo lo hice de otra manera, porque vi que mi pequeño castillo no tenía ni arte ni parte en ello. Pero ¡él estropeó la buena fuente, deformó el hermoso organismo en el que vivía y creó la desintegración material! Desconozco si aprendió mucho a nivel espiritual, no hablé con él. Pero ¡es posible!

Unos días después me encontraba delante de Hans, preparado y consciente, pero como un niño. El experto me condujo a su clínica. Había unas cien personas, hombres y mujeres. Me falta algo, pensé, no veo niños. Cuando pregunté a Hans por qué no había niños, me miró con cara de sorpresa y no supo qué responderme. Unos segundos después casi se me echa encima y gritó:

—Pero Dios mío, Frederik, todo parece tan absolutamente normal, hay que ver lo que me preguntas, algo en lo que en el fondo nunca pensé. Me acuerdo de que antes sí que lo meditaba de vez en cuando. Ahora que tú me haces esa pregunta es como si sintiera un golpe en la cabeza, tanto me he asustado. ¿Por qué no hay niños dementes?

—Sé lo que sientes, Hans, pero te confundes. Lo veo y siento de otra manera. ¿Es que te has olvidado de esos pequeños psicópatas? ¿Todos tus niñitos atrasados?

—Ahí va, es cierto, pero entonces ¿qué es?

—Pensé en niños, ahora que veo a todos esos adultos. Pero entre la adultez y la vida sentimental infantil hay un abismo. Entre los niños no se ven deficientes mentales como del tipo de estos adultos (—dije).

Y ahora además ya me encontraba en medio e inmerso en esto. Hans me aclaró todos esos estados. Me fijaba en todas esas personas, lo absorbía todo. Cada ser me decía algo. Cada estado lo sentía y veía de otra manera, igual que Hans, pero a mí se me abría un mundo sobrenatural. Cuando ya estaba lleno hasta rebosar de pronto estallé diciendo:

—¡Esto es tan sobrenatural!

—Frederik, ¿los “locos” te parecen sobrenaturales?

—Efectivamente. Esas personas son increíbles, son sobrenaturales. Nosotros, los conscientes, somos sordomudos, somos máscaras, estos no pueden llevarlas, están desnudos para mí; aunque todavía no sé cómo han llegado a parar a sus desgracias.

—Ahora no te comprendo, Frederik.

—Ya me lo imaginaba, hablo de lo sobrenatural e inmediatamente después sobre la desgracia, que la hay, claro. Pero todo es tan diferente, Hans. Es tan increíblemente real y poderoso a la vez, que mi cabeza ya estalla de la tensión. Creo que todas las esclusas están abiertas, y he de saber, como sea.

—¿Me lo cuentas todo, Frederik?

—No me olvido de nada, amigo mío, podrás saber todo al respecto.

—Aquí están las mujeres —dice Hans—. Cada una se siente diferente, pero todas están locas: una porque ha matado a su hijo, la otra, porque lo perdió. Aquella de allá porque su marido la engañó; esta por culpa de su primer amor. ¡Locura, locura, locura, locura! No hay más. Yo también me volvería loco si no fuera tan fuerte. Pero ya no me sumerjo tanto en ella, tampoco es la intención.

Una se ha estrellado por la religión, reza día y noche a su Señor; aquella de allí lo maldice y Él la ha vuelto loca. Allí hay una madre que se volvió loca por su putería..., la de allá porque se quedó sin blanca. Las veo a todas, sé por qué perecieron, pero no entiendo ni papa, Frederik, si he de decirte honestamente la verdad. No las entiendo, o, para decirlo con tus propias palabras; no conozco a estas almas, creo que podría llegar a asfixiarme en ellas.

¿Qué me dicen las inclinaciones sexuales? Ya nada. ¿Qué me dice el sentimiento de una madre que ha matado a su hijo, o sea, su remordimiento? ¡Nada de nada! Lo que puedo hacer, Frederik, es servir; ¡nada más! Pero quiero que me sirva para aprender. ¡No avanzo! Me estrello. Mira bien, te lo contaré todo, tú me dirás lo que te parece; ábreme las puertas de tu conocimiento, Frederik, siente lo urgentemente necesario que es que sepamos (—dijo).

Vi una tropa desesperada. Pobreza y desgracia: me encontraba en un manicomio. Mientras íbamos avanzando —yo también vestido en una de las batas blancas de Hans— registraba todo. Pensaba que me ponía malo, tenía el corazón desbocado, después sentía que me ponía rojo y que se me subía la sangre a la cara, un poco después Hans me vio pálido como una sábana, listo

para entrar al ataúd. Pero siguió hablando, yo escuchaba y mientras tanto edificaba mi fe, mi esperanza y mi amor para estos niños.

Es allí donde vive la personalidad débil. Yo sentía que todas estas enfermedades parten de la personalidad. Veo a René entre estos enfermos. Y partiendo del niño llego a estas mujeres, un poco después a los hombres. No veo desintegración material, al menos no la que me esperaba. Veo cuerpos espléndidos con locos que los habitan. Qué canalla eres, ay, Dios, si todo esto pesa sobre tu conciencia. Pero no lo creo, esto no lo tienes sobre tu conciencia, imposible, perdóname por haberme atrevido a imaginarlo. Hay alguna entre ellas de la que dirías: esa cayó por desintegración material. Aquella de allí está algo retorcida, pero allí veo una belleza, por muy mayores que sean esas mujeres, el castillo conserva su buen aspecto. ¡Son los ojos humanos! En ellos se ve todo y se lee qué pinta tiene el interior. Y esos ojos me mantienen agarrado. Sigo sus miradas, les suplico que dejen mi cuerpo en paz. ¡Algo ocurrió...! Una se ha desbocado y anda por ahí desnuda. Hans ríe y me da un codazo entre las costillas, por lo que doy un traspié... Me agarra para que no me caiga y dice:

—Pues eso considéralo como una propina, Frederik, aquí los castillos se abren y se cierran, es lo más normal del mundo, nos acostumbramos a todo.

Pero ¿es esta el alma, Frederik? ¿Es esto solo personalidad? Esa de allí tiene un pequeño tumor. No podemos hacer nada, sabemos de antemano que sucumbiría bajo el bisturí. ¿Entonces qué se puede hacer? ¿Tenemos que matar esta alma conscientemente? Ni se me ocurre y la familia siente lo mismo que yo y los demás. Pero ¡todo es una desgracia! Estamos ante un espacio. Estamos cerca de estrellarnos, nos sentimos completamente estafados, Frederik..., algo de ti mismo, pero el problema es nuestro. ¡Ojalá jamás hubiera empezado con esto!

Te pregunto: ¿es esta el alma? Lo que se dice ¿el alma? ¿Qué es lo que sabes del alma y la personalidad? Todo lo que ves ahora es debilitamiento del espíritu, son los débiles de nuestra sociedad. Porque si toda esa gente, si todas esas personalidades hubieran tenido un poco más de fuerza, no estarían aquí. Ahora nos encontramos ante la pregunta:

—¿Quiere Dios todo esto? ¿Es Su culpa? ¿Pega a Su gente? ¿Me dio la inteligencia para ayudarlos y fue Él quien golpeó a estas almas con fuego? Se me hace que son líos diabólicos. Son canciones satánicas las que oyes aquí, ¡todo es miseria, engaño, declive!

Vamos, ven, volvamos a los hombres. Pero mientras tanto cuéntame cuáles son tus impresiones.

—No consigo decir nada, así que esperaré un poco. Igual que tú estoy ante el alma, su mundo inconmensurable y su pobreza.

—¿A esto lo llamas inconmensurable, Frederik? Es miserable, no queda

nada más, esto es la verdad desnuda. Ya te gustaría sanarlos a golpes, pero ya sabes, ellos no tienen la culpa. ¿Qué quieren esas mujeres y todos estos hombres aquí en la tierra? ¿Por qué se les envió a este mundo? ¿Por qué se suministra allí esta especie, mientras es un hecho que tenemos que aceptar, Frederik, que las hay mejores? ¿A qué quieren dedicarse esos ángeles santos? Te pregunto: ¿Qué quiere Dios con esta especie? Nos han echado encima a los más pasados, y a nosotros la tarea de intentar convertirlos en seres humanos, y no es posible. Estas son mis preguntas, por si te interesa saberlo. Y luego esta otra:

¿Quiere destruir Dios Su humanidad? ¿Son estas criaturas de Su cosecha? ¿Es con esto con lo que tenemos que traer la paz y la serenidad a la tierra? Ya sé, Frederik, que hago el ridículo como médico, pero como ser humano pienso igual que tú sobre esto...¡y nos han engañado!

Supongo que hay tipos de personas en esta tierra, pero se me hace un misterio por qué la tierra llegó a tener que cumplir semejante tarea. Y ahora aquí arriba. ¿Cómo es la vida en otros planetas? Me la refanfinfla. Primero deberíamos intentar alcanzar la armonía entre nosotros mismos y la realidad. Lo que ocurre aquí, por encima de nosotros, o a nuestro lado, si lo prefieres, es algo que no me concierne, ese tipo de colegas tienen la misma impotencia que nosotros. Es estar buscando en el espacio, estrellarse, y todos nosotros deseamos que se nos conceda saber.

Y así un largo etcétera. Ni uno solo conoce el espacio ni conoce las leyes de él mismo, todos están impotentes. ¿Qué eres? ¿Qué quieres? ¿Qué te gustaría?

Mira, por ejemplo, todos estos hombres, Frederik. ¿Ves esas caras torvas? ¿Ves ese deseo humano? ¿Los ruegos por algo de carne? No todos tienen ese problema, pero justamente aquellos que no lo tienen son aún más terribles para nosotros, porque en su caso no ves síntomas, con ellos te encuentras ante una verdadera máscara. ¿Tengo que estar agradecido a Dios por la vida? ¿Tienen que elevarlo a Él desde su yo enfermo? Frederik, estas personas han conocido todas el nacimiento, recorrieron el mismo camino que nosotros, pero ¡se volvieron locas! ¿Es para eso que han venido a esta tierra? ¿Por eso se tiene que alterar Dios tanto? ¿Tan sobrenatural es el nacimiento de un ser humano? ¿Sigues viendo a esta gente como criaturas sobrenaturales? Me parece, Frederik, que entonces te agarraré por tu chaqueta y te echaré de casa, porque entonces ya no podré seguir creyendo en ti. Esta gente está enferma de miseria. ¿Tiene que hablar Dios de amor? ¿Quiere Él que lo aceptemos con amor?

—Para ya, Hans, o voy a... hablas como si estuvieras poseído.

—Eso es lo que pensarás, Frederik, pero no lo estoy. Estoy poseído por una pena inhumana, me meto demasiado en esto. Casi me encontraba tirado entre estos locos, ya me estaba derrumbando, pero me recogí a mí mismo y también volví a colocar las piernas bajo mi cuerpo. Ahora que estás aquí

desfallezco de nuevo. Tienes razón, querido amigo mío, fui yo quien te avisó, pero me olvidé de mí mismo. Aún así quiero hacer todas estas preguntas, recuérdalas, porque tenemos que hablar de ellas.

Mira, Frederik, cuánta desgracia hay aquí. Todas estas personas huelen mal por su propia putrefacción. No hay nada en este mundo comparable con esta vida. Puedes ser ciego, sordomudo, carecer de brazos o piernas, pero esto es lo peor que hay, ¡estas almas ya no son nada! ¡Nada! ¡Son podridamente malas!

Entre ellas hay a quienes damos un tratamiento más intensivo, de vez en cuando les entra su propia batalla, que sabemos gestionar, pero en la que no vemos cambios. Día tras día el mismo lío. Pues inténtalo, por qué no se lo das, prívale de su libertad durante una semana, inyéctalo, dale un tratamiento con un poco más de tacto, detén tus propios sentimientos, da un poco de amor. ¿Crees, Frederik, que me he hecho médico, psiquiatra, para esta miseria y charlatanería?

Mira a ese de ahí... Hoy se siente como un jornalero de campo, mañana será Napoleón y una hora después será general. ¡Locura soberbia! Este oficinista de pacotilla llegó aquí por altanería, no es peligroso, pero ¿qué quieres que haga yo? Di lo que quieras, adelante, hay ojos que te miran, te comprendo, Frederik, ¡ahora veo una máscara! Y ¿detrás? ¿O dentro? ¿Quién provocó el incendio? ¿Fue la propia alma? ¿Quería jugar a ser generala y darse aires, porque en la oficina no ganaba más que lo justo para no morir? ¿Es este el motivo por el que se envió a esa alma a este mundo? Te digo que desde que estoy aquí he vuelto a hacer todos los días las mismas preguntas. ¡Así que me pareció que Él era un canalla!

¿Qué suponen todas esas otras enfermedades, Frederik, si tienes que aceptar que el alma va enlodándose? Solo tienes que echarle un vistazo a este mundo. Probablemente desearías no poseer conciencia. Querrías vivir con los esquimales, en las selvas, porque allí no hay tantos locos, solo nuestra sociedad los tiene. ¿Está Dios jugando con todos nosotros? ¿O es el alma misma la que tiene la culpa de su pudrimiento? ¿De la pérdida de su capacidad de pensar? ¡No lo sé! ¡Me veo impotente, e igual que yo, nuestra facultad! (—dice).

Unos instantes después prosigue:

—Son todos unos bobos, Frederik. No encontrarás a ninguno que tenga una cabeza normal. Cómo hemos bregado en esos cerebros humanos. ¿Significa algo esa materia para el alma? No lo creo. Creo que el mecanismo de este reloj está montado de otra manera, aún no lo conocemos, Frederik, estamos buscando.

Mira ahora la senectud y la juventud, llénate. Que si mueren hoy o mañana no tiene significado para nosotros. A quien parte a una edad joven lo felicitamos de todo corazón. Entonces añadimos una nota para Él, que es Amor. Le

pedimos que por fin pare, ya no es humano hacer rabiar tanto. Pero Él nos abandona a nuestra suerte, ¡deja que nosotros mismos nos las arreglemos! Pero nosotros, Frederik, somos hombres de ciencia, ya no somos vagabundos, tienes que mirar en nuestros corazones. Ahora ves un viacrucis, nuestra desintegración.

Todo aquel entre nosotros que posea fe, que sea practicante, lo verá de otra forma, claro, pero para nuestra profesión esas personas son borregos, en el fondo no tienen importancia alguna, jamás ha nacido en su seno un genio. Esas no son personas, Frederik, son los pobres de espíritu en esta ciencia. Hacen lo que pueden, pero no son más que enfermeros. Recetan su pastillita, tal como han aprendido, pero no sirven para más. Pero ¡yo no soy así! No me da la gana quedarme con las manos vacías, Frederik, a esto entrego mi vida. Quiero ayudar a esta gente con mi propia sangre si supiera que con ello consigo algo. Y después, Frederik, ¡el hecho de saber! Si tenemos que seguir así, jamás llegaremos. Te pido —y se lo pido a cualquiera— que si crees que puedes ver tras estas máscaras: ¡Hazlo entonces por mí! Hazlo por estas almas, hazlo también por Dios, entonces cesarán esos insultos de mi alma y de quienes ya antes que yo tuvieron que aceptar su propia destrucción. ¡Porque a todos nosotros nos destroza!

Mira, Frederik, ¡estos son mis hombres...! ¡Hola, pequeño Henk! ¿Viste esa carita? Es un niño todavía, Frederik. Esto, pues, es un niño en un viejo castillo. Setenta y cuatro años, pero igual que un niño de no más de cuatro años, y no el más infeliz.

Y ahora los muchachos mayores. Ahora vas a ver las niñas de mis ojos, Frederik, porque allí ya no soy un ser humano. Por eso no me da la real gana de hacer un niño... Que Él me las arregle para mí, no deseo Sus grandes dones. Los cincuenta que tengo aquí han sido todos mortalmente aplastados. Míralo tú mismo, Frederik... Mañana se irán otra vez unos cuantos, han sido declarados incurables... Te rompe el corazón, parece que te golpea tu personalidad, son todas tus propias palabras, pero ¡así es!

¿Deformación? ¿Realmente pensabas, Frederik, que podías impresionarnos a nosotros, los expertos, con tu palabrería de profano? ¿Que nos dejáramos guiar por tus búsquedas? ¿Que esperamos ayuda de más arriba? ¿Realmente pensabas que sería capaz de dejar mi sentimiento humano al lado del sentimiento del experto para celebrar bailando a estos dos que no tienen nada en común? ¡No te asustes, mi buen Frederik! No te dejé hablar, no te engaño... Pero ¿es que no sentías mis dolores? Escuché con toda mi atención, con amor por tu alma, pero ahora te pregunto: ¿Comprendes lo terrible que es que tú, como profano, trabuques a la ligera cuestiones sobrenaturales? Te pongo ante los hechos, Frederik. Sé que puedo contar con tu amistad pura, pero ¡te ruego que prestes atención!

Si luego tengo que aceptar que me privas de mi único asidero por tu torpeza, por tu palabrería enfermiza, tu hipersensibilidad humana, ¡entonces estarás acabado! Entonces verás de lo que soy capaz, Frederik, porque ¡todos estos asuntos son demasiado graves! No permito charlatanería, y nadie de nosotros hace eso. ¡Te romperemos! ¡Que lo sepas! Te quebraremos de antemano, todos quienes igual que yo entregamos nuestra vida a nuestro trabajo... Frederik, te inyectaremos un veneno por el que sabrás lo que ellos viven, lo que padecen, porque andas burlándote de toda esta miseria.

Ya me estarás sintiendo, Frederik, voy completamente en serio. En nombre de estos aquí, en nombre de mi facultad te digo ahora, rodeado de estos enfermos: mira bien lo que hagas, no cometas estupideces, no vengas con cuentos que no puedas justificar, ¡o te mato aquí y ahora!

Ya siento que me comprendes, porque estás tranquilo, me conoces. Soy un tipo horrible, Frederik, y hay más como yo, pero no dejamos que estos enfermos se estrellen, no los dejamos rematar por majaderías de profanos... Entregamos nuestras propias vidas por ellos. ¡Lo que esto significa te quedará claro cuando sepas lo desgraciada que es nuestra existencia!

¡Que la providencia te dé la palabra! Pero a mí el bisturí para eliminar toda esta miseria. Espero, Frederik, que tenga que retirar todo lo dicho, ¡yo también amo a un Padre de Amor! ¿Te ha quedado claro? (—preguntó).

Me mira brevemente, y entonces concluye:

—No creas, Frederik, que estamos esperándote. Tampoco creas que tu “universidad” carece de significado para mí. Para nosotros lo importante es la gente que sea capaz de fijar nuevos axiomas sin que nosotros lo sepamos. Mira, en el fondo vamos por un solo camino, vivimos una sola vida, yo no soy más que tú, tú ves más de lo que somos, pero coloreas las líneas, animas la razón porque —y eso es algo que ya sé— ¡posees el contacto! Yo edifico sobre ti, ¡no solo como ser humano, sino también como médico! (—concluye).

Miramos a sus chicos. Sus palabras no me han asustado, me siento tan agradecido, oh, ¡qué cosas estoy viviendo! Creo que Hans me habría matado si yo no hubiera reflexionado sobre todas estas palabras. Así que acababa de llegar a estar preparado. Pero ¿cómo es posible? Lo comprendí por completo. No me esperaba otra cosa. Así es como es Hans. ¡Como él no hay muchos!

Vamos a su despacho. Hablamos un poco más, quedamos en seguir en unos días, fijamos el día y la hora... y entonces me encontré fuera.

Ya ha pasado el mediodía... hace buen tiempo para la época del año... paseo y sigo paseando. Tarde por la noche llego a casa inmerso en pensamientos. ¿Podré dormir de forma normal? Ay, pobre de Hans. No le da la gana crear niños, eso se oye poco; es médico al cien por cien, experto. Unos dan su sangre para salvar a un ser humano, se inyectan a sí mismos para curar a la gente, Hans se niega a traer al mundo a locos, ya tiene bastantes. Pero cuánta

desgracia... aunque ya lo conocía... también sabía por qué me había aceptado. Aquí están frente a frente la ciencia y el hombre. Hans es un milagro para mí. Pero estoy preparado.

Sé por qué me ha aceptado. También sé que no es necesario ponerme en ridículo a mí mismo, ni ponerlo a él en ridículo. Sé, además, que Hans no me está esperando y que esta facultad no me hace caso alguno, ni a mí ni a otros miles de personas, porque la ciencia no puede ser charlatanería. Aún así, está abierto a mí como ser humano y ciencia; conoce las leyes, es un hijo de Dios, es un buscador igual que yo, ¡un niño que pregunta que quiere saber! Exactamente así es como quería verlo. Puedo decir que yo lo había intuido bien. Realmente, tenía miedo de ir a dormir. Aun así me fui hundiendo, solté mi conciencia diurna por completo y mira, fui dando tumbos hacia las bajuras, un mundo todavía desconocido como todo lo demás, del que no se sabe nada. ¿Qué es dormir? ¡No lo sé! ¿Para qué sirve dormir? Eso se sabe más o menos, es necesario para el cuerpo, el alma y el espíritu. Pero ¿qué es todo eso? Así uno puede seguir haciendo preguntas. Si al menos sirviera para algo.

Cuando he conciliado el sueño, yo y tú ya no sabemos nada. Pero empecé a clarear en mi interior, había una niebla y mi sueño era titubeante. Y allí buscaba yo un camino, tenía que intentar no desviarme o me estrellaría. Lo que veía y experimentaba lo sentía como posesión mía. De modo que era un mundo que conocía y que era parte de mi vida. Seguía habiendo niebla... toda esa noche, había empezado mi paseo.

Me preguntaba: ¿No hay vida en este lugar? ¿Estoy solo en este espacio? Clamaba por obtener respuesta, no oía nada, y lo volví a intentar, otra vez sin respuesta. Seguí caminando, fui avanzando a través de mis sueños. Duró muchísimo tiempo. Tenía la sensación de ya llevar días de camino. Empecé a tener necesidad de ver qué hora era. Tomo mi reloj y miro... en ese instante me quedé despierto. Y bien despierto. Veo que son las doce. Se me han pegado las sábanas, algo raro en mí. Pero ¿qué es lo que hay?

Empiezo a pensar. Aquí hay luz, allí seguía habiendo una neblina. Y así seguía aunque se levantara el sol y se hiciera de día. Estaba en un mundo que no pertenece al nuestro. Vivía y podía pensar... mi estado era completamente normal. ¿Qué es?

Seguí mi sueño durante días, una y otra vez. Por fin tuve resuelto lo que me resultaba tan misterioso. 'Quizá pueda contentar a Hans con algo', pensé, pero tengo que decirlo sin proponérmelo, ahora no logro encontrar palabras para ello. Pero es asombroso... aunque hubiera niebla, aún me faltaba mucho para morar en un cielo. Pero comprendí que todos esos locos participaban de él en mayor o menor medida.

Ahora que estoy otra vez con Hans y que he de esperar un momento porque todavía tiene que tratar a un enfermo, aconsejarle, regreso a su miseria. Vuel-

vo a estar en su clínica, seguimos a todos esos locos, los veo uno tras otro. Un poco después me saluda y nos sentamos. Inmediatamente pregunta:

—Y ¿Frederik? ¿Hay noticias?

—Estoy en ello.

—¿Sigues pensando que son sobrenaturales?

—Ahora ya estoy seguro del todo, Hans.

—Eso es una revelación para mí. Cuenta, Frederik, me queman las ganas.

—¿No podrías ayudarme un poco, Hans?

—Lo entiendo. Te haré preguntas. En primer lugar esto, Frederik: ¿De dónde sacas tu sobrenaturalidad? ¿Cómo puedes llegar a decir que mis locos son sobrenaturales? Eso es lo que quiero saber.

Y mira por dónde... hay un estruendo interior y digo:

—Ya te dije: los seres humanos vivimos lo anormal, los locos, lo verdadero, de lo que nosotros aún desconocemos las leyes. De entrada te digo, Hans: de mí no te esperes ciencia, aún no he llegado hasta allí. Cuando permanecí junto a tu gente, y más tarde cuando estuve a solas con ellos, también durante mi sueño, regresé a ellos, descendí en sus vidas. Vi estas almas, las sentía. Para mí es el alma, la personalidad. Ahora supongo que los seres humanos vivimos en diferentes grados. Diría: en diferentes alturas. Unos han avanzado más que otros. Lo que llamamos lo normal para nuestra conciencia es en el fondo la inmovilidad en este espacio, la posesión adquirida del alma, por la que se ha separado de esa locura.

—Dicho de otro modo, Frederik: ¿nosotros, igual que otras personas, ya hemos vivido esa locura?

—¡Así es como lo veo! Por eso digo que son sobrenaturales, porque ellos se viven como alma; los conscientes, aún no poseemos nada de eso, o, justamente, estamos por encima. Nuestra personalidad puede contra esta sociedad. Aún tienen que asimilar nuestras fuerzas. Pero se encuentran, pues, justamente en aquello que nosotros, como personas normales, hemos blindado por completo. Viven algo de la vida interior, que desconocemos y que estamos buscando. ¡Viven con una vida de conciencia diurna, pero con aquella del alma, del interior, o, como dice Karel, su naturaleza! Y eso es precisamente lo asombroso.

Basta con mirarlos. Todos sucumbieron por sus deseos. Todos están ante la sexualidad —también vi al homosexual— y otros quedaron destrozados por la religión. Lo que seguimos por el momento es desintegración. ¡Dios no tiene nada que ver con todo esto!

—¿Por qué no?

—Esa misma noche caminaba por una niebla. ¡Ese mundo era espacio! Vi que no tenía fin. Comprendí, Hans, que esto tenía que ver con tus enfermos. Hacía comparaciones. Entonces volví a ver a los enfermos. Fui tras ellos.

Descendí en sus vidas y experimenté su niebla. Vi el día, nuestra luz solar, y me desperté hacia el mediodía. El día no tenía poder sobre ese espacio, de lo que deduje que era el mundo de estas almas. Y allí es donde me encontré hace algún tiempo con René.

—¿Qué dices?

—Ahora te lo contaré.

Hans escucha, estoy preparado. Pregunta:

—¿Qué diferencia hay entre ese mundo y mis enfermos?

—Es que no lo sientes, pues? René es más consciente. No camina por una niebla, sino que vive en otro grado de vida, un mundo propio. Y aun así está enfermo. Tus enfermos son menos conscientes, también están más enfermos, lo que veremos y determinaremos más tarde, cuando René se haga mayor. Tus enfermos, Hans, son diferentes, pero ahora todos tienen que ver con la propia personalidad. Están ante esta personalidad. Tienen que ver con ella y no se separan de ella, porque este es su espacio. Y ahora están ante los deseos propios, la experimentación de un poco de amor, pero se han rebelado, han entrado en disarmonía con esta vida, por lo que se estrellan. ¿Los débiles de espíritu? ¿Los débiles para nuestra dura vida... esta sociedad? Lo acepto de manera irrevocable, si quieres que te diga.

—Es posible, Frederik, pero continúa.

—Tus enfermos todavía no han alcanzado el punto, Hans, en que puedan cargar con esta vida. Y veo muchos tipos diferentes. Si miro los cuerpos humanos, si sigo los tipos de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) en la tierra, entonces me encuentro ante estos tipos de personas. Nos preguntábamos por qué no hay locos en las selvas, ¿verdad? Bueno, Hans, creo que todos esos tipos de seres humanos aún están ocupados en aspirar el estadio alcanzado por nosotros. Todavía no lo sé, pero para mí hay una luz débil que dice: también esas personas vivirán algún día en nuestro cuerpo. También esas personas regresan a Dios, y así estamos ante un hecho natural, ¡una ley de lo que es justo! Y ahora no es Dios, Hans, ¡somos nosotros mismos! Los locos en nuestra sociedad han alcanzado esta altura, pero sucumbieron. Por haber visto a René en ese mundo no me quedó más remedio que aceptar que nosotros, las personas conscientes, en el fondo estamos blindados contra la inmaculada claridad. Debido a que esas personas —y René nos lo tendrá que demostrar, porque preveo que esta alma nos brindará los hechos, ya que oí que dijo: “Hasta luego...” — son medio conscientes para la sociedad, se encuentran en el espacio del alma, y con todas sus pasiones, su amor y sus sentimientos humanos, que tú constatas ahora como impulsos sexuales, pero que a fin de cuentas son de lo más comunes, porque todos nosotros alcanzamos otras alturas a lo largo de las creaciones. Eso lo relaciono, a su vez, con otros pueblos, con los estadios de la selva, por ejemplo, que aún tienen que

aceptar todos lo orgánico, antes de que realmente puedan comenzar con el mundo interior. Y ahora vienen fluyendo hacia mí miles de mundos.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, el alma vive en la tierra repetidas veces. Si eso no fuera así, Hans, tampoco avanzaríamos y no valdrían mis fundamentos. Entonces no me quedaría más que aceptar que el alma regresa verdaderamente como personalidad a la tierra, porque al experimentar todos esos pueblos, todos esos organismos, se eleva más y más. Así que eso coincide exactamente con la reencarnación. Si podemos aceptarla, entonces estamos ante la personalidad y ya no es una majadería que una madre sienta una barba durante el embarazo. Y tampoco lo sería que una madre vaticine que en su interior lleva un ladrón... porque tenemos suficientes, pero que es un regalo que le da la vida, que le da la personalidad, porque esta ya está presente.

—Continúa, retén esto.

—Si vemos fundamentos con certeza, Hans, entonces ya no hay misterios para este estado y podemos responder miles de preguntas. Puedes hacérmelas, creo que siento las respuestas. Pues bien, tus locos se encuentran en su propio mundo. Así como hay tipos de personas que poseen todas un organismo propio, así tenemos que aceptar también que el alma o la personalidad —si el cuerpo las posee— puede vivir alturas. De modo que también profundidades: y ahora estás ante tus enfermos. Si nos centramos en los rasgos del carácter, en la religión, entonces ya sabes que estos son los débiles de espíritu. Si seguimos desvariando un poco más en la religión —enseguida te aclararé cómo es posible eso— y si entiendes que te he entendido, entonces te disuelves por completo. Si miramos ahora a todo en la tierra, si experimentamos el arte, y si allí logramos realizar lo más elevado de todo, entonces nos disolvemos y se convierte en arte. En ese momento nos olvidamos por completo, pero creamos arte con A mayúscula. Si un alma creyente se pierde en Dios y no se mantiene firme, si se cae, si se pierde a ella misma en su fe, en su amor, en su puterío, o en impulsos sexuales, entonces obtenemos otra imagen. Ayúdame a recordar que seguidamente sigamos esa línea.

Este disolverse, Hans, es el abandono de nuestro yo tan consciente. Esas almas se van de allí. Lo pierden, no: lo deponen. O tienen que alcanzar aún esta conciencia. En cualquier caso, están enfermas para este mundo, dicen disparates, se les encierra. Y ahora estamos ante su miseria, que... Dios no ha creado, sino nosotros mismos, porque nos perdimos en pasiones. Eso lo viven todos los artistas. Pues disolverse es un arte. ¿No tienes artistas en tu entorno?

—Hay dos.

—¿Qué hace esa gente?

—Juegan, están terriblemente ocupados con ellos mismos... pero no son

los casos más difíciles.

—Bueno, esos se disolvieron. Se perdieron en su arte y por sus canalladas... Son débiles de espíritu y de personalidad. Quienes tienen delirios religiosos, Hans, viven exactamente lo mismo. Ellos por su fe, otros por la pérdida de sus posesiones, de sus hijos. Todos estos tipos los sigo viendo en el entorno de René, con la diferencia de que, como ya dije, René disfruta de una conciencia más elevada. A René lo veo como a un santo... a los tuyos como los enlodados, los estrellados, los débiles de espíritu. Que René sea débil de espíritu es algo que aún tenemos que vivir, pero ¡no lo creo! Debido a que me encuentro con René en ese mundo, lo cual para mí ya no es por tanto un sueño, creo que si sigue inconsciente, luego nos revelará más y más cosas para las que ni tú ni yo alcanzaremos la profundidad, porque no tenemos esa sensibilidad.

—¿Así que tú lo esperas de un loco?

—Me gustaría preguntar, Hans: ¿Quién te dice que tus enfermos están locos? Quien viva un poco por debajo de la conciencia diurna está loco. Ahora bien, ¿qué es normal y qué es anormal? Todavía no sé la respuesta a esa pregunta. Así que he constatado para mí mismo que si el alma detrás de esta vida —o sea, la muerte— también es una personalidad, se puede aclarar absolutamente todo lo que buscan ustedes (buscáis vosotros) los expertos. Solo entonces podrán (podréis) continuar. Yo constaté que seguimos viviendo. En primer lugar por René, y después por tus propios enfermos, si es que puedo aceptar la comparación de que el alma tiene que vivir todos los organismos que la tierra ha creado para nosotros, la naturaleza que ahora quiere ser el espacio de esta tierra. Y solo entonces quizá sigamos avanzando. No sé si entonces viviremos en un más allá. Pero ¡René estaba! Yo soñaba y René también soñaba. Ya me encontré con él, y él conmigo, y ambos estamos sanos como robles y somos conscientes. Partamos de que es un sueño, pero también puede ser otra cosa. Pero entonces, Hans, estamos en el mundo del alma, que es un ser humano, que tiene ojos, un cuerpo, que sabe pensar, y lo que ahora nos parece sobrenatural... es para allí concienciación espiritual. ¡Eso tiene que ser la vida para nosotros como espíritus! Yo andaba allí, era feliz como un niño, podía hacerle preguntas a René, que el niño respondía como si todo fuera de lo más normal. Me pareció un sueño hermoso, imbuido del alma humana, de veracidad.

Hans, te puedo decir, desde luego, que en los últimos días he avanzado en esta dirección. Y ahora las sensaciones vividas (—dije).

Le hablé a Hans de mi farola... Dice:

—Un sentimiento endiabladamente acertado, Frederik.

—Ya lo ves: no me lanzo a la ligera, prefiero golpearme. Justo estaba listo cuando fui a verte.

—Y ¿eso otro, Frederik?

—Bueno, Hans, si podemos aceptar que el alma continúa en su mundo, nos encontramos ante los infiernos y los cielos.

—¿Y qué es lo que viste?

—Ahora llegamos a estar ante la conciencia espiritual, ante el reino de los cielos o aquel de las pasiones más bajas, los infiernos, de los que también habla la Biblia. Pues bien, te repito que entonces puedes aceptar que existe un verdadero influenciar espiritual. Entonces puedes estar seguro de que no luchas contra un ser humano para mejorarlo, sino que también estás ante diablos que se han apoderado de un alma semejante. Pues veo dos formas de estar poseído. La primera es la desintegración espiritual consciente por las pasiones o por la pérdida del yo, da igual por lo que sea, ¡la siguiente por “posesión” espiritual! Cuando el alma se pierde a sí misma, eso no supone necesariamente estar poseído.

—Lo acepto sin rechistar, Frederik. ¡Es una tesis asombrosa!

—Si llegamos a lo definitivo para lo que sabemos, entonces puedes aceptar que el alma sigue viviendo como una personalidad espiritual, pero ¡entonces los teósofos y espiritistas tienen toda la razón! Y entonces muchas cosas ya no son dislates, sino un contacto con los fallecidos, con aquellos que partieron. Pero yo mismo aún no me meto en eso, aunque ahora me resulte un gran misterio por qué medio me llega, me ha llegado, esta seguridad. Solo pienso, pero al estar pensando, me recorren oleadas de pensamientos y obtengo la respuesta después de mi propio pensamiento. “¿Será esto la inspiración?”, me preguntó Erica hace algún tiempo. No sabría decirlo. Preferiría con mucho aseverar que en ese instante ella se perdió al cien por cien en cómo tocaba el piano, aunque su interpretación me pareció arte angelical y un poco después bestialmente asquerosa, dado que volví a sentir en ella todas las pasiones que un ser apasionado puede y desea vivir. Y también podría decir: ¡Fue René!

—¿Cómo quieres decir?

—¿No lo entiendes, Hans?

—No entiendo nada.

—Ya verás que es muy sencillo y del todo seguro cuando te lo aclare.

—Pues hazlo.

—Bueno... te conecto con la madre de la barba. Si ella siente la barba, Hans, ¿no será capaz entonces otra persona de transmitir y elevar a la conciencia diurna de la madre, que está abierta al arte, el sentimiento para ello? Piensa ahora que el alma es una personalidad. Y esa personalidad no es inconsciente, el empuje en la madre no es naturaleza, no es sordomudo, sino que es una personalidad fuerte, que da esa posesión a la madre. Si eso no es el caso, entonces también es posible que el propio Franz Liszt tocara por medio de ella, o sea, por medio de Erica.

—Para mí es una revelación, Frederik, cómo estás analizando las cosas

ahora. Pero eso de René no lo comprendo.

—Es que tampoco es tan sencillo. Empiezo a sentirlo y después llega el pensarlo. Si regreso a la época en que Erica estaba embarazada, entonces veo que ella perdió por completo y de forma brusca su equilibrio, lo cual Karel llama “empuje o naturaleza”. Ahora me encuentro ante las diferentes madres. He dejado convencerme de que hay madres infantiles y además madres hombre. Unas son hipersensibles, las otras tan rudas como estibadores, aunque no quiero decir nada malo de esa gente. Si a eso se añade una personalidad débil como la de un niño, lo cual no es el caso de Erica, entonces salen a la luz síntomas que hicieron que Ten Hove, Van Stein y Van Hoogten se estrellaran. Pero síntomas sí que hubo. Los pensamientos suicidas de Erica representan debilidad para la personalidad. Karel dice: “No exageres tanto, hay miles de madres que viven exactamente lo mismo”. Pero, Hans, ¿es que no sientes, pues, que Erica no quería esos síntomas? ¿Realmente pensabas que todas esas madres están deseando esos disgustos? ¿Los caracteres fuertes no son influenciables! Siguen siendo ellos mismos y por eso no les pasa nada a esas almas. Procesan la maternidad de manera natural, no caen, y no hay nada que las perturbe.

Desciende ahora conmigo en la profundidad del alma. Supón que uno de nuestros tres grados de sentimientos —porque así es como lo veo— lleve como madre una personalidad en su interior que más adelante será completamente loca. Semejante personalidad predominante obliga a la madre a aceptar los pensamientos que son suyos y eso es lo que de hecho ocurre, porque los síntomas destruyen y perturban visiblemente la conciencia diurna de esta. Y entonces ya se ha armado la gorda. Erica, que todavía ha sido apenas rozada por René, ya no es ella misma. Otras madres están conectadas por ejemplo con un asesino, son del todo uno. El alma continúa, no le queda más remedio. Dios nos da la oportunidad de continuar nuestra vida humana en Su dirección.

—Cuando te veas ante esta tesis fundamentada, Frederik, habrás llegado.

—Yo también lo creo, pero entonces estaremos ante una verdad universal. Supondrá un vuelco para tu ciencia: toda facultad espiritual adquirirá una conciencia más elevada. Ya no habrá personas con delirios religiosos.

—¿Por qué no?

—Ahora entiendo que todavía no puedes pensar, que no puedes analizar. ¿Es que no sientes, Hans, que cuando el alma como persona conoce a Dios en la tierra, sabe de su propia existencia anterior y aprende las leyes naturales, que entonces la universidad por supuesto le para los pies de forma natural? Cuando el alma sabe que es capaz de atraer aquí una nueva vida, que puede hacerse madre, que volverá a ver su vida perdida después de la muerte, entonces no cae. Todos esos locos tuyos han perdido su contacto material,

porque la personalidad no conoce el camino natural. Esas almas como personas no son tan débiles, Hans, lo somos nosotros, que los hemos informado mal. Mira, sigue a un teólogo de esos, sigue la iglesia, ¿qué es un experto que habla de la condena? ¿No tiene esta persona nada más que dar a sus locos? Porque aquellos también son seres anormales; no creo que Dios envíe Su vida a la tierra para destruirla allí y volverla loca. ¡Somos nosotros mismos!

¡Las facultades espirituales están todas estancadas! No pueden (podéis) seguir, porque no conoces el alma. Si el teólogo supiera explicar a sus seguidores las leyes de mi “universidad”, las leyes para el alma, la vida interior ¡volaría por encima de las montañas y vería allí el eterno ahora! Lo que quiebra a un ser humano surge a partir de la ignorancia. Es la ignorancia, Hans, la que los destroza. Por eso hay tanta búsqueda. Todos quieren saber algo de Dios, conocerlo a Él, y a sí mismos, pero nadie sabe por dónde empezar. Y si empiezan de todas formas, entonces es la historia de siempre: un asunto demencial, o engaño inconsciente y consciente. Y después, vámonos a la clínica.

Lo que tenemos que seguir son los síntomas de René y de tus enfermos. Son ellos quienes nos dan fundamentos. El delirio religioso o la locura a causa del arte o de un amor roto, ya lo ves, todo eso no dice casi nada, pero todos se echaron en brazos de sus tinieblas por su ignorancia. ¡Todas esas enfermedades las vuelvo a ver en un solo ser humano! Todos nosotros tenemos algo de aquella anormalidad, ¡no somos conscientes! Aunque pensemos que somos adultos, para el alma no existe la juventud infantil. No hay niños pequeños en el pensar universal, ¡el alma es más vieja que Matusalén! Yo creo que ha vivido millones de veces. Pero ¡aún nos falta llegar a ese punto! El alma se hizo personalidad. Y es esa, Hans, de la que aún desconocemos las leyes y el espacio. ¿Te suena todo esto a nuevo? Yo no lo sé, pero en eso veo el fundamento. A veces encuentras esos fundamentos tirados por las calles de una ciudad. Mires adonde mires, allí los verás.

—Sigue, Frederik.

—Si ahora nos ponemos a considerar los síntomas, entonces verás, Hans, que todo gira alrededor de la conciencia natural. De modo que los locos viven ahora las leyes para el alma, no las nuestras para esta sociedad podrida, sino precisamente aquellas que representan un mundo propio por debajo del pensar y sentir de la conciencia diurna. Por eso los llamo sobrenaturales, porque cada pensamiento que aflora desde la vida del alma posee esa profundidad e inconmensurabilidad. Un solo pensamiento humano, Hans, da igual a qué esté dedicado, posee una profundidad universal y también una sintonización propia, que a su vez es sobrenatural. Así que no es tan extraño que un loco, sin importar el grado en el que se encuentre, esté liberándose de sus sentimientos interiores, por lo que después surge la desmaterialización, que conduce a quien es anormal directamente a la sociedad natural. Si no

hubiera nacido la religión, entonces tampoco habría personas con trastornos mentales religiosos. ¿Es que no sientes que esa enfermedad se disuelve de inmediato? Si el teólogo piensa, siente ante lo que se encuentra, y llega a conocer a sus enfermos, su mundo será aún más podrido, más inconsciente que el tuyo. Si accedemos a la iglesia, entonces estamos ante las mismas leyes. Debido a que Dios todavía sigue condenando y a que coloca al alma como hijo Suyo ante el eterno arder, hay víctimas. Dado que la personalidad misma de la iglesia sigue siendo inconsciente, ¡aparecen las personas con los delirios religiosos! Y ustedes (vosotros) como expertos, pues, tienen (tenéis) que intentar dar una nueva vida y otra conciencia a sus enfermos, a su gente, a quienes de una forma tan sorprendentemente natural han masacrado y quebrado por dentro. Esas cosas, Hans, están tiradas por las calles de tu ciudad. ¡Y miles de asuntos divinos más, que la gente ha violado por completo, por lo que ha surgido este caos!

¿Qué tenemos que hacer para tu clínica? No vive ni está donde estás tú. Tenemos que hacer más para la parapsicología que para cualquier otro asunto científico, es esa facultad que sana a los enfermos de golpe y que les da una razón divina, pero humana. Ustedes piensan (vosotros pensáis) que tienen (tenéis) razón; pero ¡os digo que no piensan (pensáis)! Son (sois) inconscientes y nunca llegarán (llegaréis). Contar cuentos, eso es lo que saben (sabéis). Tirar todo por la borda, tachar a Dios de canalla y cosas así. Lo que pueden (podéis) hacer es colocar notitas junto a los cadáveres en los que llevarlo a Él a juicio para meterlo en la cárcel. ¡O lo ahorcas a Él! ¡Eso es todo! Ya sé que si puedes entregar tu vida a estas almas, otra persona se inyectará con la sustancia inventada por él para alcanzar su meta, ¡y eso harán (haréis)! Hacer todo lo posible por tus enfermos es algo magnífico y hermoso, pero no se trata de eso. Y si dices, Hans, que ya hay bastantes locos —ahora te golpeo con tus propias palabras— será el peor disparate que jamás he oído; es tan fútil, tan torpe, que mi propia torpeza es un juego de niños en comparación con eso.

—¿Cómo quieres decir, Frederik?

—¿Que cómo? Pero ¿es que no lo sabes? ¿Ya no piensas? ¿Ya estás aturdido ahora? ¿Se asfixia tu mente? ¿Estás desbordado? ¿No puedes seguir? No te creo. Demuestra que en ustedes (vosotros) los expertos no hay profundidad. Cuando se les (os) ve, andan (andáis) con diez gafas y seis sombreros, y aun así te preguntas dónde se han quedado todas esas cosas. Te digo, Hans, si yo fuera tan olvidadizo en mi pensar, al menos mientras estoy buscando en esto un agujero, ya hace tiempo me podrías haber colocado entre tus enfermos, pero yo mismo vi que no llegaré. ¡Ustedes lo olvidan (vosotros lo olvidáis) todo! ¡Ustedes piensan (vosotros pensáis) puramente desde la naturaleza! Empiezas a tirar las cosas patas arriba y no ves que estás justo delante de la máscara y que la cosa, justo aquella cosa, te puede contar todo de eso.

Tus pensamientos están más podridos que nada, primero hay que enseñarles (enseñarlos) a pensar. Haces miles de análisis, pero ¡no logras escudriñarlo! Encallas en alguna parte y luego, pues sigues. Supones algo, pero no tocas el trasfondo. Es por esto que cuando se habla de problemas, al instante se agarran (os agarráis) la cabeza, por temor a que vaya a estallar. Pero no estalla, tú piensas de manera equivocada. Esos fundamentos para tu estudio también chirrían. Los primeros años hay que aprender a pensar y entonces llegas realmente al estudio en sí. Yo lo hago de otra manera... ya lo verás, después haré que mi gente aclare cómo funciona una ley natural.

—Pero ¿por qué te parece mi actitud patosa, Frederik?

—Gracias, Hans, ahora demuestras que estás empezando a pensar. Ese problema aún no se me había olvidado. No creas que soy altanero, o que lo estoy empezando a ser.

Pero ¿es que el doctor no entiende... que no está en sus manos ninguna ley divina? Pero ¿es que el doctor no entiende que a Dios le da absolutamente igual que no quieras engendrar hijos? De verdad que eres torpe, cuánta ingenuidad patosa tienes, señor experto, porque eso no está en tus manos. Me demuestra que tienes un pensamiento corto. Porque, amigo mío, si tú no le dabas vida al loco, o sea, si no le dabas un cuerpo, el alma estaría detenida en su desarrollo “universal”. ¡Detendrás su evolución! Bien es verdad que así ya no habría locos, pero entonces ¿este mundo se detendría! Y ¿cómo queremos desplegarlos? ¿Cómo quieren desplegarse esos millones de almas? Eso solo es posible aquí en la tierra, en el mundo material, ¡por las leyes materiales! Por eso puedo decirte —y ahora tienes que escuchar bien, Hans, te estoy dando clases— que un loco es normal y que las personas poseemos síntomas anormales, que todo lo que hacemos y dejamos de hacer es ...¡locura! ¿No nos da la gana dar al alma un cuerpo? Entonces Dios dice: Adelante, haz lo que quieras, tonto..., pero entonces a una madre tendré que darle veinte hijos y tendrá que hacer el trabajo de otra que sea demasiado vaga para ello, que incluso me devuelve, mediante una artimaña, Mi vida, arrojándola a Mi rostro. ¿Creías, Hans, que Dios, el Omnipoder, o el Omniser, o como quieras llamarlo hará caso de alguna manera de homosexualidad? A Él no le preocupa lo que hagas con tu semilla, porque da a la otra vida la doble capacidad, simplemente lo incrementa, porque ¡tú te niegas, y contigo, muchos otros! ¡Ahora veo detrás de esta máscara! ¡Empiezo a ver que todo es muy diferente! Empiezo a ver, Hans, que el mundo de tus pensamientos es tan insignificante. Aunque pienses que luego alcances el profesorado, no por eso eres algo. Te niegas a dar tus fuerzas a tu nidada. Bueno, eso es cosa tuya. Yo aún no he alcanzado ese punto, pero cuando tenga la posibilidad, ¡te derribaré de un puñetazo! Entonces no hace falta que me asesines, doctor, pero ¡te noquearé con mi posesión adquirida, que no es de este mundo!

Ay, santo cielo, ¡la de cosas que se me vienen encima!

—Por Dios, continúa y retenlo, Frederik.

—Para ti es fácil decirlo, pero yo ya estoy. Veo y siento ahora, Hans, que voy a pensar para miles de personas. Cada uno puede superarlo, puede recibir sabiduría, puede ver detrás de las máscaras, pero no tal como pensamos y deseamos hacerlo, de una manera que te es demostrada por la naturaleza de Karel y su empuje. Voy a pensar para ustedes (vosotros) y obtengo mis datos porque tengo que hacer el trabajo para todos esos hombres a quienes no les da la real gana de pensar en Su línea, que están demasiado cansados e infelices para ver detrás de la máscara. ¡Y para eso tienes que querer estar dispuesto a perderte a ti mismo o no será posible!

¿Comprendes, Hans, que no puedes detener la creación?

—Y tú mismo, ¿qué, Frederik?

—Nada que ver con eso. Que no esté casado ¿es porque no he despertado a eso? Mi organismo no desea la poligamia, es algo que no necesito. Tampoco mi alma y mi personalidad piensan en eso. Y eso me lleva a René. Es ahora cuando empiezo a pensar que este niño puede significar un milagro.

—Y eso ¿de dónde lo sacas?

—Pues, doctor, ahora que tengo que dedicarme en este mundo a estas cosas, que ahora recibo esta tarea, como si dijéramos, considero a René, su alma, como una parte de lo sobrenatural para lo que esta nació. Empiezo a ver una estructura, empiezo a sentir que hay locos con poderes sobrenaturales solo para poseer —y ahora viene el asunto— esos sentimientos; si esto no fuera así, entonces esa alma estaría como nosotros: ¡muerta! (—dije).

Gracias a Dios, está dicho.

—Es una grandísima pena, Frederik, que todas estas palabras se pierdan. Voy a buscar a una taquígrafa.

—Qué bobo vuelves a ser, Hans. ¿Pensabas que entonces sería capaz de hablar así? Además, no es necesario, porque lo que se siembra ahora, lo que ahora cruza mis labios, luego también vendrá, cuando esté tranquilamente en mi habitación y me ponga a escribir todas estas cuestiones.

Quiero decirte que el alma está en la tierra para una determinada tarea. Si un loco tiene que vivir síntomas enfermizos, entonces es para un desarrollo que le concierne a ella misma. En lo que se refiere a René te digo honestamente: todavía no lo sé, pero mi sueño o experiencia me lleva en esa dirección... el alma como ser, o sea, este niño, lo dijo, era consciente y pudo afirmar: “Regresaré, tío Frederik... es cierto que ahora vas un poco por delante de mí, pero volveré a pasarte”. ¿Cómo es posible eso, Hans?

—No lo sé.

—Sólo hay una posibilidad, Hans. ¡René está creciendo! Ahora lo he adelantado en edad, en crecimiento material, pero eso no significa nada. Más

tarde el alma y el cuerpo llegarán a la adultez y entonces espero que vivamos más cosas, que se nos conceda recibir más por medio de este enfermo, porque no todos los locos de este mundo están naturalmente locos: unos son locos enfermizos, se quebraron; otros, Hans, reciben gracias a ello asuntos sobrenaturales y ¡son para mí seres sobrenaturales! (—dije).

Durante media hora no decimos ni una sola palabra. Hans ha quedado destrozado. Se toma unos tragos y yo también. Me sienta bien. Es tarde, pero aún no hemos llegado. Entonces dice:

—Es increíble, Frederik. Ya has erigido una universidad por medio de tus disecciones, tus análisis son sorprendentes. ¡Tienes razón! Ya pienso de otra manera al respecto. Soy un inconsciente. Tengo que buscarme una novia. ¡Estoy vegetando! Dios mío, cómo es posible. Y eso gracias a ti, a los que todos tomábamos por bobo. Por Dios, sigue. Si puedo ayudarte con algo, ya sabes: pongo toda mi fortuna en tus manos. ¡Es tremendo! Así que, sí, a pesar de todo, los espiritistas y teósofos pueden tener razón. Y eso de los teólogos es tan verdadero que podría dar gritos de felicidad si esos tipos no fueran tan terriblemente tristes. Cielos, qué miseria, qué pobreza, qué estrechez de miras. ¿Soy un médico? ¿Soy un psiquiatra? Mañana cuelgo mi bata y ¡lo dejo!

—Entonces mejor me voy a casa. ¡Te digo adiós! Todo ha sido para nada y no estoy por la labor de despilfarrar más mi tiempo. Que te vaya bien.

—No lo dirás en serio, ¿no, Frederik?

—¿Que si lo digo en serio, Hans? Ya me voy...

—Pero no es posible, así como así.

—¿Por qué no?

—Siéntate, si me permites que te lo pida... comeremos algo.

Seguimos hablando. Yo tengo que representar y defender mis asuntos, él, los suyos.

—Lo que está reservado para tu vida, Hans, ya está aflorando ahora. Tú tienes que conseguir tu cátedra. Mediante tu estudio puedes poner otros fundamentos, los míos los pongo debajo de los tuyos. Vamos por un solo camino. Yo lo hago a mi manera, tú por medio de tu facultad. Y eso es lo que se desea de nosotros, nosotros no arrojamos por allí los asuntos divinos; tú has venido aquí para hacer todo lo que esté a tu alcance si luego quieres dar otra vida a estos locos. Te casarás y atraerás los niños, o los harás, como quieras llamarlo. Tendrás que ser y vivir lo más natural posible si quieres abrir puertas interiores para el pensamiento y sentimiento más elevados. Esta vida, que ahora posees, ¡no me dice nada! Te has descarrilado, ¡te has quedado sin tu ancla divina!

Tú sigues, igual que yo. Quien gane, eso da igual. Pero yo me atengo a nuestro acuerdo. Lo que yo haga no es asunto tuyo, nos veremos de tiempo

en tiempo. Más tarde ya veremos si sigues sintonizado de esta manera. ¡No lo creo!

—¿Así que dudas de mí?

—No de aquello para lo que servirás, pero aún hay tantas cosas... ¡a ti también te gustará algo de ese amor loco! Darás tu personalidad a otra persona y entonces, Hans, estarás desbocado por un tiempo, entonces irás planeando por donde estuve yo, donde vive René, es decir, entre el cielo y la tierra, y sentirás cómo se habrán puesto a besarse esos dos. ¡Y entonces te olvidarás de todo! Pero ese es tu camino: si no lo sigues, entonces sucumbirás bajo tus estudios. ¡Eres un médico demasiado bueno!

En lo que a mí respecta, ¡yo voy a seguir, es que tengo que seguir! En todo ves, notas, que es imposible que mis pensamientos puedan ser equivocados. Si comparamos el enfoque espiritualista y el modo de pensar teosófico que lo complementa, y le damos un lugar como los principios básicos de la universidad universal y que entonces recibirá el nombre que ya sé, estaremos ante otra concienciación, más elevada, que recibimos de tus locos.

—¿Qué nombre le pondrás, Frederik?

—Es demasiado pronto para eso. No quiero ni pensar en él. Yo no miro a los huevitos que están un día al sol, no los tomo en las manos y tampoco manoseo las crías que experimentan el proceso natural en ese silencio, y que los seres humanos no tenemos que tocar. ¡Eso vendrá más tarde!

Ahora sé que voy por el buen camino. Allí no hay trampas ni añagazas. Esas de antemano las elimino de una patada. Yo no me lanzo a la ligera: voy directamente a un loco y este me ofrecerá las pruebas.

Tus ideas sobre la vida, Hans, no tienen un fundamento natural. Tienes que ver las cosas de otra manera. La máscara ya se ha hecho traslúcida para muchas cosas. Estoy empezando a valorar a René. Si meditas todas estas cosas, es una máquina precalculada ingeniosamente ensamblada. Es un rompecabezas, Hans, del que formamos parte, igual que la iglesia católica y todas las demás facultades espirituales. La fe juega un papel enorme. Creo que ahora sabes dónde en realidad está el núcleo del fuego. Y es allí donde tenemos que apagar las llamas, es allí donde tenemos que empezar, si no el fuego seguirá ardiendo incluso hasta dentro de mil años. Y esa no es la intención. No obtuvimos nuestro pensar y sentir humanos a cambio de nada; debemos recurrir a ellos por una sociedad mejor. El hecho de que hayamos llegado juntos es algo que considero una ley natural. No me dice nada si existe o no lo accidental en la tierra y para esta vida. Pero creo que ya no es posible que pueda existir la casualidad si miras detrás de las máscaras. ¡Porque allí ya se empezó a colocar esta carta!

¡Es el alma como ser humano, Hans, la que tiene un significado universal! ¡Todavía no está en sus manos, pero eso ya vendrá! Es ella la que ayuda a

avanzar a este mundo, junto con su personalidad construida. Y eso lo somos nosotros, los seres humanos. Pero ahora avancemos por lo socialmente normal a lo espiritualmente anormal, que para mí ya es tan “normal” como el fruto en un árbol, porque ¡el alma, como ser humano, ve su inconmensurabilidad ante ella! Y ya dirás que todo son majaderías lo que una madre ha de vivir durante su embarazo, pero te digo: son síntomas sobrenaturales. El alma, como personalidad, vive el nuevo despertar. ¡Pues así será! ¡Y no lo veo de otra manera, o no llegaremos nunca!

René ya anda sobre piernas de más edad. Si es un sueño normal y corriente, Hans, sin un concepto espiritual de la justicia, quiero decir: al margen de todo, viviendo un lío, entonces se estrellará por su propia cuenta. Pero si el alma ya tiene capacidad ahora, por poseer esa sensibilidad para la cual aún no sé el nombre, entonces eso quiere decir que René tiene unos dones sobrenaturales y que será un niño prodigio espiritual.

—Ahora exageras.

—Nos lo enseñará el tiempo, Hans. ¿Has oído hablar alguna vez de niños prodigio espirituales?

—Yo no, si es que comprendo tu intención.

—Tenemos talentos, Hans. Eso lo veo como una división. Ese talento de niño —como Mozart— poseía talento material. Ese niño modelaba por medio de notas, de música. Casi todos los niños prodigio representan el talento material, pero respecto a los aspectos interiores, al alma, aún no hemos visto ni uno. Quiere decir, por tanto, que un niño prodigio de esos podría colocarte a ti y tus colegas ante problemas. Y a eso yo lo llamo un niño prodigio espiritual. Para ese estudio, Hans, necesitas años. Y si resultara que ahora naciera un niño prodigio de esos, ¿qué dirías entonces?

—Imposible, entonces lo habríamos tenido hace mucho, ¿no?

—Vaya, ¿tengo que arrancarte del sueño? ¿Qué podría haber hecho este mundo con un niño prodigioso en lo espiritual? Hace cincuenta años, no: hace treinta años, se colocaba a estas almas como milagros sobre las hogueras. ¡Eso lo hacía la iglesia! Si Dios realmente tiene algo que ver con nosotros, entonces he de decir: “Hombre, qué bien has visto eso”. Si en esos tiempos hubiéramos visto en la tierra niños prodigio espirituales, eso no habría sido más que temporal, porque la iglesia lo consideraba como obra del diablo, y yo podría decir a Dios: “Dios ¡qué lelo eres!”. Pero ¡Dios sin duda sabe lo que hace! No envía nada a este mundo antes de tiempo. Es de otra manera, ya lo dije, pero eso aún tiene que llegar. Contempla ahora un niño prodigio de esos, Hans, y dime lo que piensas al respecto.

—Eso se explica rápidamente, Frederik. Estás completamente atascado. Hoy René está enfermo, loco de remate, tú mismo dices que hay síntomas, una hora más tarde es un ser sobrenatural y ahora incluso un niño prodigio

espiritual. Ya no entiendo nada, ¡de verdad!

—Y ahora crees que me tienes arrinconado, ¿no es así?

—Para mí no se trata de eso, desde luego que lo sabes muy bien, y ni hace falta hablarlo. Pero ¿qué piensas? ¿Tengo que dejarme desnudar ahora? ¿Entonces sí he de echar por la borda todos mis conocimientos obtenidos? ¿Es que lo alcanzado ya no nos dice nada? Esto no tiene nada que ver con ciencia, Frederik, jamás habrás de poder olvidar que quieres tratar la ciencia desde tu existencia de profano. Y ahora estás de nuevo ante un médico... ante mi facultad y la otra, que tiene mi respaldo... ¡porque ahora esto es un gran caos!

—¿Habrá más cosas, Hans?

—Eso no, pero ¿es que tú mismo no sientes que esto ya no se puede aceptar?

—Escucha, doctor. Puedo aceptar esto, ¡vamos a comenzar ya! Ahora tienes que aceptar que ya no entiendes ni papa de esto. Y eso se lo debes ahora a tu erudición. Ahora sé que debo dar gracias a Dios por no haber hecho mis estudios universitarios... no para otros, sino solo y exclusivamente para mí mismo, si no el mundo se habría detenido. Pero para determinadas cosas hay que evitar que te estropee una universidad o una escuela, allí se despilfarra el talento nato. ¿O tampoco te crees eso? Si el talento nato de un pintor se disuelve por completo en las tonterías académicas, ese mismo talento queda destruido. Pero eso no aceptas. Y ahora un niño prodigio espiritual de esos. Tú tienes que ver con René, yo, a tus locos, Hans. Cuando esas almas dan el paso y se ponen a mirar, viendo a veces apariciones, diciendo cosas de las que no entiendes ni una palabra, entonces tú crees: eso es cosa de los locos. Pero yo ya te expliqué que los locos saben pensar de forma sobrenatural. Cada palabra de un loco de esos, pues, que esté por encima de lo que es nuestra vida, es una partícula de ese mundo asombroso hacia donde vamos todos y que tú buscas hasta quedarte daltónico. Cada palabra que tan solo destaque ligeramente por encima de nuestra conciencia material es una partícula de ese mundo sobrenatural y una parte del espacio que el hombre posee como alma y del que aún desconoce los fuegos artificiales.

Ahora creo que René está enfermo. Sin duda, los síntomas están allí. Pero ¿no es declarado demente por la ciencia cualquier investigador que aparezca con algo nuevo? A eso lo llamo la “demencia consciente”. Esas personas, Hans, son milagros, más tarde se les comprendió y entonces la cantinela es: ¡Qué estúpidos fuimos! Lo que para ustedes (vosotros) suponía una enfermedad y era demencia, luego resultó ser un fenómeno sobrenatural. Cuando Galileo dijo que la tierra giraba alrededor del sol ¡a este genio lo encerraron! ¡Y a otros tantos los quemaron y ahorcaron! ¡Todos eran niños prodigio! Unos un poco antes que otros, pero ¡lo eran! Y esos niños eran todos conscientes e inconscientes, sirvieron como adultos, pero anhelaban una sola meta: brindarle a esta humanidad tan podrida algo más de belleza, por lo que

fueron masacrados, uno tras otro.

¡Así es como la tierra recibió arte y también ciencia! ¡Y eso también es arte! Cuando regreso a René, entonces veo que sus síntomas se desarrollarán precisamente por esta enfermedad. Pero ahora ya no es enfermedad, ahora son preparativos para más tarde: despertar, desarrollo, la evolución natural del alma para las ciencias espirituales.

¡Lo que ahora es enfermedad, es arte para el alma! ¡Eso René ya lo sabe! Por eso estoy empezando a ver mi sueño de otra manera. Estos milagros los vivo, ayer todavía veía todo el conjunto mal o aún no me atrevía a empezarlo. René es un niño milagroso, un genio espiritual, algo de lo que recibiremos pruebas más adelante. ¡Entonces podrás cortarme en pedazos y yo mismo te daré el cuchillo! ¡Podrás hacer conmigo lo que quieras! De modo que vuelvo a desafiarte, Hans. Eso es algo que René demostrará, ¡yo, lo mío! Pero ambos estamos locos... todavía; luego dirán otras cosas, habrá esto obtenido otro nombre, que sin embargo signifique lo mismo. Es el alma y con ella toda su posesión adquirida: ¡conciencia!

Que tú sigas anclado a tu ciencia y tu doctorado es porque ¡no te queda más remedio! Si perdieras ambas piernas ya no valdrías un pimiento para la ciencia. Me caes bien de esta manera, porque este es el camino, ¡la forma de llegar!

Todo pensamiento que pueda tener un loco —dije hace unos instantes— es para nosotros, los conscientes, andar descarrilado respecto a la creación, en la que vive el enfermo. Ve como alma sus propios síntomas. Ahora no me vengas con religiones ni pasiones, o con impulsos sexuales y esas cosas, eso no tiene nada que ver con el estado de René. Su alma, su personalidad, es consciente, pero anormal para este mundo. Por medio del niño aún no hemos vivido nada, pero el ser humano sí es capaz de eso, porque esta alma tiene que crecer hacia la adultez, igual que nosotros, y solo entonces se desarrollan los dones.

Tiene la cabeza demasiado grande, lo reconozco. Pero ¿qué significa eso? Aun así, viviremos asuntos extraños. Hay una cosa que no me queda clara y es... ¿por qué un genio de esos no llega a este mundo de manera normal? ¿Por qué por medio de una enfermedad? Yo mismo ya me respondí esa pregunta hace un momento, pero aun así se me hace raro. Claro, es porque he perdido el hilo. Veo la vida allí, puedo seguirla, pero no explicarla. ¿Qué es?

—¿Por qué no haces el esfuerzo, Frederik?

—Para esto no hay nada propio a lo que recurrir, Hans, no puedes hacer nada, al menos no si esa tormenta se te echa encima por sí sola. Si te pones a ello como profano, te partes la nuca por las pequeñas fisuras, lo cual rehúso cortésmente. No, no lo veo, tal vez llegue después. Pero, espera... ¡ya estoy!

—¿Qué es?

—Escucha, estimado experto... ¡te ofrezco una suposición, o sea, ciencia no...! Dado que aún no ha habido niños prodigio en el ámbito espiritual, René es el primero para todo el mundo... un ser humano sobrenatural. Empezar: el primero, también en el primer peldaño... tiene que adaptarse, ¡tiene que atravesar lo anormal al yo consciente! Y ahora siento, Hans, que esto te parece infantil, pero tú vete a tu aire. Cuando esa escuela —si se me permite llamarla así— haya avanzado, haya echado algunos cimientos más, entonces el siguiente niño prodigio espiritual se sentirá liberado de todos estos disgustos. Entonces ya no habrá que luchar por ello. Es posible que esto suene muy torpe, ¿verdad?, pero entonces te presento el siguiente hecho.

¿Cómo han surgido las leyes ocultas, las escuelas? ¿Qué hizo que Egipto alcanzara ese altura? He dejado convencerme de que se estrellaron al menos cien mil sacerdotes antes de que allí supieran algo de una vida ulterior. Ha habido masas de personas que se estrellaron allí antes de que se pronunciara la primera palabra espiritual. Pero una vez llegado a ese punto, que lo alcanzaran, Hans, ¡solo entonces recibió esa gente, que desde luego no eran bobos, la realidad universal! Y ¿es eso nuestra cultura? ¿Tan raro es que los conviertan en doctores? ¿Acaso está loco un egiptólogo? Si te encuentras con un doctor semejante, Hans, ¿es que entonces lo tachas de loco? ¿Te reirías de sus estudios? Entonces mejor ponle punto final: ¡tú mismo te habrás hecho inaceptable!

No, te digo: allí también empezaron a ras de suelo, allí también tuvieron que agarrar piedra por piedra y añadirlas al conjunto según las reglas del oficio, que gracias a esos primeros miles de personas adquirió luz y forma. Y ahora volvamos con René. Vive en este mundo occidental tan práctico. ¿Qué sabemos nosotros de los milagros espirituales? ¿Qué sabemos de leyes ocultas? Para mí son cosas corrientes y molientes, porque cuando te quedas dormido vives una ley oculta, de la misma manera que un faquir oriental. El sueño humano, Hans, por si te interesa saberlo, es una ley oculta, porque no sabemos lo que es dormir. Pertenece a la vida interior, aunque para ello la materia experimente el empuje. Todo lo que pertenezca al alma —es algo que por cierto tú mismo también sabes, aunque no supieras lo que te digo ahora— es realidad espiritual. Que si esa realidad también pertenece a las tinieblas o no, que si es putona, que si anda desnuda, que si padece delirios religiosos, da absolutamente igual, carece de sentido, ¡se trata de los actos interiores, de los aspectos espirituales para el alma que forman su mundo y personalidad!

¿Te queda más claro ahora? René está enfermo, para nosotros, ¡no para él mismo! ¿Que la cabeza de René es demasiado grande? Supongo que por un impulso interior. ¿Lo sientes? Entonces empezarás a pensar en concienciación interior, en un cerebro aparte: pero no aquel que ustedes ven (vosotros veis)

como expertos. El cerebro de René está en su estómago. Allí está su cerebro, allí donde empieza a pensar el alma. No tienes más que seguir la máquina humana y ya lo sabrás (—dije).

Otra vez pasa media hora en silencio... Veo que falta media hora para que den las tres, el tiempo ha volado. Todavía no estoy vacío, siento que todavía me quedan unos gramos de movimiento para hacer que me ponga a hablar. En realidad no sé de qué hemos hablado, pero sí veo que hay luz en las habitaciones de mi castillo y que todas las puertas han sido abiertas de par en par. Por fin dice Hans:

—Por el momento me doy por vencido. Se me hace totalmente irrefutable, pero ciertamente espero que vayas a tener razón. Para mí es una revelación y sé que tengo que empezar a ver muchas cosas de otra manera, también para mí mismo, en lo relativo a mi vida social. Mi estima por ti ha subido, Frederik. Voy a meditarlo, y aunque tome un poco de tiempo: llegar, llegaré. Gracias por tu clase universitaria, mereció la pena (—dijo).

Estoy fuera de nuevo. Me voy directamente al bosque. Ya no veré fantasmas. Me entra serenidad... Es como si todo el espacio me hablara y dijera: sigue, ya basta de tanto hablar de condenas eternas, ¡eso ahora hay que echarlo por la borda! Solo entonces tienen razón quienes padecen delirios religiosos.

Y así es, siento; si los teólogos no fueran tan necios, entonces Hans y los demás podrían convertir sus clínicas en escuelas de danza, ahora es miseria. Si la gente entendiera su amor un poco mejor, entonces ya no habría homosexuales (véase el artículo ‘Homosexualidad’ en rulof.es). Pero si empiezo sobre eso ya vuelvo a detenerme. Hay una cosa que me llama la atención, y supone, creo, mi propia salvación, es decir: la ayuda para pensar. Cuando pienso en algo que todavía desconozco, o que es diferente, entonces de pronto me detengo por dentro. Hay algo entonces allí dentro que se niega y así siento que aún no lo sé, al menos, que todavía no tengo una explicación para ello. Pero ya la obtendré más tarde.

¿Qué es, sin embargo? Repito... y veo el amor humano. Veo un gran agujero. ¿A retenerlo también para más tarde? Si la gente —ahora ya se vuelve a perder— comprendiera mejor su amor, no habría homosexualidad (véase el artículo ‘Homosexualidad’ en rulof.es). Creo que lo siento, hay que verlo como algo que es antinatural, pero ¡con un tufillo sospechoso!

Desde luego, estas personas no comprenden su amor, si no ya estarían sintonizadas de otra manera, entonces una mujer no amaría a una mujer, sino que pediría, igual que son capaces de hacerlo un galgo natural y una palomita, un poco más de ese otro amor loco. Vaya, pero qué problemas. ¡Y sin embargo tan humanos, tan enteramente naturales!

Amor... amor... ¿cómo naciste? ¿Qué es amor? ¿Cuál es el sentimiento

cuando se ama a otra persona u otra cosa? Es serrín, arena del desierto, se te escurre entre los dedos, pero son problemas humanos, se convierten en los pilares para la ciencia, ¡mis fundamentos!

Qué niño sigue siendo Hans. Soy feliz. No porque me resultara posible colocarlo ante mis hechos, sino también porque además es un experto. Tiene que luchar por su propia posesión o todo quedaría en un punto muerto. Apuesto que más tarde lo veamos con una prometida, lo cual quizá le ahorre muchos disgustos, o tal vez justo al revés. ¿También está preparado para el amor? Para eso también tenemos que estar preparados. Si no lo estamos, entonces vienen los palos. Tengo curiosidad por ver cómo va a resolver ese problema. Si quieres conocer mi opinión... ¡aún espero algo! No creo que ande yo muy descarrilado, ¡obtengo razón en muchas cosas! ¡Ahora eso también es ciencia!

René es ahora un milagro para mí. ¿Que si seguirá siendo así? No voy a entrar en eso. Tengo que vivir mi propia vida; él, su mundo. Pero: continuamos.

El telón se abrió hace una hora y tres cuartos de hora. Sobre el escenario estábamos solo nosotros dos: Hans y yo. Había una enorme tensión en la sala, y sentíamos que ambos recibíamos el mismo aplauso: cada uno lo hizo igual de bien que el otro. Y el estimado público jamás ha oído algo así... Es poderosamente interesante, puedes hacer una comedia y dedicarte al mismo tiempo a la ciencia. También para las siguientes funciones están abiertas de par en par las puertas.

Pero seguimos, a los últimos actos de la obra...

¿Cómo es el final? La respuesta vive bajo tu corazón... ¿quieres algo de este amor loco?

Creo, Frederik, que andas muy equivocado

René tiene ahora cuatro años. Y en todo ese tiempo no se nos concedió ni hemos podido vivir algo especial. Hans ríe por dentro, todo le parece un chiste divertido, a lo que no hago caso alguno, dado que ciertamente no hay síntomas. No tenemos que propiciar las cosas malas, dije. Pero sentía cómo su hombro se quedaba pegado al mío, sentía un freno interior, un ojo que destellaba, un paso más seguro que unos meses atrás, una orejita sonrosada que preguntaba por la verdad, pero que caía por su propio peso, tan tremendamente sencillo era. Él hace su trabajo y yo paseo, me he comprado un caballo igual que los demás, y de vez en cuando me adentro en el espacio. Es un deporte maravilloso, amo los animales y con los caballos puedes hablar.

¡Erica es completamente ella misma! Su vida te pone la cabeza como un bombo. Lo que le van son sus tés, y de vez en cuando monta a caballo, igual que nosotros; Karel no cesa de hablar de su granja, de su casa de campo para la que, según creo, ahorra mucho. Le ofrecí instalarse en una casita mía, pero no le apetece nada, quiere ganársela con su trabajo. No es alguien que considere los bienes recibidos como suyos. Yo no lo veo así. ¡Hay amistad o no la hay! ¡Yo para eso pongo toda la carne en el asador! La familia se siente satisfecha, porque no hay nada que les cause trastornos. Karel se fija ahora algo más en sus pacientes, ya no se le van demasiados. Creo que su vida irradia algo más de amabilidad que antes, está más abierto a sus enfermos. Aún recuerdo que hasta hace unos años le parecía que tanta charla de todas formas no servía para avanzar. Ahora raja durante horas con sus enfermos, y ya hay algunos que por nada en el mundo querrían estar sin él. ¡Y ese cuento corre como la pólvora y desde hace mucho ya que ha demostrado ser la mejor publicidad! ¡No hay receta mejor que esta, pero es que ninguna! ¡Es eso!

Ya ves, también en eso volví a acertar. Y él lo sabe, pero es un asunto que no hay que mencionar nunca. Eso aún no lo ha superado; veo, no obstante, que ha logrado avances para él mismo y su entorno. Ahora Erica está endeudada con él.

Anna cuida de René. Está contenta y a mí me ven como a un hombre mayor. Regreso otra vez al viejo mueble. A veces parece que me toman por cuentista, pero uno inofensivo. En honor a la verdad, he de decir que no hay nada en o de René que apunte a un atraso; el niño es sano, y punto. Erica ha dejado de ver sus serpientes y osos, Anna ha expulsado los aullidos del chacal a los bosques, se ha erigido una barrera de la que nadie sabe en qué consiste en realidad. Y lo que es llover, ya tampoco llueve... Cuando afuera hay un vendaval eso es algo del todo normal y carece de cualquier valor para estas

personalidades tan conscientes, que tanto se sienten. Hans echó un poco más de leña al fuego con estas palabras:

—Creo, Frederik, que andas muy equivocado (—dijo).

Karel no lo oyó, a Erica no le parecieron hacer efecto y yo no entré al trapo de ninguna manera. Pero de esto ya pasaron meses. Poco después de nuestras profundas conversaciones, Hans se fue brevemente de la ciudad, pero me escribió una nota breve.

“Frederik, en el tren te escribe mi alma. Hombre, qué feliz me siento. Qué milagro eres para mí y para todas las personas. Eres un amigo de verdad, no quiero perderte nunca, Frederik. Créeme, no soy sentimental, pero yo también tengo un corazón, también en mí hay sangre humana, el experto y el hombre están abiertos a ti. ¡Concédeme un poco de tiempo, Frederik...!”

Unos meses más tarde lo oigo decir, sin embargo: “Creo que vuelves a andar muy equivocado”. Y entonces me blindé un poquito mejor, ya no hablé tanto, decía lo justo para no ser maleducado. Comprendí; Frederik está pensando... y eso era lo que hacía, pero en muchas otras cosas, ¡porque yo no me quedé quieto ni un segundo!

Cuando estoy junto al niño vivo mundos. Cuando lo tengo sobre mi regazo es como si se me abrieran mundos de una belleza refulgente. Esta pequeña alma tiene una carga eléctrica, no dando codazos a los demás, algo que todos conocemos y que el fútil ser humano tanto anhela, esto es otra cosa. Te infunde silencio, es serenidad..., ah, hay que saber sentirlo. También Anna lo absorbe a fondo; Erica eso lo desconoce, ¡no está abierta a eso! Ella no tiene eso, carece de ese sentimiento. Mientras, sigo y veo todo. Nada de mí mismo se me escapa, tampoco de los demás. ¡Pienso más allá! Siento más allá y más hondamente que ayer, pero callo... ya estoy lleno a rebosar. Aun así, sigue sin haber nadie que me necesite. No hay cartas, pero la oficina está abierta todos los días, hasta bien entrada la noche. Por si acaso llegara alguna cosa que implorara cuidados urgentes. ¡De modo que estoy en mi puesto y no desatiendo nada!

René es hipersensible. La cabeza se le está reduciendo un poco, tiene una mirada lúcida, pero cubierta por un velo. De vez en cuando los ojos se sumergen, la luz desaparece por completo, un poco después ves a otro niño. Te digo: eso los demás no lo ven, a mí no se me escapa de ninguna manera.

Pero René ha sido vestido de animación. Agarra todo lo que se preste a ser descrito. Hay que mantenerlo alejado de los lápices y bolígrafos, porque todo lo llena de garabatos: Erica no da abasto con él. Pero forma parte de ello. Nadie ve nada especial en eso, Anna tampoco. No, dice Karel, ¡esto va bien! Y así es... todo va viento en popa. ¡René escribe, hace garabatos!

Lo que más le gustan son los lápices de colores. Le llevé uno, y ahora oyes todos los días: “Quiero lápices, tío Frederik”. Cuando pronunció aquel “tío

Frederik” casi me da un patatús, por lo que a su vez asusté a Anna, aunque ella no entendiera por qué me estaba poniendo tan pálido. No me preguntó por la razón de mi susto, le parecía que no era necesario, porque el niño aparentaba ser normal y corriente. Pronto me recuperé, tan pronto que Anna no tuvo la oportunidad de hacerme esa pregunta. Pero, pensé, ese “tío Frederik” yo lo he oído otra vez. ¿Dónde fue? Y, mira, cuando abrí mi diario lo leí.

El sonido, la pronunciación, el énfasis en aquel “tío”, la manera de decir la efe, la erre, la ka: todo era como entonces. Es ahora cuando sé de repente, reflexioné, que Hans recibirá golpes; que René se convertirá en un milagro espiritual y que mi universidad luego podrá seguir construyéndose sobre los cimientos echados. Un poco después me encontraba paseando de nuevo, porque quería vivir el caso.

Anoté:

“Aunque esos pobres diablos piensen que todo va bien, aunque Hans piense que ya tiene ganada su apuesta y que los profanos hemos de aceptar que no entendemos nada de la psicología, que no tenemos que tocar semejante arte, aun así los animales en la selva acechan y esperan su venganza. ¡Nuestro viaje aún no ha empezado! ¡Eso es!”

Me encuentro más seguro que nunca. René pronunció mi nombre igual que cuando habíamos llegado aquella vez a la unión en ese otro mundo. Ahora no me queda más remedio que aceptar que el alma es allí una personalidad. Ay, santo cielo, ¡cuántas víctimas habrá! Vaya estudio que es este. Qué profundo, y hay que ver lo imponente que es. ¡Ay, iglesia! ¡Ay, teólogo! ¡Ay, la de cosas que habrá que echar por la borda!

Me encuentro tan seguro de mí mismo —ahora ya— que hasta me dan ganas de llorar. Ahora miro a través de esas máscaras con una fuerza de la que yo mismo aún no puedo determinar la profundidad, pero que más tarde, quizá mucho más tarde, parecerá inconmensurable y que aun así se podrá razonar humanamente.

Continúo... Esos de allá piensan que he vuelto a quedarme dormido, pero da igual, me da la paz que necesito. ¡René dibuja! ¡El niño está dibujando! Ese dibujar es lo más normal del mundo. Pero ¡para mí no!

¡René está buscando! Pero eso no lo ven. ¡Todo niño busca! Todo niño quiere escribir, pero alguna vez eso indica que hay un talento. ¡Y entonces esto está bien!

René está tranquilo, tiene la mirada bien. No para mí; no ven que algunas veces esos ojos los cubre un espeso velo. Y un momento después desaparece. Eso para mí son los trompicones del niño, del alma, de la personalidad posterior.

Pero ¡nosotros aguardamos! Yo también. Yo hago borrón y cuenta nueva, con lo vivido durante mi sueño. ¡Es un sólido fundamento!

René a veces es muy agitado. El niño tiene una postura robusta, se le ve relleno. Parece que ha nacido para la suerte y una buena vida. Más tarde irá a estudiar, va a ser médico. Primero tendré que verlo.

Duerme bien este hijo de Erica y Karel: ¡no tiene molestias algunas!

Cuando a los demás les sobra algo de tiempo nos vamos por allí con los caballos. Ten Hove y su señora también participan. Van Stein y Van Hoogten están demasiado ocupados y les parece una afición demasiado cara. Todavía no comprendo que ese Van Stein haya vuelto. Karel dice: “¿Qué vas a hacer si a esa gente la tienes como a perros delante de la puerta? No vas a echarla por las malas, ¿no?”. Tiene razón, aquí se acaba todo, a fin de cuentas son colegas.

Cuando ves a Ten Hove montado sobre su caballo no puedes más que sonreír. Este tipejo tieso encima de un caballo es como un barco en la tormenta, da bandazos de un lado para otro, suele estar encima del cuello y gime durante la marcha. Lo oyes piar con miedo. Nos hace gracia y no quisiéramos perdérselo por nada en el mundo. Es como con las marionetas. Está encima del caballo igual que un niño sobre su caballito de feria, mira a todos lados para comprobar si la gente lo ve. Es parte de su carácter ser también muy ruidoso. Lo veo como el hombre que saluda a todo el mundo, pero ahora desde las alturas. Si miras su sombrero no puedes más que reírte, así de bufonesco le queda. Además, la pajarita le revolotea debajo de la barbilla y no pega ni con cola; la mira continuamente.

Su mujer, a la que hemos bautizado como Pinzoncita, porque es igual de orgullosa y está igual de encantada con el esplendor de su cabellera teñida, es una amazona magnífica. Está sobre su caballo como una princesa del baúl de los recuerdos, y he de decir que es llamativa, pero sus morritos siguen siendo rústicos. Ten Hove da un repaso a su familia entera para encontrar nombres para los caballos, lo que resulta serle bastante complicado, porque ya llevan con ello medio año. Si esto sigue un poco más les pondré yo los nombres, que les divertirán mucho. Tippy —así es como él la llama a ella, aunque hubiera sido mejor que la llamara Topsy (Achispada), porque es de buen beber— ha puesto a su caballo como nombre “Amorcito”, pero amor verdadero no hay. Amorcito hace lo que le da la real gana, como si sintiera la monada que tiene encima de su espléndido cuerpo, porque no está contenta con su dueña. Se ve en todo, así de infalibles son las reacciones del caballo. Con su cara de besugo le dice cien veces “Amorcito”, hasta que se te revuelva el estómago, antes de que las espuelas den la señal de partida. Ya habrá quedado claro que no tengo en estima a esta gente hueca. Puedo ponerme hasta malo de estos caracteres vacíos. Es que no puedo hacer nada, aunque vaya a contracorriente, no me sirve de nada. Creo que es un error mío y haré lo que pueda para combatirlo en la mayor medida posible.

Hans monta como un vaquero del Lejano Oeste. Eso ya le costó a Peter,

su animal preferido, un pedazo de carne y casi una nuca partida, por lo que ahora se lo toma con más calma. Tiene talento, pero es demasiado temerario. Karel no vive este deporte como un arte; está sentado en su caballo, es todo. Erica monta mejor que Karel, elle tiene su propia manera de hacerlo, y ni siquiera un domador la superaría. Llamó a su animal René, lo que a Karel le pareció un disparate, pero ella piensa que por eso René lo disfruta. Cuando Hans dejó caer la palabra “Murciélago”, la vida del animal de inmediato recibió animación y “René” fue historia. A todas horas era “Murciélago”. Ya quedó algo abreviado, porque ahora se ha convertido en “Murci”. ¡Hay que ver cómo son las mujeres! El caballo de Karel se llama “Pedro”. Más sencillo, imposible. Hans por supuesto que se compró dos, los animales son asombrosamente buenos, unos cuadrúpedos magníficos, tienen siluetas regias. ¡Así es Hans!

Dicen que yo monto el mejor caballo de todos. Erica me sigue, me echó estas flores, y los demás han de aceptarla. ¡Estoy montando! ¡No estoy sentado, estoy montando! Me impresiona lo hermoso que es este deporte y se lo deseo a cualquiera. No veo a nadie, no quiero ver a nadie, pero tampoco caigo rodando de mi silla. Formo una completa unidad con el animal, lo cual es una sensación imponente; sientes que te entra cada nervio suyo, es como sentir el corazón animal tan poderoso en mi interior. El animal me habla. Sientje me comprende, no es preciso gritar, todo va solo, obedece bien y hace todo para hacérmelo lo más agradable posible. Es Sientje —no yo— la que tiene el talento para construir esta unión, sintoniza con el ser humano y yo la sigo en todo.

Una tarde hice una salida por mi cuenta, primero al paso, después a galope. Cuando me encontré en una zona bonita desmonté. Me eché y me quedé dormido. Primero había tinieblas, poco a poco fue habiendo más luz. Sientje está a mi lado... Sujeto al animal por las riendas. Duermo y vuelvo a despertar. Veo un hermoso paisaje... es verano. Vaya, ¿dónde es esto? ¿No he estado aquí antes? Se parece a Italia... una llanura preciosa, flores por todas partes, la naturaleza en su máximo esplendor. Veo una llanura, pasto bien cuidado por todas partes. A allí, delante de mí, un árbol, uno solo, lleno de florecillas. Pienso, me pregunto si no he oído ya antes sobre esto. ¿Y...? ¿Y...? ¿Qué veo allí? Los nenes. Busco a René. No lo veo. ¿Qué hacen los niños? Recogen las florecillas caídas, las ponen en cestitas coloridas y continúan, cantando, alegres y animados.

Entonces pensé: ‘Esta es la “pradera” de René!’. ¡Lo creo! Veo que el niño posee verdad. Pero ¡yo estoy en la luz! Cierito, he ido detrás de él, pero he llegado aquí por mis propias fuerzas. Todavía miro rápidamente adónde van los niños, pero ya se fueron, no los veo, por ninguna parte.

Me levanto y miro al árbol en flor. Veo y puedo sentir —después compren-

der— lo que significa esto. ¡Soy tan feliz!

Pero ¡qué joya de árbol! ¡Esto es un ser humano! Cuando yo y tú estamos así entre las florecillas, con esta pequeña pradera segada rodeándonos, bajo este sol y cielo azul, esas flores resplandecientes, puedes decir: ¡ya se me fueron todos los disgustos, soy maduro, soy “primavera nacida”!

Entonces se hizo de noche para mí y ya no pude ver nada más, pero un poco después estaba despierto del todo. Miré a mi alrededor, ¿dónde estaba Sientje? El animal estaba echado detrás de mí, me mira, consciente y elocuente, con sus ojos de caballo, y se levanta de un brinco. Lloro... no puedo remediarlo, ¡Sientje es casi como un ser humano!

Continúo, sigo pensando en la “pradera” y siento cómo me crece por dentro la felicidad. También de ella participa este noble animal, porque quiere actuar como lo esperan de ella las personas. No me veía infantil a mí mismo, sino tremendamente etéreo, como no la había estado en años. Ya ahora veía dentro de esa inmaculada claridad, y vivía dentro de ella,... podía aceptar que todo iba bien, ¡solo tenía que quedarme a la espera!

Cuando unos días más tarde le conté a Hans lo que se me había concedido, sus palabras fueron un jarro de agua fría: “Frederik, necesitas un trago, estás perdiendo tu conciencia masculina”.

Pensé: ‘Pues gracias, Hans, ya hablaremos en otro momento’. E inmediatamente después dijo:

—Frederik, ¿crees que un caballo tiene ahora el carácter de un perrito de las praderas?

—¿Qué...? —Callé cuando prosiguió diciendo:

—Lo digo mal, no hace falta que te asustes. Quería decir algo muy distinto. Quiero decir: el caballo, ¿adquiere por el carácter este cuerpo? O ¿es al revés? ¿Adquiere esta personalidad por el cuerpo?

No respondí y todavía añadió:

—Te juro que estoy hablando en serio, Frederik.

Mi alma se niega, pero aun así un poco después me sale de la boca:

—No lo sé, pero creo que todos los organismos animales dan cuerpo y personalidad a la vida interior. Es decir, que ¡el alma del animal determina el organismo!

Ahora pregunta asustado:

—¿Qué me estás diciendo?

—Te estaba contando algo sacado del baúl de los recuerdos, Hans. Ahora ya no lo sé.

Callar, que me hace llegar el sentimiento... ¡pérdida! Eso era así entonces, ahora todo ha cambiado. No obstante, me pregunta:

—¿Por qué no te extiendes un poco más, Frederik?

Y, mira, ese es el Hans de antes. Él mismo dice algo, y oigo:

—No tienes que olvidar, Frederik, que estoy dándole muchas vueltas.

—Lo sé, Hans, lo veo.

—¿Y?

—El alma determina el organismo, Hans, creo que es así.

—¿Rige así para todos los animales?

—Imposible responderte a eso. Pero ¡creo que sí!

—Y el animal, Frederik, ¿tiene alma?

Espero unos instantes y entonces sale:

—Sí, una que es inconsciente en comparación con la de nosotros. Pero sí que puede pensar y sentir como una persona. Fíjate en Sientje, por ejemplo.

—Realmente, ¿qué quieres decir, Frederik?

—Quiero decirte que también los animales cercanos a nosotros han conquistado una entidad propia. Pienso, incluso, que es posible dar a diferentes especies animales una razón humana. Toma, por ejemplo, un buen perro, sin olvidarnos de la paloma mensajera. Tú no encuentras el camino de regreso a casa cuando te has tomado una copa. Entonces llegas a parar adonde los vecinos, Hans, con el pantalón desgarrado y tu abrigo hecho jirones, las manos destrozadas y ensangrentadas. Eso no le ocurre a una paloma. E indica, creo yo, que semejante animalito se encuentra cerca de la conciencia humana.

Lo miro, y entonces pregunta con timidez:

—¿Quién se ha ido de la lengua, Frederik?

—Tú no me veías, amigo, doctor, ni tus colegas tampoco, pero casi me arrollas. Créeme, aunque te hubieras partido el cuello, yo no habría movido un dedo. Quería ver si aprendías algo. Quisiera decirte, Hans: los tragos no te sirven de nada, si no lo conviertes en alguna pócima médica, te agarras una borrachera monumental.

—Vaya, Frederik, ¡allí me diste!

—¡Gracias!

—Pero, oye, por qué no continúas.

—Si tratamos lo que dicen los teósofos, Hans, entonces probablemente les darías la razón. Pero yo lo veo de otra manera. Cuando dentro de ti sientes latir el corazón animal, cuando el alma del animal habla sobre el yo independiente, que igual que el nuestro tiene que representar un mundo propio, no te queda más remedio que aceptar que también ellos regresarán al Omnigrado, y que representan, junto a nosotros, Su Yo. ¡Siento que esta vida es una capa depuesta de nosotros mismos!

—Pero ¿qué me dices?

—No lo sé. Eso lo deberías haber retenido tú. Fue al margen de mí mismo, no guarda relación alguna con mi pensar ni con mi sentir.

—Eres insondable, Frederik.

—No es así, Hans, es diferente, pero estoy al margen.

—Eres un tipo raro. Ya no puedo seguirte, Frederik.

—Yo sí a mí mismo, Hans, ... veo pequeñas rendijas... pero las crucecitas se partieron el cuello. Mira lo que te voy a decir, pero entonces escúchame bien.

Los animales y los seres humanos son uno solo, Hans. ¿Nunca has pensado sobre estas cosas? ¿Nunca te has preguntado por qué los animales desconocen la locura? Claro, existe la rabia, pero ¿es eso locura? No creo que un animal esté poseído. Cuando ves que los seres humanos armamos una escena por nuestro yo obtenido —no tienes más que ver a esos dos infelices delante de ti— empiezas a verlo muy distinto y solo entonces puedes hacer comparaciones. El animal ha seguido siendo sí mismo en todo. Pero, Hans, ¿es que no ves que el animal está libre de sentimientos bajos, de una mentalidad destructiva, los follones animales del hombre tan conocidos? Empiezo a sentir —escúchame bien— que todo lo que vive procede de una sola célula.

—¿De una sola célula? O sea, de Dios.

—Eso cae por su propio peso... Pero si sigues esa evolución, entonces regresas a ti mismo, y detrás vive Dios.

—¿A dónde quieres llegar, Frederik?

—¿No te dije que estoy en vías de conocerme a mí mismo y el reino animal, la naturaleza? Si sales liberado de tu propio castillo, Hans, entras en contacto con el espacio. Vuelvo a estar en flor, pero esta es aún más hermosa que la primera. Cuando ves el primer árbol, cuando has visto todo de él, empiezas a sentir que estás evolucionando y ya no vuelves a meter la pata nunca más. Ahora va como por sí solo, pero primero tienes que atravesarlo, lo que no es tan sencillo.

—Y ¿qué es lo que quieres decir en el fondo con esa única célula, Frederik?

—Es el origen de la vida, Hans. Dónde exactamente ha comenzado es algo que aún desconozco. Lo que piensen los teósofos al respecto puede ser muy bonito, pero yo voy por mi propio camino. Si entro en contacto con lo sobrenatural para el Universo... pues, sí, entonces ¿qué? Entonces ¿qué? Una cosa sí que sé: vuelvo a ver en todo la sangre de mi cuerpo, aunque allí tenga otro color. Y en cuanto al siguiente estadio: eso ya me lo contará Sientje, ya está muy ocupada con eso. Ahora un perro y un gato también tienen algo que decirte, sin olvidarnos de la paloma mensajera y de la especie más elevada de todas: el ruiseñor.

—Te estás yendo por las ramas, Frederik... ¿No te estarás pasando un poco?

—¿Has podido constatar en uno de mis actos que esté actuando de forma anormal? De eso me encargo, Hans. Pero tú vives en otra parte, estás en otra ciudad.

—Eso me hace pensar en otra cosa, Frederik... La semana que viene me voy de la ciudad por unos meses... A Leipzig, Berlín, Viena... esas ciudades me llaman.

—Si es necesario, tienes que ir. Ya darás alguna señal de vida. Saluda a Viena de mi parte... Vete hasta Franzel Kersten. Tómate su Stinkenbrunner, invito yo... Pero no dos litros, Hans, entonces te quedarás mamado pero de verdad... santo cielo, ¡qué tiempos fueron los de allí!

—Vente conmigo, Frederik.

—No, eso nunca... no puedo irme ni un segundo. Mis palomas serán las primeras en entrar, creo, y después tengo que ponerme a correr.

—Eres de lo que ya no hay, Frederik. ¡Voy a trotar un poco! (—dijo).

Allí va el alocado otra vez. ¡Peter es como una tormenta salvaje! Ojalá esto termine bien. Hans ha desaparecido del mapa. Los demás ya están pensando que se ha partido la nuca, pero al llegar al café para tomar una taza de té, el señor ya está allí, igual que un niño travieso. Peter suda a mares, al animal eso no le disgusta, quiere ver la llanura. No es un caballo de estas latitudes, ama el desierto, el pura purasangre es feliz. Hans no... Está cavilando, pero yo sé por dónde sopla el viento.

Se fija un poquito más en las mujeres que antes. Mira, para eso creo que tienes que irte a Viena... Pues, tú mismo, apáñatelas.

Va por sus estudios, el resto ya tendré que verlo, pero forma parte de ello. Va a haber fiesta... van a matar un cerdo... vamos a ver y oír mucho follón y ruido.

¡Yo voy por mi camino!

Los animales nos llevan a casa, cada uno va por su lado para cumplir su tarea... no tiene nada de interesante, la vida te deja la cabeza anulada. Pero mientras tanto voy elaborando mi diario... empiezo a ver las cosas con mayor claridad; lo que antes estaba envuelto en tinieblas ahora lo ilumina el sol. Mire donde mire hay flores. Eso será el futuro. Nada es capaz de hacer que me descarrile, seguiré esperando, porque vale la pena. Empiezo a ver una justicia elocuente, unión universal en todo, lo que para nosotros, los seres humanos, son desgracias y miseria contiene el núcleo de Dios, su Ojo Omnividente, Su Personalidad. La mayor felicidad vive bajo el corazón humano, como un vínculo que nadie puede romper, que ¡solo y exclusivamente es "amor"!

Después de mi tarea diaria voy a caminar. Ahora doy gracias a Él por poseer los medios para poder caminar. No es necesario preocuparme por nada. Empiezo a comprender que esto es algo que me está reservado. Todo tiene un propósito propio, fue calculado de antemano. Ahora pienso por miles de personas, demasiado vagas para hacerlo ellas mismas, disueltas en la vida de todos los días.

De nuevo empiezo a sentir un breve descanso, la preparación a lo demás que va a venir. Es un pequeño tramo de camino donde te detienes un rato para ver el futuro en su conjunto, para comer y beber algo, y para meditar.

Ahora sé que tengo que dejar reposar todo, pero ¡es parte de mí mismo! No hay nadie en el mundo que me pueda privar de esto.

Hay un descanso en la sala... la gente recibe su taza de té y fuma su cigarro, igual que todos nosotros que participamos para dar forma a la obra sobre su vida.

Por el bullicio ahí fuera oyes lo que piensan de esto. Hace un momento ya llegaron flores. Se las regalé al pequeño René y las verás cuando se abra el telón. René tiene ahora casi seis años... el niño dibuja y escribe a su manera. Anna le enseñó a hacer garabatos. Un poco más y seguimos...

Frederik, René escribe notas extrañas: ¿sabes lo que significa esto?

Al cruzar el umbral unos días después, Erica y Anna se me echan encima y se comportan con mucho nerviosismo. Cuando pregunté lo que realmente estaba pasando oí una historia de notas extrañas, sobre un niño que no sabe escribir, acerca de comportarse fuera de lo normal y de poner caras raras, y así más cosas. Una vez dentro, oí de Erica:

—René escribe notas extrañas, Frederik: ¿sabes lo que significa esto?

—¿Notas extrañas, dices? Déjame ver.

Me alcanza una notita de esas. Veo unos garabatos, una búsqueda y un tanteo para decir algo. El lápiz ha hecho movimiento circulares, pero debajo leo, y es bien visible:

“Si los apóstoles lo hubieran sabido... ninguno habría oído cantar el gallo”.

Eso es terrible, ciertamente, es terrible. Dios mío, ¿qué va a pasar? Durante años nada y ahora cosas extrañas... Erica dice:

—Siempre he sabido que eso de tanto escribir no era algo natural, semejante pasión en un niño deja de ser algo humano.

Pero Anna se encoge de hombros y se ha asustado muchísimo. Pues sí, ¿ahora qué?

—¿Qué hace un niño así con los apóstoles, Frederik? ¿Acaso no es para darte un susto de muerte? Karel está medio destrozado. No sabemos qué hacer (—dice).

Aquí estamos ahora, yo tampoco veo una salida. Es algo de un nivel sobrenatural, pero también tiene un tufo de líos diabólicos, influencias extramanuales, uno diría que la mano de René estuviera dirigida desde fuera. Repentinamente, me veo a mí mismo, me siento a mí mismo cuando también yo estaba escribiendo y otra fuerza me obligaba a anotar lo que no era mío propio. Creo ahora que la fuerza mía y la de René representan un solo mundo, que contienen un solo pensamiento, una sola alma, una sola personalidad, solo que yo no hacía volutas. Realmente, se ve una mano en ello, aquí está claro que se ha escrito algo en lo que no piensan los niños. Y luego está la intención de lo escrito. Leo y releo y no digo nada.

... Entonces ninguno de los apóstoles habría oído cantar el gallo. Anoto la frase y reflexionaré sobre ella. Primero tengo que tranquilizar a las mujeres y quiero ver a René. El niño está arriba. Vámonos, al cuarto de juegos de René. Cuando me ve, la vida se me abalanza encima. Vuelvo a reconocer la voz, también aquel “tío Frederik” me llega igual que antes. René está tranquilo y no es consciente de nada. Erica deja caer:

—Un mocoso que ya está ahora hablando de apóstoles, del canto del gallo... Es para volverse loca (—dice).

Yo lo atribuyo al talento del niño. Cuando Karel llega a casa lo acepta de inmediato. Es posible, dice, ¿por qué no? Pero un poco después siente que no, que esto de todas formas no es aceptable, porque un niño no conoce a los apóstoles.

—Y ¿el canto del gallo? —pregunta Anna.

—¿Qué sabrá un niño del canto del gallo? ¿Qué sabrá de Cristo? Porque está claro que esto se refiere a Él. ¿Eso es lo que me quieres hacer creer? No me lo creo, es grave, es un asunto del diablo. Pero no lo sé.

—¡Anna! —Erica ahonda en la cuestión.

—Mi opinión es que esto no tiene nada que ver con talentos. Yo veo los talentos humanos de otra manera. El propósito es Cristo: Anna tiene razón. Estoy destrozada. ¡Me estoy volviendo loca! Ya me lo imaginaba. Pero qué desgracia es esta (—dice).

Karel mira al suelo. Está perdido. No es talento pero sí lo hay, aunque de una naturaleza extraña. Pero este René, ¿qué será lo que quiere semejante niño? ¿Empezar a cambiar ya a la gente? Pero ¿de dónde saco en realidad un pensamiento así...? ¡Es horrible!

—Y ¿qué sabes tú de eso, Frederik? Porque tú sí que entiendes de estas cosas, ¿no es así?

Erica se pone sarcástica. Tengo que frenarla. René está jugando y no hace caso alguno de todos nuestros cuentos. Pero los lápices han desaparecido. Cuando me pongo a buscarlos Anna dice:

—Escondidos, Frederik, para evitar más calamidades.

A Karel le da risa, a mí también; a Erica no, está conmovida. Cuando estamos abajo dice Karel:

—¿Qué te parece, Frederik?

—¿Que que me parece? Creo, Karel, que es una influencia extramanual.

—¿Qué es eso?

—Eso no lo sé a bote pronto. Nos conduce a un talento extraordinario, al arte, porque eso que escribe contiene algo para nosotros.

—¿A esto lo llamas arte? ¿Arte? ¿Talento? ¿Talento extramanual? No me hagas reír, Frederik.

—¿Qué te gustaría, pues, Karel?

—Nada —dice Erica, ¡nada!—. Quiero un niño normal, nada más, pero tampoco nada menos. ¿Lo entiendes?

Karel la frena. Yo escucho, nos hemos desviado de nuestra conversación. A callarse, dice Karel, pero ahora interfiere Anna, que tiene algo que decir.

—Si quieres saber lo que pienso yo, Frederik: esto son cosas del diablo.

—No te pases, Anna —dice Karel—, ¿qué sabemos de diablos? Nada.

Ustedes vayan (Vosotros id) mejor. Ya nos aclararemos entre nosotros.

Anna se va, Erica se queda. Karel pregunta:

—¿De verdad crees, Frederik, que esto es una influencia externa? Esa es tu intención, ¿no?

—Algo así tiene que ser, Karel. El pensamiento que está siendo representado es humano, pero de ninguna manera infantil. Quisiera decir: “¡Le doy las gracias!”. Pero ustedes no son (vosotros no sois) capaces.

—¿Qué es lo que quisieras decir, Frederik?

—Gracias, oh, Dios.

—¡Caramba! Hay que ver —se le escapa a Karel—. Eso es pasarse de la raya, Frederik.

—Y sin embargo no lo veo de otra manera. Lo que a ustedes (a vosotros) les (os) parece extraño, bien podría ser la expresión de una conciencia sobrenatural.

—No exageres, Frederik —me lanza Karel—, no añadas más tonterías.

—No me dejan (dejáis) acabar. ¿Son garabatos de un niño? No. ¿De quién es? No me dice nada de nada, qué quieres que te diga. ¿Nunca has oído hablar de los niños prodigio? ¿Karel? Y ¿tú, Erica? ¿No fueron Mozart y muchos otros sobrenaturales?

—Y ¿qué quieres decir con esto, Frederik? —pregunta Erica.

—Pues me parece que está bien claro. Lo que para otros fue el ir gateando hasta el piano para René pueden ser los garabatos en el papel. Y eso en el fondo ya está en marcha. Lo que a ustedes les (a vosotros os) preocupa es para mí un milagro. Lo que a ustedes les (a vosotros os) altera a mí me conduce al arte con una A espiritual... Da igual que se hable de los apóstoles, que ellos traigan a colación a Cristo, da absolutamente igual, para mí se trata de la propia escritura.

—¿Quiénes son esos “ellos”, Frederik? —pregunta Erica.

—No lo sé. Pueden ser fuerzas que por su pequeña alma adquieren conciencia, debido a que este talento esté presente en la vida. Y la personalidad actúa ahora conforme a lo que por dentro vive en abundancia. ¿Tan extraño es eso? ¿A esto lo llamas obra del diablo? ¿De verdad es necesario que se alteren (os alteréis)? Si se me permitiera actuar, Karel, lo dejaría todo como está, incluso le pondría los lápices delante de sus narices. Semejantes reacciones no hay que quebrarlas. Esta alma se expresa escribiendo, otro niño lo hará de otra manera. Tiene que haber una vía de escape, el niño tiene que poder concentrarse en algo. Da igual que lo muerda el gato o el perro, solo se trata de que quieran (queráis) comprenderlo.

Karel me la razón al instante. Dice:

—Eso está muy bien visto, Frederik, enhorabuena. Un psicólogo no habría sabido decirlo mejor.

Erica también piensa así y ahora está un poco más tranquila. Unos instantes después dice:

—¿Dejar que haga lo que quiera, sin más? ¿Hacer como quien oye llover, pero dejar que tu hijo se estrelle, Frederik?

—¿Quién dice eso, Erica?

—Ustedes (vosotros) los hombres siempre tienen (tenéis) un punto diferente. Pero yo paso. Yo no participo en abracadabras, me importa un comino (—dijo).

Estamos solos Karel y yo, las mujeres están con René.

Anna ya tiene sentimientos telepáticos. Como una flecha Erica se viene abajo para contarle, Anna ya lo ve de otra manera; nota que René está buscando sus cosas y le parece horrible. Cuando le dio papel y lápices René dijo:

—Muchas gracias, Anna, me siento muy feliz.

—Esto ya no es un niño, si quieres que te diga la verdad, Karel. Esto me está destrozando —suelta Erica como una ráfaga—. Decide tú mismo; a mí me parece que el niño está jugando con fuego, y a ustedes les parece (a vosotros os parece) bien.

Karel tiene la mirada sombría. No logra darle una respuesta. Entonces dice:

—Anna tiene razón... Que sea lo que sea, pero dejemos jugar al niño. Luego iré a comprarle unos petardos, por mí que prenda fuego a todo este tinglado, si quieres saber lo que pienso.

Erica ha tenido otra idea y sale volando de casa.

—¿Qué va a hacer esa, Frederik?

—Pero ¿es que no lo sientes, Karel?

—No será que otra vez sabes la respuesta, ¿no?

—Es posible seguir su sentimiento, puedes añadir lo uno a lo otro. Si estás abierto a una historietita de detectives con una miaja de psicología humana, ya lo sabes.

—Francamente, te digo que no entiendo nada.

—Mira, allí ya va... vestida y con la cara enrojecida. Es como un capote, ahora solo falta el toro.

—¿Qué quieres decir, Frederik?

—Que va a comprar ese toro. Va corriendo a los grandes almacenes, fíjate: luego llegará a casa con un montón de juguetes. Rene tiene que empezar a tener otros pensamientos, más y otros juguetes, pero ya nada de lápices. Te digo: eso será para tan solo cinco minutos. Cuando el alma está sintonizada con algo que quiera hacer y poseer —lo sabemos de nosotros mismos, Karel— no hay nada que pueda apartarla de eso. Los niños son adultos, nosotros somos niños, no se puede ver la diferencia, el acto sigue siendo el mismo. Pero deja que se vaya, es mejor esto que todos esos llantos.

—Pero, Frederik, ¿qué es en realidad?

—Ya te lo dije, Karel: René alberga un talento y este se expresa ahora mediante la escritura. No hay más. Claro, allí también entran muy claramente los sentimientos. Lo que está escrito afecta a nuestra vida y tiene un significado capital. Lo escrito nos conduce a Cristo, ciertamente no es cualquier cosa. Nos coloca ante hechos cuya profundidad y necesidad desconocemos. Te digo: no te desesperes, no te sulfures, tómatelo como algo normal y corriente, y espera. Aunque lleguen más notitas, qué más da mientras el niño siga normal, eso sí.

—Y eso me preocupa, Frederik, es eso lo que nos importuna. ¿No te parece?

—Has dado en el clavo, Karel, y bien dado, ¡así es! Le dejé hacer. Pero te digo que de todas formas es imposible cambiar nada. Esos sentimientos no los puedes suprimir. Si lo haces, entonces verás que el niño sufrirá. Es imposible detener su máquina, así sin más; la hace funcionar él mismo y nadie más. Y si hubiera alguien más, ¿qué más daría? Despréndete, déjalo fluir como debe, aquí no hay nada que justifique tu miedo.

—Creo que tienes razón. Deja que haga sus chapuzas. Aun así es una historia extraña. ¿No sabes más de esto?

—No, no tengo otros aspectos. Tampoco dudo del acontecimiento. Esto está escrito con tanta conciencia que hemos de decir chapó, sin nada más que añadir que ¡amén! A mí me parece milagroso, sobrenatural, Karel. ¡Siento curiosidad por saber si esto se va a repetir...! (—dije).

Lo meditamos. Mientras tanto, Erica ha vuelto a casa con una montaña de juguetes. Karel me hace un gesto con la cabeza, asintiendo, de que la sentí bien. Todos vamos arriba. ¿Qué reacción vamos a tener que vivir? René mira a los juguetes, sale trepando de su sillita, observa el asunto con atención, arroja a continuación unas cosas aquí y otras allá, no dice nada, nos mira un momento, hace unos gorgoritos y vuelve a treparse encima de su sillita. Erica habla con el niño. Le muestra cómo tiene que tratar esas cosas, y también Anna se afana, pero aun así él prefiere su pequeño lápiz antes que todos estos bellos objetos. ¡Los ignora!

—Qué raro, eso ya vendrá —dice Erica.

¿Qué tenemos que hacer? Dejar que el niño juegue e irnos. Volvemos a la sala de estar. Karel me sirve una copa. Fumamos un buen puro y hablamos. Pero hay poco que hablar. ¡La cuestión está allí y no está allí! Y entre todo esto se abre un abismo. René es el puente, ¿demasiado débil para cruzarlo de un saltito? ¿Demasiado fuerte? ¿Demasiado opaco? ¿Demasiado sobrenatural? ¿Demasiado diabólico? ¿Estamos yendo del bien conocido al mal desconocido? A Dios le es concedido saberlo, y puede saberlo, dice Karel, pero realmente está confuso y piensa, pregunta, busca, pero no obtiene núcleo alguno, ni respuesta alguna. ¿Por qué desemboca Karel donde Dios? ¿Qué

espléndidas imágenes ve de pronto? Dejo que haga y reflexiono. En mí hay felicidad, es imponente. Nadie lo comprende y es algo que se me nota... pero mi alma y la vida de René están en flor... esta es asombrosa, según veo, ¡vino directamente desde “Jerusalén”!

Cuando regresé unos días después estaban peleados. Anna quiere irse, con esa gente ya no hay quien hable, dice. Erica está como poseída. Corre día y noche por la casa y ya no sabe dónde encontrar una solución. Arroja las cosas al suelo, a Anna y Karel les habla bramando, nada sirve, está completamente alterada. ¿Y eso por René? Primero pregunto cómo está el niño. Había quedado con Anna en que me llamaría en cuanto el pequeño René hubiera escrito algo nuevo. Pero Anna no venía; mientras tanto escribí en el diario:

“Los leones y tigres ha vuelto. Ahora ya son imparables los aullidos de semejante chacal; Anna, que hizo todo a su alcance para mantener alejadas a esas alimañas salvajes, está perdida, pero sí sabe qué hacer con el hecho en sí, actúa de manera natural. Fue su amor por René el que trajo de regreso los lápices, la única opción de mantener al niño tranquilo, tal como ya hemos tenido que aceptar todos. ¡Nuestro viaje va a empezar!

Karel ha ocupado un lugar en el cuarto máquinas, las maletas están hechas. Ya estamos en la selva, aunque parezca que aún no hayamos visto desaparecer la imagen urbana. ¿O será que los animales están viniendo hacia nosotros? ¡Se ha derribado la barrera! Lluve y hay tormenta. Los fusiles ya crepitan, pero Erica dispara a diestro y siniestro. Karel apunta tranquilamente, yo le voy dando las pequeñas balas, porque veo que todavía no tiene gracia, aunque estoy muy interesado en ver cuál será el botín.

Pero es un milagro —esto dicho entre paréntesis—, es un milagro poderoso, aunque yo mismo no entienda un pimiento. En nada me estoy adelantando a los hechos. Si hay algo, ya lo oiré, luego me iré adonde están ellos y entonces ya veré cuál es el estado de la cuestión. Todavía no pienso en el acontecimiento en sí, pero ¡sé que voy a tener razón! Esto también es un fundamento poderoso, ya lo verás”.

Erica me propone que por qué no hablo un día con Anna, no quiere perderla por nada en el mundo. Anna está en el jardín, me acerco a ella.

—No mires hacia arriba, Anna, allí está Erica, detrás de las cortinas. No quiere perderte ni por todo el oro del mundo. Es todo lo que tengo que decirte, y ya nos conocemos.

—La que hay montada aquí, ¿no, Frederik? No dejaré que me vuelvan loca. Esto no lo aguanto más, se comporta como una poseída. Y Karel es exactamente igual. ¿Son humanas esas personas? ¿Tengo que dejar berrear al niño porque Erica no quiere que juegue con lápices? Deja que escriba, Frederik. Y ¿qué más da? Estoy de tu parte, que lo sepas. Tienes razón, están locos aquí.

—Pero, Anna, ¿qué hará René cuando tú ya no estés? Así perjudicas al

niño, no a Erica o a Karel, René no puede estar sin ti. Yo también estoy, Anna, ¿no te parece que debe ser así?

Anna sonríe.

—¿Tú también? —Se le escapa—. A ti no se te puede rechazar nada. ¡Mejor vete!

Cuando llego a la pieza también está Erica:

—¿Se queda, Frederik?

—Por supuesto que se queda. Pero tú no seas tan teatrera. ¿Qué es lo que está pasando en el fondo?

Erica hace pucheros. No lo dice pero comprendo que todos tienen culpa. Están perdidos. Oyen el canto de un gallo: ¡Santo cielo, qué grave es esto!

Como si esa tormenta nos oyera, sintiera que los seres no poseemos más que pequeñas personalidades nimias, embiste después un poco más, haciendo temblar las casas, partiendo farolitas, asustando a los animales en semejante selva, logrando que no se alejen tanto, porque piensan que las personas los protegerán. Pero ¿quién quiere tener que ver algo con chacales y serpientes? Anna, que se ha ido directamente a René, baja volando, como mordida por un alacrán. Tiene los ojos destellantes, está jadeando delante de nosotros y dice:

—Mira, ¡esto todavía no está resuelto...! ¡Dios me libre!

Erica le arranca el papelito de las manos y lee. Se pone roja hasta las orejas, le tiemblan los labios. No está de pie, sino que pisotea el suelo como un caballo que va a desbocarse. Tiene los ojos desorbitados, ¡llora...!

Entonces me llega a mí el trozo de papel. Veo los mismos movimientos... también figura una crucecita. Debajo leo:

“¡Los seres humanos son peores que los animales salvajes...!”. Y debajo había escrito, como si fuera calculado para un adulto:

“¡Que te importe un comino... caga como yo... caga como yo...!”

¡Esto es peor aún! ¡Es terrible! Ahora sé que hay una influencia extramanual. Erica pregunta a Anna:

—¿Dónde estaba esa notita?

—En el suelo. La recogí y vi que otra vez había vuelto a escribir (—contesta).

Anna desaparece. Erica ha perdido el norte por completo y llama a Karel para que venga. Pero este acaba de salir de la ciudad y esta noche llegará tarde a casa. ¿Una lástima? ¿Qué quieres saber de él?

Hago todo lo posible para serenar a las mujeres. Con Anna no tardo nada en conseguirlo. Dice:

—Por mí que sea el rayo el que escriba, y que impacte, además, me da igual, así no puede seguir. Me voy adonde René.

—Y eso por un niño que no da señal de vida alguna, Frederik.

—Pero ¿no es que René ya sabe hablar? ¿No parlotea ya?

—¿Quieres justificarlo todo?

—No justifico nada; incluso no voy a entrar en si eso siquiera es posible. Yo que tú no me alterarías. Erice, despréndete. ¡Yo me voy a René! (—exclama).

El chico está jugando ahora con las cosas que ni ha mirado en días. Erica está radiante. Anna tiene lágrimas en los ojos. Se me hace terrible... por la lluvia a casa, así sin más también; por la tormenta y la lluvia a los rayos de sol; ya no se ve serpiente o tigre alguno, no oyes ni un solo león. Estamos en plena selva, en plena jungla, pero ni rastro de animalito alguno. Esto es esperanzador, pero también sospechoso... No me provoca llanto. Vemos un milagro. Estamos junto a él y actúa por sus propias fuerzas, y además es visiblemente consciente. ¡Es un niño! ¿Y todo eso por esa cabezota que ahora ya no es grande? ¿Todo eso porque la madre sentía síntomas y ya no sabía qué hacer con ella misma? ¿Que quería tomarse copas? ¿Que tocaba el piano como solo saben hacerlo los grandes? El niño está jugando, mira el trenecito, a las bolas y yo qué sé a qué más cosas, a todo lo que Erica le ha concedido. Ella piensa ahora: ya ves, sí que ha servido. Y hace su función, está jugando con ello.

Nos quedamos mirando durante una hora, pero ya no pasa nada. A los lápices, que están al alcance de la mano, ya no mira. No hay nada especial que ver. Me voy abajo, Erica sigue.

—Bueno, Frederik: ¿Te ha quedado claro?

—De donde esto viene, Erica, es donde vive el talento.

—Puedes quedártelo, ese talento no lo quiero. Pero dime honestamente: ¿No da miedo esto? ¿Tenemos que quedarnos nosotros, como adultos, de brazos cruzados ante esto? ¿Tenemos que dejar seguir estos extraños líos, sin más?

—¿Qué quieres hacer?

—Ojalá lo supiera. Cómo me gustaría que Hans estuviera aquí ahora. Pero está fuera de la ciudad y ¡los demás no me sirven de nada! ¡Basta con ver a Karel! (—dice).

Me voy, pero volveré. “¡Que te importe un comino!” pone en el papel, “¡Caga como yo... caga como yo...!”. Al pie debería haber estado escrito “René”, entonces todo habría sido perfecto, ahora nos queda por buscar un poco. Pero, es arte.

Apunto:

“Si uso la razón, no pasa nada. Solo tengo miedo de que mi sistema nervioso no lo aguante. Digo miedo, pero eso no es, quiero decir curiosidad. No me preocupo por nada. Pero vaya jaleo que hay. Sin embargo, es demasiado inhumano para un humano; si no ves árboles en flor, que son invisibles y que aun así son parte de tu vida. ¡Es René! ¡Su alma escribe! Su alma y su personalidad van muy por delante de lo orgánico tierno. ¡Ya ahora el niño me

quiere rebasar! ¿No se refirió a aquello de “cagar” cuando nos encontramos en nuestros sueños? ¿Para mí es así!

Lo que ocurrió allí, hace algún tiempo, en lo invisible, o sea, lo que se vivió interiormente para el alma, el espíritu y la personalidad, ¡se ha materializado! Pareciera que nos perteneciéramos. Obtengo una explicación para lo que hace René. Pero entonces, ¿qué pasará cuando esta vida haya llegado al punto y me haya rebasado como materia? Se me hace que hoy es un día asombroso. Luce el sol y ya ahora lleva algo de la túnica universal. ¡Sus rayos iluminan a René! ¡Todo está bien! ¡Esto no tiene nada de terrorífico! No hubiera imaginado que ocurriera tan pronto. Pero no soy capaz de darles explicaciones con pelos y señales, eso será mas tarde... Creo que esto es para todos nosotros. Son preciosos cimientos... hay que ver para cuántas cosas sirve la caca.

Pero sí he de tener un respeto sagrado por la mano que creó todo esto. Ignoro si es su propia mano, ni tampoco puedo determinarlo. Un espiritista diría: es un espíritu. Pero eso no lo acepto, ¿qué mentalidad es esa? ¿No tiene esa gente otra cosa que hacer? ¿Es esa la diversión de una persona mayor? ¿Tienen que regresar los espíritus a la tierra para jugar con caca por medio de niños? ¿Para hacer dibujos para ellos mismos y para nosotros? Que con esto algún día se harán dibujos de verdad es algo que entiendo, porque ahora ya se deduce. Pero ese pensamiento espiritista no hay que añadirlo. Ahora pasas por alto miles de piezas, saltas de pronto, sin más, por mundos de los que aún no has visto nada. ¡Eso supone tu caída! No, aquí quien escribe es la personalidad. Aunque todavía no sea consciente de lo terrenal, ¡sí que es posible! ¿Que esto no tiene nada que ver con leyes ocultas? ¡No sé! Creo que la vida interior se manifiesta a la conciencia diurna, igual que con Erica y todas las demás madres. ¡René ha sido fertilizado! ¡Por sí mismo! Debido a que la vida posee esa sensibilidad. ¿Que si es verdad? Me quedo a la espera, ¡no quiero ir demasiado lejos! En ningún caso estoy diciendo majaderías.

Ahora que estamos juntos —Karel ya sabe de lo ocurrido—, que ha vuelto la tranquilidad, que las personalidades han recuperado la calma, llega el momento de hacer preguntas. Ahora no nos interrumpimos a gritos, lo que a la larga te harta. Karel abre la boca y pregunta:

—¿Qué te parece a ti, Frederik? ¿Tienes un análisis?

Erica siente curiosidad, ya me hace una mueca, Karel aguarda. Reacciono y les cuento sobre lo que escribí de pasada en el diario. ¡A Karel le parece grandioso! Erica no alcanza a entenderlo. Y Anna vela ahora por el niño que es de todos nosotros, como la gallina clueca por los polluelos. Karel dice:

—En el fondo es la única explicación, Frederik. Yo tampoco quiero saber nada de esas historias ocultistas. En realidad, podemos estar satisfechos.

—Eso es un error —dice Erica, atacando a Karel—. Es esconderse detrás de la máscara de René. ¿No es esto una máscara, Frederik?

—No lo creo, dado que se pueden ver las cosas.

—Frederik tiene razón, Erica: ¿por qué tenemos que preocuparnos? No pasa nada... Haz como Anna: que te sirva de aprendizaje y que caigan rayos. No es necesario desearlo, pero ¿qué quieres hacer?

Cuando Erica está arriba con Anna, Karel pregunta:

—Dime, Frederik, con honestidad: ¿Esto entraña peligro? ¿No puede ser perjudicial para la vida orgánica del niño?

—Es lo único, Karel, en lo que pienso. El resto te es invisible y te da una paliza.

—Así es. Pero, por Dios, ¿cómo es posible, Frederik? ¿Que es lo que en realidad sabemos del ser humano? ¡Nada! Ojalá pudiéramos analizar con nitidez semejante máquina, no a la muerte, sino en vida, quizá entonces sabríamos más. Son problemas. Mucha curiosidad siento por lo que dirán los caballeros de esto. Quiero tenerlos aquí lo antes posible, te lo haré saber de antemano.

—Gracias, Karel (—responde).

¡Esto sí que promete! Es lo que deseo. Habrá fiesta, ahora sí que tengo ganas de oír a los caballeros.

Cuatro días después nos reunimos. René está bien, todo ha vuelto otra vez a la normalidad. Erica sirve té; estamos junto a la chimenea, fumando.

Tengo a Karel sentado enfrente de mí, junto a él está Hans, después Ten Hove, Van Stein y Van Hoogten están entre mí y el pajarraco. Un profano junto a cinco médicos, entre ellos un psicólogo-psiquiatra, o sea, Hans, un médico de cabecera, un pediatra y un ginecólogo: media universidad junta. ‘Pero ¡cuánta abundancia!’, pienso. Ten Hove se siente como se lo hubieran llamado a la Corte, el hombre no piensa, no responde, no logra encontrar una explicación. Van Stein tiene la mirada sombría, Van Hoogten es quien habla, pero no quiere saber nada de espiritismo. Se inclina más por el subconsciente, el resto es sobrestimarse a uno mismo, lo cual no comprendemos y es, al parecer, un concepto pegado o enganchado al anterior. Nos miramos unos instantes, a Hans le da un ataque de tos, a Karel, un espasmo interior. Erica recorre con la mirada el corrillo, con una cara como si una araña estuviera haciendo música, aunque el piano de cola estuviera cerrado.

¿Qué le parece a Ten Hove? Es Karel quien lo reta. Pero el pajarraco no lo sabe. Este nombre aún no se ha materializado, pero cuando le hago saber a Karel cómo lo tiene que ver a él ahora, se parte de la risa. La personalidad del pajarraco se ha puesto a cotorrear, no hay quien entienda ni papa de lo que dice, no es ni ciencia ni palabrería de profanos, no da pie con bola. Pero... ¡un caso extraño sí que es! En definitiva, no lo sabe.

Van Hoogten nos hace saber que ya oyó en alguna ocasión de un caso así. Pero entonces se trataba de un niño de tres años o menos que recitaba una pequeña estrofa de un peso bastante pesado entre los poetas, lo cual ni siqui-

era para un dramaturgo adulto era cosa de niños. La de cosas raras que hay en este mundo. Si lo contemplaba desde la parapsicología, entonces contenía material y valía la pena investigarlo. Hans no dice ni palabra, ese está esperándome a mí, enseguida preguntará lo que pienso yo, ¡porque los expertos no lo saben! ¡Yo soy cauto!

Sigue siendo algo como planear entre el subconsciente y la influencia, gana la partida el subconsciente desconocido. Pero en realidad ¿qué es? Ni uno lo sabe. Hans, que para nada es un bobo, que está trabajando duro para hacerse catedrático, se encuentra ante un gran problema, con el que sin embargo no sabe qué hacer. Se andan con rodeos y no cesan de hablar de la salud del niño. Erica escucha... dentro de nada estará lanzando tiros, según veo y siento... prepárate.

La conversación salta de un lado para otro. Los expertos ofrecen análisis que darían risa a una vaca. Silban, cantan, todo muy bonito. Las palabras están fantásticamente bien elegidas, no les falla nada, pero no atraviesan la máscara. ¡Estoy disfrutando! Ahora estamos ante el punto de echar los cimientos. Aun así, no podré ofrecerles una respuesta, porque entonces tendré que empezar de nuevo desde cero, sin poder terminar ni en tres semanas. Entonces Erica dice:

—Allí están (estáis) ahora... sin saber qué decir. Vaya universidad. Tú ¿qué, Hans? ¿Cuánto aprendiste durante tu largo viaje? ¿Ahora puedes dar clases en la universidad! Y ¿tú, Karel? ¿Empuje? ¿Naturaleza? Cuando yo andaba visiblemente dándole vueltas a mis síntomas ni siquiera lo sabían (sabíais), pues ¿ahora qué quieren (queréis) saber de esto? ¿Nada? ¡Jamás lo van (vais) a saber! ¡Quien lo sabe es Frederik!

Hans sonríe. No se atrevía a hacerme una pregunta a mí, ahora por respeto hacia mi personalidad. ¿Es de una sagrada seriedad para él? Miran... Karel dice:

—Frederik tiene una explicación extraordinaria para ello. He de decir: en realidad, la única respuesta.

—¡Vamos, Frederik, desembucha...!

Es Hans quien insiste. Ten Hove y Van Stein ya se encogen brevemente de hombros, Van Hoogten un poco menos altivamente. Cuento lo que he escrito en mi diario y que comuniqué a Karel... Entonces hubo nuevas reflexiones. Hans vuelve a preguntar:

—¿Cómo consigues esa certeza, Frederik?

—¿Cómo? “Por medio de qué” deberías haber dicho: entonces sí que avanzaríamos. Esto no puede ser hablado, señores del gremio, aún les (os) falta para eso. Esta universidad todavía tiene que despertar. Lo que ustedes saben (vosotros sabéis) de psicología, es lo que la gallina sabe de su huevo; cacarea mucho, pero desconoce las leyes de su propia naturaleza. No sabe que desde

sus entrañas se abre camino al exterior un huevito suave, que ni un segundo más tarde es duro como una piedra, aunque sea un gran milagro, pero por el que de hecho no cacarea. ¡Y eso es el subconsciente de René! (—respondo).

Es un loco el que está hablando. No obstante, Hans dice:

—Una joya de comparación, Frederik. Asombroso.

A Hans le da la risa abiertamente. Karel le echa un cable, Erica se ríe a carcajada limpia. Solo Ten Hove y Van Hoogten —a Van Stein esto le divierte bastante— ponen caras largas y creen que se les está tomando el pelo. Van Stein ha cambiado algo, últimamente trata más a Karel y ahora está empezando a conocerme un poco. Hans pregunta:

—¿Qué es lo que de hecho quieres decir, Frederik?

—Es muy sencillo, Hans. Lo de René es igual. Aquello se materializó por el camino, antes de que la cabeza pudiera trabajar. Lo que con las gallinas ocurre por detrás, a René le pasa volando por la cabezota, después va botando por el cuerpo y las manos adquieren la oportunidad de elaborarlo más en detalle. ¡Y entonces el subconsciente dijo algo, los sentimientos reaccionaron y, mira, llegó lo de cagar! (—dije).

Las risas de Hans y Karel se oyen hasta en la calle. Anna viene a ver lo que ocurre, Erica ya se le va acercando mientras se parte de risa. Ten Hove y Van Hoogten son quienes piensan que esta noche se les está engañando a propósito, miran a Karel y Erica, y también Hans está bajo sospecha. Hans ya me está pidiendo que continúe: ahora siento que está empezando a merecer la pena, y me abro a ello. No hay una explicación científica. Sí citan a Freud, a Adler y a otras celebridades, siguen la historia de la humanidad, vuelven a repasar la teosofía y el espiritismo, para al final llegar a casa con las manos vacías. No lo saben. No hay nada que hacer: ¡no lo saben! Hans pregunta de nuevo, pero ahora tiene interferencias de Ten Hove. Siente que esta es su única salvación, también lo ayuda Van Stein. Van Hoogten observa a los demás desde un espacio que para este estudio vive justo algo por encima de la alcantarilla, y aguarda. Se lo toma un poco más a la ligera. Ten Hove hace que Hans siga hablando, a Karel y Erica les parece una comedia encantadora, nunca antes se rieron tanto. Entonces Hans aprovecha la oportunidad de sacudirse de encima a Ten Hove, y me vuelve a pedir que lo explique.

—¿Qué quieres saber, Hans? —Me sale escuetamente de la garganta, como si hubiera vuelto a despertarse el niño de tres años. Hans ya ve que me estoy tomando todo el caso como un entretenimiento. Sabe que ahora me la refanfinfla, pero que de vez en cuando dará en la diana aclarando las cosas.

—Anda, sigue —dice—. ¡Estamos esperando!

—Pero ¿qué puede decirse de estas cosas? Te digo: solo soy un profano. Ustedes son (vosotros sois) personas expertas. Pero ¿tan trivial te parece mi explicación? ¿Crees que una gallina comprenderá su propio milagro? Yo te

digo que no, es cierto. Tampoco una araña sabe con cuánta ingeniosidad teje su telaraña. Si nosotros, los seres humanos, supiéramos conscientemente todo sobre lo que tenemos en nuestro poder, ustedes (vosotros) y yo seríamos capaces de hablar a los caballos y toda la fauna como si fueran personas. ¿Ves aquella mondadura de allá? Una vida depuesta de esas... Es como encontrarte delante de Abraham e Isaac que en cinco minutos te aclaran toda la Biblia, lo cual obviamente es imposible. Pero allí empezó. Quiero decir, la expresión facial deformada. Ahora ya no ves otra cosa que máscaras. Y esto también lleva una máscara, pero ya te dije: en esos dibujos y garabatos ves, ya sabes lo que te pescas. Y ahora Abraham te ha contado que ¡no hay peces, ni jarabe para la tos con los que puedas curar a los niños! (—dije).

Tengo que parar... Las risas van en aumento... Pasan al menos quince minutos hasta que se calman los ánimos un poco. Hans pide otra vez que siga. Karel sirve ahora una copa, fumamos otra vez puros nuevos y Erica parece que nunca antes hubiera sido tan feliz. Empiezo con una seriedad sagrada, pero siempre hay algo que me arranca de la narración y entonces digo necedades. Eso me pone a pensar, porque ¿no es exactamente lo mismo que lo de René? Empiezo diciendo:

—Aunque veamos los hechos, podamos controlar los actos, aun así estamos ante un misterio. No me atrevo a pronunciar la palabra “oculto”, porque entonces sé que Karel y Erica no dormirán esta noche. Pero si sigo una línea natural, los datos de René y los de Erica durante su embarazo, así como los datos de esa otra mujer que presentía que le iba a salir barba, entonces estoy en un jardín con flores desconocidas que puedo recoger igual que las normales y colocar en un florero. Así que ahora llegan las fuerzas para la unión. Los seres humanos ¿sabemos dónde es que hemos vivido? ¿Creen los caballeros en la reencarnación? ¿En volver a nacer? ¿El alma solo está una vez en la tierra? ¿Nunca antes vivió el alma una época de vacas flacas? O ¿siempre fue un éxito, también para su conciencia natural recibida por medio de Dios? Esas vacas flacas son ahora los pensamientos no natos del hombre. Tienen que ver con la vida de los sentimientos, forman parte del subconsciente, pero representan un mundo propio, que nosotros, los seres humanos, jamás podemos contemplar. Y de eso nos nutrimos los seres humanos, así es como crearon Beethoven y Mozart, pintó Rembrandt, igual que Tiziano, pero René llega allí cagando y haciendo versos... ¿Tan difícil de comprender resulta esto? (—pregunto).

Eso los divierte, pero siento que la sagrada seriedad está tomando forma en mí y que ¡ya le parece que está bien! Todos estos expertos me dan nauseas, solo Karel y Hans me parecen personas naturales; los demás piensan que ofendo a sus dioses y no soportan una broma. Ten Hove y Van Stein preferirían largarse, a Van Hoogten ya le falta poco. ¿De qué quieren (queréis)

hablar? Yo no he llegado todavía a ese punto. Hans vuelve a retarme. Es consciente de que sabemos más al respecto y que hemos echado unos cimientos maravillosos. De todas formas, me comprende, y dice:

—La intención es seria, ¿no es cierto, Frederik?, pero ¿cuáles son los síntomas? ¿Es posible que haya cuestión de una incidencia espiritista?

—¿Creen (creéis) en una vida después de la muerte? ¿Ya estuvo el alma en la tierra en más ocasiones? Realmente ¿hay un subconsciente? ¿Qué saben (sabéis) del subconsciente? ¡Nada! Hablas del subconsciente, pero ¿qué es? ¿Qué saben (sabéis) del ser y de la vida? ¡Nada! Freud y todos los demás se pierden en el follón sexual, en muchas cosas aciertan, han extraído cosas que son ahora la base de ustedes (vosotros), pero ¿qué es? ¡No lo sabes! No te queda más que decir amén. ¿Qué es el subconsciente, Hans? Sí, ahora ándate con rodeos, habla muy doctamente para que yo ya no comprenda nada, pero te digo: ¡no lo sabes! Te quedas impotente. Y sin embargo, para esto tiene que poder encontrarse una explicación. Te vuelvo a decir: este niño es un milagro. Apuesto con todos ustedes (vosotros) que es un niño prodigio espiritual, ¡nuestro René lo es!

Allí están ahora. Erica está radiante. Karel sonrío pero no se fía del asunto. Hans me conoce. Los demás todavía no dicen nada, ahora se nos acerca el pajarraco y pregunta:

—¿Dices, Frederik, que René es un niño prodigio espiritual?

—¿Es que no has oído lo que acabo de decir? ¿No fue genial lo que hicieron Beethoven, y sobre todo Mozart? Ya sé que esto no tiene explicación, para eso tendría que tener en mi cartera el universo entero. De verdad, reconozco con toda honestidad que no soy más que un profano, pero te digo que lo que pasa aquí es sobrenatural. Ya no me refiero a eso de “cagar”, eso no es más secundario. Pero ¿por qué no ahondas un momento en la idea? ¿Qué sabrá un niño así de Cristo, estimados señores? ¿Qué sabrá de un apóstol? ¿No tenemos que aceptar que el alma es una personalidad que dura eternamente? ¿Creen ustedes (creéis vosotros) —vuelvo a preguntar— en infiernos y cielos? Te digo, Van Hoogten, y también a ti, Van Stein: ustedes son (vosotros sois) bastante practicantes, pero si en este mundo no hubieran nacido la fe, las religiones, tampoco habría locos. Ni tan bobo, ¿no? Pero ¿a dónde va a ir a parar todo esto? ¿Qué quieren (queréis) hacer si el alma no tiene más experiencia que la acumulada en esta única pequeña? ¿Crees que Dios le da a este niño todo y que al otro lo condena? ¿Realmente crees en un Padre de Amor? Pero entonces ¿qué clase de personas son ustedes (sois vosotros)? Perdón, no quiero herir a nadie. Pero ¿no piensas más allá, no ahondas? ¿Te quedas en la superficie de la vida y no quieres saber nada de todo lo demás?

René tiene que ser un niño prodigio espiritual. Aunque ya no surja nada más, esto ya basta para determinar que todavía no conocemos nuestra máqui-

na humana. Te digo: todavía no hemos llegado. Pero pase lo que pase —y ahora escuchen (escuchad) bien lo que tiene que decir un profano— viviremos milagros. Todo esto tiene que ver con la conciencia sobrenatural. Llega desde un mundo con el que Freud y los demás se relamerían si tuvieran la cabeza para ello, lo cual, sin embargo, está lejos de haber sido demostrado. Para esto hay que acudir a Oriente, al Antiguo Egipto, si lo quieres saber: ¡es allí donde este “Loto” fue consagrado!

¿Se te echan encima centenares de miles de problemas? ¡Te digo que con este milagro nos encontramos ante un nuevo “siglo”! Todo lo que los seres humanos hemos creado empezó escarbando en el lodo. Pues bien, aquí huele un poco a “caca infantil”, y ¿eso de verdad que es tan terrible? Apuesto con los señores, sí, quiero fijar una apuesta con los caballeros. ¿Lo quiero yo? ¡No, nosotros, o sea René y yo contra todos ustedes (vosotros)! Nosotros, personas nimias, contra el mundo, contra ustedes (vosotros), porque ¡no creemos en un Dios que condena!

Nuestra universidad contra su (vuestra) inconsciencia, porque esa es la intención. Podría mostrarte fundamentos, explicarte muchas cosas de este acontecimiento, pero no hay quien te pueda convencer. Ya sé que no pueden saltarse (podéis saltaros) partes, pero ¿es que no piensan (pensáis)! Lo que Karel llama empuje, lo que para él es naturaleza, recibe de René y de mí una conciencia más elevada, una personalidad que es eterna. Y eso se convierte en un ser humano. Ustedes se estrellan (vosotros os estrelláis) contra su (vuestro) propio yo. Han (habéis) recurrido al bisturí y visto ese cadáver, pero no saben (sabéis) lo que ha vivido en él. ¡Que ya escribe siendo niño todavía! Los seres humanos son peores que los animales salvajes. ¡No lo entienden (entendéis), porque lo dice un niño, que con las letras solo sabe hacer una sopa. Pero habría que mirar un momento detrás de esta máscara, ¿no? ¿No vieron (visteis) volar esa alma? ¿No esperan (esperáis) cuando alguien se muere para ver si aún no aparece el alma? Allí ya no encuentras esa sacralidad... La respuesta anda tirada por las alcantarillas de las calles... La están (estáis) pisando. Sí, ¡ahora a hacer bromas con todo y a encogerse de hombros! ¡Más y otra cosa no son (sois) capaces de hacer! ¡Vamos, pongan (poned) también a este Galileo detrás de las rejas! Sí, por qué no, cuélguenlo (colgadlo) o arranquen (arrancad) el alma de este cuerpo. Y también coloquen (colocad) a esta vida en la hoguera para luego salir corriendo por el propio temor de aceptar a un Dios que es justo y de entregar tu propia vida a ello. No tienen (tenéis) el valor de pararle los pies a los teólogos... tienen (tenéis) miedo por su (vuestra) posesión, que carece de valor para nuestra universidad, porque ¡no conocen (conocéis) el alma!

¿De verdad pensaban (pensabais) que Dios mandaba a Sus hijos a la tierra demasiado pronto? Llegan justo a tiempo y tienen dones en su interior, o

bien están aquí para construirse una conciencia para ellos mismos. ¡Y René es uno de ellos!

Lo que para Erica y Karel son ahora preocupaciones, ¡luego será felicidad! Los locos ayudarán a este mundo a avanzar, elevarán espiritualmente al hombre a regiones más altas. ¡Esto ustedes (vosotros) no lo pueden (podéis) aceptar, pero ya lo verán (veréis): ¡las masas andan descarriladas respecto de la creación! ¡Son sus (vuestrós) locos!

¿Quién arroja en un manicomio, o en la clínica de Hans, a alguien con delirios religiosos? ¡Eso lo hacen (hacéis) como teólogos! Asesinan (asesináis) el alma porque hablan (habláis) de condena. Cada palabra dicha desde el púlpito y que habla de la condena es un clavo en el ataúd eterno..., en el alma, que entonces ve ahogada su yo universal. Es una bofetada en el rostro de Dios, ¡es su enfermedad! ¡Dejen (dejad) ya esa condena! ¡Dios es un Padre de Amor!

El acontecimiento de René tiene que ver con el subconsciente, con el alma y el espíritu. ¡Con pervivencia y despertar! Con el infierno y el cielo, con el macrocosmos y el microcosmos. Esto es grande y sobrenatural, si quieres saberlo, ¡porque lo trajo un loco! Pero ya no me atrevo a decir que absolutamente todos los locos hayan perdido la cabeza; los síntomas demuestran que son otras las leyes que hablan.

Te digo: en esta vida no encuentras cálculos biliares, ni tampoco serrín que fluya directamente a través del hígado a los riñones, y que allí es compensado para purificar la vida de cualquier tacha: el alma ve la máscara detrás de eso. Pero ustedes (vosotros) no lo ven (veis)... ¿están (estáis) ciegos y lo siguen (seguís) siendo? ¿Y aun así se ríen (os reís)? ¿Tan seguro están (estáis) de que todo está bien? ¿Realmente piensan (pensáis) que Dios no tiene más felicidad para nosotros? ¿Que el alma alcanza su “nirvana” divino en los cinco minutos que dura una vida terrenal? Les (os) digo: si quieren (queréis) conocerla, desciendan (descended) entonces en este mundo, hay que ponerse el otro traje de buzo, porque en este sentirán (sentiréis) una falta de aliento vital. Búsquenlo (buscadlo) en la vida, en uno mismo, ¡los síntomas les (os) indican el camino hacia arriba! Desciendan (descended) en este yo humano, inconmensurable, derriben (derribad) las tesis... echen (echad) nuevos cimientos, porque ¡ustedes son (vosotros sois) partículas de la nueva vida! La erudición no significa nada, sí los sentimientos, ¡porque estos son eternos!

Miro a Hans y por su mirada veo que he superado la prueba. Y los demás tienen un respeto sagrado por su palabra.

—¡Un “cum laude”, Frederik!

Le doy las gracias, y Karel y Erica me estrechan la mano. Veo caras amables, siento rendición. Que las cosas fluyan. Hans mira a Ten Hove... el pajaraco se había quedado dormido, es noche cerrada para él y los suyos. Mira a su mujer, que baila con la chusma en alguna parte donde no está él. Van

Hoogten cabecea y Van Stein parece desbordado. Todavía hablan un rato y después se van. Todos se atacaban entre ellos, pero ahora todos tienen sus sistemas y pruebas. Hans se ha hecho más sabio, piensa de otra manera. La culpa es de Viena, de (la localidad de) Grinzing..., del vino, ¡hasta del amor!

La conversación es un vaivén continuo, cada uno dice algo, los eruditos intercambian ideas. Reconocen sin reservas que las facultades espirituales se encuentran en un punto muerto. Es innecesario que se avergüencen, no hay nada que hacer. De nuevo siguen a René, los síntomas de Erica y otras madres. Vuelan por la tierra y hablan de Sócrates, Platón, Aristóteles, Freud, echan un vistazo en el Antiguo Egipto, acceden a un Templo y no tardan nada en volver a salir, hacen dibujos y garabatos igual que hacía el pequeño René. ¿Consiguen ganar algo? ¡Todo queda en nada!

—Sí —dice Hans—, qué poseemos en realidad. La técnica puede seguir, igual que el médico, como Karel. Y ustedes (vosotros), Van Hoogten y Van Stein, lo son, igual que el pajaraco, que hace como si no estuviera. ¡No conocemos el alma! Estamos impotentes, pero ustedes tienen (vosotros tenéis) un asidero donde nosotros estamos con las manos vacías. Las enfermedades y desgracias en el mundo —ya estés loco o muy enfermo— no dejan de ser desgracias. Nuestro carácter no vale. ¡Somos nosotros! Tenemos que inaugurar otra era. ¡Quisiera poder tomar las decisiones yo solo! Exactamente, Frederik: quisiera que yo pudiera decirlo, entonces todo sería diferente.

Hans... Pero son palabras en el espacio. Karel los acompaña hasta la puerta, se han quedado sin palabras de tanto hablar, los eruditos se van, el escenario se va vaciando. Van cada uno por su lado, yo me quedo solo, pero Erica regresa. Aún pregunta:

—Nunca dejarás solo a mi niño, ¿verdad, Frederik?

—Jamás, Erica, si está a mi alcance, estaré. Mientras yo viva, estaré a su lado.

Cuando Erica sube me quedo un rato sentado, sumido en pensamientos, pero después también me toca a mí. Estoy rodeado de silencio. No me estremezco, pero hay un sentimiento en mí que pregunta: Y ¿ahora qué? Pero lo veo. Mi alma aún quiere decir algo, y entonces me oigo a mí mismo:

—¿Viste todas esas máscaras?

Después me fui, cae el telón, vamos al siguiente acto. ¿Que si todavía hay tensión? Se me viene encima una avalancha de sentimientos. Pero ¿y ahora qué más...?

Me voy directamente a casa. Me ha entrado el deseo de hacer apuntes. Detrás de mí viene alguien que viene hablando por lo bajo y que por lo visto está molesto con algo. Otro sin felicidad. ¿Qué es la felicidad? ¡Yo sí la tengo! ¿Qué es la armonía? ¡Quiero conseguirla! Porque no creo que la tenga. El hombre todavía sigue hablando entre dientes. Trastorna la serenidad que

había en mí. Alargo mi paseo un poco... Bien, ahora mejor.

Y eso también me dio que pensar.

De nuevo una máscara, siempre máscaras, nunca ves a una persona armónica. ¿No hay felicidad?

¡Qué incomprensible eres, Padre!

Pero ¿es que no ves, Frederik, que nuestro hijo se está quedando sordomudo?

Debido a los apuntes se me abalanzaron los problemas, que uno tras otro exigían ser vividos y escritos. Un nuevo fenómeno que merece mi atención. Es culpa de los expertos. Si esa gente no hubiera hablado de Sócrates y Platón, no creo que mis antenas habrían reaccionado con tanta agudeza a los líos científicos a los que ahora me veía sometido. Ahora se me han convertido en fantasmas. Es extraño..., mal, bien, justicia, amor y felicidad, pasión y violencia, encanto y bondad: todo el diccionario para el bien y el mal; son todos los rasgos humanos los que llevan una máscara y están ante mí. Y ahora: a ver, echa un vistazo detrás de eso. Quieren ser vividos, lo exigen, me desafían. Y, finalmente, veo a René.

El niño está jugando con los rasgos humanos como con soldaditos de plomo. Uno por uno agarra con las manitas un rasgo de esos y contempla la escena. Dirías, según pienso para mis adentros, que ya ahora sabe lo que es bueno y malo... Cuando de su vida parte ve a un buen soldadito delante de él, entonces observo que por detrás de su máscara se asoma una sonrisa, que sin embargo se esconde como un rayo o que otra fuerza aparta de la vista, para regresar un poco después como algo muy diferente. Y entonces René arroja el cacharro. Lo pisotea con sus patitas, mira hacia todos lados, igual que yo... y entonces para él también empieza a ser como que ve delante de él esos rasgos como personalidades vivas. Ahora empieza a superarlo al niño, se echa en medio de la habitación y quiere dormir.

¿Es una visión? ¿Significa algo? Cuando la imagen ha desaparecido me siento algo aliviado, el ímpetu de todos esos rasgos humanos va disminuyendo. ¿En qué vivo realmente? ¿Cuál es el propósito de todo esto? ¿Volveremos a vivir desgracias? En mi libro está escrito:

“Creo que nos encaminamos a otra era. Vendrán cambios para René. Primero pensé que me dedicaría a analizar apuntes científicos, ahora resulta que es René. Aún no lo he averiguado, pero algo dice. No siento miedo, pero empiezo a entender que allí me necesitan.

Es el diccionario humano lo que está viviendo el niño y que ve delante de él como figuras. Hay un sentimiento en mí que me dice que estamos completamente sintonizados el uno con el otro, y que René me transmite los asuntos de su joven vida. De modo que sí que es posible influir desde lejos; o poseemos —lo cual sin duda puedo aceptar— una unión telepática, que de hecho puedes percibir en la naturaleza por todas partes.

¡Esto es! Mejor no sigo, ¡esto es! Somos flores de un solo color, somos de

un solo tipo de sentimiento, también creo que nuestros caracteres viven esa unión. ¡Y es por eso que todo habla! ¡No es raro!”.

Entonces me eché y pronto me dormí. Poco después —empieza como algo muy borroso, como si anduviera en la niebla— me siento fuera. El tiempo se despeja. Es de mañana, el rocío cubre los campos y se ha fijado en todas partes. Pero llega el sol y pronto todo es diferente. Va a ser un día espléndido. Ya lo verás.

Atravieso bosques y llanuras, fuera todo lo verde me sonrío, los pájaros cantan. Allá hay un árbol grande, vuelvo a ver otro. Mis ojos miran al suelo y allí veo a un niño. El pequeño ser se apoya contra el poderoso gigante. ¿Quién es? Pienso en René... Nos separa una amplia acequia. No puedo alcanzar el niño. Lo llamo, pero no obtengo respuesta. Mi clamor se intensifica, el niño mira tan solo un instante y vuelve a dormirse. Y sin embargo está despierto. Vuelvo a llamar: “Ré-nééééé...”. Enfatizo ambas sílabas. Constató un leve susto; el niño dormita y no da señales de vida. ¡Siento dolor, pena...! Juega con algo y siento desde lejos que son los soldaditos de plomo. Yo también decido sentarme, sigo al niño desde mi lugar. Durante un rato no hace nada y tiene la mirada perdida. No me ve.

Ahora empieza a haber movimiento en el niño. Cuando se levanta se cae de bruces al suelo. Vuelve a levantarse, pero se tropieza. Otra vez más se incorpora de un salto, pero no logra avanzar. Me parece que el niño está mareado. Sin embargo, quiere irse de aquí, hacia la naturaleza. Pero no lo consigue. Vuelve a sentarse, apoyándose contra el enorme coloso. No se pueden ver florecillas. Esta es otra naturaleza, es otra vida. El niño se duerme. Pienso, me froto la frente, quiero saber lo que puede ser, y un poco más tarde alzo la mirada para ver cómo van las cosas allí. ¡René ya no está! El niño se ha disuelto. Al rastrear los alrededores, veo cómo desaparece allá por encima de una colina. Esta vida se ha ido para mis ojos y mi entorno. ¡La vida camina! Pero lo que pasará durante un tiempo es que... ¿Qué es?

Después de semejantes sueños siempre me despierto. Entonces pienso conscientemente en lo vivido y casi siempre veo la respuesta. ¡También ahora! Me dice que entramos en otra era. Lo sé cuando me compruebo a mí mismo, pero por medio de comparaciones hacia René. Ahora bien, los seres humanos podemos decir que todo es casualidad, pero vuelvo a ver esos soldaditos de René donde los eruditos. Es el diccionario, pero hace que René se derrumbe. Y ese diccionario vive en él. Lo que los expertos llaman subconsciente ronda por el interior del niño. Quiere decir que algo se cuece en esa vida que la somete a una presión mortal. Es tan pesado que tiene a esta vida completamente dominada. Pero detrás de eso vi espacio, ¡nueva vida! El niño sí recibe de pronto la fuerza para seguir adelante. Así que, ¿desgracia y felicidad? ¡Brillaba el sol! El día lo acoge, ¡hay luz! ¿Tenemos que desesperar? ¡No! ¡Vuelvo a estar

preparado y voy a dormir!

No han pasado ni cuatro días cuando Anna irrumpe en mi despacho para contar la gran noticia. Primero tiene que librarse del llanto. Está completamente alterada. Entonces dice:

—Ven, Frederik, creemos que René se está volviendo loco.

—¿Qué me estás diciendo, Anna? René, ¿loco? Vamos, tranquila, ... hasta allí no hemos llegado (—respondo).

Por el camino oigo lo que ha pasado esta vez. Karel tiene la notita, la veré enseguida. No se trata tanto de la notita, sino que René aparenta estar sordomudo.

Karel me espera.

—Toma, Frederik —dice—, mírala tú misma.

Leo entre los garabatos...

“Cuando veo el trasero desnudo de Anna, grito ¡ja, ja ja! Grito ¡ja, ja, ja...!”.

Vamos arriba. Erica dice:

—Pero ¿es que no lo ves, Frederik? ¡Nuestro hijo se está quedando sordomudo!

René está en su camita, no mira, solo tiene la mirada perdida. Dios mío, cómo es posible, ¿está allí igual que apoyado contra ese árbol! Quiere levantarse, pero vuelve a caerse. Se levanta de nuevo... se cae, intenta incorporarse otra vez y se derrumba de nuevo...

Erica se lanza hacia el niño, pero antes de que haya alcanzado a René estoy delante de ella.

—¡Un poco de paciencia, solo un momento! Deja que haga (—digo).

René intenta volver a levantarse, pero ¡le es imposible! El niño cae rodando y se da un golpe hacia atrás en la camita. Sé lo que está pensando Karel. Se me ocurre... polio, pero yo no creo en eso, René sigue echado, cierra los ojitos. Pongo la mano un instante en su frente, la tiene fresca. No hay fiebre. De hecho, Karel ya lo está diciendo. No hay fiebre... Pero entonces ¿qué? ¿René ya está durmiendo!

Estamos abajo. Erica está llorando... Anna está llorando. Las mujeres suben. Karel dice:

—¿No es terrible esto, Frederik?

Tengo que hablar... Tengo que contarle lo que he soñado. Pero Erica y Anna tienen que venir abajo, ellas también han de saberlo. Karel las llama y vienen al instante. Todos estamos serios cuando comienzo a hablar.

—Olvidémonos un momento de esa notita. Eso ya vendrá luego... Lo que ven (veis) ahora es de carácter pasajero. Como todo, a fin de cuentas. ¡Yo sigo manteniendo que René es un niño prodigio espiritual! Mi sueño y este acontecimiento son un solo estado. ¿O no tienen (tenéis) fe en esto? La ciencia no nos dice nada. La ciencia todavía no tiene fe en los sueños. La ciencia todavía

no sabe que los mayores y los niños, estos y aquellos, se apoyan unos a otros en esta vida, sobre todo cuando se trata de asuntos naturales y sobrenaturales. Siento que esto les (os) servirá de poco, pero ahora lo siguiente.

Lo he controlado..., así que hablo por experiencia propia, ¿por medio de pruebas?

Hay dos personas en este mundo que quieren escribir. No saben nada la una de la otra... así es como cada una comenzará a escribir un libro. Cuando se publicó el primero también salió el segundo. Ahora estamos ante el hecho. Ambos libros son exactamente iguales, una lo tiene que haber robado de la otra. Se celebra hasta un juicio, pero no hay pruebas, fueron uno estos seres humanos por una fuerza sobrenatural. Lo que sea exactamente da igual: ¡ocurrió! Cae por su propio peso que hicieron un sorteo para ver cuál de los dos saldría primero. Los escritos se parecen como dos gotas de agua. Cada capítulo es idéntico: inicio, desarrollo, ¡todo!

A quien no crea en unión espiritual este ejemplo no le sirve de nada. ¡Ahora les (os) digo que René se va a recuperar...! Lo vi desaparecer tras las montañas, había sol, luz, caminaba solo, pero sabía adónde iba. Mientras lo estaba contemplando vi cómo se caía y se volvía a levantar. Lo intentaba una y otra vez. No lo lograba. Aun así, el niño lo volvía a intentar, no le salía, se daba de bruces, igual que arriba en su camita. ¡Eso es todo!

Erica está un poco más tranquila. Anna no logra entenderlo, pero dice:

—Y esa notita, ¿qué, Frederik? ¿No es terrible eso?

—Así es, Anna, pero eso no lo quiebra.

—René no es un tipo adulto, ¿no? Tengo la sensación de que se me está espionando. Ya no me atrevo a desvestirme. ¡Qué mal...!

Karel está hundido. Las mujeres vuelven a subir. Digo:

—Cuando lees esto, Karel, parece como si estuviera escrito al compás de la música. Así que tiene hasta sentido musical.

Silbo la musiquilla. No lo comprendo, pero allí está, es música. Me voy como una flecha arriba y llamo a Erica. Un poco después está delante del piano de cola. Busco las notas, porque creo que ya he oído antes esta musiquilla. ¡Exacto! Ahora que oigo las notas lo sé. ¡Es Erica! Cuando tocaba como endiablada, este octavo volvía una y otra vez, y me daba escalofríos, de tanto que me desquiciaba. Entonces comenzó esa bestialidad, que me estremecía de arriba abajo, por lo que la llamé hasta gata salvaje. Pero ahora ¿qué?

A Erica le parece una estupidez y se larga. Se lo explico todo a Karel. No lo entiende; tampoco sabía que Erica estuviera tan alterada por aquel entonces. Yo a esto lo llamo la influencia por medio de la madre. Karel piensa ahora que es posible. Si la madre siente barbas y esas cosas, el niño también es capaz de vivir, de experimentar, por parte de la madre el mismo proceso, porque ambas vidas son una.

Logro sacar a estos pobres de la penuria... El sol vuelve lucir por unos instantes. Sin embargo, en la casa hay una presión enorme. De esta manera la vida se hace pesada, no hay quien pueda procesarla. Karel tiene que aceptar, sin embargo, que esta es la única solución. Los garabatos siguen siendo un gran misterio. Para mí es un hecho que es la única posibilidad de determinar lo que está pasando en el fondo. Esta es la única explicación. René no está anclado en líos diabólicos. Es algo que surge desde dentro y que mira hacia este mundo podrido. Fue precisamente entonces cuando aquello vio a Anna en cueros, nada más...

—¿No es algo que te hace reír, Karel?

Karel se ríe, en efecto. Dice:

—Desde luego que es como si estuvieras construyendo una nueva universidad.

—Estoy en ello, Karel, estos son los cimientos. Pero Anna tiene el susto metido en el cuerpo y eso es aún peor, porque no sé lo que puedo hacer contra ello.

Al subconsciente le gusta gastar una broma de vez en cuando, Karel. Eso se ve. Ese ser ríe. ¿No lo sabes? Pues ¡ya ves! No creo que René esté embrujado. Erica cree que los diablos del infierno lo tienen entre sus garras. ¡Yo no lo creo! ¿Se desvistió Anna en presencia de René?

—No he pensado en eso, Frederik. A ver, llama a Anna.

Anna se encuentra ente los juzgados. Está llorando, le cruza los labios:

—Ahora me voy, ¡me voy para siempre! ¿Crees que volveré a...?

—No, Anna, no lo creo, no digas esas cosas. No queremos ni oír la palabra. ¡Te creemos completamente! Aquí hay otra cosa en juego, mira a través de las paredes, Anna, ¡no es otra cosa! Continúa tranquilamente, no vuelvas a pensar en eso y no amenaces con partir. Pero ya hablaremos, ¿sí, niña?

Anna se va, está destrozada. Me entra la risa y a Karel le pasa lo mismo. Tiene que decir:

—Aquí, maldita sea, pasa todos los días otra cosa. Aquí parece que pululan las brujas... esto son cosas diabólicas. Pero al menos también hay un bromista, que te hace troncharte de risa. Ay, esa Anna. Si no fuera porque es tan triste, me partiría de risa.

Y Karel se ríe... Se baja del escenario, no sé a dónde va. Inmediatamente después oigo que llama a Anna.

—Anna, ¿por que no bajas un momento? ¡Salta a la palestra si no te importa...!

Se abre la puerta, Anna entra, tapándose la cara con el mandil... le caen lágrimas por las mejillas. ¡Pobre Anna! Karel dice:

—Escucha un poco, Anna. Lo que estamos viviendo aquí es algo que nos afecta a ti y a nosotros. Te pido en nombre de René: no te vayas, el niño te

necesita, sin duda. Soy médico... He visto a más personas desnudas de lo que te puedes imaginar y te aseguro que es igual. Todos somos exactamente iguales. No harás caso alguno a esas miradas, ¿entendido, Anna? (—dice).

‘Esto no sirve de nada, Karel. Así no vas a conquistarla, así desde luego no vas a apoyarla. Eso mejor déjalo a mí’. Tomo a Anna del brazo y me voy con ella. Salimos por la verja y nos metemos en el bosque. La gente ni nos mira, nos conocen. Sin embargo, a Anna se le ocurre una idea. Me agarra de un brazo y me arrastra con ella. De vuelta a casa. Arriba, a René. Y, mira, el niño está despierto, yace allí tranquilamente. Anna lo levanta en brazos, lo baña como una flecha, vuelve a vestirlo, lo echa en la carriola (el cochecito) y me dice:

—Vamos... al bosque, tiene que venir con nosotros.

¡Anna se queda! Ahora que nos serenamos un poco, dice:

—¿Qué tengo que hacer, Frederik?

Dije algo... es un hermoso fenómeno. ‘¿Cómo es posible?’, pienso, ‘cuando te hace falta algo la naturaleza te da todo’.

—Mira, Anna. Ya habrás oído hablar de infiernos, infiernos en los que viven seres humanos que han dejado el valle de lágrimas terrenal. Que si tenemos que creer en eso es algo que no sé, porque sabemos demasiado poco al respecto. Pero según noticias recogidas en la Biblia, en ellos viven seres humanos. Y esos seres desean un poco de calor, calor humano, bien los gustaría volver a ver nuestras buenas vidas, pero las perdieron. Esa gente nos espía día tras día. Es como si estuvieran mirándonos, subidos a pedestales elevados. Las mujeres miran a los hombres, los hombres a las mujeres. Porque para Dios no hay nada que esconder, Anna. A mí me parece que es nuestra desnudez ante el Omnigrado. Los seres humanos no podemos ocultarnos; cuando no está la gente hay otra cosa que nos ve, por lo que la ropa carece de importancia, igual que la desnudez.

—A todo le echas mucho cuento, Frederik, pero ¡a mí me aterrera!

—Eso precisamente, no, Anna. Tienes que ver las cosas como son. Yo sé, por ejemplo, que Dios lo sabe todo de nosotros. El hombre, cuando fallece, sigue viviendo, según la Biblia. Hay seres humanos en este mundo que hablan con quienes han muerto y que reciben mensajes de ellos.

—¿Es posible eso, Frederik?

—Empiezo a creer, Anna, que es posible. Y si esas personas miran un poco por encima de la valla a lo que hay en tu jardincito, ¿tan grave te parece? Tienes que empezar a verlo de forma humana. Pero tienes que poder decirte: no tengo nada que esconder, mira tranquilamente... Soy como todos los demás. Que si estoy desnudo o vestido ante ti, Dios nos conoce a todos. Y resulta, Anna, que tener bebés es lo más hermoso que hay. Podría contarte tantas cosas, pero eso ya vendrá, solo entonces crearás que los seres humanos

ya no tenemos máscaras. Si estuviéramos allí donde todas esas personas viven una pervivencia, Anna, verías que nacimos desnudos y que estaremos desnudos en todo cuando ese otro poder judicial hable sobre nuestra vida. Si te cerraras a los ojos materiales, ya estarás. Y nadie entre nosotros pensará que perdiste tu castidad, estás todavía de lo más intacta... Oh, Anna, ¿no es maravilloso? ¿No es para morirse de risa? ¿Es que a ti no te gusta divertirse de vez en cuando? Regálale a ese muchachito invisible algo de tu propia belleza. Concede a todos una mirada dentro de tu corazón, pero ¡has de saber que te pertenece a ti! Esto solo ocurre, Anna, porque tú misma no tuviste retoños, entonces piensas de otra manera sobre todo. No hay desgracias... cada quien es como es y actúa de forma consciente. La naturaleza entera está desnuda ante nosotros. ¿No es esa la intención de Nuestro Señor?

—Bueno, si lo ves así, Frederik...

—Otra cosa no hay, Anna, tienes que verlo así.

—Y ahora con este niño, ¿qué?

—René ya se las arreglará. Míralo tú misma, duerme como una rosa. ¡Ya lo superaremos! Te lo juro, Anna (—dije).

Al volver, Anna se ha recobrado. Karel me espera, quiere hablar. Erica también está. Él pregunta:

—¿Qué, Frederik? ¿Quién le ha puesto el pañal? ¿Ella misma o tú?

Reímos. Erica hace una mueca. No se ríe. Es incapaz. Sin embargo, sus ojos irradian otra cosa. Está reflexionando sobre algo o está ocupada poniéndose otra túnica. Cuando lo diga lo sabremos. Baja del escenario, pero nos lanza:

—Solo ahora me he dado cuenta de que lo que no tengo son ojos... Los que tenemos por dentro, hombres de la ciencia, miran a través de la máscara; estos otros, los cotidianos, son ciegos... ¡Somos unos lelos!

¡Y Erica desaparece! ¡Estamos reflexionando! Karel piensa en voz alta... Dice algo y yo entiendo:

—¡Es mi origen campesino! Cuando piensas que estás desnudo, te encuentras insultándote a ti mismo en una túnica romana. ¡Si estás con faldas, estás desnuda! Ahora ya no me hacen falta los demás, porque lo único que hacemos es que en la calle hablan de nosotros. Les doy las gracias a todos.

Y a mí:

—Cierra el pico, Frederik. Por lo menos, de momento. Voy un momento arriba a contarle. Espero un poco.

El campesino regresa.

—Bien, vamos a resolver esta cuestión entre todos. A los psicólogos, creo, ya no los necesitamos por el momento. Pues entonces que René se quede sordomudo, no puedo hacer nada contra eso. No dejaré que me amarguen la vida, de eso me encargo yo (—dice).

Pensamos unos instantes, y después viene:

—Y sin embargo, Frederik, es para morir de risa. Esa Anna, hay que ver (—dice).

Volvemos a callarnos un momento, abismados en nuestras meditaciones, y vuelve a ser Karel quien rompe el silencio:

—Pero sí que es una cosa extraña... ¿De dónde salen esas palabras conscientes? Es imposible aclararlo. Estoy completamente detenido. No puedo ayudar a nadie, tiemblo. No soy capaz de prescribir recetas médicas. Ya no veo a enfermos. Lo que domina todo es esto. Es música. Lleva música dentro —es lo que me parece—, pero ahora también hay tormenta. Maldita sea..., ¿es que entonces un ser humano nunca es él mismo? ¿Nunca estamos solos? ¿No podemos escondernos de nada? ¿Qué profundidad tiene la vida? ¿Y cuál es la de un ser humano? ¿Es capaz el subconsciente de ver detrás de la máscara? ¿También a este le gusta la desnudez? ¿Dónde viven en nosotros los rasgos apasionados? ¿Será que es en el dedo gordo? ¿En tus manos, tu cabeza, tu constitución, que ha sido creada para ello? ¿Tiene que ver algo con esto el cerebro? ¿El corazón humano? ¿La circulación? ¿Qué es? ¿Cómo está ensamblado? Frederik, ¿realmente somos capaces de pensar como adultos antes de nacer? ¿Ya sabemos entonces, tan pronto, lo que es el amor? ¿Lo que son besos? ¿Ya sabemos entonces, tan pronto, lo que seremos? ¿Ya sabemos entonces, tan pronto, si somos hombre o mujer? ¡A mí me supera y se me hace demasiado profundo!

Pero, he de decir... en eso hay alguien pensando. Que si es para o por medio de René: desde allí se piensa y se nos mira a los seres humanos. Allí se sabe si estás desnudo o si te estás paseando con traje de noche, ¡allí se sabe lo que estás haciendo, lo que piensas, comes y bebes! ¡Da miedo, Frederik!

Conservaré el juicio... tienes razón, tenemos que seguir. Ahora voy a ocuparme de la psicología... Es tremendamente interesante, ya solamente para entender a René. Si no, pondré fin a esta vida. ¡Me da náuseas!

Estamos pensando. Yo estoy sentado y él anda de un lado para otro. Erica, que vuelve a entrar, ¡hace lo mismo y ella también está pensando! Cada uno tiene sus propios pensamientos, tenemos nuestros propios mundos. Unos lo ven de una manera, otros, de otra, y aun otros lo llaman sentimiento o personalidad o sensibilidad. Lo que realmente es ya lo aprenderé más tarde, aunque lo tenga delante de las narices riéndose de mí.

La casa vuelve a estar tranquila. La tensión permanece, René duerme... no se piensa en comer y beber. Estamos preocupados. Son preocupaciones que tienen un significado sobrenatural. Sé lo que me espera, lo haré lo mejor posible. Hay cartas, las he transmitido directamente. ¿Qué vendrá ahora?

Unos días más tarde volvió a haber una nota. Anna no me llamó; le parecía mejor no dramatizar la situación. Y ha actuado con mucha sensatez. Erica y

Karel no lo saben. Le conté que esto era mejor que un montón de desgracias en casa. Acordamos que en adelante, si buenamente era posible, ya nos arreglaríamos entre nosotros. Miro la nota. Siento música.

Pone: “Toritotitotó...toritoritotó... mira el agujerito... toritoritotó”. ¡Es música! Lo que tiene que ver aquel agujerito es algo que aún no sé. Música... música... Oigo toda la escala. Es una cancioncilla, pero también una frase. La música sabe hacer poemas. Algo está creciendo, hay algo que quiere manifestarse. ¿Qué es? Es un loco que llega a manifestarse. La vida casi se desborda de tanta animación. ¡La vida casi estalla de inspiración! Lo aceptamos. Anna también lo cree, pero me pregunta si René no se está volviendo loco.

Ahora que mira detrás de la camita encuentra un trozo de papel. Un trozo de papel con un agujero. El papel está arrugado, René ha estado jugando con él. Me pongo a pensar. Siento un caos. Lo del día y de la noche ha llegado a la unión. También lo de nuestra vida le dice algo al niño. Claro, ve un agujero. Y lo otro son letras, ¡notas! El niño se trabuca con todo, también de forma muy natural. Volvemos a quedarnos a la espera y tomamos distancia respecto a todo el caso. Para Anna esto también parece lo mejor. Y todavía hay tranquilidad en la casa. Ahora los propietarios no se alteran. Sentimos que tenemos un vínculo. Empezamos a ver que somos padres y madres, y que René es nuestro hijo. A Anna le parece una buena solución. En eso se apoya ahora y a mí me parece bien. Karel y Erica necesitan tranquilidad. Karel tiene que poder trabajar, los nervios de Erica requieren paz. Por eso esperamos que se nos conceda a nosotros poder respaldar a esos dos, a la madre y al padre verdaderos. Sentimos que en nuestro interior portamos un secreto. Es como si comprendiera yo a Anna aún mejor, y ella a mí. De pronto nos hemos acercado todavía más. Ahora ya no tiene miedo de que se la vea desnuda; incluso creo poder constatar que está empezando a tener rositas en las mejillas. Si no me equivoco, ahora ella se mira a sí misma. No es más que una suposición, pero también estos pensamientos fluyen por mi alma.

Me gustaría decir: Anna, continúa. ¿Qué edad tienes ahora? Creo que cuarenta y cinco... es una mejor hermosa. Qué figura tan espléndida tiene. Una frente bonita con una mirada resuelta. También unos ojos preciosos, serenos, labios bien formados. No anda tambaleándose, tiene el paso de una dama, que Erica podría envidiar. La veo con un hermoso vestido. La veo sentada en la mesa con un vestido de noche, rodeada de mucha gente. Dice algo, habla con franqueza, tiene una conversación excelente.

Yo estoy en un rincón y la miro. No me ve. No es consciente de ello. ¡Qué rolliza es!

¡Ahora Anna lo sabe! Y eso ¿por René? ¿No es algo fantástico? De hecho, los que tendrían que saberlo son Karel y Erica. Con solo pensar un poco vuelvo a ello, porque después ha desaparecido, o se le caen pedazos y entonces ese

frágil florero queda dañado. Es hermoso, casi diría: ¡sagrado! ¡Hay que ver lo hermoso que es un ser humano!

Anna se ha mirado ahora a sí misma, ¡nunca se había visto aún! Ni siquiera sabía que existía. No era consciente de poder estar desnuda, siempre llevaba la ropa puesta. Ahora esa ropa ha desaparecido, ¿era una máscara? Y el pequeño René, de un solo puñetazo, hizo añicos la coraza entera. Anna no busca los trozos, ha tirado el conjunto por la ventana. Mira esta nueva vida y le parece un milagro. Ahora lo sé, y Karel y Erica también lo pueden saber; pero están ciegos. Y ahora también sé que de esto no digo ni mu. Pero estoy atento; es asombroso. Pero ¡qué grande que es René!

Así que opto por volver al bosque. Sentado en mi sitio habitual, continúo.

¡Hay que ver, René! ¡René, René! ¡Qué artista que eres! ¡Cómo es posible! ¡Dios mío, qué talentoso eres! Dios mío, qué incomprensible eres para un ser humano, pero qué normal es todo, tan natural. ¡René es un milagro!

De eso no es capaz la gente corriente y moliente. ¡Es psicología más elevada! Porque vi que Anna ya no anda sobre zapatillas, ya lleva zapatos. Fredrik, ¿viste cómo iba vestida? ¿Cómo le sentaba esa falda? Simplemente: ¡un milagro! ¿Viste su rostro? Es nuevo, ¡tiene treinta años! ¿Viste sus ojos? ¡Están radiantes! ¿Viste sus labios? ¡Listos para besar! ¿Viste cómo andaba? Una dama no sería capaz de superarla. Y se cuida de lo que dice. Ha cambiado, de golpe, y ¡eso por un loco, por un sordomudo! No, por un mirón, ¡que no ha visto ni a un ser humano de carne y hueso! ¡Es un milagro! Es un milagro increíble, si quieres que te diga la verdad. ¡Hay que ver, esa Anna!

Oh, este René... Ay, este pequeño René, ¡qué milagro eres!

En mi diario pone:

Hoy viví milagros. Verdaderos milagros. He descubierto una psicología que no es de este mundo, sino que tiene un contenido “sobrenatural”. ¡Convierte a los inconscientes en conscientes, a los pobres en ricos, a los campesinos en gente urbana y a una sirvienta en una dama; hace radiar como soles a los ojos muertos, hace del cuerpo humano un Adonis, de la palabrería cotidiana, “ciencia”, del fallecer, nueva vida...! Todavía no sé si es algo que te puede ser inyectado con una jeringuilla o con unos polvitos con agua, todavía no lo he averiguado, pero algo de eso lo vivo y me hizo increíblemente feliz.

Ahora creo que esa mujer de la Biblia podría haber conseguido a los cien años no un solo hijo, sino cuatrillizos. Así es cómo te agarra, es tan todopoderoso para tu alma, vida, espíritu y entidad material que solo ahora empiezo a comprenderlo, según me parece. Ahora sale fluyendo de mi vida: ¡creo en los milagros! Ahora creo que un ser humano puede cambiar de golpe, y además para bien. Sí que sabía que un ser humano puede transformarse de repente en un diablo, que puede hacer las cosas más raras e inmisericordes, que como persona pragmática te dejan con la boca abierta y te hacen pensar

que es el propio Satanás quien ha montado una carpa de feria; pero ¿es bueno para un ser humano? No lo sabía, tampoco lo había vivido todavía... para mí eran precisamente las historias menos creíbles que nos cuenta la Biblia, pero que ahora ya nunca suceden. ¡Y ahora están ahí! Creo que tampoco yo me conozco a mí mismo todavía. Ahora pienso que un ser humano puede cambiar hacia la naturaleza. Y lo más raro de eso es que lo reconozco abiertamente... ¡Ahora me ha entrado el deseo de verme desnudo a mí mismo! ¿No es raro eso? Aun así, se me hace lo más normal del mundo; creo que nunca antes me había visto.

¡Y entonces también sucedió ese milagro! Primero de forma algo contenida... castamente. Después con un poco más de conciencia y naturalidad, y después me solté. ‘Pues no’, pensé, ‘no estás nada mal, de verdad que no había pensado que tuvieras un castillito tan notable, tan hermoso. Y ese bigote te queda muy bien. ¡Eres un hombre!’.

Todavía anduve un poco por ahí, me puse el pijama y tontee un poco conmigo mismo. ¡Por supuesto que de forma casta! ¡Me parecía que yo mismo era una creación! Es tan natural, tan por descontado, que parecía que la naturaleza competía conmigo; llegué a ver una figura, la circulación se aceleró como un motor que se revoluciona al máximo, me latía el corazón hasta en la garganta, y a mí, como la personalidad, me entró la sensación de dedicarme a la caridad. Me di cuenta de que estaba silbando, y que después estaba murmurando. Y, finalmente, me entró una concienciación de tal calibre que era como para tirar cohetes hoy mismo.

¡He rejuvenecido mil años...! ¡Hoy! ¡En un solo día! No, ¡en unas horas! Hoy es el día veintiuno del año mil novecientos y tantos, casi estamos a mitad de invierno, pero yo ando en una primavera con la testa al viento, floreciendo. ¡Anna, también! Karel y Erica no saben nada de esto, no lo ven. Qué suerte para nosotros. Lo velaré. Creo ahora también que sé hacerlo. Pero ojalá que Anna no pise las diferentes florecillas, estos arriates acaban de plantarse.

Lo que yo aún desconocía unos días atrás lo sé ahora. Anna ha cambiado, René sigue siendo exactamente el mismo. Sí que pensamos que el niño pueda terminar sordomudo, pero ahora todavía no nos damos cuenta de verdad. Su vida ya no habla, hay algo por dentro que se está asfixiando. Esa vida calla ahora como una tumba, es como si durante un tiempo hubiera estado regalando sus fuerzas. O como si hubiera sido detenido el motor que hace marchar su máquina. ¡Queremos ver sol! Karel dijo a Anna —lo cual para mí ya era suficiente para saber que él mismo estaba muy equivocado:

—Me alegro, Anna, de que me hayas hecho caso.

Anna no dijo más que:

—Vaya, entonces todo está bien.

Karel de hecho no sabía hasta dónde podía contar con ella, pero yo podía

adivinar esos pensamientos; Anna seguía todavía un poco de mala uva, y también era comprensible. Oh, Karel, qué bueno sería si por fin pudieras ver detrás de esta máscara, entonces ¿qué te parecería? Es cierto que he de aceptar que un campesino, de todas formas, por mucho que vaya a la ciudad, no deja de sentir sus tierras. Ahora anda sobre un piso bien firme, pero también siente la tierra arada. Y ese es su tambalear, que los marinos tampoco pierden nunca. ¡Karel sigue siendo un campesino! Anna tiene ahora cimientos científicos, lo que es completamente nuevo para su vida y de lo que Karel ha hecho un estudio, pero cuya psicología pura desconoce. Anna mira ahora hacia delante de manera científica, y esto guía sus actos.

Pero ¿es René! Karel no entiende de estas cosas. Ya le gustaría, pero eso no se consigue a cambio de nada... puede costar hasta sangre. Anna ha comprado ahora un montón de ropa. Antes de ayer se fue un rato de compras, pero como una dama. Erica se la quedó mirando, cree que ve algo, que siente algo diferente en su vida, pero aun así vuelve a sumergirse en ella misma. ¡También en esta ocasión miró en un sol y no vio la luz! Pero, mira, qué diferencia. Ahora no hay síntomas, está siendo por completo ella misma, y sin embargo está ciega como un topo. O sea: aunque creas que estás siendo tú mismo, no ves todo. Y ahora quien tiene una máscara puesta eres tú, no eres natural. O ¿es otra cosa? Erica no veía que allí se había descubierto una nueva estrella y que René es el astrónomo; ni siquiera sabría aceptarlo. En caso contrario quizá su cerebro sería alcanzado por un rayo y se volvería... ¡loca de remate!

Tendrás que ver cómo lleva Anna el pelo ahora. De verdad que espero que no se exceda, entonces su secreto terminará en la alcantarilla. Hay labios que entran en movimiento, tienen algo que decir, ojos que ven algo más, y ahí estás, tirado. Cuando hay otra gente que se inmiscuye deja de vivir, se le cava la tumba al instante. Ahora la estrella cae como una montaña en erupción, te sacan de tu órbita y puedes empezar desde cero. Pero ¿dónde vuelves a encontrar semejante inspiración? ¡Creo que en ninguna parte! Creo que René es el único que lo posee. Creo que ella conoce el límite hacia donde tiene que ir. Y allí verá entonces su propia parada. Su vida sigue siendo ahora anchurosa y luminosa.

A nuestro alrededor ocurren milagros, volvemos a mirar por pequeñas grietas, esta farola tiene una fuerza desconocida, están entre el cielo y la tierra, o ¿es de hierro fundido ese cacharro? ¿Está provisto de luz?

A mí ahora todo me resulta posible. Ahora me veo fuera, en la naturaleza. Esa madre también me pregunta:

—¿Qué aspecto tengo? Siempre fui así, pero lo sabía (—dice).

¿No es maravilloso eso? Creo que las personas no saben lo hermosas que son; si lo supieran, no destruirían una parte tan grande de su belleza. ¡Cuántos castillitos no se han destruido en los pasados siglos! No quiero ni pensar-

lo. Ahora veo que aunque estés desnudo, Dios siempre te daba otra pequeña vestidura, pero ¡mucha gente lo convertía en una máscara!

Las personas en la sala ya se están mirando. Unas son aún más hermosas que otras. Nunca habían visto algo tan hermoso. Y la obra es muy cautivadora, impacta. ¡Quisieran verla hasta diez veces!

René les arranca las máscaras. Nos preparamos para el siguiente acto... y de nuevo hubo flores. ¡Ahora para el pequeño René! Anna y yo estábamos tan contentos. Erica y Karel están arriba... ya se están vistiendo para la siguiente escena. Y ¿ahora? ¿Qué pasará esta vez? Te digo: ¡las máscaras ya no me dan miedo! Porque también detrás de ellas vive la inmaculada claridad.

¡Todavía pido algo más de ese amor loco! Creo que se me ha pegado el gusto. Hasta luego.

Frederik, ven con nosotros, ¡René te necesita!

Tenemos a las espaldas un invierno largo, frío y mojado. Ya está a la vista la primavera, hombres y animales anhelan que cambie el tiempo. Todavía no sé cómo pasaron volando todos esos meses. Pero es por estar tan intensamente ocupado; porque los problemas te reclaman de lleno y, sobre todo, porque te olvidas de lo cotidiano. Así son las preocupaciones del ser humano: hacen que te olvides de todo; por culpa de la pena y el dolor empalidece todo lo demás. Si estás durante años delante de semejante máscara, se te olvida todo, las cuestiones fútiles tampoco ya tienen significado, solo estás abierto a lo grave, es eso precisamente lo que te impacta.

Vivíamos bien, prácticamente no había nada que nos incordiará, aunque René permaneciera callado, decaído y abatido; aunque apenas ya hubiera vida en el niño, nos manteníamos en pie. Y así es como hemos ido pasando ese largo invierno a trompicones. Montamos muy poco a caballo, a Erica y Karel ya no les apetecía. Y Hans trabajaba tan duro que no concedía un segundo a los demás, los enfermos lo absorbían por completo. Es a ellos a quienes está abierto. A mí me parecía maravilloso, no hay nada mejor para su personalidad. Lo que me esperaba no sucedió. Había imaginado que habría vuelto con una vienesa rubia. Sí que fui oyendo algunas cosas, pero parece que no muerde. Supongo que el señor busca también en esto lo regio, y a cualquier precio, pero eso no es tan sencillo. Normalmente te encuentras justo con la persona equivocada. Espero para él que no se haga con una flaca demacrada, a él lo mataría.

Pero lo desconocemos. En mí seguía siendo verano. Mientras iba paseando en pleno invierno por algún lado sucedió que, bajo esas montañas de nieve y hielo, la semilla de Dios empezó a hablarme y a hacer poemas. Podría haber hecho poemitas, pero no estoy hecho para eso... No me gusta ese lenguaje consolador, ya de niño no lo soportaba. Creo que es un defecto. Pero tampoco es que lo sepa.

De modo que no entré al trapo. Pero cuando a pesar de eso siguió incidiendo en mí, me abrí a ello y oí:

“Toritotitotó, toritotitotó, toritotitotó...”, y finalmente:

“Bailando me meto, me divierto

Y entonces eres bendito

Como nunca un encantito

¿A dónde vas?”.

Me parecía algo muy de un niño. Pero por debajo de la nieve y el hielo me llega el toritotitotó de René. Y aún hubo más:

“Desde la profundidad de ti mismo
Intenta allí captar
Transmite a la gente
¡O yo te voy a colgar!”.

Qué feo... ¿por qué he de ser colgado? Lo que entendí de ello fue lo siguiente. Aunque René esté enfermo —el niño está enfermo... Karel aventura que es polio, pese a no ser cierto— aun así, en su caso ese sentido equivocado está empollando los huevos. Son los huevitos de René. Él estaba allí bajo el hielo y la nieve, lo vi. Dicho de otra manera: estaba metido en el frío hasta reventar. Su estar enfermo, esta desgracia. Entonces Erica me pidió:

—Frederik, ven con nosotros, René te necesita (—dijo).

‘Y sí es cierto’, pensé, ‘pero entonces pierdo mi libertad. Quiero hacer lo que sea por René, pero ¿es necesario esto?’. Lo hemos hablado. A Karel no le pareció necesario. Solo a las mujeres les parecía mejor para René, porque el niño preguntaba por mí, era de lo poco que le cruzaba los labios. Y sin embargo, algo me decía: no lo hagas todavía, aguarda... más tarde te necesitarán aquí. Así que decidimos esperar un poco. Pero ya tengo la habitación preparada para mí, puedo mudarme en cuanto quiera.

En cuanto a mi propia vivienda... un hombre mayor recoge las cosas, quita un poco el polvo, en su vida no ha hecho otra cosa, por lo demás salgo y como fuera de casa. Todo va tan por sí solo que en el fondo ni siquiera veo al hombre, aunque entre en mis aposentos. Así que he tenido suerte. Una cosa sí que sé: hay algo diferente que me ha retenido allí, si no ya me habría ido de viaje hace mucho. El lugar donde me siento... y mi tarea creo que han llegado a mis manos de forma consciente y en paz.

Pero René está gravemente enfermo. Tal vez con la primavera llegue una mejoría. No lo sé. Karel ya está pensando en Suiza. Erica no quiere oír hablar de eso, se opone a irse de aquí. Cae por su propio peso que ella quiere decir que entonces se iría con ellos. Pero también eso se ha quedado en agua de borrajas... todos los días hay otra cosa. Ahora los médicos vuelven a correr por la casa, para arriba y para abajo. No se ve ningún cambio. Si me lo preguntas sin rodeos, ¿entonces te diría que René parece sordomudo! Da pena. Muchas veces llegué a oír:

—¿Y ahora qué? ¿Qué ha pasado con tu “niño prodigio espiritual”?

Erica dijo, entre otras cosas:

—Cómo quisiera tener simplemente un chico normal y corriente, esa suciedad me importa un comino (—afirmó).

Y ahí te quedas, sin saber qué decir. Tienes que aceptarlo: no hay nada que decir, ya no tienes piernas bajo el cuerpo, estás tirado como un trozo de basura en un rincón. No me iba a la calle, pero ¡así es! ¿Qué haces? ¡Nada! Y Karel es más de lo mismo. Así que resumiendo: hoy mi gallo canta todo lo que le

da la gana, pero mañana se va al puchero. Karel rechupetea los huesitos, hasta come la sopa magra, porque el labriego pensó que la sopa de gallo tendría un sabor especial, pero del que no queríamos ver el esqueleto. Por eso a Anna le pareció estafalario, con ese tipo una nunca podía contar, siempre había una cosa diferente. Karel ríe, dice poco los últimos meses, está cavilando. Es una presión, él tampoco puede arrastrar esa carreta, esto está durando demasiado.

Tengo que aceptar, en cualquier caso, que este milagro espiritual presenta síntomas de anemia y de polio. Las piernitas están tan raquílicas que ves a través de ellas. Aunque el polio es diferente, Karel dice que es algo muy parecido. Y con los otros caballeros era exactamente igual. También vino a ver Ten Hove, pero ese ya no va arriba. Anna le da con la puerta en las narices, diciendo que el niño está durmiendo. Cuando el pajarraco vio que René estaba en el suelo, arrugando un papelito, supo al instante que le caía mal a Anna. Ahora se ve que el sabio guarda distancias con ella, que la ignora por completo, porque ya no lo vemos.

Eso hizo que René se pusiera aún más enfermo. Erica ya estaba pensando que iba a perder a su hijo. Ahora todo lo mío se estaba echando por la borda. Ya nada tenía valor alguno. Soy un fantasioso. Eso me dolía, pero ¿qué podía hacer? Y en ese momento supe por qué no tenía ganas de mudarme. ¿Qué desgracias habría creado yo? ¿Me parecía una protección? Ahora todavía soy yo mismo; si hubiera vivido allí, entonces me habrían puesto con todos mis enseres en la calle. Habría estado estorbando a esas mujeres y a Karel, y tendría que haber aceptado el terrible final. Adiós a todo, nadie lo creería... Y sin embargo, nuestra amistad murió.

Tan poco razonable es la gente. No sé por qué me merezco esto, pero yo no quería. Así que supongo que también mi interior está sintonizado con la propia protección y que entonces me lo transmite por sí solo, sin más. Lo oí por casualidad, no: lo sentí; una prueba de que existe la sensibilidad sensible. Pero a René no le sirvió para mejorar.

Esto sobre el escenario crea incomodidad en la sala, pero es parte de ello. Y te conduce a la nueva vida que estamos esperando.

A veces pensaba que René mejoraría, solo porque estaba yo. Y ya sé que no es así. Cuando hay que agotar una enfermedad puedes rezar lo que quieras, pero no te sirve de nada. Desde ese momento no empecé a dudar del valor de la oración, pero sí nos proporcionó asombrosas conversaciones, y después volvimos a ver las cosas de otra manera.

Una noche estábamos sentados junto al fuego cuando Erica dijo:

—Haré que dediquen una misa a René.

Karel salta de su silla, la mira con la cara desencajada y dice:

—¿Qué es lo que quieres? ¿Lo he entendido bien? ¿Quieres que le dediquen a René una misa?

Lo mira atónita y le pregunta a su vez:

—¿Tan raro es eso? Te estoy preguntando si es tan raro.

—Pero, mujer... —responde contrariado Karel— ¿te has vuelto loca?

—Lo haré por medio de otra persona, que lo sepas.

Eso no tiene nada que ver, señora de Wolff, no estás bien de la cabeza. ¿Dedicarle una misa a René? ¿Tiene que morirse el niño?

—Es para su salud.

—Si haces eso, ¡te parto el cuello! —amenaza Karel, y de inmediato se arma la marimorena. ¡Una bronca de padre y muy señor mío! Karel sale escopetado de la habitación, lo oímos dar portazos arriba. Erica va detrás de él. Yo estoy solo en el escenario y hablo conmigo mismo. Hay que ver la de desgracias que pasan. Oigo gritar a Karel. Sus palabras están salpicadas de Dios, ha vuelto a despertar en él el rabioso. Son los gritos de su propio carácter, esa máscara aún no se ha hecho añicos; lo animal se adhiere a su vida como una tenia. ¡Todavía te falta esa cabezota, Karel! Ha sabido dominarse durante años, ahora ha abierto las compuertas, pero la realidad lava sus piececitos. ¡Esto promete! Lanza insultos y maldiciones, habla de mí. Un ser humano siempre elige las palabras más groseras cuando quiere tener razón. Tampoco es de extrañar... de pronto una persona así hace trizas su propio pedestal, deshace aquello que se ha estado construyendo durante años, como si ya no hubiera más espacio ni pensamientos ni sentimientos, para poder encajar semejante pequeño disgusto. No somos perros ni gatos, pero ojalá tuviéramos algo, una pizca de esa paciencia, esa bondad, ¡un carácter animal de esos! Caramba... ¡todavía no lo tengo resuelto!

Vaya, cómo truena esa puerta, pero ¡ese Karel! Oigo a Erica por encima del ruido, y también a Anna. ¡Qué quiere ese energúmeno? Oigo que tiene el plan de hacer ingresar a René para que lo observen. Erica no quiere permitirlo, ella sola se basta para cuidar de su propio hijo. Ahora es una lucha sin cuartel. Esto va a ser la descarga, los nervios reprimidos estallan, o si no, ¡que todo acabe destrozado! ¡Todo! Pero aún tengo que vivirlo. Allí viene el señor. Lo tengo delante como a un toro salvaje. ¿Qué quieres, Karel? Ahora oigo:

—Y tú, con tu maldita psicología podrida, fuera de mi casa, vamos, rápido, fuera de mi casa. Tu jeta me vuelve loco, fuera te estoy diciendo, ¡maldito canalla! ¡Te echo de mi casa a patadas!

No le respondo. Me domino por completo y dejo que termine de echar pestes. Erica y Anna se le echan encima, me defienden. Que lo intente. Las dos dicen al unísono:

—Si se tiene que ir Frederik, nosotras también nos vamos, estúpido energúmeno.

Anna le insulta llamándolo bulldog. No lo oye. Enciende un cigarro y al instante lo arroja al suelo. Es algo muy infantil. Pero qué desgraciado es el

ser humano. Qué aspecto tan lamentable tiene Karel, y eso tan de repente. Pero no se rinde.

—Vuelvo a decirte... si se te ocurre hacer semejantes cosas, te parto el cuello. Mañana por la tarde llevamos a René al profesor Van Loon.

Eso Erica no lo acepta... Es algo a lo que se opone con todo su ser. El padre y la madre están luchando sin saberlo en el fondo. Ahora están atrapados por una sola máscara, o ¿son miles a la vez? ¡Cualquiera lo diría! A Anna se le ha ocurrido un plan. Se me acerca y dice:

—Ven, Frederik, aquí ya no tenemos nada que hacer. Para ese bulldog ya no voy a mover un dedo. ¿Qué estoy haciendo? ¡Solo quiero el bien! ¿Tú qué has hecho? No eres más que bondad. Y ahora esto.

Anna no tiene otra cosa que hacer que ir a René. Se va, se le caen las lágrimas como nunca antes. Está realmente triste. Karel simplemente está sentado y echa chispas. Erica corretea de un lado para otro, lo reta a fondo. Yo estoy sentado en una esquina de la pieza y ni se me ocurre marcharme. Si lo vuelvo a oír una sola vez más, que tengo que irme, entonces me lo pensaré. Todavía desconozco cuál será entonces la decisión, porque uno no puede reaccionar así sin más ante alguien que esté exaltado. Estoy seguro que Karel luego se arrepentirá. O tendría que equivocarme mucho. Pero si se empeña en que debo marcharme, entonces... ¡me iré para no regresar nunca! ¡No soy un felpudo!

Karel tiembla, Erica casi desfallece. No puedo decir nada. Anna nos echa una mano... De pronto está en el quicio de la puerta y dice:

—Toma, estúpido energúmeno... esto quizá te refresque la cabeza.

Le arroja una nota, Karel se arroja encima como un león desquiciado sobre su presa. No tiene espuma en la boca, sino sobre la frente. Oímos:

—Maldita sea, si esto no cesa, ¡voy a matar a...!

—¿A quién quieres matar...? —pregunta Erica—. Te estoy preguntando: ¿a quién? ¿A quién, doctor? ¿A quién quieres matar?

Erica se le ha colocado delante, lucha con los ojos. Con los labios tensados, está lista para dar el salto, pero no lo hace. La veo como un gatopardo. Karel se está poniendo de mil colores, no lee, porque sus ojos miran por encima. Erica le arranca el papelito de las manos y se me acerca. Karel va volando detrás de ella y se lo vuelve a quitar. Por lo visto no puedo saber lo que pone. Ahora se trata de quién se va a apoderar de él. Sin embargo, Erica lo vuelve a agarrar y me lo da.

—Ven, Frederik, veamos qué es.

Vamos arriba como cohetes. René está sentado en su camita. Erica toma al niño entre los brazos y lo aprieta contra el pecho. No para de sollozar, el niño la acaricia con ambas manitas. Leo:

—¡Bua! ¡Bua! No puedo dormir, tío Frederik. ¡Es bua!

Desde luego algo especial, nada para un niño. Erica dice a René:

—Vaya, cariño mío, ¿no puedes dormir? ¿Bua quiere hacerte algo? Ya te ayudará el tío Frederik. Mira, allí está el tío Frederik.

Me da el niño. Me siento y le hablo un poco a esta pequeña vida desconocida, que según los fenómenos tendrá que aceptar “vidas”. Me llama la atención que ha habido grandes cambios, el niño muestra más vitalidad, ya no parece tan débil. Qué cosas tan asombrosas vivimos. ¿No será aquello su monte? Ando con el niño de un lado para otro... A René le entra sueño, descansa en mis brazos. Lo coloco en la camita. Erica se desploma, también a ella la tenemos que cuidar. Entonces es cuando el labriego sube como un torbellino. Toma nota de la situación... un poco después le mantiene algo delante de las narices a Erica, observa a René y se sienta como puede. Con la cabeza agachada, sostiene con las manos esa mole pesada en la que ahora viven tantas preocupaciones y son consideradas todas estas cosas. Ojalá que pudiéramos abrirla también para mirar cómo está hecha en realidad esa máquina humana. Quizá entonces avanzaríamos más. Pero ¿no tengo confianza en el cerebro humano! Creo que es algo muy diferente; pero lo que es eso no lo sé. En esta casa vive en alguna parte y desde estamos siendo atacados.

Erica se incorpora de un salto y me arrastra hacia abajo. El niño está tranquilo. Karel también se levanta de golpe, el verdugo llora, quizá por primera vez en su vida, pero llora. No sé si son lágrimas reales, pero ¡las tiene! Lo que estas cosas significan es algo que seguramente jamás llegaré a saber, pero siempre están allí... cuando en la máquina algo se parte, se traba o se derrumba. Parece algo extraño, pero tampoco es eso. La naturaleza también llora, todo llora, pero uno tiene que ser capaz de verlo. Ya sé que estos no han vivido un “beso”, no veo ninguna tumba. Esto también es una máscara para mí. El verdugo solo llora unos segundos, después se rehace. Justo como yo pensaba. Quiere hablar, pero no es capaz. Le digo:

—Hasta luego, Karel, o hasta mañana, me voy un rato al bosque.

Erica me retiene, se agarra con fuerza a mi abrigo. Ya lo sé: no es un acto masculino, pero no me queda otra opción. Me parece tan increíblemente infantil, tan torpe que hasta se me atraganta. Necesito un poco de aire.

—Vas a volver, Frederik —dice Erica.

—Vas a volver, Frederik —dice Anna.

—Volveré, hijas mías, ¡sí que voy a volver! ¡Sin duda alguna, volveré! ¡No hay que preocuparse para nada!

Camino, no me hace falta pensar en nada, porque no hay nada, ¡René se recuperará! Ahora estoy seguro de eso. Acaba de pasar por encima de su montecito. Estoy sentado en mi sitio de siempre y disfruto del tiempo de perros. ¿Qué quieres, Frederik? Este día pasó volando. Quiero pensar, pero no puedo. De debajo de mis mantas se me echan encima escenas, un poco después atravesé una “muerte”. Sin máscara, creo, pero no estoy seguro.

Por la mañana llegaron flores, acompañadas de una nota de Karel. “Fredrik, mejor me perdonas”. Ya me lo imaginaba, también esa gran posesión vive en Karel. Es cierto, sí que es capaz de inclinar la cabeza, y ahora podemos seguir avanzando. Es la posesión más poderosa del ser humano, según ahora sé; no: ya la conozco desde hace mucho tiempo. Ahora puedes directamente seguir construyendo, o te quedas detenido ante unas tinieblas, hasta pueden ser diabólicas. ¡También lo sé, desde hace tanto! Pero esas flores. Si ahora no hubiera flores, Karel, entonces ¿qué? Ahora ¿cómo, Karel? ¡Deberías meditarlo, Karel! Si algún día tuvieras que indemnizar todo esto con tu yo desnudo, entonces ¿qué, Karel? Ahora veo tu torpeza, porque de esto no posees nada. Vaya, vaya, qué difícil se está poniendo esto. Oigo:

“Aporté algo de piedra para mí mismo,
para construir con ella un templo.

Cuando terminé vi lo infeliz que era mi pequeño castillo”.

Realmente algo infantil, pero eso viene de René. Yo lo intercepto así, sin más, desde el espacio. También es para Karel, para todos nosotros, para la flora y fauna, creo. Sí, así es.

Yo también salgo de casa como una flecha para comprar flores. Me avergüenzo, porque todavía no tengo otra cosa. ¡También yo estoy atado todavía a una flor, o ya no me encontraría aquí, creo! Las recibirá René... Será lo más bello que jamás se me haya ocurrido. ¡Y Erica y Anna recibirán flores, con una notita para Karel...! Lo que más me gustaría es mandarle una caja llena de rábanos o una vaca seca para ordeñarla... pues, sí, cuántas cosas no me gustaría enviarle, ¡para que aprenda cómo se hace! Anoté en la nota:

“Todo está bien, Karel, ¡también esto! Con tal de que no pierdas las... lucécitas... en tus ojos, de que no las extingas, ¿porque eso...?”.

Y ahora estoy aguardando. Qué raras son las personas. Anoto:

“Pero cuánto he aprendido. He aprendido como “no” hay que hacerlo. La gente no quiere aceptar sus preocupaciones. Ahora lo veo, es su trampa. Cuando no se salen con la suya se enojan y comienzan los improperios. Así que lo que hacen es lanzar imprecaciones y lo maldicen a Él, de quien recibieron tantas cosas hermosas. Pensaré sobre todas las cosas. Ahora tengo necesidad de salir con Sientje. Y es lo que hago”.

Estamos fuera... ¡de camino y en armonía con el animal sigo pensando sobre mi alma y mi personalidad! Vamos a paso lento, Sientje está disfrutando. Es como si el animal me comprendiera aún mejor que de costumbre. ¿Intuye el animal el dolor humano? Uno diría que sí.

La gente rechaza la tristeza. Lo que yo quisiera saber es... en qué medida es culpa suya su propia infelicidad. Ya lo sé, pero todavía me faltan los fundamentos. Pero esperaré. ¡Veo... el lugar donde se pondrán estos fundamentos!

René va mejorando, y esa es mi felicidad. Qué poderoso es esto. Creo

que va a ser una bendición para todos nosotros. No hay más que un camino, Frederik, hay uno y ese lo tenemos que encontrar. Solo entonces puedes empezar a construir. Muchos caminos conducen a Roma, pero uno solo, a la verdad universal. ¡Uno solo! Y ante aquel Karel inclinó su cuello de toro. ¡Gracias a Dios! Oh, soy tan feliz, solo por Karel. Es el mayor regalo de mi vida, al menos por hoy. Mañana ya veremos. Ya lo estoy viendo también para pasado mañana y los meses venideros, creo que para años. Y entonces habrá otra clase de lágrimas, ¡mejores! Vaya, qué agujero estoy viendo, qué hoyo. Karel me obsequió una flor de su corazón, de su corazón viviente. Y son esas las que quiero poseer. Esta nunca se marchitará —según creo ahora— siempre que la alimentación sea buena, y no se rompa el origen. Puedes echar esta vida sin problema al estercolero, más tarde, mucho más tarde verás que a pesar de todo valías todavía para algo. ¡Hay que ver qué ser humano!

Me ausenté durante dos días... ya en ese momento estaban ante mi puerta Erica y Anna, y tenía que irme con ellas. Encima me echaron una bronca. Y un poco después estamos juntos como si no hubiera pasado nada. Pero Karel está serio. Dice:

—Pero qué cosas tan extrañas es capaz de hacer un ser humano. Hoy estás fuerte, mañana delatamos a nuestros amigos y los echamos de casa a patadas. Los insultamos llamándolos malditos canallas y en el fondo ni siquiera sabemos que lo hacemos y que somos tan torpes. Cuando ves la máscara lloras, te gustaría hacer de todo para volver a enmendarlo. Pero ¿eres capaz de eso? Queremos dar la vida por los demás... pero una nubecita en la lejanía ya te atemoriza. ¡Nada de hogueras! ¡A correr, y además rápido! No sabes pensar con seriedad, ya no crees lo que se dice, sino que ¡eres tú mismo! Corramos un tupido velo, Frederik.

Karel sirve las bebidas, chocamos las copas, Erica y Anna también se unen. Ya vuelve a ser tan humanamente corriente como siempre. Pero, bueno, ... es que el líquido está ahí. No creo que lo necesitemos más tarde. Ahora es lo normal. Y es que los seres humanos somos así. Entonces dice Karel:

—¿Sabes, Frederik, que René está mucho mejor? Me parece un milagro. ¿Quieres verlo?

Estamos arriba, René se me echa encima y quiere que lo tome en brazos. El niño posee ahora otra vitalidad, esta sí que reanima el cuerpo. No sé de dónde vienen esas fuerzas y Karel tampoco tendrá idea de ello. Erica y Anna piensan que soy yo quien dio salud y valor de vivir al niño. No me apropio estos regalos sobrenaturales... todavía me considero demasiado atontado. Pero estamos avanzando, aunque no entendamos para nada por qué. ¡Aun así somos felices! Pero ¿qué traerá el futuro? Karel sabe que el estado mental de René no es normal. Erica y Anna también, todos lo sabemos, pero ¡yo no lo creo!

Volvemos a estar abajo. El escenario se encuentra repleto de flores, algunas eran para René. Anna también bebe algo, esté sentada frente a mí y mira. Pero qué encanto que es.

Erica está frente a Karel... atrae con la mirada a su pillo. Nadie dice nada, pero hablamos interiormente. Con las bocas cerradas hay ahora serenidad por dentro, paz, unión. Los corazones humanos se han abierto, ¡la lucha, la pena y el dolor en la vida unen corazones!

Todavía recibimos algo de Karel. Ya no brindamos, ya sabemos que eso ahora sonaría trivial. ¡Es pobre! Hace unos instantes aún significaba algo, ahora también eso ha sido quebrado. Otra máscara más, o una acción transformada por un acto evoluciona y te eleva un peldaño... ¿A dónde? ¿Dónde está el final? ¿Dónde puede vivirse eso al final para que puedas decir: ahora sí está bien? ¿Es este el bien? ¡Todavía no lo sé!

¡Pensamos! Todos pensamos en René. Y mañana ¿qué pasará entonces? ¿Pasado mañana? ¿Cómo seremos el año que viene? Como si Erica quisiera interpretar mis pensamientos, oímos:

—¿Cómo será el futuro de nosotros? ¿Cómo será el del pequeño René?

Karel ya reacciona y pone fin a la cuestión. De sus labios cae:

—Me voy a ver a un enfermo, me necesita.

Siento, Karel, que es un nuevo fundamento, ahora lo sé. Da las buenas noches a Erica con un beso afectuoso.

—Hasta luego, mi niña —sale de su boca. Pero ¡qué flor! Un beso diferente, este no llevaba máscara. Pero cuántas cosas aprendemos, ¡cada segundo eres infinito! No se han creado cosas exentas de pensamiento... eso es algo que también aprendí hoy, justo hace unos momentos. Sí que había una tumba, pero estas personas “volaron” por encima. Pero también creo que todos los pequeños engranajes estaban trabajando, sirviendo para este breve instante. ¡Hay que ver qué máquina humana!

Erica deja que se marche, pero dice:

—Venga, Anna, vamos a mirar un momento.

Yo me quedo solo en el escenario. La tensión en la sala y debajo de mi corazón es palpable... porque ¿cuál es la última palabra? Solo entonces la gente sabe que la obra ha terminado. Ya te gustaría saberlo, pero aún no hemos llegado. Entro en movimiento. Todavía tengo algo que decir. Me digo:

—¿También estaba allí tu propia máscara, Frederik? Intenta entonces conocerla, si quieres estar listo para lo que viene.

Cae el telón y sin decir nada me voy a casa, porque he descubierto cosas nuevas en mí mismo y en mis amigos, y estas me impulsan a ponerme a escribir.

La obra duró unas dos horas y media. Si quieres acortarla, es posible, pero entonces no aprendes nada. Te digo que ya no me atrevo a decir que todos

los locos son anormales; por los fenómenos ya se me concedió constatar que ¡no es así! Pero ¿ves la profundidad de esta máscara? Albergo el gran deseo de poder conocer también eso. Lo sé, es la inmaculada claridad.

Ay, pequeño René... ¡Sí que me parece que pronto me mudaré! ¿Y entonces? Pues, sí: entonces ¿qué? ¿O tengo que ausentarme un tiempo? ¿Olvidarte? ¡Me es imposible! ¡No dejo de ver tu carita! Soy uno contigo, siempre... entre el día y la noche nos vemos. Estoy arrodillado ante tus pies, hasta mi último suspiro, porque sé por medio de qué me fue dado. ¿Serás tú entonces quien me llame? Solo entonces lo sabrán los demás... Y repito:

René, tú eres un niño prodigio espiritual...

Fin de la Parte 1

Parte 2

Ay, Frederik, cómo me han engañado

Lo que no se esperaban sí que ha acaecido: nuestro René ha ido esta mañana a la escuela. Ha habido cambios, aunque saben que sus sentimientos no están desarrollados al cien por cien. Por eso va a una escuela superior Fröbel, donde le enseñan primero las cosas cotidianas. Todavía es un misterio para todos cómo se desarrollará; pero a pesar de eso, el niño tiene que estar entre la gente. No es un día de celebración para Erica y Anna. Karel no sabe qué pensar al respecto y se desprende de ello. Luce el sol, y sin embargo llueve para ambas mujeres. No preguntamos a René lo que piensa de esto: el niño no sabría lo que queremos decir. Vi lágrimas en los ojos de su madre, y en los de Anna tristeza y compasión. Es la presión de la selva, la falta de la verdadera felicidad lo que le está fastidiando a Erica. Y ¿qué otra cosa iba a ser?

Sí que creo que ese día los padres suelen estar nerviosos. Porque la sangre de su sangre entra en contacto con la sociedad. Tienen muchas expectativas, los niños aprenderán bien y luego aceptarán una tarea para el mundo. El padre ya está pensando que su hijo lo va a suceder; mira esa vida desde su mundo y espera con impaciencia cómo despertará. ¿No es así?

Las madres lo ven de otra manera, están ante una pérdida, los hijos ya no están bajo sus cuidados directos. Eso para la madre a veces supone pena y dolor; no creo que haya una sola madre que pueda reprimir sus lágrimas en semejante día, en el momento de la despedida, el instante que a ella y a su hijo les causa una separación.

Todavía recuerdo aquel día en que tuve que ir a la escuela e iba a abandonar por unas horas la casa paterna. Ay, qué mal se encontraba mi madre. A mi padre le parecía que estaba exagerando. Es más, incluso dijo:

—Parece pobre, torpe, son cosas que no se hacen. Un ser humano tiene que reflexionar, tiene que poder desprenderse. ¡Sí, un ser humano ha de aceptar esto!

Ya sé que mi madre era muy sentimental. Era algo a lo que papá se oponía y que pensaba estar tratando a su manera, lo cual no le salía bien, porque siempre actuaba con excesiva dureza. Y ya entonces fue un pequeño drama. Durante días estuvieron hablando de aquella mañana, no se cansaban de comentarla, por lo que empecé a “sentirme” y a reírme de ellos a sus espaldas, como un pillo.

Ya dije: para Erica es una profunda pena, hubiera deseado tanto tener un chico corriente, normal. ¡Se ha quebrado su orgullo maternal! Siente un cuchillo en el corazón, y le mana la sangre de heridas interiores. Ve a su hijo, a su pequeño René, entre todos los demás niños como la oveja negra... ¡el

solitario! Todavía la oigo decir: “Dios mío, ¿qué he hecho para merecerme esto? ¿Es que soy tan mala? ¿Qué he hecho para que mi hijo llegara al mundo de forma antinatural?”.

Estaba convencida de estar rezando, pero yo lo sé, ¡ninguno de nosotros es capaz de eso! Nadie de nosotros ha podido elevar hasta “ÉL” una oración infantil. ¡Nos asfixiábamos en ella!

—Mejor será que las deje, ¡de todas formar no te sirven de nada! Nadie oye tus oraciones, es imposible que alguien las pueda oír. Y entonces ¿para qué voy a seguir partiéndome el lomo? —dijo Anna.

¡Y eso a su vez también es un gran agujero en el corazón humano! Es más que eso, ¡es lo más desgraciado que hay! Te lleva a la desesperación consciente, al estar solo, al quedarse solo, ¡es impotencia! Pero hay millones de personas, almas de Dios, que rezan por algo. Todos esos hijos de un solo Padre rezan, están postrados antes “SUS” pies, pero ¡ÉL calla; ¡No sirve rezar! Pero entonces ¿qué sí? ¿No hay un Dios?

Solo hay que preguntárselo a estos millones de personas: todos rezaron, ¡de nada sirve! ¡Dios calla! ¡Nos deja abandonados! ¿Tan raro es entonces desear poder ver detrás de todas esas máscaras? Quiero ayudar así a esos millones de personas, a las masas engañadas, torturadas, golpeadas. Quiero intentar servir, y ¿pues esto es inhumano? ¿Tenemos que blindar nuestra vida ante esto? ¿Tenemos que meternos a ciegas en un hoyo y dejar que nos accidentemos?

Tengo que ser honesto, yo también me encontraba impotente, ¡también yo me asfixiaba en mis oraciones! Pero un día me pregunté: ¿dónde encallará este barco? ¿A dónde conduce este barquito humano insignificante, pero tan poderoso, mi vida y la de todos esos millones de personas? Y ¿qué puede hacer este pedacito de miseria, que es René, cuando a una persona sana esta vida ya le parece demasiado dura, demasiado difícil? ‘¿Qué quiere esta pequeña vida’, pensé, ‘cuando luego se despierte?’.

Las personas rezan, depositan flores a los pies de su Padre de Amor, como suele decirse y pensarse, flores que representaban su esperanza, su deseo, su sed de algo de felicidad, también ante los de “SU” hijo, Cristo, pero sin respuesta, ¡Dios seguía callado! Y entonces salieron corriendo de sus iglesias... estos corazones humanos están apaleados, quebrados, porque ¡Dios calla! Yo oía cómo me llegaban todos esos gemidos. Yo mismo estaba allí, también yo me iba a casa arrastrándome, tenía las manos vacías, ya no sentía gratitud bajo mi corazón, la autoridad del Padre parecía haberse ahogado. ¿Todo es culpa mía? Todos nosotros pedíamos ayuda a gritos, un día tras otro, nada servía, ninguna ayuda ni manos cariñosas que nos apoyaran, nada, solo profundas tinieblas. ¡Es una máscara horripilante!

Ya sin saber qué hacer optamos por callarnos. Ni uno de nosotros se atrevía a elevar la mirada. Karel enseñó a Erica y a Anna cómo actuar. Fue él quien

dio cierta fuerza a Erica y Anna, por medio de su “empuje, naturaleza y el destino humano” para aceptar las cosas como eran en realidad. Con a la postre toda la descomposición y desgracia. ¡Y supieron hacerlo! ¡Hicieron lo que pudieron! Portaron su pena y dolor de manera femenina, como madres. Ah, claro que sabían que había aún más desgracias, comprendían sin duda que hay otras personas más apaleadas, a las que se arroja a patadas en una descomposición humana aún más profunda que la que ellas tenían que aguantar por su René. Fue Karel quien dijo:

—El mundo no se detiene. La tierra completa su tarea todos los días, no pregunta lo que hacemos, continúa. Vamos, lo mejor será que hagamos borrón y cuenta nueva. No nos queda otra opción. Mis enfermos también terminan en un ataúd.

Debido a que Karel se relaciona a diario con “la vida y la muerte”, tiene otra visión al respecto y puede procesar mejor su propio dolor. Ve más desgracias, lo rodean por todas partes y tiene que mostrarse fuerte, porque si no los enfermos no lo necesitan.

En estos dos años ha pasado de todo, cosas todas que, igual que las anteriores, erigen máscaras, y que por tanto eran problemas para nosotros. Las hemos vivido a fondo lo mejor que pudimos, hemos examinado racionalmente los hechos para al fin poner punto final, si queríamos asegurarnos de la paz y tranquilidad en casa. Entretanto me he mudado y vivo en casa de la familia. René me necesitaba... según Erica y Anna. Y creo que tenían razón, porque en muchas cosas era su apoyo, un trampolín, un faro.

Todavía recibimos algunas notas, pero en parte habían sido escritas con poca claridad, en parte con algo más de conciencia, pero no sabíamos qué hacer con ellas. ¡Yo tampoco! Había fenómenos que me demostraban desde dónde nos venía lo escrito, pero me encontraba solo y no era capaz de ver detrás de las máscaras.

Mi habitación está junto a la de René. Mi trato con el niño era como el que hubiera sido el de un maestro, pero mientras tanto trabajaba en nuestra amistad. René tenía que sentir que no estaba solo. Creo poder decir que conseguí mi propósito completamente. A Erica y Anna les parecía un milagro y Karel me estaba muy agradecido; me lo demostraba una y otra vez. ¡Lo demás lo pusimos en manos de la “Madre Naturaleza”!

Entonces me pregunté: ‘Si esta vida despertara alguna vez, ¿qué pasaría?’. Yo no tenía duda alguna, me restaba una mina de sabiduría, daba gracias a Dios por esta realidad, de la que los demás no entendían nada. ¡Y esos eran los cimientos que yo había colocado! Estoy encima, aunque ellos no lo vean. ¡Sé que esta vida en concreto despertará algún día! Pero no puedo adelantarme a los acontecimientos.

En el fondo hemos recurrido a todo lo que buenamente fuera posible.

Hemos hablado de la división de la personalidad, de la incidencia espiritual, de las influencias astrales y cosas así. Durante algunas horas incluso creímos en “fantasmas”, que en nosotros, y alrededor nuestro, vivía una fuerza a la que le divertía amargarnos la vida y declarar loco al niño René. De verdad hemos pensado unos instantes: el pequeño René se nos va de cabeza al manicomio. No hay nada que hacer, nada... ¡este es su destino irrevocable! Un conocido parapsicólogo hablaba del reblandecimiento cerebral, hasta que se vio en un atolladero y ya tampoco hizo mucho más que decir tonterías.

Karel dijo:

—Eso se lo cuentas a tu abuela, pero ¡no a mí!

Otro nos situó ante un sueño hipnótico, que interfería con la conciencia diurna y la absorbía por completo, por lo que el alma ahora ya no tenía opciones de sobrevivir. Hubo un momento en que este hombre parecía tener razón, pero mediante profundas reflexiones y argumentaciones científicas, sobre todo por el pensamiento natural y racional de Karel, también esta tesis fue rechazada de plano y fue a parar a nuestra papelera. Nos encontrábamos ante máscaras, ante problemas inhumanos, con los que no sabíamos hacer nada como hombres y mujeres que pensaban de forma normal, aunque recorriera mi propio camino. No me aparté de él, incluso si me partía el cuello en estos campos minados, con toda esa porquería oculta del mundo, no pisé ninguna mina; aunque resultaron ser tinieblas para mí, ¡continué! Por fin tiramos todo por la borda y nos llegó la paz, ¡los médicos volvían a salir de casa!

Karel ha hecho todo lo que estuviera a su alcance y que pudiera hacer como médico. Los profesores intentaron sondar la vida de René. Pero esto también acabó en agua de borrajas. Más tarde empezaron a decir: “Desintegración sexual, algo temprana, eso sí, pero es lo que hay, hemos de decírselo a ustedes”.

¡Erica se puso furiosa! Anna les podría haber torcido el cuello uno por uno. Entonces Karel se hartó, tendrías que haberlo visto. Yo disfrutaba de esta pugna científica. Me enseñó cómo mirar y cómo aceptar. Miraba desde detrás de una entidad natural a todos estos expertos y me quedaba esperando hasta que hubieran pasado por delante de mi vida, para mirar entonces las hermosuras que habían dejado tras de sí. Las palabras “desintegración sexual” impactaron, y salieron volando atropelladamente de la casa. No lo olvidaré en la vida. Ay, cómo fue aquel día.

—Y sin embargo no podemos quejarnos —dijo Erica una mañana después de haberlo probado todo para René y de que llegara a casa embarrada, mientras le siguieron cayendo lágrimas durante horas.

—También hemos conocido otros tiempos. ¿No es así?

Le dimos toda la razón. Pero transitábamos por las tinieblas de la noche, por la intemperie, aunque cayeran chuzos de punta, hubiera una tor-

menta horrible; atravesamos nidos de serpientes y cuevas de leones, y a veces pensábamos que hasta nos echaban a la hoguera. Jamás se les concedió ver cómo se prendía el fuego, y gracias a Dios tampoco surgió el asunto. Teníamos que lidiar con instintos animales, aullidos terroríficos y ya ni sé cuántas cosas más con las que se le infunde pánico al hombre. Y yo me decía: “Todavía nos falta para llegar, lo que están (estáis) oyendo es cosa de niños, todavía nos quedan días enteros de viaje hasta llegar a la jungla en sí. ¡Todavía no hemos llegado!”. Sí que fui tan sensato como para no decírselo a ninguno de ellos, sino que me quedaba a la espera y tenía mis propias ideas.

Erica se alteró tanto en un momento dado que empezó a frecuentar videntes para consultarlos. Quizá esa gente podía ayudarla. Pronto volvió a casa, embarrada, emponzoñada, engañada. Oímos:

—Ay, Frederik, cómo me han engañado.

Le contaron un cuento chino. Y yo también fui tan estúpido como para seguirla. Quise consultar a un agraciado de esos, quise oír qué sabía lo sobrenatural de esto, pero yo también regresé a casa embarrado y hecho una lástima, completamente derrotado, desgarrado por los enredos repelentes de toda esa gente, de estas mujeres y hombres satánicos. Pero ¡todo lo hacíamos por René! Queríamos darle la felicidad. Cuando la ciencia ya no supo qué hacer, nos precipitamos en todas direcciones, porque el drama humano había estado accidentando nuestra vida desde hace demasiado tiempo. Dios mío, ¡cómo sabe mentir esa gente!

Les da absolutamente igual a estos hombres y mujeres, pasan por encima de tu cadáver. Te dicen, como si tal cosa, que mañana tienes que morir. Y estos no eran tipos del estilo de los testigos de Jehová... Eran videntes, hombres y mujeres, gente capaz de actuar como médium entre tú mismo y aquellos que ya estaban en el ataúd. Pues resulta que me infunde más respeto un rate-ro, el mayor canalla, más respeto una mujer pública que estas personas increíblemente malas. Jamás pensé que la gente pudiera representar semejantes máscaras. Cuando a un ladrón lo pillan, esa vida se va a la cárcel. Quizá empiece otra vida, pero acepta el pan y el agua, y reconoce sinceramente que ha robado y que es demasiado podrida para esta vida. Pero ¿qué pasa con esas mujeres y hombres? Se limpian contigo sus pies espirituales y no hacen caso alguno a tu dolor y pena o desgracia, te arrojan de algo malo en algo peor, de donde no sales ni en años.

Naturalmente, Erica no llegó nunca al punto de encargar una misa por René. Pero ¿qué hace una madre por su hijo enfermo? Iba corriendo de un vidente, hombres o mujeres, al otro, hasta que ya no le quedó nada en el cuerpo y se quedó desnuda. Pero ¡vio la máscara! Cuando descubrió qué aspecto tenía esa cosa, ella misma yacía en el barro, apaleada como nunca antes. Cómo lloró.

Qué clase de gente es esa. Cuando volvimos a hablar del asunto más tarde, solo nos dio risa. Entonces tenía la idea de que habíamos comenzado con la siguiente escena: así de maravillosos me parecieron el primer planteamiento y diálogo de nuestra obra, que se llama “El enfermo mental”. Pero una y otra vez oía decir a Erica:

—¿Qué clase de gentuza es esa, Frederik? ¿No es posible hacer algo contra eso? ¿Es necesario que se engañe consciente e inconscientemente a miles de personas? A un ladrón se le encierra, pero estos se merecían lo mismo. Lo veo como una mancha de lodo en nuestra túnica social. ¡Una buena paliza es lo que se merecen!

Y son personas con dotes sobrenaturales. Me preguntaba si también estas personas habían sido enviadas a este mundo para sacar a millones de personas del pozo. ¿No tiene Dios otra cosa? Estas personas ya no tienen conciencia. Semejante trébol de cuatro hojas no anda cerca de ti, todavía tengo que ver al primer ser humano a quien le trajo suerte.

Representan una mentalidad tenebrosa. Hay algunos aciertos entre esas personas, pero yo no me he encontrado con ellos, ni Erica. Comparten todos un rasgo, que es completamente consciente: ¡necesitan tu dinero! Sin pedirlo, te encuentras con que te visitan tus padres y entonces puedes estar una media hora de esas raras charlando con ellos, y te cuentan de todo. Penetran en los cielos e infiernos, te hablan de la vida y la muerte, de leyes del karma y posibilidades “universales”, hasta que te encuentras ante el Dios de todo lo que vive, donde a continuación te obligan a inclinar la cabeza y a rascarte el bolsillo. Lo que se esperan después es tu dinero, tus propiedades. Piensan: ‘A este lo tengo agarrado; ¿se desmorona aquí todo ser humano’. Por eso ahora creo —es algo que antes no comprendía muy bien— que hay gente que pudo poner su capital encima de la mesa para apoyar esa gran violencia, ese hacer el bien. Si no eres fuerte, picas, y antes de darte cuenta ya están tus perras encima de la mesa, porque te ha entrado la sensación de estar haciendo algo por Dios y Su vida. Pensé: ‘Ahora te encuentras ante un engaño consciente’. Este no es un loco ocultista; a esos los llegué a conocer, para eso hay que ir a Oriente, esa gente no vive en Occidente. Aun así, hay poca diferencia, según constaté más tarde. Aquí solo se trata del dinero. En Oriente viven verdaderos ocultistas y han tenido que escarmentar.

O bien están realmente locos, o bien han caído en la charlatanería callejera. ¡Ahora comienzan los disparates!

Ahora solo veía la máscara humana, el yo vegetativo, que no hace más que chupar a los prójimos hasta dejar vacía a la gente, hundir a patadas —aún más de lo ya sucedido— al ser humano ingenuo, y tuvieron que aceptar. Veía parasitismo espiritual, pensado tan a fondo que no quedaba más remedio que miles de personas picaran, debido a que la “señal de la cruz” estaba ante la

puerta de casa y todos esos pechos la lucían. Si encima hay una velita prendida por Cristo, entonces ¡ay de aquellos quienes llegan allí en pos de ayuda!

Cuando llegué a conocer todas esas máscaras, me encontré ante mi perro y mi gato, y detrás estaba el genuino instinto del niño de la selva, aún sin contagiarse por nada y completamente abierto a la Madre Naturaleza. Creo poder decir que sé algo de eso. Aquello por lo que vivíamos aciertos en el blanco es algo innato, sensibilidad natural. Es por medio de esto que esa gente siente... te sienten y no lo sabes, pero ahora comienza la búsqueda.

Durante todo ese proceso de búsqueda despertó René. Y eso comenzó cuando Erica dijo la primera palabra sobre el “oficiar una misa” para su chico. Yo, tonto de mí, dejé caer:

—Cuando la vida despierta, entonces todo empieza.

Ni cuatro días después ya me hacen venir:

—¿Qué, Frederik? ¿Qué pasó con ese despertar? ¿No nos engañará la vida que está despertando?

Me quedé debiéndole una respuesta a Erica. Allí me encontraba de nuevo, me tenían compasión, pero seguían siendo ellos mismos. Dije:

—Es imposible construir casas sobre la arena del desierto.

Karel lo convirtió en:

—Despréndete de ello y te lo quitas todo de encima.

En ese momento comenzó a construirse a sí mismo. Entonces habríamos obtenido descanso si Erica no hubiera acudido a todas esas personas. Y cuando la seguí habíamos creado nuevas desgracias, aún más terribles que las ya vividas; estas eran tan malas que daban náuseas. Un día me viene Erica y dice:

—Pronto habremos pasado por las leyes del karma, Frederik.

Me quedé sorprendido y pregunté:

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que pronto habremos pasado por las leyes del karma? ¿De dónde sacas esa majadería?

Siguió una aclaración y reflexioné sobre ella. Eso me hizo tener ganas —seguramente como ella— de saber más al respecto. Y ¿por qué no? Pero cuando pasaron las cuatro semanas en las que René pudo enterrar sus leyes del karma, Erica se encontró ante un problema todavía mayor, porque esa mañana hubo otra de esas notas. Aun así prosiguió su investigación, con el resultado ya conocido. Llegaba a casa embarrada. Cuando una vez hablé con Hans de esta gente, dijo:

—La gente de esa calaña, Frederik, nos sobra. No comprendo por qué hay personas sanas que estén tan locas como para dedicarse a esas cosas. Nosotros ya sabemos qué hacer con ellas, las remozamos en poco tiempo, si es que es posible, o se les dan inyecciones. Ya nos encargamos de quitarles esa costumbre.

René no tuvo escarlatina, las “leyes del karma” siguieron su propio camino, el retraso del niño permaneció. Tuvimos la oportunidad de poder constatar un cierto progreso material, y nos llenó de gratitud. A Erica le alivió un poco. La joven vida no despertaba. Los médicos tenían que inclinar la cabeza ante René, las cartománticas habían metido la pata y Karel obtuvo razón: es empuje, no puedes pasar por alto la naturaleza. Y sin embargo, me hizo envejecer diez años. En mi diario pone:

“Lo que jamás pude imaginar lo hice hoy, ayer y unos meses atrás: he acudido a clarividentes por René. Reconozco que me ha mordido un alacrán. Ay, ¡cómo me han apaleado! ¡Erica está destrozada! Lo que vi fue una máscara aterradora. A la gente no le trae más que una miseria mortal. Es tan terrible que en realidad no encuentro un nombre para ello; todo, cualquier palabra acerca de lo diabólico en el ser humano que podamos encontrar en nuestro diccionario, se queda en nada en comparación con estos visionarios animalescos. Me lavé tan intensamente como no había hecho en mucho tiempo; así de sucio me sentía. Durante días no osé salir a la calle, porque pensaba que todos sabían que yo apestaba a clarividentes. No quería contagiar a la gente en la calle. Un piojo es un animalito sagrado, igual que una pulga, desde que las pretensiones cerdunas se han convertido en sistemas científicos. Ya sentirás lo que quiero decir: veo tan hondamente en ese dolor, ¡así de podridas están esas personas! ¡Chupan todo lo que llevas dentro! Son despiadadas, los cadáveres de los padres y las madres carecen de importancia. Los corazones humanos, por muy llenos de amor que estén estos, los cortan en pedazos. ¡Te asesinan espiritualmente!”

Cuando Erica acudió una vez a una mujer de esas, esta dijo:

—Viene por su marido, ¿no es así?, él...

Ojalá no hubiera abierto la boca, entonces habría sabido al instante que la estaban engañando, pero le pudo su honestidad, y dijo:

—Vengo por mi niño, por mi pequeño René.

Mucho más tarde comprendió su error, pero entonces los alacranes ya la habían picado y ya no había nada que se pudiera hacer por ella. La mujer reaccionó como un rayo, se quedó un momento titubeando, y entonces prosiguió. “A René lo crujió, el niño se mudó al Otro Lado, ya llevaba tres años muerto, pero el médico que operó al niño no tuvo culpa alguna. Mire, el niño está en manos de los angelitos y esos moradores del cielo se encargan ahora de él, lo volverá a ver vivo más tarde. Mejor despréndase de él, querida señora... ¿No es cierto que Dios sabe lo que hace? Dios sabe de lo que es capaz, y eso es una revelación para su hijo, ahora las leyes del karma están tocando a su fin. Están más muertas que muertas. Han tenido que estirar la pata”.

Cuando Erica se cayó de su silla del susto, avergonzada por tanto engaño,

la harpía miradora pensó que estaba quedándose inconsciente. Erica preguntó lo que debía, arrojó un billete de diez florines sobre la mesa, más pobre de lo que llegó. Se quedó desnuda en la calle y se sintió mancillada.

Otra, hablando de René, lo convirtió en Alaf, y estaba convencida de que el niño tenía un hermoso nombre. También ella hablaba de la pérdida de su hijo, todas esas mujeres no querían más que ver a René enterrado. No, para nada, su hijo no ha sufrido. Los niños están muy bien en el cielo. Créame, señora, a mí me faltan tres. Sé lo que está sintiendo y haré todo lo que pueda para paliar su dolor. Aquí ya está su pequeño, que niño tan guapo es.

Quíteselo de encima, señora, ¡su hijo es feliz! Se ha librado de mucho dolor... Y ahora ya puede darme ese dinero, tendría que haber añadido, pero eso fue un poco más tarde. Cuando Erica dijo que su hijo todavía vivía, la máscara de enfrente le hizo una mueca, que la dejó estremecida. Un animal apestoso se la había pegado por enésima vez, y ya estaba harta.

¿Qué clase de gente es esta?, me preguntaba. Siembran desgracia entre los ingenuos y pisotean las almas quebradas. Mira a través de esas máscaras y verás cómo apestan sus vidas hinchadas. ¡La señora continúa! ¿Que si no ven sus propias trampas? Las esquivan. En este mundo es posible, pero ¿después? Y justamente de eso hablan, ay, qué gente vive en la tierra.

Me he propinado una buena paliza. ¡Burro que fui! Me he golpeado hasta despertar. Quise poner fin a esto mediante un final justo, pero simplemente se rieron de mí. Entonces me encerré unos días —como ya he dicho— porque ya no me atrevía a salir a la calle. Qué sucio estaba, qué miserablemente asqueroso. Hay que ver a lo que se prestan todas esas víboras. Hubo una que me preguntó directamente a la cara si no tenía ganas de morir. Salí de allí como una flecha y entonces también a mí se me colmó el vaso. Después nos hizo gracia... toda esa inmundicia... sí, ¡nos divertimos!

Yo pensaba que podías blindarte ante esa gente. Yo lo hice, pero ella entró por otra puerta y esa precisamente resultó no estar cerrada. Me quedé a la espera y pensé: pues tú empieza.

—Ya siento algo —me aseguró la dama—. No se asuste, pero tiene usted los días contados.

Mascullé algo... Aun así, me volví a casar una vez. Y ya estaba casado... Ya había tenido una mujer... pero eso no era nada para mí, no encajaba en mi carácter.

—Usted se va a mudar, y aunque no lo quiera, sí lo va a hacer, porque se incendiará su casa. Veo a un hombre con el que tiene que tener cuidado. No haga negocios con ese ladrón, lo engañará. Su aspecto es así y asá, ya sabe, veo un bigotito de esos. Es usted muy feliz en el amor: ¡se irá a Nanna!

¡Menudo acierto! Me asusté, y ella sigue, pero me ve afectado. Siento la

primera salpicadura de lodo en plena cara.

—Es usted testigo de un matrimonio que durará cuatro semanas, ya entonces andarán a la greña. Y después viene el divorcio... por sí solo, pero con mucho ruido, si no ni siquiera contaría más detalles. No muy agradable para usted, porque esa Nanna también está allí. Esa mujer es una víbora. Tenga cuidado, señor, es una víbora. Y ahí veo a un niño. ¡Su nombre es Enré!

Al pronunciar la mujer el nombre de Nanna sabe que ha dado en el blanco. El parapsicólogo —o sea, el nuestro, que consultamos para René— a eso lo llama un acierto. Siento que esta mujer está delante de mi puerta sin que pueda encontrar el paso. Está delante de mí, pero entre ella y yo hay una puerta de madera. ¿La franqueará por sus propias fuerzas? Cuando pronuncia el nombre de Enré ya está haciendo sonar la llave en la cerradura, pero aun así, una vez más no consigue abrirla. ‘Adivina, adivinanza’, pensé, ‘¿qué truco estoy viviendo aquí?’. La dejo cascar, y continúa:

—Este Enré es muy dotado, ¿lo sabía usted?

Afirmo con la cabeza.

—¿Ya estuvo usted en Indonesia? ¿No? Pronto iré allí. Le advierto: no pase por España, porque allí acecha el peligro. No se olvide.

Digo que sí con la cabeza, y sigue:

—Veo una casa, a una mujer y un hombre, y a una criada. Creo que es otra vez esa Nanna. ¡Ay, señor, tenga cuidado con esa parejita! Ese hombre es un ladrón de primera, es una banda de chantajistas, no, qué digo,... ¡es un burdel! Cuando vea usted a esa mujer, la conocerá en el instante. Encima del ojo izquierdo tiene una cicatriz. No es que no la quiera ocultar, es que no lo consigue. Cuando conozca usted a esa gente, se irá. Así que puede orientarse.

Asiento con la cabeza, y ella prosigue:

—Esa Nanna es una buscona. ¿No la conoce?

Me encojo de hombros. Dice:

—Eso es todo. ¡Me debe usted diez florines!

La puerta se cierra detrás de mí. ¿Quién sigue? Que no cuenten conmigo, nunca más. Y esa tipa casi me chupa a René de mi cuerpo. Y aquellos expertos lo llaman aciertos a esto. Me daba vergüenza a mí mismo. Sentía que había permitido que se mancillara a nuestro hijo; luego intenté enmendarlo con juguetes. Pero qué tunantes somos los seres humanos, malos e irreflexivos, ponemos en juego los asuntos más sagrados de nosotros mismos, así, sin más, en esas vidas enlodadas. Ay, cómo me insulté a mí mismo. Cuando Hans se enteró, recibí un rapapolvo. No quería privarlo de esa diversión. Lo estuvimos comentando entre risas, mimamos a René, y entonces ya fue agua pasada. Pero ¡eso nunca más!

Aun así, le estuve dando vueltas. Quiero aprender de todo en mi vida. Hicimos comparaciones y constatamos que todo el mundo alguna vez dice

cosas que más tarde se cumplen, pero con eso esas mujeres y esos hombres que juegan a clarividentes ganan dinero a espuertas. En mi diario dice:

“Intentaban sentir, no hay más. Lo que René transmitió a Erica durante su embarazo esta gente te lo chupa de tu cuerpo delante de tus narices. Sé exactamente lo que es y cómo lo hacen, solo me faltan todavía las palabras correspondientes. Pero ya vendrán más tarde. Por lo demás, ¡son víboras! Es la estafa más baja que conozco. Nuestra sociedad no debería permitir esto por más tiempo. En miles de casos es tan espantosamente inhumano, que quiero hacer lo que pueda para extirpar esa gentuza. Pero los de la policía se rieron de mí en plena cara. ¡Así que tiré la toalla! ¡Mejor!”

René seguía mejorando, su espíritu estaba en un nivel en el que nadie podía cambiar nada. Algo le enseñaba yo. Anna aportaba lo suyo, y el chico obtenía el resto de Erica y Karel. Ya no volvimos a tener notas guarras. Así fueron pasando los meses; tocaba esperar a que creciera y despertara.

Y ahora —hoy— ha ido al jardín de infancia. Lo llevé yo y lo entregué a aquellas manos maternas. René tiene siete años y unos meses, demasiados, según sabemos, con respecto a lo normal. Pero ¿qué puedes hacer? Nos quedamos esperando con impaciencia para ver cómo le fue esa primera mañana. ¿Qué dirá la maestra de nuestro hijo? ¿Cómo lo recibirán los demás niños? Todos sabemos demasiado bien que la juventud es dura. Golpea precisamente aquella vida que más ayuda precisa. Preveo que también harán trizas de René, que su pobre y pequeña alma llegará a casa ensangrentada, apaleada y deformada, incluso completamente arrollada. Preveo, no: sé que es ahora cuando nos tendremos que enfrentar a la miseria. Ay, qué paliza le darán. Me entran ganas de llorar, y a Anna y Erica conmigo. ¡Lo sabemos! ¡Estamos tan preocupados por René! Y aun así: era absolutamente necesario que fuera hacia la gente, tenía que estar con otros niños.

Tengo tanto miedo. Erica vino a verme hace un momento y dijo:

—Frederik, ¿te quieres creer que me está sangrando el corazón? Tengo la sensación de que allí me están asesinando a mi hijo. Ay, ojalá pudiera quedarse conmigo.

Me miraba como si quisiera preguntar: “No podrías haberle dado tú todo? ¿Tenía que ocurrir ahora?”

Pero ¿tenemos que mantener al niño fuera de la sociedad y educarlo nosotros mismos? Le dije que ya había meditado sobre todo eso y que había llegado a la conclusión de que eso no era posible, porque la vida despierta cuando está con toda la demás vida. René tiene que pasar por allí. Karel ya se lo dijo, pero ella, de todas formas, quiere volver a hablarlo. Karel dice:

—¡Así tiene que ser! ¡Así debe ser! No hay otro camino, el niño tiene que pasar por esto.

Ahora estamos contando los minutos para poder ir a recogerlo. Anna sube

y baja la escalera, no sabe por qué. Pero cuando tomó conciencia de ello, se dio cuenta de que buscaba a René. Y entonces volví a ver lágrimas. Así que lo que a una madre en general ya le pesa, un día de esos pesa aquí miles de kilos. Nuestros corazones estaban sangrando... Es un pedazo de nuestra vida lo que han recibido allí para ser cuidado. ¿Lo comprenderán?

Estoy como si dijéramos siguiendo el tiempo escolar de René... su paseíto fuera, pero ninguno de los dos quiere poner las cartas encima de la mesa. Esas fuerzas aún están presentes, aunque hayamos tenido que luchar entre nosotros durante media hora sobre cómo actuar por el bien del niño. Esto es lo que nos pareció lo mejor.

—Una hora todavía —dice Anna.

Erica dejó caer diez minutos más tarde: “Todavía algo menos de quince minutos”. Y ni cinco minutos más tarde ya me había ido a buscarlo. Estaba esperando como si fuera de mi propia sangre. Mientras estaba allí, llegó Karel. No tardamos en subirnos al coche y él llevará a René a casa. Ya suena el timbre... Mamás y papás, vengan (venid) sin temor, ¡aquí están los pequeñajos!

Vuelvo a pisar el escenario. La primera breve escena ha terminado. El estimado público ya ha vuelto a dejarse arrastrar y las conversaciones le parecieron muy interesantes. Algunas madres se secaron una que otra lágrima, pero ¡hubo muchos gestos de aprobación! No hace falta añadir más. ¡Seguimos!

Ay, Frederik, pero ¡qué despiadada es la juventud!

Cuando René franquea junto a los demás niños el umbral del pequeño parvulario, Karel y yo nos abalanzamos sobre él y lo abrazamos con fuerza. Es como si viviéramos un milagro; tenemos el corazón desbocado, se nos han enrojecido las caras y según otros padres estuvimos actuando de forma muy exagerada, pero eso nos da igual.

—René... Pequeñito... —sale de nuestra boca. ¡Allí está René! Karel es el primero en llegar hasta el niño. René remueve su manita y consigue soltarse. Alza la mirada, me observa y de un brinco está en mis brazos. Karel se queda colorado. A mí me entra un poco de timidez, pero digo:

—Pues no haberme convertido en maestro de escuela, Karel, no es mi culpa.

Estamos en casa. Erica y Anna hacen carantoñas al niño. René va corriendo de un lado para otro, nunca antes lo habían besado tanto, pero no afecta a su vida. Tiene un aspecto algo desaliñado, el morrito lo tiene pálido; el remolino, erguido. En sus ojos veo lucecitas, que antes no había, prueba de que la vida está en tensión. El alma está temblando, el estrecho cuerpecito da una impresión asustadiza, es como si allí lo hubieran aporreado. ¿Ahora ya? Es un niño muy diferente el que yace en mis brazos, ya no es nuestro René. Y eso en esas pocas horas.

Erica y Anna están ocupadas con él. Karel ha vuelto a marcharse, él ya ha tenido su ración, por lo demás le parece que está bien así. Nosotros tres estamos implicados y nos encargaremos de que el niño esté bien. René habla un poco, quiere contar todo lo que ha pasado, pero de pronto ya no logra decir palabra y empieza a tartamudear. Después: sollozos y gemidos de mujer. Santo cielo, ¿qué tenemos que hacer con él? Es Anna quien me pide resolver este problema. Digo que todo ya se arreglará, aún no tiene que preocuparse. Todo se arregla, ¡esto también!

Después de comer algo, el niño se pone a jugar. Estoy con él y participo. Los últimos meses no hemos podido en confianza, el niño se había blindado por completo. Ahora siento que tiene algo que decirme. Pregunto:

—¿Qué, René? ¿Te gusta allí?

Ahora hay que tener un poco de paciencia, empieza a pensar. Siempre pasa algo de tiempo antes de obtener respuesta. A veces tartamudea; también es posible recibir de pronto una respuesta tan nítida que un chico de doce años no podría mejorar. Te mira varias veces, es cuando intenta extraerlo de tu vida, para a continuación juntar todas sus fuerzas para responderte a la pre-

gunta. Ahora te encuentras ante un niño retrasado. Uno quisiera ponerse del revés para ayudar a esa vida, pero eso no funciona, uno se queda mirando con impotencia. Para Erica es siempre lo peor que hay. Es incapaz de enfrentarse a ello, normalmente ves como huye. Una vez René vino a verme y preguntó:

—Tío Frederik, ¿por qué mamá se va corriendo de mí?

Me quedé descolocado y realmente no supe qué tenía que decir. Ahora está listo, pero los labios le tiemblan de emoción; aun así oigo:

—Son unos niños estúpidos, tío Frederik.

—Vaya, vaya, y ¿dónde aprendiste esa hermosa palabra?

Extraigo de su vida que ¡ya lo han insultado llamándolo “niño estúpido”! Ni sabe cuál es el significado de la palabra, pero suena muy desenvuelta, lo afecta, le suena a algo. Ahora se calla y lo está reflexionando. Intento hacerle ver que todo va a ser muy diferente, pero que tiene que acostumbrarse a esto. También le aseguro que tiene que amar a sus amiguitos y que tiene que encargarse de tener el mayor número posible. Tiene que entender que recibirá de vuelta lo que dé a sus amiguitos. Y no tarda en salir de su fina boca:

—Pero si no hice nada. Nada hice. ¡Nada de nada!

—Y entonces te dieron un golpe, ¿no es así?

—En plena cara, aquí, tío Frederik.

Por la tarde me fui con él al bosque. Le interesa la naturaleza, imita los pájaros, trina como ellos y gruñe como los cerdos; las flores son milagros para su vida, los árboles, bues... de los que aún desconozco el secreto. Cuando quise colocarlo bajo uno de esos gigantes del bosque huyó corriendo y ya no se dejó ver. ‘Vaya’, pensé, ‘¡te asusta un árbol!’. Eso me devolvió a mi sueño: él estaba sentado allí, cayéndose y levantándose y desapareciendo por detrás de la colina. ‘Cómo es posible’, pensé, ‘o sea, ¿sí que es realidad?’. ¿De verdad que lo vivió su alma? Tiene miedo a los árboles grandes... Experimentó lo mismo que yo, y veo las consecuencias delante de mí. Allí va René... Aquí está ese mismo niño... camina a mi lado y no está. Vive aquí y el niño vive en otra parte, y eso lo llaman ser retrasado. A su cabeza no le pasa nada... es el alma, la personalidad. Y sin embargo, tan profundo.

Ahora sé por qué lo golpearon esta mañana. A los niños no les parece necesario que haga como si fuera un loro. Le abrí el corazón a mí manera. Lo sé: es enojadizo e intratable cuando se ve enfrentado a sí mismo, y tiene que aceptar de los demás que así no debe ser. Erica dice que esos arrebatos de cólera los tiene de Karel, que lo asume, lo cual a ella le sorprende. Pero de repente dice:

—Con tal de que tú reconozcas que tiene ese retraso de ti, a mí todo lo demás me parece bien.

Erica se largó, no volvió en todo el día, estaba enojada, pero tenía que aceptar, no obstante, el carácter deformado de su hijo. Ahora creo que a

René sus arranques le juegan una mala pasada, que esos rasgos quebrarán su carácter, que eso lo hace disolverse por completo, por lo que nos enfrentaremos a nuevos problemas. Pero una cosa sí sé: lo que ahora todavía es retraso para él, más tarde se convertirá en lo indomable en y para su ser. ¿Que si entonces la sociedad aún será su sitio? Viéndolo y siguiéndolo como hago, me entra la sensación de que la vida se conduce a sí misma al despertar material, y que eso no lo podemos cambiar de ninguna manera. Lo que Erica y Anna sienten como miedo, es para mí el desarrollo natural... aunque admito que este es un caso de poderes sobrenaturales que el niño no sabe procesar. Su cabeza ahora se ha hecho más estrecha, ese abultamiento antinatural se fue. Ha sido un cambio curioso, casi incomprensible, porque el cráneo es indeformable y no permite ningún tratamiento humano. Y sin embargo, este proceso se ha producido ante nuestros ojos; ningún experto sabe qué nombre ponerle a eso. ¿Algo nuevo? Hasta los chicos de la calle que lo conocían lo comentaban. Decían que se le había vaciado la cabeza. Después de aquello René se encerró y no volvió a salir. De alguna manera conseguí sonsacárselo, y comprendí por qué temía la calle. Su padre le ha vaciado la cabeza... ¡eso es lo que dicen! Entonces me preguntó:

—Tío Frederik, ¿por qué papá tuvo que vaciarme la cabeza?

No hizo partícipes de su secreto a Erica ni a Anna. Esta vida sigue cavilando sobre todas estas cosas, las procesa, pero vi que eso no beneficiaba a la personalidad. La irritación tiene un precio. Entonces se encierra en sí mismo durante días y se siente solo en el mundo. No dice ni pío, y aunque se lo suplicaras, no te entiende ni te oye. Está fuera del alcance de todo.

Karel ya aprendió a dominarse, lo que ha costado bastante esfuerzo. Erica a veces se olvida de su papel. Anna, jamás se olvida. Y René sabe exactamente a quién dirigirse; tiene miedo a quien se olvida, a quien gruñe, es como si le dieran una buena paliza. Esta vida tiembla y se estremece ante palabras duras o severas. Así que es hipersensible, tan sensible que una palabra puede destruirlo y noquearlo como una brizna de paja. Y junto a eso vive la fuerza bruta. Entonces hay veces que es imposible domarlo, va por la casa como un energúmeno, arrojando las cosas a diestro y siniestro, creando un caos tremendo y rompiendo cualquier cosa que se le cruce por el camino. También a eso Erica le tiene miedo.

—Ojalá que esto no termine mal —me dice—, a ver si al final tendemos que comprarnos mobiliario de hierro y acero. ¿Qué te parece a ti, Frederik?

Lo que hasta hace poco se expresaba en breves notas, ahora se ha tornado en estrés visible, actos enérgicos y estar en guerra con uno mismo. La vida se ha despertado, se busca a sí misma y se quiere vivir. Pero no hay avance. No le sienta bien, cambia la vida y la personalidad, pero empiezan a funcionar rasgos de su carácter de los que no espero mucho que merezca la pena. Por

eso es que creo que todo esto va a ser su caída en la sociedad, en la escuela y en lo que le quede por delante en esta vida. Pienso que aquella maestra pronto ya no sabrá qué hacer con él, y que dirá: “Mejor llévense a ese muchachito, aquí no necesitamos toros bravos, mis niños están perdiendo la tranquilidad”. Pero, entonces ¿qué?

Tenemos que hacer todo lo posible para evitar eso. Hablas durante horas con él, te da respuestas que te dejan con la boca abierta y un poco después hace como si fuera sordomudo. La vida va adquiriendo revoluciones y de golpe es preocupante. Esta máquina todavía no la conozco, pero espero poder conocer sus entrañas más en detalle.

Mientras estamos sentados uno junto al otro observando todo lo que la naturaleza nos regala y que va desfilando ante nosotros, es como si a tu lado tuvieras a la muerte. También podría ser por el gélido viento del norte, que se mete en los huesos, creándote esa sensación tan temblorosa. Mira fijamente al suelo, no te oye hablar, el alma de este cuerpo está en alguna parte y en ninguna. Aunque lo sacudas para despertarlo, no sirve de nada. Ahora toda esa luz en los ojos ha desaparecido. Ahora lo que tienes enfrente es su máscara, u otra, y la vida se extingue a sí misma. Durante horas no cambia de posición, mientras piensa tranquilamente o, según me parece a mí: recuperándose con apatía. Pero ¿a dónde nos conduce esto? Lo tienes y no lo tienes, estás fuera y estás dentro, no estás fuera y tampoco estás en su habitación... así se lo oí decir a Anna... come y no come, bebe su leche y un poco después pregunta cuándo se le va a dar su leche. Y entonces es un ser adulto, Anna lo sacó del baño... y diez minutos después le pregunta a ella cuándo tiene que volver a bañarse. Karel lo conduce por el bosque, y cinco minutos después pregunta a ver si papá se lo lleva, tiene ganas de dar una vuelta. ¿Es que entonces estás ante un loco? ¿Está mal de la cabeza este niño? Una hora después te pone ante otros hechos y pregunta:

—Tío Frederik, un perro ¿tiene alma?

Cuando me preguntó eso Karel saltó de la silla.

—¡Vuelve a hacer esa pregunta, René...! —lo conminó. El niño pregunta:

—¿Cómo dice? ¿Qué tengo que preguntar, papá? ¿Me preguntó algo? Ah, pensé que me preguntaba algo. Pues entonces mejor me voy.

Karel me dice:

—Maldita sea, eso no es un niño, es un tipo viejo. ¿Viste eso, Frederik?

Lo vi, lo oí, lo viví. Creo que esto no fue René. Pero, entonces ¿qué? Karel siguió con la cuestión. Oigo:

—Creo, Frederik, que ese chaval nos ha tomado el pelo a todos. Si quieres saber lo que pienso: creo que al final iremos a parar donde Hans, o sea: ¡se está volviendo loco!

Repentinamente, no queda ni rastro de su educación. Habla de “usted” y

“ustedes”. Aparece una cortesía que uno mismo no posee ni aplica mayormente —porque eso no se hace entre amigos, no se considera necesario— pero a la que él se ve obligado; una cortesía que de pronto vuelve a transformarse en tuteo, que lo lleva a uno directamente a los desagües de las calles y que allí está al alcance de cualquiera, pero a la que no mira nadie que esté en su sano juicio. Ahora aparece un golfillo, una mentalidad derrengada, que un poco después se te pone delante mientras te recita un poemilla. Karel dice:

—Con esto podrías hacer una obra de teatro. A la gente le encantaría semejante comedia, te lo aseguro. Pero a nosotros nos trae de cabeza.

Ya conoces a los golfillos de la calle, los hay de todo tipo. Si René tiene esos aires, no veo ni uno entre ellos que sea como él, aunque tengo que irme hasta París o Nueva York, Viena o Berlín... este es inmejorable. Entonces se pone como una fiera. Es cuando también puedes oír:

—¿Es lícito destruir ratones, tío Frederik? ¿Es lícito sacarle los ojos a un piojo para que el bicho ya no sepa encontrarte? ¿Es lícito tirar a los cerdos por el rabo porque saben chillar tan horriblemente? ¿Es lícito desplumar a las gallinas si quieres que lleven un vestido nuevo? Porque siempre van con la misma ropa. ¿No aburre eso?

Anna lo vio un día mientras estaba con las gallinas. Cuando lo preguntó lo que estaba haciendo, respondió:

—Estoy poniendo a este animal un nuevo vestido, Anna, ¿no recibo yo también siempre ropa nueva?

Cuando dice eso vuelve a ser de inmediato otro niño y se va corriendo de las gallinas.

Me ha hecho centenares de preguntas y venían a decir sin excepción si podía hacer esto o lo otro, para dar algo de alegría a todas esas vidas. Y eso por un tiempo, unos meses, después ya vimos otra personalidad más.

Una tarde —estamos sentados juntos, hay té y bizcocho en la mesa— se le escapa:

—Qué bien estamos, ¿verdad, mamá?

Cuando Erica dice: “Desde luego”, prosigue:

—Hay que dar gracias a Dios por eso, ¿no es así, mamá?

Erica nos mira y responde:

—Sin duda, mi pequeño René... todos los días.

Y entonces llega esto:

—Pero, maldita sea, yo no lo hago.

¿Quién le enseñó esas palabras? Son los chicos de allá, dice, a ellos tampoco les da la real gana. No necesitamos saber más. Al mismo tiempo se me acerca y pregunta:

—¿Quieres que te lea un poema mío, tío Frederik?

—Pues, claro, encantado. ¡Adelante, que se oiga!

Inmediatamente, sale de su boca:

—Estaba construyendo un puente. Y era largo. La cosa la volví a romper yo mismo. Porque no lo estaba haciendo bien. No debería haber dicho “maldita sea”.

Puente y poema, las palabras “maldita sea”: son un solo concepto para esta alma. Tienen que ver unas con otras y son independientes entre ellas, unas derriban a otras... se hablan y riñen, sienten que está mal y empiezan de nuevo. No hay orden alguno, dice Karel, esa cabeza me es un misterio. ¡Está llena de disparates! Y de desgracias... No tengo ninguna intención de engañarme; ¡así son las cosas!

Después de que haya salido el poemita, se postra ante los pies de Erica e imita a un perro. Lame y hace ruidos con la boca... el animal en él desea algo... ¿No le da nada su amita? El animal se levanta de un brinco, va corriendo a Anna, le arranca el mandil que lleva puesto, le roba algo rico y va arriba. Durante horas ya no ves esa vida. Cuando llegas arriba esta vida yace en el suelo, profundamente dormida. O ¿es otra cosa? Eso también duró meses. Y entonces esta alma volvió a cambiar. De esta vida nació otra persona, porque te sitúa ante problemas, ante máscaras, ante cosas inhumanas. Ahora esa vida está sentada a mí lado sin decir nada. Esa vida no está aquí, no es de este mundo, ¡este no es el sitio que le corresponde! ¡No vive aquí! Está en alguna parte y en ninguna parte, no tiene que ver nada con este mundo podrido, va por su propio camino. Nosotros decimos: ¡Es un loco! Este niño es un niño apático. Es un carácter imposible. ¡Tiene todo y no tiene nada! ¿Qué es? ¿Quieres seguir haciéndome creer, Frederik, que este niño es un “niño prodigio espiritual”?

¿Está el milagro a mi lado y decaído? ¿Fue el milagro esta mañana a la escuela y lo golpearon? ¿Por qué? Porque allí este milagro imitaba todo y a todos. Más cosas no sabe hacer este milagro. Pronto lo echarán a la calle de una patada, nadie en este mundo quiere tener que ver algo con este milagro.

Se me hace un escaso consuelo. Y para él mismo: un mundo terrible. Ese es nuestro pequeño, nuestro René... ay, sí, ¡el hijo nuestro!

—¿No tienes que ir a casa, hijo mío?

—¿Qué?

—Que si no quieres ir todavía a casa, René; eso te acabo de preguntar.

—¿Qué pasa, tío Frederik?

—Dije que es tan divertido cómo revolotean esos patos salvajes.

—¿Qué bonito, ¿verdad, tío Frederik? No me importaría nada ser un pato. ¿No se les pone nunca ropa nueva a esos animales? Y ¿por qué ponen sus huevos en el exterior? ¿Por qué no te los traen a casa? Pueden comerse, ¿no es cierto? ¿Por qué tienen que tener esos animales todo y nosotros, nada? ¿Por qué cuestan dinero los huevos de gallina sin que a los animales se les dé nada?

¿Por qué esa maestra nos dice tantas tonterías? ¿Por qué no cuenta nada sobre Nuestro Señor?

—Eso ya vendrá, René, ya vendrá, tú tranquilo.

Y ya está durmiendo otra vez. Un poco más tarde pregunto:

—No tienes que volver ya a casa, René?

—¿Qué quiere esa gente de ti, tío Frederik? ¿Quieren quitarnos nuestro lugar? Nada de nada, acabamos de llegar aquí.

—¿No quieres ir a casa todavía, René?

—¿Tenemos que irnos tan pronto ya, tío Frederik? ¿Qué dice Anna? ¿Tiene pudín? ¿Cuál hace? ¿Hay bastante para comer hoy? ¿Qué hora es “esta madrugada”, tío Frederik?

—Esta madrugada será la una, las dos, y las tres y cinco también, las seis y las siete. Pero entonces ya estás despierto, ¿no?

—Exacto..., tío Frederik, y entonces comienza la labor diaria. Comer, lavar, el té, jugar un rato y después a la escuela. Ah, sí, a la escuela, cómo te vas a divertir allí con los niñitos, ¿verdad, cariño?

Esa es Anna, y hay algo en ello de Erica. El resto ¿es basura? El niño piensa, el niño está y el niño no está... Pero ¿no conocemos esta máscara, este fenómeno? Dios mío, Frederik, ¿te quedaste dormido? ¿Te estás atontando? ¿René; ¡Mi pequeño...! Qué ángel eres, cuánta ciencia traes a este mundo. Dios mío, cómo es posible.

En mi diario viene a constar:

¡Esta tarde obtuve los fundamentos! Son asombrosos, poderosos, imponentes. Conozco a René y vuelvo a salir con él. Estábamos colocando fundamentos, hemos trabajado en ello a nuestra manera. E iba de maravilla. Erica... todo es milagroso, todo, Karel..., *todo*, señores míos, ¡TODO!

Erica dijo: lo encontraste, doctor, y no lo encontraste. Caminas por la calle y estás sentado en casa. Te hablas a ti mismo y es justo como si fuera una conversación corporal contigo mismo. ¿No le parece que eso son síntomas, doctor? ¿Eso le produce risa, doctor? ¿Y le parecen tonterías al doctor? ¡Sí! Pero ¿no le parece al doctor que esto es raro? ¿No le parece extraño? Sí, eso está bien, Erica, estás presente y no lo estás. Tampoco René está ahora, ¡esto te lo transmitió! Dios mío... qué milagro esto... cómo es posible. Pero aguardaré, te lo prometo.

René piensa en mil cosas a la vez. Es bueno y está enojado, pero hay una mano, una cabeza, donde esto vive, y quiere ser una partícula del gran conjunto. Y es allí donde se tropieza contra él mismo. Pero empiezo a creer que la vida de Karel, su empuje y naturaleza, sabe pensar, aunque sea como la poquita cantidad de baba que una vez mantuve en la mano para entender más. Hoy es un día enormemente grandioso, el día tal del mes tal del año mil novecientos y tanto.

Entonces se hizo de noche, el sol fue bajando y el pequeño René dormía como un ceporro. Y yo estaba en mi habitación para consignar estas increíbles cosas y guardarlas para esta humanidad tan podrida, para más tarde obligar a los eruditos a inclinar sus testas huecas ante el milagro.

Oh, mi “milagro espiritual” vive y le están saliendo alas... Un pato pone huevos, René, pero estos no fueron puestos en balde, estos valen oro y encontrarás los papeles correspondientes en tu banco. Seré tu garante.

A las tres de la madrugada me fui a la cama, aunque de todas formas no iba a poder dormir, así de emocionado estaba...

Cuando me llega el sueño a la vez vuelvo a despertar. Veo a René echado en medio de su cuartito, el niño duerme. ¿Qué está haciendo allí? Lo sigo y yo también me voy a dormir. Un poco después estamos fuera. Nos encontramos en una escuela, hay muchos niños. Los mira, los sigue uno por uno, y los conoce. Les ruega que sean amables con él, porque entonces no le hará falta decir cosas tan malas sobre ellos. Se ríen de él. Les pide de nuevo si entonces no es posible que no usen esas palabras tan desagradables, le duelen. Pareciera que lo están chinchando, picando, y nada menos que con un cuchillo afilado. ¿Vas a dejar de hacerlo? Olvídate... no vamos a dejar de hacerlo, no te portes entonces como un retrasado. A los animales débiles hay que romperlos. Pero yo no estoy roto, quiero decir: ¡no soy débil! Pero ¿no es posible pensar que...? ¿Pensabas que no sabemos que tu padre te ha vaciado la cabeza? ¡Granuja! Fuera de aquí. Te amargaremos la vida hasta que te largues de aquí. ¡Toma!

—Ay, oh, Anna... Ay, ¿por qué tienen que pegarme?

Anna corre hacia el chiquillo, pregunta:

—¿Qué pasaba, René? ¿Por qué te echas en el suelo? ¿Por que no estás en tu camita si quieres dormir? Anda, ven, nadie te hará nada mientras estemos el tío Frederik y yo. Qué bien, ¿no?, así está mejor.

Me despierto de golpe. Salgo escopetado de la cama, me enciendo una pipa y me pongo a escribir. De mi pluma fluyen las palabras:

“¡Ya lo sé! Cuando René duerme sueña, y esos sueños se cumplen. Estaba soñando con la escuela. Es cierto que Anna se lo contó, pero lo que viene ahora ella no lo sabe. Y hasta creo que incluso ahora ya podría escribir, contar, qué es lo que va a seguir. Y lo que van a hacer con él. Ay, pobre chico... Este mundo no vale para tu alma sensible, pero yo seguiré ayudándote”.

Viví un día poderoso y una noche poderosa. Ahora sí que voy a dormir de verdad. Cuando René yace así en el suelo vuela; está fuera y está dentro. Adivina, adivinanza, ¿qué es? El niño experimenta el bien y el mal, y los absorbe. ¡El niño vive este mundo! ¡Vive los animales! El niño experimenta la vida de una forma de la que nosotros somos incapaces. ¿Está y no está? ¿Se lo puedes contar a tu abuela, pero no a mí? Oh, ¡qué feliz me siento!

El tercer día de escuela trajo desgracias al hogar. René ya tiene un ojo mo-

rado. La maestra dice que no vio dónde ocurrió. Podrían haberlo asesinado, pero ella no lo vería. Iba paseando allí por delante de los chicos y las chicas, con el mentón erguido. Lo que ocurría detrás de ella no lo veía. Los niños cruzan la calle como flechas, van dando tumbos, se matan entre ellos, pero ¡ella no lo ve! Cuando llegamos a casa con él, Erica me dice gritando:

—Ay, Frederik, pero ¡qué despiadada es la juventud!

Sí, lo es. Pero ¿qué puedes hacer? ¿Tenemos que enseñarle a René a armarse? ¿Tengo que darle clases de boxeo para que pueda repartir golpes? ¿Para que pueda defenderse? A Karel le seduce la idea y lo intenta. René está delante de él, de su padre, y mira, ¡solo un momento! Entonces se va corriendo. Karel grita:

—Ven aquí... quédate aquí, René...

Pero el niño se larga. No quiere tener que ver nada con el boxeo. Cuando Karel lo consigue agarrar la vida dice:

—A Nuestro Señor eso no le interesa nada, papá.

—¿Qué dices? ¿Tiene que ver esto con Nuestro Señor? Vamos, René, dale fuerte, anda, dame una paliza. Tienes que mostrar a los chicos de lo que eres capaz.

El final es que René se desploma de cansancio y se tira encima de la cama.

—Cómo cansa eso. —Sale de su boca una hora después, por lo que Anna pregunta:

—¿Qué es lo que te cansa tanto, René?

—Vi que papá estaba boxeando, Anna. Me cansé tanto, ay, tanto, y después me fui a dormir.

¿Tú lo comprendes, Frederik? Lo comprendo, querida Anna, es un milagro. Y como es un milagro y tiene que ver con mi “milagro espiritual” mejor no haré comentarios al respecto. Pero René se cansa por estar mirando. Se cansa de todo lo que percibe como duro, tan hipersensible es esta vida, este niño, esta máquina. ¿Eso pensabas? ¿Viste eso? Yo lo vi y te doy las gracias por ello. Pero no va a ser boxeo. Se vivirá durmiendo y ahora vendrá la defensa propia. Pero entonces se echará a correr, ya lo verás, y lo volveremos a tener en casa para siempre. Ahora soy yo, pero no lo voy a ser, la vida escoge su propio camino. ¡Ya lo verás, Frederik! ¡Ay, esta Anna!

A la mañana siguiente me pregunté: ‘¿A qué se debe que durante el embarazo la vida ya tiene toda la fuerza para animar a la madre y transmitirle pensamientos?’. Una madre que me escribió hace tiempo también me hizo creer que se había hecho clarividente durante su unión con el niño. ¿Que si tiene que ver con todo esto? Todavía no lo sé. Sí que estoy empezando a ver que los síntomas de Erica se corresponden como dos gotas de agua con el ser que es René. Y ahora tengo que aceptar que este es el milagro que descubrí. ¡El fundamento! ¡Vamos a seguir, René! Hay un camino que conduce allí...

será la inmaculada claridad.

Siempre estás ante nuevas preguntas. ¿Tiene alma lo que nosotros, como creadores, damos a la madre durante lo que se llama la concepción? ¿Está presente en ello el alma, que luego se convierte en “ser humano”? ¿Está todo eso tan junto? Quiero decir vida, alma y materia: ¿ya están en ese momento en un solo mundo? Es un gran milagro. Pero ¿qué sabemos nosotros de eso? ¿Y, la ciencia? ¿Es lícito hacer semejantes preguntas? ¿Es fantástico, como ser humano, buscarte a ti mismo y tu nacimiento? Si sigo a todas esas madres, surgen fenómenos curiosos, que ahora vuelvo a ver en René. A Erica le infundió animación, reaccionaba infaliblemente a aquello... que ahora es la vida de René. Ella no estaba y ahora no está René. Menudo embrión. Hay que ver la fuerza y la capacidad de penetración que tiene semejante celulita material, se precipita como lluvia en la conciencia diurna de la madre. Un embrión de esos deja todo hecho añicos allí, agita a la madre como un guiñol, fuertes personalidades terminan quebradas como si fueran briznas de paja, tanto que son capaces de poner fin a sus vidas. Esa misma minúscula vida celular envía a la madre el deseo de tomar un trago, transmite el deseo de imitar a Franz Liszt y miles de cosas más, que, ahora que entiendo esto, es capaz de hacer. Si allí ya hay una presencia de “personalidad”, nos encontramos ante una sabiduría increíble y se nos concederá saber, a mí y a miles de personas, cómo Dios ensambló nuestra máquina humana, que es de lo que se trata para nosotros. Santo cielo, Frederik, ¡qué fundamentos los que tú ves! ¡Y eso una vez más por nuestro René!

René vive en miles de cosas a la vez. Es algo que no me queda más remedio que aceptar. Y ¿que si su vida es capaz de procesar eso? Creo que no. Todas esas personalidades representan un mundo propio, pero entonces vamos a parar a nuestro poderoso diccionario. Aquello a lo que las personas sensatas hemos puesto un nombre vive en él, en cualquiera, lógicamente, pero para él esos rasgos adquieren una figura y llevan una máscara. Lo elevado y lo bajo vive en él y al margen de él para decir algo, y entre todo eso ves algo de Nuestro Señor. Una cosa sí sé: alberga un gran amor. Ama a Dios y a Su vida. Tiene sensibilidad por la religión y está abierto a la naturaleza. Dejaremos que esta vida despierte tranquilamente. La tarea que tengo es seguirlo y estar a su lado.

La juventud esta despertando también en René, dijo Anna hace unos días. Y es como el niño previó. ¡Los chicos no toleran a débiles! Casi lo quebraron. Caía mal a cinco de esos muchachos. Oí que querían pegarle hasta dejarlo hecho un guiñapo, porque se metía en todo. Y la maestra no lo vio. Lo maltrataron tanto que lo recibimos en casa con agujeros en la cabeza. Aun así, se hizo cargo de tres. Ocurrió tan inesperadamente que los chicos pensaban estar luchando con un loco. No saben de dónde ha sacado las fuerzas

ese muchachito enclenque. En cuestión de segundos había noqueado a tres, ¡después los demás huyeron corriendo! Entonces la hermosa maestra vio el baño de sangre causado por sus pequeños alumnos. Karel se metió en el asunto. Le pareció que René era un hacha, si no fuera por el punto de interrogación que venía luego. Sucedió de la siguiente manera...

Iban paseando al aire libre con la maestra. Todas las mañanas van un ratito al bosque. A los niños les encanta, disfrutan del tiempo y por unos instantes son libres de hacer lo que quieran. Supervisión la hay, eso es algo que sabemos ahora. Más o menos están desafiándose un poco. A René lo insultan llamándolo cabeza de sandía con una pajita que gotea. Preguntó a Anna qué significaba todo esto. Intuitivamente sentía que significaba algo horrible. Vimos cómo sus ojos irradiaban fuego, dijo uno de los chicos. Primero vimos lágrimas. Pero él también sabe decir palabrotas, él también va a por ti y te dice algo feo. Y después esas charlitas estúpidas. ¡Qué nos importa a nosotros si los patos ponen sus huevos fuera y las gallinas nunca reciben ropa nueva! Cómo nos reímos. Gallinas vestidas con ropa dominguera, eso no lo comprendemos. Y entonces se puso como un diablo con nosotros. Así fue, señor.

Y después... después hubo golpes. Se imaginaba que podía luchar contra todos nosotros. Le hicimos sentir que sería incapaz de hacerlo; un poco después estábamos tirados por el suelo. Ya no lo haré más, señor Wolff, me arrepiento.

Karel tuvo que aceptar que le estaban tomando el pelo, delante de sus narices. René perdió los estribos y se portó como un verdadero loco. La salía espuma por la boca, gritaba como es incapaz de hacerlo una máquina y estaba en todas partes a la vez. Pero entonces ya no tenía cara. Sangraba por la nariz y por la boca, las manos rotas a base de golpes, las piernas destrozadas. Yacía en el suelo como un cerdo salvaje, gruñía y chillaba, como si quisieran sacrificarlo como a un puerco. René tiene aires extraños. En esos momentos era un loco al que le estaban dando una tunda... así actúan los locos. Son capaces de luchar por diez a la vez. René fue capaz de eso... pero ahora está arriba, molido, muerto de cansancio, herido y es imposible sacarle palabra alguna. Anna lo hace todo, Erica se ha quedado destrozada, Karel le ha cantado las cuarenta a la maestra, pero se lo llevó el diablo cuando encima tuvo que escuchar lo torpe que es su hijo. Todo el barrio está enterado. Ahora se ríen de esos intelectuales. Un campesino de la tierra trae al mundo a eruditos; aquel de allí, a un loco. ¿Qué pasa ahora con esos tipos y su erudición? ¿Pensaban que podían traer al mundo a eruditos? ¿Pensaban que podían tentar a Dios?

Hay que ver los humos que tienen. Todo el follón atormenta a Karel. Y no puedes hacer nada, son calumnias. El hombre sencillo piensa por su propia cuenta. El ser humano necio actúa para sí mismo. Si esta miseria de villa hubiera sido un poco más grande, como Róterdam, por ejemplo, entonces un

intelectual no habría sido tan conocido. Ahora cualquiera conoce a los Wolff y todo el mundo habla de ellos.

En un solo día esta pugna infantil se ha convertido en un gran escándalo. Está en boca de todos. Unos están de nuestra parte, otros están en contra nuestra y se alegran de que el médico tenga un loco. Erica apenas ya se atreve a salir, Anna lo aguanta todo, es como si retara a la gente. Yo escojo mi propio camino y pienso sobre esto. Pero habría que oír todas las tonterías que dicen. Y también en ellas veo y oigo mis fundamentos. A eso lo llamo la “filosofía de las alcantarillas”, los sistemas filosóficos del alcantarillado, donde sin embargo hay mucha verdad, que la gente despilfarras sin más y que no ve nadie en absoluto. Yo es que soy así, ya desde hace mucho que colecciono estas antigüedades, tengo la casa llena de ellas.

Oí que ese Gerrit van Ess bebe como un cosaco, pero ¡mira como son sus chicos! Uno es oficinista, el otro ha ascendido a acólito, el mayor se fue a Indonesia y sus dos hijas han conseguido maridos por los que a los aristócratas se les cae la baba. Son auténticas damas. Y ahora resulta que a ese docto médico le surge un loco en casa. Pues mejor, así a esa gente de postín ya se le bajarán los humos. Seguro que a la señora ya no le apetecerá ir a dar un vuelta en su caballito, ¿verdad? ¿Al señor doctor no le apetece un vueltecita? No se puede comprar todo por dinero. Lo diré así: yo tengo lo mío y nunca sabes lo que te puede caer encima, pero a aquel ya se le quitarán las tonterías. Ahora puede empezar a trabajar por su hijo.

Que si bebes como una esponja y estás todo el santo día borracho, eso da igual, porque toda esa gente de todas formas no va a creer que no tiene nada que ver con tener hijos. Gerrie, la del viejo Van Knoop, que sí se va con cualquiera que se le cruce por el camino, a quien la sagrada maternidad se la refanfinfla, que en un solo año ha tenido tantos tipos como para los que cualquiera necesitaría diez vidas, hay que ver los trillizos que le nacen, sanos y salvos, son niños listos. Y una pareja de médicos como esta trae un loco al mundo, un niño con aires de cerdo. La inteligencia no significa nada. Y aunque duermas envuelto en seda, aunque haya calefacción central en casa, aunque tengas la cama rodeada de florecitas y puedas tomarte primero un delicioso baño, da igual, no te sirve de nada, la “naturaleza” hace de todas formas lo que le da la gana. Aunque vivas entre el brezo y no te hayas podido lavar decentemente en años —y eso se le nota al ver a Betsy de Krom, que ha vivido toda su vida bajo la tierra— procrear niños y tenerlos es algo que se escapa al control de cualquiera. De cualquiera de las maneras, ¡la naturaleza te la jugará! Betsy apesta de lo sucia que está, su marido que le saca diez años es como un cerdo, pero ¿has visto cómo son sus chicos? ¡Hay que ver a esos muchachos! Menudos tipos que son. Y qué cabezas que tienen, ¡saben exactamente lo que tienen que hacer! No empinan el codo. El viejo Krom ha

dejado de privar, sus chicos dicen al padre: como si no tuviéramos otras cosas que hacer, queremos salir de este cuchitril. Se acabó la priva o te retorremos el pescuezo. Pero ¡entonces hay que ver a esa pareja de médicos! Qué pobreza. En serio, que no me río de eso, un ser humano no sabe lo que se le puede venir encima, pero ¿no es esto una verdad?

Te digo: Dios los castigó. Esa gente estaba más liada que la pata de un romano. Tanto pavonearse les ha salido caro ahora. Esa dama pensaba que vivía sola en este mundo. ¿No sabes que allí siempre estaban de fiesta? Siempre hay gente y las cortinas están abiertas: siempre quieren encandilarte. No te imaginas cómo me irritaba pasar por delante de esa casa. Mira cómo están allí sentados. Hay que ver qué ajeteo hay donde esa gente. Pero con mis peras, y con las tuyas. Lo que no gana un médico de esos. Y el otro mamarracho que tienen en casa también me cae mal. Ese hombre saluda a todo el mundo con mucha amabilidad, pero no me fío del tipo. Si quieres saber lo que pienso yo, ese tipo está liado con la criada. En el fondo no me fío de nadie en toda esa pandilla. Ya ves, los que tienen fama pueden partirse la nuca, igual que nosotros. Que sean ricos no quiere decir que tengan cabeza. Solo quiero decir —y luego me callo—: esas cosas no están a la venta. Desde luego que es una desgracia, eso está más que claro, y no es necesario reírse por eso, pero Nuestro Señor bien sabe cómo encontrar a Sus hijos.

Que si tienes dones intelectuales, o si vives bajo la tierra, o si dejas un rastro de porquería, no sirve de nada, la naturaleza sigue su propio curso. Cuando la vida despierta te encuentras los problemas. ¡No sirve rezar! Aunque reces hasta reventar, no sirve. Corry de Leeuw lo demostró. Esa iba a comulgar un día sí y otro también... Se postraba durante días en la iglesia para agradecer a Dios su embarazo bendito. Creo que depositó flores ante los pies de la Virgen por un valor de cien florines. Parecía tener el rostro santificado, uno habría jurado que en esa época tenía razón. Y ¿ahora? Han tenido que extraer el niño de su cuerpo hecho pedazos. Ya lo sé, suena muy duro, pero ¿es que no es cierto? La Virgen pensó: mejor al diablo contigo, no deseo tus flores. Veo que no hay dinero en el mundo con el que puedas comprar a esa sagrada familia. Si es hermoso y muy natural, ¿entonces por qué quieres que sea más bonito todavía? Justo está pasando por ahí, parece que está calada hasta los huesos. Un poquito más y ya ni la verás más... entonces la volveremos a ver en el manicomio. Ojalá esa persona pudiera quitarse de encima que Dios ni la está viendo. Ojalá pudiera imaginarse que el mundo y la vida continúan de todas formas. Hablé con ella. Dice: estoy destrozada, la vida ya no tiene valor para mí. Rezaba y se sentía tan santa que es una decepción que no se supera nunca. Cuando te equivocas en Dios, estás acabado. ¡Y ella se dejó la piel! Pobre Corry, pues entonces ponte a hacer de enfermera. A su marido le arrancó los ojos de la cabeza cuando dijo que aún había una posibilidad de que tuvieran

un niño. Pero una cosa lleva a la otra. Se encierra, ya no quiere tener nada que ver con hombres, todo en este mundo te engaña. La Virgen la dejó en la estocada, ¡la comunión calla...! ‘Sus nomeolvides’, pensé cuando oí todas esas majaderías, ‘están en la calle’.

¡Allí van los Wolff! ¡Están en boca de todos! La gente quiere decir algo. Les desean a los Wolff esta desgracia. Erica quiere mudarse. Karel dice: “Que hablen lo que quieran”. Yo me callo lo que pienso y Anna cuida a René como ninguna madre sería capaz de hacerlo. No lo deja solo ni un segundo. Pero ¿se equivoca toda esa gente? ¿Significan algo todas esas habladurías? ¿Puedes echar los cimientos de una nueva universidad a base de habladurías? En el diario dice:

Me hice con verdades asombrosas y las recibí así como así, gratis. Por la calle la gente se dedica a hablar. En todos los alrededores se habla de René y de sus padres intelectuales. De todo se desprende que estas cosas no están a la venta, por rezar y llevar flores a la Virgen y José no puedes conseguir que Dios baje. Da igual que te muerda un gato o un perro, la naturaleza o Dios de todas formas van por delante. No te sirve que empines el codo, reces o tomes un baño. Si procreas niños plenamente consciente o si tomas la cena borracho como una cuba, si te pones como un energúmeno: todo eso no sirve de nada, de todas formas recibes lo que está pensado para ti, ni un centavo menos. Aunque huelas que apeste, esto es tan puro como el cristal. Seguramente que será cierto, esto no hace caso alguno a los pensamientos humanos, pero Erica y Karel pagan el pato. Anna y yo, estamos en boca de todos. Y —lo digo honestamente— esto yo no lo había previsto, jamás se me podría haber pasado por la imaginación, en algo así nunca había pensado. ¡Y ahora está aquí!

Es curioso. A mí me dice que no es la culpa de las taras hereditarias. Quiero decir para la vida del alma. Claro, al cuerpo se le puede influir, más tarde aparecerán enfermedades, todo eso ya lo hemos dilucidado y es conocido. Pero ¿por qué un alma así no está contagiada? Cuando el padre bebe como un cosaco, cuando una chica se vende a cualquier hijo de vecino, vagabundeando como un gato montés y después encima es capaz de traer a tres niños a la vez al mundo, cada uno de ellos tesoros, te preguntas sin querer: ¿Cuáles serán Sus planes para con nosotros? ¿Es que todo esto tiene que ser destruido violentamente? Siembra odio y resentimiento entre la gente. Maldice una vida y bendice a la otra. ¿Derrama las caridades justo por encima de aquellas personas que no las merecen?

¿No las merecieron Erica y Karel? ¿Rezaron estas zorras para que así fuera? Entonces Corry habría tenido a un santo; pero no recibió nada y va a Hans, eso está más claro que el agua... Eso la hace sucumbir. ¿Lo ves? ¡Esas son las máscaras! ¿Nuevas? Oh, no, eso no, pero allí están. Erica casi ya se ha vuelto loca. No se atreve a salir a la calle, y sin embargo es necesario. No tenemos

que hacerle caso alguno a la gente. Hoy voy a pasear y justo hacia allá donde hay mucha gente. Les demostraré que en el fondo es de lo más común, aunque estemos con un loco.

Naturalmente, todo lo que digo da una impresión cenagosa. Hasta ayer mantuve que René es un niño milagroso. Ahora ya no me atrevo a pronunciar la palabra, y tienen razón cuando dicen: Frederik, para ya, ya no puedo soportarlo más, para, por Dios, o me suicido. Eso sale fluyendo por la boca de Erica. Karel me mira desde detrás de sus gafas y Hans quiere hablarlo conmigo. ¡Voy a él!

También se puede leer: “Al final, ¡todo son ganancias para mí! Los venceré uno por uno, solo que es una lástima que la gente se entrometa. Pero para eso vivimos rodeados del bien y del mal, son diablos, que se divierten con el dolor de los demás. Aunque haya algo de amor, el demonio habla por medio de ellos. Pero ¡todo se resolverá!”.

Hans me escribió si quería venir rápidamente, tenía que irse por unos meses a Leipzig. Iré cuando esté listo. René está en cama y juega como si no pasara nada. Incluso creo que mentalmente los acontecimientos le han sentado bien. Pregunté:

—Pero ¿cómo llegaste a dar una paliza a esos chicos, Rene?

Y de inmediato me respondió:

—Había pedido a esos gamberros, tío Frederik, que me dejaran en paz. Y no lo hicieron. Siguieron chinchándome. Entonces ya estaban pegándome y desde ese momento ya no recuerdo nada. Ahora estoy contigo, con Anna y con mamá. ¿Dónde está mamá? ¿Llamas a mamá, tío Frederik? ¿Llamas a mamá?

Anna se va para abajo. Cuando Erica llegó a su lado, René tomó su mano en la suya y dijo:

—Ahora mírame, por favor, mamá.

Erica ríe y llora. El niño loco dice:

—Mírala. Mamá, ¿realmente pensabas que me iba a dejar pegar?

La mano de Erica es apartada de manera algo ruda, René sigue jugando y se ha olvidado de ella. Y ahora volvemos a ver que el niño sabe pensar en miles de cosas a la vez, o que se olvida de todo a la vez.

—¿Dónde está mamá, tío Frederik?

—Tu mamá está aquí.

—La veía aquí en las pelusillas de lana.

Miraba la manta de lana, o tenía la mirada perdida en ella. Y en ella ve a Erica. Creo que trazó su imagen en ella y que ya no necesita a la verdadera. A Erica eso le había vuelto a alterar a fondo. A Anna, no. Me miró y comprendió. He contado a Anna unas cuantas cosas, ahora me cree en todo. Ya no se cae, puede con todo, solo me ha pedido que de vez en cuando le cuente

algo de la vida interior de René, entonces todo marcha como debe ser.

Erica tenía que mirarlo a los ojos. Pero ella no vio nada, no sentía nada. Solo pensaba: mi hijo está loco de remate, a dónde iremos a parar, perdóname, Dios, pero esto no me lo esperaba. No sirve de nada hacerte el erudito. No sirve ser de descendencia real. No te sirve de nada si lloras o dejas que las cosas sigan su propio curso, esta mente te oprime o no te oprime. Ahora de lo que se trata es cómo vives tu propia desgracia.

Cuando ves jugar a este niño marcado te pondrías a llorar. Cuando piensas en las palabras que dice, quisieras gemir. Pero si sigues esta vida y puedes intuir de qué se trata, ya no lloras, aunque lo hubieran traído a casa casi muerto, entonces sabes que todo está bien tal como te viene. Una cosa es cierta: su alma estaba loca en el momento de la lucha. ¡Esto ya no era un niño! Esto era un matón, un peleón, tan fuerte como un muchacho de veinte años, que tenía la fuerza de enfrentarse a unos diez tipos. Y ahora, como una noche queda, como un espejismo, está jugando, en el fondo con nada, porque no se ve nada en su manos, y sin embargo hay tanto en ellas.

Ese día, era una hora después de la comida, me preguntó:

—Tío Frederik, te pido que me escuches con mucha atención.

A Anna se le escapó:

—Vaya, a ver lo que nos toca ahora.

Pero yo dije sencillamente:

—Bueno, ¿pues qué ocurre, René?

—Escuche. Me gustaría tener algo de tiza para poder dibujar. Quiero pintar, tío Frederik.

Un ser adulto dice lo que quiere empezar a hacer la vida. Allí estás de nuevo, Frederik.

—¿De dónde sacas eso así de pronto, René?

—Siempre lo quise, tío Frederik. Pero tengo miedo de que a papá no le parezca bien. ¿Me ayudarás, tío Frederik? No quiero hacerme médico, que lo sepas, yo no, caca, yo no, nunca, caca, caca, yo no, nunca, caca, ¡malo! ¡Es malo, caca!

Esto de malo y caca podría haber seguido una hora más, pero gracias a Dios acabó. Él también; su pregunta ha olvidado la vida. Pero sí sé: luego esta volverá, despertará para esto y de hecho lo tendrá. Y ¿por qué no? ¿Quiere convertir Karel a un loco en médico? Creo que esto es lo mejor para René. Por la noche, antes de ir a la cama, dice a Anna:

—Mira, Anna, esos chicos no tienen nada y eso es envidia cochina. Ya se enterarán.

Cuando Anna le quiere responder y decirle que tiene que querer a sus amiguitos, sale:

—Los voy a embadurnar con caca, Anna.

Anna se hunde por completo, tiene miedo a todas esas “cacas”. René se acuesta, cierra los ojos y se duerme en el acto. Ya ni siquiera tuvo tiempo de desearle buenas noches a Anna. Es, dice Anna, como si esperara algo en su sueño. Es como si lo estuviera esperando alguien que le dice: “Deja que esos necios se las arreglen”. Vamos, ya he esperado suficiente tiempo. Frederik, ¿has visto alguna vez a un niño que se duerma tan de prisa? Yo no.

Y después se puede ver cómo Anna va de un lado para otro. Anda de puntillas, sin zapatos, como si fuera un fantasma. Es el pequeño René. No puede creer que el niño no sea normal. Pues, mira, Frederik, cómo sueña, qué serenidad. Es un niño guapo. ¿Tú dirías que está loco? ¿Que este niño es posopático...? Anna se ríe, es incapaz de recordar la palabra erudita, pero aun así quiere asimilar todas esas palabras extrañas, y lo consigue bastante. Al parapsicólogo lo llama el... “paraolímpico”. A Hans lo llama “pisólogo”, a los otros ya los conoce, esos son inútiles sin más. No saben nada. A los profesores ya no es capaz de respetarlos. Solo a Karel, porque él dijo desde el comienzo: “El empuje es el empuje, la naturaleza, la naturaleza... y ¡yo tampoco sé nada!”. Y eso es lo más natural de todo.

Pero René le resulta un misterio. ¡Vela y sigue velando! Para Erica es como si no tuviera un niño, ¡Anna lo hace todo!

René había dicho en sueños:

—¿Por qué no vienes, tío Frederik?

Sentía que el niño me estaba llamando. Pero yo estaba completamente despierto, fumaba una pipa y reflexionaba. Él estaba en alguna parte y allí me estaba esperando. Anna dice que mientras duerme es como un santo.

—Lo oyes decir las cosas más hermosas. Hace como si fuera un experto. Jurarías, Frederik, que René tiene muchas almas. ¿No es posible? Si una madre es capaz de traer al mundo trillizos, ¿no es posible entonces que un alma tenga varias almas? Ya sabes lo que quiero decir. ¿No es posible que René posea dos almas? ¿No es posible que albergue a dos personas en su interior? No encuentro las palabras. Pero míralo mejor tú mismo. Cuando duerme, Frederik, es otro chico.

Durante horas esperábamos junto a su cama cuando la familia salía. Y lo oí decir:

—¿Dónde estás ahora, tío Frederik? ¿No vienes a la “pradera”? ¿No vienes al árbol? ¿Me dejas solo? Estoy esperando y esperando, veo florecillas recién salidas y te las llevaré, también a Anna. Mamá no se las ha ganado. Karel tampoco todavía... pero él es diferente. ¡Quiero dibujar! ¡Y eso haré! ¡Dibujar! Haré lo que quiero hacer, ¿entienden, tío Frederik y Anna? Lo veo, lo oigo, oh, es todo tan bonito aquí.

Se podía ver claramente que los ojos cerrados... ven, miran, lo ven todo,

solo que no es de este mundo. ¡Y nosotros nos largamos! Lloramos y dejamos abiertos nuestros corazones. Eso pasó una noche. Pero no había más, ni hubo más todavía. Ahora sé que me aguarda. También sé que muy hondamente en esta vida todo está ok, ... todo, ¡todo! ¿Cuando eso despierte...? ¿Eso? Entonces experimentaremos otra cosa muy diferente. A pesar de todo, ¡me reafirmo en que René es un “niño prodigio espiritual”!

Pero veremos dónde encallará esta nave. No creo que vaya a ser cuestión de encallar, sino atracar junto a una costa, aprovisionarse para un largo viaje... Ay, cómo van a saltar las chispas allí. Y yo voy a acompañarlo, Anna también; estarán Erica y Karel, pero no verán nada, esos tienen que someterse a una cura de sueño. Es la sagrada verdad.

Frederik, ¿crees que esta es la buena?

“En la medida en que cada pensamiento, consciente o inconsciente, tiene que representar un mundo propio”, reza mi diario, “y otorga al alma una voluntad, personalidad, tiene que ser posible aclarar dónde aquella comenzó a pensar y a sentir para esta sociedad”. Eso ya lo volví a encontrar algunas veces en el libro... pero allí no figura la respuesta, ni aparecerá de momento. No obstante, pongo mis cimientos, continúo. René ha levantado cabeza un poco, vuelve a portarse a ratos muy normal y de vez en cuando está algo apático. Pero a lo que se dedica en sus sueños es algo que aún desconocemos. Lo que quiere en su sueño sí que lo sabemos, porque ayer preguntó a Karel:

—¿Qué te parecería, papá, si me pusiera a dibujar y a pintar un poco?

Uno juraría que este niño ni está loco ni apático. Pero, qué sigue:

—Eso se lo cuentas a tu abuela, pero no a mí.

Karel estaba fumando un buen puro, recién encendido. Lo arroja al suelo y quiere agarrar a René. Este va al jardín, Karel lo sigue; entra otra vez, sube las escaleras, entra a la habitación y cierra con llave. Allí está Karel.

—Abre la puerta, te lo ordeno. ¡Abre esa puerta, René! ¡Ábrela!

La puerta sigue cerrada. Karel baja las escaleras y trepando entra por una ventana. Cuando está en el alféizar ve a su hijo. René está en la cama, ya duerme. Karel mira y sigue mirando, oye:

—Voy a ser pintor. Voy a ser dibujante. Dibujo y pinto, ¿verdad, papá?

Karel piensa que le está tomando el pelo, se abalanza sobre la cama y sacude al extraño crío hasta despertarlo. Despierta claramente, porque dormía. Mira el niño a los ojos, todavía duermen. Se domina y tira la toalla. Una vez abajo enciende un nuevo puro y medita. Después de una hora le sale:

—¿Es un loco eso, Frederik? ¿Tú te aclaras con esa alma? Yo no. Creo que le habría puesto la mano encima. Me alegro de no haberlo hecho. Pero de dónde demonios viene ese sueño. ¿Será que ese loco de Vanduin, con su sueño hipnótico, sí que tiene razón? Me faltan las palabras. En realidad, Frederik, ¿qué es el hipnotismo?

—Es un ser humano que empieza a dormir por la voluntad de otra persona. Ese sueño se me cae así, sin más, de la boca: es un sueño impuesto por una voluntad que obliga, que domina, que se hace una, creo, con las demás voluntades de las que aún no sabemos nada. ¡Y eso es hipnotismo!

—¡Vete a la porra, Frederik!

—Gracias, doctor, muchas gracias.

No hemos conseguido avanzar más. Yo tampoco sé lo que significa un sueño hipnótico; pero sí sé que René se va sumergiendo así como así en un

sueño y que ahora ya no sabe nada de este mundo. ¡Antes eso se llamaba polio! Ahora ya hemos llegado al punto en que sí vamos hacia el sueño hipnótico y en que preguntamos honrada y honestamente de qué hombre se trata en realidad. ¿Están las cartas encima de la mesa? No estamos barajando las cartas, sino badajeando..., hablando por los codos, pero ni un codazo conseguimos darle, así de duro es este ser humano. No lo sé, figura en el libro. Quizá jamás lo consiga averiguar, porque es un concepto extrañísimo. Sí sé que donde René es más feliz, es justamente en ese sueño. Sueña y sabe más que durante el día. Cuando se encuentra soñando, habla y piensa mejor, y entonces es, al menos según Anna, como un niño santo. No se le ve alterado entonces, casi se diría: allí el niño es como debería ser aquí, pero es que es no es posible, sería demasiado bonito para todos nosotros. Creo que solo entonces comprenderemos mejor a ese terrible Dios y así tampoco haría tantas distinciones entre Sus hijos. Ahora Corry va al manicomio. Cualquiera otra persona daría palos de ciego; Corry ha sucumbido.

No acude a Hans, sino que va a otro sitio, donde suelen permanecer; Hans se ha montado como una zona intermedia; considera que a esa gente la hace falta algo así, una zona de paso, antes de que desaparezcan para siempre de la sociedad. Que si René también tiene que ir allí, preguntó Anna. No quiero ni pensarlo. Frederik, creo que entonces me convertiré en pirómana.

Y vuelvo a leer: “En la medida en que el pensamiento nos pertenece, posea conciencia diurna, bien me gustaría saber de dónde viene ese extraño sueño que asalta a René así como así. ‘Ya está’ —gritó Karel— ‘ya lo tengo. Hemos estado buscando mal. Cómo es posible que no se me haya ocurrido nunca antes’. Y entonces lo sacó: ¡Epilepsia! ¡Convulsiones! Exacto, pero eso no lo padecía unos años atrás. Déjame ver, Karel, es algo recién descubierto. Todavía no podrías haber remediado nada. Karel ya ha empezado. ‘El caso lo vamos a combatir’, dice, ‘haré lo que pueda y ¡el resto lo dejo en manos tuyas!’. Punto de exclamación, ¡¡y doble!!”.

Por hoy ya había sido suficiente. He venido de visita. Hans ya está en casa. Volvemos a estar sentados donde ya hemos hablado tantas veces: delante de la chimenea. Tengo la caja de puros a mi lado, no tarda nada en servirme una copa de vino bien llena. Para los nervios, Frederik. Anda, que necesitas un piscolabis, oigo. Un manicomio de estos desgasta mucho. ¿Oíste las habladurías? ¿Has oído lo que dice la gente? Lo sé. Es inevitable, pero da pena. Uno ya quisiera decirles cuatro cosas. El estimado público, Frederik. Cualquiera cosa que le des a ese bicho y sabrá cómo despellejarte. Cuéntame, cómo están las cosas allí. Ya sabes que me ausento mucho. Lo sé, lo sé ya desde hace tanto tiempo.

Bebo, me lo trago todo de una vez y relleno otra vez mi copa, que va por el mismo camino que la primera. Me dio sed, según noto, a Hans también le

llama la atención y dice:

—Es de la tensión allí, Frederik. En el fondo deberías tomarte un descanso. Supongo que de eso de hacer de niñera ya estarás harto desde hace tiempo, ¿no?

—No lo llevo mal, Hans.

Y seguidamente:

—Me produce placer.

—¿Acaso quieres hacerme creer, Frederik, que sigue siendo un “niño prodigio espiritual”? Sin duda que ya no seguirás pensando lo mismo. Creo que gané la apuesta. Menuda lindeza. Pero ¿es que no sabes lo que dice la gente?

—Y ¿haces caso a esas cosas, Hans?

—Yo no, pero hay un límite, Frederik.

—Sin duda, hay un límite y ese límite lo vemos todos los días. Pero ¿qué quieres? ¿Que me crea que este niño llegó a este mundo por una chapuza? Oigo y veo todo, Hans. Erica también, pero no sabe todo. ¿Tengo que hacer caso a las habladurías? O ¿tú? Mañana será mi hijo. Mañana será de Anna y mío, y los Wolff ya no tendrán nada que ver. Aunque Anna no padeciera las molestias, y aunque el embarazo lo llevara Erica, lo trajo a este mundo para Anna y para mí, la gente ya se olvidó de su embarazo. Cómo es posible. Salud, Hans, ponme otra copa. Cuánto tiempo sin tomarme un buen vino.

—Allí te estás deshidratando, Frederik.

—Es posible. Pero creo que tú te agotas antes que yo, que tú llegaste antes que nosotros al punto muerto. Cielos, pero ¡qué cantidad de cosas aprendemos!

—¿De esas habladurías y de su (vuestro) loco?

—De las florecillas, Hans, de todas esas nomeolvides que hacía tanto que no veía. ¡Son milagros!

—Ya no creo en eso. Tengo que decirlo. Ahora ya estoy seguro de que te estás estrellando.

—¿Y ahora estás tan seguro de eso porque tienes una novia?

Hans me mira. Revuelve los bolsillos pero no encuentra nada. Por fin vuelve a encontrar su tesoro. ¡Mal, Hans! Esto —dicho crudamente— está lo que se dice “rematadamente” mal. Si no sabes dónde está tu amor, no es amor. Ya lo verás, Frederik. Pregunta:

—¿Es esa la buena, Frederik? ¿Crees que esta es la buena?

Miro la carita. Se me escapa (en alemán):

—“Como la Noche junto al Rin... ¡Tómame una por el corazón y bésame...!”.

¡Hans picó!

—No lo sé —dije— lo que tienes que hacer es aclararte.

—Creo que me voy a casar con ella, Frederik... Completamente... ella y yo. ¿Qué te parece?

—No lo sé. No entiendo de mujeres. Una cosa sí que veo: su ojo izquierdo es diferente al derecho. No hay más. Su corte de pelo parece un atadido demasiado tieso, pero tiene una carita hermosa, eso sí.

Hans sabe que no me sonsacará más. ¡Ha cambiado por el amor! Pues allá él. Ahora nos hemos alejado, pero seguimos siendo amigos. ¿Ha desaparecido René de su mente? Todavía está la familia Wolff, y yo, además de Anna. Se ha echado a correr. Sin embargo, pregunta:

—¿Qué piensas de René, Frederik? ¿Es cierto que Karel detectó epilepsia? Estuvo hablando de eso. ¿Crees que es esto? Entonces todos somos víctimas. Te digo que pronto lo podrás traer aquí. Es lo mejor que puedes hacer, créeme, así te quitas toda esa miseria de encima. Por cierto: ese niño ya no debería estar en casa. Para eso hemos construido clínicas psiquiátricas. Aquí están bien, nosotros sabemos cómo tratar esas vidas. Los profanos no entienden de eso. Este trabajo es extremadamente difícil, nos estrujamos los sesos con estos problemas, ¿qué van (vais) a poder hacer ustedes (vosotros)? Frederik, mejor háblalo un día con Karel, o, no, ya lo haré yo mismo.

—Gracias, profesor, gracias... Anda, sírveme otra copa...

Hansi sigue en la mesa... Hansi aquí y Hansi allá, pero Hansi ya lleva una hora sobre la mesa y Hans... el esposo de este pequeño retrato, no lo ve. Hansi y Hans, ¿se convertirá eso en una sola vida, una sola alma, un solo sentimiento? Que cuente lo que quiera, pero no a mí. Hansi ya está empapada de las gotas que hemos derramado, pero allí sigue Hansi. Cuando veo que Hansi ya está flotando la miro por él... de algo sirve. Hansi se muda a su bolsillo izquierdo. Allí está a salvo, cree Hans, ¡y a mí me parece bien!

Hansi es de un colega... Una belleza alemana, vive en Leipzig, adonde tiene que viajar ahora otra vez. ¿Y allí echará los últimos fundamentos para su profesorado? A mí me parece bien, lo conseguirá. Allí se dedica a estudiar, allí se dedica al amor y allí será feliz con Hansi. Se casa con un nombre. No con una mujer; Hans se casa con un nombre, ya lo verás, pero no se lo digo. Aun así me entra fuerza en el alma, que se opone a esto. “¿Qué tiene Hansi para ti?”, me pregunta esta máscara. Díselo, para más tarde, ¿comprendes? Para más tarde.

Hans vuelve a llenar los vasos. Es un buen vino francés.

—¿Qué opinas de Hansi, Frederik?

—Mira, amigo mío. No quiero meterme donde no me llaman, pero ahora que me lo vuelves a preguntar te digo honestamente: ¡esa mujer no es para ti!

Hans ríe. Ríe demasiado fuerte y con demasiado sarcasmo, por lo que sé que ya es demasiado tarde. ¡Es Hansi! Oigo que en el fondo empezaron a llamarla Hansi por lo mona que era la combinación. Se llama Trude... Ahora Trude se llama Hansi y Hans está como loco por ella, ya se metió a Hans en el bolsillo, pero él no lo sabe. Para eso es demasiado soberano. Demasiado

rico, también. A mí ni Hansi ni Trude me parecen una mujer para un médico. Lo que Hans echará luego por la puerta es lo que Hansi pescará. Hansi lo convertirá en su propio club de caza, lo convertirá en bolera, cuando luego no esté Hans lo convertirá en un bar, rodeada de muchos colegas, porque Hansi no soporta eso de estar mucho tiempo sola, es una bailarina de primera, Hansi traiciona a Hans, lo vende, ahora ya maneja sus coches, viste su ropa, huele a sus perfumes... hace un poco de patinaje para él y parpadea con los ojos... cuando ya no esté la lámpara. No hay más, pero yo digo algo muy diferente.

—El que tiene que decidir eres tú... Hans... no me parece indicada para ti.

—¿Por qué no, Frederik?

—Porque su carácter no encaja con el tuyo.

—No me hagas reír. Encajamos perfectamente. Lástima que no lo veas. Lástima, pero ya me las arreglaré, Frederik. No te lo tomo a mal. Viniendo de ti lo puedo soportar, pero si hubiera sido otra persona ya sería harina de otro costal. Es que yo soy así. La amo como me amo a mí mismo. Es ella y nadie más. ¿Lo sabes?

—Lo sé, Hans, y me uno.

Nos tomamos otra y después opto por irme. Hans nota que me ha perdido. Se esfuerza por reducir el distanciamiento. Me pregunta:

—¿Qué fenómenos has descubierto tú mismo, Frederik? Quiero decir los de meses atrás.

—No hay nada, Hans. Tenemos un loco en casa y no nos queda otra que aceptar eso. Nuestros caminos se separan y no tienen espacio. Yo recorro el mío y tú vas por el tuyo propio, pero no hay fenómenos. Sin embargo, quisiera decirte: ¡cuida tus arrebatos! Cuida tus arrebatos, Hans. Últimamente, has cambiado. Creo que es porque la vida ha despertado. Cuando nos hacemos mayores todo resurge en nuestro interior. ¿No lo crees tú también?

—Lo acepto, Frederik. Me he hecho más colérico. Da igual si es un rasgo de mi carácter o si me he hecho así por el trabajo, pero soy irascible. No aguanto mucho. A veces tiemblo. Creo que ya estoy celoso. Jamás pensé que pudiera serlo, pero ahora lo creo. Es que cuando recibes algo así de hermoso ocurre por sí solo. ¡Soy yo! Lucharé contra ello, Frederik, pero soy yo. ¿Cómo me ves en general, Frederik?

Le di todo y dije:

—Más tieso, más vacío, más pequeño, y además con un poco de ínfulas: es por tu erudición. Creo, Hans, que te has hecho muy erudito. Ahora ya sabrás todo al respecto, ¿no?

—¿Quieres bronca?

—Dios me libre, Hans. ¿No te sientes erudito? ¿No estás ahora en vías de alcanzar lo más elevado? ¿Te olvidaste de tu pequeño Frederik? ¿Aún conoces

esta casa? ¿Todavía sientes algo del tiempo en que hablábamos de René? ¿No, mejor que no intentes convencerme de eso!

—¿Te referes a Hansi, Frederik?

—¿Que si estoy hablando de tu Hansi? De dónde sacas eso. ¿Hansi? Ni siquiera sé cómo pronunciar un nombre así. ¿Es Hansí o Hánsi...? ¿Hay que estirar esa “i”? Hay algo de lo que estoy seguro, Hans. Has avanzado mucho. Ya no te conozco. Al menos: echo de menos a aquel otro, pero eso es por el amor. Te lo deseo de corazón, pero cuida tus arrebatos, querido Hans... cuídalos, o pasarán desgracias.

Un poco después se me revela el viejo Hans. Pregunta:

—¿De verdad crees, Frederik, que vas a tener razón? ¿Que René sí va por delante de todos nosotros? ¿Que esto es algo que nosotros aun no conocemos? ¿Que posee poderes sobrenaturales? ¿Que se olvida de todos nosotros? ¿Que está colocándonos, a ti y a mí, a Karel y a Erica, ante el hecho por el que entonces empezaremos a sentir a un nivel más elevado? ¿Tenemos que ver aquí con fenómenos que adquieren significado, incluso al margen de mi clínica? ¿O es un loco común, un enfermo, una inseguridad infalible para mí?

¿Crees habrá cambios en la buena dirección? Que no, Frederik, ya te lo digo yo, lo suyo es incurable, ¡lo digo en serio! Karel también lo dice, estamos esperando a que ingrese. No lo he visto últimamente, pero es algo que oí en la calle. Frederik, ¿quieres hacerme creer que este niño está siendo él mismo? No me refiero a las habladorías, no me refiero a Dios y Su justicia, ni a rezar y hacer el bien, sabes que todo lo veo de otra manera. Nosotros estamos con todas esas desgracias. Nosotros ya no preguntamos si Él tiene aún más de este tipo, ya no adjuntamos notas, de todas formas no obtienes respuesta. Para esto ya no necesitamos respuestas, está más claro que el agua, Frederik. Estoy esperando la llegada de este niño, lamentablemente, ¡no hay otro camino!

—Dicho de otro modo... la naturaleza lo deja directamente en tus manos. Consciente o inconscientemente: tú lo esperas. Elocuente o sordomudo, tú estás esperándolo. Para bien o para mal, tú lo estás esperando. Hans, ¿qué es en realidad el subconsciente?

—¿Y eso me lo preguntas tú? No lo sabemos. Por cierto, preguntas por el camino trillado, Frederik.

—Yo creo que es así como vas a parar al manicomio. Por el momento, el subconsciente sigue siendo una incógnita. Te diré que todos los días vivimos debajo y encima de ella: y eso es por ese loco nuestro. Pero tú no tienes nada que ver con eso. Karel tampoco, Erica lo hace picadillo, ella toma su té... y a ti te servirá para casarte. Te deseo lo mejor, que te vaya bien, Hans, ya tendremos noticias tuyas. Saluda a Hansi de mi parte. ¿Podremos saludarla? ¿Veremos pronto su amor? Que seas feliz... y saludos a Viena, porque por allí seguramente que también pasarás.

Camino por el bosque. Ay, ese Hans. Sigo caminando. Durante mucho tiempo no he caminado, no de madrugada, al menos. Me sienta bien. Me preocupa Hans. Cómo ha cambiado. Qué irascible es ahora. Cuando despierta la naturaleza, cuando la vida empieza a hablar, la personalidad hace cosas extrañas. Este es un gamberro. Hans está empezando su segunda juventud. Ay, ¡qué peligroso es! Que no cuenten conmigo para eso. Estoy empezando a sentir que van a pasar cosas raras. Para todos nosotros. Son verdades de la vida, ¿no? Es algo que aún tengo que investigar. Lo que a edad temprana aún duerme en nosotros despierta cuando también crece y despierta el organismo; bueno, según la Madre Naturaleza. Creo que solo entonces llegamos a conocer nuestro propio yo. Antes de eso no es posible, y nuestro “sí”, nuestro amor, no significa nada. Mañana, de todas formas, seremos diferentes. Basta con que me mire a mí mismo. Solo cuando un árbol llega a la madurez aparecen los frutos. Y luego siempre queda por ver si son comestibles. Pero ¡ahí están!

¿Es un ser humano diferente? ¡El árbol lo somos nosotros mismos! Los frutos son los rasgos del carácter. Van creciendo y madurando uno por uno. ¡Están y no están! No los conocemos, porque nosotros mismos somos mucho más de lo que pensamos poseer. ¡Los seres humanos somos alma, espíritu y vida, y materia! Esa es la máscara que tenemos enfrente. Árbol..., ¿quién eres?

Hans está cayendo, está completamente disuelto. Este que está delante de mí es un perro callejero común y corriente, no tiene raza auténtica alguna. Cualquiera conoce esta especie. Y lo sé. ¿Cuántos padres no han perdido a sus hijos por esto? Cuando empiezan por su cuenta los padres ya no tienen nada que decir. Sobran los consejos, están ciegos. Consciente o inconscientemente nos enfrentamos al sufriente.

Y este dice ser psicólogo. Encima de psiquiatra, dentro de poco catedrático. Velaré por que no se haga con René. Pase lo que pase. Hans no se hará con nuestro René. No será un conejillo de Indias para él. Que Karel no piense en eso, que le parezca normal y corriente, es algo que entiendo. No es capaz de calar a este Hans. Eso, por cierto, tampoco es posible para un experto. René se curará... René es un milagro, y aunque vendrán tiempos amargos, llegaremos. Y ni importa cómo lo vean, tendré razón, a pesar de todo, ¡sea como sea! Lo verán y tendrán que aceptarlo. *¡Voy a tener razón!*

La naturaleza me dice:

—Así será, pues, Frederik. Pero ¿viste eso, mi pequeño René? ¿Viste eso?

¡Muy agradecido! Aunque haya pocas cartas que repartir, ¡te doy las gracias! Basta con que me ayudes a cavilar. Seguiré alerta para no envejecer demasiado. Quiero conservar esta cosa infantil, ¡y eso me salvará! ¡A todos nosotros!

Cuando llego a casa Karel y Erica están esperándome. Quieren saber cómo

le va a Hans. Bien, tiene que ir a Leipzig y piensa regresar con Hansi.

—¿Qué me dices...? —pregunta Erica—. ¿Se está buscando la vida allí?

—Imagino que dentro de poco ya la verás. Solo que el clarividente no ha visto cuándo. Así lo creo, si quieres saber mi opinión..., pero ¡mejor no digo nada más!

—Vamos, Frederik, continúa.

—Erica, esto no son cosas para una persona con dos dedos de frente. Tampoco sé lo que Karel piensa al respecto. Yo por mí estoy dándole vueltas. Quería decir que algunos clarividentes sí que cosechan aciertos, solo que —en mi opinión, al menos— no deben mirar a lo que piensan ellos mismos: también es sentir, creo, pero tienen que dejar que el reloj funcione mejor, va atrasado. Ven y sienten a la vez... y eso es completamente natural, pero en este caso o bien el sentir está mal o bien están ciegos del todo y ya solo hablan por hablar. Ese reloj..., sí, ese reloj..., o sea, ese relojito: ojalá conociera esa cosa; ¡estoy seguro de que entonces veríamos el drama! Pero entonces ya no es nada humano. O dicho de otro modo... ¡te da vueltas la cabeza! Pero ¡va a ser un drama! Por Dios, no hablen (habléis) de esto, Hans me mataría. Y no me gusta hablar sobre los amigos. Ya lo verán (veréis): ¡va a ser un pequeño drama!

—¿Cómo es que estás tan seguro, Frederik? —Es Karel quien lo dice.

—Pues, doctor, ¿crees que recibirías felicidad si esta Erica fuera domadora de leones?

—¿O sea que la otra es una tipa del circo?

—Es una universitaria con aire de trapecista, si lo digo bien, que ahora está siendo ennoblecida. Ya estoy viendo a Peter... (diciendo en alemán): “Ah, mi dulce placer, ¿a dónde quieres que te lleve?”.

¿Creen (creéis) en milagros sobrenaturales que están en la calle así como así? No, Hans tampoco. Por eso eligió la más tonta de todas, también la más banal, la peor. También la más hermosa... si quieres verlo así, me da igual. Ese café tan cargado me hace temblar. No quiero que se me quemen los ojos, no quiero lastimar mi corazón, y tiemblo por un frío inesperado... ¡prefiero irme! El hombre es ciego, sorda el alma y su espíritu revolotea, es un instinto diurno... sin saberlo. ¡No lo sabe! Y yo no soy un vidente. Pero ¡sí que va a ser su muerte! ¡Ay, esa Hansi! En fin, ya la verás más tarde. Y ahora ya nada de tonterías, mis intenciones eran buenas. A él también se lo dije, pero no me oyó. No es raro, basta con que te fijes en ti mismo, siempre, sin excepción, oímos errores; qué cosas tan hermosas, ay, los seres humanos somos así. Se siente por dentro cómo piensan (pensáis) sobre esto, cuando oyes el tic tac natural. Porque ¿entonces? De verdad, mis intenciones eran buenas, pero es imposible ayudar a los niños, menos aun cuando han superado los cuarenta. Ahora anda con sus pequeñas sandalias, pero son de plomo, y tienen agujeros, están apolilladas, creo. Si se me hubiera concedido verlas con nitidez,

las habría dibujado. Interpretado literalmente sería: no te preocupes, húndete en un baño de lodo, algún día llegará la “inmaculada claridad”, pero entonces yo no tendré que ver nada.

Karel no dice ni una sola palabra, y eso no lo acepto. Todavía digo:

—Una cosa Karel: no hablo sobre amigos, ¡esta es mi ciencia! Te lo digo desde unos sentimientos... científicos. A ti eso te suena inhumano, y sin embargo lo tienes ante tus pies, y si no prestamos atención, romperemos nuestro propio yo a cada segundo. ¡Son fragmentos rotos! Y no tiene que ver nada con grafología ni con parapsicología, es el sentimiento de un ser humano con los pies bien en la tierra. Nada más, pero tampoco ni un solo gramo menos. Y ahora caen las florecillas.

—Enciéndete otro cigarro, Frederik. ¿Quieres beber algo más?

—Ponme lo que tengas, me ha dado sed.

Su vino es de lo mejorcito.

Ahora sé que Karel no habla nunca de esto con Hans, de lo contrario ya lo habría llamado mañana, y eso no tiene que ser. Ahora todo está en orden, aunque Karel ya no crea nada que venga de mí. Ya no tengo que hablar con él de niños prodigio, me asesinaría ataría en el acto, y se entiende.

Seguimos un rato más, tranquilamente, pensando. De pronto —cómo es posible— oímos unos gritos terribles. Anna entra volando a la habitación. Antes de que pueda decir nada, yo ya estoy arriba. Es René.

El niño está de pie encima de la cama e interpreta una comedia. Baila como lo haría un loco verdadero. Es tremenda la fuerza que se requiere para aguantar eso, él lo consigue. Lo observamos, y todos hemos de aceptar que este niño está loco. Los ojos están sobre la frente, se han soltado de las cuencas. Erica dice:

—Claro, eso es por tus malditos medicamentos.

Anna se deja caer sobre una silla, se ha derrumbado.

René baila hasta la extenuación, se tira de lado y se queda dormido. Eso es todo.

Volvemos a estar abajo, Anna ya está recostada en la cama, recuperó la conciencia por sus propias fuerzas. Karel dice:

—Ya no sé a qué santo encomendarme. Me he perdido. Lo dejo, me voy a desprender de todo ahora mismo. Ya no voy a hacer nada. Ya no puedo hacer nada. Tienes razón. Ya no se me irá la mano, me niego.

Después siguen unos cuantos consejos maternos, y me toca hablar a mí. Tengo que decir lo que opino yo. ¿Lo que pienso yo?

—René está estresado. Aún no ha superado la terrible pelea con los chicos. Todavía tardará bastante.

—¿Cómo es que vuelves a estar tan seguro de eso, Frederik?

—No soy médico, Karel, eso lo sabes; sin embargo, hay algo que me dice:

las cosas van bien. Te digo: es relajación. No te preocupes. Sabes que este niño no es normal; quiero decir: que no es como otros niños. Como piensa de otra manera, este niño actúa de otra manera, y por eso tampoco es capaz de procesar semejantes emociones en un solo día, o en pocos. Y ahora que ya no hace falta librar combates, simplemente, baila. Pero no es él, es la vida, el empuje, la naturaleza. Quién sabe lo que viviremos todavía. Quizá lleguemos a ver arte. ¿Qué te parecería un bailarín? No estoy seguro, pero ¿es esto tan antinatural? Mejor que nos vayamos a dormir.

Estoy en mi habitación. Anna viene a verme.

—¿Qué opinas, Frederik?

—Pues, que baile, Anna. Tiene que bailar hasta la extenuación, así no podrá hacer daño a otros con su exceso de fuerza. Te digo: es relajación. No te preocupes, Anna, seguiremos. Ahora vete a dormir y confía, yo ya estaré pendiente. ¡Vete, Anna, ahora, vete! ¿No quieres ir todavía? ¿Por qué te estás entreteniendo tanto? ¿Quieres hablar más? Pero ¡si no hay nada más!

Qué hermosa se ha puesto Anna. Sin embargo, ahora no me atrevería a besarla. Estoy convencido de que volvería a desplomarse y de que en semanas no recuperaría la conciencia. Así de grave es. Realmente, estoy empezando a sentir que necesitaremos todas nuestras fuerzas. Pero ¡René lo conseguirá! En el diario dice:

¡Hans está cayendo! ¡Es estúpido! ¡Es chapucero! ¡Se ha desbocado! Hans se ha quedado prendido, sin saber que ha llegado a casa con un caballo negro, aunque se fuera con uno blanco. Las ventanas golpetean, hace frío en casa, pero todas las estufas están encendidas. ¡Lo busca en el vino...!

Anna se ha hecho amor. ¡Su alma es como la mía! ¡Entre nosotros vemos a René! Son tres árboles... los tres en flor. Y Dios sabe que nuestras intenciones son buenas, ¡Cristo también! Ahora estaré un poco más pendiente de ella. Ay, qué hermoso va a ser. Creo que dice por dentro, que me dice en voz alta:

—No te irás nunca, ¿verdad?

—No, jamás. Yo no.

Entonces me quedé dormido. Aun así oí todavía... Yo no, nunca salgo de mí mismo, jamás... creo, ¡sé ahora! Pero, entonces ¿qué pasará si despertamos en una dirección equivocada?

Veo una caja y lucecitas, están encendidas, una de ellas no consigue dar luz... ojalá no sea yo mismo... es como para que te dé miedo tu propia palabra, tu sentimiento, tu pensar.

Hay silencio... paz. ¡Gracias!

¿Sabes ahora, tío Frederik, qué son los sueños?

Nuestro René se ha recuperado de tal forma que han desaparecido los rasguños, los chichones y el ojo morado. La intención es volver a darle una oportunidad en ese parvulario. La maestra no está muy por la labor de acogerlo en su clase, pero después de un cierto tira y afloja con Karel y conmigo, ha decidido que sí. Ya estarás sintiendo que esta escuela está destinada a chicos y chicas no aptos para el aprendizaje escolar normal, en esta escuela ves de todo. También sabemos que este niño grande lo pasa mal, pero con ella no hay orden. Y también en esto habrá cambios. La edad es de entre cinco y nueve años. Todos estos chicos y chicas son algo inconscientes, pero entre ellos hay quienes saben transformar muy incisivamente sus pensamientos en actos y al instante se lían a puñetazos. Bajando solo un poco más, ya nos encontramos ante un reformatorio. Las intenciones de esta joven son muy buenas, tiene que esforzarse mucho por esos niños —antes de que se derumben de todas formas— para darles una oportunidad en la sociedad, una ocasión efímera antes de que tengan que aceptar su infeliz mundo. Está claro que no nos estábamos lanzando a la ligera. Ya ni siquiera sé cuántas noches hemos dedicado a esto. El resultado final fue... de vuelta a la maestra. René está allí entre los suyos, puede aprender cómo no hay que hacerlo y aclararse cómo actuar ante el método de ella. Y eso nosotros ya lo hemos visto.

Karel dice:

—Y sin embargo tiene que volver allí. En primer lugar porque ya conoce a los demás chicos, pero sobre todo porque allí ve a los de su propia especie. Ya sé que aún hay otros medios, pero esto me parece de todas las maneras la mejor para él. Y si no marcha, pues entonces ya veremos.

A Erica no le apetece nada. Intenta que yo cargue con sus problemas, con los que quizá estoy de acuerdo de cara al futuro, pero no para ahora. Anna me sondea con su mirada, entrega toda su personalidad cariñosa a René, toda su figura, pero no funciona. René tiene que desenvolverse entre niños, no podemos privarle de esta posibilidad. De este modo nos pusimos completamente de acuerdo.

Así que va a ser la semana que viene. Todavía tiene unos días para prepararse. Karel se lo lleva en el coche, y yo estoy enseñándole —lo mejor que puedo dadas las circunstancias— las leyes de la Madre Naturaleza; le indico todo, intento mostrarle qué tiene que hacer y qué no, si quiere mantenerse en armonía con este mundo. Para nada me hago ilusiones de que me esté saliendo, sé muy bien lo que nos espera. No pierdo de vista mi viaje.

Esta mañana —era la hora del café— volvimos a vivir algo. Todos los

días tenemos fiesta, una y otra vez nos encontramos con problemas, con las máscaras más increíbles del pequeño René. Anna vino a llamarme. Estaba hojeando un poco mi diario, ordenando los hechos y viéndolos por separado, reflexionando sobre ellos, lo que me hace aprender. Lo que entonces me entra es imponente. Estas comparaciones te conducen a “la vida y la muerte”, “al alma y al espíritu”. No te lo creerás, pero cuando los seres humanos nos decidimos alguna vez a ver desde otro mundo las cosas que de cualquier manera vivimos a diario, y que forman parte de nuestra vida social e interior, entonces te quedas perplejo de la forma tan despreocupada con que manejamos las verdades divinas. Ya lo dije anteriormente: entonces las ves, así como así, tiradas por el borde de las calles. Cualquiera puede recogerlas, no ves ni un alma que les dedique una mirada. No conocen, sienten o quieren esa riqueza... pero ¡estás ante un ser humano! Y cuando fui descendiendo así, en silencio, en mí mismo, en nuestros propios líos cotidianos, imaginando comparaciones, vi tal milagro de belleza, de tesis y de fundamentos para mi universidad, que me quedé sonrojado. Me dije: Frederik, también tú actúas de manera despreocupada. Tienes que ser más cauto, o te saltarás grandes trozos. Ya ahora tengo una mina de sabiduría, acumulada así por mi propia cuenta. No te lo creerás, pero cuando esto quede ordenado, no quedará más remedio que aceptarlo. ¡Entonces tendrás destellos en los ojos, el corazón te latirá con más fuerza, y con más sensibilidad, te sentirás diferente, más cariñoso, sano! Y entonces quisiera preguntarte qué has hecho tú con todo eso, y lo que has visto. Te digo que ahora estamos ante una universidad de pensamientos, es un universo. ¡Y en ese poderoso universo vivimos! Ahora no puedes hacer nada, ni conseguir nada sin que te lo vuelvas a encontrar allí. Ahora dirás: exageras, pero ¡espero demostrártelo! Y es que te lo demostraré por la cantidad de materia, pero también por todo lo sagrado que extraemos de nuestras desgracias, que sin embargo fueron fundamentadas por nuestro René loco, que ¡serán los fundamentos universales para mi mundo! Pero ¿qué es “universal”? Ya nos ha venido a nuestra vida a tanta profundidad, a tanta altura, y sin embargo, a pesar de todo, tan cerca. Estamos justo encima, lo percibimos, pero no lo comprendemos. Nuestros ojos que ahora tienen que mirar ¡son ciegos! Golpeados por nuestro “yo”, que no responde a nada ni nadie con que solo haya el más mínimo regusto de concienciación más elevada. Y esos bandazos... al menos patinando sobre este hielo, ... te siguen, te afectan, te conducen a alguna parte para llevar flores. ¿Quién las pagará? ¡Creo que serás tú!

Penetramos hasta la esencia, de forma imparabile, implacable... tanto ya sé sobre ella. Y te digo: como con gusto de este pan, no me avergüenzo por ello, ¡hago una reverencia! Puedes juntar a Karel y a todos sus doctos amigos, o quienes sean —por mí puedes meter a todas las sectas del mundo— vente

hasta con tu sentimiento clerical, puedes hacer lo que quieras, pero te digo de antemano que ¡seré yo quien vencerá! Sé muy bien que toda ley natural te aclama con este perdón natural. Quiero decir con esto que para ello tienes que entregar todo lo que tengas, pero una vez que abandones las arenas movedizas, serás capaz de profundizar más, sobre esto ya se escribió tanto y fue por lo que surgieron todas esas sectas. De verdad pienso que Dios tiene buenas intenciones para con nosotros, aunque de vez en cuando me oigas gemir, como los demás. Ya estoy empezando a ver y a sentir que las máscaras están cayendo. Ya he visto caer unas cuantas, yacen a mis pies, ¡las estoy pisando! ¡Es felicidad!

Pero te advierto de antemano... ¡no ataco a nadie! ¡A nadie! ¡A nadie en absoluto en este mundo! No es mi intención privar a un católico o a un protestante de su fe atacándola. ¡No lo quiero ni soy capaz de ello! ¡Ya ha habido suficiente destrucción! Ya hemos librado suficientes guerras por la religión. Las víctimas que murieron por esa razón tienen derecho a que tratemos esta materia sin gresca ni insultos. Esta es una investigación humana natural, pero común y corriente. Caminamos por nuestro propio camino. ¡Vamos a la parte esencial, al margen de cualquier erudición y sistema científico, en la cual y por medio de la cual hemos recibido nuestra propia vida y Dios nos la dio! No lo pierdas de vista y no lo volveré a decir. Tampoco pienses que ataco a María, José o a cualquier otro santo de tu iglesia. Sí que te contaré qué es lo que la propia gente piensa al respecto y cómo se ve en general a esos santos, y en qué los ha convertido nuestra sociedad. ¡Nada más!

Lo que hacemos es para cualquiera que quiera conocer las máscaras; nos pusimos en marcha juntos, cada uno piensa para sí mismo, más tarde veremos quién tiene razón y entonces inclinaremos las cabezas unos ante otros. Porque lo que recibimos de Oriente como sabiduría está muy bien, y todo lo que tú quieras, pero es igual que el Sol, que también está ahí: nuestro pensar y sentir no comprenden nada de todas esas palabras raras y en todos estos siglos no hemos avanzado nada, sino que esa increíble sabiduría nos ha ido hundiendo en la miseria y precisamente por eso han surgido todas esas situaciones extrañas. ¡Yo a eso lo llamo perifollos! Unos van envueltos en una sábana blanca y piensan que su doctrina tiene importancia para la humanidad, otros van cantando y se comportan tan dubitativos, tan hipócritamente ingenuos, ¡que te pones malo, da nauseas! ¡Y así es! Toda esa gente piensa que son ellos quienes lo han encontrado, que lo poseen, pero ¿cómo los ha recibido esta humanidad? ¿Qué han logrado ellos mismos con ello? ¿Vivía? ¿Te daba nueva sangre, nuevo pensamiento, justicia, espacio?

Todas esas palabras raras carecen de valor para nuestra manera de sentir occidental. Cuando la gente pretende decir que el Branma o el hindurrollo ser vida y alma, pues, qué bien, pero nosotros, holandeses de andar por casa,

no entendemos de eso. Sus espléndidas túnicas son igual que su reumatismo, que no consiguen quitarse de encima, esas palabras también padecen una degeneración y no penetran hasta nuestros sentimientos pragmáticos. Ignoro lo que significan “sayom y slima”, pero ellos dicen que entonces ves el cielo y la tierra delante de ti, nada menos que desnudos; entonces nosotros pensamos en un genuino espantapájaros holandés, que el descarado grajo rodea, a pesar de todo, y donde encuentra su comida. ¡Dejémonos de graznidos! ¡En el fondo, con un hoyito para ser enterrado! ¿Resulta extraño? No tergiverso ni una sola palabra y no soy de los que usan palabras doctas o extrañas si hubiera una buena palabra para ello en holandés. Tampoco tergiverso la palabra. A veces sienta bien llamar desinteresadamente y de forma natural al pan, pan, y al vino, vino, o, si quieres, agarrar el toro por los cuernos y dejar de decir cosas huecas con las que el pequeño René haya tenido que ver, si en este momento todo me resultara claro. Así que las sábanas blancas me dan escalofríos si una pequeña túnica de esas aporta sabiduría... de la que no entendemos la belleza. ¿Realmente se merece esa gente aquella túnica? ¿Ves? Ya estamos liándola y ¡al grajo le da igual!

Ya sé que René no dice todas esas cosas gratuitamente, en su caso todo tiene esencia y propósito. Tenemos que intentar calarlas, sentir con un poco más de hondura y ¡seguir nuestra propia brújula! Pero entonces vemos la máscara, además del problema, que tarde o temprano yergue hacia nosotros sus antenas táctiles que ha adquirido por su cuenta. ¡Y ahora es posible que esto sea un fundamento para nuestro propio edificio!

De lo que se trata para mí es seguir las cosas por medio de nuestros sentimientos occidentales y conocerlas conforme a nuestra existencia. Y para eso no necesitamos una sábana blanca. Que la propia iglesia quiera engalanarse con ella es cosa suya. Tengo un respeto sagrado por la iglesia porque sé que es ella la que dio color y forma a nuestra sociedad, a nuestra vida. Tenemos que ser honestos y reconocer: ¿a dónde habría ido a parar esta humanidad de no haber surgido la iglesia? La propia gente que piensa poder fustigar el catolicismo o el protestantismo o las demás religiones es más pobre que una rata, como la que levantó un mundo propio bajo estos fundamentos y que lo considera su paraíso. ¡De eso no estoy hablando! Hemos de ver y vivir las cosas tal como fueron creadas por Dios. Eso, pues, es la meta de mi vida, en eso pensaba mientras estaba tranquilamente en mi habitación mientras ponía orden en todas estas cosas tan asombrosas, para luego verterlas en un gran libro, o “trilogía”, de gran resonancia. El poderoso Oriente no sabe mucho de lo que se me concedió ver y vivir hasta ahora, porque este mismo Oriente no tiene nada que ver —es que nada de nada— con la sociedad que es la nuestra, con nuestro pensar y sentir. Y un loco en Oriente no es como uno de los nuestros. Allí sí que veo una poderosa diferencia. Cada pueblo tiene

sus propios locos. Si te vas a América, Francia o Inglaterra, pues allí los locos son diferentes a los que tenemos nosotros. ¡Eso tiene que ver, según he descubierto, con el grado de conciencia propia adquirido, con la personalidad del pueblo! Y uno no puede librarse de ello, esa mentalidad habla por sí sola. Así, cada pueblo ha de representar el grado consciente adquirido y tampoco se libra de esta conciencia alcanzada... ¡aunque no quieran saber nada de ella!

Hacemos nuestra investigación por medio de un loco —el pequeño René de mis amigos Erica y Karel— que con su vida anormal nos sitúa ante esas leyes. ¡Y verás que esa es su intención! También quiero decir con ello que cuando a todos esos expertos todavía no se les había concedido observar a sus locos ¡nosotros ya estábamos allí! Van desencaminados, ¡no ven ni conocen todavía a esas personas! Y sin embargo, ¡pueden experimentarse más expertos que locos en este mundo inhumano! Pero ¿quién está “loco” entonces? ¡Mira como se ríe ese Sócrates! ¡Freud está lustrando sus pequeñas sandalias! Y a nuestro Sócrates loco le parece terriblemente natural, solo ahora la gente estará al servicio de su vida, a la que tiene derecho... ¡me parece a mí, al menos! Y detrás de todo esto ves una caja fuerte vacía... sí que contiene escritos... pero la “letra” aún no ha sabido vencer la violencia de este mundo... ¡o habríamos visto su luz! ¡Y aún no la hemos visto! Ay, cariño... ¿viste pasar a los ancianos?

Ahora que descendiendo más en esta materia, penetra en mi vida; aunque Hans se haga catedrático, te diré que aún así eso no significa nada. Seguirá siendo un ser estúpido; nunca llega al núcleo de sus asuntos y de sus enfermos, porque no es posible con sus estudios. ¡Y también para eso espero exhibir las pruebas! Lo que Hans aprende es ayudar un poco a sus enfermos. Para él no hay más. Ya sé, así construye sus fundamentos, que serán la personalidad para la sociedad. Es incapaz de ir por otro camino, pero ya lo has visto: aun así llegamos a un punto de encuentro. Que Hans esté tirando ahora todo por la borda es, en cambio, otra cosa muy diferente y no significa nada, porque veo su núcleo bueno, que he encerrado en mi corazón, donde siempre permanecerá —espero— y será un lazo para toda esta vida. Hans primero tiene que vivir su amor, y después, después de ir dando tumbos, de ser engañado y de hacer cosas malas, regresará a mí. No avanzo... de pronto... entran dudas en mi vida. Pero ¡estoy a la espera! Así, de todos modos le doy al cien por cien amistad y mi amor por él como ser humano. Lo guardaré para él, sé que esto algún día le abrirá los ojos.

Todavía me queda por decir que nosotros, seres humanos de esta tierra fría, estamos dando forma a nuestra personalidad construida.

Y también entonces verás que solo entonces nuestra vida cobrará un significado, solo entonces comprenderemos a nuestros locos, pero sobre todo el amor por quienes igual que nosotros vinieron a la tierra para hacer algo con sus vidas. Creo que nos haremos más sensibles y que tendremos algo más de

consideración y respeto hacia el dolor de los demás. Porque lo que tuvimos que aceptar las últimas semanas es algo que obviamente jamás se podrá justificar. ¿Te parece que la gente tiene que hablar mal de los demás? ¿Son normales las habladurías callejeras de las que fuimos objeto Erica, Karel, Anna, René y yo? ¿No es triste? ¿Tiene que entretenerse la gente con el dolor de los demás? ¿No es necesario, pues, que pongamos en marcha una rigurosa investigación sobre todos estos problemas? Recuerda: ¡Es Dios! ¿No escuchaste las charlas estúpidas de Hans? ¿Estamos listos cuando decimos: todo es empuje y naturaleza? Hans añade una pequeña nota. Ya ahora está retractándose, porque Dios no se mete con nuestras escandalosas habladurías ni con nuestra búsqueda en Su espacio porque mande enfermos y locos a la tierra; ¡es completamente diferente! Y creo que al final de nuestra investigación lo conoceremos a Él. Creo que entonces ya no habrá nadie en absoluto capaz de disfrutar con el dolor y la pena de los demás. Todas estas cosas anormales llegarán a representar un mundo propio. ¡Dios no castiga! ¡Es incapaz de castigar! ¡Eso es algo que ya descubrí! No tiene nada que ver con intelectualidad ni con pobreza o riqueza: ¡son las leyes que han sido arruinadas a fondo por nuestro propio yo! Tampoco es relevante que te tomes una copa, o que montes a caballo, ¡a Dios no le interesan esas cosas! ¡Aquí habla la envidia humana! ¡Aquí habla la imprevisibilidad estúpida, la estrechez de miras urbana, una máscara! Es terrible tener que seguir escuchando en este siglo que Dios es injusto. Pero es la sagrada verdad: Dios, en cierto sentido, es un canalla, al menos si tenemos que aceptar que es tan caprichoso en Su modo de manejar Sus asuntos divinos y aventaja a unas vidas por encima de las demás. No lo creo, no me entra que Él golpee a un niño con una enfermedad y que al otro le ponga una corona en la cabeza, ¡simplemente es imposible!

Así podría seguir pensando, podría analizar una por una todas estas imposibilidades, pero ya volveremos a hablar de ello. Ahora que veo estas verdades ante mí, me brota un sentimiento de gratitud hacia Él, porque se me concedió como ser humano insignificante recibir Su ojo penetrante, porque yo, como ser corriente y moliente, estoy empezando a sentir y ver que todo fue creado por Él, que todo lo que adquirió figura, vida y personalidad ¡se puede ver en nuestra propia vida! ¡Estoy empezando a ver que todos son uno! Cuando ves a millones de padres y madres, solo hay que ver a uno de ellos, porque una sola madre y un solo padre recibieron todo de Su ser: vida y alma, luz, paternidad y maternidad, personalidad, por lo que representan ante Él a las masas. Y ahora te encuentras ante tu propio hijo, ¡aunque sea de otra persona! Claro, eso no lo crearás, pero ¿no es prodigioso? Pero ¿eso es lo que te conduce al amor “Universal”? ¿Y no fue esa la intención de “Cristo”? Ahora puedes andar con rodeos, buscar palabras bonitas para defenderlo, pero ¡no te sirve de nada si quieres aceptar las palabras de “Cristo”! Te pre-

gunto: ¿Tienen que odiar los católicos a los protestantes porque estos hijos tengan otra fe? ¿Crees que esto crea ampliación, el despertar “cristiano”? Estoy empezando a verlo como una sola vida y un solo ser, ¡todos somos de “Él”! Aunque vivas en la jungla, ¡de “Él” eres! ¿Por qué quieres hacerte tan grande y empezar a verte de otra forma? ¡Imposible! Tenemos que llegar a la unión para esta vida y el final divino para nosotros, los seres humanos; solo entonces valdrá la pena empezar otra vida aquí en la tierra. ¡Entonces la vida empezará a ser diferente y mejor! Entonces ya no se afirmará que la familia del médico trajo un loco al mundo, sino que lo verás como tu propia falta. ¡Es algo que te afecta...! Sí, tú encógete de hombros... ¡yo estoy empezando a sentirlo! Yo para mí lo veo, como también leo como una revelación en las páginas anteriores, y de lo que veo caer la máscara..., que la madre que no quiere tener niños ¡es como un parásito para Dios y esta humanidad! ¿Lo oyes? ¡Un parásito! Ahora todas las demás madres tienen que sintonizar con la armonía natural y tienen un número de niños que es relativamente demasiado grande. Ahora hay madres que han tenido veinte. “¿Por qué...?” dice mi diario. Ya tengo la respuesta...: debido a que a las demás madres no les da la gana y a que esta humanidad no ha de extinguirse —lo cual es imposible, porque entonces se anularía la Creación Divina— esa madre en cuestión da a luz por todas aquellas que estropean su maternidad. Y entonces sigue la madre que da a luz para este mundo a un loco, o a un enfermo grave; hace para Dios el trabajo más duro y ahora está en armonía con el espacio. ¡Es servicial, las demás madres deshacen! Pero ¿gracias a qué recibieron un cuerpo? ¿Ves? ¡Ni siquiera es tan descabellado! ¿O pensabas que nuestra vida y la de millones de personas en la tierra, que dieron a luz a locos, eran tan sencillas? De modo que lo que es lucha, lo que se comporta como un loco, ¡luego será felicidad universal! Aún me faltan las pruebas para ello, pero ya las conseguiré, tengo esa seguridad; aunque quede ahogada mi vida y ya no me atreva a hablar de un “niño prodigio espiritual”. Pero todavía no hemos llegado. ¡Mantengo que es René! Por medio de él llegaremos a ver nuestro yo sobrenatural, de una forma tan hermosa, tan poderosa, que luego daremos gracias a Dios y sus cielos por haber empezado con esto. Esto es lo que leía, lo estuve meditando en mi habitación y por medio de mis paseos en la naturaleza. ¡Estoy dispuesto a darlo todo por ello!

Anna me sacó de mi mundo, como ya dije. Dice:

—Ven a ver, Frederik, otra vez estamos viviendo algo nuevo.

Voy a ver con Anna. René está en el peldaño inferior de la escalera. Está pensando. Allí está, como un anciano, un filósofo. Ay, ¡cuántas preocupaciones tiene esta vida! Lo oímos murmurar, no nota nuestra presencia, está en un mundo que está blindado para nosotros, el mundo de un loco.

—¡Llegaré! —se dice a sí mismo—. Subiré peldaño por peldaño. Claro, los

niños piensan que estoy loco; es que lo estoy. Pero se les pedirán cuentas por su demolición, eso a Él nunca le parecerá bien. ¡Nunca, nunca, nunca, nunca! Pero el que sufre las consecuencias soy yo. ¡Estoy ascendiendo más!

¿De dónde saca todo esto? ¡No lo sabemos! Se empuja hacia el siguiente peldaño. Lo vemos. Estamos mirando cómo lo hace. Erica, que está abajo junto a él al pie de la escalera —Karel no está—, mira, igual que nosotros, a su loco. No lo comprende, pero está tranquila. René habla.

—Muy bien, otro pequeño avance. Ay, ¡qué cansado estoy! Hay que ver esa gente. Estoy soñando..., soy un sonámbulo de día, ja... ja... ja..., qué risa me da, ja... ja... ja..., hay que ver esa Anna. ¿Ni viste su culito? ¿Viste lo hermosa que es mamá? Estuve jugando con mi propia cosita y eso les parece motivo para hacer comentarios. Pero ¿saben por qué? ¿Lo viste, mamá? ¿Lo viste, Frederik? ¿De verdad lo vieron (visteis)? ¡Que yo no fui! ¡Yo no! ¡Nunca, jamás, jamás! ¡Yo no! ¡Es que hay que ver a esta gente! Pero entonces ocurrió, ay, ay... ¿qué es eso?

Erica empalidece. Anna está como petrificada a mi lado. Traga un poco de saliva. Erica tiene los ojos fuera de las órbitas. Ve y oye más, creo, que nosotros, y lo que ve ya no es un niño, sino un anciano. Y sin embargo, allí está la voz del niño. René continúa. El niño va trepando por los peldaños. Cuatro más arriba se detiene para descansar. Oímos:

—¡Como si un culito no significara nada! Estar desnudo es llevar ropa. Los ojos no ven, están cerrados... pero tengo la misma cosa que mi padre, y ¡por eso soy un hombre! ¡Eso ahora lo sé! Creo que también sé cómo nací. Es papá, él fue... quien me hizo... ¿o fue mamá? Duermo y camino. ¡La gente es miedosa! Parece algo extraño, pero estoy despierto y duermo... ¿siempre fue así? No, no en mi vida. Solo ahora veo que soy un hombre. Soy hombre... papá es un hombre, mamá es... mamá. ¡Anna también!

—Santo cielo —le sale a Erica— ¡es lo que faltaba!

Quiere proteger a su niño contra el mal, porque René está manoseando su propio cuerpo. Saca el universo y lo observa. A ella le digo en voz alta:

—¡Déjalo, Erica! Ahora es justo como si levantaras a una persona que tiene la espalda partida. Ahora puedes romper todo a la vez. ¡Déjalo! ¡Deja que haga! —susurro y ella no toca a su pequeño René. Ni yo mismo comprendo de dónde saco estos sentimientos tan de repente, pero es una fuerza interior la que me hace hablar. El niño dice:

—¡Esto soy yo! ¡Soy eso! ¡Esto lo repartiré! ¡Sé lo que es! Es por esto que la gente siente deseo. También Anna debería haberlo poseído. Papá y mamá no lo comprenden, sin embargo ¡esto es... lo que... lo que... lo que...!

La vida se asfixia, lo que quería decir ya no sale. Eso... lo que... retiene el pensar, ver o sentir, o lo que sea. No lo sabemos. Pero Anna, igual que Erica, ha adquirido una conciencia desorbitada. Está temblando, no es capaz

de procesar esto. Y es como el satanás lo sintiera, como si el bien venciera a las tinieblas, a las desgracias de este mundo y de la gente; cuando queremos llamarlo tinieblas y desgracias, aún dice:

—¡Mi Anna! Pero querida alma buena, ojalá me hubieras tenido tú a mí, ojalá tú hubieras estado embarazada de mí, entonces no habríamos conocido todo este ajetreo. ¡Ahora es demasiado tarde!

En la actualidad, René apenas tiene ocho años. El lenguaje que oímos no es el de un niño. ¿Es otro quien está pensando por medio de esta vida? No lo creo, y sin embargo, así parece. Va trepando peldaños, llega hasta la parte superior de la escalera y se queda sentado. Es como si desde ese lugar abarcara la vida con la vista. Es un anciano, ya no es un niño. Vivo miles de problemas, hay máscaras que se caen y otras que se vuelven a poner. Me da una visión sobre las cosas de las que Dios conoce las verdades y lo creado. Los seres humanos nos quedamos mirando con impotencia y no sabemos qué hacer con nosotros mismos ni con el acontecimiento. Ya estoy deseando poder pensar. Pero ¡René está soñando! Es un sonámbulo durante el día y proclama sabiduría, o bien está poseído por el diablo. Ay, Dios mío, ¿qué fundamentos vamos a ver ahora? Allí está, sentado. Erica lo sigue y nosotros, arriba, rodeamos su vida, de pie. Pasa un cuarto de hora, media hora. Bien podríamos estar esperando dos horas, porque el niño duerme. ¿Es esto dormir? La vida duerme de un modo que los normales denominamos como sonambulismo. Es muy sencillo, pero esto no cuadra. ¡Da miedo! Te conecta con las desgracias de este mundo. ¡Y eso por medio de un niño! René sueña de día y habla como de vez en cuando lo hace cualquier otro niño o adulto entre sueños. Esto podría parecer muy sencillo, pero no lo es. René piensa y habla sobre la conciencia adulta, y ¡eso te parte! Esta joven vida toca o aborda problemas que desconocemos y para los que tampoco tenemos explicaciones. ¡Es una universidad! Por eso es mayor que nosotros, nos adelanta mucho en su pensar y sentir.

El chico se cierra el pantalón como Dios manda. Otra cosa curiosa, por ese cerebro corren pensamientos buenos. Otra personalidad tapa el cuerpo como debe ser. Las tinieblas y la luz están sentadas juntas en la mesa, juegan a algo, hace algo; los conscientes lo estamos presenciando y no vemos nada. ¡Estamos ciegos! Esta vida piensa y estos sentimientos duermen. ¿Ya leíste alguna vez algo sobre esto, Frederik? ¡Es deplorable! ¡Y también horripilante! ¡Me pierdo a mí mismo! Sigue sentado allí. Veo que tiene surcos en la frente. Su espaldita se ha ensanchado. Sus estrechos hombros irradian fuerza y conciencia. Podrías poner encima cien kilos, ese peso lo cargaría. Esa espalda, esa vida, esta existencia del alma nos habla a nosotros, los normales, y no la comprendemos. ¿Quién está loco? ¿Quién dice que es consciente? ¿Qué vivimos? ¿Es este un ser humano normal? De pronto cae:

—¡Marja! Pero, ¡Marja! ¿Dónde estás? ¿Por qué me dejas tan solo? Y ¿dónde está el tío Frederik? Marja, ¿me ves? ¿Vienes? ¿Quieres venir? Marja, ¡ya estoy! Te veré. Nosotros lo veremos, ¡nosotros! ¡Solo nosotros! Mamá lo sabe, pero no me conoce. Anna tampoco, ni papá. Pero ¡Marja!

Ya no temblamos. Un poco después llega todavía:

—¿Por qué piensas? Cuando acudas a mí, Marja, siéntate entonces a mi lado. No puedes contar hasta diez para mí y para ti mismo a la vez. ¡Tienes que hacer como yo! ¿Harás como yo? Pero ya estás, por lo que veo. ¡Te estoy viendo! ¡Ya te tengo! ¡Te veré sin duda, Marja!

Erica está pensando ahora en milagros. Esto es luminoso, ¿han sido vencidas las tinieblas? Siento que desde su vida me llega: Frederik, estoy empezando a creer en esto. Anna también, pero no lo comenta. Aguardaremos. René sigue sentado, tiene la mirada perdida, inclina tranquilamente la cabeza, en la vida ha entrado serenidad. Mira hacia el espacio. Erica sujeta los ojos de René, ella ve más que nosotros. Lo que ve en René lo deducimos de su mirada, de su rostro. Erica tiene los ojos radiantes, están abiertos y conscientes, atraviesan muros, se han hecho universales. Está viendo detrás de la máscara. Nosotros vemos, ¡ella lo vive! Y, mira, ¡se produce el milagro! René desciende desde su mundo de locos a la vida de ella. Se despierta, René despierta en Erica, o ¿es justo al revés? Esto no lo comprendo, pero siento que me entra algo asombroso, y creo que Anna está poseída por lo mismo, también está radiante.

Si no hubiera visto llegar esto, René se habría precipitado escaleras abajo, ahora puedo interceptarlo y lo tengo entre los brazos. Me mira, me reconoce y dice:

—¿Sabes, tío Frederik, lo que es soñar? ¿Ya sabes ahora, tío Frederik, lo que son los sueños?

Mira a Anna. Observa detenidamente a Erica, me palpa y se palpa a sí mismo, y cambia de golpe. Le sale una palabrota. El niño forcejea para liberarse; esta vida me supera, es más fuerte de lo que siento. Adiós René, desaparecido, a su habitación, pero la puerta se quedó abierta.

Cuando oímos un ruido infernal vamos volando a su cuarto. René está tirando todo lo que posee. Una cosa tras otra sale disparada por la ventana. Los trozos de cristal nos pasan volando por encima de la cabeza, igual que lo demás, hecho añicos. El niño está hecho un energúmeno. Logro atraparlo con las manos, la fuerza con la que se resiste es la de un hombre. Es un hombre al que rodeo con los brazos. Darle cuenta de eso se me hace horrible. Tiemblo por todo el cuerpo, pero me quedo tranquilo. Lo agarro con firmeza y pienso: ‘Estoy penetrando hasta el profundo interior de esta vida’. Ahora se produce una relajación, el cuerpo se distiende, igual que su espíritu. Veo que empieza a sudar mucho. Entonces sigue una relajación total y deja colgar

la cabecita. ¡Ahora ha vuelto a ser un niño! Lo pongo en la camita y podría llorar de emoción. No lo hago. Sin embargo, se me caen las lágrimas, todos nosotros sentimos compasión por esta vida del alma, nuestro hijo. Suplicamos a Dios que por favor nos ayude, es una tortura nunca vista y esto ya no es humano. Es desintegración, no conozco nada más horrible, nada, dan ganas de enterrar viva a esta vida. ¿Qué nos gustaría hacer? A Erica la oigo rezar, su palabra, su oración, me alcanza desde su habitación. ¿Será oída? No lo creo, y eso me duele, ¡es como una punzada! Y ¿sin embargo? Detrás de eso siento calor, felicidad, cómo es posible. ¿Habrá esperanza, a pesar de todo? En ese momento entra Karel. Mira a su hijo y piensa que lo comprende.

Estamos sentados abajo. Karel dice:

—Fue como si se me enviara a casa. ¿Qué pasó?

Se lo contamos un poco. Karel se va, sus enfermos lo reclaman, pero intentará volver pronto a casa. René está durmiendo... qué hermoso está ahora. ¡Es serenidad! Cuando también las mujeres se serenán, pregunto:

—No quiero que nadie me moleste, yo también necesito descansar un poco. Que cada una haga lo que quiera, pero que no se altere la paz en casa.

Me acuesto. No sé por qué siento esta aguda necesidad de descansar un poco. Pero me entró una clara sensación de acostarme y de dormir algo. Es como si se me obligara a hacerlo, como si se me pidiera. Es la sensación de “¡Ven y sígueme!”. ¡Y lo hago! Ahora estoy sobre la cama, pensando. Estoy repasando todo. No lo sé, pero repaso todo, todo lo que se me dio hace unos instantes. ¡Estoy empezando a estar cansado! ¡Ay, qué cansado estoy! Recuerdo que ya no podía abrir los ojos, pero seguí pensando a pesar de ello. ¿Qué es esto? ¡He ido *ahora a dormir para mi cuerpo y “no” para mí mismo*! Así lo siento. Es algo que se puede sentir y pensar claramente. *¡Ahora duermo, y además pienso!* Dios mío, ¿qué es? ¡Estoy despierto para lo otro en mí! Pero ¿qué es eso “otro”? Para esa parte mía estoy completamente despierto. Cielos, Frederik, sabes dormir y pensar al mismo tiempo. Regreso, porque eso sí que quiero volver a vivirlo, palparlo, pensarlo.

Vuelvo a sentir cómo aquel cansancio me envuelve y me invade. Tengo los ojos cerrados, pero ¡estoy despierto! Lo que está cerrado allí arriba, aquí vive y pertenece al organismo material, a mi cuerpo. ¡Yo soy eso! Lo que ahora está mirando: ¿es el alma?, ¿el espíritu?, ¿la personalidad? ¡Creo que están cayendo “máscaras”! ¿Es así? ¿Es posible? Me he retirado de “mí mismo”, vivo, pienso, también siento, puedo palpar las cosas con mucha nitidez. Esta es la forma en que la gente sueña, pero yo estoy despierto, lo vivo conscientemente. ¿René también? Sigo reflexionando sobre si la gente no podría soñar. Entonces no existiría la capacidad de soñar. Entonces esto, que soy yo, también estaría durmiendo, pero ¡estoy despierto! *¡Así que puedes estar despierto y dormir al mismo tiempo!* En Oriente saben más de estas cosas; los yoguis, faquires y

magos conocen estas leyes, igual que los sacerdotes del Antiguo Egipto. Pero entonces... entonces hicieron una chapuza con lo demás y ¡se convirtió en una birria occidental, corriente y moliente, desintegración, pasión, puterío!

Tengo que intentar no usar palabras rudas, me da una sensación dolorosa. Esto también es extraño, pero creo que lo comprendo. Esas palabras rudas ensombrecen mi ver y sentir, por eso lo comprendo tan bien. Cuando pienso de forma pura, ¡entonces aparece en mi interior luz, calor! Y eso es reconfortante, complaciente, cariñoso también. ¡Es hermoso! Constató que aún soy un aprendiz en la reflexión. Hace unos instantes aún no tenía esta manera de pensar. Así que avanzo, pero ¿hacia dónde? ¡Voy hacia el “sentir”, el sentir y pensar de mi “propio” yo! ¿O es que también esto está equivocado a su vez? Creo que continúo directamente a mi “subconsciente”. No te asustes, Frederik, sea cual sea la máscara que veas, es asombroso. ¿Llegaré alguna vez?

Ahora está volviendo la luz. Vuelvo a verme a mí mismo en la luz, allí donde René recogía florecillas, en su “pradera”, allí donde está ese árbol en particular, que sin embargo ahora no veo. Lo que para mí es “vida”, lo que vive en nosotros, aquello que alimenta lo orgánico de mi castillo, es esta cosa etérea, esta animación por el mundo material, pero que piensa, siente, ama, que está abierto para el bien y el mal; puede vivir miles de cosas *¡y eso es lo que soy yo!* ¡Yo soy eso! ¡Dios mío, las “máscaras” están cayendo! ¿Están siendo arrancadas? Por favor, Frederik, dilo otra vez.

Me he hecho más liviano, podría planear. Hay luz dentro y alrededor de mí. Vuelvo a verme allí donde está ahora René. Me parece que estoy presintiendo que me encontraré con él. Ahora también sé por qué me entró la sensación de ir a dormir. Si no me hubiera dirigido a su vida, si no me hubiera sintonizado con su vida —esto es más claro sintiéndolo y diciéndolo— entonces estaría todavía en la autoconciencia de todos los días, allí donde viven y piensan Erica y Anna; ahora lo sigo a él, a René, ¡es mi maestro! ¡Lo sigo y estoy llegando a la unión con su vida! Ahora llego a saber por qué se comportaba como un loco, por qué es un loco. Así de sencillo es todo... Dios mío... ¡estoy empezando a ver esta profundidad! René posee una escuela, lo considero mi maestro. ¿Que si el niño, su vida, ya lo sabe? ¿Posee René una maestría innata? Ay, Frederik, ¿y esto en un Occidente tan pragmático? René posee una escuela, repito, quiero oír cómo suena. Posee una fuerza que nosotros desconocemos, pero ¡esa fuerza vive en el ser humano! Es sobrenatural, pero tiene que atravesar las desgracias y miserias, las pasiones y la violencia de este mundo. Vaya, ¡qué terrible es esto! Y sin embargo, gracias a un estercolero, al estiércol, llegamos a ver el crecimiento y florecimiento. Hay que ver esta ¡“*flor de loto*”! Lo considero un sacerdote, ¡un milagro místico! Ahora lo veo y he de aceptarlo. ¡Lo creo!

Lo que transmite un médico, un preceptor, un maestro —es indiferente

para lo que sea— a un discípulo, ahora se me envía por medio de las leyes de la “Madre Naturaleza”, pero de la que su vida —según creo— conoce y posee el nacimiento. A mí se me envía la sabiduría de este loco. Para nada, por nada, va por sí solo, ¡sí te quieres abrir a ello! Tengo que seguirlo, es entonces cuando aquello entra en mi vida. *¡Esta es su ciencia!* ¡Vive en su alma! ¡Es la posesión de esta vida! Es poderosa y es divina, y aunque esté manoseando su espacio y juegue con él, no tiene importancia alguna. Ahora es sagrado para mí y para todos los que viven esto y que aceptan que el “alma” vive, aunque duermas hasta cuando el sol ya está en su apogeo.

Lo que aprendo ahora es una ganancia poderosa. De momento continúo siguiéndolo, allí está, durmiendo en su habitación, yo aquí. ¿También está despierto y consciente? Tengo que seguirle los pasos, y es lo que hago. ¡Sigo a nuestro pequeño René!

Estoy dormido y despierto, porque la vida siempre está despierta en nosotros. Así que ya tengo razón, Hans... ¡es un nuevo fundamento! ¡El alma jamás duerme! El alma o la vida —da igual el nombre que le pongas— tiene que trabajar día y noche, si no el corazón humano se detendría. Todo esto lo digo en voz alta para que me quede bien claro. Vivo un poderoso milagro, Hans, tú nunca llegarás a ese punto, o tendrías que seguir a René, aceptar su universidad. Yo voy ascendiendo paso a paso, más hondamente, al modo en que funciona la Madre Naturaleza, late mi corazón; pero soy yo mismo quien se encarga del tictac, de la vida que continúa, que da, ¡me he hecho animación!

El alma, como vida, está despierta, y seguirá estándolo, porque tiene que alimentar el organismo. Creo que la vida, el alma y el espíritu son un solo conjunto, pero tienen que representar un mundo propio, si lo siento bien y lo digo claramente. Y hacia allá voy ahora. Lo que en el caso de René es sueño epiléptico, lo que los expertos llaman convulsiones epilépticas e hipnotismo, y otros consideran el deslavazar del cerebro, es para mí el descenso, el abandono de la vida cotidiana y de la conciencia. ¡Me hago “vida”! ¡Me hago “alma”! Depongo por unos instantes el pensar y sentir físicos; no, así no es: sigo siendo yo mismo, pero me salgo, sigo siendo una personalidad consciente. Eso lo sé, porque alguien —que entonces me provocó risa— me contó que “el alma, el espíritu y la vida” son uno, pero que actuamos, pensamos y sentimos como personalidad pero que ¡como personalidad actuamos, pensamos y sentimos, vivimos lo hermoso y malo de esta sociedad, de esta vida! Ya no me río, ¡no sería capaz de hacerlo!

Me veo a mí mismo junto a esa vida: fue en la India colonial, donde viven muchas de estas personas que le han dedicado estudios, normalmente inútiles para nosotros, los occidentales, porque conllevan tantos flecos, ¡porque hay engaño!

Ahora me estoy haciendo “alma” y en este estadio pienso como si estuviera despierto. Así que ¡no pierdo “nada” de mí mismo! ¡Ahora soy todo! Todo en un solo estado, creo que en un solo mundo. Soy yo mismo y me hago diferente, me hago “mejor”, más fuerte, más consciente, empiezo a saber más de mí mismo. Empiezo a observar mi propio castillo, ahora soy capaz de hacerlo, tal como hizo René en la escalera, aunque ya sé lo que esta vida, este niño, está buscando, porque ese espacio está despertando, creciendo. ¿Puede estar más claro? ¿Es esto algo asqueroso? ¿Algo inhumano? ¿Imposible de sentir? Es parte del castillo, el cuerpo vive por medio de eso, pero nosotros actuamos, ¡la personalidad ha de saber todo al respecto! ¡Dios lo quiere! Él nos lo dio, es poderoso, oh, qué infalible es.

El pequeño René empieza a vivir, tiene que despertar a través de esos cosquilleos, es la flor en el capullo, que él abre, o la vida se asfixiará. Esos sollozos, también son berridos, gemidos, tortura... le acelera el corazoncito, que tiene más edad que el mío, también que el de cualquier ser humano, creo, por muy erudito que sea.

El pequeño René quiere saber cuál será el crecimiento para esos sistemas. ¡Y lo es él mismo! Pero ¿quién se lo enseña? ¿Por medio de qué despierta eso en su vida? Eso es lo que estoy siguiendo ahora, creo; el pequeño René quiere saber por qué los mayores nos sentimos “paternales y maternales”. ¿Es un pecado eso? ¿Tan asqueroso es eso? No se encojan de hombros, él ya se los bajará de golpe; más tarde, también eso lo verá, comenzará el pequeño René porque tiene esa sensibilidad, será mayor, más masculino. Por eso ve culitos, el de Anna, su mamá y el mío, mira a través de cualquier materia densa... ¡no es así? Esto no importa un comino, todos somos personas de carne y hueso, pero él ve además la vida, la siente, la conoce, ¡sabe qué hacer con ella! Esos fundamentos los recibo de su personalidad. Santo cielo, ¡me he hecho tan agradecido! ¡Qué sencillo es todo!

René ve “alma” y se hace espíritu. Cuando se pone a soñar, cuando tiene que vivir algo que lo noquea, que para nosotros es inhumano, es justo cuando él vive en lo “humano”, en lo cual nosotros deambulamos a ciegas. Su alma siente lo que en su personalidad ya es consciente desde tan pronto. Y eso es precisamente lo “loco”. Da una impresión loca y extraña, pero no lo es. Por eso ahora ya no me atrevo a decir que todos los locos sean anormales. Ahora cuidó mis palabras, a mí mismo; yo también me acerco a lo loco, que ¡resulta ser normal!

Ya estuve en lo que estoy ahora. Primero vi niebla, después empezó a haber luz. Fui caminando desde una noche hacia la mañana. Después apareció el sol. Exacto, entonces surgió ese sol y este sol es la conciencia para nuestra vida. Esa vida puede ser luminosa si la quieres seguir. Pero ¿qué hacemos las personas? ¿Qué seguimos? Las tinieblas en nuestra vida, todo lo que sea

asqueroso y tenebroso. Pero ¡eso no lo creó Dios! ¡Eso no está allí! ¡Por todas partes había luz, siempre estuvo allí! Hans, ¡siempre estuvo allí! Karel, siempre ha estado allí. Siempre que quieras verlo tal como Dios lo creó para tu vida. ¡Y ahora se convierte en amor!

Dios mío, esto lo he vivido más veces. No comprendía mis sentimientos ni mis pensamientos, ahora me ha venido inesperadamente. Fui caminando hasta esa sabiduría, hasta una vida y una muerte, de la que creo que no existe. ¡Ahora estoy empezando a conocerme!

Si poseo fuego en un uno por ciento, fuego del fuego divino, ¡entonces ya estoy! Ese fuegucito se va haciendo más grande y yo soy una partícula de ese fuego grande. Atízalo tú mismo y ya estás. Ahora vas a empezar. Intentaré hacerme llama, ser una. Ahora prenderé fuego a mí mismo, incendiando así mi corazón, ¡solo ahora estoy ardiendo, solo ahora voy a aquella cosa poderosa que los humanos llamamos Dios! Frederik, lo verás y lo vivirás. ¡Es divino!

Estoy conectando ahora mi chispita, mi lucecita, con esto grande y poderoso. Eso es lo universal. Me prendo a mí mismo, y por hacerlo se despierta mi vida. ¡Me he hecho luminoso!

Tengo que ver con ese fuego poderoso, soy parte de él. Por esto me he despertado, hablo mientras duermo, sueño en voz alta y sé lo que hago. ¿Qué sabe Hans de esto? ¡Es una universidad! ¡Que pertenece a René! Ya lo verás.

Repito... me enciendo a mí mismo, y al hacerlo, al despertarme a mí mismo, al comportarme de forma incandescente, al querer serlo, empiezo a rozar el otro fuego, entrando en contacto con él. Y eso es lo que es “vida, alma, espíritu”... todo esto lo gobierno. Debido a que mi alma, mi espíritu, nacieron a partir de aquello, fueron creados a partir de aquello, puedo regresar allí. Ahora creo que Él lo quiere, ¡de lo contrario no existiría! ¿No es esto maravilloso? Dicho en alemán, ¡soy “eine Eine Seelische Entzündung” (una incandescencia del alma)! Estas cosas se explican mejor en alemán, ese idioma se presta a ello. Es cierto que la mayoría de la gente no se lo quiere creer, debido a que esa mentalidad a veces es tan afanosa, con sus ínfulas, pero sí que es la verdad. ¡Estoy prendido (“entzündet”)! Estoy encendiéndome a mí mismo, estoy convirtiéndome en una lucecita, regreso a lo que es grande, por medio de René. Aquello de lo que soy una partícula me está llamando para que vuelva, me atrae, no se puede vivir otra cosa. ¡Así es! Por eso he ido a dormir ahora, para quedarme despierto, porque es lo que alimenta lo predominante en mi castillo, de lo contrario —ya lo dije— esta máquina quedaría detenida.

Y eso es lo que llamamos la muerte; ¿es eso la muerte? ¿Quién quiere hacerme reír todavía? Pero, hay que ver esa muerte loca; ¡va arrojando nomeolvides, calza pequeñas sandalias y es consciente “en vida”, mira, ama, es luz! Vas andando a tientas... estoy pisando arriates de nomeolvides, de una muerte. Me encuentro ante su máscara, que no hay, que incluso ahora ya

cobra vida por esta insignificante chispa de mí mismo, luciendo radiante, que ama. Estoy cara a cara ante ella, mirándola a los ojos; se ríe, me da paz, saber, me alcanza su mano inmaculada y dice: “¡Así está bien!”. Ya estoy oliendo ahora su aliento vital. Estoy sentado, quieto como lo hizo René, cuando ella estuvo sentada a su lado en la mesa. Me como todo lo que ella me da, está rico; hasta hace unos momentos desconocía estos alimentos, y sin embargo veo que mis orígenes han depuesto el yo campesino, porque si no me estaría viendo actuar a mí mismo refunfuñando y objetando. Pero no lo hago.

René fue a su vida por la escalera, más arriba, más hondo, descendió en su vida. En esto René ya ha llegado a la madurez, tiene la sensibilidad para ello, yo ahora la estoy asimilando. ¡Es felicidad! Ahora sé que el chico me sobrepasará, al menos físicamente, interiormente me lleva una ventaja de miles de siglos. Me mantiene en marcha, me atiza, mi máquina anda por su voluntad, su pensamiento, su vida, su alma y su espíritu.

Si todo esto es cierto, sería asombroso. El pequeño aún no se he sentado con ella en la mesa, pero ya es como un duende por su casa, y a la muerte le parece bien. Pues, sí, así seguramente será, la muerte ya habla por medio de la pequeña alma de René, que es este niño. Y eso es el sonambulismo para el chico, ¡que todavía tiene que crecer!

Continúo un poco. La vida que es René ya se ha despertado, porque si no esa misma vida no se habría comportado como lo hace ahora, habría sido en ese caso como toda la vida que nos rodea, como nosotros mismos. De modo que lo que ahora está loco —puede que esté loco—, luego, según espero, tendrá que poseer conciencia y someterse de forma consciente a la muerte, para entonces contarnos todo al respecto. ¡Ay, pequeño René! Pero entonces cambiarán también la vida y el alma, y ya ahora creo que reconocemos el alma y el espíritu, la vida y la materia. Son otras cosas que las que los humanos hemos conocido hasta ahora. ¡Ahora transito por otro camino! Adquiriré, asimilaré las cosas que Nuestro Señor ha depositado en las manitas de René.

Ahora que estoy completamente sintonizado con esta vida, empiezo a sentir y a comprender a René. Me ha entrado más luz, puedo ir a donde quiero, la verja de mi jardincito está abierto. Incluso ya veo un sendero alrededor de mi casita, y allá un pedacito de pasto cortado, donde quiero sentarme tranquilamente a pensar. Así, que me dé bien el solecito, para disfrutar y sentirse bien, para despertar.

Ahora salgo de mi casita. Sé que estoy esperando a René, a quien conozco y cuyos pensamientos intercepto. También eso es posible aquí; en este espacio, porque eso es lo que es —es un mundo— no puedes esquivar a tu propia especie, tu propia chispa, tu propio sentimiento, tu propio carácter. ¡Eso también ya lo sé! Cuando quieres a alguien significa que las llamitas llegan a una unión. Nuestra vida recibe ahora más luz, juntos somos más fuertes, y por

medio de ella vemos, sentimos y vivimos. Y por consiguiente sigue el pensar y actuar. ¡Y eso es lo que hago ahora! Esto son también las florecillas del árbol que embellecen tu conjunto, tu ser humano. ¡Es la primavera para tu alma! ¡Y es que yo me he hecho primavera!

¿Qué veo? Allá vislumbro un puntito que se va haciendo más grande, que vuela, que viene a mí. Es René, sí, ¡es el pequeño René! Allí está, el extraño. El niño es más consciente, vive.

—Tito Frederik, cuánto tiempo me has hecho esperar. Ahora vengo a visitarte, porque todavía no tengo terminada mi casa, tito Frederik, ¿no será mejor que vaya a verte? ¿Sabes lo que es soñar ahora? Vamos, ¿me miras a los ojos? ¿Lo sabes? ¿Me viste hace un rato? ¿No me porté mucho como un loco, tito Frederik? No hables, tienes que escucharme, aquí no se puede hacer todo a la vez. Tienes que dejar al instante que tome su camino, sus pensamientos, así no te accidentarás, tito Frederik. Tío Frederik, eso ya suena mejor ahora, ¿verdad? ¿No sientes la diferencia? ¡Yo sí! Bien, ya casi estoy.

¿En qué pensaba Anna? ¿Cómo pensaba mamá? ¿Tenían miedo, tío Frederik? Realmente, tienen miedo. Hay que ver a esa Anna... su culito... su memoria, su vida, a ella misma la veo, la veía, la conozco, sé todo de ella. ¡Mamá está sorda, ciega, igual que papá!

Si en este instante te noqueo, tío Frederik, cometería un error. ¡Entonces habrá tinieblas! Si no lo hago, aquí seguirá habiendo luminosidad. ¿Lo sientes? ¿Lo conoces ahora? O ¿no lo entiendes? Y ¡eso es una pena! Pero eso es el diablo, esas tinieblas hablan, te dan algo. ¿Viste este diablo, Frederik? Es una mala jugada diabólica. Esas cosas sucias ya no las hago: embadurnarme con suciedad, pero eso fue el comienzo para esto. ¿Y yo qué culpa tengo? ¿Te da miedo esto? ¿Es que es sucio eso? ¿Por medio de qué me llegó a mí la vida? ¿Por esto? Fue entonces cuando empezó, tío Frederik. Porque ¡yo entré! Eso fue lo que me despertó, y desde luego que me desperté, y me sentí sucio. Entonces hubo colorines, arte, ¿comprendes, tío Frederik?

Debido a que la máquina tenía que andar, tío Frederik, yo iba con ella. Otros niños no hacen eso, tampoco reciben nada, no lo saben, tío Frederik. ¡No lo saben! ¿No es hermoso ahora? ¡Ay, atención..., allí lo tienes, tío Frederik, allí está! ¡Es un tipo asqueroso! Es ese cochino, tío Frederik. ¿Lo estás viendo? Me busca a mí.

—Ven conmigo, René, estando conmigo nadie te hará nada. Yo ya te cuidaré. Veamos. Ven, anda, iremos juntos.

Salgo del jardincito y ¿qué veo? Un tipo horrendo.

—¿Qué haces tú aquí? Lárgate de aquí ahora mismo.

El hombre sale corriendo, nosotros le pisamos los talones. ¡Cómo corre ese tipo! Abandonamos y regresamos. Le pregunto a René... porque no lo comprendo:

—¿Conoces a ese tipo?

—Y tanto que lo conozco, tío Frederik. Cuando yo hice mal aquello, ...tal como la gente piensa, vino a mi vida. Me dio algo y cuando lo acepté volvió. Sí, cómo decirlo. Es un maldito descarado, un cochino, tío Frederik. Ese es malo, es malvado, está podrido, tío Frederik. Pero ¡yo no! ¡No quiero tener que ver nada con él! ¿Me crees? ¡En lo que ahora estoy, en lo que ahora estamos, allí es donde vive él, está él! ¡A mí me parece algo miserable!

Ahora comprendo que esto es el mal de este mundo, lo malvado, que también sigue al niño, que absorbe la vida infantil, de lo contrario este niño no sería así, creo. René continúa, ya se ha olvidado de lo malo y me conecta con otra cosa. También eso es malo, duro para su joven vida, lo tortura, lo pega, lo patea, se le abalanza encima y le muerde el sensible corazón. Dice:

—Ya se lo haré pagar, tío Frederik.

—¿A quién se lo vas a hacer pagar?

—A los chicos... quiero decir los chicos. Pero me voy por un tiempo..., tío Frederik.

Comprendo, o siento, que ahora me conecta con muchos problemas. Son los chicos, y ahora sigue otra cosa, que tiene que ver con él mismo. Prosigue:

—Pero no tengas miedo, ¿eh? Nunca, jamás, nada de miedo, ¿entendido? Nuestro padre no sabe rezar. ¡No piensa! Nunca piensa bien. ¿Y crees, tío Frederik, que no conozco a Marja? Ya viene por allí. ¿Puedes verla? ¡Oh, Marja! ¡Marja...! ¡Marja...! ¿La viste, tío Frederik?

Y de inmediato añade:

—¿Sabes por qué soy viejo? ¿Y porqué es tan vieja mi vida allá donde vivimos? No, eso todavía no lo sabes. Pero ¡si ya estás! ¡Estás buscando! Lo buscas y por eso lo recibirás, tío Frederik. Yo soy viejo, tú también eres viejo, todos somos viejos, tío Frederik, todos nosotros, papá, mamá, Anna también. ¡Todos! Y eso es lo que tiene que engrasar la máquina, pero en esto hay crecimiento, florecimiento, vida, alma, materia, está lo etéreo: ¿qué es? Pero Marja me ayudará. Papa dice: “Es empuje”, pero no lo sabe, no lo comprende. ¿Qué es “empuje”, tío Frederik?

Espera unos instantes, me habría gustado preguntarle algo, pero continúa y dice:

—Y Marja me ayudará. Ella y yo, Frederik, juntos, pero contigo, nosotros, nosotros... solos, porque tú y nosotros, y además es... Anna. Es ella. Ay, qué cansado estoy... qué cansado estoy. ¿Es eso? ¿Es esto? El cansancio me enferma, me mata. Es el cansancio, la espera... el empuje de papá. La naturalidad busca su camino, ¡y yo tengo que ir con ella! ¿Te vendrás conmigo, tío Frederik? Porque solo no puedo.

Pero, espera, espérame un momento, espera, espera. ¡Anna también! ¡Ay, tío Frederik, estoy tan cansado...!

—Tú mejor duérmete, hombrecito, aquí, cariño, sobre mis rodillas, mi muchacho. Aquí podrás descansar. Sí, lo veo, lo siento, ojalá que también lo sepa allá. Todavía es un sueño, aún no sabemos nada, pero ¿vendrá, mi pequeño René?

Oigo voces altas y me despierto.

—¡Frederik...! ¡Frederik...! Pero, ¡Frederik...!

Es Anna.

—René —dice— sueña en voz alta y habla de ti. Me da miedo.

—¿Qué hora es, Anna? Ah, ya lo veo, he dormido una hora. ¿Qué ocurre?

—Allí, puedes verlo tú mismo, está murmurando: “Marja”.

Oigo:

—Allí está, tío Frederik, la bestia. ¡Fuera de aquí, bestia asquerosa! ¡Bestia asquerosa, largo de aquí! No te necesito. Vete, animal asqueroso. Estás jugando con... ¡maldita sea, por eso me pegan, guarro!

René despierta de golpe. El niño me mira a los ojos. ¿Desde cuándo tiene esa mirada tan profunda? No creo que esta profundidad vaya a ser permanente. Erica no está, creo que Anna y yo hemos vivido milagros. Por un sueño normal y corriente, porque eso es lo que es: eso y nada más, creo. Carezco de pruebas. Aun así, el pequeño René y yo vimos las florecillas que eran parte de ello en el propio jardincito. Pero el chico está muerto de cansancio. Quiere volver a dormir y lo echo en la cama. Mira cómo se duerme ahora esa vida. El sueño no fue un dormir, no puede ser vivido como si se estuviera durmiendo, ¡es dormir!

Anna quiere saber lo que le pasa realmente al niño. Se lo cuento por encima: digo que no todos los sueños son engaño.

—Hay sueños que vive el alma y que después son procesados por la personalidad, por aquello que somos en el tierra y por lo que hemos hecho de nosotros mismos. Y de eso adquirimos algo. ¡René está soñando! También cuando está despierto está soñando aquí, pero entonces no puede procesarlo. ¡Y entonces se porta como un loco! Pero no es verdadera locura, en esos casos creo que es un don sobrenatural. Pero no lo comentes, Anna, no le digas nada a nadie, porque de todas formas no lo comprenderán. Es amor, sabiduría, felicidad.

Anna se va, pero regresa y pregunta:

—Y ¿qué tengo que pensar de su parloteo, Frederik?

—¿Quieres decir sobre tu...?

Anna baja la mirada. Digo:

—¿Te parece que significaba algo? Es una pequeña parte de la máquina. René admira tu casa, no desde el yo adulto, sino porque será él quien la explique. Recibiremos fundamentos, Anna. Ay, hija, vete antes de que me encienda una pipa...

Anna pensaba que iba a abrazarla efusivamente. Se va, encendí mi pipa y me voy a pasear. Hasta luego, palomita mía. Tengo que pensar sobre una ingente cantidad de cosas. Anna, Anna, Frederik... Frederik... René... el pequeño René... Marja... Marja... Y ¿ahora? Empiezo a pensar sobre eso. Anna, alma de mi alma, vida de mi vida, ¿no me reconoces? Sangre de mi sangre, ¿sientes mi corazón? Quién me dio estos pensamientos, no me pertenecen. Aun así, pienso, siento, sé un montón de cosas más que hace un rato antes de dormirme. ¡Cómo es posible!

—Alma de mi alma... vida de mi vida... Padre, madre, los (os) amo a todos. Oh, ¡cuánto te amo, porque sufres tanto!

Me he quedado patitieso. Hoy es el día tantos del etc., estoy fuera y ya oigo cantar a los ángeles. Pero a través de los pajaritos.

¿Qué son los sueños? ¿Qué es un sueño? Empiezo a preguntarme: ¿Estoy centrado en mí mismo? Mientras duermo, ¿estoy empezando a vivir cosas que tienen que ver con esta sociedad desgraciada? ¿Estoy soñando en voz alta? ¿Sigo siendo normal? Cuando sueño ¿estoy entonces en lo normal? ¿Estoy ahora en lo anormal? Lo que fui allí también lo soy ahora. Y esto come, camina, habla, piensa, hace cosas y por esas cosas veo si soy bueno o malo. ¡Creo que me encuentro ante los diez mandamientos! ¡Amén!

Pero ¡ya estoy! Por hoy ya basta, pero continuaré con ello, y mañana quizá también. Podrán pasar todavía semanas, meses, pero lo siento. Tengo todo el tiempo para mí mismo. Puedo hacer lo que quiera... ¡porque el pequeño René se va! Él lo dijo, y no tengo que tener miedo. Ahora a ver si se va y a mí me entra miedo. Pero ¿y los otros ahora? ¡El pequeño René se va!

¡Es Cristo!

¡Es Gólgota!

¡También es Dios!

¡Es amor!

Todo es amor. Yo también, pero yo soy todavía una chispita. Quiero hacer de mí mismo algo que arda, creo que encontré el camino. Derribé de una patada la puerta de Su templo; ¡cuánto espacio hay allí! Y ya poseo allí una hermosa casita. Allí puedo recibir a gente, a amigos. Si no recibiera otra cosa por este mundo y por aquello que es alma, ya estaría contento. Pero a ese cochino todavía no lo comprendo bien. No parece tan sencillo como en realidad lo es. Aun así, a ese tipo también lo siento. ¡René le tiene miedo! A ver, espera un poco... ¡Voy a seguir un poco más!

¡Jajá! ¡Ya estoy! Ya lo verás, Hans, esto llevará a René al manicomio. No tengo que decirlo así. Lo aparta brevemente de nosotros. René tiene que superar esto. Verdaderamente, es la suciedad de este mundo. ¡Y esa suciedad se embadurna a sí misma, pero por medio del niño! Esa suciedad quiere dibujar, pintar, pero ¡de entre este lodo aparece el “Loto”! Y eso es lo que estamos

esperando. Esa suciedad es el ser humano que tiene habladurías sobre la otra vida. ¡No inclina la cabeza ruda, es testarudo, calumnia, mancilla, deshace! Esa suciedad se divierte con la pena y el dolor de los demás. Esa suciedad se presenta a sí misma como ser humano y llama a René... xxxxx ¡Eso es! René todavía vive en el bien y el mal, no es un ángel, pero eso tampoco hace falta. ¿Qué va a hacer un ángel en este mundo? Ellos viven en un cielo, si lo hubiera. Sin embargo, este es el solecito que vemos, la lucecita. ¡Es felicidad! ¡Es amor! ¡No tiene nada que ver con dolor y pena, según ahora sé! Hans, ¡más tarde te aplastaré!

Ese mismo hombrecillo asqueroso, él en persona, ese hombrecillo camina arrastrando los pies por esta tierra y posee espacio, puede ir a donde quiera, pero manténlo fuera de tu casa. Si no lo haces, se posarán las tinieblas, también apestará, y ¡entonces todo se ensuciará! Ya tiene este espacio desde hace tanto tiempo; nosotros ya ni queremos tener que ver con esto. Lo vi claramente, también René lo padece, estorba a esta vida, sigue a su alma. ¡Y eso es estar loco!

Ese diablo es como un fantasma, está en tu interior y a tu lado, y te sigue en todo. Si aceptas su dinerito, entonces andas con él. Si estafas, si eres ingrato, si calumnias a la gente y a tu Dios, al bien, ¡entonces lo tienes a él! Está en todas partes, eres directamente hijo de su vida. Vaya..., vaya, qué fuerza tiene ese tipo, qué espacio, es algo poderoso y ¿sin embargo? No soporta la luz, y aun así lo vamos elevando hasta arriba, ¡hasta el límite con el bien y lo mejor! René todavía no tiene nada que ver con él. Eso es lo que sé ahora. Y, gracias a Dios, porque de lo contrario habría seguido toda esa suciedad y lo habría dejado irrevocablemente. ¡Me habría metido en un barrizal! Y ¿quién ve todo esto conscientemente? ¡Eso es lo que te dice la palabra! ¡Esto es lo que te dice la luz! ¡Esto es lo que te dice el sentimiento! ¡Y ahora ves el amor!

¡Este será el que tendrá que hablar ahora! Deshaz el sentimiento, ¡es entonces cuando... lo ves a él, a ese tipejo, que sabía correr tanto!

Veo el Gólgota ante mí.

¡Hacia allá construyo mi camino!

Será difícil, pero volveré a levantarme. ¡Inclino la cabeza ante todo! Ay, diablito, a mí no me vas a conseguir agarrar. Ahora que sé que estoy hartito de ti, no me vas a agarrar. A lo que me dedicaba antes no es más que una broma, ¡lo que hacía René no tiene nada que ver con pasión o líos sexuales! ¡Nada! Aunque vaya desnudo por la calle, ¡eso no dice nada! ¡Yo sé lo que es! ¡Y ahora estoy alerta! Y eso sí que merece la pena; lo que los humanos consideramos sucio es amor maternal; pone en funcionamiento la máquina, ¡no hay más!

Este diablito, gente mía, amigos, no hace nada. Lo tenemos en manos poderosas. Siempre que quieras. Él se unirá mientras haya gente en la tierra que viole, amargue, con mano dura la vida. Oh, Frederik, ¡qué maravillosamente

bien anda tu máquina! Soy tan feliz, ¿no es esto magnífico? A mí me parece que sí, ¡aunque no estemos más que empezando!

El ser humano tiene derecho a saber; alberga el impulso de conocerse, tiene que aceptar que vive como un parásito si se desatienden las leyes para el cuerpo y el alma. Unas madres paren y crean, otras se niegan a ser serviciales. Pero ¿cuándo lo comprenderá la personalidad?

¿Cuántas de estas poderosas máquinas no han sido detenidas por ignorancia? Dios mío, qué se me abalanza ahora encima. Pensaba parar hoy y procesar todo primero, ahora estoy ante un mundo. Lo que veo y siento ahora es imponente. Veo fundamentos infalibles, ya ahora soy capaz de erigir mi edificio, de delinear el conjunto, para luego comenzar con la torre. Oh, Frederik, cuando luego te venga lo final. Hans: tú y todos tus amigos expertos tendrán (tendréis) que inclinar la cabeza. Por René, nuestro loco. Mi concreto (hormigón) se mantiene bien... ¡esto son fundamentos!

Toda esta naturaleza me habla. Cuando me adentro más en esto, me encuentro ante los diez mandamientos. Es así de milagroso. Gente, no se preocupen (os preocupéis) y traigan (traed) un loco al mundo, ¡es necesario! Aunque pienses que esto no es bueno, es muy natural, sin embargo. Ya he avanzado tanto que comprendo todas estas cosas; espero que reciba el fundamento divino, el universal, porque de eso se trata para mí.

Basta con hablar a esas leyes y obtendrás respuesta, pero uno tiene que hacer todo por ello, según me entra en mi vida. Y eso quiero. Es el óleo de Nuestro Señor... lo que nos engrasa y nos hace andar, pensar, ejecutar actos que unas veces son malas y otras veces, en cambio, buenas. ¡Esto te hará aprender! ¡Oh, es poderoso! Ahora ves las nomeolvides y las margaritas, ¡ves como estas se sonríen y hablan! Ahora has llegado a una unión con esa naturaleza desconocida. Es el instante en que llevas pequeñas sandalias y en que recibes la nueva túnica. Es ahora cuando miras detrás de la máscara de la muerte y te encuentras ante la vida eterna, que aún desconozco, pero que ya viene a mi encuentro. Siento curiosidad por saber qué dirá Karel de esto.

Cuando llego a casa es él quien me está esperando. Erica está arriba. De inmediato me pregunta:

—¿Qué desgracia ha pasado ahora, Frederik? ¿Qué piensas tú de toda esa porquería? ¿Un ataque de demencia? ¿Por qué razón habla como un ser humano sensato y acto seguido ves esos fenómenos de locura, tal como me dice Erica?

—Eso todavía se me escapa, Karel. Creo que lo mejor que podemos hacer es desprendernos de todo esto. Empiezo a pensar que los humanos poseemos realmente un subconsciente. El hombre es más profundo de lo que él mismo piensa. Si poseemos los fundamentos para el alma, Karel, si verdaderamente se nos concede aceptar que esta es una personalidad para esta y la siguiente

vida, todo se me resuelve y pongo mis propios fundamentos. ¿A qué se debe que René de pronto esté tan cansado? A mí todavía no me ha quedado claro, pero ¿qué hacemos cuando comentamos cuestiones graves, cuando tenemos que procesar cosas de aquí te espero? Entonces estamos en ese mismo estado. Pero René aún tiene que comenzar la vida.

—Continúa un poco, Frederik, esto ya me suena.

—No te olvides, Karel, de que cada pensamiento posee un mundo universal. Sé lo que dicen los eruditos al respecto. Lo que para ellos es teología es algo que ya sabemos. Lo que el parapsicólogo sabe al respecto nos es conocido, Freud y todos los demás dicen cada uno lo suyo. Científicamente nunca llegaremos. Eso lo sabes, pero yo intento llegar a mi manera. Creo, Karel, que lo conseguiré, aunque, honestamente, he de reconocer que no es sencillo. No me hago ilusiones. Si te pones con la razón y el pensamiento de Kant, seguimos sin saber nada. Entonces te encuentras ante palabras vacías provistas de un tufillo científico, pero nada más. Me pregunto, Karel, cuándo somos naturales los seres humanos en nuestro pensamiento y sentimiento. ¿Qué es bueno y qué es malo? ¿No lo sabes? Cuando pienso sobre eso me encuentro ante miles de problemas. Cuando hubo esas terribles habladurías sobre nosotros y la gente se preguntaba por qué unos intelectuales eran incapaces de traer al mundo a un niño sano y una puta paría trillizos, sanos de cuerpo y mente, me encontré ante tu empuje y ante la Madre Naturaleza, que según creo, pasa por alto todo. Ella continúa y el nacimiento es algo que no está en nuestras manos. Pero ¿qué es?

Esa charlatanería no me sirve de nada, ni a ti. Da igual que se hable de sistemas de distancias o de conceptos de la razonabilidad, de todas formas no avanzaremos. Para la encarnación sensorial de todas estas cuestiones tan desconocidas, Karel, aún no se ha inventado ninguna máquina, ni la habrá por el momento, porque entonces el alma se manifestará y estará desnuda ante ti. Siempre seguirá habiendo otra máquina en la que vive: es decir, la “máscara” ante la que nos encontramos. Dicho de forma más humana y algo más clara, Karel: ¿Por medio de qué pensamos? ¿Qué es pensar y dónde ocurre? ¿Qué es cuando dices: “Te amo”? Ahora sé que Sócrates ni siquiera estaba tan loco. Siempre apuntaba hacia arriba con un dedo, es para él y su vida el espacio en el que vivimos. Exacto, es allí donde vive eso. Pero ¿qué significa eso? ¿Qué es de lo que Kant y todos los filósofos se olvidaron? ¿No se conocen a sí mismos! ¿Tendrían que haber empezado por sí mismos! Ahora te encuentras ante la máquina humana, Karel, de la que René ha descubierto el corazón. ¿Éramos nosotros diferentes? ¿No jugábamos con estos juguetes? ¿No les dábamos cuerda porque era tan divertido? ¿Te parece que eso es sucio? ¿Crees que es estar poseído? Te pregunto: ¿Es normal no mirar nunca tu castillo y descuidarlo por tanto? Pero, cielos, te pregunto: ¿Cuántos millones de personas, hombres

y mujeres en la tierra, no dejan de lado la creación? ¿Para qué hemos recibido esta máquina? ¿Por qué no dejan a René en paz! ¿Esto no tiene importancia alguna, Karel, ninguna! El chico vive en diferentes mundos a la vez, como todos los locos. Se encuentran entre este mundo —el material— y aquel para el alma, el espíritu o la vida, o lo que sea. Ahora tenemos —y es algo que tienes que aceptar— infiernos y cielos. No es necesario convencernos de que vivimos en un cielo; esta sociedad es tan mala que clama al cielo. El hombre posee el bien y el mal. El hombre es bueno y malo, tenemos algo de ambos mundos. Si abandonas esta conciencia, Karel, si no tienes bastante fuerza para vivir esta vida y si eres hipersensible —lo cual se envía directamente desde la vida del alma a lo material de la conciencia diurna— entonces tienes que aceptar ambos mundos y hablas del bien y del mal. Haces cosas hermosas o, y eso es lo que vemos ahora y no comprendemos, cosas sucias de mal gusto. Cuando veo a los locos de Hans detectamos estos fenómenos entre los jóvenes y los mayores. Y en eso es donde vive René.

¿Dónde encallará esta nave, Frederik?

—En un clínica para psicópatas. Por un breve lapso de tiempo, después saldrá otra vez. Te digo que no te dejes influenciar por Hans. Bastantes ganas de tener este conejillo de Indias, pero aunque sea nuestro amigo, no podemos permitir que tenga a René. ¿Me lo prometes, Karel?

—Ya estuve pensando sobre eso, Frederik.

—¿Sobre qué cosa?

—Sobre su estado y su tratamiento.

—Que jamás vaya donde Hans... Sea a donde sea, pero no a ese entorno, Karel, porque entonces jamás llegará a valerse por sí mismo.

—¿Crees que Hans lo está estropeando?

—¿Qué es lo que se puede estropear, Karel? No, esto no es. A Hans lo hemos perdido por el momento. Ese no se preocupa por tu hijo; quiero para René ayuda que nos dé la seguridad de que reciba un tratamiento natural. Hans intenta de todo, y eso no lo queremos. ¿Comprendes? René necesita un buen tratamiento. Está loco y no lo está, Karel. Estoy convencido de que el chico sucumbirá. No es que no pueda enfrentarse a esta vida. ¡Eso no es! No tiene nada que ver, aunque tenga un papel para su conciencia diurna. Lo único son sus arranques. Si René no fuera irascible, jamás se derrumbaría. Y también ahora esto no significa nada, creo... pero le hace malas jugadas. Lo que para él es ira, es para mí el procesamiento de toda esa materia. En el fondo sucumbe por sus pensamientos e intenta quitárselos de encima. Pero eso no es posible, por eso corre como un loco por la casa. Si esto fuera demencia natural, entonces te diría: entrégalo a Hans. Pero Hans no lo conoce y solo convierte el caso en algo más pesado y más grave, hasta que ya no haya vida y nos encontremos con un muerto en apariencia. Es mi opinión, Karel, y no

dudo de que vaya a tener razón.

—Muy claro, Frederik, pero ¿quién nos dará las pruebas?

—Eso hay que aguardarlo. A eso hay que añadir que el mal que existe en el mundo nos puede atacar a los seres humanos. Eso son los infiernos. Todavía no sé si allí viven personas que hayan conocido, como nosotros, una vida material. Pero tú y yo, y ahora también René, estamos abiertos a ellos, y eso es todo. Tenemos que vencer lo equivocado en nosotros, Karel, no hay más. Y ahora te encuentras ante milagros. Porque René llega a ver y a vivir cosas raras, de las que nosotros, nuevamente, no entendemos nada. Pero ¡ahí están!

—¿Qué significan esos nombres, Frederik? ¿Qué pasa con eso de Marja aquí y Marja allá?

—Ni idea. Si poseemos una subconsciencia, sin duda que es parte de esta. Pero también es una gran incógnita para mí.

—¿Crees que sabe dibujar y pintar?

—Deja que esa alma haga lo que quiera, Karel. ¿Qué puede suceder? En su carácter vive el deseo de dibujar. Dale esas cosas y deja que haga sus chapuzas. No veo problema alguno en esto. ¿O lo ves tú de otra manera?

—¿Vas a comprarle esa basura? O mejor esperemos hasta que lo vuelva a pedir. Yo no tengo nada en contra, pero sí que es extraño.

—¿Qué es extraño, Karel? ¿Mozart también se comportaba de manera extraña cuando de niño iba gateando hacia el piano de cola?

—¿No querrás hacerme creer que esto sigue teniendo que ver algo con arte?

—Yo por mi parte creo que sí... Karel, por mucho que pasen tantas de esas cosas diabólicas. Se me hace imposible creer que René se vuelva completamente loco. ¿Que si esto es arte? No... no tiene nada que ver con arte, pero deja que haga sus chapuzas.

—Tengo miedo que ocurra por impulsos ajenos.

—También en eso he pensado. Pero ya lo ves, hoy está completamente loco, mañana vuelve a estar normal. Yo lo veo como una manera de tenerlo ocupado. ¿Y cómo va terminar todo eso? Aguardaremos, más no se puede hacer. ¿Hay algo más?

—No lo creo... tengo la cabeza hecha un caos. Dios mío, ¿a dónde vamos a ir a parar?

—Al despertar natural, Karel. No hay más. Ya ha habido más de estos locos en la tierra. Después se convirtieron en genios.

—Vamos, vamos, dejémonos de perifollos, Frederik. De tontadas.

—Lo sé, pensaré en ello, no me excedo, intentas de todo. Todos tenemos que ver con ello, no nos deja dormir, tenemos miedo, porque es una vida que nos pertenece. ¿Qué haces ahora? De todo, hace algún tiempo esto nos llevaba a videntes. ¿Cuántos eruditos se ocupaban de él? ¿Qué es epilepsia?

—Ahora que hablas de eso, ¿de dónde vendrá ese repentino sueño? Yo no

veo nada anormal. Y sin embargo, allí está.

—Sí, ¿será esto tal vez el sueño hipnótico de nuestro amigo? Creo que tiene que ver con todo lo demás. Creo que cuando ocurren cosas en su interior que forman parte de este interior, queda repentinamente arrancado de su conciencia diurna. Eso a mí me dice que el interior es predominante. La máquina material ya no tiene nada que decir entonces. ¡Él mismo es el aceite para la máquina! ¿Y él mismo se va hundiendo y se queda dormido? No sé cómo funcionan estos sistemas y cómo están sintonizados unos con otros, Karel, pero me parece que esto desde luego merece la pena.

—¿De dónde sacas todas estas explicaciones?

—Pienso sobre esto, Karel. Me repaso a mí mismo y la vida, y hago comparaciones con el yogui oriental.

—De modo que ¿sí que partes de eso?

—¿Hay algo en este pragmático mundo occidental que lo explique?

—Eso no, pero ¿es posible hacer comparaciones?

—Por qué no. Pero ahora estamos ante problemas que no puedes aceptar así sin más.

—¿Cuáles son?

—¿Todavía me lo preguntas? ¿Qué es alma...? ¿Qué es espíritu...? ¿Per vive el alma eternamente? ¿Está por primera vez en este mundo? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Ya es el alma una personalidad cuando entra en la madre? ¿Es un entidad propia? ¿Entonces dónde habitaba antes? ¿Qué hace ahora aquí? ¿Por qué es padre? ¿Por qué, madre? ¿Por qué unos se vuelven locos y otros son genios?

¿Por qué riqueza y pobreza? ¿Por qué blanco y negro? ¿Por qué...? Puedo formular miles de porqués, pero no tenemos respuestas concluyentes a ninguno de ellos. Y esos asuntos los descubres en Oriente. ¿Que si René vive en ellas? Entonces ya nos encontramos ante los enormes problemas del alma. ¿Qué dicen los espiritistas, los teósofos? Que así es. Ciertamente, no tenemos por qué desdeñar las doctrinas del Antiguo Egipto, pero ¿llegas tan lejos? No tenemos fundamentos, Karel. Todo está todavía en el aire, pero es poderosamente interesante. Eso es lo que me hace cavilar, no hago otra cosa. De cuando en cuando recibo un pequeño fundamento de esos.

—Tienes tiempo para ello, adelante, Frederik. Te agradezco tu ayuda, cómo apoyas a René, ¿eso lo sabes!

¿Qué opinas de esa escuelita? ¿Vamos allí?

—Aquí no hay otra cosa. Tenemos que desprendernos de eso. Ya veremos. Si no funciona, pues entonces otra vez para casa.

—Me asustan los años de la pubertad, Frederik.

—Ya me imagino... Pero también la tiene que superar. Serán años difíciles para él, pero llegará.

—¿Sigues manteniendo eso?

—No retiro ni una sola palabra, Karel, ¡ni una!

—Tienes mi respeto, no soy tan obstinado, eso lo sabes.

—Es posible, no puedo hacer otra cosa, se ha convertido en mi vida.

—Hombre, cómo has cambiado los últimos años.

—Me he despertado un poco, Karel. Ahora pienso un poco más allá y voy hacia mi tercera juventud. Nada más.

—¿Tomas clases de logopedia?

—Vaya susto que me acabas de dar, Karel. Toda mi vida he guardado silencio y he mirado a mi alrededor. Siempre reflexionaba y no era capaz de abrir la boca. Me ha hecho sufrir muchísimo. Me conociste cuando todavía estaba metido hasta el cuello en eso. Ahora diría: ¡Gracias a Dios! De verdad que estoy contento de haber callado tanto. Pero ¿es posible para un ser humano? Es mi naturaleza. Por pensar y callarme así, Karel, se me concedió ver mejor las cosas en este mundo. Era como como ser sordomudo, no sabía expresarme, sobre todo no cuando estaba entre la gente. Me sacaba de quicio, pero no servía de nada. Me oponía, el mismo resultado. Ciertamente, en esa época tomaba clases de logopedia, pero ya tuve que dejarlo un mes más tarde, no servía, era un caso perdido. ¿Y por dentro? Me daba discursos a mí mismo. No conseguía decir ni pío. Entonces renuncié. Ahora me sale solo. He pensado sobre todas las cosas. Por eso sería capaz de envidiar a un sordomudo. La gente habla demasiado en este mundo. Lo primero que tenemos que hacer es callar. ¿Cuántas cosas no tienen que enmendar quienes han vertido sobre nosotros todas esas desgracias, toda esa charlatanería? Yo nunca fui parte de eso. La diversión hueca no me decía nada. Reflexionaba sobre las cosas. Pensaba que si algún día fuera capaz de expresarme como quería, que aparecerían palabras que no echarían a nadie para atrás por su aridez. Ahora ya me estás diciendo que tengo talento para escribir. A mí me parece estupendo, me llegó de tanto callarme y por fin penetró hasta lo social consciente. Ahora las palabras me salen volando de la boca, por sí solas, o ¿es otra cosa? ¿Qué es, Karel?

—Lo desconozco, me llama la atención que pienses tan bien y tan claramente.

—Estoy ascendiendo. Estoy en flor, Karel. Es la primavera, aunque vivamos en el frío... ¡la primavera, eso es!

Ahora bajamos del escenario. Karel se acerca a Erica. Me voy a dormir y a pensar. Aquí, atrás, ya comenzaron con los siguientes cambios. En la sala hay tensión, y verdaderamente, hubo margaritas para René. Se lo deseamos de corazón. Dado que esta obra te arranca tu propia máscara, la gente se agolpa delante de las taquillas, viene de todas partes a nuestra sala de teatro, cargada de flores. Entre la gente hay quienes ya llevan pequeñas sandalias con hermo-

sas túnicas, pero esos son los espiritualmente conscientes, esos ya no llevan máscaras. Tuvieron la fuerza de arrojarlas ellos mismos. Esa gente ya no tiene nada que ocultarnos, nada de nada. Yo quisiera haber avanzado lo mismo que ellos, porque entonces estaría ante la inmaculada claridad.

¿Qué nos trae la siguiente escena? Dolor, pena y desgracias. Esperemos que eso nos haga crecer, ¡despertar sería mejor! ¡Abajo las máscaras! Así se llama la obra... inclínense ante el Mesías, ante Cristo, ante Dios mismo. ¡Porque vendrá!

¿No es sorprendente?

¿Y esto es lo que llamas un niño prodigio espiritual, Frederik?

A René le ha dado ahora por dibujar. Se abalanzó sobre su botín como un lobo, jamás he visto algo así. Estaba verdaderamente hambriento por este material para dibujar, lo cual una vez más da que pensar. Es como si su alma lo viera y valorara como comida y bebida, pero a nosotros se nos escapa. Y te quedas sorprendido del alcance de sus chapuzas. Ves líneas, claro, con eso empieza. Pero es posible constatar una meta, un cálculo, aquí no se está dibujando a tontas y a locas, su alma joven y vieja piensa. Solo le falta todavía rutina, creo, y entonces veremos surgir cuadros. Incluso está colgando de la pared sus bosquejos. Anna ya recibió varios, la habitación de Erica está repleta de ellos y yo también recibí sus muestras de arte. Pareciera que para eso incluso renuncia a comer y comer. Dibuja con avidez, no encuentro otra palabra para ello. Y lo que más le gusta es garrapatear el papel con colores chillones. La caja con pastel que le compré ya nadie la puede tocar, es lo más valioso y hermoso que posee. Nosotros decimos: gracias a Dios..., la paz ha vuelto a casa por unos instantes, hay que dejarlo a su aire. Karel también se da cuenta ahora de que esto le relaja el alma.

Me fijaba en todo. Naturalmente también en aquellos rasgos de su letra, por los que nacieron todas esas notas. Y parece que aquellas intentan dar forma y espacio al conjunto, pero después de unas horas mi idea había cambiado. Entonces vi otra imagen, que me puso a pensar y que solo yo conocía y reconocía. Estoy a su lado, viéndolo, pero tengo que irme. No consiente que haya espectadores. Le molestan, según Anna, que igual que yo tuvo que largarse. Cuando tiene que bajar para comer me vuelo rápidamente en su habitación. Y ¿qué veo? Un pequeño paisaje... Percibo que representa una pradera con un solo árbol. Adivina adivinanza, ¿qué es?

Cuando tienes la cosa delante de ti, así, sin más, no le ves nada. ¿Que puede verse cuando un niño pintarrajea sobre el papel un trozo de tierra y pone un árbol encima? Ese lío tosco allí arriba en ese árbol, Frederik, son... —me dije— tus florecillas y las de René. ¿Está el niño representando su subconsciente? No cabe otra posibilidad. Y ahora comprendo a la vez su hambre, su sed de dibujar y pintar. ¡Esto es para mí otro fundamento más! Dios mío, qué barato es todo, te lo dan todo gratis. ¡Te doy las gracias!

Y después había otra cosa que me interesaba sobremedida. Imagínate un jardincito, una pequeña valla, una silla con un muñequito y sobre este muñequito otro muñeco muy pequeño, un poco hidrocéfalo. Delante de esa valla otra persona con piernas largas, un poco falsa, lista para salir por patas.

Debajo del dibujo pone “bu”. ¡No pone René, sino bu...!

¿Cómo dice usted? ¡Que los niños simplemente se ponen a dibujar! ¿Qué es inspiración? Más tarde volveré a tratarlo. Esto me supuso un golpe en pleno rostro. Ese dibujar me punzaba en el corazón, de tal manera que me obligaba a postrarme y dar gracias a Dios por todo esto. Que me tachen de santurrón, pero ¡lo hice! Erica me preguntó por qué estaba tan callado y Anna pensaba que últimamente yo había dormido mal, pero todos lo estaban padeciendo, Karel ya me daría algo. Pero no necesito sus artes. Prefiero las de su hijo loco, me dice más, me habla a mi alma, espíritu, vida y corazón, él de pronto te arranca, sin más, la máscara de la cara. ¿Qué dices?

Me dejó completamente alterado. Intenté de todo para que se me diera acceso a ese proceso de dibujar. Le hice creer que me interesaban muchísimo y que tenía en mente un juego muy hermoso de tizas, que le compraría más adelante cuando se le diera un poco mejor. Entonces preguntó René:

—¿Te parecen bonitos, tío Frederik?

—¿Cómo voy a poder encontrarlos bonitos si ni siquiera me dejas que los vea?

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Que no te dejo, tío Frederik? Ven, no hay problema, no sabes cómo me gustaría.

¿Ves? Allí estás, otra vez, como de costumbre. ¿Eso lo dije yo? ¿He dicho yo, tío Frederik, que no podías entrar a mi habitación? ¿Te puse yo de patitas en la calle? ¿Me comporté raro? ¿De verdad? Para nada, creo; eso lo habrás soñado. Entra, adelante, me encantaría. Son hermosos, ¿verdad que sí, tío Frederik? Haré uno para Anna. Llama a Anna, por favor. Que mamá también venga, por qué no. ¿Qué dice papá de esto?

Es una ristra de preguntas... pero ¿qué tienes que responder? Yo ya lo sé: nada. Échate a correr, no hay problema, ya te conozco. Pero qué sorprendente es un ser humano, un loco.

Durante días se ocupa de esto. No malgasta ni una sola hora. Y no quiere que sus compañeros de escuela lo sepan. Tampoco eso es normal, otro niño andaría precisamente pavoneándose con sus cosas, él no. Pero este muchachito dibuja que da miedo. Y eso, pues, es, hasta donde alcanzamos a saber, su interior. Ya no sé ahora cuántos de esos muchachitos conocemos. Y después hubo otra cosa. Son precisamente las cosas que no tienen nada que ver con la conciencia diurna que adquieren forma y significado por y para él, y que él modela. Vi una cabecita. Ya sabes qué aspecto tiene algo así: un círculo con ojos, la boca dos rayitas, unos garabatos y ¡listo Calixto! Pero debajo leo Marja... se veía claramente. ¿De dónde saca este nombre? ¿Por qué ya es capaz de escribir? Sí que aprendió un poco de Anna, yo también le di algo, pero ¿esto?

Un poco después se viene corriendo a mí y dice:

—Toma, tío Frederik, y ahora arréglatelas para llegar arriba. Este es tu

camino.

Treinta y dos rayitas flanqueadas por una raya, tapizadas con colores rojos chillones, una llanura, un cuadrado en la pared. En ambos extremos de la escalera un par de muñequitos. Uno de ellos yace tendido sobre la escalera, el de arriba está sentado. Me es un misterio cómo lo ha conseguido. Pero esa escena la conocemos, lo tenemos tan solo unos días a nuestras espaldas. ¡Ese es René! Lo recibo de él: mi escalera, mi ascenso, hacia arriba. Cómo es posible. ¡Es un dibujito fruto de la conciencia diurna! Él estaba allí sentado durmiendo. Estaba muy dormido y sabemos lo que sucedía en ese instante. ¡Todo me está hablando!

Erica y Anna no se dieron cuenta. Creen que no hace más que embadurnar el papel. A Karel sus cosas le parecen típicas de un muchacho. Pero ¿por qué no vas un poco más allá? ¿Tengo que hacerme creer a mí mismo que todo esto son imaginaciones? Aquí estoy viendo a un chiflado que está representando mis pensamientos y sueños, o lo que sea. Estas chapuzas a mí me valen una fortuna. También sé que esto no tiene nada que ver con el ocultismo, que no es espiritismo, aunque los dibujos los haga el diablillo. Esto es suyo y está en sintonización con su vida; su alma se está manifestando por medio de estos dibujos.

Por eso puede leerse en el diario:

“Hoy de nuevo experimento milagros. ¡René es un genio! No solo hoy se me da la razón, sino también mañana, y, si Dios quiere, también dentro de años. ¿O no es esto un niño prodigio? ¿Seguro que habrán comprendido todos esos padres de niños sanos y locos las chapuzas de sus hijos? ¿Viste ese diablito por allí? ¿Reconociste la pequeña valla y el pasto bien cortado, Frederik? ¡Claro que sí!

Estos medios me devuelven a miles de asuntos. Si René transmuta sus sentimientos en líneas y colores, entonces ¿por qué un niño dentro de su madre no sería capaz de transmitirle lo que siente? ¿Ves, Frederik? Vamos colocando una piedra tras otra, voy arrastrándome hacia arriba, igual que René, es mi camino, mi vida.

Y al pie figura un “bu”, como muestra de aquello por lo que vive todas sus desgracias. Dibuja desde su subconsciente, que para mí es un mundo. Yo estaba en ese mundo, lo había sentado sobre mis rodillas. ¿Eso es el subconsciente? ¿Lo tenemos tan a nuestro alcance? ¿Es eso lo que nos hace vivir? ¿Es eso lo que nos mueve? ¿Nos envuelve por completo o estamos justamente al margen de él? René ya lo está demostrando ahora. Por medio de ese montón de chapuzas corrientes y molientes nos sirven a los seres humanos adultos lo que es bueno espiritualmente. Pero entonces somos capaces de conocernos a nosotros mismos. Qué profunda es entonces el alma del ser humano. ¿Cuántos espacios tiene el alma? Puedo seguir haciendo preguntas. Esto son

milagros. Y, además, todavía no estamos. ¡René es un *niño prodigio espiritual!*

En los siguientes días ya no pude descubrir nada especial. Ahora también dibuja sillas y mesas y perros y gatos, y colorea los animales. Cuando pinta árboles no son verdes, sino áureos. Y también eso lo comprendo. Así fue dibujando y pintando durante todo su tiempo libre. Recogía su tinglado con escrúpulo, nadie podía tocarlo. Me fijaba si se llevaba algún dibujo, pero, no, porque ni los chicos ni las chicas podían verlos. Supongo que en primer lugar por temor a las críticas, pero no sin fundamento. El interior no quiere ser comprendido, es el diablito. Ese envía desde dentro la orden de “¡Cuidado!”. Por eso teníamos que salir primero de la habitación. Y este fenómeno guarda relación con su comportamiento extraño. Gracias a esto hablamos con el loco. El loco en él quiere estar solo, René como ser humano material, no. Este quiere hablar. Este quiere que mires sus cosas, lo inconsciente teme al ser humano consciente, son dos mundos entretreídos, que sin embargo poseen un alma propia con una personalidad. Así es como lo veo yo. Y además así debe de ser. Me quedé otra vez a la espera, pero recibí sorprendentes fundamentos. Precisamente por esos dibujos estoy empezando a ver detrás de su máscara. La máscara se delata a sí misma. ¡Era miedo! Esto es el instinto de conservación en el ser humano, esté loco o sano; todo lo que vive, sea cual sea el grado en que nos encontremos, lo tiene, lo cuida y lo protege. Y eso lo puedo aceptar.

Últimamente las cosas iban bien en la escuela. Lo llevamos y recogemos, y no podemos quejarnos. Cuando llega a casa, se va corriendo arriba a dibujar. Parece que no se va a hartar nunca de tanta pasión con la que se vuelca. Y cuando pensábamos que habíamos llegado nos zurró una tormenta, oímos gruñidos de un oso y aullidos de un chacal. Yo y Erica vimos serpientes, y también Anna se había vuelto a alterar por completo.

El niño no lleva ni media hora arriba cuando oigo unos tremendos crujidos. Subo como una flecha y veo que está haciendo jirones todo lo que había hecho los últimos días. ‘Extraño, también’, pensé, ‘lo que no tiene que ver con su subconsciente lo rechaza’. Es una lucha de vida o muerte. Esto es la continuación. Que haga lo que quiera, lo que pueda, mañana se estrellará, porque están en pugna la conciencia diurna y el subconsciente o inconsciente. Y eso es lo que la gente considera locura. Realmente, hemos conocido momentos en que jurarías que era normal. Y ahora esta miseria.

Tiene espuma en los labios. Da golpes a diestro y siniestro, es fuerte como siete juntos, muerde y pega como un energúmeno. A Anna la mordió en los brazos, A Erica casi le saca los ojos a arañazos. Lo agarré entre los brazos y lo sujeté, pero daba tirones para intentar liberarse. El final de la historia fue que se le ató encima de la cama con la sábana de fuerza que mandó hacer Karel. Y allí está ahora el pequeño René.

Dormido... muerto de cansancio, el niño no es consciente de nada. Las mujeres vuelven a sollozar. Karel lo único que quiere es hablar. Ahora vuelve a decir:

—¿Y esto es lo que llamas un niño prodigio espiritual, Frederik?

Porque eso es lo que me esperaba. Naturalmente, para variar no sé qué decir. Tienen razón, de nuevo. Pero René está enfermo. ¿Qué tenemos que hacer? Karel no lo sabe. Esperaremos hasta mañana.

Anna le llevó su leche, habla con él, pero no obtiene respuesta. Lo intento, no dice ni mu. Llega Erica, nada. René se ha vuelto sordomudo de nuevo. Mujeres llorando, un hogar sombrío, miseria y más miseria. ¿Terminará esto alguna vez? ¿Cómo será? He tenido que oír al menos diez veces: “¿Y esto es un niño prodigio?”. Que si soy yo, o es él, no es cosa de ellos. Somos René y yo. Los dos estamos locos. En el fondo, todos. Y después a esperar otra vez.

Así nos quedamos hablando todo el día. Pero no hay cambios. Allí está, acostado, como una piedra, como si la tormenta hubiera sido domada, como si los osos hubieran sido echados de casa y el chacal se hubiera asfixiado con sus propios aullidos. Pero viene algo más; no sabemos qué es. Estamos esperando. René ni come ni bebe. Tres días después surge nueva vida en esta alma. La máquina vuelve a rular.

—¿Está lloviendo, tío Frederik? —me pregunta.

Digo:

—No.

—¿Puedo ir entonces con usted al bosque?

—Pues, claro, por qué no. Te hará bien.

—¿Qué tal la escuela, tío Frederik?

—Bien, René.

—¿No te pegaron ni te dieron patadas, tío Frederik?

—A mí no, René, ... ¿a ti sí?

—Otra vez se estaban metiendo conmigo, pero los agarré.

—¿Hace unos momentos?

—No, mañana..., ¡es mañana...!

—Vaya, con que mañana. ¿Quieres comer algo?

—¿Si me lo dan? ¿No está mamá? ¿Ni Anna? ¿Y cómo les va a los enfermos de papá?

—Bien... ¿quieres ver a papá?

—¿No tendré que hacerme médico, verdad, tío Frederik?

—No creo. Pero ¿y por qué no?

—Se me hace tan desagradable eso de estar enfermo. ¿Ya les dieron ropitas nuevas a las gallinas?

—El sastre ya ha empezado a hacerlas.

—Ah, pues entonces de acuerdo. Y ahora mi leche... ¿Anna? ¿Anna? ¿Vas a darme mi leche?

Anna y Erica entran a la vez en tromba. Aquí está tu leche, chico. René lo apura con grandes tragos. Quiere más. Vemos que engulle cinco vasos de leche, uno tras otro. Y ahora falta su huevito...

Anna entra un poco después con él. René dice:

—Nosotros también tenemos cosas de esas, ¿no es así, tío Frederik? Y las gallinas son como mamá y Anna... Papá está dormido, si no ya pondría muchos más huevos. A mí bien que me gustan.

Anna y Erica han vuelto a bajar. Sienten que aquí ya no son bienvenidas, los hombres tienen que estar entre ellos. Lo único que conseguiría sería alterarlas. Escucho... ¿qué oigo? Otra vez algo nuevo... Qué pena, pero qué pena, ya iba tan bien la cosa. Cuando le pregunto lo que está haciendo dice:

—Estoy haciendo pis en la cama... Pues está Anna, ¿no?

‘Ahora esto se va a desmadrar’, pienso. Esto de verdad que no me lo había esperado. Esto se va a convertir en una pocilga. Qué lástima..., qué lástima, pero Anna ya lo está bañando. Miro y constato que lo salvaje ha abandonado su vida. Los ojos los tiene algo apagados, pero aun así hay algún destello, lo que no me convence. Te viene como la luz de un faro, pero al instante vuelve la oscuridad. Qué incomprensible es esta vida. ¿Son así todos los locos?

De improviso te pregunta con soltura y de forma consciente por diversas cosas; sí añade algo de cosecha propia, porque en su mente, donde reina mucho cansancio, hay fantasmas. Poco después vuelve a ser sordomudo. El baño y la comida le han sentado bien, el cuerpo y el alma están cansados, agotados, el organismo humano se sume en un profundo sueño. Tú duermes, que descanses, entonces no puedes hacer diabluras y no molestas a nadie. Me voy a mi habitación y reflexiono.

Así van pasando las horas: durmiendo, comiendo, bebiendo, de vez en cuando pierde un poco los estribos, y nos vemos obligados a velarlo y atarlo. Ir a la escuela está fuera de cuestión. Aun así, esta vida vuelve a incorporarse mal que bien, es un continuo sube y baja por la escalera, ves que la personalidad descansa y que se descontrola. Así van pasando las semanas, no hay progreso. No piensa en dibujar ni pintar, es como si jamás hubiera tenido un lápiz en las manos. Creo que se ha hecho mayor, empiezo a pensar que todas estas cosas le servirán para abrirlo y despertarlo. Sabe que es un hombre. Huele los huevitos... huele muchas veces, pero no dice palabra. ¡Eso me lo conozco! Lo sé de antaño. ¡Muchos chicos han querido conocer este problema, todos somos iguales! Pero eso le hace pensar, vuelve a haber fantasmas en esa mente, ya lo verás.

No ha pasado ni una hora cuando se vuelve a armar la marimorena. Está tranquilamente sobre la cama, de repente se desliza fuera de ella y con un

zapato rompe un cristal. Después va golpeando las puertas y amaga con pegar a su madre y Anna. Tengo que intervenir y el final es: de nuevo la sábana de fuerza. Como un perro, ha querido hacer jirones esa cosa, pero resulta demasiado recia para sus dientes. No ha llegado a hacerlo. La vida en su interior quiere ser libre, pero anda a la greña con todo en la sociedad, sin excepción. Es un caso perdido, según constatamos. Nos parece que no avanzamos. Karel ya se arrepiente de que lo hayamos puesto a dibujar. Y como si su alma lo oyera, como si le divirtiera, me pregunta a la mañana siguiente:

—¿Puedo volver a dibujar, tío Frederik?

—¿Tú? ¿A dibujar ahora?

—Oye tú... Un poco más de respeto, tío Frederik. ¿Por qué no lo preguntas un momento?

Y yo a Karel:

—¿A ti qué te parece?

—¿Y a ti? ¿Otra vez más desgracias?

—Yo para mí, Karel... lo veo de otra manera. Déjalo, anda. En cualquier caso, nos trajo algo de tranquilidad.

—Lo noto. Ya no sé qué hacer. Dios mío..., ¿cuándo acabará esto?

—De eso también ya hemos hablado muchas veces. Déjalo, anda.

—Esas chapuzas lo han estresado... Creo que voy a volver a darle un tratamiento.

—No lo hagas, Karel.

—¿Por qué no?

—Porque ya se está tratando a sí mismo. Solo le apaleará el cuerpo. Eso hace sufrir al alma.

—¿Desde cuándo entiendes tú de locos y enfermos, Frederik?

—Me dedico a la telepatía, Karel.

—Vaya, ¿en serio? Pero ¿qué quieres? (—preguntó).

No quería haberle dicho nada de lo que sabía, porque de todas formas todo le da risa, sobre todo cuando es algo nuevo. Sondé su estado y dije:

—René hace curas para él mismo, Karel.

—¿Qué quieres decir? Pon tus cartas boca arriba.

—Ya sabes lo que pasó hace unas semanas. Aquello de la escalera. Eso de ir trepando lo ha dibujado.

—Majaderías, Frederik, alucinaciones. Exageraciones. Pues, a ver, ¡demuéstralos! (—dice).

Voy a buscar ese dibujo.

—Mira aquí... esto es la escalera, la pared, el pasamanos. Está sentado arriba y abajo. Cuando esta cosa estaba lista dijo: “¡Para usted, tío Frederik! Ahora mejor vete arriba, o arréglatelas para llegar arriba. Y yo ya he empezado a subir poco a poco”.

—No me hagas reír, Frederik. Estás empezando a chochear. Fíjate en lo que hagas.

—Todo eso está muy bien, puedes decirme lo que quieras, Karel. Pero, y esto, ¿qué? Ven, acompáñame un momento.

Contamos los peldaños.

—Treinta y dos rayitas, treinta y dos peldaños... Después estás arriba.

—¿Qué quiere decir esto?

—Pero ¿es que no entiendes nada, Karel, o es pose?

—Diablos, no entiendo lo que quieres.

—Calma, calma... no pierdas la calma, tranquilo. René dibujó esta escalera. Vi que había parecidos. Conté los peldaños y coincidían. ¿No te dice nada esta sencilla chapuza?

—No, nada... ni torta, si quieres que te diga. Para esto soy demasiado pragmático, gracias a Dios, si no yo también me hundiré.

—Te agradezco tu sinceridad. Pero, a ver, espera un poco.

Traigo el dibujo en el que está escrito el nombre de Marja.

—Mira, Karel, otra de esas cosas raras. Un arco a modo de cabeza, rayitas en lugar de ojos y boca, la barbilla descende y es un bodrio. Esa es Marja. René está sentado en la escalera y está hablando de esta cabecita. Ella y yo... nosotros... juntos. Todavía no sé si son sandeces. Pero ¿de dónde saca un niño así semejante nombre tan claro? ¿Es solo una necesidad?

—¿Me quieres hacer volar, Frederik? ¿Tengo que empezar a ver a mi hijo como sobrenatural?

Erica entra, nos oye y dice:

—No entiendo para nada lo que era, Karel, pero vi un universo, tan hermoso, tan bello, sus ojos eran tan increíbles, su mirada, su morrito. Entonces pensé que había dado a luz a un ángel. ¿Y ahora? Todo ha vuelto a desaparecer, es imposible que un animal se comporte así (—dice).

Allí estamos de nuevo. Quiero añadir algo:

—Sea lo que fuere, Karel, no reacciones a nada más. Aguarda, pero ya no me preguntes nada más. ¿Un gran misterio? Eso es cosa tuya, pero a mí déjame en paz... (—digo).

René ha vuelto a dibujar. Ahora ve las cosas de otra manera, se dedica a dibujar a escala juegos de tazas y a colorearlas. He de reconocer que le sale bien. ¿Que si seguirá así? Pero ahora veo que la conciencia diurna le ha ganado la partida a ese asombroso yo desconocido. Ojalá todo vaya bien. Apenas dos días... y ya se había vuelto a armar, con el siguiente final: amarrado a la cama. Ya nada de comida, solo quiere beber. Karel al final sí que lo está tratando, ve cómo va debilitándose su hijo ante sus propios ojos. Y eso no marcha. Ahora estamos esperando otra vez... siguiendo a esta vida, es un lío extraño, al menos para ellos, ¡para mí, no!

“Ahora estamos de viaje”, dice mi diario... “Ya hemos vivido muchas cosas; creo que nos acercamos a la selva. Tampoco están tan mal esas panteras y esos osos pardos, las serpientes son más peligrosas... porque están debajo del pasto y de repente te muerden. Así es como quedó herida Anna, con unas vendas volví a arreglar el asunto. Yo soy quien elabora el cuaderno de bitácora. Karel echa carbón al horno como un fogonero de toda la vida... Es el encargado de las provisiones, creo, pero tampoco lo tengo muy claro. Pero, estamos de viaje...

Fue hace mucho tiempo que predije todas estas cosas. No sé si esto es predecir. Uno diría, sin embargo, que esto se ha convertido en ‘saber’, o sea, por una seguridad que traduce las cosas infaliblemente y que te las transmite, igual que como René las tiene que vivir. Todavía tenemos que experimentar si hay diferencias.

Hoy: llegada de una carta de Hans. Se va a casar allá. Veremos a Hansi. La verdadera fiesta ya la vivió allí. Lo que viviremos aquí será a la postre para todos nosotros una fiesta.

Siento mucha curiosidad por saber qué clase de mujer es Hansi. Tengo un poco la sensación de que nos querrá echar a la calle. Pero bien puedo equivocarme a fondo. Aun así, tengo miedo. Hay algo en mí que me advierte, que me dice: ¡Cuidado, Frederik! Pues así seguramente que debe de ser entonces...” está escrito..., y me voy a dormir.

René está en buenas manos... en casa reina el silencio, no nos falta de nada, y respiramos. Cada día, algo nuevo. A Karel ya nunca le cuento nada. No es tan sencillo mirar detrás de las máscaras. Ahora sé que lo que para mí son revelaciones, ellos simplemente lo apartan de un manotazo, a la cloaca. Y cuando buenamente pueden, ellos mismos se echan allí. Y entonces oyes:

“¿Tengo que considerar a mi hijo sobrenatural?”. No, para nada, eso ya lo hago yo. Soy feliz de que no llame a Hans. No sé lo que es, una vez más eso te entra así, sin más, y entonces te advierte. No lo sé, pero sí que está. ¿Que para qué sirve todo esto? Ya le encontraré un nombre. Creo en todo y tengo confianza en el futuro. Lo que ellos piensan de esto y cuánto asimilan es algo que no es asunto mío. Cuando haya disparos ya se despertarán.

Sigo un rato ante mi cuaderno de bitácora. Anoto: “Soy el hombre en torno al cual en el fondo gira todo. Yo me encargo de las balitas. Si no estuviera yo aquí, ya se habrían liado a puñetazos y unos habrían matado a otros de forma consciente. ¡Por la miseria y las desgracias!

Lo que viví antes, hace años, ahora lo veo a mi alrededor y está echado en la cama bajo una sábana de fuerza. Incluso antes de que naciera, esta vida ya se desmadraba, tanto que todo volaba por los aires. Ahora está dibujando, pintando... igual que antes, pero con más nitidez, y todavía siguen diciendo que no pasa nada. ¡No lo ven, porque no quieren arrancarse sus propias más-

caras! ¡Así es!

Seguimos. Palmeras por encima de nuestras cabezas, a lo lejos el murmullo de un riachuelo. Veo sombras. Estoy buscando el árbol en flor. Los porteadores tienen miedo, mala señal, pero yo estoy en mi puesto. Me entra sueño y me echo a descansar. Lo que aguanta un ser humano mayor. Y sin embargo, me siento como si tuviera veinticuatro años. Ahora oigo algo... ¿Quién está diciendo por ahí 'Hola'?

¡Ajá! Fue el clarividente, la estrella. ¡Tus majaderías no han prosperado! ¡René sigue viviendo! Y yo también estoy aquí todavía, y mi casa la vendí la semana pasada a un buen precio. Así que no hubo ningún incendio, pero eso yo ya lo sabía desde hacía mucho, porque no estaban mis vecinos”.

¿Quién más? ¿Qué más? Nada más. Buenas noches a todo el mundo.

¿Sientes este silencio? ¡Qué silencio, sí, qué silencio...!

Frederik..., ¿qué tal mi Hansi?

Entretanto, hemos envejecido un mes. Según lo que se nos concedió aprender hemos tratado las cosas cotidianas, y hemos conseguido mantener la paz y la calma en la casa. No es cosa tan sencilla cuando tienes a un loco de estos en tu casa; aún así no podemos quejarnos. René cambia a cada hora que pasa. Pensamos conocerlo, al menos Erica y Anna, que creen ser capaces de cuidar ellas mismas al niño, gracias a su experiencia. Y si yo encima añado lo mío, dice Anna, ya nos arreglaremos. ¡Y he de decir que la cosa funciona! Dibujar, pintar y hacerse el sordomudo son los fenómenos materiales y espirituales. De vez en cuando anda haciendo cosillas por casa, pero entonces los tres velamos esa vida; puede ocurrir de repente que agarre algo y lo haga añicos arrojándolo al suelo. Eso es entonces el espectáculo que te hace exclamar: ¿Y eso? ¿De dónde viene así de pronto? Cómo es posible. ¿A ti qué te parece, Frederik? Poco a poco me estoy convirtiendo en un catedrático. A Karel ya no se le necesita aquí. Cuando se manifiestan fenómenos psicológicos soy yo quien tiene que impartir clases a Karel, porque aunque no reacciona ante nada, permanece su curiosidad. A veces le tiro de la lengua, porque entonces quiero demostrar que es así, para más tarde. Otra sensación de esas a la que no encuentro justificación, de la que desconozco los principios básicos, pero siento la premura de hacerlo. Así que lo hago. Más de una vez se me concedió aceptar que había sentido correctamente. También ocurre cuando me ocupo de mi diario. Entonces ven la luz palabras y cosas que yo mismo sería incapaz de imaginar. Me dejo ir completamente. Entre ellas hay palabras que jamás usaría, por dar estas una impresión tan fría y vacua. Por ejemplo, no me gustan las palabras rudas... y sin embargo, cuando sigo las páginas, eso me molesta. ¿Que si esto significa algo? Empiezo a pensar que en todo hay una línea, una intención. Ya ocurre con las cosas más nimias. Así que me dejo ir. Es un afán que impulsa tu interior de forma consciente en una dirección, y que es capaz, creo, de poner en marcha los nervios y los sistemas musculares del organismo, de los que naturalmente forma parte la vida, pero con lo que, sin embargo, el propio cerebro no tiene nada que ver. Al menos, eso es lo que supongo. Ya experimentaré más tarde si es así.

Ahora ya sí que lo sé con mucha seguridad... Veo una línea ascendente en lo que pienso y escribo. Nos acercamos a otra era, sin prisa, pero sin pausa. Me da pena desdibujar la verdad absoluta con una palabrita hermosa. Los seres humanos no tenemos que mostrarnos como no somos. Podría hacerme con un diccionario para buscar palabras poéticas, pero siento que en lo que estoy es en pensar yo mismo y en apuntar lo que recibo, o a lo que estoy

obligado por las circunstancias. Creo que el propio acontecimiento se escribe a sí mismo..., o más tarde, en la medida en que consiga convertirlo en un conjunto. Pienso que cada acto, cada acontecimiento, tiene un estilo y vocabulario propio que considere útil. No quiere otra cosa, porque entonces nosotros, de nuevo, veríamos una máscara. Ya vemos bastantes. ¿No es así? Sí, Frederik, ¡así es!

Además, en esto he llegado a la convicción de que René no es sucio, que no adolece de inclinaciones sexuales. Es el proceso de crecimiento y florecimiento, hasta allí le doy ahora la razón a Hans. Según vi este mes, el chico lo medita todo. Precisamente, quiere saberlo todo sobre él mismo y su castillo. Cuando por el momento ya se lo sabe todo, ya no piensa sobre eso. Pero sí hay que aceptar que cada día conduce la vida a otro despertar. Ahora tampoco me preocupan ya los años de la pubertad; ya estoy seguro de que eso también lo superará, aunque haya, igual que ahora, fenómenos. Seguramente que toda su vida se convertirá en un fenómeno, porque esto es algo especial, y seguirá siéndolo. ¿Que si ha habido más niños como él? ¿Que si los médicos no conocían los síntomas, asfixiando de ese modo el “genio”? Bien podría ser. Pero no lo sé. Para mí él no ha dejado de ser un milagro espiritual.

Así nos hemos hecho un poco más mayores, aprovechando este tiempo para darnos un respiro para más tarde, cuando el señor vuelva a las andadas. Ir a la escuela está fuera de cuestión. Así que eso va a ser una gran decepción. Ahora no está aprendiendo nada. Solo espero que algún día eso aún sea posible, si no sé qué pensar de todo esto. No puedes poner la mesa encima de un árbol, ni ofrecer un banquete, todo el tinglado se vendría abajo. Para eso hay que llevarlo a un aserradero y después a un carpintero. Con René es exactamente igual, lo mismo pasa con los seres humanos... si no aprende nada, ¿cómo va a querer manifestarse entonces esta vida? Tienes que aprender palabras, un idioma; por sencillas que sean, es necesario. O te quedas bobo e inútil para la sociedad. Eso es una pérdida, la vida se detiene. Es nuestra conciencia social para esta existencia humana. ¿A dónde irá a parar una vida así? A ninguna parte. ¿Qué saben hacer todos esos locos? Nada..., esto es sobre lo que estamos pensando aquí. Es algo que apena a Karel, Anna y Erica. Son las habladurías para el ser humano de la calle, calumnias. No, no son calumnias: es estupidez, la máscara. Ay, pobre de nuestro René.

Y sin embargo... mientras estaba pensando sobre todas estas cosas hasta bien entrada la madrugada, me entró la sensación consciente de que también esto se resolvería. Se te concedió poner fenómenos, fundamentos... ¡René sí que llegará!

Durante este mes pensé en todo. Vi miles de máscaras. Todas esas figuras las comparé con René. Esto me sirve para avanzar. Un borracho recibe otra máscara cuando por las copas pierde su equilibrio social y revienta su per-

sonalidad. El hombre cambia en poco tiempo. Por experiencia propia sé de qué forma tan curiosa se va construyendo una máscara. Cuando comencé a salir de copas con mis amigos —tendría dieciocho años—, cuando vivíamos nuestras noches de juerga, nos divertía de lo lindo Jan Hoog, que cuando llevaba algunas cervezas encima empezaba a hacer de cura. Vaya, curioso que no me acordara antes. Esto me habría permitido hacer una sorprendente comparación con René y Erica, y con todas las demás mujeres que me escribieron.

A Jan Hoog sus cervecitas le daban, pues, ínfulas de cura. Entonces no quería hacer otra cosa que bendecirte, y santificarte al máximo. He dedicado horas enteras para analizar esta vida, pero era incapaz. Ahora me doy cuenta de que esos sorprendentes sentimientos le eran enviados a Jan desde su vida. Tenían que estar allí sí o sí, formar parte de su subconsciente, si no jamás habrían llegado al yo de la conciencia diurna; Jan adquiriría santidad con una cerveza. Te daba sermones. Insistía mucho en ello, y a veces eso se hacía tan insoportable que terminabas confesándote con él. Le deseábamos esa diversión. Ya sentirás que nos hizo reír, que todos los hombres y mujeres alrededor, amantes, como nosotros, de la diversión, se desternillaban por la situación tan graciosa. Entonces hacían falta manteles para ser clérigo. Oficiaba la misa... cuando se pasaba le parábamos los pies. Jan vivía esta algarabía tan conscientemente que se la tomaba como una tarea vital. A veces nos costaba devolverlo a la realidad. Para eso lo llevábamos al exterior, y la naturaleza hacía lo demás.

Otro amigo deseaba cosas hermosas, claro, y sobre todo mujeres hermosas. Ese llegaba gracias a su cerveza a otros pensamientos y sentimientos que aquellos para los que el resto de este mundo está abierto. A otro le entraban inclinaciones artísticas. Ese de repente se hacía pintor. Empezaba a pintar paisajes delante de de tus narices, tanto que era un placer para la vista. Esos cuadros invisibles adquirirían conciencia. Los veías. Se convertía en Rembrandt, pintaba 'La ronda de noche', y en este estado representaba a muchos otros maestros conocidos. Otro se hacía profesor de educación física. ¡Qué saltos daba ese hombre! Y ¿de dónde sacaba la fuerza? Todo solía comenzar con echar pulsos: quién es el más fuerte. En su estado siempre ganaba, pero solo gracias a su cerveza.

Más tarde me pregunté por qué tenemos todos estos pensamientos. Yo llegaba a reflexionar gracias a la bebida. Entonces hay algo en mí que cambia, que me conduce al silencio. No tengo miedo, pero ese silencio es aterrador. Sé exactamente cuántas copas de vino he de tomarme si quiero alcanzar ese estado. Y entonces mi aspecto es el de un fantasma. Ya no tengo rostro, estoy tristón. Empiezo a sentir dolor y pena, entonces cargo en los hombros la miseria de este mundo. No tengo nada de aquello que poseen los demás. Me

quedo callado, otros se alteran por nada. Esos juegan a ser santos, con unas copas encima quieren cambiar el mundo y la humanidad, ya no estoy en condiciones de ayudarme a mí mismo, así de fuerte me golpea esto. Este es el impacto que tiene el alcohol en mi ser y mis sistemas.

Vamos, averígualo, ¿por qué no lo comparas con René y Erica, y con todas las demás madres? No quise entrar en más detalles, porque no veía los fundamentos de esto. Pero sigo pensando... Ahora ha tomado posesión de mi personalidad. Vi otras máscaras. En la calle están tiradas junto a los sumideros. Es el de la tienda de comestibles, tu panadero, tu casero, tu esposo, tu esposa, tu amigo, tu hijo también. Todas esas personas te engañan. Están delante de ti, escuchan lo que estás diciendo, dicen sí y no, y les pareces un fenómeno extraño. La gente lleva máscaras. Cada segundo de tu vida se te coloca ante esas máscaras, cada segundo se te engaña consciente e inconscientemente, delante de tus narices. Los hombres y las mujeres se engañan, aunque alcancen las cosas más sagradas: el poderoso acontecimiento por el que uno mismo llegó a este mundo. ¡También en eso ves las máscaras! Nuestra sociedad es sucia, está podrida, provoca comportamientos extraños en los niños sensibles. Basta con que observes las señales, vaya, madre, dejás que vayan a más?

Todo ello me lo decía a mí mismo, pero no quiero tener que ver nada. Si tuviera que analizar esos problemas, mi vida sería demasiado breve para seguir todas esas cosas e incorporarlas en el cuaderno de bitácora. ¡Son tantas las cosas que atentan contra el verdadero ser y la vida que un ser humano ha de ser conforme a las creaciones divinas! ¿Cierto no?

No existe la justicia. Si tienes dinero, te mantienes fuera de la cárcel, aunque merecieras estar veinte años o toda la vida. Con el dinero se consigue todo. No quiero dedicar más palabras a eso, es de dominio público que nuestra sociedad lleva una máscara estremecedora, de la que ahora todavía no puedes cambiar nada. A la gente le gusta, ¿cómo es posible! Las cosas buenas son atacadas, el mal es amado. ¿Viste esas orejitas? ¡Les merece la pena andar durante horas para ellas! ¿Se me permite saberlo? ¡No hables! ¡Ahora también ves a ese muchachito! ¡La gente quiere que haya caos! Todo eso no tiene nada que ver con mi mundo ni con lo que vivimos. ¡Nada! Pero ¡ahí está!

Por la cerveza de mi amigo llegué a ver otra máscara. Lo mismo también lo vemos antes del nacimiento, solo hay que fijarse bien. Erica es intelectual, Karel también, pero traen al mundo a un loco, del que yo digo que es un niño prodigio espiritual. Y la nena putera de hace unos instantes: un trillizo para comérselo a besos. Adivina, adivinanza, ¿por qué será? ¿Por qué es eso? ¿Cómo es eso? Sin embargo, es la sagrada verdad. Pero vaya máscara. ¿Dónde comenzó y dónde está el final? Ya estamos bastante bien encaminados, y llegaremos. Basta que tengamos paciencia.

Este mes estuve pensando sobre miles de asuntos, y puedo decir: no sin

resultados. He sacado cosas en claro. Más tarde, cuando volvamos a tener una conversación cara a cara, tal como la vivió Erica, ya lo dejaré caer. Y eso irá por sí solo. Nació en mí, se corrige en mí y yo estoy creciendo y floreciendo. Y si eso es mi alma, pues entonces sé cuál será mi aspecto más tarde y a qué grado de vida pertenezco realmente, si es que queremos hablar de una conciencia sobrenatural.

Y esta noche tenemos que ir a ver a Hans. Ha venido con su Hansi a vernos. ¿Que qué saldrá de esto? Todavía no quiero pensarlo. Nadie entre nosotros dice nada al respecto, somos cautos, no queremos hablarlo de ninguna manera de antemano. ¿Cómo será Hansi? ¿Qué piensas de ella? Eso ya lo oíré mañana o esta noche cuando estemos en casa, pero creo que ya tengo listo mi dictamen. El castillo de Hans está listo; Peter, su criado, se encarga de todo. Es el lacayo de Hans, que tampoco me cae bien. Le tengo miedo a Peter. Que Hans haya puesto el nombre de esta vida a su precioso caballo es algo que no entiendo. Pensaba, en verdad, que así se llamaba su abuelo, pero no es el caso. Peter se llama así por Peter, su lacayo, su mayordomo. No me fío de este. Peter es demasiado servicial. Nunca antes me había topado con alguien tan servicial. No digo nada sobre ser servicial de verdad, pero ¡Peter no lo es! Eso lo mantengo y lo tengo tan claro como que dos más dos son cuatro, aunque también hay eruditos que piensan de otra manera sobre eso; pero ahora se convierte en una metáfora universal, ¡es hacer el loco! Ahora están ante su pequeña posesión científica. Nuestra doctrina y sabiduría. Porque es de este mundo. ¿Quién nos dice que para el universo dos más dos son cuatro? ¿Quién nos dice que el sol es femenino? ¡Eso no lo sabe nadie! ¿Quién quiere hacernos creer que Einstein ve una mesa cuadrada como si fuera redonda? Creo en este ser humano, porque estoy empezando a comprender lo que quiere. ¡Veo “mundos dimensionales”! También los que son para nuestros gatos y perros, y además para la naturaleza y para nosotros, los seres humanos. Un ser humano es “dimensional”. René, por ejemplo. En eso vive, y en nosotros también vive eso, está en cada gato, en cada animalito! ¡De lo contrario creo que jamás avanzaríamos ni ascenderíamos! ¡Estaríamos sin avanzar! ¡Y eso es imposible! Con lo que luego te encontrarás en ese mundo como materia o espíritu, o alma, son fenómenos que se exhiben como mundos del sentimiento ante la conciencia diurna. Qué hermoso es que se te conceda poder pensar en esto. Y todo eso vino detrás de Peter, siguiéndole los pasos, y lo capté justo a tiempo para imaginarlo y darle un lugar en mi álbum interior.

Pero ¿viste también a este muchachito? No es el pacto con el diablo, sino que ahora todo es convexo y universalmente hondo. Hasta el más mínimo insecto es ahora universalmente profundo, es una entidad universal. ¡Oh, es milagroso y sin embargo tan consciente, es posible comprenderlo, sentirlo y pensarlo completamente, con que solo estés separado de ti mismo, de lo duro!

Y eso es lo que siento de repente, sin más. Igual que de repente sé que René ya ahora es capaz de tomar luego la palabra mediante mis reflexiones; da del todo igual cómo sucede eso, basta con que llegue. Entonces ya no haré caso alguno a todas estas desgracias, porque de todas formas se va a arreglar.

Pero Peter no me cae bien. Dentro de apenas una hora veremos su pastelito celestial, el pudín de Hans, su amor. Pasaremos la noche entre nosotros, pero sé que todos los amigos tendrán que ver con esto. Qué eruditos me tocará conocer esta vez. Me he sentado, primero en mi habitación, entonces René me tiró hacia él.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Cómo estás?

Sin respuesta. Estoy delante de él, está en su camita. Me siento para observar esta vida. De improviso me pregunta, y muy conscientemente:

—¿Quién es Hans, tío Frederik...? A quien vas a ver ahora. ¿Es alguien de nuestra familia? ¿Qué tienen que ver con él papá y mamá? Y ¿tú, tío Frederik? Y ¿quién es Peter? También eso lo sé... ¿Cuándo vamos a montar a caballo? ¿Por qué vendió papá los caballos? ¿Cuándo iremos a la casa de campo? ¿Por qué? ¿Por qué!

Me asusté. De pronto me quedé detenido en mis pensamientos, entonces también él se quedó detenido y empezó el “porqué y porqué”. ¿Qué sabe de los deseos de Karel? Todavía no se dijo nunca una palabra al respecto. René, pensé como en un fogonazo, aún tenía que nacer entonces. ¿Telepatía? ¿Transmisión de pensamientos? ¡Así lo creo! El niño chupa de mí hasta dejarme vacío. Saca a Peter de mí. Sé mucho, pero todavía no lo sé todo de esta vida. Esto me dice que si los eruditos lo supieran, me echarían en cara que he puesto a René bajo mi influencia. *Entonces yo soy el culpable, el culpable de todo, de su pensamiento y de todo lo que dice*, porque eso es lo que busco. *Pero eso no es cierto!*

Comencé esta investigación cuando Erica se perdió a sí misma. La inicié cuando vi esta miseria. Lo sé, pero los sabios lo verán de otra manera, y para ellos es su asidero. Qué peligroso es esto. Ahora sé que puedo ayudar a René, tal como la ayudé a ella antes de su tiempo. Todo esto suena como una advertencia, creo que estoy disfrutando los preparativos.

Tenemos un contacto, estamos sintonizados y en sintonía, no hay más ahora. ¡Así es! Karel y los señores expertos, ¡no es de otra manera! Quien a la pez es dado se queda contagiado. Todo eso está muy bien y todo lo que quieras, pero ahora ya me he puesto una bonita chamarra de cuero. ¡René también! Nos contagiamos mutuamente, pero la calle por la que vamos está como los chorros del oro. Hay que llevar sandalias para andar por ellas. O te quedas pegado. Ahora en lo que estamos es en poner en armonía las sandalias y la calle, para que se convierta en un sustrato firme para nuestras piernas y nuestra vida, para aquí y un poco más allá.

¿O es también esto una máscara para mí? Imagínate ahora que René no sacara a Peter de mi vida. Entonces ¿qué? Ahora ¿qué? ¿De dónde saca René a Peter? En realidad, ¿qué es lo que me preguntó? Ya se me olvidó. A ver, piensa un poco. Hace como que duerme, pero no duerme. Está pensando, igual que yo ahora, somos uno. Piensa demasiado.

¿Quién es ese Hans? ¿Conoce a Hans? Desde luego. Ha visto a Hans varias veces aquí. Hans y Karel estaban sometiéndose a un tratamiento. Hans está, pero ¿Peter? ¿Habló Hans aquí sobre Peter? No me parece. ¿Qué es? Cuando he llegado a ese punto añade:

—Cuando hayas llegado a ese punto, tío Frederik, fíjate entonces en Peter.

Hay que ver qué chico. Se hunde entre los cojines y me pregunto cómo es posible todo esto otra vez. Está sano como un roble, pero no te puedes fiar ni un segundo. Y mira, ahora viene esto:

—¿Tienen los animales pensamientos como nosotros, tío Frederik? ¿Y van a la cárcel cuando roban? ¿Llevan a sus hijos a la cama? ¿No se dan primero, igual que mamá, primero un baño? ¿Son galletas de Nuestro Señor? ¿Por qué no hablas? ¿Nos vamos mañana con Sientje? ¿Me dejas sentarme en tu caballo? Tío Frederik, voy a comprarme uno yo mismo. ¡No necesito tu caballo! ¡No necesito nada! ¡Nada! ¡Lo tengo todo! ¡Todo! ¡Ustedes (vosotros) no tienen (tenéis) nada! ¡Nada! ¡Nada! No me caes bien, ya te pasaré la factura, y a Anna también. A todos ustedes (vosotros) los (os) agarraré. ¡A Hans también! ¡Y a Peter! Se lo contaré a Marja. Pero eso ¿ya te gustaría, verdad?

Boca cerrada, unos parpadeos más, después sigue de nuevo la calma. Cielos, pero ¿cómo es posible! ¿Está enterado de mi Sientje? ¿Conoce mi caballo? Pero ¿qué es lo que se le pasa por la cabeza a esta mente infantil? ¿De dónde viene todo esto? ¡Ve todo, lo sabe todo! ¡Y nosotros que pensábamos que el niño era sordomudo, sin ver, oír, saber o sentir nada! Pensábamos que no nos comprendía para nada, a nosotros, los normales. ¡Nosotros somos normales y este niño está loco! ¿Es eso lo que pensabas, Frederik? ¿Eso pensabas, Frederik? ¿Viste esta máscara? ¿Conoces esta máscara? ¿Se conoce a sí mismo, nosotros no! ¿Está conociéndonos, empezando a conocernos?

Y esto lo recibí inesperadamente... en una hora robada. Estaba expectante, no contaba con nada. Puedo estar esperando días enteros junto a su cama, pero ¡no obtengo respuesta alguna! Ya lo ves, Frederik, todo llega en su momento, está todo exactamente calculado, creo que esta noche lo voy a necesitar. Ay, pero esa “inmaculada claridad”. ¿Y eso por un loco?

Mi pequeño René, me fijaré en Peter. Te estoy muy agradecido, porque a mí ese hombre tampoco me cae bien. ¡Estamos avisados! Es una máscara, pero se revelará a sí misma. Gracias, pequeño hombre, y soy feliz de nuevo. ¡Gracias!

El niño duerme, Anna está en casa, nos vamos. Hans está en las nubes, va

flotando encima de las nubes de su paraíso y nos mira a todos, a su manada, su rebaño inconsciente de una ciudad de la que todos somos una pequeña parte aunque no queramos tener que ver nada con eso. Hans está viviendo una felicidad celestial. He de decir: ¡Hansi no está nada mal! Es una personalidad delgada, algo más alta que Erica, rubia, con una mirada dura de un azul grisáceo, destellantes, pero esquivada. Una mujer moderna. Podría haber sido estrella de cine. ¡Y eso lo rompería todo! ‘Hans, ay, Hans...’, sale fluyendo ya de mí, ‘¿dónde están tus ojos humanos, masculinos, psicológicos?’. Hansi porta su indumentaria como una reina. Me asusté unos segundos, porque vi que llevaba sandalias de un blanco plateado. Todavía no se las ha ganado, lo sé... no quiero ver lluvia, ni desgracias, solo cosas buenas, pero se le ve el plumero, y entonces ¿qué haces?

Están todos los médicos que llegamos a conocer a lo largo de los años. Hay medio centenar de personas, la gente se agolpa, los atavíos, una congregación de gente con mentalidad urbana o universitaria, por la que me voy moviendo, charlando de vez en cuando para no perder el ilustre contacto. Dios mío, hay que ver los libros que diviso. La de cosas que se podrían contar ahora de toda esa gente. Y ahora ciertamente no serán majaderías, será sabiduría si soy capaz de arrancar todas estas máscaras. Mira, Tippy también vino. No tiene nada que envidiarle a Hansi. He de reconocer ahora que Erica es la sencillez en persona. Ten Hove la sigue por todas partes, conoce a su palomita. Todavía no comprendo que esos dos sigan juntos. Tendrían que haber naufragado hace ya tanto tiempo. Él mantiene el timón enderezado, ella desde hacía mucho que ya habría dejado a este pajarraco en un islote, así, en medio de su océano. Ten Hove se me acerca y pregunta por los caballos. Ahora han encontrado un nombre. Realmente, siento curiosidad. Espero, pero le hace tartamudear de pura felicidad.

—Y ¿qué piensas, Frederik?

No pienso en nada.

—Se llaman... Fleuris y Rosita.

Tengo que contenerme para no reírme en sus narices.

—Maravilloso, realmente extraordinario. —Eso consigo sacar, y al instante estoy ante mi propia máscara.

Ojalá le hubiera dicho a la cara que me parece una estupidez como una catedral. ¿Fleuris y Rosita? Ni siquiera pregunto quién monta a Fleuris. Lo dejé plantado. Con un exceso de franqueza me aferré a otra cosa. Y me comprendió y empezó a contárselo a otra persona. Lo oigo desde la esquina donde me he puesto. Habla de Fleuris y Rosita, la gente se ríe con desdén, lo más terrible que hay. La cabeza le alcanza lo justo para sentir hasta dónde puede ir uno, si no se le ignoraría a esta gente. A esta familia se la tolera por pasearse él con su bata blanca por el hospital municipal. Pero qué pobreza. A mí dame

mejor un barrendero, un obrero, da igual quién sea, ¡este tipo de gente no la quiero!

Peter me sirve una copa. Ese es Peter..., mi pequeño René. Este hombre, esta vida, esta alma se llama Peter. Este es el Peter en cuestión. ¿Pensaba Hans que se había quitado de encima al querido Peter? ¿Que este iba a dejar que le pusieran de patitas en la calle, así, sin más? Esta noche sé muchas cosas, hoy veo mucho, a esta gente aún no la había visto.

Peter es extremadamente amable, pero ese es su maquillaje que me es enviado en línea recta desde la profundidad de su interior. Y veo que también allí lleva un “bombín”, una máscara asombrosamente evidente. ¡Es una traición! ¿De dónde sacas eso, Frederik?

Peter ya se volvió a marchar. Veo otras máscaras. Hay las que calas, otras que todavía se ocultan, pero su veneno se te viene encima a chorros. Allí veo a la señora Van Duin y a su esposo. Sé esto: esta noche no hablaré de parapsicología, aunque esté erigiendo mi propia universidad. Pero esta noche me doy clase a mí mismo. Estrechar manos y adiós, hasta luego... “I see you later... bye... bye... of course...” o: todavía falta mucho para irnos. Pero vivo en los bajos fondos... durante el día veo pajaritas en los cuellos, condecoraciones en las solapas, pero los zapatos acharolados tienen un aspecto rojizo... ahora ya solo falta poner blanco y azul (los colores de la bandera holandesa) y ¡listos! ¿Viste ese chacal? El vino de Hans es bueno, ¡tiene fama! Sabroso... muy rico. Un traguito antes de la cena. Y ya estamos. ¡A buscar un sitio!

Hans nos tiene agarrados. Estoy sentado cerca de Erica, por suerte. Ay, ese Hans. Pero a mí lado está... o yo estoy al lado de Tippy. Ten Hove de nuevo junto a Erica... ¡nos la han pegado! Pero no importa, Hans, salvaremos lo que se pueda salvar. También en los ojos de Erica leo el mismo destello. A Karel lo han metido junto a la señora más gorda de esta noche. ¡Un infierno para Karel! ¿Quién está sentada allí? La señora Slievers... Su esposo está a punto de hacerse catedrático, igual que Hans. Es el supervisor, el inspector, de las instituciones para enfermos mentales, dice Tippy, y le parece que su amistad con esta familia ya es tan antigua. Karel maldice por dentro, tiene que buscar una máscara. Ponte una buena o te perderás a ti mismo de tanta exasperación. Veo a todos los demás con las mujeres. Estamos viviendo una gran universidad. Hay de todo. Solo echo todavía en falta a los teólogos, y si también estuvieran, entonces tendríamos reunidas en esta visita a la conciencia además de la personalidad de esta humanidad tan podrida.

Allí están sentados Hansi y Hans. Se habla mucho en alemán. Ella es hermosa, tiene unos labios bien esculpidos, pero no me cae bien. Sonará algo precipitado, pero ¡ahora solo estoy viendo lo bueno...! ¡Solo lo bueno! Seguramente que esta boquita de Hansi ya habrá tenido que expresar bastante impaciencia, irritación y otros asuntos humanos por los que llegamos a conocer al

ser humano. La miro directamente a la cara, allí está, enfrente de mí, y lo observa todo. También a mí, con conciencia, según siento; nos tocamos brevemente, es una leve brisa, y ella también lo sabe: ¡le caigo mal! ¡Y adiós a estas máscaras! Se arrancaron a sí mismas por completo, ya no queda nada de ellas, está desnuda frente a mí. Ahora tiene que mirar, sentir, pensar, comprender, pero eso es algo que no tiene. Oigo que ya llevan quince días aquí, que primero hicieron un breve viaje, que han visitado Nápoles, que en las afueras de Viena disfrutaron de buenos vinos, que en Berlín bebieron a muerte en algún que otro bar... Que siguieron la noche parisina y que pudieron ver caritas al estilo Moulin Rouge, por lo que Hans pagó un buen dinero. Que después se fueron a casa para prepararse para esta noche, ¿para una tarea para esta sociedad? Santo cielo, ¡cómo se divertieron! ¡Lo sé!

Tippy se separa de mí, no le he servido de mucho como compañero de mesa. Estaba afanándome, con todos los respetos, en soltarme de su pequeña vida, ahora lo hace ella misma, y le doy toda la razón. Erica me guiña el ojo. Le envío mi silencio, lo siente, ¡por lo que sabemos! Ahora sé: todo está en orden. No es precisamente la mejor manera de participar, pero no puedo cambiar nada. Es que esta niña, esta Tippy, es que no tiene nada, pero nada de nada, de lo que a uno le podría gustar hablar con ella, solo hay vacío y pobreza. Lo que nos podría interesar adquiere por su vacío una faz urbana, va bien vestido, pero justamente por encima del tacón de su zapato tiene un agujerito. Y es que los abrigos de pieles ya no significan nada, nada, señora, tendrías que haberte fijado en esto. ¡Aridez!

Karel ya ajustará cuentas con Hans, yo lo hago para mí mismo. A mí me pareció una jugada normal y corriente, de poca monta, demasiado transparente. Es floja. Karel lo ve como... jaque mate, pero eso en cambio es demasiado rebuscado, no hay que armar un revuelo. Pero ¡conozco a Karel! Hans ¡no! Karel ya se lo hará pagar, esto es algo para su vida, por lo que tiene que reaccionar su mejor yo. A mí me parece bien.

Y ahora estamos aquí y allá, vamos corriendo por la casa para admirar las posesiones de Hans. Ahora te vas encontrando por todas partes con gente. Hablo con todos y con nadie. Se me acerca Karel y dice:

—¿Cómo te pareció eso, Frederik? Se va a enterar (—dice).

Ni una palabra sobre Hansi. ‘¿Ves?’, pensé, ‘los tres pensamos lo mismo’. Menuda jugada la de Hans. Pero allí se me acerca el muchacho.

—Frederik, pero Frederik, hombre, ¿cómo estás? ¿Qué te parece mi Hansi?

Nos miramos a los ojos. Y a renglón seguido Hans dice algo por lo que sí que logra recuperar mi estima:

—Si tienes algo que decirme de ser humano a ser humano, Frederik, espera entonces todavía un poquito.

—Gracias, Hans, muchas gracias.

Y añade:

—¿Está Karel que se lo lleva el demonio?

—No lo creo, conocemos tus jugadas.

—Y ¿Erica?

—Exactamente igual, la conoces.

—Y ¿tú, Frederik?

—Ya te pondré en jaque... ya nos veremos las caras. Lástima..., ahora no veo nada para ti, y hay que ver la oportunidad que tuve.

—¿Quieres decir Hansi?

—No tengo pensamientos, Hans, soy vacío.

Me arrastra con él y tenemos que beber juntos. Lo hago. Entonces ve a otros amigos y dice algo mientras se larga. ¿Adiós, Hans? Los eruditos están sentados por todas partes, vayas donde vayas te encuentras ante una universidad y oyes cómo tratan asuntos asombrosos. Esa sabiduría se te cae del cielo, sin más, no hace falta hacer nada por ella. Empiezo a notar que todos estos dones no valen un pimiento, de lo contrario esta gente no actuaría así, tendría más respeto, más amor por el corazón humano; ¡no conocen el alma, el espíritu! ¡Y no es cualquier cosa! Aquí va desfilando todo el reino animal. Vivo poderosas operaciones, pero ¡en solo cinco minutos me mudo por lo menos diez veces al otro lado! La morfina me lleva a un sueño invisible. Me violan y golpean conscientemente, me inyectan la lepra... para curarme. En tres días y siete minutos me recupero de una hemorragia estomacal con abscesos, ¡es un milagro! En París, Nueva York, Praga, Viena y Berlín comparto mesa y mantel con los caballeros, accedo a quirófanos con ellos y se me pone una bata blanca y una mascarilla, y de inmediato me encuentro ante casos de epilepsia con un simple sarampión que ahora desconocen, según resulta después de una breve exposición, la declaración consciente del médico supremo. Ahora oigo que quieren participar también los rusos. Pero veo que esa pirámide de Giza está temblando. A cada instante nos mudamos a otras partes del mundo, nos encontramos en la jungla, entre las pampas, entre cingaleses, hasta que oigo la palabra “magia”, y me encuentro ante esa puertecita. Ahora se estrellan, ¡van cayendo uno tras otro! ¿Lo viste, Frederik? ¿Viste esos burros, esos asnos...? ¡Yo sí los vi! ¡Y también los conozco! Y ¿quién no?

Entramos a un templo en la India británica, donde estamos hablando con los iniciados, y “nosotros” tenemos que estar atentos si es que queremos elevarnos, como un guiso de despojos de carne holandés, pero donde ahora falta la saliva “universal” Hay que ver esa lengua, o ¿es por esa dentadura occidental, falsa, del director cirujano? ¡Podría ser!

¡Santo cielo, qué cansado estoy! Pero ¿a dónde me conducen esos eruditos? ¿Por qué tantas prisas, tanto cuento? Cuando pienso que llega la calma y que todos estaban viéndose saturados, que por fin contarían un buen chiste,

resultó ser que estaban buscando tres pies al gato, lo que a todo el mundo dejó totalmente frío. Si miro bien de dónde vienen esos secos crujidos, es la voz aflautada, el pajarraco que se creía en la obligación de arrancar unas risas, que pensaba tener que exhibir algo de su personalidad, lo cual quedó en agua de borrajas al ver que Tippy lo llamaba al orden, con tan solo una mirada de ella. Entonces Ten Hove se postró en medio de la sala de Hans ante los pies de ella, ruborizándose hasta por debajo de su primera capa de piel... Gracias a Dios, si no habría sufrido una hemorragia. Mindundi, ¿cómo te llamas?

Pasamos del cólera al cáncer, nos mudamos de la tuberculosis a la escarlatina, ay, madre, de la sífilis a la castidad de una mujer, del niño a la vejez, desde los años de la pubertad al primer beso recibido como mujer, dado como chico con premeditación; de la “vida” a la “muerte”, del alma hasta el espíritu, entrando en un manicomio y saliendo de otro; estamos ante nuestra “propia” sociedad, ante reyes y emperadores, ante verdugos de esta humanidad, también ante personas queridas, ante quienes obran por el bien, ante ladrones y asesinos conscientes; pasamos del puterío al matrimonio perfecto, y de pronto estamos otra vez ante Hansi, ante su primer beso de todos y su viva belleza, con la que Hans luego no sabrá qué hacer: esto es lo que más o menos imagino, y ¡sé que está bien! Nuevamente, reciben anestesia, se les opera, pero, aun así ¿te esperabas algo más? Fue un éxito... pero... llegó la muertecita... ¿ve usted?, yo no tuve que ver nada con eso, nada. ¿Viste esta máscara, Frederik? Son asesinos conscientes —entre ellos los hay, eso lo sé—, esos tipos ya no tienen vergüenza, pero sí que deberían haber sabido que entre los presentes hay inconscientes. No hacen caso a nada, hablan, representan su profesión, ¡la filantropía de muchos de ellos es coja! No me gustan las coles de Bruselas... solo olerlas ya me marea, pero ¡todos estos conscientes son así! Ay, Hansi, pobre Hansi... ¿es que no oyes sus “Que descanses”?

Voy caminando entre todos estos expertos y sus huecas charlas me dan náuseas. Justamente este noche bebí un poco más que de costumbre, porque quiero vivir mi silencio. Así es precisamente como me entono para ver y sentir a todas estas personas de buena voluntad, aunque me quede al margen. Esas son mis copitas. Antes todo era diferente, ahora lo disfruto. Antes —también es algo de lo que no debo olvidarme— sí que tenía noches en que cometía mis diabluras, en que era juguetón y en que ponía las cosas patas arriba como un niño retozón. Eso fue cambiando conforme me fui haciendo mayor. Ahora siento cómo me voy quedando callado, me tomo una copa de champán tras otra. Entonces me llega a mi vida silencio, sosiego, empuje natural, es una naturalidad inmaculada, ahora disfruto, puedo pensar y sentir, con la misma nitidez con la que se prepara la uva en la tierra para servirnos. Ahora no hay nada, nada que nos tome el pelo a nosotros los seres humanos, nada, lo eres tú mismo contigo mismo, nunca surgen broncas, estás preparado para

lo que sea.

Ya siento ahora el “¡Alto!” natural. Si ahora continúo, me marearé, en el fondo solo entonces todo me dejará desquiciado. No, espera un poco: no es porque yo mismo me quede bizco, eso desde luego no es; es todo lo que me rodea lo que me da nauseas, es una tristeza que no es de este mundo. Ahora quiero hacer el bien. Quiero ser honesto, ¡también en mí va elevándose el sentimiento de querer rezar! ¿Será quizá una gratitud que todavía desconocemos? Puedo considerarme feliz, también lo tengo sin ese líquido, este sentimiento anhelado, esa fuerza para hacerlo, de lo contrario ni lo habría comentado. Algo bueno tiene. Estoy lúcido, y conservo la lucidez, ahora estoy anestesiado. Si sigo esa anestesia, entonces me veo a mí mismo en otro lugar. Ahora voy paseando por una hermosa naturaleza, llevo seda... seda... yo mismo pruebo este sabor. Creo que cuando se prueba esto, que venderé todos mis kilitos en el acto; pero estos señores y estas damas no tienen ni idea de cómo tienen que pelar estas frutas de “Él”.

Volvemos a ir a Egipto. Va a ser un viajecito precioso. Ya oigo que vivimos la anatomía del Antiguo Egipto, están hablando de la zootomía, parte de otra cosa a su vez, seguimos hasta Abraham, donde preguntamos por la mostaza bíblica, que Abraham, no lo olvidemos, no conocía. Pero eso lo saben de memoria cuando resulta que con el corte del escalpelo se va desvelando otra realidad; entonces se encogen de hombros y es lo más sencillo que saben hacer aquí. ¿Son hombres estos? ¿Son personas estas? ¿Tienen sentimientos estas vidas? ¿Corazones? ¿Y somos nosotros sus víctimas o lo son ellos por otro yo? ¡Dan ganas de sacudirlas! Es una verdadera calamidad, son inmundos y ya ni tienen la bondad mínima para abrir la vida garantizada. ¡Su corte es del todo impreciso!

Mediante un botoncito que activan en su cerebro me colocan a mí y a alguno más en otro lugar delante de la parálisis infantil. Pues uno pensaría que esto sería un fenómeno conocido para estos caballeros, pero no es así; todos coinciden en que es algo completamente distinto. Pero ¿qué es? ¿Qué?

Vuelvo a oír al padre Abraham... prueba de que entre ellos hay quienes obtienen sentimientos más elevados por el alcohol, porque este nos conduce a todos a lo indeseable; vaya lástima que echemos en falta al teólogo, porque entonces ya me tocaría ir a la feria. Lástima, pero eso ya sería pasarse de la raya.

¿Pensabas, Frederik, que ya habías llegado? De pronto vamos volando de la parálisis infantil a la hipnosis “impuesta”, hacia el cerebro que se va emblandeciendo —por lo visto es algo cercano, ya observa de reojo a los expertos— y, finalmente, —cómo es posible, sin embargo es algo que también merece la pena y que es del todo justificado—, los impulsos sexuales del ser humano, del animal, perro y gato, de la naturaleza. Y entonces nos encontramos con

Freud en nuestro seno. Dios mío, cómo te ha maltratado esta miserable pandilla. ¡Hay que ver cómo estos perros jeringaron a Tu Hijo! Dios mío, ¿va a seguir, o vas a seguir... aún más tiempo encogiéndote de hombros? Estoy que tiemblo, podría matarlos por voluntad tuya, si la mía es insignificante ¡Aquí a quienes ven se les despoja de la vista! ¡A los sanos los ves enfermar delante de tus ojos! Lo que es bueno lo quiebran, lo mancillan, lo inyectan con su veneno y perdición, y lo envían a casa. ¿A quién le toca ahora?

Miro a Erica y Karel, este momento no es cualquier cosa y dice algo. Pero si estos perros descarados hubieran seguido hablando —sentíamos claramente a dónde querían ir, Erica ya estaba poniéndose roja, Karel se estremecía por dentro— entonces habría puesto algo de mi vida en sus copas y habrían ido directamente a mudar el alma, porque yo nunca consentiría que estos caballeros y estas damas se burlaran del dolor y la pena de mis amigos, de otro ser humano. Pero sortearon la parte peligrosa, vieron ojos que echaban chispas, la atemorizada búsqueda de Erica, y también cómo no sabía qué hacer con las manos, y encima de eso el cuello campesino enrojecido de Karel. Después decidieron que era mejor agarrar sus propios remos y se echaron a la mar para evitar encallar. Su plan era robar corazones; dado lo sanguinarios que son intentan lo que sea, pero esto ¡no! “¡Alto!”, les digo a todos ustedes, “ni un paso más u ocurrirá una desgracia!”.

Ahora estamos atados a la clínica de Hans. Él mismo no está, ese no quiere tener que ver nada con la demencia. Él enfoca ahora la honorable conversación hacia sí mismo, hacia lo que posee; las batas blancas y las máscaras son sustituidas o recogidas a favor del noble caballo. ¡Ya estamos cabalgando! Tippy y el pajarraco ahora tienen su oportunidad, ahora pueden decir algo. Ya están preguntando lo que cuesta semejante jamego. Mira a Tippy, la encuentro auténtica y ahora le puedo perdonar muchas cosas, así de natural es su torpeza. Y mira ese Ten Hove, sigue siendo agitación y vacuidad. No, no quiero volver a verlos nunca más. Los caballos ya están estabulados, se acabó la diversión, ¡ahora cortamos en “almas” humanas!

Están hablando ahora de bigamia, de una vez echan encima la biandria, ponen las tapas en los tarritos, es un solo conjunto. De pronto hombres y mujeres desconfían unos de otros. De nuevo... otras máscaras, veo máscaras, puedes ir sacando ahora una por una aquellas que hayan probado algo de esas tinieblas o que las convirtieron en luz. Míralo tranquilamente: los labios, finos y no tan finos, tiemblan de satisfacción, hasta hacen chasquidos. Miradas... furtivas y atolondradas, solo veo rendijitas, conscientes, algunas muy aceradas, detrás de las cuales te acecha lo humano, mejor dicho: te viola. Los hombres inhalan, también oigo gritos femeninos, atenuados por la belleza del mundo, zapatitos, seda, collares de cuentas, ínfulas sin fin, incienso que silba, que quema los ojos, así de falso y artificioso es todo, así es esta ¡felicidad

de cartón piedra!

Karel, comparado con todos estos mancillados, es un santo..., es un dios, cuando lo sigo un poco y vivo su sentimiento. Es algo en lo que él no pensaría, no podría serlo, lleva su cuchillo en las manos a la vista de todos y advierte a sus enfermos, duele un poquito, una pizquita, pero yo también solo soy un ser humano. ¿Que si ÉL quiere manejar mis manos? ¡Entonces todo es posible!

Ya ves, Erica, en una fiestecita de estas te enteras de muchas cosas. Aquí puedes hacer distinciones, aquí puedes ver lo que tienes y lo que te falta todavía, todo eso está tirado por ahí, así, sin más. ¡Es tu alcantarilla! Aquí, en casa, lo vas pisando. Todos estos perifollos blancos te indican el camino, ¿ves? ¿También viste las serpientes? ¿Viste los cocodrilos blancos, esos chacales relamidos, y también esas mariposillas tóxicas con túnicas de seda? ¿No estás contenta, muy feliz, de haberte puesto finalmente tu vestidito negro? Digo yo, ¿no? Y qué bella eres, pero si ¡les das sopas con honda! Tampoco es la culpa del pajarraco, y también a Tippy le perdonas muchas cosas, ella es natural. ¿Viste a ese moreno allí con su bata blanca? Mira... los cadáveres ya lo van siguiendo, ¡puedes olerlos! Es como una pluma glotona que gotea, pero que quiere contar asquerosidades. ¿Ves a esas hembritas? ¿Y a estas mujeres también? ¡Yo las veo! ¡Karel también, ahora lo sabe! ¡Los caballeros ven a través de tu ropa! Son preocupaciones, es un follón impotente, una nobleza agonizante. ¿Qué desea decir la señora baronesa? Prefiero moverme por otros lares.

Karel es aquí como un profeta, es un verdadero médico. Aún tiene momentos en que conscientemente se hace rústico, pero lo está superando, ya está bajando. Esta noche no paro de vivir un camino de penitencia. Todo lo que se me acerca es de una falsedad exasperante, ruin como aquello contra lo que luchamos y que nos espera en casa. Y Hans participa. Mira, quiere hablarme, de Hansi, ¿verdad? Atención, Frederik, te está retando, ahora no digas ni una sola palabra sobre su hijo.

Peter también viene. ¿Desea el señor alguna cosa más? No, gracias, ahora no.

—¿Qué cuentas, Frederik? ¿Una noche algo tórrida, no? ¿No participas en el análisis de nuestra existencia, del universo, de los cadáveres y de la vida?

—Hans, lo primordial es que me encuentre aquí. Nada más.

—Menuda salida, Frederik, no me la esperaba.

—Lo que tú quieras, pero yo no participo en magia negra. De todas formas me entero hasta el último momento de lo que se habla. Y esta convicción, Hans, estaba la semana pasada en tu alcantarilla. Peter no pensará en recogerla, pero yo ya lo sé: a los peces colorados les gusta esa golosina.

—¿A dónde quieres llegar?

—A ese artefacto, Hans, bebemos, ¿no es así?

Se nos unen Karel y Erica. Estamos un rato a solas. Ahora también viene Hansi. Su meta es ignorarnos. Erica está furiosa. A Karel le es indiferente. ¡Ya nos conoce desde hace mucho! Hans nos ha calado por completo. Qué lástima, menudo pájaro este. Hansi está disimulando, pero la máscara es más simple que nada. Es juguetona, se comporta como una niña, Hans ha picado. Pero ella ha estado en todo el mundo. Simplemente ha pescado un pez gordo, nada más. Esto se va a convertir en un gran drama, me atrevo a apostar mi vida por eso.

Estamos sentados. Hans pide y tomamos unas copas más. A René no lo oímos, Hans no le hace caso. Hansi ya está al tanto de René. Lo veo en su mirada. Lo que me llega es carácter, sentimiento familiar, pero no soy familia suya. Ella nos conoce a nosotros, y nosotros a ella. Si no nos hubiera conocido, entonces nosotros tampoco la habríamos conocido a ella. Ahora nosotros, y ella, estamos picando, pero por Hans... él es el culpable.

Estamos como media hora juntos y hablamos de cosas sin ninguna importancia. Hansi recibirá un caballo, saldrán juntos. No, nosotros ya no tenemos caballos, nosotros tenemos preocupaciones. También voy a vender el mío. Hans ya está pujando, pero no va a conseguir a Sientje. Sientje se quedará en buenas manos. Y otra vez me están entrando nauseas. Nos pasamos a la felicidad y les deseamos mucha a Hans y Hansi. También los demás que se juntan en torno a nuestra mesita participan. El final es que nos vamos a casa y entonces esta boda forma parte del pasado.

Estamos delante de nuestra propia chimenea, Karel ha descorchado una botella de vino. Esta sabe bien, dice, te da serenidad. Y así es. Ahora ya verás.

Estamos completamente convencidos. Hansi es una comedianta, y además de la vieja escuela. Va lanzando por doquier amabilidades que no siente para nada. Es un carácter falso. Ay, no, dice Erica, no porque sea guapa, no porque sepa ser encantadora, lo veo al instante. En el fondo no sé cómo. No me estoy abriendo camino por esta vida, pero Hans me preocupa.

Karel dice:

—Dios mío, ¿es lo único que hay en este mundo? Hay que ver a esta figura entre millones de mujeres, sola. Salud, Erica, por René, por su salud.

Bebemos, saboreamos nuestros vínculos sagrados, sabemos que eso no es. Esta noche hemos aprendido mucho. Ay, pobre Hans. Espero que no vayas a sufrir esa decepción. Pero, en el fondo ¿dónde estamos metiendo nuestras narices? Es Karel quien pone las cartas encima de la mesa, sin rodeos. Hablamos un poco, los ojos empiezan a abrir y cerrarse, los cuerpos se sienten extenuados. ¿Que si es el alma? ¿Qué es cansancio? ¿Qué es estar cansado? ¿Quién está cansado? ¿El alma, el espíritu o el organismo? ¿Por qué tienes que

irte a dormir ya, Frederik?

Me senté y escribí:

“Hansi me defraudó, no puedo remediarlo. Karel y Erica piensan lo mismo que yo. Ellos también sienten algo. También sé lo que vieron aquellos otros. Hans necesita a un montón de amigos para que Hansi se sienta a gusto. Y allí están esos amigos. Tendría que haber vivido con ella junto al Nilo... no aquí con este clima, esa alma se morirá. Pero no lo sé. Espero que esté metiendo la caja... la caja... Qué raro... eso de meter la pata en el ataúd quería ser escrito como fuera. Lo averiguo. Espero que esté metiendo la caja... la caja... y otra vez más esa palabra quiere quedarse escrita, me domina. ¿Qué es? Supongo que no me estoy encajando, ¿no? ¿Quién se encaja a sí mismo? ¿Qué es lo que será encajado? ¿De dónde vienen estos pensamientos? Ya lo dejo por esta noche, por esta madrugada. Me voy a dormir”.

René está tranquilo... Doy las buenas noches a todos... Santo cielo, cuántas máscaras que vi... máscaras, máscaras... llevaban pajaritas, no vi más que una sola pequeña sandalia. ¿Sientes ahora dónde? ¿Comprendes por fin lo que son fantasmas? Todas esas personas actúan como fantasmas. Toda esa gente lleva ropa hermosa y porta máscaras. Algunas máscaras vi que cargaban con muchos asesinatos sobre la conciencia, y que aun así andaban en libertad. Cuando ves por medio de semejante loco consciente que todo es pura necedad, que aquello es perdición y desintegración, entonces te estremeces ante una fiesta así, gente así, tan elegante. Y ahora el fenómeno se convierte en problema, y un loco es capaz de decir cosas naturales para las cuales un erudito ha construido una universidad, aunque no conoce al loco. ¿Lo comprendes ahora?

Y ese mismo loco nos previene contra Peter... y muchas cosas más. Es más consciente de lo que imaginamos, solo que nuestra sociedad es anormal. Basta con que hables sobre los dones sobrenaturales entre semejante panda de máscaras para que te declaren demente, te pisen el cuerpo, el alma y el espíritu, y se limpien las suelas contigo. ¿Y eso te tiene que parecer porque sí? Son ellos quienes piensan ser dueños del universo divino. Pero ¿viste ese vacío?

Ahora que eso ya pasó, que vi esos morritos y que se me concedió conocerlos, me siento presa de un sentimiento de miedo por Hans. No puedo cambiar nada, así lo siento.

Cuando te habla semejante máscara mortal estás ante tu propio colapso, y esos señores hacen exactamente lo que ellos quieren con toda tu alma y tu cuerpo. Cuando yaces sobre su mesa de operaciones, reúne entonces todas tus fuerzas para salir por patas, o morirás bajo su bisturí. Allí oí cosas espeluznantes.

¡Y sin embargo son operaciones normales y corrientes! Pero te masacran. ¡Lo hizo la máscara! La vesícula biliar gritó a todo pulmón: ¡No pongas tus patas encima de mi hígado, porque no es eso! Ni lo oyes. Te anestesian y

empiezan a cortar; pero un poco después no pueden más que constatar que te estás desangrando. La máscara no ve de ninguna manera el origen. ¿Conoce una máscara de esas la hondura de la circulación, de cada tejido en relación a la vida en sí? No lo creo. Qué cosas tan hermosas que acabo de decir. Son canallas, por arrojar a la muerte a todos esos vitales hijos de Dios.

Una arañita trepa por encima del diario, no le hago nada al bichito.

Me entra (el refrán alemán): “Araña de noche, tráeme felicidad y regalos...”, ¿o se dice de otra manera? Pues incluso así me parece bien. Cierro el libro cuando el bichito ha terminado de cruzarlo. Por hoy y por esta noche ya basta, lo justo. Escribo... vivimos en mil novecientos tantos, nos fuimos hace hora y media de la fiesta de Hans, al que le han vendido gato por liebre, pero que todavía no lo sabe. El bicho ya se ha puesto a maullar, pero él no lo oía. Solo nosotros oímos los maullidos, todos los demás llevan máscaras y se blindaron ante ello. Pero ya viviremos cosas sorprendentes.

Se me cierran los ojos de sueño, ahora no estoy en condiciones de soñar. Que el Dios de todo lo que vive no me dé la razón. A Hans le deseo todo lo mejor, también a ella, pero ¡ahí está la máscara!

En París por diez francos te compras muchas cosas nuevas y todo el mundo te ríe tus gracias. Hans así lo hizo, pero fue analizado mecánicamente, y entonces se le cerraron los ojos. Esta moneda, Frederik, tiene dos caras; yo vi que la otra cara resultó estar intacta. Esa es para otra persona, pues, ya lo verás.

Mi pequeño René, esta noche no hubo flores, pero eso no importa, sus semillas ya están germinando bajo nuestros corazones. Veo las margaritas, las nomeolvides para tu hermosa pero difícil vida. A través de la miseria llegaremos a la felicidad para todos los seres humanos.

Te deseo satisfacción y veracidad, por el momento no hay más. No obstante, intentaremos ser creyentes, pero ¡sí que es difícil!

Frederik, ¿crees... que la epilepsia es lo mismo que la hipnosis?

Erica estaba considerando invitar a Hans y Hansi para pasar una agradable velada cuando oímos que se habían ido a París. Yo para mí no me creo que Hans se haya olvidado de repente de sus enfermos y que simplemente los haya dejado solos, sin más; nunca he pensado así de él. Pero no quiero decir cosas feas al respecto. Pero se me hace raro y estoy dándole vueltas al asunto, lo quiera o no. Hans está yendo por mal camino... y es ella quien lo conduce por allí. Pero ya es ella quien lleva las riendas y la que dirige su vida. ¿O es que no es más que la luna de miel? Anda ya..., él ya no tiene florecillas, para él siempre es invierno. Todavía tendremos que tener un poco de paciencia, eso es todo.

Con René las cosas no van bien. El chico se está hundiendo más y más, y ya no dice nada. Ni siquiera dibuja, tampoco presta atención a sus cosas. Nos entristece. Hago todo lo posible, pero ya no consigo que hable. Karel dice que es como si tuviera epilepsia... realmente, da miedo. Pero sí que está atento a su retoño. Creo que Karel se encuentra fuerte. Erica, que después de la fiesta de Hans se ha hecho otra imagen de su cónyuge, lo mima y lo acaricia en presencia de todos, y creo que Karel está viviendo su segunda juventud, aunque todavía parece un pimpollo. Si René estuviera sano, en realidad lo tendríamos todo. Pero si pienso un poco más, entonces sé que no hemos conocido felicidad alguna en esta relación. No creo que la felicidad, la posesión material, el tenerlo todo, nos hubiera hecho felices. Sí, todavía, falta para llegar... También aquí habrá palabras duras, aunque también vea que se acerca la verdadera primavera.

Nos miramos más profundamente a los ojos. Por ejemplo, nuestros “Buenos días” dicen muchísimo. Nos deseamos la nueva luz del día, que es de lo que se trata a fin de cuentas. Escucha cómo dice Anna “Buenos días”. Es para ponerse a llorar cuando oyes cómo dice mi nombre. Pero, fíjate también en los “Buenos días” de Karel. Habría que oír cómo era antes, aunque fuera “Buenas noches”, o “Buen día”... ahora sí ha cambiado. Suena de otra manera, suena a más que antaño, suena como un beso. Aquí todo está cambiando... todo. Simplemente, salta a la vista. Es imposible no darse cuenta. Y lo sé, ¡también eso es el pequeño René!

Nos estamos abriendo. Estamos abiertos a la palabra. Empezamos a vernos tal como somos. ¡Karel está cambiando! ¡Y además para bien! Ya no es tan rígido, ni tan rústico como antes. No creo que ahora todavía le pregunten por el precio de las papas (patatas), ahora está adquiriendo rasgos urbanos.

¿No te parece maravilloso? Y eso está ocurriendo por sí solo, aunque él no se dé cuenta.

Erica está más radiante que nunca. Ha engordado un poco, las desgracias le favorecen. No estoy bromeando con esto, pero así es. Hay que ver cómo toca el piano ahora. Canta de maravilla, mientras estuvo embarazada de René no le salió ni una sola nota. Ya sé que Karel la eligió porque se dedicaba al arte. En otra de esas veladas vieron despertarse su amor. Ahora Erica se sienta de otra manera ante el piano de cola; no busca, toca más conscientemente, toca las teclas de forma más etérea, y eso me gusta porque me desagradan los recios gemidos de las cuerdas. A ella y a mí nos encanta Chopin, Karel no siente un marcado interés por la música, le gusta escucharla, pero no la disfruta tanto como yo cuando me alcanzan los sonidos. Tengo que tener cuidado con Chopin, ese hombre me arrastra a donde sea, me provoca lluvia y tormenta, me hiela y me derrite a la vez, es trágico, de una precisión dolorosa, te somete a una operación... pero te curas en diez minutos y sales de paseo. No soy capaz de procesarlo así de pronto. Y Erica ya va muy encaminada a asustarme.

¡Y también eso lo hemos recibido por el pequeño René! ¿No lo crees? Te aseguro que así es.

Podría demostrarte con un ejemplo lo natural que es esto. Y entonces vemos que todo sí que vive en nuestro corazón humano, y que de hecho está allí. Un amigo mío —ya no vive— tuvo un accidente de coche, tenía mujer e hijo. Al comienzo todo era estupendo, amaba con locura a la madre y al hijo, pero a él le fue igual que al hombre del que he hablado. Al poco tiempo su hijo ya le daba igual y la madre también. Me pidió consejo. Pues sí, ahora qué... yo tampoco entendía de estas cosas. Pero empecé a sentir, llegué a reflexionar, quería ayudarlo. En ese momento me hice al menos veinte años mayor. Solo ahora sé de dónde llegaron esos sentimientos tan de pronto. Como es comprensible, no hablé sobre ello y ni habría sido capaz de hacerlo; simplemente, me surgió de repente. Dije:

—¿Sabes lo que tienes que hacer tú?

—A ver.

—Tú te vas por un tiempo. Tienes que intentar ver si puedes irte por un tiempo a trabajar al extranjero. No para irte de juerga, porque entonces no tiene sentido. Te vas a dedicar a construir puentes, harás allí lo que haces aquí, te irás a conciertos, no te olvidarás de la ópera, te tragarás todo lo que pueda tener que ver con arte. Pero a las mujeres ni rozarlas. Si lo haces, estarás perdido y será mejor que te quedes aquí, entonces asfixiarás tu propia vida. Tienes que hacerlo para volver un poco en ti. Tienes que estar separado de tu dicha, porque ya no la ves. ¡Y entonces empezarás a desear! Entonces verás y vivirás lo que te sucede. Si eso te lo tragaras como algo normal y si allí estuvieras en tu salsa, pues entonces mejor vuelve lo antes posible, porque

entonces es que no tienes el sentimiento para convertir el matrimonio en algo hermoso, es que entonces te lías con cualquiera y no deberías haberlo empezado nunca. No estarías preparado para ello.

No te olvides: no dirás ni palabra sobre esto. Este juego lo tendrás que jugar tú solo. Para nosotros se trata de tu hijo, de tu mujer y de ti mismo. Tenemos que saber si tienes profundidad. Tu vida interior tiene que elevarse, quieres conocerte a ti mismo, y eso es lo que sabrás ahora. No sirve hablar, salir con tu mujer tampoco; da igual cuál sea su actitud, nada de eso servirá. Aunque bebas champán, es inútil. Lo que nos importa es saber si aún conservas sentimientos por la vida, por el matrimonio. Cuando hayas consumido esos últimos granitos, ¿entonces estarás ante tu propia... máscara!

Ya por entonces decía: es una máscara; y cuando ahora sigo esa época de mi vida comprendo que ya por aquel tiempo recibía las palabras para decirle todo esto. Y ahora que repienso todo eso me veo ante un universo. Enseguida te lo contaré... no tenemos que olvidárnoslo, es muy urgente y me requiere seguirlo. Es sorprendente lo que ahora veo y siento.

Pero se va. A saber: a Berlín... Recibo cartas tuyas. Escribe que todo está amuerado. Anda compadeciéndose. Su mujer e hijo se van detrás de él... ya los está viendo. Sale mucho, hace lo que le dije y vive la vida. Mientras tanto, siente que algo le roe el corazón. Mira a las mujeres, pero no las toca. Juega al gato y el ratón con ellas. No las toca, porque le mando carta tras carta, pidiéndole de corazón que no me engañe. No cede. Veo que no cede, y van pasando los meses. Ha firmado allí un contrato temporal. Todo ha sido hablado con uno de sus directores de aquí, y a este le pareció sorprendentemente bueno. Un poco curioso, eso sin duda, pero es que la gente es así. Le pareció suficientemente respetable. Yo le mandaba dinero, mucho dinero, porque lo colocaba ante la elección: lo superas o te ves superado. ¡Todo o nada! Atravesar la vida a trompicones y destruir todo, ¡recorrer un viacrucis que nunca llega a acabar, o la felicidad! Eso hay que decidirlo ahora mismo, ¡ahora tiene que revelarse! Para la felicidad o infelicidad de la mujer, el hijo y el padre. A mí me agradaba y me parecía un reto sorprendente.

Escribe cartas a su mujer e hijo. Las cartas van adquiriendo cortesía. Cambian. Empiezan a tener profundidad y sentimiento. Las cartas transmiten amor. Aquí escribe un alma a la que le faltan madre e hijo. El deseo va creciendo, se hace cada vez más fuerte, ya le late con fuerza bajo el corazón. ¡Casi sucumbe! Me lo escribe honestamente. Ve a una mujer que quiere serlo todo para él. Escribe:

“Me encuentro ante un fuego, Frederik. Estoy a punto de reventar. Aquí el amor me envuelve, ojalá no me falten fuerzas. Haré todo. Puedes contar conmigo, te lo contaré todo. Tienes derecho a ello y no quiero perderte ni por todo el oro del mundo, eso no lo olvides nunca”.

Casi revienta. Le escribí que mirara mejor todas esas florecitas. Entre ellas encontrará una que pinche, y encima venenosa. Hago comparaciones, le muestro a su mujer, a la que conozco bien. La ve a ella y ve a todas las demás. Cuelgo pequeños cuadros en su habitación, los mira el día entero, es lo que tiene que hacer.

Un telegrama: “¡Vuelvo a casa, Frederik!”.

Cielos, esa fiesta no la olvidaré en la vida. Me comió a besos, a su mujer, el niño recibió juguetes, no había límites. Se había hecho mayor. Ambos vivieron una felicidad increíble durante siete años. Cuando lo enterramos y ella se quedó a solas conmigo le llevé a ella lo más hermoso para su vida para poder cargar con esta poderosa pérdida. Estaba como rota. Él quiso que si algún día le pasara algo, yo le contara a ella todo. Y ahora que se fue tan de pronto de nosotros me pareció que esto eran las flores de su corazón, su apoyo, su vida, su amor para poder cargar. Tendrías que haberla visto. Se me tira a los brazos. Lloro hasta agotar sus lágrimas... Se le había ido un amor al cien por cien. ¡Oh, qué feliz me haces, Frederik! Estuvo reflexionando muchas veces, sin entenderlo, por qué él había cambiado tanto en esa época.

¿Y qué hizo ella? Cuando oyó que él había aceptado por la felicidad de ella, del niño y de sí mismo la lucha por sucumbir o ganar, ella de golpe adquirió cien años de edad y de sabiduría. Escribió un libro sobre esto y se convirtió en un éxito de ventas. Cielos, cómo se leyó ese libro. Nunca antes había conocido semejante felicidad, y eso por mí, el torpe de Frederik. Solo quiero decir: los seres humanos no nos conocemos. Sí, sí, decimos que amamos a nuestras esposas e hijos, pero ¡es una máscara! Él llevaba una. Pero también tuvo la fuerza para librar esa lucha. ¡Se trataba de todo o nada! Poníamos el punto final o el comienzo de lo que dura eternamente. ¡Tendrías que verla ahora! Sigue siendo una belleza, pero ya no se ha vuelto a casar. Ahora dice:

—¡Lo único que conseguiría sería asesinarlo, mancillarlo!

Y eso lo dijo ya inmediatamente después de su muerte. Son sus reservas, es lo que la conserva, siempre está en casa o junto a su tumba, y trenza coronitas para su hermosa cabeza. ¡Se ha convertido en escritora! Y ¡qué escritora!

El ser humano, o sea, todos nosotros, tenemos sentimientos por cualquier cosa para hacerla crecer y florecer. Ahora vuelvo a comentar lo que sentía hace unos momentos. ¡Dios es sentimiento! ¡Es universalmente profundo! Y nosotros podemos recoger algo de ese sentimiento. Hemos recibido parte de ese sentimiento, es más: creo que somos criaturas divinas. El ser humano en esta tierra posee de todo. Son las máscaras por medio de las que queremos ocultarnos. Si ahora llegamos a lo natural, si queremos que nuestra vida llegue a ser algo, entonces recurrimos para ello a nuestro sentimiento. Y cuando este se agota, hasta no quedar ni las migas, entonces te quedas vacío y desnudo ante la otra vida y ya no sabes qué hacer. Te encuentras ante la

belleza divina y no la ves. ¡El matrimonio se va a pique! Ahora eres tú quien lo destroza, ¿porque no te conoces? No, para nada, sino porque ya no tienes nada y no te tomas la molestia de transformarlo en algo nuevo. Ignoras tu tarea, vas arrojando a diestro y siniestro tus tareas vitales, lo único que tienes es un poco de amor propio. ¡Ahora eres pobre de solemnidad, más pobre que una rata... etcétera! ¡Y ahí estás! Los dos sin una brizna de sentimiento a la que recurrir. Lo que es lo más poderoso para los seres humanos, no te dice nada. Lo buscas en otra persona, lo ves en la otra vida y crees que está allí. Pero no está. Lo que ves son artificios. Esa vida reacciona un poquito diferente que las demás, que la primera. Cuando has probado ese pastel ya no la quieres, todos son exactamente iguales. Y eso, pues, es un ser humano; son hombres y mujeres que buscan un poco de amor. Amor..., amor..., ¿por qué no te sumerges en él?

¿Y albergamos el bien y el mal en nosotros? Aquello que es malo se convirtió en experiencia para mi vida. No he hecho destrozos desgarrando corazones humanos, ¿es algo que se me ahorró; ¿No? No me parece. En mi estuvo el sentimiento de dejarlos en paz; ya lo sé antes siquiera de empezar a hacerlo. Eso es todo. Pero quien no lo tenga, ese sentimiento, esos gramitos de ingenio... busca, pega, quiere otra cosa, anda al final por encima de su propio cadáver y el de su familia, y los sepulta. No pensamos. Creemos que amamos, pero no es cierto, amamos nuestra propia carne. Nosotros, hombres y mujeres, no conocemos el amor cuando descuidamos la tarea ante la que nos encontramos, pensando que otra vida con esos hermosos artificios tiene más de él. Y eso Hans tampoco lo ve. Hans ve artificios, pero no siente amor, Hans le va a partir el cuello. Ya lo verás. ¿Quién puede decir que se equivoca? Me mataría. Así que queremos máscaras... Nos hemos sintonizado con ellas demasiado conscientemente, no queremos fidelidad ni amor ni verdad, no nos da la gana recoger algo del sentimiento que Él quiso que fuera amor ni aceptar que es esto, no lo otro. ¡Es esto! ¡Esta cosa podrida con la que puedes hacer lo que quieras! ¡Solo entonces estás ante la inmaculada claridad!

Dios es alma, espíritu y materia. Eso al menos es lo que creemos, porque saberlo aún no lo sabemos. Y todo eso tenemos que asimilarlo. Pero si empiezas a hacer las cosas bien, a mejorarlas, entonces no solo te elevas por encima de ti mismo, sino que todo tu entorno participa. Cada uno aprende algo, empieza a florecer. Nosotros vivimos ese milagro. Veo que estas desgracias hacen que nos unamos. Qué sorprendentemente hermoso es. Ves cómo va creciendo. Es una evolución para ti mismo, para tu felicidad, tu amor. Esa luz en tus ojos, el sonido de tu voz: ¡haces y ves todo de otra manera!

Si estás en la rompiente de la vida y tienes que ahogarte, ¿qué más da? Quizá vayas más allá y verás otros mundos, porque ¡volvemos a Él! ¡Eso es lo que tenemos que aceptar como el sentido de la vida!

En esos años movidos aprendí bastantes cosas, según noto ahora. Cuando voy dándole vueltas, veo diferentes personas a las que di mi bien y mi mal. Claro, también causé estragos. Mis consejos no siempre eran buenos. Aún no dominaba eso del equilibrismo. Aun así, no puedo quejarme. Siempre me guié por el bien. Quien ama verdaderamente no rompe nada. Tampoco pierde amigos. Cuando una mujer me dijo una vez que siempre hacía amigos, que su marido siempre volvía a echar de casa, se lo hice demostrar. Di a esa gente bondad hasta que se asfixiaron en ella. Los coloqué delante de ese pastel... y también puse cucharitas de oro. Vi cómo se relamían los dedos. Pero tres meses después me vi tirado en la calle. Ya no querían saber nada de mí, empezaba a resultarles molesto. Me echaron directamente a la calle. Lo que significaba amor, verdadera amistad, se convirtió en carga, en pesadez, y nos las querían. Me fui, ya conscientemente sin cartas, pero me fui. ¡Esos también llevaban máscaras!

A más los dejé fuera de juego. Muchas personas... muchísimas fueron por otro camino gracias a mi intervención. No digas ahora: “Te quiero tanto... Qué persona tan buena eres... No podrías faltarme por nada en el mundo” o “De todas formas no calzas sandalias”. ¡Tarde o temprano me quedo fuera! ¡Adiós amistad! ¡Adiós amor unos por otros, todo! ¡Nos convertimos en extraños! Ya no tienes nada para darte. ¡Es que no hubo nada! Nunca tuviste nada.

A otro amigo lo saqué de su entorno tenebroso. Yo quería que empezara otra vida. Pero ¿ves la dificultad? ¿Es posible que un ser humano se eleve a base de esfuerzo? Esa vidita le parecía demasiado hermosa y se fue hundiendo en ella. Volvió corriendo a su amor y rompió corazones. Uno tras otro, hasta que lo rompieron a él. Y entonces tuve que volver. ¿Cuántos libros se han escrito sobre eso? ¿Cuántas películas vemos que nos enseñan como no hay que hacerlo? ¿Nos provoca alguna reacción? ¿Hacemos como si fuera para nosotros mismos? Lo que el ser humano ha escrito..., lo que ha convertido en películas, lo que transformó en arte para aprender para nuestro yo mejor, no fue escrito para nosotros, era para otros. Si yo supiera que mi pensar y sentir carecen de valor, ni empezaría con esto. Pero empiezo a ver que vale la pena. Todavía no puedo negarle esto a nuestra sociedad. ¡Ya aprendí! ¡Pienso para muchos! Y eso sigue valiendo la pena.

Erica está cambiando... Karel también, Anna es un milagro, René no lo es menos. Estamos locos por René. ¿Por qué? Porque este niño nos ha enseñado mucho. Aprendemos cada día y la mayoría ni siquiera se da cuenta. ¡Yo sí! Karel ya no es el mismo. Estamos arrancándonos nuestras máscaras, lo cual no es tan sencillo, pero ¡está pasando! Duele, tiene que ver con pena y dolor, pero ¿por qué no miras un poco nuestras violetas? ¡Así es como seguimos! ¡Empiezo a ver que así tiene que ser, no se puede ir por otro camino, tenemos

que inclinar la cabeza los unos ante los otros!

¡Y ahora empiezas a ver ese amor loco! ¿No quieres también un poco de este amor loco? ¿Por qué no te observas un poco? No te has visto todavía. Mira qué hermosa eres. Anda, contempla tu propio castillo. ¿Qué sientes? Pues a Anna y a mí nos puedes declarar locos. El pequeño René vio que Erica también se vio a sí misma. Ahora ella observa las pequeñas sandalias que todavía le envuelven los pies como una emanación etérea, pero que sí van adquiriendo ya forma. Ese tejido está creciendo.

Karel tiene un aspecto cuidado. Se acicala como si mañana tuviera que irse al altar con Erica. Adivina, adivinanza, ¿por qué será? Los zapatos le brillan... Anna lo siente y lo ve. Erica y yo también, pero ninguno de nosotros dice nada al respecto. Disfrutamos en silencio. ¿Sientes este silencio? ¿Es la verdad!

Erica se sienta de otra manera en la mesa, que está puesta de otra manera. Sin embargo, todo está exactamente igual. Anna anda de otro modo. Actúa y piensa de otra manera. Es una aeromoza (azafata) versada, servicial en todo. ¿Y eso en una criada? ¡Llegamos a ver nobleza!

Si se lo preguntara a ellas, creo que dirían: “No queremos perder esta desgracia ni por todo el dinero del mundo”. Pero no me adelanto a nada, todavía no estamos. ¡Aún no hemos completado nuestro viaje!

René está recayendo. Se cansa. Es extraño el silencio, la paz de los últimos días. Ves cómo está cambiando, pero alejándose de nosotros. Y no puedes hacer nada. Ahora mejor aguardo. No sirve hablar. No te responde. Los ojos miran hacia adentro, no te ven. Dios mío, pero ¿por qué?

Tuvimos que volver a ponerlo debajo de la sábana de fuerza. Durante días disfruté de un descanso silencioso. Hemos visto numerosos estados, y cada uno es aún menos claro que el otro. Todavía no sabemos lo que es esto. Karel me preguntó:

—Frederik, ¿crees que la epilepsia es lo mismo que la hipnosis?

Estamos sentados ante el hogar... Erica, Anna, Karel y yo. Hans y Hansi todavía no han vuelto, esos no vendrán hasta la semana que viene. Pues sí, ¿qué es la epilepsia?

Según Karel:

—Una enfermedad convulsiva... trastornos en el tejido cerebral. Y otra cosa más. Pero no quiero oír hablar de que sea hereditario. He investigado a toda mi familia y en mi casa no hubo ninguna desgracia, puedo conectar un siglo con otro. ¿Desempeña un papel importante eso? ¿Eran mis antepasados adictos a la bebida? Yo lo busco por otra parte. Sabemos qué aspecto tenía el cráneo de René. Y sin embargo, no encontramos nada. Frederik, ya ves cómo se ha ido deformando esa cabeza, todavía me resulta un misterio. Porque en René echo en falta los calambres y las contracciones musculares. Yo no conocía esta epilepsia, y sin embargo me atrevo a jurar que es eso. También

he pensado en hipnosis impuesta. Pero no sé lo que es la hipnosis. Ya sé lo que nos imaginamos nosotros, pero eso no nos sirve. René es apático. Lo ves y no podemos hacer nada. El corazón es normal, no encuentro nada. Ninguno de nosotros.

Y ¿qué es la hipnosis? ¿Qué es la hipnosis impuesta? Conocemos el caso. Podría someter a mis enfermos a hipnosis, mi voluntad tiene suficiente fuerza para eso. Pero lo que vemos aquí, Frederik, nos conduce a los expertos a miles de posibilidades. ¿A dónde? ¿Qué tenemos que hacer? ¿Cómo lo ves tú?

—Cuando sometes al enfermo a hipnosis, Karel, obligas la vida a que duerma. Es posible mediante tu voluntad impuesta. Pero ¿qué ocurre en ese instante? No lo sabes. No conoces la profundidad de la vida y el sueño te resulta una máscara. René no tiene nada que ver con todo esto. No son impulsos sexuales y tenemos que ver si llegarán todavía. Lo que vemos ahora es desintegración o cambio. Hay fenómenos que todavía no conocíamos. Pero ¿cuántas cosas no hemos conocido ya? Empezó con su cabeza. Retraso mental. Un poco después es consciente. Vive en diez mundos, Karel. Este mundo es el material; aquel en el que se hunde es el mundo para el alma. Pero nosotros no conocemos el alma. Tampoco conocemos el espíritu, en el fondo todavía no conocemos nada del cuerpo humano. Y su cerebro, no obstante, funciona. Yo creo que a su cuerpo no le falla nada. Claro... quiero decir... no veo trastornos cerebrales. Esta epilepsia es de otra naturaleza. Nos conduce directamente a la vida interior, pero marcha al margen de la conciencia diurna hasta manifestar los actos.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Que René piensa y siente, que vive algo que el cerebro no absorbe ni procesa, tal como ocurre en una persona normal. Más bien quiero decir que la personalidad domina los sistemas. Por eso recae en su estado, que nosotros vemos como epilepsia. Estamos ante una hipnosis invisible. O sea, es un dormir que aparece por iniciativa propia, por su propia fuerza. Ese sueño también es un importante factor.

—¿Qué es ese sueño?

—Creo que es una expresión de debilidad. La impotencia de la personalidad de procesar aquello que el alma ha de aceptar. La personalidad tiene que someterse al crecimiento y florecimiento. Creo que aquí estamos ante un caso de hipnosis inconsciente. La consciente se produce a partir de ti; nosotros, como seres humanos, obligamos a esa otra alma a que se duerma; esta vive justamente bajo la vida de la conciencia diurna y obliga a la personalidad a reaccionar. A eso lo llamo la hipnosis “inconsciente”, pero quiere su evolución, su despertar. Y ahora voy a hacer comparaciones con los muchachos que vi donde Hans.

Cuando ves a René, cuando lo miras a los ojos, no te queda más opción

que creer que es diferente a todos esos psicópatas. Para mí no es un psicópata. ¡Esos niños, esas almas y todos esos cuerpos son distintos! Esas conciencias son inconscientes, la de René no es así. Siente de otra forma, a veces es muy agudo contando las cosas, aunque lo mezcle todo. Esos chicos, los niños de Hans, son física y espiritualmente inconscientes. No sé si es la culpa de sus organismos. Aún no tengo un nombre para ello, pero creo, Karel, que la vida, como alma, deforma la materia. Estas no son enfermedades materiales, no son cuestiones hereditarias... Creo que no somos capaces de violar las leyes corporales.

—No estoy de acuerdo contigo en eso.

Erica lo interrumpe y dice:

—A ver, deja que termine de hablar, Karel.

—No lo crees, Karel. ¿Por qué no? No puedo creer, aunque tengamos que aceptar los hechos, que mi bisabuelo me pueda legar un estado psicopático, porque el alma no recibe nada para dar. Tengo que ser claro. Esto no es sencillo. Pero... ¿oíste las habladurías? Una ramera tiene trillizos, tres niños sanos. Nosotros tuvimos a René. ¿Tú crees que Dios se mete en estas canaladas? ¿Realmente creías que como alma recibías algo gratis? ¿Entonces por qué no juegas a ser un genio? Quiero decir, Karel: ¡el alma es ella misma! No recibe nada gratis, pero tampoco puede volverse loca si está en armonía con todo. Ahora me encuentro ante miles de hechos sobre los que he reflexionado sin excepción, pero para los que aún no tengo los fundamentos.

La enfermedad de René, eso ya te lo he intentado explicar en lo posible, es una enfermedad espiritual. Es lo que nosotros imaginamos. Ustedes (vosotros). Pero esto no es una enfermedad. Y dado que no es una enfermedad, René tampoco es un psicópata. Si lo fuera, en cambio, entonces no habría cambiado esta cabeza. Lo habrías visto así toda su vida. Pues esa cabeza, esos sistemas materiales, Karel, fueron deformados por el alma. Eso ahora sí es algo tarde, porque debería haber sucedido durante el embarazo de Erica, pero aun así ocurrió, y además para bien. En cuanto a esos otros niños: son más inconscientes para la materia y el alma. De modo que veo tipos de demencia, también para la psicopatía, en lo que estarás de acuerdo conmigo. Si descendemos al grado más profundo de la psicopatía, Karel, entonces te encuentras ante aquellas máscaras retorcidas. Pero ahora la materia, el rostro, es exactamente igual que como se deja ver el alma. La materia y el alma, la personalidad, está deformada. Estos dos mundos están mutuamente sintonizados de forma pura. Uno no está adelantado al otro, ambos tienen una sola meta, sienten y viven lo mismo, ambas estás deformadas; da igual cómo quieras verlo, te encuentras ante la máscara material y espiritual.

¿Y no les estorba la epilepsia? Algunos, tal como afirmaba Hans, se derumban y se golpean contra el suelo delante de tus ojos. Pero ¿ahora qué?

¿Cuáles son? Precisamente, los más conscientes. Justo esas personas se caen al suelo, Karel; los inconscientes, o sea, los más enfermos, no tienen ni idea. Cuando visité con Hans a sus enfermos vi enfermos, sí, pero para algunos de tus amigos es ganado.

De modo que cuando vemos la epilepsia, cuando la vivimos, al mismo tiempo estamos ante un poco más de conciencia y sentimiento. De eso deduje, Karel, que el alma crea el propio cuerpo según la conciencia que haya adquirido aquella. El carácter crea. Eso también lo vemos en el caso de lo perfecto. El ser humano se crea a sí mismo. En un vagabundo de esos puedes ver lo que quiere la vida interior. También conoces al tipo de gente que considero los dementes conscientes, los enfermos no materiales, donde es el alma que se deforma por su terrible vida y que aun así deambula por esta sociedad como si no ocurriera nada.

Karel se queda pensativo. Nos fumamos un rico puro, acompañado de una buena copa de vino, nos sentimos en el séptimo cielo. Al poco tiempo dice:

—Continúa, Frederik.

—Lo que quiero explicar con todo esto, Karel, es lo siguiente: René no está deformado ni material ni espiritualmente. Pero ya lo habría estado desde hacía mucho si su alma no hubiera conocido esta conciencia. Debido a que la vida interior ha sido capaz de deformar los sistemas materiales, imagino que esto que es físico y espiritual se conduce a sí mismo hacia lo perfecto, a la estructura armoniosa de esta vida: a nuestro ser humano. Lo que los demás chicos y chicas no poseen considero que sí está en él. Así que no es una cuestión hereditaria, sino un despertar interior, y eso lo cambia todo.

Ahora es, o dicen que es: lo tienes o no lo tienes. Eres consciente... o eres inconsciente, pero eso no tiene nada que ver con Dios. Esos problemas no han caído encima porque nosotros mismos los hemos creado. Lo que viven aquellos otros psicópatas es la concienciación adquirida y propia para esta existencia material, terrenal. Supongo que todos nosotros, por sanos que seamos, hemos atravesado todas estas posibilidades para llegar a lo material social. Ya sé que todavía no tengo las pruebas, porque con esto nos encontramos ante millones de leyes. Y entonces el alma ha empezado su vida en otro lugar, lo cual nos sitúa ante la “reencarnación”. Así que entonces los espiritistas tienen razón, así como algunas sectas más, como los teósofos, pero eso todavía no lo acepto, necesito pruebas.

Pero ahora todo lo ves de otro modo. Ahora los psicópatas de Hans son autodestructivos. Debido a que esas almas poseen una conciencia animal, están todavía muy alejadas de lo perfecto, hacia donde crecemos nosotros. Así es como ha surgido la disarmonía con la naturaleza, con nuestra vida diaria, con esta sociedad, y no son aptas para aprender el abecedario. Tenemos que encerrar a esta gente. Esas almas aún tienen que despertar. Pero, Karel, por

esos sentimientos inconscientes, el alma, tu empuje y naturaleza, que para mí ha adquirido una voluntad y personalidad, desvinció todo ese castillo, y ahora tiene el mismo aspecto que cuando fue creada en la madre. ¿Por qué fue que René tenía esta cabeza retorcida?

—No sé. ¿Y tú? Entonces eres listo, Frederik.

—Se debió a que el alma influyó de manera predominante en el tejido material. Eso lo he podido seguir por los fenómenos de Erica. Todo lo que ella padecía como desgracias —todo lo que tú sabes— también sucedía en su interior. Concretamente, durante los primeros tres meses. Después los fenómenos cambiaron, también en ese aspecto. Yo habría entregado mi vida por eso. Ahora incluso antes, porque estás viendo todos esos mundos ante ti. Miras en el alma abierta y en el cuerpo de la madre. René despertó como una personalidad, esto simplemente debes aceptarlo como tal por el momento. Cuando el alma volvió a tener conciencia —ahora también piensas en todos los niños de Hans y lo que a ti te parece eso— ya comenzó la deformación material. Erica llega a ver fenómenos, en ella son espirituales y materiales. El cuerpo humano está bajo excesiva presión, tensión, concentración, una manifestación de la voluntad predominante. Eso es lo que nos trajo los problemas. Eso es lo que hizo que todos los demás niños llegaran a asfixiar el cuerpo material. Son ellos mismos, Karel, ¡no hay otra explicación! Todavía no son más que suposiciones, pero los seres humanos poseemos una entidad. Podemos hacer con nuestra vida lo que nosotros mismos queramos, y hemos comenzado con la desintegración material y espiritual. Ahora llegamos a la cuestión de lo hereditario.

Si estropeamos nuestro esperma y lo transmitimos a la madre, eso no le causará molestias a ella. Pero si profundizo más, lo cual ya es posible, entonces llego a la conclusión —y ahora escúchame bien— que esto es la influencia de la materia y por la materia. ¡Ella llegó a la pez! Pero si seguimos esas otras estirpes, Karel, entonces vemos desintegración material. Los tejidos, sistemas, corazones, riñones, la bilis, los hígados, y así podemos seguir, se encuentran rindiendo a medias; allí vive algo que no ha logrado ser viable para vivir al cien por cien, porque la enfermedad, el debilitamiento de los tejidos, ya empezó varios siglos antes a desintegrarlos.

Ahora nos encontramos ante las enfermedades. ¿Qué es el cáncer? No lo sabes. Para mí, todas las enfermedades tienen su origen en un debilitamiento anterior. La ley natural para el tejido ha sido violada, contagiada, mancillada. Y ahora estamos con las enfermedades. Estas también poseen una personalidad propia, por la que reconoces el contagio y la desintegración. Pero eso es tu propia universidad. Los principios básicos de ello, Karel, se remontan a siglos y siglos. Fue mi bisabuelo quien lo empezó. Pero él no contagió a mi bisabuela, sino a la niña o el niño que nació. Estas, pues, son cuestiones

materiales naturales adquiridas para el cuerpo humano, que no tienen nada que ver con esos seres retorcidos en los que reconocemos a los psicópatas. ¡Estos son los empujes para la vida del alma! Es material, físico, esto es espíritu además de alma, que crearon un mundo podrido por la personalidad. Y escucha ahora el padrenuestro:

“Padre nuestro, que estás en los Cielos...”, etcétera, y después: “...no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal”. Así ya basta.

¿Realmente pensabas que Dios nos deja caer en la tentación de hacer cosas malas y de destruir nuestro cuerpo? Te pregunto: ¿Pensabas que Él es capaz de librarnos ahora del mal? ¿Somos nosotros mismos, Karel!

—¿A dónde quieres llegar, Frederik?

—A aquello donde vivimos lo perfecto. Al instante en que todo era inmaculado y bueno, en que el hombre aún no sabía que él mismo era la causa de la putrefacción y la miseria... No, no, así no es... lo digo mal, quiero decir... a lo natural... a lo perfecto... a la fuente de vida “absoluta” de todo. Porque allí yacen y viven nuestras respuestas y vemos la inmaculada claridad, lo armonioso, lo natural para tu vida.

—¿Así que eso significa que nosotros mismos hemos creado nuestras miserias? O sea, ¿soy culpable de la ruina y miseria de René?

—Tú o Erica, son ustedes (sois vosotros), no yo o Anna; solo Dios sabe dónde empezó, pero cosechas lo que has sembrado. Tú mismo has atraído esta desgracia. Ya te digo que no sé dónde empezó esto. Pero no creo en el dolor por culpa de otros. Lo que vemos, Karel, mires donde mires, es miseria acumulada. Eso ya es en sí un mundo, que posee una entidad, como todo lo demás, de la que no podemos escapar los seres humanos. Es el empuje infalible de la Madre Naturaleza. Pero somos uno con la Madre Naturaleza, esa misma naturaleza nos trajo a la vida. Creo, Karel, que tenemos millones de vidas a nuestras espaldas, que las hemos vivido. Pero ¡las pruebas...!

Aquí tienes los problemas. Solo tienes que agarrarlos y los calas, siempre que comprendas qué es volver a nacer. Si no te encontrarás ante un muro universal y te estrellarás.

¿Es el propio René culpable de su infortunio? ¡Sí! Pero es que no creo en el infortunio, al contrario, podemos ser felices. Eso quiere decir que, a pesar de todas estas desgracias, sí que creo en él. No puedo creer en los locos de Hans ni en sus psicópatas, a esos no hay quien los pueda ayudar. Por eso te pedí que nunca le mandarás a René. No conoce a René y no es un psicópata, aunque nos encontremos ante esta epilepsia, ante la hipnosis y todos esos otros fenómenos. Con René es muy diferente. Eso es lo que quería explicarte según mi pensamiento y sentimiento, como profano. Ustedes (vosotros) los expertos están (estáis) sometidos a las leyes existentes, es imprescindible para no estrellarse. Yo puedo ir a donde quiera, y veo con los dos ojos. Antes

tampoco era capaz de hacerlo. Lo aprendí aquí. Lo aprendí por Erica y René. Cuando empecé a tener preocupaciones, compasión, fui averiguando los fenómenos. No quiero nada, solo sé que esto no es epilepsia material, porque todavía no se me concedió ver esos trastornos para los tejidos. ¡A ti tampoco! Entonces no tenemos momentos naturales, Karel. Dice cosas anormales, pero te juro que si se te concediera ver todas esas cosas como son en realidad, tendrías otra visión. ¡René tiene que aceptar ese sometimiento!

La epilepsia, Karel, la causan los trastornos materiales. En ese instante, el cerebro deja de funcionar de forma natural, o hay una presencia de nervios que no pueden procesar el tremendo impulso de despertar, que es enviado directamente desde el alma, por lo que el cuerpo cae violentamente al suelo. Si se combina con movimientos espasmódicos, entonces el resto del cuerpo está resistiéndose a ello, por lo que ¡vemos una lucha a vida o muerte! Una lucha por la vida y la conservación; los sistemas no afectados se rebelan porque de nuevo la personalidad no quiere aceptar. Con que un enfermo de estos se dejara, ya no habría más calambres, porque de lo contrario estaríamos de nuevo ante lo inconsciente, o sea, trastornos internos que aparecen directamente desde el alma y que se resisten (—dije).

Me quedo sin aire. Karel reflexiona. No tarda en tomar la palabra:

—Ojalá te hubieras hecho médico, Frederik. Estoy asombrado. ¿De dónde sacas todo esto? ¿Quieres hacerme creer que no sabes nada de estas cosas? (—pregunta).

Me quedo sentado, mirando. Tengo que decírselo:

—Karel, ¿crees que esto significa algo?

—Construyes una tesis que yo no había oído antes.

—Te digo —y eso has de aceptarlo— que si me preguntas ahora de lo que acabo de hablar ya no lo sé. ¿Es esto inspiración? Entonces me parece que está bien. Pero ¿es que no ves... que en el fondo todos somos idénticos a René? Él o bien va rezagado respecto a todos nosotros... o precisamente un poco adelantado. Tenemos que esperar. Así lo siento... una cosa atrae a la otra. Si sientes el alma, también sientes el organismo. Ahora puedes sacar conclusiones. Y te quedarás asombrado de cómo encaja todo.

Ahora ya sabes: René a Hans, jamás. Pase lo que pase, Karel, eso nunca. Para René aún hay otras perspectivas. Espero que no sea necesario. Pero cabe dudar de eso. Pienso más bien que lo perderemos por un tiempo no demasiado largo, porque esto de estar en casa no es bueno para él. Y entre los niños como él en todo caso aprende algo. Tiene que superarlo.

Erica y Anna han escuchado, lo han hecho bien. Erica pregunta:

—Frederik, ¿crees entonces que yo viví esa desgracia porque René estaba envuelto en una lucha con él mismo?

—Así es, no puedo verlo de otra manera.

—Ahora comprendo lo que es la inspiración. También por qué yo era así. También entiendo ahora mi conversación física, que provocó las risas de esos locos de Van Stein, Van Hoogten y de los demás. Y además, por qué me apetecía tanto un trago. Era René con su violencia. Y eso se fue liando en mi cuerpo. Pero qué sencillo es todo en el fondo.

Anna dice:

—Ahora también comprendo por qué René está tan mortecino. Creo que ahora está en su tercer mes, Frederik, y va a por su cuarto, y cuando haya superado este, ese sueño se disolverá, ya no tendremos fenómenos antinaturales y ocurrirán otras cosas. Y ojalá que sean buenas.

Nos reímos y Anna va a ver a René. Seguimos hablando.

—¿Qué es epilepsia, Karel? Trastornos cerebrales, nerviosos. Si allí hay algo que no es natural, es que tampoco cambiará nunca. Eso no lo hemos visto todavía en René. En cuanto a eso de dormir... es algo muy diferente. ¿Por qué es tan fuerte él? ¿Ya lo habías pensado alguna vez? A mí eso me dice que solo entonces consume del todo su fuerza al cien por cien. Los seres humanos nos encontramos en un estado en el que consumimos fuerzas físicas, pero solo a medio rendimiento. Cuando alcanzamos el pleno rendimiento noqueas a diez tipos a la vez, pero nosotros decimos: ¿solo es posible hacerlo una vez en la vida? ¿Sabes lo profundas que son nuestras fuerzas humanas? Pero hay otra cosa, en la que no creo, pero que sí que existe. Y es esto: ¿crees tú en estar poseído espiritualmente? ¿En que el alma es influenciable? O sea, ¿en estar poseído por espíritus?

—No así porque sí, no tenemos pruebas.

—Yo tampoco, pero aceptémoslo por unos instantes. Mira, imagínate que René estuviera bajo una influencia astral. Entonces atrae hacia él otras fuerzas. Ahora está siendo vivido por otras fuerzas, viven por medio de él. Esas fuerzas se sirven de su alma, de su vida, de su personalidad y cuerpo, y se pegan la gran vida. Todas estas posibilidades se conocen en el mundo oculto. Todavía no me voy a adentrar en eso, pero si es cierto, entonces ves una posibilidad por la que se pueden explicar esas fuerzas. Pero también está la posibilidad anterior. Esa me dice que los seres humanos no consumimos completamente nuestras fuerzas naturales..., en el fondo aún no consumimos nada de esa reserva universal que vive en nosotros, porque poseemos una sintonización con el espacio y con Dios. Esto me sirve de explicación de cómo ha luchado René con sus propias fuerzas... Si fueran otras fuerzas, Karel, entonces —créeme— perdería toda mi seguridad y podrías encerrarlo en breve para el resto de su vida. Porque a medida que crezca, más difícil será para él. Y eso se puede superar ahora.

Así que todavía podría explicarte con un sinfín de ejemplos cómo están funcionando esas fuerzas sobrenaturales. El alma y el espíritu, la materia y la

vida, son gobernadas por él y por nosotros, por la personalidad. Somos nosotros mismos quienes predominamos, quienes convertimos nuestras vidas en algo. Pero, Karel, ¿si aceptamos otras vidas? En el fondo, ¿para qué vivimos aquí? ¿Con qué fin estás tú aquí? Y nosotros, ¿para qué? No lo sabes. Todos nosotros tenemos una sola meta, vivimos y hacemos algo, pero la meta es el despertar. Nuestra meta es revelar; nuestra vida ha de evolucionar. ¿Quién hace algo para esta humanidad? ¿Para la sociedad? Tú y todos quienes trabajan para esta humanidad. Espero poder contribuir algo mío. Eso es todo, creo, lo justo, nada más.

—Honestamente, Frederik, he de decir que esto tiene envidia. Voy a meditarlo, quizá me encuentre con alguien que diga: mira, allí está. Aún no he recurrido para ello a mis mejores fuerzas. Pero quién sabe, nunca es demasiado tarde para aprender algo. Ciertamente, tiene meollo. Aún tenemos que aprender mucho. No hemos hecho más que empezar, que no se te olvide. Sin duda, es posible. Me atrae, porque te hace pensar más allá. Por lo demás pedimos pruebas y creamos una desgracia tras otra. Espero sinceramente que tengas razón, Frederik. Hombre, no hay nada que me gustaría más, que feliz sería. Te sigo agradeciendo que estés aquí, y espero que así siga. ¿Qué te parece a ti, Erica?

—Nos tomamos otra, Frederik, te la has ganado. Hombre, qué tímido eres. Dios mío, todavía te veo en el barco. Sentíamos tanta compasión por ti. ¡Y ahora esto! ¡Entonces René también sanará! (—contestó).

Nos fuimos a dormir... Apunté varias cosas, y —qué curioso— todo lo que habíamos hablado me volvió. Si soy honesto, en el fondo estaba medio ausente. ¡Iba por sí solo!

René seguía portándose mal. No obstante, sus ojos retoman su posición normal. Hay destellos. Creo que esta anestesia dejará de surtir efecto más tarde. Este estado es material. Pertenece al cuerpo. El alma tiene que aceptar ahora que los sistemas materiales son predominantes. Qué natural es todo en el fondo. Recibo mucho. En el cuaderno de bitácora escribí:

“Los últimos días observo diversas opciones para mí para reflexionar bien y con nitidez. Es algo que se me envía. También es René. Recibo. Empiezo a comprender —tal como ya lo están sintiendo Anna y Erica, pero Karel aún no— que existe un determinado empuje telepático para todo lo vivo creado por Dios. Son los dos gramos de sentimientos que poseemos nosotros mismos y que con los años fueron atrayendo todos los sentimientos universales. Es justo como el niño junto a la madre. Soy un bebé y deseo nutrirme. No quiero llamar el universo un “pecho”, pero así es. Mi vida está abierta. ¡Quiero abrirme! Y es por esto —eso es lo que has de retener, Frederik— que surgió esa unión. Estoy sediento, pero para mí esto no es leche, sino ¡sabiduría! A través de mi sed se me envía la capacidad de aprender a pensar. El pensamien-

to me entra solo. Después repaso todo y llego a excelentes posibilidades, que a Karel lo dejan pasmado. Ya me han dicho en otras ocasiones que escribo bien, ahora yo también empiezo a creerlo.

Pero aún no he llegado. Es como si el universo quisiera algo, me succiona hasta vaciarme, y me suelto de este mundo, ya no anhelo nada más y voy a la immaculada claridad. Cuanto más amo, cuanta más armonía haya en las cosas que hago, cuanto antes también me llegará la palabra. Así continúo.

Eso los eruditos tal vez lo llamen telepatía. Que sea lo que sea; para mí se trata de algo muy diferente. Sé que en el libro hay palabras que significan algo muy distinto a lo que nosotros interpretamos. Para nuestra vida la palabra aún no ha alcanzado el propio despertar. La gente no se lo cree, pero así es.

Tomemos por ejemplo la justicia. Ahora veo que cada palabra tiene un mundo, como todo. Eso hace un rato ya lo sentía así también. Pues esa justicia tiene profundidades. En nuestro caso no estamos hablando de justicia, sino de querer tener la razón material. Ya dije: con dinero consigues salir de la cárcel. Y si aplicáramos la justicia más elevada, entonces un juez de esos de inmediato estaría detrás de las rejas, porque ese hombre no ha hecho más que tratar a la gente y sus asuntos de forma injusta. ¿Entiendes? Esa es la cuestión.

¡Ahora aquel juez es un ladrón espiritual! Ya puedes seguir. Pagas por un tratamiento bueno, tu mujer tiene una dolencia y la envías a una clínica. Encima de la entrada pone: “Tratamos igual de bien a cada quien”.

Pero después del primer día le dieron de comer col verde con morcilla, y eso para una madre que acaba de perder a su bebé. Eso le ocurrió a un amigo mío. A otro le levantaron miles de florines para el tratamiento justo. Eso tu cartera no lo aguanta, pero tu alma tampoco.

De modo que cada palabra ha de representar un universo. Así es como lo imagino: vas desde el odio al amor. De ladrón te conviertes en juez, siempre que vivas con arreglo a la naturaleza y los diez mandamientos. Y ahora que me mando a mí mismo a esa justicia, me lleno de esa sabia vital y me pongo en flor. ¿No es maravilloso?

Cada pensamiento posee un universo —ya lo dije—, pero ahora tienes que intentar alcanzar la armonía allí donde se materializan los pensamientos divinos. Si penetras hasta allí, entonces estás en medio de la vida de René y puedes empezar a analizar el problema. Si sigues sediento, entonces ese pecho resulta ser inagotable; durmiendo lo procesas todo. Y lo que no forma parte de ti, lo que no necesitas, eso se va sumergiendo y se convierte ahora en el subconsciente o en la conciencia diurna. Ahora comprendo que así es como he de seguir.

Alcanzas la unión con todo. Ahora ya no caminas: planeas. Probablemente, todavía lo hago mal. Haré lo que pueda para conocer lo otro. Si René es capaz de chupar de mí hasta dejarme vacío, entonces ¿por qué no

sería capaz de hacerlo yo? Cuando un telépata saca de un estuche un cigarro que contiene una aguja, así, en presencia de varios centenares de personas —yo mismo estaba allí— también tiene que ser posible para otros establecer una comunicación telepática mediante la cual podemos ayudarnos y llegar a conocernos. Aunque esa gente lo haga por sensacionalismo, para ganarse el pan, esas fuerzas, esa sensibilidad, también se pueden usar para investigaciones científicas, pero directamente sintonizadas con las creaciones divinas y Sus leyes. Y encima, hasta el alma de todo lo que vive, que entonces hablará a tu vida. Finalmente, te viene el estar abierto a todo, y succionas hasta tu interior todo lo que es bueno; sientes de inmediato el sabor amargo cuando algo no está en orden.

Así que me convierto en un telépata universal. Suena bien y de verdad que no es tan mísero. Me llevo a la franqueza, a la armonía por todo. Entonces estamos de inmediato ante leyes desconocidas. Cuando estas hablan a tu vida y tu ser, entonces sí que te estremeces un poco, pero después de unos días ya estás acostumbrado. A veces se te envían escalofríos. Ahora tienes que seguir lo natural, pero continuar teniendo los pies en la tierra, para que no te entren imaginaciones, porque si no verás otras máscaras. Y estas son aún más viles que las materiales, estas las crea tu alma y te conducen a Hans.

Seguramente que sentirás”, escribo, “que este aprovechamiento insano no dice nada. René también chupa. También esa vida está atada al universo. Agarra a esa madre con todas sus fuerzas y ella lo alimenta. El universo solo lo veo como madre. Que si en ella también vive paternidad es algo que desconozco; pero uno diría que no puede ser de otra manera, porque también Dios es Padre y Madre. Pero ¡lo que es saber, no lo sé! Aguardo”.

René está recayendo los últimos días. Ya dije que sus ojos reflejan una nueva conciencia; el cuerpo está apático. Claro que todo está tranquilo, pero esto es una desgracia. Tenemos tantas ganas de ayudarlo.

Karel intenta de todo. Aun así, se hace más cauto con sus jeringuillas. Él mismo se estremece y tiembla de todos esos medicamentos. Tampoco lo ayudan, paralizan su cuerpo.

Mantengo que esta es una reacción material. El alma puede tocar el primer violín, también al cuerpo se le da un repaso. Ambos mundos pueden descansar cuando toca. Luego estaremos ante los años de la pubertad y entonces quizá el cuerpo empiece de nuevo. ¿Tendrá que esperarse entonces el alma una paliza del cuerpo? ¿Tendrá que vivir entonces el cuerpo las reacciones por el alma? Es asombroso. ¿Ves? Así me van surgiendo continuamente preguntas que requieren una respuesta. Entonces me quedo al margen y escucho. Ahora creo que todo es capaz de hablar. También creo que esto será la unión universal con Dios. ¿Y no es ese el milagro que estamos esperando todos? ¿No es esto lo esencial para lo que vivimos los seres humanos? ¿Para lo cual y por lo

cual somos madre y padre? ¡Así lo creo!

El alma de René recibe entonces una tremenda paliza. También el organismo que él —como personalidad— ya está explorando. Por eso, esto no tiene nada que ver con lo sexual, lo veo más como un despertar. Claro que esto lo golpeará, quizá padecerá esas molestias entre gemidos, le dolerá, pero ¿no es así la naturaleza? ¿Oíste alguna vez, en mayo, cómo se desgarran la vida joven? Eso se puede oír. La vida gimotea de dolor. Un capullito de esos verdes tiene dolor. La hoja de un árbol tiene dolor, la flor que se va coloreando tiene dolor, porque eso es el despertar; creo en la paternidad y maternidad universal, que predomina en todo, y que lo seguirá siendo.

No, vamos a seguir, quebrados en el alma y espíritu, materialmente quizá deshechos, noqueados por la vida cotidiana, pero abiertos al “Buenos días” y al “Que descanses”.

Aquí en casa ocurren milagros. Estamos encima de ellos. Cada día nos trae nueva vida. Y precisamente por esta desgracia, por vivirnos, por hablar, por meditarlo.

Empiezo a ver con más amplitud, a sentir con más amplitud, a sentir que Dios es amor.

Fui un momento a ver a René. Es como si el chico yaciera envuelto en una bruma. Pero creo que el sol empezará a lucir y que ya ahora le está enviando desde detrás de las nubes a la tierra la partícula para su vida. Ni vive, está medio muerto. Esto es psicopático, roza un estado epiléptico, con los consiguientes fenómenos, que antes se tomaban por escarlatina y de todo. ¡Para nosotros eso se llama ahora despertar! Espero que llegue a tener razón. Creo que sí, enseguida escribiré todavía algo en el cuaderno de bitácora, antes de que se me olvide lo que se me acaba de ocurrir. Y solo entonces me iré a dormir.

¿El pequeño René? Cuando me recorren estos pensamientos abre los ojos. Me mira, nuestros ojos se tocan, descendemos en nuestras vidas mutuas. ¿Qué siento? Anda, ¿qué es esto? Me habla. Puedo traducirlo al instante.

—¿Pasa algo, tío Frederik? Gracias por tus cuidados. Ya mejor vete a dormir. ¿Siguen las gallinitas sin recibir ropa nueva? ¿Se vendieron los caballos? ¿Es la vida tan... desgraciada que estoy loco? ¿Sigues soñando...? ¿También te vas a enfermar...? ¿También tú tienes fiebre álgida? ¿No es cariñosa Anna? ¿Papá? ¿Por qué hablan (habláis) tan bajo al entrar aquí? Ya no me molesta el bu... Lo sé, tío Frederik... ¿Ya puedo volver a dibujar? ¿Tengo permiso? ¿Puedo volver a hacerlo...? (—pregunta).

Y para colocarme ahora ante el hecho, todo sale materialmente de su boca, por lo que me quedo asombrado, sin saber qué hacer. Después vuelve a retirarse a su estado. ¡Se cierran los ojos y hay serenidad!

Me voy. Antes de eso escribo todavía:

“Cuando voy comentándolo con Karel, Erica y Anna, lo hago para darles fuerza para esta vida. Sé que Karel no aprende nada de esto; no sé si es algo que ya vendrá. Los ayudo y, como ya dije, creamos un vínculo. Estamos más abiertos unos a los otros. Así la vida se hace hermosa y soportable. Estoy pensando en seguir esos pasos”.

Ahora voy a dormir. De nuevo no hay flores. Pero eso me lo conozco. Luego el escenario estará lleno, porque entonces volverá a haber tensión. ¡Vi más pequeñas sandalias! También cambian las túnicas, vi que predominaba el azul. Incluso una túnica de un azul celeste, de la que pensé que la había visto alguna vez antes. Ya se dónde fue. ¿Será esto algo del subconsciente desconocido?

Mañana voy a sintonizarme con ello. Mañana y todos los demás días venideros, si me da tiempo. Tengo que intentar pensar mientras trabajo. Del subconsciente no sé nada en el fondo. Tengo que seguir todo... vivir todo, o no llegaré. El subconsciente... la máscara desconocida y, según imagino, la máscara más profunda y terrible que existe. ¿Por qué? Aún no lo sé. ¡Hago todo para descubrirlo!

“Al lado de usted quiero asegurar mi amor...”, adivina, adivinanza, ¿qué es? Y entonces me pasó volando por encima de la cabeza una paloma... ¿viste el animalito? Me siento como Noé... Navego... Todos navegamos... ¡Vuelvo a lanzar una paloma! ¿Me conducirá al subconsciente del ser humano? Vuelve a mí, ¡nos hemos hechos amigos!

¡Ahora aguardo! Dibujaré la “rama de la paz” mientras duerma. Buenas noches, ¡a todos! ¡Frederik...!

Ay, Frederik, nuestro René se va

Lo que siempre temimos, por lo que velamos día y noche, resultó ser irremediable. ¡René ya no está! A nuestro René ya no había quien lo domara, Karel acabó con eso. Y ahora ¿qué?

Entretanto ya tenemos medio año más de edad. El chico siguió estando apático durante un tiempo, se comportaba de forma extraña y decía las mayores tonterías, que tampoco yo comprendía. Se imaginaba las cosas más imposibles. Anna había vuelto a un punto en que Karel tuvo que empezar a tratarla para calmar un poco sus nervios contenidos, y Erica, como madre, se derrumbó por completo. Estaba loco, no había quien lo aguantara, tiraba todo por los aires y podría haberse roto la crisma de cómo jugaba con su propia vida.

Ya se lo había visto en la mirada: fue una noche en que me contó cosas muy extrañas; pareciera que las sacara sin más de mi vida. En ese momento se encontraba telepáticamente sintonizado, sentía... El chico sabía en lo que pensabas y lo que ocurría en tu vida. Esa semana constaté que progresaba; por cierto, todos lo pensábamos. Decidí que era mejor mantenerme en un segundo plano, porque mis propios pensamientos y sentimientos me habían puesto sobre aviso, aunque a él lo viéramos como nunca antes. Te contaba cosas en las que los adultos no piensan. Lo veías hundirse delante de tus ojos, y sin embargo agarraba al toro por los cuernos más conscientemente que nunca, para después entablar una conversación con el animal, que nos hacía estremecernos. Anna entonces solía salir volando, Erica se ruborizaba de vergüenza... de lo loco que se ponía él con el castillo humano y con las entradas y salidas que había descubierto en él mismo. Era como un matadero espiritual, una clase anatómica sexual. Incluso daba clases de cómo debías entrar en ese otro castillo. Todavía lo oigo decir:

—Límpiate los pies, tío Frederik, no entres allí así como así, si no a Anna le dará la fiebre algida. Para mamá no es tan grave... ella nunca ha abierto todavía sus puertas, por eso también tiene ese olor (—dijo).

Y no sé qué más... demasiadas cosas para enumerarlas todas y demasiado delicadas para comentarlas, aunque sí que tuve que ahorrar algunas cosas para el cuaderno de bitácora, si es que más tarde quería poder repasar este tiempo. Y finalmente..., qué más da... René no es más que un niño. Hemos constatado: allí yace y allí vive un parrandero sexual. Me tiraba de los pelos por haber afirmado mil veces que esto no tenía nada que ver con lo sexual. Ya no había quien justificara esto. Y sin embargo... cuando lo vi así, pensé, tú, amigo mío, ya has empezado tus años de pubertad. Porque es eso. Que si

tengo razón es algo que ya me dirá y revelará su vida. Creo que estoy cerca y que en el fondo di con el verdadero núcleo, porque René se adelanta a la juventud en todo. Ahora tienes que verlo como un chico de como mínimo unos quince años. Cuando hablé todo eso con Karel volví a equivocarme a fondo. Así es Karel, nunca sabes de qué te va a servir. Estamos hablando y piensas: lo tengo agarrado, mañana se habrá vuelto a olvidar de todo. Dijo sin rodeos: majaderías, Frederik. ¿Quieres hacerme creer que esta vida se ha adelantado al crecimiento y desarrollo normal?

Ya estará siendo perceptible que digo las cosas mal, pero mi intención era buena. Y hablara como hablara él, se me hacía imposible quitarme de encima mi propio pensamiento y sentimiento sobre el desarrollo de René. No me podía creer que fuera retrasado. No quería aceptarlo, aunque viéramos que actuaba como un sordomudo, que era apático, que se trataba a sí mismo y las cosas a su alrededor como un bruto y una bestia, que esta vida vivía el grado de la demencia. Yo mantenía que se había hecho mayor y que ya había comenzado la pubertad. Ahora todos se reían de mí. Anna dijo que también podría estar pasándome de rosca.

Los primeros días: apatía; los siguientes, en cambio, un poco más vital; y entonces volvieron esas palabras tan horribles.

—Santo cielo... ¡cómo se puede poner un alma, un alma así de joven! — Según Erica.

A Karel le daba asco. Sentía náuseas. Anna todo el día se ruborizaba, porque el chico no paraba de colocarlos ante los hechos humanos. Su desnudez y la nuestra parecía mostrar que tuviera ganas de zurrar esos cuerpos. Y tenemos que aceptarlo: en todo era como un tipo mayor. Sacó su clavito fuera del agua y picó a Anna con él, después de lo cual salió despavorida del baño.

Cuando Erica empezó a leerle la cartilla, fue aún peor. René le dijo simplemente que tenía que parar con esos gemidos cuando papá acudía a ella para comer golosinas. Y que cuando estuviera desnuda ante él, que ya no estuviera tan agitada... Papá eso ya lo sabía desde hacía tanto. A los hombres no les gusta tanta intromisión y papá ya estaba acostumbrado. Entonces oí un grito, alguien que corría y golpes, y después otro porrazo más. Me la volví a encontrar al pie de la escalera. Me dijo muy alto:

—Anda, lávalo tú, Frederik, yo no soy capaz. Dios mío... qué desgracia.

¡Erica estaba ruborizada! De Anna no había ni rastro, las mujeres se habían derrumbado. Conmigo René estuvo como una fiera. Me tiraba de todo a la cabeza, pero el bandido mujeriego había vuelto a dormirse, lo lavé con una manopla y le metí en la cama, debajo de la sábana de fuerza. Entonces todo empezó de nuevo: los alimentos y la bebida terminan por los aires; atado de pies y manos me escupe a la cara, un loco de verdad. ¿Está completamente demente? Cuando Karel quiere saber qué es lo que está pasando realmente

Erica no quiere decir nada. La obliga a confesar, tenemos que contarnos todo, tenemos que saber cómo están las cosas. Al contarle Erica todo lo que salió de esa boquita Karel no lo cree y así solo lo agrava aún más.

—¿Crees que te iba contar mentiras, o qué? —dice—. ¿Tenemos que...? —Y no consigue decir más. Se desploma. Karel se irrita. La casa vuelve a estar patas arriba, las personalidades se quiebran... un niño nos está dominando. Pero ya no es René mismo, este es otro. ‘De modo que sí que es posible...’, pensé, ‘que una personalidad astral se adueñe de un niño? ¿Tenemos que aceptar en este caso que está poseído? ¿Qué fenómenos hemos visto y conocido ya?’. Durante todo el día estuvimos oyendo gemidos, como si hubiéramos encadenado a un perro, así es como esta joven vida se siente golpeada. El corazón ha dado un vuelco a sí mismo, lo que a Erica le hizo derrumbarse, porque esto ya no era humano.

Al día siguiente más de exactamente lo mismo. Constaté que cuando uno toca este cuerpo, es decir, cuando lo hace una mano femenina, el alma y la personalidad se sienten estimuladas. Hay entonces mundos que toman conciencia y que son vividos en poco tiempo, y que están pensados de forma asombrosa, con más conciencia incluso de la que podemos imaginar los adultos. Sé cómo es Erica de cara a sus sentimientos maternos para Karel y para ella misma... Es libre, también en eso se siente natural e ingenua como una niña, por lo que estas palabras la dejaron fuera de combate. Sabemos de lo que tenemos que hablar; Karel, como médico, siempre tiene algo nuevo, pero nos cuidamos de que a esta joven vida no le llegue ni una sola palabra. Pero es algo muy diferente. René lo saca de nosotros, succionándolo. ‘Es capaz de eso’ fueron mis últimos pensamientos antes de que se fuera de nosotros. Y de eso se hace un cóctel sexual, por medio del cual habla el cuerpo y están obligados a escuchar el alma y la personalidad. Me preguntaba: ‘¿Será capaz de hablar también el organismo? ¿Tiene que contarle algo al alma?’. No me queda más remedio que aceptarlo, pero entonces son esos estímulos, se convierte en éxtasis... son esos disparates sexuales que tanto abundan en esta vida. Todo esto solo lo apunté brevemente, porque no teníamos tiempo de pensar un rato tranquilamente, tanto fue lo que tuvimos que procesar.

Así siguió. En forma y fuerte, pero espiritualmente anormal. Lo vimos cambiar en quince días. Pensábamos: esto va bien... Pero de nuevo habíamos cantado victoria antes de tiempo. El chico corría como un loco por la casa. No nos dábamos cuenta, porque a veces podía llevar una conversación como un chico normal y entonces charlaba con su madre, con Anna, con Karel y conmigo. Pero sí constatábamos que su memoria se había perjudicado. Los sonidos le cruzaban los labios como en un bebé, era incomprendible e ininteligible; así de confusas eran sus palabras. Me parecía que había perdido todas sus fuerzas y que tenía que empezar desde cero. Otro fenómeno que

también me era desconocido. Pero de pronto lo vimos a él de otra manera.

Eso fue una mañana mientras se encontraba con Anna en el jardín. Se aleja de ella como una flecha... se va corriendo a la siguiente casa, salta dentro del gallinero y comienza una auténtica matanza entre los animales. Está hablando de ropa. Que se iba a encargar de darles ropa nueva, que esto ya llevaba demasiado tiempo así. Y, naturalmente, que también tenían que darse un baño.

Conseguimos agarrarlo, con una gallina desplumada en las manos. Vemos un dedo dentro de la gallina... René quería tener huevitos. La gente lo declaró demente. Se habló de él en un radio de horas, y el triste acontecimiento se convirtió en el chisme del día. Lo peor de todo fueron todos los cotilleos. A Erica, Anna y Karel los ha destrozado. 'No podemos hacer nada', pensé, 'es triste...', es terrible, pero ¿qué quieres?'

La desgracia y miseria nos llegaban hasta el cuello. Hay mucha gente que nos mostró su corazón, otros se divierten con nuestra desdicha, disfrutan. Anna ya no se atrevía a salir a la calle, Erica se encerró en su habitación. Karel estaba fuerte y consciente... Los retó, pero los infelices no daban señales de vida, desde detrás de sus máscaras libraban una lucha con todos nosotros y nos arrastraban por el lodo. Podría llenar un libro entero de tanto cotilleo y tontería que oí. Hay que ver cuántas cosas sabe la gente de los demás. Se te echan encima universidades enteras. Te llevan en volandas para matarte a conciencia. Se te acercan para acompañarte en los sentimientos, pero solo es para contarlo a los cuatro vientos. Lo terrible es que recurren a Dios. Madre mía, ¡qué desastre de vida tiene esa gente! Y de nuevo oímos de todo, también había muchas novedades, pero casi siempre sin valor para ser meditadas, en la medida en que no fueran problemas para cualquiera, para todo lo que vive en este mundo. A muchas ya las había incorporado a mi libro, pero esto superaba lo anterior.

Entonces reuní a toda la casa. Primero le di una considerable paliza a Erica, después a Anna, que un poco después había recuperado la capacidad de terminar su tarea. En un día había llegado yo a ese punto. Entonces volvió a retar a los chismosos... Naturalmente, el intelectual lo ve de otra manera. Las personas con un más mínimo de sentido común sienten el dolor y la pena de los padres, y esa es la gente que te apoya. Son precisamente los estúpidos. Cuánto mal saben hacer. Ya sé que los estúpidos han retorcido el cuello a los genios del planeta... los arrojaron a las hogueras y sus templos fueron incendiados, ¡los aniquilaron conscientemente! Contra esto no puedes luchar. Uno pensaría que vive en un siglo consciente, pero eso no es cierto. Y, finalmente, uno llega a ese punto y lo entrega todo.

Ese día el chico estuvo completamente perturbado. Tenía los labios cubiertos de espuma. Lo compadecíamos, pero estábamos impotentes. ¿Qué hará

Karel? Hans se había vuelto a marchar a Berlín con su Hansi. Estuvieron una noche con nosotros, una velada de palabrerías frías, de vacío, porque Hansi nos trató a todos de forma altanera, adrede. Estuvieron una horita, después ya tenía que irse, sus perros la necesitaban. Quizá vuelva a comentarlo más tarde para contarte también de eso algunas cosas.

Nuestro loco ni inmutó a Hans. Para él y Hansi René era aire. A Erica le irritó, y a Karel también; Hans se me hacía ahora barato, vacío, un melindroso. Pero Karel mantuvo el contacto con sus colegas. Van Duin le daba consejos... otros psicólogos tenían su propio enfoque, para al final volver a mí con la pregunta: “¿Tú qué piensas de esto, Frederik? ¿Qué es lo que podemos hacer?”.

Le dije que todavía dejáramos las cosas un poco como estaban. Quizá habría todavía cambios para bien. Pero ya no los hubo, René se mantuvo rebelde. El alma mandaba sobre el cuerpo. La personalidad procesaba el lío interior conforme a la edad humana, y nosotros nos adentramos en un ámbito sexual, del que no queríamos saber nada, no de él. Ya no le cruzaban los labios cosas divertidas, cosas bonitas. Lo que antes a veces significaba sabiduría, ahora era lenguaje soez. Si lo dejábamos un rato libre, entonces veías un perro, que tomaba conciencia del espacio y la libertad. Te saltaba encima dando brinco, retorció todo su cuerpo y ladraba de alegría, como si quisiera decir: Amigo, ¿vamos de paseo? Y ¿puedo irme contigo? ¿De verdad que puedo sin correa? ¿Puedo acompañarte al bosque? ¿Me sacas a la calle? Oye, qué bien, oh, te estoy tan agradecido, y seré un perro bueno. Veías, sentías esas inclinaciones animales y daba asco. Sentías cómo te entraban náuseas, pero momentos después te mordía por sorpresa en las piernas, o te lanzaba a la cabeza una taza o un florero, y vivías la guerra en tu casa.

Eso era así una semana tras otra. Había semanas que eran soportables, y entonces nos volvía a nacer la esperanza. Aun así, no lograba salir de allí. Un día debajo de la sábana de fuerza, al otro, algo más de libertad. Palabras soeces, con ingenuidad pueril. Obediencia junto a fuerza bruta, lascivia, desintegración. Por medio suyo, todos los rasgos humanos para el bien y el mal tenían la oportunidad de manifestarse con fuerza y entonces volvía a armarse la marimorena. Cada rasgo él lo atizaba al máximo, pero al final siempre era la misma historia: el culito desnudo de Anna, el cuello destapado de mamá, sus lavados indecentes... al que a fin de cuentas nunca se le pedía acudir y que para Erica eran las horas de casta labor y de cuidados humanos de cara a su castillo.

Cuando lo oías pronunciar esas palabras pensabas que también en él vivía una universidad propia, que había un diccionario manifestándose a nosotros, los adultos, porque en realidad él jamás había oído hablar de esas cosas. Ya sabíamos que se había enterado de mucho, que había recibido mucho por

estar esos pocos días entre los niños... pero algunas de las palabras nosotros no las habíamos pronunciado nunca. ¿De dónde saca “lavados indecentes” y “Jesús es mono”, “culo desnudo al aire, brisa de incienso, lío deshonoroso”? Y ¿qué pensar de “bicho angelical”, “amor de zorro”, “riñón expuesto”? Era para volverse loco, tanto era lo que nos lanzaba a la cabeza.

Por segunda vez logró escapar y los cristales temblaron. Empezó a dar miedo. No valíamos como guardianes. Así siguió todo: él, clavado encima de su cama, mujeres llorando a su alrededor, hombres sin saber qué hacer, médicos completamente impotentes que no saben hacer más que dar su inyección para matar la última veta de sentimiento. Eso lo sabe hacer cualquiera, dijo, Karel, eso no tiene misterio alguno. Tiro la toalla.

Anoté:

“Lo que René tiene pensado ahora roza lo increíble. Esto ya me supera. Se me han agotado los pensamientos, estoy hecho un trapo. Abandono. Al menos por el momento, lo que veo ahora deja desquiciado todo lo que viví hasta ahora y que pensaba comprender. Llegamos a ver cosas de baja estofa. Son claros deseos animales. Nada más, pero tampoco nada menos. Lo de hablar se queda en nada, ahora no se ríen de mí, les parezco triste. Y contra eso apenas puedo hacer nada. A veces me agobio y entonces me voy al bosque para llorar hasta no poder más. Desde luego que no soy lastimoso, en eso empiezo a pensar ahora. También hay objeciones religiosas. Me domina aquello en lo que nunca había pensado... Me peleo con todo el mundo y ataco la iglesia. Ya no aguanto más tener que oír que Dios sea un canalla, ¡los canallas somos nosotros! Karel me arroja todas estas cosas a la cabeza, y Erica añade a veces algo de propia cosecha. Eso me entristece. Lo padezco, pero ¡no me preguntes cómo!

Los fenómenos son de tal naturaleza que ya no logro encontrar palabras para describirlos. Cavilaba hasta volverme loco, pero yo también me encontraba detenido. ¡Justamente ahora! Ya no estaba radiante, me veía andando, veía a alguien que me precedía con las rodillas dobladas, que cargaba con el cielo y la tierra. ¡Yo era ese! Yo mismo. Seguía a esa sombra adelantada a mí mismo. Y entonces volví a pensar en otra dirección. Lo que me entró entonces me volvió a hacer bien, y pude retomar el camino.

Era como si la naturaleza me dijera: sí él se detiene, ¡tú también te detienes! ¡Bobo! ¡Lelo! Pero ¡qué lelo! Si él vive, tú también vives, ¡gruñón amargado, miserable! Si entra en rebelión, eres tú quien vuelve a sacarlo de allí. Pobre diablo, pobre diablo... ¿camisa que llega hasta el cielo? Entonces me asusté y fue justamente ese susto por lo que volví a encontrarme. ¡Era una palabra de René! “Camisa que llega al cielo”... me dijo una mañana. Daba la casualidad que estaba haciéndome el nudo de la corbata. Pero eso ¿a qué viene ahora? Lo sondé, pero no se me enviaron ni una palabra ni un solo pensamiento. De

pronto alguien me dijo:

—Pero ¿es que el cielo no lleva cuello? ¿Pensabas que el cielo no lleva un cuellito postizo? ¡Míralo tú mismo, viejo loco! Vaya, perdóname. Es que yo soy así, Frederik.

Fue como si se me diera un beso cuando oí que se pronunciaba mi nombre. La felicidad empezó a fluir a mi interior. La sombra delante de mí se irguió. La carga en los hombros desapareció y ya no había cuestión de rodillas dobladas. Había estado viendo mi propia máscara. Me había visto a mí mismo y sabía: así es como todos sucumbimos, es como todos quedamos destruidos, y eso no puede ser”.

Lo más probable es que todo lo vea mal. Pero estoy firmemente convencido de que en los años transcurridos no recibí palabras disparatadas. Quizá me vea a mí mismo mal, y naturalmente también a René. Y lo que los demás piensen de eso es la verdad. Pero ¿y esa voz? ¿Y esa sombra mía? ¿Solo tonterías? ¿Es que estoy borracho? No he tomado ni gota. Aquí no bebo, no nos apetece. No, no me queda más remedio que verlo así: cuando él está enfermo, yo también lo estoy. Si deja de avanzar un momento, entonces yo descanso. Si está de charla, entonces me llegan charlatanerías, y si habla de Anna y Erica —ahora me sorprende haciéndolo yo mismo— entonces veo más que de costumbre. Entonces miro a Anna, le daría un beso ahora mismo. ¿Y eso a mi edad? ¿Es que ya eres tan viejo? No sé qué edad tengo, no me veo mal... de verdad que no. Creo que todavía estoy en condiciones de... Pero ¡cielos...!

Cuando René ya no puede hacer nada, yo tampoco. Si dice cosas en las que los adultos no pensamos, entonces brota de mí una fuente que no contiene agua, sino que es alimentada entonces por otra fuente de vida. Y entonces vuelvo a vivir.

Pasó bastante tiempo antes de que supiera la razón de mi gran tristeza. Cuando lo comprendí... ¡Karel se lo llevó...! Naturalmente, lo acompañé, pero entonces lo supe. ¡Ahora me encontraba completamente detenido!

Ya no me decía nada aquello a lo que me dedicaba. Durante días no miré el cuaderno de bitácora y justamente ahora había tantas cosas que escribir. Lo procesaba interiormente, y días después me entró la sensación de que esto no significaba nada. Esto era parte del despertar material. De modo que al final sí tuve razón cuando escribí:

“Ahora estoy seguro de que René va muy por delante de su vida material. Lo que un chico de catorce años tiene que experimentar, vivir, debido a que lo corporal obliga al alma, él ya lo ha empezado a hacer. Por eso lo notamos tan alterado. Qué sencillo es todo en el fondo, una vez más, cuando sabes la respuesta.

Esas tendencias apasionadas no tienen importancia alguna. Yo ya sé en lo que está metido. Tenemos que evitarlo. Karel le dio algo de beber y cuando

disminuía, entonces tampoco ya ponía las manos encima y descansaba un poco. Después de haber dormido un poco volvía a darle vueltas al asunto y también empezaban los crujidos para Erica y Anna, lo que les desesperaba. Entonces, un día, Karel se informó y encontró lo que consideraba adecuado para René.

No voy a contar todas esas miserias. Erica y Anna estaban destrozadas. Dios mío, cuánto deben querer esas mujeres a esta vida. Y luego Anna. Erica no se contenía, Anna hacía como si estuvieran echándola a la hoguera. No tengo palabras. Es mucho peor que llevar tu vida a una tumba; esto es ser enterrado vivo, con toda la miseria que conlleva. En fin, conocemos esos dolores para el ser humano. Quien no los conozca y aun así haga comentarios al respecto, mejor que viva aquello en carne propia. Ahora sabes lo improbable que eres tú mismo. René lo sentía. No quería marcharse, aunque no se daba cuenta de que su padre y yo nos lo estábamos llevando. Por dentro lloré las mejores lágrimas que me parece que lloraré en esta vida. Me hizo sentirme fatal. Pero ya de camino se tranquilizó. De pronto vimos a otro niño. Todo le interesa, habla de forma muy normal. Karel dice: míralo. Lo vi. Una vez en la clínica, volvió a recaer, pero hubo cambios y los sigue habiendo.

Hacemos un pequeño balance. Allí hay unos sesenta chicos juntos. Hay psicópatas. Los demás son medio conscientes y subconscientes o —según deduje— les falta un tornillo. René es uno de estos, él también alucina: el cincuenta por ciento que tiene que darle la conciencia social se ha esfumado y habla de miles de cosas. Karel es un antiguo amigo del médico director. No podía ser mejor. Este hombre hará todo lo posible por René. Eso es natural, y para Erica y Anna es un gran apoyo. Cuando René vio a todos esos chicos le entró miedo. Todavía hablamos un poco de la situación. ¡Todavía oigo cómo me llega el grito aterrador de Erica cuando interpretó sus sentimientos como madre por su hijo!

Ese “Ay, Frederik, nuestro René se va” me heló la sangre. Ahora puedo contarle todo lo que quiera sobre eso, y lo sé: lo mitiga un poco. Nos vamos a casa. René ya ni nos ve, está en manos de un enfermero. Vamos pasando entre campos y caminos, miramos el bienestar de Holanda... Miramos esas vacas allí, en las praderas, todo ese verdor imponentemente bello, esos colores, ese patrimonio paisajístico, que conforta la vista y al corazón. No hablo con Karel, está destrozado. Pero oigo:

—A uno le entran ganas de... arrancarle por aquí y por allá a Dios un árbol del suelo para inyectarle a tu hijo con la savia, si no fuera porque ya sabes que de todas formas no servirá.

Respondí:

—La leche de vaca es todavía mejor, pero cuando ves delante de tus ojos que no hace más que agriarse, entonces ¿qué? Y a René no le gusta el queso,

eso ya lo sabemos desde hace tiempo. ¿Qué quieres?

—Primero medio litro de ginebra, Frederik. Y después ya veremos.

Hacemos una parada y tomamos unos tragos. Después seguimos. Pensamos, pensamos mucho. Es una sola cosa, una sola vida, un solo corazón que amamos tantísimo porque no se domina a sí mismo. ¡Ay, pequeño René!

Karel no reflexiona mucho tiempo sobre todas las cosas, porque ya tiene algo que decir. Vuelvo a oír:

—Aquí me tienes, Frederik. Ahora soy médico. ¿No podría haberme quedado mejor donde las vacas y los caballos? Entonces no tendría tantos conocimientos, tendría menos dolores, ahora podría tirarme de los pelos. Creo que voy a dejarlo. ¿Puedes creértelo?

—No, no me lo creo. ¿Qué quieres? ¿Quieres pedirle a Dios más desgracias?

—¿Quieres hacerme creer que tú mismo te crees eso?

—A veces decimos cosas que ni nosotros mismos creemos pero que sí te dan ánimos. ¿Que no consigues elevarte entre tanta lágrima? ¿Te gustaría eso? Te digo: ya fumaremos la pipa de la paz. Ya soltaré a otra palomita, tal vez; nunca se sabe.

—¿Y de qué me estás hablando ahora? ¿Soltar una paloma de la paz?

—Estoy cavilando un poco por mi propia cuenta, Karel. Cuando una de esas palomitas se echa a volar tiene que ir a buscar una respuesta en forma de una ramita verde. Pues bien, yo envié una paloma de esas, con nuestros saludos para Él, para que nos devuelva a nuestro René lo antes posible sano y salvo.

Karel rió, y llego a oír:

—Eres un caso. Vamos, voy a hacer otra paradita. No, vamos directamente a casa, las mujeres nos esperan.

Y entonces, de pronto, pasa esto, algo del todo inesperado, al menos para mí:

—Frederik, ¿no sería Anna una buena mujer para ti? ¿No es una joyita para tu vida, cuerpo y alma?

—Hombre, menudo susto que me das.

—¿Te asusta eso? Para mí son (sois) la pareja más hermosa de este mundo. ¿Qué te parece? ¿Por qué no vas a poder casarte todavía? La puedes hacer completamente feliz. Ya quería haberte dicho antes lo increíblemente cariñosa que es Anna. Yo ya estoy servido, pero te digo que si llegara a verme solo, elegiría a Anna. Qué mujer esta, Frederik.

Y en el fondo, cuando la sigues un poco en todo, ¡qué alma, una entre millones! Bueno, ¿qué?

—Ya te dije que me habías dado un susto.

—Pero ¿es que ya no tienes sangre en las costillas, Frederik?

—No creo —y tú deberías saberlo mejor que nadie— que corra sangre por nuestras costillas. Pero te comprendo. Aunque así la perderás, Karel.

—No, eso nunca, nos compraremos una casa grande, ustedes (vosotros), arriba, nosotros, abajo. Todo seguirá igual... solo que me gustaría mucho verte casado con Anna. No sabes cómo te lo deseo, Frederik, y a Anna también. Estoy seguro de que así nunca los (os) podríamos perder. Yo me encargaré de todo. Y si tú quieres serviré hasta la comida, quiero hacer lo que sea por ustedes (vosotros). ¡Erica también! Lo sé. Ella también lo comentó una vez y precisamente cuando todos estábamos destrozados por René. Dijo: “¿Karel?”, y al instante se volvió a callar, por lo que yo le pregunté: “¿Qué pasa?”

Estábamos solos en la sala de estar, Frederik, y yo me quedé con la misma mirada atónita que tú hace un momento. Entonces dijo:

“¿Cómo verías mi idea, Karel? Anna y Frederik: marido y mujer”. Y añade: “Por Dios, no pienses que desconfío de estas leales almas, con un solo pensamiento ya podrías mancharlas. ¡Que Dios me libre! No, no, lo sigo en serio. Quiero tantísimo a Anna y a Frederik que les deseo todo lo mejor y toda la felicidad para este mundo”.

—Bueno, ¿qué, Frederik?

—Me has dado un buen susto, Karel. ¿Te puedes creer que ni siquiera puedo pensarlo?

—¿Por qué no? ¿No es lo más sencillo del mundo? Tú para Anna eres un ángel. Ella no se hace la tonta, eso lo sabemos desde hace mucho tiempo. ¿Por qué no se lo concedes? Apuesto que no sabrá qué hacer de tan contenta que se pondrá. Pero, concédete esa felicidad, Frederik. Hazlo... nos hará felices a nosotros y a René. ¿Qué opinas?

—Tu propuesta me parece sobrenatural.

—Oye, ¿tú qué edad tienes, Frederik?

—Treinta y dos.

—Ya te gustaría, ¿verdad? Ahora en serio.

—Treinta y siete, Karel.

—Venga, hombre, eres igual que Erica. Vamos, Frederik, ¿cuántos años tienes?

—Cuarenta y uno, Karel.

—Para ya. Ahora necesito una copa, por tu culpa.

Solo nos tomamos una, y seguimos. Karel se calla un rato, pero vuelve a la carga.

—Te echo cincuenta... ¿Voy mal?

—Vas muy mal, Karel. Ya te lo dije: treinta y siete.

Karel se queda en la estacada. Sabe de otra cosa aún más hermosa para nosotros.

—Si lo haces, Frederik, pongo la mano en el fuego por que todos volvere-

mos a estar juntos. Se lo deseo tanto a Anna. ¿Nos crees?

—Te creo.

—Pues entonces di algo.

—Ya lo hice, Karel. Pero ¿es que no sabes que no me tienes que venir con cosas así? Me haces avergonzarme como un niño.

—Te creo, Frederik. Vaya, debería haberlo pensado. Es cierto, en estos asuntos sigues sin haberte estropeado. ¿De verdad que no has recibido nada de la vida? ¿No has vivido nada? ¿Nunca saboreaste este pastel, Frederik?

—Estás haciendo como René. Él decía esa palabra una buena decena de veces, cada día. Pero ahora ya lo he superado un poco, Karel, y te contestaré. Yo soy la clase de persona para cuando renazca Anna. Todavía tenemos que nacer. Es eso. De verdad que no soy ningún santo. He visto mundo. Ya estuve en todas las grandes ciudades de este bello planeta, y disfrutaba mirando justamente lo que estaba prohibido. Probé el fruto prohibido, Karel, pero cuando probé lo ácido que estaba salí por patas.

Karel ríe y me pide que siga.

—Y aún así vuelves a probar esa manzanita. Vi que los gusanos ya la habían estado mordisqueando; por fuera, sorprendentemente hermosa, pero dentro muerdes un gusano rollizo. Cuando se me metió ese sabor, qué asco... qué pestilencia.

—Pero no me querrás decir que en Anna hay gusanos, ¿no?

—Conozco esa manzanita, Karel, es un melocotón. Con todavía más hermosura, más amor; pero, créeme, ¿si se te mete el miedo en el cuerpo? ¿Si piensas que ya no eres nada para otra vida? Si..., sí, si qué sé yo..., ¿si sabes, si estás arriba y abajo, si te sientes como en casa aunque estés en el bosque y si en el fondo vives en todo, si todo empieza a hablarte, si todo te besa, te mima, te habla de la vida y la muerte, si calzas pequeñas sandalias níveas, de una belleza argéntea, si solo entonces recuperas el aliento y bebes y comes con un amor que es sobrenatural? Anda, ¿por qué no compartes eso con otra vida, Karel? ¿Por qué no le das un poco de toda esa belleza a un árbol, a una flor, a un pez en el agua, a un perro o a un gato? ¿Por qué no das eso al sol, a la luna y a las estrellas? Porque son ellos quienes te besan, quienes te aman, quienes quieren casarse contigo. Solo entonces, Karel, estás ante un amor del que piensas que te va a desbordar, del que no te vas a cansar, que solo puede ser vivido por ti mismo.

Ojalá lo supiera, ojalá lo pudiera, ojalá fuera capaz de hacerlo, Karel... Oh, créeme, es Anna, pero no puedo. Tengo que dividirme, y eso ya no soy capaz de hacerlo. En verdad, me siento como si tuviera veinticuatro años. ¿Qué edad aparento tener?

—Cuarenta y dos.

—Déjate de tonterías, Karel.

—Lo digo en serio, no pareces mayor, y ni siquiera lo eres.

—Bueno, pues es porque soy tan feliz. Si divido eso, me quedo completamente al margen de eso.

—¿De qué vives tú, pues, Frederik?

—Eso es un pequeño secreto, Karel.

—Vaya. Eso mejor se lo cuentas a tu abuela. ¿Qué crees? ¿Anna? ¿Tendremos el honor de ponerles (poneros) la corona?

—Igual dentro de unos treinta años.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego, no te estoy tomando el pelo. Tengo treinta y dos años, Karel.

—Creo, Frederik, que te comprendo. No lo comprendo todo, pero te siento. Pero una verdadera mujer estará más cerca de ti, Frederik. ¿No se puede dividir eso? Pero, claro, tú tienes madera de poeta. Tienes un alma infantil y es algo que tenemos que tener en cuenta. ¿No es así?

—Si quieres verlo así, Karel, ya hemos avanzado mucho. Quiero a Anna. Pero que si soy divisible? ¿Vale la pena mi vida para ser compartida? Me gustaría poner a Anna debajo de una campana de cristal; pues sí, cuántas cosas no me gustaría hacer para verla feliz. Se lo merece tanto, Karel, pero ¿de verdad que es tan sencillo? Bien sé lo que les (os) gustaría, yo mismo ya he pensado tantas veces regalarle alguna vez un beso de mi vida, pero después estás ante lo demás. Y yo, como hombre de palabra, estoy entonces obligado al instante a ofrecerme, lo cual ella se merece, pero que no sé hacer así como así. En el fondo me muevo por un mundo del todo diferente, Karel, ¡estoy y no estoy! Es por eso que comprendo a René, también a Anna, que en el fondo los acojo a todos ustedes (vosotros). Lo quiero, pero ¡no soy capaz! (—respondo).

Estamos pensando; Karel, con el cejo fruncido. Qué buenas son las intenciones que tienen con nosotros. De nuevo dice:

—Pero eso es algo que puedes vencer, ¿no, Frederik? ¿Cuántas personas como tú no lo han demostrado ya? Y merece la pena. Se lo deseo a Anna y te lo deseo a ti... sobre todo ahora. Ustedes son (vosotros sois) más padre y madre que nosotros. Dénnos (dadnos) esa felicidad. Piénsenlo (pensadlo), hay que intentar aclararse uno mismo. Da igual cuánto tiempo tome, ya no se van (os vais) a separar de nosotros. Que lo sepan (sepáis). Sin ustedes (vosotros) ya no podemos vivir. Entonces caeremos y correrá la sangre. ¿No lo sabes?

—Pues, muchas gracias, Karel.

—A veces soy un poco pesado, pero ya me conoces. No es necesario que hablemos de eso. Nos comprendemos. Te vuelvo a decir, Frederik: piénsatelo. Si eres incapaz de hacerlo —lo cual no comprendo— entonces no doy más la lata. Pero, mira Anna, y se te caen las lágrimas. Ya he pensado en buscarle

algo bueno. En el fondo no sé por qué. Se me ocurrió así, sin más, y entonces te vi a ti dando vueltas por casa. 'Cómo es posible', pensé, '¡ese de ahí es el hombre de Anna!'. ¿No te parece muy torpe?

—No, para nada, pero me lo pensaré (—dije).

Seguimos. Karel ha despertado algo que para mí ya se ha vuelto a dormir. No sé lo que es, pero lo siento. ¡Anna es una joya! ¡Anna lo tiene todo! Lo que no tienen mil mujeres, lo ves en Anna. ¡Anna es la primavera! ¡Es maravillosa! Pero... ¡yo soy un divido! Estoy casado con todos y con todo. ¿Ya lo sabes ahora bien, Frederik?

Seguimos y ya estamos casi en casa.

—¿Cómo fue todo? ¿Cómo está René, Karel? ¿Cómo está René, Frederik? ¿Cómo está...

—Bueno, mejor terminen (terminad) de llorar —sale de la boca de Karel—, después ya contaremos todo. Primero café.

Estamos sentados juntos, Karel cuenta. Cuando ya lo saben todo se hace el silencio. Así estamos una hora, hay silencio. Karel descorcha una botella de vino. Anna también bebe más que nunca en su vida. Nos tomamos otra botella, y otra, estamos muertos de sed, el corazón golpetea, todos los sistemas del ser humano piden un poco más, un traguito, así de achicharrados estamos por dentro. No oyes otra cosa que tsssssss por dentro, como gotas sobre una chapa al rojo vivo. Y otra vez silencio, pensar, pensar, hasta alrededor de las tres de la madrugada. Entonces cayó la primera palabra. De Anna, que dice:

—Se han llevado a mi hijo, y al de Erica también. ¿Cuándo nos van a devolver a nuestro hijo?

Monto en cólera y grito:

—¿Y quieres destrozar ahora precisamente aquello por lo que todos queremos vivir y morir? Muy mal, Anna, ¿quieres una paliza? ¿Hay que darles (daros) a todos una paliza? Así es como dividen (dividís) su (vuestro) gran amor por René. Quien no lo haga, Anna, padece pobreza, espera cada segundo y nunca recibe nada rico. Estará siempre esperando, y aunque recibas corazones a cambio de nada... ¿cómo es ese amor? Te hace sucumbir. ¿Cómo quieren (queréis) amar si no puedes cargarlo? ¿Qué vale ese amor? Anda, vete a la naturaleza, ¿por qué no sigues la vida de una flor? Cuando estaba fuera con Sientje, ¡el animal me lo daba todo! Todo... ¿sientes ese amor? ¿Sientes ese cargar? Yo no lo veo así y digo: Salud, pequeño René, a tu salud. Voy a enviarle mis pensamientos, mi amor, y eso lo ayudará. Ah, ya sé cómo adoran (adoráis) a su (vuestro) hijo. Yo también lo quiero, pero de otra forma. Sin embargo, espero que sean (seáis) felices. ¡Ánimo, justo ahora! Sobre nuestra felicidad no tenemos nada que decir nosotros mismos. ¿No sientes latir tu corazón? ¿No te dice nada todo esto? Fuerza y felicidad... y una vez más

¡salud!

Anna ya se inclina, pero Karel sabe ahora que para mí no es tan sencillo dividir mi vida. Y sin embargo, ¿viste ese pedazo de corazón? Ay, pero esa Anna... Oh, qué alma tan bella. Simplemente, un milagro. ¿Pero?

Dan las cuatro de la madrugada y todavía estamos sentados juntos. Hemos repasado los pros y los contras, y ahora sabemos que nosotros cuatro cargaremos con esta vida. Uno tras otro iba tambaleándose todos estos meses por esta casa, ahora tenemos que encargarnos de que esto salga bien, pero con la cabeza erguida. Las rodillas se nos doblaban, uno tras otro iba destrozándose, empezaba a ver mejor la vida por la pena y el dolor, y siente ahora que tenemos que hacernos felices.

Ahora solo oigo murmullos interiores. Aun así entiendo esas palabras... uno tras otro decimos: el pequeño René ya no está, pero volverá a estar con nosotros. Y todos sabemos que existe un vínculo telepático, que nos une, que nos funde como cemento, cuando Erica dice:

—El pequeño René se pondrá bien... Es un genio... ¿No es así, Frederik?

Pensé en ello; Erica interpreta mis palabras, mis pensamientos, luego ya no tendremos que decir nada, sino que calzaremos las sandalias y llevaremos hermosas túnicas. ¿No es maravilloso? Después subimos las escaleras y dormimos hasta el mediodía... se nos pegaron las sábanas. Karel, que había obtenido tres días libres de su jefe, no desaprovechó la ocasión. Cuando despertamos se nos nublaron los ojos. Echábamos de menos algo, pero exclamamos a la vez: gracias a Dios, ¡aún vive! Aún vive y nos pusimos más contentos que niños. Lo reconozco... las lágrimas caían sin freno.. y no me daba vergüenza. Entonces escribí en el cuaderno de bitácora:

“Tengo que ser honesto y no callar nada sobre mí mismo. Amo a los niños. Parece algo muy sencillo... pero yo voy más allá. ¡Imagínate que hubiera dejado abandonado allí la carne de mi carne! Me gustaría tener un hijo propio. Empiezo a sentir lo que significa que se te conceda poder llevar en tus propios brazos tu mundo representado de manera material, poder besarlo, poder verlo como parte de ti mismo. ¿Que si lo merezco? Imagínate, Frederik, tener que echar en falta eso estando plenamente sano. Se me vuelve a ocurrir una historia... esta vez también de un amigo humano. Pero no la despierto y tampoco la desvelo... así de valiosa es. Se trata, en resumen, de que tuvo que dejar a su hijo. ¿Que cómo fue capaz de eso, como padre, pues? Pero ni con la mayor fortuna le habrían podido comprar esa vida. ¿Qué supone el dinero? Se trata de esa vida. Yo estaba a su lado cuando puso pies en polvorosa como una fuerte personalidad. Dios mío, qué palos recibió... Ahora es cuando empiezo a sentir lo que la carne de tu carne supone para uno mismo. Estoy empezando a desear tener un hijo propio. ¿Lo despertó en mi interior Karel?

¡Qué imponente es ese amor! No quiero ni pensarlo, y aun así se adhiere a

mi vida como una ventosa.

¡René ya no está! Pero ¡no es que no esté! Espero volver a verlo entre el cielo y la tierra. ¡A mi vida se pregunta lo que quiero! Ya lo sé... ¡estoy en esta rompiente y aquí me quedaré! Dios, Dios mío, ¡no lo dejaré solo! ¡Jamás! El amor triunfará, me dijo mi amigo más tarde, pero ¡justo en ese momento lo estaba dejando atrás y en otras manos!

¡Así es! Pues entonces que Anna espere. De todas formas no me van a entender, aunque se lo explicara con pelos y señales. Es algo que no se puede comprender, pero vive en mí ¡y en él, en el pequeño René! Tengo que ayudarlo. Voy a ayudarlo. Y eso no permite una división, no permite otro movimiento de sentimientos, o lo que sea. Ahora primero me voy a poner a trabajar”.

Pero ¡hay que ver cómo he tenido razón! ¿No vi esto ya hace años? ¿No nos ha venido como un fantasma bien conocido? Por eso no me quiebra ni me afecta. Pero tendré que trabajar por ello, todos nosotros. Ahora llevo las riendas. ¡Ánimos! Te deseo fuerza. ¿A ver? Déjame ver.

Ahora ya podría decir con o por una seguridad infalible cómo le va. Tendremos que echarlo de menos unos tres años. Es demasiado tiempo. Habrá momentos en que se debilite un poco, pero eso es algo menos doloroso, muy normal, y entonces lo tendremos en casa brevemente. Así, de visita. Erica lo querrá tener en casa, igual que Anna y Karel, pero entonces tendré que hablar. ¡Y lo que es hablar: hablaré!

Unos tres años... unos tres años —según creo, siento— durará eso, pero entonces aún no habremos llegado. No, entre los diecisiete y dieciocho, a trancas y barrancas, hacia el despertar para el alma, el espíritu y la materia. ¡Lo sigo viendo como un “niño prodigio espiritual”!

La paloma ha regresado. En su piquito encantador lleva una carta para Frederik. Todo va bien... pronto lo oirán (oiréis). Y, caramba, un poco después suena el timbre y Karel baja como una flecha. Vuelve a subir escopetado. René va bien, Frederik, ha descansado bien anoche. Todo saldrá bien. Lo creo de corazón. Pero hay que ver esa palomita. ¿Sabes cómo juega semejante animalito a Noé? Claro, pensarás que digo majaderías. Pero ¿cómo puedes pensar eso y burlarte de algo tan serio? ¡No! Son tus propias antenas. Al adquirir rasgos que son más conscientes que todos esos otros miles de rasgos, empiezas a sentir las cosas con más hondura. ¡Ahora las vives! Ahora te construyes un animalito de esos para ti mismo y lo haces volar. ¡Le das autoridad, lo que quieras de ti mismo! Justo aquello que quieres saber y sentir, a lo que estás abierto, lo que te gustaría llegar a conocer. ¿Sientes la escuela, este desarrollo? Y todo eso va por sí solo. Mandas a un niño de estos al espacio para obtener una respuesta. Te lo digo honestamente: ya envié a cien mil a este mundo y a este espacio, pero este es el primero que regresó a mí. ¡Oh, qué maravilloso es esto! Y eso justo ahora que todos nosotros necesitamos un

empujoncito, ¡qué feliz soy!

Por el animalito ves si tú mismo das la talla y si envías pensamientos erróneos. Sabes exactamente si el animalito reacciona, empiezas a conocer su capacidad, su personalidad, y realmente llegas a quererlo. Empiezas a ver la túnica, todo, y piensas que tarde o temprano tendrás todo el espacio en el bolsillo. He visto regresar a uno que iba caminando. Le había dado zancos que ya eran capaces de volver a mí. Pero ¿cómo? Al animalito le tomó unos veinte años, fue un camino largo. Este animal había desgastado los zancos por completo, y aun así volvió a mí. ¿Que si todo esto no es auténtico?

¿No crees que los humanos algún día tendremos alas? Fui a ver detrás de las ruinas en el Antiguo Egipto. Allí vi volar muchos pájaros, ¡incluso ahora! Y eso es lo que busca un egiptólogo moderno, ¿no? ¿O no existe esa gente? Ya sé: se estrella, es así de sencillo.

Dios mío, ¿cómo es posible? ¡Conseguí que uno de esos animalitos volara! ¡Es maravilloso! La embelleceré, porque ¡es una hembra! Los machos no regresan a ti tan pronto. Esos ven demasiadas cosas por el camino. Tienen una voluntad propia, y hay que vencerla. El animalito que es la madre se te pega como una lapa al corazón, a tu circulación, a tu amor. Estas alitas se harán aún más bellas, estoy empezando a verlo. Y solo entonces será capaz de volar por el espacio, vivirlo, traerme la respuesta cósmica: según creo, ¡un mensaje de Nuestro Señor! Ahora me sintonizo con la salud para René, y de eso me cuenta entonces todo. ¡Recibe! Pero para mí que soy yo quien averigua lo que es.

Ahora ya he perdido el sentimiento de tener un hijo propio. Ese poderoso deseo ya se ha dormido otra vez. Y de nuevo veo qué milagroso es todo. Karel estuvo aquí hace unos instantes y me dio la noticia sobre René. Mira hacia mí y ve que estoy delante del cuaderno de bitácora. Solo ahora me pregunta:

—Oye Frederik, ¿tú qué estás haciendo? ¿Qué es lo que tú escribes? ¿Estás escribiendo un libro?

Ese es Karel. Dije:

—Hombre, cómo me asustas otra vez. ¿De dónde sacas eso? Ves, así somos los seres humanos. Todo este tiempo me estuviste viendo desde detrás de tu máscara. Estabas parado a mi lado, vivimos en una sola casa, miras, pero no ves nada. Está bien que digas que no puedes estar sin mí, Karel, pero ni sabes que estoy. ¿No es triste? ¿No somos sordomudos los conscientes? ¿No somos retrasados? ¿Quieres decir que lo sabes, conoces y ves todo de tu propia vida? ¿Y todo de mí? ¿Quieres hacerme creer, Karel, que enseguida echarás de menos a René? ¿Que esta miseria te mata? ¿Lo sientes? Nos engañamos unos a los otros en todo. Pero ¿qué quieres saber?

Sigo poniendo al día el cuaderno de bitácora, Karel. Estamos haciendo un viaje alrededor del mundo. En este momento estamos justo fuera de la selva,

pero la hemos atravesado. Estamos aquí sentados, descansando un poco. Allí corre un ancho río, ves un paisaje imponente, es maravilloso, te noquea por completo tu personalidad humana, te sientes una nimiedad en este conjunto. Hemos atravesado una jungla, vimos osos y serpientes, hasta escorpiones, ¡oímos chacales! Llovía, hubo tormenta, ay, qué viaje. Las serpientes se comportaban como si tuvieran rasgos humanos, y te estrangulaban. Te mordieron por delante y por detrás, eran heridas sangrientas, pero ¿no viste la cajita con el vendaje? ¿No te vendaron profesionalmente los cirujanos? No tienes más que preguntárselo a Erica, ¡ella lo sabe! Ya nos fuimos de viaje apenas quince días después de que naciera René. A ella le delineé ese viaje, pero aún no he oído ni una sola palabra al respecto. Y aun así, viaja con nosotros, igual que Anna, todos juntos. A mí se me designó para que jugara a ser capitán. Tú echas carbón a las calderas. Eres el fogonero de este barco. Porque nos fuimos de casa con un hermoso barco. ¿Viste todos esos colorines, Karel?

—¿Puedo leerlo, Frederik?

—No, no creo que puedas antes de que llegemos a casa. Pero eso será dentro de mucho, Karel: no te olvides de que estamos dando la vuelta al mundo.

Karel se va volando a Erica y oigo que pregunta, es forzoso que lo oiga:

—Erica, ¿sabes que estamos haciendo un viaje alrededor del mundo y que Frederik mantiene al día el cuaderno de bitácora?

Oigo besos... y me alegro. Oh, cómo me alegra eso. También Anna recibe sus besitos de Erica. ¡Se comen a besos! Que lo hagan, yo ya estaré pendiente de todos los peligros. Karel me dice de voz en cuello:

—Oye, Frederik, ¿hay algo que no hago bien con las calderas? No tienes más que decírmelo. ¿Tuviste muchas quejas? ¿Lo estamos haciendo bien, Frederik? Cuando haya animales salvajes, ¿me avisarás entonces? Te lo suplico, no ceses, sigue, va a ser una descripción espectacular, pero has de saber que le estás sacando a alguien el corazón de entre las costillas.

Seguimos navegando. Los tiempos que hemos dejado atrás fueron los peores. Y también eso lo hemos superado. Hemos tumbado un buen número de chacales. Cómo apestan esos animales. Prefiero vérmelas con osos pardos, y una serpiente tampoco es gran cosa, hay que conocer esos animalitos. Cuando los conoces los consideras tus amigos. Simplemente están en la mesa contigo, todo lo compartes. Así tiene que ser, pero la gente todavía no lo comprende.

Lo rebelde en René no era otra cosa... —ahora lo sé— que el desarrollo para lo físico. El alma estaba desfalleciendo, estaba muy afectada. Y por eso él, como la personalidad, se perdió a sí mismo. O sea, de forma oscilante hacia otra época. ¡Gracias, palomita mía! Eso de hablar tanto de asuntos sexuales... le llega... porque absorbe en él esas guarradas. Si los adultos no

fuéramos tan malos, entonces el niño tampoco tendría sus golosinas. Nosotros somos la culpa de toda esa miseria, nosotros, los millones de personas que vivimos en la tierra, y el niño lo adopta. Naturalmente, el alma tiene que estar predispuesta a ello, pero es eso lo que ahora buscamos. Estás en armonía con la sociedad, o no lo estás. Eso es, pues, lo que son todos esos locos conscientes e inconscientes. René ya ha tenido su ración. Todavía nos falta mucho para llegar; ¡aquí en casa reina ahora la paz!

Ahora le toca a ese vacío. Cuando se fue, cuando cruzó el umbral de esta casa, sentí que me entraba un vacío. Era como si de mi cuerpo saliera un flujo de algo magnífico, desapareciendo con René. Lo medité. Ahora sé que esto es nuestro contacto, nuestra vida, son nuestras almas. Desapareció, pero no puede haber desaparecido, todavía tiene que estar. Eso es lo que mi paloma evita ahora. El animalito se instala en el corazón de René. Y ese soy yo. Y René, ya desde bebé, ha tenido sus palomitas en marcha y volando, por lo que puedo estar seguro que no nos perderemos. Antes a esto lo llamaba “telepatía”, ahora se ha convertido para mí en “unión universal” con un ser humano. Y cuando eso se desarrolla, cuando eso se haga más fuerte, estaré yo allí, y él aquí, y no estará solo en y ante su lucha, sino que iremos por un solo camino, viviremos una sola vida, y haremos justo lo que recibieron los “Apóstoles de Cristo”: ¡amar! ¡Todo! Es cargar, servir, recibes una revelación tras otra, en el caso de que lo conseguimos. Pero ya lo hemos conseguido, sino no habría sentido este empuje.

Este vacío lo estoy llenando ahora. Cae por su propio peso que el espacio que nos separa... tiene que ser vivido por él y por mí. Eso lo siento. Y ya sé desde hace tanto tiempo cómo tenemos que hacerlo. Exacto, mi pequeño René, ¡vamos a dormir otra vez! Oh, cielos, qué montón de cosas estoy aprendiendo hoy otra vez. No te he perdido, al revés, ahora te recupero más limpio, incluso más íntimo, con todo lo que tienes para darme.

¡Todo es crecimiento material!

El resto es un despertar espiritual. ¡Para el alma, el espíritu y la vida!

La vida, el alma, el espíritu, la materia..., adivina adivinanza, ¿qué es todo esto? ¿Puede verse todo esto en un solo mundo? Para esto quiero vivir y morir, si se me concede, no quiero cometer errores. La vida le dio empuje a René... El alma siente... El espíritu tiene otra tarea, la materia como cuerpo blinda este producto divino. Y cada partícula tiene su propia puerta, que los seres humanos podemos abrir, pero de la que Él tiene la llave. Por hoy ya es suficiente, lo justo.

Hans y Hansi... pone. No los hemos visto más en los últimos tiempos. La noche que estuvieron aquí ya no hubo contacto, eso no tenía nada que ver con amistad. Hansi estaba separándonos a conciencia de Hans. ¡Y lo está consiguiendo! ¡Hans está picando! No comprende —al menos, ya no— lo

que es la amistad. Está bajo su influencia y hace lo que ella le dicte. Hansi ya está destruyendo a Hans. Si eso te parece bien como ser humano, si permites que otra personalidad te obligue a mancillar el amor de lo que tú mismo posees, el de tus amigos, entonces eres débil. Es cuando cae tu máscara y vemos que a la hora de la verdad no puedes contar con Hans. Lo sabíamos ya desde hacía tanto tiempo. Contar cuentos es algo que sabemos hacer todos. Ahora lo vuelves a ver... Hansi, el amor de él, rompe lo bueno. Eso es cavarte tu propia tumba, porque creo que ¡lo bueno sí triunfa!

Ahora Hans está hecho un trapo, un felpudo en el que ella se limpia los pies. Y eso con semejante erudito. Que se llama a sí mismo psicólogo. Ni siquiera ahora ve lo que está pasando. Hansi estaba aquí sentada como una esfinge —pero una transparente—, una de esas que te encuentras tiradas por la calle. Yo a eso lo llamaba conciencia de mercado. No te cuesta nada. Es escandalosamente barato. Está a la venta, pero la gente no la mira. A cambio, Hans le compró un barco, y volvió a casa cargado hasta los topes. Todo irá luego por la borda. Esta esfinge es una chica de la calle nata. Tiene aires animales, que ves en su vestimenta, en sus labios, en su mirada; toda su constitución lo rezuma.

—Qué angustioso... Oh, amo los animales” (—dice Frederik en alemán).

Y eso es lo que estoy esperando. ¿Que Hans se ha dado un trastazo? Pronto la tendrá olvidada. Me apuesto todo lo que poseo que esto será cuestión de pocos meses. Lo que oí, así de pasada, ya apunta en esa dirección. Karel había oído algo. Erica también, la gente te lo viene a contar a casa. ¿Que Peter es falso, mi pequeño René? Qué loco tan sorprendente eres... Cariño, absorbe aún más cosas como estas... Habrá millones de personas que a cambio te regalarán sus flores.

Hansi quiere salir. Quiere “Spass machen” (divertirse)..., pero el núcleo bueno de Hans ya no lo traga por mucho más tiempo. Quiere irse a París, a Londres, a Nueva York, pero Hans tiene una clínica que fue creada desde el núcleo bueno y para la que recibió su vida. ¡Eso es lo que lo salvará! Eso también será el final de su huida... de sus líos amorosos... pero lo veo como un vagabundo, ¡los jirones vuelan por los aires! ¿Viste ese gamberrillo?

Las cosas grandes proyectan sus sombras. Las cosas que no son auténticas siempre se arrastran por el lodo. Hans es un señor, un caballero... en un setenta y cinco por ciento, el resto se dedica a conocerse a sí mismo. Ese pastel no le sabe bien. Pero yo aguardo, porque esto está acercándose. ¡No seguirá jugando a ser esclavo por mucho más tiempo, no acepta el engaño, ¡él no!

Me voy a pasear. La naturaleza me ayuda. Voy a preparar a mi paloma para que vuele. Tengo que hablar con la vida de ella.

Hasta luego...

Frederik, Hansi tiene que irse

Tenemos un duro invierno a las espaldas, un tiempo horroroso para el alma, el espíritu y el cuerpo. Lo que tuvimos que pasar aquellos días no se lo deseo ni a mi peor enemigo, así nos estremecíamos del esfuerzo, estábamos muertos de cansancio cuando René tuvo que dejarnos. Ahora me pregunto cómo lo hemos superado, ahora que vuelvo a estar sentado en mi sitio de siempre en el bosque, pudiendo disfrutar de toda la belleza creada por la Madre Naturaleza. La primavera absorbe mi vida, ¿o es justamente al revés y salen de mí esas fuerzas? Pero —según me entra—: ¿puede estar contento un ser humano? ¿Alguna vez está contento un ser humano? ¿Puede decirse a sí mismo: ahora lo tengo todo? ¿Estoy provisto de todo? ¿Tengo ahora el cielo y la tierra en el bolsillo? En mi interior reinan la paz y la satisfacción, ¿estoy en armonía con todo!

Ahora que René se ha marchado, nos vemos con las manos vacías. Hemos perdido algo, algo hermoso; lo que unas semanas atrás solo te hacía vivir desgracias, ahora, con su partida, produce vacío, pobreza, miseria, se llevó consigo nuestra felicidad. Nos buscamos, nos miramos a los ojos, preguntamos: ¿no tienes algo para mí? ¿Estabas pensando en darme algo? ¿Querías preguntarme algo? Pero no hay nada. Lo que pensabas resultó no ser nada, porque la pequeña habitación de arriba está vacía, y la vida, el alma, el espíritu, la materia, viven ahora en otro lugar. Y ¿nosotros?

Ahora es como si la propia vida en el ser humano tuviera algo para dárselo a la personalidad. Es una voz que puedes oír si estás abierto a ella. Es como si tuvieras que comenzar una nueva vida, pero todavía sin saber cómo. Y sobre eso estoy cavilando ahora.

Cuando te desprendes de ti mismo, cuando te entregas a las fuerzas en la naturaleza, a veces eres tan feliz que esta vida te habla y te trasvasa algo de lo desconocido a tu alma completa. Es algo que ya descubrí antes; por ejemplo, manteniendo al día el cuaderno de bitácora se me enviaba de todo, que más tarde volvía a encontrar en la naturaleza. Entonces no sabes de dónde vienen todas esas frases: por aquel entonces nos preguntábamos si podía ser “inspiración”, lo cual me hace optar por decir que también la naturaleza está abierta a ella. Todo tiene algo que decir a nuestra vida cuando vives las cosas en un estado inspirado.

Los pájaros trinan, hablan y son felices. La gente pasea por esta primavera espléndida, pero tienen sus problemas, por lo que no ven, por lo que no pueden vivir esta belleza, ya que las cosas diarias anulan de forma predominante esta autoridad. Y entonces vuelves a ser un extraño ante los regalos de

Dios, nadie te puede ayudar, tienes que procesarlo todo tú solo. ¿Es posible pensar que la felicidad existe?

Para mí de lo que se trata es lo siguiente. Yo perdí a René y para mí René es la felicidad. Estoy siguiendo a Sócrates, porque ese hombre, pensando, empezó con nuestra labor universitaria. En mi vida no hay objeciones de conciencia, no hay nada que me pueda alterar tanto como para que sucumba por ello entre sollozos. Lo que para otro ser humano son posesiones y riqueza, lo bueno de este mundo, para mí se convirtió en el cuadro clínico de un niño, que ahora llevo a cuestas. Estoy atado a esta vida, y me parece bien, porque me hace feliz. No tengo otra cosa, quisiera dar todo lo que poseo con tal de volver a tener conmigo a René. Pero ¡no es posible! Y por ello tengo que pensar, ahora tengo que valerme por mí mismo si quiero conseguir que mi vida sea radiante, que esté abierta para todo lo demás, o si no me convertiré en gravidez, seré oprimente, lo que los demás no quieren.

Pero ya ha habido cambios. Debido a que ahora pienso en mí mismo, René se me acerca un poco. Si me abro a la naturaleza, si sigo la vida que la rodea, entonces —aunque no lo creas— René me precede a unos pasos. ¡Es su sombra...! Ya sé que es posible nutrirse de los recuerdos, pero ya me cuido de no hacerlo, demasiado bien conozco ese fenómeno. No, esto es algo diferente y nuevo para mí.

René anda por aquí y veo como se le quedan encorvados los pequeños hombros, lleva una pesada carga. Y en este momento estoy vacío, me entrego por completo, porque quiero ayudarlo.

¿Ves? Estoy dándole un poco de color y de raciocinio a mi propio estado. Tengo que rellenar esta laguna con algo bueno. No soy el tipo de persona que se obceca con algo: René, su habitación, sus quehaceres, toda esa miseria, sobre la que están hablando ahora Anna e Erica... ¡No quiero eso! ¡Porque ahora estoy detenido!

En el fondo, René está dando vueltas por aquí. Me está buscando. Está esperando algo que de todas formas no vendrá. Quiere seguir, pero no puede. Empiezo a sentir qué es, porque quiero recuperar mi felicidad, quiere volver a poseer mi contacto con una vida querida, por la que vivo y muero. Y ahora estoy pensando en mi palomita.

Estoy empezando a comprender cómo trabaja para mí. Al abrirme por completo a René, a su ser y a su vida, vuela por encima de nosotros dos mi palomita, que ha adquirido forma por mis pensamientos y sentimientos, por mi voluntad de servir y de ayudar, y que para mí no es otra cosa que la fuerza de los sentimientos como resultado de mis deseos más profundos. Y allí va volando, construida por una voluntad humana, animada con un poco de inmaculada personalidad y un corazoncito palpitante, que late por dos almas. Es lo etéreo, la realidad que planea alrededor de un vínculo, ¡de vidas que

están dispuestas a todo la una por la otra!

René está explorando, y yo no menos que él. A Erica se le enviaron esos mismos rasgos durante su embarazo, pero Van Stein los masacró. Ahora veo que la capacidad de sacrificio, más viva que nunca, representa un mundo propio, uno con el que tengo que ver yo.

Me vacío, pero mi alma adquiere alas. Y eso, pues, tiene que convertirse en el contacto con René. Y eso ¡a distancia! En Oriente oí que es posible curar o asesinar gente a distancia. Los hechos hablan por sí mismos y ya alcanzaron para todos esos países una entidad propia. De modo que sobre eso ya no cabe discutir. Cuando oyes esas posibilidades no te lo crees. Pero nosotros, occidentales pragmáticos, aún sabemos demasiado poco de eso. Y sin embargo... ¿qué busca un egiptólogo? ¿Qué quiere saber ese hombre de todas aquellas cosas orientales? ¿Por qué lo han convertido en una facultad? ¿Para dar a todos esos muñequitos un significado terrenal! Es algo que vive más enterrado de lo que pensamos. Ante miles de ojos trajeron consciente e inconscientemente todos esos tesoros a la superficie de nuestra vida cotidiana, y les otorgaron alma, espíritu, vida y personalidad. Y mira, ¡iban volando por encima de sus cabezas y hablaban como nunca antes lo supo hacer filósofo alguno! ¿Majaderías?

Quiero seguir ese camino y aunque yo mismo lo diga, ¡ya he avanzado un buen trecho!

Ahora puedo percibir que René está explorando su entorno; mientras tanto, me viene visitando. Ya está en mi entorno, me busca, pero todavía sigue un camino equivocado. Y ahora la gran diferencia...: lo que antes sucedía durante el sueño está siendo trabajo diurno, se convierte en conciencia diurna, porque de día y de noche hay unión para el alma y el espíritu. ¡Y esto me hace feliz!

Nuestros rasgos ahora nos llevan juntos. Es la vida de los sentimientos la que tiene esa sensibilidad, de lo contrario no sería posible. No es necesario que Erica y Anna empiecen ya, ni Karel tampoco. Piensan mal, son demasiado terrenales, su pensamiento es demasiado material. ¡Esto es para el alma!

Quizá lo consigamos porque somos niños. René es mayor y joven, y lo mismo me pasa a mí. Aun así, mucha gente lo tiene. Oyes sobre eso una y otra vez, pero todavía no lo comprendemos. Las madres viven esta unión en gran medida; cuanto más profunda y verdaderamente amen, más nítidamente sienten cómo le va a su amor. Y también esa gente posee una palomita semejante, con lo que solo quiero decir que no es algo tan ajeno al ser humano. En Oriente el yo sacerdotal lo llama ¡la “Unión Universal”!

Quiero aprender eso para apoyar al pequeño René, no puedo dejarlo solo allí. Y ahora creo que esto será su salvación. ¿Ves? Por eso no me caso con Anna. Si lo hiciera, mi yo se dividiría y René se quedaría allí solo. Estoy em-

pezando a comprender, creo, por qué los iniciados no quieren casarse. No sé si Buda estuvo casado —creo que sí, al menos antes de que empezó con su misión— pero hay otros que no quisieron empezar con ello porque entonces veían divididas sus vidas. Ahora siento lo que puede llegar a significar una mujer para semejante ser humano del alma: se pierden en y por lo material a lo que están atados.

Pero también siento que cuando sí lo sabes hacer entonces accederás a un mundo del todo diferente, en el que recibirás un amor que está por encima de todo, y del que los seres humanos aún no tenemos noción alguna. Y no te olvides de que... ¡también Dios es Padre y Madre! Por eso es que creo que todos esos santos eligieron el camino más precavido, porque no se atrevieron a tomar riesgos para ellos mismos si querían completar su tarea y traer el “nirvana” a la tierra. Se blindaron ante el pensamiento y sentimiento materiales, siguieron siendo ellos mismos y ¡mantuvieron cerradas las puertas de su castillo ante la más mínima señal femenina o materna! Pero ¿que si alcanzaron la meta deseada? ¿No dije que esto es parasitismo universal? ¿Qué podrán hacer los hombres y las mujeres si aceptan para ellos mismos y otros el renacer, pero sin crear ellos mismos vidas, imposibilitando así la posibilidad de que regresen aquí? Pero de eso no estoy hablando ahora. Ves, sin embargo, que enseguida entramos en conflicto con leyes, que dan miedo y que, según creo, representan los grados del universo, y por las que fuimos creados los seres humanos, así como todo lo que vive. ¡No creo que puedas engañar esas cosas!

En fin, si me muestro abierto a Anna, estaré atado a su vida. Naturalmente, no sé cómo sentiría, cómo actuaría, si apenas hubiera alcanzado la treintena. Ahora es algo muy diferente, y pone precisamente aquel peso en la balanza de mi vida para que mi alma se niegue. Pero, claro, para Dios todo es posible.

Seguiré un poco sobre esta materia, porque todavía no he llegado. Y, además, vale la pena; te da espacio para ti mismo.

Si hago la transición a Anna, entonces irá detrás de mí en todo lo que haga. Y así no estaré en condiciones de ayudar a René. De esa manera no se me pegará René, sino Anna, y entonces estaré dividido, viviendo a media capacidad, y nunca recuperaremos a René. ¿Qué es lo que tiene más peso? ¿O no son más que imaginaciones mías? Pero no lo creo, porque allí, ¡allí anda el pequeño René! Pregunta por mí, me busca, necesita ayuda. Y ¿dónde está Anna? ¡En ninguna parte! Está en casa y busca, lo mira todo, daría lo que fuera por vivir de nuevo toda la miseria, con tal de tener a René a su lado. Y a Erica le pasa lo mismo. Karel ya se adapta, pero él no solo se desprende espiritualmente, sino también en lo material; espera, pero eso lo sabe hacer cualquiera.

Aun así, hay algo más. Imagínate que Anna, justo como yo, estuviera buscando a René. Si piensa igual que yo, es posible que apoye al chico desde

su mundo. Caramba, cómo no se me ha ocurrido antes. Si siente el latido de mi corazón en ella, también podrá sentir y vivir el de René. Y entonces estaremos trabajando juntos, porque supongo que esto no te hace santo, ni te obliga a ponerte una sábana blanca; hay que hacerlo lo más natural posible, pero también dar conscientemente todo el amor que tengas; ¡solo entonces alcanzas esa otra vida y obtienes una unión de almas!

Aguardaremos. Más tarde seguiré sobre esto, pero esto es nuevo para mí, contiene aspectos especiales; si nosotros queremos suministrar la sangre, también esta posibilidad adquirirá forma y personalidad.

Estoy y sigo alerta, porque no quiero ir a remolque, quiero dar todo lo que tengo, pero ¡también quiero que se me dé todo a cambio! ¡Ojalá que eso fuera posible!

Ahora que pienso en esto, veo a Hans y Hansi. También ellos se han elevado para esta vida hacia un solo mundo, pero allí reinan las tinieblas. Hans me pidió esta mañana que fuera a verlo. Iré esta noche, porque algo está pasando. “Creo que estaba temblando”, dijo Anna, “cuando pasó su mensaje por teléfono. Siento curiosidad”.

Aun así, durante todo el día seguí dando vueltas a cómo podría construirme algo bueno a mí mismo y a René, que antes que nada estabilizara esta pérdida, pero sobre todo anulara esta paralización, este vacío, este anhelo por la miseria y las desgracias. Deduzco de ello que los seres humanos jamás estamos satisfechos. No lo sabemos, deseamos la lucha, no queremos tranquilidad, somos y seguiremos siendo inconscientes en este gran conjunto universal. Cuando poseemos la felicidad, nosotros mismos volvemos a destruirla, porque aún no conocemos nuestro yo como seres humanos.

Hans, con todo lo que posee, es infeliz. Eso lo sé ya desde hace mucho. Aun así, alberga un núcleo bueno, pero estará desaparecido mientras no entable una lucha entre el bien y el mal en su vida y personalidad.

Cuando me encontraba otra vez arriba escribiendo Anna me trajo té. Le di las gracias interiormente y de inmediato dijo:

—Mi gratitud, Frederik... ¿Cómo es posible? ¡Muchas gracias!

Y ahora lo curioso de esto. Yo dije “mi gratitud”, pero Anna jamás usa esas palabras. Anna estaba ahora en comunicación con mi corazón viviente, que estaba abierto por completo, por lo que ella recibía su parte. O sea, ¿sí? ¿A pesar de todo? Creo que no necesito una sábana blanca. Daría lo que fuera para ir juntos por este camino. Cuando te encuentras con las margaritas, cuando te hablan los lirios de los valles, puedes, como personalidad a tamaño real, hacer con ellas una corona y ponérsela en la cabeza, por lo que vives la unión universal. Ahora estás acostado en el brezal, con el reino de los cielos por encima de la cabeza, y lo ves a Él, que te dice sonriente:

—¡Dejad que los niños se acerquen a mí, porque suyo es el Reino de los

Cielos!

Y ahora no ves máscaras... ¡es la inmaculada claridad! Y sin embargo... ¡espero sin prisas!

En este estado accedí al castillo de Hans. En la puerta ya pregunté:

—¿Dónde está Peter? ¿Tienes que abrir tú mismo?

—Ya te lo contaré enseguida.

—¿Dónde está Hansi?

—Primero siéntate, Frederik, todo en su momento.

Lo miro y creo que lo veo todo. Pensé: ‘Hombre, cómo has envejecido. ¿A dónde fueron a parar todos esos rasgos juveniles? ¿Tanto te ha afectado viajar de aquí para allá, y todo ese ir y venir por el mundo con una hermosa mujer joven?’. Oigo:

—A Peter lo eché a la calle. Hansi está ahora en Leipzig, y voy a poner punto final a todo esto, Frederik. Hansi tiene que irse.

Se me queda mirando. ¿Quiere comentarios? O ¿qué quiere? Solo se me escapa:

—¿Qué?

—¿No lo sabías?

—Bien sabes que no.

—He sido engañado, Frederik. Ya desde hace tiempo... No podía creerme hasta que no tuve la prueba. Y aun así no puedo hacer nada. Pero tiene que largarse, no pienso convertir esto en un calvario. Me ha costado unos cuarenta mil y lo que se añada, pero eso ya no tiene remedio. Honestamente, Frederik, siento remordimiento. Los enfermos me van pisando las talones. Me suplican que los ayude y yo ni les tiendo la mano. De esta manera estiraré la pata. Y no quiero. Me han golpeado y pisoteado, y aun así creo que mi yo mejor ganará a mi yo peor. Es imprescindible acabar con esto o cometeré un asesinato. Y ante eso mi vida se echa para atrás. ¡Esa víbora tiene que irse!

Pensamos. Ahora siento que cada ser humano puede construirse su palomita; para unos el animal vuela, para otros anda con zancos hasta que se le gastan los pedestales, pero los pensamientos vividos enviados de todas formas regresan y se aferran a tu vida. Y ahora esos preguntan: ¿Qué quieres? Y Hans lo sabe, gracias a Dios, lo sabe. Y yo jamás lo dudé. Ya lo sabía desde hacía tanto tiempo. ¡Otra vez se me da la razón!

—¿Cómo van las cosas allí, Frederik? —Le sale tras un instante.

—¡Bien!

—¿Ya no está René?

—No, Hans.

—Así está bien, mejor que en casa. De todos modos, no se puede hacer nada. Pero ¿qué piensas de mi situación, Frederik?

—Ya lo sabes.

—Tengo que quitármela de encima. Aquí cada noche había baile. No se cansaba nunca de bailar. Mi presencia en este mundo tiene un propósito, Frederik, ¿todavía me crees? Los (os) he olvidado de manera vergonzosa. Pero no quiero quedar destruido. Siento arrepentimiento y remordimiento por todo. ¿Me compadeces?

—¡No!

—Gracias.

—¿No se puede hacer nada?

—Nada... Mi vida aquí es un infierno. Piense como piense, no marcha. Por cierto, ya he puesto orden en mis asuntos. Duele, pero es mi propia culpa; podía habérmelo imaginado. ¿Por qué no me advertiste?

—Para que me mataras, ¿no?

—Tienes razón, te habría matado, tanto me había alejado. ¿Qué es un ser humano, Frederik, si no puedes mirar detrás de las máscaras? Todo es tan huero, tan hipócrita, te olvidas de lo mejor de tu vida, dejas de pensar en ello, y eso por semejante víbora. Es veneno. No tardaré en acabar con esto, Frederik, después hablaremos otra vez. Si te necesito, ¿vendrás?

Pensamos unos instantes, y prosigue:

—Quizá todavía sirva para algo en este mundo.

Ahora que estoy pensativo y que Hans decide para sí cómo actuar para deshacerse de la mejor manera posible de Hansi, llegan asombrosos pensamientos a mi vida. No me atrevo a reflejarlos, pero aun así tengo que sonreírme, y Hans lo ve. Inmediatamente pregunta:

—¿Por qué te ríes, Frederik? Si no te conociera te noquearía. Pero no te comprendo. ¿Qué te pasa? ¿Puedo saberlo? Hombre, cómo has cambiado. Ya no te conozco, creo que la naturaleza ya te está siguiendo los pasos. ¿Sigues investigando? ¿Vas a continuar?

—Por eso me sonreí, Hans. Que Dios me libre, ¿tengo que reírme por estas desgracias? Cómo se te puede ocurrir siquiera un solo segundo. No, es algo completamente diferente. Y creo que hasta te lo voy a decir. Tienes que ayudarme.

—Di.

—Escucha. Cuando estuvimos callados hace un momento tú estabas reflexionando sobre cómo deshacerte de esa víbora, y yo justamente estaba pensando en tu trabajo y tarea para este mundo. Y entonces, de repente, me vi a mí mismo en tu clínica.

—¿Como un loco?

—No, con conciencia, quería que me dieras un tratamiento. Me vi entre todos aquellos hombres. Lo voy a hacer, Hans. Cuando hayas terminado y vuelvas a vivir para tus enfermos, día tras día, iré. Voy a encerrarme por unos meses entre tus enfermos.

—¿Te has vuelto tarado?

—Yo no, Hans. Ahora sé por qué lo hago. Quiero saberlo todo de esos hombres. Quiero saber cómo se sienten y cómo son todos esos estados. Quiero comer y beber y hablar con ellos, dormir, levantarme y pasar los días de la semana, o sea, todo. ¿Me ayudarás?

—Esto no lo he visto en mi vida, Frederik. Si tú quieres, está bien. Te saldrás con la tuya.

—Pero como paciente. Quiero vivirlo todo.

—¡Eso es posible! Ya te avisaré.

Entonces me fui a casa, Hans se está liberando. Y nosotros lo hemos recuperado. Gracias a Dios, ¡hemos recuperado a Hans! En mi diario pone:

“Hans ha vuelto. Se fue de viaje, pero olvidándose de que nosotros seguíamos ahí. Cuando fue engañado durante la travesía, volvió volando hacia nosotros. Mira cómo he terminado teniendo razón. Su pintalabios era tan gélido como la muerte, y Hans no podía soportarlo. No tenía un alma más que para las desgracias, un espíritu para la miseria incapaz de dar alguna vez alegría. ¡Pobre Hans! ¡Una lección amarga! Pero sabe resistir. El dinero carece ahora de valor. No así la seriedad, el conocimiento humano. También el interior de tu alma queda envuelto en una sábana blanca, Hans lo siente. Los enfermos van detrás de él y esa es la mayor posesión para su vida, el núcleo, lo bueno, que algún día tendrá que vencer al mal y arrancar las máscaras.

Ay, Hansi, Hansi... ¿No podría haber sido de otra manera? No tienes amor. No sientes amor... Fue una locura suponer eso. Yo lo veía, lo sabía, pero que ocurriera tan pronto, ¡eso sí que no lo sabía! Creo que también para nosotros pueden crecer semejantes mensajes, de todo hay en la viña del Señor, pero no tendrías que haberte llamado Hansi.

Voy a cambiarme. Voy a ponerme por algún tiempo la vestimenta de un loco, pero aquí no deben saber nada de eso. Siento que así será mejor. Porque no harían más que estorbarme, y entonces no tiene gracia. Anna, por ejemplo, diría: ‘Otro que se está volviendo loco. Pero eso nunca, ¡ni muerta!’.

¡Esa Anna, hay que ver! Erica tampoco lo debe saber. Me voy por unos tres o cuatro meses al extranjero. Y mientras tanto trabajaré con mi palomita. Ya estoy deseando estar allí. Da igual de dónde haya recibido esos pensamientos: se lo agradezco a la fuente de todo corazón. Voy a disfrazarme, voy a encerrarme entre las máscaras porque quiero saberlo todo al respecto. Oh, Frederik, vas a empezar una nueva época. ¿Puede valer la pena vivir la vida? Creo que sí, pero tienes que estar dispuesto a darlo todo.

Pienso sobre todo esto hasta muy de madrugada. He descubierto grandes deseos en mí mismo, y le vendrán bien al pequeño René. ¡Así creo!’.

Mientras dormía soñé que era un loco. Vivía entre muchos locos. Había uno que se hacía llamar doctora Francisca y que prescribía recetas a todo el

mundo. Y entonces se oía: “Ve, hijo mío, y no beses más los pies de tus enfermedades. ¡Que les den!”.

Me hice como esas personas, hasta que me perdí a mí mismo. Cuando se me abrió la puerta por haberme curado ni siquiera quería irme, tan a gusto estaba allí. Pero tenía que marcharme, había que hacer sitio para gente sana que se volvería loca, y no querían saber nada de eso. Tenía que irme, sí o sí. Ay, qué dolor, precisamente por perder a todos mis amigos de allí. Vi que me agarraban por el cogote y que me daban una patada en el trasero. A mis espaldas gritaron:

—Los locos no tienen que estar con los cuerdos, lárgate de aquí, ya no necesitamos más locos”.

Y Hans, desde un gran pedestal, se ríe de mí en la cara. También a él se le abría la boca y lo oí decir:

—¡Frederik, ay, Frederik! ¿Viste todas esas máscaras? ¿Sabes lo que veo ahora? Tú y yo, Karel y Erica, Anna y René: todos estamos aquí para llevar una sola máscara, pero a ti eso te ha vuelto loco. Bien, y ahora mejor lárgate de aquí (—dijo).

Y entonces se hizo la oscuridad a mi alrededor, pero cuando miré un momento hacia arriba lucía el sol. Cuando un poco después miré el reloj, sentado en el tranvía, era exactamente la una. ‘Vaya por Dios’, pensé, ‘qué extraño. La noche y la oscuridad son sinónimos... pero ¡ahora es el mediodía y debería haber luz!’.

Me desperté. Anna me trajo té y dijo:

—Hay que ver lo que gritas mientras duermes, Frederik. Jamás te había oído hacerlo. Tendrías que cambiar de aires. Haces demasiadas cosas. Tanto escribir te está dejando sin fuerzas. ¿Y si te fueras a dar una vuelta, Frederik?

—Ahora que lo comentas, Anna: creo que tienes razón. También creo que estoy un poco estresado. Ciertamente, un pequeño viaje de unos meses me haría bien. Pues sí, voy a pensarlo un poco más.

Me asusté. ¿Acaso ya había delatado mis planes? No, aún sentía esa seguridad en mi interior. Pero, ¿qué es aquella hora para mí? Una sola hora... una hora... una vida, una sola vida... ¿Es Anna? Luz a partir de las tinieblas, porque me ha seguido... Así que camina detrás de mí. Ay, Dios mío, ojalá pudiera obtener seguridad sobre esto.

La una, y eso de día... en pleno día... es conciencia, es color, es una figura, hay que verlos como hombre y mujer. Vamos, Frederik, a trabajar. En el cuaderno de bitácora dice:

“¡Anna ya me está siguiendo! Se deduce de todo, porque solo lleva una hora de retraso respecto a mí. Y eso lo vi en la calle. Lo que signifique el resto, ¡eso ya vendrá por sí solo! Creo que ya lo sé, pero a Hans no lo comprendo.

Hans estaba sobre un pedestal y me gritaba bastante sanguinariamente

que todos vivimos una sola máscara. ¿¿¿Solo una??? Pongo aquí varios signos de interrogación para mirarlo luego otra vez. ¡Ahora no voy a tratarlo!

Por hoy es todo. Me voy a echar ricamente en el jardín para recuperar un poco el aliento. Tienen que saber que necesito descansar”.

Pensé, mi pequeño René, que no había flores, pero sí, un poco antes del siguiente acto, nos enviaron margaritas. ¡Eran para ti, gracias a Dios! Espero que la gente no te olvide. Aunque te bajes brevemente del escenario, aquí te sienten, te ven, aquí querrían que ya estuvieras de vuelta. Creo que veremos que también eso pasará en el último acto. También creo que de vez en cuando estarás presente, solo unos minutitos, para decir algo y volver a marcharte. El verdadero papel está allá. ¡Yo velo, mi pequeño René!

Enseguida regreso... ¡Voy a cambiarme!

Frederik, ¿estás seguro ahora de lo que quieres?

Tengo las maletas hechas, listas para empezar conmigo un viaje placentero, del que la meta final es la Navidad en casa, para celebrar entre nosotros la fiesta de “Cristo”. Todavía no sé cómo he llegado a eso. Era un impulso que parecía dominar golosamente mi vida pensante, y al que no podía resistirme. Así es como decidí que sería mejor volver a casa para Navidad, siempre que una necesidad anterior me obligara a cambiar la decisión. Me entrego por completo al futuro, con la tranquila conciencia de que vivo para algo, de que tengo una meta, lo cual muy poca gente puede decir de sí misma.

Anna, Erica y Karel me llevan al tren. Están preparados, hemos tenido suficiente tiempo para despedirnos. A René le va bien, allí se siente cómodo, ya está aprendiendo algo, ya no le queda nada de su antigua fiereza, aunque esperamos —como dice su médico— que en cualquier momento haga gala de sus talentos. En cualquier caso, no podemos quejarnos. Mientras está así entre los chicos se revela otra personalidad: los muchachos lo elevan en su vida, explora el trabajo, el día, la hora, busca, habla poco, pero eso es comprensible. A Karel se le dijo realmente: “Estamos satisfechos”. Y no había nuevos fenómenos. Come bien... una sorpresa, ciertamente. Y también escucha. Podría uno pensar que el cambio de ambiente abre nuevos aspectos para el alma, el espíritu y la materia. “No tiene usted por qué preocuparse, y dele a la señora la sagrada seguridad de que hago todo lo que está a mi alcance para ayudar a su chico. Pero una cosa sí: no se acerquen, de momento. Si es buenamente posible: nada de visitas. Les informaré cuando puedan venir. Ahora solo lo alterarían”.

Eso fue unas semanas atrás. Anoche Karel llamó un momento. El deseo nos hizo enmudecer a todos. ¿Cómo está nuestro hijo? Karel oyó:

—Exactamente igual todavía. Le ha entrado un silencio, un poco más de apatía, pero no de carácter permanente, aún no hemos vivido horas de salvajismo, pero ya nos encargaremos de evitarlo. De modo que no hace falta la sábana de fuerza. Sí que está algo más taciturno, pero no da problemas al enfermero, confío en que ya encontrará en Van ‘t Zand a su camarada. Todo el tiempo oímos el nombre “Frederik”... también cuando duerme. De todas esas cosas he dejado constancia. El enfermero lo oyó decir mientras dormía: “¿Dónde estás, tío Frederik? ¿No me ves?”. Quizá usted lo comprenda mejor que nosotros. ¿No es este el nombre del amigo que estaba con usted? También a él le aconsejo que no venga. Tiene que soltar su vieja amistad si queremos construirle una nueva vida, lo cual es el propósito, ¿no es así, colega? Por lo demás no hay noticias, ya los contactaré.

—René pregunta por ti, Frederik.

—Ya lo oigo. Pues que siga preguntando, cuando el deseo se intensifique eso obligará —según creo— a lo otro a que se adormezca. Una vez me dejé convencer de eso por una abuelita común y corriente que iba a visitar a su hijo en la cárcel. Que si tiene razón es otra historia, pero no me parece una tontería. En cualquier caso, puedo irme de viaje con tranquilidad. También deberíamos haber aceptado lo contrario: podemos estar contentos.

Estamos juntos y hablamos de René y mi viaje. Están convencidos de que primero voy a visitar Suiza. Allí vive un amigo de Hans que enviará mis cartas, que primero se destinarán a él, a Holanda. Quiero oírlo todo, saberlo todo sobre René y la familia en casa. A Hans no le parece mala idea y creo que le está empezando a divertir. Hansi se fue a la calle. Hans se ha sintonizado por completo con sus enfermos. Ha tenido que aceptar la sangría; pero queda bastante bien demostrado cómo van las cosas —una vez que se nace para el bienestar material— por el hecho de que gracias a la herencia de una tía recuperó prácticamente el importe entero.

Hans dijo:

—Sin duda que todavía tengo una larga vida, o todavía me quedan por hacer unas cuantas cosas aquí; este lodo me ha supuesto una bendición.

Hansi todavía soltó unas imprecaciones, armó un escándalo como un gato salvaje, pero Hans la obligó a irse si quería conservar la vida. Y para poner fin a todo, Hans le mostró el engaño; ella no perdió el tiempo en echarse en otros brazos, para empezar de nuevo su demolición. Hans dijo:

—Esa terminará en un opulento burdel, pero que se olvide de mí.

Desde ese momento Hans se convirtió en otra persona. Por medio de una violencia interior se vuelve a abalanzar sobre sus estudios; creo que este golpe lo está enviando a las alturas más elevadas, y ya puede empezar a encargar su toga.

Hoy estamos a siete de octubre. Ahora son las nueve de la noche y hablamos de nuestro hijo y mi viaje, de Hans y Hansi, de miles de cosas más. Una cosa la sentimos todos: hay un vacío. Anna y Erica me echarán en falta. Karel lo supera a golpe de esfuerzos, aunque reconoce con franqueza que él también me extrañará. Para él un cambio para bien. El Karel de antes ya desde hace mucho que no vive, ese murió. Repasamos todo lo que hemos ido viviendo juntos en estos años. Fueron horas increíbles. Horas dolorosas, miserables, sanguinarias, de mucha bajeza, pero también acontecimientos sobrenaturales para mí y para ellos, horas amistosas y llenas de amor, para las que un ser humano en el fondo vive, lo más hermoso que uno puede experimentar. Una sola cosa de nuevo: echamos de menos a René. Pero ¡todo va bien!

Hemos hablado como nunca antes habíamos mantenido una conversación. Anna me miraba como si se le largara el marido. Erica era como una madre

para mí. Karel, un amigo de verdad. Y mientras tanto fuimos penetrando de nuevo, aún más, en la elocuente existencia y personalidad del pequeño René, para sacar de allí lo que se pudiera. A Anna le salió de nuevo en las mejillas el rubor interior del alma, Erica hablaba de sus horribles abluciones, de las que aún no entiende nada: volvemos a vernos en el gallinero de los vecinos, montamos otra vez a caballo con los Ten Hove, de los que —gracias a Dios— nos hemos deshecho y a los que por cierto ya no quieren en ninguna parte, porque estas lombrices ya deberían estar desde hace mucho en la tierra para empezar su tarea para esta vida: de todas formas lo único que saben es hacer rabiar a los demás con su bienestar. Basta con ver esas máscaras unos instantes para sentir asco por la sequedad, la vacuidad de esos morros altaneros. También a los otros médicos los hemos perdido, al menos, así parece. Karel asegura que los hizo sentir demasiado, que a la larga los seres humanos no quieren instintos caninos. En tu propia casa te echan a la calle, te sepultan bajo su pesadez y vaciedad, como si no tuviéramos ya suficiente miseria.

A René lo seguimos en todo. Estamos ante su nacimiento, volvemos a estar sentados ante el piano de cola de Erica, vivimos de nuevo a Franz, atravesamos la jungla, acariciamos serpientes y charlamos con osos pardos, vemos chacales por los aires y a ras de suelo, vivimos en medio del puterío y directamente entre asuntos sagrados, aunque místicos, y sientes, finalmente, que estás cerniendo el cielo y la tierra. Vamos navegando por el Antiguo Egipto, visitamos las pirámides de Giza... a donde quiere ir Erica si el pequeño René mejora, porque a ella le encanta esa masa de piedras, y que sea tan alta, y porque quiere jugar una vez en la vida al camellito. Pero René tiene que cabalgar a su lado; yo tengo que ir detrás con Anna, y Karel, delante, para guiarnos, porque de estas cosas él entiende mucho. Entre todos pasamos unas horas apacibles, porque no hay más que un solo deseo: ¡vivimos para René!

Cuando hacemos el balance final llegamos a la conclusión de que no queríamos que faltara nadie de nosotros, ni por todo el oro del mundo. Entonces Erica de pronto nos dijo a mí y a Anna:

—¿Por qué no se casan (os casáis)? ¿Por qué no nos conceden (concedéis) esa felicidad? Y, por cierto, Frederik, ¿por qué tienes que salir solo? ¿No podríamos haber ido juntos? No..., claro, ¡eso es imposible! Pero ¿por qué no te casas?

Anna ya sube corriendo las escaleras. Karel murmura algo entre dientes y Erica siente que se ha precipitado metiendo las narices en asuntos que no le importan un comino. ¡Menudas tonterías que puede hacer el ser humano! Erica va a buscar a Anna. Bajan todavía un ratito, pero aun así media hora después estamos todos metidos en el sobre. Me quedo dormido y ya no pienso en nada. Y ¿ahora?

Allí está el conductor. Erica y Anna se van con Karel, Hans también se

viene. Nos subimos. El tren se va, pero en la siguiente estación vuelvo a bajarme. Toman una decisión optimista: Frederik necesita descansar, ahora no pensarán que yo mismo tomé la decisión incondicional de detenerme. Salgo, pero eso es cosa mía. Estoy esperando. Hans pregunta:

—Frederik, ¿ya sabes lo que quieres?

—Desde luego que lo sé, Hans. Primero iremos a tu castillo. Allí me encierras unos días, hasta que me crezca la barba y haya aprendido a hacerme el loco. Después me entrego a ti. Accederé a tu santuario con aspecto descuidado. ¿Te lo esperabas de otra manera? Los enfermeros no deben reconocerme, porque entonces para mí pierde la gracia; no quiero que nada me moleste. ¿Qué puedes hacer por mí?

—De eso ya me encargaré yo.

Los días que fueron transcurriendo los usé para prepararme. Hans me dejó hacer. Sentía cómo me iba hundiendo, la tierra empezó a temblarme bajo los pies, pero sentía cómo se me iba acercando el pequeño René. Empecé a comprender en lo que vivía nuestro hijo. Le hablaba. Hans, que me sigue, realmente piensa que tengo la cabeza llena de pájaros. Me refiero a mi palomita... Cuando alzo la mirada me la sigue con el ceño fruncido. Quiero alcanzar el punto en que piense que estoy loco, porque ve que mi vida está cambiando. Ya no soy yo mismo, me estoy convirtiendo en otro. Pero un Hans mejor, ¡uno que vuela!

Puedo calarlo..., puedo seguirlo, puedo escuchar cómo piensa. Ya me está soltando. Aun así, le digo lo siguiente:

—No te olvides, Hans. Pase lo que pase, ni una sola palabra a Karel sobre esto. Tú no te metas en cómo pasará yo esos meses. Sin duda que actuaré como un loco, pero eso es cosa mía. Solo cuando ya no sea capaz de pronunciar ni una sola palabra podrás avisarlos. Así que, haga lo que haga, ¡es cosa mía!

—Cuenta conmigo, Frederik.

Cuando se cerró la puerta a mis espaldas de un golpe, Hans pensó: ‘Frederik está volviéndose loco’. Hasta ese punto lo dejé en la estacada... tanto me había alejado de su vida. Hans desaparece, yo pensaba en mi palomita. Estoy agradecido al hijo de Noé. Veo a René, y luego él me verá a mí. Lo veo con más nitidez que antes. Eso me anima, me da fuerza y amor.

Me llamo “Van Zeulen”. Un cuarto de hora después ya se ha convertido en “Zeul”, y otros cinco minutos después “Zeultjes”. Ahora me toca bañarme. El enfermero me obliga a hacerlo. El hombre piensa que estoy loco y así es como me trata. Desde lo normal observo los líos locos del servidor de los locos. Vaya mundo que estoy viviendo. ¿Soy yo el loco? O ¿lo es él? Se me hace una locura que los normales me laven. Con un cepillo se me raspa la espalda; pienso en Anna, que haría esta tarea de otra manera si tuviera la oportuni-

dad. Ay, madre, ¿te esperabas esto de tu hijo? Le estoy agradecido a ese hombre, estoy en el agua y me lanza espuma de jabón. Es una sensación deliciosa. Cuando me pregunta algo aflora mi naturaleza de loco y digo “jáááá”, como si quisiera morderlo. Me pregunta si soy un erudito. Hago una mueca... Ríe y lloro a la vez, y me sale como si llevara haciéndolo años. Empiezo a sentir que estoy perdiendo el juicio. Cuando el hombre me ordena abandonar el baño y oigo sus palabras “Vamos, afuera de allí, señorito” lo que hago precisamente es echarme para mimarme un poco más. Me da un toque en el hombro y dice:

—Vamos, inventor, a salir..., a salir, vamos, ya, déjate de tonterías.

Gruño, doy aullidos, silbo como una serpiente. Y de pronto me brota este sentimiento, con el que me crearé una coartada. Cómo no se me había ocurrido antes. Vamos, hay que salir gruñendo. Él ya me comprende, y dice:

—¿Desea el señor ir a los animales? ¿Está el señor de caza? ¿El señor Zeultjes fue alguna vez cazador? ¿Te asustaron los animales? Vamos, hombre, déjate de cuentos. Venga, acción.

No hago nada. Me lanza una sábana blanca por los hombros, sigue un pantalón, después un traje viejo mío por encima, y listo está Zeultjes. Ahora me dan algo de beber. Cuando se abre la puerta y queremos marcharnos, se encuentra frente a Hans. Dice:

—Hay que guardar la calma y no perder los nervios. Nada de agitación, todo lo asusta. Hay que observar todas sus reacciones y transmitir las al enfermero en jefe.

Y a mí me dice:

—Bueno, Van Zeul, ¿qué tal?

Le gruño. El enfermero quiere ayudar a Hans, y dice:

—¿El señor es un trotamundos? Imita los animales.

Hans me mira a los ojos. No sabe si reír o llorar.

—Jááá..., jáááááá... —me sale de la boca, seguido de unos fuertes aullidos. Soy como una fiera. Hans ya no sabe qué pensar de esto y desaparece por la puerta. Acompaño al enfermero a la sala. Son las diez de la mañana, me traen café. Los hombres están ocupados en sus cosas, comienzan las tareas de mi jornada. Pero ¿por dónde he de comenzar? Miro a todos estos locos, los sigo. Veo que sus edades oscilan entre los treinta y setenta. Entre ellos hay hombres calvos, pero también veo cabezas con el pelo rizado, rubio, gris, oscuro: hijos de un solo Dios, de un solo Padre. Están parados y sentados, hacen algo y no hacen nada, pero todos hacen algo, están ocupados en ellos mismos. Todos esos ojos están vacíos, aunque estén asilvestrados. No sé cómo estarán los míos. Observo a un grandullón... Habla mucho y cuenta cosas de sus enfermos. Sé por Hans para qué están aquí. Él es el médico... todavía emite sus recetas y echa la vida a las tinieblas a base de insultos. La

religión y la erudición le han retorcido el pescuezo. Ese hombre ya lleva tres años aquí. Unos ocho padecen enajenación mental. Hay un poeta, un tendero, un teólogo que perdió a su Dios por miserias y desgracias, que se estrelló él mismo por la pena y el dolor de esta humanidad. Tenemos un creyente, un hombre de cuarenta años, fuerte como un león, que “besó a Jehová”, que sucumbió en amor y felicidad. Allí tenemos a Frans, el rentista, el señorito. Se estrelló por su dinero. Está bajo tutela... Ahora ya no le queda nada más que su yo loco, su personalidad grandilocuente. Y allí está sentado un joven de unos treinta y cuatro años. Oigo que lo llaman “pulgarcito”, un joven erudito. Sabe no menos de veinte idiomas y es tan docto que tuvieron que encerrarlo. Cita a los griegos clásicos, habla francés, alemán e inglés con fluidez, es un comediante, apto para el teatro, si no fuera porque se porta tan raro. No han pasado ni tres horas y ya puedo escribir un libro, los conozco a todos y cada uno. Y lo que todavía no sé ya lo oiré.

Estoy pensando y observando desde un rincón, pero no me dejan en paz. Cuando quiero deshacerme del viejo Piet y lo intento calar un momento produciendo un intenso gruñido, me abandona corriendo, como si lo tuviera agarrado un oso. ¿Viste ese tigre? Yo lo vi. Vi ese león. Vi ese gato, mira, allí está. Señala en mi dirección, lo comprendo completamente y aprovecho la ocasión para instalarme. Suelto un grito. Produzco aullidos y maullidos como los de un gato salvaje, imito un oso, hago ruidos de serpiente, me arrastro un poco por el suelo, hago movimientos como de una experta bailarina india, pero ya me siento extenuado y me siento. Aún sigue, y del todo por sí solo, un sonido carraspeante, ni yo sé qué animal es, jamás he visto semejante monstruo. Doy ladridos cuando el viejo Piet amaga con volver a acercarse a mí. Contraigo los dedos a modo de garra y le lanzo mordidas. Es como si lo hubiera alcanzado, Piet se retuerce mientras agarra su brazo y no para de gritar. Grita igual que si lo hubieran mordido. Cuando el enfermo llega corriendo sabe de un solo vistazo lo que pasa. En el brazo de Piet hay señales de mordeduras y arañazos. El enfermero ve los arañazos, que, rojos como la sangre, delatan la pelea entre él y yo. Se me acerca. Me pego un susto de muerte. Me puse tan mal de repente que el hombre debe de tenerme pena. Me mira, se mantiene a unos metros de distancia, pero me perfora con la mirada. Es como si quisiera saber quién soy y lo que en el fondo poseo. Sigue mirándome. Lo sigo, siento lo que quiere y me entrego a su voluntad. Se me cae de la boca:

—¡Gracias! No lo volveré a hacer.

Pero Piet quería tomarme preso y yo no me dejo apresar, quiero seguir en la jungla.

La situación se prolonga un poco más, pero lo suficiente para darme la sensación como si el enfermero estuviera asesinándome. Me mira fijamente,

como queriendo decir: “¡Déjalo ya! ¡Se acabó! ¡No estás en la jungla! ¡Eres un ser humano!”. Se va volando porque gruño y ladro, porque hago maullidos, porque retraigo la cabeza, lloro, suelto soplidos; porque actúo tan locamente como jamás en la vida imaginé ser capaz. Exhibo los dientes superiores y pongo caras de mono. Es como si la jungla entera se manifestara por medio de mi vida.

El viejo Piet, que era muy aficionado a las mujeres, me acaricia el brazo y llora ahora como un niño. Los demás se han alborotado. Saben que soy un animal, que soy más de uno. Soy una serpiente, un tigre, un lobo, un león. Me tienen miedo. De golpe, sin darme cuenta, he conseguido que se me respete. Pero el enfermero ya no está y ya sé a dónde fue el hombre. No han pasado ni diez minutos cuando ya tengo a Hans frente a mí, y con él, a su ayudante en jefe. Viene a verme. Estoy en mi rincón y hago como si no lo viera. Dice mi nombre; oigo:

—Frederik..., esto... Van Zeulen... ¡Van Zeulen!

Me doy cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo. Gracias a Dios, los demás no han oído mi nombre... grita muy fuerte y es severo conmigo:

—¡Van Zeulen...! ¿No me oyes? ¿No me ves? ¿No me oyes?

Hans mira al viejo Piet. Sigue llorando, porque ha recibido un mordisco. Hans observa las marcas y los rasguños que tiene en el brazo. Mira largo tiempo, con detenimiento. Entonces pregunta al enfermero:

—¿Es cierto esto?

—Pero ¿es que no lo ve?

Ahora se acerca el poeta, y grita:

—Oh, egregia mía..., cómo temerla a usted..., ¿dónde está aquella que consuela mis angustiados tembladores? ¿Alcanzaré a verla? ¿La felicitaré...? ¿La felicitaré? No, “dios aquí y allá”, así no es..., es felicitar, ¿Zumos Hacedor...? No es eso... ¡Me callo! ¡Mi Zumos Hacedor!

Sale escopetado hacia otro rincón de la sala y se coloca allí como un colegial que espera su castigo. Todos miramos al poeta... Hans vuelve a mirar el brazo derecho del viejo Piet. Mira con tanta atención los rasguños que pareciera que está viendo un gran milagro. Su ayudante también mira, de los rasguños a mí, y en su rostro leo: “¡Ese está loco de remate!”. Esto ya no es una comedia, no es una investigación científica, esto es de una seriedad sagrada.

Hans me mira. Se clava profundamente en mi ser. Lloro y veo que se le están arrasando los ojos en lágrimas verdaderas. Tengo que hacer algo, pero en primer lugar pienso en mí mismo. Soy como un relámpago, pero aun así no me desgarró para que haya truenos. Sin embargo, así ha de ser. Ladro, luego unos maullidos, y entonces de pronto digo:

—Cuando se me acerquen mis amigos déjelos entonces tranquilos, señor experto. No quiero ver a nadie y no quiero que sepan nada de mí. Si se diera

el caso de que les escribiera, entonces usted dejará mis cartas en paz. ¡Lo golpeo contra el suelo..., guau..., guau..., paf..., paf..., shu, shu..., huáááá..., grrrrrr... rrrrrr..., magia chunda..., puf!

Ahora Hans lo sabe. Estoy loco de verdad... No consigue desprenderse de mí, quiere ver en mí a ese otro al que conoce, pero que ya no está. Allí está, como un escolar. Si el poeta y el viejo Piet no lo hubieran devuelto a la realidad, creo que Hans habría permanecido inmóvil durante horas de lo apabullado que estaba por mis actos y todo mi ser. El poeta ha entrado en acción:

—Oh, buen Samaritano, lo amo más que a mí mismo. Coronaré su cabeza y aportaré piedras de muchos colores para su tumba. No lo estoy espiando. ¡Solo pregunto si amo! Oh, risa de mi corazón..., mi ti vivo..., ¡maldita sea!

Ya lo sé: el hombre ha vuelto a desinflarse. Esa cabeza está llena a rebosar o completamente vacía. Estoy disfrutando. Estoy viviendo aquí una verbena y jamás me he sentido tan feliz, pero eso Hans no lo ha de ver, no debe saberlo. Siento que este es mi camino. Lo único que no comprendo es por qué el viejo Piet está tan alborotado. Ese caso lo investigaré yo mismo en cuanto se hayan ido Hans y su ayudante.

Entonces empieza el médico:

—Fuera de aquí, espécimen tóxico, apestados... especie de tuberculoso. ¿Me creías un perro tan sarnoso como para dejarte reventar? Toma aquí, mi receta. Y deja de besar las enfermedades. Jajá..., acércate a Franciscanus... tengo una pócima para ti.

El palurdo está recto como una vela y dicta:

—Por las mañanas: tres cucharadas de azúcar. Esta tarde tres granos de carne picada con cebolla, y dejar que se derritan en la lengua, para que pruebes su rojo y verde. Que no te dé vergüenza, ponlo encima de la lengua y después te vas o bien a pasear, o bien a descansar. Allí te puedes echar, en mi jardincito, o en mi veranda, así te podré visitar de cuando en cuando, ustedes (vosotros)... no... A ustedes les (a vosotros os) daré otro trabajito. Tú, Sofie, te encargarás de mis enfermos. No dejes solo a Franciscanus en todo. Ay, pero mis enfermos. Qué cansado estoy.

De los demás, unos ocho están en un corrillo, mirando, y hacen como si lo comprendieran todo y les pareciera de una necesidad apremiante. Hans está en medio de su manicomio. Nunca me imaginé que ser psiquiatra fuera un trabajo tan miserable. No sabe por dónde empezar. Sigue al poeta, al médico, al viejo Piet y a mí. El poeta está tranquilo. El viejo Piet se me acerca. La vida pregunta:

—Ya, bicho, tranquilo, no te haré nada. ¿Vas a morderme otra vez?

—Yo no —digo—, a ver, déjame ver.

Hans nos observa. Ve que alzo la mirada y que froto el brazo del viejo Piet. Piet dice:

—Qué gusto da eso. A ver, házmelo otra vez.

Hago lo que me pide Piet y le froto el brazo. Veo los rasguños. Son de un profundo morado. Entonces se me ocurrió una idea por la que yo mismo casi me caigo de espaldas:

‘Eres un hipnotizador, Frederik’.

‘¿Qué?’ me pregunto a mí mismo. ‘¿Que soy qué?’. Pero mientras tanto el viejo Piet mantiene su brazo extendido, se lo magnetizo y veo que las rayas rojas van desapareciendo. Hans tiene los ojos como platos mientras observa este drama. Cree sin duda que estoy loco de verdad. Estoy completamente disuelto en esta gente y además participo, ¡parezco otro más! Piet me deja. Muestra el brazo a los demás, todo ese lío de la jungla se ha disuelto. Pero saben que tengo aires de tigre, que puedo materializar mordidas de perro. Soy como una serpiente, una hiena, puedo ser peligroso. Y allí está Hans, él y su ayudante no lo saben. Otra vez se me acerca. Otra vez mira hasta en mi corazón, quiere saber qué me ocurre. Finalmente, llega a una decisión. Dice:

—Vamos, Van Zeulen, acompáñame un momento.

Quiero tomarme de la mano, me niego. Retiro el brazo como un relámpago. Hans me mira estupefacto. Ya no sabe qué pensar, se lo veo en todo. Empiezo a comprender lo que quiere. Entonces llega el enfermero. Lanzo mordiscos a diestro y siniestro. Quiero irme por mi cuenta, y lo hago. Hans me sigue, y los dos salimos. Voy por delante de él, acelera el paso para alcanzarme. Ahora oigo:

—Frederik... Pero ¡Frederik...!

Continúo, sé exactamente a dónde quiero ir. Ahora que pronuncia mi nombre me detengo. Hans me mira y vuelve a decir:

—¡Frederik! Pero ¡Frederik! ¿Qué ocurre?

No logramos avanzar. No le respondo, solo se me escapa:

—Lelo, lelo, pero ¡qué lelo que eres!

—¿Frederik? Frederik, ¿lo dices en serio?

Lo miro a los ojos. Sigo su rostro hinchado, observo su máscara. Sigo sus labios, la barbilla, vuelvo a los ojos, y veo que se asoman lágrimas. De nuevo se me escapa:

—¡Qué lelo que eres! ¡Eres como un niño!

Hans oye por el sonido de mi voz que he regresado por unos instantes. Dice:

—Frederik, ¿sabes lo que ocurrió allí? ¿No? ¿No me oyes? ¿Sabes que eres capaz de hipnotizar? Y ¡cómo! Frederik, te admiro.

Pero siento que esto va demasiado lejos. Estoy en esto y quiero seguir en esto. Ladro un poco, grito algo, doy un maullido, ¿por qué no?, y brevemente emito el sonido de la serpiente, y Hans se pone de mil colores. Ahora sale de su boca:

—O sea, ¡que sí! Dios mío, en qué me he metido. Frederik, ay, Frederik, ¡en qué me he metido! ¡Esto no me lo perdonaré nunca!

‘Y eso está mal’, pienso, tengo que actuar y ver cómo salgo de esta. Sin rodeos y sin bromas le digo:

—¿Tú sabes quién es René? ¿Tú sabes quién es Anna? ¿Sabes...? ¿Sabes quién es Karel? ¿Y quién, Erica? ¿Sabes dónde está el pequeño René? Pues, ¡vete con viento fresco y ya no me molestes, pase lo que pase, no me molestes, Hans!

—Frederik, Frederik. Déjalo ya... Vamos, ven conmigo y déjalo ya, te estás volviendo loco.

—Ya te gustaría, ¿verdad? Vete ya, Hans, y no me molestes más. Acabaré mi tarea, como sea... Lo haré, lo haré. Perro sarnoso, ¡al diablo! Te veré y palparé como hizo Abraham cuando llevó a su mujer flores en su tumba. Ay, cómo sufrió ese hombre. Pero qué desgracia. Todavía lo veo allí. Hice todo lo posible por salvarlo, pero ¿pensaba el señor que esto fuera posible? Lo maldije, porque se había puesto mis zapatos. Y, mira, empiezo a seguirlo, es lo que haré. Ay, cómo sufrió ese hombre. Y ¿qué piensa el señor que él me dijo? Que tenía que irme a casa y ganarme las habichuelas. Pero conmigo que no cuente.

Ahora bailo con júbilo delante de Hans. Voy saltando a su alrededor como una experta bailarina. Hago sombras chinescas, que ya me aprendí hace años, porque me gustaban mucho las gesticulaciones y la elocuencia de esa representación. Me gustan los bailes asiáticos, contienen un mundo propio, hablan de asesinatos y del amor, de la justicia y “nirvanas” apasionadas. Lo hago con precisión y puedo hacerlas pasar por encima de mi cabeza, porque sé conscientemente lo que hago. Hans mira y también ha adquirido una conciencia que casi se le revienta. Con el meñique pegado al pantalón, con un dedo pegado a la frente, con las piernas ceñidas al cuerpo, hago como si fuera pisando ascuas. Rodeo los cuadros de flores y me meto una en la boca, confundo el nombre de Carmen con el de una princesa indonesia, añado algunas figuritas melodramáticas, adrezo el mejunje con un poco de música popular vienesa, doy brincos como un perro alocado alrededor de su robusta figura y al mismo tiempo lo miro a los ojos para espantarlo. Su ayudante se ruboriza, las comisuras de los labios de Hans producen dolor interior, pero me da igual, continúo, hasta que siento que ya está bien.

Cuando me concentro en mí mismo es como si me viera hacer ese baile. Ahora lo adrezo con algunos ladridos, lo revuelvo todo un poco y después siguen los aullidos de un chacal como una papilla bastante sólida, añado los sonidos de la serpiente a modo de curry, que aún faltaba, y entonces meto todo en el horno y en unos minutos Hans lo tendrá en la mesa. Me sigue y no sabe qué hacer. Es puro teatro, ni en París, Londres o Viena, donde

también estuvo con Hansi, se le representó semejante comedia, jamás. Se lo veo en su morrito de bonachón, que ahora está muy fruncido. Sigo bailando, voy patinando y mis piernas vuelan como hace treinta años sobre las aguas holandesas, voy rayando mi nombre en el hielo mientras estallan nubes de polvo. Hans casi se derrumba. Prosigo, porque aún me falta.

Cuando con la bici casi me empotro contra él a toda mecha, él pensó que debía agarrarme, pero soy más veloz que una serpiente; no acierta. Cuando el enfermero se me quiere echar encima Hans lo detiene. Lo miro a los ojos, la flor ya me la comí a medias, me tomo otra. Voy brincando como un niño, doy brincos, retrocedo al ritmo más pausado de Oriente, me hecho sacerdotisa. Casi estoy echado en el suelo, así de profunda es mi inclinación ante los dioses. Solo ahora me siento a gusto. De la boca me salen palabras desconocidas, hablo malayo, sondanés, javanés... Sigo haciendo un poco el loro y hago una reverencia. Estoy tirado en el suelo, con la nariz en el polvo, y tengo pinta de un cerdo asqueroso. ¡Hans ya está llorando! Está allí, como un gigante prehistórico, que no sabe nada de líos científicos ni de locos.

Cuando siento que me quieren atrapar ya estoy en otro lado y me alejando brincos. Vuelvo a revolotear por encima de las aguas, de pronto me detengo para hacer mi saludo indonesio a los dioses, me río, hago una mueca y me arrodillo. Cruzo los brazos sobre el pecho, canto algo, me sale de la boca como un murmullo. Hago un guiño al cielo, vuelvo a reír, cruzo los brazos hasta en el suelo, los aprieto contra la madre tierra, lloro, siento calor, siento felicidad. Beso la tierra sobre la que estoy postrado, y albergo en mí la gloria de arriba y de abajo. Casi reboso de felicidad.

Vuelvo a retorcerme hasta llegar a Carmen, y sin embargo recaigo en la profesión indonesia: me encuentro ante un templo. Allí está la clínica, es el hogar que me corresponde, hace unos instantes estaba en ese sitio y allí seguiría si Hans no me hubiera sacado. Veo que los enfermos me siguen. Corro como un salvaje a las ventanas, ladro, grito, hago ruidos de serpiente. El viejo Piet ya está gritando. Vuelve a agarrarse del brazo y ruge a pleno pulmón. Ahora siento que me he quedado sin fuerzas. Pero estoy tranquilo, no hago mal a nadie. Hans viene hacia mí y me pone la mano en el hombro. Dejo que haga, mi comedia ha concluido. Él lo sabe, no es que me falte un solo tornillo, es que me faltan bastantes más. Me lleva de vuelta a la sala. Llegados allí me voy a mi rinconcito y me siento como si no hubiera pasado nada del otro mundo. Me echa una última mirada, dice algo, pero no lo oigo. Entonces se da la vuelta y se va. Aún le digo en voz alta:

—¡Cuando uno incumple su palabra, las serpientes de la vida lo acecharán!
Se queda como petrificado. Todavía añadido:

—Si la gente no cumple su palabra, vendrán los osos, además de los jacintos, para matarlos a mordiscos. Jacintos..., exactamente, vendrán los jacintos

para arrancarles la cabeza de una dentellada... para hacerle inclinar la cabeza, para arrancársela. Y ya me encargaré de agarrarlos... Nunca antes había tenido esa oportunidad, ahora los agarraré. Oh, qué hermosas son esas manzanitas. Nunca antes las había visto así. Las conozco, sí, exacto, las conozco. Sé quién es él. Sé dónde estuvo. ¿Lo viste, Hansi?

Hans se asusta. El nombre de Hansi es para él lo que el trapo rojo es para el toro. Regresa y sigo jugando un poco más. Tiene que pensar que estoy loco.

—Y entonces salimos. Y nos vamos a Londres... ja, ja, ja, ja, ja, pero, ja, ja, ja, ja, a Viena, a Franzl Kersten. Paga la (cerveza) Stinkenbrunner, que jamás pagué. Vete a París, a Madame de Sousi, en la calle Rue de la Blanche..., dile que luego iré y que ofreceré una velada en honor suyo. Encárgate de que estén a mi disposición mis túnicas. No te las olvides, al parecer vendrá todo tipo de gente. Tendré la oportunidad de hacerme publicidad. La mimaré a ella y a todo su harén. Ya sé que está locamente enamorada de mí, pero no puedo desatender mi arte.

Por mí vete hasta Londres, al Thames Way, second piso, y pregunta por Sir William Scor..., añádele un billete de diez florines y lo verás al instante, colecciona dinero antiguo. Pídele que venga a cenar esta noche a mi casa, pero no cometas estupideces, no se lo puedes pedir de golpe. Suele asustarse por nada y primero tiene que sintonizarse. Pero si se lo pides, te servirá una copa de vino y podrás ver todas sus esculturas desnudas porque le encanta el arte escultórico y solo posee desnudos. Posee a todas las mujeres del mundo, hasta a las reinas. Vete a verlo y tan solo dile que te manda Tomás de Kempis. Dile que juntos yacimos bajo la pirámide de (la ciudad holandesa de) Rijswijk y que nosotros mismos nos cavamos una salida para salir de allí. Eso es lo que querrá saber, porque este hombre tiene un profundo interés por el arte antiguo. Él mismo pasó años en Egipto, sus viajes hasta allí bien le merecieron la pena gastarse una fortuna. Lo recuerdo como si fuera ayer... En ese época yo era su cuidador y secretario. Aunque yo descendiera de un rico y antiguo linaje, me comportaba como su ayudante. ¡Qué noches las que vivimos allí! Aún recuerdo que me pidió que fuéramos a dormir una noche bajo la pirámide de Rijswijk. Le chiflaban los fantasmas, fantasmas antiguos, y quería que yo hiciera una pequeña escultura de ello. Dice que, como criado suyo, me correspondía el derecho a vivir eso; él se sentaría por la noche en la veranda para enviarme sus pensamientos por medio de la luz de la luna para que yo lo supiera todo al respecto..., para que yo lo supiera todo al respecto, así lo repitió tres veces, porque yo tenía que saberlo todo al respecto. De lo contrario no tenía sentido y no tendría yo suficiente capacidad para hacer mi trabajo para él. Fui, pero me caí en una acequia, salí como pude y me quedé tendido. Cuando desperté, él mientras tanto había mandado hacer sus maletas y se había largado. Ya lo encontraría. Era imperturbable nuestro contacto,

pero me fui por un camino muy diferente, y en esos años no lo volví a ver.

Así que vete a verlo y dile que estoy en casa. Aquí está mi tarjeta de visita. Ya lo ve..., añadiré una recomendación (—dije).

Busco en mi bolsillo y encuentro un trozo de papel. Anoto en él unos garabatos con lápiz y se lo entrego a Hans, que parece estar ciego. Me doy cuenta de que ya ni me ve... Ya no está, está en alguna parte y no está en ninguna parte. Digo:

—Si estás allí y no lo encuentras en casa, te vuelves lo antes posible, porque entonces tendré otro mensaje para ti. Y hazte con unos revólveres, por si te arrimas demasiado a la jungla. Ojo con esos negros, sobre todo con esos camelleros. ¿Viste esa princesita? ¡Podría contarte una historia sobre ella! Se llama “Santasia”, ¡eh!, es hija de Fleuris y Rosita, ya sabes, el soberano de Tenhovika... Su mujer padece heladas ciegas... eso ya lo sabe Franciscanus. La vi por primera vez cuando empezaba mi viaje de luna de miel y cuando tuve que aceptar que a mi mujer la había mordido un alacrán. ¡Menudo espectáculo fue eso! Santasia tenía una mezcla de colorantes. Quería ayudarme para salvar a mi mujer, pero dijo:

“Solo si me das un beso”.

“Te lo daré, no lo dudes”, dije... Y entonces llegó mi beso. Nos estuvimos besando tanto que mientras tanto mi mujer falleció. La enterramos juntos y la pusimos debajo de los rastrillos... ¿No conoce usted esas criptas? Yo también iré allí más adelante. Sí que te cuesta un ojo de la cara, pero a fin de cuentas es mejor estar debajo de los rastrillos que en una tumba normal, donde meten a todo el mundo y que no te da ninguna alegría al corazón, riñones ni alma. Astanisia ya sabe desde hace mucho que allí se está bien. Y yo me lo creo, porque me parece sincera; nunca ha engañado a nadie.

Pero dejémonos de tonterías ahora. Cuando llegues a donde está Franzl, ya sabes, en los alrededores de “Schönbrunn”, tomas un coche de caballos abierto..., no me digas que no sabes un poco de vienés, ¿verdad?, que te suban a bordo y pides —pago yo— un gulasch vienés, y algo para la sed. Yo siempre decía en alemán... para chuparse los dedos. Adolf también lo conoce y siempre me lo prepara, porque también le gustaba al emperador Leopoldo. A mí, por mi parte, me parecía bien... ¿entiendes?, ¿entiende?, Herman ya me conoce desde hace mucho.

Pero ahora ya está bien de tonterías... Haría lo que fuera por saber si Asta vive todavía. Y ahora haz lo que quieras. Si hay alguna cosa más, ya me lo dirás. Eso sí, pregúntale a Madame Surié si puedo ir a llevarle el pastel esta noche. Dile que he descubierto un nuevo método para que suban los pastelitos Napoleón, que son muy sabrosos. No cuesta nada de nada, en el fondo. Mejor lárgate y encárgate de no encontrarte nunca con Hansi. ¿De qué conozco a ese ogro? Vaya, también había un tal Pedro... Pedro... y el gallo cantó.

No tres veces, veinte veces por lo menos. Y entonces lo engancharon a una cuerda, ¿verdad? No, no se fue ahorcado, otra vez se va a la cárcel por dos años. Pero eso es cosa suya. Dile a Hansi que no quiero volver a verla nunca. He sufrido tantísimo que me dolía mi espalda jorobada. Ay, y ese pobre Sam. Sam, el pequeño Sam, Tiésam, Sasha. ¿Lo oyes? ¿De dónde viene esa voz? Háááááls... y eso es abreviado... Has... Hasyhaleng... ¡Ya está! Realmente, pensaba que a él no lo comprendía. Pero aún recuerdo que bebíamos buenos vinitos, que hablábamos de pasteles de Güeldres y ensalada inshalá. Allí se juntaban muchos eruditos, la mayoría de ellos exploradores, como yo. Hans también estaba allí..., lástima, porque lo mordió un gato salvaje y tuvimos que dejarlo en las colonias orientales. ¿O fue en África? Uno de cada dos años vive allí, poseía un hermoso castillo. Durante la caza, pudimos... pudimos enterrarlo. Él mismo no se lo creía, pero cuando vio que estaba bien muerto no le quedó otra que tragarse su muerte. Nos provocó una tremenda risa, y sin embargo, si no hubiera estado Hansi podríamos haberlo enterrado. Ahora no era más que una sombra, y las sombras no se descomponen.

Ahora ya vete, me voy a dormir. Bye, bye... Ya nos veremos. Acuérdate de las cartas (—dije).

Hans ahora lo sabe sin duda: estoy loco de remate. Sé lo que siente, pero no es capaz de avisar a Erica, Karel ni Anna. Siento curiosidad por lo que va a hacer. Se marcha... se detiene otra vez junto a la puerta, mira un momento y agita la cabeza. Se ha quedado destrozado. Igual que su ayudante. Yo estoy aquí sentado, meditándolo todo. Cómo es posible, es increíble cómo me hice el loco, y me sale como si nada. Basta decir cualquier cosa, confundiendo las palabras, y el ser humano normal y erudito de este mundo se lo cree. Pero eso a muchos les cuesta dinero a espuestas. Hay unos cuantos que están aquí por su dinero. No debería ser posible, pero eso lo sé del propio Hans: se estrellaron por su dinero. Hans investiga a sus enfermos, no desea pacientes que sean masacrados por su familia por el dinero. ¿Y sin embargo? ¡Mira ese señorito! Está más sano que nadie. Me entero de que su familia lo ha sometido a tutela. Fenomenal, de aquí ya no saldrás nunca más, porque sí que actúas un poco raro. Ya va dando botes... hace como yo hace un rato, pero en su caso es una enfermedad. Y esa enfermedad dio el salto hasta su cabeza, él era igual que Hans y Hansi en París. Dios mío, la de majaderías que salieron de mi boca. Hans piensa que he perdido la razón debido a sus investigaciones. Me lo advirtió. Ahora estoy loco. ¿Qué hará?

No hace nada. No se atreve a presentarse con el caso. Esperará todavía un poco. Se está haciendo el loco, y ¡el loco soy yo!

Estamos sentados en la mesa. Las enfermeras también están, entre ellas hay niñas hermosas. Los caballeros las devoran. Unos cuantos se agarran el campanario y desean proceder a la consagración. Ya me lo imaginaba, igual

que con René: los mayores son como los pequeños. Líos sexuales, encima con esos viejitos. Pero las enfermeras los enfrían. Veo que saben arreglárselas con los hombres. He vuelto a recuperar un poco la calma y el viejo Piet ya está a mi lado. Dice no menos de cien veces:

—Ahora ya no me morderás, ¿entendido?.

Yo digo:

—¡No, Piet!

Y Piet siente que voy en serio. Engullimos ruidosamente la comida, empezamos a pelearnos porque uno tiene más que el otro, pero el enfermero nos da un tirón de orejas. Somos niños pequeños del parvulario y nos divertimos. Pero ay, si ese loco vuelve a resurgir.

Después de comer toca descansar. Damos una vuelta. Los sigo a todos y cada uno. El poeta está que no deja de escribir. Me acerco a él y pregunto:

—¿Estaría usted dispuesto a regalarme un poco de papel, solo un poco? Señoría, ¿cómo van las flores?

Me dejo ir, pero me asusto cuando me percató de que siempre doy en el blanco y que siento sus pensamientos. Y acto seguido hay un poema:

“Van revoloteando por encima de las aguas de mi corazón. Amando como dos alas. Estaban tan a gusto... como si yo tampoco estuviera. ‘Oh, Greetje, Gretchen... weisst du dass ich komme’ (¿sabes que iré?). ‘Hast du nicht gesehen wie ich bin?’ (¿No viste cómo soy?). Basta con que mires. El hombre tiene que saberlo”.

Y el hombre arroja su ropa al suelo, en cuestión de segundos está en cueros delante de mí. Las enfermeras llaman al enfermero. Creen que va a haber bronca. Y de nuevo, Hans no tarda ni diez minutos en venir a verme.

La mirada de Hans es... triste. Mira durante mucho tiempo y está perdido. Estoy alterando el orden aquí. Los estoy volviendo locos. Soy un caso problemático, estoy despertando... un buen candidato para estar aislado. Eso lo tengo que evitar. Hans mira y le pregunto:

—¿Cree usted, doctor, que estamos locos? ¿Y que no somos capaces de llevarnos bien? Sé, sí, sé por qué es usted médico, lo veo por su bata blanca. Yo también fui médico, pero yo llevaba batas negras. El negro no es un color tan sucio. Me voy a sentar allí, doctor, tan a gusto, quiero pensar. Quiero ver a mis colegas. A este hombre le parecía que tenía que darse un baño, doctor. Pensaba que era verano. Todavía le dije: no lo hagas, ¡es invierno! Y cuando sintió el viento cortante lo tenía enfrente de mí. Pero ¿como es posible eso, doctor? No me diga que eso es posible. No me conoce, pero yo lo conozco a él. ¿Es Johann Strauss? ¿Lo oyes? Increíble, cómo toca ese tipo. ¿Lo oyes? ¿Viste esa máscara? Antes me parecía que todo era inspiración, pero ¡es esto! ¡Cómo sabe tocar ese hombre! ¿Lo oyes, doctor? ¿Lo oyes, mi estimado medicucho?

Qué hermoso, ¿verdad? Qué hermoso, ¿verdad? Qué hermoso, ¿verdad? Pero usted no lo cree. ¡Me voy a descansar! Hasta luego, doctor (—digo).

Hans está hecho un lío, ya solo me queda un uno por ciento de juicio en todo mi ser. Me sigue. Vuelvo a tenerlo enfrente de mí. De nuevo me mira y reflexiona sobre mí. Lo miro directamente a los ojos, pero los atravieso. Veo detrás de él y miro la lejanía. Allí veo al pequeño René. Hans me sigue. No le queda más remedio que aceptar que he dejado de ser el que era, porque ya no estoy allí. En estos momentos soy como mi palomita. Estoy volando. Como una flecha voy volando hasta el pequeño René. Lo estoy viendo. Él también va caminando entre los locos de su clase, pero eso Hans no lo ve. Hablo un momento con René y le digo que ya volveré más tarde. Al pequeño René aún lo oigo decir:

—Qué cerca de mí estás, tío Frederik.

Digo:

—Que así sea...

Soy consciente de que no pronuncio su nombre, Hans no tiene que oír el nombre de René. ¡Adiós, mi niño, adiós, cariño! Me quedo mirando y él también, veo muchas cosas, él no ve ni oye nada. Es como si Hans estuviera sordomudo. Su ayudante le pide que lo acompañe. Hans se sobresalta. De nuevo es incapaz de irse, pero se lo llevan a rastras. Tengo que estar bajo observación. Ahora ya no me puedo dejar ir porque si no me trasladan a otra sala. Me he salido con la mía, de verdad que tendré cuidado. ¡Adiós, Hans!

La sala está tranquila. Las enfermeras han recogido todo, los niños están jugando. El viejo Piet tiene algo que contar. Quiere que participemos todos. Tenemos que agarrarnos de las manos y jugar en un círculo. Dar vueltas y cantar canciones, pero estoy muerto de cansancio. Participan unos ocho de la sala. Los miro. Nadie se atreve a sentarse en mi silla aquí en el rincón, del miedo que tienen a que los muerda. De pronto he logrado infundirles miedo y me tienen un sagrado respeto. El doctor Franciscanus, el hombre de mi sueño, me pregunta si no quiero un polvito para dormir. Le digo que por favor. Manosea un poco en su bolsillo, jugando se pone una sustancia invisible en la mano, la tapa con un papelito, gira la mano izquierda y pone el polvo en la derecha. Dobla todo con fuerza y dice:

—Primero cuatro gotas de agua, luego hay que aspirar y echar un poco de aire por la nariz, igual que hacen los caballos, y entonces al momento al sobre. Mañana me pasaré un momento si me prometes que no me morderás.

Contesto:

—No, doctor, no lo haré.

Me extiende su gran mano. Somos amigos. El poeta quiere saber por qué tenemos tanta confianza. Va a dedicarle a esto un pequeño poema. Empieza a lamentarse, pero el médico no consigue entenderle. Ahora el poeta le está

silbando al oído. El doctor pone una mueca, se troncha de la risa. El poeta larguirucho —con una nariz larguísima— también se ríe. Creo que no fue capaz de hacerlo durante meses. Cómo se ríe ese hombre a carcajada limpia. Hay que ver cómo son estos niños adultos. Y ¿esto son locos? Uno está sentado en el regazo del otro. Primero el doctor en el del poeta, después tiene que bajarse para dejar que se siente el poeta. El viejo Piet está un rato quieto y mira. El corrillo que él formó está quieto y también mira. Cuando alzo la mano y solo contraigo un poco los dedos para convertirlos en una pequeña garra, el viejo Piet sale corriendo de un lado para otro como un poseso, sin atreverse a mirar. Digo en voz alta:

—¡A sentarse! — Y ya están sentados.

Les ordeno:

—¡A correr!

Y corren.

Digo:

—¡Al suelo!

Y están echados en el suelo; pero en ese momento entra el enfermero y ve lo que está ocurriendo. Digo:

—¡A levantarse! ¡Saludar! Allí está nuestro general.

Con resolución y a conciencia llevan la mano derecha a la sien.

—¡Descanso!

Dejan caer los brazos y relajan las rodillas.

—¡En marcha!

Se van..., se ponen en marcha, descansan, descansan, descansan. Piensan en todo. En todo lo que es bueno. Pensar en tu hijo, en tu juventud, en tu vida, en todo lo que le importa a tu alma. Pensar en cosas ricas que ni siquiera te apetece. El enfermero ya se ha vuelto a ir. Pero me apresuro hacia mi rinconcito. El hombre erudito acaba de visitar mi sitio, pero cuando ve que me acerco se va escopetado. Me saluda cortésmente y dice:

—¿Qué te parece mi traje? ¿No estoy guapo? Soy Napoleón Bonaparte. El profesor Van Scherm. He hecho bailar al mundo. Soy un erudito. ¿Me permite que me presente? ¿Cuál es su nombre, colega?

Cuando estoy a punto de piar para quitarme al tipo de encima me encuentro por enésima vez hoy con Hans delante de mí. El erudito se va con desgan. No me muevo de mi sitio ni miro. Cruzo la pierna izquierda por encima de la derecha, apoyo la barbilla en la mano derecha y pienso. Hans no está. Se queda mirando un momento y se va. Oigo:

—A estar pendientes de todo y mientras tanto que me sigan avisando.

No se lo voy a complicar demasiado. Vuelve hacia las nueve. Sigo en mi rincón, y pienso en todo mientras ordeno mis averiguaciones. Ya conozco los nombres, sé por qué están aquí. También sé por qué sucumbieron. Son

personalidades débiles. Unas pocas veces es el deseo —mejor lo llamo tristeza física— pero los demás tienen un cuerpo débil, un cerebro débil, un sistema nervioso débil. Tenemos hasta un teólogo, me parece el más débil de todos. Lo único que hace el tipo es pensar, pero a veces susurra a los hombres al oído y les dice entonces que Dios puede venir en cualquier momento para juzgarlo. Adelantó a Jehová y se atascó por el camino. Es un pobre diablo. Le echo unos cuarenta años; la fe se le ha incrustado en las orejas y los ojos, en la boca y nariz, porque pone caras que harían empalidecer a un orangután. A veces profiere ruidos ásperos, tienen un aire bíblico. Habla de las “Escrituras”, sobre el Gólgota y mil cosas más; de eso me acuerdo ahora, porque Hans me dijo hace mucho tiempo que le había llegado uno —debía de ser, pues, este teólogo— que había sucumbido bajo la santidad. Hans creía entonces todavía que pronto se iría, pero veo que no.

Allí está, Franciscanus, sentado, contando los certificados de vacunación antivariólica, que hoy pasó a máquina y a mano. Se ve, los cráneos se cansan, las cabezas empiezan a colgar, pero han nacido destellos en esos ojos humanos. Se quedan mirando a las enfermeras boquiabiertos. Yo no mandaré aquí a mis hijas por nada en el mundo. A esas mujeres —por lo menos mil veces al día— las pesan, las catalogan de demasiado ligeras o demasiado pesadas, las visten y desvisten, otra vez vamos a probar la tapita y a agitar ruidosamente la cazuelita, y después a mirar si no ha cambiado nada. Qué desnudas están esas niñas, todas son cortejadas. Los hombres me parecen unos desgraciados de primera. Mejor ser mujer entonces. Pero cuando ves la admiración que despiertan esos palacios te entra compasión con estas vidas irrigadas por sangre, donde la simpleza infantil, junto a las ínfulas de harén de una bella sudafricana, juega a que no hay nubes en el horizonte, haciendo como quien oye llover. La enfermera De Zwager ya sabe qué hacer con esto. Conmigo ya habló. Tengo que cuidarme de no tener pensamientos extraños. Me preguntó:

—¿Qué, Zeultjes? ¿Todo bien? ¿No estás cansado?

¿Yo, enfermerita? Para nada, yo no, estoy más fresco que una lechuga.

—Santo cielo, cómo bailas.

—¿Verdad que sí, enfermera?

Me mira y piensa: ‘Una buena respuesta, pero la de un niño’. Continúa y me pregunta:

—¿No te vienes a la mesa? Enseguida nos vamos a la cama.

—Estupendo, enfermera, pero yo quiero quedarme a dormir aquí.

Piensa exactamente lo que siento yo. No nos hemos separado ni un segundo, ella me pasó rozando, y yo a ella le di en el blanco de su razón, o bien porque estoy aquí. Solo se sonríe y a mí me parece bien. Pero quiere hablar. Empiezo a comprender que detrás de esto está Hans. Aguardo y me

pregunta:

—¿Dónde vivías, Zeultjes? Creo que te llamas Gerhard, ¿verdad? ¿No es así?

—A mí me llaman Corderito, enfermera. Mi madre, que en paz descansa, me llamaba Corderito y papá, el pequeño Gerrit Mariposa, porque siempre revoloteaba por el espacio. Les he causado mucha pena, enfermera.

—Seguro que sí. Pero ¿dónde vivías?

—Veamos. Hoy vivimos en el día no sé cuantos —y encima de él— del mes no sé cuantos del año 1900 y tantos. Ah, sí, estamos jugando. La escena del teatro es esta habitación, esta sala. Los hombres están sobre las tablas. Hacen el tonto, juegan al tú la llevas. El viejo Piet está cansado, ya no puede más y el médico está allí para emitir sus certificados de vacunación antivariólica, mañana nos la ponen a todos. Acaban de traer flores, pero no eran para mí. El doctor Hans también estaba, entraba una y otra vez, y pensaba que había locos.

Me mira asombrada y dice:

—¿Sabes, Gerhard... que estás jugando?

—No me llamo Gerhard, sino Gerrit, enfermerita. El pequeño Gerrit, así es como me llaman. Y aún tengo otro nombre, enfermerita, pero ese ya no lo puedo pronunciar. ¿Lo viste, enfermera? ¿Oyes cómo aplaude la gente en la sala? Yo ya lo sabía, esta pieza está bien armada. Pregúntame lo que quieras. Ya te responderé y entonces mantendremos la tensión. ¿Viste esas máscaras? ¿Viste cómo disfrutaban todas esas personas? Jamás han visto una obra tan intensa. Tampoco se habían imaginado nunca que yo algún día terminaría en un manicomio. Pues, sí, las cosas que tiene que hacer uno.

—¡Yo lo vi, Frederik...!

—Ya me lo figuraba, enfermera. Creo que ese Frederik también está loco. Una vez me encontré con él. Pero ese no tiene nada que ver con esta obra. Ese era un timador. Siempre se sentía feliz cuando veía sufrir a los demás. Sí que me conoce, enfermera, pero yo ya no lo quiero ver. Siempre me peleaba con él. Mire, entonces decidí que era mejor irme de caza. Soy un cazador de primera. Sí, aunque lo diga yo mismo, soy un buen cazador, enfermerita. Pero ¿que dónde compré lana? No lo sé. ¿Que dónde vivía? No lo sé. Vivía en todas partes, enfermerita. Allí donde viviera gente, vivía yo. En el fondo estaba lo más cerca posible de casa. Por decirlo de alguna manera: nunca me iba.

—Y ¿sabes dónde vivías?

—¿Que dónde vivía, enfermera? Sí, todavía lo sé, pero de eso ya hace mucho.

—¿Quieres dar un paseo conmigo, Gerrit?

—¿Me lo concede, enfermera?

—Claro que sí, ven, vamos afuera. El tiempo es bueno. Pero, cuidado, que

no se enteren los demás. Estoy susurrando, ¿lo oyes? (—pregunta).

Soy como un niño. Me cuelgo de su brazo y la acompaña al exterior. Lo he sentido bien, Hans está detrás de esto. Habla, me agarra bien. Vamos paseando a la luz de la luna. Le digo:

—¿La viste, enfermera? ¿Viste esa cariñosa luna? Y ahora dicen que es donde nacimos los seres humanos. No lo creo. ¿Usted? ¿Puedo darle un beso? Así, ¿sobre su pequeña luna? Es por la luna, enfermerita. Me quitaré un momento la barba. ¿Me permite?

Me ofrece su mejilla. Digo:

—Ya te gustaría, ¿verdad, enfermera? No estoy aquí para besar. Estoy aquí para descubrir si Dios ha escondido Su sabiduría en los manicomios. Estoy aquí porque las serpientes y los osos hablan a mi vida. ¿Los oyes, enfermera? ¿Nos sentamos donde la pérgola? ¿Te apetece? ¿Sí? ¿Te vienes conmigo? ¿Sabes, enfermera, que soy tremendamente rico? Que reviento del dinero que tengo. Que tengo un palacio y caballos propios. Pero no estoy casado. Usted desde luego que tiene buen aspecto. Pero, en realidad, ¿por qué está aquí?

—Tengo que ayudar a la gente. Tengo que cuidarte. ¿Es que no lo ves?

—Lo veo, enfermera. Aun así, me gustaría darle un beso. Pero ahora uno sobre sus labios. Y cerraré los ojos. Así, por ejemplo.

La beso. Le he dado un beso. Estoy bajo la influencia de todos esos locos allí que desean poder dar a las enfermeras un solo beso. Yo estoy enchufado. Vuelvo a besarla, y otra vez, y le parece bien, qué duda cabe. Cuando miro a la luna, está tendida en mis brazos. Casi sucumbe. Creo que soy capaz de “hipnotizar”. Dios mío, ¿dónde aprendí esas artes? Está como muerta en mis brazos y tiene los ojos cerrados a cal y canto. ¿Enfermerita? ¿Enfermerita? Anda, despierta. ¡Despierta! Sigue durmiendo. La pongo en el suelo. Estoy sentado a su lado y la miro a los ojos. Ahora que la luna ilumina este rostro parece una reina. Qué morrito tan bello tiene. Vuelvo a estamparle un beso en los labios, y esos mismos labios reaccionan, pero este cuerpo está petrificado. Se me hace muy loco y no me gustan estas cosas. ¿Qué tengo que hacer? Se me ocurre soplarle por la nariz. Pero no lo hago. Ya me parece de lo más agradable estar hablando con mi propia aventura, viendo la luna, fue ella quien empezó con esto. Pero esto puede ponerse peligroso, me buscarán. Así que soplo. Psssssst..., así suena. Abre los ojos al instante y me mira. Se levanta de golpe y huye. Dejo que se marche. Vuelvo por mis propios medios a la sala. Se fue hacia donde está Hans. Allí presentará su informe. Estoy esperando a Hans.

Vuelvo a pensar. No soy consciente de ninguna culpa, pero lo que irradia no es tan fantástico. Hago que la gente se duerma. Y es algo que va por sí solo. Pues que no hubiera hablado de la luna. ¿Cómo es posible, Frederik? ¿A que no te esperabas eso? Creo que ahora puedo ayudar a René, se me están

despertando dones.

Allí ya está Hans. Me mira. Y yo a él. Soy el de siempre, de verdad que no estoy loco. Pero él no lo ve. Quiere volver a perforarme, pero se tropieza. Se cae y yo me quedo de pie. Yo estoy sentado y él está tirado en el suelo. Lo ayudo a incorporarse. Pero lo hago sin levantarme. Entonces me susurra al oído.

—¿Estás allí, Frederik?

No lo oigo. Digo:

—Exacto, capitán, allí fue. Y entonces hubo víctimas.

Hans vuelve a intentarlo.

—¿Estás allí, Frederik?

—Así es, mi teniente coronel, entonces se hundió el tejado.

Hans se queda mirando un momento y se va. Se da la orden de dormir. Vamos hacia el dormitorio colectivo. En unos minutos estoy en el sobre. Estoy muerto de cansancio. Ya duermo cuando vienen a verme. También la enfermera está allí. Creo que me está mirando, de pie. Pero yo estoy dormido. Ya no me despierto, duermo hasta por la mañana. Aun así veo a la enfermera, veo que viene a verme varias veces y que me observa. A los demás apenas hace caso. Pero sí hay unos cuantos que piden un beso de buenas noches. Llamen a sus mamás, quieren que los tapen. Pero eso ya lo harán otros, las manos de mujer tiene cosas mejores que hacer. Duermo hasta por la mañana.

Cuando me despierto hay mucho ruido en la sala. Todavía me estiro un poco, primero tengo que saber dónde estoy. Pensaba que Anna estaba junto a mi cama y que me traía té. Entonces me di cuenta de que estaba ingresado en un manicomio y que llevaba allí tras las rejas desde hacía cuatro años y medio. ¿Dónde se quedó el tiempo? Un año dura una eternidad. Ahora estoy bien despierto. Es sagrada seriedad, estoy loco.

Nos aseamos, comemos y bebemos, estamos sentados y damos vueltas. No hacemos otra cosa. Pregunto si puedo salir. Dicen que sí. La enfermera me acompaña, pero veo que es otra. Pido que me den papel y lápiz. La enfermera me da su estilográfica y recibo un sobre y papel. Es un papel hermoso, puedo anotar algo en él. Estamos sentados en el jardín. Comienzo y escribo:

“Pues sí, ¿en qué piensa un hombre que se fue de casa hacia un mundo extraño? Aquí estoy solo y hay montones de personas a mi alrededor. La enfermera del hotel donde me encuentro —he elegido un sanatorio— está a mi lado y reflexiona. Hace unos momentos me preguntó si soy escritor. Dije: “Sí”. Es una niña simpática. El viaje fue bastante duro, porque en el tren había muchos locos que iban con su médico a Suiza para buscar curarse. Esa pandilla se subió en Bélgica a mi vagón... ¿Qué te parece? No muy agradable, ¿verdad? Pero dado que me intereso bastante por los locos llegué a comprender muchas máscaras. Entre ellas algunas hermosas. Ahora estoy disfrutando en la naturaleza. Allí ante mí está “Neu Karelshof”. Es un

hotel de tamaño colosal, donde pasan su tiempo muchos extranjeros, para recuperar un poco el aliento. Hay enfermos a bordo. El hombre se destroza en esta sociedad. Vayas donde vayas ves desgracias. No soy capaz de procesar todo ese dolor. Tampoco me adentro en él. Estoy resuelto a recuperar aquí un poco las fuerzas. Y es posible gracias a que esta gente lo hace todo por ti. De todas formas, pienso seguir, en unos días quiero ir a Italia. Entonces no oírás nada de mí por un tiempo, haré un tramo a pie. Debe de ser un paseo precioso, así, cruzando las montañas; iré acompañado de un guía. Les (os) digo honestamente que primero quiero descansar. Realmente, estoy cansado. Pero ya les (os) mandaré noticias.

¿Qué tal están (estáis) todos? ¡Echo de menos mi té! Y Anna, Erica y Karel: los (os) echo de menos. He sabido que René sigue igual, pero que hay buenas esperanzas de que vaya a haber cambios. Hans me llamó por teléfono. Estaba yo tan contento, no se lo pueden (os lo podéis) imaginar. Le dije que haré todo lo posible por volver fuerte y sano.

Bueno, queridos míos. Los (os) volveré a ver pronto, Frederik...”

Cierro la carta. Sentía que era difícil escribir una carta. No había imaginado que estuviera tan lejos de casa. Pero estoy preparado. Le pide que eche la carta al buzón. Lleva una dirección suiza...: doctor Schuman, Lugano. Estoy en Obersfehler... en el sanatorio, donde me va bien. La enfermera me mira. Sabe lo que quiero y yo sé lo que ella piensa. Esta carta irá a Hans. La leerá y además me da igual. Si regresara él ahora me volveré loco otra vez. Pero estoy cansado. Ni un segundo más tarde estoy durmiendo, estirado en el asiento del parque. Todavía oí que un enfermero se llevaba mi carta. No pasan ni tres minutos y ya tengo a Hans frente a mí. Duermo, pero me despierta. Abro los ojos y digo:

—Pero ¿es que no puedes estar velando conmigo diez minutos? Déjame dormir, ¡por Dios!

Quiero dormirme otra vez, pero ellos quieren que siga despierto. Hans me arrastra a una parte de la veranda y me coloca sobre un tipo de carretilla. Eso al menos es lo que yo pienso, pero resulta ser una tumbona. Ya estoy dormido. Estoy extenuado. No creo que me quede mucho tiempo en este centro de recuperación. Demasiado alboroto para mí. Y ¿cuánto tiempo llevo ya aquí? Al menos tres años. Tengo que hacer lo que sea por irme a otro sitio, o por volver a casa. No puedo seguir viajando y errando eternamente. Estoy tan cansado, tan cansado.

Cuando ya es casi de noche me despierto de un sobresalto. Me acuerdo de que me fui de paseo esta mañana para escribir una carta. Estoy agotado. Pero si pienso un poco más me vuelven las fuerzas y me siento tan lozano como un muchacho de veinte años. Doy un brinco. Allí está la enfermera. Me pregunta:

—¿Qué? ¿Descansado? ¿Ya no tan agotado?

No sé qué responder, por lo que me entra otro tipo de cansancio. Pero este también vuelve a desaparecer. Sin embargo, no estoy muy seguro de si hacerme el loco o de si tengo que darle una respuesta cuerda. Decido volver y no decir nada. Cuando llego a la sala los hombres están en la mesa, cenando. Tengo escaso apetito, pero algo como. Cuando miro hacia mi rincón veo que mi silla sigue en su sitio. Estuve mucho tiempo fuera de aquí. Y es que me han pasado tantas cosas. Lo sé todo, pero me pesa tanto la cabeza —como plomo— que no puedo ver las cosas con más liviandad. Pero también eso va cambiando. Ya no pasará mucho tiempo antes de recuperarme. Como y bebo como cuatro. Me dan pan, pastel, café, té y un vaso de leche de postre. Puedo tomarme lo que quiera. ¡Qué buenos son conmigo!

Vuelvo a estar en mi rincón, pensando. Pienso en todo, vuelvo a hacer comparaciones y sigo a los enfermos.

Conozco sus diagnósticos, sus desgracias. Y sé que puedo reconducirme a la sociedad, ellos son incapaces de eso. Les faltan las fuerzas para ello. Hace unos instantes estuve en esa situación, según siento ahora. Esta mañana me agarraron, y bien. Te oprime, te noquea, estás muerto de cansancio, y ellos están frescos como lechugas. Estaba bajo esos efectos, pero me los he quitado de encima. Aguantaré un poco más aquí. Ellos se encuentran en otro mundo, no en el nuestro, sino en uno donde ni la vida, el juicio, el pensamiento, el sentimiento o la personalidad han despertado aún, ni nada en el alma y el espíritu, que se han perdido por la vida material. ¡No hay más! Y ahora accedemos a la paternidad y la maternidad. Al amor. ¿Cuál es el sentimiento para vivir el impulso y la tarea de la creación que les provoca el deseo por su madre? Los llaman maníacos sexuales, pero ¿no son niños? ¿Tan terrible es eso? ¿Somos diferentes los conscientes? ¿No es eso lo esencial para lo que vivimos y por medio de lo cual despertamos? ¿Podemos vivir la vida al margen del pensamiento de crear? No están preparados para aceptar una vida normal. Para eso está el matrimonio. Pero ¿qué hacer si uno no está preparado para uno mismo? Yo los comprendo. Los seguiré a estos niños, aprenderé por medio de ellos, viviré muchas cosas, estoy en la sagrada verdad, me rodea por completo. Que Hans me cuente lo que quiera.

El día transcurre mientras pienso y charlo algo con los locos. Hans viene a mirar, pero su sintonización conmigo es diferente. Se desprende de ello y aguarda. Estoy aquí y me quedo en mi rincón.

El pastor protestante se estrelló por sus estudios y su fe. El hombre se disolvió en sus estudios. La inclinación a hacerse el Apóstol le pasó una mala jugada. Los gramitos de sentimientos que poseía a tal fin se consumieron y el hombre se encontró ante un vacío. En ese instante tuvo que demostrar de lo que era capaz. Pero la vida le resultó demasiado profunda. Desapareció en

esa profundidad, se disolvió en ella. ¿Una cabeza demasiado débil para esta virulencia? ¿Sin sentimientos para valerse por sí mismo? Estoy seguro de que el cerebro no significa nada. Es la vida, es el sentimiento. Este estado es igual para el poeta, como para el médico. El intelecto no tiene importancia. El viejo Piet es igual. A todos les falta el sentimiento para procesar la vida social. De este tipo de gente hay millones sobre la tierra, todos los pueblos tienen esta mentalidad.

Ahora hablan los rasgos humanos. Quien sea colérico tendrá una existencia difícil por esa cólera. Esas personas pueden caer presas de ataques si hay demonios, espíritus, viviendo entre la vida y la tierra. Pero eso todavía no lo sé. El viejo Piet me asustó. Lo sigo y empiezo a comprender por qué sentía dolores. El viejo Piet tiene sentimientos, si no nada habría pasado. Unos seres humanos están abiertos a eso, otros están cerrados a ello y son inalcanzables. No sabía que yo poseía esas fuerzas. Aun así, por medio de una suave conversación y de mis manos puedo tranquilizar a una persona. Una vez me dejé convencer de que poseía fuerzas magnéticas. Uno pensaría que así es, pero lo que hizo el viejo Piet fue su propia culpa. Para mí eso no fue otra cosa que autosugestión. Como el viejo Piet es medio consciente y realmente piensa que soy un animal, esto impactó como miedo en su vida y hubo fenómenos materiales. Esos rasguños también desaparecieron ellos solos. Hans no sabía lo que era, pero ya lo averiguará. Esas cosas las seguí en la Indonesia colonial, allí es un simple juego para la gente. Es lo que mantiene a los faquires y magos, viven en soledad y apartados, y se dejan ver de cuando en cuando para hacer cosas raras. Allí esto apenas te cuesta nada y hasta te bailan, si quieres, igual de raro que hice yo. Y eso lo llaman, pues, inspiración. A mayor sensatez con que contemples estas cosas, mayor nitidez para ver que padecen una debilidad de personalidad y que no tienen ni idea de todo lo creado por Dios.

O el joven aquí con todos sus idiomas. Sucumbió porque quería poseer demasiadas cosas buenas. Si ese hombre hubiera actuado con cautela, no habría pasado nada. Debería haber trabajado la tierra. Ahora esa alma y todo ese sistema corporal están hechos un lío. Y si encima se añade un poco de imaginación —hoy se siente Napoleón, mañana un ilustre profesor—, a esta alma se le cruzan los cables de tal forma que ya no sabe lo que dice y se convierte todo lo que pueda en estas personalidades. Eso también lo sabe hacer un actor de teatro, solo que estos han perdido un poco más de sentimiento. Este también se disolvió, desapareció detrás de una máscara y se convirtió en esta, por olvidarse de él mismo. ¿Pobres almas? Mejor sería decir: pobres perros.

Sí conseguí lo que me propuse: Hans cree que he perdido el juicio. Ayer seguramente que debí de ponerme como un energúmeno, y francamente, aún me siento cansado. Pero no importa para nada, ya llegaré. Hace que me custodien por separado, en el fondo ya no estoy solo. Unas veces es el enfer-

mero, otras veces, la enfermera, que ya no quiere saber nada de besitos tontos, porque ha comprobado que ocurrió al margen de su voluntad. Es amable, pero finalmente, no soy más que un loco. Solo me faltaba por vivir que uno se volviera bien loco y se pusiera muy salvaje, ya me gustaría vivir eso alguna vez. En el fondo, ese estudio también ya lo conozco, porque entonces se rebelan contra ellos mismos y se comportan como salvajes. Entonces los ponen debajo de las sábanas de fuerza; un delicioso baño frío hace milagros, después del cual regresan por sí solos a su gente. Hans me ha explicado todos esos diferentes grados de la locura. Por decirlo de alguna forma, entre estos no hay verdaderos salvajes. O lo tendría que ser yo. No creo que la enfermera piense que soy precisamente un salvaje. Más bien creo que piensa: “¡Tan malo tampoco es ese viejo loco!”. Qué lástima, ¿verdad?, que un ser humano ¡se pueda olvidar de esa manera! Sí, podría haberse metido en muchos líos, ayer hasta podrías haber perdido la vida. Creo que Hans le soltó ayer un buen gruñido. Ya me enteraré de eso más tarde. En cualquier caso, estaré pendiente de que no me den un tratamiento demasiado rudo, quiero estar y seguir aquí hasta que me haya enterado de todo. Lo que haga entonces aún no lo sé.

El poeta hace poesía, el teólogo habla de Cristo y la Biblia, el viejo Piet habla de su prima que tanto lo amaba y con la que se habría casado encantado; son momentos en que todos emergen un instante del agua para recuperar el aliento vital. Pero entonces vuelven a hundirse y son irreconocibles para la vida social. El dinero y las propiedades, todo tiene que ver con ello. Los idiomas y la erudición, el amor y la felicidad, la ropa y la pobreza, y quién sabe cuántas cosas más: todo eso hizo que las vidas se estrellaran. Nunca pensé que fuera tan sencillo. Hans, según sé, es incapaz de ayudar a estos enfermos. No tiene la capacidad porque todas estas enfermedades surgieron por la vida interior. Para esto todavía no se han creado hierbas. Lo que hacen son chapuzas. Hans puede encargarse de que los sistemas físicos recuperen fuerza, puede intentar de todo, pero de todas formas no es la materia la que obliga a la vida a pensar con más agudeza, porque no puede hacerlo. Lo que intenta Hans son apaños de lo más comunes. Su impotencia no es del cincuenta por ciento, sino del cien por cien. Hay que hacer caminos completamente nuevos. Desconozco con qué fin se le hace profesor. No comprendo por qué se lleva el título de doctor a pesar de ser un mindundi. Desconozco por qué esa gente monta tanto alboroto. Sí que comprendo que esta universidad aún tiene que nacer. No hay medicina alguna que posea conciencia, por poca que sea. Esta gente aquí, todos estos locos, tienen más conciencia que sus enfermeros. Hans no la atraviesa con la mirada. Buscan, pero están frente a un profundo pozo en el que Hans no desciende, porque sabe que ya no volvería a salir de allí. ¿Y cómo quiere ensartar allí, en esas tinieblas, el hilo por el ojo de la aguja para colocar un trapo encima de ese agujero? No es capaz de hacerlo.

Es después de la comida cuando de repente está frente a mí. Creo que he estado pensando en voz alta y entonces volvieron a avisarlo. Continúo sin hacer caso alguno, pero veo que Hans se sienta a mi lado, porque cree poder hacer algo por mí.

Le hablo a él, a los médicos, pero lo hago a través del espacio. Seguramente que no comprenderá nada de ello, pero me dirijo a él y a su docta especie.

“A estas almas hay que darles la vuelta”, oye él. También a mí, pero yo mismo estoy allí. Si continúo, veo que viven más en las almas, más en el espíritu que todos aquellos que piensan estar encima. ¡Son genios! Por cierto: ya lo son desde hace tanto tiempo. Comenzó cuando los primeros seres humanos de todos se desprendieron de las leyes materiales, físicas. Yo también estuve allí presente, pero no me creen. Ahora es un jolgorio de padre y muy señor mío. Ese de allí, el hombre con todos sus idiomas, ese tenía que haber sido un poco más cauto. Si ese chico no se hubiera dado esos aires extraños, entonces no estaría aquí. Tendría que haber ido a las mujeres, tendría que haber aprendido todo de ellas, entonces no habría cabido la posibilidad de que en la calle dijera sin más esas cosas raras. Entonces lo recogieron y se lo llevaron a Gibraltar. Ahora está disparando. Dispara con sus idiomas pero nunca da en el blanco. Pero ¡el viejo Piet lo podría haber ayudado!

Ya me gustaría ver a las mujeres. Santo cielo, ¿cómo se pagarán sus cuentas? Si se me concediera verlas una vez, estar con ellas un solo día, creo con seguridad que yo volvería a salir en un santiamén de este lío sobrenatural. ¿Le gustaría al doctor? Y, veamos, ¿por qué no envió una breve solicitud? Así podré comenzar con mis propias clases. ¿Dónde está el médico? Ojalá estuviera el médico, entonces sin duda se lo preguntaría. Mejor me preparo, me pondré otro traje, porque los médicos miran la ropa que llevas. Si comienzas a descuidarla te vas al garete. Pero ¿dónde está el médico? El hombre estaría aquí a las siete. ¿Piet? ¿Piet? ¿Dónde está el doctor?

El viejo Piet me dice desde la distancia que no lo sabe. Pero —qué gusto— Hans pica el anzuelo. Yo sigo como si nada, porque de pronto me ha entrado el deseo de poder estar un poco entre las mujeres, quizá aprenda allí aún más que aquí entre todos estos tipos alelados. Pero Hans no pica, no me lanza mordiscos. De todas formas, sigo.

Oh, ¡ojalá se me concediera morar en esa inmaculada claridad! Me acuerdo de cuando salía a pescar con mi amigo el doctor Van Hoogtensteintenhovebroekman antes de que fuéramos a dar clase. Cada pez que sacábamos del palacio del rey hablaba de la locura engreída y de la no engreída. Más tarde dije que el profesor Wolffhans veía mejor que nosotros —que éramos los que sabíamos del asunto— cuáles eran las consecuencias de una fractura craneal. Cuando más tarde —años más tarde— accedimos ambos a la distinguida cátedra notó en mí que yo lo había hecho mal, y yo noté en él que era él quien

lo hacía mal. Entonces decidimos que lo mejor era un poco de juerga. Pero, en el fondo, volvimos a serenarnos entre las mujeres. Y ¿ahora? Creo que de esta manera construiré la torre. En fin, hace falta permiso.

Pero ¿dónde se habrá metido el médico?

—¿No sabes dónde está el doctor, doctor?

Hans se queda pasmado. Mira con atención, pero no a través de mí. Cree que estoy lejos, pero estoy aquí, ni a un metro de él. Hay que ver la de cosas raras que uno se puede imaginar. El viejo Piet viene a decirme que el médico ha salido a cabalgar. Santo cielo, ojalá que el hombre me hubiera llevado con él, quiero ir a ver a mi prima. ¿No podría haberme advertido ahora, oso, serpiente, tigre, león? El viejo Piet me saluda ahora. ¿Podemos salir hoy, oso? Le digo que tiene permiso para salir. Le daré el correspondiente pase. Primero tiene que dejarse examinar por Franciscanus. Este lo oye y ya está listo para ofrecerse. Realmente, somos una pandilla de bromistas, pero eso Hans no lo sabe. Yo sigo un poco más, porque quiero ir a donde las mujeres.

Si estuviera allí, creo que me despertarían recuerdos de un rico y puro pasado consciente. Vaya, pero qué bien sé hablar. A ver, hazlo otra vez. Creo..., creo..., a ver, un momento... Upi... Pero, ay, Upi... espera un poco. Este es mi tercer nombre. Así me llamaba la tía Tresia. A Von Trudeheim..., ya sabe usted, a esa señorita de las pecas, siempre le provocaba risa cuando me llamaba Upi. Pero continúo.

Quiero ir adonde las mujeres para hablar con las del tío Hans. Ese tío Hans fue un antepasado mío. Fue él quien me dejó ese oro y plata, que me permitió hacer tantas locuras, por lo que viví en miles de ciudades a la vez. No me caen bien esas mujeres. Solo necesito ver las mujeres que precisamente por su intelecto se han olvidado de sus antepasados. ¡Quiero conocer a la nobleza! ¡Precisamente esa nobleza! Quiero repartir los caramelitos y golosinas, quiero tomar el té. El viejo Piet se encargará de las galletas chinas. El doctor Franciscanus, de que todo termine bien y de las recetas soplapulgas... que entretanto crecen y florecen, pero de las que el doctor no tiene ni idea.

¿Saldré de aquí? Piet, ¿saldré? Me hace un saludo con el brazo, más seguro que nadie de que podrá venir.

Hans mira y sigue mirando. Creo que he ganado la partida, él piensa en mi dirección. Aquí todos los locos son capaces de hacer eso. ¿Pensamos hacia la gente? Para nada, pensamos precisamente alejándonos de ella, pero al hacerlo entramos a mayor profundidad en sus vidas. Y entonces oyes esa voz que te dice: “Vamos ¿por qué no le das a esa criatura ese deseo? Porque a fin de cuentas le sienta muy bien”. Tengo tantas esperanzas de que seré yo a quien le sienta bien, y ¡lo sé!

Hans todavía no pica, tengo que ponerle otro cebo a mi caña de pescar. Continúo.

¿Veré a Erica allí? ¿No fue ella la hija de mi madre? Ella me ayudará en eso. Pero, ay si se produce una traición. Es que me la conozco. La conozco demasiado bien. Oh, la conozco tanto. La conozco —a ver, a ver— por lo menos desde hace cuatro semanas. Y eso ya es bastante tiempo. Sí, entonces me dejé solo y así es como me quedé: solo, con todo, con ocho pobres nenes. ¿Erica? ¿Quién más estaba allí? Ah, me acuerdo del nombre... ¿Hansa? No, sonaba diferente. Siempre me aferro a los sonidos. Hanna... exacto... Era Hanna. Y ahora oigo Enré... el nombre de mi Dios. Enré, haz algo por este hombre, por este pobre diablo. ¿Lo harás? ¡Mándame al harén del doctor Van Hans-esteintenhovebroekman! Lo quiero. Si no te pongo bajo mi carga eléctrica, porque soy un cargador. Soy electrizante. Quiero ir a las mujeres. Quiero ir a Erica y a Hanna y a mi Enré... Neré... ¡No, así no era! René suena mejor. Pero sí que era otro sonido. Enré es mejor. Veo a ese Enré delante de mí. Ya me encontraba allí antes. Puedes hacerte enterrar allí y puedes conseguir que te hagan vivir de nuevo, todo por el mismo importe. Pero de eso no tiene ni idea Hanstenhovebroekman, ese fue despachado con buenas palabras. No es que fuera despachado, es que se cayó de bruces y el viejo Piet lo ayudó a levantarse. ¿Crees que Piet obtuvo una recompensa? Olvídalo. Piet, ¿te dieron una recompensa? Qué va, me engañaron esos diablos. Me tendrían que haber dado cuatro florines y cuarenta céntimos. Pensé —dice Piet, y al instante lo convierte en una gran historia— que me daban ese dinerillo para más tarde, para la vejez, pero se lo han bebido. Con mi dinero. Me parece gentuza, qué quieres que te diga. Pero ya les pasaré la factura. Ojalá que primero llegue Aftalia. Oh, es tan hermosa, ¿verdad? ¡Menuda tipeja!

Tengo que ver a Erica y hablar con ella, está allí entre las mujeres del doctor Van Broekmantenhovevansteinwolff. Y así es. Cuando la veo le pregunto si ha visto a mi Dios. Exacto... Enré... el Dios de la vida y el viento. El Dios mío y de usted, el Dios que esquiló fragmentos voluptuosos como si pensara que era un cordero recién nacido. No, estoy equivocado, los corderos recién nacidos ni siquiera se esquilan. La oveja que yo quiero decir ya tenía veinticuatro años y era casadera. Y ¿yo? ¡Le puse de nombre Erica...! Pero ¡qué qué contenta estaba la niña! Estoy tartamudeando ya solo porque quiero ver las mujeres. Ojalá estuviera el médico.

Miro a Hans directamente a la cara y le pregunto:

—¿Sabes tú, engendro, dónde está el médico? ¿Puedes llevarme a su corte para que vea yo la nobleza de su séquito? Adelante, joven, te sigo. Llévame a su harén. Vamos, ¡precédeme! ¡Levántate, muchacho!

Bajo a Hans a rastras de su silla. El viejo Piet tiene que venir, él también quiere ver la corte. Todos están rogando para que los dejemos venir. Se han dado la mano y hacen cola, igual que cuando el viejo Piet jugaba ayer con los hombres infantiles. Quieren seguirme. Al doctor no lo conocen, pero al doc-

tor sí lo conocen, es un enfermero que da inyecciones y que reparte órdenes. Estamos listos, pero tengo que irme, solo. Y me tiene que acompañar el médico. Hans va a poner las cartas boca arriba. Desde hace cinco minutos sé que voy a ir a las mujeres. Quiero conocer todo lo que se mueva allí, a lo loco. Quiero ver, quiero mirar lo que esas hacen durante todo el día. Quiero ver su harén y vivirlo. Hans me suelta de los demás y vamos al exterior.

Una vez fuera, camina con la cabeza gacha hacia la sala donde están las mujeres, donde viven. ‘Spas machen’ (A divertirse). Me voy con él. A bote pronto me pregunta:

—¿Vas a seguir mucho tiempo con esta comedia, Frederik? ¿Quieres hacerme creer por más tiempo que estás loco! De todas formas, te voy a dar esta oportunidad, pero si no paras, te voy a dar una paliza tan tremenda como jamás te dieron en tu vida. Ya te enseñaré como sí tiene que ser, Frederik. ¿Lo oyes? ¿Me ves? ¿Lo sabes ahora? (—pregunta).

Lo entiendo todo. Lo sé pero no digo nada, voy arrastrando los pies a su lado. No reacciono ante nada. Por cierto, es capaz de verlo, yo no estoy. Hans lo intentó, pero yo no caigo en la trampa. No, Hans, demasiado barato, sé hacerme el loco y serlo si así lo quiero, y entonces no me reconocerás. Pero sigo teniendo la fuerza para volver a salirme, lo que los demás no saben hacer. Haz lo que quieras, quiero vivir, solo y por mis propias fuerzas, cómo es aquí donde estás tú. Insúltame, por qué no, ponme en la hoguera, claro que sí, experimentaré todo, ¡así de seguro estoy de mí mismo! ¿No lo sabías, Hans? ¡Son los nervios! “Yo no voy seguir jugando al fantasma, que lo sepas...” sale de mi boca en respuesta a su amenaza.

Está delante de mí y me mira a los ojos. Me arrastra hacia donde está él, se mete como puede en mi alma, pero no me encuentra. Eso toma un poco de tiempo. Después va bajando la cabeza y dice en un holandés bien inteligible: “Una completa locura, y es mi culpa. ¡Entonces mejor a las hembras!”.

Y por hoy estoy entre las mujeres de Hans. Cuento catorce, pero hay más, según sé, viven allá. Estas me bastan.

A ver, mira esas damas. Entre ellas hay algunas que ya quisieran hacerme jirones. Qué odio deben de cargar esas almas. Anda, mira esos ojos. Ojalá esto no termine mal. Tomo una silla y vuelvo a sentarme en un rincón. Cuando se me acerca una y me espía, acercándose demasiado a mi vida, doy un ladrido como hacía entre los hombres, con lo que los dejé perplejos. Ahora veo unos ojos desorbitados delante de mí, la máscara aterradora de una mujer de unos cuarenta años. Veo que es guapetona. Vuelve a mirar... mientras tanto hago un maullido. Se me echa encima y quiere arañarme. Me caigo de la silla, me arrastro por el suelo y hago como si fuera un oso pardo. Voy rodando por el suelo, pero en dirección a mi sillita. Y entonces vuelvo a subirme a ella, para aguardar su reacción. Allí está, con los brazos en jarras... mirándome

fijamente. Pasa un rato... pero siento que son momentos de vencer o morir. No sé dónde esconderme. De repente se me ocurre. Imitando animales no consigo nada aquí. Ya sé cómo las tengo que superar.

Empiezo a llorar. Padezco de infantilidad. Perdí a mi mamá. Me fui a la escuela y me perdí. Me mira y veo que la máscara se va relajando. Dice:

—No eres tú, ¿verdad? No eres tú, ¿verdad?

—No, que no, no soy yo... yo no, qué va..., no soy yo.

¿Qué hace? Me acaricia las mejillas.

—No, no eres tú. Te habría matado... Alégrate de que no seas tú. ¿No conoces a Suéter amarillo?

—Yo sí, ¡eh, madrecita! Que yo sí. No veas lo a gusto que estoy con Suéter amarillo.

Vuelve a mirarme. Me mira a los ojos y dice:

—¿Ya te besé esta mañana, Wimpje?

—No, Suéter amarillo... enseguida tengo que ir a la escuela, pero estoy perdido. Ay, si me viera la abuela.

—No tengas miedo, todavía me tienes a mí. Ven, ven.

Me abraza. Entra una enfermera. La enfermera ve lo que está pasando. Suéter amarillo dice:

—Es el hijo de mi abuela, Wimpje, está perdido. Pero todavía me tienes a mí. Ven, madre, ven, mira este Wimpje.

Me estruja hasta dejarme sin aire. La enfermera dice:

—Lo llevaré a la escuela.

Pero el enfermero que entra dice que tengo que quedarme aquí esperando. Órdenes de Hans. Pero allí ya viene. Y me mira. ¿Qué se le está pasando por la cabeza? Soy Frederik, Hans. Soy tu amigo. ¿Creías que soy Frederik? A la mujer la escamotean. Ahora miro abiertamente, sin cortapisas. La enfermera se queda, los demás se van. La enfermera se queda en la sala. Miro a mi alrededor y puedo procesarlo todo. Voy de madre en madre. Pero ¡son unos marimachos! Aquellas que están llenas de odio han perdido su posesión, su amor. Lo que veo es lo mismo que donde los hombres, solo que estos cuerpos son distintos. Lo que sentí allí aquí ha dado lugar al deseo de dar algo, de recibir algo, lo que una y otra vez me vuelve a llevar al pequeño castillo humano. Veo al de los delirios religiosos, a la turista bíblica... está escalando ese gran edificio y ya no logra alejarse de él, porque se olvidó de los peldaños. ¡Es una escalera de mano que ya no está! Pide auxilio a gritos pero nadie puede ayudarla. Las conozco a todas de antes, cuando estuve aquí un rato por gusto. Entre ellas hay una niña de sesenta años que perdió a su marido porque se largó con otra. A esa de allí, esa muchacha canosa de cincuenta años, no le falta un tornillo sino varios, porque unió la bondad a la pasión, lo que al final hizo que ella misma se estrellara. ¡Lo que la riqueza no es capaz

de hacer! Quiere hacer el bien... quiere amar todo en la tierra. Del brazo le cuelga una cestita en que están escondidas todas sus bondades. Las reparte día y noche. La han sometido a tutela, de aquí ya no saldrá nunca. Apuesto que, si me dieran tiempo, devolvería a la sociedad varias almas de las de aquí y allá, porque vivo dentro y debajo de sus corazones, y allí es donde quiero vivir, porque lo que quiero es dejarlas vivir.

Todo no es más que una cuestión de pérdida. Uno ha perdido dinero, el otro, el amor. Hijo o madre, esposo o lo que sea, el amor por la gente es como la peste negra en Oriente. No pueden procesar ese amor, los arruina. Solo porque son demasiado débiles para esta vida material. Entre la gente veo quienes son homosexuales y que revolotean como tortolitas alrededor de los aspirantes. Sacan con precisión el color puro. Lo saben con tanta seguridad como que dos y dos son cuatro. Y unos no son menos que otros. Los que quieren poseer amor, igual que lo quieren el viejo Piet y los demás, me miran como gatos salvajes de la jungla. No me atrevo a soportar esos ojos. De antemano sé que las cosas saldrán mal. Basta con que mires detrás de esas máscaras y ya lo sabes. Aquí ser gordo o delgado ya carece de importancia. Pero creo que prendo esta vida. A esas máscaras les entra fuego. Veo un gran deseo en esos ojos. Hay siete máscaras que no me quitan ojo, pero tengo miedo a esas garras. Ojalá que esto salga bien. Vigilo la puerta, por si acaso quiero huir... Eso ya lo he hablado conmigo mismo. Mira esa de allí, está sentada a unos siete metros de donde estoy yo. Rondará los cincuenta años, tiene buena figura, el rostro algo hinchado, la dentadura bien aún, una nariz como la de Homero. Pero sus rasgos son temerosos. Oigo que es la mujer del capitán. Las mujeres se tratan de otra forma que los hombres. Aquí creo que no juegan, eso los chicos lo hacen más que las chicas. Las sigo, voy de una a otra, pero solo me encuentro con deseo y con la impotencia de pensar de forma normal.

Han pasado algunas horas. A Hans no lo he visto todavía y la enfermera no se ha ausentado ni un segundo de la sala. Después regresa el enfermero. Ambos desaparecen. ¿Órdenes de Hans? ¿Me da esa posibilidad? No lo sé. No me atrevo a un mover un pie. Tengo miedo de que se me echen encima cuando menos me lo espere para hacerme cosquillas, algo que nunca soporté. Aquí tengo que cuidarme más que entre esos horribles hombres locos. Las siento verdaderamente locas y peligrosas. Las mujeres son más serias que los hombres... no se puede negar la sangre de la jungla. ¡Son gatopardos! Por eso aquí no consigo nada con magia pragmática o negra. No lo ven, me ignoran por completo. Solo echan miradas algo demasiado salvajes a mi castillito, nada más.

También hay una tal Sonia. Sabe bailar. ¡Y cómo! Con su baile ha llegado hasta Hans, ahora forma parte de su harén. No doy nada por esta pareja. Son preocupaciones. Y ¡es miseria! ¡Hay que ver ese Hans! Nunca querré tener

semejante harén. No quiero hacerme psiquiatra, son grandes desgraciados.

Sonia va patinando igual que yo ayer. Le ha pillado el truco. Se me acerca demasiado, y demasiadas veces. Empiezo a creer que me está cortejando. Ya lo sé. Le echo unos treinta y cinco años, a juzgar por las pequeñas arrugas en sus ojos; creo que a estas almas les puedes determinar la edad como a los caballos, mejor que mirándolas y contemplando el castillo en su conjunto. Veo morros equinos, debido a que este castillo arruinado está carcomido.

Sonia continúa, va rodeando las mesas; hace piruetas divertidas. Va columpiándose y se sube las faldas con arte. No podría haberlo hecho mejor que ella. Mientras tanto determino las necesidades y preocupaciones de todas las mujeres. También para esto tengo mis diagnósticos en el bolsillo y más tarde los colocaré en mi álbum. El cuaderno de bitácora está quedando precioso, ahora no estamos en la jungla, pero estamos rodeados de salvajes. Al menos yo, porque los demás ya no se atrevían a adentrarse en el bosque. Ojalá que esas máscaras no me asen vivo, no es algo que me guste.

Después de que Sonia haya mostrado sus artes durante unas horas, jugando, está cansada, extenuada de sus saltitos y pasitos, de sus contoneos; se me acerca y pregunta:

—¿Qué, barón? ¿Cómo fue? ¿Voy a tener mi besito?

Ya me lo imaginaba. Al final siempre es la misma historia. Tengo que jugar. Digo:

—Bueno, princesa, fue muy hermoso. ¿Sabes hacer algo más? Soy todo atención.

Sonia se me echa encima volando como un pato furioso y va batiendo las alitas en medio de mi cara. De un empujón me la quito de encima y pregunto si quiere bailar. Al final lo consigo. Vuelve a jugar al dominó, coloca todas las piezas, va arrastrándose por encima. Con las faldas para arriba y para abajo, dando pasitos cortos, como aprendió, las piernas para arriba y la espalda hacia atrás, hace lo que se le ocurre. Pero eso no va bien. La miro a los ojos. Se está poniendo más salvaje. Azuza a los demás. Las mujeres van vigorizándose, es animación. ¿Dónde terminará por encallar este barco? Sonia baila, quiere imitar a Carmen, escupe y grita, las demás participan. Hay tres que no hacen caso alguno, estas se retiran y les parece que clama al cielo. Son los buscadores de Dios. No pueden participar, cuelgan de su alta pared y no son capaces de marcharse. Pero las demás —viejas o grises, da igual— entran en éxtasis y acaban de cumplir los treinta años. ¿De dónde sacan esas personas mayores la vida? ¡Estoy disfrutando! En el fondo soy incapaz de entenderlo. ¡Las entiendo y no las entiendo! Ya lo sé: los seres humanos nunca consumimos todas nuestras fuerzas. A estas de aquí les sobra. La elevan desde su subconsciente. No se sabe de dónde vienen, pero veo que es posible. Están abiertas a ellas... sintonizan con ellas... y eso va por sí solo.

Sonia chilla, da una impresión siniestra, y juega un juego conmigo y con ella misma. Está estresada, se abalanza hacia la mujeres y las arrastra con ella. Ahora aquí es igual que donde nosotros. Sonia por delante, las otras siguiéndola. Me empieza a doler el pecho. Siento los latidos de mi corazón hasta en la garganta. Esto no va terminar bien. Sospecho que llevo unas horas aquí, he perdido la noción del tiempo. Es entonces cuando llega el clímax. Pega un chillido, se abalanza con las demás hacia mí, quiere aplastarme a besos. Doy un salto y ya estoy casi fuera de peligro. Me oigo gritar. Cuando voy volando hacia la puerta se me adelantan por un pelo. Las mujeres me asaltan. Yo estoy abajo y ellas encima de mí, se están dando patadas. Siento que me quieren hacer jirones, no hay donde agarrarse. Arrojan su amor... son piedras. Cuando siento que van dándose cuenta de que no me pueden desvestir entre todas mientras unas estén encima de otras —porque eso es lo que quieren— se van soltando. Lo hacen de cuatro en cuatro... Apoyándose en el abrazo de Sonia... ya no tengo nada que decir, me han vencido. Creo que no habría quedado nada de mí si no hubiera llegado la salvación. Me liberan el enfermero y una enfermera. Espantan a las mujeres. Sonia eso no lo acepta, se ha puesto como una salvaje. Llegan otras enfermeras y Hans también. No lo miro, me lleva el enfermero. Volvemos directamente al viejo Piet. El hombre no me hace pregunta alguna, hace lo que se le encarga y no tengo nada que decir. Pero no he visto a Erica ni a Anna, mi estudio allí fue triste.

Vuelvo a sentarme con el viejo Piet, que me hace preguntas. Quiere saber si he visto a su prima. Le digo que no estaba, pero que no tardará en venir. Esto está bien. Piet domina el arte, sin darse cuenta, de hacer que una persona no se calle. Cuando tenemos a Hans delante de nosotros Piet está en animada charla. Hacemos como si no estuviera el médico. Le digo a Piet:

—Pues, no iba a decirle a ella que has perdido todo tu dinero, ¿no? Piet ¿podría haberla dicho —a ver, dime tú cómo— que te han robado?

—No, eso no, es imposible. Pero ¿qué dijo?

—Que vendría. He hecho lo posible para decirlo. Qué perros tan hermosos tiene. Hay que ver lo bonitos que son, Piet.

—Sí, pero no me fío de ellos, muerden. A mí me sacaron de quicio.

—Piet, ella dice que nunca deberías haberlo hecho. ¿Has visto esas manitas de cerdo en la mesa? Qué bien cocina verdad, ¿verdad?

—Que si sabe, es una buena muchacha. Oh, ¡es tan buena! Apuesto que la conseguiré. El domingo iré al sastre. Estará bien conmigo. Bueno, veamos, nos casaremos en cuatro semanas... y tú serás el padrino de la boda.

—Oh, encantado, Piet, encantado, ya me encargaré... yo no te voy a dar ningún problema... no, de verdad que no, Piet. Yo no piso los faldones del traje de la novia. Me encargaré.

Hans nos oye y nos ve, pero no alcanza a comprenderlo. Que un ser huma-

no se vaya metiendo de una miseria en otra y siga siendo él mismo en toda esa miseria, eso es imposible. ¡Frederik está loco, sin duda! No es capaz —capto de él— de representar semejante comedia. Eso solo los locos son capaces de hacerlo. Y ¡Hans ya salió volando! Se ha ido y se queda fuera todo el día. Ojalá que eso tampoco termine mal. Creo que no cumplirá su palabra y, santo cielo, ¿qué tendré que hacer entonces?

Yo estoy callado en mi rinconcito, reflexionando. Pregunto a la enfermera si puedo hablar con el médico. Lo hago lo más conscientemente posible, para que piense que estoy bien. Pero no reacciona. Le digo:

—Pero ¿es que no ve usted que a mí no me pasa nada?

—Eso, Zeul, aquí lo dicen todos.

—O sea, ¿aquí nadie está loco?

—No, aquí nadie está loco, tú tampoco.

—Ah, pues entonces hoy mismo me voy a casa.

—Ya te gustaría, ¿verdad?, pero eso no es posible, Zeultje. Ya no estás bien de allí arriba.

—¿Cómo?

—¿No lo sabes, Zeultje?

—¿Qué dices, enfermera? ¿Que sí que estoy loco entonces?

—Zeul no está loco, sino que le falta un tornillo. El médico no está.

Hablo lo que puedo, pero no me sirve. Estoy metido hasta el fondo, estoy perdido. Ahora piensan que estoy loco. ¿Dónde está Hans? El médico no está. Creo que Hans se fue a Karel y Erica. Dios mío, ¿ahora qué? ¡Ojalá pueda volver a salir de aquí! Estoy pensando, pero ahora ya no sé por dónde empezar. Comemos, bebemos, estoy y no estoy. Hans ya no viene. Lo pregunto al enfermero, pero ese se hace el loco. Ya no obtengo respuestas a mis preguntas y me tratan como si estuviera completamente loco. Empiezo a arrepentirme de mi investigación.

Estoy sentado en mi rincón, meditando. No he visto a René. Después vamos a dormir. Hans sigue sin aparecer. Estoy echado, pensando, inmóvil. No viene la enfermera, sí un enfermero. Pero ese me deja totalmente frío... Solo sé que tengo que aceptar que o bien Hans se ha olvidado de mí, o bien que ha ido a ver a Karel y Erica para contarles la triste noticia. Frederik no se fue de viaje: Frederik se ha vuelto loco. Es como si los estuviera viendo. Dios mío, ¿qué va a ser de mí? Y ¿sin embargo? Estoy tranquilo. Empiezo a verlo de otra forma, voy a cambiarme de ropa otra vez.

Sueño que camino al aire libre. En mí vive el sentimiento de que fácilmente tengo miles de años más. Estoy en la naturaleza, sentado en el sitio de siempre. Tengo a René conmigo y el niño está jugando. Estoy sentado allí y no está. Le pregunto por determinadas cosas, pero no me contesta. De pronto me dice, sin embargo:

—Que sí te oía, tío Frederik.

—Vaya, ¿me oías, René? Entonces ¿por qué no me respondías?

—Ya llevo tanto tiempo aquí, pero tú no estás. ¿Por qué te alejaste tanto tiempo de mí?

—¿Tanto tiempo fue, René? Claro, es cierto, muchacho querido. Pero ¿es que no recibiste mis cartas, pues?

—Escribiste una sola vez, tío Frederik, y encima en francés, que no sé leer.

—¿No escribí más que una vez?

—Sí, tío Frederik, es que estabas de viaje, ¿no?

—Eso fue una sola vez. Y entonces fui a visitarte.

—Ahora caminamos por el barrio nuestro, tío Frederik. ¿Volverás a verme pronto? ¿No estarás demasiado tiempo de viaje? ¿Vendrás pronto? O volvemos a casa. Mamá está esperando. Ven... volvamos a casa, es mejor para mí.

René me toma de la mano. Caminamos lentamente a casa. Vamos arriba y abajo, pero no vemos a nadie. Entonces los oímos hablar atrás, en el jardín. Oigo que Karel le dice a Erica:

—¿No es terrible?

‘Qué es terrible’, pensé. También René está mirando y escuchando.

—Ay, es terrible. Dios mío, ¿qué hemos hecho?

Karel y Erica entran a la casa, a Anna no la veo. Erica está llorando. Se derrumba. Karel la lleva arriba. Allí está echada. Ahora también veo a Anna. Ella también está acostada. Veo a través de una densa emanación. Detrás de esta yace Anna.

René dice:

—Porque llevas tanto tiempo fuera de casa. Anda, ven rápido, entonces todo se arreglará.

Volvemos a salir un momento. René se despide de mí y dice que ya sabe encontrar el camino él solo, que me cuide, que voy a volver a mí mismo. Sé encontrarme en la clínica de Hans. ¡Me despierto! Por la luz que va en aumento creo que son las cinco. Empiezo a pensar, tengo que pensar, Hans lo ha traicionado todo, cree que estoy loco. Estuve jugando con fuego. Antes de Navidad estaré en casa. Volveré a casa antes de lo que todos se esperaban. He sido vencido. ¿Vencido? ¿Por qué cosa? Soy el mismo, he vivido problemas asombrosos. ¿Qué más quieres? Pero tengo que intentar pensar tranquilamente. Tengo todo el tiempo. Creo que Karel y Hans se están acercando a mí. ¡No estaba soñando, sino que estaba allí! Allí vivía. Pero ¿es René quien me salvó! Él me apoyaba. Él me envió de vuelta a casa. Tomaré una decisión.

Erica y Anna se han quedado destrozadas. Karel también. A Hans le leen la cartilla. Ay, Hans, ¿cómo es posible que eso te pareciera bien? Tengo que volver a casa. Ya basta de estar viajando, llevo meses de camino. No sabes en

cuántos sitios estuve.

¿Lo ves? Ya me lo imaginaba. Me dan galletas con el café. Son de especias, dos galletas con forma de pequeños médicos. Hans y también Karel. Hola, Karel.

Me mira los ojos, quiere ver en ellos cómo me va. Pasa un poco de tiempo, me someto a su búsqueda y sondeo, sé lo que quiere. Mientras tanto he decidido por mí mismo cómo actuar. Tengo que irme de aquí o ya no saldré nunca. Yo no he tomado el pelo a toda esta gente, me he portado como tenía que ser. O ¿había otro camino? Todavía no lo sé, pero tengo que salir. Karel dice:

—¿Me reconoces, Frederik?

Ahora lo miro. Nuestros ojos se encuentran, apenas pestañeo, Karel no menos de setenta veces y aguarda tensamente. Podría haberle dicho cualquier majadería, pero hay límites. Tengo que salir de este ambiente, ¡tengo que salir de aquí! Le digo a Karel:

—¿Vienes a buscarme?

Vuelve a preguntar:

—¿Es que me reconoces entonces, Frederik?

—Y ¿por qué no te iba a reconocer? Tú eres Karel Wolff. ¿Qué tal todo en casa? ¿Cómo están René, Erica y Anna?

Karel se me lanza encima, me besa. Hans me agarra, simplemente me alejan a rastras de mi amado entorno. Piet me quiere echar una mano. El médico dice a gritos:

—Dejen libre a mi paciente, canallas, ya causaron bastantes víctimas. ¡Fuera de aquí..., apestosos! ¡Fuera!

El pastor protestante habla de “Cristo que conoce a Sus hijos”, el erudito hace una traducción al italiano, francés, alemán e inglés, y llega justo tarde para añadir otras al español y ruso, porque salgo volando por la puerta. Y allí están: mis amigos. Están delante de la puerta y quieren ayudarme. Hay una rebelión... Se va una persona querida, sienten que uno de ellos corre peligro. Hans y Karel me llevan con ellos. Camino entre los médicos al santuario de Hans. No hablan, no pueden decir ni palabra, no saben de qué tienen que hablar. Poco tiempo después estoy en la oficina de Hans. Karel me mira. Pregunta:

—¿Sabes quién soy, Frederik?

—Claro, Karel.

—¿Entonces también sabes lo que ha pasado?

—Lo sé todo, Karel.

—Entonces te vienes a casa.

—Me parece bien, Karel.

Ahora miro a Hans... Soy capaz de sonreír. Hans todavía no me cree, pero

dice:

—Venga, largo, Karel. Me pasaré esta noche.

Es una delicia volver con Karel a casa. Cuando estamos delante de la puerta Erica y Anna me dan un enorme abrazo.

—Ay, Frederik, ¿qué te pasa? Oh, Frederik, entra.

Ahora voy caminando entre las mujeres. Solo son unos pasos los que tengo que dar, pero su calor me hace planear. Me han puesto en un sillón cómodo. Anna aparece con café. Allí estoy sentado y no sé por dónde empezar. Entra Karel. Mira. Me examina, me toma el pulso.

—Todo está estupendamente —le sale—. Ay, ay, ay, con nuestro Frederik. Los sustos que metes a la gente. Pero ¿de verdad que sabes dónde estás?

Erica me mira como si estuviera viendo un milagro o un fantasma. Ella tampoco sabe qué pensar. Anna me mira como si contemplara a “Nuestro Señor”, me adora. No lo saben, pero he llegado. Desean que diga algo. Todavía no han oído mi voz. Podría volver a hacer locuras, porque lo he aprendido. Pero no llego hasta ese punto; no me está permitido. Tengo que decir algo. Y lo haré; después aguardaré.

—¿Cómo está nuestro hijo, Erica? ¿Anna? ¿Karel?

Los tres se precipitan hacia mí. Están a mis pies, están postrados ante mis pies y lloran como niños pequeños. ¿Cómo me aman estas personas! Dios mío, qué hice. Es terrible. Lloran largo tiempo, tiemblan. No lo soporto. Basta con ver a Karel. Es como un niño pequeño. Nunca antes lo había visto así. Qué chico tan hermoso es ahora. Anna está como rota. Menudo recibimiento que me hacen. Uno por uno les acaricio la cabeza. Junto las cabezas y las beso. Siento cómo se estremecen los cuerpos, cómo laten los corazones, cómo lloran los ojos. Qué gente tan hermosa. No me imaginaba que ya hubiéramos llegado tan lejos unos para otros. Los alzo, los miro uno por uno a los ojos y les pido que ya dejen de comportarse tan raro.

Karel me mira y vuelve a preguntar:

—¿Estás aquí, Frederik?

—Aquí estoy, Karel... Ya llevo tanto tiempo aquí. Ustedes (vosotros) también están (estáis) aquí. Y René siempre estuvo. Podemos dar las gracias a Dios.

Cuando volvemos a estar sentados, y uno tras otro se ha saciado con el milagro de que yo vuelva a estar, dice Erica:

—Frederik, ¿sabes dónde estás? ¿Eres tú realmente? ¿Sabes cómo has estado? ¿Dónde estabas? ¿Todavía conoces a Hans?

—Lo sé todo, Erica. Todo, estoy más fresco que una lechuga. Mejor ponme una copa y un buen puro, Karel, entonces ya habré llegado del todo otro vez.

Ya van volando. Fumo y me tomo un buen trago. Eso me sentará bien después de todas las piruetas que he hecho. Pero aún no me he separado de

mis amigos. Qué muchachos tan buenos. Pero ya volveré allí. Ya verás, me están entrando pensamientos que me vuelven a enviar a Hans; quizá pueda serle útil. Karel dice “Salud”. Brindo con él, las mujeres también toman algo. Entonces Karel pregunta:

—¿De verdad sabes, Frederik, lo que ha pasado?

—Lo sé todo, Karel, todo. Ya hablaremos de ello en cuanto toque.

Aún no he terminado de hablar cuando tengo a Hans delante de mí. Le digo:

—Hola, doctor.

—Frederik, Frederik, ¿realmente estás allí?

—Estoy Hans, y te agradezco mucho tus buenos cuidados. Hombre, qué bien estuve.

—¿Lo dices en serio, Frederik?

—Naturalmente, lo digo en serio, porque a fin de cuentas ¡estoy yo mismo!

Hans se precipita hacia mí. ¡Está llorando! Cómo es posible, ese duro de Hans también llora. Él también se cae de rodillas, él también hunde su orgullosa testa en mi regazo, a la que también beso, lo vive, está en el séptimo cielo. Hans mira, todavía no se lo cree.

Pregunta:

—Frederik, ¿estás del todo?

—Hans, ¿quién es el erudito? ¿Tú o yo?

Todos lloran, nadie puede reprimir las lágrimas. Ahora se dejan ir por completo. No es cualquier cosa. Entonces me parece que ha llegado el momento de decir algo. Todavía no sé por dónde empezar. Pero digo:

—Pero, hijos. No me queda otra opción que pensar que he regresado de un largo viaje. Y sin embargo, Erica, no me encontré con osos, serpientes ni escorpiones. Oh, qué bien me iba. Qué bien estuve durante mi viaje. De verdad que no vi ninguna jungla. Navegué por pequeños mares blancos, me familiaricé un poco con la cultura de las colonias holandesas, visité harenes, Hans, traté a eruditos y gente cultivada, trabajé la tierra con los campesinos, bailé para los príncipes y las princesas mis bailes de júbilo, me arrodillé ante templos y me me metí como pude en todo tipo de santidades de quienes aprendí una oración. Estuve desbordado de actividad; hablé todos los idiomas del mundo, tejí hermosas vestiduras y bebí un líquido creado por Él, besé el sol y la luna, por el camino recibí un amor que me asustó, para acceder al final de mi viaje al “nirvana” donde me encuentro ahora. ¿Realmente pensabas, Hans, que estoy loco? ¿Que me había perdido a mí mismo un solo segundo? Quería conocerme a mí mismo y a quienes pertenecía. Descendí en todos esos seres y allí acumulé tesoros. ¡Yo era como ellos! Créeme, hablaremos de ello. Es algo de lo que no terminas de hablar nunca, Hans, pero te diré que hay muchos a los que hay que ayudar. Nunca llegarás, así no. He descubi-

erto, Karel, que se puede conseguir mucho con el hipnotismo. Desde luego, Hans, ese don lo he traído a casa. Ese regalo lo conseguí en algún punto de mi recorrido. Me salió gratis, obtuve el regalo a cambio de nada, me lo dio Dios. ¡He despertado!

¡Estoy aquí! ¡Ya llevo tanto tiempo aquí! Nunca me fui. Que me dedicara a hacer una comedia solo se debe a que no era capaz de pensar al margen de su ambiente. Pero, ya lo ves, no están lejos de nosotros. Se encuentran en su propio mundo y son más seguros, más sensibles, más conscientes de lo que pensamos los normales. Pero lo sé, a tus ojos he perdido mucho. Más tarde, cuando esté listo el cuaderno de bitácora, solo entonces lo sabrás, sabrás que se me concedió vivir cielos, que recibí cielos, ¡también al pequeño René!

¡René vuelve! ¿Me salvó? ¿Me envió a casa! ¡De eso es lo que es capaz!

Y ¿los demás? Eso es algo que tendré que pensar primero. Pasado mañana volveré a tus muchachos. A las chicas es imposible ayudarlas, tendría que encerrarme unos meses. Tengo que hablar con ellas, tengo que elevarlas espiritualmente en mi vida, pero eso tampoco lo crees todavía. Sé lo maltrecho que me dejaron, lo sé todo. ¿Qué te pareció mi pequeño baile, Hans? ¿Cómo me salió hacer de Carmen? ¿Qué te parecieron mis artes de patinador sobre hielo? ¿Cómo estuvo el señor Van Tenhovebroekmans? Y ¿Van Steinwolff? Y ¿Hansavanhoogten? ¿Estuviste en Londres con Sir William Scor? ¿Estuviste en la pirámide de Rijswijk, Hans? ¿En Viena, París y Nápoles? Yo también estuve allí. Estuve allí, repasé toda mi vida deprisa y corriendo para ti, pero no lo comprendiste. He vivido milagros, grandes asuntos, aunque me revolcara por el polvo delante de ti, aunque actuara como un loco: estaba completamente cuerdo. Pero quería hacerme el loco a propósito, no dejarme molestar en nada, en nada. Y entonces es cuando surgió ese don mío, fue cuando golpeé a Piet con mi fuego. Ahora puedo traer de vuelta a René —y así lo haré— adonde esa alma debe estar. Ahora podría convertir tu hospital en un circo, si no supiera lo que hace falta para ello. Todavía no he llegado a ese punto, pero haré algo. Quizá nunca lo consiga... porque no es mi tarea. Es que siento que aquello solo lo recibí brevemente, aunque también eso se ha despertado en mí.

¿No te contó tu enfermera que la hipnoticé, así, mientras paseábamos? La recompensaré en grande. La besé, Hans. Y cómo, santo cielo, por primera vez en mi vida me supo bien un beso. Hay que ver cuánto amor descubrí durante mi largo viaje. He vivido tantas cosas, Hans, Karel, Erica, Anna, que parece que estuve fuera de casa durante años. Qué buenos fueron todos esos niños conmigo y ¿qué puedo hacer ahora por ellos? Pensaré sobre ello.

Vuelve a echarme un poco más, Karel, me sienta bien. Vuelvo completamente en mí.

Hans no para de hacerme preguntas. Karel, Erica y Anna, también. Doy

respuestas.

—Pero ¿cómo se te ocurrió, Frederik? —pregunta Erica.

—No tiene ningún misterio, hija mía, quería conocer a todos esos enfermos.

Agita la cabeza y dice:

—Podrías haberte estrellado, Frederik.

—Para nada. Ya sé que pasará un tiempo antes de que sepan (sepáis) y puedan (podáis) creer que estoy perfectamente. Ya lo digo: estoy más fresco que una lechuga. Pero sería muy bueno que Hans mimara un poco más a su gente. Que allí haya todavía personas, Hans, que hayan sido sometidas a tutela por su familia, es muy escandaloso. ¿O no te parece que es así? Has cometido errores tremendos, Hans. Crees a la gente. Miras demasiado a los enfermos y demasiado poco a la sociedad a la que pertenecen. A Sonia, por ejemplo, la quebraron. Allí está esa niña y está más sana que un roble. La familia la mantiene presa. Ella no se da aires, está poseída por el dolor si quieres saber lo que pienso. Y va a otras. Allí hay mujeres, Hans, que están encerradas por sus maridos. Debido a que fueron engañadas por esos demonios, derumbándose del dolor, empezaron a babear. Por ejemplo, la señora Van Soest. La señora Van Lakenstein: más de lo mismo. Los caballeros consumen los ahorros ... y las mujeres están entre rejas. Por ti... ¡Tú eres el culpable! ¿Pensaban (pensabais) que yo estaba loco? ¿Son ustedes (sois vosotros)! ¡Oí la palabra de “Cristo”! Hans... estarás perdido si no abres aquí una nueva investigación. Es culpa propia de los hombres o fueron a parar contigo porque sus débiles personalidades no lo quisieron de otra manera. ¡Acuso a nuestra sociedad! Por si te interesa: lo haré lo antes posible. Quiero liberar a esas mujeres y ¡así lo haré! Vi bastante en esos breves momentos; para lo que tú necesitas años a mí me lo pusieron así, sin más, en las manos, en los ojos y el corazón; me asusté de lo terrible que era. ¿No lo viste? ¿Nunca pudiste calar ese juego con la vida y la muerte? Por mí sientes miedo, a mí me quieres ayudar, pero ¿qué haces por esos encantos? ¿Crees a esos asquerosos canallas? Debido a que el barón de Sonia la declarara demente ¡terminó quebrada! Hans, ¿no viste cuánto amor da cuando tiene la oportunidad de hacerlo? Hablaré con esa niña. La llevaré de vuelta a esta sociedad podrida y a las otras dos también las sacaré. ¡Eres culpable, Hans, he vuelto para ayudarte a ti, para salvarte, que lo sepas!

Hans ha quedado destrozado, pero es la sagrada verdad. Habla con Karel y yo voy arriba para descansar un poco. Erica y Anna me siguen. Pero hablemos, esto tiene que cambiar. Vi la máscara para nuestra justicia. Maldita máscara esta.

—La gente escribe cartas, cartas humanas que te parten el corazón —les digo a Erica y Anna, que están sentadas conmigo—, pero esas cartas jamás

reciben una opinión humana consciente. Voy a investigar esos casos. Voy a ayudar a esas muchachas. Hay quienes llevan sometidas a tutela desde hace ya quince años, y que van de clínica en clínica. Ahora están allí donde nuestro Hans. Y él no lo ve. Se cree todo. Hay quienes tienen los gastos pagados por la familia. Hay quienes hacen encerrar a su mujer o marido para poder vivir ellos mismos una vida podrida hasta la médula. Hay quienes... Pero todavía estoy demasiado cansado para esto... Voy a descansar, chicas..., luego volveré a bajar.

Qué agradecido os (les) estoy. Qué felicidad, Erica y Anna, haber podido conocerlas (conoceros) en esta vida. Todavía no hemos llegado, nos quejamos, tenemos que cuidar de un niño, pero ¿qué pasa con todas esas desgracias? Y tener que ver que allí hay encerrada gente, que mentalmente está sana, por haber sido avasallada por demonios. Dios mío, ¿aún es posible eso en este siglo? Por eso hice una comedia, hijas, y Hans picó. No dejé que se me escapara nada, ni una sola palabra, pero lo descubrí en cuestión de segundos. Cuando hace un tiempo visité con Hans a sus enfermos no lo vi. Para eso hay que descender, descender hasta el interior de esos corazones, tienes que ser parte de sus vidas, de sus dolores, solo así sientes y ves algo. Ya les pasaré la factura. Todos nosotros hemos de querer darnos. ¡Sobre todo Karel y Hans! ¡Me voy a dormir!

Dormí deliciosamente hasta las diez de la mañana siguiente, cuando abrí los ojos. Erica y Anna vinieron a traerme té. Primero me doy rápidamente un baño para quitarme la barba, para refrescarme, solo entonces regreso adonde está la gente. Y otra vez, a hablar. No terminamos nunca. Cuando siento que ya saben bastante comienzo con el cuaderno de bitácora. Dice:

“Lo que he vivido ahora es imponente. Me hecho el loco durante unos días. Era yo y no era yo. Descubrí muchas cosas para las que aún no tengo fundamentos, porque la profundidad me ha apabullado. Pero llegaré. Hay que dejar dicho que los sueños no siempre son ensueños, porque allí está Franciscanus y es un médico. Tiene pájaros en la cabeza, porque es una personalidad débil, igual que los demás, que no saben qué hacer con ellos mismos en esta vida. Creo ahora que ascendí a hipnotizador por las potentes fuerzas de Franciscanus, porque su vida las irradiaba hacia mí. ¡Creo que me convertí en eso por él! Pero tampoco de eso estoy seguro. Naturalmente, hay también algo que es mío.

Piet es alguien al que se le puede curar de golpe. Es un actor nato —todos lo son, por cierto— aunque entre ellos hay algunos que poseen verdaderos fenómenos de demencia, de descomposición interior. A mí se me hace que podemos hacer más por esta gente. No tendré que volver a aparecer demasiado pronto por allí para no desacreditar a Hans. Se hablará y eso no debe ser; lo único que haría él es destruirse por mí. Y eso lo tengo que evitar.

Franciscanus —así lo siento— me ha hecho soñar. Esa influencia ya estaba conmigo antes de que me encontrara con esa vida. Yo a eso lo llamo telepatía espiritual, y ¡no es más que eso! Ahora sé que el alma, como ser humano, es tremendamente profunda.

¡Piet saldrá de allí! Estoy tan seguro de eso como que creo en mí mismo, como que estuve haciendo una comedia. Por los demás no se puede hacer gran cosa, porque esos cerebros están repletos a rebosar de serrín en forma de doctrinas o idiomas, que hicieron que la personalidad se perdiera.

En mí vive una profunda pena. He visto desgracias que no eran necesarias. Ay, esas pobres madres allí. Ese Hans no veía nada, ni estando encima. También se les toma el pelo a los psicólogos. Miran en la dirección equivocada. ¡Todo es diabólico!

Para mí mismo he llegado al punto de poder decir: no quería habérmelo perdido por nada en el mundo. Y siento que ya me he hecho años más viejo. ¿Y ahora esos pobres de allí?

Estoy destrozado de la pena que siento. Casi ya no puedo avanzar, tendré que armarme y fijarme más en René, aunque sé que también este caso durará años todavía. Pero veremos.

Hay que ver los verdugos que viven en nuestra sociedad. Lo que conviene hacer es mirar detrás de esas máscaras. ¿Y esa gentuza te saluda en la calle? ¡Ay, qué terrible!

En la medida en que lo puedo ver, Hans es un enfermero, no hay nada más que hacer para él. Ha ayudado a la gente a poder masacrar al prójimo. Y eso de buena fe, sin que lo supiera. Los fenómenos enfermizos que hay allí se han ido desarrollando por la pena humana. Es como si me hubiera librado del patíbulo. Es increíble; aun así, ya iba en la consabida carreta, pero por el camino mi palomita me vino a liberar de esas garras. Estoy convencido de que Hans, según las leyes de su doctrina, me habría mantenido encerrado. Volví a salir, otros se quedan allí el resto de su vida. Y eso por su dinero. ¿No es terrible eso?

Lo meditaré seriamente. ¡Piet puede salir de allí! Tiene algo de dinero; el pobre chico es más bueno que el pan, pero la gente no lo comprende. Ayudaré esa vida.

Las tonterías que yo iba soltando no eran otra cosa que la vuelta a mi propia vida. Con un poco de teatro demente y un poco de compasión ajena llegué a ver ese otro mundo. He conocido a toda esa gente. También conocí bien al hombre en Londres con todas sus estatuas desnudas. Y además a Madame Surié, ¡con quien prefiero no tener que ver nada! Ya no quiero pensar en ese ser, aunque fue muy cariñosa conmigo. Estábamos realmente en Egipto, sentados al pie de la pirámide y de la esfinge. A mí me mandaron escalar la pirámide, pero salí por patas y dejé atrás a esa pandilla tan rara.

Me consideraban descuidado, pero yo tampoco es que fuera tonto. A base de labia conseguí que todo encajara, y disfruté cuando por eso Hans perdió su erudición. Yo sabía lo que hacía y sobre todo hasta dónde podía ir sin exponerme a que mi cerebro se descalabrara o descompusiera. La presión que sentía en mi cabeza era mi límite, en ese instante sentía hasta dónde puede ir un alma antes de que desfallezcan los tejidos materiales.

Ahora vuelvo a estar en mi habitación para pensar. He de decir honestamente: tengo la cabeza algo cansada, pero eso ya cambiará.

Con todo, no puedo quejarme. Pero para los enfermos haré lo que esté a mi alcance. Hans y Karel me ayudarán, esos trozos podridos hay que extirparlos. Pero cuando pienso en la cantidad de manicomios que tenemos en nuestro pequeño país, donde vive gente a la que sus seres queridos mantiene entre rejas, porque están enamorados del dinerito, me caigo para atrás del susto de cómo claman al cielo estas situaciones. Ahora los médicos y la gente juegan a ser demonios. ¡No son servidores de Cristo, sino de Satanás! Y ya no vuelven a salir, da igual que esa gente llore o que afirme que está bien de la cabeza. Lo que todo eso significa es lo que quiero saber. Sí que son páginas tristes de nuestro cuaderno de bitácora, pero que creo que valen mucho la pena ser leídas. Ahora miras detrás de máscaras que yo aún desconocía. Serán las peores, creo, con las que nos encontremos.

No puedo decir gran cosa sobre la mística de nuestras hermanas y hermanos; primero he de conocer las leyes de aquella. La mayoría es débil de espíritu y personalidad. Todavía no sé si esto es una misma cosa. Una cosa sí sé: me he acercado más al pequeño René y ¡eso es ganancia nuestra! ¡Dios mío! ¿Cómo dar gracias? Ahora no creo que debería haberme quedado más tiempo. A pesar de la incertidumbre en la que vivía, he de decir que toda esta gente representa un mundo propio y bien consciente, que lo es más y más nítidamente que el nuestro, del que pensamos que es el más elevado. Podría haberlo dicho de otra manera, pero comprendo lo que quiero decir. Nosotros hemos creado esa desgracia; ¡nosotros, los seres humanos, tenemos la culpa de nuestro propio infortunio! Nuestra sociedad tiene que cambiar. Semejante mal es lo peor que hay. Los débiles tienen que enfrentarse a diablos, tienen derecho a ayuda. Si puedes creer en un Padre de amor, entonces lucha por estas vidas, querido Hans, solo entonces tendrás derecho a considerarte un ser humano”.

Voy a caminar. Por hoy ya está bien; todavía no puedo pensar de forma pura. Pero tengo que intentar salvar al viejo Piet de su hoguera. Aquí en casa todo está en orden, no tardo en volver a ser el de siempre y el pequeño René está siendo atendido. Lo que oí al respecto nos tiene que hacer felices a todos, ¡está progresando!

Ahora yo mismo me encargo de las flores. La enfermera recibe su com-

pensación en señal de compasión. ¿De qué otro modo podría expresarla? Al enfermero le doy una cajita de puros por haberme frotado la espalda y a los enfermos les doy diez cajitas de puros muy buenos para que se sientan felices. A las mujeres, tarta y muchos pasteles, porque quiero a toda esta gente, siento bajo mi corazón su miseria, su estar muertos en vida. ¡Es terrible!

A la enfermera le doy algo más. Para cuando se case más tarde le tengo una casita preciosa, completamente montada, llaves en mano. Tengo que hacer eso porque la besé, la felicidad robada me pide enmendar lo que hice mal. Yo ya no podría dormir ni una hora en paz. Creo que esta niña me perseguiría, porque sé lo sensible que soy.

Por lo demás no hay nada más. Solo tengo que encargarme de recuperar la armonía con mi palomita. Ahora animaré su vida como nunca antes lo supe hacer. ‘¿No es milagroso’, me pregunto, ‘que se te despierte así como así una fuerza hipnótica?’. Creo que Franciscanus posee la misma alma que la que asimilé yo, ¿o es que dividió Dios nuestras dos vidas sin que estas lo sepan? Uno diría que es posible, porque ¿de dónde he sacado yo esa vida? ¿Tuvimos contacto en nuestro subconsciente? O ¿es que las flores somos de un solo color, de una sola vida? ¿Tengo un gramito más de sentimientos que él para mantenerme en pie en esta vida? Es todo tan curioso. ¡A mí me pareció un milagro!

Con regularidad Anna me hace breves visitas. Sus ojos irradian amor y felicidad porque vuelvo a estar con ella. Lo creemos, no buscamos nada, hace tanto tiempo que nos conocemos. Solo que no tengo valor de decírselo ya. Primero concluiremos la tarea que nos fue impuesta. Pero me siento agradecido de poder admirar su aparición. Y con Erica es igual.

Hace unos momentos me dio un fuerte abrazo y dijo:

—Es increíble, Frederik, santo cielo, qué miedo tuvimos. Cómo sufrimos en esas pocas horas. Es incomprensible; pensé que me desangraría hasta morirme. Exacto, así es. Qué maravillosa puede ser la amistad. ¿Cómo es posible que la gente que tenga contacto espiritual rompa semejante vínculo? No quiero perderte ni por todo el oro del mundo.

Y entonces se echó a los brazos de Anna, besándola hasta casi asfixiarla, con un amor que desde su corazón irradiaba directamente la vida de la conciencia diurna. Porque he vuelto.

Pero ahora me voy... hijos, hasta más tarde, enseguida volveré. Ay, no tengan miedo, ya no me estrellaré y ya no haré esas cosas raras. No hace falta que me hagan acompañar por alguien, de verdad, ahora me cuidaré. Les (os) daré esa seguridad.

¿No es maravilloso? Me tienen miedo, a mí, a ese ingenuo de antes. He obtenido un padre, una madre, una hermana. Ya no estoy solo, ahora tengo todo lo que Dios puede dar a sus hijos. Voy a prepararme para el viejo Piet y

ambas mujeres. Lo hago, Dios mío, ¡porque soy tan feliz!

¡Neutralizaré algunas máscaras! ¡Créeme! ¡Soy yo mismo, doy mi sangre, absolutamente todo para ver a todos felices! ¡Actuaré con seriedad y ya no perderé ni un segundo! Las flores ya están de camino, mi primer acto por todo ese amor. Ay, querida enfermera, si no estuviera Anna, ¡igual surgiría algo! Solo quiero decir... ¡nuestros corazones son uno! ¿No es eso también maravilloso?

Voy a continuar, mientras sigo pensando. ¡Hasta luego, Frederik!

Son los diablos de Dios, Frederik

Otra vez nos hemos hecho mayores, terminó el verano, nos acercamos a la fiesta de Navidad que esperamos poder celebrar todos juntos. ¡René también! En los meses después de mi investigación de la locura han vuelto a pasar muchas cosas. Pero el médico de René nos dio buenas noticias. Es un placer para los oídos y reconforta al corazón humano. Te permite recuperar el aliento por unos instantes y abrirte a otras cosas. Podemos detectar un avance provisional. El carácter se va formando él solo. Solo tenemos que aguardar. Erica, Anna y Karel se mantienen de maravilla. Quieren visitar a René, pero su médico no quiso saber nada de eso. Le di completamente la razón. El hombre lo contempla todo de modo muy natural. Dice: demasiadas visitas alteran la vida interior del niño. Los padres tienen que ser capaces de dominarse. El reencuentro para la madre, claro, es maravilloso, ¿quién no desea su propia sangre en una situación así? Para el alma es penoso y doloroso, tiene un efecto demoleedor para la conciencia diurna. El médico dice: esta vida tiene que desprenderse de todo lo que experimentó durante los fenómenos, hay que romper cualquier contacto si queremos poder ir construyendo una nueva vida. Y René despierta, se abre a todo y está hipersensible, según los informes que recibió Karel. Pero de eso lo sabemos todo, no nos supone nada nuevo.

Unos días después de mi regreso a casa hemos hecho varios planes. Hans y Karel estaban muy entusiasmados y me brindaron toda su cooperación. Inicié una semana de preparativos, pero cuando supe cómo actuar volví a acudir a Hans. Comencé con el viejo Piet. Los convidé a todos, alegré corazones e hice nuevos amigos. Entonces volví a estar rodeado de ellos, de otra manera muy diferente. Mi aspecto con la bata blanca era benévolo. Los hombres me reconocieron, pero no se daban cuenta de lo que en esos pocos días había estado tramando. El doctor Franciscanus se me acercó de inmediato y me preguntó si quería asistirlo, estaba desbordado con todos esos apestados... Lo que hoy construía mañana lo volvían a desintegrar. Necesitaba un herborista experto. Todos tenían algo bueno para mí, cada uno algo más que el otro. El erudito de los idiomas quería darme clases de latín, francés, alemán, inglés, español, etcétera, pero pedía doscientos cincuenta florines por adelantado. Podía hacerme inscribir al instante, pero debido a la cantidad de gente solo en la hora determinada. Pensé: hay que ver cómo la están liando otra vez, esos lelos. Solo el viejo Piet se mantenía en un segundo plano, ese me miraba desde su vida y pensaba con un poco más de conciencia que los demás. Lo llamé y cuando lo tuve delante dije:

—Oye, Piet, vente conmigo.

—A mi prima, señor... y ¿cómo te llamabas?

—Van Zeul, Piet. Soy Zeultjes. Anda, ven.

Estamos fuera. Voy paseando con Piet, charlando un poco. Me responde, pero piensa de manera confusa. Habla de la prima, que lo engañó. No creo que Piet vea ninguna diferencia entre miles de primas. Aquella en concreto no le abrió un boquete en esta conciencia. Y eso tendrá que ser su salvación. Cuando lo hablé con Hans, este quería saber lo que Pedro quería en realidad. Le aclaré su conciencia. Por medio de una hipnosis impuesta, de la que ya habíamos hablado alguna vez en el pasado, quise ofrecerle a Piet la posibilidad de empezar una nueva vida. Hans me quería ayudar en todo. Ahora que estoy fuera con Piet, le pregunto por varias cosas naturales con las que nos encontramos en el entorno.

—¿Ves esas flores, Piet?

—Sí, claro, son hijitas de Nuestro Señor, las flores me gustan bastante. Las flores me encantan, si te interesa que te lo diga. ¡Pero, bueno!

—¿Qué te parecería, Piet, si nos fuéramos a dar un magnífico paseo, ¿eh? Así, entre la gente, y ¿mañana o pasado mañana al cine?

—Pero ¿es que eso está permitido?

—Ahora sí, Piet. Pero primero nos vamos a casa, bebemos té, nos dan pastel.

—Estupendo, y después a mi prima. ¿No es así?

—Así es, Piet.

Piet mira a su alrededor. Todavía no siente que esté libre, pero eso vendrá luego. Hans está en casa, Karel también viene. Vamos andando a su castillo. Tengo un plan fenomenal. El dinero carece de importancia; por medio de él curamos a gente, con dinero puedes hacer bailar a los diablos, pero con el dinero también puedes hacer milagros. A nuestra llegada nos reciben Hans y Karel. A Piet primero le dan té con pastel, que come con gusto. Uno diría que ya es un ser humano normal. Desde el inicio ha entregado todo lo que tiene a Hans, pero allí no lo creen. Enseguida hablaremos de esto, primero tenemos que intentar hipnotizar a Piet, dar a la voluntad la fuerza que le falta, por lo que él actúa con tanta inseguridad. Seré yo o no seré yo, lo intentaré. Creo que es posible.

Piet ha bebido y comido. Lo colocamos sobre un sofá. Piet hace todo, no siente miedo. Me pongo en el borde del sofá, Karel y Hans miran y siguen todo. Le digo a Piet:

—Piet... —Mi voz penetra hasta su alma y pongo énfasis en mi sonido; la fuerza de mi voluntad tiene que influir en esta vida, y dominarla...—. Piet, ahora te dormirás un rato tranquilamente. Muy tranquilamente, así te dormirás, Piet, y después te despertarás y serás feliz. Cuando te duermas estaré contigo. Entonces nos iremos al cine y comeremos y beberemos bien a gusto.

Pero lo primero que haremos es ir a dormir, cerramos tranquilamente los ojos, tranquilamente, te duermes ahora con toda calma, pero entrégate por completo, ¡ah, qué delicia es dormir! (—digo).

Miré a Piet en los ojos, alcancé penetrar hasta la pupila y miré sin más a través de él, descendimos juntos a la profundidad de su alma y, mira, ... se le cierran los ojos. La vida consigue dormirse tranquilamente, Piet está hipnotizado. Ciertamente, en unos días me he hecho hipnotizador. Poseo lo que jamás me había imaginado. Dios mío, empiezo a sentirlo: qué cosas tan hermosas se pueden hacer gracias a esto.

Piet duerme, pero ¿ahora qué? Hans y Karel están muy interesados. Hans quiere saber lo que voy a hacer ahora.

—Bueno, Hans, primero miraremos lo que hay presente en esa vida. ¿Qué es lo que ocupa a esta alma, lo que la hace hablar y pensar, y lo que interfiere en su conciencia diurna? No lo sabemos. ¿Qué efecto quieres que vayan a surtir los medicamentos? Ninguno. De esta manera nunca conseguiremos entrar en contacto con la vida y el ser interiores. Empezaré a comprender lo que tengo que hacer. Ya lo sé, Hans, esta sabiduría es algo que se me regala. No creo que sea Franciscanus. Lo pensé mucho tiempo, pero esto se ha convertido en mi propia posesión. Ese don estaba latente en mi interior, y ahora he dejado que se despertaran los sentimientos predominantes. Por mi búsqueda de la realidad, el deseo de saber lo que vive detrás de todas esas máscaras, se me ha caído la mía propia. Estoy regresando a algo que quizá yo mismo llevé a un estado latente. Espera un momento, voy a empezar.

—¿Ves..., buen hombre, lo que vive allí delante de ti?

Los labios de Piet quieren decir algo... murmuran algo. Pregunto:

—¿Me oyes, buen hombre? ¿Me oyes?

Me llega:

—Sí..., lo oigo.

—Perfecto. Entonces escucha, escúchame a mí, solo a mí, la voz que te habla. Esta voz no te hace nada, buen hombre, nada, esta voz es amor, no hace más que el bien, te da fuerza, te devolverá la cordura. ¿Sabes lo que es eso y lo que supone? ¿Qué es ser cuerdo, buen hombre?

Llega:

—¿Ser cuerdo? ¿Ser cuerdo? ¿No es la cordura lo mismo que hacer el bien? Ya, ya lo tengo. La cordura es hacer el bien, la cordura es...

—Silencio, buen hombre..., cuando esta voz te pregunta algo no tienes que contestar más que a lo que se te pregunte. No vas a pensar tú mismo. Solo tienes que responder a lo que te pregunte la voz. ¿Me oyes?

—Lo oigo.

—¿Sabes lo que quiero decir?

—Lo sé y lo tendré en cuenta.

Piet piensa por su cuenta y eso no debe ser. Está pensando de forma más educada, ahora es “usted” y “ustedes”. Me comporto con algo de torpeza, pero ya me iré habituando. No soy un experto hipnotizador, pero es que tampoco es necesario. Lo hago por medio de mí mismo, no tiene nada que ver con erudición. Cuando Hans quiere decir algo, hago un gesto con el dedo sobre los labios, hay que callar... esperar a cómo reaccione Piet. Sé que tenemos contacto con la vida interior de Piet. La vida duerme, reaccionará por mi voluntad. Pregunto:

—¿Me oyes?

Llega:

—¡Lo oigo!

—¿Ves allí a esa mujer, buen hombre?

—¿Dónde?

—Allí ya viene caminando.

—La veo... La veo... Sí, la veo.

—No pierdas la calma ni la tranquilidad. Es tu prima... Peter... Piet..., o ¿cuál es tu nombre?

—No lo sé...

—Entonces te llamaremos Piet.

—Eso..., eso..., eso.

—¿Ves allí a esa dama?

—La veo, ¿qué quiere?

—Es tu prima... Es ella, de la que pensabas que era tan guapa, tan auténtica, tan honesta. No la conoces, no la viste tal como era. Esa vida la tienes que ver de otra manera. Tienes que mirarla, pero sin que por eso te caigas. ¡No te caigas! La verás como una cosa cariñosa, que no es para ti. No es para ti, verás otra cosa muy diferente. Algo muy diferente. Te la mostraré... Ya llega... Mira, allí ya está. La llamaré. Pero solo puedes mirar. No hagas nada... Puedes verla. ¿La ves?

Piet dice:

—Sí, la veo. La veo, la veo.

—Con eso basta, puedes verla, puedes seguir viéndola, pero tienes que esperar hasta que haya vuelto a ti. No te olvides, tú a esperar, te quedas tranquilo, seguirás esperando hasta que llegue y entonces la verás de otra forma. Quizá aún más guapa, más tranquila, ¿no es así?

—Exacto, así es... La veo, ya la veo.

—Haré que se vaya... Ahora presta mucha atención, ahora se disolverá ante tus ojos. Allí se va, pero volverá, más tarde, mucho más tarde, y entonces todo estará bien. Volverá, pero tú te quedarás esperando. Así que, ¿qué harás?

—Esperaré, esperaré hasta que vuelva.

—Y ahora te quedas tranquilo... te quedarás tranquilo, no te dejarás alterar

por nada. Por nada, cada hora estarás tranquilo. Estarás tranquilo todas las horas del día. Lo sabemos, estás tranquilo. No te puede suceder nada, nada, vives, estás en la sociedad, la prima vendrá más tarde, pero vives. Piensas bien y normal, no dejas que nadie ni nada te altere, sabes lo que quieres, lo sabes tan bien, ah, lo sabes tan bien. Y de eso no te olvidas. ¡No lo olvidarás nunca! ¡Jamás! Así eres, así seguirás siendo, así vivirás, así pensarás, así sentirás, no hay inquietud en nada, sabes muy bien lo que quieres. Piensas y hablas a la gente, pero por medio de tu serenidad. Quieres estar tranquilo y seguirás estándolo. ¿Lo oyes?

—Lo sé, conservaré la tranquilidad, soy tranquilidad, soy tranquilidad, soy tranquilidad.

Miro a Hans y Karel. En un noventa y cinco por ciento deojo a Piet libre en su pensar y sentir. En él permanece un cinco por ciento de mi voluntad. Aquello que le faltaba a Piet, lo que había perdido por estar sintonizado con una sola cosa y por lo que en su desesperación se desbocaba, rompiendo ventanas, con las que estaba obsesionado, ahora lo tiene que enmendar mi voluntad. A esta fuerza de los sentimientos que permanece ahora en él, a eso lo llamo la hipnosis impuesta, Hans y Karel. Lo verán (veréis): el alma, por medio de esta serenidad impuesta, asimilará lo otro. Veo su grado de vida, vive en un quince por ciento bajo el yo de la conciencia diurna, que es recuperable. Entrego por ello mi vida.

—Lo que quiero es lo siguiente. La enfermera que estuvo bajo mi influencia ayudará luego a Piet. Por medio de su ayuda él recuperará poco a poco su yo anterior. Por una sola alma estoy dispuesto a pagar mil florines, o más. ¿Lo sientes? Entonces seguimos.

Hans y Karel saben lo que quiero. Aunque todavía no se ha completado el modo de hablar y de imponer la voluntad, sé que el alma “Piet” reaccionará como yo desee. Que Piet ya empezará a hablar con más educación demuestra que él es normal mientras no esté dominado por el caos. Karel dice “¡Sí!”, y también Hans lo tiene que aceptar. Piet duerme tranquilamente. Ahora le puedo dejar comer y beber. Le ofreceremos té y pastel, y tendrá la sensación de haber ido al cine. Continúo un poco más.

—¿Me oyes? ¿Me oyes?

—Lo oigo.

—Mira, ¿ves lo que tengo aquí en la mano? Una buena taza de té y en la mano izquierda, un delicioso pastel que te había prometido. Cuando nos hayamos bebido y comido esto nos vamos al cine. A beberte el té. ¿Sientes la taza?

—La siento.

—¿Está bueno?

Piet hace un chasquido con la boca, le gusta el té. Ahora el pastel.

—Ahora cómete el pastel. Te la pondré en la boca. ¿Qué tal? Está buena, ¿verdad?

Piet hace un chasquido, no puede decir ni una palabra, tiene la boca llena. Le tapé un momento la boca con mi mano. Da bocados y come. Mira este niño, siente el alma, ¿qué es un ser humano?

Piet dice:

—Mira este niño, siente el alma, ¿qué es un ser humano?

Continúo y respondo:

—El ser humano es un milagro. Tú también eres un ser humano. Ahora, como seres humanos, vamos a mirar a los seres humanos. Ahora tienes que ver cómo son. ¿Ves esos cristales...? Esos de allí. Te dan miedo, ¿verdad? Ay, te dan tanto miedo. ¿Sabes por qué? ¿Sabes por qué los tienes miedo, Piet? ¿Lo viste? ¿Lo viste? ¿Viste que hay un incendio? ¿Viste ese incendio allí? Entonces querías irte. Fue entonces cuando rompiste los cristales. Ah, no hace falta que tengas miedo; estoy contigo. Ahora ya no pasará nada. Estoy contigo y no estás solo. Podrías haberte ido por las escaleras y entonces no habría pasado nada. Pero rompiste todos los cristales. ¿Lo viste? Te digo: no tengas miedo, estoy contigo. Me quedaré contigo, pero ya nunca más tienes que romper los cristales de las ventanas, nunca más, jamás de los jamases, porque no está permitido. ¡Eso no está permitido! ¡Eso no está permitido! ¿Lo oyes?

—Lo oigo, podía haber ido por las escaleras, ya no romperé los cristales, ya no estaré solo nunca más, nunca más, ya no tengo miedo, ya no voy a romper cristales. Para..., para..., para...

El verbo “parar” cruza sus labios por medio de mi voluntad. Así que Piet está siendo telepáticamente uno con mi vida y ser, con mi voluntad. Hans y Karel lo constatan. Se lo demostraré. Pregunto a Karel:

—¿Qué quieres que haga Piet? ¿Quieres saber la hora?

Karel me mira como si viera un fantasma. Pero las cosas se ponen a rodar, una tras otra. Lo que vi en Oriente y contemplé con mis propios ojos ahora se revelado a mi propia vida. Yo también sé hacer eso, pero por medio de la vida de Piet. Pregunto a Piet:

—¿Ves qué hora es? ¿Quieres mirar un momento en este reloj y decir qué hora es? Mira, tengo el reloj en la palma de mi mano. ¿Lo ves? ¿Lo ves bien? ¿Qué hora es ahora?

—Las dos y cuarto... —responde.

Son las dos y cuarto... Hans y Karel observan el milagro. ¿Se ha hecho Piet clarividente? Adopta pensamientos, Piet cuenta lo que sé y veo. Nada más. Es posible por medio de la “hipnosis impuesta”, de la voluntad de otro ser humano. Piet lo acata y lo transmite.

Así es posible blindar esta vida para que no recaiga más en las profundidades. Es todo por hoy. Todavía vamos un rato al cine. Piet tiene que mez-

clarse con la gente. Tiene que verla desde su sueño y eso es algo que tiene que asimilar, igual que un niño pequeño el andar. Siento esta alma y ahora soy capaz de ver en su subconsciente. Yo ya lo hacía y sentía que en alguna parte Piet había vivido un miedo que había abierto una brecha en su vida. Cuando Piet se rebela, cuando se pierde a sí mismo, rompe los cristales de las ventanas. ¿Por vandalismo? ¿Por miedo! Podría haber perdido su vida en ello. Piet hacía trizas los cristales; si vuelve a rebelarse, si el miedo lo vuelve a asaltar, los romperá de nuevo y tendría que aceptar a la clínica psiquiátrica para siempre. Piet no saldrá nunca si no se le ayuda. Es como un niño pequeño que tiene que aprender a andar, pero para Piet no hay piernas, se las tengo que regalar yo. Solo entonces saldrá de su laberinto espiritual. Siento en lo que vive Piet, pero lo tiene que decir él mismo, y también eso es posible. Se lo digo a Hans y Karel y a ellos les parece un diagnóstico natural. Ahora vamos un rato a la calle.

—¿Me ves? ¿Ves cómo soy? ¿Me conoces? ¿Me oyes otra vez? ¿Me reconoces la voz?

—Lo oigo, lo veo. Lo oigo todo.

—Entonces está bien. Mira, ahora vamos a salir. Los cristales ya no te dan miedo. No te pueden hacer nada. Sirven contra el viento y la lluvia. La lluvia y el viento dan frío. ¿Lo sientes? ¿Sientes el frío que hace?

Piet tiembla y se estremece. La vida tiene frío. Continúo.

—¿Ves todos esos cristales? ¿Ves ahora que a los seres humanos no nos está permitido destrozarlos? Ya nunca más los romperemos a golpes. Luego iremos a ver qué es lo que nos da tanto miedo. Miedo, ¿verdad?, miedo, ¿no? Ay, cuánto miedo. ¿Ves este vidrio? ¿Ves cómo lo tengo en mis manos?

—¡Sí! ¡Lo veo!

—¿Ves que no le tengo miedo al cristal? No le tengo miedo a un cristal porque sé que ese... cristal..., a ver, dilo, ..., sirve..., vamos, dilo, ..., ¿es para...?

—... el viento y la lluvia.

—Fenomenal. Y el viento y la lluvia ¿te dejan..., te dejan..., te dejan...?

—...frío y mojado...

—Estupendo, así es. Y como ahora eso lo sabemos, ya no vamos a romper, ya no vamos a romper...

—...nunca más los cristales.

—Perfecto, fenomenal, estupendo..., genial..., fenomenal, eso ahora lo sabemos. Eso lo sabemos. Los cristales sirven... para...

—...protegerte...

—Muy bien, entonces ya no hay miedo. Y toda esa gente aquí son nuestros amigos. Esa gente que va andando por ahí es como nosotros, viven y están haciendo la compra. Y allí está el cine. Allí actúan para nosotros y ves a la gente en la pantalla. ¿La ves? ¿La ves?

—La veo.

—Y ¿ves lo que están haciendo? Están jugando al fútbol. Ya sabes... Corren detrás de una pelota y dan patadas a esa cosa para lanzarla. Ya sabes a lo que me refiero.

—Sé lo que es eso del fútbol, lo conozco.

—Sigamos entonces. Ahora estamos cansados, vamos a dormir. Solo una horita. Cuando haya transcurrido nos despertamos y estamos descansados. Descansados que da gusto, plenamente despiertos y entonces pensaremos en todo. Ah, cuántas cosas hemos visto. Nos despertamos y ya no le tenemos miedo a los cristales. Ahora nos despertamos. Hemos dormido que es una delicia, fue delicioso. Una delicia.

Piet abre los ojos y está despierto. Hans sirve té. A Piet le dan pastel y un purito, y está asombrosamente bien. Hans habla con él y le dice:

—¿Te gustaría trabajar para mí, Piet?

—Y ¿cómo, señor!

—¿Sabes quién soy, Piet?

—Usted es el médico, ¿no?

—Así es. Ellos también son médicos.

—Lo sé.

—Entonces ya hablaremos de esto, ¿no, Piet?

—Lo hablaremos..., señor.

Piet hubiera querido hablar después con Hans, pero entonces llegó el propio pensamiento y se recuperó. Piet ya se ha tranquilizado en unos cuantos puntos porcentuales y ha recuperado algo de su propia personalidad. Podemos estar contentos. Quedo con Hans y Karel en que seguiremos en unos días. Piet tiene que volver con los enfermos, veremos cómo se comporta ahora allí. Alberga la fuerza para pensar. En una determinada dirección, en una determinada línea, a saber: hacia la sociedad.

Piet lo hace fenomenal. Vamos a los hombres, no ve ni uno. Piensa. Piet tiene unos cincuenta años, todavía puede hacer algo con su vida. Entretanto empezará una nueva vida entre los internos. Hans lo seguirá. Busco a esa prima. Llego a saber que Piet ha recibido una pequeña herencia. Una prima tendrá que convertirse en su mujer, toda una familia está al acecho del dinero de Piet. Hay que recurrir a un médico, Piet actúa como un salvaje y rompe los cristales. Tienen que encerrarlo. Piet no siente nada por esa prima, pero le hablan hasta que él se disuelve por completo. Ahora queda sometida su naturaleza infantil. Un familiar de Piet, un primo, consigue someterlo a tutela; al notario y el médico les parece de lo más normal. El médico lo trata como a un enfermo, pero no sabe nada de su pasado, ni de sus ataques de llanto ni de sus miedos. Este gran niño se convierte en juguete del mal en el ser humano. Piet termina en manos de un médico que quiere vivir para él mismo y para

su clínica, que quiere progresar, que prefiere el diablo a Dios, porque ayuda a servir al plan sucio. Los miles de florines han caído en manos de demonios, es Piet quien se estrella y que solo ve a la prima. Pero la prima está casada y tiene cuatro hijos. La familia espera a la vida de Piet como chacales. ¿Si Piet desapareciera? ¿Si Piet se estrellara? ¿Si Piet no regresara jamás? Los diablos de Dios juegan con fuego sagrado.

El doctor tiene la culpa de todo. Cubren los gastos de Piet, pero él mismo ya no puede opinar nada sobre sí mismo. Es un muerto en vida. Su vida sentimental infantil, de una hermosura maravillosa, se ha desmoronado. Cuando Piet empieza a vivir su tristeza esta vida llega a parar a otro mundo. Cuando la tristeza se hace consciente, Piet recae y se hunde como la verdadera personalidad en ese otro mundo, el mundo del espacio del alma, y cuenta tonterías. Pero esas tonterías son de una sencillez pueril. Piet va a volver, ¡lo sé!

El médico tendría que haber mirado detrás de esta máscara. El médico, que da color y forma a su clínica, se mantiene a costa de los locos. Mientras se pague por esos locos él y su clínica están bien cuidados. Pero Piet y los demás buenos de espíritu no volverán a salir nunca, permanecerán presos. Los diablos de Dios gobiernan a los seres humanos, porque se acepta este dinero manchado de sangre. Ya me encargaré yo de eso en cuanto Piet esté mejor, normal; ¡tenemos a Hans y Karel, y a otros que nos apoyan!

Cuatro días después voy a buscar a Piet. Ya trabaja y ayuda en lo que puede. En la sala está tranquilo, habla menos, piensa. Ya estuvo preguntando por mí. La enfermera que fue hipnotizada cuida a Piet. A ella le dice:

—He visto a mi prima. Ahora sé cómo es. Pero no es para nada algo para mí, para nada, la veo de otra manera. Ay, qué distinta la veo.

Por lo demás, la enfermera se encarga de que lo entretengan. Él la acompaña por los jardines, cuida de las tierras, hace algo. Piet ya está trabajando, ya piensa, está mejorando. Cuando estoy delante de él entra volando a mi vida y es tan feliz.

—¿Volvemos a la ciudad, señor?

—Me llamo Frederik, Piet; Frederik, solo me puedes llamar Frederik.

—¿Vamos a la ciudad, Frederik?

—Pues venga, vamos a la ciudad. Vamos a tomar otra vez un té y a comer pastel. ¿Te acuerdas?

—Pues claro, Frederik, ¡qué rico estuvo eso!

Acudo a Hans, Karel no está. Cuando entramos, Hans se acerca a Piet y le da cordialmente la mano.

—Hola doctor —sale de la boca de Piet.

Piet se acuesta. Me acerco a él, lo miro a los ojos y digo:

—Vamos a dormir, Piet, a dormir tranquilamente, igual que hace unos días, no tenemos miedo a nada, estoy contigo. ¿Lo oyes, Piet? ¿Me oyes?

¿Oyes que tengo la misma voz?

Piet ya está por debajo de su sueño. Le pregunto:

—¿Estás allí, Piet? ¿Me oyes?

—Lo oigo.

—Ahora volvemos, vamos a ver en tu juventud, allí donde hubo un incendio. ¿Qué edad tienes ahora, Piet?

Inmediatamente llega:

—Cincuenta y uno.

Estupendo, estamos haciendo la cuenta atrás, regresamos a tu juventud. Contamos, Piet. Cincuenta, cuarenta y nueve, cuarenta y ocho, en tu vida no ha entrada ningún incendio, ningún fuego, ningún miedo, regresamos diez años. ¿Dónde estás ahora? ¿Qué ves?

—Estoy con Waalsberg... Es mi amigo. Jugamos a los dados, al dominó, a las cartas.

—Entonces regresamos más, Piet, veremos dónde viste el incendio. Vamos a los veinticinco, veinticuatro, veintitrés, veintidós, veintiuno, veinte, diecinueve, dieciocho, ahora tenemos diecisiete años y todavía no ha habido ninguna desgracia. Regresamos, Piet, regresamos aún más... A los dieciséis, quince...

A Piet ya le está entrando miedo, tiembla y se estremece. Digo:

—Vamos a los catorce años, Piet, a los catorce. Ahora vemos los meses, los días y las horas. ¿Sientes cuánto dura una hora? ¿Sientes una hora? Seguimos... Piet.

Pero se niega a seguirme. A él y a su vida digo:

—Vemos los meses, Piet, estamos haciendo una cuenta atrás con los meses, los días y las horas. Atención, tienes catorce años. Ahora acaba de ser tu cumpleaños. ¿Sabes cuándo cumples años? ¿Lo sabes?

—El dieciocho de junio —la sale de la boca.

—Muy bien, Piet, ahora contamos... Enero, febrero, marzo, abril y todavía no hay ninguna desgracia, no hay miedo. Mayo, junio, julio, agosto, tiemblas y te estremeces, Piet, pero conservas la calma. Agosto..., ¡el uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete de agosto...!

Piet pega un grito. Le digo:

—Mantén la calma, Piet, ¿qué te dije? No hace falta que tengas miedo. Estoy contigo. Es de mañana, te despiertas. Comes y bebes, tu madre no está. ¿Dónde está mamá?

—Mamá murió, papá tampoco está, trabaja fuera de la ciudad. Ese es papá, ya llegó papá.

—Veo a tu padre, Piet. Vamos a trabajar, trabajaremos. Estamos trabajando, Piet, no pensamos en nada. Veo lo que haces, ¿tú también lo sabes?

—Estoy trabajando en los muebles. Hago una bonita mesa. Una mesa muy

bonita. Y ahí está... ahí viene... fuego, fuego, fuego...

—Tranquilo, Piet, ahora no vamos a romper cristales, vamos a atravesar la fábrica hacia la escalera de mano y entonces estamos fuera. ¿Ves la escalera de mano? ¿Ves que no hace falta que destroces cristales para llegar al exterior? ¿Lo ves, Piet? ¿Has visto ahora que no es necesario que tengas miedo? Habrías salido de todas formas. Si rompes todos esos cristales, dejas de ser tú mismo. Tendrías que haber seguido siendo tú mismo, ¿lo ves?

—¡Lo veo!

—Entonces podemos seguir. Volvemos a tu edad. Vuelves a ser el viejo Piet. ¡Contamos! Veinte, treinta, cuarenta años. ¿Sabes, Piet, que contamos de diez en diez? ¿Que saltamos años?

—Lo sé.

—Ahora vas a seguir tú mismo. Tú sigue contando, Piet.

Y comienza...

—Cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres.. —Va hasta los cincuenta, llega a los cincuenta y dice—: Cincuenta y uno... y enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio... ahora es mi cumpleaños. Estamos festejándolo. Es mi cumpleaños.

—Pero, seguimos, Piet, hubo más meses que transcurrieron. Hemos tenido julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y ahora ¿cuál viene?

Diciembre..., el uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez..., el once..., el once..., el once...

—¿A qué esperas, Piet?

—No puedo seguir contando. No puedo seguir contando. Me he quedado detenido (—dice).

Es el once de diciembre del año mil novecientos y tantos. Nos encontramos en el castillo de mi amigo Hans, que más tarde se hará catedrático. Bajo mis manos está un enfermo mental, un niño de cincuenta años, al que hubieran querido asesinar. Piet ya está casi recuperado. Está llegando al despertar. Cuando abre los ojos suspira profundamente. Le pregunto:

—¿Qué pasa, Piet?

—Estuve enfermo, señor Frederik. ¿Dónde estoy? ¿Dónde vivo? ¿Quién tiene mi dinero?

—Vas a recuperar tu dinero, Piet, y te has curado. Te daremos algo más para que te fortalezcas y entonces volverás a trabajar.

Se le da de comer y beber. Se fuma su purito. Karel viene a ver. Acabamos de terminar. A Hans le parece asombroso. Piet ya no va a su clínica, se viene con nosotros a casa. Tenemos una habitación sin ocupar. Ahora lo cuidará Anna. Después se podrá encargar de él la enfermera, hasta que también ella pueda decir que ya está bien.

Piet vive entre nosotros y está tranquilo. Con Anna habla muy animad-

amente. Se viene a hacer la compra, le encanta ir de tiendas y se comporta como un niño pequeño. Cuando al día siguiente se queda dormido me llama Erica.

—Piet se va a dormir, pero ahora va volando a su incendio.

Ya lo hace por su cuenta. Puedo aflojar mi voluntad. Piet está llegando a mejorarse, dice que no puedes destrozarse cristales, primero tienes que mirar si hay escaleras. Tienes que dominarte en todo. La conciencia cambia. Piet vuelve a escalar hacia lo normal. Van pasando los días. Entretanto voy a ver a la señora Van Soest. Hace el bien y quiere hacerlo, se estrelló por su bondad. Ella y los demás quieren cargar con la pobreza de este mundo. Eso la señora Van Soest lo sabe, pero ya no la creerán hasta que sucumba. Hablo con ella. La llevamos sola al despacho de Hans para que la examine. Primero lo intento con palabras suaves, después con hipnosis. Se echa y se duerme de golpe, pero no dice ni una sola palabra. Su alma se ha cerrado por completo. Sé lo que es, la han obligado de todas las maneras posibles a decir algo. Esta personalidad vela por ella misma. Tampoco la necesitamos. Duerme y sigue haciéndolo varias horas, se despertará ella misma y por ella misma, pero por una voluntad que está sintonizada a distancia. Hans hace que la lleven a una habitación separada. Son las once de la mañana, tiene que despertarse a las cuatro. Mientras tanto deposito en su vida lo que dejé donde Piet por medio de palabras. Esperamos. Hans entra a la habitación a las cuatro. Faltan unos segundos. Los va contando... y, mira, la enferma abre los ojos. Pregunta:

—¿Dónde estoy? Pero ¿dónde estoy? ¿Qué hicieron conmigo?

—¿No me reconoce? —pregunta Hans.

—Claro que lo reconozco, usted es el médico.

La llevamos de vuelta a la sala. Allí lo único que tiene que hacer la enfermera es seguirla. Piensa, quiere pensar y después de media hora pregunta:

—Enfermera, ¿dónde estoy aquí? ¿Quién me trajo aquí?

—Está usted enferma, nosotros la cuidamos.

—Pero ¿dónde estoy? ¿Dónde estoy? ¿Quién me trajo aquí?

Llega Hans. Se la lleva a su despacho. Allí estoy yo. Cuando entra y se sienta pregunto:

—¿Me reconoce?

—No, no sé quién es usted. Pero ¿dónde estoy?

—Está usted en mi clínica, señora Van Soest. Soy su médico. Estamos curándola. Se quedará aquí y volverá a la sala. Conserve la calma, hacemos todo lo posible para ayudarla.

La mujer se desploma. Se golpea contra el suelo, inconsciente. Cuando Hans le devuelve la conciencia llega la enfermera para llevársela. La cuidarán como tiene que ser. Hans pregunta:

—¿En qué situación se encuentra, Frederik?

—Lo que sé al respecto, Hans, vive en tus manos y está a tu alcance. Esta vida no está loca. Ni nunca lo estuvo. ¡Dinero, dinero! ¡Eso es! ¡Dinero! Los diablos de Dios la encerraron y tú no lo viste. Está estresada, la golpearon mortalmente en su corazón maternal, su bondad le resultó fatídica. Seguramente que hay miles como ella encerradas, a quienes los médicos se entregan por completo, mientras las damas o los caballeros se lo pasan en grande. ¿Nunca supiste eso, Hans?

—Te lo juro, Frederik.

—¿Cómo llegó a ti?

—Como una ruina... la viste, ¿verdad? Lo reconozco: las últimas semanas ha cambiado.

—Esta alma, Hans, se estrelló por su bondad. Su dolor, su miseria la llevó a este estado. Pero este sueño recondujo al alma a la conciencia diurna. Unas pocas horas de sueño por una voluntad impuesta le brindaron el regreso al yo normal, al yo de la conciencia diurna. Si esta alma fuera tan sensitiva como varias otras mujeres, entonces estaría ante el estar poseída, ante la incidencia e influencia astrales, creo; todavía no sé cómo son esas leyes. Ahora la vida está siendo atacada y el alma se muda a su mundo, pero se siente blindada ante nuestra sociedad. Lo que unos experimentan por medio de pasiones, para otros es religión. Con Sonia lo tenemos un poco más difícil, pero ella también es curable.

La señora Van Soest primero tiene que ser ella misma, tú y Karel y los demás la tienen (tenéis) que examinar. Necesitamos pruebas. Mañana dormiré de nuevo y ya ves de lo que es capaz la hipnosis. Si sientes estas leyes, Hans, comprenderás que ella y Piet viven por medio de mí, que se mantendrán firmes por mí, hasta que puedan valerse por ellos mismos. Me he dividido. Lo que les falta lo reciben de mí; los seres humanos somos capaces de ayudarnos. ¿No lo sabías? Ya lo ves: volvió a despertar cuando la llamé, sin fallar ni un segundo. Y el alma humana escucha porque es posible por un sueño, por una voluntad. No quiere hablar, pero eso también vendrá, mi querido Hans.

Al día siguiente, la señora Van Soest volvió a someterse al sueño impuesto. La dejamos dormir ocho horas y también esta vez se despertó a la hora fijada por nosotros. Se despertó llorando, estaba como rota de dolor, era el miedo de tener que regresar a la sociedad. La dureza de la gente la quebró. La tranquilizamos y le dimos la fe de que ahora estaba siendo ayudada y de que tendría nuevos amigos que la apoyarían.

Abrió su vida a nosotros después del cuarto tratamiento. Es madre de dos hijos. El esposo y los hijos la enterraron en vida. El esposo y los hijos —una hija y un hijo— opinaban que su madre tenía que ser sometida a tutela y privaron su vida de contenido. Cuando se opuso, cuando su estrés rompió la

conciencia diurna, la encerraron. “Naturalmente”, dijo, “ya no era yo misma, pero sí sabía lo que hacía. Entonces la pena me hundió en un mundo muy diferente y ya no me volví a encontrar”.

Hans está furioso, Karel no menos. Con Van Hoogten y Stein expulsarán los diablos de Dios. Y está volviendo a sentirse confiada con la ayuda material y espiritual, con los médicos.

Después del séptimo día está entre nosotros. Hablamos de todas estas cosas terribles y ahora sabemos cómo son estos desgraciados. Su marido se pega la gran vida, los hijos escogieron su propio camino y les pareció que así estaba bien. Mamá era despilfarradora, tiraba el capital por la ventana y eso no podía ser así. Visitaba a enfermos e infelices, exageraba su bondad hacia los demás.

—¿Cómo han podido mis hijos creerlo a él? —sale como un grito áspero de su boca. Pueden quedárselo todo, ya no quiere tener nada de todo ese dinero, quiere terminar el ocaso de su vida con serenidad y en paz. ¿A qué debió todo esto? ¿Cómo le puede parecer esto bien a Dios? Pero ¿por qué? Son preguntas que hemos planteado nosotros y que plantearán millones de personas más. Pero ¡somos nosotros mismos!

El día duodécimo la señora Van Soest se traslada a casa de amigos que la acogen con hospitalidad, hasta que tenga su propia casita. También el viejo Piet recupera su dinero y para él tenemos un pequeño negocio, para que tenga algo que hacer. Hans quiso darle primero un puesto de trabajo, pero tras considerarlo todo a mí se me ocurrió una idea muy diferente. A Piet le encontré una prima, una viuda, que perdió a su marido en un accidente. Una antigua criada mía. Y estas almas van a empezar una nueva vida. La enfermera se instalará mientras tanto en su casa para supervisar la situación, pero sabemos que Piet ha regresado a la normalidad y que sigue siendo él mismo. Ves que esta vida va cambiando todos los días. Sabe lo que quiere, su espíritu ha rejuvenecido. Esta alma aún no recibió nada de la vida. Piet no se imaginaba nada, delante de él veía a su prima, la tiene, aunque sea otra persona. Y entonces Piet sollozó de felicidad. Pensé: ‘Hay que ver lo que es capaz de hacer un poquito de voluntad, es posible curar la gente con ella’. Lo que los diablos llevan a cabo también se puede alcanzar por medio del bien.

Solo faltan los demás. La señora Van Lakenstein nos costó más esfuerzo, y aun así recupera la forma de pensar y de sentir normales. También ella se estrelló por ese maldito dinero. Su familia quebró su vida. Quebrada en cuerpo y alma tiró la toalla en esta lucha desigual. Constaté que a toda esta gente se la puede ayudar, siempre que no tenga la terrible sensibilidad de la demencia profunda. Cuando habla la pasión uno se encuentra ante problemas más profundos, cuyas leyes aún desconozco. De todas formas pienso que se puede ayudar a muchos de estos enfermos, porque los seres humanos poseemos una

fuerte voluntad, aunque la mayor parte de los millones de habitantes de este mundo todavía no se lo crea mucho. También intento reunir pruebas para ello, y tengo la sensación de que se me brindarán. La vida de ella requiere algo más de paciencia. Pero su sitio ya no está entre esas otras mujeres en casa. Ya después del cuarto tratamiento hubo más serenidad, pensamiento normal; habla de forma seria, meditada, ya no oyes expresiones anormales. Pero su sistema nervioso ha sufrido muchísimo. Y de eso se encarga Hans, ahora ella recibe un delicioso tratamiento, también los otros médicos están completamente abiertos a estos enfermos. Quieren limpiar sus nombres, fueron contagiados por los diablos. ¿Cómo es posible? Pues basta con ir a echar un vistazo: el médico se olvida de sí mismo porque quiere conservar su clínica, o perdería su entidad. ¿Cuántas de estas personas no están presas? Dios mío, y ¿eso en el siglo veinte?

Ahora me encontraba delante de Sonia. Primero fui a hablar con ella. Fuimos dando un paseo fuera y poquito a poquito empecé a llegar a ver su vida. Sonia se quedó dormida al instante. Durante su sueño llegamos a saber por qué le gusta tanto bailar. Aparecen problemas asombrosos que representan en sí mismos un mundo propio. Sonia nos envía a un mundo del que todavía no sabemos nada. El barón —que no lo era, pero a quien sí donó toda su fortuna— quería deshacerse de ella. Cuando Sonia se volvió loca de dolor acudió un neurólogo y este le hizo varios volantes. Fue trasladada a una clínica psiquiátrica para que sus nervios reposaran un poco. Pasaron siete años y sigue en una clínica, fue pasando de unas manos en otras y termina en las de Hans, que ya la tiene en observación desde hace un año, pero que no consigue que pueda empezar con la vida material.

Cuando la obligamos a regresar a su juventud, cuando la obligamos a que ella misma mire dónde empezó su deseo de dedicarse al arte resulta que ya tenía esos deseos antes de nacer. Eso me llevó a miles de problemas. Llegamos a ver que esta alma, igual que las otras dos mujeres, fue arrumbada como si nada; debido a que el género masculino tiene los ojos puestos en otra cosa, más joven, más hermosa, con algo más de felicidad y entidad. Pero Sonia terminó quebrada como las demás, como miles que aún no conozco, pero que existen y que tienen que aceptar su cautiverio.

Hans y Karel tienen que reconocer, junto a los otros médicos, que la hipnosis impuesta puede causar milagros. Les expliqué que estas personalidades permanecen bajo mi voluntad y que por eso tienen más fuerza para experimentar la vida social. Les falta algo de este sentimiento, fuerza de voluntad, aún no han llegado al punto en que podían vivir sus dolores por su propia cuenta, se perdieron, por el dolor y la pena, por la miseria. A quienes les falta algo más de conciencia les corresponden los grados más graves. Ahora estamos ante las profundidades del alma con todos sus rasgos intrínsecos, que

requieren todos y cada uno un desarrollo propio. Pero a Sonia la recuperamos hasta lo normal. En el cuaderno de bitácora pone:

“Comportándome como un loco he vivido asuntos asombrosos, me he hecho hipnotizador. Sin duda creo que ahora podré ayudar a René. Se me concedió tomar nota de vidas sentimentales naturales y antinaturales, y vi los espacios con una claridad cristalina, por lo que pude rellenar —taponar— los agujeros en semejantes personalidades, lo cual sucedió por mi rigurosa voluntad. Porque dejo algo de mí en esas personas. Debido a que se quedan dormidas, esas fuerzas siguen actuando, alimento esas almas a distancia. Ahora empiezo a comprender lo que se ha vivido allá en el Antiguo Egipto. Empiezo a comprender lo que saben hacer los faquires y los magos, aunque no aprecio sus vidas. ¡Empiezo a sentir de lo que allí es capaz un yogui sano! ¿Es increíble? ¡Tenemos pruebas! Sonia regresó a su vida anterior, aunque para eso aún me faltan pruebas. Pero creo sin duda que de eso oiremos más, y solo entonces nos encontraremos ante una nueva “universidad”, un nuevo siglo, ¡es un milagro!

A las otras mujeres las pudimos rescatar porque les falta una sensibilidad por la que surgen todas esas horribles enfermedades. Estoy seguro de que entonces no hay quien las ayude, debido a que estas almas aún no poseen como seres humanos el sentimiento para esta existencia material. Entre ellas hay mujeres —y con los hombres he podido constatar algo parecido— que se estrellaron por el amor corporal. Eso me pareció lo más terrible que hay. Así es como empiezo a ver para mí mismo los grados de la conciencia humana. Empiezo a ver que hay una presencia de grados de conciencia animales y humanos. En lo que respecta a la sobrecogedora homosexualidad (véase el artículo ‘Homosexualidad’ en rulof.es) empiezo a comprender que esos sentimientos son materiales o espirituales, pero que las correspondientes leyes corporales nos envían directamente a la paternidad o maternidad. Quiero decir que no creo que el alma, como ser humano, únicamente pueda experimentar un solo cuerpo por medio de Dios. Y con esto quiero decir que el alma, como ser humano, tiene que experimentar ambos organismos. Entonces tengo que anotar que también yo una vez fui... madre. Claro, sonará muy raro, pero si esto es así, Dios nos servirá más y más como asidero, porque Él también es Padre y Madre. Y entonces nosotros ¿por qué no? Cómo Dios llegó a ser Padre y Madre, pues... eso es algo que no sé. Pero nosotros, como seres humanos, tendremos que vivir ambos organismos; de lo contrario, diría yo, viviríamos una injusticia en esto. Porque sin duda que me encantaría vivir ese cuerpo maternal, ya que dar a luz y el embarazo desde luego que tienen algo que decirnos también a nosotros, los hombres. Cuando pienso todo eso me entra una placidez al alma, empiezo a sentir calor, es una sensibilidad en extremo agradable, porque ahora soy uno con todo en este espacio.

Cuando medito eso —créeme— me veo ante miles de problemas, estoy encima de ellos, para los que de pronto tengo respuesta, aunque entonces nuestros conocimientos universitarios estallen en mil pedazos; pero entonces mi vida adquiere sentido para esa humanidad tan torpe, nuestra existencia occidental, la de volver a nacer y de la afinidad entre las almas, una vida después de la muerte como ser humano consciente e infinitud de posibilidades más, que para el alma son mundos a los que pertenece y con los que nada tiene que ver. Entonces empiezo a aceptar conscientemente que aquella homosexualidad no es otra cosa que el desprenderse de la vida anterior, de ser hombre o mujer... y que el alma, como personalidad, ha perdido su sintonización natural durante la vivencia de uno o más cuerpos. Ya lo estoy diciendo mal... porque la cuestión no es que haya una pérdida: el alma ha tenido que deponer temporalmente esa vida como cuerpo material. Debido a que las leyes de la naturaleza la obligan a ello entra ahora en una entidad antinatural, pero es entonces cuando está ante lo anormal. Si además se añaden sentimientos que aún no ha superado conforme a nuestros conceptos, entonces el alma se desploma. Y si encima es atacada por un ser invisible, que es el alma como una personalidad espiritual después de la muerte material, entonces me encuentro ante una lucha a vida y muerte, y ellos ante su miserable existencia, porque ¡ahora el mundo espiritual se desboca por completo por medio del material! Pero todavía no he llegado a ese punto, siguen siendo suposiciones, todavía no tengo los fundamentos para mi hipótesis. Estoy muy convencido de que también los recibiré, porque vi fijada la dirección. Pero ¿después? Ah, no quiero ni pensarlo, entonces estaremos ante cuestiones que darán un vuelco a la psicología moderna. Ay, Parquita... ¡entonces ya no serás la muerte! Y tu terrible guadaña se habrá transformado en margaritas, violetas, nomeolvides, ¡entonces el ser humano sí conocerá tu máscara! ¿Nos haremos buenos amigos?

Digo honestamente que aún no he llegado a ese punto. Las mujeres y los hombres que se han olvidado de sí mismos precisamente poseen demasiado poco para mantenerse firmes en esta vida. Creo que Hans podrá hacer mucho para esta facultad, en este momento pisa con otros pies esta tierra. Es algo que atraviesa sus máscaras, ahora ve las asombrosas leyes ante las que se encuentra. Lo que hace un tiempo consideraba majaderías ahora es imponente, porque pudo contemplar los diablos que por dinero y propiedades embellecen sus clínicas, lo cual desde luego ¡no puede ser la intención para Dios y el ser humano!

El hombre con todos sus conocimientos de idiomas es curable reconduciéndolo a la nada. Pero eso toma un rato. Si eres capaz de reconducir el alma hasta el punto donde aún tenía que empezar, entonces esa cabeza pesada se disuelve por completo, hay que echar por la borda ese lastre. Creo que estas

clínicas podrían ser convertidas en circos, en espacios para otra cosa. Nos quedarán los grados pesados, los grados animales, y para esa gente ya encontraremos otra cosa. No soy un fanático, pero ¡ahí están las pruebas! Si poco a poco le vas proporcionando al alma los nuevos fundamentos sobre los que esta siente poder colocar sus delgadas piernas, entonces tenemos que poder alcanzarlo mediante nuestro pensamiento. Lo llamamos “sueño hipnótico”, pero es la voluntad humana la que obra milagros. Y en ese estado atamos de pies y manos todas esas preocupaciones, todo ese tinglado erudito, obligamos al alma a desprenderse de ello, porque esta misma alma es capaz de hacerlo por haber vivido miles de vidas y por haberse encargado también de todo eso para sí misma. Bien sabemos que muchos psicólogos ya están en ello, pero ¿prosiguen sus investigaciones? Hans y Karel conocen estas leyes, ahora se abren a ellas aún más y conseguirán muchas cosas. Así es como pienso; ya sé: no soy más que un profano, pero ¿cuántas cosas no podríamos hacer por todos estos enfermos? Por medio de mis rarezas hemos curado a cuatro personas en poco tiempo. ¿No clama al cielo que nuestra sociedad sea capaz de semejante desintegración? ¿Es algo a lo que se han de prestar, de entregar, los médicos? Dije a Hans: “Por haber mirado demasiado la enfermedad descuidaste el trasfondo, que son los diablos que hacen que semejante criatura se estrelle para esta vida”. Me estremezco cuando pienso en todas esas madres y padres —son niños— que han sido contagiados por completo por una peste, pero eso ¿es posible por culpa de quienes pasan por encima de cadáveres!

Visto en conjunto fue una época maravillosa para mí. Vi y aprendí cosas enormes. Lo que se consiguió con mi investigación no hay dinero que lo pague; es una “universidad”. Estoy agradecido a Erica por sus fenómenos, comencé esto por ella, por nuestra pena y miseria. Y ¡todavía no hemos llegado! Quién sabe lo que aún viviremos. De momento voy a seguir. El viejo Piet ya volvió a la sociedad, se abrieron vidas a asuntos y cosas hermosos, llegó el amor a corazones humanos y sobre todo la fe de que Dios no tiene nada que ver con todas estas desgracias. Voy a seguir mis tesis con rigor y ya les puedo poner fundamentos firmes. Ahora voy a comenzar conscientemente con el pequeño René, voy a apoyarlo. Sé: llegará, va a llegar, porque la vida de sus sentimientos está abierta a mí. Me reafirmo: René es un “niño prodigio espiritual”, aunque no tengamos todavía señales de milagros.

Las noticias de los últimos días son algo menos alentadoras, pasó por el campamento como un vendaval, ha vuelto a recaer y una vez más ha entrado en contacto con la sábana de fuerza. Pero eso no importa. Ahora voy a visitarlo. Lo único que quiero es verlo. No es casualidad que lo quiera ver, y al médico no le pareció mal. Aunque él no entienda lo que quiero, mi sentimiento está, no obstante, plenamente justificado. Voy a ayudarlo por medio de mi voluntad; siento esa necesidad más que nunca. No me creo que

lo tengamos en casa para la Navidad. Erica y Anna quieren venirse, pero eso no debe ser todavía. Ya llevan sin él tanto tiempo, los corazones se hacen oír, esto tarda demasiado, pero aun así tendrán que seguir dominándose un poquito. Por terrible que sea, es lo que hay, no podemos pedir peras al olmo, ¡tendrán que esperar!

En esta vida se piensa en muchas cosas... la gente quiere riqueza y además posesiones, quiere poseer todo lo que haga más placentera la vida... pero de lo que se olvida es de edificar una personalidad mejor y más sana. Creo que nuestro desarrollo como ser humano adquiere forma mediante el pensamiento, por ver las cosas tal como son, y ¡solo entonces estamos ante esa “inmaculada claridad”! Ahora se caen las máscaras, pero es algo que tienes que querer tú mismo, ¡si no no llegarás nunca! Lo que vive detrás de ello tiene un imponente grado de felicidad, de amor, de justicia, ¡es un cielo!

Y ¡eso es lo que quiero asimilar!

Hubo muchas flores anoche, pero las compré para mí mismo y los demás. ¡Hay que ver las cosas locas que puede hacer el ser humano! Yo salvé vidas de ese modo... porque Él me envió allí... pienso, y ahora ¡todo está bien! ¡Seguimos!

Si quieres saber lo que opino, Erica: todo va bien

Estuve con René, su estado es susceptible de cambiar. El chico se ha hecho más fuerte, físicamente le ha sentado bien. Lo volví a ver rodeado de los demás chicos y se me obsequió lo que no me había esperado: me permitieron hablar con él. Su terrible salvajismo se había vuelto a disolver de pronto, se pudieron volver a guardar momentáneamente las sábanas de fuerza y él ya ni se acordaba de toda esa miseria. Cuando me vio se echó en mis brazos. En ese instante me arrepentí de que no estuvieran Erica, Anna y Karel. Pero al final de mi visita eso ya lo veía de otra manera y tuve que dar la razón al director: así era mejor. Volvió a recaer, ya no le salía ni una sola palabra y no me quedó más remedio que regresar a casa para informar a los demás. Pero, francamente... en esta vida está habiendo cambios, también su médico piensa que tiene posibilidades de recuperarse por completo. Pero eso tomará todavía cierto tiempo. Si no se hubieran producido estos cambios, lo habríamos tenido brevemente en casa durante las festividades. Ahora, por supuesto, eso ya no será posible de ninguna manera. Algo terrible para Erica y Anna, pero no se puede hacer nada por cambiarlo, nada, por triste que sea.

Le pregunté:

—¿Qué, René? ¿Qué tal por aquí?

Me dio una respuesta natural:

—Prefiero estar con mamá, con Anna, papá y usted. ¿Por qué no puedo ir a casa? ¿Por qué tengo que quedarme aquí? Tengo que estar con ustedes (vosotros), ¿no? ¿Por qué tengo que estar enfermo? Quiero volver a casa, tío Frederik. ¿Puedo irme? (—preguntó).

Y eso después de unos días. “Tendrías que haberlo visto”, dice su cuidador, “se puso violento como un tipo mayor. Ahora está de nuevo como un corderito. Y, sin embargo, iba tan bien, ¿verdad?, pero, claro, nunca puedes confiarle”. No dudé de sus palabras, nosotros también lo hemos conocido así. Conocemos esta vida, esta alma, desde hace tanto tiempo, pero hay avances.

Iba caminando un poco con él por allí. Íbamos tomados de la mano. Le pregunto algo, me responde. Una y otra vez surge: “Quiero ir a casa, tío Frederik, quiero ir a mamá, a Anna, a papá”. Y eso te parte el corazón. Pero ¿qué haces? Estoy sometiéndolo a mis fuerzas mientras vamos caminando. Quiero intentar ver si es posible. Le envío todo mi cariño sanador. Sé cómo absorbe esas fuerzas vitales y cómo se llena succionándolas. Quiero conseguir que sea más fuerte, que procese esos ataques como corresponde. Aunque le suponga un golpe, tiene que ser capaz de soportarlo, conozco esa sábana de fuerza, lo

conozco en ese estado, es un suplicio para él. Y lo estoy sintiendo, René se está tranquilizando. Ya no pregunta por papá y mamá, no habla, solo mira de frente, parece haber olvidado a todos y todo. Me gustaría darle un fuerte abrazo, pero no se me está permitido hacer eso. No es mi hijo, pero amo tanto a esta vida como si se hubiera convertido en una gota de mi sangre, un trocito de mi corazón. Oh, ojalá pudiera cuidar de él. Qué gracia supondría esto. Ya estoy obteniendo pruebas de que hago bien. Pienso en sus dibujos y cuadros. Un poco después ya oigo:

—Tío Frederik, ¿cuándo se me permitirá dibujar y pintar de nuevo? Anda, ¿quieres hacerme el favor de preguntarlo?

‘Mira’, pienso, ‘¿qué natural es eso’. Se da cuenta que eso lo tiene que preguntar al médico. Pero creo que luego podrá dibujar, aunque aquí todavía no han llegado a ese punto. Digo:

—Lo preguntaré, hijo. Claro, si eres tú mismo, si te encuentras con fuerzas suficientes, es posible. ¿Por qué no? Pero no hay que estar enfermo, entonces aquí están que no dan abasto contigo y tienes que subirte de nuevo a esa horrible cama. No es así, ¿René?

—Sí, tío Frederik.

—¿Cómo estás conmigo?

—Te lo diré más tarde, tío.

—Estupendo, y ¡que no se te olvide!

Paseamos un poco, empiezo a sentir que le está entrando sueño. Se está frotando los ojos en pleno día. Las fuerzas ya están actuando. Al pequeño René le sentará bien. Lo fortalecerá. Es reposo espiritual. Lo que se puede conseguir con una persona mayor, también lo puede aceptar un niño. Ahora veo aquí los grados para la psicopatía... veo los diferentes altibajos de estas enfermedades. Entre ellos hay chicos que sin duda tienen que aceptar su desgracia material, pero ahora estoy pensando en... la deformación interior, la asfixia de todos estos sistemas por el alma. Estoy empezando a verlos con mayor claridad. Aparentemente, René está sano como un roble, físicamente está muy por encima de muchos otros chicos. Se puede ver más luz en sus ojos. Su figura no está tan retorcida como la de muchos chicos —por los que no apuesto nada— porque siento que ahora vemos con mayor nitidez ante nosotros lo inconsciente para el alma y la personalidad. René es un niño normal; está enfermo, pero ahora veo que tendré razón en todo, y que también la tuve hasta ahora. Esta vida se deforma ella sola. Necesitamos tiempo, ahora no podemos molestarlo, tenemos que seguir velando por él.

Ahora me sitúo en su vida. Dejo que mi voluntad lo haga todo. Mientras tanto siento que hay una fuerza vital que lo irradia y que él succiona como sangre. Esta procede de mi alma. En Oriente a esto lo llaman el fluido vital del ser humano. Yo creo en ello. He recibido mis pruebas. Mediante la cesión

consciente de tu felicidad, de tu pensamiento y de tu saber a estos enfermos —da igual la enfermedad de la que se trate— ayudas al alma a aceptar la existencia material. Ese es mi apoyo, que ya estamos intercambiando entre nosotros de modo consciente, y que tanto lo tranquiliza. Ahora pienso que podría llevar a cabo labores útiles en semejantes clínicas, pero sí que es extraño: no siento esa vocación. Hay otra fuerza en mi vida que dice: “¡No, no hagas eso! Mejor ten paciencia, pero ¡eso no! Puedes ayudar a gente que se te envía así, de pasada, pero esto no. Esto no, porque entonces estarás encerrado y ya no podrás hacer nada para la otra vida, para aquella que necesita nuevos fundamentos”. Lo siento con tanta seguridad que me da tranquilidad, de lo contrario de verdad que me encerraría aquí. ¿Es útil para René y todos esos muchachos? Ahora veo que solo a algunos se les puede alcanzar. El resto seguramente seguirá en su apatía, ¡a esos chicos no hay quien los ayude! Son exactamente igual que el viejo ser humano demente, aunque aquí representen un grado muy diferente para estas enfermedades. Ya he llegado, creo, pero todavía me falta la certeza.

Si sigo a René, llego a Erica y su embarazo. Si recibimos esos fundamentos, también me dice que todos estos chicos empezaron esta deformación tan terrible dentro de la madre. Conozco los sistemas para ello —he llenado más de una página sobre eso—, pero ahora también los veo más claramente, porque se me concedió admirar a todos esos locos, porque me abrí a su desgracia. Veo ahora que me he enriquecido.

El pequeño René pronto vendrá a estar unos días con nosotros. Aunque para él sea algo doloroso, para nosotros es igual; sin embargo, es necesario que vuelva a vivir un poco ese ambiente si no queremos distanciarnos de su vida. Si sigo su pequeña alma, no creo que nos olvide Y, mira, ¿qué dice el niño del alma?

—Nunca lo olvidaré a usted, tío Frederik. ¿Dónde estuvo usted todo ese tiempo? ¿Estaban papá y mamá de viaje?

—No, cariño mío, yo estuve unos días fuera, pero papá y mamá no se van de viaje. Cuando vayan, René, iremos todos juntos. Y solo entonces nos divertiremos.

—Sí, ¿verdad?, entonces nos divertiremos. ¡Lo sé!

Se vuelve a hundir. ¿De dónde habrá sacado esto ahora? Ahora vemos que si somos sensibles los seres humanos, en el fondo ya no hay nada que ocultar. Siente que donde nosotros una o más personas se habían ido de viaje. En realidad todos nos habíamos ido. Erica y Anna, y también Karel, usaron sus sentimientos que estaban destinados a René para otra cosa. Lo que para ellos fueron preocupaciones, por mí René lo siente como si estuvieran de viaje. ‘¿Ves?’, pensé, ‘el niño nos echaba en falta, el contacto se fue desgarrando. Quizá su miseria de las últimas semanas haya sido culpa nuestra. ¿No es

muy natural?'. Pero tengo que pensar sobre ello. Aun así, es algo que me golpea. Me hace ponerme serio. Ahora sé que no tengo que encerrarme, todo es bueno tal como nos viene. René aquí y nosotros allá, juntos hacemos un solo trabajo, son nuestros corazones los que se curan entre ellos y los que se amarán. Pero él lo siente, se le envía ese contacto interrumpido, capta infaliblemente nuestra vida sentimental y carga para él mismo el dolor y la pena correspondientes, ¡lo absorbe! ¡Cómo es posible, pero estoy ante estos hechos!

Estábamos de viaje, al menos yo, pero mis amigos me siguieron desde el momento en que Hans les dijo que me había vuelto loco. Y eso va directamente a esta vida. Dios mío, somos infinitamente profundos, pero ¡no lo sabemos!

Se me permitió pasear con él durante una hora. Cuando se nos acercó el enfermero el pequeño René me dijo:

—Y ¿ahora quieres saber, tío Frederik, cómo estoy con usted?

—¿Bueno, René?

—Si me llevas a mamá, te lo diré.

—Aún tienes que tener un poco de paciencia, chico, luego llegaremos a ese punto.

Me desgajo del niño. Cuando el enfermero desaparece con él es como si me desangrara. Dios mío, ¿qué es lo que me ata tanto a esta vida? Me cuesta no desfallecer. Tengo que reunir todas mis fuerzas para dominarme, tanto es el dolor que siento. El pequeño René tiene sueño. Puede descansar un ratito. Cuando el enfermero regresa a donde estoy dice:

—Se cansó... El niño duerme y le sentará bien.

El director dice:

—Estamos avanzando. Dígale a la familia Wolff que pueden estar contentos, nosotros también vemos cómo cambia cada vez. Este desarrollo lo lleva al pensamiento natural. Es como dice usted: piensa con mayor nitidez, los pensamientos han sido “pensados” antes de salir.

Ciertamente, no podemos estar descontentos.

Dentro de un tiempo lo va a tener por unos días. Entonces no será tan arriesgado. Haré lo que pueda (—dice).

Cuando llego a casa todos quieren saber cómo va la cosa. Karel ya conoce a su hijo, cree estar viendo para sí mismo un análisis, que al final no resulta claro y decide que es mejor dejarlo. Cuando Erica pregunta cómo está su tesoro, puedo decir:

—Si quieres saber lo que opino, Erica: todo va bien. Dentro de poco nos lo dejarán en casa por unos días. Así lo he hablado con el médico y piensa igual que nosotros al respecto. Quiere ver entonces cómo le va. Si recae, entonces ya no es pérdida. Yo para mí pienso que el deseo de regresar a casa lo hará más fuerte. Ahora la voluntad va en aumento. Ahora están concienciándose

otras fuerzas, y las necesita. Este anhelo lo tiene que reconducir hasta nosotros. Así lo volveremos a ver entonces cada vez un ratito. Mientras tanto eso irá dando vigor a su conciencia. Verás que así será, que así sucederá.

Las mujeres se muestran comprensibles. Pero ahora que me encuentro ante el cuaderno de bitácora, que lo abro y leo que esto ya lo predije hace años, entonces ya no me asalta el miedo, sino una sensación feliz, que me calentará a mí y a los demás. Está sucediendo tal como siempre se me concedió sentir y pensar por medio de sus fenómenos. Vamos a recuperar a nuestro hijo, lo único que nos hace falta es un poco de paciencia. No les dije nada de todo en lo que estaba metido, de todas formas no lo iban a comprender todavía. Pero en el cuaderno de bitácora pone:

“Volví a ver al pequeño René, y he de decir que estoy muy satisfecho. Ese nuevo ataque de descontrol no pinta nada, no significa nada. Pasan meses entre uno y otro, aquí se están llenando agujeros, la vida de su alma está empezando a ver una mentalidad muy distinta. No, no es necesario preocuparnos, ¡estamos avanzando poco a poco!”.

De nuevo se me concedió vivir milagros. René ha visto y sentido mis locuras como un viaje, se sintió solo y abandonado. Esto es algo que me dice ahora que podemos ayudarlo. Tenemos que seguir pensando en él. No podemos debilitar nuestro pensamiento hacia su vida. ¡Esto lo ayuda! Esto lo cuida, lo carga a través de los tiempos difíciles. El pequeño René es más consciente. Cuando esté un poco más tranquilo podrá salir brevemente. Y ahora es posible hablar con esta vida.

Sí que es curioso, también el médico lo siente como yo. El hombre quería esperar un poco, pero un día le darán instrumentos para dibujar. Solo desde el momento en que su carácter tenga esa seguridad y él no sufra tantos tantos bandazos será posible dejarle hacer otra cosa, porque de lo contrario esto lo reconducirá a lo anterior, lo cual viene a suponer sábanas de fuerza, y ¡esa no es la intención! Allí está en buenas manos, el alma va despertando por la seguridad y un poco de tranquilidad; claro que allí se piensa y esta es la recuperación del pequeño René. Yo apporto lo mío, igual que los demás, todos vivimos con una sola meta. ¿De qué otra manera iba a ser?

Todavía anoté:

“La transición de mis fuerzas hipnóticas a René fueron cosa de coser y cantar. Dándole la mano sentía yo que iba fluyendo hacia él una corriente. Va a ser luminosa. Lo que se da al hombre o al alma mientras se va quedando dormido aquí sucede de forma consciente. Creo que de esta manera es posible vivir milagros y que entonces uno puede ver por medio de todas las leyes de Dios a través del alma y el espíritu. Ya me gustaría saber cómo actuaría el pequeño René si lo sometiera a una anestesia (hipnótica). ¿Cómo reaccionará su alma? ¿Qué milagros viviré entonces? Tendré que aclararme yo mismo.

Creo que Anna también tiene esta aptitud, pero no quiero interferir en esas vidas. Empiezo a ver milagros, a vivirlos, por un sueño impuesto. Oh, ojalá que René alguna vez se duerma por medio de mí, ¿qué tiene que contarme su alma? ¿A nosotros? Quizá cuestiones sobrenaturales. Dios mío, ¿qué posibilidades veo?”.

Pasaron dos semanas. La Navidad fue un vacío para nosotros. Pero esta mañana nos llamaron, había otra vez cartitas. Ya nos habíamos olvidado de esas cosas. Ahora de pronto nos encontramos de nuevo ante problemas. ¿Qué ocurre? Me asusté. ¿No ayudó mi fuerza? Escribió:

“Hans y su amorcito..., papá y su pito, mamá y su culito, Anna y su culete y el tío Frederik con su pipa. ¡Me parto la picha!”.

Y la otra notita dice:

“Soy la sartén y la olla sobre la que no tenemos tapa”.

El médico dice:

—Extraño, pero no para asustarse. Es algo que conocemos. La pena es que esas malditas notitas sí que hayan vuelto—. El médico también dice—: Un rato después está otra vez como siempre. No te das cuenta cuando llegan esas cosas. Ahora está alterada su capacidad de pensar. Pensé: ‘¿Será que le di demasiado? Incidí con demasiado vigor en su vida?’. Creo que sí. O bien esta incidencia, que ahora es un trastorno, luego será una curación.

Así que volvemos a esperar, pero ya no hubo más notitas. Empiezo a pensar que tengo razón. Cuatro días después: otra breve nota.

“Papi... mira tu compi, ¡está desenfrenada!”

Está ocupándose de nosotros. Después vuelve a haber:

“Tío Frederik, mi Anna pocholita... ¿miran (miráis) por la ranurita? Ah, ¿qué..., qué..., qué... estoy viendo?”.

Aprende algo, viene a mí, las cosas que se le dan a aprender se fijan en su mente. Puedo decir a los demás que estamos avanzando. No hay razón para alterarse, esas notitas ahora no significan nada, creo que estamos viendo de nuevo todos los fenómenos vividos, pero debilitados, porque está viviendo su regreso a la normalidad. Pero los otros tienen otra vez miedo, se asustaron, ya están perdidos de nuevo. ¡Y fue tan inesperado! ¡He vuelto a cantar victoria antes de tiempo? No creo, pero no es tan fácil ayudarlos. No puedo cambiar nada en esto. Miraré lo que puedo hacer por nuestro René.

En sueños vuelvo a vivir la hora en que estoy caminando con él. Ahora que estoy liberado de las tareas cotidianas, echado y soñando, todo lo veo de otra manera. Cuando le pregunto si lo sabe todo, me dice al instante:

—Pero si me lo diste tú mismo, ¿no, tío Frederik? Me siento como una lechuga. No estoy enfermo, pronto estaré en casa. ¡Oh, qué feliz me siento!

Se lo oigo decir. Lo veo en ese afilado morrito, ahora lo sé, el chico está recuperándose, dentro de un tiempo podrá estudiar mejor, aunque llegaremos

a ver otros fenómenos. En ese momento me despierto. Repaso todo y llego a pensar profundamente. He vuelto a dormirme y de nuevo entro en contacto con el muchacho. Otra vez estoy en mi jardincito, en la casa entre la vida y la muerte, donde ya nos encontramos alguna vez antes. Esa casa me sacaba de la vida cotidiana y ese entorno empieza a hablarme y quiere que escuche. Todo ese barrio quiere que yo vaya. Vuelvo a sentarme allí y me quedo esperando. A lo lejos veo un punto, pero en todos los alrededores no se ve a nadie. ¿Qué quiere ese punto allí? Veo que la cosa se mueve. Viene acercándose, anda, corre, es un ser humano. ¡Es el pequeño René!

Un poco después está ante la entrada al jardín. Pregunta:

—¿Puedo estar contigo, tío Frederik?

—Ven, cariño, ya te estaba esperando.

Se me echa en los brazos. Le pregunto:

—¿Cómo es que sabes correr tan rápido?

—Es por la clínica, tío Frederik. Estoy empezando a pensar. Eso es bueno para mí, ¿lo sabías? ¿Tenías miedo de las notitas, tío Frederik?

—Yo no, pero papá y mamá se asustaron mucho.

—Ah, ya me lo imaginaba, pero no hace falta tener miedo, ¿no? Ya sé exactamente lo que hago.

—Y ¿qué es lo que haces pues?

—Recoger flores para papá y mamá. Ya verás cuando vaya a casa, tío Frederik. Pero tú dejas que las cosas sigan su curso, ¿verdad? ¡Eres tú quien lo hace! Ya eso ya lo veo, aunque pienses que no lo veo. Lo veo todo, pero entonces estoy durmiendo, como ahora (—dice).

Cuando lo reflexiono todo dice:

—¿Qué jovencito eres ahora, ¿verdad, tío Frederik?

—Sí, hijo mío, eso yo también lo siento, aquí soy mucho más joven.

Y dice:

—Ojalá la gente supiera esto, tío Frederik. Por no buscar no llegan. Soy muy viejo y tú eres mucho más joven. ¿No te dije que te volvería a alcanzar?

—¿Es que no te olvidaste de eso, entonces?

—En esto —dice señalando su barriga— no te olvidas de nada. Ya llevo diciéndolo allí tanto tiempo, pero los chicos no me creen.

—¿De dónde sacas todo esto, René?

—Es que no lo oyes, pues? ¿No oyes que lo puedes escuchar? ¿Dónde estás ahora? ¿Qué haces? ¿Qué quieres? ¿Qué tienes? Te salvaré. Tío Frederik, si tú me quieres salvar a mí. Y por eso he venido a tu casita. ¿Viste esas palomas allí? ¿Viste como vuelan? Yo también tengo palomas. Las tengo blancas y negras. Las negras no son cariñosas, esas quieren escribir notitas, es algo que yo no quiero. Ya se enterarán. Ahora dormimos a gusto, ¿verdad, tío Frederik? Y sin embargo estamos despiertos, ¿no es así, tío Frederik?

—Así es, tesoro, y Dios sabe que está bien.

—¿Ves ahora lo viejo que soy, tío?

—Lo veo.

—Bueno, pues, ¿qué edad tengo?

—Diecinueve años, por lo menos. Bueno, ¿qué? ¿Cierto o no?

—Los cumplí ayer.

—Ya no te irás de viaje, ¿verdad?

—No... me quedo en casa.

—Qué bien, y entonces yo volveré pronto. Tengo tantas ganas de estar con papá y mamá y Anna.

—¿Te acuerdas de ellos todavía?

—¿Cómo puedes preguntarme eso, tío Frederik? No los olvido. ¿No tengo ya caso veinte años? ¿Ya viste a Marja?

—¿A Marja?

—¿Quién es Marja?

—¿Es que no lo sabes? Ya la estuve viendo desde hace mucho. Ya la volveré a ver. Sí, a Marja, tío Frederik. Más tarde, porque ahora me voy a dormir. Adiós, tío Frederik. Volveré pronto. Traeré flores, mira, estas.

Me muestra un pequeño ramo de flores. Descuella una margarita amarilla. Están arregladas con arte. Todavía me dice de voz en cuello cuando me alejo:

—¿Vendrás a buscarme tú, tío Frederik? ¿Con papá? ¿Tal como me trajiste aquí? Recuerdos para mamá y Anna (—dice).

Retengo esa vida, pero se suelta sola, de un tirón, y vuela por este espacio. Y ¡adiós!, ya se fue. Voy paseando. Vuelvo a casa, por un camino que ya tomé antes. Desde el sol voy caminando a la sombra, de la luz del día a la noche. Al llegar a casa entro al jardín, abro la puerta sin llave, subo las escaleras y me meto en la cama. Y en ese momento, por cómo me picaba la nariz de la manta de lana, me asusté y me desperté. Salgo volando de la cama, enciendo la luz y me pongo ante el cuaderno de bitácora. Dice así:

“Anoche, hace unos momentos, viví otra vez cosas asombrosas. Estuve con el pequeño René. Vino paseando hacia mí, yo fui hacia él. Me lo encontré en nuestra casita. Me habló de las notitas y de mi viento, que había sentido y recibido. Lo entiendo, es el viento hipnótico que quiere curarlo. El propio muchacho me lo viene a contar. ¿No es maravilloso?

El muchacho René como alma también es un ser humano. Pero todavía no se me ha concedido aceptar esos sueños como la plena verdad. Quiero decir: si se me concediera aceptar todo esto, entonces ya estaría ante mi “universidad” completa y entonces podría decir que el alma, como ser humano, tiene que representar un mundo propio, al margen del cuerpo material, y allí aquella es como nosotros, los seres humanos: ¡un ser humano! Tiene un cuerpo, sabe pensar y hablar como hacemos nosotros en el cuerpo material, tiene

ojos y un corazón cálido, allí tiene todo lo que nosotros tenemos que aceptar aquí, en esta vida, como sentidos materiales. Es un gran milagro, pero no puedo saltarme trozos, por mucho que quisiera.

Allí soy más joven y el pequeño René es más viejo. El hecho de que yo sea más joven lo atribuyo a mi naturaleza infantil, o es algo que me ha llegado porque vivo estos sueños. Lo más asombroso de todo es sin duda que uno allí sea tan feliz. Brilla el sol, el entorno es de una belleza imponente, pero no se ven seres humanos. Y es que este mundo es parte nuestra, o existe porque deseas como ser humano. Así que ¿será esto un sueño de deseo? ¿Un mundo que vas construyendo por hacer preguntas y por el propio deseo por un mundo mejor? Es eso lo que me detiene, lo que quiere que me pare, sin eso daría gritos de júbilo, de felicidad y de gloria. Pero sí es un milagro, porque veo lo feliz y normal que René es allí. Ciertamente, he recibido pruebas —y vendrán más— pero aún no he llegado. De modo que todavía no puedo adentrarme en la materia, aunque sienta seguridad. No he de olvidar nunca que los seres humanos vivimos unión telepática. Y eso significa que puedes captar pensamientos que te son enviados desde lejos. Es así como capto el deseo de René, y él, el mío. Sé que no es así, pero apunto todos estos pensamientos, porque encajan en mi conciencia, ¡así que no voy ni un paso más allá! Quiero seguir, pero quiero hacerlo con seguridad. De manera que estoy erigiendo una “ciencia espiritual”, cuyas leyes yo mismo puedo vivir. Y esto va a ser el poderoso milagro que quiero depositar en todos los corazones y todas las manos del hombre de este mundo, solo entonces comenzará una nueva vida. Y entonces llegaremos a ver felicidad, ¡una tan hermosa que nos es desconocida! El pequeño René ya conoce esa felicidad, yo mismo lo vi y sentí. Pero, repito...: no daré ni un solo paso de más. Es imprescindible que primero vea fundamentos y solo después ¡los pondré junto a los anteriores, o encima de ellos!

No hay más, así que me voy a dormir otra vez. Solo espero que mañana ya no sepa nada de todo lo que viví ahora. Entonces podré decirme... estuve escribiendo como un alma. Pensé como alma, hablé como alma, amo como alma, tal como jamás lo hice como ser humano. Pero eso pertenece a los deseos sobrenaturales en el hombre. Ahora digo, y lo hago con aún más insistencia que antes: ¡Para Dios todo es posible! No puedes saberlo: absolutamente todo está debajo de tu corazón humano. Ya estoy casi dormido”.

Cuando llega Anna ya llevo despierto una hora. He dormido bien. Me siento descansado. Albergó un vago recuerdo de René. ¿Cómo está el muchacho? Es una fuerza que me lleva al cuaderno de bitácora. Mientras lo mantengo entre las manos casi me da un patatús. ¡Estoy leyendo...!

¿Estuvo escribiendo mi alma? ¿Pienso, igual que ahora, como alma? ¿Puede salir el alma de su cuerpo y vivir todo tipo de cosas? Me da escalofríos. No

alcanzo a entenderlo, porque de todo esto no sé nada. Pero empiezo a comprenderlo. Soy un sonámbulo y anoto cosas mientras duermo. O es el mayor milagro que descubrí. Si lo primero es correcto, somos milagros los seres humanos. Entonces la incidencia de Karel es un acontecimiento grande y poderoso. ¡Entonces en realidad eso es todo! ¿Somos entonces los humanos, como alma, seres sobrenaturales? Nada de eso, al menos, no todavía, pero también somos, al margen de cualquier materia, de cualquier tejido material, seres humanos. ¡Eso es el alma o el espíritu! Oh, casi me derrumbo de felicidad. Aparto el libro, si vinieran ahora tendría que explicar mi actitud y no quiere decir ni mu sobre esto. Es demasiado poderoso, demasiado increíble. Voy a meditarlo.

Esto, que es vida, es capaz de pensar. Aquello que es alma, es allí, en ese mundo, un ser humano y una personalidad. Y ese ser humano ama, tiene dones sobrenaturales, porque como personalidad posees todo lo que quieres tener. Allí puedes trasladarte, hablar, coger flores, allí puedes hacer todo, absolutamente todo lo que también pienses que te está concedido hacer como ser humano material ¡si amas la vida! Yo sentía: la dureza, las mentiras y los engaños, las bajezas de nuestra vida social allí ya no las sientes. Todavía no sé lo que sucedería si mi vida irradiara dureza o engaño, pero creo que me retiraría de ese país, que una mano invisible me agarraría por el pescuezo para echar a patadas mi miserable personalidad. Fue increíble lo que experimenté y lo que se me concedió sentir, y de momento lo meditaré mucho para que se despierte en mí también esa atmósfera sagrada.

Me pongo triste cuando pienso que ya estuve allí varias veces, porque no lo he entendido. Pero ahora seré cauto, seguiré tranquilamente. También creo que por aquel entonces no estaba abierto a ello, y entonces los seres humanos pisamos asuntos sagrados sin siquiera sentirlo. Queremos tener razón en todo y sabemos, sin embargo, que ¡nos gobierna lo diabólico al cien por cien para destrozarnos lo bueno y excelente de los demás! Yo a eso no me presto. Que Dios me libre... ¡no quiero ni pensarlo!

Pero si el alma verdaderamente posee una vida posterior, entonces también seremos capaces de regresar hasta Sonia. E igualmente a los muchos otros a los que se nos concedió conocer. Los demás, que por sus enfermedades tuvieron que desprenderse de su conciencia diurna y a los que no les quedó más remedio que aceptar la desgracia, son, tomados en conjunto, una posesión del alma, el campo de visión espacial para su vida y el siguiente, pues, a la que pertenece y con la que por lo visto está sintonizada. Entonces volveré a donde están René y Erica, a todas esas madres, a todos esos locos que presintieron lo que sucedería, por lo que vivieron su propia “causa y efecto”. Ahora creo que estas son las leyes para el alma, para nuestra vida interior. Y este es mi estudio, ¡por medio de este construyo mi propia “universidad”!

Y si lo que busco no fuera verdadero, entonces sería ¡sonambulismo con “conocimiento consciente, con actos y pensamientos conscientes”! Es una cosa extraña, pero es allí donde se encuentran los locos, donde viven. A unos les pone enfermos, a otros los conduce al arte. Veo aspectos asombrosos. Juegan un papel impresionante para nuestra vida, por lo que se despierta el alma humana. Ahora empiezo a sentir que la paternidad y maternidad es uno de los aspectos más elevados de todos para nuestra vida y existencia en este espacio, para el que el Dios de todo lo que vive creó a Sus hijos. Y si se me concediera mirar detrás de eso, me encontraría ante el “Universo” de Su Ser, Alma y Espíritu. ¡Personalidad, Paternidad y Maternidad, Vida, Luz, Amor! Casi nada, ¿verdad?

Los seres humanos planeamos cada segundo de nuestra vida por ese espacio, al menos el material, este Universo. Ahora empiezo a sentir que los seres humanos tenemos conciencia espacial, pero que tenemos que asimilar Su conciencia gigantesca. Nosotros, los seres humanos, somos uno con el sol, la luna y las estrellas, y por eso hemos recibido nuestra vida. Ahora sí que tenemos que aceptar que ¡somos inconmensurables en todo! Estoy en vías de resolver esos misterios y veo que ya he recorrido un buen trecho.

Continúo, pero tengo que ser cauto, muy cauto. Sé lo que me espera. Si sucumbo seré como Antoon, el experto en lenguas, como Herman Donkers, el pastor protestante que no encontró a su Dios y se volvió loco, porque Jehová se olvidó de dejar constancia de su dirección, ahora busca día y noche, pero no llega a la plazoleta donde vive Jehová. Vi —créeme— la bandera a media asta, con lo que quiero decir que hubo centenares de miles de personas a las que les salieron muy caras sus pesquisas, que consciente o inconscientemente fueron encerradas para esta vida. Pero eso sí que no lo vio Herman, es que no vio que había escogido un callejón sin salida y se partió su valiosa nuca, se le esfumó su aliento vital, su espíritu no animado murió una muerte extraordinaria. Y allí está, ¿qué se le va a hacer? ¿No es horrible eso? Yo allí no me aventuro, me mantengo alejado porque me pone tan triste. Esa gente cuelga de una alta pared, como ya dije... se olvidaron de su escalera de mano, y no existe ni una sola que les garantice su regreso a esta tierra bondadosa. Así de alto volaron, y Jehová, desde detrás de su propia máscara, observa todas estas almas engañadas de Nuestro Señor. ¡Menudo deporte ese! Pero nosotros tenemos que ver con Dios, queremos ir hacia arriba con Dios, ¡no con alguien que espante con el diablo hacia la miseria material e espiritual, no hacia la completa desintegración!

El pequeño René nos indicará a todos ese árbol en particular. ¡Eso es lo que yo creo! ¡Eso es lo que yo sé! De mí fluyen fuerzas hasta la vida de esta alma que son captadas allá. Su alma sensible absorbe esa veracidad. No hay nada por lo que deba preocuparme, las leyes hablan, nos colocarán a todos ante el

“sagrado despertar”.

¡Vamos a empezar una nueva vida! Ya empezamos a contar los días que faltan para que el chico esté otra vez en nuestro seno. No sé... a qué se debe mi seguridad tan grande, aunque tenemos pruebas de que cada fenómeno por separado quiere ser y significar un fundamento. Sé que son “la Fe, la Esperanza, el Amor” por lo que los seres humanos moveremos montañas, pero si uno mismo no se empeña en animar la esperanza, la fe y el amor, entonces ¡eso también cae en saco roto! No se nos regala nada, si no quieres ponerte a ello, pues, vale... algún día estarás abierto a ello de todas formas, como sea, eso lo sé ahora con toda seguridad, ¡las cabezas se inclinarán! No hace falta nada más si quieres alcanzar el “sagrado despertar” para tu alma y espíritu, ¡ahora ya estás dentro de ello!

Y el resto de todos esos espacios, ¡son leyes! Y ¡creo que el pequeño René nos las aclarará! ¿No es algo maravilloso? Empiezo a comprender cómo va a suceder. ¡Y entonces los pragmáticos occidentales nos habremos mudado a un campamento oriental donde veremos crecer naranjas en nuestros árboles holandeses, en cuyo interior vive y se va dilatando la pepita que tiene acceso a todos los mundos de Dios! Fueron tantas las cosas que aprendí hoy, es impresionante. Tampoco creo que mañana lo vea de otra manera.

Quisiera decir: “Nosotros, los seres humanos, nos enriquecemos en nombre de Él”. Pero ¿quién lo cree? ¡Yo desde luego! Y los demás, que aún no han llegado a ese punto, ya llegarán allí. Es extraño: hay almas que lo sienten todo y otras se asfixian en ello y no lo creen. Eso es para todos nosotros una sola concienciación, tenemos que buscar la apertura para nuestro corazón espiritual, porque este tiene que ser capaz de creerlo todo ¡por haber sido animado directamente por el Dios de nuestra vida! Entonces no verás correr la sangre, lo que verás y podrás sentir ¡es “amor sagrado”!

¡Lo diré cuando a mi alma se le vuelva a conceder soñar! Dios mío, qué milagro es este. Escribí al margen de mí mismo. Yo, como la personalidad que se había dormido, escribí al margen del pensamiento y sentimiento de la conciencia diurna. Ahora podemos hacer bromas con esto; sin embargo, es algo sobre lo que hay que reflexionar. Pues deja que un sueño de estos sea infantil, o lo que sea, pero sí que tiene lugar. Ya lo estaba presintiendo... si no estas palabras jamás habrían cruzado mis labios. Estoy empezando a pensar que somos conducidos de manera consciente a una meta determinada y que allí nos espera el café con pastel de Nuestro Señor, para que podamos saciar nuestra hambre y sed. ¡Con ese objetivo en la mira seguimos! ¡Esto para el cuaderno de bitácora!

A la enfermera envié flores, aún más bonitas que las primeras. Hace todo lo que puede por Piet y su prima, para hacerles a aquellos dos la vida lo más agradable posible. Y le conté lo que se me concedió guardar para ella y su

amor. ¡Va acompañado de una carta de arriba, con lacitos, de color rosa! Me parece que serán felices. También a Piet lo considero como mi propio hijo. Es una sensación abrumadoramente hermosa poder amar a niños adultos. Hans también cuida a Ansje... porque la enfermera ha hecho muchísimo por los enfermos de él. Así volvemos a ver que quien hace el bien, algún día llamará la atención, y entonces es cuestión de abrir los brazos, los regalos entran solos a tu casita. ¡Destruyendo cosas nunca llegarás! Estoy dispuesto a darlo todo, hay dinero de sobra, y con dinero puedes servir a los hijos de Dios. Y eso Él, que está por encima de nuestras cabezas, quiere que nosotros lo lleguemos a resolver; solo entonces estaremos a cara descubierta ante Sus leyes y darás a “la Esperanza, la Fe y el Amor” una patada en la buena dirección; ¡ahora son fundamentos para tu yo posterior y mejor!

En ese árbol crecen los frutos buenos. De este modo estoy recogiendo la fruta... atácame a hachazos, no hay problema, y eso grito, lo elevo a las alturas, ya no conozco el miedo por las hogueras y el foso de los leones. Y eso ¿por un niño loco?

Todo es evolución.

Pero para nosotros, ¡otra máscara, Frederik!

Tío Frederik, ¿me enseñas esos hermosos cuadros?

René ha vuelto a casa, y además con las flores que ya se me concedió percibir en aquel otro mundo, hace meses. Yo mismo no lo creía, volvía a ser un milagro para mi vida. Sobresalía una margarita amarilla, como si quisiera decir:

“¿Sigues sin enterarte? ¿Tienes que volver a destruir también esto por tu incredulidad? ¿Por tus indagaciones en el espacio? ¿Pensabas que todo es fantasía? Soy un fundamento, tío Frederik, yo pertenezco a aquello que ya obtuvo un lugar en tu ‘universidad’. ¿No lo sabías?”.

Karel y yo fuimos a buscarlo. El médico estaba muy contento y ahora tenía que salir un poco; no podían resquebrajarse los lazos con la familia. Cuando lo tuvimos en nuestro seno, apareció con sus flores que ocultaba apretadas debajo de su chaquetilla, porque quizá uno de los chicos las podría agarrar. Nos dijo que las había recogido un día antes para papá y mamá, para Anna y para mí, y que había de sobra. El chico había cambiado de manera espectacular. Nos contó cosas divertidas y que le habían permitido otra vez que dibujara y pintara. Me preguntó si me acordaba de esos colorines tan bonitos, ya casi se le habían acabado. Karel estaba en el séptimo cielo. A mí me dice:

—¿Tú eso lo entiendes, Frederik? A mí esto ya me supera. Ayer un irresponsable, como un majadero..., hoy completamente en orden y sano. ¡Yo ya no lo sé!

—Pues yo sí —dije—, no podemos quejarnos.

Y a René le dije:

—Vas a tener tus bonitos colorines. Los compraremos juntos.

A lo que me contesta:

—Tío Frederik, ¿me enseñas esos hermosos cuadros?

Me quedo mirando a Karel. Y ahora ¿qué? Le pregunto:

—¿Qué hermosos cuadros quieres ver, hijo mío?

—Los que están colgados... los que nos dejan ver ... los que podemos ver... porque el enfermero nos habló de ellos.

—Es posible, René, iremos a verlos. Sin duda, no nos olvidaremos.

¿Lo comprendes tú, Karel? No, ¿verdad?, yo tampoco, pero son buenas señales’.

—Está empezando a pensar —le digo a Karel, y le hago saber que siente muchas cosas de las que nosotros aún pensamos que no tiene ni idea. Pero ¡estamos avanzando!

El muchacho mira a su alrededor. Lo ve todo y piensa. Se le ha puesto

la cara guapa, tiene la mirada más aguda. Los labios nos indican fuerza de voluntad, y la frente, además, animación, intuición o ¿qué es lo que hay aquí? Parece haberse hecho más delgado y mucho más alto, está creciendo hacia el espacio. Karel casi se lo come a bocados. Veo lágrimas de felicidad en sus ojos. ¡Pues este es su hijo loco! Karel..., cómetelo, no te cortes, conozco muy bien tu sentimiento como padre, sé lo que sientes, lo que posees de amor, pero ¿esta vida? Esta vida la apreciamos todos, porque está siendo y ha sido golpeada tanto, sin estar ésta todavía segura de que esa desgracia ha salido huyendo. Pero entre todos podremos con ese monstruo. Si se nos concede elevarlo hasta nosotros y aunque sepamos que luego tendrá que irse otra vez a este lugar: estamos progresando; ¿esta vida es para todos nosotros la fe, la esperanza y el amor!

Karel conduce a una velocidad que saltan chispas. Quiere llegar a casa con René lo antes posible, es miedo... por si esta vida pudiera volver a recaer por el camino. Quiere hacer felices a Erica y a Anna. Y todo va bien, es veloz conduciendo, y prudente. Lo medito todo, el pequeño René también está pensando, lo de hacer preguntas ya es cosa del pasado. El muchacho sabe que va a su mamá. ¡Ya tiene nueve años...! ¿Qué es lo que me había dicho? ¿Que ayer había sido su cumpleaños? Ese “ayer” es parte del espacio de su alma, no del espacio en que estamos ahora. Mejor me desprendo de eso, algún día llegará la respuesta.

Cuando se detiene el coche Erica y Anna vienen corriendo hacia nosotros. René se aprieta contra el corazón de su madre. Pero después de besarlo, Erica lo empuja entre los brazos de Anna; estas mujeres tienen un solo hijo, poseen una sola vida por la que morirán si es preciso, lo cual a Karel y a mí nos provoca una cierta desazón. Nosotros ya hemos tenido nuestra ración, hemos suprimido ese sentimiento; resulta que para las mujeres eso es imposible. Los lagrimones han adquirido color y forma, proceden de la vida y el ser maternales; creo que estas son las flores del corazón humano que contempla el Mesías, que “Él” aceptará, porque surgieron de la miseria.

Todo está listo, comemos y bebemos juntos, René también está. Estamos muy interesados en cómo se comporta durante la comida. No quiero ni recordar las malditas horas cuando hacía el loco en la mesa, cuando nos dejaba miserables tirándolo todo y nos volaban las cosas por encima de la cabeza, cuando Karel se olvidó a sí mismo y casi lo mata a golpes; esto ahora es una gloria para la vista y un sentimiento feliz para el corazón, porque se trata de tu propia carne que ha vuelto a la normalidad humana. Habla mucho, un poco después está callado como una tumba y piensa probablemente sobre las cosas del día y todas las que se le ha concedido vivir hoy. A mí ya me ha preguntado diez veces si le mostraré los cuadros. Erica y Anna ya están preparadas, saben lo que ahora siente y desea. Ya me lo imaginaba: todo ese pintar

y dibujar no lo suelta, es parte de su vida y no queda más remedio que algún día eso vuelva a él. Karel ya sabrá ahora que este niño jamás va a ser médico, el alma ya se revela ahora por medio del arte, por medio del sentimiento de crear y de dar a luz. Y ahora todo nos parece bien... puede hacer lo que quiera, cuanto antes nos quitemos toda esa miseria de encima, mejor. Y una cosa sí sabemos: volvemos a tenerlo un rato entre nosotros y eso nadie nos lo va a quitar hoy, ¡seguro!

Después de la comida se hace el silencio. Se retira; no sabemos en qué. Karel se lo lleva un rato, quiere ver cómo reacciona René ante las cosas. Ya llevan ausentes media hora; después regresa y ya estamos curiosos por saber cómo ha acogido “lo propio”. Karel dice:

—Uno diría que no ha estado fuera ni un solo segundo. Conoce los rincones donde estuvo antes, a un amiguito le grita “¡Hola, Piet!”. Y ese Piet le contesta: “René, ¿ya volviste a casa?”. Lo cual supone para él felicidad; lo demuestra la sonrisa en su rostro. No sé, puede que me equivoque, ojalá que esto vaya bien, pero sin exagerar. De esta vida no puedes estar seguro ni un segundo.

El niño está muy agitado. Nos faltan manos para poder acogerlo. Corre por la casa, está un rato en su habitación, baja volando para hacer algo, que al final ni siquiera es capaz de encontrar. Cuando le pregunto lo que quiere sale:

—Busco mis dibujos, tío Frederik. Es que los necesito, ¿comprende?

—Vaya, ¿los necesitas? Y ¿qué quieres hacer con ellos?

—Vaya pregunta. Quiero verlos.

Ahora estoy tirándole de la lengua. Quiero saber si se acuerda de algo de su pasado. Digo:

—Pero ¿es que no te acuerdas que tú mismo hiciste pedazos todos esos dibujos?

Me mira con cara ofendida y dice:

—¿Yo? ¿Que yo he roto mis dibujos? ¿Yo? No me lo creo. ¿Dónde están, tío Frederik? No será que se rompieron, ¿no? (—pregunta).

Oímos que el niño realmente no se acuerda de nada del terrible pasado. No creo que sepa algo de todos esos líos un poco bajos ni quiero saberlo.

—Pues ven, René, quedaron algunos.

Estamos en mi habitación. Saco las cosas del armario y se las entrego. El chico se abalanza sobre su arte y besa las hojitas de papel, besa todo lo que hay en ellas y exclama:

—Qué contento estoy, tío Frederik, de que me hayas guardado todo esto.

Va a su habitación. Solo un momento, entonces baja corriendo y se los muestra a Anna y Erica.

—¿Mamá? ¡Mira! ¿No son hermosos? ¿Verdad que son bonitos? Que contento estoy, qué bueno de tío Frederik que me los haya guardado. —Y acto

seguido—: No tendré que irme otra vez, ¿verdad, mamá? Oye Anna, ya no tengo que irme, ¿no? Vamos, dime algo. Dime algo. Ya no tengo que irme, ¿no, mamá? Oye, tío Frederik. Se lo voy a preguntar a papá. Qué bueno, ya no tengo que irme otra vez.

Él mismo lo dice y va arriba. Lo sigo. Veo que empieza a mirar esas cosas con mucha atención. Guardé el dibujo a pastel con la pequeña cancela y el bu. Observa con la mirada seria, por lo menos cinco minutos, después me mira y dice:

—¿Pensabas, tío Frederik, que me había olvidado del bu? ¿Te olvidaste tú de él? Ahora sí que ya no viene, ¿verdad, tío Frederik? ¿Verdad que no? Ese ya no volverá, ¿no? Le tengo tanto miedo. Ay, hace tanto frío allí.

Se me acerca y pone sus tiernas manitas en las mías. Podría ponerme a llorar de felicidad. Agarra el dibujo y lo hace trizas.

—Bien —dice—, ese ya no volverá.

Es como si el niño ajustara cuentas con el pasado. Y después pregunta:

—¿Vamos a comprar ahora esos colorines tan bonitos, tío Frederik?

—Buena idea, René, pues vamos a hacerlo ya. Vamos, ven, vete a mama o Anna para vestirte.

Se va volando. Cuando llego abajo ya me está esperando. Naturalmente, a Erica le parece estupendo. Una vez fuera y cuando nos encontramos con sus antiguos amigos, cuando oye el “¡Hola, René!” le da por reflexionar y sí tiene que preguntarse: “¿Quiénes son esos?”. Los chicos lo conocen, no se han olvidado de él; abre la puerta de sus recuerdos y pregunta:

—¿Esos también dibujan, tío Frederik? —Y después de nuevo—: Y ¿cuándo vamos a ver los cuadros?

—Es lo que vamos a hacer ahora primero. Vamos a ver los cuadros y después compramos colorines hermosos.

Voy al museo municipal. Pues allí verá bonitos cuadros, es una pasión que ya recibí pronto vida y conciencia. Es una buena señal, ojalá que no haya nada detrás, lo cual me asusta. Los sentimientos conscientes de ese tipo siempre lo alteraban. Eso es lo que va demasiado rápido, es algo que para su carácter le llena demasiado el alma, hace que se pierda. Ahora ya sí lo podemos evitar, pero sigue pidiéndolo, y lo hace hasta que decides: “Bueno... haz lo que quieras, aunque te pierdas por eso, vamos, adelante, es algo de lo que de todas formas no nos podemos librar, tú tampoco. Vamos, rómpelo todo, arroja las cosas, después volveremos a empezar otra vida, una vez más”.

Entramos al museo. Aprendo a verlo a él como un entendido en el arte. Estamos delante de un maestro antiguo, uno del sector mediano por el que el mundo ahora paga poco, de la categoría que para mí representa el tercer o cuarto grado de este arte y de quien el más grande de todos alcanzó la quinta, sexta o séptima categoría, una selección que no puedo aclarar con más

precisión. Es así como lo veo yo. Así que cuando estamos mirándolo René de pronto dice como un adulto:

—¿No es eso una maravilla, tío Frederik? Qué bonito, ¿verdad? Ay, ¡ojalá fuera capaz de hacerlo yo así! Y mira eso. ¡Vamos, mira, tío Frederik! ¡Mira esos árboles, esa luz! Qué bonito, ¿no?

El chico se sienta, es algo que lo fuerza a sentarse. No me da la lata para nada, me acompaña un gran amigo con sensibilidad por el arte, y que encima entiende. Creo que tiene muchos años más. O será que está imitando al enfermero. Le pregunto:

—Pero ¿es que viste allí arte, René?

—Las reproducciones, tío Frederik. Ahora veo los auténticos.

Ahí es nada... estos son los auténticos, eso él lo sabe. También lo sé, pero hay miles de niños de su edad que aún no lo saben. Es un retrasado en comparación con los otros niños y la vez está a años luz de su propia edad. Veo su genio, solo es posible que crezca y florezca eso. Estoy loco de alegría, aunque luego haga añicos todo, aunque esta noche o mañana desplume a las gallinas, aunque vaya a hacer “buuuuu”, tanto que ya no sepamos dónde meternos... Este sentimiento que ahora posee me dice que René está creciendo, ¡que se curará! En esta vida está despertando el arte. Lo que vivió Mozart, lo que experimentó de niño ¡es para él psicología! Lo que Mozart transformó como niño en música, para él es bu..., para René es hacer el loco, su mundo sobrenatural, todo de lo que los adultos aún no sabemos nada porque hemos quebrado nuestro yo por completo; ¡nuestros ojos están ciegos, ya no ven esa luz!

Empiezo a comprenderlo. Cada nota interpretada por Mozart es para René ahora un fenómeno interior. Dios sabe que lo que aún viviremos con él será un placer para esta humanidad. Lo que Mozart aportó al oído y a los sentimientos, este “niño prodigio espiritual” lo aporta al alma hacia nuestra vida. ¡Esta vida está despertando! Qué feliz me siento. Dice:

—Mira este mar, por ejemplo, tío Frederik, me parece tan hermoso.

Habría que oír cómo dice la palabra “hermoso”. Lo dice como si adquiriera forma en la profundidad de su corazón. Se ha convertido en fluido vital. Esa palabrita te canta con todo su encanto. Tiene un sonido amoroso, ahora adquiere espacio, radiación, arte, como dice él. Me lo como a bocados. Aprieto al chico contra mi corazón. Parece que ahora tiene diecinueve años y tiene sensibilidad por los viejos maestros. Los mira para comérselos, le desbordan el corazón. ¿Sigue estando loco ese niño? Sé demasiado bien lo que esto significa, no podemos cantar victoria antes de tiempo o esta felicidad volverá a sufrir un varapalo. Luego volverá a destrozar las cosas, la vida arrasará como un vendaval y volverá a aparecer la sábana de fuerza. Pero ¿será que volveré a tener razón? Oh, soy tan feliz de que ahora podamos contemplar lo normal. No me fío un pelo de su bu.

Está ante una pintura de Cristo. Siento silencio en su vida. La emoción con la que mira al Mesías crucificado es como si sintiera ese dolor y esa pena inhumana, y como si quisiera vivir algo de eso. Es como si preguntara:

“¿Por qué la gente hizo eso? ¿Por qué te han pegado y torturado tanto? Pero ¿por qué? ¿Por qué?”. El niño está emocionado. Me pregunta:

—¿No es este Nuestro Señor, tío Frederik? ¿Lo golpearon tanto?

—¿Quién te habló de Su vida? —pregunto.

—Pues, el enfermero y la maestra.

—¿Qué maestra?

—Bueno... ya sabes, la de antes, donde me dieron esas palizas.

Todavía conoce su pasado y al parecer nada se le ha olvidado. Aún vive bajo su pequeño corazón. Y sin embargo, ¿cuánta conciencia había entonces en este niño mientras nosotros pensábamos que estaba completamente loco? ¿Cuánto sentimiento había en él cuando le sangró la nariz de los golpes que le dieron e iba rodando con los chicos por la calle? Cuando pensábamos que no estaba, el niño nos miraba y nos pedía ayuda, pero no oíamos cómo clamaba, estábamos sordos para ello. Eso me dice que él siempre tenía un determinado porcentaje de conciencia diurna, de lo contrario ya no habría sentido a esa maestra. Él lo sabe todavía como si hubiera ocurrido ayer; para mí es una prueba de que sí puede vivir algo de su propio yo en todo. Aquí se puede sentir el silencio en él. No se cansa de Cristo. Los ojos de un niño se clavan en un pasado horrible. El alma de un niño desciende en una pena y dolor inhumanos y quiere saber algo más de eso, algo que no es de este mundo. Creo que reza, le tiemblan los labios, cómo le gustaría poder abrazar a esa figura. Hay que ver su carita. Oigo gemidos interiores, tengo que liberarlo, desprenderlo de esta imagen, de este mundo, golpea su ser.

—A ver, René, mira esto. ¿Ves esos bonitos platos y copas, y esas manzanas y peras? ¿Ves ese pan y el arenque, y ese huevito? Es una naturaleza muerta, así lo llama la gente porque son cosas materiales que representan la vida. Estas cosas tienen algo que decirle a un pintor. Bonito, ¿verdad?

—Sí, tío Frederik, ya me gustaría saber hacerlo igual.

—Si te esfuerzas, lo conseguirás.

¿No es asombroso? Es igual que una persona mayor. El chico se llena absorbiendo toda esta belleza.

—Y mira esto, René.

—Ah, ya entiendo, tío Frederik, esto es un paisaje. Un molino y una gran extensión de tierras, con vacas. Es precioso, ¿no te parece?

—Muy bonito, René.

—Oh, me parece tan bello, tío Frederik, los cuadros me encantan (—dice).

‘¿No es para ponerse a llorar hasta la última lagrima cuando oyes a este niño?’, pienso. Y al instante me pregunta:

—No tendré que hacerme médico, ¿verdad?

—¿Quién te dijo eso? ¿René?

—Como papá es médico. Y ¿no quiere papá que me haga médico?

—Se lo preguntaremos.

—Es que quiero dibujar y pintar, tío Frederik. Ah, es tan hermoso.

Es el grito de su alma, esto no se puede cambiar, es una gran suerte que la vida ya se esté manifestando ahora. Todo su yo, su personalidad es arte y nadie lo ve. ¿Qué será lo que semejante flor hermosa quiere hacer? No se cansa nunca, su pequeña vida se encuentra ante revelaciones que ciñen mundos fantásticos y que los adultos llamamos tonterías de locos. Esa ingenuidad la veía yo antes en mí mismo. ¡Todo es esperanzador y no existen los “qué pena”! Esto lo grabo en mi memoria y no quiero que se me borre nunca.

Lo llevo mal que bien hasta la puerta, ya basta así, pero cuando estamos fuera pregunta si le doy permiso para echar un último vistazo a Nuestro Señor. Le digo:

—No, ¡más tarde!

Se suelta y solo un poco después ya me pregunta:

—¿Y vamos a comprar ahora colorines, tío Frederik?

—Eso lo vamos a vivir ahora, René. Ven, los tendrás y además papel para el que compras esos colores.

Hemos llegado a una tienda de arte y al mismo tiempo podemos comprar los colorines. Otra vez está mirando el arte. Lo oigo decir en voz alta:

—Qué porquería esto.

El dueño lo oye y espeta:

—Vaya, ¿es una porquería? ¿Quieres echar abajo mi mercancía, mocoso?

René se queda pálido. Me mira, preguntándome si quiero defenderlo.

Digo:

—Tiene razón..., porque acabamos de estar donde los viejos maestros.

—¿Cómo dice usted? —pregunta el hombre—. ¿Donde los viejos maestros? ¿Y este hombrecito ya ve las diferencias en el arte? ¡Ahora ve...!

Le guiño el ojo. No te pases de la raya, déjalo estar, para un niño ya basta. Elegimos colorines. Una caja de tiza, papel para hacer sus garabatos. Sabe lo que quiere, sabe distinguir un arte de otro. Lo que los niños despabilados son incapaces de determinar para él es negro sobre blanco y no se equivoca. Otra vez más una expresión de sentimientos como para besar... es que ya no lo reconozco, este es un consciente que está muy por delante de su tiempo, ¡no existe otra posibilidad!

Cuando llegamos a casa se va volando arriba. Erica y Anna —Karel no está— tienen que saber cómo le fue. Ahora que oyen todo de mí no se lo creen, es demasiado bonito como para ser cierto. Y sin embargo: ¡es la verdad! Mejor lo dejamos hacer sus chapuzas. Mientras tanto consigno en el cuader-

no de bitácora:

“Hoy nuevas experiencias con milagros. ¡Nuestro René está sano! Sí, ya sabemos que será algo pasajero, pero ahí está, no es cualquier cosa. Estoy obteniendo razón en todo. Poco a poco vamos hacia un lugar mejor, hacia donde crecen naranjas en los árboles y donde, no obstante, no puede haber un clima cálido, lo cual a su vez también es otro milagro. Solo quiero decir que pisamos tierra firme, que no estamos sobre arenas movedizas. ¿No es milagroso?”

El chico ha salido mucho mejor de lo que me esperaba. Creo que ya se clavó en Cristo; ojalá que no signifique que esto lo haya desbordado. Tengo plena confianza en ello; ¿vamos hacia extrañas opciones de los sentimientos? Primero tendré que verlo. Quizá lo sabremos en breve, porque creo que se ha disuelto en tanto que dibuja. Naturalmente, estamos alertas, atentos, todos estamos vigilantes; nadie entre nosotros se dormirá mientras él esté aquí y nosotros disfrutemos de su vida. Esta pequeña alma está experimentando una sorprendente elocuencia. Sabe hablar como un adulto, al instante vio que ese otro arte no pintaba nada. Todavía lo oigo decir “Eso es porquería”, y, sí señor, ¡esas obritas cuestan siete florines y medio! En René se está despertando arte, arte material y espiritual. ¡Ayer y hoy obtuve razón! Antes nadie me creía. Ahora tampoco, si les preguntaras a bocajarro no creo que llegarías a oír un “sí” sincero. Pero ¿qué es lo que quieren? ¡Hoy hay fiesta en mi corazón, también en los de ambas madres y en el de Karel, nuestro chico grande! Felicidad, oh, Dios mío, ¡le contaré a René todo sobre Su Hijo! ¡Todo! ¡Para que él también lo ayude a cargar a Él!”

Cae la noche, todavía no nos deja ver sus dibujos, y ese honor se lo vamos a conceder, claro que sí. Se queda dormido en menos de cinco minutos. Cuando estamos abajo, mientras Karel se fuma su purito y yo he encendido el mío, mientras Anna y Erica se ocupan de las corbatitas y los calcetines para el niño, se van soltando las lenguas y es René por aquí y pequeño René por allá. “¿Cómo lo ves, Karel?”, “¿Qué piensas de esto, Frederik?”, “¿No te parece un milagro, Anna?”, “¿No es como para sentirse feliz? Dios mío, qué días estamos viviendo, qué felices somos, poseemos el mundo entero. No es así, ¿esposo mío? Pequeño Karel mío, ¿Karel?”

—Para ya —responde Karel—. Basta ya, diría Frederik, no exageres.

Yo le digo a Karel:

—Él teme en que te empeñes en que vaya a ser médico.

—¿Todavía? Y ¿eso te lo preguntó a ti?

—En el museo, Karel. Está desbordado con lo que pintado. Por cierto: esos pensamientos nunca lo abandonaron. Todavía se acuerda perfectamente de la maestra, y también de esa tremenda paliza, de todo. Pero ser médico es algo que teme.

—No se puede saber, ¿si sigue así?

—Ya se te pasará, Karel. En él lo que vive es el arte. Es algo que no se puede remediar, para él es igual que lo fue para Mozart, su alma se desvive.

—No querrás compararlo con aquel genio, ¿no?

—De ninguna manera..., pero hablo del sentimiento del niño, de la revelación correspondiente, nada más, pero tampoco nada menos.

Las mujeres me dan la razón. ¿Ves? Así es como vuelves a estancarte por completo con Karel. Es que es incapaz de pensar de otra forma. Vuelve a ser uno de esos cataplum en su acequia. Estamos habituados a eso, pero te encallas por completo, de pronto la conversación muere, se asfixia. Ya no saber por dónde empezar. El propio Karel lo percibe y dice ahora:

—Ya veremos, Frederik. Hay que esperar, todavía no hemos llegado, aunque reconozco que hoy su conciencia ha estado asombrosamente buena. Estoy contento y podría sentirme feliz si no conociéramos a aquel caballero.

Erica también tiene algo que decir y le lanza a la cabeza:

—Así es como eres tú. Ayer todo eran maravillas. Hoy ya vuelve a ser un chasco, así es imposible que alguien levante cabeza. Nunca eres capaz de respirar hondo. Mira lo que te digo: a mí me da igual que en cinco minutos recaiga. Esto que veo ahora me llena de esperanza. Creo que Frederik está teniendo razón en todo. Siempre lo dijo; no sé si preveía las cosas, pero sus análisis, Karel, superan con creces los de ustedes (vosotros). Cuando dejábamos caer las cabezas, cuando nos dábamos tortazos contra el suelo, era Frederik quien nos volvía hacer pisar tierra firme. No voy a dejar que me quiten esta felicidad, tú humor siempre anda por los suelos, pero a mí eso me tiene harta; me deja sin aliento.

—Vale ya, ya basta, cariño, no es lo que quiero decir. ¿No puedo opinar honestamente? O ¿tengo que bailar de alegría?

Anna también dice algo y, además, da en el blanco, porque oímos:

—Son (sois) perros ingratos. En lugar de festejarlo, lo convierten en un rifirrafe. ¡Vergüenza, vergüenza es lo que deben (debéis) sentir!

—Mira esta Anna —dice Karel—. Tienen (tenéis) razón, hijas. ¿Me permiten (permitís) que esta noche invite yo? ¿Brindaremos a la salud de René, Erica?

—Sí, adelante. Y ¿sin embargo? ¿Por qué la gente siempre tiene que beber cuando no quiere que a sus amigos y propios hijos les falte salud? Pero a mí bien me parece, haz lo que quieres, ¿tú qué dices, Anna? A ti también te apetece algo. Mejor trae ese vino francés, Karel. “Le Château le Critique”, ¿no es así, Frederik?

—¡Así es...! Vamos, sirve, aquí arriba nadie pone objeciones. Pero ¡a condición de que no te olvides de los pobres!

Karel regresa y sirve. Hans llamó un poco después y dice que vendrá

mañana por la noche. Quiere ver a René. La semana que viene saldrá otra vez de la ciudad... Está ocupado con su profesorado.

—Lo va a conseguir —dice Karel—, ya no lo reconocerás. Cómo ha cambiado ese tipo.

Anna pregunta:

—¿En el buen sentido? O ¿tiene que ir a buscarse otra Hansi? ¡Esas uvas están demasiado verdes! Pff..., las cosas que le apetecen a la gente. ¡Salud!

—Y ahora ¿qué estará pintarrajeando? —Quiere saber Karel, a lo que Erica contesta:

—Todavía no nos deja verlo.

—¿Y a eso cedés?

—¿Por qué le pondríamos trabas a eso, Karel? Pienso que un niño tiene los mismos derechos que nosotros, los adultos. Yo por mí le deseo ese capricho.

—Y ¿a ti, qué te parece, Frederik? —me pregunta Karel.

—Yo lo veo así, Karel: si esto no otra cosa, debo verlo como un despertar interior. ¿Cuál es la actividad de un artista?

—Vuelves a exagerar, Frederik.

No me hace falta contestarle, ya está Erica, que dice:

—¿A eso lo llamas exagerar? ¿Es esto exagerar? Frederik tiene razón. Yo actuaría igual. Es respeto por el arte —a lo que Karel espeta, entre risotadas:

—Esa sí que es buena... Es lo que faltaba, mañana serán los viejos maestros. ¿No es así, Frederik? (—pregunta).

Salvo la situación porque siento que a Karel le pasa algo y que por eso está irritado.

—¿Tienes enfermos graves, Karel? —Mi pregunta le deja noqueado y le hace inclinar otra vez su cabezota campesina, porque siente que he visto sus intenciones.

—Sí, Frederik... creo que esta noche otra vez se me irá uno. Es un caso de diabetes. Me imagino que ya no tardarán en llamarme.

Mira con la cabeza hacia el suelo... tiene la mirada perdida en el vacío. Y ni cuatro minutos después ya suena el timbre. Que si quiere venir el doctor. Me pregunta:

—Frederik, si quieres saber si los seres humanos tenemos un alma, podrás disfrutar ahora; es el final de un alma que busca, que jamás lo encontró en su vida. Perdóname mis irritaciones, cada ser humano tiene de vez en cuando sus bajones, sus subidas y bajadas, ¿no es así? ¿Qué quieres, Frederik? ¿Quieres acompañarme?

—¿Es posible? La gente me conoce allí y sabrán que voy por curiosidad, ¿no? ¿Es posible? ¿Puedes justificarlo, Karel?

—Vuelves a tener razón, Frederik. ¡No puedo ni debo hacerlo! Pensarían que estoy mal de la cabeza. Pero habrá más ocasiones como esta y entonces

no me olvidaré de ti. Pero tengo otra cosa más para ti, eso también tiene que ser un gran milagro para ti, y ya sé ahora que con eso te brindaré horas felices. ¿Qué te parecería un nacimiento, Frederik? ¿No te parece? Tú, que has montado tu puestecito entre la vida y la muerte para averiguar cuántos peregrinos pasan cada día para ir hasta Dios, tendrás que considerar esto lo más elevado de todo para tu vida, para tus estudios, tu tarea para tu alma, espíritu y materia, ¿no? ¿Qué sientes? ¿Ya te estás estremeciendo?

—Me dejas helado, Karel. Santo cielo, hay que ver cómo sabes a lo que uno le da vueltas toda la vida. Si fuera posible, si no es otra vez algo inhumano. Me conoces: no quiero herir a los padres. O ¿crees que es agradable dejar que un extraño mire aquello que te es lo más sagrado? ¿Qué dirías tú si yo hubiera ido a ver a tu mujer porque a su médico le divertía tanto hacerle el favor a un amigo que pudiera ver cómo daba a luz?

—Ya me avergüenzo, Frederik. Tengo que cambiar mi visión de la vida. ¡Con mucho gusto te doy razón! Parece que no lo aprenderé nunca. Pero, honestamente, dime... ¿no es eso para ti lo más milagroso que hay?

—Karel, si se me brindara esa felicidad, ya no quisiera vivir ninguna otra cosa. En cuanto a aquello de morirse... eso es otra cosa, ya he visto morir a tantos. En mis brazos se fueron a ese mismo puestecito, y yo cerré aquellos ojos... porque tú no me conoces todavía. Porque aún no sabes dónde me he metido toda mi vida. ¿Sabes tú a quién has metido en tu casa dándome un lugar en el seno de ustedes (vosotros)? No quiero que ahora me echés una flor, ya llevo bastantes en mi sombrero, a ti también te deseo una. Pero... ¿un nacimiento? ¡Poder seguirlo tranquilamente y con cortesía! He visto nacer a al menos un centenar de negritos (cuando se escribió ‘Las máscaras y los seres humanos’, en 1948, la palabra “negrito” era una denominación habitual para alguien de piel negra u oscura). Acogí esas vidas, Karel, pero si tú crees que hay diferencia entre negro y blanco para estos asuntos sagrados, me voy contigo y me darás la hora más feliz sobre la tierra.

—Por mí que revientes... Contigo nunca sabes lo que te puede tocar. Parece que tuvieras mil años. Pero ¿es que entonces no hay nada que aún no sepas, Frederik?

—Tú mismo comenzaste, Karel. ¿Es mi culpa que fui a parar en medio de la jungla y que me hicieron médico para todos esos negros?

—¿Qué dices?

—Mal que bien me convirtieron en eso, en un médico, Karel. Así es como vi nacer a los negritos. Y qué bonito... basta con que veas esas cabecitas negras. Y ¡cómo gritan!

Karel sale de casa escopetado.

—Creo —dice Erica— que ahora lo has asesinado. —Y me pregunta—: ¿Lo dices en serio, Frederik?

—Claro, Erica, ¿alguna vez me oíste contar cosas que me haya sacado de la manga?

—No, eso no. Pero, santo cielo, ¿cuántas cosas no fuiste ya? ¿En cuántos sitios no estuviste ya? En el fondo, ¿qué sabemos de tu vida? Nada. A ver, Frederik, cuéntanos algo. Venga, sí... hazlo. Nunca nos contaste todavía nada de ti mismo y cada vez nos encontramos ante los hechos consumados. A las horas menos previstas apareces con las historias más increíbles, cada vez nos colocas ante un nuevo milagro de tu vida. Te vas paseando de una vida a otra, así, sin más, entiendes de cualquier materia y te comportas con torpeza e ingenuidad. Lo reconozco: antes tú eras así, has cambiado muchísimo, pero cuentas sin inmutarte, como si tal cosa, que has ayudado a traer al mundo a centenares de negritos, cuando Karel te quería sorprender de verdad. Creo, Frederik, que ahora lo has dejado muerto con tu golpe. Pero, anda, cuenta algo de ti mismo, ¿vale?

Anna también mira, pero no dice nada. No pregunta y espera. Digo:

—Bueno, hijos, Hans y Karel oyeron algo al respecto. Qué les (os) parecería si dijera que en plena noche, con la luna nítida como un cristal y llena en el firmamento..., con la esfinge a mis pies, quise escalar la “pirámide” con una escalera de mano y la “esfinge” me dijo: “Hay que ver, muchacho, ¿de dónde sacas el descaro de trepar, a mis espaldas y como si fuera chatarra, por lo más sagrado de lo más sagrado para mi vida y la tuya? Estarías temblando y estremeciéndote si supieras por qué estoy echada aquí velando; te avergonzarías, llorarías hasta quedarte sin lágrimas y muerto y bien muerto de pobreza y miseria si supieras la tristeza que me causas. Ay, chico..., vuelve a casa o tendré que castigarte”.

¡Y entonces salí por patas...! Alguna vez lo conté de otra manera, pero uno no cuenta así como así lo más sagrado de su vida a otros que a fin de cuentas lo convierten en una broma. ¿Qué más tengo que contarles (contaros), hijos? Se me concedió ver algo de esta tierra imponentemente hermosa. Tenía el dinero para ello, lo tenía todo, y entonces ¿qué hace uno? De verdad, yo estuve en la jungla, realmente vi como nacían los negritos, pero no son cosas que uno va contando por ahí, ¿no? Honestamente, nunca antes vi a alguien que por dentro fuera completamente blanco, todo es negro en y en torno a nuestra vida.

Erica todavía no tira la toalla. Pregunta:

—Pues sigue un poco más, ¿no, Frederik? Concédenos esa diversión, entonces, nunca te pedimos nada.

—¿Qué quiere saber, señora?

—No empieces con “señora” o sales volando de aquí. Quiero saber algo de ti. Antes de que llegara René siempre te oía decir: “No soy más que un profano”. Visto a posteriori resulta que vas por delante de todos. No saben nada,

Frederik. ¿Por qué seguiste tanto tiempo haciéndote el tonto?

—¡Lo sigo siendo, corazón!

—No lo eres, ¿verdad que no, Anna?

—Soy como soy, Erica y Anna, ¿estás o no estás! ¿Sabes una cosa, Erica? Lo que a la sazón llamabas conversaciones “cuerpo a cuerpo”, lo que para ti eran charlas cuerpo a cuerpo y para las que no encontrabas palabras, eso lo estoy viviendo yo ahora. Estoy empezando a comprender lo que es. Me lo enseñó el pequeño René. De verdad, es un milagro.

—¿Cómo descubriste así de pronto que sabes hipnotizar?

—No lo descubrí, Erica. El “hipnotismo” me vino encima, me llevó a actuar y a pensar. Sigo sin conocerlo. Pero creo que me llega justo cuando no quiero saber nada de eso. Y eso me dice que es como si recibieras todas estas cosas a cambio de nada, como un regalo. Pero sí es algo especial. Sí, hay que ver lo que se nos concedió vivir. Créeme: esto ya se me había olvidado otra vez. Pero no sabemos para qué sirve, para qué podremos usar esas fuerzas alguna vez. Mejor aguardo, a fin de cuentas es imposible adelantarte a ti mismo, todo se revela a tu propia vida a la hora propia y determinada.

Se me concedió ver y vivir muchas cosas. ¡Cielos! He de reconocerlo: algunas veces me pasaba un poco de rosca y entonces por lo visto para los demás ya no era posible seguirlo. De verdad, casi era un médico, casi un mago, casi un yogui, y ahora espero convertirme en un “iniciado”, por mis propias fuerzas, como lo dijo una vez mi querido Ra y me llegó por la “esfinge”. Deberías haberlo oído cuando corrió por aquellos labios ese ‘Vaya, vaya, muchacho’. Igualito como es capaz de hacerlo René cuando oyes su “hermoso”, si pudieras te beberías al chico, Erica. Te quedas mirando en un mundo que nunca antes viste: Dios mío, hijos, pero qué felices que somos. Le oí decir “Qué hermoso”, créeme, nunca antes lo oí, fue una consolación, ya nada improbable, sino sobrenatural y consciente, tal como los seres humanos todavía no lo conocemos. ¡Una simple palabra te pone en llamas y estarías dispuesto a subirte a la hoguera! Sí, claro, te parezco exagerado, pero te digo: era igual que un espacio de tan hueco, de tan abombado, de tan ingeniosamente que pronunció la palabra y que salió de su boca. Yo para mí soy feliz con todo lo que me regala. Ahora ves que todavía hay otras cosas que viven en él.

—¿Quién es ese Ra, Frederik?

—¡Deberías avergonzarte, Erica! Tú deberías saberlo.

—Se me olvidó.

—Es una deidad egipcia.

—Vaya, pero ¿qué se te perdió a ti allí, tan lejos? Frederik, ¿también tiene que ver algo con eso René?

—¿De dónde sacas eso así de pronto?

—Pensé: ‘Tiene como de esos síntomas egipcios’. Alguna vez ya he leído

sobre eso. O sea, lo que quiero decir son las cosas de esos sacerdotes. Ya me adelanto a decirte que no me gustan esos cuentos.

—Al oírte hablar así pienso en esa esfinge. Uno diría que sabes algo de eso, pero no es así, yo tampoco soy más que un profano en esto.

—¿Ves, Frederik? Así eres siempre. ¿No es cierto, Anna? Creo que tú tienes un complejo de inferioridad. Tú eres el polo opuesto de Karel. Karel quiere sobresalir en todo, tú te acoquinas por una sola palabra y entonces haces como si no entendieras ni papa, pero luego, con esas mismas cosas, a cualquiera lo dejas tieso. Eso no me parece bien, Frederik, no tienes que encogerte en exceso, no dudes en dar la cara. Ya sabes cómo lo queremos decir.

—Yo soy quien soy, Erica, no soy capaz de otra cosa.

—No es cierto eso, Frederik. Tienes talento para mil cosas, Karel tiene razón: tenías que haberte hecho médico. Contigo la ciencia ha perdido a un genio, creo.

—Vaya, vaya, hay que ver lo cabal que eres. Cualquiera se creería que tienes razón. Médico, ¿yo? Ya me estoy viendo, me estrellaría a cada segundo.

—Eso no te lo crees más que tú. Te regocija callarte durante años lo que podrías decir en este mismo instante y lo que a los humanos nos sería útil. Pero no lo haces. ¿Es bueno eso, Frederik? No creo que te estrellarías, sabes pensar. ¿Qué habría sido de nosotros si no hubieras estado tú? Habríamos vivido muertes y tragedias. Con Karel era imposible llevar las cosas.

—¿Tendría que haberte contado yo con antelación todas nuestras miserias? ¿No hemos visto los osos pardos, los chacales, las serpientes? ¿Debería haberte atiborrado con todas estas desgracias? ¿Debería...?

—Ya déjalo, Frederik, tienes razón. Pero podrías abrirte más, podrías contarnos más cosas sobre tu vida, ¿no? Has estado en todas partes, nosotros no. He de reconocer que estábamos enfrentados sin saber qué hacer. Yo me había derrumbado. Pero ¿dónde estamos ahora, Frederik? En realidad, ¿en qué punto de nuestro viaje estamos?

—Creo que acabamos de dejar atrás la jungla, hijos míos. Ahora nos espera un recorrido por el desierto a lomo de camello. Eso tampoco es tan sencillo. Allí puede hacer un calor de mil demonios, pero por las noches estaremos echados viendo la luna, soñando, viviendo cosas milagrosas y seremos uno con la noche, con la vida, con lo inconmensurable, de lo que formaremos parte. Entonces oiremos cuentos de hadas, que escucharemos como niños. Veo a Anna sentada bajo aquel árbol, y a ti con la espalda apoyada sobre la de Karel, pero muy por encima de nosotros oímos el trinar de un pájaro, el animalito nos lanza sus sonidos y dice:

“Bebe mucho esta noche, mañana te espera un viaje cansado”.

Vamos caminando por el desierto, miramos nuestras propias sombras y solo ahora sentimos lo poderosamente hermosa que es la vida. Allí voy co-

giendo —pero ya sé que no te lo vas a creer— margaritas y violetas, nomeolvides, con las que les (os) hago dos coronitas que les (os) pongo en la cabeza. Ahora soplo un poco, genero una brisa apacible, en el fondo voy besando a todos hasta que se queden dormidos y doy gracias a Él, allí arriba, por todo en mi vida. Creo que entonces no dormiré, tantas son las cosas sobre las que reflexionar. El árbol nos tiene naranjas: la fruta con la que puedes saciar tu sed y para la que está abierta tu vida interior. Si ahora sientes latir tu corazón, sabes que el beso humano anda sobre pequeñas sandalias y que puede explicar proverbios.

Aguardo unos instantes. Erica dice:

—¿No le soltarías una a este tipo, Anna?

Yo continúo, quiero elevar estas dos almas hasta lo infantil de mi ser para que vean las nomeolvides delante de ellas.

—El guía, Erica, que está con nosotros, lo he contratado temporalmente al rey de Egipto. Al hombre le dieron una vez —pero eso tampoco te lo vas a creer— la medalla de oro por llegar tarde a casa. Una vez estuvo desaparecido durante dos semanas, pero este hombre volvió a aparecer y preguntó qué era lo que en realidad pasaba. ¿Por qué se habían preocupado tanto? ¿No era un hijo de Amón-Ra? Él también poseía fuertes poderes mágicos. Fue él quien hizo que una paloma invisible llegara a tener vida material. Esa paloma, que así, sin más, obtuvo la vida por sus manos, regresó entonces volando al mundo habitado para llevar su nueva, porque allá se pensaba que se habían levantado terribles tormentas que impedían que avanzara. Y había tormentas, tan intensas, incluso, que el desierto entero se convirtió en un agitado mar. Ya sentirás que esto es aún peor que sobre las aguas. Ahora ya no tienes ningún asidero: ante tus ojos el único riachuelo que tienes para beber queda transformado por arte de magia en un lodazal, y allí estás. No hay nada líquido, estás muerto de sed y no puedes saciarla. Cuando tienes que vivir esas horas desesperadas, entonces, créeme, sí que empiezas a pensar un poco de otra manera. Lo que hace unos instantes eran todavía nomeolvides ahora se ha mutado en los aullidos de una rata del desierto. Y no veas cómo pueden aullar, es infernal. Todo el mundo se aferra a los demás y ahora ya no sabes que estás vivo. Ya lo estarás sintiendo: el rugido de semejante tormenta te enloquece, pierdes la vida, estás delante de la muerte, que te dice:

“Y ahora ¿qué quieren, gritones? ¿Lo ven? Basta que me deje oír un instante, que me deje ver, y ya enmudecen los fanfarrones, temblando de miedo. De verdad, qué risa me dan sus (vuestrs) cuentos humanos. Pero echaré un poco más de leña al fuego: ahora quiero acabar de una vez por todas con sus (vuestras) palabrerías, con ese pavoneo, con ese yo altanero, los (os) aplastaré. ¿Oyen (oís) mi chillido? Fue mi risa por ustedes (vosotros), gritones”.

Ahora es como si la gente, hombres y mujeres, se hubiera vuelto loca. Pero

llegó el guía y dijo:

“¿Qué quiere ese canalla? ¿Qué quiere ese hombre? ¿Qué cree ese ser humano corrompido que va a poder hacer ahora? Miren (mirad), hijos, de un solo golpe lleno sus (vuestrós) corazones de alegría y felicidad”.

Y así sucedió. Extiende la mano y, mira: silencio, paz, la gente yace bajo los árboles y está mejor que nunca. Todos están soñando, son cariñosos entre ellos y son tan felices que se comerían unos a otros. Semejante guía, es un ser humano, ¿o no? Y sin embargo, ¿viste su máscara? ¿Viste su voluntad, su rostro? Pero en ese instante regresó su palomita. Llama al animalito y lee el mensaje que le dieron también para él. Todavía se lo oigo decir.

—¿Qué oíste, Frederik?

—Dijo: “La fe, la esperanza, el amor: contienen absolutamente todo lo que Él creó. Pero ¿y si lo pateas?”.

—¿Eso es todo? —pregunta Erica.

—¿Todo? ¿Hace falta algo más? Nosotros lo entendimos al instante. Si vas pisoteando todos esos asuntos sagrados, hijos, entonces te pisoteas a ti mismo y todo lo que es Suyo, gracias a lo cual recibiste la vida. Mejor te lo digo: lo que pensábamos estar oyendo es justamente lo que él se guardaba para sí mismo. Ahora habíamos delatado su secreto, porque unos casi ya estaban matando a los otros para beberse lo poquito que quedaba. Entonces sentí: a ver, pisotea la fe, la esperanza y el amor, y verás que quien sucumbe eres tú. Quería hacernos sentir que no tienes confianza ni fe ni esperanza; nuestra mirada choca contra una máscara, que es la muerte, pero con la que juega a las cartas y encima ganando siempre. Y esa era su palomita.

—¿Qué clase de persona era esa, Frederik? Y ¿quieres hacernos creer que viviste una travesía del desierto durante semejante tormenta?

—¿Lo ves? No me crees de todas formas.

—Oye, pues, mira, Frederik, si tenemos que creernos todas esas cosas, habrías tenido no menos de mil años, tantas cosas son.

—¿Ves? Sus (vuestras) vidas van atrasadas. Yo estuve con esa pandilla que entonces experimentó una de las tormentas más duras, que vivió una de las más duras que jamás se vivieron en la historia. Desde hace tanto que ya lo conocía. Nos habíamos conocido en la corte egipcia. Yo iba de camino a comprarle a Su Majestad verdura que no estuviera enlatada. Una verdura que protegiera de la peste, del cólera y cosas así. Para eso tuve que hacer ese viaje. ¿Nunca oíste hablar de los mensajeros del Señor?

—¿Nos estás tomando el pelo, Frederik?

—Y dale, siempre lo mismo. No son (sois) capaces de escuchar. Cuento la sagrada verdad y no son (sois) capaces de creerme. Me piden (pedís) que cuente algo de mi vida y cuando lo hago ... ¡mentira cochina!

—Sigue, Frederik, no es lo que quería decir.

—Pero me sacas de mi sueño, Erica.

—O sea, al final ¿una fantasía?

—¿Una fantasía? ¿Es que no es un sueño semejante viaje? ¿Lo llamas una fantasía cuando las tribus salvajes van vagando a tu alrededor para asesinarte?

—¿Es cierto eso, Frederik?

—Tan cierto como que estoy sentado aquí.

—Y ¿qué es un mensajero del Señor?

—Un emisario... Erica, ¿nunca oíste hablar de ellos?

—¿Así que fuiste un emisario? ¿Un emisario? Dios mío, qué interesante. A ver, ¡cuenta! Pero estás hablando de Su Majestad, ¿no querrás decir que fuiste mensajero de Guillermo III?

—Ahora sí que me haces reír. Pero esto me dice que no me tomas en serio. ¿Cómo lo ves tú, Anna?

—Yo sí, Frederik, creo todo lo que dices.

—Gracias, Anna. Era mensajero e iba a comprar verduras para Su Majestad. Bien es verdad que dije “rey”, pero eso no significa nada. Tampoco hace falta saberlo todo. A veces tergiverso las cosas para que de todas formas sigas con otros asuntos, y, seamos honestos, a lo poético no le disgusta nada ponerse algo nuevo.

—Eres un escritor nato, Frederik. ¿Están todas esas cosas en nuestro cuaderno de bitácora?

—¿Lo ves, Erica? No sabes escuchar. Cuando te digo algo es tu propia alma la que piensa, y no debe ser así. No tienes que apartarte de la historia, de los sucesos. A ti qué más te da que se trate de un rey o de una reina. Iba a por verduras enlatadas y las iba a encargar por allá, por lo que tenía que atravesar el desierto. Toda esta historia ya está pareciendo una ensalada... qué quieres que te diga. ¡Ya perdí el hilo!

—Qué lástima, Frederik, ¿por qué no lo intentas otra vez? Mantendré cerrada la boca, el pico. Anda, sigue.

—Yo era el mensajero del Señor. La paloma que regresó traía el mensaje de que yo debía cambiar de planes y partir de inmediato a las Islas Canarias. De allí debía ir a China y Japón. Tenía que aprovechar la primera parada u oportunidad de separarme del grupo y proseguir el viaje enseguida. Había además un escrito de mi jefe, que me enviaba a una misión de espionaje, como si dijéramos. Y eso no me daba la gana. Resumiendo, no fui a China ni a Japón, bueno, sí que fui allí, pero para divertirme, por cuenta mía. Pensé: ‘Que les (os) dé un ataque de risa, allí en tierra firme, beban (bebed) ese buen vino, pero yo voy a mi aire’. Continué mi marcha con nuestro guía y aprendí mucho de él, porque día y noche iba montado a su lado sobre nuestros camellos. Y entonces me habló de su paloma, que era invisible. Y dije:

“Pues me servirá entonces como pantalla. Porque esto no es un verdadero

mensaje, ¿no?

“Vaya”, dice, “¿eso piensas? ¿Sabes quién soy? ¿Sabes de lo que soy capaz y por qué me entregaron el mando?”.

Dije: “Bueno..., ¿podría decírmelo?”.

—Pero, Frederik, es que ¿entendías a ese hombre?

—Hablábamos en inglés... él lo hablaba como su propio árabe. Y entonces me dijo:

“Estimado Frederik, ¿nunca oíste hablar de Ra, Re e Isis?” ¿Nunca oíste hablar de la Esfinge? ¿Ni de la pirámide de Giza?

“Claro que sí”, dije, “leí muchas cosas sobre ella”.

“Pues bien, ¡soy yo!”.

“¿Eres tú? ¿Tú eres Giza, la Esfinge, Isis, Ra, Re y todas esas diosas de aquellos tiempos?”.

“Yo soy...”, dijo con orgullo y engreído, y entonces también yo creí que me la estaba pegando. Y en ese instante dice:

“Vaya, ¿eso piensas? ¿Crees que te estoy contando cuentos? ¿Eso piensas? Pues mira esto, Frederik”.

Extiende la mano con el brazo tendido. ‘Dios mío’, pensé, ‘qué poderoso es ese hombre’. En su mano yace el Loto egipcio.

“¿Ves eso, Frederik? Esa sí que es mi diosa. Tengo miles de años. ¿Quieres ver mi amor? ¿Quieres ver mi felicidad? ¿Quieres saber quién soy?”.

“Me encantaría”, dije.

“Pues ¡mira!”.

Y entonces vi a su alrededor todo el Antiguo Egipto. Vi templos y edificios, entrábamos y salíamos. En ese momento me encontraba asistiendo a una reunión de los sacerdotes, que yacían postrados, con toda la sencillez del mundo, ante los pies de la diosa y que recibían lotos. Vi delante de mí a esa Reina. Y él... este ser humano, estaba sentado a su lado sobre un maravilloso trono. Y alrededor del trono, animales salvajes que lo obedecían a él y a la diosa, como perritos falderos. Entonces oí cánticos y cuando eso terminó les dieron su comida y bebida. Saboreé un vino delicioso, aromático. “Quien quiera seguirme”, dice la diosa, “que coma y beba de esta materia”. Nunca he alcanzado a descubrir si esto tenía que ver con lo que dice la Biblia. Después salimos. La luna estaba en su zenit, y llena como jamás la había visto antes. Roja como la sangre. La diosa dijo:

“Oh, felicidad mía, ¿dónde hemos nacido? Llego a sus pies. Me desvisto, porque quiero ser como usted. Madre..., madre: ¿puede usted animarme? ¿Se me concede preceder a los demás sobre el camino de usted? El avance para mi vida recibirá entonces la observación bendita de usted”.

Se arrodilla y se sume en un profundo sueño. Los demás siguen. Y ¿qué veo...? Vuelvo a verlos tan pequeños como maripositas. Tienen hermosos col-

orines, como suele decirlo René, revolotean y visitan la pirámide, la esfinge. Ascenden, van trepando esa pirámide, quieren entrar a la habitación de la torre, allí donde empieza y termina la vida, aunque no haya principio ni fin. Eso lo conocen, saben que enseguida se desprenderán de lo material. Veo que las maripositas se van haciendo cada vez más grandes, es como si fueran personas. Y ahora veo que es así. Entonces nuestro guía dijo:

“¿Me ves todavía, Frederik? Mira allí, ¡me estoy convirtiendo en mí mismo!”.

Y lo vi a él. Hermoso, poderoso, en una túnica como no había visto nunca antes, destellante, poderosa.

Dice: “¿Ya lo sabes?”.

“Lo sé, pero en realidad ¿qué eras allí?”.

“El Rey, Frederik”.

“Y ¿quieres demostrar con esto que eres eterno?”

“Los seres humanos somos la eternidad, Frederik, pero no hay que querer poseerla”.

“Eso no lo comprendo”, dije.

“Es muy natural, Frederik. Aquello que yo era allí lo sigo siendo. Pero cuando entro en aquello que ahora en el fondo ya no soy me encerrarán y seré un anormal”.

“¿De dónde sacas esta sabiduría?”.

“Tú también la posees, Frederik. Vive en cada ser, tienes que despertarla”.

“Si quieres ayudarme: ¿Como?”.

“¡Sigue siendo un niño, Frederik!”. Verifica absolutamente todo lo que se ha creado. Yo conseguí que me pusiera a volar. Créeme, la palomita ¡esa soy yo! Solo fui a ver si había algún mensaje para mí. Soy capaz de hacer eso, pero tú también puedes hacerlo, es capaz de hacerlo un cuervo llanero si tienes la fe, la esperanza y al amor para serlo”. Pero ya basta de hablar de esto o ya no llegarás nunca hasta allí, y eso te partirá el cuello, Frederik. Yo he perdido miles de esas cosas valiosas. Y aun así sigo existiendo”.

Y entonces se blindó completamente frente a mí. Hiciera lo que hiciera, ya no le salió ni una sola palabra de la boca. Cuando hubimos completado nuestro viaje y nos íbamos a separar, y mi camino me conducía a otra parte y él tenía que regresar con una nueva caravana, todavía añadió:

“Regresa a tu país, Frederik, y enseña a los buenos de espíritu, para que también tú vivas lo que está abierto. Mi corazón y mi alma te saludan. Podrás contar conmigo en las horas de peligro. ¡No lo repartas! ¡No entres en ello! ¡Si no, no llegarás nunca! Y no olvides nunca esto: ¡Es el Loto! Él te puede brindar todo esto, pero póstrate a sus pies. Solo cuando te llegue la palabra, Frederik, podrás escalar la pirámide. Y cuando oigas que te llega la palabra escucha bien entonces. Has de saber entonces: ¡Es la Esfinge! ¡Ninguna otra

cosa! Adiós, amigo mío, adiós, ¡ya nunca más estaremos solos!”.

Quiso marcharse, pero todavía le pido:

“Házmelo ver, házmelo saber”.

Enseguida adoptó aquello en lo que yo estaba pensando. Me tomó de la mano, manteniéndola agarrada en la suya de forma especial, dio unas vueltas más conmigo y dijo:

“Si la ‘luz’ es vida, Frederik, y sientes que todo en nuestra existencia es amor, llegará a tu corazón y lo sentirás. Entonces ya no te cabrá duda... ¡lo sentirás! Y ahora vete o te quedarás dormido”.

Menudo lerdo que soy... Menuda cebra que soy, menudo burro. Dios mío, podría darme una buena tunda a mí mismo... pero menudo bicho que soy.

—¿Qué te pasa, Frederik?

—Nada, sería capaz de pegarme una buena paliza.

—¿Por que? Con lo hermoso que es todo lo que nos cuentas.

—No lo es, hijos. Se me acaba de ocurrir algo, solo ahora. Hay que ver qué lelo soy. Pero qué pobreza, qué instinto de perro. Cómo es posible. Pues claro que Dios diga: “¿Ustedes? (¿Vosotros?) Ni estando encima se enteran (os enteráis) todavía. Soy un pedazo de miseria, por si a alguien le interesa saberlo”.

—Pero ¿qué te pasa, Frederik?

—Nada, hijos, nada, pero lo tendré en cuenta. ¡Soy un lerdo! Dios mío, pero ¡qué zopenco que soy!

No oímos entrar a Karel, que ha estado escuchando todo este tiempo. Dice:

—¿Quién era ese, Frederik? ¿Describes todo esto?

—Yo también ya se lo pregunté, Karel. Es asombrosamente bello. Lo que no haría yo por eso. Y ahora quiere darse a sí mismo una paliza. ¿Eres capaz de entenderlo tú?

—¿Quién era, Frederik?

—Mi ángel de la guarda, creo, Karel, pero ya nunca más volví a ver esa vida.

Karel ríe, Erica está furiosa porque cree que quiero volver a romperlo todo y que me acoquino. Pregunta:

—Frederik, ¿era capaz ese hombre de detener una tormenta?

Karel vuelve a mirar, piensa: ‘¡Cómo se ha vuelto a pasar de rosca!’. Se sienta y escucha. Cuando sintonizo con su vida huelo una muerte. Es un aura negra, que se me hace sucia y que da una impresión babosa. “Hay que ver qué muerte”, me sale de la boca. Karel ya lo comprende. Erica, ahora también y le pregunta:

—¿Ya estamos, Karel?

Karel asiente con la cabeza... Ella me vuelve a preguntar:

—¡A ver! ¿Qué nos dices, Frederik?

—En verdad, Erica, extendió la mano y la tormenta cesó. Pero no como imaginamos nosotros, ¿entiendes? La paralización de la tormenta sucedió desde dentro. Y ya no hubo tormenta, ni siquiera la hubo nunca, él te daba fuerza y vigor, la fe, la esperanza y el amor para ti mismo. Y entonces es que hubo silencio y pensábamos en algo completamente diferente.

—Karel, ¿sabes que Frederik hizo una travesía del desierto y que fue un emisario del Señor?

—Pero ¿qué tonterías has vuelto a contar esta vez, Frederik?

—¿Tonterías? —espeta Erica—. ¿A eso lo llamas tonterías? Pero si tendrías que haber escuchado la historia. Frederik era mensajero de Su Majestad.

Karel suelta una carcajada.

—Es que tú, Karel..., tú no te crees nada. Pues ¡cuéntaselo, Frederik! Si es por nosotros, que lo cuente otras diez veces, ¿no, Anna? Cómo sabe contar este hombre. Karel, deberías haberlo oído. Frederik es igual que un príncipe oriental. Oh, la de cosas que aún viviremos.

—Si te digo... —respondo brevemente— que pasé cuatro días y noches, y ahora escúchame bien, porque esto es mucho más interesante que tu diabetes que desapareció, que pasé cuatro días y noches con un auténtico sultán, y que ese hombre me mostró todo lo que tenía, de arriba abajo, hasta a sus damas del harén, entonces no lo creerás, reirás, te encogerás de hombros. Te lo juro. ¡Un tiempo como ese no lo olvida nadie! ¡Jamás!

Ahora Karel está a mis pies. Creo que lo maté de un golpe. Ya no puede conmigo, ya no sabe qué hacer, pero dice:

—Si me dices, Frederik, que eres el Sultán de Marruecos... te creo a pies juntillas. Vamos, hombre, para ya, o te meto una inyección.

Erica y Anna acuden en mi ayuda, Karel, como siempre, es incapaz de encajar nada, creo que el diabético se esfumó. Y justamente bajo sus manos, algo que nunca soporta. Erica dice:

—Vaya, Karel, vuelves a aguar la fiesta, pero ¿por qué lo haces? Estamos viajando tan a gusto. Siempre echas a perder todo, qué perdición. Deja de hacerlo ya.

—No te alteres, hija, ¿Frederik y las damas del harén? No me hagas reír, esto parece un circo. Tú es que te lo crees todo. Frederik atravesando el desierto: pero ¿es que aún no lo conoces? Seguramente que fue a (la ciudad holandesa de) Rijswijk..., como esa noche suya a la pirámide.

Karel está triste. ¡Este es el verdadero Karel! Por dentro está reventado de tristeza. Bueno, tampoco es realmente eso, más bien se ha sublevado. Está chocando con sus enfermos, con su tarea como médico. Los oye gritar: “Pero ¿de qué van a servir tus remedios chapuceros! Búscate la vida tú mismo, ¡yo me voy! ¡Son (sois) unos chapuceros!”. Lo podemos leer en su máscara. Tendrías que verlo ahora, es como un naufrago. Pero este es su mejor yo, está

desnudo ante la muerte, aunque también es pobreza. Le digo:

—¿Lo ves, Karel? A la hora de la verdad, los seres humanos no sabemos más que presentar notas vacías. Eres igual que Hans: saltar a la mínima, contar cuentos, eso es lo que saben (sabéis) hacer. Acompañar los cadáveres de notitas a las que uno jamás obtendrá suficiente respuesta. Estás impotente y eso es algo que justamente no quieres. Quieres tener las riendas sobre la vida y muerte. Ya los (os) veo, cielos, la que armarían (armaríais). Está bien que no se haya llegado hasta ese punto, si no, pobres de nosotros, el erudito ya no nos dejaría vivir, harías lo que te diera la real gana. Pero hasta allí no hemos llegado todavía.

¿Pensabas poder luchar contra una muerte? No has de privar al ser humano de la muerte. Va siendo hora de que entiendas que es necesaria. Hay que ser capaces de prever una enfermedad en su conjunto. Has de saber lo que puedes hacer por un enfermo y lo que no es posible, Karel, así nunca dejarás de ser quien eres. No mantienes reservas para tu existencia, tú quieres todo o nada, pero aquí hay que saber plegarse. Ya estarás sintiendo lo que quiero decir. Lo que tú quieres es darte postín. No eres capaz de aceptar que un ser humano se esfume bajo tus manos. Déjame que maneje yo ese martillito tuyo y te diré cuánta vida poseen aún tus enfermos. Lo que tú oyes es el sonido material, pero ¿por qué no escuchas aquello que puedes sentir y auscultar interiormente? Entonces lo verás de otra manera.

Es por esto que ya no eres capaz de crear historietas. Tus risas ahora tienen diabetes. Ya no tienes sentido común, pero yo y otros te contamos cuentos. La alegría infantil no te dice nada. Pero lo sabemos, Karel: tu amor immaculado te deja tirado, desequilibrado. Ánimos, Karel, tienes que ver las cosas de otra manera, tienes que verlas como son. Ya sé: muchos de ustedes (vosotros) libran (libráis) una y otra vez una lucha de vida o muerte, pero es que eso es necesario. Eres un médico demasiado bueno.

Karel se queda pensando, pero un poco después suelta:

—Tienes razón, Frederik. No quiero perder la vida, un enfermo tiene que mejorar, sí o sí, pero entonces te encuentras ante esa máscara. Antes eso me daba igual, no me afectaba. Ahora me quedo destrozado, meses antes ya atravieso la muerte, los enfermos te persiguen y eso te deja hecho polvo. Pero todo ese trabajo, todo ese ajetreo no sirve de nada. Nunca puedes estar seguro... jamás, quien sí lo esté es un iluso desmesurado. Confieso honestamente que todo está suspendido en el espacio. Quisiera no haberme metido en esto nunca. Ya estoy hasta las narices de esas eternas recetas médicas.

—Eso es una mentira, Karel. No hablas con sinceridad. Lo eres o no lo eres: tú lo eres al cien por cien. Eres capaz de dar la vida por un enfermo. De lo que antes no eras capaz, ahora sí lo eres. O ¿no lo crees? Porque nosotros vemos cómo ha cambiado tu vida, ¿no es cierto? Antes..., sí, antes eras un

bruto, un veterinario. Ahora sí que eres un médico, ahora estás con el enfermo ante los problemas. Hablas con tus hijos, les cuentas sobre tu propia vida, los apoyas. Antes los enfermos se te iban, Karel, no necesitaban tu dureza natural, no querían ese vacío. Y ¿ahora? Ahora sí que te ven como un ser humano. Ahora eres un médico como tiene que ser, antes eras un fanfarrón. Antes los corazones los hacías pedazos, rompías fenómenos enfermizos, pero te olvidabas de que eran seres humanos quienes los vivían. Antes te ocupabas de echar a la gente a patadas en tus lodazales, te divertía tremendamente verlos salir de nuevo completamente embarrados. Pero normalmente tú ya habías desaparecido mucho antes. Ahora eso ya no lo haces, ves, sabes que puedes amar a las personas y que un ser humano ¡no es una vaca! ¿Quieres hacer comparaciones? Bien, nosotros también podemos hacerlo. Y todo esto habla a tu favor, has cambiado para bien, gracias a Dios. Tu mejor pártete el cuello, Karel, da la vida por tus enfermos, adelante, dales vida y alma, y si hace falta hasta llévalas flores, aunque eso les dé risa, ¡el cielo sabe cuál es tu intención! Preferimos mil veces verte así a que se te vayan los enfermos, a otro, porque el doctor Wolff sea un veterinario. ¿Se te olvidó todo eso? ¿Es que no vas a ser capaz nunca de ser ingenuo como un niño? ¿Crees que así perderías tu personalidad? Te apuesto —diez mil florines contra uno— que si preguntáramos a tus enfermos: “Y ¿qué les parece ahora el doctor Wolff? ¿Cómo era ese de unos años atrás? Y ¿quién desea que acuda a verlo?”. Te aseguro, Karel, que las flores dadas con amor y gratitud, la alegría humana y la felicidad que recibes de tus enfermos valen más que un pequeño castillo, que centenares de miles de florines, si quieres que te diga lo que pienso. Tienes que servir ahora, Karel... A mí me hubiera encantado ser médico... aunque solo fuera para apoyar esos corazones enfermos, para hincharlos con mi propio fluido sentimental, con amor, con una palabra cariñosa. Ahora me alegro de no serlo, porque igual que tú no soy capaz de aceptar eso de estrellarse una y otra vez. Sin embargo, ha de ser así... ahora lo eres y harás lo que se pueda, ya no te queda más remedio. Pero te aseguro: más tarde, dentro de años, lo verás de otra forma. Tú eres capaz de hacer cosas grandes, Karel. ¡Los médicos están hechos de esta madera!

Me quita la palabra y dice:

—Cuentos..., Frederik..., me das demasiado, yo no soy así.

—¿Ves, Karel? Esta es la parte falsa de tu propio carácter. A veces arrinconas a todo el mundo, entonces eres justamente tú quien quiere aplastarlos, superarlos, y un rato después quieres hacernos creer que no te gusta esa soberbia. Sabes muy bien lo que quiero decir y cómo eres, ¡qué diablo! No creo que tú estés en busca de futilidades, que aceptes piropos, pero no pienses que nosotros creemos que a ti no te agrada que tu personalidad esté perdiendo toda esa mentalidad rústica. Estás trabajando en ti mismo, lo sabes y quieres

hacernos creer que no es así, pero lo succionas de entre nuestras costillas. No estás esperándolo, pero se te nota lo melifluo. En el fondo quiero decir otra cosa. Tú quieres superar a la gente, yo no, prefiero dar diez pasos hacia atrás, pero tengo el don de no olvidar nada, y además de eso el de esperar mucho tiempo para luego disparar mis flechas, que una y otra vez están apuntadas con pureza. Por cierto, esas pruebas te las di a millares y cada vez de nuevo vuelves a caer. Pero mis intenciones son buenas, soy honesto, es mi naturaleza infantil la que me conduce, siempre de nuevo, hasta la armonía humana y natural, porque de lo contrario no habríamos aguantado juntos aquí ni un día. Pero tú eso también lo tienes, Karel. Aunque no soportes que se vea esa infantilidad. Siempre lo alejas de ti a patadas, pero entonces ¡vemos una máscara errónea! No sales de detrás de ella, desde allí nos disparas a nosotros y a la gente, y te lo pasas en grande cuando no saben quién eres y lo que de hecho quieres. Pero ¡ya te vamos conociendo!

Pero te digo: así eras antes, ahora los papeles han cambiado, has empezado a pensar de otra manera. Tu contenido vital está empezado a tener un orden. En tu carácter vemos naturalidad, instinto de paisano, amor. Eres tú mismo quien exige que esto vaya evolucionando para tu personalidad. ¡Ya no das tantas patadas! De vez en cuando echas rayos, pero después, no obstante, bajas la cabeza. No es mi intención leerte la cartilla, pero ¡así es! Continúa, Karel, no te estrelles contra la muerte, al final, quieras o no, ¡se saldrá con la suya! Tienes que intentar conocer esa máscara. Cuando la sientas y la lleves por dentro pisarás tan firme como tú quieras. Entonces ya no habrá pobreza, dirás a tus enfermos: “Adiós, saludos a los demás que los (os) precedieron, díganles (decídes) que yo también vendré luego para presentar mis notitas vacías, las flores son para el altar universal, donde tú mismo dirás misa!”

Erica se me echa encima y me besa. Karel esboza una sonrisa socarrona... ha vuelto a ser vencido.

Erica todavía no se ha olvidado de mi historia. Ahora pregunta:

—Vamos, Frederik, sigamos ya. Cuéntanos de ese harén. Lo decías en serio, ¿no? Continúa, Frederik.

—No quiero tener nada que ver con esos líos, Erica. Solo me costaría mi descanso nocturno.

—Pero estuviste, ¿no?

—Claro, estuve y bien metido. Oh, si hubieras visto esos ángeles. Cielos, cuando pienso en todos esos cojincitos para dormir de las damas.

Miro hacia Karel. Sus morros reflejan vacilación y burla. Es otra máscara que hace unos instantes, pero ahora veo: majaderías..., iluso, ¿qué quieres? Pero sigue, no hay problema, a mí también me gustan las juergas de vez en cuando, puedes contar las cosas más absurdas, te escucharemos. Lo que siento no es agradable, pero sabemos cómo es. Pienso: ‘Ya verás, tú, ya te la haré

pagar y entonces te noquearé”. Erica se parte de risa. Karel tampoco pudo evitarlo cuando hablé de los cojincitos. Creo más bien que solo se ríe porque siempre lanzo expresiones de esas, de mi propia cosecha. Mis comparaciones y observaciones adquieren esencia y significado, lo cual era antes para mí una barrera, porque entonces solía empezar a tartamudear. Ahora eso es cosa del pasado, por fortuna, y una historia de esas sale volando de mi boca, sin más. Aunque lo diga yo mismo: sé conectar las cosas. Soy capaz de que las cosas se cuenten a sí mismas, te ves a ti mismo en ellas. Asistes a su acontecer, tienen color y contorno, infundes animación a una palabra de esas y la colocas justo donde menos se espera, pero en esos momentos vapuleas una sociedad hasta dejarla hecha añicos... Esto ahora no encaja del todo, me suele salir redondo y entonces todo marcha sobre ruedas. De modo que no soy un narrador nato, sino un seguidor nato... Sigo las cosas y entonces tienen algo que decir. En fin, ya me conocen un poquito.

Erica espera con impaciencia y se aferra a ese harén, como mujer quiere saberlo todo al respecto. Ahora estoy seguro de que Karel piensa que solo digo tonterías. Se siente otra vez engañado... Mi relato está a medio camino entre la verdad y un farol. Para él soy ¡un Von Münchhausen, un Papá Piernas Largas, un Don Fiasco...! Pero ya se enterará.

Erica vuelve a pedir:

—Ahora, ¿no, Frederik? ¿Vas a continuar? ¿Llevan bonitas faldas esas mujercitas?

—¡Vaya que lo son!

—Y ¿eran guapas las mujeres?

—¡Desde luego!

—Y jóvenes, claro.

—Sí, eso naturalmente es una condición. Eran increíblemente jóvenes. No todas, entiendes, un soberano de esos quiere un poco de todo. También las vi mayores. Y, naturalmente, gordas y flacas, delgadas y largas, pequeñas y grandes, pero allí vi reunida la flor y nata.

—¿Las había negras, morenas y blancas, Frederik?

—Las vi de todos los colores, Erica..., colores preciosos: de un rojo albaricoque, con un increíble verde aterciopelado en los ojos, también con lo que clamaba al cielo, vi allí nuestro gran diccionario representado por mujeres, almas, productos de la naturaleza asombrosos, ¡ante los que te arrodillarías y cometerías miles de pecados, así de terriblemente hermosas eran!

—A ver, cuenta más, Frederik. Todas las nacionalidades juntas, claro.

A Karel también le está empezando a gustar ahora. Anna brilla desde su rinconcito y me considera un adonis. Ay, esta Anna. Puedo y se me concede fantasear para ella cuanto quiera, cree todo lo que le digo, lo cual le agradezco, aunque diga las mayores sandeces; si sigue aceptándome ¡iremos crecien-

do el uno hacia el otro tan a gusto y luego seremos flores de un solo color! Pero aquello Karel no lo sabe, tampoco Erica entiende de eso, ella es muy diferente a su vez. Ahora respondo:

—Vi bellezas árabes, italianas, francesas, egipcias, y estas eran por así decirlo las flores del Nilo, que le habían costado un ojo de la cara. Vi a una sola niña holandesa, no te lo vas a creer, pero es la verdad. Me contó que él cuidaba de esta hermosa vida, que la educaba por separado, porque la había rescatado de la calle.

—Y ¿cómo era esa chica, Frederik? ¿No echaba de menos Holanda?

—No lo creo. Estaba demasiado bien allí. Pero, claro, yo no he podido ver dentro de su corazoncito. Solo la vi brevemente, había tanto que ver allí. Por educación no quise preguntar dónde la había recogido. Sin embargo, dejé caer que más tarde esta niña sería libre, pero que sí que tendría que contar cuál era la fuente de la que había obtenido su belleza, dicho de otro modo... él quería convertirlo en un vuelo espacial y mostrarle su mentalidad oriental, de la que las serpientes y los escorpiones conocen el secreto. También los cardos pinchan, quiero decir los que son holandeses de verdad, cuando les place, aunque no nos complace, porque te recuerda a la muerte. Vaya, las cosas que agradan al ser humano. Allí te encontrabas con todas las nacionalidades, Erica, tal como ya dije, eran bellezas.

—Cómo es posible. Y seguramente, todas vestidas con costosas sedas.

—Eso lo tienes que ver tú misma, Erica, no te lo vas a creer.

Karel se retuerce de risa. Este juego le parece asombroso, pero piensa que suelto necedades. Pero se ha olvidado de su muerto. Y mientras jugamos seguimos, la conversación la llevamos Erica y yo, los demás escuchan y les parece una comedia.

—Es una película —se le escapa a Anna. Erica le contesta:

—A mí no me importaría pasar unas semanas en un harén de esos, aunque solo fuera para preguntar a todas esas mujeres en qué están metidas allí en realidad. Y ¿tú Anna?

—Yo para pelarlas las papas (patatas) —asegura.

—A mí me gustaría saber... —continúa Erica— qué es en el fondo lo que quiere un hombre así con todas esas mujeres y las cosas que les cuenta. Vaya mundo. Y tú, Karel, ¿no te apetece un pequeño harén de esos? Ya te estoy viendo rodeado de una veintena de bellezas de diferentes nacionalidades. ¿Cómo te sentirías, Karel?

Karel no responde, le parece una enorme sandez. Erica me pregunta:

—Y ¿no viste niños pequeños, Frederik?

—Los oía. Están en otra sala y allí los educan. En el fondo era una ciudad aparte, de la que él era el rey. Desde lejos me llegaba a los oídos ese griterío. El decía: “Son mis hijos”. Pero yo creo que a los niños los sacrificaban antes.

Ya ves, los harenes también van evolucionando con el tiempo. Esos líos de serrallos también van adquiriendo orden y reglas. Los marajás y sultanes adquieren conciencia. Te lo digo sinceramente: este era un hombre de elevados principios. Conmigo se portó de la forma más cariñosa.

Karel vuelve a reírse. Esto lo supera, pero siento que no le importaría demasiado jugar al sultán. Continuamos cuando Erica pregunta:

—¿Qué te llevó hasta allí, Frederik?

—Pues no tiene mucho misterio: tenía encomendado entregarle una misiva de nuestro gobierno.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro...

—O sea, ¿secretos?

—Algo así.

Karel casi ya no se aguanta más. Erica dice:

—A ver, Karel, para ya, por favor. Lo estás estropeando todo. Déjanos hacer, anda, nunca sabes participar de verdad.

Y vuelve a preguntar:

—Uno se preguntaría qué es lo que querrá nuestro gobierno de un sultán de esos.

—Vaya, Erica, ¿eso te preguntas? Pues déjame decirte que ese hombre está continuamente en contacto con nuestra casa real y con el gobierno. “Que tiene contacto”... es mejor. Creo que nuestro gobierno hizo negocios espléndidos con él. Y ¡hay que ver lo rico que es el tipo! Me enseñó los pequeños diamantes de las damas. A ojo creo que entre todas tendrían colgando de sus vestidos unos cincuenta millones de florines. Los llevaban en los cabellos, sobre el pecho, todas eran reinas. Y luego esas túnicas de seda. Cielos, qué colores... diría René. De verdad que me entraron ganas de llevarme a casa un vestidito de esos arrumbados, pero no era posible. Ya me habría gustado llegar a casa con semejante confesión. Honestamente, me recibió y cuidó como a un rey.

—Y ¿cómo lo hizo, Frederik? —Ahora el que quiere saber es Karel.

—Pues, no se puede decir así como así.

—Viejo verde... ¡mientes más que hablas!

—Pero, Karel, déjalo..., a ti qué te importa. Continúa, Frederik. —Y a mí—: ¿Qué te dejó ver, Frederik? Y ¿por qué no describes todos esos viajes? Te darían un montón de dinero. Eres capaz de aderezarlo bastante bien.

—No soy escritor.

—Pero lo cuentas como si el libro ya lo tuvieras listo. ¿Qué golosinas te dieron, Frederik? Te lo pasaste soberanamente bien, ¿verdad?

—No me atrevería a contarle así sin más. Solo conseguiría hacer infeliz a Karel y esa no es mi intención, claro.

—Ajá, viejo guarro..., ya lo sé. Otra vez la timidez, ¿verdad? ¿Será que tal vez te ofreció su harén, Frederik? —exclama Karel. Se carcajea. Se acerca a la botella de ginebra y nos sirve un trago—. Toma —dice—, soñador, a la salud de tu timidez, y que te puedas convertir en un chico grande y que no mientas tanto. A la salud de tu fallido placer personal. ¡Salud, Frederik!

Chocamos las copas y mientras tomo un trago Erica dice:

—Tú no crees nada, nunca te crees nada que te supere. Pero por dentro sientes un cosquilleo.

Y yo añado:

—Ves, Karel, Erica tiene razón. Es que nunca te crees nada que no seas capaz de conseguir tú mismo y que consideras sobrenatural, con lo pragmático que soy yo. Pero ¿quieres que te dé ahora las pruebas, hijo del campo?

Saco mi cartera y manoseo un poco su contenido. Agarro una pequeña foto y se la doy:

—Toma, fantasma..., ¡míralo tú mismo!

Mira y grita:

—¡Mira esto! ¡Míralo! Mira, ¿qué te parece esto?

Erica y Anna le arrancan la foto de las manos. Allí se me ve con mi sultán. Es el instante en que admiramos sus posesiones. Allí estoy, sin más, bajo sus tremendamente hermosos árboles, con su sirviente detrás de nosotros, que nos ofrece una deliciosa sombra y que produce algo de brisa occidental. Me ven en un impecable traje blanco, presidiendo un poderoso panorama... Sienten las cosquillas bajo mi corazón. Ahora a Karel se le hace la boca agua. A que no te lo imaginabas, ¿verdad? Nada que ver, siempre cuentas disparates. Pero esto no miente, pequeño Karel, nada que ver. Si soy yo mismo. Karel está derrotado. Está noqueado, sus ínfulas, ahogadas.

Erica dice:

—¿Karel? A que no te lo habías imaginado, ¿verdad? ¡Qué bueno! A mí me parece un cuento de hadas, es una película, un milagro increíble, qué quieres que te diga, Frederik.

—Y es lo que fue, Erica. ¿Ves toda esa felicidad? ¿Ves esa poderosa felicidad natural?

—Pero, en realidad, ¿qué clase de celebridad tenemos en casa, Karel? Y a eso lo llamas un niño. Ay, Frederik. Dios mío, qué ser humano tan feliz eres.

Y añade a Karel:

—Ahí te dolió, ¿no, pequeño Karel? ¿Vas a inclinar la cabeza por fin ante Frederik? Esta no te la esperabas, ¿verdad? Pues este es nuestro Frederik. ¿Por qué no sigues un poco, Frederik? Esto, ¿dónde nos habíamos quedado? Ah, sí, ¿qué es lo que te dio? ¿Qué viviste? ¿Él mismo te acompañó hasta el harén? ¿Qué te contaba mientras estabas con todas esas damas? Vamos, cuen-

ta, Frederik, ¿qué más te da? Ahora no te hagas el torpe, ya nos conoces, ¿no?

—Ya no tengo nada que contar, Erica. Estuve muy bien allí.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí, Frederik?

—Ya lo dije: unos cuatro días.

—Y ¿no estás seguro de eso? ¿Se te puede olvidar algo así? ¿Cómo es el trato con la gente, Frederik? ¿Fastidioso? ¿Agitado? Claro. La gente está muy por encima de tu cabeza y se te concede contemplarlas. ¿No es así?

—Así justamente no es, Erica. Yo le brindé mi más alta estima. No te das cuenta de estar tratando con un sultán, si tú mismo no se lo haces notar. Yo me sentía como Pedro por su casa. Y eso le interesó. La mayoría de las personas justo lo hace mal. Se caen para atrás de toda esa riqueza y ya no saben qué hacer con ellos mismos. Y eso él no lo soporta. Naturalmente, todo lo que ves como ser humano pragmático y pobre te deja patidifuso. Pero debido a que se dio cuenta de que eso a mí me importaba un bledo, me quedé más tiempo de lo esperado y de lo que creí posible. Él mismo se encargó de arreglarlo así.

Cuando me ofreció la mayor de las delicias y me negué a aceptar, incluso me mofé de él. No entró al trapo. Normalmente, esa gente ya te pone de patitas en la calle. Pero lo aceptó y también me comprendió. Cómo nos relamimos los labios con todas esas ricuras. No quiero ni acordarme, Karel. Deberías haber probado sus vinitos. Si no se me hubiera concedido vivir ninguna otra cosa en esta vida, entonces esta ya habría sido sobrenatural por todo lo que disfruté en esos pocos días. No sé de dónde sacó esos vinos, pero es como si bebieras de una fuente vital sobrenatural, tan nuclear, tan celestial era ese líquido. En el corazón te entra una sensación como de mariposa, querías volar, así, sin más. Y eso sabiendo que ¡vives en la cercanía de un harén universal! Conmigo fue justamente diferente.

El hombre entiende de todo. Es un ocultista nato. Al darse cuenta de que yo era persona viajada, que de eso entendía algo, no terminamos de hablar nunca. Nos echamos en la sala que era su habitación. Yo, sobre una precioso lecho de reposo y él, a mi lado, sobre su trono. La botella, a mi alcance. No quiso que entonces hubiera sirvientes y las mujeres tuvieron que largarse. Hablamos de la construcción de la pirámide, descendimos en la esfinge, y cuando oyó que había conocido a Mohamed Suhm, a quien él conocía y con el que había hablado mucho sobre la construcción de la doctrina egipcia y de los templos de Ra, Re e Isis, estuvimos en el séptimo cielo. Dios mío, no quiero ni pensar lo feliz que me sentí en ese momento. ¿Tendrías que haberlo oído hablar sobre el “loto egipcio”? Había una mujer, que él veía como la esfinge del Nilo y a la que amaba. La pude admirar durante horas. No creo que en ese instante yo viviera todavía. No quiero ser odioso, pero ¿qué se creen las mujeres en Europa? No quiero hacer distinciones, porque eso de todas formas no se nos ha concedido, pero ¡mira tan solo esa esfinge de carne

y hueso a los ojos! Y además cubierta de los colgantes más preciados, vestida en una túnica de un azul celeste y ... —no nos olvidemos— ¿esas pequeñas sandalias que llevaba? Erica, largo de aquí..., vete, porque no tienes belleza, eres un callo.

Mejor riámonos de esto, nuestros hijos son mejores... eso te digo. Semejante serpiente inspirada te muerde por delante y por detrás, y no puedes hacer nada contra eso, eres, como decimos nosotros, ¡un trapo de cocina! ¡Un felpudo! ¡Te deja destrozado!

¿Qué se le va a hacer? Estoy echado allí y observo esos ojos, ¡los ojos de la primera! Su esposa... ¡su reina! Yo lo sabía, por todos esos perifollos un alma de esas se va a las tinieblas. Así que yo no quería saber nada de un ser de esos angelicales. Podría haber descendido en el pudín más rico de todos, pero no quise probarlo. Tenía donde elegir: entre morenas y negras como el azabache, entre amarillas y rojizas, entre árabes, egipcias, alemanas, francesas e italianas... En Oriente podría haber aprendido noruego y hasta jerusalenés escandaloso, pero no entré al trapo. Era demasiado patoso para eso. Y cuando supo eso, cuando hubo adquirido esa seguridad, tuvo que venir la primera de todas y empezamos a sentir la mística de Oriente. Estuvimos hablando de Sócrates, Platón..., fuimos a Viena, Budapest, París, Londres y a todas las grandes ciudades del mundo, donde habíamos estado ambos y de las que yo entendía, ¡porque mi carácter de vagabundo sabía lo que él había buscado allí! Hubiera deseado morirme aquella noche. Estuvimos hablando hasta el alba. Cuando salió el sol me arrastró afuera. Bebimos nuestro café cargado y tomamos un baño en la naturaleza. Entonces me eché. Sí, Dios mío, ¿puedes perdonármelo? Me dejé hacer eso con placer.

—¿Qué fue, Frederik? ¿Qué viviste entonces? —suspira Erica, que siente verdadera tensión—. ¡Continúa!

—Bueno, Erica, se me dio un masaje egipcio. Fue una persona morena, con dedos increíblemente largos, que me metió al baño. No sé lo que vivía en ese baño, pero me entraron cosquilleos en el cuerpo. Me faltaba el aire. Y un poco después sentía como si planeara. Entonces me dieron ese masaje. El hombre me sacaba por la fuerza la fatiga y el sueño de las costillas. Sentía como si hubiera vuelto a nacer, hasta con cincuenta años menos. Me eché y me quedé dormido. Cuando desperté me parecía estar viendo un cuento de hadas: un inmenso montón de frutas al lado de mi cama. Un vasito con un mono que tuve que beber primero. Después a comer todo lo expuesto allí. Había una notita: que el soberano me esperaba para dentro de una hora. Tenía que ponerme la túnica que se había dispuesto para mí. Claro, Karel, tú, como siempre, no te lo crees. Pero también esa prueba te la puedo mostrar.

Nos fuimos afuera. Me recibió en una galería circular oriental, de color verde, natural. Primero fuimos a las mujeres. Les preguntó si habían dormi-

do bien y si deseaban algo más. Fui andando como un príncipe con él, arrastrando las faldas por el suelo. Te ríes, pero, ojo, Karel, o te doy un bofetón. Lo que a ti te aparenta ser increíble vive ahora bajo mi corazón y es de lo más normal. Cuando aquí haya un baile de máscaras ya me pondré alguna vez mis trapos.

—Pero ¿quieres decir entonces, Frederik, que todavía posees esa túnica?

—Exacto, Erica, todavía la tengo, me la regaló Su Alteza. Ha seguido siendo amigo mío.

—Continúa, Frederik, ¿qué dijo a las damas?

—Ya dije, preguntó si alguien deseaba algo. Y entonces vi a esas bellezas de otra manera que antes. Ahora todas esas cositas irradiaban una luz como la del alba, una luz tan increíble como para querer tirarse de los pelos; uno sucumbe cuando puede percibir aquello. Y es que nuestra personalidad tampoco es capaz de resistir algo así. Podrás escribir un grueso libro al respecto, pero te digo que todo eso de verdad que ya no es nada nuevo para este mundo. Ya es algo muy cotidiano. Al menos tal como lo veo y siento yo, y cómo suele estar allí para ellas. Esa gente ya no lo ve y a nosotros nos hace caer, sucumbir, no tenemos la vista acostumbrada a eso. Después fuimos a ver sus serpientes. Para él, bichitos curiosos, para mí, hijos satánicos de los que no quiero saber nada, pero que para él son tan mansos como moscas. Jugaba con sus animalitos favoritos, yo temblaba y me estremecía de miedo. No se lo hacía notar, pero ¡él lo sabía...! Esa gente consigue muchísimas cosas concentrándose. Eran animales sagrados para él. Después de haber visto ese salvajismo me mostró otra afición y me encontré ante los maestros antiguos. Entonces estuvimos hablando de Rembrandt y Van Dyck, de los que poseía unos diez. Una exposición en toda regla.

Ese día estuvimos mucho en la naturaleza, y sobre todo, cabalgando mucho. Hay que ver las caballerizas que tiene un príncipe de esos. Allí sí que he visto caballos, Karel. Allí sí que he montado a caballo. Me hizo montar un caballo árabe. Muchos se habían dado trastazos con él, yo no me caí. Hubiera deseado verme morder el polvo, pero yo me negué, pronto fui uno con el animal. Entonces tuve conquistado su corazón. Esa noche estaba agotado y me fui a dormir pronto. En realidad, ahora vi por primera vez mi cama oriental. Pues no era cualquier cama. Me fui hundiendo en la seda. Semejante noche, tal entorno, tantas flores alrededor, también sustancias aromáticas, y después, a dormir. Mejor no te cuento lo que hice. Morirías por ello. Aunque no tengas ni un solo gramo de inspiración en el cuerpo, esa gente te la mete.

Y entonces, claro, llamaron a tu puerta, ¿a que sí, Frederik?

—No, Erica, a esa hace tiempo ya le había dado calabazas.

—Eso mejor se lo cuentas a tu abuela, Frederik.

—Vaya, ¿el señor Karel también ahora es incrédulo? ¿Te gustaría saber

lo que hice? Tú, por supuesto, habrías querido poseer su harén. Ya te estoy viendo. Pero no sucumbí, no me apetecían gatas salvajes ni nada que me uniera, por mínimo que fuera, con la jungla. Ya conocía ese mundo desde hacía tanto. Para eso no me había ido al Antiguo Egipto. ¡Quería conocer la Pirámide! Quería dormir y descansar, pero sobre todo, soñar. Ya sabía que aquello también eran sueños, pero que no contaran conmigo.

—O sea, ¿dejaste plantada delante de tu puerta a unas de esas princesas del Nilo, Frederik?

—Ay, Karel..., pero hombre: además a la palmera y a la higuera. Antes habría ido a Suiza. Habría preferido dar tumbos en la nieve helada que accidentarme en esas tinieblas nocturnas en un asfixiante calor. Igual piensas ahora: ‘Menudo lelo’, pero allí te habrías olvidado y perdido en cinco minutos. Entonces te habrían echado a la calle. Con guante de seda, con un gesto soberano después te lo habrían enviado cortésmente, pero habrías ido a la calle, ¡fijo! Yo no, podría haberme quedado allí toda la vida. ¡Ay de mí si se me hubiera ido la mano! Ahora estaba jugando con él. Aunque él fuera incomprendible, en esto le ganaba y el hombre empezó a respetarme por lo que había asimilado de esa manera. Siempre pierdes de esos tipos, pero yo ¡gané! Así es como lo conseguí: nos hicimos amigos.

No, Karel, me desvestí hasta quedarme en cueros... Eso fue todo lo que hice, pero ya te digo que nunca antes había dormido así. Aquí también lo puedes intentar, pero entonces es como si estuvieras encima de ortigas, te provoca bultos en el cuerpo. Allí fue una experiencia celestial. No se lo dije, pero él quería saber cómo había dormido. Ahora, claro, crees que ese hombre quería saber si es que realmente había dormido, ¿verdad? Sí, así es, pero eso le importa un pimiento. Si hubiera dicho: “Sí, qué delicia, señor, alteza”, da igual cómo lo hubiera dicho para expresar mi gratitud, no me había servido de nada. Para él ni siquiera se trata de eso. Si le hubiera respondido de manera parecida, habría pensado: ‘¿Ves? Le das a un tipo de estos una buena cama, sabes lo que le toca en justicia y lo que desea, pero es como echar margaritas a los cerdos’.

—¿Pues, qué es lo que deberías haber dicho, Frederik? A mí me parece de lo más sencillo.

—Vaya, Erica, otra vez coser y cantar, ¿no? Te digo que entonces te encuentras ante un dilema: o te echan, y lo antes posible, o hay una profunda y sorprendente conversación que suele terminar con la vida y la muerte, Isis, Ra, Re, Amnon-Ra, allí se asoma todo el Antiguo Egipto. Atraviesas templos, vives lo que es cargar, lo que es ser cargado en una silla de mano de esas antediluvianas, los leones te siguen, los tigres te lamen las manitas como si fuera la cosa más normal del mundo, las mujeres sin ropa alguna están a tu lado mirando y enseguida te vas de visita al faraón. ¿Quieres una camita de

esas? Karel ya están pensando: ‘Majaderías, tonterías, fantasías desbocadas’. Pero, Karel, ¿qué pensabas que estaba diciendo yo? Te doy todo lo que tengo si sabes responder. Yo sabía cómo actuar y él se sentía feliz. Contento como un niño, así estaba el hombre, tanto lo había conmovido yo. Podría haber recibido de él lo que fuera, él sabía que era algo que estaba siendo sentido y vivido, no le había venido a visitar un cadáver.

No lo sabes, ¿verdad? Es que todavía no eres apto para eso, que lo sepas, Karel, para eso hay que vivir mundos, ser mensajero de Su Majestad. Entonces te encuentras con estos asuntillos desagradables, estás preparado para ellos. Entonces la gente empieza a quererte. Pero, sobre todo, entonces llegan a unirse el mundo occidental y el oriental.

—Descríbelo todo, Frederik, este libro es un superventas.

—Ya te gustaría, me supondría envilecer a más de uno. Provocaría pulmonías y eso no lo quiero. ¿Pensabas que tú no lo intentarías? Conozco a mi gente, Erica. No, le dije que... Pero ¿no quieres ganarte todo lo que tengo, Karel? Aún me queda un poco de paciencia..., le dije que... había vivido la “habitación de la torre” de la pirámide de Giza.

Y ¡eso fue todo! Dijo:

“Lo sabía, recordadme si eso lo multiplica mediante la sabiduría. Continúe así y recuperará su Loto. Descienda en las esferas de Judea, haga comparaciones occidentales y avance andando hacia atrás, si es capaz de hacerlo, y ¡lo será usted! Le di a usted su propio nacimiento; ¡mi nobleza y la suya son una sola! Le doy las gracias, estoy completamente abierto a su vida. Soy muy feliz, amigo mío. Oh, ¡soy tan feliz! ¿Puedo seguir ahora?”

Y ahí estás otra vez, Karel. ¿Qué quería el hombre? ¿Adónde conmigo? Ahora podría haber recibido lo que quisiera. Entonces dije:

“¿Siente usted, alteza? ¿Comprende su vida la mía? ¿Puede usted volver a llevarme entonces en solo unas pocas horas hasta aquello que fui algún día? El ojo de la diosa, ¿le dio felicidad vital? ¿Está la mía preparada? ¿En qué medida acepta mi vida su dignidad, su felicidad? Estoy preparado para seguirlo a usted. Beberé..., además resistiré todas las leyes, sin excepción. ¡Me quedé dormido, alteza!”

“Gracias..., gracias, quédese aquí si así lo desea, quédese y seguiremos construyendo”.

Le hubiera encantado mantenerme allí, para convertirme en un adepto, un sacerdote, porque valía para ello y porque mi corazón viviente sentía cómo sería. Pero no me atreví a arriesgarme. Comprendí lo que quería y eso me bastó. Él quería ver si yo tenía una conciencia marrana. Colocó mi cuerpo sobre rosas y lo adoró, me dio un regalo egipcio para que me lo llevara, Su Alteza me coronó, me llevaba en palmitas, y no andaba yo al lado, me dejé cargar. No me dediqué a estirar el cuello por la ventanilla abierta para mirar

a la gente como un loco. ¡Me eché como lo hace un príncipe oriental! ¡Experimenté una noche regia! Y para eso tienes que estar dispuesto a quedarte en bolas, solo entonces eres uno con el sol y la luna, las estrellas y los planetas, la diosa te sonríe, te tapa, te lanza sonrisas mientras te alejas, porque tu camino atraviesa millones de vidas cuyas túnicas lleva y posee ella. No estaba desnudo, llevaba poderosas túnicas, pero una tigresa felina me habría hecho perder todo eso. Solo ahora me quedaría claro y él me había dado esa jungla.

—Dios mío, qué hermoso —dej  caer Erica, con Karel y Anna a mis pies—. Frederik, pero qué hacha eres. Continúa, por favor.

— No sucumbió Frederik, a pesar de todo?

—Cállate la boca, Karel. —Me defiende Erica—. T  s  que habrías sucumbido. Apuesto por ello mi vida y todo lo que tengo, y más. T  s , pero Frederik no.

—He visto sus pájaros, los centenares de especies, que es para volverse loco de lo poderosamente hermoso que es, he podido ver lo que posee,  todo! Y entonces te quedas tonto, más pobre que nadie, y aún así tan increíblemente feliz.  l mismo me llev  cuando me fui. Esos días jamás los olvidar . Podría hablar de esto durante años.

—No pares, Frederik..., continúa, aunque nos den las mil. Anda..., sigue.

—Se me concedió vivir algo parecido, Karel, aunque no fue tan milagroso, pero sí valió la pena. Fue en China. Me tomaron por otro. Viví una ceremonia religiosa en un templo como ya nunca la podrá volver a vivir. All  no entras así como así. En el templo viví bailes, estuve sentado junto a dignatarios, sacerdotes y sacerdotisas, me trataron como un rey y cuando llegó la hora de la verdad no era exactamente quien se esperaban que fuera. Madre mía, qué furiosos estaban esos tipos, aunque no lo mostraban. Pero me había dejado tratar a cuerpo de rey, ay, qué gusto, y me había comido todas esas golosinas tan divertidas delante de las narices de nuestro enviado. Todas esas delicias, me lo pas  en grande...  Me crees?

— Vamos, cuenta, Frederik! —insiste Erica.

—S , lo har , pero me voy arriba. Es hora de ir a la cama... mañana será otro día. Me voy a dormir ricamente, entre sedas, por más señas. Pero ahora necesito un suéter. Y las gatas atigradas no me dan miedo aquí. Karel, hay que ver lo lelos que somos todavía. Si regreso aquí y vivimos más de una vez,  me har  sultán! Aunque sea uno peque nito, quiero serlo. Y entonces Anna será mi princesa. No creas que necesito muchas mujeres, pero eso lo decidir  yo mismo con ella. Entonces le pondr  unos cuantos nombres.  C mo dices? Tengo el honor de saludarlos a todos ustedes. Majestad, apártese de mi vista —y eso dije a Karel, que contesta:

—Buenas noches, colega mío... no dejes que tus negritos griten más tiempo, los estoy oyendo. Y no le saques el corazón de entre las costillas a ningún

ser humano.

¡Esa es Anna! ‘Exacto’, pienso, pero ella lo ve muy, pero que muy diferente. Todavía alcanzo a decirle:

—¿Viste todas esas máscaras, Anna?

—Yo sí, Frederik. Yo también avanzo retrocediendo. ¡Lo aprenderé, fijo!

—Gracias..., ya no cabe dudar sobre esta fe. Te repito: ¡que Dios te bendiga!

René duerme como un lirón, según veo. Pero tampoco estoy tan seguro. Mejor me examino a mí mismo. ¿Cómo quiere procesar de pronto esta vida tanta belleza? Pero bueno, ya veremos. Lo beso en mis pensamientos y me echo. En el cuaderno de bitácora consta todavía:

“Aunque lo haya vivido todo yo mismo, sí que me llama la atención que a los niños grandes les puedes hacer creer cualquier cosa. ¡Es genial! Karel había sucumbido en eso. Y Erica —he de reconocerlo honestamente, porque no me escabullo, ya que tampoco quiero ocultar nada de lo mío— ¡se había entregado por completo! Si el sultán la tuviera que haber recibido ella se habría dado por vencida y la habría tratado como a una chica de la calle. Todos esos deleites la habrían narcotizado, habría quedado anestesiada. Me juego la vida por ello. Habría sido imposible que Anna viviera este sucumbir, pero tampoco se habría alterado en nada, la habrían negado por completo y, sin embargo, hay que ver cómo es su vida. Allí la habrían mirado de arriba abajo, para al final aceptar, a pesar de todo, su vida y personalidad. Ya conoces a esas halconeras. Nosotros decimos: una mona vestida de seda, pero sin la seda, porque ¡Anna es una princesa! En fin, estoy demasiado cansado como para representar ahora su figura, un sueño de estos renacidos es extenuante. Karel se habría tragado el harén a la primera. Se habría escogido a la joven más hermosa de todas. Pero Karel no sabe que este sultán tiene aún otro departamento, y entonces te encuentras con un clima de sexta categoría, donde llueve y hay niebla. Primero eso y después más arriba, normalmente ya llevarás fuera desde hace mucho y ya no te necesitan allí. Es extraño, sin embargo: sientes que la gente besa, los labios quedan humedecidos y los corazones se desbordan de bienestar. Pero ¿por qué? Muy dentro de ella Erica es una mujer pública. ¡Majaderías! Por su afán de sensacionalismo habrá cedido, es esa otra cosa, y justamente esta es la que te destroza. Sin pensarlo están desnudas delante de ti y ahora sí que puedes recoger cuantas manzanas quieras. Me apuesto que esta noche va a soñar que Karel es un sultán. No tengo nada que ver con su propio ocaso, ojalá que quieran comprenderlo. Es bonito, realmente hemos vivido una película. ¡Me voy a dormir! ¡Hasta luego, que sueñes a gusto! Oh, Dios mío... ¿Puedes perdonármelo?”

Por la mañana Erica se arrastra hacia mí, se me acerca por encima del suelo y pregunta:

—Y ahora, Frederik, quiero ver esa bonita túnica. Soy como una serpiente, ¿me crees? He perdido la cabeza. Dios mío, cómo sabes contar. ¿También saldrá en el cuaderno de bitácora, Frederik? ¿Qué escribes sobre nosotros? ¿Nos destrozas, Frederik? ¿Mientes para salvarnos? Sobre mí puedes escribir todo lo que quieras. Te lo digo sinceramente: yo también habría caído. Karel ríe, pero me apuesto la vida a que él también habría salido huyendo de los osos pardos. Como si no conociera yo al señorito. No me muerdo la lengua. Anna no es así... a esa la habrían colocado junto a un invernadero para cuidar de los lirios blancos. Pues sí, que raro, ¿no?, hay que ver lo bobos que somos los seres humanos. Te pierdes a las primeras de cambio, ya solo por un cuento. Pero qué fuerte debes de ser tú. O ¿es que no nos has contado todo? Fue interesante. Vamos, ¿dónde está esa bonita túnica? ¿Podemos verla?

—En esa maleta de allá, Erica, en aquella..., allí puedes encontrarla.

—¿Puedo abrirla?

—Adelante. Pero ¿cómo está nuestro niño?

—Bastante bien, Frederik, solo que no nos deja ver todo el tinglado que ha embadurnado.

—Vaya, ¿no quiere?

Erica revuelve mi maleta y encuentra lo que busca. Se queda con la boca abierta de la sorpresa.

—¡Santo cielo! —exclama—. Pero, por Dios, cómo es posible. Y luego resulta que un tipo como tú se lo guarda. Habría que darte una buena paliza, Frederik. Ahora comprendo por fin quién eres de verdad. Creo que no conocemos un ápice de tu vida interior. ¿Se lo puedo enseñar a Karel?

—Sin problema, corazón.

La oigo dar una voz:

—¡Karel! A ver, sal del baño, rápido. Tengo un milagro para ti.

Anna también tiene que venir. Pienso en el pequeño René. Esto vuelve a ser una mala señal. Esto es anormal, conozco esos líos. Viene de dentro. Por dentro hay alguien que no quiere que nosotros veamos esas cosas. Y eso vuelve a ser el bu, ya lo verás. Ese se quiere quedar con el niño para él mismo y eso es subnatural y sobrenatural a la vez. Quien no conozca esto, no lo ve ni lo siente. Estoy alerta, no me queda otra que estar atento, si no habrá accidentes. Pero, qué lástima, ay, qué pena, pero bueno, ya lo sabía. Sería demasiado bonito. Ya viene Karel, Erica y Anna lo siguen. Karel se ha puesto mi seda y le queda bien, solo que tendría que tener otra cara, se parece a una col lombarda. Opto por mejor no decirlo, pero Erica deja caer:

—¿Qué te parece mi San Nicolás, Frederik?

Karel sale pitando, para él ya no tiene gracia, pero ahora cree más cosas de mí que antes. Ahora voy muy delante de él. Ha pasado mucho tiempo, pero lo he conseguido, las acequias ya no tienen importancia. Aun así, vuelve y

dice ahora:

—Frederik, no estamos a uno-cero, sino a ¡catorce-cero!

Le digo:

—Gracias, Karel, pero esto no significa nada, esa cosa la compré en Amberes.

—¿Qué...? —dice Erica—. ¿Qué me quieres hacer creer, Frederik? ¿Quieres destrozarnos? ¿Quieres privarnos de estas ilusiones? ¿Quieres volver a meterte en tu cascarón? Karel, ¿tú le crees? ¿Ves? Así es como es Frederik. Primero estás disfrutando, lo crees todo, te hace feliz, pero después él mismo lo deja todo hecho añicos. ¡Son como castillos en el aire y fatamorganas! No me lo creo. Lo veo por esas perlititas y pequeños diamantes. ¿Son auténticas esas cosas, Frederik?

—Bueno, creo que por este mismo vestidito te pueden dar fácilmente veinte mil, o sea, dólares, no florines, y entonces todavía sales engañado.

—Y ¿quieres hacerme creer que esto lo compraste en Amberes así como así?

—Tengo que responder de todas formas. Mejor lárgate, me piro.

Se me pasa por la cabeza: 'Ay con ese René, pobre chico'. Aquí hacen como que no pasa nada. Solo Anna presta atención. Ella ya lo sabe: hoy o mañana las cosas volverán a enloquecer. Cuando más tarde la veo en el jardín, digo:

—Anna, es justo ahora cuando hay que estar en guardia.

—¡Lo sé, Frederik!

—¿Otra vez me tienes que mostrar tus lágrimas? Pero ¿por qué? ¿No me tienes a mí también?

—Lo sé, Frederik.

Me mira a los ojos, solo un instante y digo:

—¿Quieres seguir esperándome, Anna?

—Lo sé, Frederik.

—¿Y te irás a dar entonces una vuelta por el desierto conmigo?

—Sí, Frederik.

—Y ¿no tienes miedo a las tormentas y lluvias?

—No, Frederik, porque ¡tú recoges margaritas y violetas!

—Gracias, Anna, voy; te esperaré en medio del desierto, esperaré a que vengas. Pasará todavía un poco de tiempo, pero iré, Anna. Mejor déjalo reposar, corazón. También para ti estoy criando una palomita de esas. Cuando esté lista obtendrás respuesta. Y ahora largo de aquí o habrán visto nuestro tonto, y eso de momento hay que evitarlo. Adiós, mi corazón. ¡Ya te volveré a ver más tarde! Cuando estés sola ya me escribirás una cartita. Y si pasa demasiado tiempo puedes tocar mi puerta, ¡nadie, ni un alma más! Solamente tú, Anna, ¿el Loto?

Sale Anna. La dama ya no se balancea, la princesa de mi vida anda con la dignidad de una reina, pero ¡una occidental! Lleva nobleza egipcia en la

sangre, pero nadie debe saberlo. ¡Quizá más tarde! Anna tampoco lo sabe todavía... pero es que me he callado mis sueños sobre su vida y la mía. Les reservo un sitio en mi cuaderno de bitácora para cuando haya contado todo de los demás y de mí mismo, y ya tampoco haya nada más. ¡Solo entonces el pequeño René sabrá de ello! ¡Todo es para él! Y entonces me comeré como una golosina su amor... Sí, hijos míos, ¡a ustedes les corresponde resolver el misterio!

René otra vez no está comiendo, pero sigue muy animado, vital. Vuela hacia abajo, se queda mirando los cuadros de Karel medias horas, vuelve a subir escopetado para encerrarse, seguramente para imitar todo eso. No se atreve a preguntar a su padre si puede copiar la pintura. A Karel eso le da igual, pero no eso. Lo han vuelto a atrapar los fenómenos sobrenaturales o subterráneos. Me digo: esto va otra vez por mal camino. Karel y Erica aún no lo ven, y no puedo remediarlo. Hace un rato sentí la necesidad de someterlo a hipnosis. Estoy seguro de que se quedaría dormido, eso ya lo he vivido varias veces. No tengo que hacer gran cosa y ya se queda dormido. Pero me da miedo eso. ¿Qué tiene que hacer un niño de estos? ¿Qué quiero saber de una vida joven como esta! 'No', pensé, 'aún falta para eso. No he de hacerlo'.

Estuvo pintando y dibujando el día entero. Después de comer pidió poder estar un rato más a solas. A Karel le pareció bien, porque no sabe ofrecerle ninguna alternativa. Yo sí lo sé, de todas formas no se puede hacer nada. Si lo sacas de tanto dibujar —se lo juro— entonces vuelve a destrozar todo. Si lo privas de todo este lío te encuentras al instante ante un león enojado y ese animal te salta encima. Yo lo dejo hacer, nosotros no nos oponemos, mejor esperamos a ver lo que pasa.

Cuando llega Hans quiere saber cómo va René. El niño duerme y Erica no quiere despertarlo por nada en el mundo. La conversación trata del niño. Ya no sabemos decir nada más, al menos cuando hay extraños, entre nosotros siempre hay otra cosa. No es que Hans sea un extraño para nosotros, lo hemos recuperado del todo, pero claro, la felicidad del corazón no es algo que se compre y ya. Los vínculos para el corazón no se venden. La felicidad del corazón no se encuentra tirada por la calle así como así, es algo que uno mismo tiene que ir construyendo, dándolo todo. Eso lo percibimos, ¡también Hans está justo fuera de esto! Es algo que no puedes remediar, lo tienes o justo no lo tienes, y entonces esas puertas permanecen cerradas.

Hans habla de sus años de la pubertad. A Karel todo le parece bien, yo no digo ni una palabra. Sé que ya empezó con eso hace tiempo, y casi los tiene a las espaldas. Aun así, Hans logra ver a René. Hay dibujos a diestro y siniestro, nos llevamos unos cuantos, queremos saber lo que hace cuando se lía a garabatear todo eso. A Hans le parece que no está nada mal y que ahora todo eso ya pasó. Admite que ahora ya he ganado la apuesta. Digo algo. Ahora

tengo que mostrarme quisquilloso, porque ¿mañana o pasado mañana de todas formas me encontraré ante la miseria!

—¿Tú qué opinas, Frederik? —pregunta Hans.

—Yo no lo veo así, Hans. Aquí ya se sabe: no participo del fatalismo, ni soy quisquilloso, no forma parte de mi carácter. Pero esto puede durar todavía un poco más, aunque entonces ya verás y estaremos ante nuevas desgracias.

—No lo creo —dice Karel, y Erica siente lo mismo que él.

—Pues he de decepcionarlos (decepcionaros), amigos. Yo veo el caso de otra forma.

—Pero no hay síntomas, ¿no, Frederik? Está como una rosa, trabaja que da gusto, pues. Lo que es comer no es que vaya muy bien, pero eso no dice nada, es de lo más normal.

—Te digo que no me agarro a un clavo ardiendo, no ahora, al menos; lo veo y siento de otra forma. Pero corramos un tupido velo, no quiero privarlos (privaros) de su (vuestra) felicidad.

—¿Hay síntomas, Frederik?

—Los hay y no los hay, Hans. No creo que tú, Karel o Erica los vean (veáis), ni con la nariz encima.

—¿Qué clase de dibujos son? Anda, ¿nos dejas ver? —dice Hans.

Nos ponemos mirar las cosas. Hay de todo un poco. Un montón de garabatos, las notitas ya conocidas, hierba, árboles, praderas, flores y extraños simbolismos, diría y pensaría uno, si no fueran tan torpes. Pero tienen algo. Hans los ve como tonterías infantiles. Karel y Erica también, yo no veo otra cosa que miseria. La consabida puertita, el trocito de tierra, se ve claramente la pequeña valla, un montón de palitos, que son sus amigos, y por encima de la vallita: ¡Bu! Todo apunta a un caos interior. Hans pregunta:

—¿Qué representan estas cosas, Frederik? ¿Tienes una respuesta y una explicación?

—Sí..., qué te puedo decir, Hans. Es todo tan profundo... tan inhumano. No creo que tenga una respuesta. Sí que te diré que todas estas cosas me llevan a la miseria.

—Pero entonces ¿por qué nos parecen buenos esos garabatos? ¿Por qué compras entonces esa porquería, Frederik?—Me lanza Karel a la cara.

—Te diré la razón, Karel. Si le quitas esto, en media hora ya habrá una disputa y verás otro muchacho. Te aseguro que si él ahora supiera que tienes sus dibujos, se te tiraría a la yugular.

—Imaginaciones..., Frederik.

—Es el camino para seguir esto y yo lo sé. La vida te rompería. Lo conozco. Ahora te estás adentrando en algo de lo que desconoces las leyes. René te haría trizas.

—Estás exagerando, Frederik —me espeta Karel.

—Te repito: espero que no sea así, pero así es como lo siento.

—Y ¿tú crees que esto son síntomas interiores, Frederik?

—Esto son tus propios locos, Hans. Son Sonias y señoras Van Soest y viejos Piets —si quieres saber lo que pienso— pero de todas formas no te sirven de nada. Ustedes son (vosotros sois) siempre inalcanzables. Siempre recaen (recaéis) en su (vuestro) miserable mundo.

—¿Desde cuándo?

—¡Eso lo veo ahora!

—Gracias, Frederik.

—No hay de qué, Hans, es la santa verdad.

—O sea ¿tengo que aceptar que esto son cuadros interiores de Rembrandt?

—Ahora te estás pasando al otro extremo. No significa nada. Tampoco tengo ningunas ganas de pelearme contigo sobre esta vida. Te digo de qué se trata, te ofrezco con sinceridad lo que siento y pienso. Pero ya lo verán (veréis). Esto son conflictos internos, Hans. Esos coloritos, aquí y allá, son aires inquietantes, son gemidos terroríficos. A él lo golpea, lo quiebra, estrangula la vida. Son conflictos interiores de los que no ven (veis) la vida. Son mundos para René. Ven (veis) estas rayas y todos estos garabatos desde lo normal, no desde lo anormal.

—Es, Frederik, como si estuvieras deseando que la liemos, ¿de verdad quiere eso?

—No estoy pidiendo líos, Karel, pero no saco el paraguas si no llueve. Advierto.

—¿Por medio de qué, Frederik? Vamos, dilo, ¿por medio de qué? —Quiere saber Karel.

—Ya te lo dije, ¿es que no ves nada? Me hace falta un libro para esto, tengo que retroceder años para aclarártelo. Y ni así habré llegado todavía. Por este estúpido postecito, este de aquí. Ya lo ves: es una vallita, y sobre ella hay una pequeña figura, que cuelga encima, ¿no es así?

—Si lo explicas así, sí, pero en el fondo son más que rayajos.

—Bien, aunque sean rayajos, te digo que esos mismos rayajos lo devolverán allá en solo unos días allá. Mejor te lo digo ahora, así estarás preparado. Esta felicidad no fue más que pasajera. No debemos olvidar la meta de esta vida. René volvería a estar brevemente con nosotros, pero después el chico ha de partir de nuevo. Claro, si todo sigue igual, naturalmente no hace falta que se vaya. Pero esto no va a seguir así. Estos dibujos han puesto en un primer plano esa verdad. Ese misma rayita es un mundo para René, te lo vuelvo a decir, pero no son (sois) capaces de comprenderlo, tu psicología todavía no es tan profunda, Hans, aunque seas el más listo del planeta. Eso tuyo no significa nada de nada para esta vida.

Hay que dejarlo hacer. Si le quitas este tinglado, la casa quedará patas arri-

ba. Tiene que tener algo con que desahogarse, o habrá una rebelión interior.

—Frederik, ¿por medio de qué tienen que ver estas con cosas con las Sonias?

—Porque aquí, Hans..., ahora escúchame bien, la narcosis o hipnosis se transforma por arte de magia en arte. Lo que experimentaron Sonia y el viejo Piet bajo hipnosis y lo que recibimos de esas vidas, René lo lanza al papel. ¿Comprendes ahora adónde quiero llegar?

—Curioso..., Frederik.

—Ya, es lo que dices, pero no hablas en serio. Te digo, vale la pena meditarlo.

—¿Es que no puedes inducirlo a que se duerma?

—Eso también es posible.

—Pues ¡hazlo!

—¿Qué harías tú, Hans?

—Empezaría de inmediato con ello, al menos cuando muestre ese descontrol.

—Vaya. Y ¿tú, Karel?

—Yo haría lo mismo que siente Hans. Dejarlo dormir y poner orden en el subconsciente.

—¿Ves? Eso es lo que son (sois) como eruditos. ¿A dónde quieres ir a parar si empiezas a remover tierra donde acabas de poner la semilla? ¿Pensabas ver frutos el año que viene? Si pones un huevo debajo de una gallina y se lo quitas al animal todos los días y lo pones en un sitio donde no hay calor, ¿qué es lo que llegará al mundo? Podredumbre, pero ninguna vida nueva.

—¿Qué quieres decir con esto, Frederik? —pregunta Hans.

—Que jamás podrás darle conciencia diurna a algo que aún tiene que vivir el proceso de crecimiento y florecimiento, y que por tanto aún no es adulto, porque esta vida, ese pensamiento y sentimiento todavía tienen que despertar. Si aplicas el sueño a René asesinas al chico. Ahogas la vida, intervienes en algo que todavía tiene que vivir, crecer. La conciencia adulta te lleva a la personalidad adulta. Hans, ¿es que no sientes que con la hipnosis de niños en semejante estado no puedes conseguir nada? Aquello que todavía yace en las profundidades de la vida y que aún tiene que despertar lo veo como el invierno para la naturaleza en el árbol, pero no en su exterior. ¿Quieres como psicólogo sacar esa vida al exterior y darle un lugar en esta naturaleza fría? Hans, esto sobrepasa tus sentimientos, es mejor que lo reconozcas honestamente, o pensarás que hablo por hablar. Pero ¡así es! Aquí no hay nada que hipnotizar, no hay nada que hacer, ¡porque ahora interfieres en la vida! Eso es bueno para los adultos, ¡no para los niños! Pero te digo que lo que puedes conseguir con el viejo Piet, Sonia y muchos otros, eso mismo se manifiesta aquí por medio de rayajos. Ya lo sé, eso de René es algo muy diferente, pero

la reacción material es un síntoma, son esos colorines, también lo son esos dibujos insignificantes.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer, Frederik? —pregunta Erica.

—Nada, hija mía, nada, esperaremos tranquilamente. Porque Hans dijo que estaba de buten. Yo no, hoy ya lo veo con mala pinta.

—Lo ves demasiado negro, Frederik.

—Ay, cómo es este Karel. Ya te dije que mi visión nunca es pesimista. Eso tú lo haces mejor. Pero mira esto. Flores..., parecen flores, pero no lo son. Entonces, ¿qué son? ¿Sienten (sentís) lo que es?

—¿Qué es, Frederik?

—Son grados de conciencia, Hans.

—¿Cómo dices?

—Que en Oriente, o justo en medio de este mundo, se erige una pirámide.

Hans, ¿no conoces esa cosa?

Karel, Erica y Anna me miran los tres a la vez. Hans pregunta:

—¿Estás irritado, Frederik?

—Exactamente, y justo por ti. Nunca son (sois) capaces de aceptar nada. Te haría algo, si no supiera que de todas formas no sirve de nada. ¿Ves? Ya no estoy irritado. Antes no reaccionaba nunca ante cosas así, porque los (os) consideraba tipos asombrosos. Pero ahora sé que son (sois) tan deprimentes, tan anormales, que me entran ganas de fustigarlos (fustigaros) durante horas. Se olvidan (os olvidáis) de sus (vuestras) propias estupideces. Te olvidas, por ejemplo, de que declaras como locas a personas que están más sanas que nada. Todo eso se queda en el olvido. Simplemente, lo apartas de ti y continúas tu camino tan pancho. Eso a una persona normal la irrita. Ya se me ha olvidado, y tampoco voy a volver a picar. Pero te digo: de esta psicología no tienen (tenéis) ni pajolera idea. Pues bien, me parece una palabra de una hermosura poderosa, porque tú no es que te estrellas una vez contra el mismo muro, lo haces un millar de veces.

Esto son grados de conciencia. Y esos grados de conciencia, que para ti son igual que flores, los dibuja René Wolff, un niño loco, pero eso no lo ves. Tú estás ahora con tus patas de profesor encima del cadáver y no lo sientes. Este, Hans, no es más que uno de los síntomas. ¿No te dije que los hay y que no los hay? Así también se sentía Erica, hoy estaba y al día siguiente justamente no estaba. La tenías delante de ti y caminaba por la calle. Experimentaba charlas cuerpo a cuerpo, que a Stein le provocaron un ataque interior y por lo que la demandó ante el consejo “universitario”; por eso esta familia estuvo en boca de todo el mundo. Así son (sois), ya no los (os) acepto, ¡me dan náuseas su (vuestra) sabiduría! Pero eso no significa, Hans, que yo también me tropiece con las mismas piedras. De modo que voy de buena fe. Para mí se trata de tus morros de incrédulo empedernido. Hoy te tengo y mañana te he vuelto

a perder. Karel ha cambiado. Ahora vuelve a estar a tu lado. Ayer le aclaraba milagros: también ya se los ha vuelto a olvidar. Hoy, amigo, mañana, un extraño para uno, ¡y eso solo porque el señor es doctor! Y ¡así son (sois) siempre!

Te digo, es decir, según mi propia intuición, Hans: estos duros colores rojos y verdes son para él grados de conciencia, son mundos con los que está relacionada su vida. Es algo con lo que el niño se desahoga. La vida descarga y eso ya supone una curación. Aquí lo que hay es una descarga, una medicina para él y su alma. Lo que destrozó a Sonia, lo que destruyó a Piet, ¡aquí se descarga conforme a leyes naturales de una forma del todo serena! ¡Lo que recibimos mediante su hipnosis aquí llega por sí solo! Estos fuertes colores Hans, Karel, esos rojos estridentes y amarillos cortantes, son llamas, ¡y luego serán desgracias! Son rasgos de su carácter. Estos colores azules son parte de su sueño diferente. De su mundo onírico, de su infinitud. En esto veo los años de transición, si quieres que te lo diga, y ¡nada mas!

—¿Quieres que te responda con sinceridad, Frederik?

—Por favor, Hans.

—Todo esto solo te lo sacas de la manga. Ni con la mejor disposición logro hacerme una idea de lo que tú ves. De verdad, Frederik, tengo un sagrado respeto por tu conocimiento de causa, pero ¡aquí te pasas!

—Pero ¿es que no sienten (sentís) que esta vida fue de una profunda negrura? ¿Y que ya estamos obteniendo colorines para la luz y el color? ¿No saben (sabéis) que tuvimos que vérnoslas con el infierno y el diablo? ¿No tenemos que estar agradecidos de que esto va bien?

—¿Quién está aguando la fiesta, Frederik? Tú, ¿no?

—Eso te lo crearás tú, de ninguna manera quiero, como ya te dije, amargarles la vida a Erica, Karel o Anna. ¡Jamás lo he hecho todavía! Ahora estoy combatiendo tu facultad. Nuestras conversaciones adquirirán luego un hondo significado. Es la lucha de un profano contra toda su (vuestra) sabiduría. Todavía no se me ha olvidado mi apuesta, Hans. Me falta ganarla, pero eso ya vendrá. Si conservamos la vida y todos podemos vivir esto, ¡ya lo verás! Ahora estoy echando cimientos conscientes. Ya no permitiré que me engañen (engañéis), ¡iré a contracorriente! ¡Eso es todo!

¿Puede este niño conseguir más de lo que vive en su conciencia? ¡No! ¡Para nada! Pero más tarde, Hans, más tarde, cuando despierte esta vida, entonces ¿qué?

—Primero tengo que verlo.

—Yo también, pero ¡ya lo veo ahora! Entonces te golpea con milagros.

—De modo que sí, sigue siendo, a pesar de todo, un niño prodigio, ¿no, Frederik?

—A pesar de todo, ¡sí! ¡Sí, lo vivirás!

Karel y Hans se van arriba, al niño, nosotros nos quedamos abajo. Erica

no tiene ningunas ganas. Karel hace lo que piensa que tiene que hacer. Me resulta un misterio lo que quieren los sabios. Aun así, en pensamientos sigo a los caballeros. Se ausentan un cuarto de hora por lo menos. ¿Qué estará suponiendo el profesor? Encuentro que Hans está cambiado ahora que ha alcanzado lo más elevado para su vida. Tan joven todavía y ya en ese escalón universal, pero en una altura que no significa nada cuando se trata de síntomas sobrenaturales. Allí están. Por los ojos y las máscaras veo que los caballeros estaban enzarzados en una conversación científica. Se sientan un rato, la cosa está candente, se puede cortar el arte científico. Es igual que el humo de puros, tan mal huele. Tengo que estar alerta, empiezo a sentir que ahora vamos a chocar de frente, una universidad contra otra, que para ellos carece de importancia. Ciencia grandiosa contra la sabiduría de un jardinero... una comparación que tienes que sentir o no comprenderás nada, pero que es proverbial. Que para mí se ha convertido casi en una institución. Lo rescato del alcantarillado, a ellos se les sirve ingeniosamente en la mesa. Y todavía no lo saben. Erica también siente que algo cuece. Anna no ha salido ni un segundo de la habitación. ¿Qué es? ¿No tiene que toser el sabio primero un poco? ¿No necesitas un vasito de agua, profesor? ¿Tienes los papeles bien ordenados? ¿Llevas bien la corbata? ¿No te partirás el cuello al pasar por el umbral? ¿Te dio el portero los buenos días? ¿O estás esta noche ante una operación interior? Pero ¿qué es? Y allí está.

—¿No es posible, Frederik, que René se haya visto sometido a tu influencia?

Erica y Anna escupen fuego, de Karel nos viene una cosa melindrosa, los sabios están completamente de acuerdo.

—¿Cómo dices? —pregunta Erica—. Y ahora ¿qué quieren (queréis)? ¿René influido por Frederik? ¿Quieren (queréis) bronca? ¿Quieren (queréis) atacar a Frederik? ¿Quieren (queréis)...?

No alcanza a decir más, Karel le para los pies.

—Ya, ya está bien... Solo queremos hablar un poco. No pasa nada. Paciencia.

Hans pregunta:

—¿Qué opinas, Frederik? ¿Es posible eso?

—Eso acláralo tú mismo. No tengo palabras para ti.

—Solo es una pregunta, Frederik —asegura Karel.

—Vaya, es revolver las cosas.

—Podemos aceptar que pueda haber influencias. Tú mismo dices que la vida absorbe sentimientos. Y tú buscas todas estas cosas. Cae por su propio peso que un chico sensible también absorba tus sentimientos. Posible es. No hacemos más que empezar a investigar, ¿no?

—Y a ti el chico te parece que está tan bien, Hans. Ya te has dado por

vencido por anticipado. Y en realidad, ¿qué es lo que pretendes con esta investigación?

La conversación muere por si sola. Karel y Hans están hablando fuera. Nosotros nos ocupamos de cosas muy diferentes. Hans es más docto que nunca.

—Pero que sepa —dice Erica— que a mi hijo no lo toca.

Pienso sobre todas las cosas. Cuando regresa Karel ya estoy en la cama. Aquí se cuece algo, Hans quiere algo. ¿Lo estoy dejando atrás? Tonterías. Pero se me hace incomprensible que todavía pueda influenciar a Karel.

Anoto todavía:

“Nunca puedes fiarte de los eruditos. Nunca puedes confiar en ellos. Nunca puedes entablar una amistad con ellos. ¡Cuando crees que los tienes es justamente cuando los has perdido! Ya lo sé: un profano nunca dejará de serlo. ¡No aceptan nada! No les está permitido, pero nosotros tenemos pruebas. Hans ha tenido que comprobar que con la hipnosis se pueden conseguir muchas cosas. Me ha visto trabajar, él mismo no ha logrado ponerse con ello, su voluntad vital tiene un efecto contraproducente negativo. Pero eso el sabio tampoco se lo cree. Y ahora a escarbar de nuevo para darme el golpe de gracia. Que venga lo que quieran..., pero ¡ahora me voy a dormir!”

La siguiente mañana el pequeño René está descontrolado. Anna entra como un vendaval en mi habitación y dice:

—Frederik, ya se ha vuelto a armar la gorda. Ay, Dios mío, otra vez, qué desgracia.

Me voy volando a su habitación. El chico está encima de su cama, de pie, hecho un energúmeno. Grita, quiere hablar, pero se ahoga en su propia actitud efervescente. Tiene espuma en los labios. Y, mira, una taza me pasa rozando la cabeza.

Karel ya viene volando, con Erica pisándole los talones. Karel vuelve como una flecha a su santuario y quiere ponerle una inyección. Erica es como una gata salvaje y de un golpe le quita el cacharro de entre las manos. Mientras tanto he sintonizado mi voluntad, pero no puedo hacer nada, la vida de René no reacciona. Logro agarrarlo, el chico tiene la fuerza de un tipo grande. Unos minutos más tarde está bajo la sábana de fuerza. Nos escupe de frente, tiene los ojos enloquecidos, esto ya no es un niño. ¿Es una lastima?

Karel recoge todos los bártulos y hace trizas esa porquería. A mí me hace saber:

—Si hay que volver a comprar algo, Frederik, sigo estando yo.

—Gracias, Karel, de verdad que no me olvidaré. Gracias, de verdad.

—¿Gracias? ¡Esta desgracia es por culpa de esos malditos dibujos, Frederik! Pero ¿es que no lo ves?

—¿Lo dices en serio, Karel?

—¡Pues claro que lo digo en serio! ¿Crees que quiero volver completamente

loco a mi hijo?

Karel está fuera de mi alcance. Erica dice:

—¿Ya empiezas otra vez? ¿Te dejas influir por el profe? Mira lo que te voy a decir, Karel. No le pongas un dedo encima a mi hijo o te estrangulo. Ese desertor del arado se larga. Si se te ocurre aparecer una sola vez más con ese cerdo, lo echo a patadas.

Y a mí dice:

—Ven, Frederik, no te preocupes, te respaldamos.

Karel está que se lo lleva el demonio. Se pira. La poderosa felicidad de hace pocos días se ha esfumado. Su sitio lo ocuparon otras máscaras. ¡Y eso por un solo señor catedrático! Me voy a mi habitación y escribo en el cuaderno de bitácora:

“Lo que ayer todavía suponía felicidad, ¡hoy es bronca! ¡Y eso por un solo ser humano! Precisamente uno del que esperabas que su alma sintiera comprensión por la revelación de la “psiquis”. Es imposible decirlo con otra palabra, porque de inmediato te encuentras ante la palabra “espiritual”, que no conocemos. “Psiquis”... suena mejor y dice más, pero eso carece de relevancia para Hans. Él nos separa desgarrándonos y Karel también vuelve a caer. Siento curiosidad por saber dónde encallará este barco. Pero a la postre he tenido razón, lo vi por todos esos dibujos. Lo supe de antemano. Lo dejo hacer, esa forma de desahogarse no les dice nada a Hans y Karel. Y, sin embargo —más tarde tendremos que acatarlo— esto hace que la vida se desarrolle. No entiendo que Hans no sea capaz de aceptarlo. Es imposible que sea más claro. No hay otra cosa. Es tan claro porque aquí la naturaleza habla y busca su propio camino. Lo peor de todo es que el chico tiene que volver. De nuevo perderemos esta vida. Tengo que parar, Erica y Anna me necesitan. Oigo sus pasos”.

—¿Qué opinas, Frederik?

—No te preocupes, Erica. Una cosa sí que te digo: no me parece bien que Hans y los de su especie estén haciendo estas chapuzas. Hans y Karel están metiendo al profesor Voltio. Ya lo verás. Hans ha visto allí sus estudios como perfectos, pero se cae en un barrizal. A Karel no lo comprendo. No te preocupes, hija. Claro, volveremos a perderlo, solo brevemente, pero aún no habíamos llegado. Ahora estamos en esas tormentas del desierto. ¡Tenemos sed! Pero tenemos un guía, Erica, que conoce el camino. Así que no te preocupes. Todo volverá a estar en su sitio. Tú también, Anna. No temas..., no te preocupes, te lo juro, voy a tener razón. Esos dibujos, ay, los conozco tan bien. Más adelante leerás mucho al respecto. Describiré los fundamentos. No son enfermizos. Pero ¡que se dejen de chapuzas científicas con el pequeño René! Si necesitan conejillos de Indias que los busquen en otra parte. De ninguna manera quiero convencerte, Erica, pero te pido: usa tu sentido

común. Ahora Hans es demasiado erudito para nosotros y quiere vengarse. No quiere ir por la vida bajo mi máscara. Lo he superado con creces y eso no lo consiente. ¡Tiene que destruirme! Quiere tener razón y si la consiguiera, Hans poseería su respeto. Pero eso es a costa de René. Ahora todo es posible. He influido sobre René. Lo que escribí hace años en el cuaderno de bitácora, ahora lo vemos convertido en verdad. ¡Así que estoy preparado! Ustedes (vosotros) también. A Karel lo hemos perdido brevemente, pero eso también se resolverá. Te garantizo por lo más sagrado, Erica, que si hace falta ¡me voy!

—Eso jamás, Frederik. Que sepas: nosotras nos vamos contigo.

—Qué maravilloso, pero tú tienes que terminar tu propia tarea.

—Eso da igual... Yo te acompaño y Anna también. Aunque tenga que ir con los pies atados, yo también iré. Entonces Karel me la trae al fresco. ¡Sabes quién y cómo soy! No permitiré que te pisoteen. Tu amistad me vale más que cualquier otra cosa. Para eso abandonaría a Karel. ¿No te dice eso nada?

—Te estoy muy agradecido, Erica. Pero ¿crees que sea necesario? ¿Tenemos que romper un lazo nosotros, que ya durante años hemos trabajado unos en otros? Me iré y cuando me vaya tendrás tranquilidad y paz. Estoy seguro de que Karel no aguantará ni un solo día sin nosotros. Lo conozco. ¡Es Hans! Más tarde le daré a él y a Hans las pruebas. Tú espera, Erica, aún viviremos otra vida, otra era. Confío plenamente en eso. Eso ya se resolverá.

—Frederik: no quiero que ningún Hans toque el cuerpo del pequeño René. Ven, vamos a ver cómo va nuestro niño.

—Hola, tesoro..., hola, pequeño René..., hola, pequeño ser humano. ¿Qué tal? ¿Sigues enojado con el tío Frederik? Pequeño René, pequeño René... A ver, ¿me miras a los ojos?

El niño me pide ayuda. Pero hay algo que no logro controlar. Y eso lo sé. Eso me lo sé.

—Es el invierno, pequeño René... No hay nadie en el mundo que pueda cambiarlo, estás hibernando. No soy capaz de alcanzar eso, no soy capaz de elevar eso en mi vida, es algo que tiene que crecer y despertar. Es algo que vive en el “esperma” humano y luego, cuando la vida se haya hecho mayor, llegará a crecer y florecer. Exacto, pequeño René, pero entonces se llama “cáncer” o tuberculosis; son enfermedades. De este modo es imposible todavía ayudarte. Para una vida joven la hipnosis es un destrozo, es estrangular la vida, aporrear la cabeza hasta destrozarla. Es destruir la semillita que ayer metimos en la tierra.

Erica y Anna oyen lo que he dicho en voz alta a René. El niño se ha tranquilizado. Erica dice:

—Te creo, Frederik. Lo acepto al instante. ¿Y tú, Anna?

—Yo también, es algo que tiene que despertar.

—Exacto, tiene que salir del sueño, que crecer, que despertar, también que

evolucionar, solo entonces puedes hacer que se duerma un alma. Si aun así lo haces —porque ya lo ves: es posible—, entonces paralizas esa vida. Entonces el niño ya no se expresará, y entonces sí que estará totalmente muerto. ¡Lo estarás ahogando! Ahora creas disarmonía. No le das la oportunidad de brotar. ¿Viste esos colorines, pequeño René? ¿No viste al bu? ¿No lo viste? ¿Y pensabas, pequeño René, que no estamos nosotros?

—Pero ¡corazón! —Oigo que dice Erica, y eso es para mí y René.

—¿Ves a tío Frederik, pequeño René?

No hay respuesta, el niño no me ve. Los ojos de la conciencia diurna han quedado desconectados. Las ventanas están cerradas a cal y canto. Ahora se ha quedado dormido lo que forma parte de la conciencia diurna. No harías más que torturarlo. No hay nada que se pueda hacer, tenemos que desprendernos de este proceso.

—El niño no te ve, Erica, esta vida está ahora por debajo de lo normal, es allí donde vive, es allí donde descansa, porque al final sí ha llegado la relajación.

René cierra los ojos, vamos abajo. Ahora nos entregamos otra vez a la conversación. Ahora volvemos a estar metidos hasta el cuello en la miseria. No hemos pensado en ello, pero así es. La vida continúa, se despierta y va desarrollándose. Esto sí que es algo muy elocuente, pero los adultos aún desconocemos sus leyes. Es literalmente verdadero: estás delante, detrás y al lado de eso. Lo que vi allí donde Hans lo veo ahora de nuevo con René. Había allí una mujer que se acicalaba todo el día..., que estaba dando caricias y lamiéndose como una gata. ¿Tenía fantasías de belleza? Para mí al menos la tenía... Hans no le ve así, ¡está contagiada! Y eso, pues, lo vi de forma astral. Era algo que aún no quería meditar porque me faltaban pruebas. Pero a la mujer la tuvieron que encerrar porque estaba limpiándose, lavándose, diez horas al día. Era un desastre con el agua, siempre, un día tras otro la misma historia, pero no la comprendían. Hasta que se puso un poco salvaje y tuvo que cambiar de casa. ¿Qué es? ¿Cómo empieza a haber semejante tratamiento de belleza? Tendrías que haber oído hablar a Hans de eso. Todavía me faltan las pruebas, pero ¡estoy empezando a pensar en “contagio espiritual”! Hay un demonio en esa aura vital. Y eso lo siente el alma. El alma, como ser humano, empieza a lavarse entonces, y seguirá haciéndolo, pero no hay fin. Así hay miles de personas que se van lavando hasta terminar en el manicomio. Esa belleza antinatural destroza el alma. Los allegados de ese ser femenino no lo comprendían, el médico solo daba palos de ciego. Yo me digo: esto sí que es “peste astral, influir astralmente”; el alma, como mujer, quiere deshacerse de esas asquerosidades. Te digo honestamente: se me hacía imposible mirar detrás de esa máscara. No tengo pruebas de ello, pero ya las conseguiré. ¡Ya dije antes que no daría ni un paso de más! Pero no permitiré que ningún

Hans, ningún profesor Voltio, ningún Karel me ponga en ridículo, ahora voy a empezar una lucha que a todos nos agrada. En el caso del pequeño René es exactamente igual.

Lo que ves con esas mujeres como intentos de lavarse y quitarse la suciedad aquí lo veo como su... ¡bu! Es ese canalla que arrastra esa vida hacia abajo. Lo he visto. Esos muñequitos no valen un pimiento para los eruditos, pero son mis pruebas, ¡es la vida de René! Pero ¡eso todavía no se lo digo! Únicamente lo convierten en bizcochitos que van agarrando. Lo convierten en la fiesta de San Nicolás, un profano hace de experto. Bueno, de acuerdo, pero el Antiguo Egipto sigue existiendo. ¡Además de Mohamed! Más amigos míos que se entregaron en cuerpo y alma. ¡Los convoco! ¿Tienen que asistirme desde allí? Ahora todavía no los necesito. Cuando sea así me ayudarán en todo lo que puedan. Es ahora cuando Oriente sintoniza con el pragmático Occidente. Lo saludo, mi sultán, ya estoy con ello. Qué bien, verdad, que un ser humano pueda conservar algo así o convierten todo, las cosas más sagradas, en basura. Estropean y corrompen todo. Estoy con mis armas cargadas, las he mandado revisar, ¡ya pueden venir! Vengan (venid), me he hecho “vidente”. Voy por un camino que me conduce directamente, a mí y a quien quiera seguirme, a través de la pirámide de Giza. Puedes quedarte sentado tranquilamente encima de tu camello, no hace falta que andes, ¡lo pongo en tus manitas! ¡Te lo sirven en bandeja como no lo habrás visto nunca antes! Pero... ¡las cabezas gachas! ¡Fuera las máscaras! He dicho: ¡fuera las máscaras! ¿Qué quieres?

¿Es un hombre ese bu? ¡Lo creo y no lo creo! Sí que lo vi como un tipo, como un diablito, pero esa es la apariencia material, el alma se expresa por medio de esos fenómenos y nosotros vemos a ese jovencito. Pero creo que es de otra manera y mucho más natural. Pensaré sobre eso cuando hayamos llevado —por terrible que sea— otra vez al pequeño René. ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Pero ¡qué lástima, Erica, Anna! Sin embargo, ¡tenemos que tener paciencia! Más tarde dirás: Pero ¿cómo encajaba todo eso? Los fenómenos fueron colocados uno junto al otro como un juguete de bloques para armar, y entonces vemos ese paisaje con todas esas cascadas ante nosotros. Ahora allí sí que puedes verte a ti mismo. Ahora los cuentos humanos ya carecen de importancia. Ahora todo sí que es sobrenatural, porque ¡cada pensamiento carga un espacio y tiene que representarlo! ¿Viste esa máscara?

Voy hacia arriba y fijo todos estos pensamientos. Es algo que los seres humanos no podemos alterar. Podemos presentar notitas vacías, pero detrás de eso vive la realidad, o ¡jamás habría habido un Pedro y sería una tontería aquel canto del gallo que tanto preocupa a la gente! Entonces son invenciones. Pero ¿quieres hacerme creer que Cristo no vivió en la tierra? ¿Tenemos que aceptar eso —tal como lo suponen muchos eruditos lelos— como una leyenda de Jerusalén? ¡Ya les gustaría! Pero ¡eso es imposible! ¡Él estuvo allí y

lucharemos por ello! ¡Yo al menos por mi propia cuenta y ellos por medio de sus pedestales corrompidos! Ay, Mohama, estoy empezando a comprender por qué lo tenías tan difícil; por cierto: todos los que han podido hacer algo por este progreso. ¡Un erudito es una oveja con antenas humanas! ¿Tú también viste esa máscara?

Karel todavía no ha cambiado. ¡Es demoniaco! Hans lo es ahora, igual que el profesor Voltio. Están abriendo una investigación. Los caballeros ya vendrán esta tarde. Sentimos curiosidad. Erica dice: pueden hacer lo que quieran, pero hasta aquí, y ni un paso más allá. ¡Es fuerte junto a Anna! ¡Saben lo que quieren! Lo asumen abiertamente. Yo voy por mi propio camino. No puedo hacer nada. Karel tiene que decidir sobre su propia sangre.

¡Vinieron! Al pequeño René no se le dio ninguna inyección porque Erica se puso como una energúmena. Echó de casa a los expertos. Karel casi la ataca, pero Anna se interpuso entre el bruto y ella. Eso ni pasando por encima de mi cadáver. Aunque este sea más viejo que Matusalén, pero Karel se dio un susto. Los expertos no sabían dónde meterse. Irradiaban menosprecio. Voltio aún quiso hablar un momento conmigo, pero Erica me aconsejó no decir ni una palabra a esa gentuza. A mí me pareció bastante bien y el señor preguntó:

—¿Está usted seguro de sí mismo? ¿Es imposible que su voluntad la haya transferido a su hijo?

Lo decía de otra manera, pero yo le comprendía. Le contesté lo siguiente:

—¿Quién es aquí el experto? ¿Usted o yo?

—Le estoy preguntando algo, puede responderme, ¿no?

—Solo hablo con el señor Wolff. Si él dice que tengo que hablar, estoy dispuesto a hacerlo.

Voltio se va y regresa con Karel. Quieren saber algo de mí. Voltio recoge velas, un poco; Karel es como pillo mayor. Esta noche volverán, entonces Hans también estará presente. A mí me parece bien. Pero Erica dice:

—Pero ¡qué tipos tan descarados son, Frederik! No les digas nada a esos perros. A Karel ya se lo haré pagar.

Pero no hay quien atrape a Karel, a él también lo hemos perdido. Solo unos instantes, creo, porque soy incapaz de creer en la desintegración. Pero ¡los humanos no dejan de ser más que humanos, siguen siendo borregos, seres de una especie peculiar! Los tienes hoy y mañana.

Y el pequeño René se ha tranquilizado, pero bajo la sábana de fuerza. Si liberamos esta vida salvaje, te muerde. Y eso no debe ser, ¿verdad? No hablamos: pensamos. ¿Tendremos esta noche una lucha a vida o muerte? No lo creo. Más bien pienso que esto no traerá cola. Por cierto: no sé lo que voy a decir. No sé por dónde empezar. Los expertos me quieren triturar, y ¿Karel les echa una mano? Así me parece ahora. ¿Sí que me iré de viaje al final? ¡Me entran sentimientos! ¡Ideas! Estoy abierto a ellos. Karel, ¿si tengo que hacer

eso también? Bien, de acuerdo, ¡soy capaz de lo que sea! Pero entonces tendrás que venir a mí, de rodillas, desnudas, tendrás que colocar tu corazón sobre una bandejita, o ya no te creeré. Hay algo en mí, Karel, que se está muriendo. Hasta allí puedes llegar, porque entonces yo mismo ya no podré hacer nada por ello. Yo no me iré jamás de aquí por voluntad propia. ¡Jamás perderé amigos! ¡Jamás! No aguantan estar conmigo —eso es— porque una y otra vez mi vida les pesa demasiado, les resulta excesivamente difícil, debido a que ¡no les da la gana empezar una vida para más tarde! Pues que revienten..., ¡que se fastidien! Nunca he sido tan rudo, pero es que entonces tampoco tendrían (tendrías) que haber colocado estas palabras en nuestra escritura perfecta. Más sencillo, imposible, me parece, no les (os) concedo ninguna muerte, porque de todas formas son (sois) incapaces de reventar... En el fondo estoy diciendo algo que no requiere ninguna justificación. Es como si me pusiera a hacer esgrima con violetas, pero ¡esa “seguridad sagrada” aún no se la han ganado!

René sigue tranquilo. Ha comido algo. Karel no me permite que me acerque a él. Quiere una investigación no contaminada. Fenomenal. Pero cuando se va un momento las mujeres me arrastran hasta el niño que es nuestro.

—Hola, corazón.

Lo que no esperamos —así es siempre con nuestro hijo— viene ahora.

—¿Otra vez tengo que irme, tío Frederik? Justamente cuando se me estaba dando bien.

¡Otra vez conciencia! Si esta viene de mí, por mí, tampoco es razón para tener que permitir que me echen a la hoguera. Para nosotros es como si quisiera ayudarnos. Esta mañana: un salvaje, loco de remate; ahora: de nuevo del todo sereno, y encima, sano. Pues ya pueden venir esos caballeros. Digo:

—¿Ves, René? Tienes que saber que allí las cosas iban de maravilla. Solo tienes que volver un ratito con tus amigos. Y, además, René: ¿no estamos contigo? ¿No te estamos esperando? ¿No pensamos en ti? Cuando más adelante regreses, pequeño René, compraremos grandes telas. Y entonces te ayudaré.

—¿Verdad que sí, tío Frederik? ¿Verdad que entonces iremos a ver todos los cuadros hermosos? Y ¿no lo olvidarás, tío Frederik? Y ¿también tendré cosas bonitas en mi habitación?

Erica dice:

—Ay, cariño mío. ¡Nosotros vamos a regalarte un museo propio!

—¿De verdad, mamá? ¿De verdad...? ¿Harás entonces como bu y me volverás a echar? ¡Papá es un canalla! Papá es un canalla, tío Frederik. Qué asco, papá me da náuseas. Ya se lo haré pagar. Lo embadurnaré de mierda.

Escupe hacia su padre.

—¡Oye! —dice Erica—, papá es bueno.

—Eso es una mentira, mamá, ¡papá es un lirio rosadito!

—¿Ves? —dice Erica— y esos hablan de influencias. Lástima que no lo haya oído el señor. Cuando podrían aprender algo no están. Cielos, pero qué gracia es esto.

Y a René:

—Te irás todavía un tiempito, ¿verdad que sí, muchacho? Aquí te guardaremos todo. Anna, Frederik y yo te compraremos hermosos cuadros. Pero no puedes decir nada de tu papá, sus intenciones son buenas. Y cuando vuelvas todo estará en orden. ¿No es así, pequeño René?

—Sí, mamá. ¡Sí, mamarracha..., sí, desgraciada! ¡Mejor revienta...! ¡Que te vayas al infierno!

Se da la vuelta y ya no quiere saber nada de nosotros. Me tiro de los pelos. Empiezo a pensar en cómo se influye, tengo que irme de aquí un tiempo, el niño te deja vacío, los eruditos tienen razón. Pero ni un segundo más tarde he vuelto a cambiar de parecer. ¡Es parte del juego, también lo otro! ¡Todo junto forma un popurrí sobrenatural! Y es nuestra comida, pero es insulsa. A Karel lo puso enfermo. ¿Qué nos aportará este día?

Hans, Voltio, Karel, Erica —Anna no quería asistir— están hechos un manojo de nervios, la conversación ya ha empezado. Hemos iniciado el último acto, ¿desaparecen máscaras? ¡Acaban de ser pulidas y bien colocadas! Hans posee ahora una máscara antediluviana, Karel una que no está en tan mal estado ni apachurrada, pero no es gran cosa. ¡Ese Voltio es igual que un cadáver con vida! Ese hombre es originario de la ciudad de Groninga. Hay un instinto que recorre ese rostro que se me hace frío. Si le cuelgas un saco de los hombros, con algunas baratijas, le pones un traje viejo y ajado, y a renglón seguido lo echas a la calle, es el hombre que hace negocios en la vía pública, de casa en casa. Y esa cosa se ha hecho profesor y con Hans se dedica a la psicología. ¡No hacen más que copiar a los anteriores! No hay más, y ahora, vamos, al banquillo. Adelante, señorías... Eviten desgracias... ¡Las puertas del cielo están ahora abiertas!

Voltio dice:

—Hemos alcanzado un consenso... La presencia de usted supone la ruina irrevocable de esta vida.

—¿Que qué es lo que quieren los señores? ¿Qué quieren los eruditos? ¿Y tú, Karel? ¿A ti eso te parece bien? Fuera de mi casa, escoria... Fuera de mi casa.

Karel salva la situación. Miro a Erica. Me comprende, le transmito: un poco de paciencia todavía. Erica sale un momento escopetada. Sé adónde va. Anna le contará cómo hay que hacerlo. Más tarde puede olvidarse a sí misma todo lo que quiera, ahora un poco de paciencia. Allí está, a la espera.

—Lo siento... —dice—, pero soy madre.

Voltio está de acuerdo. Yo no pregunto nada, pero Hans sí lo hace:

—¿A ti qué te parece, Frederik?

—¿Que qué me parece, señores? Pues está bastante claro. Me rindo completamente ante lo que piensan los señores y lo que se imaginan. Creo, sin duda, en la posibilidad de influir, porque un niño lo aprende todo de los adultos. ¡Exactamente!

—Pero ¿ahora qué? —quiere saber Hans.

—¿Que ahora qué? ¿Cómo puedo evitar esas influencias, quiero decir: ¿Cómo puedo cambiar algo en esto ahora que ha llegado el momento? Claro que me iré, me voy de aquí, mañana ya no estaré. Indudablemente, una buena decisión. Desde luego, he de ofrecerles mis disculpas. Qué lástima, ¿por qué no me lo hizo saber Karel mucho antes? Qué lástima, profesor, pero soy culpable, contra esto no es necesario que yo haga nada, lo más probable es que los señores estén de acuerdo conmigo en esto. Pero, claro, ¿cómo recuperará el niño la calma?

—¡Eso son asuntos míos!

Es Karel quien lo dice. Es frío como un cuchillo. Follones polares, necesitas abrigo de pieles para esto, pero los eruditos están de acuerdo. Hans empieza a hablar de sistemas doctos y ¿no los comprendería? Pues mejor me voy entonces... porque ¿qué puedo oponer a esto? Erica espera un poco, es como una tigresa. ¡Necesito descanso! ¡Descanso!

Hans sabe que si quiere hablar conmigo de todas estas cosas no tiene que venirme con términos eruditos. Me blindo por completo ante estos y ¿resulta que tampoco entiendo nada al respecto? Para estas cuestiones he ido construyendo una “terminología” propia. Y no es raro, te sirve para decir las mismas cosas y son mucho más comprensibles así. No me aclaro nada con sus conjeturas. Hans vuelve a empezar y me tira de la lengua cuando pregunta:

—Tienes que comprender bien, Frederik, a Karel lo que le importa es René. Hemos encontrado un nuevo camino, que permite la curación.

—Una cosa te digo, Hans: ¿Tengo que empezar a ver tu personalidad de otra forma? Pues bien... Ayer el señor tenía otras ideas al respecto. Entonces gané mi apuesta, ahora nos hemos perdido, somos extraños, ahora se enfrentan las palabras del profano a las leyes de la “universidad”. A mí me parece bien. ¿Qué quieres saber de mí?

—La esencia está de tu parte, Frederik. Suponemos que tú has tenido al niño todos estos años bajo tu influencia. No decimos que esto haya sucedido de forma consciente, eso ya lo sabes tú muy bien. Aquí se ha comprobado una desintegración mortífera que durante años ha estrangulado la conciencia diurna. Y esas fuerzas, Frederik, las succiona la joven vida. ¿No está bastante claro? ¿Tan malo es esto?

Karel no abre la boca. Pero a mi lado está Erica, que sería capaz de degollarlo. ¡Todavía espera! Yo, naturalmente, me refugio en mi cascarón. De todas formas, contra esas miserables palabras uno no puede hacer nada. Yo

es que soy así. Entonces ya no actúo, lo proceso por dentro. ¡Me da pena, me duele! ¡Ya no voy a echar más margaritas a los puercos! Pero cómo es posible. Ay, ese Karel, pobre de Hans. ¡Ese Voltio es un cerdo! Mira esos ojos saltones. Esa nariz. ¡Esa boca! Parece un carro de heno. Mira el vapor que le sale de los codos. Me apuesto la cabeza que este hombre no se detiene ni ante los muertos. Este hombre ha conseguido elevarse gracias a eso. Le arrojé mi menosprecio. Mira, quiera esconderse tras sus gafas. ¿Ves esa delgadez? ¿Viste esa máscara? Oigo lo que está pensando..., oigo:

‘Maldito bastardo..., te echaría a patadas de mi casa si vinieras a verme’. Y ahí lo tienes a ese pajarraco, a ese insecto vulgar y corriente, al que ya le gustaría matarme. ¡Pues a mí me caen mejor los tipos como Ten Hove! ¡Basta con amar a esos niños! ¡Dales todo...! ¡Te matarán de todas formas! Ya me iré, docto señor..., pero también tú vendrás algún día a mí, de rodillas, arrastrándote, para pedir perdón. Ya te digo ahora: puedes enviar tus sórdidas chorradas a Él, que nació y murió por todos nosotros. ¡Allí es donde obtendré razón! ¡Él sabe cómo soy! ¡El sabe lo que quise y lo que hice! ¡Él lo sabe todo de mí! Lo que ustedes piensen (vosotros penséis) de esto no es cosa mía. Ya pueden (podéis) volver a arrastrarme por el fango... Ya pueden (podéis) decir en su (vuestra) “universidad” que un profano enloqueció a un niño. Ya me pueden (podéis) poner entre rejas. ¡Volveré de todas formas, y de todas formas tendré razón! ¡En todo!

¡Granujas! ¡Pedazos de basura! ¡Miserables! ¡Chapuceros! ¡Aspavientos estériles! ¡Hierbajos! ¡Instinto animal! ¡Asquerosos! ¡Folloneros embusteros! ¡Engañosos! ¡Mentirosos! ¿Quieren (queréis) pasar por encima de mi cadáver? ¡Que Dios me libre! ¡Él sabe quién soy! ¡Para Él paso por encima de la hoguera y allí me quedo! ¡Mejor descalifíquenme (descalificadme) como genio maléfico! Todo esto no lo dije en voz alta, para que se chinchén. ¡Ay, ay, ay!

Allí están, sentados, y no dicen nada, pero es que nada. Cuando Karel ya no sabe dónde meterse agarra con torpeza una caja de puros.

—¡Gracias, poeta..., doctor, trepa! —se me escapa, y siento que el pequeño René me ayuda—: que nunca fumo. ¡Que no, que nunca fumo! Ya te gustaría, ¿verdad? ¿A que sí?

Ahora sigo un poco, reforzaré su diagnóstico. Hans ya siente lo que vendrá y además ¡les va a divertir!

—Yo no, ¡yo jamás fumo! Es lo que tú te creías. ¿Nunca oíste hablar de esos ringorrangos, profesor? Una brisa queda sopla por encima de las montañas y deja empapada la erudición de este mundo. A Van Buitenstein le digo: “Agarra tu sombrero”. Pero ¿qué hace el hombre? Me arroja sin miramientos contra el suelo. Ya se lo haré pagar. Claro, pensaban (pensabais) que lo iba a asesinar, ¿verdad? Mentira cochina. Dije: anda ya, nos vamos a casa juntos, tan a gusto, y comemos algo rico.

¿Qué tiempo, verdad? ¿Vienes a rezar también? Hace falta ayuda. Haz que ahora te oficien la misa y hazte el consciente como un bovino, así te inspirarás. Derriba a ese bicho. No le tires bolas de nieve a esta vida. Métele piedras y ya sabrás dónde acertarás.

Allí los tienes, sentados, mientras piensan: ‘Ese está loco de remate’. ¡Voltio le hace un elocuente y discreto gesto con la cabeza a Karel! Hans también lo comprende. Completamente loco. Y ¿a esa vida fracasada la has tenido durante años en casa?

Cuando Voltio quiere decir algo más, Erica se abalanza sobre el hombre, agarra la mole por el traje negro, desgarrar el cuello hasta detrás de su cabeza y así lo arrastra afuera de la casa. Karel lo quiere impedir, pero recibe un buen golpe en los morros. Anna está frente a Karel. Antes muerta que esto, Karel. Y cuando Voltio ya está casi en la calle y es el turno de Hans, el Dios de todo lo que vive se encuentra entre nosotros, pero por la “majestad” de un chico loco. ¿Y ese niño tiene un palo entre las manos? Es un atizador de hierro. El niño está frente a su propio padre. Llama a gritos a su madre. Erica ha echado a Voltio de casa, ella ya ha vuelto para ponerle a Hans en contacto con agujeritos, alcantarillas..., pero René se encarga de protegerlo y dice:

—¡Es ese cabrón! ¡Él es! ¡Es ese bicho! ¡Es ese follón con lo del bu tan asqueroso! ¡Allí! ¡Allí! ¡Allí!

Hans pensaba que iba a obtener protección. Pero de pronto René lo golpea en la mandíbula. Hans gime. Ahora es Karel quien quiere atacar a su hijo. Anna y Erica se abalanzan hacia este instinto vivo y lo arrojan adonde tiene que estar. Karel se desploma sobre la silla. Hans sale volando detrás de Voltio. Erica dice:

—Puedes regresar, Hans, pero entonces con la cabeza lúcida, si no ya no tienes nada que hacer aquí. ¡Fuera! ¡Te digo que fuera! ¡Fuera, Hans! ¡Fuera!

Hans se larga. ¡Hans ya no está! Y ahora ¿qué? Karel está hecho una fiera. Soy yo, su blanco soy yo. Pero tiene a Erica y a Anna delante. Se pone a hablar Erica:

—Y ahora te gustaría cargarte a Frederik, ¿verdad? Bueno, pues adelante. Yo te mostraré cómo hay que hacerlo, Karel. A ver, señala un momento a Frederik. Pedazo de sinvergüenza, eres un tipo escandaloso. ¿Quieres perder a Frederik, embustero? ¿Es a él a quien quieres perder porque estás hecho un lío con tus cadáveres? ¿Porque no eres capaz de soportar la verdad? A ver, hazlo. Ya te lo dije una vez: si Frederik se va, nosotras también nos iremos. Si no queda más remedio que se vaya, entonces nosotras también. Pero ¡a mi hijo no lo vas a tocar!

Ahora miramos todos a René. ¿Dónde está el ángel? Está sentado tranquilamente en una silla y observa el arte de Karel. Mira mucho tiempo, lo dejamos en paz. Karel también mira... Mira de otra manera... Sigue hecho

un toro salvaje, pero la ira está disminuyendo. Que cómo se ha liberado el muchacho, quiere saber Anna. Lo levanta, abraza la vida contra su corazón y se va arriba. No tarda ni cinco minutos en volver a bajar. Karel ya no dice nada, allí está, ¡pensando, tapándose la cara con las manos...!

Me voy a mi habitación. Creo que los padres aún tienen cosas que comentar entre ellos. Arriba oigo cómo está gritando Erica. A Karel le caen por todos lados. Ella tiene razón... Le dice que está capacitada para cuidar de su hijo. La ciencia no significa nada. ¿No lo sabía mi marido querido? ¿Se olvidó de todo lo que hemos vivido estos años? Y ¿lo quiere saber Hans? ¿Ese animal de bellota? ¿Ese desgraciado? ¿Ese opulento palacete? ¿Y este quiere cuidar a la gente? ¿Ese trepa que está marchitándose? ¿De dónde saca esas palabras? Es como si lo bueno se ayudara a sí mismo, se inspirara a sí mismo. René me está llamando. Voy al chico.

—¿Está papá enfadado conmigo, tío Frederik?

—No lo creo, hijo mío, ¡no lo creo!

—Entonces está bien, ya me duermo.

Y, mira, igual que antes se acuesta y ¡ya está durmiendo! Son fenómenos que conocemos, es ¡progreso, despertar!

En el cuaderno de bitácora pone:

“¡Ahora ya sí que no pude más! De verdad que esto no me lo esperaba. No me lo habría podido creer. Sin embargo, como lo ves tú mismo, somos unos bichos raros los seres humanos. Aún no conozco todas las máscaras. ¿Qué profundidad tiene una máscara de esas? ¿Cuál, semejante patíbulo humano? No lo sé. Yo mismo no habría sido capaz de hacer otra cosa. Cuando los maldije por dentro con todo lo feo que hay lo sentía de corazón. Me parece que no voy a retirar ni una sola palabra. Ese Voltio es un fanfarrón escandaloso. En serio que me parecía estar enfrentándome con un ladrón. Es un morfinómano adicto si quieres que te diga lo que pienso. Un prestamista, un prestamista ladrón, un carácter de baja estofa, que a Hans le parece la repera y que él nos enjareta. No es Karel, es Hans. Desde mi rincón oigo decir a Erica:

—¿Y tú te entregas a semejante pedazo de escándalo? ¿Es que no conoces ese pasado? Karel, ¿ya no te acuerdas de lo que me contaste hace unos años sobre este carácter diabólico? ¿Y por semejante tipo tiene que largarse nuestro Frederik? ¿Por un morfinómano de esos? ¿Por semejante pedazo de desgraciado? ¿No te da vergüenza?”

Ya no quiero escuchar más y continúo. Constató:

“Pero hay que ver lo extraño que es esto, Erica también siente lo granuja que es este hombre. He conocido a centenares de miles de personas, pero semejante instinto animal en un hombre y experto todavía no. ¡Es sin duda carroña! Siento curiosidad por cómo se lo tomará Karel. Ya lo sé, pero todavía

tendremos que tener un poco de paciencia. Vaya, qué susto me ha dado esto a pesar de todo. Es que, hay que ver con ese ser tan bajo, cómo es posible, Hans. Pero tú ya volverás, tú no puedes vivir sin buenos amigos. Te quiero, de todas formas. Erica también, pero ya no tienes que andarte con esas historias con nosotros. Y al pequeño René: ¡Ni tocarlo!

Erica le da a Karel un buen rapapolvos. Al gruñón no le queda más que envainársela. Volvió a recaer en un viejo error suyo. Pero creo que ahora lo superará. Así es como quedan derribados los rasgos de un carácter. Un ser humano no tiene que luchar contra ellos una sola vez, sino miles de veces. Eso ya es así desde que existe la humanidad. Pero el ser humano ni lo cree ni lo conoce todavía. Ver a los amigos y aceptar a los amigos: ¡Eso sí que es arte! ¡Conservarlos es una ley sobrenatural! Quien sea capaz de hacerlo estará cultivando una palomita.

Pero menuda situación. De golpe estás metido en un lío. Si pienso en ayer por la noche, podría ponerme a llorar. Pero entonces Karel ya estaba perdido. El pequeño René vuelve a marcharse, lejos de nosotros, porque no hay más remedio. No creo haber cometido errores. Creo que voy a pirarme por un breve tiempo. Karel tiene que deshacerse de mí una temporadita o tendrá que suplicarme para que me quede. Espero poder vivir esto último, aunque lo quiero igual que a todos los demás, pero ¡es algo que aún no entiende!

Frederik, ¿qué te parecería un viajecito al Antiguo Egipto? ¡Quiero ir allí para “hablar con la luna”! ¡Quiero hablar con la esfinge! En mi juventud anterior no me di cuenta de esos asuntos sagrados. De todas formas sí soy capaz de ayudar a René, desde donde sea. Mientras, aquí vuelve la calma. Pero ¡me voy! A Karel le haré saber que no quiero ningún tipo de limosna suya. Vuelvo a ponerme mi otra túnica. Vuelvo a meterme en la diplomacia... Voy a entablar una nueva conversación “cuerpo a cuerpo”. Lástima, pero es lo que hay. Estaba siendo yo mismo, tan a gusto. Me daba como soy, hablaba como un niño torpe, espetaba las cosas como me salían, aunque a veces todas esas palabras me dieran terror a mí mismo. Tengo que volver a poner un momento mi máscara. Sultán..., alteza..., ¡hasta luego! No me imaginaba que ya nos volveríamos a ver tan pronto. En el ínterin, nos hemos hecho un año mayores. Ahora nos podremos ser aún más útiles el uno al otro. Quiero saber ahora si has cumplido tu palabra. ¿Les conseguiste a todas tus mujeres un buen marido? ¿Les diste la posibilidad de elegir lo que ellas mismas querían y deseaban? Eso lo quiero oír ahora de tu propia boca. Por ahora no hay nada más. ¡Hasta luego!”.

Cuando Karel y Erica tocan en mi puerta digo en voz alta:

—Ya estoy servido, corazones. Acabo de empezar a hacer las maletas.

Oigo:

—¡Eso sí que no lo harás, Frederik!

—Hay cosas, Karel... —le lanzo a la cabeza a través de la puerta cerrada— sobre las que un pobre diablo como yo tiene que decidir él mismo. Me iré sí o sí, pero primero llevaré al pequeño René, si es que eres capaz de consentirlo.

—¡Que no te vas a ir, Frederik!

—Que sí que me iré, Karel, me llama mi sultán. Que duermas bien, y a gusto, te recordaré en mis sueños. ¡Adiós, y que sueñes con los angelitos!

Esta noche no hubo flores de ningún tipo. ¡Hubo una bulla tremenda! Pero ¡al final todo saldrá bien! Vamos a por el siguiente acto, que es el último. ¡El pequeño René se va! ¡Yo me quedaré velando! ¿Viste estas máscaras también?

Adiós, tío Frederik... ¡Me quedaré esperando!

Dormir de forma sana es la mejor medicina para el ser humano. Es algo que sin duda se habrán dicho unos a otros miles de adultos después de haber experimentado su valor y su bendita influencia. Hay enfermos, a quienes les ha salvado la vida; a los más fuertes de espíritu, dormir les ha dado sus fuerzas; ricos, pobres, hombres, animales, la naturaleza: el sueño es lo más milagroso que conocemos y poseemos. En un solo descanso nocturno suceden milagros o hay que lamentar muertos. Si te duermes de forma impetuosa, entonces sueles recibir sueños feos; si planchas la oreja en paz, entonces te suele tocar vivir sueños que hablan de la incidencia sobrenatural, en los que tú mismo te conviertes en el centro deseado. Ahora das en el blanco, en el corazón de la diana, o sueñas que estás al mando de miles de personas, aunque estés acostado en la calle en pleno invierno, medio congelado. Hay que ver qué sueño tan extraño, pero es el sueño el que lo produce, te lleva a mundos de reflexiones celestiales y de poca monta, en los que tú mismo no tienes nada que ver. Si entras al sueño con enfado o tienes un fundamento amoroso en tu vida, entonces la vida se corrige ella misma y te regenera durante tu largo sueño. Ha habido personas que se quedaron dormidas deliberadamente con sentimientos de matar y asesinar, pero que por la mañana estaban como unos corderitos: así es como el sueño les había tomado el pelo durante su descanso. A favor de toda esta gente. Otros justamente recibieron por el sueño esos pensamientos asesinos y llevaron el diabólico infierno hasta la gente. Pueden escribirse libros enteros sobre el sueño, pero no creo que los expertos lo sepan todo al respecto, con lo que solo quiero decir: ¡tampoco eso lo conocemos ni lo sabemos! ¿Que lo que sí es, pues, el sueño? Eso da igual..., yo por mí ocupó mis pensamientos con reflexiones sobre el sueño.

El sueño de Karel le surtió un maravilloso efecto. Había vuelto a ser del todo el de siempre y se sentía apaleado como un perro. Muy pronto ya me tocó la puerta y preguntó:

—Oye, Frederik, por favor, abre la puerta.

Salto de la cama. Veo que son las seis y media. Ese seguramente no habrá pegado ni ojo.

—¿Qué pasa, Karel?

Se me tira a los brazos como un niño y llora hasta más no poder.

—Ya, ya está, travieso grande, todo está bien. Tengo un sagrado respeto por ti, que lo sepas. Doy mi vida por la gente que pone las cartas boca arriba, pequeño Karel. ¿Te apetece una yegüita árabe blanca? Voy a mi amigo el sultán y te traeré lo prometido. Renunciaré en el acto a ella, Karel, te la deseo

de corazón. De todas formas ya no saldré y tú de vez en cuando necesitas algo que te dé vigor. ¿Qué le parece a mi muchacho? Tienes la posibilidad de pensártelo. Todavía tienes unas horas. Vamos, vamos, Karel, sé valiente, todas esas lágrimas te van a hacer falta. Úsalas cuando creas que te servirán de algo, por mí no lo hagas, lo único que consigues es ponerme incómodo. Ya está bien, no te dejes ir así, hombre, ya no tienes veinte años (—le digo).

Ya lo sé: así destruyo mi corazón, pero no puedo hacer otra cosa. Entonces me mira a los ojos y pregunta:

—¿Verdad que no te irás, Frederik?

—Eso, Karel, es algo sobre lo que yo mismo no puedo decidir nada. ¡No me queda más remedio! No puedo añadir nada más.

—No te irás, Frederik. No lo quiero. Pues no lo hagas por Erica y Anna si no lo puedes cambiar por mí.

—No es algo que yo pueda decidir, Karel. Ahora estoy al servicio de Su Majestad; he recibido noticias de que he de estar preparado para un mensaje. De verdad, Karel, tú todavía dormías cuando recibí la llamada.

—¿Llamaron? ¿Quién, Frederik?

—¿No oyes lo que digo? Su Majestad me está llamando, Karel. El trabajo es el trabajo, justo llegas unas horas tarde. Mi tren sale a las nueve.

—¿Estás loco, Frederik?

—Eso lo dejo a tu juicio, Karel. Es algo que dejo que tú mismo decidas. Pero yo tengo que partir. Si me das permiso de llevar también al pequeño René, me iré unas horas más tarde. Si no es posible eso, me habré ido a las nueve. Ya lo ves, tengo las maletas hechas.

Karel mira, no las ve. Pregunta desesperadamente:

—Pero no hace falta, ¿no? Puedes decidir tú mismo lo que quieres, ¿no?

—Eso lo crees tú, Karel, pero sigo estando al servicio de Su Majestad. Nunca eres capaz de escuchar como Dios manda. Contigo hay que dar a las palabras un tratamiento de plomo para que penetren en tu vida. Contigo hay que pegarte con un ladrillo en la cabeza hasta que te chorree la sangre por la cara, porque solo entonces haces tuyas las palabras. Y ahora ya lo sabes. ¿Sufriste mucho anoche? Su Majestad precisa de mí. Y hace tiempo prometí que si algo le pasaba a Su Alteza Real siempre podía contar conmigo. Y ahora que han cambiado las tornas, que se han apagado las luces, lo cual no es mi culpa ni ha partido de mí, Karel, atiando sus ruegos. De esta misión depende mucho. Y dado que soy una persona viajada, dado que conozco bien al sultán, y dado que nuestro gobierno sabe que me he hecho amigo de Su Majestad, apelan de nuevo a mi carácter personal y ¡me voy! ¿Ves, Karel? Así están las cosas. Todo ocurrió cuando ya no sabías si aún estabas vivo. Pero están volviendo a llamar por teléfono. ¿Lo oyes? Anda, ¡ve tú!

Karel se va abajo. No comprende me mensaje. Llega Erica:

—¿Qué es lo que estoy oyendo, Frederik? ¿Quieres irte? ¿Tienes que irte? Pero si eso es imposible, ¿no? ¿Tienes que abandonarnos? Ay, padrecito mío..., ay padrecito mío, ¡tú no te vas!

—Pero qué nombre tan hermoso me das, Erica. De verdad, me haces sonrojarme. Es de lo más cariñoso por tu parte, créeme.

Se me queda mirando. Dice:

—¿Quién eres en estos momentos, Frederik? ¿Quién?

—¿Te das cuenta, cariño? ¡Ahora he vuelto a ser diplomático! Me he puesto mi otra máscara. Tengo que irme, Erica. Su Majestad necesita mi ayuda.

—¡De modo que sí es verdad! ¿Guillermo III, Frederik?

—Qué cosas dices, Erica. ¿Pensabas que tenía el don de poder hablar con los muertos? No, es ella... y después Su Alteza el Sultán. Tengo que llevar a cabo una misión, cariño.

Llega Anna...

—¡Tú no te vas, Frederik! ¡O me lanzo al agua!

—Cuando la gente se olvida de esta manera Nuestro Señor ya no tiene nada que decir, hijas mías. Tu padrecito tiene que obedecer como sea. Ustedes (vosotras) mismas..., perdón...: son las leyes del destino las que nos quieren ver separados por unos instantes —hubiera querido decir: “separarnos a martillazos”— pero es todo parte de la máscara anterior. Qué lastima, justamente iba por tan buen camino para deshacerme de todo ese ajeteo, ahora tengo que volver a meterme. Pero hay otros aspectos a la vista. Voy a ver amigos. Ahora, hijas mías, voy a ascender a la “pirámide” y dormiré una noche en la “habitación de la torre”. Ahora veré la “Flor de Loto” y me la pondrán en las manos. Voy a prepararme para una magna tarea. Créanme (creedme), queridas, yo mismo no puedo cambiar nada de esto.

En cuanto Erica oye violencia salvaje ya no está. René está destrozando todo. Rápido, la sábana de fuerza, chicos, antes de que haya accidentes. Allí ya está Karel.

Él mismo está ayudando. Está muerto de cansancio y es más bueno que un corderito. Se me acerca y dice:

—Hans pide perdón, Frederik. Si lo llamas vendrá a ti como un rayo. Frederik, ¡hazlo!

—No tengo el derecho, Karel, de decidir sobre una voluntad humana. Escucha, te voy a contar un breve cuento. Entonces lo sabrás de golpe, y será muy útil. Vuelves a dar de lleno en el blanco. Escucha lo siguiente:

Hubo alguien que luchó por Cristo. El hombre entregó su vida por Cristo y por la felicidad de esta humanidad, pero nadie lo acompañó cuando lo hizo. Había otras personas que también querían servir a Cristo, pero aún no habían llegado al punto de dar su dinero y posesiones por ello. De modo que esa gente carecía del sentimiento, no tenía la fuerza para hacerlo. Para

eso hacía falta inspiración. Y no la tenían. Entonces se pidió el consejo de un hombre sabio. Que si no quería hablar un momento con esa gente. “¿Yo?”, dice el sabio. “¿Yo? Entonces sería yo quien ‘sirve’ y no ellos. ¡No! ¡Eso es excesivo!”.

—¿Lo sabes, Karel? Si yo pidiera a Hans que viniera, ¡entonces llegaría a mi propio yo! ¿Y es posible eso? Si Hans no es capaz de doblegarse tampoco tiene que ir a su viejo amigo; ahora soy un extraño para su vida y carácter. ¡No iré, Karel! A mí me parece todo bien, lo aprecio y me parece cariñoso por parte de Hans, pero ahora me voy de viaje. Salúdalo de parte de su amigo Frederik. ¡Yo me voy a Su Majestad, Karel!

—Frederik, ¡no te irás!

—Karel, ¿ya estamos con que ya no puedo decidir sobre mí mismo y mi vida?

—¡Sabes muy bien que no! ¡Me inclino ante ti, Frederik!

—Y con eso me has hecho feliz, Karel. Pero, créeme, no hay nada que hacer. Me daría vergüenza si me quedara. ¡Tengo que irme, Karel!

—Te lo vuelvo a pedir una última vez, Frederik. ¡Quédate! Sigue ayudándonos. ¡No te vayas!

—¿En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? ¿Quieres hacerme creer que te atreves a decir a esta vida “Amén”? Karel, no te burles de los asuntos sagrados. He vuelto a ser diplomático y tendré que serlo algunos años más. Si Dios quiere, regresaré. ¡Créeme! Prométeme, sin embargo, que ya nunca te enfadarás tanto; podrían haber ocurrido los accidentes más terribles, pero ¡tu padrecito se va!

Karel pliega velas. Va abajo. Sé lo que está tramando. Dos enanos se necesitan. Quebraré esas doctas testas con amor infantil y verdadera felicidad, o ya no querré tenerlas a la vista. Fuera, atrás..., Hans y Karel. Casi había dicho “Gretel”, pero para eso demasiado grave la situación. Pero ¡esto promete!

Erica vuelve.

—¡Tú no te vas, Frederik! Olvídalo, no puedes dejarnos solas.

—A ver, corazón, escucha. Ya sabes lo que pienso de ti y Anna. Las (os) quiero como quiero al pequeño René. No puedo expresarlo en palabras. ¡Y eso lo sabes! Pero tengo que irme, Erica, no se puede cambiar nada. ¡Es lo único que puedo hacer!

—Tú no te vas, Frederik, o lo abandono todo. Y Anna también. Tú mismo, decides tú. No nos vas a dejar en semejante estado. ¡Estamos hechas una ruina, Frederik! ¡Arráncanos las máscaras! Ahora que es posible te vas, nos dejas solas. No te irás, ¿verdad? ¿Verdad que te quedas aquí, Frederik?

Erica y Anna casi ni me sueltan. Anna se va como una flecha a por algo. Regresa con el pequeño René. Me pone el niño en los brazos y dice:

—¡Pues entonces, antes muertas, Frederik! ¡Estamos dispuestas a morir

por ti, pero queremos vivir cuando te quedas con nosotras!

¿No sé qué hacer? Nunca antes estuve tan fuerte. Digo:

—Escuchen (escuchad) bien, corazones. Primero hay que llevar al pequeño René. ¿No quieres, René? ¿No quieres ir a la camita?

El niño se aferra a mí. Se me cuelga del cuello. La vida me besa cuando siento que tengo que hablar, pero entonces el pequeño René me pega en los morros. La vida martillea, la vida pega a diestro y siniestro y me araña hasta casi dejarme sin ojos. Ya estoy sangrando, pero me encanta. Eso sigue siendo todavía el amor del pequeño René, pero la gente no lo entiende. ¡Y me parece una gloria! Vamos, pequeño René, dale una buena paliza a tu padrecito, se lo ha ganado. Erica me arranca el niño de los brazos y con ayuda de Anna lo pone debajo de la sábana. Siento como si me tatuaran. Es de una belleza poderosa, son besos desde otro mundo. Pero eso no lo entienden y por el momento tampoco serán capaces de comprenderlo. Cuando quiero decir algo me encuentro a Karel y Hans delante de mí. ¡Encima eso!

Karel se acerca. Hans también. Los grandullones son como críos. Hans, el profesor, se arroja al suelo y yace a mis pies. Habría podido ponerle el pie encima de la cabeza sin problema alguno. Pero ¡Hans! Hans, ¡por favor! ¡Vamos, Hans! Venga, muchacho, ¿qué haces? ¡Anda! ¡Levántate!

Karel va a hacer lo mismo que Hans, pero se lo impido. Los he colocado ahora a los cuatro en el borde de mi cama.

—Escuchen (escuchad) —digo—, y háganlo (hacedlo) con atención, después ya no habrá nada que decir. Ya no quiero volver a oír ni una palabra sobre esto. Pueden (podéis) hacer lo que quieran (queráis): ahogarse ante mis ojos, saltar del tejado, si hay valor; poner fin a la vida a gusto de cada uno..., cuando yo haya hablado cada uno estará ante su propia elección. Escuchen (escuchad)...: ¡Ya no voy a tenderles (tenderos) la mano de ninguna manera! No duden (dudéis) en poner punto final.

¡Yo me voy! Que me voy, ¿está claro? No me voy por Anna ni por Erica, pero ¡me voy! ¡No puedo quedarme! ¡He de obedecer! ¡Me voy, hijos míos! Todavía no sé cuándo regresaré. ¡Lo sabré por sus (vuestras) cartas, por sus (vuestros) sentimientos, por su (vuestro) todo! ¡No volveré antes! ¡He de marcharme! Te lo pido por última vez, Karel: ¿Me das permiso para llevar al pequeño René? ¿Quieres confiarme tu propia sangre? Pido mucho, pero ¡también te lo di todo! Ahora me atrevo a pedirte esto, Karel.

—Frederik, lleva a René, pero ¡quédate aquí! (—dice).

Nos ponemos a trabajar. Hago las maletas, ya no tengo nada que hacer, en menos de un cuarto de hora estaré listo. Yo ya estaba listo, así de bien conocía mis máscaras. Pero viví un milagro: hice las maletas durmiendo. ¡Así que me voy! ¡Un amigo sobrenatural me manda de regreso a Oriente! ¡Sirvo! Y eso tan de pronto.

Actuamos con celeridad, soy yo quien tiene que actuar. Llamo a Anna para que se acerque un instante.

—Escucha, Anna. Tengo algo más que decirte. ¿Puedes esperar un poco más? Voy a mirar ahora si hay un pedacito de desierto para nuestra vida. Princesa de mi corazón, ¿me esperarás?

Besé a Anna. ¡Ella, a mí! ¡Se va y no dice ni mu!

Viene Karel, me besa, y ¡yo, a él! Se va, farfullando algo. Digo:

—Ay, mi ganso, y ¿por qué no? De todas formas ya no me meteré en tu acquia. La sabes, ¿verdad? ¡Adiós, mi Karel!

Llega Hans, ha cambiado. Lo oigo decir:

—Mi Frederik, no te vayas, no me dejes.

Yo todavía añado:

—¿No es extraño, Hans? Si quieres saber cómo es la gente, escucha entonces en esos momentos si tiene algo que decir. Has de saber que ¡los más fuertes callan! ¡Las palabras carecen ahora de importancia!

Hans desaparece. Veo lágrimas. Hay cabezas que se inclinan, personalidades quebradas.

El taxi no tarda en llegar. Estamos abajo, esperando. Allí está mi coche. Suben las maletas, de momento no regresaré. Primero voy a llevar a nuestro hijo, y después, a París, más lejos, y más, directamente a Oriente. ¡Me espera mi pirámide! ¡Y la esfinge, también!

Y salimos volando. Miro hacia atrás, veo personas rotas. No hay máscaras, allí están, desnudas, y nos dicen adiós con la mano, un hasta luego y hasta la vista. Es rápido, el pequeño duerme entre mis brazos. Mantengo al niño apretado contra el pecho, siento este corazoncito tembloroso, ¡es una gran felicidad! ¡No quiero que hable, mientras duerma pasará luego a otros brazos que lo cuidarán por todos nosotros!

Cuando el director me releva de los cuidados del niño aún lo oigo gemir:

—Adiós, tío Frederik... ¡Me quedaré esperando!

Es inteligible. Me tapo los ojos con las manos y me esfumo. El coche va rápido, tengo que tomar el tren a París, venga, rápido, porque aquí ya no soy capaz de soportar la felicidad.

En el tren me recupero, he dormido. Llevo entre los brazos un ramillete de flores: ¡Son violetas, margaritas, no me olvides! Llegaron directamente del cielo. ¿Quién me las regaló? Vuelvo a dormirme hasta que me despierto por un golpe. Me bajo y me disuelvo en una masa de extraños. Pero ¡soy feliz!

No te limpies los pies encima de... un alma, del espíritu y la materia..., más tarde te forzaré a morir por ello... según sé: eso es lo que irradia desde dentro hacia todos esos desconocidos, ¡cuyas máscaras quiero conocer!

¡Mi amor por el ser humano late y puede sentirse! ¿Lo crees? Voy a prepararme para la siguiente obra... Ahora sí que se aclararán los fenómenos. Y ¡para

eso tenía que irme de viaje! ¡Él es! ¡También lo llaman: Él! ¡Lo sé! ¡Atención ahora, Frederik, enseguida hablará una inspiración sobrenatural y solo entonces se apagarán las luces y pisaremos el siguiente escenario! La gente va andando tranquilamente a casa, se ha hecho el silencio en todos esos corazones, ¡sentían la sagrada seriedad! ¡Están agradecidos!

¡Lo sé y continuó!

Parte 3

¿Qué crees, Frederik? ¿Ya vendrá René pronto a casa?

Unas horas más y estaré otra vez en casa. Ya no me iré nunca más, esa conciencia la adquirí en alguna parte por el camino, cuando yacía al pie de la pirámide de Giza, con la luna llena encima de mí. También la “esfinge” habló al respecto, entendí cada una de las palabras, aunque esa vida hablara conforme a una gramática antiquísima que yo desconocía, pero de la que viví y experimenté interiormente cada letra, por lo que comprendí esa increíble alma. Esta certeza sobrenatural se me regaló así, sin más. Naturalmente, yo estaba abierto a ella, de lo contrario no habría sido capaz de escuchar esa sacralidad. No me hacía fantasías de ninguna manera de que esta vida me levantaría el velo de Su Majestad la diosa Isis, de Ra y Re; en ese caso habría hecho mejor en regresar lo antes posible a casa, porque allí la curiosidad humana te la arrojan al suelo ante tus ojos y personalidad. Ahora ya no hay ninguna existencia, todo se blindó asombrosamente bien para tu vida, allí eres un extraño. Ahora se te pierde la mirada en una noche oscura, te sientes solo y abandonado, y nadie te tiende una mano, porque has empezado a proporcionar un pedestal a tu yo imaginado.

¡Para tu vida y conciencia esto supone detenerse irrevocablemente! Una persona iniciada o un sacerdote no te puede ayudar. No miran por ti, ahora no tienen contacto, las puertas de esos santuarios están cerradas para tu vida. Allí lo que tienes que hacer es inclinar la cabeza, y solo después llega la larga espera, llegan los preparativos para vivir la unión espacial. Allí estás tendido sobre una alfombrilla, desde primera hasta última hora del día, incluso hasta muy entrada la noche, no piensas en comer o beber, te entregas por completo hasta que llega un mensaje para tu vida. Esperas una sola palabra, un solo pensamiento, una sola señal, una sola muestra de cariño, un solo roce espiritual, para los que has recorrido ese largo camino.

Quien no tenga paciencia mejor se va. ¡A esas personas las sacan de allí, sin más! ¡Para ellas esa vieja mística se mantiene mortalmente vacía, la máscara calla! Yo estaba allí para ir a por una respuesta para el pequeño René y para mí mismo, y ¡de hecho la obtuve! Si no existe en ti una entrega completa y una honesta ambición, ¡entonces no hay cuestión de un avance espiritual!

Lo que estuve esperando mi vida entera, allí lo obtuve. Para mí, un regalo sobrenatural. Me había acostado en el suelo a las siete de la mañana, y solo a las tres de la madrugada oí que hablaba a mi vida la “voz”, y ¡entonces ocurrió el milagro! En el firmamento justo había una luna roja como la sangre y acepté la palabra con avidez. Sí que me sentía sacudido bajo el corazón, pero

me mantuve en pie.

Esta felicidad susurrante es indescriptible. Uno mismo tiene que ser capaz de vivirla para sentir su profundidad universal. Entonces se sabe qué felicidad ha sido pensada para uno, y con la que cada uno tiene que ver, igual que todos a los que uno ama. Entonces revive lo antiguo en la vida de uno, aquello que uno no se esperaba se le viene encima por sorpresa y uno ve esa personalidad como una figura cuya máscara le sonrío a uno, pero que es posible atravesar con la mirada. Ahora esa misma máscara está iluminada por detrás. Uno no lo cree, pero aun así ¡es la sagrada verdad!

La voz es grandiosa, profunda y verdadera cuando su vida lo eleva a uno espiritualmente. Es como si a uno le enviaran agua bendita desde un espacio que sentía como cerrado. De pronto uno siente esa cosa suave, cariñosa, en el rostro. Es como un viento húmedo, pero es algo muy placentero que mima el alma y espíritu de uno, la circulación y el corazón viviente. Entonces uno huele un sagrado aliento vital, que encima aspira; después uno piensa poseer alas para ir adonde quiera. Y de hecho uno las ha recibido: se va planeando, solo hay que prestar atención a qué camino se ha tomado desde casa, porque es posible perderse. Yo también volaba por ahí, pero entonces la vieja y buena esfinge me dijo en voz alta:

—Frederik, no te alejes demasiado de mi vida, allí hay demasiada oscuridad para ti. Todavía no has avanzado tanto como para poder escucharme allí.

Me volví al instante. Obedecí la diosa y di gracias a la vida por todo lo bueno y grandioso que se me había dado.

Y sin embargo, bajo toda esta confluencia sagrada, como la llamo yo, he tenido diversiones de las más comunes. También a la esfinge la he llegado a conocer y a comprender. Le gustan los buenos chistes alegres. Con tal de que no vaya acompañado de música de cuerdas, dice la poderosa vida, porque a eso le tengo manía. ¡No soporto cuando rasgan las cuerdas! Y eso está claro: yo, con mis pragmáticas gamberradas holandesas, no podía ocultarme allí; por eso tuve que echar por la borda todos esos sentimientos de pillo y ponerme la otra máscara si quería penetrar en su vida. ¡Eso la “diosa” lo comprendió y le divertió a lo grande! Juntos bebimos vinos añejos, volvimos a entrar en los templos de Ra, Re e Isis, sin olvidarnos de Luxor, y experimentamos esos tiempos gloriosos, poderosos, cuyas leyes conocemos y a cuya “construcción universal” habíamos asistido.

No me gusta coquetear, pero si me hubieran visto mis amigos allí, habrían jurado que yo era un embustero, una mosquita muerta, porque día y noche me encontraba en esos brazos para que me acariciaran. Besé ese interior con mis fuerzas interiores, con la mayor conciencia posible, como si le fuera la vida en ello. Y no me equivoqué, era yo uno con esos ojos, completamente

entregado, después de lo cual experimenté la santificación abstracta, que a medida que yo iba descendiendo en la vida ¡empezó a tener un parecido material muy semejante a nosotros, los seres humanos! La materia, el alma, el espíritu..., ¡sí es que es así! Porque, a fin de cuentas, todavía no he llegado a ese punto, ¿no? Allí permanecí varios meses, día y noche. Para mí no había domingos, ¡cada día era una fiesta para mí! Y en eso era visible y se podía constatar una dirección invisible. Desde luego que no me fui por un camino errado. Era como si cada paso que diera estuviera iluminado; no me encontré con escollos. La “Voz” siempre me decía: “Mucho cuidado, Frederik, no pises allí y allá. Eso no es trigo limpio”. Entonces optaba por contestar: “¡Gracias! Seguro que lo ves... ¡mejor inclino la cabeza!”. Y tendrías que haber visto esa sensibilidad, ¡era como un don celestial!

Yo lo consideraba como la protección para mi vida y ser. Yo era una persona de carne y hueso, procedente directamente del pragmático Occidente, pero suplicaba que me despertara. ¡Y entonces era uno de sentimiento a sentimiento!

París fue la primera ciudad que me acogió después de mi partida. Quería regresar desde París a mis seres queridos. Mientras no dejo de volar, con el traqueteo maquinal bajo mis pies, reflexiono sobre todas las cosas y vuelvo a experimentar los asuntos sagrados. En pensamientos regreso a todos esos países donde estuve y ahora disfruto aún más que entonces, porque se dirige a mí con más viveza, con más conciencia. He reunido material para diez libros preciosos. Son libros con concienciación, con despertar espiritual, también con emoción humana, ¡de amor y felicidad, humanidad eterna! ¡Sirven para aprender a pensar y para ver cómo hay que hacerlo y cómo no, te dan respuestas a miles de preguntas y te conducen por un camino que te conecta con toda esa belleza! Pero no creo que los vaya a escribir; me parece que esto que viví sirve al trabajo propiamente dicho como fundamentos materiales. Pero, bueno, yo tampoco soy más que un ser humano, lo cual quiere decir que nunca sabemos cuál será la inspiración que recibamos mañana. Hay algo que me dice que eso no ocurrirá, me resigno, tengo otro objetivo en la cabeza, en lo más hondo de mi cuerpo, un objetivo directo.

Cuando evoco las horas fabulosamente hermosas con mi amigo el sultán de Shuhu, en las horas con Mohamed Raf, el sumo sacerdote del Tíbet, los monjes en la montaña Glorentes donde permanecí tres largos meses para participar en sus sagradas horas de desarrollo, en su ser uno con dioses y con el Dios de todo lo que vive, tal como lo conocemos, como lo aceptamos y en el que creemos..., cuando estoy ante todas esas mujeres increíblemente hermosas como sacerdotisas nobles, entonces lloro como un niño y dicen que soy banal, infantil y quizá un viejo loco. Pero ¡también sé que me lo envidian! Yo estaba allí..., conozco a toda esa gente, ¡se han hecho mis hermanas y

hermanos!

Pero cuando me miran bien el coco ven que regreso rejuvenecido y que he cambiado de una manera espectacular. Sé: nadie adivina ahora la edad que tengo, yo mismo sé qué aspecto tengo. ¡Me he hecho mil años más joven, me siento ágil, feliz, con una fuerza hercúlea...! Mi paso es determinado, sé lo que quiero y lo que puedo alcanzar, mi palabra es decisiva; me ha entrado luz, felicidad humana, cada acto está calculado a la luz de mis pensamientos y sentimientos interiores. Ahora siento el deseo de saber qué piensan de mí. Y ¿cómo es cada uno de mis hijos?

Desde allí los seguía y hablaba a sus vidas. Sé exactamente cómo está el pequeño René y que aún tomará un cierto tiempo antes de que alcance la normalidad. Hay días preciosos, horas deliciosas para el niño, pero entonces llegan de nuevo esas tinieblas sin que haya manera de domarlo. Pero tres años de encierro y, en mi caso, tres años de acercamiento sobrenatural, el vivir cada uno el alma del otro, todo eso te conduce a otro tiempo que naturalmente aporta conciencia. Estos años fueron para nosotros un despertar, fueron una revelación, para los demás, vacío; fueron el deseo por un solo ser humano que había partido, un buen amigo y un padre y hermano, tal como me conocieron; tal como se me concedió ser para todos ellos. Para el pequeño René y para mí este tiempo fue de ganancia espiritual; ¡las leyes del alma, espíritu y la materia hablaron de forma infalible y nos condujeron a la unión!

Les di mi felicidad con mis cartas. Saben bastantes cosas de mis experiencias, el resto me lo guardé, ya lo oirán más adelante.

Ahora miro un paisaje conocido: vacas en un prado. Una enorme diferencia con el lugar donde estuve. Todo esto lo experimento con felicidad, porque quiero serles de cierta utilidad más adelante y sé que esa atmósfera oriental aún vive en mi conciencia diurna. Tendrían la sensación: estás y no estás, lo cual para muchas personas implica un alejamiento. Quiero asegurarme de que me vean tal como partí, quiero estar cerca, quiero vivir bajo sus corazones. ¡Así tiene que ser! Y todas estas vacas, el paisaje llano, estas auténticas granjas holandesas, toda esa belleza asombrosa me ayuda a regresar al núcleo de sus vidas. Si no lo hago, entonces lo oriental que hay en mí y alrededor de mí aplastaría esta autoridad holandesa, que ahora se ahoga en la belleza ardiente y desconocida de Oriente. ¡Quiero evitarlo!

Esta ganancia interior nos conduce a todos a un nuevo tiempo, al que quiero servir. Va a ser felicidad para todos nosotros. No verán figuras falsas en nada, la vida estará abierta a ellas y les dirá: “¿Es que me ves ahora?”. ¡Solo entonces se inclinarán las cabezas y se caerán las máscaras! Vivirán la justicia antinatural y sobrenatural si quieren abrirse a ella, o ¿volverá a pasar que no vaya a ser posible? Y yo volveré a aceptar mi yo anterior, entonces me sentiré más cerca de sus vidas, me gustan bastante esas charlas naturales; tal como te

lo dicta el corazón, así lo saco yo.

Ahora puedo decir: ¡Allí está mi tarea! Ya no me iré nunca más, se me concedió ver y vivir lo que se espera de mí. Pero ¡es el pequeño René! Los regalos que llevo conmigo allanan cualquier negligencia de parte de ellos, no son para comprar almas: estos regalos fueron comprados y recibidos desde mi corazón, por mi amor hacia estas vidas. Es René y será él quien ahora dé forma por el despertar interior a la concienciación sobrenatural... que les servirá para poner a prueba sus sentimientos sacrílegos y parásitos, ¡que no tienen más valor de lo que pueda dar por bueno un mozo de camellos! Tendrán que inclinar las cabezas... Será más adelante, aunque tengan que pasar todavía varios años, pero ¡pasará, sin la menor duda!

Un poco más y habré llegado. Las horas pasaron como en un sueño muy hermoso en el que es posible volar. Volví a sumergirme en Oriente, volví a encontrarme en mi calabozo, me vi a mí mismo, yacía a los pies de Giza, ante las ruinas de Lúxor, ante Ra, Re e Isis. Escuchaba las palabras de la diosa. Me vi a mí mismo junto al Nilo, hablando con todos esos niños guapos, paseando por los estrechos callejones, montando a camello por el desierto. Sí, Dios mío, ¿en qué sitios no estuve? Todavía siento en mis labios los temblores del beso de la diosa, todavía siento mi corazón humano desbocado aunque vivo, de tanta belleza y santidad conmovedora que tuvieron todas las cosas que allí se me dieron. Y eso tiene que desaparecer ahora de mí, o ¡no llegaré! Tiene que formar parte de mi vida interior, la conciencia diurna es de ellos, me hace reconocible.

¡Unos minutos más y habré llegado! Todavía no estoy listo, pero ¡es necesario! Una y otra vez regreso a Oriente. Tengo que estar libre y acercarme a mis amigos de forma abierta. Estoy en ello y también eso lo conseguiré.

Ahora unos segundos más y ya estaré otra vez en casa. ¿Qué aspecto tienen? ¿Quién está para recibirme? Estoy seguro de que no me dejarán solo. Vendrán a recogerme, me desean igual que yo espero con ilusión poder estrecharlos entre mis brazos. Ya veo esa muchedumbre, ¡entramos con el tren de vapor a la pequeña estación! Erica se me abalanza encima.

—Hola, hija mía. ¿Qué tal? ¿Cómo te va? ¿Estuve demasiado tiempo fuera? Pues entonces, corazón, dame una paliza.

Me someto a sus besos maternos, casi me come, y a mí me parece genial.

—Hola, Anna. ¡Aquí me tienes otra vez! ¡Cariño!

—Que Dios te bendiga, Frederik.

—Gracias, estrella mía. Hola, Karel. Mejor que no sientas vergüenza, yo mismo estoy aquí.

Karel me besa. Sigue teniendo una timidez juvenil. Todavía anda metido en las viejas desgracias. Pero yo lo saco de allí por completo con solo unas palabras.

—Hola, Hans.

—Frederik..., ay, Frederik.

El niño grande ha cambiado. El profesor está y no está. Tiene los ojos bien, irradian otra luz, que me refresca. Todos han cambiado, por haber pensado en una sola dirección, que se eleva, estos corazones han llegado a despertar. Nos subimos. Erica ya pregunta:

—¿Qué tal con el sultán, Frederik?

—Muy bien, Erica, luego te lo contaré todo. Ya lo conocerás. Pero estoy contento de haber vuelto.

Estamos fumando un purito en las sillas de siempre. En la mesa hay tarta, pasteles, té y otras golosinas. Hans y Karel se han tomado el día libre.

—¿Qué tal todo por aquí, chicos? A ver, que quiero saber cómo les fue (os ha ido) todo este tiempo, en estos años de soledad.

Empieza Karel y me lleva hasta el pequeño René.

—En el fondo, Frederik, lo sabes todo. Te escribimos, si al menos recibiste las cartas. René está muy bien ahora. Hemos conocido tiempos tristes, pensábamos que esto no iba a cambiar nunca, pero una y otra vez sale a flote y lo vuelves a ver de otra forma. En febrero las cosas empezaron a mejorar, durante semanas todo fue bien, aprendía mejor, pero después había otra vez esas horribles recaídas y lo perdíamos por completo. Te digo que ahora va otra vez mejor, ya desde hace varios meses. Tenemos que seguir expectantes. Pero nos grita, quiere ir a casa. El doctor Lent, el nuevo médico, aún esta mañana dijo: “Las cosas vuelven a ir bien, mejor incluso que hace algunos meses. La conciencia está aumentando. Pero no se lo pueden llevar a casa, si no volverá a haber una recaída”.

Hans dice:

—Frederik, ¿sabías que Voltio se ha ahorcado?

—Vaya, no, Hans, ¡todavía no lo sabía! ¿Acabó con su vida el morfinómano? Déjame que te haga una confesión. Cuando ese hombre estaba aquí yo los (os) insulté y los (os) llamé canallas y algunas cosas más. En este momento pido disculpas, ahora que oigo que el hombre se ha suicidado. ¿Pueden (podéis) perdonármelo?

No dicen nada, pero yo respondo:

—Pero más tarde de verdad que no les (os) va a resultar agradable.

—Da igual, Frederik, era tu derecho, tú mete hachazos, sin problema.

—Gracias, Hans, te estoy muy agradecido. ¿Así que Voltio salió por patas? ¿Por su propia descomposición, Hans?

—Algo así.

—De modo que lo has perdido, tu preceptor ha sucumbido. ¿Alguna preocupación más, Hans?

—No, todo va bien. Estamos haciendo tratamientos por hipnosis impues-

ta, Frederik, y estamos teniendo resultados.

—Qué gloria, Hans, gracias. ¿Ampliaron la clínica?

—También eso, Frederik.

—¿Hubo ceses entre los viejos amigos?

—Perdimos al lingüista. Lo despojamos de su sabiduría. Es un diagnóstico asombroso, Frederik. Ya hablaremos de esto en otro momento. Costó muchísima sangre, pero se nos concedió conseguirlo.

—Eso realmente me complace, Hans. Y ¿el viejo Piet?

—¡Muy bien! Y las mujeres también están bien. Sonia te está haciendo publicidad. Está como renacida y acarrea todo para mis enfermos. Quiere que vivan. Para mí es una gran ayuda.

—Qué gloria, Hans. Y ya veo que tampoco me puedo quejar de ti.

—¿Sabes, Frederik? Ese golpe fue certero, no habrías podido darnos, bueno, a mí y a Karel, una inyección mejor. ¡Surtió un efecto infalible! Te estoy agradecido. Desde aquel momento comencé otra vida.

—Muy bien..., Hans. Eso es una ganancia. Ya lo ven (veis), era necesario. Era indispensable que me fuera porque habíamos alcanzado el límite del desarrollo. Nos habríamos enfrentado como perros y gatos, aunque yo no hubiera participado. No había más que una sola elección: servir a Su Majestad o sucumbir. Me decía: 'Vete, y vete lo antes posible o no quedará nada de toda esa santidad'.

—Y entonces te piraste, ¿verdad? Por tres largos años, joven bandido... Porqué allí te sometiste a una cura de rejuvenecimiento, ¿no es así? ¿Quién te facilitó esas pastillitas, Frederik? Es increíble, ¿qué hiciste para conseguirlas? ¡Salta a la vista! ¿No te parece, Karel?

—¿Qué edad le echas a Frederik, Hans? —pregunta Karel.

—Parece que tuviera cuarenta y cuatro. Y ¿cuántos tienes, Frederik?

—¡Treinta y cuatro...!

—Nadie sabe los años que tiene, Hans, pero eso ya lo averiguaré.

—Y ¿a que te gustaría sacar eso de algún sitio, verdad, Karel? Pero no lo encontrarás. Cuando me metan en el ataúd te lo diré y entonces recibirás además un texto aparte, que te servirá más.

—¿Te sometiste a una cura, Frederik?

—Sí, Erica, ¡disfruté los lavatorios fríos de la esfinge!

—¿Dónde estuvimos? Vamos, cuenta, yo también quiero ir allí. Quiero deshacerme de mis arrugas y ¡veo que es posible! Cómo es posible..., es asombroso.

Anna se va, tiene cosas que hacer. Erica la llama para que vuelva y dice que comeremos fuera. Anna no quiere y comprende exactamente lo que me gustaría. Digo:

—¿Que dónde estuve, Erica? He visto mucho del mundo. Ya lo sabes, me

fui a París... Pero, no, es cierto: no podías saberlo. Mi objetivo era: París, y después, a seguir. Allí me quedé tres días, hice trasbordo con destino a Londres para continuar lo antes posible a Alejandría. Pero en Londres me pararon. Por ejemplo, ¡Lord Scor, Hans! El hombre no quería dejarme ir. Su colección ha ido ampliándose hasta convertirse en un potente museo. Posee grupos escultóricos preciosos, todos nudos. Donde está él vuelves a encontrarte a la nobleza europea. También a mujeres egipcias. Lo que el sultán posee vivo, a él se lo han representado y vertido en bronce. Dice: “Mi mentalidad oriental es innegable, pero ha tenido que hacer sitio a esta civilización occidental, de la que veo los desnudos ante mis ojos”. Scor no quería que me fuera. Más tarde me pareció muy bien porque ahora tenía tiempo para prepararme. Me encontré con muchos viejos amigos. Londres me pareció tan bonita como antes, incluso con más encanto, y puedes darte por afortunada de que no me faltaran fuerzas para partir.

Scor tiene, digamos, sus propias aficiones. Hay que ver las cosas por las que una mujer está dispuesta a entregarse. Le costó un ojo de la cara, pero esta nobleza no es quisquillosa y los tiempos han cambiado. ¡La gente que vi allí! Hay centenares de personas que ocupan un lugar en su álbum de bronce. Así es como creó un harén, que es único en Europa y del que con razón puede sentirse orgulloso. Le sirvió para descubrirse a sí mismo —según dice—, ¡él también conoce su máscara! Pero ¡por el momento no quiere deponerlo todavía! Cree que de esta forma aporta algo a la humanidad y que así representa a la personalidad. Que si lo logrará es una cuestión muy diferente, pero ¡le hace feliz!

Y continué después de unos meses. Por la fuerza tuve que separarme de su señoría de tan unida que estaba esa alma a mí.

—Y ¿después, Frederik? ¿Fuieste al sultán?

—¡Sí!

—¿Todavía estaba el harén?

—También, Erica. Más hermosa que nunca.

Se parten de la risa. Karel y Hans también, seguramente que lo oyeron después.

—Sí, amigos, menudo espectáculo que fue eso. Y en el fondo ¿cómo conseguimos echar de casa a ese Voltio? Todavía veo su chaqueta rajada... Ay, Erica, estabas como un gato salvaje. ¿No se lastimó el hombre? Tenía una cabeza como de cerdo, los ojos desorbitados, borrados por la morfina. Y a ti también te echaron, Hans. Digamos que no de manera amistosa, pero tú mismo has tocado el asunto. En Oriente, sentado bajo esos preciosos árboles, siempre predominaba este momento y experimentaba de nuevo ese jaleo. Durante las experiencias más poderosas tenía enfrente de mí a ese horrible Voltio y te veía a ti, Hans, también a Karel, y me arrepentía de haberte increpado

tanto. Primero mi relato sobre el harén, unas horas después una carpa de circo llena de violencia, un partido de boxeo como no volveré a vivirlo nunca más. ¡Fue de lo más divertido! Pero, en realidad ¿por qué? Ah, sí, ¡se trataba del pequeño René! Entonces llegó “bu” y puso fin a todo antes de tiempo, pero Hans y Voltio estaban de patitas en la calle.

—Ya no volvimos a oír nada de ese “bu”, Frederik.

—Vaya, Karel, pero eso aún puede venir. No proclames demasiado pronto a los cuatro vientos que no pasa nada, no lo puedes saber nunca. Aunque yo allí sabía que ese bu ya no estaba presente, siempre seguía pendiente de esa personilla. Una noche ese hombrecillo se me acerca y quiere bronca.

¿Otra vez tienes que sonreír, Hans? Cuando te cuento algo que supera tu capacidad te encoges de hombros, o puede verse una de esas sonrisas interiores, de las que sabes lo que quieres y crees.

—Háblame del harén, Frederik, mejor déjate de esas tonterías.

—Si tuviera que contártelo todo, Erica, no conseguiría levantarme de esta silla en tres meses. Pero todavía están las señoras. Incluso se han añadido algunas. Ha querido darles la libertad, pero ni siquiera querían irse. Así de bien están esas criaturas junto a su padre. ¿Sabes lo que dicen las mujeres?

—Bueno, pues a ver.

—Esto solo lo viven una vez, ya reciben bastantes vidas donde tienen que aceptar las desgracias, esto es algo especial. Es algo sobrenatural. Allí esta palabra siempre se repite y les permite disfrutar de sus lavatorios y se divierten, algo de lo que los pragmáticos todavía no entendemos. ¡Están bien! Fueron elevadas en una nobleza oriental y es lo que les hace vivir su mundo, pero no te creas que este es tan sencillo. Lo único que echan en falta es ¡más amor! Quieren vivir mucho amor. Y sobre todo quieren intercambiar ideas con hombres, con personas, que hayan visto algo de este mundo, que sean viajados, que reflexionen sobre la religión, que sientan algo por el arte y entiendan algo de él, que se dediquen a la ciencia, que sepan de deportes y medicina, que sean capaces de analizar sistemas filosóficos, a quienes les gusten los caballos y comprendan el alma de semejante animal; están abiertas a todo y quieren saberlo todo con pelos y señales. ¡Se esfuerzan por todo esto cuando el sultán lo aprueba! ¿Te habías esperado esto, Erica?

—No, es como una bofetada. Yo solo pensaba en diversión corriente y moliente y en vacío corporal. Pero seguramente que entonces te arrodillaste a los pies de todas esas bellas. ¡No es así?

—Se me concedió recibir esa felicidad, Erica, podría escribir diez libros sobre ello. Me pidieron que comunicara al mundo cómo piensan y sienten. Lo que quieren conseguir así es que se las conozca y que se pueda apreciar sus vidas. Ya te adelanto que no me encontré con esto en todas partes, también te topas con tremendas desgracias. Mi distinguido amigo es de otra forma,

no le queda más remedio, porque de lo contrario no quisiera yo tener que ver nada con él.

—Increíblemente interesante, Frederik. Puedo imaginarme que te olvidaras de nosotros en ese instante.

—Eso es lo que crees tú, te he hablado de su vida.

—¿De la mía? ¿Hablaste de mí con esas mujeres?

—Exacto, Erica, les conté cómo vivíamos y cómo somos los seres humanos. Les pareció una revelación.

—¿Te lo crees, Karel?

Karel no dice nada. Hans dice:

—Sí..., ¡sé de lo que habla!

—Fíjate. Claro, él también sabe de eso. Ciertó, Hans, ¡sigues siendo el mismo! Con la diferencia de que para ti es un pequeño palacio, te gustan las cosas hermosas, pero ¿no es eso también un harén?

¿Cuánto tiempo estuviste allí, Frederik?

—¡Más o menos año y medio!

—¿Cómo dices? ¿Año y medio donde todas esas mujeres?

—No me aburrí, hija mía. Fueron horas asombrosas. El sultán me dio la llave de su caja fuerte, por si te interesa saberlo.

—¿Su caja fuerte viviente, Frederik?

—Sí, salía y entraba, Erica.

—Y allí es donde rejuveneciste tanto, ¿verdad?

—Eso también contribuyó. Fue un tiempo fabuloso.

—Y ¿eso también saldrá en el cuaderno de bitácora, Frederik? Por cierto, ¿qué pasa con nuestro viaje?

—Ahora estamos en casa, Erica, estamos convirtiéndolo en sabiduría. Lo corregimos todo y así nos preparamos para el siguiente momento que ya estamos experimentando ahora. El material que recibí sigue siendo muy vago... El resto tiene preferencia, así que no creo que surgirán otros libros.

—¿Ya podemos leerlo, Frederik?

—¡No!

—¿Va a ser un libro gordo?

—Serán tres; o sea, una trilogía.

—¿Sigo calentando la calderas, Frederik?

—Sí, Karel, eso seguirá así, todavía no has llegado.

—¿Cuál es el título de la obra, Frederik?

—Pues, sí, veamos, Hans. El título principal es ¡‘Las máscaras y los seres humanos’, el subtítulo, ‘El enfermo mental’!

—Muy bien, eso será desastroso para mí, ¿no, Frederik?

—Déjame decirte, Hans, que eso está en tus propias manos. Ustedes (vosotros) no salen (salís) tan mal parados. Ese Voltio que se ahorcó también

tiene que aparecer. Las figuras principales ya aprendieron sus papeles y también hacen algo más.

—Es un título maravilloso, Frederik.

—Yo también lo creo, Karel.

—¿Contiene todo de los últimos años?

—¡Todo!

—¿También lo del pequeño René?

—Todo, Karel, él es protagonista de estos sucesos dramáticos.

—Es sorprendente.

—Te leeré la última página de la segunda parte, pero más no te voy a dar. Esto te lo concedo encantado, pero no me pidas nada más, tampoco yo tengo nada que decir en este asunto. Anda, Erica, acércame esa cartera, esa, sí, casi estás sentada encima.

Les leo la última página, me salto aquella sobre Anna y mí mismo. Erica se me acerca como una flecha y me besa. Recibo lágrimas de satisfacción como flores de sus corazones, con las que puedo sentirme contento. Entonces dice Erica:

—Te voy a pedir algo para todos nosotros, Frederik. Ya no te irás nunca de nosotros, ¿verdad? ¿Nunca más, si nos esforzaremos? ¿Verdad que no, Frederik? Eso ya no nos lo volverás a hacer, ¿no?, aunque tendrás que hacer la vista gorda muchas veces. ¡Tú ya nunca nos dejarás!

—Te lo prometo, nunca más volveré a irme.

—¿Contiene todo lo de Hans, Frederik?

—Sí, Karel, y también sobre ti mismo. Hay que ver cuánta curiosidad la tuya.

—¿También la desgracia del pequeño René?

—Pero si eso ya te lo dije, Karel.

—¿Todos esos momentos horribles?

—Sí, Karel, todo. ¡También sobre mí mismo!

—Y ¿mis conversaciones cuerpo a cuerpo, Frederik?

—No se ha perdido nada. Todos los días se me concedió poder hacer mis apuntes, por lo que tengo una visión de conjunto.

—Eso va a ser maravilloso, Frederik, ¿no podemos ayudarte?

—No, Erica, haz como si no pasara nada, continúa tranquilamente. Mientras tanto nos prepararemos para el siguiente acto que nos conecta con el otro teatro y con los otros tiempos, o sea, ¿con el futuro!

—Así que ¿todos hemos sido analizados por completo, Frederik?

—Todavía no, Erica, eso ya vendrá. No puedes adelantarte a los acontecimientos. Sí que te puedo decir que eres igualita que una escultura de Scor, solo que con un aspecto algo más humano, ¡estás más viva! Conocerás leyes de lo que es justo y de lo que es injusto, y solo más tarde verás tu máscara.

Pero también entonces estaremos desnudos, pero habremos vuelto a nacer. ¡También Karel, Hans, tú, Erica, el pequeño René, yo mismo, además de Anna!

—¿Entonces ya sé cómo es mi estatuilla, Frederik!

—Y verás cómo no te va a decepcionar, Karel. Vuelvo a decirte que está en tus manos, puedes convertirla en lo que quieras. No podrás escaparte de ello, este cuchillo de disección corta como el demonio, te atraviesa el alma, el espíritu y el corazón humano de un lado para otro. Olvídate de que pueda haber un perdón.

—Y ¿tus comportamientos raros, Frederik?

—No ha quedado fuera ni una sola palabra, Hans.

—¿Es la clave de todo el libro, Frederik!

—¿Tú crees? A mí no me parece. Pero ¡cae por su propio peso! Ya verás, Hans, cómo los profesores de baile de Indonesia cambiarán su hormigueo.

—¿Dónde comienza este drama, Frederik?

—En el instante, Hans, en que Erica iba a ser madre.

—¿Tú también lo recordaste?

—No falta ni una sola palabra.

—¿Lo dices en serio, Frederik?

—Te lo juro.

—Y ¿allí ya empezó mi trabajo en las calderas, Frederik?

—Exactamente allí, Karel, agarraste la pala, pero no te diste cuenta.

—¿Dónde estamos ahora?

—Ya te dije que acabamos de llegar a casa y que comenzamos con la siguiente obra. Lo convertiremos en sabiduría.

—Ya te felicito ahora, Frederik.

—No es que sea imposible, Karel, pero todavía es algo temprano. Sin embargo, soy feliz.

—¿Ese fue tu trabajo en estos años, Frederik?

—Sí, Hans, también los pajarracos han recibido su debida atención, ya sabes, los Ten Hove.

—¿Cómo se llaman? ¿Los pajarracos?

Hans suelta una carcajada, los demás, igual. Hans añade:

—Entonces ya lo sé, pero ¿cuál es tu reacción a la noche de Hansi?

—No fue algo muy hermoso, todos tus doctos amigos dejaron tiradas sus manzanitas. Las recogí para cuidarlas. Francamente, Hans, por culpa de eso casi me da una pulmonía. Pero la Providencia me ayudó a superarla, después ya pude continuar.

—Cuéntame algo más sobre las damas, Frederik. Pero, oye, todas estas preguntas, ¿también van a ir a parar al libro de bitácora, Frederik?

—Todo, todas y cada una de las preguntas van a tener su sitio. Corazones,

a partir de ahora habrá que fijarse en lo que cada uno diga, dependerá de cada cual cómo te vea la humanidad y cómo tenga que aceptarte.

—Esto es espionaje puro y duro, Frederik.

—Si no lo soportas, Erica, ya te llamarás más tarde Sientje, igual que mi yegua. Solo depende de lo que tú me digas.

—No, Frederik, eso nunca, mejor acábame, no te preocupes. Y ¿las cosas de por el camino?

—Esas las convertiré en pequeños cojines para dormir encima, ya sabes, de esos sacos del desierto que son tan necesarios. Eso es el miraguano, Erica, para los libros, lo conviertes en cosas hermosas, útiles para descansar.

—¿Lo ves que eres un escritor nato? ¿No te lo dije siempre, Frederik?

—De todas formas no sería capaz de hacerlo al margen de ustedes (vosotros), ¡no depende de mí!

—¿Ya constan todos esos fenómenos psicológicos, Frederik? ¿Ya fueron analizados?

—Los tengo, Hans, el análisis vendrá más tarde. Ahora empezaremos con eso, yo me quedo a la espera, estamos construyendo una “universidad”. ¡En la primera parte estamos ante las máscaras, la segunda las arranca, la tercera las explica! Y entonces ya no dudarás de nada, porque todo quedará demostrado. Pero entonces viviremos sistemas divinos, y andarás con Sócrates y Platón y muchos otros, con los brazos entrelazados, ¡estarás ante ti mismo como un yo espacial! Ahora tu “empuje” se ha convertido en ley, Karel, y tu “naturaleza” te habla como una diosa. Solo ahora sabrás cómo amabas y qué amor recibiste para dar.

—¿Tan lejos vas a llegar, Frederik?

—Sí, Hans, tal como las cosas se dejan contemplar, ya hemos empezado con ello. ¿No te decía que Ra, Re e Isis fueron abiertos para mí?

—¿Me permites ofrecerte de nuevo mi ayuda, Frederik?

—Encantado, Hans, te la agradezco.

—Espero ser digno de ella, Frederik.

—Hazlo. Pero ¿dónde se ha metido Anna?

Se van volando a buscar a Anna. Es Hans quien le está pelando las papas (patatas), Karel lo está ayudando. ‘¿No es maravilloso eso?’, pienso. ‘Dios mío, ¿por qué me he merecido esto? Mira tan solo esos dos eruditos, qué gusto le dará esto al Dios de todo lo que vive’. Casi estallo de felicidad. Erica le da un beso a Karel y a Hans, y yo añado uno mío y les daré un regalito.

—Vamos, dame ese maletín, Erica. Mira, esta pulserita es para ti. Y este anillo y broche van a juego. Juntos, por un importe —poco más, poco menos— de varios miles de florines, pero cuando eres un sultán un millón más o uno menos te da igual, porque ya te sobra para ti mismo. Me lo dieron para ti, Erica, es un regalo del sultán.

—¿Para mí?

—Todo es para ti, hija mía, todo todito. Y él también lo quería saber todo de ti.

—¿Cómo es posible!

—Más tarde podrás ir a visitarlo, nos espera a todos. Le he contado todo sobre ustedes (vosotros). Una noche dijo:

“Estas cositas impagables son para Erica. Me costaron una fortuna, pero las apreciará. Dile que quiero verla y que puede admirar mi harén, como amiga mía, si no ya no volvería a salir de allí. Si a Karel le parece bien”.

—Mira, Karel, el anillo es justo a su medida. A ver, ponme un momento el dije. ¿No es un milagro? Cielos, ¿por qué me he merecido esto? ¿Cómo se llaman estas piedras, Frederik?

—La piedra en el dije es un ónice, la del anillo es un ópalo y la otra un topacio, todo es auténtico y lo más caro que hay.

Erica da saltos de felicidad y se me echa en los brazos.

—Pero, Frederik, ¿cómo puedo agradecértelo? Eres como un ángel para mí.

Le contesto:

—Yo no tengo nada que ver con esto, fue el sultán quien te lo dio.

—Me da igual, es a través de ti que lo recibí. ¿Qué más dijo de mí?

—Erica, primero tengo que atender a Anna. Aquí ya lo tengo. Mira, Anna, ¿qué te parece? Anda, abre esta cajita.

Anna manosea el cacharro y no consigue abrirlo. La ayudaremos. Erica ya adivinó lo que contiene, es un dije. Abro la cajita.

—¡Jesús! ¿Qué es esto? Qué bonito, ¿verdad Anna?

Anna observa su dije con una cruz de perlas. Es un rubí de un rojo encarnado, una asombrosa gema en la parte de la cruz, con el mismo encanto y hermosura que una rosa. Erica ya está preguntando:

—¿Es eso el Loto, Frederik?

—Tú sabes mucho de mística antigua, Erica. ¿Dónde lo aprendiste? ¿Comenzaste a estudiar la doctrina oriental los últimos años? Lo mandé hacer en Egipto, en el fondo frente a las narices de la esfinge, para Anna, porque de todas formas no quiere otra cosa.

Anna se marcha. Ahora los chicos.

—Miren (mirad), Hans y Karel. Dos pitilleras doradas con su correspondiente pluma de oro, todo por diez céntimos. Un regalo del sultán. Por ser dos cabezas tan locas y porque les (os) gusta echar a la gente en las acequias. ¿Ven (veis) esas piedrecitas allí? Esta verde es para Hans, le servirá para volver a ver con vida a sus antepasados. Esa con la piedra roja es para Karel. ¡Para que ya no vuelvas a mentir nunca más!

Los tipos me dan la mano. ¡Lo sé! Están más contentos que niños, Karel

se ve desbordado. A los chicos les dejo que traigan un maletón, que yo abro. Tenemos aún más regalos.

—Mira, Erica, toma, cuatro preciosas túnicas de harén para ti, un regalo aparte para ti del sultán. Son de color rojo, azul, verde y satinado dorado, una seda rara en Europa, es un regalo regio. ¿Te lo habías esperado? ¿Verdad que no? Porque es que era imposible. Tiene que haberte tomado completamente por sorpresa. Y justo allí es donde tengo que prestar atención, dice. Tenía que mirarte a los ojos, es lo único que quiere saber al respecto.

—¡Hay que ver qué sultán tan bueno! ¿Por qué me he merecido esto, Karel? ¿Tú lo comprendes? ¿No es esto un milagro? Mira, santo cielo, ¿es eso todo para mí? ¡Ay, ay, ay! ¡Por Dios! Oh, Frederik, ¿cómo podré compensar esto alguna vez? ¿Podré darme cuenta de esto algún día?

—Ya déjalo, todo está perfectamente bien. Pero sí que son hermosas. Vamos, vete arriba y ponte uno.

—A ver, Anna, ven aquí. Aquí tengo algo para ti. Esto de aquí es un pijama oriental. Aquí tienes otro, y unos vestidos sencillos. Ya puedes cambiarte, la cena es una buena ocasión.

Sale Anna. Ahora solo faltan los chicos.

—Mira, Hans, una pequeña serpiente para ti. Tu gustan las cobras, ¿no es así? ¡Menudo animal tan precioso que tuvo que ser! Lástima que tuvieran que matar semejante animal. También viene del harén del sultán, todo, todo. Y esta es para Karel. ¿Un bichito de esos para ti, Karel?

—Qué asombroso, Frederik, siempre he deseado tener una pielecilla de esas. ¡Qué ejemplar tan espléndido!

Y allí ya viene Erica. Nos quedamos con la boca abierta. Karel nunca antes la ha visto así. Hace un chasquido con la lengua. No puede creérselo y dice:

—Erica, nunca pensé que fueras tan hermosa. Pero ¡qué hermosura que eres! ¿Qué pasa? ¿Y eso te hace llorar?

—Echo tanto de menos al pequeño René, Karel.

—Bueno, espera un poco, Erica, no me he olvidado todavía de nuestro niño. Pero deja que te fluyan las lágrimas, no las reprimas si puedes, ahora sí que merece la pena.

Karel se come con la mirada a su mujer, con la que ya lleva casado dieciocho años. Es una nueva aparición. Es una vida que ha comenzado de nuevo, casi se la come. Están igual que dos jóvenes enamorados; también a Hans se le pone la piel de gallina y se porta como un niño ingenuo. A mí todo me parece ideal de la muerte. Pero ¡qué felicidad! Lo que no se puede conseguir con solo algunas cosas. También a mí me comen, se me ha puesto la cara roja de tantos besos. Mira tan solo a Erica, ¡es una princesa!

—Toma, Erica, se me olvidó otra cosa. Las pequeñas sandalias a juego... de las que tanto hablan los libros, por qué no las pruebes un momento. Están

hechas para ti. Tienen un aire turco, pero se llevaban en los templos de Ra, Re e Isis. ¡Hay que ver qué colorines!

Erica ha vuelto a desaparecer, la veremos en otra túnica. Karel dice:

—Sí, póntelas..., haznos disfrutar.

No tarda en volver ni cinco minutos. Santo cielo, suspiran Hans y Karel al unísono, qué princesa es esta. Qué belleza, así de pronto. ¿Cómo es posible? La admiramos. Ahora el pequeño René, un momentito, Erica, enseguida podrás mostrarnos las otras túnicas.

—Pero ya lo ves, Erica: ¡Cada túnica va con sus pequeñas sandalias a juego! Mira, esto es para el pequeño René, para cuando el chico sea algo mayor. Estas jamás se apolillan. ¡Mata a la polilla! Y esto de aquí para luego, cuando llegue a casa. Y ¡esto! ¡Y esto también! Y eso de allí para cuando alguna vez queramos sentarnos juntos como reyes. ¡Todo para nuestro hijo!

A Erica esto le está desbordando, casi se desvanece de felicidad. Le parece tremendo. La gente está derrotada, se me concedió abrirlas unas a otras y desde luego que no hacen como quien oye llover. A mí también me toca mi parte. Todo es regio, pero ¡yo lo sabía! ¿Merece la pena ser vivida esta vida? “¡Sí!”, exclaman. Anna besa las túnicas del pequeño René. Las acaricia, se las aprieta contra el corazón. Las mujeres van arriba, a cambiarse. Karel y Hans se han quedado sin habla. Les parece un gran escándalo, tienen los rostros rojos del esfuerzo.

—Frederik, ¿cómo se te ocurre mimarnos tan escandalosamente?

—¿A esto lo llamas “mimar”, Karel? Todavía se queda muy corto. Pero ¿por qué no miras allí? Es Erica. De azul, verde, rojo, dorado... Es la túnica dorada de una sacerdotisa del templo, tal como las ve nuestro sultán. Es poderosamente hermoso. Mira esa mujer, Hans, entonces ya sabes lo que puede contemplarse allí. ¡Es un sueño! ¡Es una flor de loto para Karel! ¡No quiero ni pensarlo! Y ¿tú?

—A la gente le sacas el corazón de entre las costillas, Frederik.

—Y eso no duele, ¿verdad?

—No, pero sí que lo roe. Creo que vas a tener una nueva circulación sanguínea. ¡Mira esta Erica! ¿Cómo es posible? Y ¿has visto esas pequeñas sandalias? Qué poderoso. No me olvidaré de eso nunca, Frederik, tú sabes cómo hay que hacer las cosas. ¡Somos unos lelos! (—dice).

Erica ha portado sus túnicas, es como una reina. Karel no sabe qué pensar de esto, ojalá que a Erica no se le suba a la cabeza. Para la cena la elección recae sobre la túnica de un verde satinado.

—No, que no —dice—, la azul. ¿Tú qué opinas, Karel? ¿La roja?

¿Ves? Ya estamos. Erica, ¿qué es lo que quieres? ¿Lo ves ahora? ¿Que en realidad no estás preparada para todas estas cosas bellas? Si no estuviera yo, creo que llegarían a pelearse por esto, pero ¿es necesario?

Ahora tenemos que decidir lo que se pone. El azul es el color preferido. Erica se va, Anna también, pero Anna sabe lo que hace. Primero deja todos esos tesoros. ‘Tienen que reposar’, piensa, ‘y habituarse un poco a este entorno’. Anna regresa y pregunta:

—Frederik, la seda ¿vive?

Al instante sé que mi sentimiento ha sido acertado.

—Sí, Anna —digo—, la seda vive y tiene una personalidad propia. ¡Sobre todo esta!

—Vaya —dice—, ¡ya me lo imaginaba!

Yo también voy arriba a cambiarme. La habitación del pequeño René está llena de flores. También la mía se ha transformado en un paraíso. Sobre mi almohada hay dispuestas de forma ingenua e infantil violetas, nomeolvides y lirios de los valles, y una rosa roja y una blanca en el centro. Rápidamente cierro la puerta. Ay, ¡esta Anna! Es un alma de primera. ¡Cómo ha avanzado! Yo también me siento quebrado por todo este amor. En el fondo, ¿dónde vivimos? ¡No te lo crees! ¡Todo es celestial!

Al poco rato las maletas ya quedan de un lado. Llega entonces la hora de la cena. Llevo ropa de noche. Karel y Hans también. Erica está asombrosa, pero Anna no se queda atrás. Karel y Hans van acarreando los platos, todos hacen algo y cuando ya está todo podemos empezar. Hay champán, también buenos vinos. “Karel, tengo que echarte un piropo, ¡este es muy bueno!”. Comemos, bebemos y hablamos, es un día festivo para no olvidar nunca.

—Solo falta una persona —dice Erica—. ¡Qué lástima!

Digo:

—Más tarde repetiremos. Y entonces no faltará ni uno solo.

Erica pregunta:

—Realmente, ¿recibiste esto de nuestro sultán, Frederik?

—Todo, corazón, aparte de unos detallitos. El resto salió directamente de sus manos. Y no creas que son ropitas arrumbadas, ¡estas están hechas especialmente para ti!

—Ya lo veo.

—¿Dónde, Frederik?

—No lo sé, Karel. No me atreví a preguntárselo.

—Pero lo visitaremos, ¿verdad, Karel? Hans también se viene.

—Iremos, lo antes posible, y Frederik nos indicará el camino.

—Hecho, Karel, ¡nos vamos a Oriente!

—¿Por qué nos regaló todas estas cosas, Frederik?

—Ya te lo dije: todo lo tuyo, todo lo nuestro le interesaba. Tenía sobre todo mucho interés por el pequeño René.

—¿Por qué, Frederik?

—Porque compara los fenómenos con la magia oriental, Erica. ¡Eso es!

—Tremendamente interesante, Frederik. Y ¿pudo hacer sus comparaciones?

—Hans, esa gente lo sabe todo al respecto, sobra intentar hacerle creer nada. Los comparó con los fenómenos de los yoguis, faquires, magos y los primeros roces que se concedió que vivieran los grandes iniciados. Tengo que escribirle qué tal le va ahora al pequeño René. Aunque me abriera su vida por completo, como si el alma se hubiera dormido en mi mano, ¡aun así quiere saber si lo que ve y siente es correcto! Yo ya lo sé: ¡es tan acertado que da miedo!

—Y ¿eso fue alimento y bebida para ti, Frederik?

—Sí, Hans, nunca terminábamos de hablar de ello. ¡Son libros!

—Ahora lo creo. Entonces encontraste comprensión, ¿verdad?

—Todo, Karel, ¡todo! Semejante santidad no te la puedes imaginar. Hay una profusión de flores de Loto alrededor de nosotros, y entonces ¿estas conversaciones? Ay, Dios mío, no quiero ni pensarlo.

—¿También había mujeres, Frederik?

—Siete de las mejores de todas, Erica. De todas las nacionalidades. ¡Fue un honor para mí! Y también una virtud, porque se mostraban abiertas. Tan solo imagínate ese escenario. Y ahora tan solo adéntrate en esas almas: míralo a él en su túnica de una hermosura fabulosa, las mujeres como un círculo mágico alrededor nuestro, que nos hacía sentirnos protegidos, y ¿entonces hablar de la vida y la muerte, de la pirámide de Giza, la esfinge, el sol, la luna y las estrellas, el origen de estos mundos y de esta humanidad, de grados vitales conscientes e inconscientes en el espacio y del espacio, la locura, trucos y sanaciones mágicos, diablos y cielos, y sobre el amor humano? ¡Casi sucumbes! Pero te digo: fue lo más sagrado y hermoso que se me concedió recibir en este asqueroso mundo. ¡Lo había convertido en un paraíso! Con mujeres en una gran variedad de túnicas. ¡Entonces pude elegir!

—¿En serio lo dices?

—¿Por qué iba a mentir, Erica? Pero para más tarde, entiendes, por si volviera alguna vez.

—¿Es que entiendes de todas estas cosas, Frederik?

—Algo, sí..., podía hablar con él o podría haber desaparecido sin problema alguno.

—Y ¿a nosotros nunca nos cuentas nada de eso? Y ¿aquí haces como si fueras un niño?

—¿Quieren (queréis) que les (os) cuente? ¿Por dónde empezar? Porque de todas formas lo volverás a rechazar. ¿Está Karel abierto a ello? ¿Hans? ¿Tú? ¿Anna? Hay uno, pero ese está loco, con el que he hablado de todas estas cosas, aunque estuviéramos todavía muy alejados de ello y solo lo contem-

plamos brevemente. Sí, el pequeño René, ese sí que sabe mucho de esto, yo también, aunque lo diga yo mismo. A las mujeres les parecía adorable, y además encantador, tal como decían, lo que me enorgullece de verdad. El sultán también estaba contento. Hablábamos de todo. Pero ¿ves este pequeño escenario teatral? Haces un viaje por el universo y nosotros nos deslizábamos uno detrás del otro pasando por Saturno.

—¿Por encima de ese anillo?

—Al lado y por encima de ese anillo, Erica, a una velocidad que hacía que las faldas se plancharan y rizaran en pliegues que aquí nunca viste. Pero sí que es un hecho que ocurría.

—Lo comprendo. Una cura de rejuvenecimiento de esas no la recibe cualquiera. No es cualquier cosa, ¿verdad, Karel? En unos años tendrá que ir él. ¿Es posible eso, Frederik?

—No, ¡es imposible!

—¿Por qué no?

—Porque Karel no se abre a estas cosas. Y entonces allí no te quieren. Este hombre es un egipcio autóctono. Si no pruebas el dulce de las frutas del templo, ya puedes ir marchándote. Es el plato principal de su cena, acompañado de una vieja salsa, que ha sido pensada por los templos y para el que vive. Solo quiero decir: a las charlas huecas, al pensamiento y sentimiento pragmáticos, a eso esta vida no abre las puertas. Y precisamente los sentimientos occidentales tienen aquí la posibilidad de abrirse y enriquecerse. Sobran sabios orientales, pero ¡esos ni siquiera llegan a ver a sus mujeres! Un occidental, sí, ¿entiendes?, y eso es una bendición. Si sabes algo de todas estas cosas, entonces llegas a verlo todo y él te abre su corazón, lo ves por todos estos regalos.

—Y ¿allí estuviste año y medio en toda esa riqueza?

—Exacto, Erica.

—Naturalmente, podrías haberte quedado, ¿verdad?

—Es más: me habría encantado. Comprenderás que ya no me habría hecho falta hacer nada más.

—¿Qué edad tiene ese hombre, Frederik?

—¿Qué crees? Porque en el pasado ya viste su foto, ¿no?

—¿Todavía la tienes?

—Claro, Hans. Te la mostraré, así se hará más sólida tu fe.

Hans mira, igual que Erica y Karel. Por Anna ya está bien. Hacen cálculos.

—¿Y, Hans?

—Pienso que cuarenta y cuatro.

—¿Erica?

—¡Cuarenta y seis!

—¿Karel?

—Lo mismo.

—Faltas tú, Anna, mira un momento y participa, ¿no?

Anna también mira, solo un momento, entonces dice:

—Sesenta y dos...

Todos preguntan:

—¿Y, Frederik?

—Anna acertó... esa es la edad del hombre. Pero parece que tuviera treinta y siete, siempre pierdes, en cualquier terreno. Esta vida tiene un organismo como de una serpiente, conoce todos los trucos para la autodefensa, es un experto en yoga y un sacerdote consumado. Hemos vivido noches asombrosas. Una de ellas, o incluso varias, nunca las olvidaré. Me pidió, Hans, hacer que una de las mujeres se quedara dormida.

—¿Y, Frederik?

—Tuve éxito, Hans. Una vez vez más recibí pruebas acertadas de numerosos sistemas, una mina, en resumen. A él también lo induje al sueño, uno que formaba parte de su estudio; si él no quería, a mí no me salía. Aun así tenía poder sobre él. Las mujeres se quedaron dormidas al instante. A una la curamos de las pesadillas, que la niña padecía desde hacía años. Sus tendencias suicidas también desaparecieron, lo cual él me agradeció mucho. Y precisamente esa mujer podía entrar y salir, partir si quería, pero no lo hacía.

—Seguramente, por remordimiento, ¿no, Frederik?

—¿Por qué, Erica? Te pregunto: ¿Por qué es necesario que esas niñas sientan remordimiento? ¿Pensabas que ven sus vidas como pecaminosas? La mayoría dice: “Con cualquier otro hombre nos sentiríamos contagiadas, ¡ahora no! ¿No parimos a nuestros hijos? ¿No damos a este mundo una continuidad? ¿Qué quiere el mundo de nosotras?”. Ya lo ves, a nosotros nos subleva y tampoco se puede justificar, pero ellas tienen allí sus propias ideas al respecto. Te digo, Hans: mediante el sueño impuesto nos encontramos ante pasados. ¡Espero poder demostrar así mis fundamentos y sistemas! Es algo que no puedes eludir. Pero cuando esos hechos hablan por sí solos entonces estás ante numerosas leyes para las que ahora no encuentras palabras desde nuestra conciencia. Aprendí allí muchísimo. Creo que puedo decir que ¡estoy listo! Que venga lo que quiera, siempre que el pequeño René esté en casa. También sé que aún tenemos tiempo, varios años, pero vendrá, eso es seguro.

—Frederik, ¿qué es lo que él espera de tu sanación?

—¿Quieres decir a favor del niño?

—Por supuesto.

—Bueno, Erica, quizá no lo creas, pero él espera que produzca milagros. Tuve que contarle todo al respecto. Cuando le hube ordenado los fenómenos más o menos sobre la mesa supo contar de inmediato lo que siente esta vida del alma y lo que tiene que aceptar. Dice: “¡Occidente ha sido bendecido con semejante vida!”.

—¿Lo oyes, Karel?

—Así es, pero no lo saben (sabéis) todavía, aunque eso ya vendrá. Yo tampoco lo sabía. Ve a René como un niño prodigio espiritual. Me dio consejos y los seguiré, si me dan (dais) permiso para ello. ¡O volveré!

—Ahora puedes hacer lo que quieras, Frederik.

—¿De verdad, Karel? Eso es, pues, el mayor regalo que podías darme, y no te arrepentirás. Espero que todos podamos vivir que las cosas vayan según lo esperado, solo entonces nuestra vida tendrá valor.

—¿Todavía estaba esa holandesa?

—Efectivamente, Erica, pero pronto se irá.

—¿Regresa a casa?

—No, no a casa, sino a la de otro, donde va a estar muy bien atendida.

—¿Quién va a querer a una de esas mujeres manoseadas, Frederik?

—Eso es lo que te crees tú, Hans, pero no es así. No las compras ni por diez mil florines. O ¿es que pensabas que esto tampoco tendría su propia pequeña historia?

—Pues, a ver, Frederik, cuenta.

—Yo no... No tengo nada que ver con eso, porque tendría que mencionarte familias muy conocidas, lo cual no haría más que dejarte perplejo. Solo te digo una cosa: ¡Todavía queda Nuestro Señor! Incluso Roma tiene que ver: cuando estás en la Capilla Sixtina obtendrás la respuesta, pero entonces tienes a esta chica holandesa desnuda delante de ti. Te parecerá otra vez fantástico, un nombre y lo sabrías todo, pero ¡no te lo digo! Ojalá la tuvieras, Hans, debería estar en tu entorno. Y Hansi era una fea comparada con ella. Semejantes niñas han nacido para eso. Es una revelación celestial cuando la ves. Vale su peso en oro. Pero creo que finalmente será un regalo. El sultán es así de bueno con nosotros. Pero quien la reciba—incluido el árbol genealógico y pedigrí y el Loto egipcio arriba—ese se encuentra de golpe ante Tu Tan Kamón..., ¡ya conoces al señor en cuestión!

—Eres muy poco claro, Frederik.

—No hay más remedio..., si no me daría escalofríos. Estoy en Occidente, pero Oriente te persigue allí donde vayas.

—¿Cómo llegó esa niña allí, Frederik?

—¿No te dije hace poco que la había rescatado de la miseria callejera? Entonces pensaban (pensabais) del alcantarillado, creo que yo mismo lo dije. Pero también hay pequeñas alcantarillas por las que fluye una caridad celestial. En resumen, y eso es todo lo que te contaré, se trataba de una apuesta y él la ganó. ¡Él convirtió esta vida en una soberana!

—Y ¿ahora se va a ir a una corte?

—No exactamente, Karel, pero sí que se parece un poco a eso.

—¿Y las otras, Frederik? ¿También fue una gloria hablar con ellas? ¿Cómo

fuiste capaz de entender el árabe, egipcio y todos esos otros idiomas?

—Había una, Erica, que hablaba veintisiete idiomas. Y también un holandés perfecto. Una de cuarenta y cuatro años. Una mujer oriental que tuvo que aprender esos idiomas para la familia. También ahora hay una que viaja por los países con la sola tarea de aprender los idiomas. Cuando conoce unos trece o catorce regresa a casa y allí le dan su trabajo.

—Mira qué bien. ¿Es así como pudiste hablar?

—Desde luego, y se me daba de maravilla.

—Frederik, ¿eso también saldrá en el cuaderno de bitácora?

—Te lo encontrarás por aquí y por allá, Erica. Por cierto, todo se mantendrá como un solo conjunto, es decir, si fuera necesario aún nos tocaría vivir un caso o paso de ello.

—Y ¿tú qué piensas ahora de René, Frederik? ¿Vendrá pronto a casa?

—Karel, vamos a ver, hablemos de eso ahora. ¿Que lo que pienso? Por el momento lo dejaremos allí. Cuanto más desee el alma, mejor para la capacidad de resistencia y la conciencia diurna. Este deseo sostiene a la personalidad. El deseo es el empuje interior y este lo asimila la personalidad. Te digo: de vez en cuando lo tendremos brevemente en casa, pero después tendrá que volver a irse, hasta que veamos: ahora es posible; de momento puedes comenzar tranquilamente a construir esta vida.

—Y tú ¿te esperas algo de eso? ¿Esperas algo que no estemos viendo nosotros?

—Lo que espero, Karel, tú también lo ves. Entiéndeme bien: es la vida misma la que nos señala el camino. No podemos añadir ni quitar nada. René tiene que revelarse por sí solo. Cuando llegue el momento verás otros fenómenos. Es una lástima que hayas tirado todos esos dibujos, Karel, contenían hermosos fundamentos. Pero espero que hayas desistido de querer convertir a tu hijo en médico. Porque eso de todas formas será imposible. ¿Ha seguido dibujando?

—Sí, es una pasión suya.

—Ves, eso es algo imposible de cambiar. No me malinterpretes, Karel: lo que quiero hacer es por su salud. No es mi intención agravar su enfermedad. Para mí se trata de su vida y salud. Pero jamás será médico.

—Y me da igual, con que sea sano.

—¿René va a ser sano! ¿Será tan sano que ni te lo crearás, y para siempre!

—Es como si no te hubieras ido, Frederik. ¿En qué otros sitios estuviste?

—Estuve en las montañas, donde los curas. En el Tíbet, donde los monjes. Asistí a sus consagraciones; allí donde apenas consigue entrar nadie entré yo. Llevaba conmigo cartas de recomendación. Pero Egipto es el colmo. Se lo deseo a cualquiera que ame la mística y cuya alma esté abierta a ello. Por lo demás mi vida no ha cambiado. No me ha dado remordimientos de concien-

cia, las cuestiones principales se desmoronaron bajo el escalpelo del análisis. He podido trabajar en diferentes posibilidades. Como una gracia me llegaron a las manos poderosas verdades. Los maravillosos cuidados de muchos me crearon un paraíso en la tierra. Y entonces ¿qué más quieres? Ni un pelo en mi cabeza pensaba en eso. Y sin embargo, recibí todo lo que más o menos había pensado para mí. En el Antiguo Egipto ya no queda nada en pie de esa vieja gloria, y sin embargo, cada paso te cuenta cómo fue la vida allí. Y eso uno tiene que ser capaz de aceptarlo. No fui allí a ver piedras, me abrí interiormente a ellas y obtuve una respuesta. En esta ocasión no tuve las agallas de ir trepando la pirámide, Hans, estaba echado allí, día y noche, en un lugar donde no te esperas la soberbia de este mundo. ¡Mi incliné! Me desvestí, ¡allí estaba completamente desnudo!

—¿También estuviste en el desierto, Frederik?

—También, Erica. Pero ahora no hubo tormenta, fue una ruta deliciosa. Me permitió reunir mucho material, pero nuestro guía no estaba. Me encontré con él más tarde en Alejandría, donde vivía tranquilamente en su propiedad oriental, que es de una grandiosidad y cortesía que te deja tieso, igual que la del sultán. Esa gente ha recibido mucho en esta vida. ¿Que si todo es felicidad? Mohamed ya es de por sí envidiable, percibes su posesión interior como un vino estimulante, recibes ganas de vivir, disposición de sacrificio, comprensión, piensas poder mover montañas, ¡inspiración para todo en tu vida!

Y ahora, hijos míos: estoy cansado, seguiremos mañana. ¿Tengo permiso para retirarme?

—Vete, Frederik, ¡nosotros también estamos muertos de cansancio!

Las últimas palabras de Erica son una señal para los demás y un poco después estoy en mi cama, en la habitación de siempre y no tardo en quedarme profundamente dormido. Pero mis alas se relajan. Mi alma aún no se ha liberado de Oriente, puedo ir adonde quiera. Dios me dio todo, ¡los tiempos venideros no me dan miedo!

Pero poseer una casa y amigos es algo poderoso, ¡algo grandioso! Ojalá siempre sea así. ¡Estoy en casa! ¡Ya nunca más me iré solo! ¡Nunca! ¡Aquí se me necesita! ¡Había muchas flores! ¡Gracias! ¡Estoy preparado para todo! ¡Para todo!

Tío Frederik, ¿quiere ayudarme?

René ha vuelto ahora a casa para siempre, pero hemos tenido que esperarlo casi cuatro largos años; una y otra vez recaía en otro estado y teníamos que entregarlo a esas leyes y, encima, aceptar que no se puede bromear con semejantes enfermedades, tal como ha llegado a comprender Erica. Lo trajimos a casa cuatro meses después de regresar yo de mi viaje. Todo iba tan bien. También su médico estaba contento; su conciencia estaba progresando, su manera de pensar y actuar era de tal naturaleza que hasta Hans lo veía como del todo normal, por lo que el chico ya no tenía que estar entre todas esas máscaras. Dibujaba y pintaba todos los días: aparecían bodegones y hasta retratos, y un año después profanó hasta a “Cristo” para —tal como él decía— representar para él mismo su dolor y pena. Y por eso nadie quiso tener este retrato pintado: lo convirtió en algo que no soportaba la luz del día por el grado en que su vida se desbocó, de esta forma tan deplorable quedó estropeado el “Mesías” por su pintura y manos. Y sin embargo, cuando profundizabas en esos borrões veías una voluntad infalible empeñada en manifestarse. Vi crecer su talento y sin duda con capacidad de crear más tarde una obra buena, con un buen acabado, de tal forma que valiera la pena colgarla de una pared y mirarla de vez en cuando. Hemos avanzado en un aspecto: a Karel todo le parece bien, se ha rendido por completo. Y eso era una gran preocupación para mí, porque con él nunca sabías por dónde iban los tiros; siempre, a pesar de todo, había que tener en cuenta sus pequeñas zanjás, a las que te caías al instante, porque él mismo estaba hecho un lío con su carácter.

Ya nos topamos con el hecho tan solo unos meses después. Reapareció su salvajismo y las cosas volvieron a volar por los aires, después de lo cual él tenía que reunir —bajo la sábana de fuerza— los pedazos de su pequeña personalidad, que solía regresar infaliblemente a esta vida unos dos días después, y entonces volvíamos a empezar de cero. Mientras tanto, el chico iba haciéndose cada vez más fuerte. A Karel y a mí nos costaba lograr ponerlo debajo de la sábana de cómo se resistía contra este proceso cruento, que le hacía temblar por todo el cuerpo y que le daba un miedo que ya no parecía humano. Creo que para él esto era lo más desesperante de su enfermedad. A veces la sangre le manaba de las orejas, la nariz y la boca por la conmoción interior o por el suplicio que tenía que padecer. Dice Anna que era como si quisieran marcarlo a fuego con hierros candentes de tanto que le hacía rugir el dolor, tan profundamente lo tocaba el alma. Mediante esa sabanita que le ponían encima le quebraban por completo su fuerza de voluntad, pero de lo que ocurría en su interior, de eso no comprendíamos nada, aunque yo viviera su

ocaso junto a él. Era una naturaleza infernal, un problema salvaje que yacía allí y que quería resistirse a esta brutalidad. Deberías haberlo oído entonces, ya no era algo humano. Y fue algo que desarrolló su razón. Eso fue incluso lo peor. Era capaz de decir cosas que nos dejaba con la boca abierta. Entonces se inventaba de todo con tal de salir de allí. Ya no sé la de veces que picamos, sobre todo Anna y Erica. Después de una fabulosa excusa le soltaban las correas, y una vez recobrada la libertad veías delante de tus ojos —por muy fuerte que fuera su voluntad de mantenerse bien— cómo esta vida iba quedando anegada en una inexplicable profundidad para el alma, el espíritu y la conciencia material, y entonces llegaba el infalible derrumbamiento. Eso en casa no era tan grave, pero cuando conseguía salir corriendo por la puerta ya te podías poner a perseguirlo calle tras calle. Iba volando entre la gente como un caballo desbocado y en realidad ya no sabía qué hacía. Santo cielo, qué horas vivimos, todavía no sabemos cómo conseguimos superar eso.

Pero en estos cuatro años sí que se nos concedió aceptar la felicidad de que nuestro muchacho se curara. Anoté en el cuaderno de bitácora: “Mira, sí que voy a tener razón, va y viene, cada vez lo vemos de otra manera, hasta que su conciencia haya entrado en armonía con la sociedad, con la vida cotidiana”.

Hace años dije que lo esperaba en casa para cuando cumpliera más o menos diecisiete o dieciocho años, y ahora vemos que también en eso he vuelto a tener razón. Poco a poco, paso a paso, regresa con nosotros, para al final quedarse con nosotros para siempre.

De la primera vez que fuimos a buscarlo después de mi viaje he dejado constancia y esa ocasión la describí completamente conforme a los fenómenos. Cuando me encontré con él me escrutó como si quisiera saber lo que me había ocurrido a mí. Y después de haber pensado un momento, preguntó:

—¿Dónde estuviste, tío Frederik? ¿Dónde estuviste todo ese tiempo? ¿Por qué te fuiste tan lejos de mí?

A su médico le había contado unas cuantas cosas sobre mi viaje, también sobre nuestro contacto, así que estaba preparado. Pero René no sabía que yo había estado fuera tres años; no sabía nada de mis experiencias, porque no le habían dicho, dado que de todas formas no las habría comprendido. No obstante, preguntó:

—¿Por qué fuiste a Oriente, tío Frederik? ¿Qué se te había perdido por allí? ¿Es posible que yo también haga un viaje de esos?

El enfermero aún tenía que resolver algunas cuestiones con él y se lo llevó un momento. El médico dice:

—Esto sí que es muy curioso. He de reconocer que pese a lo que me esperaba es tremendamente sensible, tengo que admitirlo. Probablemente, ¡cuestión de una transferencia telepática!

—Así es, doctor. ¿Qué sabemos los seres humanos del alma humana?

—Nada. Lo que podemos hacer es dar a estas vidas un desarrollo material, un poco de concienciación mediante escolarización, enseñarles algo, cuando es posible. Pero ya lo ve: devolver estas almas sanas a la sociedad es una excepción, una rareza. De los ciento cincuenta chicos que tenemos aquí, diez, como mucho, recuperan la plena conciencia; los demás siguen presos para el resto de esta vida. Son muertos en vida. ¿Qué pensaba usted? ¿Que esto ocurre con todos?

—Hace usted lo que puede, doctor. ¿Qué más podemos desear?

—Pero ¿qué leyes son las que determinan que estas almas estén tan apaleadas? ¿Cuáles las que nos obligan a aceptar que unos lo poseen todo y otros tengan que quedarse aquí toda su vida como un muerto en vida? Cuando vayas a Dios tu vida se detiene. Yo soy adepto del protestantismo, entro en conflicto con Él todos los días, me resulta imposible aprobar que Él trate de forma tan despreocupada a Su vida. Seguramente me comprende usted: no paro quieto, se me hace imposible aceptar la Biblia entera. Mis pensamientos se ampliaron y profundizaron. Soy incapaz de aceptar un Dios que apruebe que haya injusticia, no puedo aceptar un Dios que trate de forma injusta al poder legislativo universal. No quiero aceptar que Él nos golpee de ese modo. ¡Me es imposible! Pero ¿dónde encontramos la respuesta, una palabra que encaje en nuestros sentimientos occidentales? Y usted, ¿adquirió sabiduría en Oriente? ¿Dónde estuvo? (—preguntó).

Cuando le dije que había visitado el Antiguo Egipto y que se me había concedido participar en las ceremonias sagradas suspiró y dijo:

—Vea, ese es mi mayor deseo. En el fondo hubiera deseado ser un trotamundos. Ya de niño jugaba con mis amigos y hacíamos viajes alrededor del mundo. ¿Dónde no habremos estado? Cuando ya de muchacho, con dieciocho años, tomé conciencia de que para eso hay que tener dinero fue un golpe duro. Cómo sufrí por esa ausencia. Y ahora vuelvo a ver en varios chicos esos mismos deseos. Ignoro lo que eso puede significar. Viajar y adquirir sabiduría. Vivir todo lo que Dios ha creado para nosotros, conocer a los pueblos de la tierra. ¡Todo! Oh, cómo le envidio. Y ¿además Egipto? ¿La pirámide de Giza? ¿Los templos derruidos? ¿La esfinge? Dios mío, ¿por qué no yo también? Esa felicidad no me está reservada. Oiga, cuénteme, ¿cómo le fue allí? (—preguntó).

Regalé al hombre la gracia que recibí. Pero añadí:

—Dígame, doctor, ¿cuándo podrá irse usted de aquí? ¿Cuándo le darán unos años de asueto para que pueda irse a donde quiera?

—¿Me lleva usted a fatamorganas? No, no escoja un camino sin salida, eso hace mucho que ya lo descarté.

—Y sin embargo, doctor, esa posibilidad también le ha sido reservada. Dígame, ¿cuándo podrá irse de aquí por un tiempo?

—¿Qué insinúa?

—Le deseo lo que yo recibí allí. Lo que ha hecho usted por nuestro hijo nos hace felices. Aunque sabemos que lo va a recuperar tarde o temprano, hizo usted todo lo que estaba a su alcance. Aquí está en buenas manos y eso es lo más importante para nosotros. Pero todavía volveremos, doctor. Si quiere que se lo diga: en unos meses. Creo que ya por entonces desperdiciará su salud, aunque él mismo no pueda evitarlo ni cambiarlo, pero las leyes hablarán a nuestras vidas.

—¿Cómo le fue en el Tíbet? De maravilla, ¿verdad?

—Usted aún lo verá y vivirá, doctor Lent... ¡Todavía queda Dios! Igual que “Cristo”. Más adelante este muchachito nos aclarará las leyes.

Observamos a René, que se nos acerca en compañía del enfermero.

—¿Eso piensa? Conozco los fenómenos de sus dibujos y cuadros, y a veces salen de esa boca palabras que me echan en brazos de quienes viven y mueren para eso. Pero ¿y si miramos a los demás? Ellos a veces también hablan así, hasta el punto de que nos avergonzamos; pero mañana, en unas horas, regresan a sus catacumbas en las que se enclaustran ellos mismos y donde ya no piensan en una vida material supraterrrenal. Y luego arréglatelas para volver a sacarlos de allí. Lo que sigue entonces son palabrotas, desafueros sexuales, pobreza: es una existencia miserable. ¿Puede detectarse un avance? ¿De ningún modo! Así continúa, algún día también ellos morirán. Y ¿ahora? ¿A dónde van? ¿Es esto por lo que accederemos a los cielos? ¿Es posible que el alma acceda a los cielos divinos como personalidad por medio de una sola existencia demencial? No lo creo. Claro, también nosotros buscamos nuevas posibilidades. ¿Es posible que el alma viva más de una vez en la tierra? ¿Hay infiernos? ¿Existen posibilidades de pertenecer a otros pueblos? ¿Cree usted que volvemos a nacer, tal como nos dice la teosofía? ¿Cree usted en el espiritualismo? ¿En poder estar poseído astralmente? Todos eso lo quisiera saber conscientemente. Ahora te quedas tan impotente. ¿Hasta dónde llegó el profesor Groevers con su hipnosis impuesta? Cuando se lo encuentre transmítale mis más cordiales saludos. Tengo gran interés por sus sistemas, por su método de brindar a estas vidas las fuerzas para empezar de nuevo. Sé que son ustedes amigos.

—No me voy a olvidar, pero ya regresaremos y hablaremos de algunas cuestiones. ¡Que le vaya bien, doctor!

René va arrastrando los pies a mi lado. El chico piensa sobre diferentes cuestiones, se libera con esfuerzo del “Pequitas”, del pequeño Bram, de “Bizcocho el Pocho” y Bert el Hambriento, de Nico el Pepino y Gerrit Tocaculos, de todos sus amigos allí. Me parecen nombres divertidos y sigo la gracia.

He alcanzado a comprender cómo elevarlo poco a poco de esta vida. Tiene que poder vaciarse hablando, solo entonces puede experimentar otros pen-

samientos y se queda separado de sus amigos y de la vida en el manicomio. Esto me parece lo mejor con lo que puedo empezar ahora, porque le ayudará a él y su naturaleza viva a descargar. Por eso le pregunto:

—¿Quién es ese “Pequitas”, René?

—Es un bicho ese tipo, tío Frederik. ¡Es un Judas!

—¿Por qué?

—Porque nunca te puedes fiar de ese malnacido. Pero ¿no vamos en coche? ¿No tenía tiempo papá? ¿Por qué no se vino con usted? Y ¿no podían venirse un rato mamá y Anna?

Todo eso le sale a bote pronto. Piensa en mil cosas a la vez. Eso volverá a acelerar luego su derrumbamiento. Los seres humanos pensamos que estas almas no son capaces de pensar, que son demasiado estúpidas para formular pensamientos, pero una y otra vez te demuestran lo contrario. Le digo:

—Calla, René. Cuando te cuente algo escucharás, ¿verdad?

—Es lo que hago, ¿no, tío Frederik?

—Desde luego que lo haces, pero saltas de una cosa a otra. Hace un momento me hiciste varias preguntas a la vez. Hablábamos de “Pequitas” y tú sacas a papá, mamá y Anna. Ahora ya no sé por dónde empezar. Y, oye, ¿qué era lo que me preguntabas?

Reflexiona y entonces sale:

—Tiene razón, tío Frederik. Espero que me perdone. Haré lo que pueda. El enfermero también lo dice siempre, pero, ve usted, no es tan sencillo. Tienes que pensar y no eres capaz y de repente todos esos pensamientos se me escapan por la boca. ¿No es raro, tío Frederik?

—No es tan raro, René. Basta que te quedes con una sola cosa, entonces empezará a haber orden. Oye, ¿dónde nos habíamos quedado, René?

—Que... Ah, sí..., con “Pequitas” y que nunca puedes fiarte de ese bicho.

—¿Por qué no?

—Porque te chincha, pega y escupe. Cuando andas a su lado te pega por detrás. Te quiere hacer una zancadilla. Y cuando lo consigue se lo pasa en grande.

—Pero ¿es algo que el “Pequitas” puede evitar? ¿De verdad pensabas que tenía tantas ganas de molestarte?

—¿No es lo que hace?

—Y tú, cuando hay que ponerte bajo la sábana de fuerza, ¿qué?

—Sí..., en eso no pensé. Pero en mi caso es “bu”, en el del “Pequitas” es..., es...

—¿No ves? No lo sabes. El Pequitas no lo puede evitar. Claro, los adultos, a los que tú también perteneces casi, no podemos aprobar eso sin más. Tenemos que intentar estar en armonía con la vida y con los chicos, ¿comprendes?

—¿No es lo que hago, pues, tío Frederik? A Pequitas le di todas mis canic-

as. Pero entonces se arrepintió.

—¿Tú no, acaso, cuando te pones como un energúmeno? ¿Es que tú siempre te mostraste cariñoso con ellos? A ver, ¿quién está más enfermo? ¿Tú o el Pequitas?

—Él, por supuesto, de allí ya no saldrá jamás, dice el enfermero. Al Pequitas tenemos que ser capaces de perdonarle un montón de cosas. Y ¿me permite preguntar ahora, tío Frederik, por qué no vinieron también papá, mamá y Anna?

—¿Ves? Ahora estamos avanzando. Papá no podía salir, había demasiados enfermos. Mamá y Anna quieren tener todo en orden antes de que nosotros volvamos. Y por esta vez me pareció más divertido que fueras en tren.

—Pues, oiga, fenomenal, tío Frederik (—dice).

Y ahora sale:

—Tío Frederik, ¿quiere ayudarme?

—Pues claro, René, con lo que sea. Si me prometes que harás lo que puedas, yo te ayudaré en todo.

—¿Puedo acompañarlo entonces a Oriente?

—Eso también, René. Si te esfuerzas, eso también será posible. Pero ¿cómo lo sabes? ¿Te escribió Anna?

—Me lo contaste tú mismo. Me lo mostraste tú mismo. Te pareció bonito allí, ¿verdad, tío Frederik?

—Era precioso, René. Más tarde podrás acompañarme. Pero ¿quién es ese Gerrit Tocaculos? ¿Por qué lo llamas así?

—Ese nombre no se lo pusimos nosotros, tío Frederik. Se lo pusieron en su propia casa. Lo dijo su hermana. Gerrit le tocaba el culo.

—Vaya, eso no se debe hacer. Por algo así la gente te encierra, ¿sabías eso?

—Lo sé, ya tendré cuidado.

—¿Qué edad tienes ahora, René?

—Voy a cumplir trece, tío Frederik.

—¿Quién te dijo eso?

—Lo dice el enfermero. Nos enseña a contar y a calcular. A mí y unos chicos más, al menos, los otros no son capaces.

—¿Por qué no?

—Les falta el juicio para eso, tío Frederik.

—¿Estás seguro?

—Pues está claro, ¿no? ¡No tienen juicio! ¡No tienen nada!

—Y ¿tú eso lo comprendes?

—No es necesario comprenderlo, porque es algo que se ve, ¿no?

—Y ¿tan seguro estás de eso, René?

—No lo sé, pero ¿es que no soy diferente yo?

—Mira, eso sí sabes. Y ¿quién es Bert el Hambriento?

—Ese es un niño de papá, tío Frederik. Ese bicho siempre tiene hambre y roba comida. Pero nosotros le hemos enseñado a no hacerlo.

—¿Quienes son ese “nosotros”?

—El pequeño Bram, el Mirlo, Caja de Caca y yo.

—Vaya, claro, lo pegaron (pegasteis) sin pensar en que él también está enfermo. ¿Es culpa suya que tenga hambre?

—Pero ¿entonces es culpa mía, tío Frederik? ¿Es que es culpa nuestra? El enfermero también lo pegaba.

—Eso no lo creo.

—De verdad... Lo pegaba por haber robado la comida. ¡Y además bien!

—Eso es feo, René. ¿Cómo vas a pegar un chico de esos?

—El médico no lo quiere, pero ¡él lo hace!

—¿El enfermero?

—No el que vino a traerme, ese es bueno, el otro, con su nariz aguileña.

‘Un solo hombre’, pienso, ‘saca a golpes todo lo que otros han construido con tanto esfuerzo y dedicación. Esta noche a llamar, Frederik. Eso no tiene que ser así, así se echa mucho a perder’. Me pregunta:

—¿Vamos a ver los cuadros otra vez, tío Frederik? Y ¿me trajo usted bonitos colorines?

—Eso también, René. Y veremos otros cuadros. Si te esfuerzas, iremos a Ámsterdam. Allí sí que hay hermosos cuadros. Ya los verás, tú tranquilo.

—Estupendo, pero ya no voy a volver aquí, ¿no?

—Si te esfuerzas, no, entonces no. Pero ¿si te vuelves a enfadar? ¿Qué tendremos que hacer entonces?

Reflexiona; mientras tanto estamos en nuestro tren y miramos por las ventanillas. No se cansa de mirar. No pregunta nada, disfruta y hace observaciones como estas:

—¡Hay que ver lo grandes que son esas vacas, tío Frederik! Ya me gustaría poder pintarlas. ¿Es difícil?

—Pero si eso ya lo sabes. ¿No lo intentaste ya?

—Es difícil, tío Frederik.

—¿Ves? Ahora me estás tomando el pelo. Lo sabes y aun así pides que te dé mi opinión. ¿Por qué lo haces, René?

—Porque tú mismo no lo sabes, tío Frederik.

—Que no sé ¿qué?

—Eso de pintar vacas, quiero decir. Lo haces y no las consigues.

—¿Qué es lo que no consigues?

—Pues..., ¡ese esqueleto o como se llame! ¿Tú eres capaz entonces de pintar esas vacas tal como son?

—Pero ¿qué es lo que quieres pintar, René?

—Pues..., qué cosas, la vaca, ¿qué si no? Igualitas a las que andan por allí.

—Vaya, bien, no, eso no es tan sencillo. ¿Ya querías saber hacerlo ahora? Para eso hacen falta años de estudio.

—Entonces voy a aprender. ¿Dónde puedes aprenderlo, tío Frederik? El Pequitas también quiere pintar. El pequeño Bram también, pero Bert es un desastre. Juan el Roñica tampoco.

—Vamos a ver, y ¿quién es ese?

—Su padre es molinero. Es más roña que nadie.

—Pero ¿es que se llama Jan el Roñica?

—Claro que no, se llama Woltes..., pero así lo llamamos.

—Y ¿qué nombre te pusieron a ti, René?

—¿A mí? ¿Que si me pusieron un mote?

—¿Tan raro sería?

—Me llaman El Fuelle, tío Frederik, y El Desollador.

—Ajá... Desollador y Fuelle. ¿Por qué?

—Porque desollé una gallina, igual que en casa, pero entonces estaba enfermo, tío Frederik.

—Lo entiendo, René. Y ¿eso de Fuelle?

—Porque me pongo colorado cuando miento, tío Frederik.

—Y ¿quién te puso ese mote?

—El Pequitas y Gerrit el Tocaculos. Gerrit viene a verme. ¿Puede hacerlo, tío Frederik? Dice que papá lo puede curar. ¿Será capaz de hacerlo?

—No, no podrás hacerlo. Como si tu padre no tuviera otras cosas que hacer.

—Pero ¿papá no es médico? Me puede curar también a mí, ¿no?

—Papá hizo todo lo posible, pero no lo lograba, muchacho, por eso siempre tenías que volver a ese sitio.

—Pero ahora ya no, ¿verdad, tío Frederik?

—Si te esfuerzas, no, ya te ayudaremos nosotros.

Observa las vacas y reflexiona sobre la pintura. Después de un rato pregunta:

—¿Ya puedo empezar a aprender a pintar, tío Frederik? ¿Vendrá a casa el hombre que enseña eso? O ¿tenemos que ir a verlo nosotros?

—Primero tienes que ponerte bien, chico. Más tarde, cuando estés bien del todo, podrás ir a aprender a pintar con él.

—Perfecto, así ya no me pondré enfermo. No quiero estar enfermo. Quiero pintar. También a personas, tío Frederik. ¿Es difícil eso?

—Creo que es lo más difícil que hay. En cualquier caso, no es fácil. Pero si te esfuerzas, sí que será posible. Ya veremos, René. Pero recuerda bien que en cuanto te enfades tendrás que volver.

—Y ¿si no soy yo?

—Entonces ¿quién es?

—Pues ya lo sabes, ¿no, tío Frederik?

—Es cierto, René, pero tú eres quien tiene que dar la cara después. ¿Tú crees que dejarían escapar a un ladrón si dice que no es él mismo?

—Bueno, pero ese no está enfermo.

—¿Quién dice eso? ¿No podría tener ese ladrón un “bu”? Siempre piensas en ti mismo. Te pregunto: ese ladrón, ¿no podría tener un “bu”?

—¿Para mangar?

—Para robar..., para hacer hurtos, provocar fuego y esas cosas. Pero ¿piensas que la gente lo creería?

—Claro que no.

—Pues bien, ¿piensas que te desharás de tu bu por tu enfermedad? Tienes que seguir siendo tú mismo. La gente no puede dedicar su tiempo a un bu. Y, además, no eres un niño pequeño. Ya eres un chico mayor. Pero si te parece bien que el bu te pase una mala jugada, tendrás que volver al manicomio. Así que ¿qué harás? Dile: “Lárgate”. Para eso solo hace falta que estés tranquilo. Entonces podremos vivir juntos en casa y no pasará nada. Pero si al bu le das el derecho de que arroje pucheros y sartenes, y diga esas cosas feas guarras, que asustan a mamá y duelen a Anna y con las que papá y yo no sabemos qué hacer, sí, entonces te encontrarás a la primera debajo de la sábana de fuerza. Y eso es lo peor que hay.

—Entonces ¿por qué me pones a mí debajo, tío Frederik?

—¿Es que nos tiene que parecer bien, René, que tú y tu bu dejéis todo hecho añicos?

—¿Qué? ¿Eso hago?

—Pues, ¿no lo sabes?

—Pero, entonces estoy enfermo, ¿no, tío Frederik? Entonces..., entonces no puedo pensar, ¿no...? ¿Entonces hasta sería capaz de matarte!

—¿Lo ves? Ya estamos. Como tú estás enfermo y nosotros tenemos que ponerte bajo la sábana de fuerza, seguro que nos matarías, ¿no?

—Ojalá consiguiera agarrarte.

—Pero es justo lo que no sabes. Pero, y ahora escúchame bien, René, mientras te parezca bien que el bu permita que tú hagas esas cosas añicos, destrozándolo todo a base de golpes, y si entonces lo que más quieres es saltar por la ventana, mientras sea así te pondremos la sábana de fuerza. Y sabemos que eso te parece horrendo, pero ¿qué quieres?

—Entonces, ¿por qué lo haces, tío Frederik?

—¿Es que no comprendes, René, que eso nosotros no podemos aprobarlo?

—Pero hay suficientes pucheros y sartenes, ¿no?

—Vaya, pero no se trata de eso. No, si haces eso, volverás sí o sí con el Pequitas y los demás, hasta que lo dejes (—dice).

Me llama la atención que ahora casi puede hablar como una persona sana. Sabe que hay cosas que salen volando por los aires y todavía no lo sabe. Bu le obliga a aceptar esa vida. ¡Esta es su lucha! Esta lucha tiene que librarse hasta el final hasta que él mismo sea capaz de proclamar un vigoroso “alto, hasta aquí y no más”. Desde luego no es cualquier cosa, pero lo ayudaremos. Es más consciente. Piensa mejor y ya puede razonar las palabras habladas. Sujeta las cosas. Esto todavía no es conciencia. Siento que al sentimiento y pensamiento normales solo le falta un quince por ciento. Ya se puede hablar con él en un ochenta y cinco por ciento cuando esta vida es del todo ella misma. Sé que va a ser un buen pintor. Más tarde lo enviaremos a un preceptor y entonces llegaremos a ver una personalidad del todo diferente. Tiene que tener una buena fuerza impulsora, un hombre que entienda e intuya a sus discípulos. Aquí tenemos un talento innato que está manifestándose. Y eso con una fuerza como se ve pocas veces: ¡con conciencia, agudeza y conocimiento! Son rasgos de su carácter que serán capaces de matar ese bu de su vida y ser. Y solo ahora su vida interior llega a desarrollarse, a funcionar, y a una igualdad natural, sin las trampas, los agujeros que hay en su personalidad y por los que una y otra vez tiene que aceptar su caída. ¡Pobre chico! Pero vamos avanzando, no podemos quejarnos, lo que ahora nos quede por vivir será pan comido en comparación con aquello que ya tenemos a las espaldas y quedó enterrado. ¡Ya estamos y nos bajamos!

Mira, lo sigue todo, en la calle no hace falta preocuparse por él, quiere absorber todo y le falta tiempo para hacer preguntas. No se concede el tiempo. Y también eso es una buena señal, porque te permite ver que esta vida del alma se interesa por todo. ¡Esto ya no es un psicópata! Esta vida ya no tiene nada que ver con ese grado de locura, esta vida despierta y se desprende de los trastornos interiores. Mira la gente a los ojos sin temor, se queda a mi lado cuando tenemos que detenernos un momento, se agarra con firmeza a mi mano, lo que en sí ya es algo tremendo para no olvidar jamás: de esta forma tan confiada puede abrirse para tu vida y pensamiento. Se te entrega por completo. Lo único que queda es ese bu. Si no fuera por él ya habríamos llegado. Sé que ese se quedará un tiempo más, pero ¡nosotros vamos a seguir!

En la medida en que lo siento a él ahora y en que puedo analizar su vida y alma con el sultán, con el hombre que entiende de todas esas leyes ocultas y al que se le concedió que él mismo obtuviera un grado de conciencia superándose a sí mismo durante el sueño, lo que le permite ir a donde quiera, tengo la posibilidad de ayudarlo y guiarlo para salvar ese precipicio. Showúa dice lo mismo que Mohamed. Según él, René debe poseer el sueño elíptico, pero consciente, que ahora nos conduce a la seguridad “psíquica”, tal como fue vivida y recibida en el Antiguo Egipto, pero que tiene que ser considerada como una bendición, como un regalo divino. ¡Por eso siente tanto por su es-

tado! Hemos hablado muchas veces de eso. Sería asombroso si René poseyera ese talento sobrenatural. Según Mohamed es el caso. Pocos en el Antiguo Egipto poseían este don sobrenatural y eran lo más elevado que podía vivir un alma como ser humano y lo más elevado que se les concedía recibir. Era, tal como lo llama él..., el ¡“gran alado”! Sé todo al respecto, pero tenemos que ver todavía si esto es así. Por los fenómenos, dice, dicen ambos ocultistas, ¡ves su poder! Daba cualquier cosa por poder ver al pequeño René. Ya quería hacerse cargo, incluso ahora mismo, de la educación del niño. Pero cuando llegó a conocer su alma, cuando como si dijéramos me escrutó a fondo, para lo cual se durmió, viviendo su éxtasis, me dijo:

—Frederik, eso lo puedes hacer tú mismo. Si me necesitas basta con que pienses en mí y te mandaré los pensamientos deseados desde aquí, o iré a verte para hablarte. ¡Entonces me verás! Estés donde estés, Frederik, ¡te encontraré!

El sultán y Mohamed, dos mundos que no hablaron entre ellos, me dieron a conocer una imagen de la vida anterior de René. La última vida, dice Mohamed, es la que estoy viendo. Bueno, amigo mío, iré a mirar un momento. Y entonces lo ves a este que se te duerme delante de tus ojos y que se pone pálido como un muerto; la vida parece que se ha muerto, lo cual a veces dura apenas quince minutos, media hora, a veces horas. La personalidad regresa por sí sola; una breve respiración honda y lo oía decir:

—René se llama... Rachi... Hadju... ha regresado para proveer ahora a Occidente de lo que es nuestra vida y nuestra sabiduría, según decidí “Amon-Re”. ¡A él lo vi en los templos de Ra, Re e Isis! Créeme, Frederik, el pueblo suyo ha sido bendecido. Pero tiene usted una pesada tarea. Quiero ayudarlo. Si surgieran preocupaciones, vuelva a mí. Y usted sabe cómo se nos puede encontrar. Envíeme a mí, a mi vida y alma, su emisaria. Déjela volar y llevar a cabo sus mensajes, bajo su autorización. Iré a su encuentro y aceptaré los mensajes de usted. Haremos pruebas, Frederik. Aprovecharemos el tiempo que esté usted aquí (—dijo).

Y entonces le salió de la boca una palabra que me asustó tanto que dejé caer la copa de vino que tenía en la mano. Porque dijo:

—La confirmación de que estoy en lo cierto. Veo más cosas, pero si le diera todo, Frederik, créame que le haría sucumbir. Las leyes del espacio le ofrecen justamente aquello que pueda abarcar. Calculan sus sentimientos y conciencia. ¿Tanta resistencia provoca el nombre “Marja”? ¿Tanto sentimiento contiene que usted tenga que derrumbarse ante mis ojos? Ya lo ve: todo adquiere significado. Oh, conocemos a su maestro, Frederik. No cuente a ningún padre lo que se le concedió recibir gracias a su viaje. ¡También veo para la vida de usted! Frederik, ¿le queda claro que en esta vida usted ya no podrá casarse? ¿Sabe lo que se espera de la vida de usted? ¿Es necesario ese matrimonio?

Puedo decirle, amigo mío: todavía no ha cometido ningún error. Siga así. Cuando hablo con palabras elevadas y me oye usar “su” y “usted” las leyes de la vida de usted me hacen volver y también yo he de aceptarlo. Entonces estoy ante usted como su maestro. Cuando estemos listos quiero estar cerca de usted y me oirá usar “tu” y el amable “tú”, o estaremos hablando en inglés donde se desconoce esta diferencia. Pero, Frederik, puede confiar en que esta vida se revelará ella misma y que las leyes les serán explicadas a usted y su pueblo (—dijo).

‘Marja...’, pensé..., ‘¿Marja?’. Pregunté:

—¿Leíste este nombre en algún sitio?

—Vi que esta vida pertenecía a la de él. Ella vive en la tierra. Él la conocerá. ¡No hay nada que detenga este reencuentro! ¡Nada! Ella es la figura... que lo ayuda y apoya en este gigantesco proceso de cargar. La forma en que ella llega a la vida de él es una ley en la que no podemos cambiar nada. Quien sucumba por ello, Frederik, enmienda aquello que un día se hizo mal en vidas anteriores. De cuando en cuando comenzará dentro de unos años. Así que no se olvide de que Marja le corresponde a él. Lo que ahora es miserable para todos ustedes ¡más adelante será una bendición para su vida, pueblo y esta humanidad! (—dijo).

Y el sultán dice exactamente lo mismo. Fue por eso que Erica recibió tantos regalos hermosos.

—Ella, como madre de este milagro espiritual, tiene que ser honrada y mimada. Hay que hacerla feliz, hay que ver su vida como un árbol que le brinda a usted sus frutos, como el vino que bebemos y por el que damos gracias al Dios de nuestra vida. Deme a René y a usted le regalaré una fortuna. Véndame ese niño y le daré todo por su loco. ¿Qué les parecería eso a Erica y a Karel? ¿Qué opina, Frederik? ¿No sería posible? ¿Cree usted posible que el niño llegue a ser mío? No, ¿verdad?, usted no es así, no quiere deshacerse del niño ni por todo el oro del mundo. Oh, cómo me gustaría poder comprar también esta felicidad. Le digo que para mi vida y la de otros llegaría a haber una revelación. Que se me concediera vivir cerca de él sería una bendición de Dios; ¡poder esperar cómo se desarrolle es la felicidad más grande que pueda imaginarse! Es lo más hermoso para este mundo, Frederik. ¿Lo sabe usted? (—preguntó).

¡Y de su boca también salió el nombre de Marja! Un nombre encantador, en armonía interior con la infinitud. El sultán me hizo ver dónde nació aquella vida y dónde estaría ahora. Y un poco más tarde añadió:

—¡Ella ya está, Frederik! Veo que su figura ya adquirió conciencia y que él ya hizo que su nombre llegara a materializarse. Mire, el Antiguo Egipto y Occidente llegarían a unirse espiritualmente: ¡Es eso lo que quisimos y que solo ahora está teniendo lugar! O sea, que sí, ¡seguiremos a pesar de todo! ¡El

bien triunfará sobre el mal, a pesar de todo! (—exclamó).

Lo vi cavilar. Reflexionaba y veía algo que le alegraba mucho. Su rostro reflejaba una alegría interior. ¡Fueron instantes milagrosos para mí! Y también añadió:

—Frederik, ¿comprenderá usted este amor? ¿Ayudará usted a cargar este ser? Y cuando se manifiesten los dioses ¿nunca se olvidará que estas almas han de estar juntas? Ahora está usted ante Ra, Re e Isis, ante la esfinge y la pirámide, Frederik, por quienes ya hace siglos entregaron su sangre vital. Eso lo veo, y también su amigo, Mohamed, mi hermano, lo percibirá para la vida de usted. Nos encontramos en un mundo, ¡nuestra visión la recibimos de una fuente! (—dijo).

Precisamente a través y a partir de los fenómenos vieron que el pequeño René había conocido muchas vidas. Fue para ello que esta vida recibió la gracia de manifestarse a nuestros sentimientos occidentales. ‘¿No quieres caldo? Pues toma dos tazas’, pienso, ahora que regresamos a casa y que anda tan desgarrado a mi lado. Deberías vernos a los dos andando de un lado para otro. Y este niño prodigio no tiene ni la menor idea de lo que está pasando. Esta vida no siente lo que va a suceder, ¡es demasiado pragmática para ello! ¡Es por ello que actúa como un loco! Y esta cosa loca la llevamos viviendo todos estos años, es algo que nos ha golpeado como creo que no ha golpeado a otros. ¿Cuántos cuentos no tuvimos que aceptar? Todo ese parloteo, es que no quiero ni pensarlo. Y sin embargo, tuvimos pruebas. ¿No cruzó el nombre de Marja sus finos labios? Tal como lo dijo entonces ya fue una revelación para mí. Lo susurró, infundió animación a ese nombre, igual que cuando pronuncia la palabra “bonito”. Es como un bálsamo en una pequeña herida, te hace sentir una felicidad que te supera. Cuando pronuncia la palabra es como si planearas, igual que lo que pude experimentar en este viaje. ¿No es un gran milagro? ¿No fue ese el instante en que su subconsciente llegó a la vida cotidiana? ¿No es este el nacimiento de un algo que pertenece al subconsciente? ¿Tenemos que seguir más tiempo descarriados ahora que estamos ante el Dios de todo lo que vive y que nos pueden ser ofrecidas revelaciones? Como personas pragmáticas, ¡hemos de decir: “No, eso no me va, no me está permitido, porque es diabólico”? Todavía no he visto a ese diablo, aunque he de reconocer que el bu se le parece, y que ha estado tirado con él por la calle. Pues sí, cuántas cosas hemos vivido ya. Y de verdad que no todo son cosas sagradas. ¡Ahora no me quedaba otra que aceptar que forma parte! ¡Y que esto se puede ver y sentir precisamente porque se hace ver! Y que es una revelación para nuestra vida y nuestro ser.

Cuando el pequeño René materializó el nombre de Marja fue trepando por la escalera. Cada vez más hacia arriba, como un viejo. ¡Todavía lo veo! Pues esa senectud se dejó ver desde la vida inconsciente y se materializó ella misma

por una fuerza de los sentimientos, un mundo en el que vivía aquella Marja. Y cuando estaba allí, cuando el nombre experimentó esa materialización se quedó pensando como un filósofo. Un poco después, Anna lo levantó del suelo y volvió a echarlo. Ni un segundo después ya dormía como una rosa. Pero ¿qué mundos hemos vivido con este niño? Ahora empiezo a comprender muchos de esos fenómenos, debido a que se me concedió vivir lo antiguo antes que lo nuevo. Y eso lo obtuve de la esfinge y de Mohamed, y de mi amigo el sultán.

Cuando René dio a Marja una mano espiritual para conducirla a la superficie de la vida de ambos ¡uno habría jurado que esta vida ya estaba! Marja adquirió un significado gracias a él; también cuando yo estaba con él en ese otro mundo, René le preguntó si quería venir, tarde o temprano, para brindarle amor y felicidad. ¡Marja es una cosa poderosa para su vida! Ella le hizo sentarse, para reflexionar como un hombre viejo. Fue elevándose más y más por las escaleras, pero en ese preciso instante Erica estaba viendo en el Antiguo Egipto, veía que de esos ojos nublados emanaba una luz. Ese día Erica se quedó destrozada y hasta años después siguió viendo en sus ojos esa belleza radiante. Mohamed dijo:

—En ese instante, Frederik, la luz interior se asomó y el pragmático Occidente llegó a ver los primeros contornos de un pasado poderoso y antiguo. ¡Y usted, amigo mío, es ahora su guía! Su vida ha sido obsequiada con una gracia. No tenemos ningún derecho de quitarle este niño, pero ¿no percibe usted que nosotros somos capaces de darle una educación como tiene que ser?

Marja, eso ahora lo comprendo muy bien, obtuvo conciencia gracias a René. Ella vive en él o por medio de él. Estas almas están conectadas la una con la otra y no habrá nada que pueda perturbar esta unidad. La ciencia de Oriente es una seguridad que desafía todo y ante la cual he de inclinar la cabeza. Esta realidad me fue dada allí, sin más, me fue sacada por la fuerza, succionada, creo, tal como es capaz de hacerlo el pequeño René. Esto no tiene nada que ver con una telepatía innata, dice Mohamed, sino que es “saber”. Son las leyes ocultas. René capaz de ver en muchas vidas retrospectivamente. ¡Showúa también, sultán mío! Conocen las leyes para el alma, el espíritu y la materia.

Y ¿nuestro pequeño René no lo sabe? ¿No posee ni pizca de conciencia de este imponente pasado? Pero vemos lo que ya nos regaló. Esa realidad la recibí primero del sultán y de Mohamed, después de la pirámide de Giza, y también la esfinge habló de ella. Era medianoche, en el cielo la luna lucía roja como la sangre: señales, dijo Mohamed, que predijeron la llegada de la pirámide.

Ellos allí son capaces de vivir un sueño que ya no es material, sino que está relacionado con el alma, el espíritu y la materia. Ese sueño va emergiendo,

desarrollándose y revelándose ahora directamente desde la subconsciencia, y necesitaron treinta años de estudios para alcanzar esa altura. Mohamed dijo: “Hubo miles de personas que sucumbieron, que enloquecieron y que se encontraron ante la muerte, pero a nosotros se nos concedió conseguirlo”. Y el sultán añadió: “¿Sabes ahora, Frederik, qué me permite hablar con mis serpientes y por qué no me hacen nada?”.

Ahora empiezo a comprender muchos de los fenómenos de René. ¿No estaba él también en ese sueño antinatural? ¿No se encontraba él también en un estado del que Karel, Hans y todos los expertos pensaban que era epilepsia? ¿No pensaban en poliomielitis? Occidente aún no conoce estas leyes, y es que es algo muy distinto. Si el pequeño René hubiera tenido que aceptar estos fenómenos como una enfermedad, ¡aun así habría sido él! Pero el niño va andando aquí a mi lado y piensa, mira y ve muchas cosas. Y entonces estábamos ante un montón de miseria, una desintegración diferente, material. Pero esa polio se convirtió más tarde en desintegración sexual. Que sí, que sí, hay que llamar a las cosas por su nombre.

No me salto ninguna parte, pero ¡veo luz! No me alegro con lo primero que se me cruza. Estoy seguro de mí mismo. Me quedaré esperando, ¡llegará! Hay que ver para cuántas cosas sirvió mi viaje. O ¿es que ahora se me concedería decir: “Fui por mi cuenta y mis propias fuerzas”? Ya no lo creo, en todo veo ahora dirección.

¡El doctor Lent también hará su viaje! Él también es hijo del Antiguo Egipto, cuya vida del alma desea regresar a casa y a la “Madre”. ¿No estamos todos deseando ver y conocer a esa “Madre”? ¡Sentir su beso! Cuando estos deseos se despiertan en el hombre como sentimientos estamos ante la “diosa de Isis” y ante los templos de Ra y Re y los de Lúxor. ¡Ella sigue siendo nuestra “Madre”! Gracias a su mediación universal llegamos a conocer al Dios de todo lo que vive y vimos su poderosa figura. Entonces da igual de dónde sale el dinero: llega y por lo tanto el ser humano hace ese viajecito. Ahora soy yo quien le ofrecerá esa posibilidad y también eso es ya una gracia.

¡Ahora yaces postrado ante los pies de Giza y la esfinge! Vas paseando por encima de ruinas, besas las piedras, te comportas como un loco, tal como te vería el ser muerto en vida de Occidente. Pero tienes que ver tu propia apertura, hay que estar abierto, o mejor te vas a casa, allí no te oyen ni te sienten. La “Madre” no responde, eres inalcanzable. Pero si es posible, ¡vives un amor “loco” de esos! Te llenas hasta los topes al perder la propia conciencia, pero cuando despiertas ¡estás en sus brazos! Miras a ojos que lo saben todo, absolutamente todo, de ti y de tus seres queridos. Cuando recibí esa certidumbre universal oí decir a la diosa:

—Y ¿Frederik? ¿Cómo se quedó mi cuerpo y alma después de todos estos siglos? ¿Sigo siendo la misma para ti?

Exclamé:

—¡Sí! ¡En todo!

Y la esfinge añadió:

—Este, pues, es ese amor loco, Frederik, pero tú miras detrás de la máscara. No te olvides de tus “pequeñas sandalias”, Frederik. ¡Ay, muchacho mío!

Puse la cabeza en la arena y me puse a sollozar de felicidad. Después ella añadió:

—Pero, vaya, muchachote, ¿no te da vergüenza? ¡Se lo contaré a Anna!

Solo me di cuenta mucho después de lo que me pasó entonces. Mohamed me ofreció una explicación que le pude agradecer con todas las cosas de mi pequeña vida. Pero lo entendió. En ese instante se me cruzaron los cables, pero solo para nosotros, los occidentales: centenares de personas me felicitaron allí, me regalaron flores, por ser semejante revelación para mí. ¡Y comprendí todo! ¡Fue un gran milagro!

Corriendo me adentré en el desierto, me fui volando, para volver en mí. Y si ella no hubiera velado por mí —lo juro por Dios y todos los ángeles— habría supuesto mi muerte. Pero entonces dijo:

—¿Me oyes, Frederik?

—Sí, madre. ¿Qué pasa?

—Te estás perdiendo, Frederik. Presta atención ahora: te devolveré a mi vida. Mira a la izquierda... ¿Ves ese alto allí delante de ti?

—¡Sí, madre!

Vas a subirlo. Cuando estés arriba te indicaré mi dirección.

Me fui para arriba y cuando llegué después de trajarinar una hora, a veces con arena hasta en el cuello, oí:

—Y ahora métete por esos valles, atraviésalos, después allí para arriba y a la izquierda, durante una hora, para llegar a donde estoy. ¿Recibirás tu castigo cuando estés a mis pies, Frederik?

¡Y llegué! ¡Y se me dio mi castigo! Pero me quedé muy agradecido. Después aún dijo:

—Frederik, mi vida está abierta para quienes saben inclinar la cabeza. Amo estas criaturas. Pero si son incapaces, pues entonces ¡tendrán que hundirse!

El pequeño René era como esta protección sobrenatural. ¿No se fue sumergiendo bajo mis manos en ese profundo sueño? ¿No estaba postrado a los pies de su madre? ¡Quién sabe! Yo lo sé, yo..., ¡así era! He recibido mis pruebas correspondientes. Ahora no sé qué hacer con mis fundamentos, pero ¡hasta allí llego!

El pequeño René durmió en ese estado misterioso, hasta días enteros. De modo que hay algo de Oriente en este niño que aún desconocemos pero que los iniciados de allí consideran grandioso y poderoso. ¿Y tener que oír todo

esto de un ser humano que no sabía nada de este niño? Allí no se conocía al pequeño René, sí a Rachi-Hadju. Pero ¿no pasó mucho tiempo antes de que estas vidas se hicieran del todo una sola y que la inconsciencia se convirtiera en conciencia! Allí lo conocen, así como su nombre y estadio de su nacimiento, ¡allí saben para qué nació esta vida! Entonces me dije: ¡me quedo esperando! Y después me pusieron mi diez, porque no había cometido grandes errores. O, según me dijo Mohamed, ¡hacemos todo lo posible para traer esa vida aquí y empezar con esa educación!

Sí, mi pequeño René, todo esto lo lanzo al espacio, pero nuestros amigos en Oriente sí captan mis sentimientos y pensamientos. ¡Nos siguen! Pequeño loco mío, ¿qué es lo que quieres que te dé el tío Frederik? Y mira, la diosa despliega sus alas y ya estamos volando, ¡precisamente nosotros! ¡Nosotros! René dice:

—¿Que lo que quiero tener, tío Frederik? ¡Colorines! ¡Colorines nuevos!

Lo tomo entre los brazos, casi lo aplasto de felicidad, por lo que la gente piensa: ‘¿Qué estará haciendo ese tipo de allí con el niño?’. Pero cuando en la granja nos reconocen y ven quiénes somos se quitan la gorra para nosotros. Por eso me dije: “¿Ves? La gente te conoció. Lo que antes eran faraones ahora son campesinos. Mejor ponte la gorra, querido amigo, ¡muchas gracias! Te daría ahora mismo diez florines si se me permitiera, pero sabemos que de todas formas se reirán de nosotros y que nos declararán locos, porque vemos que ustedes no conocen (vosotros no conocéis) esta felicidad. ¡Así que no lo hacemos!

—Pero tú, hombrecillo, ¡te estás poniendo de todos los colores! ¡Muy hermosos, pequeño René! ¡Muy hermosos!

—Pues qué bien, tío Frederik, estoy muy contento.

¡“¿También sientes esa antigüedad?”, me decía! ¡Esto es antigüedad! Esto es conciencia. Sentir tan hondamente la felicidad y reproducirlo en palabras es algo que solo la vida adulta es capaz de hacer. Pero ¡él es capaz de sentirlo con tanta hondura!

—El sueño epiléptico —dice Mohamed— es un trastorno material, alimentado entre el cerebro grande y el pequeño y que ha perdido la tensión y la reproducción normales debido a un nervio paralizado o trastornado. Cuando está por venir esa tensión surge un abismo entre la fuerza propulsora de los pensamientos y ves aparecer una sima entre la conciencia como materia y como espíritu, y te derrumbas. Cuando percibes temblores y estremecimientos y espasmos significa que el resto de esta conciencia golpeada e interrumpida no quiere sufrir esa caída y que quiere vivir. Ahora ves esos fenómenos. Es la lucha de la vida y la muerte, la lucha por conservar la conciencia o por desprenderse de ella. Es la personalidad que ahora se resiste con todas sus fuerzas, lo cual de todas formas no es posible porque ha surgido un abismo.

‘Chúpate esa’, pensé. ‘¿Qué saben de eso donde nosotros? ¡Nada!’.

Dice:

—El sueño espiritual que posee el pequeño René cobra vida y conciencia directamente desde el subconsciente, directamente desde la vida del alma y penetra hasta la conciencia diurna, del que domina el cuarto grado del sueño, el del sueño humano normal. Pero este sueño no tiene nada que ver con los sistemas materiales y representa la inhumación universal, ¡lo más elevado de todo lo que se nos permitió conocer y alcanzar en Isis y Ra! Le aseguro: aunque hubiera ahora trastornos materiales que tienen efecto sobre el niño psicopático y que le permitieron a usted conocer allí esta enfermedad, el alma de René los circunvalaría y se manifestaría, con independencia de cómo fueran esas fuerzas obstructoras. O sea, lo que quiero decir es que aunque René hubiera seguido enfermo, apático, aun así usted podría haber recibido de cuando en cuando sabiduría, ¡porque su personalidad conoce y posee las leyes correspondientes!

Se lo aseguro, Frederik: aunque hubiera sistemas materiales alterados, centros nerviosos debilitados, con el resultado de un sueño y fenómenos “epilépticos” que hacen que se desplome la conciencia, por lo que sus médicos ya no saben qué hacer, esto de René sigue su propio camino. Hemos encontrado un método para curar los primeros grados de esta enfermedad, es decir, por medio del sueño, ¡la “hipnosis” de usted! El sueño de René domina cualquier reacción material y es una entidad innata para su vida, que asimiló en los templos de Ra, Re e Isis. Y ese milagro vive entre ustedes, aunque se le considera un loco.

Ya podría haberlo ayudado cuando todavía vivía en la madre, pero a usted aún le quedaba por progresar. Lo ayudaremos, Frederik, y más adelante le mostraremos todos esos milagros. Vamos a demostrarle que el niño posee esa entidad propia ya en la madre. Su vida despertará por medio del arte. Para eso a usted le daré cosas hermosas; usted mismo se encargará de los colorines. Espere un momento, enseguida vuelvo, voy a mirar cómo le va a nuestra criatura.

Cuando más tarde le leí la carta de Erica me dijo:

—¿Ve, Frederik? Puede darle las gracias al Dios de todo lo que vive. ¡Es la verdad!

Una noche dijo:

—Vea lo que he mandado hacer para su Príncipe del Espacio. Hasta que no cumpla veintidós años no le estará permitido llevar esta túnica. Espero poder verlo a usted con él antes, porque quiero observar su figura material, para más tarde poder apoyarlo. Dispuse que la túnica la hiciera una sacerdotisa iniciada, para que no se mancillara de entrada. Si no, Rachi—Hadju me lo reprocharía más tarde, ¡estoy seguro!

Y el sultán dijo a sus mujeres y amigos: “No creo, hijos míos, que esta vida esté en venta para mí. A fin de cuentas: hay fronteras, ¡hay un límite universal!”. Tales eran las ganas de tener allí a René. Y esa cosa anda ahora a mi lado y hace como si todavía no hubiera nacido. Esa cosa camina junto a mí, mirándolo todo, y me llama “tío Frederik”. Aun así, esta vida ya está poniendo los primeros fundamentos. Él, como ser humano y personalidad, aporta piedras para levantar una universidad como el pragmático Occidente jamás ha visto una todavía. Y eso ¿por un loco? Pues sí, la de cosas que ya sabemos; en los años transcurridos nos dieron de comer rábanos con almíbar celestial; llegamos a ver flores de una belleza increíble, a las que, sin embargo, nuestra razón pragmática no presta atención. A quien plato desconocido viene, más susto que gusto tiene, pero ¡lo que no le viene a un intelectual como un concepto universitario se torpedea sin miramientos! Y esa máscara se rechaza, se le tiene miedo, ¡la gente prefiere llorar hasta quedarse vacía del todo! He vuelto a recaer en esas palabras duras y rudas, pero ¿cómo hay que decirlo? ¿Tengo que emperifollarlo? ¿Tengo que convertirlo en una carpa de feria ahora que estamos ante la realidad? ¿Tengo que decir sí y cantar jubiloso mi amén hasta el final? ¿Tengo que callarme más tiempo aún, ahora que recibí todo esto? ¿Tengo que revestirme de desamparo y vendar —ingenuo como un niño— la conciencia humana, tapando lo hediondo con lo fétido? ¿Tengo que crear una violencia podrida? ¿Evitar aires molestos porque a un beato no le puedes poner ante la verdad? ¡Los drudels! Si no sabes lo que significa esto, pues, allá tú, yo jamás me he enfadado por eso. Aun así, algo significa; pero ¡no llegará a ser nunca un concepto! ¡Los “drudels”! Puedes decirlo en cualquier situación, ¡nunca te van a pedir que rindas cuentas! ¡Jamás! ¡También esto posee una máscara!

Mohamed me dijo:

—Frederik, ¿crees que comenzaste este viaje por tus propias fuerzas? ¿Pensabas que los caminos de Dios no habían recibido Su certeza? ¿Pensabas poder dar un paso al margen de Su entidad viviente? No, amigo mío, eso está excluido. Esa justicia vive bajo tu corazón. ¡Es un despertar! ¡Dirección!

Un poco después aún hubo esto:

—¿Sabes, Frederik, que con esta vida pusiste escollos para la otra vida y que ahora los volverás a quitar para que esta continúe? Y además había otra vida. ¿Tengo que llamarla por su nombre?

Y esa cosa anda a mi lado y mira, busca colorines. En casa tengo una caja llena, pero esos aún son demasiado valiosos para echarlos a perder ya. Esta vida, sin embargo, está hablando del pequeño Gerrit, del Pequitas, del pequeño Bart y no sé qué más, y quiere dedicarse al arte. Con una seguridad del todo desafiante, ajena a cualquier capricho, que no confunde el chismorreo con la sagrada soberbia; es y sigue siendo consciente, aunque la conciencia

esté por el momento molida.

Hemos llegado a casa; Erica y Anna pueden ponerse las botas. Y él se deja tratar como un rey, se le da tan bien como si hubiera nacido príncipe. Otra vez la misma canción: durante unos minutos pueden jugar con él, besarlo y prodigarle cariño, pero después ya se harta y se va arriba corriendo. Ahora es más bueno que el pan, ¡solo dibuja y pinta!

Todo fue bien durante tres semanas. Después volvió a recaer y salió corriendo a la calle como un toro salvaje. Hubo ventanas hechas añicos; le gente se asustó de este muchachito que recorría las calles como un caballo desbocado, hasta que se cayó al suelo y se quedó inmóvil. Te partiría el corazón, si no fuera porque hay mucho más. Erica y Karel ya estaban otra vez destrozados. La gente ya nos está compadeciendo. También eso está cambiando. Lo traje a casa, con la cabeza ensangrentada. Quebrado en el alma, el espíritu y la materia; un raquíptico montoncito de miseria. No nos hacían falta sábanas de fuerza: esta vida se había roto. Y otra vez oí, a pesar de todas mis aseveraciones: “¿Y este es un niño prodigio espiritual, Frederik?”. Esas palabras no salían de una sola boca: eran Erica, Karel y Hans quienes me las lanzaban. Y tuve que decir “sí y amén”. Ya podía ponerme a jugar a la gallina ciega, tenía que aceptar. Mi viaje había desaparecido, los regalos de un valor y una belleza increíbles se quedaron en detalles miserables a los que ya no se prestaba atención, que ya no tenían valor. Solo uno tenía valor: el pequeño René, también para mí, pero eso no lo entendían, una vez más. Y el final de esta triste canción fue: vuelta a la clínica. Unos días después ya pudimos marchar. El médico dijo:

—¡Va bien! ¡No hay que temer... llegaremos!

A Karel le parecía que le faltaba un tornillo. Pero ¿de dónde sacaba esta persona tanta seguridad? Era mejor que me callara, Karel se había cerrado en banda. Volvimos a perder al chico por un periodo de nueve meses. Yo continué mientras tanto. Entré en contacto con Mohamed y el sultán. Por euforia espacial me hice con esas leyes. Cuando también yo empecé a dudar de mi cometido de pronto se plantó delante de mí Mohamed. Me escrutó y dijo:

—¿Lo ve, Frederik? Si no estuviéramos nosotros, esta educación terminaría en nada. ¿Perdió la confianza? ¿De verdad pensaba que esto no era necesario? ¡Lo que es estudio para nosotros se convierte en estudio para Rachi-Hadju! Lo que nosotros tuvimos que aceptar en nuestros calabozos, Frederik, es para él volver a sumergirse temporalmente y estar quebrado para el yo cotidiano, que sin embargo adquiere forma. Vamos, hermano, no se extravíe, los dioses tienen esta vida en sus manos. ¡Occidente y Oriente tienen una sola vida, un solo ser, una sola alma, un solo espíritu! ¿Se esperaba usted otra cosa? Yo me vuelvo, Frederik, ya sabe usted que puedo desplazarme. Decídalo usted

mismo, usted ha entrado en mi vida, yo he aceptado la suya. Recuerdos a todos. Sé que todavía no lo creen a usted, pero al final de su vida usted recibirá el beso verdadero de ellos. ¡Todos los anteriores carecen de importancia! ¿Frederik?

Y la aparición se fue, la aparición se disolvió ante mis ojos. ¿Me había quedado dormido? ¿Estaba soñando? No lo creo: realmente, fue Mohamed. También el sultán se me acercó, y tenía que decirme algo a mí y al pequeño René. Solo unos instantes, tan solo unas pocas palabras. En el mismo instante, la misma hora y el mismo segundo, tras haber sido tocado solo brevemente, René regresó a nosotros. Y añade: “Con las primeras nieves volverá una vez más a su calabozo. ¡Ahora ya está usted preparado!”.

Y ¿qué dices cuando ocurren esas cosas? ¿Tonterías? ¿Te encoges todavía de hombros y levantas las plumas? ¿Te erizas? ¿Le pones un alzacuellos blanco a tu intelecto? ¿Ocultas que estés desnudo, tu desnudez, mediante palabras torcidas? ¿Mediante palabrería al espacio? Karel dijo:

—Cacareas como el pavo de mi padre, pero el final de la canción es: ¡A la sartén! Dicho de otra manera: tu carne molida (picada) sabe a gallina hedionda. Un pollo que juega a ser abuelo y que es un milagro entre un millón, pero que a ningún ser humano normal pensante y que siente se lo ocurre comprar, porque es imposible que sea comestible.

Y añadió:

—Todo muy bonito, Frederik, siento un sagrado respeto por ti, eso lo sabes, pero ¿por que no te pones a ver estas cosas? ¿Qué es lo que queda entonces de toda tu palabrería? ¿Tenemos que enfrascarnos en esfinges y pirámides mientras sigues oliendo el estiércol holandés? ¿Por cuánto tiempo más tenemos que aceptar que tienes por amigos sultanes y mohameds? Siento gratitud por tus regalos, un sagrado respeto por tu beneficencia, pero después ¿qué queda si tu bondad te toma el pelo? (—preguntó).

—Qué duro, ¿verdad? —añadió—, es duro, ¿no...?, pero ¿qué quieres?

Me quedé mirándolo, estaba empezando a tomarle gusto al asunto, y añadió:

—¿Lo viste correr, Frederik? ¿Viste cómo galopaba por las calles, loco? ¿No viste cómo estaba? ¿Se te olvidó? Dios mío, a saber dónde encallará esta nave. ¿Tengo que aceptarte? ¿Tiene que aceptarte Hans? ¿Tenemos que dejarnos caer de rodillas y agradecer todo lo bueno a Dios? ¿Tenemos que postrarnos a los pies de ruinas antiguas? ¿Postrarnos ante pirámides? ¿Tenemos que dejarnos encerrar en cámaras reales y qué sé yo dónde más? Te pregunto: ¿Tenemos que aceptarte si se intuye a la legua que estás empezando a chochear? Empiezo a creer, Frederik, que a nuestro hijo lo tienes sometido a tu influencia. Lo eres o no lo eres, pero ¡esto ya no es un mundo normal! ¡Es una casa de locos de primera! (—dijo).

Una noche —René estaba nuevamente bajo la sábana de fuerza— Karel me dio un buen rapapolvo. Y Hans también; es más, hasta Erica tenía algo que decirme. Ese fue el instante en que Mohamed volvió a mí. Me encontraba sentado en el borde de la cama, con la cabeza apoyada en las manos; estaba destrozado, decepcionado. Todo había desaparecido, todas esas cosas poderosas y hermosas ya no significaban nada. ¡Erica se había destronado a ella misma! Karel me arrojó la pitillera a los pies. Hans se hizo un poco el remolón y puso sus regalos al lado. Y yo allí. Y entonces hubo palabras que quisiera no volver a oír, pero dejé constancia de ellas, ¡el cuaderno de bitácora dice la verdad! De pronto empezó Karel, pero ya andaba dándole vueltas desde hacía unos días. Casi reventaba del veneno y furia... Que le habían tomado el pelo: así se sentía. Erica estaba allí como una gallina clueca con las plumas erizadas que ve que sus polluelos entran al agua sin saber que la engañaron y que le habían colocado huevos de pato bajo el cuerpo. El animal está empollando, pero ¡no sabe que sus criaturas son ajenas a su vida y entidad! Solo Anna se quedó de mi lado, allí estaba como la encarnación de una tabla de salvación. De no haber sido así, habría puesto fin a mi vida.

La apertura de Karel fue:

—¿Ya te saliste con la tuya, Frederik?

Pregunté:

—¿Cómo quieres decir, Karel?

Yo ya sabía que esta pregunta no venía a cuento, que solo sería un truquito para poder empezar. Me pareció ingenua y torpe.

—Pero, claro —dice Hans—, ¿qué quieres, Frederik? ¿Tienes planes de regresar a Oriente para pedir consejo sobre cómo podemos seguir adelante? Te olvidas de que vives aquí, en Occidente. Esto realmente está siendo excesivo (—dijo).

Entonces entendí de qué hablaban los caballeros. Regresé a los momentos en que me entregaba a ellos antes de que los alcanzara la apisonadora. ¿Es que me encontraba entonces todavía allí y no aquí? ¿Estaba y no estaba? Pero entonces tenían razón. Repasé mi vida de los últimos tiempos a toda mecha, como un Orlando furioso. Averigüé las cosas que había ido diciendo y qué palabras me habían cruzado los labios. No encontré nada especial. No me había ido demasiado lejos, me veía muy natural y normal para su forma de pensar y sentir. Había superado y dejado de lado por completo la mentalidad oriental. Y ¡ahora esto! ¡Ahora estas pamplinas! ¡Ahora este ataque a mi conciencia y vida! ¡A todo! ¡Todo! Cuando Hans supuso que estaba empezando a ponerme chocho tocó una fibra sensible que hizo que se me saltaran los plomos, pero por lo que en el fondo me blindé, aseguré mi yo para no desvanecerme. ‘De modo, que sí’, pensé, ‘nuestras tinieblas nos siguen molestando, a pesar de todo! ¡Los infiernos se vaciaron por completo! ¡Es una lucha de

vida o muerte de la magia negra contra la blanca! ¡Se enfrentan el bien y el mal! ¡Los razonamientos humanos frente a la mística oriental! ¡El presente frente al pasado! ¡Aliño eclesiástico frente a la conciencia de la pirámide y la esfinge! Pero eso importa un comino, la erudición es intelecto, ¡aquí no se permite ninguna demolición!.

Y entonces hubo:

—Pero ¿es que no sientes tú mismo, Frederik, que hablas por hablar? Karel y yo ya no queremos estos regalos, nos sentimos engañados. ¡Esto tiene un tufillo muy desagradable! Con algo así puedes hacer felices a los niños; a nosotros no, se te olvida algo. ¿Qué diría la gente de tus historias si las difundiéramos? ¿Te creías, Frederik, que nosotros podemos alimentarnos de lunas rojas y horas nocturnas? ¡A ese niño le hace falta un pañal holandés! Recorridos nocturnos por el desierto, ojos de piedra que te miran, diosas que saben tu nombre como si ellas mismas te hubieran parido, vender lacitos de cinco céntimos a precio de oro, llevar túnicas de satén enmohecidas, seda que mata la polilla, vender reinos celestiales por la sonrisa de una ruina, besar la tierra y yacer en ella llorando hasta agotar las lágrimas, no, esto es excesivo, Frederik, has perdido el juicio. Queremos ayudarte, queremos servirte, queremos darte este buen consejo: ¡Para ya! ¡Para ya, Frederik, estás pasándote de la raya, te vas a mudar con René a mi clínica, estás loco!

Dije —por dentro— “¡Gracias!”. No podía decir otra cosa, era incapaz, imposible. Entonces Karel dijo:

—Hans tiene razón, Frederik. ¡Recóbrate! ¡Vuelve a salir un poco, vete a los campesinos y comprueba que una vaca holandesa no es una esfinge! He acordado con mi padre que puedes ir por un tiempo. ¡Sal por ahí y escucha el cacareo de las gallinas, observa cómo ponen los huevos y no digas que todo es un milagro, estás empezando a chochear! Rodéate de cerdos y caballos, libérate de eso, tienes la cabeza poseída. ¡Ya no quiero esa víbora! No quiero esos regalos del sultán, eres un fantasioso, ¿un nomeolvides? No me hagas reír. ¡Deja que lllore por ti, vale la pena, Frederik, te falta un tornillo! ¡Te faltan noventa y nueve! No puedo aprobar por más tiempo que sigas a René, ¡tú mismo lo estás viendo!

Erica dice:

—Ya no visto esas cosas. Y la túnica de satén de René se la he vendido al trapero. El florín y cuarenta céntimos que me dieron se lo di a un mendigo que casi se moría de hambre, por lo que espero haber hecho el bien. ¡Esa porquería oriental la quiero fuera de casa y tus garabatos tienen que acabarse! Karel tiene razón, te irás lo antes posible a la granja. ¿Qué vas a hacer, Frederik? Solo queremos ayudarte. ¿No dices nada?

—Iré, Erica, me parece bien. Pero santo cielo, gente, que agradecido les (os) estoy. Hans, felicidades; tú también, Karel. Lo mejor será pisotear todas

estas cosas lo antes posible. Hala, toda esa birria al fuego. Tienen (tenéis) razón. Qué rara puede ser la gente. ¿Puedo quedarme aquí? ¿O tengo que buscarme otro entorno?

—Eso lo iremos viendo, ¿no es así, Karel? Quizá habrás cambiado y verás tú mismo cómo están las cosas.

—Gracias, Erica. ¡Ya me cuidaré! Muchas gracias, Hans, los profanos no deben meter sus narices en los sistemas filosóficos. Ahora veo que ando del todo desatinado, pero lo del pequeño René no es mi culpa. Que Dios me libre.

—No es eso lo que decimos, Frederik, ¡es tu influencia! Se trata de una transferencia telepática. ¡A ver si te das un buen baño! Tienes que meterte en las acequias holandesas. Y para eso está bien una granja.

—Así es, Hans. Comencemos por quemar estas cosas.

—Eso ya lo haremos nosotros mismos, Frederik. Adelante, tú tranquilo, duermes un poco más, esto te está destrozando.

—¿Cuándo tengo que irme? ¿Cuándo puedo partir, Karel?

—Mañana, si quieres, ya mañana.

—OK..., entonces me iré mañana.

Voy arriba. Anna me sigue los pasos y dice:

—Iré contigo, Frederik. He oído todo. Pero menuda gentuza. Frederik, ese sí que es Hans otra vez. Esto ya no lo trago.

—¿Quieres que te diga algo, Anna? ¡Tú te quedas aquí! Volveré. Está bien, todo está bien, Anna. Mejor déjales, ya me las arreglaré. Los niños son criaturas traviesas.

—Pero no quiero que te ofendan, Frederik.

—Esto es pura ignorancia, Anna. ¡Esta es nuestra vida! Esto es necesario, créeme. Si te vienes conmigo, todo se habrá roto. Te quedas hasta que te llame. Si no lo hago, entonces es que regreso. Lo dejamos en manos de la dirección. ¡Esta es decisiva para nuestra vida! ¿Lo sabes? No puedes escribirme, pero me voy, Anna, me voy otra vez por poco tiempo. No pensé que fuera a ocurrir, pero ya lo ves, ¡yo también solo soy un simple ser humano! Vete ahora, no tienen que vernos, Anna, ¡entonces convertirán eso también en pestilencia granjera! Lo acepto porque es para nuestro pequeño René, aunque no me faltaban ganas de calentarles el trasero a todos y cada uno de ellos. Una cosa más te digo: sigue fiel a tus túnicas, vienen directamente del Dios que aún no conocemos, pero por el que se originaron todos estos asuntos sagrados. ¿Lo comprendes, Anna? Que descanses, mi niña, voy a desgraciar este cuaderno de bitácora escribiendo sobre el raquitismo de los míseros pensamientos y sentimientos del hombre, la estrechez de mentes occidental. ¡Qué lástima, qué lástima, pero esto también forma parte de ello, de lo contrario no sería un drama humano!

Esa noche escribí:

“Lo que nunca me había esperado —jamás se me había pasado por la cabeza— me vino encima como una espada llameante. ¡Es diabólico! Incluso a Erica le vino encima. ¡Ay, sufro, vivo las penas de Satanás! Me ha destrozado, pero ¿qué puede suponerte semejante palabra holandesa atrofiada? Lo diré en inglés...: “I feel damned!” (¡Me siento maldito!). Exacto, ¡así es! ¡Damned! ¡Y eso por lo que más amo en el mundo! Lo más amoroso que conozco y que vive bajo mi corazón, por Erica, Karel y Hans. Pero para mí es una advertencia. Realmente, tengo que adoptar otra actitud. Tengo que lograr que me entiendan y que me puedan seguir. Los años venideros tienen que brindarme ese pedestal. Trabajaré en ello, Occidente sigue viviendo de manera pueblerina, Occidente no quiere deshacerse de los zuecos, prefiere un pantalón de esos rudos a la seda de Oriente. Me da náuseas. ¡Siento como si me subieran a la hoguera! Lo superaré, pero esto me costará siete costillas. La sangre me sale ahora por la boca, nariz y orejas, me han dado un tirón de orejas horrible. No me compadezco de mí mismo, ni a ellos, no puede despreciarlos, porque los amo. Ay, mi pequeño René, ¿nos volveremos a ver más adelante? Es una trampa, una demolición como nunca antes había visto. Ay, Dios mío, y ¿por qué les habré contado esas cosas? ¿Qué pensarán del harén del sultán? Nunca debería haber dicho ni una sola palabra de eso. Todavía me lo restregarán por la cara, ya verás, si pueden se cargarán mi cuaderno de bitácora. Karel se niega a seguir de fogonero, Hans se ha colado a bordo como polizón y me atacó por la espalda. Estoy tratando a bandidos. Bien es verdad que no siento sus puñaladas; ni siquiera sabe si es capaz de alcanzarme. Y aun así lanza navajadas a lo loco hacia mi corazón. ¡Erica dio en el blanco! Sí, eso me hace sangrar ahora, por eso se me va la sangre, baja por las escaleras, corre por las calles de este maldito villorrio donde vivo.

Hans se ha ganado sus galones. Yo he perdido mi timón. Se ha apoderado con violencia de nuestra barcaza. Incendiando y traicionando vilmente. Antes de partir de casa ya me había traicionado. ¡No quería saber nada de mí! Dijo:

—¡Sal de mi casa, maldito canalla, o te echo a patadas!

Esas palabras, ese odio fue lo que recibí del pequeño Hans... ¡mi alma, hermano mío, hijo mío! Y Karel no se inmuta y deja las cosas como están. Y Erica echa más leña al fuego. Como todavía no es suficiente, ¡echa más leña! Porque me ama tanto. ¿Lo hace para ayudarme? Asegura que eso es bueno para mí. Y ¡actúa! Cree que actúa bien. ¡Yo me largo! No comprenden que me echan de casa y que tendrán que venir de rodillas si quieren volver a verme. Nos acercamos a otra era, nueva, ¡ahora vamos a empezar una vida nueva! Erica, ¿cómo fuiste capaz de hacerlo? ¿Te parecen impuras, enlodadas y putonas

estas túnicas hermosas y poderosas? ¿Ya no quieres saber nada de este sultán? ¿Quieres saber ahora si lo que te está mordiendo es un gato o un perro? ¿No te advertí? ¿Es que no le dije hace poco a Hans que todavía no me conoce? ¿No le advertí? Y ¿es que Karel se olvidó, pues? ¿Pensabas que se podían (os podíais) lavar, satisfacer, limpiar los pies conmigo por más tiempo? ¿Sabes qué ha sido lo que me hace chochear tanto que mi bondad no tenga límites? ¿Sabes que les (os) quiero regalar absolutamente todo, también mi corazón? ¿Que me dejo desollar vivo por sus (vuestras) vidas? ¿Que poseo ese amor? ¿Que me lanzo a la muerte por todos ustedes (vosotros)? ¿Que...? Pero ¿es que lo comprendes? ¿Eres capaz de sentir lo que es amor verdadero? Se han (os habéis) asfixiado en mi amor. ¡Quieren (queréis) pasar por encima de mi cabeza y después de mi cadáver si me pareciera bien! Pero ya pondré trabas, y bien gordas, ¡para que se estrellen (os estrelléis)!

¡Allí van mis túnicas! Al cubo de cenizas. Recibí un florín con cuarenta por la túnica de satén del pequeño René y se lo di a un mendigo. ¡Fenomenal! ¿Y ahora hiciste el bien? ¿Te lavaste las manos? Si tuvieras la oportunidad, tirarías el cuaderno de bitácora al fuego. ¡Y tendría que subirme yo —en lugar de ustedes (vosotros)— a la hoguera debido a que me consideran (consideráis) a mí y a la diosa de Isis, a la esfinge y la pirámide —que ahora no están, ya que todo son majaderías— una deshonra que se ha maculado a sí misma! ¿No es así? No, claro, ¡es muy distinto!

Yo sé dónde aprietan las pequeñas sandalias. Y ¡encima tienes razón! No te pongas esas cosas. Mejor arrójalas al fuego y tírame basura a la cabeza. Soy un infanticida... ¡soy un perro viejo, una rata! ¡Soy un purito de poca monta! ¡Soy un malvado! Soy..., pues, sí, ¿qué más no seré? ¡Ahí van mis túnicas! ¡Ahí van todas esas cosas sagradas, pagadas y regaladas con sangre, porque allí te aman tanto! ¡Se pagaron con sangre, pero eso no lo sabes. ¡Es imposible que lo puedas saber! Y eso se vende por un florín y cuarenta céntimos. Porque son unos verdaderos entendidos. Y el hecho de que se me separe del pequeño René es incluso lo peor de todo.

¡Y eso lo consigues tú, Karel! Ay, Karel, ¡la soberbia te está conduciendo al carajo! Es molesto, Karel. Quisiera ahogarme, pero no puedo. ¡Ni ahora ni nunca! Tengo que terminar mi cometido. Aunque ahora pusiera mi corazón encima de la mesa, aunque lo cortara o rajara en dos, desapareciera mi sangre ante tus ojos..., ¡no te lo creerías! No me creerías, no serías capaz de hacerlo, no me aceptarías, porque el engreimiento humano te ha estropeado hasta decir basta... ahora pasan (pasáis) por encima de mi cadáver, y ¡aun así compadeciéndome!

¡Ay, mi pequeño René! Ay, mi alma y mi vida, ¡nos están separando a tirones! Es necesario que nos separen. Karel agarra una poderosa espada, me da en pleno corazón, porque el pasado ha llegado a crecer y florecer en mí.

Yo y el pequeño René vivimos en el pasado, ¡antes era un hijo mío! Entonces estuvimos edificando estas leyes, fue allí donde estuvimos aportando —eso pensábamos— felicidad y paz; luego resultó significar desintegración. ¡Y eso lo queremos enmendar ahora! ¡Yo ya te conocía desde hacía tanto tiempo, pequeño René, pero ellos todavía no te conocen!

¡Tengo que largarme! ¡Tengo que largarme y no quiero ni pensarlo! Soy un canalla y no quise serlo. Si Karel se hubiera tomado diez copas de champán, todo sería diferente, pero estaba tan sobrio, era tan él mismo, que no me queda otra que aceptarlo. Ahora la traición es aún peor. Después vino Hans con su puñal y me lo clavó en mi espalda humana, se me echó al cuello de sopetón. Entonces desfallecí, aunque siguiera valiéndome por mí mismo, me fui al suelo. Allí estaba yo, escupiendo sangre, pero no lo veían. ¡Tenían razón! No querían inclinar sus cabezotas. ¡Ay, pero Karel mío! ¡Ay, Hans, ay, Erica, devuélvanme (devolvedme) a mi pequeño René!

Tengo que largarme y no quiero ni pensarlo: las mismas palabras fluyen de mi pluma estilográfica, lo que me entristece con dolor. Ahora sé lo que quiso ese loco de Shakespeare cuando escribió un drama para que la gente se cuestionara, aprendiera, cómo vivir el amor de unos por otros. Pero ¿lo comprendieron? ¡Eso no es para nosotros! ¡Nosotros no tenemos nada que ver con eso! ¡Nos conocemos a nosotros mismos! Ese hombre no escribió para nosotros, sus historietas sobre el amor son para otros mundos, ni las vacas las quieren. Porque tú, Romeo, y tú, Julieta, van (vais) como el Rey Lear a su (vuestra) propia tumba, ¡igual que yo! ¿Lo supo Shakespeare de antemano? ¿Tuvo que encajar sus propios golpes? Empiezo a sentirlo también a él, a comprenderlo. ¡Siento cómo me arde esa pena, ese amor, ahora que tendré que perder al pequeño René! Mis amigos me quieren destruir y mandar a una granja, para reflexionar entre los cerdos sobre lo que pueden ofrecerte una esfinge y una diosa de Isis. Tengo que oler el estiércol holandés porque el aroma del harén me ha estropeado. Traje el puterío a Occidente; pues, sí, ¿qué es lo que no hice?

A Occidente le da igual 'El sueño de una noche de verano'...; no..., no..., quédatelo tú mismo. Estoy en vías de soltarme de nuestro hijo. ¡Tiene que ser así! Aprenderé a inclinar la cabeza; allí no se desea que esté atado a una posesión. De esto también tengo que soltarme. ¡Quizá les estará luego eternamente agradecido por esa puñalada traperera! Quién sabe. Ahora que anoto esto yo mismo no lo sé todavía. Sí sé que Hamed continuará el desarrollo. No me cabe duda de que él continuará siguiendo al niño. También sé que el sultán velará, pero ¡estas criaturas no lo saben y nos dejan desgarrados!

¡Muchas gracias! ¡Es Hans! Sin que lo supiéramos se subió sigilosamente a bordo y se dejó ver en alta mar. Con un cuchillo en las manos. Estaba afanándose justamente en pintar de blanco la chimenea y en embellecer un poco

nuestra casa. Se me acercó desde detrás de una tela que había colgado yo para que el viento jugara con las velas. Lo oí decir: “Muy bien, cabrón, maldito granuja, ahora te tengo. ¡Ahora ya no te escaparás de mí, voy a apuñalarte!”.

Si la Providencia no me hubiera enviado una palomita que tuviera curiosidad por lo que sucedía, si el animalito no hubiera hecho oírnos su trino por encima de nuestras cabezas, asustando a Hans de lo sorprendente que le resultaba ese idioma de los pájaros, entonces me habría apuñalado por la espalda. Llegó a bordo con premeditación, se ocultó y lanzó la puñalada..., pero no vio que yo ayer ya había aplicado esos perifollos. ¡Vio una silueta y erró el golpe por completo! Entonces coloqué mis trampas y anzuelos. Metió la pata y dejó que chillara. Si se me hubiera acercado, si hubiera puesto las cartas encima de la mesa con honestidad y sinceridad, entonces yo lo habría sacado de allí y cuidado como si fuera mi propio hijo; ahora era una lucha sin cuartel. Sabía que Hans las tenía de perder, porque me faltaba cualquier conciencia de culpabilidad. Me entregaba, como tiene que hacerlo un ser humano, pero él quería ser malo y torcido. Lo ves, Hans, todo eso yo ya lo sabía. Y ahora que de todas formas me dedico a ti mejor te digo que ya sabía con meses de antelación que buscabas cosas equivocadas detrás de mis espaldas, para darme tu golpe de gracia, antes o después. ¡Lo sabía! Me encontraba preparado, porque el hecho de que seas catedrático tiene una tendencia maldita de volar, de pasar por encima de las cabezas de la gente que quiere cumplir su tarea como un niño. Te dejé subir a bordo, pero ya lo viste, ¡fuiste pasto de las llamas por Karel! Te arrojó a los hornos. Que tuvieras la suerte de encontrar un trozo de madera al que asirte para no hundirte tienes que atribuirlo a que hay un Dios que ama y que no mete las narices en los asuntos humanos. ¡O te habrías ahogado!

Pero ahora te has salido con la tuya. Puedes hacer y deshacer lo que quieras, yo saldré por esta puerta, ahora puedes contagiar a Karel y Erica cuanto quieras, yo de todas formas los recuperaré: ¡si no es aquí, será allá, al otro lado!

¿René? ¿Peque? Tengo que vencerme a mí mismo. Ay, hijo mío, qué bruto es Karel. Piensa que puede dejarme tocado. Me corta por la mitad. ¡Tenías que haberme visto cuando hace un momento subí y tuve que apartarme de sus vidas! Me preparé en cinco minutos. Realmente, estaba empezando a chochear... frente a tanta violencia ya no sé qué decir, ¡de inmediato doy la razón a la gente! ¡De inmediato! ¡Ahora ya no puedo decir ni una palabra de tan apaleado que me siento! Si pudiera verte luego, pequeño René, es posible que no te conozca. Entonces nuestras vidas pasarán una al lado de la otra como si no pasara nada. Pero ¿vendrás a verme por dentro, oh, pequeño René? ¿Sentirás mi dolor? Si quiero curarles de una vez por todas de sus rarezas, entonces pasaré a tu lado con la cabeza erguida. Incluso sería

capaz de saludarte como un viejo conocido y hacerme el sueco, sin corazón ni ojos, quedándome ciego delante de ti. Y ¿sientes mi corazoncito, René? Karel y Erica no lo ven ni lo sienten. Piensan: ¡allí va ese tarado! Allí va ese pedazo de destrucción que contagió a nuestro hijo. ¡Ese soy yo, René! ¡Yo! ¡Tu padrecito! Y también el de ellos: soy el que ahora se arrastra por la calle. No hay que dar regalos a la gente, hay que dejar que se muera de hambre; así sabes que nunca tendrás que aceptar la lucha desigual. Que se pudran, que se vayan al infierno si quieren alimentar al diablo a toda costa; de todas formas ya no podrás detenerlos. Y ¡solo porque creen —quizá lo vieron— que padece tifus exantemático! Podría decirte el nombre de este caballo de carreras, pero siempre perderás, porque han apostado su dinerito al otro. Y ¡no saben perder! De modo que, pequeño René, me voy a la calle. ¡Tengo que largarme! ¡Soy un canalla!

Pero más tarde iremos a nuestro Mohamed y a nuestro sultán. ¡Entonces me tocará a mí! Será entonces cuando los involucre y diga:

—¿Ves ahora lo que quería yo? ¿Ves por fin que ese amigo mío existe? ¿Ves ahora que tiene un harén y dieciséis mujeres? Pero ustedes pensaban (vosotros pensabais) en mujeres de verdad, en putas, ¿no es así? No quería decirlo, para ver si me podían (podíais) aceptar en todo. No conté la verdad: no lo hice porque decían (decíais) que me amaban (amabais), y vi que de todas formas tendría que rendirme tarde o temprano. Querían (queríais) dejarme así, verdad; yo, a ustedes (vosotros) también. Pero esas putas son sacerdotisas iniciadas, ese sultán es un sacerdote supremo y su harén, una Escuela para Adeptos, donde es posible adquirir una conciencia más elevada en unos años. Yo estaba allí acostado en una alfombrilla, esperando la respuesta. Fue él quien me envió a Jerusalén para recibir la respuesta del Gólgota. ¡Ahora sé, peques, por qué se durmieron los apóstoles de Nuestro Señor, de Cristo! Eso lo recibí allá en Oriente. Y pensáis (piensan) que yo les (os) traje ropa putona. Piensan (pensáis) que me abandoné allí, que me dejé violar. Tengo que confesar algo que en el fondo hubiera querido callarme. Algo en el que no tengo arte ni parte y que ocurrió en un sueño sacro. Yo..., no, ¡mi vida se niega a decirlo! Ahora mejor esperen (esperad) hasta que puedan (podáis) ver la película de mi vida y el Dios de todo lo que vive diga:

—Yo me responsabilizo de lo que vean (veáis) aquí! Y entonces me verán (veréis) a mí y tendrán (tendréis) que aceptar todo, o se caerán (os caeréis) de bruces en un calabozo del que no saldrán (saldréis) en siglos.

Esas sacerdotisas me cantaron. El sultán creó una alegría vital divina por medio de su martillo... dabas unos golpecitos y después escuchaba el latido del corazón humano. Creó alegría vital, disposición a sacrificarse. No queríamos tener que ver con soberbia ni fanfarronería. Realmente, me encontraba postrado ante piecitos demasiado delicados, que no me pisoteaban.

Íbamos tomados de la mano por este templo, recorrimos las ruinas de Lúxor y Ra, Re, Isis, atravesamos desiertos, en cueros, y sin embargo teníamos a Dios en nuestro interior, con nosotros, Él nos señalaba el camino. Y entonces me dio un vahído, o llámalo una enfermedad, pero el Sultán aplicó una cura ocultista; me irradió, me palpó, hizo movimientos de roce magnético, penetró hasta el momento en que experimentamos la génesis embrionaria, que hemos recibido de Él para que aceptáramos Su dolor, Su pena, por si algún día nos olvidáramos de nosotros mismos. Había sufrido una infección alimentaria..., porque ¡esta escuela me había colocado ante el hambre, dado que comer y beber ahoga el desarrollo espacial y la concienciación de aquello! Así que primero me había dejado fallecer, pero entonces pudo empezar Showúa, aunque también Mohamed estaba dentro y detrás de mí. Podía haberme ayudado a mí mismo, dice, pero mi vida sentimental occidental se negaba en redondo. Entonces descendió en mi cuerpo y me sanó. ¡Le debo tanto! ¿Lo crees, pequeño René? ¿Sí, verdad? Tú sí, pero Erica, Hans y Karel sienten que los he contagiado. Ves, ahora ya lo sabes todo, pero haz con ello lo que quieras. ¡Esto no solo es la sagrada verdad, sino también la divina! ¡Y esa su peliculita y la mía!

Nosotros, queridos míos, íbamos desnudos por el desierto. Nadábamos desnudos, nos postrábamos desnudos a los pies de nuestro maestro, y sin embargo llevábamos túnicas, tan espléndidas de color y hechura que en comparación el tejido humano es como estopa, mientras que los nuestros venían directamente del cielo. Yacía yo desnudo al lado de una princesa egipcia, de la primera diosa de todas del templo; al lado de una belleza india, ¡por la que morirías sin pensarlo! Me encontraba acostado junto y dentro de un círculo alrededor de divinidades, que me acariciaban y besaban, con besos de los que desconocen (desconocéis) la profundidad, ¡porque aún les (os) falta su (vuestra) desnudez! ¡No veíamos nada porque vivíamos! Ustedes ven (vosotros veis) todo, pero ¡siguen (seguís) siendo muertos en vida! ¿Lo crees, pequeño René?

Oigo como me llamas, pero no dejan que me acerque a ti. Esta noche te oigo decir: Hola, padrecito; pero ni siquiera puedo escuchar tu vocecita o me quedo noqueado al instante y vuelvo a desangrarme. Entonces ¿cómo voy a hacer mi trabajo? ¿Cómo voy a poder seguir velando por ti? Mi pequeño René, ya no vuelvas a llamarme. Deja que repose aquello de “padrecito”, puedes matarlo, pero ¡no me mates a mí!

No es posible que me acerque a ti, Erica y Karel me matarían. Y dado que conozco sus máscaras, que puedo captar sus pensamientos, piensan que me he convertido en un instinto de ave contagiado, y dado que de todas formas no creen en mi vida no se me permite hacerlo. Solo podré acudir a donde estés cuando hayan rehabilitado el honor de toda esa ropa podrida. Este tejido

se puede lavar con la sangre de sus vidas, René, solo así saldrá su asqueroso fango. Tienen que aceptarlo porque Dios no deja que se burlen de Él ni de Sus hijos que pretendan el bien.

Tendrán que purificar mi vida con su sangre, ¡de lo contrario ya no vendré! ¡Entonces te diré adiós para esta vida! Entonces lo dejaré en manos de Mo-hamed. Él ya sabrá entonces lo que haya que hacer y cómo actuar de cara a tu carácter, tu entidad de siglos atrás. Príncipe del Espacio, apestamos a fango, pero solo según sus órganos olfativos y gustativos, no según los nuestros. Ven nuestro contagio desde su propio hedor, desde su experiencia vital ciega, que compraron por un puñado de dinero.

Verdaderamente, me hallaba postrado a los pies de mi maestro. Y junto a mí: una cuarentena de hombres y mujeres que tenían que aprender sus lecciones, como yo. Dieciséis hermosos hombres y mujeres formaban parte de los primeros, de hecho eran los primeros, fueron los primeros en ver de dónde sacó Abraham su mostaza universal, ¡y yo también estaba allí! Honestamente, te digo que si no hubiera estado Anna, si hubiera vivido tan lejos que en siglos hubiera podido alcanzarme, entonces no habría aceptado yo un solo pecado, sino miles: tan imponente era el amor que experimenté allí y que vivía a mi alrededor. ¡Me encontraba sentado en el regazo de ese amor loco! Repartíamos los frutos. Como ya dije, íbamos por el desierto tomados de la mano, con la luna, roja como la sangre, por encima de nuestras cabezas, andando y planeando, durante horas hasta al amanecer, y estábamos en casa antes de que el sol comenzara su tarea de dar su fuerza vital a este mundo podrido. Desnudos, empapados de desnudez, pero envueltos en tul por medio del cual materializan los espiritualistas, mostrándote espíritus, conectándote con tus padres para que sepas que no hay muerte. Pero mientras tanto se embolsan tu dinero, tal como hacen Karel y Erica, ¡pasando por encima de cadáveres! Entonces nos fuimos a tomar un baño en el desierto, todos en una sola tina (bañera), y pronto nos quedamos dormidos.

Después vino el maestro para curarnos. También miró si no había defectos en nuestros sistemas orgánicos. Cuando me vio dijo:

—¿Duermes, verdad, Frederik?

—Sí —dije—, y además, profundamente.

—Pero me oyes, ¿no es así, Frederik?

—Sí, maestro, ¡lo oigo!

—¿Estás seguro, verdad, Frederik? ¿Sabes que soy yo?

—Lo veo a usted, mi señor, y lo oigo.

—¿No sientes nada, Frederik?

—Sí, maestro, siento algo, pero ¿qué puedo cambiar en eso?

—¿Quieres vivir el ser uno en felicidad, Frederik?

—No, mi maestro, porque aún no se me comprende, lo único que con-

seguiría es hacer daño a la otra vida.

—Así es, Frederik. Te ayudaré. ¿Prefieres hacerlo tú mismo?

—¡Por nada en el mundo!

—¿Sabes entonces lo que veo, Frederik?

—Miro en sus ojos, maestro.

—Entonces presta atención: vas a dormirte y a seguirme. ¿Ves lo que es necesario?

—Lo veo.

—¿Me sigues oyendo, Frederik?

—Muy a lo lejos, se va haciendo más débil, ya no oigo su voz.

—Y sin embargo me encuentro en tu vida y he empezado con tu sanación. Pero te dormirás, o ya no podrías dar un paso. ¡Esto, Frederik, también son cosas sagradas ocultas! Yo velo, ¡que esto te baste!

Karel, Erica, Hans, si les (os) contara todo sobre mi vida, créanme (creedme) que ya jamás me desearían (desearíais) el aire que respiro. Pero eso es lo que Isis exige de nuestra vida, también la diosa quiere su peaje, el cien por cien. ¡Y cuando hablo de la esfinge ya estoy loco! Solo falta la pirámide. Oh, pequeño René, ¿me ayudarás más adelante? De todas formas no me dejan ayudarte. Karel y Erica no lo quieren, me ven como tu genio maléfico. ¿Ya no me llamas? ¿Te quitaré eso de “padrecito”, para que me puedas olvidar durante años? Será un regalo para tu vida. También para la mía, ¡despertaremos por el dolor y la pena! ¡Es una sagrada escuela! Así... ¡sea Su voluntad! ¡Me arrodillo por completo ante ella! ¡Obedeceré! ¡Todo está bien tal como me viene!

Ahora grito muy fuerte a esta gente, ¡hay un torrente de puntos de exclamación! Pero ¡es necesario! Si no, ellos tampoco aprenderán nada. Pero me duele tanto, mi pequeño René, ay, es tan tremendo.

Karel pensaba poder quebrarme de esta manera. Así me clavó el cuchillo en el corazón, pero ya lo ves, pequeño René, ¡lo soporto! Adiós a mis regalos. ¡Todo desaparecido de golpe! ¿Lo sabías, Frederik? Sí, ¿verdad? Pero no lo creías. Mejor piensa un instante en la hora en que volviste. No regreses tanto o dejarás de lado trozos de miseria. ¿Y? Así de pronto pierdes la felicidad. La miseria no la consigues echar de casa, es como una enfermedad espantosa, como el cólera... Pero ¿la felicidad? Sale de pronto volando de casa y de tu corazón, porque no comprendes esa desnudez, porque tú mismo pones esa máscara y porque vendes una bola de oro como si no tuviera valor alguno. Te dan por ella un florín con cuarenta. Ahora tú mismo das regalos, piensas poder repartir regalos, pero aún no te los has ganado. Andas trapicheando, haces de todo para engañar a otro, dejas esquilhada a la gente y la robas, la vendes y traicionas, porque estás poseído por un diablo y ya no sabes nada de la bondad humana. Realmente, bailas encima del cadáver de tu hermana

y hermano, y ¡les metes el veneno diabólico por el gaznate! ¡Es eso y ninguna otra cosa! Karel, Erica, ¿lo oyes?

¿No quieres poseer una pulserita, una pequeña túnica de esas? ¿Un relojito de esos en los que el sultán ha grabado su nombre? Sí, ¿verdad?, pero no con pobreza, no con charlatanería satánica en el espacio, no masacrando y destrozando la palabra que inspira de la diosa, convirtiéndola en un pedestal para ti mismo.

Karel, Erica, Hans: ¿Qué va a ser de ustedes (vosotros) sin mí? ¡Ay, pequeño René!

Ya he pagado ahora y he aprendido. El sultán y Mohamed me curaron mientras dormía, ahora me las apaño sin comer ni beber, porque he aprendido a liberarme de los sistemas materiales. Allí viví un desarrollo del que se pensaba que no sería yo capaz de superarlo. Aun así, lo conseguí. Con solo un puñado de pulgas del desierto me lo quité de encima, pero no me chuparon toda la sangre de las venas, aún quedaba suficiente para mí mismo.

Ahí van los regalos. ¿Tendría que haberles contado la verdad? ¿No veían que yo también conozco un sultán de verdad? ¿No veían mi foto? ¿No veían que era Mohamed? Justamente acabábamos de llegar allí los dos juntitos. Pero ¿me habían comprendido estos pragmáticos? Entonces las cosas se habrían caído a mi paso. No, no, así está bien, porque no habrían podido aguantar esta miseria, ¡tengo que verlo como mi reserva...! Como los gramos de sentimiento para poder acogerlos a ellos. Karel pensaba: ese se ha arruinado. Bien que se reían, pero no comprendían sus propias risas. Erica pensaba: ese de allí se ha dejado mimar. Sí, sí, así, es, pero ¡no como piensas! De hecho me han mimado, con sangre y lágrimas llegué hasta el despertar que la razón no logra abarcar. Pero ¡ir, iré!

“¡Buenos días por la mañana, granjero Wolff!”. “Buenas, señor Frederik”. ¿A cuánto están las gallinas y los cerdos en el mercado? ¿Están caras las vacas? ¿Qué? Las ovejas caras, ¿no? Pero ¿dónde tengo que dormir, padre Wolff? ¿Entre los cerdos? ¿En la paja?”

¡Me río! Me divierto, ya hablo hasta dialecto. Sigo un poco más. Pero, ay de ellos. ¿Cuando lean esto más tarde? ¿Ves, Frederik, que a esta gente no puedes dejarle leer nada del cuaderno de bitácora? Lo único que harían es pegarle fuego. Santo cielo, he de largarme de aquí, ¡tengo que quitarme de encima mis manuscritos! Igual viene Karel más tarde a reclamarlos. Dirá más tarde: ¡Imposible! Son mentiras vulgares. Esas cosas jamás ocurrieron. Yo a eso no me presto de ninguna manera, has metido majaderías en las cabezas de la gente. Quiero esos escritos ya, o de aquí no sales. Te aseguro, hijo mío, que los haría trizas.

Ay, mi pequeño René, entonces se habría vivido todo este trabajo y todo tu dolor para nada. Pero ya me encargaré yo. A ver si se atreve. ¡Sería capaz

de retorcerle el pescuezo! ¿No me crearás, verdad, mi pequeño René? Eso lo pensaba yo también; cuando digo algo así ¡es mi límite, mi parada! Es todo lo que hay, y tampoco habrá más, ¡no violo a la gente! Ya me controlaré.

Karel y Hans han quemado las víboras. Las pitilleras doradas con las esmeraldas han sido pasto de las llamas. Las estilográficas doradas las ven como una enfermedad contagiosa, están hechas pedazos en el cubo de la ceniza. No escriben con tinta diabólica, sienten que les ha contagiado. Ya veo esas plumas que me quieren insertar en el sombrero, pero a ellos también les deseo unas cuantas. ¿Por qué iba a andar yo solo con ellas? ¿Viste ese rico vino de allí, Karel? ¿Viste esas dos botellas de whisky que te vaciaste en una noche con Hans? ¿O pensabas que desde lejos no me enteraba de nada? Estoy detrás de ti y no me ves. Habías llegado al punto en que te daban de beber vinagre... Te lo bebías, ni siquiera lo escupías, te habías cargado a fondo tu paladar. Pero ¿veías cómo se divertía Hans? Y ¿tú? ¿Picas? ¿Y tú quieres contarme ahora que allí me entraron ínfulas de sultán? Pero, vaya, vaya.

Ay, mi pequeño René..., ¿crees a tu padre y no al viejo Frederik?

Cuando alguna vez participaba, tomándome algo de sus delicias, ¡me convertía, tal como tuve que aceptar, en un viejo borracho! ¿Qué digo? Santo cielo, Karel, ¿de qué hablabas? Hans tiene que largarse, al menos por el momento, ¡él es quien te ha envenenado!

Yo no, fue Hans. Y, naturalmente, tus orígenes campesinos. Me voy a tus cerdos, pero ¡les (os) juro que me echarán (echaréis) de menos! Mejor vete ahora a Bertito Pedito, a Gerardito Tocaculos, a todos los amiguitos del pequeño René. De todas formas iré a buscarlo más tarde, y entonces estaremos otra vez juntos durante años. No, ya no iré nunca más solo, Erica. ¡No te dejaré sola nunca! ¡Nunca! Pero cuando me hiciste asegurar eso pensé también: mientras que no me eches tú de casa. ¡Y ahora estamos allí! Si no te amara, ya no regresaría nunca a tu vida, pero dado que poseo amor, seguiremos. “Can you believe this, the holy truth?” (¿Puedes creértelo? ¿La sagrada verdad?).

Ay, pequeño René..., ¡o tendrás que demostrárselo tú!

No puedo dejar el cuaderno de bitácora jamás en manos de ellos. Lo que podrían hacer hoy, lo que podrían aprobar, mañana me lo vuelven a quitar. Y entonces me encontraré ante un caos inmenso. Tengo que guardar sus palabras y actos hasta mi muerte. No son farsantes, no son malos, es que son así. Ahora puedo imaginarme sagradamente que Cristo dijera una vez: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. No me voy a poner detrás de Cristo, pero ¡así es! Nada de dejar en manos de otros los cuadernos de bitácora o terminarán en el fuego. Pero ¿no dijo Erica que si por ella fuera yo podía decir lo que fuera? Sus pocos gramos de sentimiento se han consumido. Ya no tiene nada para dar a la humanidad. Ahora que huelen el olor dulzón de las víboras, de las víboras del desierto —que son muchísimo peores que las

especies del bosque o acuáticas—, ponen pies en polvorosa, todos juntos. Aquí estoy con el pequeño René, solo, pero aún quedan dos almas y saben a dónde iremos. Conocen el camino a través de nuestro desierto. Oyeron osos, pero no se veían por ninguna parte. Oían chacales, pero eran sus propios gruñidos interiores, su miedo. Estaban acostados, golpeados por la peste y el cólera, pero ¡no eran más que imaginaciones, exageraciones! Ahora estamos ante serpientes y osos pardos, estamos ante una madriguera de leones, y tienen que confesar lo que quieren y si pueden y saben aceptar dolor y pena, si saben valorarlo, porque ¡es lo que tiene que hacerte bajar la cabeza!

Creo que ya estoy, en la granja ya diré lo otro, dejaré también constancia de aquello para sus vidas. Lo sé, pequeño René, ¡no me olvido de nada!”.

Cuando todos dormían, cuando estuve seguro de que no podían oírme y el pequeño René me enviaba mi nombre con suaves gorgoteos como me había enseñado la esfinge y como la diosa aún dijo que era posible si eres capaz de pensar en los prójimos con amor, me fui gateando hasta nuestro hijo. Cuando me encontré acostado contra su camita, con mi nariz apretada contra su naricita, el chico me dijo:

—¿Estás triste, verdad, tío Frederik? Pero ¡aún me tienes a mí! ¡Chsss! No deben oírnos. Vamos, mejor vete ahora, tío Frederik, ya iré yo a donde estés.

Volví a acostarme, me coloqué como lo hacen los yoguis, y un poco después ya oí:

—¿Estás ahí, tío Frederik? Estoy otra vez muy loco, ¿verdad? Pero mejor no hagas caso alguno, más o menos estoy jugando un poco conmigo mismo. Ya no hace falta que sigas susurrando, ahora puedes gritar todo lo que quieras, nadie puede oírte. Solo Anna es capaz de hacerlo, pero le dije que ahora tenía que ir a dormir. ¿Qué haces, tío Frederik?

—He seguido poniendo al día el cuaderno de bitácora.

—¿Esta madre mía ha vendido mi túnica?

—¡Sí, René!

—Y ¿me regaló sin pensarlo sus propios piojos?

—¡Sí, René!

—¿Y se creía ella que yo no lo sabía?

—¡Sí, René!

—Y ¿se cree que estoy loco?

—¡Sí, pequeño René!

—¿Cuándo te vas, tío Frederik?

—Mañana, pequeño René.

—Bien, entonces nos iremos juntos. Yo también me voy. ¿Te gusta, tío Frederik?

—Eso bien lo sabes, ¿verdad, tesoro?

—Desde luego que lo sé. Te estoy tan agradecido, viejito. Pero me prom-

etes que iremos al sultán, ¿verdad?

—Allí iremos, cuenta con ello, René.

—Entonces todo está bien. Yo mismo esconderé mis colorines. Me voy, llamaré un momento a Anna. Tiene que guardarnos algunas cosas. Tiene que quedarse aquí y velar. ¿Lo sabes? ¿Sabes quién soy? ¿Pensabas, tío Frederik, que era René? Soy yo, soy Mohamed, ¡por medio de esta vida llego a ti!

—¡Santo cielo!

—Vete a dormir, descansa, vete por un tiempo. Cuando veas mi estrella regresarás aquí. Te saludo, ya no estarás solo nunca. ¡Nunca!

Me fui a dormir. Karel se me acerca por la mañana. Pregunta:

—¿Cuándo te vas, Frederik?

—Ahora mismo, Karel.

—Creo que René está un poco mejor. Mejor que él espere un poco; diría, incluso, que podemos llevarlo con nosotros.

—Bien, Karel. Haz como mejor te parezca.

—Te espero para dentro de una hora. Estate listo para entonces.

—Sí, Karel, lo estaré.

No pasaron ni diez minutos cuando Karel ya oyó que tenía que cambiar todos sus planes. René estaba hecho un energúmeno diabólico. Hora y media después íbamos en coche por las praderas holandesas con sus vacas, rumbo a la clínica educativa y de dementes “De Aquí Ya No Sales En Tu Vida”. No podemos hacer nada por ti, aunque intentemos de todo. Ni nosotros sabemos. Alguno que otro se libra, pero ¡el resto sigue estando muerto en vida! ¿No lo sabe la vida? ¡Es una máscara! Ya te lo explicarán las máscaras, basta con que inclines la cabeza, es todo. Pero eso, al parecer, no es tan sencillo, porque ni siquiera te conoces a ti mismo. ¡Lo que hasta hace unas horas aún poseía belleza va directamente al estercolero humano y ya ni es digno de una mirada! ¡Por ejemplo Karel y Erica! También ese sinvergüenza de Hans, ese arrastra a estos mis hijos hasta otra miseria que ahora se están creando para ellos mismos. Es algo que yo no puedo cambiar para nada, ¡ellos mismos lo han querido así!

Observo nuestro precioso ganado, el pequeño René no, la criatura duerme. Pero pobre chico. Pero ¡esta conciencia te cuesta sangre! Enseñar a la gente lo pagas con tu persona, te vas a su hoguera. Karel no me da ninguna palabra, ese está pensando. Busca algo y no sabe por dónde empezar. Sí siento: ya se arrepiente, pero quiero ver si quieren empezar a pensar de forma natural, ¡de lo contrario nunca llegaremos! Todavía se siente estupendamente, pero está encima de un pedestal y él mismo no lo ve. Pensaba estar regalándome sabiduría sobrenatural. Podría demostrarle que el remordimiento no dejará de manifestarse, porque siempre les mostré mi yo sagrado.

Entregamos al pequeño René, doctor Lent nos recibe. Pero Karel ya no

tiene tiempo, ya se larga. Lástima, Karel, tampoco esto es necesario, podrías haber tratado a este hombre, que lo hace todo para tu vida, con un poco más de amabilidad. Es una equivocación, estás equivocado, todo lo haces añicos. El chico añade todavía, como para demostrar que es grande y fuerte, y que me sigue, que nos sigue a todos nosotros:

¡Adiós, tío Frederik! Lo haré lo mejor posible, ¿me esperarás? ¡Ya se lo haré pagar!

Lo entrego al enfermero que se queda con él. Besa al chico. Es como si fuera de su propia sangre. Se lo agradezco a esta vida y lo recordaré. La diosa regala dulces a esas vidas, para la vida propia y la de sus seres queridos. ¡Esas cosas no se me olvidan! Ahora tendría que irme a donde su padre, pero me quedo un rato charlando con el doctor Lent. El hombre tiene mal aspecto.

—¿Qué tal, doctor? ¿Está cansado?

—Estoy extenuado. Pero le agradezco que me haya avisado. Hemos despedido a ese hombre, no consentimos que haya violencia. Si vuelve a oír algo más...

—¿Cómo van las cosas aquí, doctor?

—Muy bien..., pero tengo que darme un pequeño descanso.

—¿Tiene vacaciones?

—Tres meses, creo.

—Entonces me gustaría hacerle algunas preguntas, doctor. ¿Cree usted, doctor Lent, que la luna haya predicho la llegada de la pirámide?

—¡Desde luego!

—¿También cree que la diosa de Isis tenga poder?

—Creo en eso, he leído mucho sobre eso. Es tan verdadero como que tenemos que aceptar que el mal de este mundo clavó a Cristo en la cruz, destruyendo así la luz.

—Tengo una última pregunta, doctor. ¿Cree que las leyes sobrenaturales puedan proteger al ser humano?

—Sin duda, ¿qué sería de nosotros si no fuera así?

—Exacto, doctor Lent, así es. De modo que a usted se le puede alcanzar, no son margaritas para los cerdos. Mire este papelito. Muestra numeritos, puede verlos como jeroglíficos que puede traducir en dinero contante y sonante. Es un detallito de la diosa, tiene que tomarse un descanso. ¡Necesita usted descansar y su alma llora por esta Madre! ¡Sus oraciones han sido oídas! Puede considerarse afortunado de que usted sea verdadero, de que tenga amor, para que continúe. ¡Salude de mi parte y del pequeño René a la esfinge! ¡Saludos para las ruinas de Lúxor, Ra, Re e Isis! ¡Salude a la pirámide! ¡Acuéstese una horita allí y piense un poco en nosotros! Compre algunas bonitas túnicas, las necesitaré más adelante para volver a encarrilar a unas cuantas almitas en lo oriental y asegurar sus pasos. Compre una túnica azul,

una verde, una verde esmeralda, una roja de tono rosado con tintes violáceos, igual que se puede ver allí la luz crepuscular. Cómprase dos pitilleras doradas, una con un ópalo y una con un hematites rojo, y dos estilográficas doradas. No se olvide de comprar las sandalias a juego con las túnicas, allí se las hacen. Siempre son a medida. Pero primero vaya a Alejandría y acuda a esta dirección. Allí se encontrará con Mohamed Réche, un amigo mío y veterano sacerdote. Él lo recibirá. Le doy una recomendación para que se la lleve, y nadie lo parará allí. No escale ninguna pirámide con escaleras, doctor Lent, sino que debe atrincherarse allí, no se prive de vivir una noche en el desierto, no tema..., lo seguiré. Piense en nosotros, en el pequeño René y en mí, y en sus hijos enfermos. Pero descanse; no se olvide de que no hay nadie que lo entienda a usted. Diga solo a sus seres queridos a dónde va, no puede confiar estos asuntos sagrados a nadie más, o le declararán poseído. Si su esposa lo quiere acompañar, pues, eso ya es algo suyo. Pero si ella poseyera el sentimiento sobrenatural de concedérselo, lo cual usted transferirá después a su alma y vida, mejor. Entonces usted podrá sintonizarse plenamente con la diosa sin tener que repartir su atención. ¡Yo ya me encargaré de la alfombrilla!

—Pero eso no es posible, ¿no?

—Vaya lo antes posible. El verdadero amor, doctor, siempre recibe su recompensa. Soy yo quien se lo dará en nombre de este mismo y en el del Dios de nuestra vida. Tráigame las túnicas. Aquí tiene mi dirección. Cuando vuelva espero verlo.

—Pero...

—Ni una palabra más, doctor, ¡todos anhelamos volver a casa! Que le vaya bien, amigo mío, el dinero carece de importancia para esos mundos. Además: es propiedad de usted mismo. Antes le pertenecía a usted; ¡había gente que se lo guardaba!

—¡Pero...!

—Nada, doctor del pequeño René, ¡allí le contarán quién es nuestro hijo! Y quizá usted abra los ojos a sus padres. Yo vivo demasiado cerca debajo de sus corazones. Insisto: ¡al final de este camino volveremos a vernos!

Hacia las seis y media llegué a casa de los padres de Karel. Su segunda madre, que le caía mal, me pareció un encanto. Wolff padre es práctico y abierto. Sus antepasados eran alemanes, pero ellos son auténticos campesinos holandeses. Yo recibí una preciosa habitacioncita en el pajar. Pero también podría haber elegido otra estancia. Esta me pareció la mejor: estaba allí solo, una delicia. Entonces empecé mis estudios para convertirme en un buen granjero. Empecé a entender de cerdos y gallinas, de los animales sacrificados y ahumados, de embutidos, de col mezclada con patata y tocino. Unos días después, los mozos y las criadas y yo ya éramos uña y carne. Araba y sembraba, hacía lo que podía; el médico, en cuya casa estaba alojado, así lo quería. Y

no me equivoqué: aprendí a pensar como un granjero y absorbí el extraordinario hedor para adquirir para mi alma la base normal deseada. Pero, añadido: lo hacía por otros, porque sé lo que hago y a dónde voy, ¡hasta en mi sueño!

Las semanas se van sucediendo. Los meses pasan volando. Un buen día tengo a Erica delante de mí, que llora a moco tendido.

—Pero ¿qué hicimos, Frederik? ¿Fui yo misma? El doctor Lent estuvo en casa, nos habló de su viaje. Hans y Karel recibieron una paliza como no se la habían dado nunca antes. Y yo me avergüenzo mucho. Frederik, dime lo que tengo que hacer, o me quito de en medio. Ahora quiero demostrarte que quiero morir por ti. ¿Hay alguna posibilidad de enmendar eso todavía, Frederik? Cómo te hemos mancillado. Ay, Dios mío, pero qué diablos que somos. Frederik, ¿te vienes conmigo a ver al pequeño René? ¿Vamos juntos? Ay, Frederik, deberías darme un puñetazo. ¿Por qué no dices nada? Pero, pégame, ¿no? Frederik, párteme, perdóname todo, he sido tan estúpida, tan pobre. Karel no se atreve a dejarse ver. Hans se ha quedado destrozado. De nuevo —dice— hemos sido obligados por un poder diabólico a servir su vida. No vamos a poder enmendarlo jamás. Hans ya no puede trabajar. Karel ya no sabe lo que tiene hacer o dejar de hacer. Cuando Anna le sirve se asfixia comiendo. Ella es un hacha. Si no estuviera ella, Frederik, habría muertos. Creo que nos daríamos una paliza a nosotros mismos. Pero di algo. Entonces concédeme una sola palabra, Frederik. ¡Hazlo por el pequeño René! ¡Hazlo por el pequeño René! Te lo suplico. Te lo digo bien claro: hazlo por el pequeño René, dale una palabra a su pobre madre. El doctor Lent nos ha contado todo. “Dios mío”, suspiró, “qué han (habéis) hecho. Cómo es posible, ¿es que han (habéis) perdido el juicio? ¿Han (habéis) puesto semejante carácter noble entre los campesinos? ¿Quieren (queréis) enseñarle algo? ¿Tiene que aprender él, que fue acogido allí con los brazos abiertos, lo que es un cerdo? ¿No se avergüenzan (os avergonzáis)? ¿Es esto comprender el amor? Ve y arrástrate hasta él”.

Frederik, tendrías que haberlo oído. Ay, mi Frederik, ¿no es posible enmendar esto? (—dijo).

¡Dejé que se marchara! ¡No dije ni palabra! Pensé: ‘Volveré a picar. Quiero ver lo que ellos mismos son capaces de hacer’. Llegó justamente el día en que íbamos a llevar a un niño a bautizar. Al padre de este niño, que recibirá mi nombre, yo lo había llevado por otro camino. Le dije que en una figura humana en la tierra había más carne y sangre que en aquel por quien estaba de luto. Entonces miró en otros ojos y recibió su felicidad como ser humano. Al niño lo vamos a bautizar hoy. Ya no tengo tiempo, Erica, mi tarea aquí me ocupa por completo. Saludos a tu cónyuge, también al señor catedrático... De momento no iré a casa, tengo que cuidar de mis pulmones. Pero ¡creo que superaré este achaque! ¡Váyase y ya no me diga ni una palabra si no quiere

perder la vida, señora Wolff!

Y ahí se fue. ¡Destrozada! Pero ¡es necesario! A mí no me van a conseguir por el momento. Eso ya se andará, pero seré yo quien lo haga andar, ¡edad y sabiduría no me faltan para ello!

Entonces vino el doctor Lent. Me trajo todas esas túnicas preciosas. Esas cosas sagradas me las guardé bien y me quedé a la espera. Estuvimos hablando largo rato y se había convertido en otra persona. ¡Va a escribir un libro sobre el asunto: “Cómo aprendo a inclinar la cabeza”, o: “La estulticia humana”! Otras personas también escriben sobre eso, pero desconozco sus títulos. Todos hablan de un solo asunto, pero el ser humano no se pone a ello. ¡Lent describe cómo se hizo niño en poco tiempo! Cómo empezó a creer en poderes y fuerzas sobrenaturales. Tres semanas lo tuvieron esperando en la alfombra y ¡entonces llegó a oír ese sonido con el que destronó a Karel, Hans e Erica! ¡Adiós pedestales! ¡Adiós máscaras!

Después vino Karel. Me llevó a René. Pero el chico estaba gravemente enfermo, por lo que no nos sirvió de nada. Tres semanas después fue de nuevo, ahora todo iba mejor con René y yo pude hablar deliciosamente con el chico. El médico estaba muy contento. Las cosas van por buen camino, dijo, ya lo verás, Frederik. Cae por su propio peso que nos hicimos amigos.

Pero también a Karel le dejé que volviera a casa derrotado. Le hice saber que no tenía nada en contra de él, pero eso tampoco era el caso con los apóstoles de Cristo; también ellos tuvieron que aceptar esa larga espera, estos dolores. A Judas eso le llevó a suicidarse, Pedro se desbocó como un espíritu quebrado y se volvió loco de pena, porque sabía que había sucumbido por Cristo. Karel tiene que sentir algo de ese arrepentimiento, ahora pongo punto final a eso, para siempre, todo por su propio bien. No se me puede comprar. Los sentimientos se me van muriendo, ay de aquellos que los dejan morir. Sigo amándolos, pero para esta vida me han perdido. ¿Que si hay otra vida? Eso ya lo sabemos, pero aún no conocemos las leyes. Pero ¡también eso vendrá!

Medio año después de repente Karel se plantó frente a mí con el pequeño René. El niño quería venir a verme como fuera. Preguntaba por mí día y noche. Según Lent, eso también puede tener un efecto sanador, y es cierto. Estimado Lent, conoces las leyes. Llegarás lejos, dejarás atrás a Hans. René se quedó una semana conmigo. Después lo devolvimos y se quedó tranquilo. ¡Cómo estuvimos juntos! Erica vino otra vez y volvió a llorar hasta más no poder. De la boca de René salió:

—Ves, madre, no crees en la verdad invisible. Pero esta la golpea. Esta le pregunta a dónde quiere ir usted.

Pensé: ‘Mira, cuando las leyes tocan su vida empieza a usar ‘usted’ y ‘su’, si no le habla a su madre de ‘tú’. Ya ahora Erica recibió su primera paliza de su loco. Se quedó mirando con los ojos como platos. También a Karel le echó un

rapapolvo. Preguntó cortésmente cuándo pensábamos regresar. René le hizo saber que él mismo sabía cuándo lo llamaba el doctor Lent, entonces iba de inmediato. René está sentado conmigo fuera y hace esbozos. Esta joven vida, que está despertando, crece hacia el proceso de evolución para la propia alma y el propio espíritu. Las cosas le van a las mil maravillas, según constaté; podemos estar contentos. Cuando luego llegue a casa podemos empezar con sus estudios. Primero a por un preceptor. Tengo que darle lo mío, pero entonces, quizá ya en unos años, dormiré y me dará su sabiduría. Frederik, ¿ves ahora detrás de esta máscara? ¡Más tarde se caerá!

Erica y Karel tenían que aceptar la bondad de las intenciones de su hijo y que también lo sabía para él mismo. Cuando Hans y Karel nos vinieron a ver, René aseguraba que así tenía que ser, porque Mohamed tuvo que ir a la montaña, y no la montaña a Mohamed. Karel no sabía dónde meterse, pero lo tragó. Yo me hacía el loco, pero ellos no se dejaban tomar el pelo. Los avergoncé hasta lo más hondo de su ser. Paré cuando vi que no debía ir demasiado lejos y que solo conseguiría matar estos corazones. Y ¿cuál fue el final de este viaje?

Karel, que no iba a casa debido a su segunda madre y que no podía ver ni en pintura a su padre cuando este decidió volver a casarse, empezó a sentir un amor por su nueva madre que a su primera no había dado. Wolff padre me dice:

—¡Frederik, doy gracias a la Providencia y a tu diosa que te hayan enviado aquí, porque he recuperado a Karel!

A Karel realmente se le caía la baba con la mujer de su padre. Nunca antes lo había visto así. Esto era auténtico, lo sentía de verdad, estaba seguro de su amor. Son como dos amantes: tantas son las cosas buenas que él le da a ella, que a primera vista, sin embargo, no tiene nada que ver con él. Wolff siguió en las nubes, gracias a ello su maravillosa empresa fue medrando, y sus gallinas y cerdos crecían que daba gusto. Cuando casi pasaron estos años, habíamos creado una sola familia, era una gran familia que no paraba de crecer. Mientras tanto había mantenido el cuaderno de bitácora al día. Ahora creo que se lo puedo confiar, pero hay y seguirá habiendo diablos mientras entre nosotros vivan máscaras humanas. Así que no lo hice.

Entonces llegó el momento en que se nos concedió traer a René a casa. Karel y Erica, Hans, Wolff padre y madre: nos vamos todos para darle al chico el sitio que le corresponde. René está extraordinariamente bien. Me hizo saber:

—Tío Frederik, ¡estoy mejor! Me lo dijo la diosa. Ya lo ve usted: todo lo que ha venido diciéndome no ha sido en vano. Le estoy muy agradecido, en todo y por todo. Vuelvo a preguntarle: ¿Quiere ayudarme?

—Te ayudaré, René, pero ¿por qué estás tan lejos de mí?

—No sé lo que es, Frederik. Cuando estoy delante de ti y hay algo en mi interior que quiere empezar a hablar, lo que mamá llama las conversaciones cuerpo a cuerpo, me entra —tú mismo lo dices— una fuerza que me obliga a usar ese lenguaje. No lo aprendí allá. Pero, ya lo sabes, ya lo he conseguido: voy a esforzarme, voy a estudiar.

¡Ese es nuestro René! El doctor Lent casi no podía despedirse de él. Él mismo no se lo creía. Yo le había dicho a Lent cómo tenía que hablarle al chico. Lent le contó todo de mi vida, el propio Lent se encargó del desarrollo global de René, lo que a Karel y Erica les llevó a decir que a René le había salido un padre más. Está tranquilo, consigue dominarse, ha despertado. Sabe leer y escribir, otras cosas, no. Pero esas otras cosas tampoco son necesarias. Ahora tenemos que demostrar si Oriente tiene razón o si cuenta cuentos. Pero ahora he visto y podido aceptar que su vida se manifestó infaliblemente. He vuelto a tener razón, René se ha recuperado, en unos meses tendrá diecisiete años. Por aquel entonces sentí que tomaría este tiempo antes de que estuviera bien. Ahora ha llegado el momento.

En el cuaderno de bitácora pone: “Ya no quiero oír ni palabra de Karel, Erica y Hans sobre sus caídas, su desmemoria por haberles regalado yo mi mejor amor de todos. No tenía otra cosa que dar, pero ellos se han desmoronado de forma clamorosa. Las cabezotas se han inclinado y eso en el fondo es mi mayor felicidad. Si hubiera tenido que perderlos —lo que me parecía imposible de creer—, habría sido el peor golpe en mi vida. Estas máscaras se cayeron, ellas mismas se han tenido que hacer con una túnica diferente. Eso lo pide el Dios de todo lo que vive a nuestra personalidad humana. Y eso nos producirá alegría a los seres humanos; algún día desde luego que tendremos que inclinar las cabezas, así que ¡mejor hacerlo ahora!

Lo que quedó fue mucha felicidad; Karel, Hans y Erica se han convertido en otras personas. Las túnicas y las pitilleras las mantendré por el momento al alcance de la mano, eso quizá más tarde; primero quiero ver cómo dan sus primeros pasos para la nueva vida, quiero saber si su yo mejor logra seguir imponiéndose. O de lo contrario estaremos de nuevo ante la miseria, y esa ya no la quiero para nada. Una cosa sí sé: hacen todo lo posible por enmendar. Nuestro gran Hans, tan fuerte, ha perdido la cuenta. Es igual que un niño. Pero sus terribles arranques, su carácter académico que cierra los ojos antes los asuntos sobrenaturales con tenacidad y cabezonería, algún día le servirá un plato que le costará las muelas espirituales. ¡Ojalá que eso no se convierta en una trampa! Estoy curioso por saber si este carácter algún día se desenvolverá de tal forma que lo veamos y amemos en la verdadera luz.

También creo que ahora están en condiciones de hacer una travesía del desierto. Pero ¡para eso necesitamos un guía muy bueno! Si se me concede a mí serlo entonces ya sé qué hacer. Ahora que están dándole vueltas a aceptar

la “desnudez” llega la audición de esa antigua voz a sus vidas; no creo que volverán a reírse de mí.

El Pequitas, el pequeño Abraham el Nalgudo, Gerrit Tocaculos, Bert el Hambriento y muchos otros se despidieron de René. Dijo a los chicos:

—Ahora me voy, pero volveré. Me he convertido en otra persona. Gracias por su (vuestra) ayuda. No los (os) dejo solos, que Dios me libre. Tendrán su (tendréis vuestra) bici. ¡Todos una bici! Lo saben (sabéis), ¿verdad?

Los chicos se abalanzan a abrazarlo, son los conscientes entre todas estas almas muertas en vida. Después René está ante su médico y dice ahora, tal como le he enseñado:

—Doctor, no sé cómo darle las gracias. Soy otra persona, le agradezco todo su esfuerzo. Sé muy bien que cuando estaba muy malo, usted se sentaba junto a mi cama, día y noche. Algunas veces hablaba la diosa, ¿no es así? Cuando se me encerraba en la celda no estaba solo. Hay que eliminar su viejo coche, le voy a comprar uno nuevo.

René me mira y el doctor ya sabe por dónde van los tiros. Añade:

—¡Mejor dale el viejo a los chicos!

Y después ve a su enfermero:

—Hola, Willem, yo te voy a dar tu trozo de tierra. Willem, ¿por qué lloras?

Repartió sus obsequios como un rey. ¡Un iniciado que está despertando! Rachi-Hadju se revela. Papá y mamá se han quedado como si estuvieran viviendo un milagro. Y se parece un poco a eso; aunque me obligo a seguir pisando el suelo firme con ambos pies, sí que planeamos un poco demasiado alto. Pero ya nos apañaremos, ¡hoy todo está permitido! Tengo un calcetín de esos del que puedes sacar de todo, tan pancho, y Hans le regaló una buena suma, con la que se puede comprar diez casas. Ya solamente para enmendarse él mismo. Después nos despedimos de la “Casa De Aquí Ya No Sales En Tu Vida”, que pronto habrá que modificar, porque ahora la diosa de Isis vive detrás y dentro de la misma, como una protectora. ¡La de cosas que se pueden conseguir con la hipnosis! La de cosas que un sueño impuesto es capaz de juntar por arte de magia. Pero ¡aún no hemos llegado!

La diosa dijo: “¡Cuando sepan (sepáis) inclinar las cabezas, no se olviden (os olvidéis) de mí!”. ¡Y así es!

Hoy es fiesta. Anna se presenta vestida en seda, a Erica al final sí que le regalé otra hermosa túnica. Karel y Hans se fueron volando a la calle cuando les puse en sus doctas manos los nuevos estuches. Estas plumas han adquirido ahora valor, solo escribirán poemas muy bellos y Hans los elevará hasta Nuestro Señor, en el que cree una mínima pizquita, sí que cree a pesar de todo en que en las cosas hay y existe alguna dirección, siempre que pierdas tu propia máscara material. Me dijo:

—¡Quiero perder esta máscara, Frederik! ¿Me crees?

Y Karel dijo:

—Yo empiezo detrás de los cerdos. Mi padre dice: “Allí es donde naciste tú, pero te olvidaste de que las chimeneas por donde sale el humo en las ciudades tienen que ser construidas”.

¡Hay que ver con este viejo —añadió—, ¿eso lo hiciste tú, Frederik? ¡No sabía que mi padre fuera poeta!

Estamos sentados en la mesa, comiendo y bebiendo. También están las velas de siempre. Vivimos en el año mil novecientos y tantos, es el siete de abril... la primavera está por caer. Los pájaros ya están cantando... Aquí la gente es feliz, todos llevan vestidos de seda, también los hombres. René es nuestro héroe. No te lo crees cuando lo oyes hablar. También este talento innato ha despertado. Creo ahora que el ser humano está más de una vez en la tierra, aunque todavía me faltan las pruebas de ello. ¡Continuamos! Hans se levanta y quiere decir algo, estoy tenso:

—Mi Erica, mi Karel, papá y mamá, René, mi Frederik: quiero decir algo, pero ahora no puedo. Estoy demasiado lleno de gratitud y felicidad. Cómo dar las gracias, Karel, Erica, Frederik, por todo lo dado a mi vida. No lo he merecido, y sigo sin merecerlo, pero quiero llegar a ser digno de ello. Que Dios me dé las fuerzas. Creo que todos podemos decir: Frederik, fuiste tú, tú fuiste el alma para nuestra vida. Si resultara que me rebelo otra vez, ¡pártanme (partidme) sin miramientos! ¡Pártanme (partidme)! ¡Péguenme (pegadme)! ¡No me ahorren (ahorréis) nada! Una cosa desde luego está por encima de todo, de cualquier erudición... Es la amistad y el amor desinteresado que nos diste, Frederik. Me he inclinado; quiero dar mi vida a todos ustedes (vosotros) y a mis enfermos. La misericordia que he obtenido así, Frederik, la espero conseguir poner en tus manos al final de mi vida. ¡Haré todo lo que pueda!

Karel dijo a continuación que ha llegado a darse cuenta, igual que Hans, de que la inmaculada claridad de mi vida es capaz de mover montañas. Su máscara yacerá a mis pies y puedo pisotearla. Pero, pégame, pide Karel, pégame, por favor, Frederik, ¡quiero hacerme otra persona!

Erica lloraba y lastimaba su corazón abierto. René dijo de repente:

—Si hay alegría en sus (vuestrós) corazones, entonces ¿por qué seguir desesperando?

Erica se abalanza sobre su retoño y casi lo mata aplastándolo de felicidad. ‘Ves’, pensé, ‘¡allí ya está Mohamed!’: ¿Creen (creéis) en los cuentos de hadas? ¿Creen (creéis) en las historietas orientales que te sirven delante del fuego en invierno? ¡Aquí ya están!

Con todo, un día maravilloso.

Erica suspira:

—¡Qué día!

Anna dice:

—¡Qué día!

Karel dice:

—¡Bueno, bueno!

Hans nos asegura que casi se asfixia. Y los padres de Karel ahora se han convertido en número uno. Hay que ver con semejante segunda madre. — Dado que tu vida irradia amor —le dice Karel—, quiero volver a nacer por ustedes (vosotros) dos. ¿Es que nos hemos tratado aquí o allá?

—Ves, Karel empieza a interpretar asuntos sobrenaturales. A su vida ha llegado el despertar, y eso ha sido cosa de aquella segunda madre. ¡Estamos empezando a hacernos los orientales! Pero a través de los sentimientos y la conciencia occidentales nos encaminamos hacia una bifurcación..., hacia un lugar donde se conoce el secreto, donde puedes enterarte de por qué se durmieron los apóstoles. ¡Estás ante el gallo de Jerusalén! ¡Y a cada instante piensas que el animal cantará, lo cual quieres evitar! ¿Se dirigía el animal a mí? No, a ti, no, ¡creo que a tu máscara! Arroja esa maldita túnica prehistórica, conviértete por fin en un ser humano como Él quiere que seas. La fe sigue siendo fe, una oración es una oración en todas partes, da igual que la eyles en español o hebreo, en árabe, ruso, francés, inglés o alemán, italiano o malasio. ¡El Dios de la vida siempre nos entiende! Hay que amar, todo lo que vive, ya lo dije; y el sudor de la frente dejará de ser un castigo, sino que cada gota será una piedra preciosa para tu corona humana, que la estrella de Oriente coloca encima de tu cabeza humana, tan hermosa a pesar de todo, encima de tu propio “castillito”, ¡lo que te deja —puede dejarte— contento y feliz! Amén... añadí, pero todo eso estaba en nuestro cuaderno de bitácora. ¡Continuamos con nuestro viaje...!

Tuve que decir algo más, a costa de lo que fuera, antes de que mis hijos se fueran a dormir. Para terminar les dije:

—Imagínense (imaginaos), hijos: todos nosotros somos actores de teatro. La gente en la sala nos escucha, hay dos mil cuarenta y cuatro personas que siguen nuestra obra ‘Las máscaras y los seres humanos’. La sala está a oscuras, estamos en el escenario del mundo. Tengo la palabra y digo: “¿Lo ven (veis), amigos, hermanas y hermanos míos? Esto es lo que nos da la tierra bondadosa: ¡una gran felicidad! Los seres humanos tenemos que empezar poniendo en nuestro propio círculo y en nuestra propia familia los fundamentos para una existencia mejor y más tranquila. Si somos capaces de eso, ¡se nos concederá seguir! Viva la reina..., viva la *diosa* de Isis... ¡Los mundos solo llegan a significar algo si los seres humanos sabemos valorarlos! ¡Hay que llevarse a uno mismo al “Gólgota”! ¡Allí hay que inclinarse! ¡Allí hay que suplicar por fuerza, vigor y felicidad! No hay que pensar —jamás— que uno mismo sea capaz de hacerlo, cada uno ha de saber, de ahora para siempre, que esta breve

vida de nada pasa. ¿Estamos listos para recibir a otra persona? O ¿no creen (creéis) en estas majaderías? ¡Entonces los (os) llevo al siguiente acto de esta obra, que explica las máscaras! ¡Hay que arrancar la máscara propia! ¡Hay que hacerlo ahora! ¡En cinco minutos estarás ante tu propio ataúd! Y entonces ya te gustaría, pero en ese momento ya no hará falta. Allá hay otras leyes. ¡Que deciden sobre la suerte de tu alma, que le brindan la verdad eterna! Hasta luego, queridos míos, voy a dormirme”.

Estoy en la cama y pienso sobre todas las cosas. No tengo nada de qué quejarme, fue un día fabuloso. Alguien toca en mi puerta y oigo:

—Frederik, ¿quieres escuchar ahora mis golpeteos? ¿Puedo entrar? Quiero regalarte ahora mi primer beso.

—Entra, sin problema, mi santidad..., ¡lo deseo! ¡Solo uno! ¡El otro me lo darán allí! (—dice).

Nuestra buena de Anna dice:

—¿Viste todas esas flores, Frederik? Las mías se las regalé a René. ¿Y viste volar mi palomita? Ya me voy; aunque pasen siglos, ¡te esperaré en la bifurcación! Ahora sé que estarás para siempre.

—¿Viste como cayeron todas esas máscaras? —cruza mis labios. Después me sumergí en un profundo sueño. Soñé que estaba en el Tíbet, que me paseaba por un templo donde llevaba la voz cantante. Me seguían cuatrocientos siete hombres y mujeres. Les hice arrodillarse. Llevaban fabulosas túnicas, entre las cuales las había muy sencillas. Yo mismo llevaba un hábito con tonos pardos y amarillos. El signo de la mayor dignidad de todas me acompañaba revoloteando en mi hombro izquierdo. Era una pequeña cinta, sencilla, pero de infinitos colores. En ella podían verse las estrellas, los planetas y los sistemas solares, figuritas parecidas a seres humanos vivientes, pero estas también representan “infiernos y cielos”. El ser humano hermoso y el tenebroso. Con esa dignidad por delante y por detrás de mí, a la izquierda y derecha de mi vida, dije, me oí decir a mí mismo:

—Cuando lo más elevado de todo despierte en tu vida ¡sé capaz entonces de inclinarte! Si tú mismo quieres despertar, empieza con otro. Si ese corazón habla sobre ti, no necesitarás hacerlo tú mismo. Entonces ya vas siguiendo tu despertar y podrás estar seguro de una revelación para tus vidas.

Para tus vidas, ¡porque después de esta continuarás! ¡Nos conocemos, pero aún desconocemos cómo recuperar el equilibrio entre lo que fue y esto que vendrá!

Me desdoble de mi cuerpo para explicarte esas leyes. A mi lado está Rachi-Hadju... ¿me creará la muchedumbre?

Después se difuminó la imagen. Fui caminando a través de todas esas personas; tengo detrás a un chico de catorce años; un poco después veo que el muchacho ya tiene diecisiete años. Voy ascendiendo, subo y bajo escaleras.

Muy arriba, en la torre de este edificio, me encierro con el niño, con esta vida. Agarro los libros de nuestros antepasados y dicto:

“Cuando el Dios de todo lo que vive empezó Su creación, no había nada. Cuando descansó después del primer día, esas horas tenían una antigüedad de millones de años, así es como hay que verlas. Gromé Sélectis... ¿me reconoce usted? ¡Yo a usted lo conozco! ¡Lo veo! Pues siga adelante..., si puede leer esto y quiere comprenderlo, ¡enseñe a los pueblos de este mundo!

Cuando continuó edificando Su creación después de Su primer día, ¡vimos que surgieron nebulosas! Y esas nebulosas se harían más densas. Siete horas habían pasado, siete días, siete meses para la gente, que son igual número de millones de eras antes de que se asomara la primera vida humana y animal.

El hombre tiene millones de años. También el animal, también la vida de los planetas y las flores, ¡toda esta unidad universal!

El ser humano se impondrá..., pero ¡mediante el amor...! Continúa y llegarás a conocer la fuente de todo lo que vive. No podrás hacerlo en esta vida, pero llegarán vidas para las que vivirás y morirás, que son poderosas en felicidad y prosperidad. Tú, y esta vida a tu lado..., serán (seréis) iguales, porque ¡estoy con todos ustedes (vosotros)!”.

Desciendo, el chico me sigue. Abandonamos el edificio y nos mezclamos con la gente. Entonces vi mi muerte. Pero ¡mi vida prosiguió con el trabajo impuesto! Rachi-Hadju..., ¿no sucumbirá usted? ¡No...! ¡No...! ¡Estoy y seguiré siempre con usted! ¡Lo volveré a ver!

Me despierto de un sobresalto, son las tres, en plena madrugada. Todos duermen, solo aquí a mi lado oigo gemidos. ¡Es René! Vuelvo a dormirme y ya no siento nada de todos esos sueños. ¿Es posible actuar como un loco? ¿Es posible que uno sea igual que un niño? ¿Es sobrenatural un niño? Empiezo a pensarlo, empiezo a creer que la Biblia recibió esta sagrada verdad por los sobrenaturales. Entonces también hay algo para nosotros, y ¡no podemos quejarnos! ¡Occidente ha de despertar! Solo así llegarán los pueblos de la tierra a la unidad... porque Él solo creó una fe. No miles..., no decenas de miles, solo una..., cuya respuesta yo oí. ¡He de reconocer que el “gallo” me cantó! Desde ahora haré todo lo que pueda para ahogar de forma natural su voz; dicho de otra manera: ¡Yo mismo “cantaré”!

¡La gente ya se está quitando sus máscaras! ¿No es sorprendente? Cierto: esta noche hubo muchas flores... Empieza el siguiente... ¡nada nos puede detener! ¡Nada! ¡Somos y seguiremos siendo seres humanos! ¡Y en nosotros vive el otro yo, el yo mejor, que está sintonizado con Él, con Su Omnipoder!

Convértete en claridad inmaculada... y ¡habrás llegado!

Si Rembrandt aún viviera, tío Frederik, tomaría clases con él

Hoy tenemos un día festivo como todavía no hemos conocido ninguno, tan increíble es. René ha cumplido veintiún años, y Hans —cómo es posible— ha vuelto a casarse justamente en el día de su cumpleaños, con una criatura ¡tan hermosa, tan cariñosa, tan extraordinaria, que todos la consideramos un regalo del cielo! Y esta mujercita en el fondo no encaja con él. Es una lástima que lo diga. Tengo que desearle esa felicidad. Y es lo que hago, pero Hans mismo dice:

—No sé por qué me merezco esto... así de maravillosa es Elsje. Le saco veinte años a esta niña tan estupenda.

Hans lo ve como una tacha sobre su máscara, son salpicaduras que con una meticulosidad exasperante dejan una sensación mustia, y que se ha colocado encima de la mesa de los novios como un precioso jarrón con flores sin que nadie pueda alterarlas. Esas florecillas son lo más naturales posibles, colocadas dentro de ese conjunto, y encima delante de sus narices. Ambos tienen que verlas, quieran o no, ¡ahí están! Y este no es un regalo nuestro, fue el propio Hans quien las puso en la mesa. A nosotros se nos dejó admirarlas, y a todos nos pareció un milagro, algo tan hermoso no se ve todos los días. Cuando nos hubimos saciado de todo este encanto aceptamos con naturalidad que así tenía que ser e inclinamos la cabeza ante esta ley, ante esta posibilidad de empezar una nueva vida.

Hoy estamos de fiesta en el castillo de Hans. No queda ni rastro del jolgorio de baja estofa de Hansi. Hans se hizo con esta niña, esta joya de belleza humana, en algún rincón de la región de Achterhoek. No te lo vas a creer, pero no es de origen campesino, para nada. Elsje tiene veintitrés años y Hans —santo cielo, incluso me quedé corto—, casi cuarenta y cinco. Este milagro, que tan pronto se convirtió en señor catedrático, ha añadido otro a sí mismo, aunque humano, y se ha hecho uno con él. Cuando ves a Elsje no queda más remedio que pensar que esta niña tiene una naturalidad heredada, que a mí, como conocedor del sexo femenino —al que por otra parte he tratado muy poco—, me acaricia por dentro, me agrada. Es como el capullo de una flor, y te aseguro que ¡incluso ahora ya lleva pequeñas sandalias! Ahora ya... y sin embargo tan joven. Tiene una antigüedad, una vocecita que te sitúa delante del parloteo espacial de las flores de un solo color..., esa voz es dulce como el almíbar, de una calidez natural de la que surgieron las primeras sopranos de todas, que te canta ‘la canción del espacio’, si estás abierto a la música sacra, tal como la hizo Johann Sebastian Bach y nos la legó a los mortales.

¡Elsje es un gran milagro! Canta que es una delicia. Podría conquistar el mundo sin esfuerzo alguno, pero no lo hace. ¿Tú lo entiendes? Yo no, pero quizá algún día logre averiguarlo. Es como una mariposita, de un color azul y rosa, un profundo pardo rojo, tal como se ven en los países meridionales, donde esos animalitos llegan a tener los colores universales; las nuestras son pobres diablitos en comparación. ¡Elsje es el no va más!

También escribe poemas. Nos leyó un poemita de esos en el día de su boda. Naturalmente, lo anoté y lo guardé para más adelante. Aquí está:

“Estoy tan callada, pero ¿por qué?

Estoy tan feliz, pero ¿por qué?

¿Soy Vida?

¿Soy Alma?

¿Soy Espíritu?

Pongo todo en tus manos: por quien vivo es por ti, sobre todo”.

Y más tarde, en esta noche tan maravillosa, todavía oímos:

“¡Quiero ver el silencio en mí, sí!

Quiero ver ese silencio como espacio, y si es así:

¿Dónde podré encontrar todo esto?

Busco, vivo, soy como el viento, ¡quiero dar!

Quiero ver el día en la noche

Y a ser posible percibir su susurro en la ‘Noche Eterna’...

Quiero conocer el invierno

El verano, otoño y la primavera

Si Dios quiere, si Él lo quiere...

¿Estoy dispuesta?

Canto mi canto

Pensé hacerlo

Dándolo todo, regalándolo todo. ¿Lo veré a Él entonces

Elevado por encima de todo?

Ser portada... estar abierta para todos...

¿Lo recibiré?”.

Vi que René tenía los ojos casi desorbitados de felicidad. Y Hans se lo deseaba, igual que todos nosotros. La juventud veía cómo se revelaba la juventud. Elsje es una mujer mayor... Ama a Hans, está abierta y es consciente de su amor por un hombre mayor, porque de lo contrario —lo sé— esta vida sucumbiría. Hans se me acercó con sinceridad —Karel y Erica estaban allí— y preguntó:

—¿Que les (os) parece, gente? ¿Puedo hacer esto? ¿No soy demasiado mayor para esta niña? ¿Qué les (os) parece? Ya lo saben (sabéis): ¡ella es una reve-

lación y sabe lo que hace...!

Dijimos:

—Eso es cosa tuya, Hans. Aclárate tú mismo. Sabemos que a Elsje le parece un milagro. Anda, agarra tu felicidad con las dos manos, Hans..., acéptala como un regalo divino. ¡No hay más!

Así que Hans se casó con Elsje. Y todos nosotros somos amigos de ella. A la menor oportunidad estaba con nosotros. Antes de que tuviera lugar esta fiesta ya se quedó varias semanas en nuestra casa, porque Hans tuvo que irse de la ciudad y no quería dejar sola a su Loto. Elsje sabía lo que hacía. Lo comenté con ella. Recibí su respuesta, sus sentimientos y pensamientos antes de que empezara con ello. Hans me dijo una vez:

—Casi ni me atrevo a tocar a esta criatura, Frederik. Me avergüenzo, pero ¿tengo que dejar que esta vida se vaya a pique?

Claro, había un tufillo, una pequeña abolladura, porque a Elsje no la entendían y la trataban como a una chacha del campo. En solo unos meses Hans convirtió a Elsje en una dama, por arte de magia. Fue eso lo que hizo que Elsje aceptara a Hans, lo viera como la primavera, el otoño, el invierno, el verano, como su Dios, porque ¡creyente sí que es! La familia campesina en la que nació ya no se ríe ni presume en este mundo, sino desde el otro lado de la tumba, por lo que estos sentimientos como de huérfano echaron una limosna al consabido cepillo, permitiendo así que ella y Hans pudieran dar el salto. En resumidas cuentas, hizo que estos dos seres humanos se acogieran el uno al otro. Hans, hombre honrado y recto que es ahora, no quiere empezar, pero Elsje le dijo:

—Me ves como una jovencita, pero no lo soy. Piensas: esto fracasará sí o sí, pero ya me encargaré de que eso no ocurra. No quiero un mocoso... soy mayor por dentro. No me vas a echar, ¿no? Te amo, Hans. A mí qué me importa que hayas estado casado. ¿Nada, Hans? ¿Nada? Siempre esperé tener un médico. ¡Siempre! Créeme, ya verás, vamos a hacer una buena pareja. ¿Me crees, Hans, mi muchacho? ¿Me amas? Con que me quieras solo este poquito ya soy feliz. Seré una mujer, una hermana, una madre para ti. Sabré serlo porque soy mayor, ya aprendí tantas cosas... Si me quieres abandonar aquí, pondré fin a mi vida, no será este mi lugar.

Etcétera... Hans me dejó leer algunas cartas, a lo que yo le dije: “Hazlo..., haz que esta vida sea feliz”. Tú también tienes derecho a ello.

Hoy observo a todos mis hijos. Erica regaló una preciosa túnica a Elsje; René, uno de sus bodegones con flores, porque se ha convertido en un buen pintor, aunque sigue aprendiendo y todavía nos falta mucho por llegar. Regreso en pensamientos, estoy viéndolo cuando lo sacamos de la clínica y pudo comenzar su nueva vida. Al día siguiente fui con él a Ámsterdam y le mostré las obras de los antiguos maestros, de Rembrandt. Le salieron estas

palabras:

—Si este Rembrandt aún viviera, Frederik, tomaría clases con él.

—Hay más que lo quisieran, muchacho, pero ese sobrenatural ya no está. ¿Y? También nos podemos conformar con otros; lo más elevado de todo, René, solo te deja tirado en el suelo. Tómatelo con un poco más de tranquilidad y no intentes asaltar los cielos, o tendremos que pagar después el precio.

No hubo manera de apartarlo de los maestros. No se cansaba nunca. Por el camino se sumía en un mundo propio y ya no me era posible alcanzarlo. Este mundo quedaba totalmente cerrado para mí. Poco antes de llegar a casa me dice:

—Y ahora quiero aprender a dibujar y a pintar en regla, Frederik. ¿Cómo nos agenciamos un preceptor?

—Voy a mandarte a una academia, René. Allí primero tienes que aprender a dibujar. Y después unas clases de anatomía. Mientras tanto aprenderás bien tu propio idioma. Ya sé, no es algo tan sencillo para ti, pero urge que lo hagas para tu futuro. En esta sociedad no puedes vivir si no sabes escribir tu propio nombre. Es imprescindible. ¿Lo harás?

—Lo intentaré, Frederik.

—Ya te ayudaré. Ya llegaron los libros, así que vamos a empezar con dos cosas a la vez, pero cada una servirá para la otra. La semana próxima te vas a venir conmigo a Ámsterdam. Allí te buscaremos un preceptor. En casa vas a estudiar. Buscaremos por los alrededores un profesor de lengua que te enseñe un neerlandés decente. Y si es posible, más tarde, alguna otra lengua más. Si más tarde quieres irte conmigo a Oriente, tendrás que saber bien inglés, o no te servirá de nada. Entonces tendría que aclararte todos esos poderosos asuntos porque desconoces el idioma, y así perdería de entrada la gracia. Con eso haces un gran favor a nuestros amigos de allá. Te prometo que si te esfuerzas, haremos ese increíble viaje. ¿No estás deseándolo?

—Y mucho, Frederik. Haré todo lo que pueda.

Y, ala, ahí fuimos al preceptor. Encontré lo que quería tener. El hombre empezó y René se esforzaba. Hacía lo que podía en estas circunstancias. El primer medio año le resultó un suplicio. Por mucho que se esforzara, la materia no se le quedaba. Siempre venía a buscarme llorando y entonces estábamos ante problemas. Le dije:

—Mira, René: todo lo que los seres humanos no sabemos todavía es difícil de aprender. Y una vez que hemos empezado lo acabamos. Luego ni te darás cuenta. Basta con que primero hayas logrado captar la base. Te diré una cosa: si piensas que puedes hacer cualquier chapuza, me retiraré de todo. Entonces te dejaré completamente solo y tendrás que arreglártelas. Todos los comienzos son difíciles. No se regala nada, tenemos que poner lo mejor de nosotros para cualquier cosa en nuestra vida.

Después me preguntó dónde había aprendido a hablar idiomas. Le hice ver que en la escuela había aprendido los principios básicos del francés, alemán e inglés, por lo que tuve que darme por completo, y que más tarde, estando en el extranjero, había aprendido otros idiomas, igual que si me los hubieran regalado. Dijo que haría todo lo posible por llegar a la meta.

Y no pudimos quejarnos. Tiene algo que le hace superar cualquier cosa. En estos años dejé de pensar en pesquisas espirituales. Me esforcé con él estudiando. Vivimos juntos el idioma neerlandés. Karel y Erica, y hasta Anna —que igual que él se puso a estudiar neerlandés oficial, inglés, francés y alemán— le tomaron el gusto. En la mesa dimos un golpe de timón y optamos por nuestro propio idioma, algo necesario, de hecho. Nos ayudábamos unos a otros para que René llegara a buen puerto. Y su profesor ya podía estar contento con esa ayuda conjunta. Mientras tanto, ya había vuelto de Ámsterdam tras sus primeras clases de arte. Resultó que no era tan malo para esas cosas. Prácticamente, ya no se veía nada de su pasado. A los chicos y chicas de su clase les pareció algo callado y que se lo tomaba un poco a la tremenda, pero su bondad, suavidad y camaradería superaban lo demás y hacían que la gente no viera lo otro, que lo aceptara como algo que tenía que ser así. Yo sabía: ¡ese es el camino! Ni yo ni nadie de nosotros veía aquella otra cosa, ¡conocíamos esta vida! Ese tremendismo era para mí la profunda veracidad de esta vida y de este ser, y tendrá que manifestarse algún día para nosotros y muchos más; había algo que lo oprimía, que vivía en él con una máscara, pero que tarde o temprano resultaría ser el núcleo más profundo del alma y espíritu. Quien lo veía a él no lo percibía. Pero a veces veías en su mirada —muy elocuente— un destello, una sombra de lo que me esperaba. ¿No tiene todo el mundo algo de apesadumbrado? ¿No sentimos todos en algún momento el silencio? A René le pesaba día y noche, incluso cuando dormía, se alimentaba de ello, pero entonces eran suspiros interiores, o había relajación para aquello que estaba aún por venir.

Después de un año pudimos decir que las cosas iban bien. Ya no volvimos a ver trastornos. Se me concedió disfrutar de su vida interior durante unas horas. Una tarde —hacía buen tiempo, era pleno verano— estábamos echados juntos en el bosque y nos quedamos dormidos. Habíamos hecho un recorrido largo, paseando por extensiones de brezo..., nos habíamos tostado al sol, hablando un poco sobre el arte y los antiguos maestros. Después se nos echó encima el sueño y nos quedamos dormidos. En este ser umbrío, natural, en esta vida forestal, de repente oí cómo me hablaba. Me desperté y vi que todavía dormía, pero se le movían los labios, hablaba quedamente. Me incliné por encima de él y presté atención a lo que tenía que decir. Primero no quise dar el paso, pero después no me quedó más opción que aceptar que no eran ensueños interiores, sino que se me estaba manifestando su alma; le oí decir:

—Estoy susurrando..., ¿lo oye?

Respondí igualmente susurrando.

—Lo oigo, estoy esperando, ya llevo tanto tiempo esperando...

—Entonces le ofreceré mi primera palabra. ¿Sabe usted cómo me puede despertar?

—Todavía no lo sé, dígamelo ahora, si es posible.

—Escuche. Estoy despertando. Estoy en vías de despertar. Pero usted no me verá por sus propias fuerzas ni podrá vivirme. ¿Siente lo que es capaz de hacer usted?

—Dígame lo que es.

—Escuche..., cuando cumpla veintiún años..., y usted vuelva a vivir que en el exterior llega a ser uno conmigo, aplicará sus fuerzas. Tendrá que permanecer a la espera hasta que yo haya alcanzado esa edad. ¡Antes no aplicará su hipnosis! ¿Me oye?

—Lo oigo.

—Entonces me repetirá las palabras... ¿Qué dije?

Conté lo que había oído. Después añadió:

—Tal como estuvimos en Isis, tal como la vivimos, así le hablarán a usted mis vidas. Me obligará usted a explorar el espacio. Por medio de mi vida explicará las leyes. Así iremos edificando una universidad. ¿Conserva usted todos los fundamentos?

—Así lo he hecho.

—Entonces está bien. ¡Así, por hipnosis! ¡Solo por medio de su sueño impuesto me obliga usted a ver desde mi vida interior! ¡Por medio del sueño que no lo es! Esperará. Me seguirá dejando en paz. Cumpliré mi tarea; ahora siento que seré capaz de hacerlo. ¿Y después? ¿Lo ve?

—No veo nada.

—¡Eso también está bien! ¡Lo veo! ¡Lo oigo! ¡Lo vivo! ¡Oh, diosa mía! Depositamos nuestras vidas a los pies de ella. Duermo y más tarde despertaré.

Pensé: 'Arréglatelas con esto. A mí ya no me puede pasar nada, ha roto a hablar un loco'.

—Nadie tiene que saberlo —sigue después—. ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nada de presión! ¡Nada de ayuda! ¡Así tampoco hay disgustos! Nada, nada lo perturbará.

—¡Amen! —dije.

Mientras pensaba me quedé dormido, y así seguí hasta que me despertó.

—Frederik..., ¡tenemos que ir a casa!

El chico no sabía nada de lo que me había contado allí. Nada. Hice la prueba hasta el final, pero pude aceptar que no él supiera lo que me había dicho allí a mi vida. Por lo demás no hubo síntomas. Karel y Erica daban saltos de felicidad. Tuve razón en todo. Todo el barrio saltaba de felicidad, con no-

sotros. Sí que nos fijamos en que no hubiera oro bajo nuestros pies, ahora ya no éramos tan tontos. Más bien hicimos cosas buenas así, porque lo convertimos en un suelo bien transitable. ¡René estaba aprendiendo! Su neerlandés estaba mejorando. Los tiempos más miserables habían pasado; después hubo cálculo, pero eso su vida lo rechazaba de plano. No insistimos más en que esto también era necesario; y no exigimos todo de su delicada constitución que durante años había padecido una miseria demasiado grande. El arte estaba despertando.

Al comienzo eran dibujitos de trastos variados, nada más que dibujos. Pero poco a poco las líneas fueron adquiriendo profundidad. Las notas que recibí por su trabajo lo catapultaron a él mismo a las alturas. Cuando empezaron las clases de anatomía era el primero de la clase. Para él eran pan comido, dijo su preceptor, y añadió que el chico sería apto para convertirse en médico. Karel estuvo sopesando brevemente si enviarlo a la universidad, pero tuvo que volver a inclinar la cabeza, porque de ninguna manera René sería capaz de abrirse a ello. “¡No!”, fue su respuesta inmediata, “¡eso jamás! Y, además, papá, voy rezagado. Porque eso ya no voy a volver a recuperarlo. Para esto hace falta primero una sólida formación escolar. Y no la tengo. No se preocupe, papá, de verdad, ya llegaré”. Y Karel de hecho no se preocupó más; Erica, tampoco. Todo iba bien.

En esos años no tenía nada en lo que ocuparme. Solo tenía que cuidarlo a él y a mí mismo; no tenía que hacer anotaciones en el cuaderno de bitácora, no había. De ese modo pude entregarme por completo a él.

Después del segundo año se fueron abriendo —para él y para su arte— otros aspectos. A los mejores de la clase se les ofreció hacer un viajecito a Italia. Una excursión de tres semanas. Nos encantó que René pudiera ir, que también él pudiera participar. Tres semanas de vacío en casa. Tres semanas sin preocupaciones. Hans me prestó unos caballos y me fui por ahí. A Sientje la había vendido. Cuando Karel y Erica empezaron a preocuparse me uní a ellos y renuncié a mi noble animal. Hans todavía tenía otros animales preciosos, de los que todos podíamos disfrutar, si queríamos. También a René le había enseñado a montar, pero él no se concedía el tiempo para hacerlo. La pintura lo absorbía por completo.

Fuimos recibiendo preciosas cartas desde Italia de nuestro hijo. Las niñas ya lo perseguían, pero él ni las mira. No quiera saber nada de ellas, sueña, para esto aún duerme. Erica está encantada. Dice: “Así por lo menos podré disfrutar un poco de mi hijo, hemos tenido que perdernos tantas cosas de su personita, aunque le deseo toda la felicidad”. No ve a las chicas, ¡el arte lo es todo!

Regresa de Italia a nuestra vida con muchos amigos. Erica ha preparado una gran cena para los chicos y las chicas. Nosotros también participamos

y los jóvenes nos hablan de los momentos preciosos que allí vivieron. ¿Ya estuviste alguna vez en la Capilla Sixtina, Frederik? Cuando le dije por dónde sí y por dónde no había estado en el mundo, llevándome a las chicas y los chicos a lugares de tierras yermas, a través de desiertos, por mares, barco tras barco, accediendo a templo tras templo, ya no acabaron las preguntas y comprendieron de dónde había sacado René todas esas historias y esa sabiduría. “Ajá”, exclamó una —estupenda la niña, pensaba Erica, la mejor de todas las chicas—, “¡es el tío Frederik!”. Pero aun así el tío Frederik no se dejó persuadir. Cuando los chicos ya se habían ido oímos de su boca cómo la (lo) habían pasado allí. Los milagros de Roma lo habían apabullado. La Capilla Sixtina le había resultado una revelación, y el Vaticano..., al que habían podido acceder, era igual de hermoso que todo lo demás. Solo se preguntaba por qué el Santo Padre no iba de gira por el mundo. Conseguiría tantas cosas de esa manera. Esta reflexión subyugó todas las demás y ya no le salió ni una palabra.

—Lo que en ese instante tiene lugar debajo de su cráneo —dice Erica—, es algo que desconoces, pero me encantaría saberlo. De esta forma no llegas a conocerlo nunca. Pero, bueno, no puedo quejarme, ya me callo, oh, Señor, ¡que todo siga así!

Cada pensamiento que adquiriera espacio material nos generaba reflexiones. Yo comprendía a Erica. Como madre deseaba conocer a su hijo. Y aun así sentía gratitud hacia el Omnipoder.

Y así nos vamos al año en que ha cumplido veintiuno. Mientras tanto ya habíamos oído que Hans estaba bajo los efectos amorosos de la primavera. Al ver el hermoso retrato dibujado de Erica, se le escapa:

—Vaya, y ¿quién ha hecho eso, Erica?

René odia poner su nombre debajo de sus creaciones. En el pasado no era así. Ahora hay algo que vela para que eso no pase. No se ve ningún nombre. En sus estudios sí que pueden verse unos garabatos, con los que uno puede elaborar su monograma. Erica dice:

—Pues, Hans, adivina.

Hans dice varios nombres.

—No —dice Erica—. No, no y no.

—¿Quién entonces, Erica?

—Nuestro René, mi querido Hans.

—¡No fastidies! Espectacular. Muy acertado, precioso, Frederik, digno de mi enhorabuena. He de reconocer que está progresando.

—Pues, vente un momento, mi Hans querido, no está. Ya te enseñaré algo.

Hay cuadros colgados por todas partes en la habitación de René. Hans tiene los ojos como platos. ¿Qué le parecen a Hans esos simbolismos? Frederik, ven un poco. Ya estoy. ¿Ves esto? ¿Viste aquello? ¿Viste esto también?

Mira, ven, Hans, ve esto, en mi habitación. ¿Qué te parece este templo? ¿Cómo están estas ruinas? Mira estos esbozos que hizo en Italia. ¿Ves esto? El corazón humano cuando duerme, dice René. Esto de aquí, el fruto en la madre. ¿Te parece extraño? Ya me gustaría que hubiera miles de estos. Mira, un cerebro. Observa cómo están dibujados los tejidos. Karel se ha llevado algunos para el laboratorio anatómico. Son como fotos. Hermoso, ¿no? Y esto no es más que el comienzo. Sí, podemos estar contentos. Por qué no abres un momento el cuaderno de bitácora, Hans. Y ahora regresa diecinueve años... ¿Qué estoy diciendo, Hans? ¿Qué se me ocurre ahora? Dios mío..., hombre..., pero tú ¿qué edad tienes? Hans se larga. Se va corriendo. Se ha asustado. ¿Por qué?

Voy a visitarlo cuatro días después. Como de costumbre estamos en nuestros sitios tomando una copa de vino, por supuesto que no falta un buen puro holandés.

—Oye, Hans, ¿por qué te fuiste como un rayo?

Hans se mece en su silla y se muestra muy tímido.

—Vamos, que ya no tienes veinte años.

Y entonces oí:

—Pues, cómo decírtelo, Frederik. Creo que he vuelto a tener una relación.

—¿Qué? ¿Cómo dices? ¿Tienes una nueva relación? ¿Tú?

—Pues ¿tan especial te parece eso?

—No, eso no, pero me he asustado. Imagínate que te vuelven a vender gato por liebre, Hans.

—De ninguna manera, Frederik. Es algo muy diferente.

—¿De qué se trata? ¿Asuntos familiares?

—Bueno, tampoco es eso, es huérfana, pero ¿cuántos años crees que tengo?

—A ti..., a primera vista, cuarenta y tres.

—Gracias...

—¿Y la flor?

—¿Cuántos crees?

—¿Cómo voy a saber eso yo?

—Bueno, así ¿al tuntún?

—¿Cuarenta?

—Menos.

—Treinta, entonces; me quedo algo corto, así de golpe, pero me lanzo.

—¡Más joven! ¡Más joven todavía!

—Esto empieza a ser delicado para mí, y para ti, desde luego. Te pregunto, ¿cuántos años tienes ahora?

—Cuarenta, Frederik.

—Eso lo aprendiste de mí, ¿verdad?, pero, qué le vamos a hacer, Hans.

Entonces ya desembuchó. Elsje es un milagro, es una flor de loto.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Qué me aconsejas que haga? Anda, coméntalo un día con Karel y Erica. Ya iré yo a verte, será mejor.

Hans es incluso más viejo de lo que pensábamos. Se llevan nada menos que veinticinco años. Pero, como ya dije, al final sí que salió adelante. Y aquí estoy ahora, solo, cavilando. Los años de mi vida pasaron volando, no podemos quejarnos. Y tal como lo veo yo, a Hans no le fue tan mal. Pero creo que René piensa: ‘Qué hermosura esa, hay que ver, no? ¡Qué color!’. Lo oigo decir:

—Elsje —Nos hablamos de “tú” y charlamos de otra forma cuando estamos juntos, agarramos el toro por los cuernos y no nos andamos por las ramas. Oigo—: Elsje, ¿puedo retratarte?

Elsje dice:

—Pregúntaselo a papi.

Hans oye estas palabras y se acerca.

—¿Qué opinas, papi?

—Pero, cariño, claro. ¡Si René es tan amable!

Todo va bien, demasiado bien, creo. Vivimos una felicidad que no se agota y que no termina nunca. René está pensativo, vive en su mundo. Ahora que a Hans le parece bien ha vuelto a avanzar mucho, y allá, en la lejanía, lo veo todavía. Para mí ha comenzado un tiempo que estremece y me hace temblar. Realmente, tiemblo. Karel lo ve y pregunta:

—¿Qué te pasa, Frederik? Es como si tuvieras fiebre algida. Vamos, venga, vamos a tomarnos una botella de champán entre los dos. Entonces ya le retorcerás el pescuezo a esa fiebre. ¿Cómo te sientes, Frederik? ¿No estás feliz ahora que hemos llegado tan lejos? Basta que veas a mi hijo. Frederik, salud... a todo, a todo, ¡también a todas mis pequeñas zanjas!

Estamos sentados en un rincón de la gran casa, el salón de baile en el que vive Hans, el harén como tal..., tan a gusto tomando unas copas los dos. Vamos a por otra botella. Al hablar, a Karel ya se le traba un poco la lengua..., a mí no, yo de esto me liquido sin problema diez botellas, hace que me calle. Y también en esto no he cambiado nada todavía. Cuanto más bebe Karel, más divertido se hace su personajillo. De vez en cuando caemos rodando en una de sus pequeñas zanjas, otras veces subimos las escaleras corriendo y nos tiramos los trastos a la cabeza.

—Qué bicho fui contigo, Frederik. Qué bu que fui... Oye, pero ¿de dónde he sacado esta palabra?

—Chsss... —digo—, Karel, no levantes la liebre.

—Pero ¿dónde estaba entonces, Frederik?

Karel habla dialecto cuando siente que le arde la nariz. Eso también es una gloria, ¡la sangre no engaña nunca! Entonces saca a remolque toda la granja y se porta como un niño, como un pillo. Va dando tumbos contigo por los jardines, vuelve a darte patadas por detrás, tan a gusto, hasta dejarte boca

abajo, y lo infla todo. A Erica le da un ataque de risa...

—El champán —dice— te enseña a volar.

René no bebe. Elsje sí, ya lleva unas copas encima y Anna me confesó hace un instante que ella llevaba cuatro.

—Pero, claro, Frederik, es que esa cosa es muy rica.

Tiene la mirada destellante, me mira como si estuviéramos echados al pie de la pirámide, tan lejos alcanza su mirada que ya ni siquiera la puedo seguir. Dice:

—¿Viste esa palomita, Frederik? No podías verla, ¿verdad? Lo sé, pero es que he sangrado por ello.

Se va corriendo porque quiere esquivar mi respuesta, temerosa de que la haga sangrar aún más de lo que ya hizo. Pero no puedo hacer otra cosa. Aun así, salimos un rato juntos. Estuvimos navegando... a vela, sobre un gran lago, y solos. Entonces le conté varias cosas. El final del día fue que ya no quisimos volver a casa. “Ya no me vuelvo”, dijo, “ahora me quedo aquí. Ya no me iré de tu lado. Tú a la gente le sacas el corazón de entre las costillas, ahora entiendo a Erica y Karel”.

Dejamos el barco y nos olvidamos de él. Las máquinas de perforación las dejamos funcionando, pero nosotros mismos yacíamos bajo la pirámide, y nos habíamos dormido. Todo era tan infantil y hermoso, pero la esfinge me pinchó, y casi desfallecí. Entonces le dije lo que llevaba encima desde hacía años, y que con eso se las tuvo que arreglar. Le prometí que cuando volviera a ir a Egipto me le llevaría conmigo. ¡El pequeño René también! Después nos quedamos dormidos a la holandesa; estuvimos durmiendo horas, soñando con pececitos en el agua y gente en la orilla, flores en un jardín, una fiesta de Navidad con velas, bocadillos con granos de anís azucarado que ya no se preparaban para nosotros, cigüeñas, que no llevaban niños, sino palos, negros como el azabache, con los que haces muñecos de San Nicolás, y más cosas así. Pero el final de este hermoso y breve viaje fue una deliciosa cena al aire libre en alguna parte, regada con un espléndido vino. Entonces nos hicimos con un día del que pudimos nutrirnos mil años. Fuimos tambaleándonos a casa, como dos patitos engordados. Entramos sin hacer ruido, pero en la puerta nos acogió gente que estaba igual de tarada que nosotros. Karel volvió a rellenar un poco las copas, Erica llevaba una túnica nueva, no una mía, porque esa aún no la había visto, tan solo ayer se la di. La que le di cuando René volvió a casa casi ni se atreve a llevarla de tanto miedo que tiene de que en algo afecte a su vida. ¡Y así es ahora!

Erica, Karel, Hans y Anna... estamos bebiendo champán juntos. René no habla, Elsje ha ido un momento arriba y no hay más amigos. Hans ha marginado a los eruditos de los viejos tiempos y ya no valen. Aun así, luego vendrán otros, pero son los primeros ayudantes de Hans. Sonia también vendrá,

el viejo Piet y la joven prima también. La señora Van Soest, nuestra querida Falkenstein no puede por estar enferma. Hans le ha mandado flores y Elsje, bizcocho y un pastel. Tiene que participar, nadie ha sido olvidado. Hans ha dado una bofetada a los Tenhove, porque Tippy quiso intentar derribar las puertas aquí por su propia cuenta, pero Hans asegura que ha escarmentado lo suficiente. A mí me pareció genial, los pajarracos pueden llegar a aburrir. De este modo estamos completamente solos y ¡nos divertimos, felices!

Y lo más bonito de todo es que deseamos que venga Piet. Hans quiso que este fuera un día libre para todos nosotros. Ahora brindamos por la salud de René. Este no quiso llevar su túnica oriental. Lo hará, dice, cuando haya llegado el momento. ¿Tú qué dices, Karel, de una persona tan sensata? ¿Podías haberte imaginado esto y aquello? Yo no, pero tú, viejo Frederik, jovencito, porque tú nos ganas la partida a todos, a ti no hay quien te haga envejecer, tú sí, ¿verdad? ¡Tú lo sabías! Siempre lo intuiste, ¿no es así, Frederik? ¿Cuándo iremos todos juntos a... ¡no quiero ni pensarlo! A..., oye, ¿cómo era el nombre de ese hombre? ¿A casa...? Pero son las palabras de Erica, Karel no se aclara. Él hubiera querido decir “el sultán”. La leche de los zulúes sabe rica, Frederik, pero a mí mejor dame de esto. ¿Qué opinas? ¿Verdad que me he hecho un hombre feliz? Basta con mirar a mi chico; lástima que esté tan callado, pero ya tengo suficiente alboroto en casa. Menudos tiempos aquellos, ¿verdad, Frederik?

A las dos llegamos a casa, con luna llena, a la que soy tan sensible, con Anna a mi lado, hablando y sin decir nada. Todavía hemos añadido una horita, sentados en el salón, ¡viviendo todo de nuevo! ¿Qué opinas, Frederik? ¿Seguirá esto así? Menudo tesoro, Elsje. Ojalá que a Hans no se le olvide nunca. Sí, así son las cosas.

René se ha ido a dormir.

—¿Lo viste, Karel?

—¿A quién? —pregunta Karel—. ¿A quién tenía que haber visto?

—A René, a nuestro René. —Miro a Erica y sin embargo no quiero mostrar que yo también vi algo—. ¿De qué hablas? —pregunto.

—¿No viste a René? No paraba de mirar a Elsje.

—Pues claro..., ¿quién no lo haría? Ve arte en este ser. ¡Qué bien sabe cantar! ¡Qué hermoso como toca! Es una delicia, lo tiene todo. Belleza y arte, amor y felicidad. Hans ahora lo entiende. Su edad es algo excesiva, pero aún es posible. Ella es como una niña, una mujer y una amistad para Hans. ¿Qué más quieres?

—Yo, nada, Frederik. Sí, pero un ser humano, una madre sabe pensar, ¿no? Y siempre piensas en tu propia dirección, hacia tu felicidad. Sinceramente, Elsje me parece más idónea para René que para Hans. Uno no debería decir cosas así, y no lo volveré a hacer. Ya te sentí hace un momento. Pero aun así

tengo que sacarlo, o no dormiré esta noche. Ya no pensaré nunca más en eso, lo siento como una bofetada en la cara de Hans, y no debe ser así. Pero, claro, ¿es que no es cierto? Ya me callo. Afortunadamente, ese ya duerme. Si no, no habría dicho palabra sobre esto. Entre nosotros, Frederik, ¿qué crees tú?

—Tienes razón, Erica, pero... no te metas, no es cosa tuya. ¡Elsje es un ángel! Hay que ver cómo se enredan a veces las cosas, cómo nos llegan. Él podría ser su padre. Hans es un encanto con ella. He de decir: podemos estar contentos. Lo que salga de aquí siempre será bueno. Elsje es eficaz y no quiere ayuda, todo lo quiere hacer sola, pero eso no es posible. Hans ha buscado dos mujeres, de su confianza, que la ayudarán. Mejor que no nos preocupemos por esto.

Estoy en la cama y vuelvo a tener escalofríos. René ha cumplido veintiún años. Me entrego. Al destino y a fuerzas que todavía no conozco. Ya veremos lo que vendrá.

Aquí lo oigo dormir, pero al mismo tiempo me habla. Me cuenta en sueños que no tengo que permitir que me den fiebres álgidas. Lo que me espero ahí está. ¡Y lo que él espera, ahí está! Lo que es eso, lógicamente no lo sé. Me voy hundiendo y pierdo todo lo de este día, ya no sé nada, estoy dormido. Aun así, vuelvo a despertarme. Tengo que pensar. Me levanto y me pongo delante del diario. Anoto:

“Lo que estuve esperando todos estos años lo tengo ahora delante de mí: un pedazo de vida saludable. Creo que vamos a empezar. Que esto sea algo sensacional para mí lo puede deducir cualquiera del espacio divino. Nunca pensé que fuera semejante papanatas, ya casi se me hacía imposible aguantarlo. Y creo que he descubierto algo que no puedo confiar a nadie en el mundo. Me permite ser feliz y veo que se me acerca como una nube oscura. Creo que es esto lo que me despertó hace un rato”.

Ahora que he escrito esto ya no lo guardo en mi interior. Ya no siento fiebre. Pero ahora siento otra cosa. ¿Qué es? Un fuerte calambre domina mi mano. Me miro. Lo que ya viví alguna vez en el pasado ha vuelto con vigor. Yo mismo miro a mi mano derecha, que escribe:

“¡Primero vete de viaje! ¡Vete con René y deja a Anna en casa! Suena duro, pero si lo quieres, si lo sientes, si lo sabes, si lo comprendes, si lo puedes aceptar, ¡te vas solo con René! ¡Vete a Mohamed! Vete al sultán. Haz primero un viajecito. Así que, Frederik: vete, ya no pienses en nada más, ¡vete! ¿No te sientes halagado?”.

Volví a leerlo y me decido a cerrar el libro. Es cotorreo champanero. ¡Ya estoy dormido!

Pero vuelvo a despertarme. Y de nuevo tomo el cuaderno de bitácora y me siento a escribir. Todavía llega:

“Si por mí fuera, es Erica quien está en lo cierto. Por suerte, Karel no sabe

nada de esto, pero ¡estas dos personas están hechas la una para la otra!”.

Mi mano se niega. Lo que no había hecho nunca antes lo hago ahora. Arranco estos garabatos del cuaderno de bitácora y escribo de nuevo lo que ya ponía. Entonces fui a dormir. ¿Qué nos traerá el día de mañana? René va a la escuela, toma sus clases. Aquí estoy, esperando. Las señales no me engañan, todo va bien y sus dibujos ya tienen un significado profundo. Los simbolismos son preciosos. La cosa marcha, ¡estamos avanzando! No tengo de qué quejarme, de nada. Anna no tiene que venir. Lo comprendo. Pero es que Anna no es René. Nos vamos solos, si a Erica y Karel les parece bien. Más adelante nos iremos todos. Creo que esto será lo mejor. Estoy cansado, muerto, y aun así, qué día tan hermoso fue hoy.

Se me ha olvidado lo que es comer y beber, me basta lo rebosante que es esta vida. Tendré que ser más cuidadoso. Ahora hemos llegado, pero ¿qué nos trae este riachuelo? Hemos pasado el desierto. Este viaje se podía considerar concluido, si no fuera porque tenemos que volver a hacerlo por muchos otros asuntos. Y volvemos a irnos de viaje, ahora nosotros, ¡estamos nosotros mismos!

¡Ya no puedo más! Ahora estoy yo solo en el escenario, durmiendo. Los demás ya se fueron, yo también me voy. Todavía me sale:

—¿Viste planear esta nueva máscara delante de ti?

Yo ya lo veía. Hay quienes han sentido conmigo este contacto. Pero de eso no quiero hablar. ¡Hasta luego..., Frederik! ¡Había tantas flores!

Frederik, soy Rachi-Hadju

Cuando la tarde siguiente nos juntamos en la habitación de René y observamos el esbozo que hizo de Elsje a partir de una foto, nos parece un milagro; un poco después viví otro milagro que me llegó como un regalo del cielo, sin que René supiera nada, aunque sucediera por medio de su vida. Una trompeta celestial resonó junto a mis oídos, diciéndome:

—Levantaos, muertos, vivirán (viviréis). Dios os llama a todos junto a Su trono. No hay muerte, ¡da igual lo que de ella digan otros!

Ocurrió tan inesperadamente, tan por sí solo, como no me había atrevido a esperar. René está en marcha... Contemplo sus simbolismos. Hoy no tuvo que ir a Ámsterdam. Un poco antes estábamos hablando del nuevo coche del doctor Lent, de las bicis de los chicos y de muchas otras cosas que juntos habíamos arreglado en estos años. Entonces dijo:

—Frederik, voy a hacer un boceto de Elsje. Todavía no intentaré hacer el original, eso ya vendrá. Quiero convertirlo en algo bueno, en algo hermoso, que le haga feliz a Hans para el resto de su vida. Solo estoy intentándolo todavía, ¿comprendes?

—Adelante, si tengo que irme, ya me lo dirás.

—No, no me molestas, Frederik.

Él dibuja, yo observo. Pasa una hora. Lo observo. Me pongo a sintonizarme conscientemente con su vida y veo cómo poco a poco la mano pierde firmeza. René lo deja de lado, mira el pequeño esbozo, quiere decir algo todavía, pero no puede. Se echa encima de la cama. Cierro la puerta. Lo oigo respirar profundamente; para el ser humano se ha desvanecido, está inconsciente. Qué bien que Anna y Erica no estén en casa. Me pregunto qué debo hacer. ¡Ya lo sé! Lo obligo a dormir. Es el sueño de cuando era joven. Entonces podía dormirse de repente y sumergirse profundamente. Creo que en esto no ha habido cambios. Abro los párpados... estupendo. Uno juraría que esto es sueño epiléptico, una dolencia, pero no es cierto. René está dormido, pero también, despierto. Le pido..., le exijo ahora, lo obligo a escuchar:

—¿Me oye usted? ¿Me oye? ¿Oye que le estoy hablando?

Los labios quieren moverse. Continúo:

—¿Me oye? No se inquiete, conserve la tranquilidad, porque estoy yo..., tengo que hacerle unas preguntas. ¿Me oye?

Llega esto:

—Lo oigo.

—¿Le resulta fácil hablar?

—Pero ¿es que no me entiende?

—Lo entiendo; ¿puedo hacerle unas preguntas?

—Estoy preparado.

—¿Quién es usted?

—Soy..., soy Rachi-Hadju, Frederik.

—¿Me conoce usted?

—Lo conozco.

—¿Tengo mucho tiempo?

—No..., ¡le doy unos minutos!

Agarro papel y lápiz...

—¿Está preparado?

—¡Pregúnteme...!

Mi primera pregunta fue:

—¿Hay una vida después de la muerte?

—¡Sí! Después sigue la aclaración. Responderé con “sí” o “no”, así que no se adentre en las leyes.

—¿Está seguro de esta conciencia?

—¡Sí...!

—¿Habla usted al margen de esta conciencia?

—Sí..., no diga mi nombre, eso solo me supondría una interferencia.

—¡Le comprendo! ¿Hay vida eterna?

—¡Sí!

—¿Hay infiernos con llamas?

—¡No!

—¿Hay un Dios de amor?

—¡Sí!

—¿Que puede considerarse un Padre y una Madre?

—¡Sí!

—Los seres humanos ¿estuvimos antes en este mundo?

—¡Sí...!

—Y ¿dónde fue ese primer nacimiento?

—¡En la luna!

—¿Qué dice usted?

—En la luna.

—¿Quiere decir eso que hemos vivido allí?

—¡Sí...!

—¿También en otros planetas?

—Sí.

—El alma ¿es una personalidad después de esta vida?

—¡Es el Espíritu!

—¿Y el alma?

—Es la sintonización divina.

—¿Recibiré más tarde las explicaciones pertinentes?
—¡Sí!
—Cuando el alma nace dentro de la madre, ¿ya es entonces una personalidad?
—¡Sí!
—¿Así que ya puede influenciar la madre durante el embarazo?
—¡Sí!
—¿Tal como experimentó esta vida?
—¡Sí!
—¿Conoce usted mis pensamientos?
—¡Sí!
—La mujer con su barba..., ¿era cierto eso?
—Es posible, ¡sí!
—¿Soy ahora uno con su subconsciente?
—¡Sí!
—¿Me habla desde allí?
—Sí..., ¡recibirá la explicación correspondiente!
—¿Cuándo ya no regresaremos aquí?
—Cuando haya vivido sus leyes.
—¿Está usted en un sueño hipnótico?
—Sí..., el sueño psíquico, que está libre de todo lo material...
—¿Cómo podré controlar esto?
—¿No le dije mi nombre?
—¿Quiere decir Rachi-Hadju?
—¿Se había esperado otra cosa?
—¿Vive usted por medio de mí?
—¡Por medio de usted!
—¿Puede alejarse usted de su propia vida?
—¡Luego!
—¿Comprendo bien que esto ocurrirá allí?
—¡Exactamente!
—Los mundos que viví... ¿Conoce usted bu...?
—¡Sí!
—¿Fueron experiencias conscientes? ¿Tiene valor todo eso?
—Es preparación, transferencia espiritual. ¡Éramos uno!
—¿Cómo regresa el alma a la tierra?
—¿Vuelve a sumergirse hasta en el estadio embrionario?
—¿Llegaré a ver esas leyes?
—¡Sí!
—¿Estaba usted loco todos esos años?
—No, ¡era despertar!

—¿No hay un Juicio Final?

—No, ¡está usted ante el presente!

—¿Es eso?

—¡Sí!

—¿Es posible descender más en este espacio?

—Sí, pero..., pero..., pero..., espere un poco.

—¿Está cansado?

—¡Sí...!

—Entonces pararé. De momento estoy satisfecho. Doy gracias a Dios por su benevolencia. ¿Qué me ordena que haga?

—Vaya ahora, ¡allí lo están esperando! No hable de esto. Solo después continuará avanzando. Lo saludo, me voy, pero estaré cerca de usted.

—¿Son genuinos mis sueños?

—¿No vio usted las señales?

—Las vi, pero no soy más que un ser humano, ¿no?

—Yo también, pero ¡hemos conectado Oriente con Occidente...! ¡Me voy!
O ¿hay algo más?

—No, ya no tengo nada... ¡Gracias!

Miro a los ojos de René, es como si estuvieran rotos. Es sorprendente... Penetro su ser como un taladro, siento cómo voy llegando a él hasta ser uno con él. Así es como lo arrastro hasta la superficie de esta vida. Está despierto y abre los ojos.

—¿Acabo de estar durmiendo, tío Frederik?

—Qué gloria, ¿verdad, René? Eso le sienta bien a cualquiera.

Veo que está hecho un niño. Eso de “tío” no lo había oído en mucho tiempo. Tiene los ojos radiantes. Dice:

—¿Es el esbozo de Elsjé? Me entró mucho cansancio, ay, qué cansado me sentía. ¿Se parece, Frederik?

—Se parece, pero puede estar mejor.

—Eso yo también lo veo, Frederik, es demasiado hermosa como para arruinarla. No digas esas cosas. Esperaré un poco, pero estoy seguro de que surgirá.

Así es René, es crítico consigo mismo. Es algo bueno, es espacio para su carácter. Dice:

—Voy a dar un paseo, Frederik, hasta luego, quizá incluso te vea allí.

Ya se fue, me he quedado solo, con el cuaderno de bitácora en las manos. Llega esto:

—Los primeros tonos celestiales; son sonidos puros los que se me concedieron escuchar. ¡Fue Dios quien me habló! Es un consuelo celestial, es bienestar celestial. ¡Amor y felicidad! ¡Saber! Imagínate: ¡No hay muerte! Y lo creo. Aunque todavía no tenga una explicación para todo, esto son fun-

damentos para continuar. Me ha llegado ahora aquello para lo que hemos sufrido y luchado. Aún no alcanzo a comprenderlo con mi razón humana, pero Sjah Oteb ya sabe qué hacer con ello, Mohamed también. Sultán mío, le llevo esta vida.

Pero nosotros, aquí en el pragmático Occidente, tenemos un gran milagro. ¡Un “Alado”! Esta vida volará allá a donde quiera. El maestro ha nacido. Pasaron las primeras palabras por sus labios. Esa seguridad la controlo. Hoy todavía no hay más. ¡Lo que siento con seguridad es que tengo que ir a Oriente! ¡Con él solo! ¡Adoptaré los preparativos sobrenaturales! ¡Eso es lo que haré!”.

Yo también voy afuera. Las mujeres regresaron y habían hecho la compra. A él lo veo en el bosque, allí está y mira un árbol que ha despertado su interés.

—Oye, Frederik, mira lo hermoso que es este árbol. ¿No son milagros? Vincent van Gogh quiso pintar el alma de esta vida. Cuando casi lo consiguió se disparó un balazo en la cabeza. ¡Pobre hombre! ¡Sé lo que querías! Ahora tienes que intentar alcanzar eso, Frederik, y sin embargo seguir valiéndote por ti mismo. No digo que me vaya convertir en un Van Gogh, mejor me excuso. ¿No es así? Los antiguos maestros pudieron hacerlo. El arte contemporáneo nos conduce al expresionismo. No quiero ponerme con eso, yo busco por otro lado, lo mío es el término medio. ¿No te parece también que tiene que ser así? Creo que alcanzaré esa altura después de cumplir los cuarenta. Antes no, porque yo mismo tengo que despertar a ello. Entiendo mucho de arte, casi veo su anverso, Frederik, aunque nunca me oigas hablar de eso. ¡Pienso mucho!

Pero ahora otra cosa, Frederik. Quería saber si tienen (tenéis) quejas sobre mí. ¿Soy ahora como te gustaría que fuera? ¿Hago cosas equivocadas? Dímelo sinceramente, Frederik, me ayudará. ¿Tengo errores de carácter? ¿Ves cosas desconsideradas en mí? ¿Están contentos papá y mamá? Quiero trabajar en mí mismo para que se me conceda crear, ¡de lo contrario no llegaré! Y ahora algo diferente. ¿Sabes tú, Frederik, quién es Marja? Vuelvo a oír ese nombre una y otra vez, pero ¿en mí? Y es que ¿dónde he oído ese nombre? ¿No lo sabes tú? Marja... Suena tan distante, pero aun así tan cerca de mi vida.

Dije:

—Todos estamos contentos, vas bien. Es imposible que te esfuerces más. Pero no conozco a esa Marja.

—Creo que en alguna parte leí sobre ese nombre, quizá fue en Italia. Entonces ahogaré esos pensamientos, ese nombre no hará más que interferir. Oigo decir a alguien que está Marja, pero no quiero saber nada de esa Marja. Mi alma me habla, tal como lo vivió mamá, Frederik. Es como si yo fuera muy mayor. Veo las cosas de otra manera. No soy un niño, no soy un chico de esta edad, Frederik, soy viejo. Y esa vejez habla a mi vida. Lo veo en todo,

¿ustedes también?

—Estamos a la espera, René. Entrégate enteramente a tu arte y todos iremos por un solo camino. Haremos lo que podamos para hacerte la vida lo más llevadera posible.

—Entonces está bien y tendré que eliminarlo de mí mismo. Pero ¿puedes hablar con la vida, Frederik? Yo me oigo hablar continuamente a la vida. Ese árbol de allí dice “Me tienes que ver así, solo entonces podrás pintar mi vida”. Una flor lo dice de otra forma, a su vez. Pero todo lo que vive tiene algo que decir. ¿Sientes eso, Frederik? Creo que nos vamos a comprender bien. Voy comprendiendo lo que quiero hacer. Mis amigos aún no son capaces de decir eso. A veces tengo que reírme de su parloteo y por eso tampoco los quiero. Es vacío. Elsie lo tiene todo. ¿No te parece extraordinaria, Frederik? Qué voz, ¿verdad? ¿Intuiste su poemita? ¿Lo comprendiste? Me habría gustado añadir:

“Si miro al azul aquí arriba, te veo a ti
Ahora me entra melancolía al corazón, ¿sabes?
Ahora se cierran los cálices, ¿viste?
Yo también, pero ¡ahí estoy!”.

Y después:

“Luego despertaré, ¡tú también!
No desaparezcas entonces y ¡quédate para mí!
Vivo en una tumba, pero ¿los ves plantados allí...? ¿Lo sabes?”.
Escucha, Frederik...

“Tief wie das Wasser (Profundo como el agua)
Seelisch verbunden (Con las almas unidas)
Ich warte ...! (¡Estoy esperando...!).”.

Y luego oigo:

“Wohin wir gehn (A donde vamos)
Da bin ich (Allí estoy yo)
Will ich bleiben ... (Quiero quedarme...)
Kommst du auch? (¿Vienes tú también?).”.

No te pareceré ridículo, ¿no, Frederik? Podría seguir así durante horas. ¿Qué es hacer poemas? ¿Cómo se hace? Ya lo sé, esto no dice nada, pero las palabras las absorbo, así, sin más. Se elevan desde el interior de mi vida y luego se van formando ellas mismas. Así es también pintando y dibujando.

En el fondo no tengo que hacer nada, va por sí solo. ¿Sabes lo que es la inspiración? ¿Qué es la inspiración, Frederik? ¿No lo sabes? ¡Ya lo averiguaré! Pero eso me tomará algo de tiempo. Este poema... o, no, no es un poema..., son palabras sueltas, le salen volando sin más a Elsje. Solo quiero decir que siento esa criatura y que soy capaz de comprender a esa criatura. Por lo demás no me interesa. ¿Comprendes tú, Frederik, que una chica tan joven y hermosa se entregue a un tipo tan viejo? Porque eso es lo que es Hans, ¿no? ¿No es eso en el fondo una vergüenza? ¿Por qué la vejez no se queda con su propia raza (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es)? ¿Por qué no, la juventud con la juventud? Yo no voy a picar nunca, Frederik. Por ejemplo: no me acerco nunca a una chica que no sienta nada por el arte. ¿Pensabas que en mí no hay vida? ¿Que no siento? ¿Pensabas que no siente deseo de besar a una chica? Te digo honestamente, Frederik, que no deseo ese vacío. Cuando oiga que hables de eso ya no me sacarás nunca ninguna palabra. Mamá no lo comprende y papá te da una respuesta que se queda corta. Tú me comprendes, Anna también, ¿por qué no son ustedes (sois vosotros) dos mis padres? Esto no tiene nada que ver con el amor por mis padres. Frederik, solo vivimos una vez en la tierra. ¿Tiene el ser humano solo una vez la oportunidad de encontrarse a sí mismo? Entonces no vale la pena alterarte, no lo conseguirás de todas maneras y no llegarás nunca.

¿Qué opinas, Frederik? ¿Me equivoco? Te lo pregunto porque es algo sobre lo que medito. Elsje muy parece muy bella. No por su figura, que tú llamas un castillo, sino por lo que se refiere al contenido. ¿No pensabas tú de la misma manera cuando tenías mi edad? No quiero tener que ver nada con esa vida, Frederik. Créeme; pero soy incapaz de convencerme de que Hans pueda decir: "Esta es mi mujer". Es padre sobre esta vida. ¿Es que no es cierto eso? Tú reflexionas. Tú eres viejo, Frederik, y aun así joven, tú entiendes a la juventud, y me sientes. ¿Qué opinas? Ya sé por qué Hans se atrajo a Elsje. Pero él tenía que haberle dado una vida social. Ahora Elsje se regala a sí misma. Y ¿es necesario? Pero, bueno, todo eso no es asunto mío. Vi, sentí, Frederik, que tú me seguías, pero ¿sentiste lo que experimenté cuando leyó sus pequeños poemas? Sentía un dolor bajo mi corazón. No sé todavía qué me lo produjo. Me preguntaba por qué me había entrado de pronto miedo. ¿Tú también lo sentiste? Pero ¿no hemos pasado un día asombrosamente hermoso? No te dejo hablar, Frederik, porque sé que no puedes responder a esto.

Me acompaña mientras sueña. Sus labios murmuran:

— Cuando llegue el otoño será el verano en mi corazón
Cuando llegue el invierno será primavera en mi corazón
Si no llegara lo que siento y veo, entonces me rendiré...
Porque Él ve... Él sabe... ¡Porque Él me conoce!

Y entonces de pronto:

—Penetrar hasta el verdor y la savia de la vida, Frederik, algo que tan bien se les daba al pintor Willem de Zwart (pintor, 1862-1931) y los demás, de verdad que no es tan fácil. Y allí es a donde quiero ir. No me abro a nada. Ahora sabes que para mí es de una sagrada seriedad. ¿Cuándo vamos a ir a Oriente? ¿Les parecería bien a papá y mamá? Desde esta mañana estoy deseando ver Oriente. Y tenemos los medios. Me contaste que podría ir contigo si me esforzaba. Por eso te pregunté hace un momento si aún veías faltas en mí. Pero pondré a papá y mamá ante el mismo hecho y entonces ya no podrán escabullirse. Eso mejor déjalo en mis manos, Frederik. ¿Nos vamos?

—Nos vamos, René.

—¿Nosotros dos, Frederik?

—Nos vamos.

—¿Y entonces ¿podré preguntarte de todo por el camino?

—Eso está hecho, ¿te parece?

—Hombre, qué feliz me haces. Sabía que podía contar contigo. Vamos, hablemos con el corazón en la mano, voy a comentarlo. ¿Quieres saber cómo lo haré?

—Vamos, adelante.

—¿Te parece mal que haya hablado así de Elsje?

—No, porque es la verdad, pero que Hans no se entere.

Se pone delante de mí, me mira a los ojos y dice:

—No creerás, Frederik, que quiero hacerme con Elsje, ¿no? No estoy interesado en esa criatura, Frederik. No amo ese ser, aunque sea hermosa, te digo las cosas que pienso, que siento, nada más.

Hemos llegado a casa. Karel también está. Pero por lo visto está esperando. Lo saca ya sentados en la mesa, cuando dice:

—Mamá, quiero preguntarle algo.

—¿Qué ocurre, hijo mío?

—Papá también tiene que escuchar, ¿está bien?

—Venga, adelante con eso —dice Karel.

—Pues, quería saber si están (estáis) contentos conmigo.

—Claro que sí, estás esforzándote.

—Eso es lo que dice Frederik también. Pero se trata de lo siguiente. Se me dijo que si me esforzaba, podría ir con Frederik a Oriente. Les (os) pregunto, papá y mamá, y también a Anna: ¿Les (os) parece bien? ¿Podremos irnos lo antes posible? Tengo vacaciones en la escuela y puedo irme tres meses, o menos, si están (estáis) de acuerdo. Madre mía..., qué cosas, ¿verdad, mamá?

—Di tú algo, por favor, Karel —le pide Erica.

—A mí, madre, no me parece mal, y ¿a ti?

—Pero ¿tanto tiempo? ¿No puede ser menos, Frederik? ¿No puedes quitarle un mesecito?

Está bien, nos preparamos para nuestra marcha.

—¿A dónde quieres ir? —pregunta Karel.

—En primer lugar, a las grandes ciudades, Karel. A París, Londres, después a Egipto, y desde allí a Italia, Budapest, Viena, Berlín. Cuando volvamos René será otra persona. No se puede rechazar una excursión por el desierto, las pirámides, Lúxor, las ruinas. Pero ya veremos, creo que ya me estoy pasando.

—Merece la pena, Frederik. Pero ¿cuidarás de mi muchacho? ¿Lo traerás igual que es ahora, Frederik?

—¿No lo sabes, Erica?

—Pero, René, ¿cuándo vas a comenzar entonces con el retrato de Elsje?

—Eso lo haré a la vuelta, mamá. Tiene que ser algo bonito. Me esforzaré por ello.

René va arriba, y Karel dice:

—Frederik, en tus manos vive mi sangre. Sabes exactamente hasta dónde puedes ir. Vete, te acompañará mi bendición. Sí que creo que esto es bueno para él. Recorre mundo y te desarrollarás. ¿No es así? Ojalá pudiera ir yo también. Quizá habrá una ocasión, entonces iremos todos juntos. ¿O no nos está reservado esto? Oye, qué persona tan feliz eres en el fondo, Frederik. ¿A qué debes todo esto? Vale la pena semejante nacimiento. Otra cosa de esas que a veces me tiene cavilando. Unos lo tienen todo, otros nada. Es una injusticia cómo está repartido todo. Mírame a mí, por ejemplo. No puedo quejarme, pero si hubiera sabido hace años lo que sé ahora, entonces ¿qué, Frederik?

—Entonces qué, ¿Karel?

—Exacto, entonces ¿qué? ¿Está la vida trazada de antemano? ¿Podemos los seres humanos hacer con nuestras vidas lo que queramos nosotros mismos? ¿No hay numerosos problemas que nos detienen? En el fondo, ¿qué queremos aquí? ¿Con qué fin vivimos aquí? ¿Qué tendremos que hacer luego? Creo, Frederik, que a mí me valdría mucho saber si detrás de esta vida hay otra. Tú estás buscándola, otros también, pero eso ¿qué significa? Hans y yo somos productos de la naturaleza. Todo lo vemos de un modo demasiado científico. Me gusta más tu mundo, pero con lo del dinero..., ¿entiendes? Hombre, ojalá pudiera ir también. Por lo visto no me lo he ganado todavía. Tú tampoco, Erica, si no ya habríamos estado allí. ¿En cuántos sitios no has estado tú, Frederik! ¿Qué sabemos nosotros de este mundo? ¡Nada! Viajar, hacer rutas: es evolución. Creo que solo ahora se me están abriendo los ojos. Vaya, cuánta injusticia.

—Mira cómo habla este viejo, Frederik. Está despertando. Vete, te lo de-

seo de todo corazón... pero, llévame a mí también. No me dejes en casa. Eso nunca. Te digo, Frederik, que antes de que estire la pata quiero ver ese harén. Quiero llegar a conocer todos esos amigos tuyos. Tengo que ver a ese sultán. Dale las gracias por sus bonitas ropitas. Puedes decirle que los gasto muy poco, ¿o no irás allí ahora?

—Lo intentamos todo, Erica.

—Ves, Anna, Frederik nos deja solos, otra vez más. Vuelve a irse de nuevo. Pero es nuestra propia culpa... tengo que dejar de pensar en eso.

Noches de preparación, Hans y Elsje aún vendrán. René le muestra a ella todo su arte. Elsje consigue que haga lo que nunca hace. Siento miedo. No lo sé. No sé qué pensar de esto. Pero ¡estos seres están hechos el uno para el otro! Hans bien podría ser abuelo de ella. Y después... la manera que él tiene de sentir, de pensar... ¡Marja! Cómo es posible. De golpe oye ese nombre en su interior. Creo que ese nombre ya está viviendo debajo de su corazón. Y ¿el propio ser? No quiero ni pensarlo. No quiero pensar en eso. Erradicaré ese nombre de mis pensamientos, igual que hace él. ¿Qué es lo que en el fondo queremos los seres humanos? ¿Qué tenemos que portar como posesión y qué sabemos de eso? ¿Qué es lo que nos ha colocado en esta vida? ¿Quién nos corresponde y quién no? ¿Ya estuvimos una vez juntos? ¿Ya fuimos uno del otro? Si tratara esto y lo que me llegó de su vida más a fondo, ahora ya podría poner una buena cantidad de pequeños fundamentos. Sin embargo, aún no lo hago, quiero aguardar, quizá llegue a haber otra certeza.

Cuando observo estas dos vidas tiemblo y me dan escalofríos. Entonces me encuentro ante un poder infalible que lo dirige todo, que nos pasa volando por las orejas, que nos señala el camino y nos pregunta: ¿Qué quieres? Ya no puedo pensar, estoy lleno a rebosar. Cuando Hans y Elsje se van me siento aliviado. Adivina, adivinanza, ¿qué es?

Marcho por órdenes de Su Majestad. ¿Qué me espera? ¿Quién? ¿Voy detrás de la dicha o de la desdicha? Menos mal que uno no sabe todo. Son las máscaras. Y hay que eliminarlas, solo entonces merece la pena vivir la vida.

Ya estamos de viaje... Rumbo a París. Bye bye, nos sentimos bien..., ¿tú también? Bye... Anna. Adiós, papá, querida mamá, ¡vamos a buscar las flores! Ojalá volvámos distintos, ¡haremos todo lo que podamos! ¡Frederik y René!

Cuando hablo, Frederik, ¿es mi alma o mi espíritu?

Estamos a los pies de la pirámide y contemplamos la esfinge. Hace un momento dimos una hermosa vuelta por el desierto, de la que nos estamos recuperando ahora un poco, y hablamos del asunto. Aquí René se siente en casa. No me lo esperaba del chico. Su vida interior cambia a tal grado que a cada instante estoy con él ante un problema. Es increíble, pero estoy viviendo este milagro. Este despertar, me digo a mí mismo, es innato, posee esta vida. El alma vino a la tierra con este sentimiento, de otra forma no es posible. Para esto no es necesario hacer nada, ¡va por sí solo! Ahora pienso en los años del pasado y por fin recibo una respuesta a todas mis preguntas y tanta búsqueda cuando ya experimentaba dentro de mí cosas sin obtener respuestas. René vive en un mundo de pensamientos propio, para el que tengo que prepararme si quiero darle una explicación convincente. Empiezo a verlo como a un niño con talento material. Ahora estoy ante Mozart, ante otros niños, pero esto suyo es algo muy diferente. Lo que crearon los niños prodigio, lo que convirtieron en arte, él lo hace por medio de palabras, de su pensamiento. ¡Para él eso se hace sabiduría vital! Lo que un niño prodigio expresaba con el piano, en su caso sale de su boca, de tal forma que hay que decir: “¡Este niño tiene dones! ¡Este niño tiene que estudiar! ¡Este niño tiene que ir a una universidad!”. Pero si lo hubiéramos hecho —según comprendo ahora— habríamos malogrado esta vida por completo. ¡Ya he dicho que René es un niño prodigio espiritual! Ahora lo veo con nitidez. Y entonces te encuentras de nuevo ante un problema, o ante un milagro, según como quieras llamarlo. Está ahí.

Hace un momento me preguntó:

—Cuando hablo, Frederik, ¿es mi alma o es mi espíritu?

Contesté:

—No lo sabemos todavía.

—¿Por qué no, Frederik?

—Porque la ciencia aún no ha llegado hasta allí.

—Pero ¿qué piensas tú mismo de eso?

—Todavía no lo sé, pero espero averiguarlo algún día.

—Qué lástima —añade—, me encantaría saberlo. Pero qué se le va a hacer.

Yo pensaba más o menos que cuando hablo, cuando pienso, ¿quién es, pues? ¿Mi alma? ¿Mi espíritu? ¿Qué es el alma y qué es el espíritu? Cuando haces algo, ¿quién lo hace? ¿De dónde viene? ¿Estamos lejos de Atenas? Lástima que Sócrates ya no viva, ¡él lo sabía! Ahora no sé si es mi alma la que habla. Pero creo que lo haces por una formación desde dentro, un proceso del que eres

responsable como personalidad. “Soy yo”, decimos, pero ¿no sabemos quién es este “yo”? ¿Comprendes, Frederik? ¿Sabes lo que quiero decir?

—De esto sé tanto como tú, pero quizá obtengamos tarde o temprano una respuesta satisfactoria.

—Esperémoslo, Frederik.

Vuelve a sumirse en meditaciones y dejé de conocerlo. Pero me parecía que sus palabras ocupan el sitio que en el caso de Mozart llenaban los sonidos. Lo que Mozart hacía sobre el clavicordio él lo hace hablando, con palabras. ¡Es algo que da sabiduría! Y ¿si se presentara el maestro que pueda despertar esta vida? ¿Cuando algún día llegue a estar ordenada, a tener concienciación! ¿Entonces será arte espiritual! Y entonces ¿qué? Pues, sí, entonces ¿qué? Si esto llegara a pulirse, a lijarse algún día de tal modo que sus sentimientos y pensamientos más profundos se puedan manifestar? Entonces ¿qué?

Veinte años atrás me dejé convencer alguna vez de que un monje, un sumo sacerdote, dijo en su lecho de muerte:

“Ahora me voy, pero volveré y entonces acabaré mi tarea. Volverás a verme como niño y a reintegrarme en el templo. Me reconocerás enseguida, esa gracia la recibiré”.

Los sacerdotes aceptaron la palabra y aguardaron. Ocho años después vinieron personas al templo —padres— que contaban que su hijo afirmaba ser Tuchyi-Ho y que no tenía nada que ver con ellos. Los sacerdotes reconocieron a su maestro y de inmediato acogieron al niño en su seno. Entonces esa vida despertó por sí sola. No tenían nada que añadir ni nada que restar a eso, la vida iba a manifestarse. ¡Ya pronto recibieron sabiduría! A mí se me dijo:

“Usted viene de Occidente. Conoce a Mozart, ¿verdad? Vea, lo que Mozart vivió por medio del arte nosotros lo llegamos a ver como sabiduría por medio de nuestro maestro. A Dios quizá le complazca dar también a Occidente pruebas de gracia. ¡Esto en el fondo lo es todo!”.

Ahora bien, recorrí muchos templos en China en busca de sabiduría, pero no la encontré en ninguna parte, ¡aunque me topara con Confucio y otros grandes! Me sirvió para aprender a pensar. Hubo una posibilidad que me llegó al alma: que era posible regresar a la tierra para continuar nuestra vida y trabajo. Pero no quería dejarme engañar. Arte elevado, veracidad profunda, sin duda, allí las llegué a conocer. Pero cuando regresas al pragmático Occidente, cuando te traga tu propio país y pueblo, cuando vuelves a pensar y vivir con total normalidad, esa mística se te escapa. Un fuerte viento del noroeste te arranca la gorra holandesa, ¡a ver quién se pone a pensar entonces en plan oriental! A ver quién sigue explorando entonces. Es imposible hacerlo y vuelves a disolverte automáticamente en esa masa pragmática de la que eres parte. Me olvidé de todo, otros ya lo han perdido antes de haber abandonado aquel país. En mi caso siguió fermentando un poco, pero ¡después ya

tuvo que hacer sitio para una cervecita, buena comida y cosas así, palabras huecas, tonterías! Allí yo mismo me ponía en camino, pero sin encontrar lo que quería vivir; todos esos asuntos asombrosos guardaban un silencio sepulcral; no encontraba la ansiada lucecita y me estrellaba contra un muro de pragmatismo. Pronto abandoné, aunque siguiera deseando poder saber más al respecto. No me sentía muy feliz. Y ahora que aquí estamos pensando, que René saca todo el tiempo problemas y que ve y siente las cosas de forma claramente humana, me pregunto sin querer: ¿No es él como Tuchy-Ho, el sacerdote? ¿No puede revelarse el alma por sus propias fuerzas? Lo que antes eran milagros, niños que tenían una vocación temprana por el arte, ¿no está reservado eso al alma como ser humano en este otro siglo que viviremos y que le hace falta al mundo? ¿Cuántos miles de preguntas hice en esa época? ¿Obtuve respuesta? ¡No! Pero ¿cometí errores? No creo. Quiero decir: ¿Me mostré como un iluso? ¿Estuve errado todos esos años por lo que mis amigos podían decir con razón: “Esto es excesivo”? ¿Es este un iluso como no lo hemos visto nunca antes? ¡No! Se me concedió convencer a Karel y Hans, que sin embargo siguieron siendo criaturas naturales, de que tengo propiedades humanas que uno no tira sin más por la borda y que han adquirido significado para el pensar y sentir normales, tal como estamos acostumbrados entre nosotros y que nuestra sociedad necesita. Me repaso ahora a mí mismo y llego a la conclusión de que no impregné las cosas con un tufillo sobrenatural, sino que seguí pisando el suelo con firmeza, de lo contrario Hans podría haberme encerrado.

Para esto hemos librado nuestra batalla. Han ocurrido cosas que nos generaron bastantes preocupaciones y esfuerzos; seamos honestos: no nos cayeron del cielo. Hemos peleado por ellas. La causa de todo eso está sentada allí, pensando. Esa causa está en Egipto, y espero que se despierte para el bien. Ya le digo ahora que compraré un pequeño piano de cola del que disfrutará mucho. Así, nuestro Mozart —un hermoso nombre para René— podrá crear una música que este mundo aún desconoce. Ya estoy viendo esas notas, todos esos pentagramas y todas esas líneas. ¡Puede convertirse en una sinfonía celestial!

¡Veo que está despertando! No pasa una hora sin que cambie. París lo apabulló brevemente; a los pocos días ya quería irse de allí. La Mona Lisa le llegó al alma, “Eso”, dice, “es lo más hermoso que he visto”. La Ronda de noche es impresionante, eso lo sabemos. Rembrandt es asombroso, pero ¿sientes este silencio, Frederik? ¿Sientes lo que quiere decirte este retrato? ¡Mira esa sonrisa! Durante horas se quedó mirando ese milagro. No conseguí apartarlo de él, y me quedé esperando tranquilamente. La Mona Lisa lo tuvo atrapado nada menos que de tres a seis. Me preguntaba a mí mismo: ¿Actúo debidamente? ¿Cuántas historias no hemos oído de ella? Hombres para quienes esta

sonrisa fue la ruina. Hombres que se sentaban, igual que él ahora, y que ¡se dejaban estrellar, por decirlo así! ¿Cuestión de sentimentalismo?’. A pocos minutos de las seis dice:

—Veamos, Frederik, te estoy muy agradecido. Te he hecho esperar mucho, ¿verdad?, pero ahora he llegado.

—¿Cómo quieres decir, René? —pregunté.

—¡Vi a Leonardo da Vinci! Habló conmigo. Tal vez a ti te parezca exagerado, Frederik, pero si te das cuenta: soy capaz de hablar con la vida, como sabes; tan raro es entonces que ahora le pida: ¿Puedes obsequiarme con un poco de sentimiento tuyo por el bien del arte? Ya lo sé, Frederik, no se nos regala nada. Pero cuando hace un instante vi su sonrisa, cómo se separaban sus labios, oí:

“Si quieres, si perseveras, si quieres inclinarte, ¡entonces sí que es posible! ¡Lo que haces es vivir!”.

¿Tan raro es eso, Frederik? ¿Se te hace desagradable? ¿No puedo hacer eso? ¿Tengo que avergonzarme por llevar horas mirando sin acordarme del tiempo? Si me hubieras despertado, habrías echado a perder mi viaje. Te digo, Frederik: me encargaré de no aburrirte. Me encargaré de ser un agradable compañero de viaje, en todos los sentidos. ¿Volveremos aquí mañana? Solo quiero ver arte, el resto no me dice nada. ¿Lo harás?

—Lo haré.

—Qué bien, Frederik, entonces me soltaré otro poco. Se me concedió verla tal como era. La vi, sentí su ser y su vida. Es poderoso. Qué grandes eran, ¿verdad? Qué profunda era esa gente. Qué cariñosa y veraz era, y cómo sufrió. Mira esos Van Gogh. Mira los otros maestros. Dios mío, qué de regalos que hemos recibido. ¿No es hermoso, Frederik? Qué contento estoy de que hayamos ido.

Entonces vuelve a sumirse en un silencio en el que lo puedes seguir sin comprenderlo. Entonces está... dormido, sentado o de pie, y está despierto. Despierto y consciente, y aun así tan lejos. Los ojos a veces se nublan y otras veces están iluminados que es una maravilla. Entonces ves cómo va empalideciendo delante de ti, entonces parece un muerto. Pero en esta vida ocurre una cantidad tremenda de cosas, que no entenderé aunque me las quede mirando, porque suceden en su interior. Lo que vi y viví allí sin duda fue despertar.

En Londres, más de lo mismo. Se quedó encandilado con Van Dyck, con Tiziano y otros italianos, con Rubens... Estaba colado por ellos. Podía comer y beber por medio de ese arte. Si no lo obligabas a comer, se olvidaba. Tuve que enfrentarlo a este hecho. Dije:

—Si quieres que te siga en todo, que me sienta ante los cuadros durante horas, y si tengo que demostrar que te puedo aceptar, que se está poniendo a

prueba mi paciencia, tendrás que hacerme el favor de no renunciar a comer y beber, si no tendré que vérmelas cuando volvamos a casa.

Y ¿qué es lo que responde?

—Tienes razón, Frederik, me estoy abandonando. Lo tendré en cuenta.

En este momento no es un chico de veintiún años, sino un hombre de avanzada edad. Aún no me había encontrado con este carácter. Está en armonía con todo y hace caso a la razón. Te acepta y siente al instante si tienes razón y si puede obedecer. ‘Ves, eso hace’, pensé, ‘que estos viajes sean tan agradables, que no te dé la lata’. Ya aventaja en mucho a Karel y Erica. Conozco muy bien eso de salir con los amigos, siempre hay algo. Tienes que fijarte en mil cosas. La gente se desquicia por mil cosas, pierde el humor y el sentido común por muchas razones. En ninguna parte se está bien, en cualquier sitio hay algún problema que te quiebra, te rompe. Al final hay peleas, abatimiento, no se está a gusto, lo que se puede ver ya no tiene valor, ya se ponen peros a todo. Y entonces estás de viaje. Una salida fantástica con los amigos. Yo siempre iba solo, siempre tuve miedo de los amigos y conocidos, te destrozan el viaje. Este ser de veintiún años es como un guía nato para ir de viaje. No te quita el sueño, al contrario: esta vida te regalo tesoros; es un enorme placer pasear con él por las calles, mirarlo todo. No pide nada, mira y vive las cosas, las vive. Lluvia, viento y tormentas: nos tocó todo, y para él fue una gloria. Llegamos a casa empapados... Da igual... eso ya secará. Se contenta con todo. A estos morritos se asoma la felicidad, cae bien a la gente, que busca su compañía. Habla bastante bien el inglés, francés y alemán..., se las arregla y encima me lo hace saber.

No conoce el miedo a que se rían de él. ¡Es libre y abierto en todo! Ya nos han invitado diez familias, sobre todo en Inglaterra..., pero no le presenté a Scor. Hace esbozos de muchas cosas, suelen ser acertados, además. Su talento está manifestándose.

Lee quién construyó la pirámide, y por qué. Todo adquiere fundamento y significado. Ahora pregunta:

—Mamá me puso un nombre, Frederik. Me llamo René. Cuando le pregunté con qué sentimientos me había dado ese nombre no lo supo. Me dio un nombre, al que estoy atado toda mi vida, sin que ella lo eligiera con cuidado. ¡Eso no se hace! En nuestra familia no hay ningún René. ¿Qué quiso mamá? Curioso, ¿no te parece? ¿A ti también te dieron un nombre así como así? Los egipcios no eran así. Lo que aquí adquiriría vida y figura —tal como tú sueles decir— recibía un nombre conforme a la vida interior. ¿Sabes lo que significa René?

—Yo no. Pero ¿qué más da?

—Yo a las personas les daría un nombre por cómo son en realidad. Si sabes odiar, tienes que tener un nombre en esa línea. Cuando te encuentres con el

Señor Odiador sabes de inmediato quién es. Pero entonces el mundo entero se llamaría Odiador. Me hace gracia, esto es una majadería. Pero todo esto se me hace hermoso, Frederik. Qué preciosa fue nuestra excursión, ¿verdad? ¿Lo haremos otra vez antes de irnos de aquí? Lúxor, todos esos antiguos templos, Frederik: menudas joyas. Haré unos bosquejos. En casa ya los trabajaré más en detalle. A ti te daré Lúxor. A Elsje le regalaré un faraón caído. Ay, Elsje. ¿Sigues sin saber, Frederik, si el ser humano vive muchas veces en la tierra? Aquí dicen —como ya habrás oído tú también— que fácilmente tenemos cientos de miles de vidas a nuestras espaldas. ¿No es milagroso eso? Lo que no consigues a la primera lo alcanzas en tu siguiente existencia. Es como si continuaras tu vida, siendo alternativamente hombre y mujer. ¿Qué digo? ¿Hombre y mujer...? ¿Hombre y mujer...? Es un sonido, un pensamiento, que me cruza los labios a la fuerza, así, sin más. Hombre y mujer..., suena a gloria, ¿verdad? ¿A ti también te gusta tanto la música? Me gustaría que mamá empezara a pensar un día en serio en aprender a tocar bien y como se debe. ¿No te gustaría eso a ti también, Frederik? Mamá tiene talento. Lo sé. Antes de mi nacimiento, Frederik, ¿dónde me encontraba entonces? Entonces sí, Frederik, vivía yo allí, detrás de esto.

Mira a la izquierda, a la derecha y también hacia arriba. Habla, creo, sin saberlo. Cuando empieza a ensartar de todo se le hunden mucho los ojos en las cuencas y cambia su rostro. Ahora es un muchacho bello, es una escultura. Pregunto:

—Y ¿qué es esto de atrás, esto de a la izquierda, esto de hacia arriba, René?

—¿Aún recuerdas, Frederik, cuando estábamos juntos en ese otro mundo y teníamos miedo —bueno, yo— al... bu?

—Todavía lo recuerdo.

—Pues, ese bu no vivía allí, estaba en otra parte. ¡Era yo mismo! Era mi yo inconsciente. Entonces aún estaba buscándome a mí mismo. Cuando se nos concedió conocernos allí, era el mundo del alma y del espíritu. Como ninguno de los dos aún entendía nada de eso, también aquel mundo nos parecía como era. ¿No viste aquel árbol, Frederik?

—Lo vi.

—Ves, ¡es la pirámide! ¡Ese mismo árbol es igual que la pirámide! Estas piedras son hojas de ese árbol; creo que ahora estoy en tu florecimiento. Empiezo a verme como niño y a la vez me veo aquí, ¡lo que ahora va a ser una sola vida! ¿No es para volverse loco?

Se levanta de un brinco y anda alrededor de la pirámide. Cuando regresa a donde estoy me mira a los ojos y vuelve a correr hacia la esfinge. Lo dejo marchar. Desde aquí veo que está pensando; se pasa la mano por la frente. Claro que sí, muchacho mío: la flor rasga la propia vida, eclosiona por sí misma; ¿por qué los seres humanos no tendríamos las fuerzas y posibilidades

para ello? ¿Por qué no? ¡Mejor que sacudas tu conciencia, pequeño René, hasta despertarla! Más adelante te ayudaré. Lo que vive una flor es lo mismo. Cuando llega la primavera el capullo eclosiona, y eso duele, puedes oír gemir la naturaleza. Pero ¡la vida despierta! Antes ya pensaba: ‘¿No es posible que algo así suceda con el hombre? ¿No sería posible que el ser humano, René, viviera lo que Mozart y tantos otros recibieron y experimentaron? Tú frótate, luego vendrá y veremos tus colorines interiores’.

—¿Te esperabas otra cosa, Frederik? —Oigo de pronto a mi lado.

—Mohamed..., ¿sabías que estábamos?

—¿No has estado llamándome cada hora de tu vida, Frederik? ¿No sabes, hermano mío, que nuestras vidas son una sola? Veo a René. Mira, Frederik, ¿se abre la esfinge a su alma? Estoy en condiciones de decirte, amigo mío, que podemos estar contentos. Míralo allí, lo llamaré enseguida.

¿Qué tal en París? ¿En Londres? ¿Te mantuvo mucho tiempo preso por la Mona Lisa? Allí te vi durante mi sueño. Te digo que el amanecer traerá un nuevo milagro. ¿Ves la luz, Frederik? ¿Ya viste esas flores? Tan hermosas, encantadoras, inmaculadas como la flor de Loto; igual de elocuentes, también. Mira tú mismo, la vida me escucha, el alma también y ahora la vida nos hablará. Quisimos que vinieras. Gracias, hermano mío, muchas gracias, estás bendecido para muchas cosas, igual que nosotros, porque recorreremos las constelaciones australes, habitaremos infiernos y cielos, ahora ya, ¡cuando todavía moramos en la tierra! Ya llega.

Presenté a René a Mohamed. La mentalidad occidental penetra en Oriente y contempla allí la asombrosa conciencia de un ser humano. René mira en esos ojos del desierto y se pierde por completo. Mira en su interior tal como miró y vivió la Mona Lisa, contemplando con atención el milagro. Toma mucho tiempo, demasiado para mí, pero al parecer no para estas almas. Pero lo que siento es asombroso. Descienden el uno en el otro. Sentí que Mohamed se abría a su vida y elevó en su interior el alma de René. ¡Eso también es arte! Para eso sé que ha seguido un estudio en el templo durante treinta años, y con éxito. Pero el otro aún tiene que empezar, o ya lo tiene de por sí. René se fue paseando hacia la vida de Mohamed; fue este quien dijo: “¡Entra!”. René está radiante, pero Mohamed no menos. René está y no está. Está soñando, o está dormido, de pie, pero con los ojos cerrados. Serenidad, ¡eso es lo que siento! ¡El silencio que me es tan familiar! ¡Mohamed recibe a su ser, su vida! Ya llevan por lo menos un cuarto de hora el uno frente al otro, a mí se me hace un siglo. Cómo es posible eso, yo ya habría sucumbido. Ellos, no; estas almas viven un mundo profundo, aún cerrado a mí. Pero eso ya vendrá, estoy convencido. Entonces Mohamed tiende la mano y se lo lleva con él. Desaparecen ante mis ojos, suben y bajan, por encima de las lomas del desierto. Esta imagen es de una belleza poderosa, no me la hubiera querido perder por nada

en el mundo. Y me llega:

—Ahora lo despertaré a él para tu vida, con más conciencia, para que su alma y vida puedan recibir las leyes. ¿Lo sientes, Frederik? Pero prepárate, nos vamos lo antes posible.

¿Es algo que capto así sin más? Nada de eso, ¡lo imagino! Pero empiezo a sentir que estos pensamientos me han sido obsequiados. Cuando Mohamed diga enseguida: “Nos vamos, Frederik”, sé que habrá hablado a mi vida. Eso no es nada especial, un gato o un perro puede hacer lo mismo, según dicen aquí, de modo que ¿por qué no íbamos a ser capaces los seres humanos?

En Oriente dicen que ustedes (vosotros), los occidentales, no se fijan (os fijáis) en nada, creen (creéis) saber pensar, pero no es cierto. ¡Están (estáis) desprovistos de pensamientos! Lo que llaman (llamáis) pensar, es aquí para nosotros... ¡vivir! No viven (vivís) nada, han (habéis) dejado de ser ustedes (vosotros) mismos por mil cosas, y ¡por eso están (estáis) divididos! No se lo creerán (os lo creeréis), pero ¡podríamos demostrárselo (demostrároslo)! Sus (vuestrós) pensamientos no son vividos, las completan (completáis) como mucho en un quince por ciento, según su (vuestra) voluntad, vida, personalidad, alma, ¡vida y espíritu! ¿No lo creen (creéis)? ¡Podríamos probárselo (probároslo)! ¡Podríamos explicárselo (explicároslo)! No están (estáis) despiertos. Estar despierto es algo muy diferente.

René eso también sabe hacerlo. Ya se irrita cuando Erica no para de irse por las ramas. Suele irritarse cuando te está hablando, queriendo contar algo, y le quitas la palabra para decir algo tú mismo. Entonces se cierra en banda y ya no le sacas palabra. Cuando quise poner eso a prueba durante el viaje me dio una paliza, porque de repente dice:

—Frederik, si no supiera que me estás poniendo a prueba, hoy ya no recibirías ninguna palabra mía. Estás haciendo ahora lo mismo que hace mamá siempre. Si quiero decirte algo, tienes que poder escuchar. ¡Te daré la palabra cuando haya terminado de hablar! Es por esto que me caen mal esas chicas de la escuela, y es lo único que soy capaz de valorar en papá.

‘Ves, Karel, pensé, ‘este será tu regalo cuando más adelante lleguemos a casa’. Pero René ya es así. Y es cierto: los seres humanos no pensamos, aún no somos capaces de hacerlo. La gente no piensa, porque no ves que cambie, y debería ser así, pero no lo percibes. Solo piensan en aquello que los ocupa y eso normalmente no tiene que ver nada con la vida. Es como lo ve un sumo sacerdote; a ver quién le va a decir que no tiene razón. Por algo así te pegan, saben lo que quieres y para ellos estás completamente desnudo. ¡Te has quedado sin tu máscara! Así es como lo veo y así es como despierta René. Este es su talento innato, los rasgos de su carácter adquieren conciencia e incluso ahora ya tienen la fuerza para manifestarse. Piensa antes de que las cosas le crucen los labios. Son sonidos materiales, pero representan sabiduría. Y esto

tiene valor para el ser humano, por lo que ya estamos recibiendo invitaciones gracias a René, porque a la gente le llama la atención.

Cuando descansa René, según ya descubrí en casa, ¡es que de verdad descansa! Dormir es para él un gran arte, igual que pasear. Cuando mamá pasea, dice, y le preguntas dónde ha estado en realidad, no lo sabe. No ve nada, aunque diga que lo ve todo, pero no es cierto. Papá tampoco ve nada. Papá lo destroza todo con su bastón y decapita la vida. ¿Por qué hacer eso? Es por eso que ya no salgo a pasear con él, te dan los siete males. Son personas que no viven. Si solo pensarán un poco más, Frederik, no harían esas cosas. Uno mismo no quiere que lo destruyan, entonces ¿por qué hacérselo a otra vida?

Frederik, la gente que lee un libro y a la vez desea escuchar la radio crea inquietud y no está en armonía con lo que en realidad quiere hacer. ¡Es algo que no soporto! No tengo claro lo que quieren estas personas. Las cosas se hacen una a la vez, y con plena dedicación, o trastornas tu personalidad. La gente no piensa, lo ves en todo. ¿O pensabas, Frederik, que soy demasiado joven para hablar de todas estas cosas? Intento ponerme de acuerdo conmigo mismo, estar en armonía con esta vida, con nuestra sociedad. ¿No es así?

René crea orden en todo. Lo ve en la naturaleza, dice. Y con ojo de pintor. “Van Gogh”, dice, “no tenía por qué haber perdido la vida si hubiera sido capaz de pensar. Pero esa alma pensaba mal. En lo que tendría que haber pensado no se le ocurrió”.

Cuando le pregunté de dónde había sacado esto tan de repente, dijo:

—Leí sobre su vida, Frederik. Van Gogh vivía su arte por su alma, y sin embargo, ¿quién nos dice que dejó hablar su alma con toda su fuerza? Yo lo veo de otra manera. Van Gogh vivía el arte, pero se estrelló por sus vivencias. Entonces agarró un revólver y se disparó en la cabeza. Te apuesto, Frederik, que no sabía que se destruiría, porque entonces no lo haces. ¿Sientes lo que quiero decir?

—A ver, dime eso de nuevo.

—¿Qué quieres decir, Frederik? —pregunta, y de nuevo he de aceptar que esta vida habla sobre grandes problemas sin que en el fondo lo sepa él mismo. Pero unos instantes después sigue esto:

—Ves, Frederik, así es como es. Van Gogh tampoco sabía lo que hacía en el momento de su acto. En el momento de su caída, hubo algo que le forzó a ese estado, pero él como artista y personalidad estaba al margen y podría haberse contemplado a sí mismo. Pero debido a que desconocía las leyes se derribó a sí mismo. ¡Y ese es el mundo para el “alma”, y el espacio para nuestro “espíritu”! Para Vincent fue una división de la personalidad. No supo razonar su estado porque no era capaz de pensar: entonces hablas con tu propia vida y ¡también tiene algo que decir la otra vida! ¿Lo sabías, Frederik? Entonces Vincent estuvo ante el suicidio, pero solo por los pelos; quiero decir: como mucho en un

diez por ciento, un diez por ciento de contenido vital, de impulso; el resto de su gran carácter no participó. ¿O pensabas, Frederik, que los asesinos siempre quieren perderse a ellos mismos con todas sus fuerzas? ¿Pensabas que los seres humanos no somos capaces de cometer un asesinato con un diez por ciento de fuerza de voluntad? Desde luego que lo creo, porque las propias cosas vienen a contártelo. ¡Esto me hace comprender qué es la “inspiración”! Te lo aclararé en unos días, solo entonces habré llegado a ese punto.

El pequeño René ya es así. Y después de unos días se me acerca y dice:

—La inspiración, Frederik, es el ansia de agotarte primero a ti mismo y después elevarte más y más. Es algo que se puede alcanzar pensando. Es disolverse por completo en el arte. Pero no tienes que pensar que esto ya sea inspiración. ¡Esa la sigues siendo tú mismo! Constaté en los otros alumnos que no comprenden nada de todas estas cosas. Ni tampoco de su arte; sucede, y no lo saben. Cuando eres capaz de perderte por completo en el arte, en aquello que quieres representar, eres un pintor. Pero eso no significa que ya estés inspirado, eso solo viene después de agotarte a ti mismo, todo de ti mismo, después de agotarte al cien por cien, solo entonces llega la animación. ¡Porque no tenía importancia! ¿No crees que la “inspiración” es uno de los sentimientos elevados? ¡Y esos hay que recibirlos, pues! Pero ¿qué es recibir? Adquirir la sensación de un orden más elevado. ¿No crees en los ángeles? ¡Yo sí! ¡Sé que existen! ¡Los vi! Hablé con sus vidas. ¡Y regresan a mí! ¡Y pueden inspirarte! Entonces está la inspiración, pero antes de que empiece tienes que ser capaz de darlo todo de ti mismo, o el orden más elevado no verá su utilidad. ¿No está claro esto? ¡Es que es imposible de otra manera! ¿Quieres enseñarme algo si solo soy consciente en un cinco por ciento? ¿Si no poseo suficiente fuerza de trabajo? ¿Si no me abro a aquello que pensamos hacer? Entonces no se me puede alcanzar, Frederik, ¡no podrías hacer ni empezar nada conmigo! Y ¿quieres hacerme creer que nuestros pintores ya han alcanzado ahora en su arte lo más elevado? Observa sus cosas y sales corriendo. ¡No comprendo que la gente compre ese arte inconsciente, mísero! ¿Tú quieres colgar algo así en tus paredes? ¡A mí me avergonzaría! Yo no estaría más que violando el arte, esta nobleza del alma, Frederik, y ¿es esa la intención?

Cuando estábamos en Italia y empecé a conocer a mis amigos, le dije a una chica:

“En realidad, ¿por qué quieres pintar y dibujar? ¿No sería mejor que precisamente tú sintonizaras con la maternidad? ¿No es ese el arte más elevado para tu vida?”

Entonces se alejó de mí, pero había algunas a las que no les parecía ni tan mal. Entonces empezaron a llamarme “señor catedrático”; a mí me parecía algo hueco. Otra vez le dije a una chica:

“¿Por qué quieres darme un beso? ¿Por mí o por mis labios? ¿Porque te di-

vierte? ¿Porque te agrada? ¿Sabes lo que es el amor? ¿Ya estás preparada para comprender que puedes hacerte madre por tu detallito? Imagínate que ahora entrara al trapo y me diera a ti, ¿es que no ves las consecuencias? ¿Estamos preparados para el matrimonio? ¿No es así como generamos desgracias? ¿Es bueno eso para el arte? Si quieres vivir el arte, no lo busques en mí, primero desfógate y después ponte a ello”.

Naturalmente, se rieron de mí, Frederik, pero ¿es que no es cierto? ¿Debería haber hecho lo que deseaba de mí? Santo cielo, veía las consecuencias. Así es como supe que esa gente no piensa. Se derriban a sí mismos, pero yo no participo en eso. A diez les pareció genial; el resto no me sentía y ridiculizaba lo que yo decía. Sé que cuatro de esas chicas se estrellarán, y entonces pensarán mí, en el loco. Porque se han enterado de que de niño fui apático. Qué lastima, ¿verdad?, pero ya se lo haré pagar.

Y ¿qué saben de la inspiración? ¡Nada! Creen que pueden recibirla por medio de la experimentación cuerpo con cuerpo, pero no es así. Ves, Frederik, ¡esos también se estrellarán! Escuchan música y están con su paleta en la mano, no hay concentración. ¡Y esos son los que quieren hacerse pintores! Ellos mismos hacen trizas su inspiración y la convierten en un jolgorio, porque no piensan. ¡Te digo, Frederik, que la “inspiración” es un regalo sobrenatural! Me pierdo a mí mismo cuando estoy metido en faena, y ya no tengo conciencia de mi propia existencia. Es como si entonces estuviera en un sueño artificial; ¡es como que me convierto en una línea, en color! Y entonces esos colores tienen algo que decir. Me elevo a mí mismo en ellos. Pero incluso en mí hay tantas cosas que no son arte ni parte de mi creación artística. Y también tengo que aplicarme a esos rasgos de mi carácter si quiero crear. Solo entonces vive de verdad un cuadro. ¿No lo mostraron los viejos maestros? O ¿queremos hacerlo de otra forma en nuestros tiempos? ¿Queremos hacerlo a nuestra manera? ¡Entonces no llegaremos nunca! Esta época “expresionista” volverá a pasar. ¡Es porque nuestra sociedad es tan desordenada y porque la gente ya no ve la importancia del arte! O ¿es que no es cierto esto?

Debido a que Van Gogh quiso pintar el “alma” sin conocer la suya propia, se perdió a sí mismo y ¡ya no sabía qué hacía! ¿No es sencillo? Al no saber lo que era “alma” se encontró ante su caída. Y esa caída, Frederik, estaba pensada espiritualmente, pero según los rasgos inconscientes en su carácter. Así que está claro que en ese momento Van Gogh era un demente. Hay que haberlo sido uno mismo, solo entonces empiezas a comprender semejantes tipos y personas. ¡Comprendo a Van Gogh como a mí mismo! ¿No recibí yo esa formación? ¿Me crees si digo que estoy agradecido por que se me haya concedido vivir en toda esa miseria? Lo que tuve que aceptar durante mi enfermedad, mis líos con las gallinas del vecino, era para Van Gogh comportamiento inconsciente. Yo sabía exactamente lo que hacía y aun así no era ca-

paz de evitarlo. En ese instante era —me veo claramente— un dividido, vivía en la vida de esas gallina y me hice como el huevo, como ese brote de vida. Disarmonía, naturalmente, pero eso también lo somos en el arte, y justo por eso Vincent se fue al garete. Qué lastima..., una buena conversación habría podido curarlo, conservar esta vida. ¡Tan mal se piensa!

Los artistas primero tienen que conocerse a ellos mismos, penetrar en el “alma de todo lo que vive”. Solo después adquiere el propio yo un mayor protagonismo.

Si quiero pintar una flor, entonces me hago como esa vida, de lo contrario no toco el alma, la conciencia para esa existencia. Y ¿no es cierto eso? La flor se hace ahora inmaterial, pero yo construyo desde el alma para regresar a la conciencia material. Así que justamente voy por otro lado hacia arriba..., siempre más y más, y regreso a la materia para dar forma a la vida. Por eso mis flores ya ahora tienen que representar alrededor suyo un mundo etéreo. ¿No era este Thijs Maris (pintor, 1839-1917)? ¿No quería eso? ¿Era un soñador? Quería pintar el alma, Frederik, y eso le salió de hecho en un setenta por ciento de la expresión y fuerza de su voluntad, de la representación de la materia. Es por esto que no valoro el expresionismo. Me produciría una muerte interior. ¡Van Gogh provocó su caída! No supo cómo llegar a la división de “alma y espíritu” y siguió buscando. Yo llego tan lejos, Frederik, porque ¡a mí se me concedió conocer ese mundo y vivía en él! Mi alma condujo hasta allí la personalidad. Y cuando llegué allí como personalidad el “alma” me arrastró hasta una inconmensurabilidad en la que todo lo que vive —da igual cómo sea— recibió un castillito, ¡tal como tú dices y sientes! Pero ese castillito, Frederik, lo puedes abrir, lo puedes llegar a conocer, porque los seres humanos somos en todo los primeros, tal como lo quiso el Creador.

‘No es maravilloso’, pensé, ‘este es nuestro René’. Una maravilla para las “Noticias”. Creo que luego escribiré, libros, obras espléndidas; eso también despertará por su propia fuerza. También ese talento lo trajo a este mundo. Cuando le pregunté de dónde sacó todas estas cosas, respondió:

—Así lo siento, me aflora desde dentro, vive bajo mi corazón, Frederik. Aprendí mucho leyendo sobre Van Gogh. Así es como me encontré ante sus gemidos y descubrí lo sobrenatural en su vida como artista. Pero su arte aún no era sobrenatural. ¿Te parece que estoy fanfarroneando, Frederik? Los antiguos maestros, sí, Frederik. A mí no me vas a hacer creer que Van Gogh era sobrenatural, porque no comprendió la inspiración en sí.

Y vuelve a decir de su preceptor:

—Mi preceptor está completamente parado, Frederik. No recibo suficiente respuesta de él, el hombre no piensa. El hombre no llega al punto debido a que no libera su “alma” de la materia y no quiere infundirle a esta el alma mediante su pensamiento y sentimiento humanos, su sintonización eterna

con todo lo que vive. ¡Esa vida está detenida! Cuando di mis explicaciones sobre Van Gogh —es que se nos pedían— se encogió de hombros. Pero ¿por qué? Él mismo se me quedó mirando con impotencia. ¿Qué haces entonces, Frederik? Si uno mismo se muestra impotente, ¿tiene derecho entonces a encogerse de hombros sobre lo que no comprende? Así es como supe que tampoco ese hombre piensa. Y eso supone un frenazo para su vida. Ya no confío en ese hombre. No me da lo que valgo y eso frena mi desarrollo y el de otros. No pensamos que ya hayamos llegado, oh, no, para nada, aún tenemos que empezar. Pero los fundamentos sobre los que luego tendremos que construir están manga por hombro, ¡te partes la nuca! De esta forma no llegas a tener contacto con tu preceptor y eso es necesario si se quiere que nuestros sentimientos lleguen a la unidad. Solo entonces podrá darme su arte. Ahora chocamos y no hay cuestión de una unión espiritual para el arte. Pero ¿no sabías eso, Frederik? Si estoy equivocado, tienes que aconsejarme de inmediato, tú sabes tantas cosas y te estoy agradecido por ello. Mi preceptor es incapaz de escuchar, Frederik, y esa es su desgracia; se le van los chicos y las chicas. No pueden decir lo que quieren y eso es muy urgente. El hombre no se concede tiempo. ¿Qué tendría que hacer un cirujano? Si papá trata a sus enfermos con negligencia, no me costaría matarlo. El ser humano es un milagro divino, y a semejantes milagros no les das ese trato. ¡Por eso odio los soldados! ¿Tiene sentido tirar piedras sobre tu propio tejado? ¿Nos ponemos como energúmenos en pleno invierno tirando piedras sobre nuestro propio tejado, como hice yo? No, eso no lo hacemos. De lo que puedes deducir que la gente cuida más las tejas que las personas, porque a estas últimas las arrojan así como así al suelo, Frederik, ¡un ser humano carece de valor! ¿Tengo que ir al servicio militar? Créeme, me niego a servir, me niego a asesinar. En fin, no tengo que ver con eso. A un loco no lo quieren, pero ¡los locos son ellos! Toda esa gente no sabe lo que hace, Frederik. Eso te hace ver que no piensan, ¡si no comprenderían que no está permitido matar a un ser humano! ¿Qué clase de seres animales son? Si les pides escuchar, no son capaces de hacerlo. Elsje es capaz de escuchar, tú y Anna también. Creo que yo también sé escuchar, y si no lo aprenderé pronto (—dice).

Oyes el nombre de Elsje una y otra vez, pero lo que dice ¡es verdad! Los chicos y las chicas piensan que todo lo saca de los libros. Ya sé muy bien que no es así, ¡su vida está despertando! El maestro le supone un vacío. Pero sus retratos están haciéndose más profundos. ¿Y un maestro no es capaz de ver eso? “Estás en un punto muerto ahora”, dice. Y ¿qué es lo que aprende entonces un estudiante? ¡Ya nada! El maestro tiene que acoger al estudiante. Y ese hombre posee demasiado poco sentimiento para ofrecérselo a sus estudiantes.

—¡Aquí lo que habla es la testarudez! —añade—. ¿Tengo que inclinar la

cabeza ante algo semejante? Me voy, Frederik, quiero otro preceptor, uno por el que sienta respeto. Ya no quiero saber nada de ese hombre, su conciencia social y artística están diametralmente opuestas y se pelean por conseguir algo de personalidad. ¿No es miserable? ¿Te sirve de algo ese parloteo? Sabe hablar bien ese hombre, pero sin entrar en el asunto en sí ni en el núcleo. ¡No toca ni la vida ni el alma ni el espíritu! Y justamente eso es lo que necesitamos, si no jamás llegaremos a lo hondo. ¡Ese hombre ahoga cualquier talento!

Así puede hablar durante horas. Es una delicia, y eso que está despertando por su propia fuerza. Le di mucho, pero no esto. Si Karel no se esfuerza, ya habrá perdido a su hijo. De Erica dice:

—¿Oíste, Frederik, cómo toca mamá el piano? ¿Por qué maltrata de ese forma tan horrible a ese delicado instrumento, tan sensible? ¿Es para que la gente en la calle oiga mejor que sabe tocar? Así ella misma pone en juego su reputación. Yo lo veo como vacío, es miseria. Cuando tocas ¿es algo que haces para ti mismo! Lo he hablado con ella, pero entonces se siente mosqueada. Le dije: “Pues nada, ¡haga lo que quiera!”. Pero ¿qué fue lo que hice yo, Frederik? ¡Me blindé! En esto la he perdido; prueba de que nos detenemos si no queremos inclinar la cabeza ante la verdad, perdiendo así cualquier amistad. Entonces eres inalcanzable, tu vida abierta no quiere aceptar ninguna mentira ni engaño alguno, pero mamá eso no lo comprende. Cuando contestó exclamando: “¡Las cosas que hay que oír!” me hundí por completo. Quedé desgarrado de su vida. Me dolió terriblemente, pero ella no lo siente. Si me hubiera podido decir: “¿Qué quieres que haga?”, entonces ¡le podría haber aclarado cómo hay que hacerlo! ¡Maltratan los maestros el piano como ella? Ya sé que mamá no es una maestra, pero tiene mucho talento. ¡De esta manera lo ahogas! Está atada al sonido, a las teclas, no a infundir alma a las cosas. Con las manos percute el instrumento, no con su alma o espíritu, no con su sentimiento, no: ¡ejecuta de forma material algo para lo que debería recurrir a su personalidad! ¿O es que lo digo mal? ¿Eres capaz de soportar cómo toca? ¿No tiembles y te estremeces ante su temperamento duro y vacío? ¿He de decir que me parece bonito cuando mi “alma” llora ante esta violación? Mozart daría un tumbo en su tumba. Esto no es felicidad, ya no es comprensión: ¡es destrucción! Lo que me contaste sobre aquellos tiempos..., sí, eso sí que era inspiración, pero ¡que le daba yo! ¡Así puedes aceptar que el alma es y sigue siendo una personalidad!

Me asusté cuando se lo oí decir. ¿Y lo ve mal? ¿Tenemos que darle la razón a Erica con sus aporreamientos? Claro, de vez en cuando toca con sentimiento. Pero eso lo oyes cada diez años. Cuando estaba embarazada de René sabía tocar. Solo ahora empiezo a comprender por qué alcanzó en esa época esas alturas. ¡Era René! He abierto el cuaderno de bitácora y tuve razón. Ya por aquel entonces lo dice, los milagros de esta vida adquieren conciencia y sen-

timiento, ¡se convierte en “saber”! Caen las máscaras. ¡Aquello que hemos tenido que esperar durante tanto tiempo se manifiesta por sí solo! ¡Esta vida por fin ha llegado! Esta sensibilidad, esta conciencia vivía en Erica, y ella era una con eso. Erica experimentó la vida y tenía más conciencia, más sentimiento para tocar y dedicarse a la música. Antes de que René entrara en su vida carecía de estos sentimientos. Eso no tiene nada que ver con Franz Liszt, pero ¡para los espiritistas es trance! No quiero saber nada de ese trance, somos nosotros mismos, primero lo somos mil veces nosotros mismos, solo después nos envuelve la inspiración espiritual. Pero lo que sabemos hacer nosotros mismos no es posible darlo a otros; si lo intentas, estás ante un precipicio y pierdes cualquier asidero. Esto son las pequeñas fisuras que viví, que casi me hicieron estrellar. ¿Es diferente René? Ahora creo que mi pensamiento me vino directamente desde Erica, por lo que veía las cosas de forma pragmática. No miré por mí mismo a través de la máscara, era él. Yo no lo influenciaba a él, ¡sino él a mí! Aquí, echados al pie de la pirámide, recibo respuestas a todas mis preguntas. Este mundo está abierto a ello, para eso hay que escapar del pragmático Occidente. En eso no se piensa, de lo contrario un ser humano no se habría violado a sí mismo ni habría violado a toda la demás vida. También empezaría a ver los asuntos divinos de otra forma, lo cual ahora no es posible. Cae por su propio peso que el Antiguo Testamento ya no nos puede vender por más tiempo el cuento chino de la dureza y el odio de Dios. Eso ya no lo creemos. Si el ser humano tiene que vivir en amor, entonces ¿no lo haría y habría hecho Dios siempre? Para esto aún me faltan los fundamentos, pero me es imposible contemplarlo de otra forma.

¡René inspiraba a Erica! Que ella quisiera saltar por la ventana no tenía nada que ver con René, era su carácter débil. Que quisiera tomarse copas también nacía de sus propios deseos: ¡René no bebe! Era su yo rebelde. Su empuje fervoroso fue el proceso de crecimiento y despertar del niño, que experimentó hasta en la garganta de ella una materialización. Erica no era una madre consciente, era medio consciente para la maternidad y así es como perdió su pensamiento y sentimiento normales, el embarazo y la vivencia de su niño.

Debido a que el alma es una personalidad, ¡el niño pudo transmitir a la madre que más tarde sería un chico! ¿No es maravilloso que ahora podamos contemplar esas máscaras y podamos mirar detrás y dentro de la vida? ¡Ese chico fue como una chispa! Esa chispa llegó a despertar y ¡ya en el cuerpo de la madre supo manifestar infaliblemente que la vida era un chico! ¡Así que después de esta vida hay pervivencia! Allí el alma es ella misma y ¡una personalidad humana! Hans, nosotros ponemos piedra sobre tierra, pero ¡son verdaderos fundamentos para Su universidad! ¡Así es!

La fuerza de René arrancó a Erica de su equilibrio. ¿No gime una flor

cuando está a punto de eclosionar? Basta con que escuches a la naturaleza en primavera. Por todas partes se oye entonces ese gemir, y también eso es un nacimiento, una concienciación. ¡Erica se dio cuenta de que todavía no estaba preparada para la maternidad! Hay otras madres a las que este poderoso proceso les parece muy normal y natural, pero ¡esas madres ya han llegado a ese punto! ¡Las demás son o bien hipersensibles o bien justo no han llegado allí todavía! Y ¡tienen que asimilar esa fuerza de los sentimientos para la maternidad! Pero en mil otras cosas viven personalmente, y exactamente lo mismo... porque entonces ves ante ti, tal como lo siente y dice René, el empobrecimiento de semejante rasgo del carácter. ¡Entonces el hombre está ante ti completamente desnudo y puedes conocerlo por todos sus líos! Pero, hagamos otras comparaciones. Entonces Occidente es pobreza, porque hemos malbaratado las leyes naturales, las hemos violado, las hemos ahogado en nosotros mismos. ¿Tan raro es eso?

Por eso Anna pudo decir: “Erica no se suicida”; sentía intuitivamente que esta vida era una personalidad dividida. Y la parte predominante vivía en ella y no pensaba en suicidio, esa vida quería empezar la propia concienciación en la tierra. Si Erica hubiera sido más fuerte, no habría conocido otra cosa que una gran felicidad dentro de ella, pero la hizo trizas y lo convirtió todo en un caos. ¡Ahora se convirtió en desintegración del proceso natural, miseria vulgar y corriente, inconsciencia!

Ninguna de las madres que me escribieron estaba preparada para ello. Todavía no habían alcanzado el grado consciente de la maternidad. De eso deduzco que la maternidad y el ser padre poseen un mundo propio, y que los seres humanos podemos vivir distintos tipos, o sea, grados. La madrecita niña, la mujer y la madre hombruna son ahora los mundos para el carácter humano en sí. A su propia manera, pero todas estas madres experimentan este parto conforme al despertar interior, y se muestran tal como es el proceso. Que si vives mal o bien y puro es otra cosa, el alma trae consigo sus propias leyes; la personalidad del niño ya crea desde el momento en que tuvo lugar la fecundación y la atracción de un alma. Así es como lo veo ahora, ¡en aquel momento eran máscaras para mí!

Pero, ¡ay, cuando René trate estas leyes más adelante! ¿Qué viviremos entonces? Creo que lloverá sonidos de las esferas..., y solo entonces se nos concederá ponernos nuestras pequeñas sandalias. ¿Vi hace unos instantes esa muerte? ¡Ahora está haciéndose un ser humano! Ahora es de una profundidad universal y conoce las leyes. Ahora puede hablar a nuestras vidas, antes no era posible. Entonces lo pusimos en una tumba. ¡Ahora estamos encima de esta y trenzamos coronitas para los seres queridos nuestros! ¿No merece eso la pena? ¡Es un universo!

Allí vienen Mohamed y René. Creo, de verdad, que ha envejecido años.

Sé con seguridad que estos pensamientos no son míos cuando Mohamed se me acerca y dice:

—Ven, Frederik, no tenemos tiempo que perder, nos vamos.

Y ahora vemos que la telepatía humana, innata, es capaz de obrar milagros y que es un fenómeno sobrenatural. ¿Y ¿eso lo captas por medio de tu alma, tu vida, tu espíritu? ¿Ahora la personalidad reacciona y está en armonía con la otra vida y el otro ser! ¿No es sencillo eso? Lo que nosotros llamamos vida es empuje, Karel, pero con pensamientos, con sentimientos, con un pensamiento consciente. Esa es la personalidad, que se ha hecho independiente, quizá por millones de vidas. ‘Lo que ahora vive en la tierra hace millones de años no había llegado a ese punto’, me pasó como un fogonazo por la mente, que ya se está haciendo más y más espacioso y que a la hora de la verdad sabe actuar con rapidez.

René me observa como un renacido y dice:

—¿No es sorprendente, Frederik? Tus propias palabras, pero dicen tantas cosas más.

Desconozco todavía en qué líos lo habrá metido Mohamed, pero se refleja con vitalidad en el rostro de René, le produce destellos en la mirada y ha dado vigor a toda su figura. Ahora lo veo a él de otra forma, así todavía no conocía a esta vida; un paseo ha producido despertar. Lo comprendo muy claramente, ¡fueron uno en “sentimiento, alma y espíritu”! Una vida sirvió a la otra, porque esta está abierta a ello y ha asimilado esas leyes. ¡Yo aún no he llegado a ese punto, para eso primero tienes que actuar como un loco!

Las maletas están hechas en un suspiro y ahora: al castillo de Mohamed. Allí pasaremos la noche, quizá nos quedemos unos días, pero después iremos al sultán para encerrarnos por un tiempo y empezar con el desarrollo de René. Lo que el chico llega a ver es sobrenatural para él. Mohamed es rico y puede regalarle de lo que sea. A mí me dice:

—Estoy contento, Frederik. Vi la vida de él, allí vivirá usted milagros.

Cuando esta gente toca una ley, de inmediato recaen en las formas de “usted” y “su”. Siempre me vuelve a parecer extraño. Cuando hablan de la vida y posesión de terceros siempre se asoma esa deferencia y te entra un sentimiento pleno, porque te hace bien que esos tesoros divinos empiecen a tener conciencia humana y representen el alma y el espíritu. Entonces te liberas de pronto de ti mismo y te encuentras ante la gigantesca conciencia en la que viven estos orientales. Eso ya también le llamó la atención a René, y le parece necesario. Ahora no puedes agarrar un bastón para sacar a palos la luz de la vida. ‘Manos a la obra con esto, Karel’, pensé, ‘no te lo vas a creer, pero más adelante te llevaré un maestro a casa, un nuevo nacimiento, un “Alado”’. ¿Sabes, mi estimado Hans, lo profunda que es alma humana? ¿Qué sabes tú de eso? Cada día se te hace más difícil. Pero es que entonces un alma

humana de ese tipo no tenía valor. Ahora es universal... ¡En lo que convierten (convertís) su vida son tinieblas! Pero, vamos, adelante, René te enseñará las leyes, y ¡entonces estarás a su pies!

René no se cansa de mirar todo. Egipto lo seduce profundamente. Todo lo procesa en silencio. La maestría en su vida está en la superficie de esta vida y se manifestará luego por su propia cuenta, porque esta vida la dirige una mano infalible. En él no verás soberbia, nos sigue como un niño feliz y es uno con Mohamed. En su precioso coche vamos de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, y disfrutamos de una excursión a lo largo de la antigua cultura del mundo. Piel negra y morena lo van saludando, y regala a esas vidas parte de su abundancia occidental, que ahora está volviendo a nacer. Vas viendo —ya lo dije— cómo cambia a cada hora que pasa. Por medio de este loco poseemos una preciosa vida..., que se disculpa cuando piensa: ‘No estoy seguro, ¿pueden (podéis) ayudarme?’. Una sencillez cuyas leyes Mohamed desconoce.

Cuando accedemos al palacio de Mohamed —sus sirvientes ya sabían que estábamos por llegar— y René ve y tiene que aceptar que aquí se entiende y siente que él es un ser humano al que se respeta, se le arrasan los ojos en lágrimas. “¿A qué debo esto?”, se le escapa, pero Mohamed lo tranquiliza, poniéndole su estrecha mano en los hombros. “En esta riqueza se descansa de maravilla”, vuelve a salir de la boca de este chico holandés, en quien han desaparecido el idioma y el entorno de la propia raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) como nieve bajo un intenso sol. Mientras tanto hemos ido a nuestras estancias. René permanece cerca de mí, nos separa una tela. Mohamed nos mandará aviso cuando espere vernos. El chico de Erica y Karel me habla como si nos hubiéramos ido de casa hace diez años: tan alejado está ya de su vida el viejo paisaje, tan profundamente se hundió la conciencia de allí en esta otra, en esta nueva vida, que ahora se ha convertido en una fuerte personalidad.

Cuando llega la hora en que nos reuniremos con Mohamed a René se le remueve el interior, como si sintiera que su vida está siendo tocada. ¡Mohamed está activo! René experimenta su atmósfera espiritual, y todas sus fuerzas y leyes. Vivimos cómo se queda dormida el alma de esta vida. Estamos sentados —algunos sumos sacerdotes, Mohamed y yo— alrededor de esta vida. René se acostó sobre un lecho de reposo y pronto se quedó dormido. Quien lo vea echado allí pensará que está sumido en un sueño normal. ¿Qué hizo Mohamed? ¡Nada! Es su influencia la que llega a dividir el alma de la materia, el espíritu de la personalidad. Todo va como por sí solo, ¡la vida de René está lista para ello! Siento curiosidad por lo que llegaré a oír ahora. Su vida ha sido levemente sondeada. Su vida ha sido separada sin florituras de las cadenas materiales; el alma puede ir a donde esta misma quiera, lo cual

ahora sucede por orden de un maestro ducho en las leyes ocultas. No decimos palabra, durante un cuarto de hora esperamos una señal que Mohamed quiere ver antes de empezar. A mí me dice:

—Frederik, ¿ve usted que esta sensibilidad puede conectarnos con el espacio? Enseguida recibirá las pruebas correspondientes.

En la habitación en la que estamos huelo ahora un delicioso aroma de hierbas; nosotros diríamos: de incienso, pero estas hierbas tienen su propio carácter. Me dicen que estas se han usado en los templos de Ra, Re e Isis, y que él conoce su fórmula. Estamos sentados envueltos en seda, entre las esculturas y el arte de un soberano espiritual, que Hans no ha visto en su vida a pesar de su entorno opulento. Pero entonces los labios murmuran algo y está lista la vida interior de René para explicarnos las leyes de la vida interior y universal. Recibe una respuesta inmediata cuando Mohama pregunta:

—¿Me oye usted?

Y ahora oímos como se formulan preguntas y respuestas.

—¿Es usted consciente de mi palabra?

—Sí —llega...

—¿Me ve usted?

—Sí.

Al comienzo Mohamed hace las preguntas en inglés..., pero un poco más tarde pasa a un idioma que no entiendo, probablemente idioma del templo. Después de algunas preguntas oigo lo que significa esto. Mohamed dice:

—Frederik, este es Rachi-Hadju en persona. El Antiguo Egipto está presente, ahora me adentro en su mundo para hacer consciente esta vida, el pasado. Hasta luego, no queremos que se nos moleste en nada, ¡no se olviden!

Ahora vivimos —los demás conmigo— que dos personas se duermen y que siguen así. Este proceso dura dos horas y media. Sigo despierto, y comprendo que aquí se están viviendo leyes enormes. Su irradiación me viene de frente y me eleva en esa experiencia incomprensible. De pronto oigo que Mohamed me dice:

—Frederik, ahora estamos entre la vida y la muerte. Vemos en este espacio, y René está libre de sus sistemas materiales. Ahora nos trasladaremos. Enseguida me volverá a oír y me podrá hacer usted algunas preguntas.

Vuelve a pasar un cuarto de hora. Entonces oímos:

—¿En dónde piensa usted que estamos?

—Ni idea.

—Nos hemos elevado por encima de la superficie terrestre. Ahora vemos la tierra como un círculo, tal como ustedes ven la luna. Empiezo a sentir las leyes por las que vivimos este milagro; también nosotros recibimos ahora la inspiración espiritual que nos llega hasta aquí directamente desde los mundos existenciales superiores. Ahora, Frederik, a nosotros se nos abre cualquier

ley creada por Dios. Allí usted ya estaría en condiciones de hacer preguntas. Pero de lo que se trata para nosotros es el despertar de René para esta conciencia interior. Lo que él percibe aquí lo poseerá allí luego, a saber: para el yo de la conciencia diurna, para que su vida quede a salvaguarda de cualquier ataque en este terreno. Si usted siente esto, entonces su vida comprende que lo abriremos.

—¿Quiere algunas pruebas, Frederik? Hágale entonces sus preguntas.

De inmediato pregunté:

—¿Me oye, René?

Mohamed dice:

—No diga su nombre, Frederik, así trastornará su vida. Así despierta su vida y eso no debe ser.

—Lo he dicho mal... —Envío a la vida de René—: repetiré la pregunta. ¿Me oye ahora? ¿Oye que le estoy hablando?

Y llega:

—¿Qué quiere saber?

—¿Hay una muerte?

—¡No!

—Así que hay vida que dura eternamente.

—¡Sí!

—¿Sabe usted quién soy?

—¡Lo sé!

—¿Sabe de dónde venimos?

—¡Lo sé!

—¿Es usted allí capaz de conocer al Dios de todo lo que vive?

—¡Lo conozco!

—¿Quiere usted que nos quedemos aquí?

—¡No! Regresaremos

—¿Conoce usted también sus propios fenómenos de locura?

—¡Los conozco todos!

—¿Sin distinción?

—¡Así es!

—¿Qué tengo que hacer para la vida de usted?

—Nada. Aguarde, luego le diré cómo actuar.

—¿También para el regreso?

—Para todo: para su vida y la mía.

—¿Conoce las personalidades con las que trata ahora?

—¿Se refiere a Erica, a Karel y Anna, a Hans, a Elsje?

—Exacto, ¿así que allí también es usted consciente de esas vidas?

—¡Sin duda que lo soy!

—Entonces ¿podríamos estar jubilosos?

—¿Podrían estar agradecido a Él por todas estas gracias!

—¿Puede decirme usted algo sobre el Antiguo Testamento?

—¡Más tarde!

—¿Estuvo Cristo en la tierra?

—¡Sí!

—¿Así que Su vida y pasión no son leyendas tal como dicen algunos?

—¡No, no, no!

—¿Sabe usted por qué se durmieron los apóstoles?

—¡Sí!

—En vidas anteriores ¿estuvo usted en templos?

—¡Igual que usted, que Anna y Elsjé! Ahora veo donde está... ¡Marja!

—¡No me diga!

—¿No me cree? Escriba algo, se lo leeré en voz alta.

Escribí: “Entonces ¿dónde está?”. Y sus labios dieron la respuesta:

—¿Desea usted saber dónde está ella? La veo, pero eso me lo guardo para mí mismo. Cuando sea la hora conocerá usted mi amor. Créame en todo, por muy extraño que pueda ser para la vida de usted, o hará añicos este contacto para usted mismo. ¡No consiento la incredulidad! ¿Cree en mí?

—¡En todo!

—Reténgalo para su propia vida. No permita que se manifieste otra conciencia entre usted y yo, o me perderá. ¡Ahora, hermano mío, soy “alma y espíritu”! ¡Estoy en todas Sus leyes! ¡Esa es la universidad de usted! También la mía. Usted ofrecerá a su facultad una personalidad. ¡Más adelante empezaremos!

—Entonces me quedará tranquilamente esperando; estoy satisfecho.

—¡Gracias!

Seguimos sentados diez minutos, pero entonces ambas vidas despiertan. Mohamed el primero, después sigue René. No se le nota nada, pero cuando me mira mi vida está iluminada apasionadamente, el corazón desbocado me late en la garganta de felicidad y alegría por todos estos poderosos sucesos, que la humanidad entera está buscando. Me postro ante René y quisiera besarle los pies. Pero entonces dice:

—¡No vuelvas a hacer eso jamás, Frederik! Habrá otros que tendrán que hacerlo, pero usted, no; usted está abierto para mí, usted está junto a mí, dentro de mí y alrededor de mí como el edificio en el que vivo.

Nos vamos a dormir. Los siguientes catorce días se destinan a abrir la vida de distintas maneras a lo material. René se duerme cada noche. Transcurridas tres semanas ha llegado al punto en que es capaz de responder a las preguntas durante el día, pero según las leyes. Después nos ponemos en marcha hacia los sumos sacerdotes, al harén de Erica. Lo que recibe René allí es asombroso. Vivimos servicios religiosos, igual que los que se vivían en el Antiguo Egip-

to. Tengo la ocurrencia de hacer que se duerma en cuanto sea necesario. Se está trabajando en mí y en él. Pero René me aclarará esta leyes más tarde, porque eso no es posible ahora. Aquí los maestros aceptan su maestría. René está rodeado de nobleza espiritual, las damas del harén de Erica son ahora sus discípulas, sus adeptas; ¡desde arriba hasta abajo hay un sagrado respeto por este maestro! René es consagrado como sumo sacerdote, lo más elevado para su vida y para la mía, como para cualquiera que entre en contacto con su alma y espíritu. Entonces los sumos sacerdotes le harán preguntas y todas tendrán que recibir una respuesta. Ahora tendrá que demostrar si se eleva por encima de todos esos grandes, ¡si es o no un nuevo Alado! Para eso estamos preparándonos. Pero eso lo hacemos dando una vuelta a caballo, observando todo este esplendor natural, hablando con los sacerdotes y las sacerdotisas, siendo uno con Oriente, también con Occidente, porque escribe cartas a papá, mamá y Anna. ¡Entonces recibirá por el sumo sacerdote el símbolo de su dignidad, la flor de Loto...!

Entretanto han pasado dos semanas. La sabiduría tiene que despertar en él, él tiene que decir: “Que empiecen los preparativos, estoy listo”. Una mañana, al despertar, me dice:

—Frederik, he llegado. ¿Sientes mi felicidad?

—La siento, mi pequeño René.

—¡Vuelve a decir eso, Frederik!

—Luego, cuando hayas terminado, cuando lleves en el bolsillo las leyes para la vida y la muerte, te lo repetiré encantado mil veces, si hace falta.

Y entonces nos sentamos juntos en un círculo. Cuento setenta y cinco cabezas, entre las cuales cuarenta y siete hombres como sacerdotes; el resto son sacerdotisas. René yace sobre una especie de cruz de madera, envuelto en una preciosa túnica: un regalo de Mohamed que para él tiene más valor que el florín y cuarenta céntimos en que lo valoró Erica cuando por medio de su raquílica conciencia vendió su primera túnica. En el día de boda de Elsje a él le preguntaron porque no se ponía su túnica. La respuesta fue:

—Cuando haya llegado el momento, ¡antes, no!

Y ¡esta es la hora! ¡Este es el segundo! Cuando lo vi y me sonrojé de felicidad, dijo:

—Ahora sí que ha llegado la hora, Frederik, de llevar semejante vestidura. ¿Me queda bien?

Y allí está ahora. Todavía sigue despierto, todavía su conciencia puede oír y ver, pero enseguida esta irá volando hacia el espacio de Dios para responder las preguntas que se formulan. De Mohamed sé que ahora se piensa ir por medio de Buda, a través de los más grandes, a la vida nueva, para constatar que se trata de un maestro cósmico. Para que aquí haya aceptación, tendrá que ser capaz de explicar y analizar las leyes para el espacio divino, para el

hombre, los animales, las flores y las plantas. También habrá de ser capaz de llevar el universo al hombre; a todos tendrá que poder dar una respuesta definitiva y demostrar así que es un consciente. Pienso: 'Dios mío, ¿a dónde me conduce esto?'

El estado en el que vive está tan avanzado que las fuerzas de Showúa y de Mohamed llegan a la unión. Suena música sagrada. Se han encendido deliciosas hierbas. Un tenue vaho rojo, con algo de azul traslúcido, y luminiscente, da a este espacio una máscara fantástica. Aquí reina lo sagrado. Las mujeres están postradas junto a los sacerdotes. Yo en medio de ellos. Concluidos los preparativos, dados los primeros pasos de todos para un buen recibimiento, se cierran los ojos de René. Tomamos asiento en cojines mullidos y seguimos las fuerzas que nos entran. Ya no soy un ser humano material: ahora planeo y vivo entre el cielo y la tierra, entre la vida y la muerte. Todavía pasa un cierto tiempo, entonces oigo que una voz pregunta:

—¿Dónde está usted?

Enseguida llega:

—Mi alma se ha desdoblado del cuerpo, me he hecho uno con las leyes para la vida y la muerte.

—¿Cree usted en el renacer?

—¡Yo lo soy!

—¿Cree usted en el regreso del alma?

—¡Yo lo soy!

—¿Ve usted a través de las tinieblas y la luz?

—Veo en ellas.

—¿A dónde desea ir?

—¡A donde usted me ordene!

—¡Vea entonces si Él está con nosotros!

—¡Él está con usted!

—¿Quiere regresar usted al comienzo de esta Creación?

—¡Estoy en ella!

—¿Qué ve usted?

—¡Nada, vivo en unas tinieblas que no son oscuras!

—Pureza. ¡Continúe millones de años más!

—¡Veo como despiertan las nebulosas!

—¿Después qué ve?

—Un universo iluminado que se ha hecho denso.

—Puro. Y ¿qué ocurre después?

—La división de la personalidad divina.

—Y de allí surgió ¿qué cosa?

—Vida nueva, el universo en el que estamos.

—¿Puede seguirlo usted?

—Deme mil años de vida material y le explicaré las leyes.

—Claro. Es imposible empezar con eso, usted da respuestas magistrales, lo comprendemos. ¿Conoce usted las leyes para el alma y el espíritu?

—Sí, para el hombre, los animales y las plantas, para las flores y el agua, para todos los espacios vitales de Dios.

—¿Podría decir usted de sí mismo que no es un “omnisciente” en nuestro mundo?

—Desde luego que puede decir eso de mí mismo.

—¿Porque sabe?

—¡Que también esa animación me llegará a mí!

—¿Puede continuar usted?

—Continúe tranquilamente; esperaré.

—¿Sabe usted si podemos alcanzar su altura?

—¡Usted, sin duda, pero después de esto!

—Después de esta vida.

—Así es como tiene que verlo.

—¿Ve usted las leyes del universo?

—Soy uno con la paternidad y la maternidad de aquí.

—Dígame: ¿fuimos primero plantas, después animales y solo después seres humanos?

—¡Fue usted primero ser humano, después animal y entonces planta!

—Esto es algo nuevo para nosotros, ¿lo sabe?

—Yo voy más lejos y profundo para sus vidas.

—¿Su palabra es ley?

—Sí, siempre, para cualquier grado de vida, como espacio, luz, vida, para la paternidad y la maternidad, el renacer, nueva vida, enfermedad, salud, locura... todas las leyes para eso, justicia... ¡En eso soy un omnisciente!

—¡Lo aceptamos a usted! ¿Tiene algo más que decir?

René lo lleva ahora a miles de leyes. Habla de tiempos de densificación en el espacio, sobre el nacimiento del niño en la madre, y añade:

—Si quiere vivir estos milagros, ¡siga entonces el amor! ¿Por qué no se casa? ¿Podría explicarle así que está viviendo como un parásito! ¿Le asusto? ¿Por qué tienen que dar a la luz otras madres, una y otra vez, sin que usted se dé? Cácese, busque una unión, sea ¡una en todo! Dese por completo y dé una nueva posesión material a la existencia entre la vida y la muerte. ¿No ve usted, no sabe usted, que hay miles de almas esperando un cuerpo orgánico? ¿No le han demostrado los síntomas que ella misma se destruyó? ¿No conoce usted los grados de demencia por los que constatamos que estas almas deformaron el tejido material? Quien asesina no tiene más remedio que regresar a la tierra, pero quien viva como un parásito se coloca al margen de la creación de Dios y pierde la posibilidad de continuar. Debido a que Dios es un Padre

de amor usted recibirá un nuevo cuerpo. ¿Quiere volver a nacer? Encárguese entonces de este regreso universal. ¿Siente lo que veo?

Así es como ya obtengo respuestas para las preguntas que planteé hace tiempo. Cuando el pequeño René luego entre más en esta materia, estas máscaras caerán y se explicarán las leyes. Ay, Dios mío, qué feliz soy. El sumo sacerdote entra más en detalle y hace sus preguntas cósmicas. Nuestro muchacho las contesta infaliblemente, son incapaces de encontrar la más mínima fisura. La ronda de preguntas dura dos horas. Van volando de Buda a Sócrates, tampoco se olvidan del santo Ramakrishna, se tocan y se tantean la vida y la muerte, y también esas máscaras caen. El infierno y diablo caen. ¡Llegamos a conocer a Dios como no lo habíamos conocido nunca antes! Después se despierta René, por sus propias fuerzas. Cuando recupera la conciencia, ¡recibe la flor de Loto! Rebotante de alegría y amor aprieta el símbolo contra el corazón y lo besa. Sus ojos son como esferas de luz, pero entonces su ser regresa a la propia existencia y cambia por entero. Ahora hay fiesta. Nos agasajan, las sacerdotisas nos traen ricuras. Nos entregamos a todas estas exquisiteces y nos vamos. Cuando estamos solos dice:

—¿Sabes, Frederik, dónde estuve?

—¿Dónde, pues, René?

—¡En casa...! Vi a mamá y papá, a Anna, Elsjé y Hans. Podría contarte muchas cosas sobre sus vidas, pero eso será más tarde. Soy feliz, nuestra vida va a comenzar. ¡Esta humanidad llegará a ver y vivir nuestros talentos y mi conciencia como un mensaje divino! Pero aún no he llegado. Es ahora cuando los maestros me tienen que dar un tratamiento.

Dormimos. Y bien que dormimos. Cuando nos despertamos por la mañana lo primero que hacemos es tomar un baño, comemos y bebemos algo, montamos a caballo. Tenemos el día entero para nosotros. Transcurren dos semanas. Entonces vuelve a sentirse preparado para las siguientes sesiones. Ambos grandes maestros descienden ahora en su vida. Ahora es despertado el subconsciente. Para lo que otros necesitan mil años para alcanzarlo, ellos lo hacen en unas horas, porque posee el grado consciente. Esto es necesario para él, si luego quiere mirar dentro de esa profundidad y explicar las leyes correspondientes. Llegamos a la unidad con esa vida: un grado de sueño del que ellos conocen las leyes. Ahora son capaces de quedarse dormidos debajo del suelo, pero esas artes están aún lejos de nosotros, dado que esto ahoga el desarrollo espiritual. Este camino, Frederik, ya lo seguíamos en el Antiguo Egipto. Solo algunos lo conocen. Rachi-Hadju y René, que representan una sola vida, conocen estas vidas. El primero es un sacerdote nato. Esta vida recibió sus primeras enseñanzas en los templos de Ra, Re e Isis. ¡En esta vida reorienta las balizas divinas hacia Occidente! ¡Así que somos uno en todo! Que la suerte le acompañe; que la suerte nos acompañe a todos; obedecere-

mos sus leyes, ¡aquí habrá cambios!

Desde hace tres meses que estamos de viaje. Seguimos en compañía de Hamed, acaba de experimentar las últimas fases de su desarrollo. Se le acepta en todo, a todo dió la respuesta universal, ¡no hay otra respuesta! Estoy rebosante de felicidad.

Pero el día de la partida se ha fijado. Viajamos a Italia, Budapest, Viena y Berlín. Tenemos que añadir semanas enteras para que René se pueda recuperar. Los sacerdotes quieren que regresemos a Holanda completamente seguros de nosotros mismos. Así tendré tiempo por el camino de tomar apuntes para nuestro cuaderno de bitácora y completar aquello que ya anoté.

Se me concedió vivir milagros. Tengo que recibir las explicaciones del propio René. Desconozco lo que ocurrió entre la vida y la muerte. No he podido seguir esas leyes ni tampoco entiendo de ellas, pero espero que me enseñen muchas cosas, ¡gracias a René!

A lo lejos vemos que nuestros queridos amigos se van haciendo cada vez más pequeños. Mohamed nos lleva a la estación de trenes más cercana, donde tomamos el Orient Express para seguir. La despedida resulta difícil, pero esa gente sabe cómo encajarla.

El chico se reconforta con toda la belleza que ve. Karel, a tu hijo le ha ocurrido un empuje natural; lo que a los grandes se concedió que vivieran y recibieran, ¡ahora es arte espiritual! Dice que cuando lleguemos a casa no debo preocuparme; se sintonizará con ello y no le notarán nada..., al menos, no esto: pero lo que es oír, eso sí que lo podrán hacer.

En Budapest vivimos el arte, también en Viena. Presta plena atención a esta ciudad, el fabuloso museo le parece elocuente.

—¿Puedes creerte, Frederik, que la gente a veces está contemplando creaciones que hicieron en vidas anteriores? Cómo estamos avanzando, ¿verdad? Rubens y Van Dyck, los fabulosos italianos; Dios mío —dice—, la de cosas que recibió esta humanidad. ¿Para qué vivimos? ¡Nosotros, Frederik, aportamos conciencia! Mis cuadros, eso ya lo verás, son de orden secundario, Frederik, ¡se trata de la palabra!

Disfrutamos de las óperas. Se sumerge por completo en su propio mundo durante el juego de canto y amor. Sientes como disfruta por dentro; vale la pena estar a su lado y seguirlo en todo. Cuántas cosas tiene esta vida para dar.

El día después, cuando vamos mirando todas esas cosas tan bonitas en las calles de Viena, entra un momento a una tienda para comprar una cruz de perlas, con colgante. No sé para qué, pero de eso ya me enteraré más tarde. No quiero preguntarle todo; apenas soy capaz de procesar lo que ya me da.

Entonces nos vamos a Berlín. Nos quedamos una semana. Nuestros amigos lo adoran, la joven vida se manifiesta, pero no entra al trapo con nadie. Cuando oyes las cosas que a veces quiere decir te encuentras ante un cat-

eddrático de psicología como jamás lo hubo antes, ¡un milagro mundial! Te irradia la serenidad de su vida y eso muchos lo perciben. Además, ¡ahora es un chico guapo!

Unos días más tarde dice:

—Frederik, ya estoy, nos vamos a casa. He vencido Oriente. Supuso muchísimo esfuerzo, pero ya estoy (—añade).

Las cartas ya están de camino, allí ya saben cuándo llegaremos. Da mucho a los pobres de Berlín, en realidad se le cae de los bolsillos. Lo han agasajado, lo ven como un soberano espiritual allí en el Oriente loco, donde la gente está tan abierta para los beneficios espirituales, a los que entregan absolutamente todo. Es posible emocionarte con eso. Es como un niño y a la vez como un viejo; pero solo ahora se manifestará eso a Karel, Erica, Hans y Anna. Elsj siempre recibirá lo más hermoso de la vida de él. Todavía no sé por qué, pero seguramente que estará bien, como todo.

Simplemente estoy que no puedo de impaciencia. Lo nota, porque nos conocemos muy bien. Paseo a su lado, como padre espiritual suyo. Nuestras almas son una, pero deseo la palabra. Tengo muchísimas cosas que preguntarle. ¡Es una poderosa sabiduría vital! Pienso: ‘Oh, Satanás, ¡ahora tienes un adversario! El Occidente circense despertará por medio de esta vida. Ya basta de chupar la gente hasta dejarla vacía para Cristo y de llevarla al matadero. Ahora empezarán a pensar.

Oímos la señal de partida, con mucho esfuerzo el Europa Central nos lleva a casa. Estamos echados en nuestro coche cama, pienso en todo lo que se me concedió vivir y recibir. Las cosas van bien, las máscaras se caen y el ser humano aprende a verse de otra manera y empezará a valorar la otra vida. Determina la velocidad por el tono del pitido y llega a la unión con la lluvia, el viento y la velocidad. ¡Y es capaz de hacerlo porque su vida ha despertado! ¡A mí aún me falta!

Cierro los ojos, porque quiero llegar fresco. ¡Este breve viaje ha durado siglos! Pero lo más probable es que sea el último. Sigo siendo un ser humano, no preveo las cosas, pero presiento muchas cosas, y eso se desarrolla por sí mismo, tal como él también puede aceptar. Y de nuevo puedo decir... Frederik, tus cartitas vacías reciben un matasellos, entrégalas sin problema. De verdad que no te van a echar con viento fresco. Pero ¿qué felicidad veo? ¿Es felicidad significativa? Así lo creo, porque se me concedió llegar a conocer esa seguridad. Desde lejos me preparo para la siguiente escena; creo que voy a tomar clases universitarias. Mi señor catedrático está durmiendo allí y al mismo tiempo está despierto, porque el alma jamás duerme; siempre, eternamente, puede verse vida, empuje, evolución natural, ¡en la que participamos!

Frederik, ahora puedes hacerme preguntas

El recibimiento en casa fue una revelación para René. Hans y Elsje también estaban. El chico no terminaba de hablar nunca, pero se callaba muchas cosas. No contaba más que lo que podían procesar, el resto quedó a buen recaudo, de puertas adentro: en su corazón, donde viven tantas cosas de las que ellos no entienden nada, que son incapaces de sentir, y que quizá ya ridiculizarían por una sola frase inconsciente. Lo evita y sabe lo que su docto padre es capaz de procesar; Erica tampoco recibe nada más de lo que su alma sea capaz de abarcar. Repartió sus regalos, pero la cruz de perlas no la llegó a ver nadie, y yo no dije ni mu. Al terminar de charlar, dice:

—Voy a sintonizarme ahora con el retrato de Elsje. Hans, voy a hacer algo bonito.

A Hans le pareció precioso, a Elsje por supuesto que también. ¡Qué curioso es este mundo! Te hace pensar cuando estás así entre tus amigos y sientes una unidad subterránea o sobrenatural de personas que hacen destellar las lucécitas en sus ojos, hablando así de corazón a corazón; pero un poco después tienes que aceptarlo, como si alguien hubiera apretado un botón y una monedita obrara el milagro. Sobre todo cuando la persona de la que se trata hace como si los corazones no significaran nada y sientes que la riqueza de otro no te puede decir nada, porque nunca vas a tenerlo en tus manos. No hay nadie entre nosotros que piense que estas almas se pertenecen, o sea, René y Elsje, así es esta amistad, de la que Hans absorbe la bondad para sí mismo y para su milagro. A veces salen de Erica sentimientos que puedes seguir directamente y a los que podrían poner un nombre material, porque ¡esos deseos son tan elocuentes! Y un poco después ves y tienes que aceptar que no es así. Y entonces ¿qué? Aun así, algo se cuece entre nosotros cuando estamos juntos de esa manera. ¡Lo sientes! Pero ¡nadie entre nosotros lo sabe! ¡Está y no está! Creo, sin embargo, que se está produciendo una conversación cuerpo a cuerpo entre nosotros, que hay dos almas trenzando coronitas, que van tomadas de la mano, que planean por el espacio y a pesar de todo no lo saben todavía ellas mismas. Pero ¡ay de nosotros cuando esto despierte!

Erica sabe ahora que mi harén es un templo donde van a buscar apoyo los grandes de la tierra. Allí ves de todo mezclado si estás dispuesto a hacer el viaje: seres humanos que una vez pesados no dan la talla; almas quebradas; corazones partidos por desgracias materiales; ricos y pobres. ¡Qué lástima que no todo el mundo pueda disfrutarlo! Lo sé y Erica lo sabe ahora también: hay millones de almas que no le dedicarían ni una hora; están sintonizados en lo material y así seguirán. Pero ¡el golpe fue certero!

Cuando René contó cómo lo recibieron allí mis viejos amigos vi que Hans y Karel se entristecieron. Elsje no, ella empezó a revivir y radiaba como la corona de Buda, era una luz oriental, de la que verías emerger un azul crepuscular difuso si se nos concediera contemplarla. Ahora mismo sería capaz de componer poemas, pero por esas circunstancias ella también cierra la boquita, y la tensión disminuye, aunque permanece su nacimiento. Es una semillita que es introducida en el suelo universal por medio de un empuje desconocido y que va creciendo; no se puede hacer nada contra eso, ¡es así y solo así! Estás sentado allí mismo y piensas, sientes la incidencia de fuerzas sobre tu miserable vida, porque los pensamientos están exentos de aranceles. De ese modo han sido erigidos mundos, surgieron mundos, porque con el primer pensamiento de todos experimentaste un cielo o un infierno, el purgatorio también es posible, pero no creo en eso. Dado que Dios es un Padre de Amor es imposible que exista el arder eterno, ¡porque toda esa gente continúa!

Elsje es una rosa celestial, que uno quisiera robar. Su soplo vital te brinda ampliación, porque sus ojos poseen amplitud. Mira cómo toca, compáralo con Erica: es como el día y la noche. Y saber que esta mujer es capaz de hacerlo por sus propios medios. Ahora ya no creo que sea de origen campesino, que Hans se lo cuente a su abuela. Y lo genuino tampoco lo oyes. Nos parece precioso, pero este talento espiritual te recorre las venas como un rayo y te aporta vitalidad, un mundo donde no hay muerte. Cuando se fueron se cayó un jarrón con flores. Erica dice: eso es suerte. Anna lo ve de otra manera y dijo: “Yo me quedo con la porquería, por qué no miras mejor, haces como si esas cosas dieran igual”. Cuando todos nos mostramos preocupados, resultó que el florero había costado cuarenta y cinco florines con cuarenta y siete céntimos, traducido en moneda holandesa, porque Hans lo había traído de Alemania. Eso fue en sus tiempos anteriores: aún tenía restos de Hansi. Pensé: ‘Mira, es como si se quisieran ahogar viejos recuerdos, borrarlos’. He de reconocer: un trabajo riguroso. Y ¿quién lo hizo? Elsje se puso su precioso abrigo de pieles, y ¡mira! ¡Un estrépito! ¿Fue casualidad? No lo sé..., pero ¡es una lástima! La buena de la niña se puso colorada y todo. Hans dijo: “Habrá que comprar uno nuevo”. Karel pensaba lo mismo. Erica se quedó desconcertada..., se había quedado en blanco. Pero René ya estaba arriba desde hacía mucho.

Y ahora dejo constancia de todas esas cosas. Las primeras semanas tenía trabajo a espuertas. René estudia intensamente, ha hecho al menos una veintena de esbozos de Elsje. Aguardo el momento en que me permita hacerle preguntas. He organizado todo de tal forma que me ofrezca una amplia visión de lo que tuvo lugar antes sin que lo entendiéramos. Así es como ahora tienen que caer las máscaras. Echado al pie de la pirámide ya recibí muchas respuestas. Pero ahora su respuesta, su orden; parto de que su palabra es ley.

Aun así me hizo esperar cuatro meses. Ya se nos ha echado encima la primavera: estuve esperando todo el largo invierno; en el fondo suplicaba por una respuesta, pero no la obtenía. La vida prosiguió, Karel y Hans tienen sus trabajos, Elsje está mucho aquí.

Siempre que puede va a Erica y es posible encontrarlas tocando todo tipo de piezas. El retrato que René ha hecho de ella ha salido muy bien. Ya recibe encargos, los artistas de más edad sienten envidia por las cosas que logra el chico. Y aun así, una y otra vez oigo que todo ese pintar no es más que accesorio. Una mañana me dice:

—Más tarde voy a escribir, Frederik. Escribiré artículos bajo un seudónimo, te parecerán buenos, eso ya lo sé ahora.

Pensé: ‘Mira por dónde, ese ya sabe exactamente lo que quiere’. Y entonces hubo:

—Bajo el nombre de Rachi-Hadju, Frederik. No menciones jamás mi nombre, nos divertiremos. Ya se lo haré pagar a los de aquí.

Pensé: ‘Esto va bien’. Pero me hizo esperar. La semana pasada, mientras estábamos en el campo, prometió:

—Ahora ya no tardará mucho, Frederik. Un poco más de paciencia. ¿Te parece que está tardando demasiado? Yo tampoco puedo hacer nada por cambiarlo. Lo mejor es que se lo preguntes en silencio a Rachi (—dijo).

Yo no lo hago, se convertiría en un nacimiento prematuro y de esos niñitos me lo sé todo. Eso solo conduce a muchas desgracias. Por eso me he quedado esperando tranquilamente, organizando mis asuntos para este contacto. Lo que recibo ahora solo puede tener lugar a través de medias horitas robadas. Tiene que ir a su nuevo preceptor, un pintor conocido. Voy dando unas vueltas, pero hago muchas cosas. Desde esta conciencia todo va adquiriendo un nuevo cuellecito. Ya conocemos fuerzas parejas vistas como fenómenos. De tal modo anoté para el cuaderno de bitácora:

“Lo que hizo con el retrato de Elsje lo veo ahora como leyes verdaderas experimentadas por el ser humano y que provocaron a Erica su desgracia. Lo que para René es aura vital, la irradiación del alma, que él puso alrededor de la cabeza de ella como si las leyes sobrenaturales hubieran hecho una coronita de nomeolvides, margaritas, lirios del valle, con botones de oro en el centro —símbolo de sencillez, pragmatismo, miradas de entendimiento cariñoso, que puedes ver fácilmente en los campos y prados holandeses, y de las que disfrutaban las vacas y que hace más blanca y gruesa, más grasa y sabrosa su leche— es para mí un popurrí de fenómenos en los que ahora de todas formas no me pierdo porque estoy empezando a conocer su vida, pero sobre todo porque las máscaras caen y pueden ser explicadas. Ya sé que mi comparación es exagerada; aun así ves delante de ti este paisaje holandés, dado que en todo René sigue siendo él mismo y que solo ahora puedes tratar

materialmente un fenómeno invisible. Hans dijo del retrato que ya no tenía nada que ver con pigmentos, ¡era un alma! Karel no dijo nada. Creo que tenía sus propias ideas al respecto. A Anna le pareció una revelación, no menos que a mí. Cuando pensé en esto me encontré de inmediato delante de Erica y sus fenómenos, y pude comenzar. Repaso a René, lo sigo igual que estuve siguiendo a Mohamed, y recibo mis pensamientos.

Los fenómenos en Erica empezaron cuando René todavía no era consciente de que —con independencia de cuál fuera su origen— vivía en la madre. Ahora hago la pregunta:

¿Estaba él en un mundo que ha sido habilitado a ese fin por Dios? ¡No puede ser de otra manera! Luego ya solo tendré que oír su 'sí' o 'no' con la siguiente explicación, y estaré listo. Ahora regreso a mi juventud. ¡Estaba examinándome a mí mismo! Cuando me puse a mí mismo debajo del periscopio vi vida que solo había sido animada por mí. Mohamed dice que el alma llega para esta vida desde su propio mundo y que se prepara para el renacer. Esto también salió de la boca de René cuando le hicieron todas esas preguntas. ¡El alma era él mismo! Pero ¡como una personalidad! El alma ha ido asimilando esta personalidad por medio de numerosas vidas. ¡Por la paternidad y maternidad! El alma, como personalidad, es padre y madre. ¡Dios no hace distinciones en esto! ¡Eso es imposible! ¡No hay injusticia! Nosotros, como seres masculinos, andamos en el margen de la creación. ¡No vivimos nada! Lo único que tenemos que hacer es darnos, y eso es servir. Así es como hacemos que haya un nuevo cuerpo para cuando tengamos que volver algún día a la tierra. ¡En ese sentido los teósofos tienen razón! Pero de eso ya me enteraré.

Erica presentaba fenómenos que nadie entendía. Todos sus médicos estaban dando palos de ciego. Se tiraban de los pelos, nada servía, estaban impotentes y solo podían decir sí y amén. ¿Una lástima? Ahora veo que eso no se puede decir. Todavía no han llegado a ese punto; esta es la conciencia de esta humanidad. Antiguamente, hace miles de siglos, esta conciencia aún era asilvestrada, no había ciudades, no había arte ni erudición, nada de todo lo que ya poseemos ahora y que nos hace felices. Entonces comprobé que el alma estaba manifestándose a sí misma. El pasado se asoma debido a que esta vida consciente tuvo que volver a empezar con una vida desde el estadio de la chispa. Y la madre, que es una con el alma del niño —que no es niño para el espacio, solo hay que verlo como nacimiento, no hay nada más que constatar— integra esos sentimientos. Ahora estás ante millones de grados o tipos de mundos de conciencia, porque cada alma es diferente. Cada ser humano es diferente. Cada persona representa un mundo propio, un carácter propio, que es la personalidad. Allí encuentras el bien y el mal; vuelves a encontrar el diccionario donde el ser humano. Y aquel despertará. En él también se en-

cuentran los locos. Las madres que dan a luz a locos pueden vivir fenómenos extraños, pero entonces ya no son extraños. ¿Qué es la melancolía? ¿Qué la debilidad? Si la personalidad tiene suficiente fuerza para vivir esto, no hay nada. Pero Erica aún no había llegado hasta allí. Ahora también comprendo por qué las madres son clarividentes.

Adquieren este sentimiento aumentado por medio de sus hijos. Las madres que dan a luz a locos y que durante nueve meses son una con sus hijos, no requieren vivir nada, porque la propia alma no tiene nada que dar. Esa alma o bien es apática o bien es predominante, tal como a mí mismo se me concedió ver y comprobar en la clínica de Hans. Eso me dice ahora que hay almas que dejan en paz a la madre y que las hay que penetran hasta la conciencia diurna. Entonces la madre puede sentir algo de su nueva vida, y eso también son fenómenos. Gracias a estos puedes constatar ahora hacia dónde te conducen. Un alma como ser humano, cuya personalidad haya causado destrozos en una vida anterior —porque eso es—: en esa vida no ha cambiado nada. Ahora despierta esa conciencia salvaje, apasionada, pero en la madre, y deforma ahora el delicado tejido orgánico. La presión de esta conciencia deforma la materia. Voy hojeando el cuaderno y ahora veo que se me da la razón; no hay otra cosa para explicar esto. ¡Ahora la vida y la muerte están abiertas ante mí! Al morir, ¿depone una muerte la máscara? Una muerte solo la alcanzas a ver cuando nace el niño, ¡porque morir es vivir! El alma como personalidad entra en un mundo y aguardará allí el nuevo nacimiento. Madre mía..., la de leyes que se me echan encima. ¡Son miles de cartas de Nuestro Señor! Luego las ordenaré y editaré, pero ¡entonces será un libro!

“¡Hurra...! ¡Viva la muerte...! ¡Viva la vida...!” dice en el cuaderno de bitácora; a ambas las conozco. Ahora estoy ante una cara sonriente que me asegura que tengo razón. ¡No hay una muerte! ¡Ya lo sabía desde hacía tanto tiempo! ¡Ahora sí que lo puedo aceptar! Lo que es morir es estar vivo. O bien sigues ahora o bien regresas aquí unos instantes para hacer algo. ¿Para qué? No tengo que ir demasiado lejos. Tengo que intentar contener esa fuerza cósmica, porque si no todas esas cosas me derribarán. Entonces iré a parar a una acequia universal, y eso no debe ser así. Primero tengo que limitarme a los fenómenos de Erica, y después seguiré. Pero como sé que no hay una muerte, que el alma regresa aquí y que vuelve a convertirse en un ser humano material, estoy en condiciones de hacer que se resuelvan muchas cosas, y vemos a Erica y René en otra luz. Porque ese es mi propósito. Así adquiero fundamentos y veo cómo va naciendo mi universidad. El embellecimiento es por medio de René, ¡el se encarga de los colorines!

Que Erica estuviera y no estuviera, que pudiera oír sus conversaciones fue, como ya dije, gracias a René. De modo que la ciencia asegure que el alma vive por primera vez en esta tierra, es por tanto ¡una necesidad enorme! Nat-

uralmente, los eruditos ven ahora solamente la vida. Y esa vida les para los pies. Pero esta vida es una personalidad. Esta vida sin duda ha sido millones de veces hombre y mujer. Por esto es que no hay niños. Lo que vemos como el niño es para la Madre Naturaleza el capullo de la flor. También es la flor, cuando te encuentras enfrente en invierno; pero ahora esa misma flor está en el árbol, forma parte de la sangre de un árbol y vuelve a nacer por sí sola cuando comienza la primavera. Hay que ver qué pobres demonios somos los seres humanos. Ahora ves, me digo a mí mismo, lo mal que se piensa aquí en el pragmático Occidente.

También un árbol, una flor, una selva; al comienzo de nuestro camino dije —lo dije para Hans y mí mismo—: luego iré a la naturaleza, después al reino animal y, naturalmente, al ser humano, pero después ascenderemos hasta el universo. Hans pensó entonces: ‘¡Este está majareta! Que se atreva a decírmelo otra vez y por medio de René y Rachi-Hadju le daré una paliza científica espiritual como no le han dado en su vida. Pero eso será más adelante, lo importante es que empecemos ya. Entonces haré que acudan todas las facultades y ¡solo entonces viviremos clases universales! Ay, santo cielo, la de cosas que veo. Que René espere un poco más, no hay problema, aún me falta mucho para estar listo’.

Pero ¿tú también lo sientes? Cuando en invierno ves un arbustito —fíjate por ejemplo en tus propias plantas— ya entonces la flor vive en los delicados tronquitos. No ves la flor, pero ¡sí que está! ¡Esto es exactamente igual para el ser humano, el animal y todo lo que vive que tenga que dar a luz y crear! La flor está en la materia, ese es el espacio para una flor. El alma como ser humano posee un universo. Pero ¿sientes, Frederik, lo próximos que en el fondo viven esos mundos entre ellos? El alma como ser humano regresa desde su espacio al mundo material. Debido a que una flor no posee ese mundo, o sea, ese espacio del ser humano, cuando arrancas un trocito de madera de esos de un tronco tienes en la mano el mundo interior además del material para el nacimiento de la naturaleza. Y para los seres humanos es exactamente lo mismo, porque nosotros también somos alma y materia. Solo que resulta que hay un acontecimiento que unos años atrás también para mí era todavía la muerte, pero que ahora se ha convertido en la vida “eterna”.

Ahora conoces toda la naturaleza. Donde veas vida, allí ves alma y materia. Y si viene un nuevo nacimiento, para la flor o planta es, pues, la vida material. Hasta que se extinga esa planta, hasta que ese árbol ya no dé manzanas o peras; la fruta también es parte de ello, todo es un nacimiento, pero para un tipo de entidad, después la vida interior continúa y habrá vivido entonces el mundo material y, según creo ahora, lo habrá vencido. ¡Esa vida regresa a una existencia más elevada!

Cuando luego a René le formule mis preguntas podrá aclararme la ley en

sí por medio de solo unas palabras y podré continuar. Ahora comprendo que estoy preparándome a mí mismo para él. Ahora hacemos un solo trabajo, él y yo estamos despertando. Y para eso recibo el saber. Esto puede ser inspiración y el sorprendente acontecimiento de ser uno de sentimiento a sentimiento en todo. ¡Ahora en un ser humano!

Pero ahora ya veo o siento la unidad universal. Cuando la tierra fabrica primavera, verano —lo hace porque se desplaza—, llegamos a vivir en la tierra ese desarrollo. De modo que eso se convierte en primavera y verano, invierno y otoño. Si vas al sur, donde la fuente no cesa de crear y de dar a luz, a Indonesia, California, Florida —y así puedes continuar: justamente a los climas meridionales—, allí la vida natural posee más posibilidades de dar a luz, allí no muere, allí la vida no se repliega por el invierno y puede ser contemplada como la alegría eterna, como la vida para el alma que siempre está abierta, consciente, como materia y como vida interior. Allí un árbol también posee más vitalidad, más animación; por ejemplo, un naranjo de esos obtiene la posibilidad de servirnos varias veces al año, algo de lo que nuestro manzano no tiene ni idea. Eso lo veo como entidades, fuentes y grados para esta conciencia natural, porque la tierra cambia de lugar y va a alejarse de ese calor, pero ¡sin duda por una ley universal que le impulsa a hacerlo!

Son los polos, climas, países, pueblos, pero no hace falta más que una sola ley para resolver todo esto, y eso es la ley para la propia vida; ¡es evolución o morir, el final de una fase vital! Una muerte no se ve por ninguna parte, porque lo sé. ¿No vimos nosotros dos otra vida? Cuando el pequeño René empezó a andar a gatas, cuando todavía estaba en su cunita, ya estábamos nosotros allí dentro y quiso recoger flores y manzanas para papá y mamá. Y mira cómo me ha superado, ¿no? Eso también es el mundo para la naturaleza. ¿O es que quieres decir que la naturaleza no posee un alma? Ahora estoy empezando a ver y sentir esa entidad. Como alma hemos recibido la conciencia más elevada de todas; sigue el animal y solo después la naturaleza con todos sus tipos de vida. ¿No es sencillo? ¡Esto va a ser nuestra universidad!

Volviendo a René y Erica veo que René transmitió ese empuje a Erica debido a que él estaba despertando como ser humano. Esta conciencia era predominante. Luego, más adelante, quiero guiar a René justamente en eso, si es posible, para que cuando viva las leyes correspondientes nos las explique y así sepamos lo que experimenta el alma como ser humano durante esos segundos de fecundación. ¿Intuyes estas enormes leyes? ¿Empiezas a comprender, Frederik, lo que eso significa? ¿Sientes lo alejados que están todavía de esto la ciencia, el psicólogo, el psiquiatra, el parapsicólogo? Y ¿si seguimos un poco más? ¿Si un ser humano es adulto y escucha a un sacerdote? Ese hombre explicará Dios. ¿Ya hueles el incienso del cielo? ¿Viste husmear a ese perro en los cubos de ceniza? El animal busca un huesito. ¡Lo que hace un erudito de esos

es lo mismo! Nos ofrecen huesos, jamás tuvieron carne alguna para disfrutar de ellos y saciar el hambre. Todo se me hace tan miserable cuando empiezas a ver cómo quiso Dios las cosas para los seres humanos.

Lo que Erica recibía de René eran sentimientos, era un calor espiritual, eran órganos vivientes, dados a ella como un aura. Como pensamiento, como sentimiento... Y ¿fue engañada de ese modo? Tienes que verlo como un fuerte viento. Erica no poseía los medios de procesarlos. ¿No dije ya antes que navegaba con la brújula de otro, sin saber a dónde iba? ¿Estaba sentada encima de una tumba trenzando florecitas para una pequeña corona? Lo más probable es que le hubiera encantado, pero esa seguridad aún la tiene que asimilar. Así que ¡es madre y no lo es! ¡Creo que sin duda tendrá que hacerse madre otras cuatro veces seguidas antes de que esté completamente lista para esta maternidad! Y de nuevo me encuentro ante centenares de miles de problemas que ya no son máscaras, sino preguntas que exigen una respuesta.

Porque hay millones de madres en esta tierra. Todas ellas dan a luz a bebés, pero ¡ni una sabe para qué lo hace! ¿Es algo que va por sí solo? ¡No lo creo! ¿No tiene otro significado? ¡Ya no lo creo! ¿Está todo eso puesto en equilibrio por un poder sobrenatural? ¡Eso sí que lo creo, sí! Pero Dios no tiene nada que ver y a Hans tampoco le hace falta añadir notitas cuando se va uno de los suyos, es el cuento de nunca acabar, ¡es miseria! Esas almas vienen a este mundo para millones de asuntos. Y ese mundo se me va imponiendo y quiere que me deje ir. Ves, más adelante volveré a la cuestión, enseguida ya; aquello que experimenté al comienzo, cuando mi mano quiso ponerse a escribir, surgió de ese mundo. Las fuerzas correspondientes no eran personas; tampoco acepto ahora opciones espiritualistas en ese sentido, yo mismo poseía la resistencia, pero ¡eran las leyes que se revelaban en mí mismo! O sea, eso es lo que quiero decir: que estaba convirtiéndome en una de esas leyes. Pero ¿sientes la mutua cercanía de todos esos mundos? Y que un espiritualista tiene que equivocarse mil veces —ahora prepárate: es algo de lo que aún no sabemos nada— antes de que semejante espíritu se manifieste y se sirva entonces de una mano material para escribir algo de sí mismo. Quien posea eso tiene que atravesar miles de mundos de sí mismo antes de que ese grado de conciencia, como mundo y ser humano, o sea, como personalidad astral, pueda ser comentado y vivido, y ¡que ahora es una unidad que es y seguirá siendo sobrenatural! Eso me infunde un sagrado respeto, porque ¡sé lo terriblemente difícil que es cuando vences esos miles de leyes que Dios ha creado para la vida de nuestra alma y del espíritu! ¡Porque eso es! No es algo en lo que puedas entrar así como así: Mohamed recurrió a una vida tras otra para ello. Asegura haber fallecido por ello por lo menos mil veces, haber perdido la conciencia al menos mil veces y haber estado encerrado en un manicomio donde como inconsciente esperaba entonces su final material, ¡para solo después empezar una nueva vida con el

fin de hacerse con ese despertar!

Se da a luz a millones de almas, como dije hace unos instantes. Y entonces miré en un mundo, tan profundo y poderoso que me preguntaba ‘¿Cómo podré quitármelo de encima?’. Y creo, además, que si no hubiera podido hacer mi estudio a raíz de este niño, querría hacer directamente lo más sencillo de todo. Estoy seguro de que yo también perdería la cordura: así de imponente es lo que siento y lo que ahora se impone a mi vida.

Los millones de niños que nacen, pues, tienen todos un objetivo propio como alma. Más sencillo, imposible. Ahora una de las vidas regresa —mejor que no nos apartemos demasiado de la sociedad—, para bien y para mal. Esa vida ha hecho muchísimo daño y regresa a la tierra para enmendar. Entonces estamos ante la paternidad y la maternidad. La causa y el efecto adquieren ahora sentido. Uno ya puede ir enumerando miles de causas y efectos para los que el alma tiene que regresar. Apuñala a muerte a alguien: ahora creo, y quién me lo disputará, que algún día —da igual cuándo, porque ocurrirá, eso fijo— el alma tendrá que regresar por ello a la tierra. Y entonces oí allí a René que, respondiendo una pregunta que se hacía universalmente, decía: “¡Para dar al alma un nuevo cuerpo!”. Aquí ya estamos ante una cosa sorprendente.

El alma como ser humano que mata a un ser humano tiene que dar un nuevo cuerpo a esa vida. ¡Es una ley divina! Uno no ha de violar una ley creada por Dios, es algo que uno no toca. O si no arrojemos entonces los diez mandamientos a la basura. Pero de eso no vamos a librarnos de ninguna manera. Así que estamos ante las palabras de Dios y de “Cristo”: ¡Ámense (amaos! Quítale a un ser humano de esos la vida material. Ese ser humano podría haber vivido muchos años más como alma y personalidad según las leyes propias. Esa vida no se ha completado; fue destruida conscientemente. Esa vida, podríamos decir, se fue de este mundo demasiado pronto; estamos otra vez ante problemas, otras máscaras, porque ¿quién nos dice ahora que este sería el final? Los seres humanos ¿tenemos que aceptar por lo tanto que tienes que ver y que puedes ver tu verdadera transición por un asesinato? Ves, eso es algo que no me entra la cabeza, y es que es imposible, porque nos vemos colocados ante las palabras del Evangelio y de Cristo. Ama y no “mates”. Debería haber sido también: “¡Para que no te maten!”. Y claro que creo que si algún día violaste una vida humana también te verás ante esas leyes y que tendrás que aceptar que en alguna parte en el mundo recibirás una cuchillada o una balita en el corazón, sin saber la razón. Pero entonces también oyes: “¿Se le merecía mi hijo?”. O: “¿Se lo merecía mi marido? ¿Por qué tuve que perder yo y por qué tuvieron que perder ellos su felicidad, su amor, de esa manera tan ruda y bruta y dura?”. Aunque no haya ninguna prueba de culpabilidad del alma, ¿cuántas personas no resultan expulsadas de esta manera?

Pero ¡de eso ni estamos hablando!

De lo que se trata es que no hay que poner la mano encima de la vida. Si matas un ser humano, darás al alma otro cuerpo. Y los hombres ¿queremos hacer eso por medio de nuestro castillito? ¿Cuál es la consecuencia? ¿Que el alma tendrá que vivir ambos cuerpos! Nosotros, como almas, como formas de apariencia humana, somos padre o madre, aunque estos en el fondo son uno, ¡como también Dios es Padre y Madre! ¿Ves, Frederik? ¡Esta es la “justicia divina”! Para eso hay que regresar a la tierra, ¡para eso te harás madre! Da igual que te muerda el gato o el perro: sigue siendo lo mismo; regresarás a este mundo para hacerte madre y esa es la tarea que se te encomienda. Pero Dios no se mete en esos asuntos. Tarde o temprano René tendrá que justificar él mismo esas doctrinas cósmicas, ¡lo veo venir! Escribiré libros que nos conectarán a nosotros con la “Universidad”. ¿De quién? ¿De dónde? Que lo decida él. Te diré esto: que es otra universidad que la que conocemos aquí en la tierra.

Pero ¿viste caer esta máscara? ¡El alma no ha de asesinar! Lo que tiene que hacer es vivir la vida, y formar parte de ella; tiene su tarea divina, pero no pondrá la mano encima de otra vida. A ver, repasa la tierra. Ahora no tienes que irte demasiado lejos, porque ¡te saltarías trozos! Mira alrededor de donde estés tú mismo, allí la sabiduría está tirada por el suelo. ¿Qué viste? Yo ya lo veía desde hacía mucho. De las calles fui recogiendo regalos divinos y los ponía en la bolsita debajo de mi corazón humano. Porque ¿qué quieres decir cuando oyes que una joven madre mete en un saco a sus gemelas —niñas preciosas, sanas como robles— y que las ahoga como cachorros enfermos? ¿Qué va poder hacer semejante almita humana? ¿No te lo crees? Vamos, vamos, ¿no lees los periódicos? ¿Tan atrasado eres? ¿Cuántos miles de madres no nos llegan cada año con los úteros perforados?, pregunta Karel. ¿Para ventilarlos un poco más? ¿Por cambiar un poco? ¿Para recoger florecitas —no en el prado, sino en el tejido humano? ¿Justo allí donde vive el fruto y este tiene que empezar una nueva vida divina? ¿No oíste que una vez hubo un retrete atascado del que sacaron un pequeño cadáver? Esa joven madre ya está gruñendo. Ves, nuestra sociedad no puede aprobar eso, pero ¿qué dirán de eso las leyes divinas? ¡Dios no tiene nada que ver con eso! ¿Que cómo estoy tan seguro? ¡Por el pequeño René! Se le formularon preguntas “cósmicas”. Esta fue una de ellas y la respondió como si nada, según las leyes naturales. Al sumo sacerdote se le escapó: „Hoe is het mogelijk!” (“¿Cómo es posible!”). Lo traduzco al neerlandés; eso venía a decir. Casi se queda patidifuso y de ninguna manera se sintió engañado, porque Blavatsky, Buda, Rudolf Steiner, Sócrates, Platón, los sacerdotes más altos del Antiguo Egipto y otros mil tipos de estos, todos han constatado con seguridad que los seres humanos, como alma, lo hemos recibido todo de Dios y que estamos sintonizados con Su

vida. Eso ocurrió cuando Dios comenzó con Sus creaciones.

Así que, ¿qué dirán las leyes ahora de eso? Según oí una vez más del pequeño René, ¡son las leyes para el nacimiento, para la paternidad y la maternidad, para el alma, el espíritu y la materia! Y esas las hemos recibido los seres humanos en nuestras manos. ¿Que no? “Bien”, se le dijo a una princesa en Oriente, “échese entonces mejor allí, ¡porque me apetece violarla un poco! ¡Y hará lo que yo le diga!”. Ya habrás notado que siempre me sirvo de las cosas más poderosas, siempre agarro al toro por aquellos cuernos donde haya oro espiritual con valor. ¿Qué crees que hizo esa princesa? Ni corta ni perezosa mandó echar a ese sacerdote ante las fieras y en menos de quince minutos ya no quedó nada, ni de él ni de su castillito, nada más que una masa ensangrentada. ¡Cosas pegajosas! Solo porque la colocó —a esta niña inverosímil— ante el hecho humano y le quiso demostrar lo poderosamente fuerte que es semejante voluntad humana. Pero llamó a la puerta equivocada, a una vida de sentimientos equivocada, que ya se sentía mancillada, y tuvo que aceptar el final. Pero ¿qué te parece esta máscara? ¿Por qué cosas tendrá que pasar aún esta almita que ahora cree ser santa? ¿Sabes lo que es ser santa? Antes yo tampoco lo sabía, ¡ahora sí! ¡Quiere decir que como ser humano estás en armonía, que eres uno, con todo en el espacio! ¿Que es sencillo? Ahora cumples con tu deber. Ya lo sé —esos son los sentimientos que ahora me vienen encima—, en pensamiento me arrojas: ¿Qué es lo que haces tú? ¿Qué hiciste? ¿No vives tú también como un parásito? ¿No andas tú también a remolque de la vida? Si te digo que no puedo tener hijos para mí mismo, me crees. Pero si digo que yo también cumplí con mi deber, ¿entonces está bien? Una vez me preguntaron Karel y Hans: Y tú, ¿de qué te nutres? No dije nada, porque mi vida interior me parecía demasiado preciada para ellos. Pero ¡quizá algún día tiraré de la manta! ¡Hice todo! No he causado preocupaciones, ¡participé en la creación!

El asesinato, dicen en Oriente, y René lo ha revelado como Rachi-Hadju, obliga al alma a regresar a la tierra y a crear un nuevo cuerpo para esa vida. Dicho de otro modo: ¡si eres hombre tienes que regresar para hacerte “madre”! ¿Te da risa? ¿Te encoges de hombros? En realidad, ¿de qué te ríes? Imagínate —solo un minuto— para ti mismo que ¡es así! Ahora, ¿qué? Imagínate cómo piensas ahora. ¡imagínate ese vuelco bajo tu corazón! E imagínate que como tipo fortachón estás al mando de un regimiento de soldados y que ¡los envías a la muerte! Bonito, ¿verdad? Con eso ya te ganarás una medalla. Pero ¿pensabas que de ese modo ibas a librarte? ¿De verdad que pensabas, gran hombre y aun así pequeño, que podías seguir escondiéndote? ¡Esos arbustos algún día desaparecerán de la tierra! ¡Y entonces estarás desnudo ante tus muertos! Ya sé desde hace mucho que tú solo no tendrás que enfrentarte a esto, pero que todos esos tipos estúpidos y jóvenes están ante su propia miseria, ¡porque

tampoco ellos tendrían que haberlo empezado!

¿Sientes lo que significa esta máscara? ¿Que se cae! Y que este amor patrio no vale un pimiento para el espacio. ¿O tenemos que cumplir con la injusticia? ¿Tenemos que tomar en cuenta el oro y la plata de un pez gordo de esos porque estemos delante de él? Una vez tuve una enorme bronca con una madre amorosa. Es un alma maravillosa. Sus muchachos tuvieron que luchar en la última guerra (la Segunda Guerra Mundial). Entonces me dijo:

—Imagínate, jovencito —ya estamos: “jovencito”—, mi hijo derribó a unos setenta. Esos boches no tenían nada que hacer con él. El chico me escribió: “Mamá, ay, mamá, qué buena protección tengo. Las oraciones de usted me salvaron la vida. Caí en picado de una altura de cuatrocientos metros, me quedé clavado con el morro en el barro, pero justo a mi lado aparece un campesino que me saca de la acequia. Si ese hombre espera un segundo más me quedo allí. Y ahora ya he vuelto a cargarme una decena”.

Casi me ahogo del susto. Porque lo que sigue es:

—¿No es una maravilla cómo me ha escuchado Dios?

Me dio tales nauseas que me fui sin pensármelo y la dejé estupefacta, ¡envuelta en su propio hedor humano! ¡En su maldito egoísmo, esa máscara asquerosa! Porque ¿no tienen todos esos otros muchachos madres y un Dios? Son cuernos de oro. Los vi, igual que todos los demás, tirados entre la basura de las ciudades. Mires donde mires, puedes llenarte los bolsillos con ellos. Lo que quiero decir es esto: ¿Es esta la bondad de Dios? ¡No! Son majaderías. ¡Es desintegración! ¡Son necedades! Es hacer cargar a otra vida con miseria. Es convertir a Dios en una carpa de circo, es mucho y mucho peor, por lo que casi me puse malo. ¿Tiene que ver Dios con los asuntos humanos? ¿Hemos recibido en nuestras manos la vida y la muerte? ¡Sí! Ese muchachito feliz de ella tendrá que regresar por esto mil veces para limpiar sus propios errores, para rectificar lo que su alma dejó roto y retorcido. ¿O no es una mierda matar? ¡Estas son las máscaras! ¡Y se caen como hojas en otoño! ¡Se caen porque tienen que caerse! Se caen porque Dios también posee almas que se abrieron a sí mismas para llevar a esas almas duras hasta el despertar universal. Y para nosotros ¡es René!

Hola, madrecita. Lo que me diste como conciencia plena te privó de la propia corona sobre tu cabeza. Eres una buena madre, un alma grande, ahora vi un bote de pintura negra a tu lado con la que fuiste embadurnando toda esa belleza, ¡con la que la pringaste! ¿Dije algo? ¡Yo no fui! Fue él, pero cuando cae la máscara ¡es uno mismo!

El asesinato, dice Mohamed, ¡te devuelve a la tierra! El asesinato es una ley del karma, las cosas erróneas las puedes enmendar en la vida después de la muerte. Pero ¿el asesinato?

Dios no tiene nada que ver con todo esto. Eso es algo que las propias per-

sonas se infligen, pero así han surgido los abusos. Ahora el alma deforma el embrión. Es dominante porque esta vida ha entrado en disarmonía. Se ha perdido la armonía natural. El amor propio no significa nada. El amor por el ser humano tampoco; si la personalidad piensa como madre que ya no viven otras madres en la tierra, entonces está bien. Pero ya lo dije: ¿No tienen madres todos esos muchachos? Por eso es una gran maldición empezar una guerra. Y desear entonces que tu propio hijo regrese a casa protegido, sano y salvo, y que la otra vida se vaya al cuerno, ¡es de una pobreza cuya máscara ves al instante delante de los ojos y que ningún músculo consigue atravesar! Es el alma la que tiene que decidir por su propia cuenta lo que hace entonces: cae si mata, se eleva si se entrega a la Madre Naturaleza y a sus leyes, ¡que son Dioses en persona!

Y ahora esa vida regresa a nosotros. Era salvaje cuando se fue. Se quedó sin ancla divino, esta vida te la encuentras como un barco naufragado. ¿Qué ocurre? ¡Pues ahora mira todos tus psicópatas! Esas máscaras retorcidas rompieron de todo en vidas anteriores, lo dejaron atrás y ahora regresan para vivir primero ellas mismas lo armonioso; pero después comienza lo que es enmendar aquello que algún día se hizo mal. Todas esas máscaras cayeron; cuando René solo dijo una palabra de eso —yo mismo casi estaba listo— entendí el conjunto. Menuda montaña de miseria. Erica estaba navegando con otra brújula que le podría haber mostrado nuevos mundos, pero su pequeño castillo y carácter no estaban preparados. El final fue este: René la acercó hacia él sacándola de su conciencia diurna, y ¡ella estaba y no estaba! ¡Andaba por la calle y estaba dentro! Claro, ¡estaba despierta y dormía! Paseaba y no paseaba, porque era capaz de mirar al sol durante horas, como saben hacerlo también los psicópatas sin que eso les moleste: ¡entonces han depuesto el rostro de la conciencia diurna en un diez por ciento o más! El alma que es más fuerte atrae en sí, o absorbe, la conciencia diurna. Estas madres están y ya no están, otras adquieren así clarividencia y dones, porque ¡ahora el alma transmite a la madre esa claridad inmaculada pero espiritual! ¿Ves también cómo cae esta máscara?

¿Es que no es cierto que ahora te habla una muerte y que esa muerte calza pequeñas sandalias? ¿Hubieras deseado convertirlo en otra cosa? ¡Ahora te sonrío una muerte! Trenza coronitas para tu cabeza. ¿No son bebidas de amor cuando sabes que te volverás a encontrar detrás del ataúd? ¿No sientes ahora, no oyes ahora que el cielo y la tierra se besan? ¿Sientes cómo arde ese beso en tus labios? ¡Este es el amor que dura para la eternidad! ¡Ese beso me despertó! Se derrite en tus labios y su percepción refuerza tu personalidad espiritual para el alma y el corazón. No hay una muerte: si ahora pierdes tu amor, miras al espacio para ver si tu ser querido ya ha despertado, porque ¡ahora puedes esperar que tu amor venga desde allí! ¡Tú misma vas andando sobre pequeñas

sandalias! ¿Qué significa eso?

Que como persona consciente terrenal calzas zuecos, que no estás abierta a ese amor consciente. Tu amor es tan duro, tan frío, tan insustancial, porque todavía no conoces su profundidad universal, y ¡por eso tu beso tampoco tiene vida! Tiras de una vida, pero ¡te falta el contacto universal! No es esta vida precisa; miles de vidas conforman una vida. Cuando esta muerte te sonrío ves caer de un cielo las nomeolvides, los lirios del valle y las margaritas. ¿No leíste eso? ¿Qué pensaste entonces? ¿Ese tipo está loco! Pero dije “un cielo”, no “el cielo”: es tu propia sintonización espacial desde donde te sonrío, te hace guiños tu esposo o esposa, o tu hijito que perdiste de forma prematura, que perdiste por el ataúd, por enfermedad; desde donde te da un amor, tan hermoso, tan sagrado que te hace temblar y estremecerte, y que ¡te conmueve tu corazón maternal o paternal hasta llorar! ¿Bobadas? ¿Disparates? ¿Una locura! A mí bien me apetece algo de ese amor loco. Todos nosotros —ya lo dije— dimos gracias a Dios sobre nuestras rodillas desnudas, cuando empezamos, cuando se nos concedió mirar detrás de las máscaras; solo entonces nuestra vida fue adquiriendo profundidad, existencia, fuimos empezando a amar universalmente, porque Karel ya no destrozaba flores, ¡estaba aprendiendo! Estaba aprendiendo cómo actuar, cómo había que andar, mirar, ¡lo poderosamente hermoso que es todo lo que hay en nuestra propia vida y lo que es de ella!

Ahora estás echado en el brezal, tomados de la mano, miras un cielo azul, el encanto fluido lo absorbes en tu interior. Sabiendo que semejante castillito humano tiene un alcance divino, ¿cómo te abres para besar sus labios? ¿Pensabas que te engañaban? ¿Pensabas que ahora estabas ante un diablo? Se están trenzando coronitas, porque tu amor, propio y verdadero, ha llevado a la unión del cielo y la tierra. Ahora ves que como ser humano eres cósmico, que la madre de tus hijos realiza su tarea contigo y que has conocido miles de padres y madres, ¡porque esta vida es temporal!

Ahora no estás ante un castillo cuyas puertas están cerradas, no hace frío. No te congelas, es verano y ¡te esperan! Allí está tu cónyuge, llevas túnicas de seda, las pequeñas sandalias te dicen el grado de conciencia al que perteneces y (esta) es ahora la profunda pero asombrosa conversación que sientes, que vives. ¡Juntos van (vais) al espacio y escuchan (escucháis) los sonidos celestiales para tu inmaculada claridad que se ha convertido en la omnisciencia para tu vida!

Que un loco te hable ahora de milagros. Que un loco te conecte ahora con el cielo y la tierra, y la facultad para ello está demente, enferma, el loco arroja ahora piedras preciosas porque ¡sabe que allí todas esas cosas ya no tienen valor! ¿O lo sigues viendo de otra manera? Entonces mejor espérate un poco, ¡nosotros continuamos! ¡Esa máscara también morderá el polvo!

Pero ¿nos hemos comprendido? René hizo trizas la conciencia diurna de Erica. Si esta hubiera albergado la fuerza, no habría pasado nada o realmente habría dado a luz a un niño loco o apático. ¡Que ahora vivamos milagros es gracias a la conciencia de René! Pues bien, puede ser casualidad, pero antes decían que yo había influido en este niño, por lo que me echaron de la casa. Ahora vemos que fue ¡reparar en pelillos! Cosas que carecen de un valor legislativo, tonterías vistas desde el inconsciente humano. ¡Porque las leyes hablan por sí mismas!

Por esto Erica ya no era ella misma, pero un poco después, cuando esas fuerzas la dominaban —y para bien— era “inspiración”. Al menos, es lo que nos preguntábamos. Pero ¡no era eso! Era poseer más sentimiento. Era obtener sentimientos por medio de otro. Lo sabe hacer cualquiera. También me he dejado convencer de que un actor de teatro se hizo dramaturgo por tristeza, por la añoranza de un poco de amor. Ves, así es como Erica creó. Casi habría jurado que Franz Liszt estaba allí en persona. Pero cuando cambió casi de forma bestial, volvimos a sumirnos en el inconsciente y se convirtió en influencia, pero ahora desde fuera, lo cual solo comprendí mucho más tarde, ya de vuelta en el Antiguo Egipto. Ahora tratábamos con espíritus diabólicos, ¡ella estaba abierta a ello por sus propios sentimientos!

Que un psicópata es capaz de mirar al sol es algo sabido. Ahora el alma, como personalidad, ha abandonado, ha depuesto la conciencia diurna. Ese sol ahora ya no pinta nada. Es esa conciencia diurna, sin embargo, la que reacciona a la fuerte radiación del sol. Todo esto es uno, y se encuentra en mutua armonía. Si la personalidad se sale de lo normal, entonces aquella cosa armoniosa se va de esos ojos y les oscurece lo blanco iluminado, y el blanco se hace oscuro. No puedo decir negro, porque sigue habiendo luz. Mohamed me dijo una vez:

“He retirado un alma desde aquella oscuridad hacia la luz de la conciencia diurna, simplemente explicándole las leyes para la propia vida. Cuando esa mujer supo lo que hacía, esa fuerza que se resistía se disolvió ella sola y volvió a la vida normal”.

Entonces ya no debió volver a intentar mirar al sol, las lágrimas le corrían por las mejillas. Pero un psicópata sí que es capaz de eso. Debido a que Erica perdió su plena conciencia, igual que Van Stein, Hans, Karel, Van Hoogten, Voltio, Ten Hove también... perdió su conciencia social normal en la que vivimos y ya dejó de ser ella misma. Pero ¿no lo saben (sabáis) todavía? Se estrellaron (os estrellasteis), porque no son (sois) capaces de aceptar que el alma despierta, ya en la madre, su conciencia anterior. Se le obliga a ello. Esos mismos tejidos, míos y de mi fuerza creadora, ese hatillo insignificante, aun así es capaz de obligar al alma a comenzar una nueva vida. Los tejidos materiales dominan ahora el alma, la personalidad; luego será la personalidad la que

influya de manera predominante en la materia y la que la obligará a aceptar esas leyes. ¡La máscara no sé cuántos se queda patas arriba!

Erica estaba y no estaba. El impulso correspondiente lo sentía como un fuego, eran llamas. Sin duda, era fuego que infundía alma, que pensaba poder detener, poder espantar, mediante un estímulo. Y de hecho lo conseguía; cuando recurrió a su propia voluntad humana, ese fuego interior ya no tenía nada que decir, pero ¡ahora el pequeño René podía quedarse dormido! ¡Prueba de que los seres humanos no usamos nuestra fuerte voluntad! Pero ¿que si hay una voluntad? ¿Se negaba esa princesita a hacer el mal? ¿A abrir su castillito para una vida de la que no era consciente? Ahora están a tus pies la voluntad propia, el amor, la personalidad, Dios, la paternidad y maternidad, las leyes del karma y muchas cosas más, y entonces puedes decir: ¡Estoy encima de mí mismo! Pero ¡todas aquellas cosas divinas viven en mí mismo!

Repasé todo eso un poco para sacar los errores que habían surgido, porque por hoy ya me parecía suficiente. Mañana continuaré. Ahora leo:

“Cuando se despierta una flor ¡es como el alma para el ser humano! La flor posee un espacio, ¡el espacio de ese arbustito! La flor posee un alma, naturalmente, o no poseería vida. Lo que no posee vida en el espacio y en la tierra ¡se disuelve! ¡El árbol también! ¡Una brizna de hierba igualmente! Veas lo que veas en la naturaleza, en esa vida material ves el propio espacio, también la propia entidad. La flor está arraigada, sale reptando de la tierra hacia arriba y ese es el espacio para esta vida. Pero ¡un animal tiene más espacio! Puede andar, puede ladrar cuando ves un perro; tiene un sonido y carácter propios. Ese mundo también es correcto, pero los seres humanos ¡poseemos el “universo”! ¡Y se hace inconmensurable! ¡Es divino! ¡Lo comprendo! ¡Está todo más claro que el agua!

Cuando viene a nosotros el alma humana —más adelante ya oiremos de nuestro niño prodigio espiritual cómo tiene lugar esa atracción— el alma está en la madre y se produce un proceso igual al que experimenta toda la vida de Dios. Solo con esta diferencia: nosotros somos seres humanos. Todos los seres vivientes poseen espacio, tienen un alma, ¡la naturaleza también! ¿No es una maravilla eso? ¡Ahora avanzo cada día! Pediré a René que espere un poco, cuando haya terminado conmigo mismo podrá poner la torre encima de la universidad y ponerse a jugar a ser el rector. No creo que salga de estampida a la calle para llegar a tiempo a algún sitio. René lo calcula todo, ya no da un paso de forma inconsciente, por lo que veo. ¡Y a su portero ni se le ocurre quedarse dormido! Y ahora ya no te quedas sin diplomas, no hay impotencia, ¡toda tu alma está jubilosa!

Ahora la Madre Naturaleza te canta y sabes, cuando pierdes esta conciencia, que apareces en otro mundo, ¡el que es para tu alma! ¡Tu vida interior! Y allí estábamos nosotros. ¿Que si empezaba a sentirme infantil? ¡Para nada!

Infantil, ¡porque Cristo nos dio el ejemplo! ¡Esto también es una máscara!

“Que los niños vengan a mí”.

¿No era yo igual que un niño? Es decir: depón todo tu carácter fanfarrón y te librarás de este mundo material. René era mayor en ese mundo, porque estaba despertando para su vida anterior. Si posees esa sensibilidad, si quieres vivir tal como Dios creó las leyes, tu conciencia se hace etérea.

Salgo un momento, mañana seguiré.

Cuando salí me encontré con nuestro muchacho. Le pregunté si prosperaban sus asuntos, y me dijo:

—Has estado tirando todo el día de mi vida, Frederik. Es como si te hubieras estado construyendo para mí, te vi. Aquí tienes el esbozo (—dice).

Es un precioso dibujo, el talento se manifiesta por sí solo, el sentimiento penetra hasta la vida del alma. Y añade:

—Frederik, ahora puedes hacer preguntas. Ya estoy preparado.

Y ahora tengo que pedirle que tenga un poco de paciencia conmigo; primero quiero estar listo con el pasado. Se echa a los brazos de su madre y Anna y es increíblemente cariñoso con todos nosotros. Aquí ves el ejemplo para la juventud. Se manifiesta una nueva generación. Quien lo conozca tiene un amigo y un hermano; detrás de eso vive el maestro. He cambiado de idea y voy a Elsje y Hans. Es el propio niño milagroso el que abre, y Hans está holgazaneando. Elsje se pasea por aquí en una vieja túnica, arrastra la falda por el suelo, el terciopelo negro le queda bien. Tiene un precioso cuerpo, avanza solemnemente por su castillo, como una joven reina. Es como María Estuardo, pienso para mis adentros, cuando tuvo que poner su cabecita en el cadalso, solo falta la cruz.

—Vaya, vaya, señor don profesor, ¿qué tal?

—Siéntate, Frederik, me alegro de que hayas venido un rato. ¿Qué haces?

—Estoy con el cuaderno de bitácora.

Elsje aún no sabe eso y pregunta:

—¿Qué es eso, padrecito?

Me llama “padrecito”, igual que Erica, cuando me llega hasta el corazón. Pero Hans dice:

—Frederik lleva un cuaderno de bitácora, cariño. Describe diversas cosas de la gente con la que trata. Mejor cuida lo que hagas, o aparecerás también. ¿No es así, compadre?

—¿Quieres llamar a Frederik “compadre”? —Me ayuda Elsje—. Son (sois) tal para cual.

Ves, eso a Hans no le gusta oírlo, pero así es. Elsje quiere saber ahora más del cuaderno. Pregunta:

—Vamos, padrecito, cuenta. ¿Puedo saberlo?

—¿Quién va a poder negarte nada, majestad, María Estuardo?

—¿Cómo la llamas, Frederik? —Quiere saber Hans.

—¿Nunca viste ese drama, Hans? Pues va siendo hora. Yo al menos diez veces. Elsje es como ella. Cuando veas la obra verás que tienes una reina.

Pero Elsje no se detiene, quiere saber más sobre el cuaderno.

—Venga, padrecito, cuéntame algo. O voy a ver a Erica.

—El cuaderno de bitácora, cariño, va a ofrecer una descripción de unas personas que hacen un largo viaje. Ya llevamos innumerables años de viaje y han pasado bastantes cosas. Hemos vivido tormentas, atravesado junglas, hemos luchado con los animales salvajes, por el camino encima nos hemos vuelto medio locos, hemos conocido clínicas para personas dementes y catedráticos que no sabían qué hacer con sus enfermos. Hicimos rutas por el desierto, visitamos el Antiguo Egipto, accedimos a templos y pequeños castillos reales, en resumen: vivimos cosas desgraciadas y felices. Y eso, pues, es el cuaderno de bitácora. También tu marido erudito es parte de ello. Sin problema, vete a Erica, te puede contar un montón de cosas de eso. ¡Yo no tengo tanta labia...!

Elsje, ni corta ni perezosa, se marcha. Estamos solos y nos damos la buena vida.

—Elsje es así, Frederik. ¿La entiendes tú a esta criatura? ¿Viste el aspecto que tenía? ¡Esas cosas las hace ella misma! Puede comprarse lo que quiera, pero esas preciosas túnicas que ves las hace ella misma y dice que nadie se lo ha enseñado. Artista para todo. Más feliz no puedo estar, aunque he de decir que me da miedo el futuro.

—¿Cómo dices? ¿Tienes miedo?

—Pues mira esta reina como es, Frederik. Te vas con ella a cualquier parte y llama la atención. Le sobran admiradores, si quieres que te diga lo que pienso. Pero Elsje no es ninguna Hansi. Todos los días me pregunto a qué debo esto. Es una felicidad que se te escapa de las manos, aunque sea tu esposa. Cuando la mira así un poco me entra la sensación, Frederik, como si me la hubieran prestado por un tiempo. Quizá eso te parezca ridículo, pero así es como lo siento. Es demasiado bonito para ser verdad. Conmigo siempre es así, cuando poseo algo a lo que me siento unido en cuerpo y alma vuelvo a perderlo. Pero ¡ay de quien se atreva a hacerle daño a esta vida, tendrá que vérselas conmigo!

—Y, claro, entonces te cargas a alguien así.

—Que me lo cargo, Frederik, a ese tipo lo cuelgo con mis propias manos. Te da risa, ¿verdad?, pero algo así no es para vivirlo dos veces. Me haría demasiado osado. Me entran pensamientos extraños. A veces salgo volando a casa, sin más. Lo dejo todo, aunque me tocara una operación, no creo que pudiera controlarme —claro, te parece infantil—, tanto tira de mí este ser. Y cuando estoy aquí me arrepiento. ¿Qué pensará? Ayer me dice: “Haces como

si no confiaras en mí, Hans. Uf, no me gusta nada. ¿Por qué no tienes confianza en mí?”. ¿Entiendes, Frederik? Entonces no sabes qué hacer y te sientes apaleado. Ya sé: si esas cosas tienen que ocurrir, no hay manera de pararlas. Pero me costaría la vida.

—¿Por qué no te sacudes esos pensamientos, Hans?

—Ojalá pudiera hacerlo, hago lo que puedo, pero no lo consigo. Sueño con eso, Frederik, con que me la quitan. Por las noches salgo como un energúmeno de la cama y entonces veo fantasmas. Creo que estoy enamorado hasta las orejas. Lo que más me gustaría es estar con ella en una isla. Entonces sabría que es mía, pero ni así me fiaría todavía. Creo que entonces me daría miedo que tarde o temprano saliera una sirena masculina del agua para llevársela a rastras. Desde luego que para ti, Frederik, vale la pena darle algunas vueltas a esto. ¿Es algo para el cuaderno de bitácora?

—No conviertas las leyes sagradas en payasadas, Hans.

—Ya quisiera poder, estimado Frederik, pero para mí es una pesadilla. Ya ves, las cosas nunca están bien, nunca puedes estar feliz por una vez, siempre hay algo. Puedo considerarme un hombre afortunado. ¡Lo tengo todo! Y aun así, ya no me fío de mí mismo. Me gustaría meter a Elsjé en una caja fuerte. No sé de dónde me viene, Frederik, pero el sentimiento está ahí. Lo busco, pero no sé dónde podré encontrar esa pastillita. Créeme, si lo supiera le torcería ahora mismo el cuello a esta vida, para buscarme paz y felicidad.

—Y eso lo dices así sin más.

—Ya sé, Frederik, que todavía albergo un asesino en mi interior. Sería capaz de cometer un asesinato. Me conozco. ¡Y no soy como tú! Para muchas cosas no soy más que un pobre diablo. Demasiado bien lo sé. Y ahora aparecen fenómenos. Estoy empezando a comprender a Erica, y a René. Sí, sí, otra vez crees que estoy majareta, pero en el fondo empezó cuando el pequeño René hizo este espléndido retrato para nosotros. Miro a este ser durante horas, pero es que no lo conozco. ¡Míralo tú! ¿Qué ves en este retrato? ¿Qué te dice, Frederik? Es un milagro. René me parece un hacha, en serio, sé cómo esa vida se ha vencido a sí misma. No es por ahí por donde quiero ir, ¡que Dios me libre! Pero cuando me meto en este retrato, Frederik, cuando sigo el aura que irradia la vida de esta alma me dice: ¡Esto no lo vas a conservar! Esto es demasiado bonito para ti. Tarde o temprano habrás perdido esta vida. Y así me encuentro postrado a los pies de esta criatura y me comporto como un loco. Ya casi no aguanta más. Creo que soy demasiado bueno, pero ¿qué vas a hacer a mi edad? Imagínate esto, Frederik, por favor. ¿Con una criatura que hace de tu hermana y compañera, que es buena, cariñosa, que te da un amor del que no me hartó nunca, que es mujer en el sentido más elevado de todos, una artista en todo, tanto que puede ser una reina en tu vida? Me dan ganas de llorar cuando pienso en este ser. Quiero hacer de felpudo, de lo que sea,

para tener esa seguridad: esta alma es tuya para el resto de esta vida. Estoy dispuesto a pagar cincuenta mil florines si tuviera esa seguridad, Frederik, así de doloroso es este sentimiento y mi deseo. ¿Que si es extraño? Creo que todavía no me conoces, Frederik. ¿Sabes lo que significa para mí una mujer? Cuando era joven, Frederik, y el viento hacía que me rozaran unas faldas... ya temblaba. Las mujeres me parecían algo tan sagrado, tan asombrosas y sobrenaturales que me decía: si algún día eliges, si te encuentras ante tu decisión, entonces has de saber lo que haces, no metas la pata, porque eso te parte. Todavía no sé cómo he superado lo que viví con Hansi. Eso, Frederik, es lo que me daba tanto miedo para casarme, por eso pasó tanto tiempo antes de que pudiera tomar una decisión. Tenía miedo, miedo al engaño, al dolor, a la miseria, que cayera en la trampa de todo aquello que es lo más importante en esta vida. De verdad, ¡los dolores que he tenido que aceptar!

—Y ahora que lo posees lo vuelves a echar a perder así. Porque esto no va bien, Hans.

—Demasiado lo sé. Creo distancias entre nosotros. Pero ¿no te digo que lucho contra eso? Sin embargo, no sirve. No logro desprenderme de estos sentimientos. En esto soy un psicópata, Frederik. Me persigue, esté donde esté, me lo encuentro de frente. Lo que más me gustaría es abrazarla hasta dejarla bien muerta, solo entonces tendré descanso. ¿Lo puedes creer?

—¿Tan grave es?

—Tan grave, preguntas: ¿es una enfermedad mía, para mí! Es espantoso, da miedo, jamás había conocido algo así. Ya quise hablar antes contigo. Cuando entraste hace un rato pensé: 'Qué bien, ahora me relajaré, ahora sí que podré hablar, ya no sé en qué punto me encuentro. Pero ¿qué piensas? ¿Es ridículo?

—Una cosa, Hans: lo que tú quieres ¿se sintoniza con la paz y tranquilidad en casa?

—¿Qué si no? Ya digo que vuelvo a casa volando y entonces he de reconocer que Elsje se me queda mirando, o estoy mal. Le hago daño... lo sé, pero lo llevo en la sangre, ya vive en mi corazón, no me deja dormir, estoy alterado, si quieres que te lo diga.

Al querer responderle tenemos a René delante de nuestras narices.

—Vaya, vaya —le sale a Hans— ¿a qué debemos esto?

—Mamá pregunta si vienes a comer a casa.

René mira a Hans. Son ojos que conocen el cielo y la tierra, de lo cual Hans aún no ve lo universal. Hans se queda escrutando al artista. No son más que segundos, en los que se tocan, sondean, palpan, y entonces Hans dice:

—Una idea maravillosa, René, vamos enseguida.

René contempla su propia creación. Eso también toma su tiempo. Hans lo sigue. Yo también. Casi me da un patatús, tiemblo, vuelvo a estremecerme,

el corazón me late en la garganta. Pero el chico, que es como un niño, me salva cuando dice:

—Creo, Hans, que puedes dar gracias al cielo y a la tierra por esta gracia. Sabes, los seres humanos no comprendemos semejantes regalos. Cuando Dios te da algo quedas de golpe perturbado porque piensas que mañana ya te privarán de ello.

A Hans casi se le caen los ojos de los cuencas. Su docta cabezota da una vuelta de campana... ¡para él estas palabras son el tribunal de Gólgota! No sabe a qué asirse, pero René añade:

—¿No tienes miedo, Hans, de perder esto? ¿Por la muerte, por ejemplo? Siento tus impulsos, siento tu miedo, Hans. Es que tú eres así, como todos los psicólogos. Cuando deseas mucho conservar algo hay que darle libertad. Hay que saber desprenderse de aquello por lo que sientes un fuerte deseo y que no quieres perder por nada en el mundo, es la resistencia natural para la vida. ¡Solo entonces lo conservarás! ¡Algo que enciendas tú mismo no hace falta que lo haga otro por ti! Cuando eso prende fuego, Hans, te parte el corazón, y ya puedes olvidarte de apagarlo. ¿No lo ves así?

Me quedo mirando a René. Hans sonríe, pero es la risita de un perro apaleado. René añade:

—Hasta dentro de un rato, pues, ¿vendrás pronto, Frederik? Adiós, Hans. El maestro se fue. Hans dice:

—¿Qué le ha pasado a ese muchacho, Frederik? Dime, ¿qué le ha pasado a René?

—¡Ya, basta ya! Hay que conservar la calma cuando la gente te dice la verdad. ¿Que lo que ha pasado con nuestro loco, me preguntas? Eso ya lo vivirás más adelante. ¿Te olvidaste de tu apuesta? Lo que te puedo decir es que gané, Hans. Ya te habrías perdido tus cincuenta mil, te podría haber dejado pobre como las ratas. Esta vida loca ha despertado. Cómo me gustaría saber lo que veía en ella. Pero ya lo ves: aquello sobre lo que cavilas lo recibes en tu casa, así como así, como un regalo. ¿Es verdad esto? Tú mismo creas miseria. René ve tu regalo divino, le tiene respeto. Pero absorbe todo de tu vida. ¿No hemos hablado en el pasado sobre cómo se influye? ¿No sabemos que existe la telepatía innata? ¿No te brindaron estas pruebas tus enfermos? Pues, aquí tenías un ejemplo. René es hipersensible. Más adelante te retaremos a entablar una lucha honesta.

—¿Qué quieres?

—Te retamos a una lucha científica espiritual, Hans.

—No irás en serio.

—Estoy hablando con una sagrada seriedad. Así es como me lo imagino: puede tener lugar aquí, en tu casa. Recurriremos a todas las facultades. Tú, tus colegas, el astrónomo, sin olvidarnos del teólogo, todas las facultades

espirituales se reunirán aquí y podrán hacer sus preguntas.

—¿Te has vuelto loco?

—Estoy igual de mal de la cabeza que entonces, durante esos días en tu clínica. Hablo con sagrada seriedad, Hans. Y solo entonces podrás preguntarme lo que ha pasado con René.

—Pero ¿qué me dices, Frederik?

—¿Ves? Así son ustedes (sois vosotros) —dice René—, pero así eres tú también. Nunca adquieren (adquirís) una base en su (vuestro) pensamiento. Te avisaremos, Hans. Igual pasa otro año más, pero llegar, llegará. Y entonces viviremos leyes sobrenaturales, será una fiesta cósmica, pero aún no lo comentas. Primero necesito tener mis cosas listas, yo mismo tengo que estar preparado para ello. Pero ¡son milagros! Te quedarás boquiabierto, Hans. Mira lo que te digo: esto tiene aún más importancia que tu Elsje. Incluso más que cien mil Elsjes juntas.

—Pero, en realidad ¿qué quieres, Frederik?

—Librar una batalla a vida o muerte con tu ciencia. Sigo construyendo todavía, Hans. Puedo decirte: ¡Hemos llegado!

—No lo dirás en serio, ¿no?

—¡Hemos llegado, Hans! ¡Llegué yo y también llegó René!

—No lo creo, Frederik.

—Vaya, no te lo crees. Pero entonces ¿qué significa para ti la charla de hace un rato?

—Pues..., no lo sé.

—Yo sí, Hans. René vino aquí y absorbe todo en su interior. ¡Se está haciendo como tú! Eso lo conozco. ¡Ya recibí hace mucho mis pruebas! Karel y Erica aún no lo ven, porque la vida de él todavía está creando orden. Pero te digo: vivirás grandes milagros. Vivirás algo que te dejará tan estupefacto que podrá cambiar toda tu vida. René es un maestro.

—No me hagas reír, Frederik, ahora no te pongas a exagerar.

—Te lo juro, Hans, me resulta de una sagrada seriedad.

—Eso lo tendrán que saber Karel y Erica, ¿no?

—Si haces eso, ya no volveré aquí nunca más.

—¿Por qué no pueden saberlo?

—Porque interferirían.

—¿Así que es un favor que yo lo sepa?

—Eres el primero a quien le he contado algo de esto.

—¡Incluso...!

—Incluso... ¿qué?

—¡Nada...!

—Tonterías.

—Ahora confiesa, Frederik.

—Más tarde, Hans, más tarde...! Entonces lo sabrás todo.

—¿Tienes secretos, Frederik?

—Eso no exactamente, tiene que ver con nuestra lucha.

—Anda, nos vamos. Te prometo que no se lo comentaré a nadie. Pero no te olvides, Frederik, de que soy crítico.

—Puedes serlo cuanto quieras. Ya te pasaremos la factura. Recibirás las pruebas. Esto es imparable.

—¿Cómo quieres hacerlo, Frederik? ¿Tengo que aceptar que René nos quiere aplastar?

—Te aclarará todas las leyes de los dementes, Hans. También las del universo. En el fondo, las de todo, ¡es omnisciente!

Hans se troncha de la risa. Me lo había imaginado, pero ahora juego el juego hasta el final, para que se pueda preparar. Pero también lo hago por otras cuestiones. Ahora puede sintonizar con esto. Entonces Elsje irá a parar a un segundo plano. Ayudar, ayuda; lo hice, se lo dije, para ayudarlo.

—Otra vez te estás riendo, Hans, pero ahora te aviso. No te rías demasiado. No te rías de cosas de las que no entiendes nada. Ya no nos conoces. Tu vida estaba detenida, ¡la mía ha despertado!

—¿Lo dices en serio, Frederik?

—Así como hay un Dios de amor.

—Pero eso no lo sabes..., para ti también es un gran misterio.

—Ya hemos llegado a ese punto, Hans. También eso se nos concedió conocerlo por medio de nuestro loco.

—Imposible.

—Y eso va a ser tu desgracia. Nunca eres capaz de aceptar nada. Nunca eres capaz de saltar algunas partes con el corazón y alma. Eso es muy bueno, pero a veces es necesario. Te vuelvo a decir...: luego te retaremos a entablar esta lucha. Será una fiesta. Hans: Erica y Karel, todos nosotros viviremos milagros. ¡Acéptalo!

—¿No es entonces mejor que avises también a Erica y Karel?

—Lo voy a pensar. Lo hablaré con René. Pero creo que será mejor que esperemos un poco. Si pasa otro año más va a ser una presión para él. Y eso no tiene que ser así. No, ya lo sé: estás esperando. Te di este detalle, pero ahora hay que esperar. Piénsatelo, Hans. Ahora tienes que confiar en mí, ya no voy a dedicarme a las diversiones, la vida me es demasiado seria. Sé lo que hago y lo que podemos hacer.

—Pero ¿cómo ha sido eso, así, de pronto?

—¿De pronto, preguntas? Cuando Erica vivió sus primeros fenómenos, Hans, cuando René aún vivía en ella: ya entonces empezó.

—O sea, ¿que sí?

—Ya no es un loco, Hans, ¡es un niño prodigio espiritual...!

—No lo sé..., y tampoco me lo puedes tomar a mal. Pero aguardaré.

—Dale unas vueltas, Hans. Imagínate por un momento semejante estado. Todos nosotros a su alrededor, ustedes hacen (vosotros hacéis) preguntas.

—Y ¿puedes hacerle preguntas?

—¡Ahora estás recibiendo respuestas a todas tus preguntas, Hans!

—Imposible..., Frederik.

—¡Sí que es posible, Hans! Piénsalo y deja que se te vayan las demás tonterías. Así volverás a tener una vida tranquila. Tú, como erudito, ¿eres capaz! O te harás como Franciscanus. Y eso sería terrible. Pero eso va contigo.

—Vaya, ¿eso piensas? Antes prefiero suicidarme.

—Oye, Hans, eso no lo hagas, esas leyes también te las aclarará nuestro pequeño René.

—No me lo dirás en serio, Frederik.

—¡Pues entonces que por hoy te den los “drudels”! ¿Así mejor?

Entramos. Elsje está tocando, Erica canta. También está Karel. Nos sentamos y escuchamos. René no está. Anna está atrás. Ahora estamos disfrutando. Karel, también, luego ya no tendremos que ir al teatro. ¡Es precioso! Es un deleite. Erica tiene una hermosa voz, roza el alto, pero está a medio camino. O sea, una marcada soprano. Ahora pienso en el Liebestraum de Franz. También entonces era maravilloso, ahora todo es diferente.

Y entonces sigo a Hans. Constató que ya no es él mismo. ¡Lo persigue una idea fija! No quiero ni pensarlo. ¿Lo ven Karel y Erica como normal y corriente? ¿No lo ve nadie? ¿Solo lo sabemos René y yo? Las mujeres están listas... aplaudimos. Después hay una copa antes de la cena y conversamos sobre arte. Elsje tiene la apariencia de una reina. Erica dice:

—Oye, Frederik, mira mi hermana. Es María Estuardo, igualita.

—¿Qué te dije, Hans? Aquí están las pruebas.

A Elsje no le molesta. La criatura se lo toma como si la cosa no fuera con ella. Disfrutamos de su personalidad. Un poco después estamos todos juntos en la mesa. René está callado. Piensa. Hans hierve por dentro, siento que es incapaz de disimular. Envío mis pensamientos a René, que está enfrente de mí, a la derecha. Se nos cruzan las miradas en un fogonazo. Creo que he dado en el blanco. La diana ya aletea y la vida correspondiente dice:

—¿Por qué llevas estas túnicas, Elsje?

Hans se queda estupefacto. Yo sé por qué hace René esta pregunta. “Algo que se vive intensamente”, me dijo Mohamed, “ya verás, eso lo vivirás con él más de una vez, él lo absorbe así como así, igual que nosotros”. Otras personas también son capaces de eso, pero están divididas y entonces solo llegan a tu vida unas pocas corrientes de pensamientos. Son como un soplo a través de tu alma: entonces la personalidad no las puede sentir o captar con nitidez. Pero cuando hay pensamientos nítidamente sintonizados en una vida los

adoptamos, y noventa y nueve de cada cien, Frederik, siguen la correspondiente conversación. Ahora que René hace esta pregunta ya siento el final. Esta noche hablaremos de este matrimonio. Y Elsje, como una reina, participará en ello o callará por ello. Ojalá que esto no vaya mal, porque Hans está visiblemente desquiciado.

Elsje le mira a René a los ojos. Todos nosotros estamos completamente fuera de juego. Ya no significamos nada. La presencia de Hans es como la de un abuelo. Sorbe la sopa. Karel observa su mozo hecho y derecho, pero es Erica la que tiene que responder.

—Pues, ¿para qué va a ser? Para vestirme, ¿no, Elsje?

Es una mala respuesta. No va a la esencia. René está otra vez callado, aun así dice:

—¿Lo haces por ti misma? Quiero decir: ¿te surgen esos deseos sin más? Lo pregunto desde el punto de vista del pintor, desde ese mundo, porque me parece un vestido de primera. Realmente una cosa para hacer un gran retrato. ¿Me das permiso?

Hans se queda mirando. ¿Me das permiso? Pues, ¿por qué no? A los artistas hay que concederles que echen un vistazo. Dice:

—¿Podrás convertirlo en algo especial, René? Aunque seas joven, talento tienes. Sería un honor para mí. ¿Lo harás, cariño?

Naturalmente, ¿cuándo desea empezar el maestro?

—Solo cuando esté terminado el retrato mío... —añade Erica.

—¿Uno tuyo también? —pregunta Karel—. Y luego yo mismo, hijito mío, solo falta tu padre.

—Si te pones un vestido tan bonito de esos, madre, empiezo mañana. Claro, aún me falta. Pero menudas modelos estas, ¿verdad? ¿Me permites, Hans?

—Por supuesto que tienes permiso, adelante. De esta manera voy a llenar toda mi casa. Me parece estupendo.

Pero es mentira, según sé. Hans ya estaba asustado. René lo sabe. Aquí están en juego fuerzas que aún no conocemos. Es posible que yo vea más de lo que hay, pero bajo mi corazón siento los latidos. Conectar a Elsje con René es peligroso. Creo en lo que me ha dicho, no quiere otras cosas. No desea otra cosa. ¡Pero! Pienso que vivimos en leyes en las que ninguno de nosotros puede cambiar nada. Hay una fuerza que nos obliga a ciertas cosas. Hans teme perder su felicidad, quizá nosotros estemos ayudando a que eso tenga lugar. O, dicho y pensado de otra manera: estas cosas son infalibles. Estas leyes se te echan encima. Antes de que uno empiece con esta vida, estas leyes ya se le envían a uno, o ya le fueron enviadas. ¿Casualidades? No lo creo. ¡Hans se me hace infantil! ¿Y qué problema hay si un joven artista quiere hacer un retrato? ¡Ninguno! A Karel también le parece bien, come con gusto, bebe sus copitas de vino, fuma su purito, aquí no pasa nada.

Hablamos del retrato. René coloca a Elsje sobre su trono.

—Madre mía —dice Hans—, ahora lo veo yo también. Es María Estuardo. Tú tranquilo, tú haz tu retrato y me lo cuelgas aquí, en mi casa, René, tú haznos felices, claro que sí.

René hace un esbozo de Elsje. Es asombrosamente acertado. Cuánto talento posee esta vida. Mira cómo se parece. Hans ha de reconocer que esto es arte. Tan joven todavía. Se lo pregunta a René. Va a cumplir dentro de poco veintidós. Cae mal a los artistas mayores, pero eso se entiende. Este chico recibe todo a cambio de nada. Los dones se alojan aquí en el corazón de un muchacho. Elsje está allí como si en cualquier momento se fuera a bajar de su trono, pero no hay una corona. En este terciopelo es como la jungla. Esto ya no es una máscara, lo atraviesas con la mirada. Erica se muestra sorprendida. No para de mirar, piensa. Sé en qué es lo que piensa. Sé qué es lo que siente, y ¡también sé que se considera ruin! Pero ¿qué vas a hacer como madre? Una vez más, es leña a este fuego invisible. Cómo arderá luego. Es atizar un fuego invisible, del que forman parte estos pensamientos y sentimientos. Es una verdad como una catedral, pero habrá víctimas.

—Vaya, pfff... —digo, me molesto tanto que las palabras me salen una tras otra. Todos me miran. Solo René no, él sigue.

—¿Qué significan “vaya” y “pfff”? —pregunta Erica.

Digo: el arte de todos esos pobres diablos. Esto al menos se parece. Ya ves lo que ha aprendido tu hijo de viaje. He de reconocer que ha valido la pena.

René ya lleva una hora y trabaja en nuestra presencia. De pronto se detiene y sube corriendo.

Instantes después ya está de vuelta y dice a Erica:

—Vamos, mamá, siéntate. Quiero pintarte. Primero un pequeño esbozo.

Erica se sienta. No toma mucho tiempo, solo media hora y el fondo esquemático ya está. Eso lo va a trabajar más en detalle sobre la tela. Ya se fue. Ahora hablamos de arte, sobre las hermosas túnicas de Elsje, de René. Karel dice:

—¿Alguna vez pudiste soñar esto, Hans? ¿Te habías esperado esto? Mi hijo. Sigo sin crérmelo, pero lo tengo delante de la cara. No puedes negarlo. Menudo muchacho en que se va a convertir, ahora lo creo. Pobre Frederik, cómo te hemos maltratado. ¿O sigue el señor catedrático sin darle ese honor? ¡Yo sí, Hans! Frederik va a tener razón en todo. Estoy aprendiendo de mi hijo. ¿No te lo crees? Ahora empiezo a verlo. Creo que he nacido para esto. Frederik desde luego no lo cree, pero estoy viendo cambiar algo en mí. Sí, Elsje, todo eso lo tendrías que haber vivido. Yo soy el fogonero. Yo alimento la mole. Hans es un polizón..., ¿no es así, Frederik? Pero tú eres nuestra huésped, Elsje. ¿Te vienes con nosotros? Estamos cerca de la costa de Florida. ¿No es así, Frederik? Allí nos quedaremos algún tiempo para descansar. Y

así René podrá hacer unos cuadros orientales, quiero decir: meridionales. Cocoteros y mares del Pacífico. ¿Dónde están las piezas de tu viaje, Frederik?

René llega justo cuando Karel lo pregunta. Muestra a Hans y Elsje sus cosas nuevas. La pirámide, Lúxor, ruinas, desiertos, la esfinge, el Nilo, Viena, una calleja en Berlín, un trocito de Budapest. Y ¿esto es? ¿Qué es? ¿Quién lo sabe? ¡Un simbolismo! Encima del Antiguo Egipto, en la oscuridad de la noche, una figura en el espacio.

—La diosa de Isis —dice René—, vela por vuestras vida.

La carpeta se cierra y nos dice buenas noches. Se las pira. Creo que Hans piensa: 'Muy bien'. Se queda tranquilo. No logra detener sus pensamientos, a él lo siento. De la parte de René no siente miedo, aunque eso le ha llegado al ser pintada Elsje. Lo puedes ver en todo, René solo reacciona ante el arte. La noche se ha quedado de maravilla; gracias a Dios lo intuí mal, hemos hablado poco de este matrimonio. Pero, claro, es que las radiaciones que yo sentía se han roto. Esos pensamientos subterráneos han buscado su propio camino. Espero que no regresen. Sentía cómo se pensaba. Lo veía. Entré al trapo. Y me entregué por completo. ¡Es extraño, ahora ya no está y Hans es diferente! Se ha roto un poquito el hielo. Hubo apaciguamiento en su lugar. Son sentimientos asombrosos si no fuera porque son tan penetrantes. Hay gente a quien le destrozan y hay a quienes les hacen felices. ¿Qué es? ¿Por qué se nos ha juntado? Hans y Elsje se van, nosotros llegaremos allí la semana que viene. Hans está animado y cuida de su reina.

—¿Hay que ver ese Hans! —se le escapa a Karel—. Está encima de Elsje como una gallina encima de los huevos. ¿Tú entiendes a un tipo así, Frederik?

—Lo entiendo, Karel. Igual hasta le da un patatús algún día.

—¿Quieres que te diga algo? A Hans le falta un tornillo. ¿Te crees que estoy loco? ¿Es normal esto? Estoy convencido de estar en lo cierto, no puedo equivocarme, está más claro que el agua.

—¿Qué está más claro que el agua, Karel? —Quiere saber Erica.

—Que Hans se está haciendo infantil por su tesoro. Es ridículo. ¿Quién tiene que quitarle esta vida? Elsje no es una Hansi. ¿Es que no ves que Hans es diabólico? ¿O tienes telarañas en los ojos? Pero eso no lo creo. Una sola cosa: Erica, no entres al trapo o habrá líos. Esto ya no es normal. ¿Tengo razón, Frederik?

—Pues claro. Hace un momento, cuando estuve con él, fue él quien sacó el asunto. Es pavor de perder a Elsje. Y eso es peligroso a esta edad. Se van a convertir en esfinges, si quieres saber lo que pienso. Lo tiene andando de la ceca a la meca. Lo verás en casa a las horas más disparatadas. Él mismo dice que lo lleva a cuestras día y noche. Lo espolea para ir a casa. Claro, a Elsje se le hace horrible. Pero René le dio una buena paliza.

—¿Qué dijo el chico, Frederik?

Cuento a Erica lo que le dijo René.

—Pero, hay que ver qué chico, Karel, ¡mira con qué precisión acierta lo que le pasa alguien! ¿Lo sabías, Karel?

—Yo no, pero creo entender algo de todo esto. Tenemos que impedir que siga eso de pintar cuadros, me parece. Nunca se sabe.

—No lo hagas, Karel, a René no le interesa Elsje.

—¿Qué dices, Frederik? ¿Qué a René no le interesa Elsje? ¿Quieres escamotear las cosas?

—Eso no, pero él lo dice.

—Un peligro de primera, yo también tendría miedo si tuviera semejante criatura, y entrara y saliera tanto joven de casa. Pero, bueno, ¿qué se le va a hacer? No querrás irte a vivir a una isla, ¿no?

—Los pensamientos de Hans, textualmente, Karel. A él le gustaría eso. Pero ¡luego está el miedo por una sirena en forma de hombre!

—Qué bueno, este sí que es bueno, llevaba mucho tiempo sin oír un chiste así. Hay que ver con ese Hans. La de paja que se mete semejante señor catedrático en la cabeza. No consigue partirme de la risa, pero troncharme, sí. ¿Envidia?

—Como no he visto nunca antes, Karel. Y peligrosa, además.

—¿Tú crees?

—No lo dudes, esto es peligroso.

—¿Qué tenemos que hacer, Frederik?

—Lo que tenemos que hacer, Erica? No lo sé. No podemos hacer nada.

—Qué desagradable, ¿no?

—¿Desagradable? ¿Así es como lo llamas? Son bobadas. Deja que Hans haga como quiera. Si René se atreviera a tocar a Elsje, le retuerzo el pescuezo. Pero no es eso. Hans no sabe qué hacer con él mismo. Allí, claro, ha sucedido algo que nosotros desconocemos. No sospecho de nadie, de Elsje aún menos, ya no me fiaría de mí mismo. ¡Ay, este Hans!

—Pero ¿qué es lo que quiere entonces, Frederik?

—¿Que lo que quiere, Erica? Poner a Elsje en un altar de oro. Nada más. Pero se ha vuelto majareta. Es lo que suele pasar con estos tipos. Se pierden en la felicidad y ellos mismos la convierten en un circo. Yo voy un poco más suave y no me enrolló, entonces estás seguro de ti mismo. Que sea lo que Dios quiera, no vayas en busca de espejismos, solo te estrellas. Me voy a dormir. Y ¡que sueñes muy feliz!

Todavía anoto:

“A Hans le va fatal. No es un asunto baladí. Elsje es como un angelito de blanco. Y Hans, que ha vivido un cielo, quiere tener también a Nuestro Señor. Pero ¡es que eso es imposible! ¡De todas formas estoy preocupado! ¿Qué es lo que quiere en el fondo? ¿Meternos en un lío en el que se está

metiendo él mismo? Pero ¡tengo miedo, Hans! De verdad, ¡te tengo miedo! Todavía no lo sé, pero... ¿Cómo que ‘pero’? ¿Crees que se te pueden dar las cosas masticadas? ¿Crees acaso que los seres humanos ponemos la felicidad en bandeja a los demás? ¡Yo no! Yo no creo en eso, porque todavía no lo he vivido. ¿Si quieres ver tu propia felicidad?”

Me contradigo...: eso me cruza los labios aún y también lo consigno. ¡He sentido pensamientos en mi interior que se sintonizan ellos mismos con la doblez! Y eso es terrible. Pero ¿por qué? ¿Porque espero algo? ¿Y esa cosa vive en otra parte? ¡Voy a dormir!

La mañana siguiente continuó con el cuaderno de bitácora. Veo que René ha estado trabajando hasta tarde en sus bocetos. Elsie tiene un parecido asombroso y a Erica la ha quitado diez años. ¿De dónde saca todas estas cosas? Yo lo sé. Podemos estar contentos, se está manifestando un joven talento.

Anoto en el cuaderno de bitácora:

“Lo que sentí y vi ayer me fue enviado. ¿Se le enviarán también a Hans sus pensamientos? Entonces va a ser miseria y una charla, pero ese juego lo odio con todo mi ser. No me gusta jugar a las cartas. Lo entrego”.

Leo:

“Cuando Erica estaba de entre tres y cuatro meses sus fenómenos habían desaparecido, o eran diferentes, por lo que no los veíamos. Entonces dije: ‘Habrá otro empuje, pues, los sistemas materiales adquieren ahora un significado’. Y estaba tranquila. Más tarde se añadieron otros fenómenos, tocaba el piano como nunca más la volveré a oír hacerlo. ‘¿Era inspiración?’, me preguntaba. Decía: ‘No lo sé’. No sé lo que es la inspiración, pero también esa máscara cayó hace mucho. ¡Ahora sabemos lo que es inspiración! René dice que si no eres capaz de darte al cien por cien, nunca podrás vivir una verdadera inspiración. Primero te tienes que agotar del todo. Eso quiere decir, por lo tanto, que esto lo siente. Que siente y comprende a Van Gogh, creo. La inspiración es recepción espiritual. Ahora, para René y Mohamed, estás en contacto con mundos sobrenaturales, ¡con espíritus! Personas desvinculadas de los sistemas materiales. Es lo que dicen, pero ¿cuándo recibiremos las pruebas de eso? Falta mucho para que caiga esta máscara. Así que continuó.

Cuando nació René —porque después ya no pasó nada especial— nos encontramos ante otras máscaras. La cabeza demasiado grande. Erica, desquiciada, llovía. Creo que eran los entuertos para el alma. ¡Todo ese tiempo había sido una con su hijo! Ya lo supongo y es el influir durante el embarazo. Lo que René le dio, lo que la hizo vivir, no se lo pudo quitar de encima de repente, tenía que someterse a ello. Y eso es lo que ocurrió. Entonces hablé con ella y me la llevé a hacer este viaje, que aún no ha llegado a su fin. Sí a los estadios de la jungla, no a la llegada a casa, porque también ahora vivimos cada vez algo de ese viaje, nuestro recorrido, que atravesó infiernos y cielos.

La cabeza de René fue cambiando. Ahora pienso: una incidencia material demasiado grande. Este tejido estaba ante la deformación, pero no llegó hasta ese punto. Después de tres meses ya se veía cómo cambiaba esta cabeza. O sea, un empuje material con un trasfondo espiritual. No se pueden ver complejos. Los médicos no sabían lo que era, nosotros tampoco. Aun así, tenía yo mis sentimientos al respecto. Eran, como ya dije: deformación espiritual, pero ¡hasta allí no llegó la cosa!

Y entonces empezamos el viaje. Erica se recuperó. René empezó a presentar fenómenos. Hacía borrones con los excrementos, los convertía en dibujos. Así vemos que ya en esa época se manifestaban esos sentimientos. Ahora se ha convertido en arte. Después llegaron las notitas. Y mis sueños. A esas notitas no puedo responder. Espero tener la respuesta lo antes posible. Su partida a la clínica ya la conocemos. Predominaba la vida interior. Restan: mis sueños, mi disolución fuera de este mundo. Así es como entré en contacto con él.

Esto ya empezó cuando René estaba en la cunita, ya se estaba desprendiendo de los sistemas materiales. Su vida de siglos atrás como yogui o mago estaba despertando para su personalidad. Lo que yo vivía como un sueño, para él era una ley oculta. Yo me hacía más etéreo, pero por él. Al seguir yo su vida, René me atraía hacia él. Me es imposible verlo de otra manera. Ese otro mundo —ya lo he comentado antes— es el mundo para nuestra alma. Pero aún no nos habíamos desprendido, no del todo de nosotros mismos, ¡o tendríamos que haber podido ver ese mundo tal como era o es! Y yo eso no lo veía. Él sí, dice: ‘¡Conozco a esa gente!’. Yo no, pero quizá viví para eso el primer grado.

Entiendo que si el alma vive eternamente y es un ser humano, que entonces no estaremos de golpe en el grupo más avanzado y que tendremos que hacer primero unos estudios previos. En cualquier caso, eso me permitió aprender que el alma es inseparable de los sistemas materiales. En ese mundo René era mayor. ¡Se fue instalando en la vida de Rachi-Hadju! El niño prodigio espiritual estaba despertando, el alma pasaba por encima de los sistemas materiales. Esto es algo muy sencillo, no puede ser de otra manera, esta es la santa verdad. Muchos orientales lo vivieron y todavía ahora se habla de eso. Que un niño occidental posea esto es extraordinario. Prueba, dice Mohamed, de que nuestra sabiduría se transfiere a Occidente.

Todo lo que se me concedió vivir en esos tiempos me condujo a la vida de René. Más no se podía ni se puede decir sobre eso. Debido a que yo me hacía más etéreo —vuelvo a decirlo— ¡llegué a ser uno con su vida! Porque así es como yo también estoy sintonizado. Mohamed dice: ‘Sus (vuestras) almas están sintonizadas la una con la otra’. Nos hemos conocido en el pasado. Pero eso significa que una mano infalible vuelve a estar trabajando ahora en nuestras vidas. Pobre Hans, ¡entonces las cosas se van a poner peligrosas! ¡Ya

no quiero pensar más en ti!”.

Me adentré a pie en el bosque para poder pensar mejor. Estoy esperando a René. Quiero hacerle unas preguntas y siento curiosidad por cómo las responderá ahora. Repaso las cosas que han ido pasando estos años. ¿Qué más necesito saber?

Para todos esos psicópatas es el alma la que tiene la culpa de este ocaso y esta desintegración. Son personas que se destruyeron a ellas mismas en vidas anteriores. Dios no tiene nada que ver con esta miseria. Estoy viendo a mi alrededor toda esa miseria de la gente. Quien aún no posea sentimientos sufre pobreza. La riqueza y la pobreza carecen de importancia, porque es posible alcanzar todo de y para esta vida y sociedad. Con que uno se aplique un poco obtendrá riqueza. Ciertamente, te cuesta sangre y sudor, pero hay quienes lo obtienen con mentiras y engaños. Ahora creo que todo ser humano ha sido alguna vez rico. Que ahora tus pensamientos están sintonizados con otra cosa. Ahora no vas hacia atrás, sino hacia delante, las posesiones materiales no son siempre la felicidad. Eso me lo sé demasiado bien. Y en eso vivo. Las matanzas y conflagraciones son mundos miserables. Luego te enfrentas a eso y hay algo que te obstruye, que para esta vida es un alto invisible. Hagas lo que hagas, es imposible eludirlo. Hay personas que intentan de todo, pero nada sale. Todo les va mal, todo lo obstruye. ¿Y esas son leyes invisibles? ¡Son causas y efectos! Quien ahora es salvaje y asesino tendrá que volver a este mundo enfermo. Cuando se disuelva más tarde, aquí será un paraíso, pero para eso aún falta un poco. ¡Ahora veo caer miles de máscaras! Y lo más sorprendente de todo es que Dios está por encima de todo; piensa para Sus adentros: ‘Haz lo que quieras. ¡Yo conseguiré las ganancias de todas formas!’. Y ¡así es! ¡Si piensas que asesinas a un prójimo es algo que te haces a ti mismo! ¡No puedes asesinar a nadie! ¿No es maravilloso? Eso te hace regresar a la tierra, para darle una nueva vida a esa alma. No hay injusticia. Los padres de todos esos locos tienen que ver con ellos, con esas almas. Unos te mandan desgracias, otros felicidad. Lo que una vez le quitaste a alguien, más tarde se lo volverás a dar. Dinero en bienes, amor y felicidad. Otra vez más, Hans va tomando forma ante mis ojos; es como si me obligara a que me fijara un momento en él. Pero soy más fuerte, o sea ¡tiene que largarse de mi casa!

Pero ¿no es cierto esto? Anda, roba tranquilamente, no solo te castigarán aquí, algún día tendrás que devolverlo por las leyes divinas. Una vez me dejé convencer de que un sacerdote vio que había sido robado en tal y tal lugar. Y ahora que esa misma alma quería hacer otra cosa con ese dinero, se acercó a aquella gente y les pidió que le devolvieran los bienes robados. El nieto de esa gente lo echó a patadas de la casa, pero él había dicho: ‘Voy a recuperarlo... ahora hablarán las leyes. Van (vais) a devolverme mis propiedades, porque sus (vuestrós) antepasados lo están suplicando’. Y ¿qué ocurrió? Esta alma,

un hombre de unos cuarenta años, empezó a sentirse inclinado por dar a ese sacerdote todo tipo de cosas suyas y hacerse discípulo suyo. Y entonces fueron uno. El sacerdote descendió en su vida y condujo esta a la revelación. Se habían conocido en vidas anteriores, pero un familiar suyo era un ladrón. Claro, puede que todo esté muy bien, pero los occidentales no hacemos caso a eso. No nos creemos esas historias tan bonitas, para eso somos demasiado pragmáticos o nos centramos con excesivo ahínco en lo material. Basta con que mire lo que hago yo mismo. Doy muchas cosas, pero no por eso soy como un vagabundo que se encierra en la tierra. Me gustan las cosas bonitas. Quiero hacer lo que sea, pero no me excedo. No voy a convertirlo en abracadabra, sigo con los pies en el suelo para con todo. No quiero perder mis asideros. Nunca podré alterarme por un amor robado. Veo tantas cosas con amor en este mundo. ¿Hay que matarse por un alma? No sería capaz. ¿Me retiraría? ¡Tampoco! Actuaba de manera muy distinta, simplemente iba a mi aire; aunque me devorara el corazón, ¡no me dejo pisar por nadie! Y en mi vida vi que esta es la mejor manera si quieres poder vivir la vida. Entonces no te estrujan, en todo sigues siendo tú mismo. Pero ¡Hans tiene miedo! Debido a que tiene miedo, a mí me dan escalofríos. Imagínate por una vez que luego vaya a verlo alguien que le diga: “Eso que tienes pertenece a mi vida. ¡Devuélvemelo!”. Y Hans es como una ley oriental. Podría ser sin problema alguno un maharajá. Los últimos años me parece enfermizo. Vive como un rey. ¿Se ganó esos recursos honestamente? No lo sé. Sus padres eran ricos, creo que se accidentaron, pero los viejos Groever le dejaron un dineral. Apuesto con quien sea que Hans es oriundo de Oriente. Basta con observar un poco su entorno, es oriental de pura cepa, absolutamente todo. Le chiflan los dragones, las estatuillas orientales, para mí es un Buda que se ha escapado. Allí se derrumbó hace tiempo y ahora se ha decantado por el pragmático Occidente. Y le ha cogido el tranquilo. Creo que ha transformado sus fuerzas mágicas en psicología moderna. Naturalmente, estos se convierten en los señores profesores de Occidente, porque estas almas están abiertas a la ley oculta, y la psicología es justamente eso. ¡Las explicaciones occidentales no cambian en nada a esa pequeña ley! Y Hans también lo sabe, pero consigo mismo no sabe qué hacer. Ahora me parece un pobre perro, un lobo disfrazado de oveja, un reno con zuecos, un pez subido a un globo, ¡ya es seguro que el animal morirá! Pero ¿seré yo quien luego esté con los platos rotos? ¡Yo no! ¡Que Hans se aclare él solo! ¡Es ridículo!

Sin embargo, de vez en cuando vuelves al asunto. Es cuando tienes a Hans delante de las narices. Me he dejado convencer de que esto es posible. Un hombre tiene que irse de viaje. Está en otro país. Por ahí se mueve y trabaja ese hombre. Pero hay alguien que lo persigue. Donde esté, ese otro hombre está, invisible y aun así visible, delante de sus narices. ¿Qué quiere esa figura?

Conoce a ese hombre. Es una sombra y no tiene nada que ver con espíritus, conoce a ese hombre. Escribe a los de casa. Qué es lo que pasa con tal y cual. ¡Tengo que saberlo! Por fin, después de muchos titubeos, llega una breve carta. Te han robado por valor de diez mil. ¿Qué dices? ¿Que me han robado por valor de diez mil? Sí, es triste, pero es la verdad. Has sido robado por ese mismo tipejo que ante tu mirada ha ido tomando forma, tan consciente y tan completamente él mismo. Claro, puedes echarlo a la cárcel, pero ¿de qué sirve? De todas formas, no vas a recuperar el dinero. Y ¡esto es cierto! Porque soy yo mismo. Me engañaron por diez mil florines. Y ese hombrecillo —entonces me encontraba en plena selva— era mi banquero. El hombre se largó con mi dinero. Nunca tenía todo mi dinero en un solo banco, sino ya podría haber vuelto a empezar desde cero. Ves, ahora dime que esto no es posible. Vi a ese ser humano invisible delante de mí. Alejé esa vida a patadas. Cuando me sintonizaba con todas mis fuerzas en otra cosa, la vida desaparecía. Pero por un momento daba rienda suelta a mis pensamientos, entonces ya tenía al hombre delante de mí otra vez y me perseguía por donde fuera. Es cuando quise saber lo que pasaba allí. No me lo habían querido escribir todavía.

Ves, lo único que quiero decir es: los seres humanos podemos ser muy sensibles. Quizá Hans también sienta a un tipejo de esos. Cuántas veces no habré oído esto sobre el proceso de morir. Estoy con un amigo mío en París. Vamos a un buen restaurante y salimos por la noche. Estamos sentados en la ópera, y de pronto me dice:

—Tengo que irme a casa, Frederik. No puedes detenerme. ¡Me voy!

Le digo:

—Vete, no hay problema, ya esperaré tu respuesta.

“Unas horas después de llegar a casa el hombre se desploma y está más muerto que muerto. ¿Qué es esto? ¿Algo extraño? ¿Una cosa extraña? Puedes oír millones de historias sobre eso. Y toda esa gente ha sentido y adoptado algo desconocido, que la llevó a la acción. Lo que Hans siente yo lo he podido seguir, vive entre nosotros y no es visible. No obstante, ¡ahí está! Pero ¿dónde vive? ¿Se puede evitar algo así? Quizá sería bueno que para esta vida se encerrara en alguna parte con su Elsjé. Pero entonces rehuyes tu propia vida, ¿no? No creo que sirva. ¡Esto son leyes! No logro librarme de ellas, pero ¡son leyes! Es posible que Hans solo se imagine algo, pero son leyes para nuestros pensamientos y la personalidad. Quizá el alma entre en algo que haya vivido antes. Basta con repasar el caso de René. ¿Cuántas cosas no han adquirido conciencia en esta vida? Son incontables. Son cosas poderosas. Para otras personas puede que signifique miseria. ¿Quién se atreve a decir de sí mismo: ‘Estoy exento de las leyes del karma’? ¡Yo no! Quien lo diga es un fanfarrón. Sabemos muy bien que los sercillos humanos no tenemos nada que decir cuando se viene encima el universo. ¿Qué queremos hacer entonces nosotros

los gusanos terrestres? Y aquello que viene a tu vida, tan sigilosamente, ¡es como un universo! Casi te daría miedo. En el fondo ya no tienes nada que decir, estás a la merced de innumerables cuestiones. Ya te olvidaste de ellas hace tiempo, pero ¡ellas a nosotros no! Y entonces, tarde o temprano, se nos vienen encima y nos persiguen para intervenir infaliblemente y clavarnos una dolorosa cuchillada en el corazón. ¿Es que son tonterías?”

Lo dejo. Voy a ver si René está en casa y le hago unas preguntas. René está. Tengo suerte, está descansando. Me acerco a él e inquiero si puedo preguntarle algo.

—¿A quiénes se refieren?

—A mí mismo.

—Toma, Frederik, un articulillo sobre nuestro viaje. ¿Puedes intentar colocarlo?

—Lo haré.

—¿Qué quieres saber, Frederik?

—Quería que me dijeras si tú sabes lo que pasó entre el momento de la fecundación y el cuarto mes.

—Vaya, eso quieres saber, Frederik. ¿Para el cuaderno de bitácora?

—Sí, René. ¿Puedes conectarte con eso?

—Ten un poco de paciencia, me sintonizaré con ello. Cuando me quede dormido cierras la puerta.

Me quedo esperando. Cinco minutos después se oye, aunque ya duerme:

—¿Ves, Frederik, que este sueño es el mismo que en mi juventud?

—Lo veo. ¿Puedo llamarte por tu nombre?

—No, no hagas eso, eso me despertará. Pero ¿lo ves?

—Lo veo, para mí es una revelación. ¿Sigue estando usted consciente para esta vida y puede ver en lo que vivo?

—También eso es posible.

—¿Qué clase de estado es en el que vive?

—He descendido en los primeros estadios de la demencia. Pero soy yo mismo y tengo conciencia. El ser humano que vive los grados enfermizos vive en ello. Debido a que soy consciente le daré la prueba. Mire usted mismo su reloj, le diré lo que veo. ¡Son las siete y treinta y tres minutos! Veo su vida, estoy en usted y detrás de usted, ahora puedo ir a donde quiero. Aun así, sigo siendo uno con mi cuerpo.

—¿De qué manera, si me permite preguntárselo?

—Por medio de la voluntad de usted estoy ahora en este sueño. ¿No lo sabe?

—¿Es usted capaz de ello por su propia fuerza?

—Desde luego, en un rato habré llegado a ese punto.

—¿Puede ver lo que hago?

—Escriba usted: “Ahora se caen las máscaras”. ¿Es así?

—Exacto, también el tiempo de usted era puro. Me he quedado asombrado. ¿Puede ir usted ahora a donde quiera?

—Todavía no, solo será posible cuando viva las leyes vitales más profundas.

—¿Y es usted capaz de dominarse en este mundo?

—Sé lo que quiere decir. ¿No conoce un león sus fuerzas? Yo también. Estoy preparado, muchas vidas atrás llegamos hasta ese punto. ¡Soy yo mismo! ¡Por fin! ¡Y usted está preparado para aceptar su tarea! Para traer a Occidente aquello que se nos concedió asimilar allá en Oriente. No tendrá usted miedo de que me pase algo, ¿verdad?

—Eso no, pero es tan sobrenatural.

—Le contestaré sus primeras preguntas. Ha de saber que puede decidir sobre mi vida; quiero decir: si quiere estar usted conectado, deme entonces esta vida y conciencia, y llegará a ser uno con todos los mundos creados por Dios.

—¿Puedo contar a nuestros seres queridos lo que hacemos?

—Cuénteles lo que hacemos, pero no todo, o ya desfallecerían ahora.

—Gracias. Entonces he actuado bien. Pensaba como siente usted, Ra-chi-Hadju.

—Fuerzas iguales, amigo y hermano mío, ofrecerán a este mundo la conciencia. En el instante en que descendí en mi madre, por supuesto que ya no sabía nada de todas estas leyes. El alma, como ser humano, regresa al estadio embrionario y entonces desciende en la madre para empezar la vida material. Es el padre o la madre la que tiene sintonización con esta vida. Así que el padre o la madre atrae esta vida, pero es el “alma” como personalidad la que posee estas leyes y la que las tiene en sus manos.

—¿Qué significa eso?

—Que ella determina cuándo empieza su nueva vida.

—¿O los padres, o los seres humanos, podríamos decidir sobre la vida y la muerte?

—Exactamente, ya siente usted que íbamos teniendo esas leyes en nuestras propias manos. Dios nos las dio, pero solo cuando le explique la ley cósmica, la universal, comprenderá bien que la ley universal tiene estas vidas en sus manos de forma predominante. Estas leyes para el nacimiento las tiene que ver usted de forma material, espiritual y espacial. La ley espacial produce armonía. Aquí hay miles de posibilidades, que usted recibirá. Porque una madre es capaz de destruir a su hijo. Ya tocó usted esta posibilidad por medio de su pensamiento. Hay madres que dan a luz varias veces. Otras violan este milagro y viven como parásitos sobre esas otras madres. Así es como han surgido brechas espaciales. Para el espacio, amigo mío, la madre da a luz dos veces: ambos quieren continuar la vida, para ella misma y para la vida que le pertenece, para su creador.

—Le comprendo y le agradezco esta respuesta.

—Mi madre estuvo embarazada de mí, fue ella quien me atraería, pero soy quien la obligó a ello. Que fuera a recibirme, que fuera yo a nacer aquí —¿lo sientes?— es una ley, porque estamos relacionados y esa comunicación no se puede romper. Desperté. Traje conmigo esta conciencia. Cae por su propio peso que yo dominaría su vida porque ella aún no había alcanzado esa altura para la maternidad. Otras madres viven algo semejante, también allí están alojadas todas las leyes para la demencia, la psicopatía, todas las leyes para almas inconscientes que se preparan para esta vida después de haberse arruinado en una anterior. Cada acto erróneo, cualquier acción que esté directamente sintonizada con la vida, amigo mío, le conduce al trastorno material. Y este trastorno se manifiesta por medio del nacimiento y después de este; es posible constatar esos trastornos en la madre y a su alrededor. Ha pensado y sentido usted de forma pura, veo su conciencia. El alma regresa a la tierra tal como era durante su vida anterior. La madre que me traería al mundo podría haber podido vivir para su propia vida mis revelaciones, a las que a veces se veía sometida por su arte. Se preguntaba usted lo que es inspiración. Pues bien, no encontrará la inspiración antes de que usted se haya entregado plenamente, al cien por cien, al arte. O es capacidad, conocimiento humano, material, terrenal, como quiera llamarlo; ¡el acontecimiento sucede desde el pensamiento material y no a partir del espíritu!

—Gracias, es asombrosamente puro.

—Soy uno con todas estas leyes, amigo mío, nada me detiene.

—¿Mira usted hacia atrás en su propio nacimiento?

—¡Yo soy! Atravieso este nacimiento y entonces vuelvo a entrar en la vida anterior. Cuando se nos concedió encontrarnos entre el cielo y la tierra, para nuestra conciencia éramos uno espiritualmente. Por esto ya podría haber aceptado usted que yo despertaría con mi plena conciencia anterior. Podría haberme elevado espiritualmente hasta la edad de siete años, pero entonces mi vida se habría encontrado ante el parón espiritual y empezaría a dominar lo material. ¿Siente usted esto? Estos son los siete grados vitales espaciales como una ley para el alma, para el espíritu y el ser humano material, pero en los que el alma vive y actuará como la personalidad. Yo actuaba, pero ¿por medio de qué? Porque, antes de que tuviera lugar este nacimiento, yo ya había alcanzado y deseado esa realidad. Entiéndame bien: ¡lo que hace usted, lo que hago yo, lo que hace todo el mundo, es de todas formas, a pesar del espacio material y el contacto masivo, para nosotros mismos! Hace usted algo para su gente: lo hace usted, si lo quiere ver de forma espacial, para su propia vida. Así vemos que vivimos el bien y el mal, y que también tenemos esas leyes en nuestras manos. Lo hacemos para el Dios de todo lo que vive, sin duda, también para el desarrollo de estas masas, pero seguimos el camino

que nos fue revelado por “Cristo”. Algún día despertará en el alma el deseo de empezar una vida más elevada. Pues bien, usted ha llegado a ese punto. La otra vida, aquí y fuera de su propia existencia, no ha llegado allí todavía. Por esto, amigo mío, ¡vive usted ya entre la vida y la muerte! Yo también, y con nosotros todos aquellos que desean el bien.

—Me enorgullecen sus respuestas, Rachi-Hadju. ¿Puede ser pronunciado este nombre?

—Este no me perturba. Al estar este sintonizado con esta sabiduría, con esta vida, no es posible trastornar mi sueño. ¿Si lo desea... padre Oteb?

—¿Yo...?

—¡Sí, usted! ¿No vive Isis en su corazón? ¿No fue usted quien me dio estas “alas”? ¿No me enseñó usted cómo pensar? Allí éramos uno. Lo sé, muchas vidas nos llevaron también al odio y al mal, pero ahora se nos concedió vencer estos trastornos y ¡ya no hay nada que nos separe! ¡Usted era allí el Poder Supremo! Nosotros le servíamos a usted, usted a nosotros. Ahora nos encontramos en Occidente, pero ¡hay más! También mi madre y aquella que le sirve a usted, que llena su corazón para seguir, son parte de ello. Los demás llegarán a ver sus propias vidas más tarde y pertenecen a otros. ¡Sépalos ahora!

—Soy igual que un niño que quiere escuchar a mi padre.

—Y esta es su bendición, su conciencia, su disposición a hacer sacrificios, su cumplimiento del deber hacia aquellos para quienes vive. ¿No fui yo su hijo? ¿No me dio usted allí todo su amor? ¿Fui yo quien preparó su caída? Más tarde regresaremos en eso. Tiene que hacer usted sus preguntas, enseguida tendrá que escuchar la orden material y se encontrará ante la alimentación del organismo.

—¿Sigue siendo eso necesario?

—Usted ha de obedecer esas leyes, amigo mío. Solo después seguiremos. Quiero que haga usted enseguida todas sus preguntas, si quiere estar preparado para la nueva vida. Acuérdesse: tendrá que hacer miles de preguntas. Las espaciales, aquellas respuestas cuyas preguntas están sintonizadas con la vida de él, las anoto. ¡Forman la torre de usted! ¡La universidad de él! ¿Me cree?

—¡Lo acepto todo!

—Si usted dudara tan solo unos instantes, se disolvería mi conciencia y también la fuerza de usted para su propia vida. Esto lo quebró a usted hace tiempo. Hace tiempo, fue... en Re y en Ra, le quebró su vida y lo tendría que aceptar más tarde. Ha hecho que se accidentara su vida, también la mía. Están de camino millones de almas para asimilar esos tesoros; todos empiezan a dedicarse tarde o temprano a la disarmonía, y así desfallecen. ¡A nosotros se nos concedió continuar! Nosotros no hemos transgredido estas leyes, pero estábamos ante ellas y tuvimos que aceptar este estrellarse. Es imposible transgredir ninguna para el bien, para el despertar. Sí puede entrar usted en

rebelión, pero después de esto sabrá cómo actuar. ¡Ahora es usted capaz de asegurar su vida frente a una caída! ¿Lo oye? Nuestra vida es rozada. Váyase, allí me verá, seré como he de ser... ¡Nada me trastornará! Coma y beba, cuide el organismo, siga en armonía con todo, solo entonces podrá seguir. Eso antes no lo comprendíamos. Pensábamos tener que preservar nuestra casa material del contagio material. Pero ¿cómo fuimos engañados? Si hubiéramos acomodado nuestra vida a la existencia material, créeme: entonces allí todo habría tenido otro final y no nos habríamos partido la cabeza. Fuimos elevándonos, sin duda, pero estábamos en disarmonía con miles de leyes. Contemple su propia desintegración, Oteb..., y podrá decidir para usted mismo cómo fue la vida allí. Ahora le digo: en ninguna parte en el mundo estuvo usted sintonizado de forma pura, porque todo tejido material posee un espacio. Y el alma tendrá que asimilar ese espacio. No desperdicie ahora ni un solo segundo, siga estando siempre en armonía con aquellos que lo rodeen y no erigirá usted para usted mismo un nuevo parón. Coma y beba; no se olvide, sin embargo, de que el exceso le devuelve a la materia, pero ¡estas leyes son conscientes en su vida! Váyase, ¡ahora voy!

Me voy abajo. A cada peldaño recaigo con estrépito en el mundo material, es un calambre bajo mi corazón ahora que vuelvo a sentir piso firme bajo los pies. Dios mío, ¿en qué vivo ahora? ¿No es maravilloso? Me siento a la mesa sollozando. Erica quiere saber, como es lógico, lo que me pasa. Karel me mira como si viera un espíritu. ¿Qué te pasa, Frederik? ¿Qué tienes?

—Dios mío, hijos, soy tan feliz —se me escapa. ¡Y se lo creen!

Entonces llega René. No le noto nada, solo los ojos radiantes inundan este pequeño espacio en que vivimos. Está callado, pero cuando dice algo susurra como si todavía no hubiera nacido. Erica no sabe qué decir, pero sus sentimientos maternos, seguramente su ser uno que un día tuvo con esta vida, la impulsan hacia el otro lado de la mesa, y besa a su muchacho. Dice:

—¿Qué tienes en la cara, pequeño René? ¡Pareces un ángel!

Come algo, de todo una miaja, y se va. Me quedo un ratito. Aguardo un poco para darle la oportunidad de prepararse para poder seguir. Karel pregunta:

—¿En qué estás metido, Frederik? ¿Qué estás haciendo estos días?

—Estoy ocupado con el cuaderno de bitácora y ahora estoy recibiendo las explicaciones.

—¿De quién?

—De René.

—¿Qué explicaciones?

—Acerca de todo, de la vida y la muerte, el nacimiento, la demencia, no sé cuántas cosas más. Y la respuesta de por qué estamos aquí.

—¿Lo dices en serio, Frederik?

—Lo digo en serio, Karel. Hace un momento sollozaba de felicidad. Quizá fuera infantil, pero más adelante tú también lo harás. Te pido una sola cosa, Karel. No seas impaciente. Aguarda y no preguntes nada más.

—¿Qué cosa? —Quiere saber Erica, que acaba de regresar.— ¿Qué tenemos que aguardar, Frederik?

Karel le dice lo que acabo de contarle. Erica pregunta:

—¿De verdad, Frederik? ¿Podemos saberlo?

—Me gustaría contárselo (contároslo) todo ya, pero comprendanme (comprendedme), Erica, Karel: sería una presión para su vida. Será mejor hacer como si nada. Contaré de tiempo en tiempo lo que recibo.

—Realmente, ¿qué haces, Frederik?

—René se queda dormido, Karel. En el sueño que se conoció en el Antiguo Egipto, pero que es posible despertar por medio de la hipnosis. Así es como obtenemos sabiduría. Años atrás ya te mostré lo que es posible. Hace tiempo viste que a veces René se quedaba dormido de repente. Pues bien, Karel, ¡ese sueño sigue presente! Nos permite ahora hacerle preguntas. A las que le hacemos responde como alma y personalidad. Es increíble, pero lo vivirás pronto. No te dejaré mucho tiempo en la incertidumbre. Pronto, Karel, se te abrirán los ojos y hablará un loco sobre asuntos sobrenaturales de los que ninguna universidad tiene certezas. ¡Y ese es tu René! ¡Nuestro loco! ¡Nuestro hijo! ¡Por el que hemos vivido tantas desgracias! Te quedarías patidifuso, Karel, si lo conocieras ahora. ¡Es una revelación! ¡Tienes delante a nuestro niño prodigio espiritual! No hay nada que pueda detener esto, su vida ha despertado. Y en un tiempo, Karel, convocaremos a todas las facultades y comenzaremos una lucha de vida o muerte.

—¿Qué quieres hacer, Frederik?

—Entonces convocaremos las facultades, Erica. Quien tenga la más mínima aptitud tendrá que estar, pero como sabio. Entonces, Karel, será posible hacer preguntas sobre el cuerpo y el alma, sobre todas las enfermedades que creo que conoces, sobre el espacio. Y de las respuestas deducirás que es un milagro sobrenatural. ¿Sabes, Karel? Mozart y todos esos niños prodigio vivieron algo parecido. Pero ¡trajeron arte! Pero ahora, por medio de René, ¡traemos sabiduría!

—¿No vuelas demasiado alto, Frederik?

—¿Lo hice alguna vez, Karel? ¿No fui siempre capaz de acogerte? ¿Quién salió volando? ¿Yo o ustedes (vosotros)? ¿Quién aplastó a patadas mis asuntos sagrados? ¿Yo?

—Mejor deja eso ya, lo sabemos.

—Pues bien, Karel, ahora nada de desconfianza. Es hora de que aprendas a aceptar. Pero te ruego que no le hagas notar nada a René. Si no son (sois) capaces de vivir esta vida tal como la hemos llegado a conocer, a vivir, entonces

todo se quedará hecho añicos. Tenemos que ser capaces de seguir viendo este milagro como algo cotidiano. Si empiezan (empezáis) a admirarlo, Karel, a verlo como un caballo sagrado, ya lo oirán (oiréis) de él. Ay de tu vida, Karel, si lo oyeras hablar ahora. Te pegaría. Pero para evitarlo te pido que hagas como si no hubiera nada. Enseguida subiré y volveré a entrar en contacto con las leyes. Le preguntaré si luego es posible que participes y vivas estas preguntas y respuestas. Te digo, Karel, que solo ahora obtuve respuesta. Solo ahora hemos empezado. Verás el milagro cuando hayamos llegado al punto. Eso no toma tiempo. Voy cada noche a verlo.

—Y ¿entonces se queda dormido, Frederik?

—Tu gran hijo, Erica, es un poderoso milagro. ¿Lo ves? Ya estamos. Esas cosas hay que evitarlas, Erica. ¡Eso me sulfura como el infierno! Tienes que intentar seguir actuando con naturalidad. Ya se me ha concedido vivir tantas cosas en estos años, y por supuesto que doy gracias a Dios por todo. ¡Nunca me equivoqué! Karel, me desperté en la clínica de Hans. Allí empezó la cosa para mí. Esas fuerzas fueron despertadas por la vida interior de René. Si ahora me sintonizo con su vida, se queda dormido. Solo me hace falta pensar y ya está. Estas fuerzas se despertaron para René en Egipto. ¡Para eso hicimos el viaje! Fueron los sumos sacerdotes quienes le obsequiaron esta gracia. No habrían querido echarlo en falta a él por nada en el mundo.

—¿Por qué no nos has contado nada de todas estas cosas, Frederik?

—¿Tendría que haberme ido de la lengua después de que me dijeran que me la tragara? ¿Habrían (habríaís) comprendido algo? Te digo que ¡nada! ¡Nada! Habrías hecho todo añicos. Pronto podrás saberlo todo. Pero entonces ocurrió el milagro. Ya de niño era capaz de mirar en otro mundo. Lo leerás luego en el cuaderno de bitácora.

—¿Eso también lo has guardado, Frederik?

—Lo tengo todo, Erica. Ni un pensamiento se ha perdido.

—Cómo es posible. Pero ¿qué libros son, pues?

—Son milagros, Erica. ¡Lo recogen todo, también tu desplome!

—Gracias a Dios, Frederik. Acaba conmigo, no hay problema, desnúdame, esta sociedad puede conocerme. Ya no me arredro ante nada. Ya he pagado caras mis lecciones, y he aprendido. ¿Lo harás?

—¡Ya te dije anteriormente, Erica, que es tu propia vida la que deja constancia de las cosas! Están descritas las cosas de todos nosotros. Creo que es un regalo para esta humanidad. Estás descritas de tal forma que se puede adaptar al teatro, al cine. ¿Y no fue nuestra vida una película? ¿No fue un pedazo de verdad con la que creas semejantes cosas? Se nos concedió vivir escenas increíbles. ¡En el fondo nos lo regalaron! Pero te digo: me hace estarle agradecido a Dios. Ahora comprendo —no, ahora sé— que en ese instante tenía que ponerme a pensar. Tampoco ya es casualidad que nos conociéramos

en aquel barco. Me llevaron a casa, a mí que recorría el mundo como un vagabundo, para aceptar mi tarea. ¿Y eso lo hicieron ustedes (hicisteis vosotros)? Con nuestra vida hemos creado un vínculo, un círculo, para el que vivimos ahora. Si repaso todo no son más que milagros. No podíamos dar un paso sin que viviéramos alguna cosa. Y eso es su vida, pudimos continuar por medio de él. Eso ya empezó, Erica, cuando él aún vivía en ti. También esas cosas han quedado consignadas, ahora llegan las respuestas correspondientes. Karel, ¡te quedarás con la boca abierta! Va a ser una revelación para tu vida. Pero tengo que pedirte encarecidamente que no causes ningún revuelo. Eso lo estropeará todo. No entres nunca al trazo. Deja que por unos instantes echemos cimientos. Cuando se encuentra en su estado ya no te es posible pensar al margen de él. ¡Lo sabe todo de nosotros! Cuando se ponga a hablar, bien, pero no empieces tú mismo. Creo, Karel, que si eres capaz de ser humilde —aunque estés ante tu hijo— que de golpe habrás vencido esa vida y que lo recibirás todo. Quisiera pedirte que cuando hablemos de estas cosas, o lo haga él, lo consideres como si fuera otra persona. No te preocupes si ves algo extraño, tarde o temprano estarás de todas formas ante las leyes y tendrás que aceptarlo tal como es. Entonces será más fácil para él. Entonces no forzaremos nada. Olvídate de este hijito tuyo. Pronto tendrás que aceptar que los padres y los hijos tienen que aprender a pensar de otra forma, debido a que René te pondrá ante el amor universal. Y entonces tú ya no serás el padre ni tú, Erica, la madre, sino un hermano, una hermana, ahora sabes que has vivido miles de veces. René los (os) reconducirá a la unión de este mundo, a un Padre, a un Dios, y ¡entonces amarán (amaréis) todo lo que vive!

¡Es algo que les (os) quisiera suplicar! Renuncia por unos momentos de la tarea y los sentimientos paternos. ¡A cambio recibirás un montón! No darás a basto. Y si eres capaz —ya lo sentirás—, él se acercará más y más. ¡Y entonces llegarás a ver su mundo, como amor en tus manos, es cuando bajo tu corazón vivirá tu personalidad que llegará al despertar inmaculado! ¿No es esto algo por lo que querer vivir? Millones de personas, de padres, ya quisieran poseer un alma así.

—Lo haremos, ¿verdad, Karel?

—Por intentar que no sea. ¿Que si sale, Frederik?

—¡Es necesario, Karel! Si no eres capaz, te lo aseguro, se largará. Se hará mayor sí o sí, y no dejará que nadie lo estorbe, entonces lo perderás sin duda. Ya sé, Karel, que esto no es tan sencillo, pero ¡es imprescindible que puedas hacerlo! Y además ¿qué más da? ¿Tan difícil es? Si obtienes pruebas, ¿entonces qué quieres? Pero aún no las tienes. Antes de que las recibas, sin embargo, tienen (tenéis) que estar preparados para poder acoger esta vida. Es esto lo que quería pedirte. No respondas a nada, entonces ya se te acercará y entonces vivirás amistad verdadera, amor con tu hijo, ¡que es un maestro! De verdad,

también Hans se reía, pero esas risas pronto se apagarán.

—¿Está Hans al corriente?

—Lo comenté con él, para sacarlo de la desgracia. Quizá sirva, pero me temo que no. Más bien pienso que se agudizará. No puedes esquivarte a ti mismo, Karel, y tampoco ponerte una soga al cuello que aún no te has ganado. Hans no es fuerte. Está vacío por dentro, carece de orden. Y tiene que haberlo si en todo quieres estar preparado para esta vida. Le conté lo que te dije hace un momento. Él no lo cree, pero tú, Karel, pronto tendrás tus pruebas. Hans se ríe, pero esto ya no son cosas para ahogarlas, para que se rían de ti, ¡es sagrada seriedad! La vida de René es un milagro para esta humanidad, para nuestro pragmático Occidente. Que este siglo pone en nuestras manos esos recursos es algo que seguramente crearás. Esto está relacionado con el desarrollo de esta gran masa inconsciente, que ahora recibe un empujoncito para el despertar espiritual. Por supuesto que Hans esto no lo ve, aún no es capaz de pensar hasta ese punto ni tan profundamente. Pero, Karel, ¡el milagro vive entre nosotros! Hans se ríe, sí, sí, porque ¡es un gran cero para él mismo! ¿No lo sabías? ¿Qué dice la sabiduría cuando pereces por un poco de amor? ¿De verdad que pensabas, Karel, que esto es ser grande? ¿Significa algo cuando pierdes la cabeza? ¿Cuando te comportas raro y extraño, porque la felicidad de esta vida y de la siguiente vive a tu lado? Hans ni siquiera es capaz de entender esta felicidad y por eso la pulveriza a pisotones. Te pregunto: ¿qué es lo que quiere comprender de todo esto? ¡Nada! ¡Es vacío!

—Haremos lo que podamos, Frederik.

—Lo espero, Erica, lo espero, si no habrá de nuevo desgracias.

—¿Qué, Frederik? ¿Qué desgracias?

—Pero si acabo de decir, Karel, que René es un maestro. No creo que en este mundo conserves esta vida mucho tiempo; las almas extraordinarias viven poco. Terminan su tarea y regresan al lugar de donde vinieron. Solo alguno alcanza la vejez, recibe una larga vida, la mayoría da tanto de sí misma que sucumbe. Si vas en contra de su vida y no puedes aceptarlo a él, si no inclinas la cabeza, Karel, entonces creo que te dejará desnudo y dirá:

“¿Sabes lo que se dijo antes a los apóstoles? ‘¡Vengan y síganme! (¡Venid y seguidme!). ¡Yo iré!’. ¡Y entonces lo habrás perdido! ¡Perdido del todo! ¡En esto ya no se podrá cambiar nada, ¡conozco a tu hijo!”.

—¿No estás exagerando?

—En nada, te lo juro, Karel, quisiera poder convencerte. Pero aún vendrá, ten solo un poco más de paciencia. Me voy arriba, me está llamando, luego continuaremos.

—¿Hans también sabe que has empezado?

—No, eso no, Elsje tampoco sabe nada. ¿Qué te preguntó ella, Erica?

—Quería saber lo que estabas escribiendo, Frederik. Le he comentado al-

gunas cosas. Lo quiere saber todo.

—Pues eso mejor hazlo tú, encárgate tú, porque Elsje es un tesoro. No dudes de que este criatura no lo tiene fácil. Según las leyes cotidianas, ¡Hans exige demasiado! ¡René también ya le dio a él una buena paliza!

—¿Cuándo fue eso, Frederik?

—Hace unas horas... Karel. Vino a llamarme y se presentaron aquí para comer. Mejor que te lo cuente Erica, yo me voy arriba. Si quieres saber algo, ya me lo dirás.

René está esperándome. Está ante los esbozos que hizo de Elsje y Erica.

—¿Se parecen, Frederik?

—Mucho, muy acertados.

—¿Preguntó papá algo?

—Le conté unas cuantas cosas.

—¿Inclinará su docta cabeza?

—Lo espero.

—No lo esperes, Frederik, es capaz de hacerlo, también esas pruebas te las daré. No hay muchas cosas que me agraden en papá, pero ¡esta está! Es lo más elevado para él mismo, es capaz de inclinar la cabeza, tampoco hace falta más. Pero voy a ponerme a pintar enseguida, ¡esto tiene que estar acabado antes de que empecemos!

Se acuesta y se queda dormido. Lo sigo. El silencio que siento es sagrado. Estoy conectado con mundos. Me responderá Rachi-Hadju y él sabrá cómo he de actuar. Oh, con tal de que Karel se incline creo que todo saldrá bien. Entonces ya no nos separará nada. Arrojaría una mancha negra sobre este sagrado ser uno que no se podría borrar. Lo espero, haré todo por ello. Voy a... pero ahora ya está hablando esa vida y dice:

—Usted alcanzará todo, Oteb, absolutamente todo. No se preocupe más. Lo convenceré a él y entonces él también pondrá su vida al servicio de la vida después de esta. Convertiremos a esta vida en un adepto, ¡también a él lo necesitamos! Igual que Hans, pero él tiene que llegar a conocerse a sí mismo. ¡Que sepa usted de mí que lo conozco!

—¿Puedo hacer preguntas?

—Vamos a seguir. Ya estoy esperando.

—Lo que yo mismo sentí y anoté en el cuaderno de bitácora ¿es correcto?

—Mencióneme las leyes. Léamelo todo un momento. Y le diré si se han cometido errores.

Ahora le leo todo a René. Cuando llego al nacimiento dice:

—Pare... ¡Todo es correcto, Frederik...! ¿Ve usted lo necesario que es que yo vea su vida anterior? No se preocupe, puede dejarlo todo así. Pero voy a explicarle las leyes, entonces caerán las máscaras. Todas sus investigaciones lo reconducen a la personalidad humana como alma. Allí verá su propia

vida. Ahora, sin embargo, se trata de ver qué leyes desea ver tratadas. Todas sus preguntas lo llevan de vuelta a ese empuje primigenio para el alma, el instante anterior al despertar material. Todo el pensamiento de usted ha liberado su vida de las leyes materiales. El alma alcanza el despertar corporal entre el tercer y el cuarto mes, cuando la madre se vive a sí misma, cuando hay calma. Mi organismo estuvo sometido a esa presión, yo mismo produje ese impulso, porque esa evolución adquirió un significado material.

Mamá vivió esa pesadumbre. ¡Es ella misma! No era yo, su vida y personalidad tenían que aceptar todo esto. Su unidad conmigo la llevó a un estado elevado, al empuje, a la aceptación de aquello que había experimentado en esos meses. Usted la atrajo hacia la acción y el pensamiento bien orientados. Para esto la ciencia no es un asidero, el alma sí lo es y esta no recibe nada gratis. ¿No sabía eso usted? Mi nacimiento se desarrolló de forma ágil y natural. Fue esta conciencia, mi sensibilidad por el arte, las que de niño me colocaron ante esas leyes materiales, cuando usted estaba ante esos fenómenos. Pero eso lo hacen más niños, para mí eran reacciones interiores, con una animación espiritual, una deformación del sentimiento, una materialización de este despertar, era corporal. Más tarde se me concedió explicarle las posibilidades correspondientes. Cuando liberé su vida del odio, de la violencia pura y dura, me acerqué a usted. No era yo quien estaba bajo su influencia, sin usted bajo la mía. ¡No era yo quien aprendía a pensar por medio de su vida, sino usted por la mía! Mamá también tuvo que aceptar estas leyes. La cuestión principal la viví... mi vida despertaba. Solo más tarde, cuando tenía diecisiete años, experimenté su influencia y alcanzamos la unión.

La hora, Oteb, en que quise elevarme para mi conciencia, el nacimiento de mi amor por Marja —mira usted y se asusta— fueron los instantes de eterno saber, para mí y para usted mismo. ¿Dónde vive ahora? Oh, no se preocupe, no voy a cometer estupideces. Yo sé dónde vive, ¡él no! ¡Tendrá que esperar! Sé dónde vive ella, desperté para ella, para mí, ¡para todos nosotros! Marja..., ¿me ve? ¿Sabe usted que estoy aquí? ¡Ella también lo sabe! Ella también es consciente de su sentimiento y pensamiento, Oteb, sin duda, también ella regresó para esto a la tierra, porque nosotros recibiríamos la sacralización de allí. Todo esto es seguro, porque quienes piensan poseerlo todo ¡enmendarán lo que un día nos fue robado!

Marja, alma de mi alma, ¡ya estoy!

Vida de mi vida, ¿me ve?

Corazón de mi corazón, ¿quiere vivir?

Aguardaré, ¡solo entonces habrá felicidad, solo entonces estaremos abiertos y podremos continuar! ¿Lo ve, Oteb? ¡Esta cruz la compré para ella! La reconduzco a la vida de Él. ¡Por medio de Él se nos concede ir adentro!

¿Cómo duermo? ¿Lo hago de otra forma? Una y otra vez volvía a hundirme

en este conciencia, porque cada reacción de materia basta me reconducía a este fuero interno. ¿Tan raro es esto? Cada palabra dura, cada fustigación que tuve que padecer, me conducía a esta conciencia y entonces estaba seguro de mi vida, de mis sentimientos y pensamientos. ¿Son diferentes los niños? ¿No está cada vida sintonizada con la preservación de ella misma? ¿Esta era la mía! ¡Yo era fuerte, poderoso, en esto! Nadie podía alcanzarme en esto. ¿Me retiraba? Mi alma me velaba como esa otra personalidad. Mire cómo soy uno ahora; ya lo ve, ahora se manifiestan los dones. Cada fustigación material me entregaba el arma espiritual. Quería predominar, sin duda, la injuria de sus sábanas de fuerza me noqueaba. Yo mismo no quería esta vida. Entonces llegaron las cartitas que usted mandaba. ¿De qué clase eran? ¿No eran milagros? ¿No le ofrecían una imagen de plena conciencia? ¿Me había aprendido su idioma? Lo recibí de usted. Todas estas cosas se realizaron por el pensamiento de usted y por nuestro ser uno, Oteb. Pero solo más tarde hubo incidencia astral. Entonces me atacaron, pronto vencí eso de escribir tanto, pero cada fase para el despertar me reconducía a esa personalidad, que me llegaba desde lejos. Destruir algo desde el espacio era imposible. Pero mi deseo era vivir y morir para Cristo; así es como esta conciencia se apoderaba de mi vida en un quince por ciento, el resto vivía por encima del mundo de los pensamientos humanos en el que me encontraba. Yo ahogaba estos pensamientos desde allí, pero ¿no necesitaba mi cuerpo un impulso? ¿No somos uno con todos los sistemas materiales? Estaba Bu, sin duda alguna, pero ¿no percibió usted el miedo que tenía él por mis pensamientos? ¿Pensaba usted de verdad que si mi vida hubiera conocido otra conciencia, más baja, que yo podría haber vencido esas leyes durante mi ser uno con esta vida? Le ofrecí una imagen de cómo era mi edad allí. Ese bu todavía no se ha ido; esta vida esperará hasta que no se emitan más pensamientos tenebrosos en este mundo. Usted y yo estamos abiertos al bien y al mal, todo el mundo; esos millones de bues poseen un mundo propio, el mundo del ser humano que se sintoniza a sí mismo con la mentira y el engaño, el odio, la destrucción, la mancilla de todo lo sagrado en el ser humano, ¡la esencia divina!

De modo que la influencia astral es posible. Son las esferas tenebrosas en la vida detrás de la materia. Usted llegará a conocer las leyes correspondientes. Entonces fuimos llegando a la unidad, Oteb. ¿Cómo era el árbol de la vida para la vida de usted? Usted pensaba: 'Estoy en flor'. Así era, ¡ciertamente! Ese mundo le dio la realidad que dura eternamente. Ha vivido usted una vida que lo conecta después con la realidad para esta conciencia; ¡era el árbol de la vida, Oteb, Isis, Ra, Re, la diosa! La pirámide, la esfinge. Allí vio usted el límite del pensamiento humano, material. Allí finalizan los actos materiales, allí vivió usted sueños, realidades, su alma se liberó con conciencia material de sus cadenas. Ya no es posible continuar más, allí uno se encuentra ante las

leyes ocultas, entonces seguiré una escuela que es imposible vivir en este Occidente. Hacen falta algunas vidas para hacer que esto despierte sin ayuda de fuera. Debido a que usted me siguió, yo lo aulé en ese mundo. No era el mundo de usted, sino el mío. ¿Vio usted todos esos niños, de los que yo fui uno? ¡Isis! Ra, Re, Oteb; si hubiera mirado usted bien, habría podido verse a sí mismo, pero esos pensamientos superaban su conciencia y lo habrían hecho sucumbir. ¿No es así?

—Lo acepto todo, lo sé.

—Estas experiencias llevaron su vida hasta la mía. Así es como sintonizó usted su vida con este despertar. Yo estaba allí dentro, porque entré en ello después de miles de años. Me retiré a mí mismo hacia una entidad, que existía, que vivía en mí, pero para la que vivo ahora, o no habría sido posible. Ciertamente, quise seleccionar allí las flores para mis allegados. ¡Rasgos de carácter, Oteb! ¡Vida! ¡Conciencia!

Me manifesté de forma material por medio de mi conciencia adquirida. Quise conducir a mamá y papá a mi vida. Las imágenes que recibió usted y que le permitieron seguir mis recaídas, mis tropiezos y avances, era una concatenación que mi vida irradiaba hacia la suya. Me caía, sin duda, pero también me levantaba y seguía. Eso le daba seguridad a usted. ¿Podría haber vivido usted esta seguridad por su propia cuenta? ¡No! ¡Para nada! No era posible. Esto confirma que desde entonces la influencia llegaba desde mi vida hasta la suya. Fue usted recuperando las fuerzas, su hipnotismo funciona con seguridad, es infalible, pero adquirió concienciación por mi vida. ¿Le ha quedado claro?

—Ahora lo comprendo todo, Rachi-Hadju, mi vida quiere darle las gracias.

—Ay, padrecito, ¿puedo darle las gracias por todos sus grandes cuidados? Usted tiene los medios para ello, ¡es mi posesión! También de Hans lo espero todo. Ahora se van saldando viejas cuentas. Oh, siento que está usted temblando, pero ¿no me dio él una fortuna para poder seguir mis estudios? Mire en esta existencia y lo conocerá —al igual que a quienes nos alimentan ahora y cuidan nuestra vida. ¿Le ha entrado a usted esa seguridad? ¿Se lo esperaba de otra forma?

Lo que ha vivido usted, Oteb, es un bien adquirido. Lo que anotó usted ¡surgía de mi vida! Todo lo de su vida que ve un fundamento en la mía, lo llevaba a usted a actuar en nombre del nuevo nacimiento. Cada vida que sintonice con un pensamiento o con sentimientos más elevados atrae esa concienciación más elevada. Ahora posee usted esta personalidad, su concienciación; ¡mi padre no habría sido capaz de ello! ¿No es cierto esto? Imagínese, ¿no es posible que cualquier vida se abra? Éramos uno, muchas almas son una; nosotros para las leyes espirituales, espaciales, algo de lo que ningún

loco es capaz, aunque esa alma se encuentre entre la materia y el espíritu. Esto es lo que permite ver las leyes materiales, espirituales y espaciales. Sin duda, una flor no posee más espacio que el que ha recibido por su sintonización material. Pero ¡tampoco necesita más conciencia! El agua, el espacio, los infiernos y los cielos, mire donde mire y con lo que sintonice su vida, son entidades para el propio grado de vida. Ningún espacio puede separarse de su propia sintonización, porque esta tuvo lugar cuando Dios empezó con Su división y cuando nosotros recibimos en ella esa entidad como seres humanos. Tenemos que retroceder millones de años. Millones de espacios, Oteb, si quiere usted ver en esa veracidad su propia sintonización divina, pero ¡en ella vive su yo que dura eternamente!

¿Lo sientes? Yo entro en aquello que para usted son leyes, problemas. Dejo de lado lo que su vida ha tocado bien y claramente. Aquí y allá le ofrezco una breve explicación con la que puede estar contento. Y esto, pues, son los fundamentos para el edificio que daremos a Occidente. La pobreza y riqueza —usted ya lo sabe— es lo que el hombre posee. Ahora que sabe que ha tenido miles de vidas, ¿no cree que ni siquiera conoció usted esa riqueza? ¿De verdad que pensaba que una corona le puede dar esa ampliación? ¿No es esta una justificación espacial? Las enfermedades, las desgracias, Oteb, ¿las quisieron los propios seres humanos? Es el alma como personalidad espiritual que se abrió, material y espiritualmente, para toda esa miseria, lo que hizo que se viniera abajo. Todo eso lo sabía su vida, para ello no necesitaba usted ayuda. No solo yo, sino otros también le señalaron allí el camino correcto. Fue de justicia rescatar esos obsequios divinos de las alcantarillas y exhibirlos a la gente. Las iglesias se construyen ellas mismas, ¡los cielos, no! Estos hay que erigirlas con la propia sangre, ¡para lo que su dolor y pena crearon los sentimientos triunfantes! ¿No es cierto esto?

¿Y qué decir de todas esas otras cosas? ¿Pudieron dar un paso los eruditos cuando se encontraron ante este misterio? ¿Eran problemas? El Pequitas, el pequeño Bram, Gerrit, todos los demás se lo podrían haber dicho y explicado. Pero ¿conocen el idioma que hablan ellos? ¿Es posible establecer comunicación, unidad, cuando uno no conoce el alma? ¿No pudo aceptar usted en esas pocas horas que sucumbieron por la debilidad de la personalidad? Sé lo que pudo aprender en ello para usted mismo, ¡así es como despertaría usted para mí y para usted! ¿Conozco todo eso porque experimenté esa unión con el alma de usted!

Alguna vez me vio y sintió usted, por el camino actué para la otra personalidad, ¿o quiere aceptar usted que él sabía para qué compró esta cruz? Ahora lo sabe, ¡solo ahora, Oteb, solo ahora!

Veo el comienzo de sus anotaciones. Déjelas así. Quien lea dentro de un tiempo tiene que abrirse para la concienciación interior de este trabajo. No,

no lo toque, no lo cambie, ¡déjelo así! ¡Escribo mis propias obras! Las suyas reconducen el alma a lo que está abierto, allí la espero, para enseñarle lo eternamente verdadero a través de los espacios. Así que siempre hubo unión. Permanecemos conectados espiritualmente, ¡usted lo llama telepatía! ¿No lo posee también el animal? Todo esto lo dejo de lado, usted está preparado, sus viajes y rutas eran parte de ello. Todo de este mundo tiene significado para su vida y la mía. ¡Yo me nutro de su vida! ¡Usted de la mía! ¿Hay alguna diferencia? ¡No! ¡Estamos haciendo un trabajo! ¡Estamos llevando a cabo una tarea!

La pugna con los eruditos no ha significado nada. Pero eso vendrá enseguida. Eso se lo puede asegurar a mi padre. Mientras tanto él me verá despertar. ¡También la que me trajo al mundo!

¿Tiene algún valor, Oteb, que apliquemos meditación material cuando no hemos experimentado la ablución espiritual? ¿No se asustó mi madre? ¿Qué quiso decir con esto Rachi-Hadju? No lo haga así, actúe de otras formas y se curará usted, se limpiará a sí mismo. ¿Significa algo para el alma todo esto tan inmaculado? Creaba yo arte, era música lo que oía, que captaba, que transmitía a su vida mediante el tralalalalá... lalá, una suerte para mí de poder vencerla, porque ¡así golpeaba al bu! Me dedicaba a jugar con la concienciación de él, aunque tenía que aceptar que él era capaz de interferir en mí y atacarme. Quien vive en la tierra está abierto a ello, yo también. ¡Ahora eso ha quedado atrás! ¡Lo sobrenatural ya fue enviado en esa época a su vida mediante las notitas. Sin duda, Oteb, todos esos datos fueron fluyendo hacia usted desde la locura. Pero cuando iba caminando por esa escalera, mientras la escalaba, cuando Marja se abrió a mi vida y nos pudimos saludar, también había surgido conciencia en la vida de ella. Le daré esas pruebas más adelante.

Pero mis peleas con los chicos, Oteb, adquirieron así la conciencia adulta. De esta forma me di a mí mismo una fuerza material, que experimentó la animación espiritual, directamente desde los sistemas materiales. No había más, también en esto era yo mismo. Pero ha de saber usted —eso le quedará claro más tarde— que el estar poseído astralmente se da, ¡eso existe! Ahora lo astralmente tenebroso se desahoga mediante lo materialmente tenebroso, el yo terrenal que se abre al mal, porque ha surgido unión para estos milagros.

Vaya ahora a quienes lo aman a usted y ábrase a sus preguntas. Mientras tanto, siga adelante. No se olvide de lo que ha quedado escrito, Oteb, mañana seguiremos. Dios ha traído revelaciones para su vida, y para los demás paz y sosiego, ¡saber! ¡Yo construyo así un templo, para mí y para ella! Váyase, ¡vive usted bajo mi corazón! (—dijo).

Primero leí el artículo escrito por Rachi-Hadju. Un viaje al Antiguo Egipto, estamos ante la pirámide, la esfinge, los templos de Ra y Re e Isis, pero él reconduce la vida occidental a la sociedad, a la inmaculada mentalidad para el despertar. Escribe sobre las antenas táctiles adquiridas por el ser hu-

mano, que pueden ser materiales, espirituales y espaciales, pero tranquiliza los sentimientos eclesiásticos para las leyes orientales, y abre así la autonomía propia adquirida. Es bastante profundo, pero muy interesante, creo que aquí se disfruta. Te hace pensar; es un anciano quien ha vivido esta palabra, que le ha instilado una profunda hipersensibilidad, y que finalmente garantiza la unión entre la gente. Crea un nuevo camino para los sentimientos occidentales, el poderoso Oriente y Occidente están ante una vida, ¡ante Cristo! Esto va a impactar, lo sé, pero nadie ha de saber que es él.

Karel y Erica lo quieren saber todo, ahora se han despertado a la fuerza. Él ya pregunta:

—¿Y, Frederik? ¿Todo bien? ¿Has obtenido nuevo material? Aún no puedo creer en ello.

—Hay que tener paciencia, todo a su tiempo, no se puede saltar ninguna parte. ¿No ha adquirido tu vida otro desarrollo? ¿Cómo eras años atrás? ¿Cómo eras, Karel, cuando te conocí? ¿Cómo era yo mismo? Y ¿cuál es el propósito de nuestra vida aquí? Vamos a seguir. Si sabes que puedes continuar con tu vida, este es para esta sociedad el estímulo para tu sintonización interior y para el quehacer. La indignación no te sirve de nada cuando estás ante los asuntos del espacio, estas te piden que inclines la cabeza, uno tiene que aceptar la vida del espacio. Y eso son leyes, Karel, cada pensamiento representa una ley y tiene profundidad espacial.

—¿Es esto lo que recibes de René?

—Exacto, amigo mío, de tu hijo loco.

—Y ¿él dice que cada pensamiento tiene profundidad espacial?

—Él representa ese espacio, Karel. Él vive en eso. Dice que cada pensamiento obtendrá las leyes vitales espaciales si los seres humanos hacemos todo lo posible por ello, si lo convertimos en una conciencia.

—No me digas. ¿Dónde está ahora?

—Está trabajando en los retratos.

—Y ¿está muy normal, ¿no le notas nada raro?

—Nada, Karel..., es un milagro.

—¿Tú lo entiendes, Erica?

—Qué va, hombre, pero me daría de tortas. No quiero ni pensarlo.

—¿Qué?

—No quiero pensar nada, podría haber vivido este suceso de otra manera. Santo cielo, ¿es que no sientes lo que nos hemos perdido? Pero ¿es que no comprendes que nuestra vida se encontraba paralizada? Y entonces encima todavía vendí esas preciosas túnicas. Ayudé con ellas a un mendigo. ¿Me lo podrás perdonar alguna vez, Frederik?

—René dice: “Todo lo que le haces a otra persona te lo haces a ti mismo”. ¡El ser humano que está en armonía con el infinito no podrá ser aplastado

jamás si respeta el amor, si da amor, si nunca lo pierde de vista!

—Frederik, y ¿eso viene de René?

—Sí, Karel, esto viene de su vida a nosotros, los mayores, y ante esto tenemos que decir “chapó”. Esto nos conduce a esas leyes. Solo entonces esto trae felicidad para uno mismo, y para aquellos con quienes tienes que ver. Los seres humanos pensamos que vivimos, pero estamos muertos en vida. René tiene una conciencia sobrenatural. El Antiguo Egipto está como una rosa abierta en sus manos, vive bajo su corazón.

—Y ¿significa eso que él vivió allí?

—Tú, Erica, Anna, Karel, yo, ¡cualquiera! Estuvieron (estuvisteis) donde todos los pueblos de este mundo.

—Pero ¿es esto espiritismo?

—Tiene que ver con ello, y sin embargo está totalmente separado.

—Pero se parece, ¿no?

—René no tiene nada que ver con el espiritismo, Karel. Compáralo con la teosofía. Él va más allá, profundiza más, creo, eso nos quedará claro más adelante. Esta doctrina se construyó en el Antiguo Egipto. Allí se comenzó, es la doctrina del espacio, él nos explica las leyes.

—Es sorprendente, Frederik, incomprensible e inaceptable para un ser humano normal. Siento mucha curiosidad. ¿Cómo iba a ser si no?

Seguimos un rato sentados y vivimos que el milagro baja las escaleras. Muestra a papá y mamá los esbozos. Verdaderamente preciosos, según han de reconocer, prematuramente maduros para esta edad. René se coloca delante de ellos y los mira. Ya sé en estos momentos que lo hemos llamado. Está abierto a estas vidas. Erica lo observa con atención. Se arrepiente de todo, de sus actos y de sus estupideces. Karel mira, no lo comprende, pero lo ve. Sigue la vida de su hijo. Entonces le cruza los labios:

—¿Me dejas que te haga unas preguntas, René?

De golpe llega:

—Por supuesto, papá.

‘Mira’, pienso, ‘esto va bien, la vida de Rachi-Hadju se abre al instante’. Karel pregunta:

—Oigo de Frederik que estás proclamando cosas sabias y que posees dones que nosotros aún desconocemos, ¿es posible que mamá y yo vivamos esto?

Mira a Karel y después a su madre. Erica ya tiene los ojos llorosos. René se levanta y le pone sus hermosas manos encima de la cabeza. Inmediatamente esta vida está preparada y responde:

—Claro, papá. Empieza sobre lo que quieras.

—¿Que empiece sobre algo?

—Eso me pide, ¿no? Empiece sobre cualquier cosa, da igual sobre qué y le responderé.

—Bien, entonces quisiera preguntar si sabes cómo eras antes.

—Sí, papá, lo sé. Puedo volver en pensamientos a cuando vivía todavía dentro de mamá.

—¿De verdad? ¿No son pensamientos propios? Porque eso le gustaría a cualquiera. Muchos lo intentaron pero se vivieron a ellos mismos. ¿Son experiencias reales? Ya estarás sintiendo lo que quiero decir. No te olvides, René: los occidentales sabemos tan poco de todas estas cosas y cuestiones. Si me permites que te lo pregunte, ¿qué es lo que ves, pues?

—Leyes, papá, certidumbre. Sí que es lo mismo, pero todo me ha quedado claro. Regreso al comienzo de su propia civilización. Hasta allí donde empezó usted como alma y espíritu.

—Y eso, ¿dónde está, René?

—Antes de que Dios se revelara, papá; allí yacen y viven las fuentes de esta omnisciencia.

—Y ¿estás seguro de eso?

—Sí, papá.

Karel ya está mareado, Erica observa a su pequeño ídolo. René tiene la mirada clavada en sus esbozos y está esperando por si su padre tiene algo más que decir. No hay tensión, pero cada palabra que le cruza los labios está calculada. ¿Qué haces, Karel? Ahora llega:

—¿Cómo despertó eso en ti, René?

—Por los grados de evolución, papá.

—¿Cuáles?

—Los de la demencia consciente e inconsciente.

—¿Cómo dices? ¿Demencia consciente e inconsciente? ¿Qué significa eso?

—Está bastante claro, papá, o déjeme llamarle Karel, si le parece bien.

—Adelante, muchacho mío. Encantado, incluso.

—La demencia consciente, Karel, es la locura de tu propio acto. Entonces te rebelas contra todo, la reacción en esta vida te conduce a la inconsciencia. Cada acto te coloca ante esas leyes. Mentiras y engaño, pasiones y violencia, odio, desintegración, todos esos rasgos humanos que te colocan al instante ante la justicia de Gólgota están sintonizados con la demencia consciente. Después sigue la enfermiza —la gente que vive donde Hans— de la que ves centenares de grados, o sea, tipos de enfermedad que son representados por hombres y mujeres. Y la psicopática, Karel, a la que en el fondo yo pertenecía sin serlo sin embargo, porque mi vida se regía por algo desconocido: la conciencia espiritual. Y esas leyes las volvemos a ver para el espacio y el tiempo, para el microcosmos y el macrocosmos, para el ser humano, el animal y la madre naturaleza. Cada pensamiento es ahora una ley vital consciente. ¡Y volvemos a verlas para “el alma, el espíritu y la materia”! De eso, Karel, conozco las leyes.

Karel empieza a sudar profusamente. Erica tiembla de lo afectada que está. Ahora entra Anna y se sienta junto a Erica. Mientras seguimos un rato llaman. Son Hans y Elsje. Esto puede ponerse fino, ahora Hans ya puede recibir clases universitarias. Disfruto, vivo lo más elevado de todo para mi vida. Dios mío, pero ¿a qué será que debo esto? Estamos sentados en un círculo, el maestro responde. Elsje ve el milagro. Está pendiente de cada palabra que diga y ya vive en su corazón. El esbozo les parece una revelación. Hans ha de aceptar que aquí se están revelando talentos que son sobrenaturales. Karel dice:

—Continúa, René.

—Cuéntales primero a Hans y Elsje de lo que hablábamos, si no quizá sea molesto.

Y a Hans le dice:

—Acabo de hacerle unas preguntas a René sobre una conciencia superior y obtuvimos respuesta.

Cuando Hans y Elsje se enteran de lo que ha dicho René, el primero también se tambalea. Elsje es como una madona. No le falta ningún tornillo, pero es abierta, como una niña. Karel pregunta:

—Dices, René, que existe la demencia consciente y una inconsciente. ¿Lo quiso Dios?

Karel dirige la pugna hacia Hans: que escuche el señor catedrático, que diga “amén” a todo. René está preparado y responde:

—Esto no tiene nada que ver con Dios. Cuando en el pasado los seres humanos empezamos con nuestra vida, Dios puso todo en nuestras manos.

—Hace un momento dijiste que esto sucedió en el instante en que Dios empezó con sus revelaciones. Entonces, ¿cómo empezó nuestra vida? ¿Ves en eso? ¿También conoces esas leyes?

—¡Lo dije hace un momento! —continúa el maestro; no hay duda, es indiscutible. Instantáneamente, su alma se desplaza en un fogonazo al tiempo revelado, y dice—: Cuando nosotros, como microcosmos, vencimos al macrocosmos fue en el momento en que Dios se reveló. Al comienzo de su creación solo había vida, luz, sentimiento, paternidad y maternidad, alma, espíritu, que luego se hizo materia. Basta con repasar la teosofía. También pueden (podéis) seguir a Buda. A todos los grandes a quienes se les concedió vivir una doctrina interior para esta humanidad y que la transmitieron a estas masas. Entonces nos encontramos ante un desarrollo que se convirtió en la evolución humana y animal. Dios, como Creador del cielo y la tierra, nos dio en ese instante todo, pero por medio del sistema de los planetas.

Todo esto significa que los seres humanos seguiríamos Sus leyes sintonizadas con Su vida. Pero no lo hicimos. Todas esas leyes las hemos transgredido. Así hemos creado, como seres humanos, el bien y el mal. Ahora bien, los gra-

dos de la demencia que el alma tiene que vivir han llegado a la concienciación por esos actos equivocados. El hombre se ve situado ahora ante esas leyes, y el alma humana tiene que aceptarlas. Ahora vemos miles de posibilidades para los diferentes espacios de esta personalidad. Todos esos espacios también los volvemos a ver en la existencia humana, y ¡ahora son materiales y espirituales! Fuimos atravesando eras prehistóricas; un día llegó a nuestras manos una fe, pero esta nos fue dada por aquellos que habían hecho despertar en ellos mismos la personalidad espiritual consciente. Los seres humanos atravesamos la demencia, no hay ni un alma que pueda decir: 'En todos esos millones de años quedé libre de cualquier contagio, de cualquier acto erróneo, disarmónico'; los seres humanos fuimos creando el mal. Dios no tiene nada que ver con este mundo, ni con todo este mal. ¡Sigue siendo un Dios de Amor!

En lo que yo vivía era concienciación. Los demás muchachos de mi clínica jamás alcanzarán estas alturas, aunque todos hayan sido elevados en (las leyes de) la vida y la muerte. Quien en esto pierda la propia conciencia, recibe otra. Y esa otra es para el alma, con sus miles de mundos, que por medio de su evolución llevó a que se animaran las propias leyes vitales, la doctrina de la justicia y la armonía creada por Dios; ¡para la paternidad y la maternidad, la luz, la vida y el amor! Cuando uno siente esto estamos ante la locura consciente e inconsciente. ¡La enfermiza! Las personas que ustedes llaman (vosotros llamáis) enfermas, no lo están para el espacio. ¡Están evolucionando! ¡Están asimilando otra conciencia, pero sucumbieron ante la ley material! ¿Que son tonterías? ¡Todavía les falta por llegar! Más tarde regresarán en otro estadio. Pues los pueblos no significan nada. El alma que tenga que ver con estas vidas se encarga de adquirir otro organismo para completar y continuar esta vida. Las vidas llegan entonces a la unidad. En esto se hallan los miles de leyes de transición, por las que sucumbe la personalidad. Ahora volvemos a ver la homosexualidad. Esto por la madre consciente e inconsciente. También el individuo creador se encuentra ante ello, porque el grado de vida natural para la paternidad y la maternidad aún no se ha evolucionado a sí mismo, porque es inconsciente.

¿Qué saben ahora de sus (vuestrós) grados de locura enfermizos? ¿Es un loco religioso un consciente enfermizo? ¡Desde luego que sí! ¡Esto es ser enfermizamente consciente! Porque el alma quiere conocer a su Dios y explora por encima de sus capacidades materiales y espirituales el espacio para su vida, sus pensamientos, sentimientos, su paternidad y maternidad, el renacer, y sucumbe en este espacio vital, lo que también es posible para los conscientes de espíritu en la existencia material de ustedes (vosotros), ¿verdad? Una vez que sucumbe vive en disarmonía con la sociedad y ustedes (vosotros) la encierran. La religión..., pero ¡ahora las leyes interiores, espirituales, las corporales, todos los conceptos tenebrosos con los que ustedes han (vosotros

habéis) creado su (vuestro) diccionario, experimenta esta vida y en ella vive como alma! La personalidad sucumbe, pero por una sola vida adquiere el control sobre el despertar interior, el asidero. Para eso hacen falta más vidas. Hay millones de personas que aún no han llegado hasta ese punto. El conocimiento del sistema material de la causa de la disarmonía, o sea, el trastorno, que ven (veis) como el crecimiento del tejido y que eliminan (elimináis) por medio de una operación, todo esto les (os) da la posibilidad de reconducir el alma a su pensamiento y sentimiento armonioso. Pero cuando la inconsciencia experimenta la paternidad y la maternidad se encuentra con su personalidad adquirida ante el desconocimiento de su organismo, y llega a decaerse. Me salí completamente de eso a base de trabajo, porque a lo largo de mi vida esas leyes llegaron al nuevo nacimiento, al siguiente. Los muchos que no han alcanzado esa altura experimentan cuerpo tras cuerpo, y entonces llegan hasta allí.

Mi vida es consciente, hago que el nuevo pensamiento y sentimiento sintonice con la doctrina del bienestar espacial, que dio Dios, que dio a Sus hijos (—dice).

Los expertos se han quedado patitiesos, ¡mortalmente infelices! Aquí ya no es un loco el que habla, sino un conocedor de las leyes. ¡Alguien que es sobrenatural!

René espera un instante y los mira uno por uno. Karel no dice nada y Hans se pasa la mano por la frente. Pero después oyen aún:

—¿Que todo esto son majaderías? Toda su (vuestra) sociedad vive en la locura. ¡Basta con abrir los ojos! ¿Quién entre toda esa gente está preparado para su cometido? Con dinero te compras tu libertad si estás en la cárcel. Arrojas muerte y destrucción a la vida de Dios. Mires donde mires ves destrucción y desintegración consciente. Son dementes materiales, es demencia consciente, que los (os) apartó de la armonía universal, pero que ahora deja su sello en la conciencia de esta personalidad. Esta es su (vuestra) sintonización para el espacio, para la que levantaron (levantasteis) un poco de ciencia para ustedes (vosotros) mismos, que es del todo material, dado que ustedes (vosotros) aun desconocen (desconocéis) las leyes para su (vuestro) interior. ¿Dónde —pregunto— está la verdad divina de todo esto? ¿Dónde empezaron (empezasteis) con vuestra vida? Les (os) digo, llevan (lleváis) millones de años intentando regresar a esa Omnifuentes, a la Omnixistencia, Omnisciencia, Omnialma, Omnivida, al Omnipadre y a la Omnimadre, a la Omniluz, para lo que nosotros hemos vivido el universo. Cada grado de vida y cada ley vital es ahora un cuerpo humano. Fuimos atravesando tiempos prehistóricos. Las almas de ese tiempo vencieron lo más elevado en ellas mismas y fueron más allá y más arriba. Los sistemas solares más universales, que recibieron todos un lugar en el espacio, acogen el alma como ser huma-

no y la vida de las flores y de los planetas, por lo que toda esta vida llega a conocer la revelación divina, y participa ahora en esa evolución. El sol y la luna los volveremos a ver en su (vuestro) corazón humano. ¿No lo han demostrado los sistemas? ¿A qué se debe que sus (vuestros) ojos recibieron la luz, que se revelaron los órganos olfativos y gustativos? ¿No estamos sintonizados los seres humanos con todo esto? Solo ahora podrían (podrías) decir: '¡Hago lo que quiero, pero les (os) aseguro que tienen (tenéis) que aceptar todas esas leyes!'. Van (vais) por medio de la paternidad y maternidad a una concienciación más elevada. Puedo asegurarles (asegaros) que los sistemas universales están debajo de mi corazón y que llegan a evolucionar debido a que me abrí a ello. ¡Así es como llegué a conocer las leyes de la esfinge, de la pirámide, de Ra, Re e Isis! Esa doctrina los reconduce al Dios de todo lo que vive y para su propia existencia. ¿Qué quieren (queréis)? ¿Quiéren (queréis) que se expliquen las leyes de Marte, Saturno, Júpiter, Venus, de la luna, el sol, de las nebulosas y estrellas? ¡Más adelante estaré listo! Entonces podrán (podrías) hacerme preguntas. Hay que estar preparados para ello; de lo contrario estaré dispuesto a abandonar sus (vuestras) vidas y buscar otro público. Los (os) abatiré, por si les (os) interesa saberlo, pero no los (os) destruiré, ¡porque la vida gracias a la cual estoy aquí cree en la verdadera resurrección de sus (vuestras) personalidades! ¿Es esto un poema? ¿Esto es verdad! Lo sobrenatural será más adelante la conciencia de cada día, de cada hora, de cada minuto, porque sus (vuestras) facultades observarán luego la vida que ha sido abierta. ¡Entonces ya no habrá locos, habrá seres inconscientes y conscientes viviendo en esta tierra, los locos habrán comenzado una nueva era, una nueva vida, y se conocerá el alma como ser humano!

¿Pensaban (pensabais) de verdad que Dios se contentaba con su (vuestra) lectura sombría? ¿Realmente pensaban (pensabais) que Él tenía culpa de su (vuestra) caída como seres humanos? ¡Son (sois) dioses! Pero ¡corresponde a su (vuestra) vida convertir esa justicia en luz y vida, en ese sagrado amor que proveyó a su (vuestro) yo racional de los fundamentos eternos! Pregúntenselo a ustedes (pregúntaoslo a vosotros) mismos, quizá habrá entonces una respuesta, soy capaz de dársela (dároslo). Sepan (sabad) entonces que ya se echaron suficientes margaritas a los cerdos. Es cosa del ser humano hacer que brille la luz, ¡por lo que la muerte pierde su máscara! ¿Y son (sois) capaces de ello? No tienen (tenéis) fe, y su (vuestro) saber está tirado por las alcantarillas de su (vuestro) propio entorno, pero ya no ven (veis) justicia sobrenatural, se han (os habéis) convertido en cualidades empobrecidas. Su (vuestra) razón se sonroja, su (vuestro) corazón tiembla, sus (vuestros) ojos se estremecen y desvanecen cuando el espacio habla a su (vuestro) ser. ¡Es miedo de perder esta vida! Me voy, ¡les (os) someto todo esto como materia de reflexión! Ay de ustedes (vosotros), si tuviera que volver a aceptar las sábanas de fuerza. ¡Me iré!

Se aleja sin conceder ya a ninguno de nosotros una mirada, una palabra. Pasa mucho tiempo, un cuarto de hora parece una eternidad. Entonces llegó la primera palabra, y llegó cruzando los labios de Anna, cuando dijo:

—¡Dios mío..., Dios mío! ¿No lo supe siempre?

Se va volando. Erica también se va. Sigue Elsje. Nos quedamos los tres sin saber qué decir. Karel rompe el silencio y me pregunta:

—Y tú, Frederik, ¿sabías esto?

—Puedes creerme o no, Karel, pero cuando nació recibí las pruebas de esto.

—Es tremendo... Me doy completamente por vencido. No sé de dónde viene. ¿Qué sensación te da a ti, Hans?

—Me faltan palabras. ¿No leyó un libro, Frederik?

—No, esto despertó por su propia cuenta. Ya dije en alguna ocasión anterior: así es como Mozart trajo arte a la tierra, para esta humanidad. Todos esos niños prodigio representaron un espacio propio. ¡René es un niño prodigio espiritual! ¡Chúpate esa! ¿No es esto una maravilla? Les (os) puede dar clases universitarias, Hans, Karel, ¡luego empezaremos! Para mí es una revelación que ya ahora haga esto de forma consciente.

—Pero ¿es que aún faltaba para esto?

—Es la primera vez que lo oigo hablar así. Yo me imaginaba que aún faltarían fácilmente unos años, pero ¡ya lo oyes tú mismo! Y si te inclinas por considerar todo esto una tontería, entonces has de saber que seguiremos. Más adelante te explicará leyes, Hans, y ya no estarás a ciegas ante tus enfermos. Quién sabe lo que aún recibiremos por medio de nuestro loco.

Elsje y Erica regresan. René también, en contra de lo que me esperaba. Hans lo mira como si fuera un espíritu. René se sienta enfrente de él y parece haberse olvidado de todo. Karel rompe la tensión y pregunta:

—Pero ¿sabes todo lo que acabas de decir, René?

—¡Lo sé todo, papá, Karel!

—Y ¿eso se te ocurre así, sin más?

—Esto ya no son ocurrencias, esto es saber.

—¿Desde cuándo sabes tú mismo que está esto?

—Antes de que mi nacimiento fuera un hecho, Karel, ¡ya estaba!

—¿Qué tienes que decir, Hans?

—Nada, lo voy a meditar.

Elsje observa una nueva vida, algo de lo que aún desconoce las leyes, pero que representa por su propio arte una brizna de esperanza y felicidad. De pronto René dice que se va a dormir, y de nuevo desaparece de nuestra vista. Sé por qué regresaría, el fuego de su vida ya no quiere inseguridad, regresó para dejar a los eruditos completamente hechos polvo. Ahora que siente que de todas formas ya no tienen nada que preguntar ni que pensar siente el tiem-

po malgastado. Erica le pide que se quede un rato más, pero él dice:

—Mamá, me siento cansado, déjame descansar. ¿Te parece, mamá?

—Vete, hijo mío, vete tranquilamente.

Y entonces nos quedamos solos, el maestro se ha ido. Karel dice:

—Una cosa, Hans: he llegado a conocer a mi hijo. Ya me asusto cuando me lama “papá”. Eso de “Karel” me deja más tranquilo. Hans, ¿oíste que dice “usted” y “su”? A mí me da vueltas la cabeza. Lástima, Frederik, esto se le escapó al cuaderno de bitácora. Qué pena, esto ya no está, se escribió con anterioridad..., ¿no te parece, mamá?

Yo digo:

—No falta nada, Karel, esto también lo tengo.

—¿Qué tienes? ¿Quieres decir que has estenografiado esto? Pues ¿dónde? Estabas allí sin hacer nada.

—Esto ya lo recibí unos días atrás. Lo que oyeron (oísteis) sí se dijo de otra manera, pero la idea esencial la tengo. Esto también estará en el cuaderno de bitácora, lo encontrarán (encontraréis) textualmente. Y solo entonces sabrán (sabréis) lo milagroso que es todo.

—Hans, y tú, ¿qué? ¿Aún no lo sabes? ¿Tenemos que seguir poniendo trabas a Frederik y a él con nuestra sabiduría? ¿Sigues pensando que se trata de un loco? Entonces eres muy torpe. Si había alguien que era pragmático con estas cosas, era yo. Sé muy bien, Hans, que esto no pone patas arriba a nuestras universidades, pero bien podríamos estar aquí ante la conciencia elevada para la que tú vives. Si he entendido bien de lo que se trata, Hans, entonces estamos ante un profano que da clases universitarias. ¿O tenemos que arrojar por la borda todo lo de Buda y los demás grandes de los que habló? Y ¿no tiene esto, de lo que él conoce las leyes —como dice— una conciencia sobrenatural? Si quieres que te diga, Hans: a los grandes de antes los supera con creces. Si has escuchado bien dejan de ser sandeces. ¿Oíste cómo cambiaba su voz? Su rostro fue envejeciendo más y más, y entonces empezó a hablar de “usted” y “su”, cosa que mi hijo no sabe, no conoce. Ese ya no es mi chico. Ojalá que esto termine bien. Esperemos que no esconda una nueva forma de locura. ¿Tú qué piensas de esto, Hans?

—Bien podría ser, pero aún no quiero entrar en eso. Ya he recibido suficientes palos, Frederik lo sabe, lo creo y creo a René, pero si quieres que te dé una explicación, te digo: voy a esperar, no lo sé. No puedo opinar sobre eso. Es posible que se esté dando un nuevo fenómeno de enajenación mental. Puede ser, pero esto lo desconozco. Aun así, ¿es posible!

¡Ahora cunde la tensión! Erica dice:

—Son (sois) unos malditos canallas. ¿Quieren (queréis) tachar también esto de locura? ¿Quieren (queréis) decir que mi hijo sigue estando loco? ¿Tengo que volver a echarte de casa, Hans?

—Que Dios me libre, Erica, no quería decir eso.

—Sí, eso ya me lo conozco. Lo he vivido varias veces, pero de todas formas ya no van (vais) a conseguir llevarme hasta ese punto. Respondo por él y ahora doy mi vida por mi hijo. Al diablo con su (vuestra) sabiduría. Yo me quedo con esto. ¿Pensaban (pensabais) poder matar siempre todo con sus (vuestros) conocimientos? ¿Quieres decirme, Hans, que comprendes algo de ti mismo y tus enfermos? ¿Sigues teniendo algún valor tu sabiduría cuando te encuentras ante todo esto? ¿Qué se le pasa a la gente por la cabeza cuando hacen de ti un señor catedrático? ¡Ahora estás aquí desnudo! René ya los (os) despojó de su (vuestra) máscara. Yo no quiero nada, pero ahora ten cuidado, sé cauto, Hans, ya no hay quien me detenga. Hace poco piqué por sus (vuestras) estúpidas palabreras, pero eso ya no volverá a pasar. ¿Quieres demoler esto? ¿Y luego resultará que mi hijo es un loco soberbio? Me opongo. Puedes pensar lo que sea al respecto, Hans, y tú también, Karel, pero ahora queremos que pongas encima de la mesa lo que piensas. Te digo: respondo por mi hijo. ¡Frederik tiene razón! Estuvo solo todos estos años, ya basta de aguar la fiesta, de destruir, de mancillar su vida. Fuiste tú, Hans, quien encerró a Frederik en la granja. Si no hubieras influido en Karel, jamás habríamos llegado a esto. Por sus (vuestras) estúpidas palabreras vendo una vestidura de diez mil florines por un florín cuarenta. ¿No basta ni siquiera esto? ¿Solo porque hablas por hablar? ¿Porque eres erudito? Date bien cuenta de que no se trata de mi chico, sino de la sagrada verdad. ¿Son palabras estúpidas? ¿Es un loco? ¿Todavía no lo sabes? Tu estúpida ciencia te deja sin un ápice de vida. Tu estúpido engreimiento, tu suposición de que sabes algo, te noquea contra el suelo. Fuera las máscaras, ¿verdad, Frederik? Yo he gestado este niño. Sé lo que René ha vivido. No han (habéis) entendido esta enfermedad. Una y otra vez golpean (golpeáis) a Dios en la cara y vuelven (volvéis) a buscar cómo hacer esto trizas. ¿Quieren (queréis) hacerme creer que esto vuelve a ser otra forma de locura?

—Haces como si yo hubiera pronunciado esas palabras, Erica.

—Una y otra vez pones nuestra vida patas arriba, Hans. Siempre tienes algo nuevo, pero ahora no vas a meter tus narices en esto. Con Karel ya haré las cuentas más tarde. Dejarás a mi hijo en paz o volveré a echarte de casa. Estoy en mi derecho de velar por René. Frederik se ha tenido que apañar todos estos años él solo. No quiero volver a perder esta armonía. Ya está bien de que ustedes (vosotros), los eruditos, aplasten (aplastéis) a muerte a mi hijo. ¡El oro lo convertís en basura! René es un niño prodigio y eso ya no me lo volverán (volveréis) a quitar. Si resulta que no puede demostrar que es un dotado, tendrán (tendréis) razón. ¡Ya no consentiré que todo se destruya de antemano! Ya pueden (podéis) cerrar el pico por un rato. Pero les (os) digo, ya no creo en su (vuestra) ciencia. Lo suyo (vuestro) son cuentos, no saben

(sabéis) qué hacer y eso no lo aguantan (aguantáis). ¡Son (sois) unos infelices!

—Mírala, mi mujer, otra dotada.

—Si piensas, Karel, que vas a poder seguir mofándote más tiempo de esto, mientras aquí se te da la más sagrada seriedad, mañana me largo de aquí con René, Anna y Frederik. Entonces te podrás quedar con tus mofas y sabiduría, nosotros ya nos buscaremos la vida por otro lado. No dejo que desintegren (desintegréis) a mi hijo, ya estoy bastante escarmentada.

Frederik, ¡ahora puedes contar conmigo! ¡Ya no sucumbiré! Ya he sufrido bastante. Ya no me atrevía a mirarte a los ojos, pero ahora te demostraré que sé luchar, ¡para mí esto es sagrado!

¿Cómo era antes, Karel? ¿Ya lo has vuelto a olvidar? ¿Se olvidaron (os olvidasteis) de sus (vuestras) súplicas? Y ahora ¿qué? Son tipos grandes, vienen a devolver sus regalos. Arrojan las pitilleras de oro a la estufa porque tienen miedo de que estén embrujadas. Dan ganas de reírse, si no fuera porque es tan tremendamente triste. A mí me llevaste hasta el extremo de mancillar túnicas de seda de diez mil florines. No ven (veis) que los seres humanos tienen un corazón, no tienen (tenéis) escrúpulos. Mis túnicas tenían la enfermedad contagiosa. ¡Son (sois) unos necios! Han (habéis) perdido el norte. ¿No basta esto? Cómo es posible, ahora no puedo creer en eso pero destruí todas aquellas cosas hermosas. Hasta allí empujan (empujáis) a la gente. Y ¿cómo se portó Frederik? ¡Sí, Karel, me iré! ¡Sí, Karel, haré lo que deseas que haga! ¡Ni se te ocurra volver a tocar a Frederik con uno de tus inmundos pensamientos! Soy capaz de matarte. Son (sois) unos chupópteros, pero ni siquiera se ganan (os ganáis) el pan. Maldicen (maldecís) la vida de este mundo. ¡Detienen (detenéis) el desarrollo humano! ¿Que las mujeres no tenemos una mente académica? ¡Se (os) lo demostraremos! Me importan (importáis) un comino. ¿Lo saben (sabéis)? ¿Todavía no? ¡Una palabra más sobre Frederik y René, y prendo fuego a tu casa, Karel! Hans: una palabra más sobre René y volverás a salir volando por la puerta, pero de otra manera: ¡a bofetadas! ¡Vas a dejar de jugar con los corazones, son asuntos divinos!

Sí, Elsje, casi me dejan sin vida. Decían que exageraba, una histérica. Me convertí en un objeto académico. Por no saberlo ellos, te conviertes en objeto de cotilleos. Cuidado, hija, o te pasará lo mismo. Los hombres doctos son como vacas, pero esta gente tan erudita pisotea el tierno pasto de Nuestro Señor, está con sus narices encima y no lo ve. Convierten las cuestiones más sagradas en un análisis. Si hablas de tu amor, ellos te buscan una explicación científica. Un beso sobre su corazón es contrario a la ciencia. Un beso que les deja ampollas es considerado científicamente imposible. ¡Nunca se enteran! Y eso te destroza. Ahora te has convertido en la interacción entre el ingenio animal y humano. ¿No es eso una gloria? Cuando das a luz a su propia carne ¡no se lo creen! Están a tu lado y te declaran demente. Convierten a tu hijo

en una prueba de laboratorio, en un obstáculo, y miran ahora a tu vida y maternidad a través de cristales científicos. Cuando fluye tu sangre siguen sin creerse que estás viviendo algo sobrenatural, ¡eso no tiene que ver nada! Te digo, Elsjé: ¡ojo o a ti también te destrozarán!

Debería darles (daros) vergüenza, hombres adultos: son (sois) unos niños, si no fuera porque es tan peligroso: los lazos familiares los (os) traen sin cuidado. Pero ¡para eso luchamos, para eso vivimos, para eso entregamos nuestra vida ahora! Les (os) digo: A René ¡ni tocarlo! En mi casa eso ya es historia, y si no: ¡no vengan (vengáis)!

—¿Qué se le va a hacer, Hans? ¡Erica tiene razón! —se le escapa a Karel—. A mí tampoco ya me da la gana seguir masacrando a mi hijo. ¡Tú y yo somos culpables! Fuimos nosotros, Hans. Hemos golpeado a Frederik y estamos empezando de nuevo. ¡Erica tiene razón! A Frederik le hemos arrancado el corazón de entre las costillas. Me voy contigo, Erica. Frederik: puedes contar conmigo. Ya no voy participar en el desmantelamiento de seres humanos. Yo también me voy, Erica. Me voy contigo, sí..., amo a René. ¡Ya no te voy a dejar sola, voy a...!

Karel está sollozando. No podía haber soñado jamás que esto fuera a ocurrir. Ha quedado decapitado, su máscara ha caído, la más basta para este mundo. Otro adéfesio de esos que se ha ido al carajo. Es sorprendentemente natural lo que estoy viviendo ahora. Karel ha despertado. Karel, qué ser tan hermoso eres ahora. Qué hombre te has hecho ahora. Erica le agarra la cabeza entre las manos y mira a los ojos a su bueno de Karel. En un éxtasis inmaculado, le dice a su vida, a su corazón y alma:

—¡Así me gustas más, mi pequeño Karel! Ahora estoy orgullosa de ti. Toma, toma, toma, esto es para ti, Karel. Esto es lo que las mujeres queremos tener, lo demás es de cartón piedra. Esto es lo que llevaba esperando desde hace años, Karel. ¡Ahora lo tengo! Dios mío, ¡qué feliz soy! ¡Esto es amor! ¡Esto es sagrado! ¡Esta es la felicidad de Dios! ¡Nos lo trajo nuestro hijo, oh, Karel, no lo olvides nunca más! Vamos a empezar una nueva vida. ¡Quien quiera acompañarnos será feliz! ¡Ay, Karel...!

Erica hace levantar a Karel de la silla y se lo lleva por las escaleras. Arriba oímos ruido de pies y después una conversación. Entendemos palabra por palabra. Padres que piden perdón a su hijo. Padres e hijo se abrazan, felices y con amor, en una unión universal. Oímos sollozos, personas adultas que se caen de rodillas. ¡Pequeño René! ¡Karel!

Hans lucha por su propia vida, pero no es capaz. Aún no sabe por dónde empezar. Veo que esta noche la gente tiene que poner las cartas encima de la mesa. Hans no puede todavía. Se esconde detrás de una nueva máscara. Elsjé está pálida como un muerto. Conozco la procesión que recorre esta vida. Me llega un flujo de calor desde su vida. Pobre criatura, las cosas por las que hay

que pasar. Hans ha sido golpeado a conciencia, ¡con una seguridad exasperante! Lo está procesando, pero debajo de su corazón tiene una losa que lo estrangula. Tiene los hombros caídos, parece quebrado. Y allí está sentada una reina, que espera, que está ante manos vacías, que posee un loco. Y otra vez me encuentro ante el poder de René, que baja con Karel y Erica, como si supiera que aún hay que decir algo más si no queremos quedarnos con los destrozos. Ya empieza. Oigo:

—Hans, querido mío, ¿por qué ha de haber desazón en corazones que quieren la paz y desean la dicha? Toma asiento allí, Karel. Y tú, Erica, allí. Ya veo que Anna ha recuperado su rinconcito. Escucha: brindaré a todos tus amigos, o sea, a los eruditos, la oportunidad de ponerme a prueba. Haz que haya un teólogo, un astrónomo. Tú, como psicólogo y psiquiatra con el doctor Lent, bastas. También puedes convocar a los demás amigos que solían venir por aquí en el pasado. Me parece bien todo. Entonces les (os) daré las pruebas. Creo que lo mejor será que esto ocurra en tu casa. También puedes venir aquí. ¿Qué opinas, mamá? ¿Tú qué quieres?

—¡Quiero que el honor sea mío, René!

—Bien, quedamos en eso, nos reuniremos aquí. Les (os) diré cuándo. Mientras tanto, ni una palabra a nadie, tengo que prepararme. Un poco de paciencia. No quiero que esta amistad se estrelle. No quiero perderlos (perderos). Pero encárgense (encargaos) de que haya armonía, un poco de amor recíproco, ¡lo suplico!

Ya sé que estoy como un niño frente a la ciencia. Pero Frederik me conoce, sé lo que hago. ¿Lo que sé hacer? Se me ha abierto. Frederik les (os) podría haber dado esa sabiduría, pero los asuntos sobrenaturales los hacen (hacéis) añicos. Ya no soy un niño, como tampoco lo es Elsje, ¡somos viejos! Somos una nueva generación. Somos hombres y mujeres que luchamos por la felicidad de este mundo. Ustedes no supieron (vosotros no supisteis) hacerlo. Para eso hemos venido a esta tierra. ¡No queremos más guerras, ni en nuestra propia casa ni con una hermana o un hermano ni contra otros pueblos! ¿Lo han (habéis) oído? ¡Nos negamos a matar! Amamos todo lo que vive. ¡Somos capaces de hacerlo porque nuestra vida ha sido abierta para todas esas leyes! La vejez de este mundo solo entiende de miseria. ¡El oro lo convierten (convertís) en basura visible! ¡El amor más sagrado, en podredumbre terrenal! Ya no nos conformamos con eso, ¡esos tiempos ya pasaron! Soy el primero para este mundo, para este Occidente frío, pragmático, en poner esta felicidad en sus (vuestrós) corazones. ¡Esta generación trae unión entre los pueblos, amor y sinceridad, queremos servir como personas jóvenes! Aportamos una conciencia más elevada. Conmigo vendrán otros niños prodigio, vendrán muchos, pero ¡ustedes están (vosotros estáis) poseídos por diablos! ¡Han (habéis) violado las leyes de Dios! ¡Han (habéis) mancillado las leyes para su (vuestra)

vida feliz! La justicia divina la han (habéis) echado a patadas al basurero. ¡Vamos a tomar las riendas y ya no nos dejaremos llevar al matadero!

Créeme, Elsje, ¡somos hijos de un solo Padre! Pero ¡los (os) obligamos a empezar una vida nueva y mejor. Las cabezas serán inclinadas. ¡Han (habéis) convertido la felicidad y el amor sobrenaturales en un puterío! Para ustedes (vosotros) los templos son harenes; Dios, lo mismo que un animal. Pero ¡no vamos a aceptarlo por más tiempo! Ya está bien de contagiar las leyes, ¿qué quieren (queréis)? Fuera con esta miseria, a la calle. Nosotros nos hacemos ahora con esos derechos. Dios nos dio el uso de la razón, el pensamiento humano: ustedes dejaron (vosotros dejasteis) solo un reguero de sangre, odio, pasión y violencia. ¡Partir corazones: eso es lo que saben (sabéis) hacer; esta sociedad para la que viven y mueren (vivís y morís)! Nadie va a poder detenernos, porque traemos luz eterna. ¡Los (os) colgaremos si es necesario, toda esta humanidad clama por una conciencia más elevada, por el saber!

Si no son (sois) capaces, entonces han (habéis) de saber que son (sois) capaces de pegarse (pegaros) un tiro por la cabeza, pero nosotros estamos preparados. Construyan (construid) entonces su (vuestro) propio cadalso, nosotros venceremos.

Acepten su (aceptad vuestra) condena temporal, ¡Dios no lo quiso! Nosotros les (os) decimos en voz alta: despierten (despertad). No nos conocen (conocéis), pero ¡nosotros conocemos a todos! ¡Estamos abiertos a todo lo que vive! ¡Nosotros portamos esta felicidad en nuestro corazón!

¿Qué quieren (queréis) empezar con la ciencia si se pierde el carácter humano? ¿Es progreso esto? ¿Quiéren (queréis) administrar justicia y mancillar a “Cristo”? Ahora empieza un nuevo siglo, una nueva vida. ¿Piensan (pensáis) seguir curando la humanidad con veneno? ¡Primero tienen que curarse ustedes (tenéis que curaros vosotros) mismos! ¡Dejaron (dejasteis) hedor, la podredumbre de sus (vuestras) vidas! ¡Vivan (vivid) por eso mil muertes! ¡Deseen (desead) que los (os) quemén en la hoguera! ¡Por “el Siglo de Cristo”, por ustedes (vosotros) mismos, por el bien y el mal! ¡Lleven (llevad) el mal al Dios de todo lo que vive y merecerán (mereceréis) poseer su (vuestra) propia vida! ¡Entonces estarán los “cielos” abiertos para ustedes (vosotros)!

‘¿Viste estos eruditos?’, pensé. ‘¡Han sido apaleados! Les han asestado una puñalada mortal, que directamente desde el espacio perforó sus vidas. ¡Es grandioso lo que se me concede vivir!’.

René nos reta uno por uno, aún no es suficiente. Dice:

—Si no entienden (entendéis) esta felicidad, asumiré mis derechos; la felicidad aún está de su (vuestro) lado. Ninguno de ustedes (vosotros) puede derribarme, las leyes más elevadas viven bajo mi corazón, soy abierto y consciente, ¡ustedes duermen (vosotros dormís)! Soy un hijo de Dios y mejor no duden (dudéis) de que serán liquidadas sus (vuestras) propias vidas. Es la cruz

de Cristo y ante esta me inclino. ¡Ustedes (vosotros) aún no son (sois) capaces de eso!

El adonis vuelve a desaparecer, nos hemos quedado noqueados, también Hans y Karel. Elsjje no sucumbe, sino que, como una flor, está llena de fuerza y vitalidad, y completamente abierta. Desparrama belleza y nos da a todos su espacioso alma. Tiene respeto por el joven Apóstol, se le puede ver. Su vida es consciente, no se queda dormida.

Menuda noche, hay que ver las horas que estamos viviendo. Hans y Elsjje se van a su casa. Erica y Karel los acompañan un rato, Erica se come a Elsjje; ¿están Hans y Karel intentando inclinar sus cabezotas? No descarto que Karel sea capaz de hacerlo, me temo que Hans, no. Estoy solo en el escenario, se avecinan nuevos tiempos. ¡La juventud está despertando! ¡Y esa juventud está animada por Cristo! ¡Por Su vida!

Estoy lejos de este mundo y de toda la miseria cuando oigo pasos y veo a Erica y Karel delante de mí. Karel dice:

—¿Es esto un milagro, Frederik? Te aseguro: puedes contar conmigo. Hans es recalcitrante, ese nos costará más, no quiero ni pensarlo. Pero si no quiere, pues que así sea, que se aclare él mismo. No es capaz de inclinar la cabeza y veo a dónde te conduce la erudición cuando dejas que se empobrezca lo humano en tu corazón. ¡Es un pobre perro! La ciencia y pensar de una manera sana van construyendo tu amor por la vida, eso te reconduce a Dios, Frederik. ¡Resulta que tienes razón en todo! Hans está cerrado a cal y canto. No me extrañaría que esto termine siendo su tumba. Nadie de nosotros puede ayudarlo. Yo he vuelto a nacer y estoy a tu lado. Si me puedes perdonar todo, Frederik, podrás disfrutarlo ahora.

—Conserva bien esta felicidad, Karel. Que no se te vuelva a escapar de entre las manos, y tampoco te precipites demasiado, intenta verte a ti mismo, si es necesario.

—¡Pobre Elsjje! —se le escapa a Erica—, ¿qué va a ser de esta criatura tan buena? Esto me parece terrible, cuando la veo al lado de Hans tiemblo. Era algo tan hermoso y es posible, por muy viejo que sea Hans, pero ¿ahora esto? A él le parte la vida, la desgracia que preveo es culpa suya. Esto no lo aguanta ni una mula. Está destrozando la vida de Elsjje. ¿Envidia? Y ¿por qué? Es una enfermedad, Karel, ¿no crees tú también?

—Ya no lo conozco. Se me hace incomprendible, pero se está pasando. ¿Qué fue de toda esa ciencia? Lo posee todo, puede estar satisfecho y no lo entiende. Hay que ver lo miserables que somos las personas. Pero, Frederik, ¿viste la mirada de René?

—Lo sé. René dijo una vez: “Es más difícil vivir la felicidad que la pena y el dolor. Es mejor tener desgracias que no entender tu felicidad”. Y es cierto, Karel: con la desgracia no puedes romper nada, sí con la felicidad. Una sabi-

duría de tu hijo loco.

Hablamos un rato más, pero entonces también nosotros nos vamos arriba. En el cuaderno de bitácora escribí todavía:

“Se nos acerca a nuestra vida una tormenta de fuerza desconocida, sin escapatoria. Todo esto es de una naturaleza tan grave que te noquea. No puedes hacer nada, porque es invisible. Domina tu vida, te envuelve por completo, y no lo ves. Así que es mucho peor que una tormenta material, audible, esta es para el alma y tu espíritu. ¿Es un vil canalla? No me atrevo ni a decirlo. ¡Es algo muy distinto! En el fondo ya no es nada humano. Y sin embargo, uno diría: vive bajo tu corazón, eso te hizo nacer, pero no se ve ningún asidero. Si estás abierto a ello se lleva tu vida por delante. Quien sintonice con ello —creo ahora— ¡quedará destruido! ¡A esa persona la arrancan de cuajo de sus goznes humanos! ¡Es algo que se desarrolla ante tus ojos y tú mismo estás en el fondo muy al margen! Nunca antes había vivido algo así, de verdad que no, tan terrorífico es. Es como un relámpago, te va rondando y uno mismo es el estruendo, el rayo ni siquiera lo ves. Aún así, lo tienes delante y has de aceptarlo. ¡Es un horror! ¡Una desgracia! ¡Justo haces lo que no quieres! ¡Lo que deseas lo has recibido y no lo quieres! Lo que ves no es verdadero, y sin embargo te lo quedas mirando. ¡Vive en ti y lo has perdido! Se te acerca de forma ineludible y ¿aún así piensas que no es para ti? Vaya, te podría volver a dar fiebre álgida, pero no estoy por la labor.

Creo que esto va a ser un caos. Al ser humano se le golpea hasta dejarlo hecho una ruina, restos de un naufragio. Es como la justicia divina, cuya infalibilidad conocemos los seres humanos por la muerte, pero que ahora es vida y que una vez más muestra máscaras diferentes, tal como veo y he de aceptar. Pero ¡ahí estás de nuevo! ¿Qué quieres hacer?

René es un gran milagro y a Karel lo hemos vencido. ¡Para ahora y para siempre! Anna ha rejuvenecido quince años y Erica tiene una presencia especial: la de una mujer que ahora sabe lo que quiere y que posee una mente lúcida. Ahora cada palabra merece la pena ser pronunciada, antes era palabrería, hablar por los codos sin decir nada, pobreza, vacuidad. Anna no decía nada, pero ¡las aguas mansas a veces son de una profundidad espacial, muchas veces ocultan abundante belleza natural!

¡Pobre Elsje! Criatura mía, ¡has de saber que en esta vida no se regala nada! ¡Nada! Hay que luchar por la felicidad y el saber. Si tú sucumbes, yo también tiraré la toalla, así de grande es mi fe en ti. ¿Lo sabías? ¡Solo tú puedes acoger a Hans? No lo creo, ¡porque entonces ya habría comprendido toda esa belleza tuya! Está ante tu castillito, de una poderosa belleza, y ya ni lo ve. Tu aspecto encantador es como una capa: ya no tiene gracia alguna para él, porque tiene el alma poseída. ¡Haremos todo, Elsje, todo para salvarlo! Como ves, ya has conseguido un lugar en el diario, porque has aceptado tu tarea, tu seguri-

dad va elevándose cada vez más, pero tu pequeña alma llora: podemos oírlo. Creo que René es capaz de escuchar los llantos de tu alma; los adultos aún no hemos llegado al punto de poder sintonizar nuestra vida con ello, pero la naturaleza de tu vida y personalidad nos llega a diario como una brisa, y ¡entonces percibes desgracias! ¿Serás fuerte, cariño?

René habló como un joven dios. Se pensará que es exagerado, pero lo digo desde el fondo de mi corazón. ¡Así es! Tienes que verlo y oírlo, solo entonces sabrás que tengo razón y que no exagero un ápice. No hay que olvidar que todo esto viene de su vida a nosotros. No ha estudiado para ello, ni leído sobre ello, es algo tan puro como un cristal y llegó desde el espacio a nosotros: personalidades humanas, pero nimias y escandalosamente pobres. Era como fuego abrasador, pero ahora para tu alma. Es elocuencia sobrenatural; es como estar a los pies de un maestro cuya existencia conoces pero en quien jamás pudiste creer. Sin embargo, es la sagrada verdad, ahora suceden milagros; lo que una vez conoció el poderoso Oriente, ahora vive en nuestro pequeño país..., ¡tenemos a un iniciado! Y que es un iniciado es algo que muchos tendrán que aceptar más adelante. Él es como un bálsamo para tu alma, te cuida como debe ser, pero ahora ya no provoca heridas pestilentes, esos tiempos han pasado. Quita la gasa con cuidado, pero entonces ocurre y ves cómo las heridas se van cerrando ante tus ojos, sí, eso puede suceder de golpe de tan sobrenaturales que son estas fuerzas, cuyas leyes él conoce. ¡Es un cántico celestial! Esta alma es un vástago de una afamada estirpe, una casta de sacerdotes que dieron una personalidad a Ra y Re, y que conocieron los dioses. La trataron a diario y estaban con ellos en la mesa. No te lo creerás, pero también a nosotros se nos concedió sentarnos en la mesa, donde nos daban de comer. Me chupaba los dedos con este budín, ¡a Karel y Erica les vuelve locos de lo rico que es! Ciertamente, hubo mucha tardanza, pero ahora ven que lo que todos esos años no querían comer ¡sí que era muy bueno para su caseta material y espiritual en la que viven como la personalidad y en la que hacen las cosas cotidianas, convirtiéndolas en hechos! Te digo: Erica aparenta veinticuatro años, ¡de lo cambiada que está!

Y ¿Karel? Nuestro Karel, que es como un cochinitillo, con su granja, sus acequias, su carácter caprichoso, sus faroles, su dominación en todo, estaba de rodillas, pidiendo perdón a su hijo. ¿Es triste eso? ¿No debe hacerlo un padre? ¿Tiene que continuar un padre masacrando a su hijo? ¿Acaso son remilgos? ¡Prefiero verlo así! ¡En ese instante Karel se convirtió en un milagro! Me dejó conmocionado. Vi que sus ojos se transformaban como cielitos infantiles y que adquiriría una concienciación sobrenatural, que para la vida de Erica son los nomeolvides, los lirios de los valles y las margaritas que ahora eran derramados por encima de sus cabezas, cayendo así, sin más, del cielo; nosotros, que estábamos allí, trenzamos pequeñas sandalias con ellos y se

las dimos a Karel y a ella; era una felicidad tan grande, tan poderosamente grande que se nos concediera ver y vivir esto. Karel y Erica viven ahora una ascensión al cielo como jamás la habían vivido. ¡Esta los conduce a las regiones aún más elevadas de las que existen, donde René abre las cancelas, él posee las llaves! ¿A esto lo llamas sentimentalismo? ¡Nosotros no! Quien diga eso aún no está listo, pero dentro de esos corazones sí existe el deseo de poder vivirlo, todo hijo de Dios quiere poseerlo. Es por ello que la gente lo busca con tanto ahínco. Pero ¡no lo encuentra porque no hacen nada por ello!

Deberías haber visto a Karel, qué tipo tan hermoso es ahora. Sus anchas espaldas están preparadas para portar a Erica y a todos nosotros, durante horas, semanas, meses, años. Es una fuerza que uno ve representada solo por las leyes elementales, pero entonces a uno le suele caer encima un jarro de agua fría. Ahora Karel se ha hecho lluvia y viento; un huracán, ¡una fuerza primitiva, tan sagrada, tan grandiosa, tan maravillosa! Oh, ¡qué hermosa es la gente cuando la ves así! No es posible de otra manera, para eso uno es humano. Los padres son ahora como el oro del cielo. Quisiera desear y poder verlos como el sol y la luna, que como cuerpos han desempeñado un poderoso papel para el espacio, y que, por decirlo de alguna manera, han puesto en marcha todo el tinglado y aquello de donde procedía todo, porque Dios los creó así. Ahora son luminosos, portadores de luz, ya no creen en un beso, se hunden bajo su beso en un sentimiento inexplicable que ¡es tan profundo y verdadero, que se deja sentir, como si en ese instante uno tocara la esencia de la vida! Y uno se ve a sí mismo con los ojos abiertos, porque ahora uno quiere verlo todo y ya no piensa en embaucamientos. ¡Son los regalos de Dios! La Omnipotencia pedida a Dios... Sí, ¡esto va tan lejos que uno se hace omnisciente!

¡Y vi ese milagro, lo viví, lo experimenté y tuve que volver a aceptar que yo también lo anhelo! Ahora Karel y Erica tuvieron que poner las cartas encima de la mesa, ¡aceptar el milagro de que su hijo, que primero fue un loco, tiene contacto con el Padre en el cielo!

Ya lo dije: Elsjé es diferente, ella no necesita poner las cartas boca arriba, porque tiene tanta sensibilidad que con ella eso va solo, ¡está ahí! ¡Y Anna lo sabe ya desde hace tanto tiempo! Nos hacemos guiños y nos damos besos en pensamientos, pero ya tienen siglos de antigüedad. Así las cosas van bien. Ni una palabra sale de nuestra boca, solo perturbaría este momento, este silencio que es universal. Y de eso nos nutrimos, por eso vivimos, así es como hemos sido abiertos.

Pero ¡tengo miedo! A René le salen palabras que de golpe despiertan vidas anteriores. Una palabra de esas embiste el corazón humano y te coloca ante hechos invisibles, fenómenos de los que acabo de hablar. Y esas cosas invisibles tienen un significado material, ¡están y no están! Nacen, pero no sabes quién es la madre. Y sin embargo, esa madre tiene que existir. ¡La fecun-

dación ha tenido lugar! Y esta, según siento, se remonta a siglos y siglos atrás, pero se produjo mediante seres de naturaleza humana. ¡Y ese estado quiere nacer ahora! ¿No lo entiendes? Eso es lo que temo, ¡es una máscara que todavía no conozco y de la que tampoco entiende nada el resto de los millones de personas de este mundo y en la que tampoco cree! Podrías compararla con una enfermedad, pobreza, asuntos desgraciados que destruyen la vida de las personas y contra la que nada se puede hacer, ¡así de infalibles son las leyes correspondientes! ¡Estas cosas tan increíbles tienen que ver con preguntas como por qué unos son ricos y otros no tienen nada que comer! ¡Con por qué a Dios le puede parecer bien que unos tengan de todo y otros niños sean golpeados por contagios! ¡Con por qué unos niños tienen luz en su mirada y otros son heridos con ceguera! ¡Y así podemos seguir! Allí es donde hay que buscar. En esto se encuentra, vive, aquello que siento y que quiere nacer por y dentro de nosotros de forma pobre, que ahora más que nada quisieras matar; lo que te entra es un sentimiento así, que te agarra del cogote y que por detrás maneja un cuchillo para rajarte de arriba abajo, ¿no da miedo? He de reconocerlo honestamente: esto me da miedo. Ya no es humano, es como si te helara la sangre, como si te dejara sin aliento vital, como si desvitalizara el espacio en el que vives, por lo que de manera resuelta te ves impulsado a hacer cosas extrañas, porque ya no ves ninguna salida para ti mismo. Y ¿estás entonces sin poder hacer nada? ¡Sí! Nadie puede ayudarte.

Y eso vive aquí, ¡en nuestra casa! A veces lo sientes con mucha nitidez, a veces ha desaparecido. Pero si estás un poco pendiente de ello, lo ves en otra parte. Va y viene, te acompaña en la mesa y yace fuera en la calle. Cuando quieres sofocarlo ya no está allí, sino arriba, en un árbol, y se ríe de ti. Lo tienes en la mano para ponerle una soga, sientes que está colgando, que te lo has cargado, y unos instantes después oyes unas viles risas sarcásticas de quitarte el hipo y ponerte los pelos de punta, y que te dejan media noche despierto. Crees que es veneno, pero no lo es, no bebes té servido por otras manos, crees ver por doquier el mal, la desintegración; es como una figura, pero sin ropa, desnuda, esa vida la tienes delante, completamente desnuda, tal como piensas ahora. Mira bien, ¡es una máscara horrible! ¡Toma! ¿Te agarré? ¿Te agarré por fin? Entonces sientes unas manos alrededor del cuello y vives una pesadilla de esas. ¡Quieren estrangularte y sin embargo no pasa nada! Vaya, ¡qué miedo tengo!

Así veo a Hans..., porque es a él a quien persigue todo esto, ¿ve que se está infantilizando? Ojalá fuera eso, es mucho peor. Cuando lo ves comer —dice Elsjé— es como si estuviera comiendo veneno. Cuando bebe mantiene el té, o lo que sea, frente a la luz, porque piensa que quieren volver a envenenarlo. Oh, Hans, hay que ver con tus brujerías. Y ¿ese un sabio?

Esto es una fatalidad. Pero me quito todo de encima y lo arrojo lejos, quizá

mi visión sea exagerada, y tampoco eso es bueno. Sin embargo, ¡lo sientes! Quiero dormir, quiero prepararme para las horas que recibo de mi maestro. Me quedo con que es sabiduría. Mi caballo es veloz y seguro. Ojalá que ahora no haya chapuzas, que no corten musculitos y que no pongan inyecciones. Esos chanchullos de los hipódromos los conozco demasiado bien, a mí también me costó una vez mil florines, solo por estafa, envidia y engaño. Mi caballo se llama René: ¡es Rachi-Hadju quien me lanza a un final material donde veré la fuente de la vida! Y este caballo gana siempre, ¡porque nació para este siglo! Añado todavía: la elocuencia es buena, pero no hay que usar palabras para ella, ¡solo entonces empiezas a escuchar! Se me van cerrando los ojos, pero mi alma permanece despierta y se ha hecho alerta. ¡Vamos, Frederik, hacia el final! Los sabios de Oriente se acercan más y más a nuestra vida. ¿Viste esa estrellita, Frederik? ¡Acaba de aparecer! ¿Quién descubrirá esta nueva vida? ¿Quién la sacará a la luz del mundo? ¿Quién? ¡El ser humano lleva las pequeñas sandalias de un blanco plateado!

Ay, Frederik, ¡he tenido un sueño tan desagradable!

Los últimos meses fueron farragosos; horas intensas, exigentes, elocuentes, horas taciturnas, solitarias, por las que uno se reencuentra como ser humano y llega a conocer al otro, a verlo, a comprenderlo si uno está abierto a ello; si no todo te va pasando de lado y no vives nada. Para mí fueron horas instructivas, porque tenía el privilegio de que se me concediera poder escuchar a mi maestro, sentarme a sus pies, saciar mi sed, nutrirme de una fuente que exhibe la realidad legislativa para nuestro ser y vida humanos, y porque allí uno camina con pequeñas sandalias cuando se separan esos labios. Para otros fueron horas duras; cada uno las vivió según su propia capacidad, según aquellas fuerzas por las que vive la personalidad humana. Pero lo más hermoso de todo fue, desde luego, que vimos el sol en nuestros corazones. Nos postramos con las cabezas inclinadas y dimos gracias por todo lo recibido. Sí, le dimos las gracias, a nuestro loco, ¡por todo!

En esos días escribí en el cuaderno de bitácora:

“Un ser humano sabe mucho, está abierto a cosas grandes y pequeñas, y además las concluye, pero es bueno y malo lo que hace”. Y directamente después sigue: “¿Lo sabe para sí mismo?”.

Por medio de Cristo se da como un amigo, ¡por medio del diablo, como un satanás! Normalmente ves, pues, a un amigo, si ves la vida a través de Cristo. Pero solo ves la máscara, asquerosa, taimada, si no conoces su alma, porque esos pensamientos diabólicos los representa esta terrible máscara.

Pero ¡esa vida también llega a su fin!

El hombre puede hacer una chapuza y decir: Eso ya lo veré más adelante, a mí me parece bien, pero ahora vivo aquí y quiero disfrutar de la vida, haz como mejor te plazca, yo voy a desfogarme, haré lo que quiera, nadie me lo puede prohibir. Razón no te falta, pero nosotros hemos aprendido a verlo de otra forma. Cuando luego tengas delante de ti como una vida eterna aquello que para nosotros ya no es una muerte, cuando agarra una guadaña para segarte, para decapitarte, entonces seguramente que lo verás de otra manera, y te dejarás de tonterías. Aquí puedes esconderte detrás de tu máscara, aquí puedes hacer y deshacer lo que quieras, pero allí eso sin duda será historia: allí estarás ante esa desnudez, ante una nueva violencia a la que perteneces y con la que tienes que ver, porque hemos aprendido que eres alma de Su alma, luz de Su luz, vida de Su vida, sangre de Su sangre, lo que significa que a pesar de todo lo que poseas tendrás que regresar a Él y que algún día —da igual dónde— ¡tendrás que empezar con eso de inclinar la cabeza! ¿Lo

comprendes? ¿O todavía no has llegado a ese punto y vas a seguir llevando un ratito esta máscara? ¡Entonces ya llegaremos! Tú tranquilo, ¡nuestra fuente de vida ya te aclarará esas leyes algún día! Puedes considerarte como un pedazo de montaña, una tormenta, un tornado muy potente, y aun así dejarás de hacerlo alguna vez, porque son las leyes que de golpe—incluso con una leve brisita, porque no sabes de dónde te viene— ¡te arrancarán de las manos la cucharita dorada, y entonces ya no estarás encima de tu pedestal, sino a diez metros, quebrado, quizá sin vida, desnudo! ¡Estarás roto! ¿Qué quieres? ¿Desmantelar lo que otros han edificado con sangre y sudor? ¿Piensas que podrás seguir provocando a Dios con tus tonterías pobretonas? Como quieras, hazte el diablito, hazlo, desahógate, anda, adelante, no hay problema; ¡nosotros sabemos que con toda seguridad te partirás el cuello!

Así estarás ante tu hermana y hermano, ante tu padre y madre, tu hijo, que portan y crean máscaras, y que deshacen lo que piensan que deben hacer ellos mismos y en lo que han fundado tantas esperanzas, pero que tarde o temprano se desmoronará, porque la muerte dice: “¡Mira, es que ya no soy una muerte, al contrario, mi vida es más segura, mucho más! Cuando aprendas mis leyes, pequeño hombre, alma nimia, huirás a toda mecha de ti mismo, tendrás un susto de muerte, ¡así es como mi vida incidirá en ti! Y da igual que te compres cristales más gruesos, que te pongas gafas de sol porque pienses que no te las puedo agujinear, ¡ya las traspasaré, querido amigo, y te arrancaré la máscara! ¡Dirás: Gracias! Tendrás que inclinar la cabeza, quieras o no, pero ¡la inclinarás!”.

Ahora ya fluye tu sangre, y no te queda otra que aceptarlo.

Todo ser humano alberga la fuerza para obrar bien y mal. Pero tarde o temprano las leyes te darán el alto universal, lo cual hemos vivido ahora y de lo que se nos explicó lo infalible. Karel y Erica vivieron, igual que Anna, una oración en el templo tan hermosa, tan sobrenatural que les devolvió la niñez, pero en el buen sentido de la palabra.

Anoté: “Todo ser humano, llegado el momento, juega a ser un diablillo, pero cuando caen las máscaras, cuando se te explican las leyes, entonces yaces a los pies del maestro y puedes decir amén a todo si aún tienes fuerzas para hacerlo y al maestro le parece bien; también es posible que este se esfume delante los cristales de tus gafas y que se te conceda escuchar sus ‘Buenas noches’ desde lejos. Entonces estás presente y te quedas justamente fuera. Te gustaría decir ‘Gracias’ pero no logras materializar esa palabras, porque son sus fuerzas las que han sofocado tus sentimientos, y aún te falta, o no pasaría. ¿Entiendes? ¡Eso es lo que es estar desnudo, quedar desnudo, no tienes nada que decir, aún te falta para llegar, todavía tienes que empezar esta vida! Entonces sientes que eres un lelo, y que no tienes ni tierra ni agua bajo los pies; no planeas, sino que ¡te han pisoteado!

Pero si eres capaz de mirar de forma consciente detrás de una máscara de esas, pues eso ya es otra cosa muy diferente; aunque entonces puedes sacrificararte, entregarte a ti mismo por lo bueno en el ser humano; entonces estarás pidiendo que se te conceda que te peguen, ¡querrás ver la fosa de los leones! Y allí tu vida será despedazada. O te subirás a una hoguerita... ¿sientes cómo te chamusca tan ricamente? ¿Ves cómo flota esa grasa humana y cómo pides ayuda a gritos? Pero ¡no creo que nadie de nosotros —Hans sí, porque aún le falta— lo tema! Y ¡eso lo hemos conseguido por medio de nuestro loco, que ahora se ha hecho como un joven dios, un profeta de carne y hueso, uno que come pan, pero que pisa sólidos fundamentos y a quien tenemos un sagrado respeto! ¡A ver quién es capaz, como madre, de abrazar a ese niño! ¡Y quién de tener a esa vida en tus brazos como ser humano! ¿Sientes ese amor, ese beso? Eso es de lo que hablaba al comienzo; aquí estamos ahora ante las sandalias doradas, viendo cómo se esparcen las flores celestiales, lo cual ya no tiene nada que ver con una media horita humana de esas, que solo te hace sentirte mancillado, porque ¡como ser humano con zuecos embadurnados contagias la entrada del templo, la contaminas!

¡Te digo que nosotros: Erica, Karel, Anna, Elsjé y yo, hemos encontrado la felicidad! Hemos recurrido a todo lo que teníamos, pero ¡ahí está! Así que, por fin: la pirámide, Ra, Re e Isis han abierto nuestras vidas, y se nos han aclarado las leyes, por lo que estamos profundamente agradecidos y felices. ¡Ahora vamos al Gólgota, desde allí nos iremos, para depositar allí nuestras flores que el Hijo de Dios aceptó!”

Erica me preguntó una vez:

—Frederik, ¿quién es ese Rachi-Hadju que ha escrito este artículo? ¿No conoces a ese hombre? Habla de poderes legislativos orientales, que te regalan una dulzura occidental y que garantizan una estructura occidental para la serenidad y la paz. Juraría que ese hombre sabe de lo que habla. Toma, léelo tú mismo; a Karel también le parece un artículo de primera, y habrá mucho más, como verás, porque yace, igual que lo viviste tú, a los pies de Ra, Re, la diosa, la esfinge, la pirámide, esperando una respuesta; quiere salvar a Europa de la ruina total. ¿No es asombroso, Frederik? Está saliendo por todas partes, la gente está despertando, creo. ¿No te parece? ¿Cómo lo percibes tú?

—Lo leeré, Erica; creo que sí que nos encontraremos con más personas de ese tipo, porque nuestra sociedad necesita esa clase de gente. Leo, aunque conozca todas las palabras, todo esto vive bajo mi corazón, y el pragmático Occidente lo pide, no sabe por dónde buscarlo, ¡ya no sabe cómo guardar la paz y la serenidad! Supongo que estará bien.

Hay un ser humano postrado a los pies de la esfinge porque Occidente quiere asesinarlo. Este ser dice que dos mil años de religión, de oraciones, no han servido al mundo; al contrario, la vida se aproxima al precipicio, a

la destrucción general. La vida sitúa a Occidente ante los dioses y el Gólgota, ante los asesinatos en masa y el amor en masa. ¿Qué tiene que hacer la vida? Las madres tienen que seguir dando a luz a sus hijos para dejar que los masacren. ¿Es imperativo que los jóvenes de pueblos desconocidos se maten a conciencia? ¿Es imperativo que se masacre a conciencia aquello a lo que se ha entregado tanto cuidado, tanta sangre, por lo que se ha sufrido tanto? ¿Es posible que esta vida escuche sonidos espaciales? ¿Es posible darse a un Dios de amor? ¿Puede preguntar y recibir respuestas? ¿Oír Dios esta vida? Eso es imposible en Occidente. Esta vida está ahora arrodillada en el Antiguo Egipto, sentada, apoyada contra las pirámides, y contempla la esfinge. ¿Está suplicando por la palabra, porque el poderoso Occidente se está destruyendo!

Y esa vida dice: ‘¿Se me envió, Padre, para llevar esta luz a Occidente? ¿Mis padres, mis hermanos, mis amigos y conocidos suplican por saber! O ¿es que aquí también todo está pensado de forma humana? ¿Eran mentiras humanas? ¿Jugaron con fuego todos esos dioses? ¿No supieron también ellos que esta humanidad está esperando despertar? Pero ¿no se determinó allí con precisión que Cristo vendría? ¿No se predijo que es un hecho que el paraíso llegará?’.

¿Por qué no llega todavía? ¿Dónde se puede encontrar el paraíso? Dos mil años de evolución, de oraciones y escritos, no han unido a los pueblos; ¡al contrario! ¿Es como si una maldición despedazara la vida y lo satánico fuera invencible! ¿Tiene que aceptar el ser humano que Dios es injusto? ¿Corrió toda esa sangre humana para nada? A Cristo se le manchilla cada hora, se le crucifica cada segundo. ¿Está Dios sordo ante esas súplicas? ¿No sirven las oraciones? Haremos sacrificios por lo bueno en el ser humano, ya no para desintegrar o manchillar. Soy un hijo de Dios, me niego a matar, amo la vida. Ay, Dios mío, dame la respuesta: ¿Cómo hemos de actuar?

Esta vida conduce el alma humana a las leyes para la vida y la muerte, pero coloca la vida ante el Gólgota y dice: ¡Sólo el amor les (os) dará paz y sosiego! ¡Hay que asfixiar a Satanás! ¡Hay que desterrar al diablo! ¡Destierren (desterad) de su (vuestro) interior esa fuerza que roba, asesina, incendia, tortura! ¡Destruyan (destruid) ese instinto animal y tendrán (tendréis) sosiego, paz, prosperidad! (—digo).

¿Es capaz de eso el ser humano? Erica vuelve a preguntar:

—¿No es cierto eso, Frederik? Así tiene que ser, René nos sitúa ante la paz y el sosiego, pero nosotros mismos no damos el paso. Y sin embargo, no tenemos que decirnos a nosotros mismos: ¡Yo participo! Deberías preguntar quién es. René recibe ayuda, este hombre habla igual que sabe hacerlo él, ¿no te parece?

—Eso parece, Erica, cuanta más gente haya de ese tipo, mejor. Esta sociedad está tan tremendamente podrida, es tan asquerosamente mala, que solo

el amor nos puede traer la felicidad, y además la garantía sagrada de que los pueblos de la tierra alcancen la unión, porque a fin de cuentas para eso murió el Mesías. No te olvides, Erica: allí es donde vive el despertar para la humanidad, esa cultura inmaculada ha recibido lo que posee de nuestra fuente, para la que se abrió también nuestro hijo.

—Sí, Frederik, ¿verdad que es así? Estamos inmersos en ello, estoy deseando oírlo hablar en su estado. No sé cómo explicarte lo feliz que estoy. Cómo ha cambiado Karel, no le creerás, pero todavía hay milagros en esta tierra (—dice).

Una noche —estoy sentado con él, él trabaja en su arte, yo estoy ordenando mis preguntas para luego cuando esté listo en su estado— me dice:

—Tú sabes quién soy, ¿verdad, Frederik?

—Lo sé, muchacho mío, ¿qué ocurre?

—¿También sabes lo que quiero, Frederik?

—Eso también lo sé, René.

—Y también sabes que no quiere destrozar la felicidad de los demás, ¿verdad?

—Eso también lo sé, René, ¿qué te pasa?

—Pues mira, Frederik: Hans me pidió que esperara con el retrato de Elsje. ¡Eso también lo hace añicos! Elsje ya no sabe qué hacer. ¿No te parece pusilánime? Elsje dice: ya lo haremos. Está conmigo, comprende que me duele, pero Hans está enfermo. Y ella tiene que cumplir con su deber. He tenido que liar mis bártulos y largarme. Envidia, Frederik, pobreza de espíritu, desintegración, desesperación avara: eso es lo que es. Ya no sabe qué hacer. Lo hablaré con papá y mamá.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer, Elsje tuvo que darme el recado, él mismo no fue capaz. Pero da igual, Frederik, ¡las leyes hablan por sí solas!

Se queda absorto en sus pensamientos, tiene la mirada perdida, así está media hora, sigue mirando. ¿A dónde se fue esa vida? No se sabe. A la siguiente mañana voy a ver a Hans. Lo que es trabajar, apenas lo hace; está día tras día en casa, así de aterrador ha sido el cambio en esta vida. Elsje abre la puerta:

—¿Está el jefe en casa, Elsje?

—Sí, Frederik, está arriba, lo avisaré. ¿Le dirás a René que le estoy muy agradecida? Qué bien habló, ¿verdad, Frederik? ¿No es asombroso?

Se aleja, lleva una preciosa túnica azul. Mira cómo sube la escalera, esta criatura es igual que una reina. ¿Y esta cosa tiene que vivir con un loco erudito? Con un ser que lo tiene todo en la tierra sin verlo, que puede ir andando sobre violetas pensando que son ortigas o, peor aun, agujas de acero. Un mago de pacotilla, eso es Hans, pero aun así me da pena. Elsje es como una primavera encantadora, en esta vida ves el universo, en esa alma se funden

cielo y tierra y se besan, van tomados del brazo, y ¡saben! Cómo es posible, esta criatura me preocupa mucho. Esos ojos son tan hermosos, su figura tan llena de riqueza, tan angelical, su pequeño castillo es como el paraíso prometido, y ¿aun así infeliz? Eso es tu propia culpa, pero Hans nunca fue así. Lo conocí muy diferente. Allí lo tienes.

—Ah, el maestro.

¡Sarcasmo! No entro al trapo.

—Hola, Hans: ¿cómo te va?

—Bien... ¿Hay noticias?

—Pues mira que no. Me he dejado caer por aquí, estás bastante en casa. ¿Ya no trabajas?

—Oye, escucha, Frederik, dile a René que espere un poco. O ¿ya lo sabes? Mandé que se fuera, primero quiero estar en paz conmigo mismo. Y encima luego esto, ¿cuándo empieza ese abracadabra? Ya iré solo, o ¿pueden ustedes (podéis vosotros) venir aquí?

Elsje justo llega abajo, oye lo que dice Hans. Se detiene un segundo, pero entonces ya está de golpe con Hans y dice:

—Pero ¿qué cosas estoy oyendo? ¿Quieres dejarme en casa cuando empiecen las sesiones? ¿A eso lo llamas abracadabra? ¡Estate seguro de una cosa! ¡Iré contigo! Puedes hacer conmigo lo que quieras, te cuidaré, me desvivo, pero nadie me va a privar de esto. Soy tu mujer, tu amor, tu amiga y todo, pero ¡no tu perro! ¡Yo también iré! (—dice).

Toma, chúpate esa, Hans. ¿Cómo reacciona el señor barón?

—Pues eso es cosa tuya (—responde).

Tengo que ayudar a Elsje, no debe quedarse sola en esta cuestión.

—Dime una cosa, Hans, ¿qué puedes tener en contra de esto? ¿No es Elsje una persona allegada?

—¿Qué pinta una mujer en una investigación científica?

—¡Vaya! ¡Ahora ya es científico el asunto! —exclama Elsje—. No, Hans, no tienes ni idea. Ya no sabes lo que quieres; no vives, te están viviendo.

—Haz lo que te dé la real gana.

Elsje va arriba. A él le pregunto:

—Pero ¿qué estás haciendo, Hans? ¿Qué es lo que quieres? ¿Es que hay que destruir a esa criatura a conciencia? ¿Es necesario pisotear esta felicidad ante tus ojos? ¿Es que no ves lo que estás haciendo? ¿Por qué eres tan duro con este encanto? ¿Estás golpeándola!

Estás enfilando conscientemente hacia tu desgracia, Hans. ¿Es necesario? ¿Por qué quieres quitárselo ahora que sabes que la criatura se interesa por ello? ¿Quieres detener el desarrollo de un ser humano? ¿Quieres privarla de esa sabiduría?

—¿Quién te dice que esto es sabiduría, Frederik? ¡Les (os) vuelven a faltar

algunos tornillos! ¡Son delirios!

—Pues gracias..., muchas gracias.

—Vaya, hombre, tampoco es eso, no me des la murga.

—Bueno, pues entonces mejor me voy, amigo mío, ya no precisas de nadie. Lástima, con las buenas intenciones que tenemos para contigo.

Y me deja marchar. Este es nuestro Hans, pienso, es algo incomprensible. Hay que ver lo desagradecida que es la gente. Millones de hombres se dejarían la piel por poder tener semejante criatura, él hace como si fuera chatarra. ¡Elsje sabe lo que quiere! Así que por ella no debo preocuparme, pero Hans es enfermizo. Me voy a casa, Karel y Erica no están, Anna también ha salido y René está ocupado. Hans me persigue. Allí donde me encuentre también está Hans, veo que Elsje le sigue los pasos. Él hace lo que le da la real gana. Pero se le voló el sombrero, tiene un aspecto descuidado, como un vagabundo. Y eso junto a semejante reina. Elsje va corriendo de un lado para otro, él no la ve ni oye sus clamores, no siente sus gemidos, ninguno de esos dolores interiores, Hans es insensible. Lo han pinchado, pero con qué es algo que no sabemos.

Una noche —estamos sentados juntos, Erica toca algo— baja René para que se le admire su arte, el retrato de Erica. Entonces dice a su madre:

—¿No lo oyes, mamá? ¿No lo oyes, Karel? ¿No oyes nada, Frederik? Y ¿tú, Anna? ¿No oyen (oís) los gritos de Elsje? Vamos, mamá, Elsje te necesita. Rápido.

Erica se va volando. Karel no quita ojo, René ha vuelto a sentarse y contempla su arte. No nos atrevemos a decir palabra. Pero ni diez minutos después Erica entra con Elsje. Hans la ha pegado. Elsje tiene moratones en su fina carita, está maltrecha. René ha desaparecido entretanto. El chico de repente ya no está. A Karel le parece horrible.

—¿Tú entiendes lo que quiere ese hombre, Frederik? A uno ya le dan ganas de darle una paliza.

Un poco después Hans está frente a nosotros.

—¿Estás enfadada? —pregunta a Elsje—. Chica, ¡perdóname!

Delante de nosotros vuelve a recomponer las cosas, prueba de que aún le queda sensibilidad por algo de calidez y felicidad. Me voy arriba, René me llama. Pero a Elsje no la he oído. Cuando llegué a su habitación, le pregunté:

—¿Cómo lo sabías, René? ¿De verdad que oíste sus gritos?

—Los oí bajo mi corazón, Frederik, y ese no falla. Es como una conversación cara a cara que ha vivido mamá, pero esta es más profunda, esto tiene que ver con el alma y el espíritu, te llega directamente desde el Antiguo Egipto, son Re, Ra, la diosa. En esos instantes oyes mundos. Es exactamente como si una madre hablara con su hijo, que puede vivir esa unión en el silencio de su espacio. Es algo sagrado, Frederik. Me siento muy agradecido.

—¿Es posible escuchar eso de todos?

—No, es imposible. Si lo quiero, sí lo es, pero, claro, eso no se hace. Qué importan todas esas personas. No descienes así como así en esas almas. Cuando digo esto así tienes que tomártelo de esta forma: que no me concierne, que no me meto en los secretos y los derechos vitales de los demás. ¿Lo sientes, Frederik?

—Y ¿Elsje?

—Eso es algo muy distinto, Frederik.

—¿En qué, si me permites saberlo?

—Ella llegó hasta ese grado de conciencia, ahora puedes oír su voz interior, Frederik, ¿el idioma de los dioses?

—¿Lo dices en serio?

—¿No te dije que tiene que ver con Isis, Ra y Re? Eso es unión, amigo mío y padre, ser uno con todo. Podría hablar así con millones de personas, podría saberlo todo de esas vidas si así me lo propusiera, porque saben que comprendo esa vida, que la amo, que la valoro, que estoy abierto a todo, o de nuevo ya no sería posible. Esto lo poseen muchas personas, Frederik. Un espiritista diría: eres clariaudiente, un maestro, o te lo dio un espíritu guía. Yo digo: no, soy yo mismo, y tampoco lo podría recibir tan claramente de aquel otro. Esto es infalible, aquello de los espiritistas pasa por un mar de fuerzas y leyes del sentimiento. Y un espiritista de esos es como un vasito de agua, y eso vuelve a ser la personalidad entera, y es el ser entero como sentimiento para este acontecimiento. Y ese vasito de agua, Frederik, tienes que sacarlo de ese mar, de modo tan puro que no se pierda ni una gota. ¿Es posible eso? ¿Eres capaz de distinguir una gota de agua de otra? Aun así es necesario, porque ese vasito lleno de agua es ahora la posesión recibida de esa personalidad astral. Y ahora es un mensaje espiritual de esos. ¿Es sencillo? ¿Es fácil?

—Yo ya lo viví antes, René. Estuve donde esa gente una vez.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo hiciste para mí, ¿verdad?

—Sí, hemos buscado ayuda para ti, ya no sabíamos qué hacer. Pero ¿lo sabes?

—Frederik, me lo dices tú mismo, ahora lo estás diciendo. ¡Es telepatía!

—Lo que recibimos donde aquellos clarividentes fue erróneo. ¿Tú también conoces esas leyes, René?

—Sí, Frederik. Conozco todas esas leyes, puedes escribir libros sobre ellas de tanto engaño que hay, pero no olvides: también está la realidad, aunque es una posesión sobrenatural. De millones de seres solo hay uno que tiene contacto verdadero. Esto mío es una posesión propia con fuego celestial, contacto universal.

—¿Qué significa eso?

—Pues, Frederik, tengo la sensación de que ya lo has vivido.

—¿Dónde fue?

—Cuando te encontrabas sentado contra la pirámide de pronto estaba Mohamed a tu lado. ¿Le hiciste saber que estábamos allí?

—Ya lo entiendo.

—¿Ves, Frederik, esto es universal, unión material, con tu propio grado de vida y sintonización espacial. Si ahora me fuera y quisiera visitar a Mohamed —lo que tú también puedes hacer, pero que solo viene a ti porque vivimos este ser uno— él me esperaría en su frontera. Sabe que iremos. Siempre lo veo, hablo con él, vivimos el arte juntos y él me ayuda a llegar hasta la profundidad del color astral. Esta, pues, es la unión material de alma a alma, de sentimiento a sentimiento, pero también hay otra, que es astralmente espiritual; entonces estás realmente en contacto con el ser humano traspasado, pero como ya dije, solo uno entre millones de seres humanos lo posee, porque cada tejido de tu cuerpo frena estas leyes conscientemente, debido a que este contacto hay que vivirlo inconscientemente. Porque cuando eres consciente tienes que ser capaz de desconectarte por completo; pero ahora estás dormido y sin embargo despierto. Cada pensamiento, Frederik, posee profundidad espacial, pero no está sintonizado de forma infalible hasta que la materia no haya sido despojada de su propia voluntad. ¿Sientes esa paralización espiritual y material? ¿Así de difícil es vivir el contacto con tus amigos en el siguiente mundo, en el otro, que es el mundo para tu espíritu! Pero posible es. Mi evolución ha sido del todo oriental, y ¡por eso es una posesión mía! Esto no lo tengo de Dios, Frederik, esto lo he asimilado. He sufrido y luchado por ello, di muchas vidas con ese fin y terminé hundido, destruido; aun así alcanzaría algún día esa altura. Y ¡es esta vida! Esta es la forma más elevada de tener dones, Frederik, han crecido conforme a las leyes de la naturaleza, igual que el niño despierta en la madre. El alma se hace de forma infalible con las leyes corporales, espirituales, y entonces puede hacer lo que ella misma quiera. Ahora estoy preparado para ello; lo que poseen todos sus espiritistas, Frederik, es una millonésima parte de ese espacio. Aunque haya quienes vivan ahora un contacto verdadero y puro por el contacto con sus seres queridos, por el amor del padre a la madre, a los hijos y a los padres, aun así no hay infalibilidad, a no ser que en esto también haya una presencia predominante de la sensibilidad más elevada de todas, y entonces ves esa sagrada unión. Pero ¡ya lo ves! ¡Yo lo hago de otra manera!

—¿Acaso oíste que Elsjé gritara mucho?

—Esa voz, Frederik, la puedes escuchar en el otro extremo del mundo, ¡atraviesa cualquier materia, desconoce la distancia! Cuando el amor tiene alguna importancia para el ser humano, uno entra en este contacto, pero ahora solo es por un instante. Esto significa que el hombre se ha desarrollado

en sentimiento como máximo en un quince por ciento para la vida interior, o sería una posesión permanente. Normalmente, la personalidad experimenta esta sensibilidad cuando como ser humano se encuentra ante la pena y el dolor. ¿Sientes esto? Ahora esa personalidad está sintonizada con un punto, un objetivo, y aumenta la probabilidad de acierto, por lo que siente lo que ocurre a distancia, ¡y habla el corazón humano!

—Es asombrosamente natural.

—Esto es tan real, Frederik, porque ahora estás ante tu propia sacralidad como ser humano y ante tu amor representativo para esa otra vida.

—Pero ¿es que eres uno con Elsjé?

—Ya te dije, lo sé de todo el mundo. Pero debido a que Elsjé piensa y siente más o menos como soy yo y como veo las cosas, como las quiero vivir, ¡esa vida me toca! Tienes que ver al ser humano, Frederik, como tu radio. Puedes captar música, no falla. Pero nosotros, como seres humanos, estamos sintonizados con una fuerza, con una nitidez mil veces superior. Somos capaces de adoptar infaliblemente pensamientos de otras personas, donde esta transmisión, en cuanto a selectividad, no es más que una milésima sombra en comparación con nuestra imagen creada en nuestro interior, que hemos recibido de Dios y en la que ahora podemos vivir. Y esa imagen la puedes embellecer, puedes hacerla más sensible amando la vida, lo cual sucede por tu pensamiento y sentimiento, y que ahora se convierte en un contacto para tu vida interior.

—Y con personas que poseen ese sentimiento pero que no hacen nada con él, ¿está ahogado entonces?

—Quieres decir que la gente que posee este sentimiento también puede ser inconsciente y no tener dones, ¿verdad, Frederik?

—Eso quiero decir.

—Pues eso, padrecito, es la conciencia material, detrás de ella está la espiritual, la espacial. Si quieres que esos sentimientos se hagan conscientes, te encuentras ante una decena de vidas, ¡es imposible alcanzarlos antes!

—Entonces lo tengo claro. Así que puedo intuir, comprender las cosas, pero no obtendré lo que tú posees ahora.

—No, no lo obtendrás porque para eso tienes que seguir estudios, pero en Occidente no puedes recibir esa escuela.

De pronto se levanta de un salto y dice:

—Ven, Frederik, vamos abajo, enseguida seguiremos.

Saca algunas pinturas al pastel de una carpeta, junto al retrato de Erica, y me pide que lo siga. La familia está conversando, Karel habla de su casa de campo a la que no puede renunciar todavía; pero ahora, tal como lo siento, para ofrecer a Hans un poco de distracción y apoyar su alma y personalidad. René muestra el retrato de Erica a Hans. Cosecha grandes elogios. Entonces

salen a la luz los simbolismos. Esas cosas no las he visto todavía, son asombrosas.

—He aquí —dice a Hans— el espacio, esto es el universo. Ves dos personas como hombre y mujer, tienen que vencer a ese espacio. Pero Dios nos dio esa posibilidad. Vinculó Su espacio a nuestra vida humana y a nuestro ser. Por medio de la paternidad y la maternidad vamos más y más arriba, y de esa forma vencemos todo. Luego te daré las explicaciones de esto, tú también conocerás esas leyes. Cada vez, o sea, por medio del nacimiento, llegamos a un estadio nuevo, al siguiente. Todavía no te lo crees, pero ¡ya te lo demostraré! ¿No es todo en el fondo muy sencillo?

Aquí ves dos flores de un solo color, también son hombre y mujer. ¡Algún día representarán a Dios para todos Sus mundos! Dos flores bajo la cruz, eso significa: los seres humanos tenemos que ir a Cristo. Bajo la cruz de Cristo estamos a salvo. Este es otro cuadro. ¿Cómo salieron los colores? He penetrado hasta lo etéreo, el alma de la materia. ¿Lo ves, Hans? Es una imagen de la vida de nuestra alma para más tarde, cuando hayamos dejado atrás esta cosa material. También entonces poseemos como seres humanos un corazón que late y hay sangre que corre por nuestras venas. Pero eso no lo crees todavía. Naturalmente, esto es algo ridículo para este mundo, Hans, pero cuando la ciencia haya llegado hasta ese punto, cuando se acepte el alma como una personalidad astral, o sea, espiritual, el psicólogo también conocerá a sus enfermos y su (vuestra) impotencia se disolverá. Entonces podrás llegar hasta otras cosas, que ahora son parte de tus cuidados, para ayudarlos. Todo eso aún vendrá.

Regala las pinturas al pastel a las mujeres, Karel y yo también recibimos una obra de arte de estas. Concluido eso, desaparece. Elsje, Erica y Anna son felices. Hans contempla los simbolismos, en él anida sarcasmo. Su alma es inalcanzable. ¿Por qué quiere ir todo el tiempo en contra del bien? ¿Es necesario que esta vida se destruya a sí misma? Los milagros no ayudan al ser humano, eso es algo que tenemos que aceptar ahora, todas estas hermosas pinturas al pastel dan una sensación sobrenatural. Pero tienes que estar abierto a ello. Lo que se asoma tan solo un poco por encima de lo humanamente normal es masacrado. La masa lenta viene atrás arrastrando los pies, es imposible infundirle animación.

Hans no reacciona ante nada. Pero René podrá hacer luego el retrato de Elsje, hasta allí hemos avanzado. Ay, pobre Elsje. Cuando estamos solos Karel dice:

—Frederik, ¿viste esa cara de Hans?

Asiento con la cabeza.

—¿Viste sus ojos?

Asiento con la cabeza.

—¿No te dan ganas de hacerle algo? Un tipo así se merece una paliza, eso es lo que yo opino. ¿Qué crees tú?

—Pues, sí, Karel, ¡le sentaría bien!

—¿Cómo quieres ayudarlo? ¿Será posible cambiarlo? Busca su propia ruina. Qué tonto he sido de haberlo escuchado. ¡Qué fácil es que alguien te influya! En un instante así no piensas. No reaccionas ante nada y solo impones tu propia voluntad. Quieres tener razón aunque veas que la tiene otra persona, pegas y pisoteas la vida y mancillas los asuntos más sagrados, todo lo que cae en tus manos termina en el fondo por romperse. Y eso solo para proteger tus propias pequeñas personalidades. ¿No es así? Y ¿qué quiere él? ¿Sabes que quería dejar a Elsie sin esas veladas? Curioso, ¿no? ¿Qué puede importarle eso? Lo veo como ganas de chingar, de hacer rabiar, no es otra cosa.

—Elsje no se doblaba ante eso, pero es triste.

Voy arriba. René ya me está llamando, pero eso sucede interiormente. Eso te deja con una gloriosa sensación bajo el corazón. Erica lo conoce ahora, yo ya lo conocía desde hacía mucho, igual que Anna. Todos nosotros vivimos el milagro: ser uno con otras vidas sin decir palabra. Lo primero que pregunto es:

—René, ¿no podemos ayudar a Hans?

—A Hans es imposible cambiarlo en nada, Frederik.

—Pero ¿por qué no?

—Porque aquí hablan las leyes del karma, amigo mío. Hans es vivido. Hay fuerzas que adquieren conciencia, que desintegran.

—¿No es algo horrible?

No, no lo es; aunque uno tenga que vivir las leyes correspondientes, todo vuelve a ser diferente cuando conoces también ese espacio. A mucha gente el arte le llega a la conciencia diurna, Frederik. A medida que se despierta la vida, que la vida interior se hace consciente, van emergiendo todos esos rasgos y estás como la personalidad ante tu propio pasado. Y en él residen miles de problemas, para el bien y el mal, para las mentiras y el engaño, edificación y desintegración. Ay, es tan terrible, pero la culpa es nuestra, de los seres humanos.

—Y nosotros, todos juntos, ¿no podemos sacarlo de allí debajo?

—Es posible, Frederik, si Hans quisiera hacer todo lo posible para superarse a sí mismo, pero ¿lo hace? ¿Es consciente de su fuerte voluntad? ¿Usa su voluntad para evitar esa desgracia? Nos conduce a vidas anteriores, Frederik. Antes a eso lo llamábamos leyes del karma, algo que hiciste una vez y que tendrás que enmendar más tarde. Es infalible, amigo mío, es algo que llega a despertar tal como se vivió anteriormente. El espacio divino no te regala nada. Un pensamiento material llevado a cabo por bajezas tarde o temprano llega a la conciencia y entonces te pone como ser humano ante esa máscara

anterior. Es el nacimiento de tu vida anterior, entonces tienes que vencer o bien te hundirás.

—Es terrible, pega a Elsje.

—Lo sé, pero también Elsje tiene que demostrar lo que quiere. Ahora tiene que vivir su propia vida. Quisiera hacer lo que fuera para ayudar a Hans, pero no creo que me sea posible. Ahora está viviendo una realidad universal, evolución. Las leyes interiores, Frederik, quieren ser vividas. Nos colocan ante esa desintegración de antes. Pero ¡Dios es un Padre de amor!

Veo que va a quedarse dormido. En ese momento hay unos suaves toques en la puerta y tengo a Anna delante de mí.

—¿Qué pasa, Anna?

—¿Molesto?

—Ven un momento.

En mi habitación dice:

—Ay, Frederik, ¡he tenido un sueño tan desagradable!

—Cuenta, ¿qué has soñado?

—Vi, Frederik, que Hans se suicidaba. ¿No es horrible?

—¿Presenciaste cómo se quitaba de en medio?

—Sí, Frederik, estaba allí, no sé por qué. Estaba allí y esperaba algo. Elsje había subido para pedírselo a Hans. Entonces vino volando abajo y me desmoroné. Ay, pobre de Elsje. Hans se había quitado la vida. ¿No es terrible, Frederik?

—Quítatelo de encima, Anna, yo habré soñado más de mil veces que me mataba, pero sigo viviendo. Los sueños son mentira, Anna, aunque a veces vivas cosas divertidas, pero esto ¿qué? No, no voy a adentrarme en eso. Apártalo. Es porque todos estamos ocupados con Hans. Creo que todos estamos soñando con él, porque esa vida te persigue. Te pido: tíralo a la basura y no vuelvas a pensar en eso.

Se va Anna. Su sueño me parece horripilante, pero no se lo hago notar. Y, a fin de cuentas, cuando se duerme se sueñan tantas cosas, ¡es una tontería! Cuando vuelvo al lado de René está durmiendo. De inmediato hago una pregunta:

—¿Me oye?

Al instante llega:

—¿Qué desea, Oteb? ¿Quiere que le dé respuestas acerca de cosas que no conocemos?

—Anna soñó que Hans se había quitado de en medio. ¿Qué opina usted?

—Hay un solo niño que está velando, Oteb. Los sueños a veces tienen un significado universal y entonces el subconsciente transmite algo a los pensamientos y sentimientos de la conciencia diurna. No entraremos en el asunto.

to, aunque el sueño de Anna se puede verificar. ¿No siente que precisamente ahora no debe usted alimentar estas fuerzas de los sentimientos? De esa forma le incitaría usted a hacerlo. Tranquilice a Anna, pero ha de saber usted que el alma a veces posee la unión universal y que entonces recibe esos datos. ¿No le va a resultar difícil a usted? Más adelante conocerá todas estas leyes, Oteb, pero entonces de modo consciente, ahora está abierto y preparado para ellas. Yo voy al espacio, lo que le prometí queda suspendido, la vida de usted no es alcanzable ahora, está usted soñando, Oteb, ya ahora está siendo influido, así de intensa es la reacción del alma humana y ha lugar una división de la personalidad, una pérdida de todas sus fuerzas. ¿No es cierto?

—Lo sé, le estoy muy agradecido. Intentaré superar todo.

—Aguardaré..., Oteb, yo también haré todo lo posible para estar preparado. Ya lo ve, entregarse uno mismo al cincuenta por ciento es insuficiente. Estas leyes lo exigen todo de su personalidad.

—¿O sea que Anna interfiere en mí?

—Usted entra al trapo, veo por su aura vital que cree que puede ocurrir. ¿Y qué más da, Oteb, si sabe usted que no quiere cambiar su forma de ser? Las personas son dueñas de su propia felicidad. Son ellas quienes asimilan las leyes para la vida y la muerte, nadie más puede ayudar en eso. Hablar y no hacer nada por la vida interior de uno mismo: eso no es; uno tiene que vivir a fondo todas las leyes para el carácter propio y después sintonizar con los propios sentimientos en los de Cristo, o no habrá ningún despertar. ¿No es sencillo? Ahora padece usted una interferencia por el miedo, que quiebra su concentración. ¿Estoy siendo duro? ¿No conoció usted mismo allí ya todas esas leyes? ¿Cree usted que han cambiado en los siglos transcurridos? (—pregunta).

La vida se cierra ante mí y no queda más que marcharse. Pero anoté en el cuaderno de bitácora:

Lo de Anna me parece horrible. Claro, puedes hacer caso omiso, pero ¿tan fácil es? René no entra al trapo en nada, pero esa es la cuestión. Para todo te puede ofrecer una explicación. En el fondo tiene razón, tenemos dejarlo estar o empezará a influir en Hans. ¿Es capaz todo ser humano de captar pensamientos enviados desde alguna parte? ¡Claro! Sé que esto es posible. Anna puede vivir ese sueño por ella misma, pero también es capaz de recibir de otros esos datos. Y ahora es cuando la cosa se pone peligrosa. Imagínate, por ejemplo, que hubiera recibido esos pensamiento. Que esto vaya a ocurrir y que ya esté inmersa en ese futuro. Vaya, pero qué desgracia. ¿Cómo hay que evitar esto? ¿Qué tienes que hacer cuando tu vida se despierta para lo erróneo? Hans ya no es un ser humano normal. No es capaz de trabajar. ¿Se ríen de él? Por ahí ya lo ven como un psicópata. Debería darse una vuelta, pero eso tampoco lo quiere. Ha quedado anclado en su pedacito de tierra.

Hay algo que lo mantiene preso. Creo que bien le gustaría, pero no puede. Está encadenado a su calabozo, vive una ley invisible, ¿es una nueva máscara? René dice: 'El pasado llega a su propia revelación y se presenta como el bien y el mal'. Pero eso no significa que un ser humano deba quitarse de en medio. Qué complicada se hace la vida. Pero ¿es esto incomprendible? ¿Cuántos miles de problemas están sintonizados con esto? ¿Cuántos guardan relación? Ese sueño de verdad que me ha dejado tambaleándome. No puedo remediarlo, pero ¡me parece horrible!

Hay que ver las cosas que vivimos. Grandiosas y temibles; cuanto más empiezas a ver la vida, más nítidamente se dibuja el contorno de todos esos problemas. Hans es como un psicópata. Ahora no tiene trastornos materiales, sino que es su alma. Él mismo se separa de la vida perfecta, natural, y acepta la tenebrosa, la desagradable, la que desintegra, ya no es él mismo. ¿Tiene que ver esto con el sistema nervioso? ¡No lo creo! ¿Tenemos que aceptar que Hans ha trabajado demasiado? No lo creo, que nadie se crea que profundiza en exceso en sus enfermos. Conozco otros médicos, viven todas esas desgracias con sus enfermos y no dejan de ser quienes son. Para Hans eso es una bobada, dice: 'Si quieres ofrecer un buen trato a tus enfermos, en primer lugar hay que cuidar que uno mismo siga estando sano'. Se lo he oído decir más de un centenar de veces. Es que es algo muy diferente.

¿No escribí que es algo que vive en ti, y a tu alrededor, y que no puedes hacer nada para evitarlo? ¿Que se ríe de ti? Cuando piensas que lo pisas con el zapato, un poco después has de aceptar que esto es justamente imposible, porque desde el espacio se ríen de ti de forma consciente y no te queda otra que aceptar tu impotencia. ¡Está y no está! Y aun así te corroe el corazón humano. Es absurdo, también abstracto, y sin embargo real, te succiona hasta dejarte vacío, te obliga a actuar, te predomina por completo en todo. Es lo que hace que Hans ya no sea un ser humano, parece una ruina. Dios mío, ¿a dónde nos lleva todo esto?.

Me he asegurado de cómo estaba René. Cuando vi que estaba durmiendo de forma habitual yo también me fui a dormir, para olvidarlo todo. Pero, mañana, pasado mañana y los días venideros, ¿qué nos traerán? Mejor me entrego, de todas formas no voy a poder cambiar nada, son leyes desconocidas, también son verdades sobrenaturales, pero el ser humano de esta sociedad no los acepta. Los artículos dan de sí, la gente adquiere una idea de cómo hay que pensar, y pide más. Quiere saber quién es ese hombre. Lo creo, pero hay que tener paciencia. Me adentro en cómo duermo y estoy abierto a un sueño, ¡quizá yo también reciba algo como lo que vivió Anna y sabré cómo tengo que actuar para con Hans! Ahora no soy feliz, según sé, esto es algo que nos persigue a todos. Erica también tiene sus preocupaciones, igual que Karel, nos lo tomamos demasiado a pecho. Pero se trata aquí de un ser humano.

Un ser humano que ha dejado de ser él mismo y que pega a una reina, ay, ¡qué locura! ¡Cómo es posible! ¡Qué cosas tan extrañas es capaz de hacer un ser humano! No se conoce a sí mismo y ¡eso es lo más necesario que hay! Solo entonces sabe cómo debe actuar y evitar todas esas desgracias. Me voy al sobre, se me cierran los ojos, qué cansado estoy. Yo no sé nada de nada. Aun así, sé que mi alma piensa y vive también ahora, porque el reloj también sigue haciendo tic-tac, porque el corazón humano recibe esa alimentación, o ya habría llegado al lugar del que espero que se me conceda saberlo todo. ¡Fue un día desagradable!

Frederik, vas a tener razón, René es un milagro

Han empezado las sesiones con los eruditos. Una noche se me acerca René y dice:

—Estoy listo, Frederik, puedes avisar a los caballeros. Pero coméntaselo a papá y mamá.

‘Qué pronto’, pensé. Karel se encargó de los trámites y fijamos la primera noche.

—Los eruditos vendrán adonde nosotros —dice René— y no adonde Hans, tiene que haber serenidad, armonía, si no me sentiré alterado.

Erica rebosa felicidad. Pero antes de que empezáramos, René quiso convencer primero a René para que no hiciera el ridículo. Karel recibió esas pruebas de su hijo y vivimos el primer milagro. Durante todo ese tiempo no se me ofreció la oportunidad de hacer preguntas; Hans me ha sacado por completo de mi equilibrio. Entonces tuve que aceptar que René estaba en lo cierto; mi temor por sus actos y personalidad, que es como una ruina, me impelió —debido a que me adentro en su vida— hacia la desgracia, hacia sus raquíticos líos, y no estaba yo preparado para poder reflexionar. Entonces no estás abierto, sino que todas esas preguntas que a lo largo de los años había visto como fundamentos ante mí y a las que esperaba recibir la respuesta verdadera, las vi destruidas ante mis ojos, por Hans. Pero ¿qué haces cuando ves disolverse a un amigo delante de tus ojos, cuando ves que se estrella? Elsjé consiguió que llegara a trabajar de nuevo. No se había dejado ver en meses con sus enfermos. Allí ya lo habían descartado; resultó que el señor catedrático había trabajado demasiado y que ya no era apto para su bonito trabajo. Todos querían ayudarlo, pero sin ningún resultado; él mismo seguía siendo una ruina, una persona torpe, se estrellaba ahora debido a su erudición. También Karel intentó de todo, pero tuvo que aceptar que es imposible ayudar a Hans. Añadió:

—Su voluntad humana, si es que el ser humano la tiene, ya no funciona. ¿Ha derrotado la vida a este erudito?

Y entonces llegaron las noches con los preparativos. Nos hemos sentado en la sala, René está cómodamente sentado, es a él a quien hay que esperar, pero vemos como se va transformando ante nuestros ojos. Karel y Erica no le quitan ojo; ahí está sentada Anna, en silencio, y aguarda, igual que yo, a lo que vaya a suceder. Observo que René se ha sintonizado con su vida interior. Tras unos instantes entramos en contacto con esta extraña vida, de la que se me concedió conocer muchas leyes. Diez minutos después esa vida se abre a nosotros y Karel puede preguntar a su hijo lo que quiera. Aparentemente no

se le nota nada a la vida de René: ahí está un joven de casi veintitrés años, cuya vida interior revelará las leyes de Oriente, así como las de nosotros, los occidentales. Es como si tuviera que respirar profundamente, pero eso no lo ves, tampoco lo puedes oír, todo eso tiene lugar por dentro en esta vida, y eso ocurre por sus propias fuerzas. Entretanto me he sintonizado a mí mismo con su vida. Se sumerge en su estado por medio de mi voluntad; pero lo que antes resultaba ser predominante para él ya no lo necesita, y lo han despertado, allá, para su vida. Para ello Mohamed descendió en su vida y personalidad, y fue despertando el subconsciente para este Occidente pragmático.

Pero entonces llega:

—¿Qué tiene que preguntarme? ¿Qué quiere saber para usted mismo y su vida?

De Erica sale:

—Cuéntenos algo sobre Dios, ¿es posible?

Saben que no deben llamarlo por su nombre. René dice:

—¿Sobre Dios? ¿Por dónde debo empezar? Tiene que hacer sus preguntas usted misma, formularlas usted misma, o no avanzaremos. Necesitaría miles de años para explicarle Sus leyes. ¿Entiende lo que quiero decir?

Después de lo cual pregunta Karel:

—¿Es Dios un ser humano?

—Muy bien, ahora está empezando a pensar. Así hay que seguir. No, Dios no es un ser humano. Hay que ver a Dios a través de Su vida. De ese modo podrá conocer el Dios de todo lo que vive. Dios es luz. ¡Dios es vida! ¡Dios es sentimiento! Dios es una personalidad. ¡Dios también es padre y madre! Pero por todo “amor”; sin embargo, ¿que sabe usted de Su amor? Cuando Dios iba a comenzar con Sus revelaciones solo había vacío, espacio, vida. Y en eso Dios se manifestaría. Si los reconduzco a todos a esos instantes, llegamos a estar ante Sus leyes, pero entonces llegarán a conocer a Dios. En ese espacio vacío apareció vida, y esta se convirtió en “empuje” que después de millones de años se fue haciendo “luz” con la que se fue llenando ese espacio inconmensurable. Eso es Dios como luz, vida, fuente de energía, por lo que las creaciones pudieron empezar con la existencia material. No me detengo ante estas revelaciones, pero de esa manera es como sucedió el milagro.

Después de millones de años de evolución vemos que el universo —que antes, por lo tanto, era invisible— llegó al empuje y a la evolución. Aún no puede ver a Dios como padre y como madre, pero eso será más tarde; aunque puede usted aceptar que también en eso han de estar presentes todos los rasgos divinos, porque por medio de estas revelaciones Dios se manifestaría evolucionando ante Sus creaciones. Me encargaré de que me pueda seguir, así que no ahondaré en las leyes. Esas preguntas las pueden hacer luego sus amigos eruditos, o no entenderá usted nada de lo que quiero decir.

Cuando Dios se manifestó por medio de Sus creaciones, esa vida aún era invisible en los primeros estadios. Todavía no había ni seres humanos ni animales, tampoco naturaleza. Esa vida sucedería solo más tarde, después de la división divina, de la partición para Su ser. Y tuvo lugar, porque esos milagros divinos se produjeron por medio del espacio en el que vivimos por tanto como seres humanos y en el que todo lo que vive adquirió una entidad por Dios. Ahora estamos ante el comienzo de la creación. El sistema planetario llega a revelarse por esa división, y entonces la vida llega al punto en que se van haciendo visibles las primeras nebulosas. Esas nebulosas, hermanas y hermanos míos, se hacen densas, tal como pudo hacerlo Dios. Toda la vida en el espacio llega a tener que aceptar esa materialización. Pero eso iba a suceder por los planetas. El sol y la luna son los primeros cuerpos que pueden participar en esas creaciones divinas. Debido a que entra más y más luz en el universo, la luna se hace más densa como órgano macrocósmico, pero por medio de esa evolución la vida microcósmica llega al primer nacimiento. De modo que lo que Dios pudo hacer para Él mismo, esta evolución, ¡sigue Su vida! ¡Y ahora llegamos a nuestro primer nacimiento humano como existencia embrionaria!

Esa vida, hijos míos, continúa, evoluciona. La luna tenía como tarea, igual que lo pudo hacer Dios, dividirse, partirse. Por medio de esa división los seres humanos adquirimos la vida, y también el animal llegó a la materialización; después sigue la “naturaleza”. Si ahora lo reconduzco a usted a su vida, verá que toda la vida creada por Dios tiene que representar ahora Su Omnipoder. Cada partícula material de este mundo es una partícula de la personalidad divina y representa ahora, como ese grado de vida, a Dios ante la vida humana o animal, ante la vida natural. Eso es Dios, así que ¡Dios jamás fue hombre!

A Karel la cabeza ya le va dando vueltas. Erica pregunta:

—¿No es cierto entonces lo que los seres humanos hemos recibido por la Biblia?

—¿Descubrió su vida falsedades?

—Tendré que aceptar que Dios estuvo en la tierra en el Antiguo Testamento. Pone que el Señor habló a Moisés. ¿No es cierto eso?

—Mi querida alma, quizá ya oírás más sobre esto. Si su erudito espiritual se pudiera inclinar ante esta palabra —las pruebas le serán ofrecidas—, recibirá usted la respuesta. A todos les digo: en esto se han cometido errores. No les quito nada, pero cuando se escribió la Biblia la creación divina ya tenía billones de años. Los reconduzco al estadio anterior, sus eras prehistóricas. En ese instante hubo gente en la tierra y todas esas personas desconocían el Dios de ustedes. Jamás conocieron la Biblia de ustedes. Aun así continuaron y llegaron a mayores alturas, todas esas mujeres y hombres despertaron y alcan-

zaron los cielos de luz. ¿Siente usted esto? No es mi propósito ofrecerles una nueva religión o quitarles una revelación dada. Lo que se desea de mí es explicarles las leyes divinas. ¡Tienen que reflexionar sobre esto! Si pueden hacerme preguntas concretas las trataré y podré materializar esa revelación para sus vidas. De modo que recibirán de mí una respuesta tal como sea su pregunta, su conciencia. Me adapto a sus vidas y no profundizo más, porque los aleja de su propia existencia y vida social. ¡Y eso lo quiero evitar! Intuyan lo que eso significa. Les aconsejo encarecidamente quedarse cerca de sus vidas. Así que quiero decir: no hagan preguntas cuyas leyes de todas formas no podrán procesar. No se alejen demasiado de sus personalidades, intenten no pensar ni sentir por encima de sus capacidades, tarde o temprano sucumbirán.

Si les digo que Dios jamás ha hablado como ser humano es una ley divina. ¡Los primeros seres humanos que estuvieron listos para conocer a Dios, por lo que en la tierra se recibió una religión, recibieron sus enseñanzas de ángeles! ¡De profetas! Pero tampoco esos profetas pudieron desvelar en su época el plan divino, porque no podían —tal como ahora sí lo están viviendo ustedes— explicar al hombre en la tierra las leyes propiamente dichas, dado que de todas formas no serían comprendidas. Así se hizo un comienzo y llegan a conocer a Abraham, Isaac y Jacobo, la Casa de Israel. Vuelvo a decirle: entonces la creación divina ya tenía millones de años. De ese modo puede determinar ahora la personalidad de la humanidad a la que usted pertenece. Los eruditos lo convencerán más tarde, ¡nosotros ahora le traemos ciencia espiritual! ¡Y de esta podemos explicar cualquier ley!

De modo que le tiene que quedar claro que quiero continuar siguiendo su propia vida. Los profetas han hablado sobre Dios, todos ellos trajeron nueva vida a la tierra, una concienciación más elevada, por la que cambiaría el ser de su sociedad.

Karel pregunta ahora:

—¿Hay cielos?

—¡Desde luego!

—¿Hay infiernos que arden y en los que vive el hombre después de morir?

—Vea, amigo mío: ahora estamos ante su propia vida y tenemos que constatar que usted aún no es capaz de pensar para su propia sintonización divina. ¡Pregúnteme antes que nada si hay una muerte! He de decirle entonces: no hay ninguna muerte, su vida como alma y espíritu continúa. Tendrá que regresar usted a Dios para representar el universo divino en SU cercanía inmediata. ¡Lo que ve usted como morir es vida! La personalidad interior —la es usted mismo— tiene sintonización universal. Morir es evolución. De este modo accede usted a un estadio nuevo, el siguiente. Y allí volverá a verse a sí mismo, cuando abandone esta vida material, en un mundo tenebroso o uno radiante de luz, lo que ustedes llaman aquí “infiernos y cielos”. Si usted ha

vivido las leyes para su vida material, si se ha librado de cualquier ley material, su vida interior continúa como alma y espíritu. Pero solo cuando se haya liberado de todas sus leyes del karma. Y son leyes que vuelven a llamarlo a este mundo ¡para purificar sus vidas anteriores y recuperar la armonía con la divina armonía para todo! Allí no se ven infiernos en llamas, allí estará usted ante el fuego de su interior.

—Así que ¿no hay infiernos que arden?

—¡No!

—¿Cómo es allí el alma, como ser humano?

—El alma vive allí cuando aquí haya recibido usted su figura. De modo que el alma es una personalidad espiritual.

Karel continúa y la conversación se pone muy interesante. Vuelve a preguntar:

—¿Cómo puede seguirse eso? ¿Cómo podemos ver los seres humanos nuestra vida interior?

—¿Quién me pregunta ahora algo?

—Soy yo quien le pregunta algo.

—Bueno, amigo mío, se continúa viviendo tal como uno piense y sienta aquí. Y eso es su alma y su espíritu. El espíritu representa ahora el alma que tiene que representar la chispa de Dios. Si habla usted del alma, eso también es la vida en usted. Si se refiere usted a una voluntad propia, eso lo conduce a la personalidad. El alma, para el mundo de ella, vuelve a ser la vida mediante la cual avanza el espíritu. El espíritu es la figura y no ha cambiado en nada para el mundo espiritual.

—¿Así que puedo suponer que existe una pervivencia? ¿Una vida eterna?

—¡Puede aceptarlo!

—¿Tienen razón los teósofos?

—Existe una pervivencia, la teosofía ha podido darle un significado humano a esas leyes por medio de muchas personas. En verdad, existe el volver a nacer. El alma se ha construido la vida espiritual por medio de millones de vidas. Debido a que el alma recibió como la chispa de Dios propiamente dicha, como partícula de Dios, esas vidas materiales, surgió la personalidad de usted. Representa usted ahora un grado de concienciación que no es espiritual en lo que se refiere a las leyes interiores para su alma. Dice usted: es empuje, naturaleza, y eso es cierto, pero no olvide: ese empuje ha adquirido una personalidad propia, además de su propia entidad, como mundo material y espiritual. Cuando usted me habla, me hace preguntas: eso es la personalidad. Esta continúa viviendo y es un cuerpo. Ahora usted está conociendo tres mundos. El mundo para la vida de su alma, su existencia espiritual y material en la que ahora tiene que aprender las leyes. Se ha creado usted un mundo propio por todas esas vidas materiales; cuando esta vida se haya com-

pletado, el espíritu se separará de los vínculos materiales y accederá entonces a la siguiente ley.

—¿En la siguiente existencia para el alma?

—También es posible que usted se esté preparando en otro mundo para volver a este mundo material.

—Y después ¿qué?

—Accederá usted a las leyes para su personalidad. Si usted tiene que vivir aquí en la tierra la causa y el efecto, es posible que esas leyes lo llamen de vuelta a la vida material. Pero así vive usted primero las leyes del karma. Si destruye a un ser humano, si lo asesina, tendrá que encargarse como ser humano de que esta vida reciba un cuerpo nuevo, porque el tiempo cósmico para el alma aún no se había vivido. ¿Entiende? Está usted ahora ante una ley del karma, que lo llama irrevocablemente de vuelta a la tierra. En el momento de morir su vida será atraída por ese mundo y entonces el alma y la personalidad vuelven a sumergirse hasta la existencia embrionaria para esperar el siguiente nacimiento.

—Pero ¿es que usted no sabe nada de eso?

—Usted lo puede saber, si va conociendo las leyes para el alma. Porque usted ve que ahora soy consciente, ¿verdad?

—¿Conoce su vida anterior?

—Eso es en lo que estoy ahora, mi existencia anterior la volveré a ver en Oriente.

—Y ¿esta se despertará de nuevo?

—Ese despertar ya comienza en la madre.

—¿Es por eso que la madre vive fenómenos?

—¿No los recibió mi madre?

—¿Todo fue por usted?

—¡Vivió la sombra de ellos por mi despertar!

—Y ¿también de eso conoce usted las leyes?

—¡Todas!

—¿Está supeditada el alma a algo?

—A nada, siempre sigue avanzando. Tiene en sus manos las leyes para las revelaciones divinas. Las vive. En esta representación de la creación no ha cambiado nada. Lo que hace millones de años eran leyes materiales para el alma ¡lo sigue siendo ahora! Solo ella, vista como ser humano y personalidad, cambió, se hizo más espaciosa, despertó, adquirió concienciación.

—¿Es destino cuando se despierta aquí y vuelve a ser persona?

—Sí, pero lo que quiere decir usted es algo muy diferente. Quiere decir usted si ese destino llegó a sus manos por medio de Dios. Le digo: posee todas esas leyes, las asimiló. Dios le dio la vida cuando Él se manifestó por el universo. ¿Lo siente usted? Esto se ha convertido en una entidad adquirida.

Cuando llegue a la tierra vivirá sus propias leyes. Con esa gente es con la que tiene que ver, está sintonizada con esas vidas. ¡No tiene ninguna importancia donde haya nacido usted! ¡Está usted allí! Y entonces comienza una nueva vida por la que el alma construye, como alma, su personalidad. Para eso se hunde de nuevo en la vida embrionaria, o mataría la fecundación, la ahogaría, se enseñorearía de ella. Los muchos trastornos que se dan en la madre lo remiten a esas leyes.

—Las enfermedades y la demencia, ¿todo eso es desintegración? ¿Surgieron por los propios trastornos?

—Exacto, porque Dios es un Padre de amor. Los seres humanos somos nosotros mismos los culpables de esa desgracia. Ya sentirá seguramente que en esos millones de vidas aún no éramos conscientes. ¿Hasta dónde ha llegado usted para esa concienciación? ¿Qué sabe usted de todas estas leyes para su alma y espiritualidad? ¡Nada! ¿Qué significa ahora la ciencia de ustedes? ¡Nada! Pueden ustedes mitigar algo el dolor material, para ustedes no hay más. Conozca el alma y sus espacios, y hará usted un poderoso trabajo; solo entonces su existencia conocerá la paz y serenidad.

—¿Así que estuvimos donde todos esos pueblos de la tierra?

—Sí, vivieron todos los pueblos. La paternidad y la maternidad tienen profundidad para este mundo, para el espacio, y para las leyes divinas esa profundidad es universal, inconmensurable, y significa que conocieron ustedes millones de padres y madres. El vínculo universal los lleva al espacio, el de su gente a una sociedad. Cristo los enseñó a ver y vivir el amor de forma espacial, porque ustedes, como seres humanos, han de poseer unión y encontrar justificación ante Dios.

—Esto es una revelación para mí, ¿se lo puede imaginar?

—Se le agradezco; acéptelo y no deje que se lo vuelvan a quitar, solo entonces vivirán.

—¿Quién nos envió a usted a nosotros cuando iba a nacer?

—Uno de ustedes dos me atrajo. No voy a entrar en esas leyes, porque si no me harían preguntas que de todas formas no pueden entender. Pero han de saber ustedes que nos conocimos en vidas anteriores. El que yo regresara por medio de las vidas de ustedes es por el pasado, si no estaría ahora en otra parte. ¿Sienten lo profunda que es la personalidad humana?

—La cabeza me da vueltas, ¿y usted también conoce esas leyes?

—Le digo que todas; no hay nada en este espacio que no sepa explicarles.

—¿También en el universo?

—¡Sí!

—¿En el mundo animal y en la naturaleza?

—¡En todo!

—¿Quién es usted?

—Soy un ser humano, pero di muchas vidas por esta sabiduría.

—¿Es posible que eso lo alcancemos también nosotros?

—¿No les dije que son divinos? ¿Qué significa eso? Que tienen que asimilar todas las leyes de Dios para la existencia material y espiritual para todos Sus mundos. Comenzaron ustedes en la selva, ahora se encuentran entre la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), la ley vital más elevada para la vida orgánica, pero por la que se hacen ustedes más espaciosos como alma y espíritu. ¿Sienten este elevarse? Soy un ser humano, pero estudié mi vida, entraba y salía de un templo tras otro, así es como fui adquiriendo conciencia.

—¿Cuál es el objetivo de su vida?

—Ahora estoy en la tierra para conectar Occidente con Oriente. Estoy aquí para dar al ser humano lo que asimilé para mí mismo. Ese es mi cometido y todos ustedes comenzarán con ello algún día.

—Es sorprendente —dice Karel. Entonces Erica pregunta:

—¿Así que voy a perderlo como hijo mío?

—Corazón, no soy su hijo. Mi vida pertenece a la humanidad. Vivo para todas las madres de su mundo. Conozco a millones de padres y madres. Pero no me perderá usted nunca, soy uno con la vida de usted, y seguiré siéndolo. Pero eso es algo que está en sus manos. ¿Ve usted esta máscara? ¿Siente lo que tiene que decirle a su vida?

—Pero entonces lo pierdo a usted, ¿no?

—La muerte hace que pierda usted todo lo de este mundo, ¡salvo a mí!

—¿Y cuando regrese usted a la tierra?

—Quiere decir usted: ¿y cuando esté usted allí y siga viviendo como alma? Pues vuelva a ver usted su propia imagen a través de miles de madres. Los millones de madres los tiene que ver como su propia figura y personalidad. Es impensable una paternidad y maternidad en el mundo para el alma que se pueda imaginar y vivir materialmente: vivimos los unos para los otros y amamos todo lo que vive tal como lo ha creado Dios. Eso es el amor “universal”, hermana mía. Somos hermanas y hermanos, este amor paternal se disuelve en el universal. Pero nunca hay una separación. Podría darles esas pruebas. Aquí está presente otra madre mía.

Karel y Erica, también Anna, ya están tambaleándose, pero ahora están ante una conmoción.

—¿Qué dice usted? —preguntan tres bocas a la vez—. ¿Qué quiere decir? Y sigue:

—¿Se han asustado? Ya lo ven, podría colocarlos ante hechos cósmicos, pero ¿comprenderían y aceptarían su profundidad?

—¿Quiere decir usted que aún hay presente en esta habitación otra madre?

—¿Por qué desean saberlo todo de eso? Les digo: se sentirían más pobres

si les explicara esas leyes, porque produce una división para sus sentimientos como madre. Ahora sentirán otra vida y también tendrán que dividir esa vida con otra persona, aunque usted, como madre material, o sea para esta vida, capte los primeros fenómenos de todos, que le fueron dados por este ser uno. Pero cuando no se posee profundidad espiritual esa posesión se pierde, y la madre anterior estará por encima de su entidad como madre en cuanto a sentimiento. Entiéndame bien, ahora esa vida sentimental está abierta para las leyes y verá usted que surge el contacto para el alma, que tiene sintonización con la otra vida. ¡Aquí habla el amor “universal”! ¡No me perderá usted nunca! Pero ¡yo la echo de menos! Piensa usted que me posee, pero no me tiene. Vuelvo a decirle: el amor materno asciende más y más, esto solo es un vínculo material pero que la lleva directamente al amor universal, y que solo entonces tiene significado.

Mi amor es universal, todas mis madres viven aún, porque yo también fui una. ¿No están ahora perdiendo el equilibrio? No les cuento tonterías, amigos míos. Lo que llevo a sus vidas es la sagrada verdad; ¡les estoy explicando las leyes divinas! ¿Qué saben ustedes de la homosexualidad? Debido a que el alma ha de vivir ambos organismos, pierde los sentimientos para la maternidad y adopta extrañeza ante esas leyes materiales, con las que entonces no sabe qué hacer. Las almas volvemos a Dios por medio de la paternidad y la maternidad. Sus locos les hablan sobre todas esas leyes. En ellas se encuentran los conscientes y los enfermos; los conscientes viven la sociedad de ustedes pero han colisionado con los sistemas.

—¿Conoce usted también esas leyes? —pregunta Karel.

—Esas leyes también se las puedo explicar y solo después aceptará lo que dijo Cristo: “¡Amen (amad) todo lo que vive!”. La paternidad y maternidad son de una profundidad universal. Lo que ustedes, como seres humanos, viven de ello es solo un segundo de millones de horas de tiempo. Pero ¿no lo sabían ustedes, ahora que les toca aceptar que Dios es de una profundidad inconmensurable en Sus creaciones? ¿Qué es la paternidad y la maternidad aquí en la tierra? Aquello en lo que ustedes mismos lo conviertan. Se disuelve en el amor universal, y solo ahora pueden decir: ¡Estoy siendo abierto, mi vida se despierta! Aunque regresen a la vida material y la otra vida more en la vida del espíritu, llamada el “mundo astral”, algún día se quedarán ustedes libres de la materia y continuarán en esa vida.

—Y ¿esas leyes también las conoce usted? —vuelve a preguntar Karel.

—También se me concedió conocer esas leyes y puedo explicarlas para sus vidas. Son las leyes para el alma, como vida, personalidad y espacio. Cada pensamiento y rasgo del carácter está ahora ante el mundo de aquella. Seguramente que ya lo estarán sintiendo: los rasgos de ustedes han de tener sintonización con esa concienciación universal, si no pertenecerán a unas

tinieblas. Si no aman ahora, entonces vivirán semejante infierno, que tiene que representar esta oscuridad de su propia vida. ¡Ese mundo es ahora su sintonización! ¿Ven ahora lo que significa el ser padre y madre para su vida material? ¡No me perderán, porque todos representamos una sola vida! ¡El hombre y la mujer son uno para Dios! Millones de hombres y mujeres poseen también esa sintonización y representan ante Dios ¡una sola vida, una sola ley vital y grado de vida, una sola esfera o infierno, un solo mundo, un solo espacio! ¡Todos nosotros somos uno en eso y también poseemos un solo amor! En la tierra conozco a muchas madres, a muchos padres, pero los veo como mis amigos, es nuestro ser uno, para el que vivimos y para el que moriremos. Cuando eso se llegue a aceptar en este mundo, habrá paz y tranquilidad; ¡están viendo ahora otro hijo como su propia vida!

¿No se lo enseñaron las leyes de Cristo? Tendrán que assimilarlas. Solo entonces se conocerán a sí mismos y se abrirá su vida.

René se levanta, está ante Karel y habla a Erica, a mí y a Anna como un apóstol. Dispara a nuestra vida, cada palabra penetra en nuestros sentimientos. Karel es como un niño, Erica no se había sentido madre hasta ahora. Dice René:

—El momento de morir es cuando se liberan los sistemas materiales, es el alma como espíritu, así que hasta aquí personalidad astral; después ella continúa; pero también el regreso a la tierra es continuar. Seguramente que ya se estarán dando cuenta: quien está listo aquí puede continuar. Los infiernos los han creado ustedes mismos. También crearán los cielos, ¡aquí harán un infierno o un cielo de sí mismos! ¡Cada acción, cada acto se lo dice! ¡Si su vida se sintoniza con las leyes más elevadas, estarán edificando un cielo! ¡Los rasgos más bajos los conducirán a las tinieblas, a la miseria, el frío, la pobreza de espíritu! ¿No es sencillo? ¿Qué van a poder hacer con sus ciencias? ¡Nada! Sientan bien lo que quiero decir. Su sabiduría, amigo mío, se ha hecho servicialmente consciente. Sirviendo ha recibido usted su sabiduría. Las ciencias espirituales para su Occidente están en un punto muerto. Su amigo se estrella contra las leyes del alma. Y usted, contra su propia ignorancia, contra las enfermedades de las que desconoce las leyes. ¿Qué puede ofrecerle un teólogo cuando no conoce a Dios? ¿Puede aceptar usted más tiempo que Dios lo condenará a usted? ¿Le ha quedado claro lo pobre que es usted cuando las leyes le hablan a su vida? Todo esto, que posee ahora, cambiará.

¿En qué viven sus locos? Todas esas almas se olvidaron en vidas anteriores. Por eso entraron en disarmonía con la armonía divina. Usted —esto es a mí mismo— se ha preguntado por qué Dios creó la desgracia que tanto golpeó a esos niños. Dios no golpea, Dios es amor, pero los seres humanos hemos hecho un caos de Su vida.

¿Se ha preguntado usted por qué unas madres dan a luz a sus hijos y otras

suplican tenerlos sin que sean oídas? El alma se ha retirado entonces de la maternidad. No está preparada en ese momento, pero siente ahora que la maternidad vuelva a despertar. ¿Por qué unas madres tienen diez hijos y otras vidas ninguno? Son leyes, el alma se llevó a sí misma al ocaso, a la desintegración.

La madre da a luz a dos hijos para el espacio. ¿Lo siente usted? No, es que tampoco lo puede saber, aún le falta para llegar allí. Dios es Padre y Madre, como seres humanos crearemos dos vidas para el renacer. Así es como puede usted regresar a la tierra. ¿Qué hacen millones de personas? ¡Viven como parásitos! Opinan que no es necesario crear, lo más sagrado de todo no les parece casto. Pero ¿quién les da una nueva vida, un nuevo cuerpo? ¿La madre que da a luz a sus diez o quince hijos! Si todas las madres padecieran parasitismo, se disolvería la vida de la tierra. Pero ¿es que no entienden ustedes que esto ahoga la pervivencia? Pues ¡piensen! ¿A dónde llegaría a parar la humanidad si el padre y la madre se negaran a participar en la creación divina? La vida tiene que servir así a la otra. ¿Siente usted lo que poseen sus universidades? ¿Siente usted cómo es la doctrina y sabiduría de ustedes frente al espacio divino? ¿No es triste esto? ¿Tienen la culpa de todo esto las iglesias? La iglesia obliga al alma a parir, pero esos hombres y esas mujeres parasitan sobre todas esas otras madres. ¿Ven? ¿Esto es Dios! ¡Son las leyes universales ante las que se ve situada la vida de Dios! Y en ello solo habrá cambios cuando la universidad de ustedes conozca estas leyes. ¡Pregúntenme lo que está mal y obtendré la respuesta divina para su vida! ¡No piensen que soy un santo! ¡No lo soy! ¡Soy su hijo! Pero ¡sobre todo su hermano, su amigo!

Créanme cuando les digo que entre la vida y la muerte hay miles de almas esperando un organismo. Y hay madres que destruyen sus vidas. ¿Sienten lo terrible que es todo esto? ¿Piensan ustedes que no han creado disarmonía por sus guerras? ¿No han arrojado ustedes demasiado pronto a miles de almas de sus vidas? ¿Y piensan ustedes que esas almas no tienen que regresar a esta tierra para acabar sus vidas y leyes? ¡Esas vidas fueron destruidas, amputadas con fuerza bruta! Pero la ley material, adquirir conciencia en el cuerpo ¡los conduce a ustedes siempre más arriba! Y fueron despojadas de eso por el odio, la desintegración, la violencia. Y ¡a eso contribuyen las madres, aquellas que parasitan sobre la ley vital espacial para las masas! ¿Sabían ustedes esto? ¿Ha sido posible aprender esto en su universidad? ¡Esto es Dios!

La vida humana les parece a ustedes un caos. ¡Y lo es! Pero el alma como ser humano posee sus leyes de justificación espaciales. ¿Ya sienten lo que quiero decir? Aun así regresa a la tierra. Tiene que hacerlo porque ha de hacerse madre, porque la vida evoluciona por medio de la maternidad. Y ahora ustedes violan una vida. ¿Piensan poder recibir una nueva vida justo después de la muerte? ¡La violencia bruta los aleja de la ley divina, la ley para el nacimiento! ¡Otras permanecieron armoniosas o ya adquirieron armonía con esas

leyes y los proceden a ustedes! Concluirán sus vidas por medio de la concienciación adquirida, pero ya pueden esperar ustedes ahora miles de años antes de que tenga lugar su renacer. Ustedes blindaron sus vidas para la armonía cósmica. ¿No está claro esto? ¿No es justo? Pueden esperar ahora siglos al siguiente nacimiento. Las personas no solo crean miseria material, enfermedades, sino que además generan trastornos cósmicos por la violencia bruta. ¡Y tienen que ser anulados por ustedes mismos! ¡El asesinato los reconduce a ustedes a la tierra! Ahora tienen que dar ustedes a esa alma un nuevo cuerpo. ¡Dios les dio todo! Ustedes mismos se situaron en la disarmonía. ¿Quieren hacerlo por medio de la túnica creadora? ¿Por medio del organismo masculino? ¿Sienten ahora ante qué leyes se encuentran? En primer lugar, ante su asesinato. ¡Eso es algo que ustedes tienen que enmendar! Se encuentran ante el organismo, pero ustedes son creadores. ¿Cuántas vidas necesitan para que lleguen a poder sentirse madres? También se me concedió asimilar esas leyes, amigo mío. Necesitan diez vidas para la paternidad y maternidad para volver a entrar en armonía con la ley divina después de un asesinato. ¿Qué personas, como hombre y mujer, entraron en una inmaculada armonía para el espacio, el amor, la paternidad y la maternidad? ¿Dónde viven esas personas? Sin duda, están en la tierra. Pero ¿sienten que hay millones de personas que tienen que regresar a esta vida para miles de leyes, para reconducirse a sí mismas a la armonía espacial? ¿Lo ven? ¡Eso es Dios! ¿Lo quiso Dios así? No, esto son las leyes para cada pensamiento, cada pensamiento es de una profundidad espacial. Si piensa usted tener que asesinar la vida de Dios, usted mismo se sintoniza con la destrucción, con el trastorno para la vida de su alma, detiene su desarrollo espacial. ¿No es natural?

Ahora vive usted en la tierra, luego continuará. ¿Siente ahora lo que la paternidad y maternidad tiene que decirles a sus vidas? ¿Tengo que odiar a otras madres porque en esta ocasión no me traen al mundo? ¿Saben que un día fui madre de alguno de ustedes? ¿Qué fue de sus conceptos universitarios? Yo, que soy ahora un hijo suyo, un día di a luz a uno de ustedes. ¡Y otra persona a mí! ¿Sienten que sus hijos ya poseen una infinitud? ¿Sienten que esto es el amor universal? Imagínense que los maestros hablaran más adelante desde la otra vida, tal como lo pueden hacer ustedes ahora mediante sus milagros técnicos. ¿Qué dirían ustedes si esa voz dijera: “Soy el profesor M.”? Yo viví allí, pero sigo viviendo y ahora voy a explicar las leyes de Dios tal como fueron creadas. ¿Qué pensaban oír? ¿Podría la gente, las universidades, aceptarme? Ya se lo predigo ahora: ¡ya no falta tanto tiempo! Ustedes ya poseen milagros técnicos que les facultan para llegar a la unión con mundos. Si esta voz, esa personalidad, se pone etérea por el empuje astral, si el aparato técnico posee esa sensibilidad, ese será el instante en que esta humanidad será elevada espiritualmente a las leyes espaciales. ¡Ríanse! ¿Pensaban ya poder encogerse

de hombros ante estos milagros que ya están listos? ¿De dónde creen que recibieron el arte, esta sabiduría, todos sus milagros técnicos? ¿Qué es animación? ¿Qué es inspiración? ¿Cuándo puede decir uno: Entré en contacto, en armonía con lo infinito, con las leyes espaciales, cósmicas? ¿Siente usted su propia pobreza? ¡Entonces ocurrirá! ¡Para sus vidas se caen ahora las máscaras, pero entonces solo para esta humanidad, para todas sus universidades!

Sintonicen tan solo un poco con esa recepción sobrenatural. ¿Qué tiene que aceptar ahora un experto en Dios? ¿Y su teólogo? ¿Y su astrónomo? ¿De verdad que pensaban que yo iba a ridiculizarlos a ustedes? ¿De verdad que pensaban que no estaba preparado? Por todo esto puede usted determinar que puedo vivir la respuesta divina para su vida, y que la recibiré, porque ahora hablan los “cielos”, porque Oriente es conducido a Occidente y porque significa que ¡los pueblos de la tierra llegarán a la unión universal! Somos nosotros, ya se lo dije, es la juventud, ¿el nuevo ser humano? No, eso no; también nosotros somos hijos, igual que ustedes, de un solo Padre, pero muchos de mi propio grado de vida están preparados para llevar a la tierra esa doctrina divina, Su sabiduría, Sus leyes, vida, luz, amor, paternidad y maternidad, renacer. ¡Son estos tiempos los que requieren este despertar, esto no podría haber ocurrido miles de siglos atrás, ahora han llegado ustedes a ese punto!

Ustedes son capaces —no cabe duda— de extirpar este tumor material del cerebro humano, estarían en condiciones de llevar a cabo mucho más que este milagro si conocieran los sistemas materiales para el organismo humano. Y entonces podrán curar enfermos; y curar locos para los primeros grados de todos de estas enfermedades. Pero ¿qué quieren hacer para el alma? ¡Dejen de matar! Den al alma un nuevo organismo, hay miles de personas esperando con impaciencia para que se les conceda continuar la vida material. ¡Den a luz, creen, háganlo por su propio grado de vida, la especie para el organismo material al que pertenecen o su propio grado de vida se extinguirá! ¿Qué les parecería si estas palabras les llegaran desde los cielos? ¿Y si un maestro les explicara las leyes divinas desde la luz? ¿Lo ven? Junto a mí hubo algunos que se abrieron a ello, ¡ya llegaron a ese punto! ¡Todos nosotros recibimos ahora la palabra que nos es enviada directamente desde el espacio, desde los cielos! ¿Querrían ponerla en duda? ¡Y para eso está preparada mi vida! ¡Para eso hice un viaje! Para eso fue abierta mi vida y soy ahora capaz de explicar las leyes para su alma, su espíritu, su existencia material para este mundo y todas las leyes complementarias, también aquellas para el espacio, este universo. ¡Porque hemos llegado hasta nuestra vida y conciencia humanas desde el espacio, por esos planetas!

Usted, amigo mío, puede echar ahora sus cimientos. ¡Vaya edificando su universidad, yo le aportaré las leyes! Y después de la vida de ustedes ese templo recibirá lo más elevado de todo. Más adelante quizá se me conceda expli-

carles en qué marco llegaron a encontrarse. ¡Para eso nos falta todavía!

¿No sentí desagrado cuando violé las leyes divinas? En ese mismo instante me encontré ante los siglos de espera. A mí tampoco me regalaron nada. Pero para esta vida, antes de que yo naciera, estaba despierto y era consciente. Antes de que tuviera lugar mi nacimiento ya supe lo que quería y dónde iba a nacer. No se olviden: durante siglos me dediqué con esfuerzo para que se me concediera llevar las leyes a la tierra. Para ello viví muchas vidas en Oriente. Fui de templo en templo, las primeras clases nos las dieron en el Antiguo Egipto. Mi vida llegó hasta la iglesia y la religión. Conozco vidas en las que serví a la iglesia. ¡No deshagan eso! Piensen que por eso llegó a despertar la vida. Soy todavía un hijo de la iglesia, pero no se olviden: ¡es imposible que Dios condene! ¡Toda religión tiene errores! Y esos errores se disolverán, para eso vendrán las leyes. Solo entonces conocerá el hijo del estado y de la iglesia al Dios de todo lo que vive. Por supuesto: oren, crean, amen todo lo que vive. Pero no se olviden de que las leyes espaciales los colocaron ante el Omniconcepto, es decir: la justicia divina. Tampoco vuelvan a decir que Dios es un canalla, el Antiguo Testamento adquiere concienciación. Se me concedió conocer esas leyes, ¡se me concedió verlas! ¿No pensaban que todos hemos jugado a ser sacerdote o sacerdotisa? ¿A esto lo llamamos jugar? Para dedicarse a ello hay que ir a Oriente. ¡También allí siguen jugando todavía con las leyes divinas, también allí se cree que por ser castos se sirve a Dios! A ellos les explicaré esas leyes. ¡Allí hay que servir en primer lugar la paternidad y maternidad!

¡No destruyan la iglesia! ¡Trajo unidad entre la gente! Gracias a la iglesia las masas, esta humanidad, recibieron una creencia, amor, ascenso, sabiduría vital, unidad. Eso devolvió a esas masas a Dios. Ahora ha llegado el siglo por el que se explican las leyes. Yo he servido a mi iglesia por medio de muchas vidas. Serví a Roma, podrían seguir mi dignidad de cardenal. Pero ¿quién lo va a aceptar a usted? Debido a que al nacer el alma se blindo de su vida anterior como leyes materiales, seguridad corporal, se disuelve para ustedes ese mundo. Pero pueden determinar su vida anterior por medio de los fenómenos. Conocieron a un amigo, a mi amigo Oteb, que adquirió la conciencia sacerdotal por medio de la borrachera. Se preguntaba usted cómo era posible eso; unos se sintonizarán por medio del alcohol con lo sexual, la pasión, la desintegración; otras criaturas querrán hacer cosas sagradas. Esa es la vida anterior, amigo mío, que ahora no despierta —debido a que el alma se ha blindado para el pensamiento y sentimiento de la conciencia diurna—, sino que adopta la conciencia. Los pensamientos materiales se desvanecen, ¡los del subconsciente de usted han despuntado y ahora viven! Ya en el nacimiento uno se nutre de la vida anterior. ¿Lo hice de otra forma? Dominaba a mi madre. No le infligí ninguna desgracia, pero este impulso —es inspiración

sagrada, fueron las fuerzas de mis sentimientos— la despojó de su propio equilibrio. Ahora estaba viviendo a otra persona, pero su personalidad aún no posee eso. Aún tiene que asimilarlo. ¿Es usted diferente cuando se encuentra ante un grado de sentimiento más elevado y tiene que aprender esas leyes? Podría haber constatado de inmediato que esto tiene que ser empuje natural. Usted, padre mío, amigo mío, hermano mío, dijo esto, pero ¡no lo sabía! ¡Lo golpeaba! Tampoco entró en la materia, pero Oteb, su Frederik, siguió estas leyes. Y fui yo quien lo obligó a hacer sus apuntes ya en ese tiempo. ¿Por medio de qué? ¿Por qué? Para que transmitiéramos todo esto a este mundo. ¡Todos nosotros hacemos un solo trabajo! Usted me traería a este mundo y viviría las correspondientes leyes, me crearía. Frederik, Oteb, mi discípulo de vidas anteriores, mi maestro en otra, tendría la capacidad de consignar anotaciones. ¡Para eso nos encontraríamos! ¡Escribió bajo mi voluntad! ¡Usted pensaba que esta vida influía en mí! Es justo al revés. Tuve ese honor, yo tengo esas fuerzas y a usted no le quedó otra que aceptar. Cuando se hicieron esos primeros apuntes, ¡también se habían captado desde mi madre esos primeros pensamientos de todos! ¡Cuando me encontraba viviendo entre el tercer y cuarto mes, hubo un instante de tranquilidad! ¿No conoció usted esas leyes? Desde los primeros días de maternidad, después de la fecundación, ya se despertó mi vida anterior. Los niños que tienen algo que aportar al mundo viven esas leyes. ¡Así es como Mozart y muchos otros recibieron esa seguridad creadora! ¡Esto nunca falla! Esas leyes son infalibles, ¡porque el alma asimiló esa concienciación! ¡Para eso desciende a la tierra! Así es como la humanidad adquirió concienciación. Todo el arte se llevó de esa forma a la tierra, ¡todos esos viejos maestros nacieron para sus cometidos! Se hicieron aptos para ello, unos para la sabiduría, para milagros técnicos, otros para el arte. Sócrates, Platón, todos los grandes de la tierra vivieron su sabiduría de antemano y se hicieron aptos para ella. ¡Eso es para la concienciación de la humanidad! Para eso descendió Cristo desde el Omnigrado divino a la tierra y trajo el divino Evangelio. ¿Vive el ser humano conforme a los mandamientos? ¿Conforme a Su amor? ¿A Su vida? ¿A Sus leyes? ¿Porque no lo hacen ustedes y adquieren alegría y paz para todos? Mozart y todos los demás maestros, los grandes de su mundo, ¡trajeron un despertar por medio del arte! ¡Nosotros ahora para el despertar interior! Para eso me preparé, pero todos nosotros tenemos que ver con este acontecimiento. A partir de este instante, les dije hace unos momentos, ya despertó mi vida en la madre. ¿Se le concedió al maestro en el arte vivirlo de otra forma? ¡Pues no! Esas leyes funcionan exactamente igual. ¡El alma de Galileo se preparó para lo que él fue capaz de hacer! Buda, Mahoma, Ramakrishna, Blavatsky; ya oyen ustedes que conozco a todas mis hermanas y hermanos —aunque no haya leído libros sobre ellos—, se prepararon para traer la verdad universal a la tierra. Ahora voy más lejos, profundizo más,

porque estoy conectado con ellos en una “orden”. Y esa “orden”, amigos míos, ¡nos juntó! ¡Esa orden se llama “Hay que querer servir”! ¡Traigan despertar a la tierra! Apoyen la vida de Dios. ¡Traigan arte a la tierra, alegría vital, felicidad! ¡Amor! ¡Luz! ¡“Paternidad y maternidad” espacial! Antes de que yo fuera atraído hacia su vida, ya sabía dónde iba a nacer. Esa verdad y sabiduría me fue exhibida. Eso lo hizo mi propia vida, ¡mi concienciación! ¡Me entregué por completo, me volví a sumergir hasta el estadio embrionario e infundí alma al fruto! En el instante en que tendría lugar la fecundación descendí desde el espacio hasta sus vidas. Mi conciencia fue creciendo en su vida, despertando, y esos sentimientos los transmití a mi madre, pero a usted, Oteb, lo llevó a pensar y sentir en mi dirección, el objetivo, ¡la tarea para la que ahora vivimos! Pero ¿cómo actuó usted, padre mío? ¿Cómo eran sus pensamientos en torno a todos estos asuntos divinos? ¡Usted se ha mancillado a sí mismo! ¡No dude en deshacerme! Pero ¡se deshará a sí mismo! ¡Quiébreme y se quebrará a sí mismo! Si no acepta eso, estará detenido ante su despertar. Era yo y no Frederik, pero hemos alcanzado esa altura. No piense que sus dementes son capaces de ello. ¡Esto es lo más elevado! ¡Esta es la concienciación más elevada de todas para la vida de ustedes, es una posesión propia! Me pertenece, pero mi “orden” me ayuda, me apoya, me anima. Ahora están ustedes ante la verdadera inspiración, yo soy capaz de vivir la inspiración espiritual. Mozart, Beethoven, Bach y los demás pudieron hacerlo. ¡La tierra lo posee ahora todo! ¡Ninguno de los artistas de ustedes lo superará con sus creaciones! ¡Es imposible porque se alcanzó lo más elevado!

Así que es sencillo que me provocara mi propio despertar, mi alma había nacido para ello, ¡soy yo! Por eso despertó mi vida, pero usted vivió fenómenos que eran antinaturales, que no tienen nada que ver con lo antinatural, ¡estaban determinados de forma real y por ley! Esas son las leyes para su propio yo, ¡su personalidad adquirida! Además, puede usted aceptar que por medio de esto levantaremos ahora otra Universidad. ¡Frederik recibió esos sentimientos de mí! ¡Quiero construir una Universidad! ¡Esas fuerzas me fueron dadas! ¡Me preparé para ello! La personalidad de Frederik, sin embargo, estaba abierta a esas leyes. No podía vivir de otra manera, para eso recibió su nueva vida. Ya lo sentirán: todo está calculado y meditado de antemano, pero ¡desde hace siglos! ¡Eso, pues, es hacer añicos las máscaras que poseen una realidad humana, espiritual y cósmica y que son divinas! De modo que todo lo que usted tuvo que aceptar por medio de mi concienciación, madre mía, le llegó a usted debido a que no estaba preparada para esa vida sentimental. Y entonces hubo fenómenos. Estamos relacionados, nuestras vidas están sintonizadas la una con la otra. ¡Ahora estoy enmendando en sus vidas de lo que le privé en vidas anteriores! Ahora estoy elevando sus vidas a una concienciación más elevada, ¡lo que quebré en vidas anteriores! Enmiendo en sus

vidas, porque ¡esa es la ley por la que se nos concedió conocernos! Enmendaré hasta que haya devuelto la armonía a mis propias leyes. Pero si no me quieren tener —y no me digan que eso no es muy sencillo— entonces los hijos se van de sus padres y ¡se destruyen los lazos paternos y filiales! Pero ¡entonces me voy! ¡Toca a su vida aceptarme ahora! Le digo: ¡Quiero servirle! Pero si su vida no quisiera aceptarme, ¡entonces esa ley de causa y efecto se disuelve por completo y podré ir a donde quiera! ¡Ahora estoy tomando las riendas de mi propia vida! Y no solo para estas leyes —la paternidad y la maternidad—, sino ¡para miles!

¡Vean, si las personas no están preparadas unas para otras, si pisotean las leyes divinas, ¡son ellas mismas las culpables de su tristeza! Pero algún día ustedes estarán unos frente a otros y tendrán que aceptar esa disarmonía, ¡hasta que ustedes mismos hayan cambiado sus vidas para el amor espacial, se les concediera sintonizarlas con este!

Esta es mi tarea, mi trabajo para sus vidas. Si un padre y una madre aún no están en ese punto, los lazos divinos se desgarran. Pero ¿de quién es la culpa? ¿Cómo fueron sus actos? ¿Cómo fueron este pensar y sentir suyos en esta vida? ¿Qué es pues sabiduría? ¿Pensaban que aportan claridad derribando todo lo que es de Dios? ¡Hemos luchado y batallado frente a su ineptitud e inconsciencia! Tuvimos que aceptar su ignorancia, pero ¿cómo cambió su vida? ¿Sería capaz todavía de vender los regalos espirituales, espaciales, por un solo florín con cuarenta? ¿Y le gustaría apoyar así a los pobres de su mundo? ¡Por la sangre de otra persona! ¿Siente usted que hemos enmendado algo para sus vidas? Esto se nos concedió llevarlo a cabo. ¿Qué hizo su Frederik? Él pensaba poder repartir entre la gente caritas de Dios. Pero ¿era Dios? ¡Era yo! ¡Fui yo quien lo envió a sus vidas para comenzar con nuestra tarea! ¡Estos regalos no los recibió de su Dios, sino que esos sentimientos llegaron desde mi vida hasta el centro sentimental abierto de su propia personalidad! ¡Dios ya no tiene nada que ver con todo esto! ¡Esa sintonización divina vive en su vida! ¡Nosotros, como seres humanos, somos uno! Eso es lo que determinó Dios en el momento de Sus revelaciones a nuestras vidas. Pero ¡nosotros íbamos a asimilar Sus espacios, como alma, espíritu y materia! Debido a que Frederik se sintonizó con lo etéreo del alma, ¡absorbió esa aura vital y llegó entonces al pensamiento y sentimiento para la vida interior! Así despertó su vida, su personalidad. ¡Yo, desde mí mismo! ¡Esas leyes de concienciación estaban listas para pasar al empuje material! ¿No es sencillo? Repasen ahora todos sus pensamientos y sentimientos, y entonces podrán responder por su propia cuenta. ¡Esta es la fuente universal de la que se nutrió, la claridad inmaculada que ha llegado a despertar para su vida!

¡Ninguna personalidad astral pudo ayudarla con eso! ¡Primero tenía que empezar usted misma! Primero tendrá que sintonizar su pensar y sentir mate-

rial con las leyes para el alma, su vida interior. ¡Y para eso vivió usted! ¡Así fue como su vida llegó a la sintonización y unión conmigo! Lo que experimentó la madre lo recibió usted desde mi vida, ¡porque así lo quiso usted! O no habría sido posible. Así ve que cada ser es capaz de captar sabiduría divina. Pero primero tiene que liberarse de la desintegración material. ¡Y ha visto usted cómo cambian de todas formas sus vidas! Usted llegó de modo inconsciente al pensamiento y sentimiento para su alma. Todos esos fenómenos llevaron su vida a ese mundo mental. ¡Así es como aprende a pensar para su vida interior! ¡Y entonces pasó a usted misma eso de echar a patadas a Frederik en la acequia! ¿Despertó entonces su vida? El acto material adquirió entonces sintonización con su alma, su existencia espiritual. ¿Ve usted ahora que es capaz de convertir sus vidas en un éxito? Está usted en vías de llevar a la revelación material lo divino en su vida. Cada acto puede tener ahora un espacio espiritual. Ahora morir es continuar, felicidad, ¡el adiós, hasta luego! ¡Ahora la muerte es su amiga! ¡Ahora la muerte habla con su vida! Antes era dura, inalcanzable, antinatural, ¡por culpa de ustedes mismos! ¡Ahora se ha convertido en espacio, concienciación, amor, unión, padre, madre, hermana, hermano, su sabiduría vital, su guía para abrir las vidas para su alma! ¡Quédense detenidos ante una muerte y se ahogarán por miles de vidas! La muerte es capaz de hacerlo, ¡su alma y personalidad están en punto muerto! ¿Que si son tonterías? Es la delimitación de lo limitado; ¡ustedes son ilimitados para todo! ¡Si es que quieren despertar!

Frederik lo obtuvo por su pensamiento y sentimiento, porque tiene el deseo, la concienciación, de llegar a ese despertar. ¡Si no él también habría vuelto a ahogar su vida! ¡Dios está vivo en ustedes! Despierten esa divinidad en ustedes. ¿Cómo podrán llegar hasta allí? ¡Cada pensamiento se hace más etéreo si representa el amor del que usted lo dota! ¿No es esta una ley filosófica? ¿Estaba Sócrates muy alejado de esto? ¿Sienten que puedo dar clases académicas a esos grandes? ¿No es esta la palabra divina? ¿No es esto lo más sagrado para sus vidas? ¡Den a sus pensamientos la sensibilidad etérea de su alma! ¡Tiene la sintonización divina, es ella! Ella, como la personalidad, crea, da a luz, una y otra vez, a nuevos pensamientos, y todos esos rasgos representan su vida. ¡Esa es la personalidad! ¡Tiene millones de años! ¡Háganlo cada segundo! ¿Qué dirá la gente de la vida y personalidad de ustedes? Pero, miren, ¿qué clase de persona es esa? ¡Usted atrae vidas! ¡A usted lo siente la gente! ¡El amor lo vence todo! ¿Cómo son ustedes como hombre y mujer, como madre? ¿Creen que reciben amor unos de otros? ¡Si un solo rasgo es aún inconsciente para ese amor más elevado, le faltará a su personalidad el sentimiento que se requiere para vivir ese amor más elevado, etéreo, por el que los corazones llegan a la unión! Y ahora centenares de rasgos, ¡privados todos ellos de esa sensibilidad espacial, espiritual? ¿Quieren decir que poseen

amor? ¿Que se han vivido unos a otros por el amor? ¿Quieren hacerme creer que nací por su amor? ¿Pensaban poder elevar todos sus sistemas materiales hasta esos sentimientos espaciales para poder vivir ese poderoso ser uno, del que son capaces y que poseen gracias a sus cuerpos? ¿Sienten su propia inconsciencia ahora que esas leyes les hablan? Lo que viven ustedes es bienestar material, su alma no adquiere sentimiento, no vive nada en ese instante, porque no es posible. Miles de rasgos que forman parte de su carácter humano se niegan a rendir servicio a ese amor, para alimentar ese amor, esa unión espacial; son incapaces. ¿Y aun así quieren ustedes buscar, intentar encontrar la felicidad en otra persona y vivirla en ella? Su propio yo aún está cerrado a ello. Piensan ustedes de forma material, animal. Si quieren vivir un amor espacial, profundo, descender hasta el infinito en el otro corazón, sentir una felicidad que aún no conocen, el beso universal, den entonces a los rasgos de su carácter una animación espiritual. ¡Elévenlos, anímenlos con el núcleo divino con el que tiene sintonización su vida y que le ha sido dado por el Dios de la vida!

Solo entonces podrá decir: ¡tengo felicidad! ¡Solo entonces sabrá que durante su parto y creación recibe el amor materno, y que su vida está abierta al amor espacial! ¿Lo conoce? ¿Ya lo vivió? Fui atraído por un deseo material. Pero le aseguro que si hubiera conocido usted todas estas leyes, usted, como madre, ¡ya podría haber hablado con mi vida y mi espacio de sentimientos durante esos primeros días! Podría haber vivido ese amor, pero ¡no fue capaz! ¿Le supone un golpe? ¿Es culpa mía? ¿Está empezando a comprender un poco lo que le espera? ¿En lo que puede convertir sus vidas? ¡Esto está en todos ustedes! ¡Dios vive en ustedes!

¡Den ahora espacio a todos sus rasgos y serán espacio! ¡Den amor a todos sus pensamientos y representarán ustedes amor! Den a esa concienciación esa fuerza sobrenatural, como alma está abierta a ello. Esas fuerzas tienen un significado divino, ¡Dios se las dio a las vidas de ustedes! Solo entonces sus vidas llegarán al inmaculado despertar y tendrá esta vida que darles a ustedes la existencia divina. Entonces podrán dedicarse al arte, al amor: la paternidad y maternidad es lo más elevado de todo para este su espacio. Sépanlo ahora: la madre es la posesión más elevada para su vida, usted como hombre anda al margen de la creación, ¡no parasite más tiempo sobre otras vidas, ni por medio de ellas!

¡Amen! ¡Den amor! ¡Ahora están ante una infinitud! ¿Es tan difícil de comprender esto? ¡Frederik vivió por medio de mí! Usted vivió por medio de mí, madre mía, pero ¡es lo que le hizo despertar! Más tarde nos encontraremos en el mundo para el alma como una personalidad, y seguiremos más allá y más arriba. ¿Puede ser de otra manera? ¿Qué cosas le quedan por aprender a esta humanidad? ¿Cómo tiene que cambiar la sociedad? ¡Soy Rachi-Hadju, padre

y madre! ¡Es lo que soy! ¿Es extraño? Ustedes leyeron mis artículos y ¿cambiaron ustedes por eso? ¡Estoy agradecido a su vida y a sus personalidades! ¿Les parece un milagro? ¡Era yo ese niño loco! ¡Lo sigo siendo, pero con fuerzas y leyes sobrenaturales! Conocerán ese amor. ¡Yo soy quien escribí todas esas cosas hermosas! Pero habrá más milagros que llegarán a revelarse para sus vidas. ¡Reconduzco sus vidas al origen! ¡Les doy mi amor, pero no me detengan! ¡No hay forma de pararme! Ninguno de ustedes tiene derecho de hacerlo, este mundo escuchará más adelante y aceptará lo que tengo para dar por medio de mi concienciación.

¿Qué más quieren saber de mi juventud? Esos fenómenos se explican en cuestión de segundos. Mi vida sentimental se materializó por todo. ¡Esas palabras materiales las extraje de sus vidas! ¡Esa descomposición material la saqué de sus vidas, porque eran ustedes, son ustedes! ¡No yo! En esos días fui tocado por sus vidas. Me siguieron otras fuerzas, pero de todas formas seguí predominando. ¿No se lo dijo Marja? ¿Se asusta? ¿Tiene miedo? Si alguna vez oye que otros sentimientos representan y materializan esta palabra, sepa entonces, madre mía, que ¡esta es la vida que pertenece a mi conciencia! Sin duda que me casaré, pero ¡no con aquella que no fue creada para mí por el mundo de usted, sino con quien yo mismo creé para mi vida! ¡Ella sí que vive! ¿No conocen las leyes de aquella mañana? ¿No las oyeron por mi vida y conciencia infantiles? Ya entonces, madre mía, nuestras vidas se tocaron. ¡Me envié su primer beso! Nada puede detener este proceso, ¡nos hemos preparado para esas leyes! ¡Oigan la palabra “Marja”! ¡Es mi alma! Recorrimos muchas vidas; ahora viviremos y recibiremos juntos el amor universal, ¡hasta ahora no había sido posible!

Marja, ¿dónde está?

Marja, ¿dónde vive?

Marja, ¿siente mi amor?

Marja... ¡estoy preparado! ¡Aguardo su vida! Mamá, ¿se acuerda de cuando yo subía los peldaños y miraba hacia un espacio? ¡Entonces me hacía uno con mi vida anterior! ¡Allí, delante de mí, en el espacio, vivía Marja! ¡Ella también buscaba, ella también quiere dar amor y servir! Pero ¡a mí y, por nuestra unión, a esta humanidad! ¿No conoce usted todavía estos acontecimientos, papá? ¡Entonces los conocerá ahora! ¡Por aquel entonces usted se reía de todo! Entonces se encogía de hombros; ahora su vida está abierta para conocer también esas leyes. Marja... ¡venga!

Deje que mamá le explique estas horas. Pero ya ve usted que soy consciente de todo. Yo salía como niño, paseaba por otra naturaleza. ¿No es esa la vida para el alma? Es la personalidad espiritual que puede vivir en miles de mundos a la vez, porque ¡también Dios está en millones de vidas y mundos a la vez! Lo sé, también en eso me hice consciente. Y en eso nos hemos encontra-

do, Frederik, Oteb, allí conocimos esta existencia material. Entonces dije a su vida: ya alcanzaré su vida. Ahora voy muy por delante de usted. Pero ¿es verdad esto? ¿No viví a la edad de cinco años el auge de mi personalidad? Y, además, pudo sentir usted ese amor y me encontré ante su vida en este sueño ¡que no es sueño sino que quiere ser el liberarse de las leyes materiales!

Las leyes son explicadas a sus vidas. Han de saber ahora que cuando oigan pronunciarse el nombre de ella es conducida a mi vida por leyes. Y esas leyes quieren decir a su vida: vean, primero enmendaremos; enmendaremos lo que quitamos a otras vidas, pero ahora lo reconduzco a sus vidas. ¡Les estoy dando ahora profecías! ¡Las leyes de nuestra vida! ¡Las leyes de Dios! ¡Marja también vive! ¡Estoy esperando! Pero ¡ella vendrá! Sin embargo, ¿qué hace cada ser humano? ¿Por qué no pueden esperar hasta que hablen las leyes para su amor? Son estas las que los envían hasta su propia vida. Han de saber que cada ser humano recibe su propio amor y que sin embargo no comprenderán ustedes ese amor más elevado, ni podrán vivirlo, porque su personalidad no está abierta a ello. Recibirán ese amor que ustedes mismos han ido despertando, pero sus deseos animales siempre salen a la luz. ¡De modo que no pueden esquivar su posesión adquirida ni a mí! ¿Qué querrían saber de estas leyes? Aguardo hasta que mi amor sea llevado a mi corazón. Puedo esperar, mamá, papá y amigo, ¡porque sé! Recibiré mi amor con una puntualidad de segundos, ¡ustedes están buscando su amor! ¡Yo no! Yo recibo ese amor enviado desde el espacio, y ¡estoy seguro de su felicidad y de la mía! Ustedes no, ustedes mismos buscan amor, no esperan, son incapaces de hacerlo, viven como el animal que conoce y posee, ¡todo lo que vive es para ustedes! Pero ¡las leyes lo explican de otra manera! ¡Es lo que me hace estar seguro de mi amor!

Marja vendrá, madre mía. ¿Se acuerda usted de que pronuncié su nombre? ¿No fue esto una ley sobrenatural para la vida de usted? ¡Marja vendrá! ¡Marja es mi alma! Cuando Dios nos dio todo y los seres humanos llegamos a la división para nuestra existencia fuimos observando las leyes divinas. En ese primer estadio eso sucedió con armonía cósmica. Dividimos nuestra vida tal como lo pudo hacer Dios para el infinito. Puso esas manos en nuestras manos, ¡éramos leyes! ¡Todo nuestro pensar y sentir y la vida que recibimos es una ley! ¡Es la vida! ¡Y esa vida es Dios! Y, mira, ¡fue allí donde nos dividimos por primera vez! Pues esa parte de mí mismo, que nació de mí, esa partícula, esa vida del alma regresa ahora a mi vida. Fuimos uno en muchas vidas, pero luego nos olvidamos a nosotros mismos y tuvimos que aceptar, yo y ella, usted también, que otras vidas fueron reclamando aquella parte de su alma que es parte de su propia vida, ¡porque uno de nosotros, o los dos, habíamos violado esa vida! ¡Entonces se separaron nuestras vidas! Eso lo tuvimos que aceptar, ¡fuimos por diferentes caminos durante muchas vidas! Ahora sé que Marja vive y que me encontraré con ella. Mamá, papá: ¡ella será como soy

yo! ¡Ella será como ustedes quieren que sea! Nosotros vivimos para ustedes y ustedes para nosotros. Pero los portaremos y por medio de nosotros recibirán vida y amor.

¡Marja vive!

¡Marja me reconocerá!

¡Yo la reconoceré cuando hable aquel segundo para esas leyes que ahora despiertan a nuestras vidas y nuestro amor como almas gemelas! ¿Así que esas leyes me llevan hasta ella y a ella a mi vida? Esas leyes funcionan tan infaliblemente que no hay quien pueda parar ese amor, pueda destruirlo, ¡ese amor es para mí! ¡Esas leyes devuelven a Marja a mi vida, y a mí, a ella! ¡Ustedes lo vivirán! Tendrán que aceptar todo esto cuando se les sitúe ante esta verdad universal. Y entonces ya no habrá nada que nos estorbe.

Sí, sí, mamá, Marja vive. Aún no está despierta, pero está despertando. Cada pensamiento que la entristece, que por ejemplo le da dolor y pena, lo cual no siempre es necesario, la conduce a su despertar espiritual, a mí. ¡Seremos uno en todo!

¡Marja vendrá!

Aguardo y voy a comenzar ahora mi vida y la de ella. Ahora pueden llamar a sus eruditos. Fijen la hora. Estoy listo y soy consciente para la sabiduría y universidad de ellos. ¿O pensaba usted que no? ¿Son suficientes pruebas para su vida? Mañana me pueden hacer preguntas de nuevo. Ahora les deseo a todos buenas noches, descanso y paz. Su Rachi-Hadju. No hablen de esto o todo lo que escribo ya no tendrá valor. ¡Porque no he conocido un desarrollo universitario, no lo recibí! Para que mi palabra llegue a significar algo necesito el título de ustedes. Pero ¿podría haber sido abierto yo —lo cual también era posible— por la universidad de ustedes? ¿Podrían haber llevado allí sus grandes mi vida al despertar? ¡Todo eso habría ahogado mi alma! ¿Lo sienten? Entonces me habrían sepultado bajo el saber de ustedes. Mi vida no se podría haber abierto, tenía que seguir vacío, no había más remedio. Pero ¡despertar sin haber sido contagiado! ¡Los saludo!

Y desaparece al instante ante nuestra vista. Karel es el primero que se vuelve a encontrar. Dice:

—¿No es un milagro, Frederik? ¡René es un milagro espiritual! Dios mío, Erica, ¿a qué debemos esto? Me ahogo ahora en esas palabras. ¡Es él! ¿Qué queremos? ¡Nada! ¿Qué podemos hacer? ¡Nada! ¿Qué somos? ¡Nada! ¡Me doy por vencido, Frederik! ¡René me ha infundido un sagrado respeto! Dios mío, cómo voy a procesar todo esto. Vamos, hay que brindar por esto, casi me ahogo.

Karel sirve una buena copa de vino. Erica no consigue salir de su parálisis. Sus ojos irradian una veneración sagrada. Qué hermosa se ha puesto. Y entonces se abalanza sobre Karel, besándolo. Karel solloza. Brindo con Anna.

¡Ella también recibe su beso! No nos cansamos de hablar, de pensar. No queremos ir a dormir, porque casi estallamos de felicidad.

—Dios mío —oigo decir a Karel una y otra vez—, ¿cómo es posible! ¿Qué impresión te dio, Erica? ¿Qué conciencia esta! En el fondo, ¿qué sabemos los seres humanos? Oh, las caras que pondrán los eruditos. Esto ya no hay quien pueda negarlo. Contra esto no se puede objetar nada, o hay que tener ganas de cargárselo a conciencia. Pero ¡yo estoy a su lado! ¡Rachi-Hadju! Mi Frederik, ¿lo sabías?

—Lo sabía todo, Karel.

—Y ¿aquello de esa Marja?

—También.

—Y ¿sabes dónde vive esa criatura?

—No, no lo sé. Pero por ahí entre su quinto y sexto año —¿no es así, Erica?— ya hablaba de ella. Podría mirártelo en un abrir y cerrar de ojos en el cuaderno de bitácora.

—¿Está negro sobre blanco, Frederik?

—Desde luego.

—Entonces va a ser una revelación. Cielos, pero ¿qué clase de personas somos? ¿Qué cosas viviremos con él todavía? ¡Milagros! ¿No es imponente, Erica? Venga, Frederik, dale un beso a Anna. Comparte con ella esta felicidad. ¡Hazlo!

—¡Anna la comparte desde hace tanto, Karel!

—¿Cómo dices?

—¡Que Anna es para mí lo que esa Marja será para René!

—¿Lo dices en serio, Frederik?

—¡Desde hace tanto tiempo, Karel!

—Entonces te doy mi bendición, monosabio, eso ya se lo podrías haber dicho alguna vez a tu padre. ¿Me hablas en serio?

—Bueno, Anna, mejor dale a ese gritón su beso. Le daré el mío a Erica. Se supone que ya podemos darnos por tocados por una bienaventuranza espacial.

Erica recibe su beso y Karel también. Karel dice:

—Si lo entiendo todo bien, Frederik, has venido aquí para conseguir a Anna. ¿Saben (sabéis) el uno del otro?

—René aún no me contó todo al respecto, pero esa sabiduría también se me fue enviada. ¡Es Anna! ¡Siempre lo fue! Lástima que no podemos llegar a tener cuatrocientos setenta años, no me habría importado repetir un poco, pero ¡desde este saber y pensar! Desde este mutuo amor consciente.

—¿Desde cuándo ya lo sabes, Frederik?

—¿Te acuerdas de cuando llevamos juntos a René? ¿Recuerdas que entonces nos tomamos unos tragos y que me colocaste ante estas leyes? Más

tarde volvías una y otra vez sobre lo mismo, Karel. En casa también lo preguntabas, igual que Erica, pero ¡nosotros no reaccionábamos! Sin embargo, ya entonces, todo estaba encarrilado. Hice esperar a Anna y sigo haciéndolo. Todavía no hemos llegado, pero ¡lo sabíamos! ¡Nos hemos abierto para René! ¡Entonces tenía el sentimiento en mí de que no podía dividir mi vida! Hice bien en no hacerlo; de esa forma podía ayudar a René, y ahora sé que así sucedió. Mañana le haremos estas preguntas y lo oirás. Estoy tan contento de haber podido esperar, pero Anna me siguió, volvió a sintonizarse con mi vida y así despertó. ¡Ahora sabemos lo que es el amor y lo que tenemos que hacer para guardar este sagrado amor, para vivirlo! ¡Me voy a dormir!

—Ya te gustaría, ¿verdad? Pues te vas a quedar un rato más. Ven, Anna, ¡brindo por tu amor eterno!

¡Esa noche Anna pudo calzar sus pequeñas sandalias de color blanco plateado! Las mías ya estaban delante de la cama, las llevaba desde hacía tiempo, en el fondo sin darme cuenta. Karel está empezando a tejer las tuyas. Erica también. Las hermosas túnicas —añadí todavía al cuaderno de bitácora— vendrán más tarde. Pero ¡vamos creciendo hacia el amor y la unión universales! Y eso ¡por nuestro loco! Ahora ya no me atrevo a decirlo. Karel tampoco, ¡ninguno de nosotros! ¿Sientes el corazón desbocado de Anna? ¡Es para mí! ¡Para mí! Solo para mí, porque a mí también se me concedió merecerme-la. Y ¡ella me merecía! ¡Así es como lo vemos ahora, así es como lo sentimos ahora! Y eso por René.

La mañana siguiente, a las diez, llegaron flores. ¡Para René, Anna, Erica y para mí! Se las dimos a René. Venían de Karel. Había también ramilletes de violetas, de margaritas y de nomeolvides. Salí de la casa para llorar a mi aire en el bosque, ¡ni siquiera podía procesar todo ese amor! “Santo cielo, ¡qué hermosa es la gente!”, exclamó Karel. Y deberías haberlo visto entonces. ¡Erica sucumbió bajo su amor! De verdad, se cayó al suelo, delante de nosotros. Karel la levantó, y echada en sus brazos ella abrió los ojos. Las palabras que entonces le cruzaron los labios no podían significar más que “Karel”.

—¡Karel! ¡Karel! Pero ¡Karel mío! ¿A qué debemos esto? ¿Te quedarás ahora siempre conmigo? ¿No te irás nunca de mí? ¿No te voy a perder allí? Se lo preguntaremos al maestro, Karel. Jamás te quiero volver a perder. Me moriría, Karel. Créeme, sé lo que digo: me moriría. Ahora te has hecho tan cariñoso, tan bueno (—dijo).

Opté por marcharme. Yo también sentía plenitud y todavía tenía que decirle algo a Anna, y ella, a mí. Nuestro maestro se fue, como de costumbre, a clase, pintó, trabajaba como si no nos hubiera dado nada. Así fue pasando el día. A las ocho —Karel lo ha organizado de tal forma que esta noche no puedan molestarlo— ya estamos esperando al maestro. A los ocho y diez entra René. Se sienta, pero primero llegamos a sentir su mano en la nuestra,

Erica recibe su beso, Karel su gesto con la cabeza, Anna y yo su saludo. Planeamos, estallamos de felicidad, es un festín para nosotros. Vemos cómo se va transformando en otra personalidad. Y un poco después se abren esos milagrosos labios y nos llega:

—¿Qué quieres saber, papá?

—Mejor que pregunte mamá.

Primero oímos los familiares “tú” y “te”, el “papá y mamá”, pero cuando su alma atrae la concienciación más elevada y él sintoniza con ella, llegan “usted” y “se”, más elevados, y ¡el pasado se pone a hablar con el presente! ¡Rachi-Hadju contra Occidente!

Erica pregunta de inmediato:

—¿Sabes quizá si tendré que perder a Karel?

—¡Cómo puede hacer una pregunta sobre esto!

Ya oigo que de golpe estamos ante el maestro cuando añade:

—¿No siente usted el peligro de su pregunta? Pues no se preocupe, no se asuste, le explicaré esas leyes. En estos momentos no le gustaría a usted perder su amor. Y eso es comprensible. Puede considerarse afortunada, ¡es él! Pero, si no fuera él, entonces ¿qué? Entonces ha de aceptar que más tarde pertenecerá usted a otro. Pero de eso no sabe usted nada; la siguiente vida, sin embargo, la coloca ante esas leyes. Cuando continúe usted para su vida espiritual, su amor también, entonces allí llegará a estar ante su amor universal. ¡Y ese amor domina a este! Se inclinará usted de inmediato ante ese amor, ante esa personalidad. Si lleva usted en su vida la luz para ese amor, es que lo sabrá. Si no tiene esa luz, entonces ¡tampoco tendrá esa sabiduría! Y entonces su amor vivirá en otra parte. Se puede vivir en un solo mundo o en diferentes mundos. ¿Está usted dividida, pues? No: entonces tiene que aceptar que los dos tienen otra sintonización con el amor. Y las leyes la obligan a aceptar esa vida que pertenece a la suya. ¿Es esa la parte de su alma? Ahora continúan ustedes para la eternidad.

Si su vida pertenece a otra alma, ¡entonces esa es la vida de usted! Con esa vida empezó usted su vuelta cósmica. ¡Y esa vida del alma viene a usted! ¡Ustedes se encontrarán! ¡Tienen que conocerse! ¡Porque ambos son una sola vida! Nadie es capaz de separar sus vidas. Lo que aquí pertenece ahora a otra persona, eso puede ser la vida de usted. Así que si ahora usted vuelve a estar en su armonía espacial, entonces recibirá su amor espacial. Ella o él, alguien. No, es así: ambos van caminando el uno hacia el otro. No pueden eludirse en este espacio, en esta inconmensurabilidad. Fueron de un planeta a otro, aquí en la tierra se reencontraron. Karel es la parte de su vida; es usted quien pertenece a él. Si esto no fuera así, entonces yo debería haberle explicado que usted y él nacieron para otras vidas. De modo que durante su existencia terrenal usted vive el enmendar, el regresar a la armonía divina a la que pertenece.

Sí, lo veo: ustedes son uno solo. Sus caracteres se corresponden, sus almas tienen que representar el mismo grado. Esta vida ya es para usted la que dura eternamente. También podría haber ocurrido que pertenecieran ustedes a otras personas. Y la gente vive estas leyes por medio de diversas posibilidades.

Así que no puede usted buscar su amor: usted misma ha determinado este amor por ley. Claro, puede usted desfogarse, puede atraer a diez hombres a su vida, a veinte, pero entonces es pasión y violencia. ¡Eso es autodestrucción! Sus anclas divinas han roto amarras. ¿Pertenece eso a la construcción? A la desintegración. Quien posee en verdad amor completa una sola vida. Quien sea capaz de eso ¡está ante el amor más espacioso, el más elevado, el otro! Y solo entonces llega usted a estar ante leyes nuevas. Si entonces está libre de causa y efecto, entonces es posible que quizá le llegue. Pero ¿supone usted que también el amor ha de vivir la causa y el efecto? Entonces su amor posee otra vida. Y esa vida ama el amor de usted. Así puede usted encontrar al margen de las leyes un camarada que comparta con usted la vida; aun así, sus vidas volverán a separarse. ¡Lo que usted sintió ayer y esta mañana, madre mía, es la posesión conseguida por Oteb, la posesión de su Frederik y de mi madre del pasado, Anna!

René aguarda un instante. Nosotros pensamos. Erica dice, mientras le caen las lágrimas por las mejillas:

—¿Es por eso, Anna, que te incorporaste a nosotros y que se te concedió comprenderlo a él tan bien? ¿Es por eso que posees ese amor por tu vida de antes? ¿Eras tú su madre?

—Y Oteb era mi padre... ¡Una vez fuimos uno en el templo de Re y Ra, y más tarde en el de Isis! Se nos concedió conocernos en otras vidas y nos entregamos el uno al otro. ¿Siente ahora lo que es el amor universal? No este, sino el otro, que ahora ha despertado en su vida. Frederik llegó a su vida. Anna llegó a su vida. ¡También yo! Las leyes funcionan infaliblemente para sus vidas y su muerte. Pero ¡detrás de la muerte vive su nueva y próxima vida! ¡Su amor! ¡Su felicidad! ¡Prepárese para eso, sirva esta vida, dé todo su amor a su marido, o a su esposa, sus hijos, haga para todos ustedes un camino que los reconducirá hasta su Padre!

¿Por qué suceden estos milagros? ¡Yo los llevé a su vida! Ustedes se juntaron desde mi vida. Debido a que todas estas leyes adquirieron esta concienciación, y sus vidas han entrado en armonía para el amor espiritual, hemos llegado hasta este punto. Y eso lo viven millones de almas. Millones de almas viven estas revelaciones, pero no conocen las leyes. ¡No busque su amor, tarde o temprano llegará, y comience ahora con la verdadera benevolencia, comience a abrir su personalidad, libérese de las leyes materiales, ame, sirva!

Esto ya vivía en Anna cuando yo aún no había nacido. Su vida despertó para mí después de nacer yo. Usted, Erica, no me sintió, aún no había lle-

gado a ese punto. Ahora está en condiciones de compartir su amor por mí, hasta los veintiún años no se abrirán esas leyes para usted y para mí. Pero ya supe desde niño que Anna había sido mi madre. También se me concedió reconocer a Frederik, ¡por eso fuimos uno! ¿Se siente engañada ahora? ¿Aún es posible eso? ¿No hemos llegado a la unión? ¿No son una sus almas? Sigo siendo el hijo de ustedes, pero a todos los conduzco al amor universal. ¡Amen todo lo que vive y se despertarán para ello!

Los lazos que disfrutan de una conciencia espacial son irrompibles. Pero les digo: ¡Aguarden! ¡No rompan lazos ustedes mismos! ¡No se separen de la vida que sirvieron una vez! Con sus leyes corporales son capaces de este servir. La madre se da a sí misma, el padre crea, pero ¡la madre sirve! El padre por asumir los cuidados. Así es como completan ustedes su vida. Y eso los conduce a la omnisciencia para este espacio. ¡Karel le pertenece! Sus vidas están ahora abiertas. No hay nada que se pueda cambiar en esto. Debido a que Frederik pudo esperar hasta que me desarrollara, a que pudo seguir sintonizándose con mi vida, yo lo llevé hasta ella. ¡Esta es mi ayuda, es como sirvo! ¿Ahora ya lo sabe? ¿Tan improbable es esto? Oteb, usted esperó para dividir su vida. Lo pedí a la vida de usted. Lo siente, no para el amor de usted, sino para usted mismo. Usted aún no había llegado hasta el punto en que pudiera darse al cien por cien a dos mundos de igual fuerza. ¡Ese grado de sentimiento respecto a la fuerza aún tenía que despertar para su vida!

¿Le ha quedado ahora todo claro? ¿Sabe ahora por qué esperó? Al pensar en mi vida, al haber podido hacerlo, el pasado se abrió a su conciencia. Así es como su vida anterior se elevó espiritualmente. Si hubiera elevado a Anna por completo hasta su vida, entonces ya habría permitido usted esa división, la pasión lo habría conducido a usted a la vida de ella y a su organismo, y entonces no me habría recibido a mí. En ese caso me habría visto obligado a seguir otro camino, y también nuestras vidas habrían ido por unos cauces bien distintos. ¿Lo siente esto? Entonces se habría blindado usted mismo para estas leyes. Habría vivido otra vida. La vida para sus sentimientos y personalidad materiales. ¿Está claro? Pero ahora que ha adaptado su vida a la mía, que la ha sintonizado con la mía, fue usted cada vez más lejos y alto. Usted lo llama “estar en flor”, pero el espacio interior llegó a despertar para su vida y personalidad.

Y ¿se echó algo a perder? ¡Para nada! ¡Al contrario! Pero ¿siente usted ahora que su vida se había dividido? Al seguirme, estos pensamientos fueron llegando a usted. Al aceptarlos, su vida su fue abriendo. Al procesarlos para mí y para su vida, al tener que completar el cuaderno de bitácora, la tarea que se nos encomendó, usted fue recibiendo más y más de mi vida y conciencia, y su vida interior fue creciendo.

Pero esto es para todos. Cuando el alma se quiere sintonizar con lo más

elevado, la vida de esta despierta. Si usted se abre a las leyes más elevadas y si no deja de seguirlas, si les da forma mediante su voluntad, despertará su sintonización divina. Ahora se está desarrollando su personalidad y vive las leyes para su alma; también está conociendo su vida espiritual. Las leyes hablaron con determinación a sus vidas, pero le envié los sentimientos, lo cual es posible mediante el empuje telepático universal. Pero esto los colocó a todos ustedes ante la cordialidad y el amor. ¡Al poder ustedes sacrificar algo, reciben! Pero esto no es sacrificar, son las leyes para su vida que lo obligan a actuar de esa manera. Si no quiere experimentar esas leyes, entonces habría seguido otro camino y nos habríamos separado. No habría aceptado yo sus vidas, no habría querido poseer esta vida, ese vacío me habría molestado. De modo que tarde o temprano me habría ido. Pero eso no iba a suceder; usted actuaría de esta manera; este acontecimiento, por tanto, se calculó infaliblemente, se sintió en profundidad, pero es el alma de usted la que infunde animación a la ley. Es el grado de vida de usted, su sintonización con esa vida, de lo contrario semejantes experiencias no adquieren concienciación.

Le digo: mucha gente vive estos milagros que no lo son, porque uno mismo ha puesto en marcha el empuje correspondiente. Mi vida y mi concienciación las vuelve a ver usted en sintonización material, que todos los artistas de ustedes experimentan, para lo que vivieron. ¿Seguiría usted encogiéndose de hombros para las leyes del espacio? Esto tiene que ver con su vida, pero miles de leyes lo recondujeron a esta vida. ¿Lo quiso Dios así? Sin duda, pero no del modo en que fuimos viviendo las leyes como seres humanos. Aun así, y como ve, algún día llegamos a despertar y la vida adquiere importancia para nuestra pervivencia espiritual.

Todo lo que haya sucedido en el universo vive bajo su corazón. Los planetas sirvieron para reconducirnos a Dios. Este universo creó esas leyes vitales humanas. Esas leyes las volvemos a ver en la tierra. ¡Se hicieron alma, espíritu y materia! Son vividas y adquiridas por la paternidad y maternidad.

¿Que quién soy? Un hijo de Dios, usted también. ¡La condenación no existe! Dios no creó la desgracia. Eso lo hicimos nosotros, los seres humanos hemos creado desgracias. Dios es amor y ha seguido siéndolo, los seres humanos hemos creado odio y desintegración. Unas madres asesinan su amor y otras por lo mismo lloran hasta no poder más. Pero las primeras crean disarmonía, las otras madres se liberan de sus leyes del karma de causa y efecto. Deformaron los sistemas materiales por sus sentimientos inconscientes y disarmónicos. Son leyes, no un castigo elaborado por Dios, sino convocadas por el alma que se olvidó a sí misma. En las próximas sesiones de nuestras reuniones las conocerán. El erudito tal vez no las acepte. De todas formas, inclinarán sus cabezas ante la palabra que se les da. Y por medio de usted, Oteb, voy a las leyes. Asegúrense de estar listos. ¿Hay más preguntas?

Erica pregunta:

—Los espiritistas ¿también experimentan esto?

—No, entonces habría oído usted hablar de ello. Semejante contacto es posible, pero también entonces el ser humano nace para esa tarea. Y los maestros para la teosofía ya determinaron su altura. Los libros que he de escribir, padre mío, madre mía, amigos, explicarán las leyes. Solo entonces se me podrá aceptar. Es posible el contacto espiritual con quienes partieron. Las leyes para ello lo conducen a uno a lo infinito de su vida. Tendrán que perderse ustedes mismos, por completo, o los mensajes provendrán de su propio pensamiento y sentimiento. Hay que estar en este sueño si se quiere recibir respuesta de quienes partieron. No permito que nadie hable a mi vida; de lo contrario yo también dividiría mi contacto. ¡Lo sienten! Esto no es recepción, ¡es posesión! Si les explico las leyes estando sintonizado espacialmente ¡recibo! Y esa palabra me llega desde el espacio, de quienes despertaron para ello. Entonces lo transmito a la vida de ustedes. Esta es la orden de la que ya hablé. ¡Son mis maestros y los suyos!

—¿Qué tendremos que hacer para usted?

—Nada, madre mía, debe querer mi vida, ¡yo le doy mi amor! Intente con todo estar en armonía para su propia vida y la mía, así tendremos la felicidad espacial. Nada más. Aguarde lo que vaya a ocurrir.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No, padre mío. Debe estar a mi lado y luchar luego por nuestra vida y felicidad. No se aparte ni un solo metro ante sus colegas, todavía no se han ganado sus tronos.

—Entonces lo sabremos (—dijo).

René volvió a la propia conciencia y Karel preguntó de inmediato:

—¿Eres diferente ahora, René? ¿Te sientes diferente?

—No, Karel. Aunque sí que me siento un poco ajeno de tu vida cuando voy a las leyes, porque entonces tiene que desaparecer cualquier lazo. Seguramente que ya sentirás que este me conectaría con cómo soy en la actualidad, sería una interferencia. Puedes llamarlo inspiración. Si esta conciencia está en mí, si quiere hablar y actuar, entonces vuelvo a estar conectado con tu vida y me siento próximo a ti. Pero mi pensamiento me aparta de tus vidas. Y aun así soy uno contigo. ¿No es sorprendente, padre Karel?

—Chico, no tengo palabras para ello. Te lo digo honestamente: me inclino ante cada palabra. Para mí y tu madre es una revelación.

—Gracias, Karel, gracias, Erica; me haces feliz.

—¿No requerirá esto demasiado de tus fuerzas físicas?

—Sin problema, Karel, tómame el pulso.

Karel lo hace, pero no hay ninguna aceleración. “Al contrario”, dice, “el pulso es muy pausado. Tenemos un milagro”, añade. “Un gran milagro, por

el que tenemos que dar las gracias a Dios. Aunque sea algo nuestro, dan ganas de caerse de rodillas”. Esto es lo que dice Karel y Erica dice lo mismo. Nos vamos a dormir, pero lo anoto en el cuaderno de bitácora:

“Estamos en noviembre del año no sé cuántos. ¡Los milagros llegaron a nuestra vida, sabemos! ¡Se nos concede saber! Los cielos hablan a nuestra vida. Son los ángeles, todos nosotros calzamos ahora las pequeñas sandalias de un color blanco plateado”.

Cuatro días después estamos en la sala grande de su casa con los eruditos. Hans y Elsie, Van Hoogten, el doctor Lent y Ten Hove. Luego están el doctor Leuvens, un astrónomo, el pastor Dicksma, el doctor Stein, Karel, Erica, Anna y yo. René ocupará un sillón, acostado, para que, como él dice, el organismo no pueda interferir. Tengo que someterlo a hipnosis. Conmigo y Karel ya hizo pruebas y todo salió satisfactoriamente. Entonces dice a los eruditos:

—Cuando hagan preguntas háganlo con las palabras habituales, coloquiales, ante la terminología universitaria no voy a reaccionar. Quiero que todos comprendan este acontecimiento. Tampoco voy a responder a preguntas técnicas. Trataré todo lo que afecte las tesis científicas espirituales, pero nada más, nada de nada. Pero eso ya lo notarán. ¡Pueden comenzar!

En medio de la habitación yace el pequeño René, nuestro hijo y maestro, sobre el sillón. Estoy delante de él y lo obligo a que se duerma. Los ojos no tardan en cerrarse y le pregunto, mientras una taquígrafa lo anota todo:

—¿Me oye? ¿Me oye?

Entonces llega:

—Lo oigo a usted.

—¿Sabe usted dónde está?

—Claro.

—¿Dónde está usted, pues?

—Entre la vida y la muerte.

—¿Qué clase de mundo es ese?

—Es el mundo para el alma.

—Explíquelo, si es posible.

—Cuando como ser humano vas a dormir descienes en la profundidad del sueño. Ese sueño tiene siete profundidades. La cuarta profundidad o grado del sueño es el límite de la vida, no es posible dormirse más profundamente. Por debajo están el quinto, sexto y séptimo grado del sueño, pero estas tres profundidades representan el subconsciente. Ahora estoy dormido, pero a la vez estoy consciente. Si continúo y me sintonizo con las leyes físicas, o sea las que son para el organismo, entonces vivo otro sueño, el que es para el cuerpo. Ahora también he descendido hasta el sueño epiléptico, pueden verlo por mis ojos. Obsérvenlos (—dice).

Karel ve que la pupila está hacia arriba, los médicos se cercioran. Este cuerpo parece muerto, pero vive. Se le toma el pulso: está bajo, el ritmo cardiaco, algo más débil de lo normal, pero pausado. Continúo:

—¿Alcanza a ver allí?

—Sí, ¿qué desea que le cuente?

—¿Qué ve?

—Puedo ver dentro de otro mundo. Pero estoy conectado con esta vida, la mía, y seguiré estándolo. Puedo desplazarme, no obstante, y entonces voy hasta las leyes para el alma y la personalidad. Así que atravésé el sueño y aun así permanezco despierto.

—¿Cómo es posible eso?

—Esto lo estudié durante vidas anteriores. Esta es la manera oriental de desdoblarse. Grandes iniciados, como Ramakrishna, fueron capaces. Yo también he llegado a ese punto. Pero él jamás dijo palabra alguna cuando se desdoblaba. Yo lo hago y soy capaz de ello. Por eso pueden hacerme preguntas. Vivo como una personalidad para la vida del alma.

Hans pregunta ahora:

—¿Posee el alma una personalidad después de la muerte?

—Acabo de atravesar la muerte. Así que puedo responder su pregunta con un “sí”.

—¿Tiene aquella un espacio? ¿Es consciente?

—Estoy en un espacio, así que hablo a su vida, ¿no?

—¿De verdad? ¿Es cierto eso?

—¿Soy capaz de ver entre ustedes?

—No, tiene los ojos cerrados.

—Véndanmelos, si quieren.

—No, eso sobra..., pero ya me dirá usted.

—¿Quiere saber qué hora es?

—¡Adelante!

—Entonces tomen todos sus relojes. El de usted marca diecisiete minutos pasadas las ocho y media, o sea que faltan trece minutos para que sean las nueve.

—Justo.

—El de mi padre marca las ocho cuarenta y cinco. El de su mujer, las nueve menos dieciocho. El del doctor Lent, las nueve menos siete. El de Ten Hove marca las ocho y cuarto —el de Leuvens está parado—, no, las ocho y dieciséis. Está atrasado.

Ya están apaleados. Se ha roto el hielo. Aun así, los eruditos se sienten tal como nos hemos sentido tantas veces nosotros: engañados. Pregunto quién quiere tomar la palabra. Hans vuelve a preguntar:

—El alma es una personalidad, ¿de qué forma la determina usted?

—¿Es usted! Cuando usted se muera esto que me está hablando ahora se liberará de la vida material y accederá a un mundo. Ese mundo es infinito, también finito, pero eso es lo que es el espacio vital, que tiene que ver usted como conciencia, porque el alma se eleva más y más y regresa a Dios.

Hans se pone sarcástico, pero le da pereza hacer preguntas. Sientes como tiembla su vida, pero aun así le cruza los labios:

—¿Qué aspecto tiene esa vida? ¿Qué es el subconsciente?

—Es la vida para el alma, ya se lo dije. Es subconsciencia aquello en lo que se encuentran todas sus vidas y por medio de lo que usted representa un espacio.

—¿Puede descender usted en eso?

—Estoy conectado con ello.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Que cómo son las cosas aquí? La vida en la que estoy ahora vive en la superficie de este mundo. Usted puede intuir esta comparación. Todas mis vidas anteriores —miles para este mundo— forman parte de esta conciencia. Y usted lo llama subconsciencia; en esto vuelvo a encontrar cada pensamiento que se materializó en todas esas vidas. La paternidad, la maternidad, las leyes vitales para la existencia orgánica, las que son para el cuerpo, todas las leyes materiales, vividas desde la selva, también las del espacio: las vuelvo a ver, a sentir en esta subconsciencia y forman parte de mi sentir y pensar de la conciencia diurna. He vivido miles de vidas; así es como fui edificando mi personalidad. La vida del ahora le blindo a la personalidad el subconsciente. Al nacer, la nueva vida comienza a separarse de la existencia anterior. Cuando el alma ha de aceptar el proceso de morir y cuando regrese a este mundo, se vuelve a sumergir en la existencia embrionaria y entonces es atraída por los padres para este nacimiento. ¡O bien paternidad o bien maternidad! Si le digo que hemos empezamos en la selva, puede aceptarlo. Usted ve los pueblos como tipos de razas; yo como grados vitales corporales y leyes para el alma, porque por medio de esos cuerpos pueden vivir lo más elevado para este planeta, ¡la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es)! El alma como ser humano —también el animal vive estas leyes— llega aquí a la tierra y comienza allí en la selva su primera existencia corporal.

El doctor Leuvens pregunta:

—Entonces ¿de dónde viene el alma cuando tiene que comenzar en la selva? ¿Es esa la primera vida para este mundo?

—El alma como ser humano y el animal —pero nosotros nos determinamos mediante leyes humanas— llegan a la tierra desde el espacio.

—¿Quiere decir usted que vienen desde otro planeta?

—Lo ha sentido muy bien, así es.

—¿Qué planetas son?

—Cuerpos grandes y pequeños. La luna, por ejemplo, creó vida hace tantos miles de años. Marte aún tiene vida y hay planetas más pequeños que tienen vida, que puede considerar usted como estadios intermedios.

—¿Marte aún tiene vida?

—Aún hay vida en Marte, pero está ante su proceso de defunción.

—¿Qué significa eso?

—Que ha realizado su enorme tarea para el espacio, su proceso de parto pertenece ya desde hace millones de años al pasado.

—¿Y en Venus?

—¡Cero vida humana!

—¿Por qué no?

—Porque allí la atmósfera es totalmente inadecuada para la existencia humana.

—Y ¿Júpiter?

—Una bola de gas, una conciencia que vela a medias para el espacio, que vive entre la paternidad y la maternidad, y que tiene que hacer una tarea propia para ello.

—Así que ¿nada de vida?

—No, porque esos cuerpos no conocieron ni la paternidad ni la maternidad. Tiene que ver usted el universo como “padre y madre”, las leyes predominantes para todo lo que existe, por las que los seres humanos pudimos vivirlo.

—Y ¿Saturno?

—Una bola de gas, nunca hubo vida humana. Se encuentran en el espacio y sirven igual que los riñones sirven al organismo de usted. No hizo falta más. Llegaron al empuje por medio de la paternidad y la maternidad. El aura vital emitida, directamente llevada a la concienciación desde la maternidad, creó estos órganos para ese organismo. El universo también es un cuerpo.

—¿Quién, o qué, desempeña allí la paternidad?

—¡El sol!

El doctor Leuvens está pensando. El pastor pregunta:

—¿Qué es Dios?

—A Dios se le ve y se le reconoce por todas Sus vidas.

—¿Es Padre y Madre?

—¡Sí!

—¿Ha hablado Dios como ser humano?

—¿Puede aceptar usted un poco de espacio? Entonces no se asuste si le digo que ¡Dios jamás habló como hombre!

—Y la Biblia, ¿qué?

—Conozco su Biblia. Le tengo un sagrado respeto. Haré todo lo que pueda

para dar un significado universal a esa luz, pero ¿puede aceptar el Antiguo Testamento como verdad? Entiéndame bien: los fenómenos no los tocamos. Fueron anotados por seres humanos que aceptaron el acontecimiento como su tarea. Dios jamás habló como hombre a Moisés. Moisés, igual que yo ahora, conoció la vida eterna.

—¿Quién fue el que le habló a Moisés?

—Fueron los maestros, ángeles, pero también eran personas que vivían en la tierra hace miles de años. ¡Fueron los primeros que quisieron despertar a esta humanidad por medio de la fe! ¿Cómo ve usted a Dios? ¿Quiere convertirlo en hombre? Jamás lo fue, aunque tenga que aceptar usted su propia vida. Dios nos creó como seres humanos, pero vive detrás de nuestra existencia humana, y por medio de esta. Cuando Moisés acometió su tarea vivía en la vida después de la muerte. Allí le apareció a su vida un ángel. Moisés deseaba llevar su saber a la tierra para convencer a sus propios familiares de que vivía. Y así sucedió. Entonces se manifestó un ángel y el alma regresó a la tierra como Moisés. No era Dios, sino un hijo de Dios que había despertado para el universo. Así es como se puede explicar el Antiguo Testamento, y también es posible aceptar que en esa época se derramara tanta sangre. ¿O quiere aceptar usted a Dios como un asesino? ¿Alberga usted el sentimiento de que Dios haya librado guerras, que protegiera a los hijos de Moisés para masacrar a la otra vida, para aniquilarla? Si puede aceptar usted esto (la respuesta sobre quién ha hablado a Moisés), su vida adquiere más espacio y profundidad. Pero más tarde tendrá que aceptarlo de todas formas, porque después de esta vida se encontrará ante esas leyes.

—Pero entonces ¡todo se viene abajo!

—Entonces no se viene abajo nada, amigo mío, ¡todo permanece! Ahora tiene usted todo en sus manos. Si no puede inclinar la cabeza ante esto, entonces posee usted un Dios que es injusto, un Dios que asesina, que masacra, que miente y engaña. ¿Es ese su Dios? El mío es diferente. El de todos nosotros, de millones de almas con nosotros, almas que pueblan los cielos y que habitan el Omnigrado, todos nosotros hemos podido asimilar otro Dios. ¿Me cree si le digo que yo fui una de esas almas que apoyaba a Moisés en aquellos tiempos en su tarea? Y cuando le digo que Moisés me puede dar su palabra, ¿me cree? ¿Dónde cree que se encuentran Moisés y todos esos otros grandes de alma y espíritu? ¿Cómo se imagina la división de los cielos? ¿Cree en los infiernos en llamas?

—No, eso no.

—Le deseo suerte, porque de lo contrario jamás llegaríamos a ponernos de acuerdo. No hay infiernos en llamas. Repito: ¡Moisés recibió su inspiración de los ángeles! Eran figuras luminosas, fueron ellas quienes dieron a esta humanidad la fe en Dios. Fueron ellas quienes entablaron la lucha contra el

mal de este mundo. Pero dejen a Dios, un Padre de amor, al margen. Cristo es el Hijo de Dios, y ¿destruyó Cristo alguna vida? ¿Habría sido Dios capaz de ello? Tiene que aceptarlo usted, pero tenga en cuenta: ¡mi palabra es ley! Es decir, lo he conectado con la sagrada verdad. No es mi intención engañar ni estafar su vida. No tiene que verme como un joven, mi edad es de siglos y siglos. ¡Mi conciencia es de una profundidad cósmica!

El pastor reflexiona. Karel pregunta:

—Entonces ¿por qué se creó toda esa miseria?

—Retroceda conmigo millones de años. Quisiera hacerle una pregunta. ¿Sabe usted por qué surgieron las enfermedades?

—No, no lo sé.

—Escúcheme bien, pues. Si los seres humanos, y también todo lo que vive en este espacio, tenemos que aceptar que Dios es amor, ¿por qué creó entonces las enfermedades y la miseria? ¿Creó Dios esa miseria? De ninguna manera, pero entonces ¿dónde surgieron todas estas enfermedades? Vuelvo a preguntarle: ¿qué ha hecho posible que el cuerpo humano, si de todas formas Dios es Todopoderoso, haya llegado a este declive? Si Dios ha creado cuerpos a semejanza de Él, de Sus fuerzas, de Su Omnisciencia, entonces ¿por qué toda esta miseria? ¿Lo sabe usted?

—No, no lo sabemos.

—¿Creó Dios vidas con un poco de barro y de sople vital? ¿Pastor? ¿Cree usted eso?

—No lo sé, ¿entonces se derrumban las Escrituras!

—Le digo que no deo que se derrumbe nada. Solo le pregunto si Dios creó al hombre con un poco de barro y sople vital.

—¡Entonces pierdo mis estudios, mi Dios, mi todo!

—¡No pierde usted nada, estimado amigo mío, porque le está hablando el Dios de la vida!

—¿Qué me dice?

—Que el Dios de la vida le está hablando a su conciencia. Considéreme el apóstol Pablo, pero para este siglo. Hablo a sus vidas en nombre de la Santísima Trinidad. Continúo. Conecto sus preguntas con las leyes de la naturaleza. Usted desconoce dónde surgieron las enfermedades y tampoco sabe si Dios las creó. Pero ¿cuántos millones de almas aceptan esto? Y ¿entonces qué, si Dios no creó las enfermedades y ustedes como eruditos desconocen cómo nacieron estas? Regrese conmigo al estadio donde aparecieron las enfermedades. Pero primero regreso con usted a Dios. Tengo que hacerle todavía algunas preguntas. Usted supone que Dios ha creado todo. Personas que están enfermas: es obra de Dios. Dios golpea unas vidas con la ceguera, enfermedades, demencia, Dios da a unas vidas todo, y otras criaturas tienen que aceptar el estadio de la jungla, viven bajo la tierra, miserablemente, pobres

y necesitadas. Conoce usted la miseria de este mundo, está usted impotente frente a toda esa miseria. Pregunto a mi amigo el astrónomo:

¿Cree usted que Dios nos dio, en nuestra vida y a nuestra vida, todo lo de Su vida, Su poder, Su fuerza, Su conciencia universal, su fuente primigenia?

—¡Lo acepto!

—Y ahora tenemos que aceptar que los seres humanos no tenemos más que miseria. Dios golpeó nuestra vida con enfermedades. Nos encontramos en una imponente miseria. Pero, doctores, ¿sabían que no habrían sido ustedes necesarios si no hubieran mancillado su propia sintonización vital? ¡Ahora los llevo millones de años hacia atrás! Cuando aún no había ciudades, cuando la gente no sabía nada de sus leyes académicas, pero ya habían salido de las aguas —¿o tampoco se creen esto?—, cuando se habían formado las tribus, cuando se vivían los bosques, surgieron, nacieron, las enfermedades. Pero a mi padre erudito y a los señores doctores les pregunto: ¿debido a qué? Me va a deber una respuesta. Ahora todavía se ven esos tipos de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) en la tierra. Son diferentes pueblos. Cada pueblo era millones de años atrás una tribu. Esta tribu era un grado de vida, un grado de conciencia para el organismo humano. Ven —como ya les dije— tipos de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Yo y nosotros, los millones de almas de Dios que representamos los cielos, no vemos más que tribus, tipos de organismo para el alma. El alma vive el primero y sigue así el desarrollo en la tierra. La tierra creó siete grados vitales materiales para el alma. Cada grado de vida posee millones de personas. Millones de personas como hombres y mujeres representan un solo grado de vida para el organismo humano. Así que el alma posee, conforme a su propia conciencia, un cuerpo y esa es la sintonización de un grado de vida al que pertenece su organismo. Si lo siguen, continuaré.

Llegan algunos gruñidos. Nosotros exclamamos sin reservas:

—Lo comprendemos.

Los demás asienten con la cabeza. Solo el astrónomo dice:

—Todo claro.

René continúa y dice:

—En la tierra, como le dije hace un momento, permanecen todavía esos tipos de personas. Nada ha cambiado en esos diferentes tipos de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) como grados para el organismo humano. En esos millones de años, las leyes divinas para la materia y el alma no pudieron cambiar, fueron así, desde el inicio de las primeras revelaciones de todas hechas materia para nosotros como seres humanos. Estas leyes vitales humanas, corporales, aún se encuentran en la tierra, y son ahora los muchos tipos de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) que como tales han de aceptar ustedes. Pero ahora regresamos a los primeros

seres humanos de todos, al ser humano que se ha separado de las aguas. Los seres humanos nacimos en las aguas y solo después empezamos a aceptar la vida terrestre. En esos bosques se encuentran ahora siete tipos diferentes de seres humanos. Siete tipos de raza diferentes (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Esos tipos representan para el espacio y para Dios la posibilidad de experimentar del grado más bajo —el primero— el más elevado —el séptimo—, y de acceder a este. ¿Creen ustedes que esa gente daba a luz y que creaba? ¿Creen que también vivieron, conocieron, la paternidad y la maternidad?

Llega un “Sí”... Hans permanece callado. Todos admiten esto. René dice:

—Nos encontramos ahora en su seno. Vivimos en esa selva. Representamos la sintonización más elevada para el organismo humano. Pero en nuestro entorno también viven la quinta y la sexta; lejos y repartidas por la tierra las otras cuatro leyes vitales, que evolucionan. Soy padre. Y mi mujer —somos como seres animales— vive aquí también. Estamos en condiciones de crear hijos. Y esos hijos nacen de la misma manera como lo viven ustedes todavía. Ahora no estamos hablando de dónde viene el alma en esa vida. Para nosotros de lo que se trata es que esa gente —nosotros— dé a luz y cree niños. Desde nuestro propio grado de vida adquirido. Como hombre y mujer representamos la concienciación más elevada, porque nuestro organismo ha alcanzado esa altura. Nuestra vida interior se adapta a esa concienciación y tiene que escuchar. Tampoco en esto ha habido cambios con la propia época en que viven ustedes. También han de aceptar ustedes lo corporal, no pueden eludir las leyes materiales para el cuerpo, pueden seguir el camino natural y crear y dar a luz —para lo cual fueron creados estos cuerpos— tal como lo quiso Dios. ¡Ellos también lo pudieron!

Pero ¡ahora viene la cuestión! Esos hombres buscaban otra vida. Allí, en esa jungla, prosiguieron su marcha y se encontraron muchas vidas. La sabiduría de los sentimientos para cuidar la vida propia, esa concienciación no la portaban bajo sus corazones, se desfogaban por completo. El grado más elevado se dividió con uno menos elevado. Allí donde llegábamos engendrábamos niños. ¡Fue entonces cuando el hombre inició su verdadera endogamia! Hizo trizas sus fuerzas primigenias y fundió esa ley vital con otro. El grado séptimo, el más elevado, se fundió con el cuarto y tercero. De estos dos grados nacieron niños. Y continuaron este proceso. Qué vemos: después de millones de años este cuerpo universal se ha debilitado. La fuente primigenia en sí se ha dividido. La entidad universal, divina, que está calculada para resistir la climatología, el calor, el frío y las leyes naturales, perdió por la división propiamente dicha el núcleo natural, la sintonización universal que Dios fijó para estas vidas para el propio tipo y grado de vida. ¡Los seres humanos perdieron su resistencia! Los hombres y las mujeres ya no resisten esas enormes

leyes y sucumben. Llegan a producirse debilitamientos, los cuerpos fuertes como rocas ya no soportan las leyes naturales y buscan vestimenta. Antes de que comenzara esta desintegración, este organismo natural resistía cualquier cambio natural. Porque el cuerpo humano es como las aguas, es como la materia hecha más densa, crecida en una existencia campestre, pero ha perdido la propia fuente primigenia por la división con los grados vitales menos elevados, y ¡por eso vemos surgir las primeras enfermedades! (—dice).

Nadie dice nada. Pasa un tiempo. Entonces René pregunta a Karel:

—¿Puede aceptar esto?

—Lo acepto al cien por cien.

Los demás aún no lo saben. Comentan este caso; el resultado final es que no se descarta que sea posible. Entonces el joven maestro dice:

—Son ustedes unos seres desamparados. ¿Es que no ven que todavía fallan por esa endogamia? ¿No ven que se disuelve la sangre vital natural? Y ¿no ven que por eso pierden sus verdaderas fuerzas? ¿Que provocan ese empobrecimiento? Esto también lo llevó a cabo el primer ser humano. Por tanto, usted, pastor, sí que puede aceptar ahora que Dios no nos creó por medio de un poco de barro y algo de aliento vital. En cambio, tiene que aceptar que cuando se escribió la Biblia ¡la creación divina ya tenía millones de años de antigüedad! De esto no se dice ni palabra. Los autores de la Biblia aún no habían llegado hasta allí. Esta humanidad, estas personalidades despertadas ya no pueden aceptar, ni hoy ni por más tiempo, las disertaciones de que Dios hizo seres humanos con un poco de barro. Nosotros, como seres humanos, ya teníamos entonces millones de siglos y millones de vidas a las espaldas, vinimos a la tierra desde otros planetas. Esto en cuanto a la tierra, pero antes de que alcanzáramos la tierra, nuestros sentimientos ya se habían despertado para crear y dar a luz. Trajimos esa concienciación con nosotros.

Leuvens pregunta:

—¿No habíamos empezado en esos otros planetas con la endogamia?

¿No ocurrió allí?

—Demuestra usted que no sabe pensar. Porque, incluso si hubiera ocurrido en otros planetas, aun así carecería de importancia.

—¿Por qué, si me permite que se lo pregunte?

—Porque esto concierne al alma y no al organismo.

—¡Le doy las gracias!

—Yo le doy las gracias a usted, porque quiere comprenderme. Lo que vivió el alma en todos esos grados vitales cósmicos y leyes vistos como planetas, se quedó allí. El alma se separó de ese espacio cerrado y continuó; ahora era atraída por la tierra después de haber vivido los planetas intermedios. También entonces vemos siete leyes vitales sucesivas como planetas, que brindan al alma el estadio más elevado, si quiere permanecer en armonía con

la creación divina. Eso permite al alma humana y al animal vivir un grado de vida más elevado. Está preparada para ese grado de vida.

—¿Qué planetas son esos?

—Le pregunto: si puede aceptar por un momento que surgieron planetas de transición, cuerpos para el alma para continuar, ¿dónde piensa ver esos cuerpos? ¿Dónde se encuentran los primeros estadios de transición para el espacio? Mencione la paternidad y maternidad para el espacio. Esos planetas crearon, igual que nosotros los seres humanos, vida propia, para que esta evolucionara. ¿Dónde se encuentran esos cuerpos?

—¡No lo sabemos!

—¿Recibieron un nombre?

—No como planetas habitables.

—Mire, vemos el universo solo como paternidad y maternidad. Todos esos millones de cuerpos solo tienen que llevar a cabo un objetivo y una tarea. Los planetas de transición están repartidos por el espacio. ¿Dónde vive el primero? Y ¿dónde vive el segundo grado de vida para el espacio? Tiene que ver usted el espacio como un cuerpo. ¿Dónde nació la primera vida para el espacio? ¡Eso lo tiene que saber usted! Por medio de la primera vida consciente surgió la segunda vida, el siguiente grado de vida. ¿Cree usted que toda la vida creada por Dios tiene que crear nueva vida, que toda la vida en la tierra —también para el reino animal— ha de crear nueva vida?

—¡Lo acepto!

—Pues bien, ¿dónde comenzó la primera vida para el macrocosmos? ¿Dónde surgió el microcosmos?

—¡No lo sabemos!

—Oiga, ¡que es la luna! La luna ha concluido ahora su tarea para la maternidad. Pero fue esta la que se hizo más densa a sí misma y que entonces representó la creación divina para la maternidad. La luna está muriéndose. Completó su tarea, pero surgió la creación, el universo. Pues bien, al emitir la luna sus fuerzas surgió otra vida. Debido a que Dios se dividió por el universo, en estado espiritual, o sea antes de que tuviera lugar la densificación material, ocurrió este milagro: la luna llegó a su propia entidad. ¿Lo siente?

—¿Por la división del universo?

—¡Exacto! Antes de que el macrocosmos empezara con la división divina ¡ese espacio era uno solo! ¿Lo admite?

—Sí.

—¡Gracias! Entonces Dios se dividió por el universo. ¿Puede aceptar esto también?

—Sí.

—En ese momento, sin embargo, habían transcurrido millones de años. Porque desde la nada —o sea, el instante anterior a las revelaciones divinas—

solo había tinieblas. Pero ¡en esa oscuridad vivía Dios! ¿También acepta usted esto?

—Debe de ser así.

—¡Gracias! ¡Es que así es! Dios empezó a manifestarse. Surgen nebulosas. Nebulosas como fuerza, pero son leyes divinas. Tiene que ver usted esa fuerza como un aura vital divina, como plasma divino. El protoplasma, nacido directamente de Dios, que está en vías de hacerse más espacioso, desplazándose, haciéndose más denso. De esta manera vemos el espacio, la inconmensurabilidad en la que vive Dios, pero nacido desde la Omnifuerza, la Omnivida, la Omnia Alma, la Omniluz, la Omnimaternidad y la Omnipaternidad. Dios..., con el que usted se tropieza, la nominación de Su vida, quiere representar todo esto. La palabra Dios, este “DIOS” es la palabra para todo esto. Usted ve esta palabra como el nombre del Creador. Sí, sí, pero no lo quiere ver a Él de otra forma. Puede ver a entonces Dios como Luz, Vida, Paternidad y Maternidad, Alma, Espíritu, Personalidad, como Leyes, como Justicia. Ahora todavía para sí mismo, porque de estas revelaciones surgirían el ser humano y el animal. Y en ese espacio, en esta inconmensurabilidad, allí pues es donde vive su Dios. Ese espacio, eso es Dios, con todas las revelaciones para la materia, el alma y el espíritu, las referidas manifestaciones, como alma y espíritu, plasma etéreo. Pero en este espacio empezó a haber más densidad. Vemos surgir la luz. Eso duró millones de años, pero esta luz es aura vital divina, es la Omnifuerza, que dio vida y fuerza a este fenómeno, pero que quiere ser ¡amor! ¡Este es el macrocosmos invisible! Ese macrocosmos se haría más denso, es decir: se materializaría. ¡Y eso sucedió! Hasta que empezó a haber una luz dorada, igual que el sol de ustedes. Entonces se dividió esta vida. ¡Ahora ve usted a Dios como una túnica tensada! Tal como es el azul de ustedes en el cielo y en su propio firmamento, así era la luz dorada para el universo y el espacio. ¡Este es Dios en diversas manifestaciones! Al manifestarse Él, al dividirse, surge otro grado de vida.

¿Qué ocurre si divide la luz? ¿Qué le queda cuando divide la luz de una vela millones de veces? ¡La luz va oscureciéndose! Pero surgieron chispas de luz. Imperceptibles ya en su pequeño espacio. Esta división de la divina luz vital también sucedió para el universo divino, y hubo tinieblas. Pero en el corazón de Dios, en el centro de este cuerpo universal, sigue latiendo el estadio de la Omnifuerza. La Omnifuerza sigue creando, dará a luz. Esa Omnifuerza es la adecuada para esta evolución y crea, dirige, sigue impulsando: aun así empezó a haber tinieblas. Dios, en el instante de concienciación por el universo hecho más denso como luz, ¡era Padre! Entonces la personalidad divina se dividió como Padre. Surgieron millones de chispas con sintonización cósmica, la sintonización macrocósmica. Es lo que hará nacer el sistema de los planetas. ¡Y así fue!

En el centro de este espacio late la conciencia de la Omnifuerza y esta alimenta el ser creador para la revelación divina como Padre. ¡Es lo que llegará a ser el sol! ¡Empiezan a evolucionar las primeras fases vitales! La luna, como vida macrocósmica, está cerca del núcleo y recibe esa animación. Ustedes llamaron luna a ese planeta, pero ¡no saben por qué ni para qué! ¡La vemos como el primer grado de vida cósmico, la madre para este universo! Y esa madre se dividirá, igual que lo hizo y pudo hacer Dios para Sus leyes vitales. ¡Esas fuerzas y leyes vitales se encuentran en esa aura divina como conjunto! Porque esa vida nació de Dios. Esa vida es luz, alma y espíritu. ¡Esa vida representa a Dios en todo! ¡Así es como es! Y entonces puede seguir usted el desarrollo del primer grado de vida cósmico. Surgen nebulosas. Se van haciendo más densas. De eso se desprende que se escindirán, que se dividirán. Llega a despertar materialmente la primera vida embrionaria. Ya ha nacido de la nada un núcleo material y ha empezado la vida humana y animal. La superficie, la luna alma, la vida..., o sea, luna, se hace más densa, adquiere impulso y animación desde el espacio, por las fuerzas creadoras, el sol que entretanto se ha hecho más denso. La luna continúa trabajando. Su cuerpo macrocósmico se hace material. Vemos ante nosotros el embrión material, lo somos como seres humanos, y a partir de nuestra vida, después de la primera muerte material, surge nueva vida, como embrión. ¡El animal!

La luna llega a hacerse densa del todo. Ha surgido el primer grado cósmico para la vida y la muerte. Pero la luna envió entretanto sus propias fuerzas hacia ese espacio. Trabajó en un espacio propio y desde ese espacio, blindada por su propia aura vital, que ustedes llaman atmósfera, envía su energía consciente ya adquirida. Ahora le digo, erudito, así es como llegaron a surgir los planetas de transición. ¿Vive ahora el primer planeta de transición en su espacio inmediato, en la esfera de la madre? ¿Puede hacerse la vida más densa en su esfera?

—Sí, es posible, conocemos estas leyes.

—Es cierto, pero lo que siente usted pertenece a su propio mundo. Vemos ahora que la luna creó vida más elevada. ¿Puede una madre de la tierra crear ya el organismo cósmico? Quiero decir: ¿un organismo más elevado del que posee usted?

—No.

—Entonces le agradezco su comprensión; no es posible, porque a usted le es imposible crear nueva vida fuera de la atmósfera. Tienen que seguir ustedes las leyes que les dio la tierra. Pero ¿qué significa esto, pues?

—No lo sé.

—Pues que el aura vital emitida de la luna solo la pudieron captar otros cuerpos macrocósmicos, o sea, energía, vista como parte de Dios, al margen

de la fuente vital para la luna. O el alma humana no habría recibido jamás un organismo más elevado. Pues bien, esa ampliación, captada por un cuerpo que ha adquirido un sitio en algún punto en ese entorno, capta el aura emitida, pero ya consciente, y va edificando así una concienciación propia. Ese, pues, es ahora el primer planeta de transición para el alma humana, pero en el que han trabajado el sol y la luna como la paternidad y la maternidad. ¿Ese primer planeta de transición solo llega al empuje cuando el alma humana ha alcanzado lo más elevado para el primer grado de vida, la luna, y entonces sigue la vida?

—¿No lo sabemos!

—Pero la vida de Dios tiene que regresar a Su fuente, ¿no?

—Eso lo tenemos que aceptar.

—Bueno, entonces tiene que haber una posibilidad, creada por Dios, por la que el alma como ser humano pueda vencer este espacio. Y para eso surgió el primer planeta secundario. El alma, que ha alcanzado el estadio de pez, continúa. La luna no creó una conciencia más elevada, creó el “alma” para el ser humano, dio forma material a esta vida. Para el Plan Divino no había más cosas que hacer. Cuando esta se hubo hecho más densa para Dios y para el espacio, cuando se hubo materializado, dividida como células materiales, ¡pudo empezar con su proceso de defunción! Surgió el primer planeta de transición, un segundo, un tercero, cuarto, quinto, sexto, y ahora el alma llega a estar como ser humano ante el segundo grado cósmico. Y eso es de nuevo un planeta madre que está preparado, que ha sido hecho más denso por los planetas de transición hasta la conciencia semidespierta, o sea, aún en estado espiritual, para poder captar el alma humana. Y ¡también eso sucede!

Surgieron seis estadios de transición. Esos planetas de transición se han reunido alrededor de la paternidad y la maternidad para el espacio, y entre estas. Crearon una propia atmósfera y blindaron así la propia vida creada contra la destrucción. Esos planetas de un tamaño inferior recibieron un nombre de su ciencia, pero ¡la mayoría es desconocida! Se encuentran en el entorno de Marte, pero viven el estadio vital final para el cuerpo maternal del segundo o primer grado cósmico por el que surgieron y para los que ahora realizan una tarea. El alma como ser humano continúa de planeta en planeta. Así es como nacieron también para la vida terrenal esos siete grados vitales humanos; ¡esos estadios de transición los volvemos a encontrar en cada ley vital como materia y alma!

La creación divina ya tiene ahora millones de años, y aun así el planeta tierra todavía no se ha hecho denso, pero ese instante se acerca. Pues el alma como ser humano llegó por tanto desde otros planetas a la tierra y empezó también en la tierra una evolución propia. La tierra también tuvo que aceptar su estadio inicial, pero la paternidad y maternidad ya han llegado a la con-

cienciación en el espacio. La tierra comienza, llega el alma humana y conduce el alma macrocósmica como cuerpo hacia la materialización. Los planetas de transición están repartidos por el universo. Pero por todo este conjunto ve que su vida ha adquirido así la concienciación divina para este universo, en un reparto de grados cósmicos. De modo que el alma como ser humano ya ha tenido que recorrer un camino universal. No obstante, se encuentra primero en la tierra. Ahora le pregunto, pastor: ¿Pensaría usted que el alma ya puede acceder al Omnigrado divino después de esta vida y que es como Dios?

—No lo sé.

—Gracias. El alma como ser humano, ¿es capaz de acceder al Omnigrado divino en una breve existencia? ¿No! Lo que vivirá y tendrá que aceptar usted después de esta vida es un mundo para el alma, pero eso no es el OMNIGRADO. Es un mundo para la concienciación de aquella, pero continúa. Porque todo lo que vive se extiende, crea, da vida, hasta que toda esta vida haya alcanzado el estadio y la conciencia divinos. Allí el alma, la vida, puede decir: ¡Soy como Dios!

Y de allí —presten ahora mucha atención— surgieron siete sistemas solares. ¡Este espacio representa tres grados! El primero y segundo representados por la luna y Marte, el tercero por la tierra. Después el alma como ser humano recorre el siguiente estadio y accede a su mundo espiritual, el “más allá”, o, como lo llaman muchos, el “otro lado”! ¡Y eso es lo que es el otro lado! ¡Es el mundo para su espíritu! ¡El alma como espíritu! El alma como vida, pero ¡con la personalidad adquirida! Y ¡esa personalidad la fue construyendo por medio de millones de vidas como padre y madre! ¡Ahora continúa y surgió el cuarto grado de vida cósmico! También el quinto y sexto, pero entonces sigue el séptimo grado de vida cósmico, y el alma como ser humano y la vida creada por Dios han alcanzado el Omnigrado divino! ¡Allí el alma es como Dios! ¡Allí la vida es consciente igual que Dios! ¡Allí el alma posee todo tal como lo quiso y creó Dios! ¡Ese es el universo divino! ¡Cada chispa creó, dio a luz nueva vida! ¡El espacio también creó nueva vida! El sol creó nueva vida y así fue haciéndose más etéreo. Esa aura para el espacio fue edificando otro sistema solar. Para el alma humana, la fauna y la flora. Y cuando el alma como ser humano hubo alcanzado esa altura, ¡ese universo como la ley vital más elevada también estaba listo para el alma y pudo empezar allí, como personas, una nueva vida!

Así que la distancia carece de importancia. ¡Solo la ley la tiene! No significa nada lo alejado que esté el sol de la tierra, ¡las fuerzas paternas existen! Y eso basta. Pero ¿y conoce usted la paternidad consciente e inconsciente para el espacio? ¿La maternidad consciente e inconsciente? ¡Todos estos andamiajes cósmicos, macrocósmicos, surgieron por la paternidad y la maternidad! Pues Júpiter, Saturno, Venus y otros planetas que no conocieron ningún proceso

de parto ni la paternidad, representan el parir y crear inconscientes. ¿Siente esto?

—¡No, no lo comprendo!

—¿También se dedica a la astrología?

—No.

—Gracias a Dios, o yo le despojaría de toda esa seguridad.

—¿Por medio de qué?

—Pero ¿no comprende entonces que un planeta inconsciente no le puede proveer de animaciones que creen y paran, de inspiraciones? ¿Quiere darle al ser humano fuerzas inconscientes, y a planetas inconscientes conciencia humana? ¿Siente usted que mi vida es cósmicamente consciente? No le quito nada, usted recibe, pero directamente desde el corazón divino, porque Dios quiere que la vida de usted despierte en la tierra. La psicología para el espacio la pongo a sus pies. ¡Dios y Sus espacios hablan ahora a sus vidas! ¿Qué es la psicología humana si usted desconoce su propio nacimiento y sus procesos de evolución? ¿Qué significa la pasión humana en comparación con la profundidad espacial para el alma! ¿Lo siente usted, lo sienten todos ustedes? ¿Los conecto con la veracidad divina! ¿Dónde surgieron las enfermedades? ¿Dios no las creó! ¡Ustedes mismos tienen la culpa de sus enfermedades! ¡Mancillaron la fuente divina naturalmente adquirida! Ustedes, como seres humanos, no solo se dividieron para la paternidad y la maternidad, sino que dividieron la fuente primigenia natural, y la debilitaron. ¡Entonces llegaron las enfermedades! ¡Esa desintegración empezó a partir de entonces! Y ¿no eran hijos divinos? ¿Pensaban ustedes de verdad que tampoco ellos tienen el derecho de regresar a Dios? ¿Son ellos quienes ya han alcanzado ahora el Omnigrado divino! ¿No están vinculados ellos a las leyes para el “Juicio Final”? ¿No tienen que aceptar esas leyes todos los ángeles en los cielos, que son seres humanos, que han vivido en la tierra? ¿No fueron creadas para ellos todas esas leyes de justicia divina? ¡Ustedes mismos son el último juicio! Cada segundo están ustedes ante el último juicio. ¡Hagan cosas malas, descompongan y estarán ante sus pecados y errores, ante su descomposición!

Esto quiere explicar que la Biblia aún no ha vivido las leyes divinas y que tampoco las ha descrito. Pero ¡eso vendrá! Eso le quiere decir, señor erudito, que no nacimos de un puñado de tierra y de un poco de soplo de vida, sino por una evolución que duró millones de años antes de que hubiéramos alcanzado la tierra. Y los primeros seres humanos que alcanzaron el Omnigrado divino regresaron y llevaron la fe a la tierra por medio de Moisés, por medio de la Casa de Israel. ¿Pueden aceptar mis leyes? No, no pueden todavía. Pero ¿habría sido capaz de hacerlo la gente de Moisés? ¿Habrían comprendido esas almas inconscientes el plan de Dios? ¿Cómo deberían alcanzar los ángeles esas almas? Para eso Moisés descendió a la tierra. Los ángeles lo animaron

desde la vida espiritual. Por la violencia, porque la humanidad aún no estaba abierta a pensamientos más elevados. ¿Son los pueblos capaces de eso ahora? ¿Se puede alcanzar mediante la oración a los pueblos de la tierra? ¿Es posible alcanzarlos mediante el amor? ¡Hacia el desarrollo mediante la lucha y la miseria! Esta humanidad es igual. Surgieron creencias, sectas y religiones. Esas sectas se separaron y siguieron un camino propio. Vivían las leyes de Dios para el alma y el espíritu. ¡Mi vida es parte de eso! Entonces, después de Cristo, llega la fe cristiana, surge la iglesia católica. ¿Quiere ver usted destruida la iglesia por mi vida y sabiduría? ¡Soy hijo de las iglesias! Por medio de la iglesia voy a la conciencia más elevada para sus vidas. Pero Cristo dijo: “No vine para enseñar a nadie, sino para explicar a todos las leyes. Yo saco los errores de la doctrina existente. ¡De su Biblia!”. Y ¡eso es lo que hacemos! Así trajo Cristo el Evangelio divino. ¡Para eso vivo y muero! Pero ¿quieren seguir aceptando que los primeros Adán y Eva nacieron de la forma en que se lo enseñaron a ustedes? ¿Quieren considerarse eruditos? Dios no aplicó ninguna destrucción para castigar a Sus hijos, Dios no ha castigado nunca todavía. ¿Sienten la conciencia de su humanidad? Aún es inconsciente para las leyes espaciales. Les digo: ¡Están ante la “Universidad de Cristo!”.

Por estas explicaciones tienen que ver otro universo y conocerse a sí mismos como seres humanos. Dios no habló a Moisés, fueron personas que habían alcanzado lo espiritual. Cuando el primer ser humano entró en el “Omni-grado” divino, volvió a estar ante su Dios desconocido, pero había vivido, alcanzado, vencido el estadio divino. Entonces los primeros descendieron a la tierra para empezar desde los cielos con la fe humana. Pueden ustedes conservar todo lo del Antiguo Testamento, pero ¡no vean a Dios como ser humano! Eso fueron los hijos de Dios que regresaron para dar a millones en la tierra una fe, concienciación, despertar para el alma y la materia. ¡Esa gente sería convencida ahora de un Dios! ¡Esas masas no se encomendaban ni a Dios ni al diablo! El futuro eclesiástico debe estudiar las leyes divinas. ¡Este estudio! ¡Solo entonces puede explicarle a esa vida su Biblia y despierta la vida de Dios! ¿Qué hace ahora la vida? ¡Si despierta, lo pierden! ¡El alma no puede aceptar condenación! ¡Entonces el hijo se sale de la iglesia porque quiere ver otro Dios!

¿Por qué la Biblia no habla del desarrollo en el universo? ¡Porque esa sabiduría aún no existía! ¡Esa gente no sabía nada de su propio nacimiento! No conocían el universo y comenzaron con una imagen que pudo alimentar durante siglos al ser humano, pero que ahora ya no es posible porque el astrónomo puede explicarle que la creación divina para ese estadio ¡ya tenía millones de años de antigüedad!

¿Creó Dios la miseria? ¡De ninguna manera! ¿Creó Dios enfermedades? ¡De ninguna manera! ¿Creó Dios el ser humano de barro y aliento? No y sí,

pero eso tomó millones de años. Surgimos de la tierra, pero ¡de los sentimientos que infunden animación de la tierra como vida macrocósmica! La tierra de la que habla la Biblia es materia que se ha hecho más densa. ¿Cómo es el cuerpo humano? ¿No conoce usted las sustancias de las que surgió el cuerpo humano? ¿Tengo que transmitirles a su universidad?

Ten Hove reacciona en un santiamén y pregunta:

—¿Explica usted también esas leyes?

—Sin duda, pero no me vea como un médico, aunque las conozca a fondo. Tiene que verme usted como un consciente espiritual. ¡Mi conciencia es universal! No duden en escribir, si el ser supremo quiere hablar para su vida. ¿O creen que su cerebro significa algo para el alma después de la muerte? El cuerpo adquirió las sustancias acuosas por las aguas. El hacerse más duro y denso, por la vida terrestre y la conciencia acuática. La transición a la realidad que se va haciendo más densa. Conocemos el alma individual como una personalidad astral, espiritual. Los tejidos musculares y centros nerviosos dieron movilidad al organismo, pero esos sistemas los volvemos a ver en el universo, por eso adquirieron la posibilidad de existir. El corazón, los riñones y el sistema endocrino se encuentran en el espacio como sol, como nebulosas y planetas inconscientes, que se encargan de la circulación sanguínea del espacio. ¿Qué porcentaje de proteínas tiene su organismo? ¿Qué animal nació de su vida? ¿Y cuál alcanza esa misma entidad? Nació alimento para cada célula vista como tejido. ¿No le apetece a su personalidad un calamarcito? ¿Por qué surgieron tipos de vida para su organismo humano para alimentarlo? ¿Ustedes mismos fueron capaces de ello! La condición mineralógica que usted tiene la recibió desde el espacio, pero los planetas trajeron el proceso alimenticio, el despertar, el nacimiento. El espacio y tiempo lo vuelve a encontrar usted en su vida orgánica. Lo que impulsó al espacio a hacerse más denso lo dieron las aguas a su organismo. Las leyes elementales crearon el oxígeno para la túnica material, pero el proceso de densificación tuvo lugar en las aguas. ¿O se esperaba de mí la explicación sobre el contenido de grasa de usted en cuanto a vida y conciencia? ¿Tengo que analizar para su universidad la parte que contiene sal, nacida según las leyes espaciales? ¡Esa no es mi tarea! Las sales minerales para su cuerpo surgen y adquirieron color y densidad por las aguas. Porque esa densificación contiene en sí el nacer universal y espacial. ¡Así que lo que ve y encuentra usted en su cuerpo vive en el espacio! Pero también ahora está usted ante el grado de conciencia espacial como ley elemental y ante la ley para el ser animal, al que pertenecen ustedes como seres humanos. De cada tejido nació una especie animal para su cuerpo. Las aguas los conectan con esas leyes y así ven ustedes su propia creación. Pero ¿qué profundidad tiene su creación? ¿Pueden determinar ustedes ya la profundidad interior por su conciencia material? ¡Qué profundidad tiene la creación divina! ¿Cómo van

a embellecer su vida? ¿Hasta dónde pueden ir si quieren vivir lo que es final, que para ustedes es el alto divino? Para ello han de aceptar como espacio millones de leyes vitales, y continuarán ustedes evolucionando.

Hans pregunta:

—¿De qué se nutre usted para todo esto?

—¡De la conciencia que adquirí!

El doctor Leuvens pregunta:

—¿Por qué murió la luna?

—¡Porque completó su tarea!

—¿Ya no hay vida allí?

—¡La atmósfera de la luna es ahora de tal naturaleza que uno se ahoga! La primera atmósfera para su vida se disolvió.

—¿Qué significa eso?

—¡Que de este modo ha empezado con su proceso de defunción!

—¿Hay otra atmósfera más?

—Sí, la hay, pero es semimaterial.

—¿Por qué?

—La luna perdería su equilibrio y crearía de ese modo un caos para el espacio. Saldría despedida de su órbita. ¿Lo intuye?

—¿Sabe también por qué desde la tierra se puede ver la luna solo por una cara?

—Esa respuesta también se la puedo dar. La luna no conoce las rotaciones como la tierra. ¡Por eso la ve de un solo lado!

—¿Por qué no? Quiero decir, ¿por qué no recibió la luna las leyes de la madre tierra?

—¿Le interesa esta respuesta?

—¡Claro!

—Y ¿no lo sabe?

—No, no lo sabemos.

—Bien, docto amigo, cuando la luna comenzó a densificarse, su vida había alcanzado la existencia embrionaria. Pero ¿qué habría pasado si la luna, en este estadio de desarrollo, se hubiera apartado del sol?

—Entonces se habría producido un enfriamiento.

—¡Exactamente, entonces se habría producido un enfriamiento y se habría congelado, matado, la primera vida en la luna! Entonces la luna no podría haber dividido su vida para Dios, sino que entonces tendríamos que haber aceptado, y con nosotros todo lo que vive, un parón irrevocable. Y ¿qué significa eso, padre mío?

—Trastorno.

—Pero en el espacio divino no hay trastornos, no pueden vivirse en ninguna parte. Eso habría sido el parón divino. Pero ¡no lo hubo! La luna, en

esa hora para el despertar, aún no tenía vitalidad. —Así continuó empobreciendo su vida. Ese calor, enviado a ella desde el espacio, lo absorbió para sí misma y para su vida. Así es como siguió la vida y como hubo evolución. ¿Está claro?

—Lo está... —sale titubeante de una sola boca. René prosigue y dice:

—Pero ahora la tierra. Si hubiéramos tenido que aceptar la tierra en el estadio de la luna, ¿qué habría pasado ahora para el estadio inicial, para nuestro proceso de despertar humano?

¿No lo sabe nadie? Ahora no pueden constatar casualidades, ¡las leyes fueron calculadas por Dios! ¿Qué habría pasado? ¿Aún no lo sabe? Entonces nos habríamos quemado como seres humanos embrionarios. El sol había alcanzado entonces una cierta potencia como la fuerza creadora. La joven vida no habría podido procesar esa potencia de luz y calor. Así que la tierra hizo la noche y surgió un enfriamiento. Ahora llegamos a estar ante su Biblia. Prepárese, amigo mío. ¡Conecto un milagro con otro milagro creado por Dios! ¿Está satisfecho el físico?

—Volveré al asunto.

—¡Gracias! Pero ¿qué quiere decir eso, mi amigo el teólogo? ¿No lo sabe? ¿Tengo que ayudarlo? ¿No conoce su Biblia? Allí se describe cómo Dios hizo dos luces: una luz grande para gobernar el día y una pequeña para gobernar la noche, ¡igual que las estrellas!

Pero ¿está usted de acuerdo con eso? Dios creó la noche y el día. Dios creó una luz para el día y una luz para la noche. ¿Es así, señor sacerdote?

—Sí, eso es verdad.

—Mire, su colega el astrónomo puede explicarle ahora que ¡en el universo jamás hay noche! Ni nunca la hubo después de que el solo recibiera su propia densidad, pero ¡desde ese momento el sol era padre! Los autores de la Biblia se refieren a una luz para la noche. Y esa luz la creó Dios. Pero ¿no sabía usted que la tierra hace noche? ¿Que la tierra creó la oscuridad de la noche? ¿Se equivocó Dios en esto? Dios, no, sino que se equivocaron los autores de su Biblia, ellos no conocían la creación divina. ¡En el universo nunca hay noche! ¡Nunca! ¡La luna recibe la luz del sol! ¿No es cierto eso? Al margen de las leyes corporales de la tierra hay luz. Y eso es el sol y así seguirá siendo. Ya lleva siendo así desde hace millones de años. ¿No conoció Dios sus propias creaciones? ¿Es una equivocación? No por parte de Dios, ¡porque Él no se equivocó! El ser humano, en cambio, les ha dado una imagen equivocada del Dios de ustedes y mío. ¡Eso es! Ahora están ante la palabra de un ser humano. ¡La creación divina nació de otra forma, también el ser humano recibió otro nacimiento y surgió a partir de otra materia! La luna no es una vida que irradie luz de su propia fuente. ¿No es así, doctor Leuvens?

—Así es, justamente.

—Pues bien, señor pastor, ¡eso no encaja con la realidad! Todo surgió de otra manera. No le voy a despojar de su fe, pero es por medio de las leyes de justicia espirituales que se conoce a Dios. La luna vivió un significado muy distinto para nuestra vida y conciencia que lo que hicieron creer los autores de la Biblia. No tocaron la vida de la luna. Es que tampoco conocían este poderoso acontecimiento; los astrónomos de ustedes tampoco han llegado a ese punto. Todos ustedes no están más que al comienzo de su propia facultad. Y ¿por lo demás? La luna recibe luz del sol, pero la tierra produce noche. ¿Siente usted lo improbable que es todo esto? ¿Entonces la gente no sabía más! También ahora el ser humano se queda mirando la luna y no sabe que Dios se contradice respecto a SUS propias creaciones. ¿Para qué se le concedió a usted acabar sus estudios? ¿Es este el final de sus estudios? ¿Conoce usted por esto a su Dios? Dios dio luz a la luna, por medio del sol, la tierra creó noche y ¡usted está ante la ignorancia! ¿Quiere decir eso de Dios? ¡Dios es Todopoderoso! Pero ¿en qué convirtieron los autores de la Biblia a su Dios y al mío? No se ha tocado el comienzo de todas las creaciones divinas. ¿Lo siente usted? ¡Estas Santas Escrituras han sido consagradas por Dios! ¡La religión y la fe confluyen en una verdad científica espiritual! ¡Y esa le será dada más tarde! Piense en todo esto. No le despojo de nada, coloco ante sus pies, como fundamentos universales para su vida, las leyes divinas derribadas. Esas revelaciones fueron dadas a mi vida. ¡Yo sirvo a Cristo!

Y ¿qué lo conduce a la psicología humana? ¡El espacio! El alma adquirió su vida y conciencia desde el espacio. Recibió una personalidad por las leyes corporales. Por millones de leyes vitales llegó a disponer del yo espacial, pero para ello los planetas crearon cuerpos Todo esto junto lo puede aceptar usted como introducción, como fundamentos existentes para hacer sus preguntas. ¿Hay algo más?

Ten Hove pregunta:

—¿Está dispuesto este poder emisor de leyes a responder al saber humano?

—¿No es todo esto humano? ¿No planea la vida de usted en un espacio? ¿No es la tierra un cuerpo universal? Aunque se pierda a sí mismo, desprenda su vida de las leyes terrenales y acepte su yo espacial, el espacio nació para su vida y usted surgió por ese espacio. ¡Hágame sus preguntas humanas, ¡recibirá usted la respuesta universal!

—Cuando nos toque morir aquí, ¿qué pasará entonces?

—Vivirá usted como personalidad astral o usted volverá a la tierra para empezar una nueva vida.

—¿Y de eso no somos conscientes?

—Mucho de eso vive en la conciencia diurna. Al despertar en estado material, o sea, después del nacimiento, en el instante en que se abren los ojos, comienza la nueva conciencia. Se empieza la nueva vida desde la anterior y

desde aquello que uno es ahora.

—Y ¿si continuó en la vida del alma?

—Entonces uno tiene que aceptar la personalidad adquirida como una esfera, un cielo o un infierno y tinieblas. Verá usted ese mundo tal como es su vida interior.

—Gracias.

—Le agradezco sus esfuerzos.

Van Hoogten pregunta ahora:

—¿Así que el niño se ha convertido al nacer en un ente?

—¡Ya lo era hace millones de años!

—¿De modo que la psicología no es aplicable al niño?

—Tiene que ver usted el niño según la ley material. La vida va despertando lentamente, pero ¡tiene que aceptar ese crecimiento material! El ser niño se disuelve por completo en la siguiente existencia. Para el espacio solo existe antigüedad. El niño que muere, que abandona esta vida demasiado pronto, que pierde la vida por un asesinato, ¡recibe una nueva vida! El niño que ha completado la evolución material continúa para la vida del alma y despierta allí, va creciendo, pero es por poco tiempo, porque el alma no ha sido trastornada por su evolución material. Esta psicología lo coloca a uno ante el infinito.

Hans no pregunta nada. Los médicos están reflexionando. Hay una tensión enorme, están hechos un lío. René dice que esto es el final. Regresa y poco después abre los ojos. Bebe una taza de té y desaparece. Karel dice:

—Y a ustedes (vosotros), ¿qué les (os) parece?

Tienen que reconocer que aquí está presente una enorme conciencia. Claro, otra cuestión es que todo pueda ser aceptado. El astrónomo es el más acomodaticio. El pastor se encuentra fatal. Se ha quedado sin su Dios. Karel dice:

—Si la ciencia te puede convencer de que la Creación tiene millones de años, ¿tenemos que aceptar entonces la Biblia y empezar a creer en barro y un poco de aliento?

Leuvens dice:

—¡La explicación para el universo es correcta! Si la luna tiene una órbita como la tiene la tierra, entonces ¡habríamos muerto según nuestros conceptos si hubiéramos vivido allí! He de decir que eso me ha apabullado. No me imaginé recibir estas respuestas, todo es nuevo para mí. Aquí habla una vida consciente.

Acordamos quedar para dentro de una semana para seguir con las formulaciones de preguntas. Los caballeros se van, Hans se queda un poco más, pero no recibimos palabra alguna de él. Hans sigue sarcástico y creo que ¡le parece un abracadabra! Elsie y Erica están en el séptimo cielo. Todos nos

hemos sentado a los pies de un maestro. La señorita lo ha anotado todo y lo elaborará más en detalle. René quiere tener el texto grabado. El mío lo anoto en el cuaderno de bitácora. ¡Se nos concedió vivir una noche asombrosa! El doctor Lent disfruta. No ha hecho preguntas, sino que acepta todo. Está abierto a la doctrina del espacio. El pajarraco se siente como un profesor. Tippy también quería estar, pero Erica no quería verla, le parecía demasiado vacua para eso. Y así es, esa vida no haría más que estropear nuestra reunión. Anoté:

—Si la gente puede aceptar esto —nosotros lo creemos todo irrevocablemente—, estaremos ante otra humanidad. Mis pensamientos de antes eran acertados. Ahora sé que todo lo recibí enviado. Es muy natural: cuando el ser humano sintoniza con algo es posible que la naturaleza te infunda animación. Las personas también. Ahora se convierte en inspiración por la recepción telepática. Imposible que sea más sencillo. Pero ¡estamos con los pies en la tierra! Y eso es un primer requisito. Ahora ya no tengo nada que escribir, solo quiero pensar. Haré algunas preguntas a René (—dice).

El chico ha recibido entretanto una pequeña exposición de sus piezas más hermosas. Son paisajes y algunos retratos, también algunos simbolismos, y con eso también puede estar contento. Ven en él un gran talento. Los artículos continúan, realmente ya está construyendo ahora un mundo propio. El esbozo que hizo de Elsje ha salido sorprendentemente bien. Se queda esperando, pero sí que va a intentar convertirlo en un cuadro al óleo. El de Erica es muy bonito y tiene un parecido asombroso. Todos esos talentos cobran conciencia. Trabaja duro para ello y entiende todo tan bien, uno no choca con nada en su vida. Esta vida te acoge en todo, cada pensamiento lo convierte en espacio y lo da a tu vida. Es una revelación para mí y para todos nosotros. Karel está a su lado y lucha por su vida. La noche después estamos todos en la sala de estar. Karel habla con René y pregunta:

—Dime, René, en realidad ¿qué te permite explicar esas leyes? No estuviste en la luna, ¿no?

—Mira —llega la respuesta—, papá, en los templos egipcios se nos concedió alcanzar una altura, pero aún no era nada en comparación con el nivel de lo que nosotros sabemos ahora.

—¿Quiénes son esos “nosotros”?

—Te dije que estoy vinculado a una orden. Es la orden de maestros. Esa orden se encarga del bienestar de esta humanidad. Esa orden hizo que llegara el arte y la sabiduría a la tierra. Si quieres empezar a servirla, Karel, ya puedes empezar. Más tarde hubo arte. Cuando los primeros seres humanos habían vivido la tierra, esas almas estaban ante las tinieblas.

—Pero ¿es que sabes todo lo que has dicho?

—Todo, no se me escapa nada. Pero me sacas de lo que voy a vivir. Todo es

tan verdadero, Karel. Esos primeros seres humanos vivían en cuevas y chabolas. En los bosques. Allí se desfogaba esa gente. ¿Qué tenían? Nada. Pero la paternidad y maternidad proseguía. Continuamente nacían nuevas vidas. Cuando por fin hubieron vivido lo más elevado para este mundo, para esta tierra, ¡tuvieron que seguir! Porque el alma como ser humano y como animal regresará a Dios. Después de haber vivido lo más elevado —el organismo humano— esa gente ya no tenía nada que hacer en la tierra ni podía recibir nada. Entonces llegó la última muerte. Estaban como seres humanos espirituales ante su propia concienciación. Tinieblas, porque aún no había luz. Entonces siguieron la vida en la tierra. Mientras buscaban fueron retirados hacia la tierra por su propio grado de vida. Ese mundo espiritual vive aquí. Estés donde estés, Karel, allí también está la vida para el alma y ese espacio. Somos como Dios, pero tenemos que hacer conscientes las leyes divinas para nuestra vida. Y la gente se puso con eso, por lo que fueron recibiendo luz y conciencia. Llegados a ese punto comprendieron que el ser humano material desconocía esas leyes. Comprendieron que habían abandonado la vida material y que seguían viviendo. Seguramente que ya lo sentirás: esa gente primero se desfogó por completo por medio del ser material. Y eso, Frederik, se convirtió en el estar poseído astralmente. En esos tiempos cada ser humano estaba poseído por el ser humano espiritual. Más tarde millones de personas empezaron otra vida; comprendieron que así no avanzaban. Pero la vida en la tierra continuó.

Sabes, Karel, cómo vivieron los primeros seres humanos. Aún no había ciudades. Poco a poco empieza a haber pequeños descubrimientos. Vemos el fuego, la gente se pone a trabajar, empieza a haber cultura. Se aran las tierras, está a punto de llegar la conciencia social. Eso sigue durante millones de años. En el otro mundo vemos que el alma va avanzando. Al liberarse de la vida material, ese ser humano se eleva más y más, y surgen mundos de luz. Así el alma como ser humano va escalando hasta Dios y regresa a Su vida. Mientras tanto llega a haber profetas. Esa gente al otro lado sabe ahora que Dios es vida, sentimiento, y leyes. El alma consigue cuerpos más elevados, un pensamiento más elevado por medio de la paternidad y maternidad. En ese otro mundo se aceptan las leyes para el alma y la materia, para el espíritu y el saber humano. Están ante la realidad. Llega Moisés. Pero este es un alma que ve que esta vive. Cuando esta vida se dio cuenta de esto, Karel, quiso volver a la tierra para contarle a los familiares. ¡Y eso tú lo querrás luego también! Los maestros que ya habían alcanzado su sintonización cósmica, que habían llegado a conocer las estrellas y los planetas, que veían la luna y el sol como padre y madre para el espacio, que podían regresar hasta en el estadio inicial para las revelaciones divinas, y que podían seguir ley tras ley, ¡sabían ahora cómo era Dios! Habían llegado a conocer a Dios. Pero mientras tanto esos

millones de personas siguieron construyendo un gran plan.

Los primeros seres humanos, con en su seno un solo maestro, un solo mentor, alcanzaron el Omnigrado divino, el final para el ser humano. ¿Qué harías si vivieras en eso? Surgieron siete sistemas cósmicos. Puedo explicarte leyes, Karel, de las que jamás has oído hablar.

—Y ¿ves esas leyes?

—Luego contestaré tus preguntas; acata que te dé esta imagen.

Pero llaman a la puerta. Erica va a mirar, René dice que es Elsje. Ha venido un rato. Hans está como loco. Ella ya no lo entiende. Preguntamos en qué anda metido él. Hans busca, en alguna y en ninguna parte. Pero Elsje tiene una fuerza tremenda. Hans está liado con amigos y bebe mucho. No hay quien lo pueda ayudar y todo es abracadabra. Pero él no lo dice. Ya me las arreglaré. René continúa, Elsje también escucha con atención y es un apoyo para su vida.

—De modo que, queridos míos, esos primeros seres humanos ya han alcanzado el Omnigrado divino. Han surgido siete sistemas solares, Karel. Ya me lo oíste decir, y más adelante tendré razón en absolutamente todo, no lo dudes. Este espacio representa tres grados cósmicos. La luna, Marte y la tierra; los demás planetas son fuerzas que suministran aliento vital a este espacio. ¿No es milagroso? A un astrólogo entrego su Dios de un solo golpe. Sobre esto escribiré un libro, vivirás milagros. Por cierto: ya lo comencé.

—¿Qué has comenzado? —pregunta Erica.

—Mi querida madre, el libro sobre astrología.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, mamá. Una noche te leeré el comienzo. No: lo haré de otra manera, te conectaré inmediatamente con las leyes. Igual que ahora, pero más tarde.

—¿No tienes que hacer algo para mí, René? —pregunta Elsje.

—¿Para ti, querida? Claro que sí. Escucha bien, Elsje. Tienes que conseguir conocer bien tu propio idioma. Vas a aprender estenografía. Te encargas de conocer bien tu idioma, entonces te podré dar trabajo más adelante. Mamá también, todos hemos de comprender bien lo que Dios ha puesto en nuestras manos. ¿Lo harás?

—Ya llevo un tiempo con ello.

—Entonces ni siquiera hubiera tenido que decírtelo. Pero así está bien. Sigo.

En ese libro —quizá vayan a ser tres— explico, mamá, todas las leyes del espacio respecto a la astrología. Y esas leyes las reconduzco a la humanidad. Con eso quiero conseguir lo que se me ha encomendado, es decir, que la gente ya no sea engañada con esa paparruchada. ¡Porque veo que todo es diferente! Pero ahora a escuchar, queridos. Estaba yo en el Omnigrado. Sí,

Karel, ¡enseguida voy allí! Y eso no son tonterías que diga yo, es en serio. No me estoy engañando a mí mismo ni a ustedes (vosotros), ¡sé lo que hago y lo que puedo hacer! Karel, ¡veo ante mí el Omnigrado, igual que te veo a ti! ¿No es para llorar? Esos planetas de transición de los que hablé solo establecieron una comunicación para poder alcanzar el grado cósmico propiamente dicho. Ahora ya estarás viendo de qué forma tan sencilla Dios creó todo esto. Vas subiendo peldaño tras peldaño y yo ya lo vi cuando era niño. ¡Fui ascendiendo, cada vez más! Esos grados cósmicos, Karel y Frederik... Ya ahora es un milagro para mí poder pensar con tanta nitidez, ya ni siquiera me haría falta entrar en tu hipnosis, Frederik. Pero vayamos por partes. Esos agrados cósmicos, por tanto, han trabajado todos en el cuerpo humano. Y a medida que avanzaba el crecimiento del cuerpo, también se le indicó su lugar al siguiente planeta, necesario para el crecimiento y la mayor densificación del ser y cuerpo humanos. De modo que no es ninguna casualidad que la tierra haya adquirido un lugar —entre el sol y la luna— para esta evolución. Que Marte es salvaje y feroz es algo que sabemos. Pero de que trabajaría en el cuerpo humano, de todo esto la ciencia aún no sabe nada. Ahora, en nuestro tiempo, Karel, Marte ha llegado al final de su tarea. Más adelante —claro, eso tomará algunos años más— la humana verá que tengo razón. Así que estos tres grados representan este espacio. Pero cada cuerpo creó de nuevo. Ese núcleo está anclado a esa vida. Es sustancia divina y posee las condiciones divinas que ya te mencioné en una de estas sesiones. Luz, vida, alma, espíritu, paternidad y maternidad. Esos planetas siguieron trabajando. Esa irradiación influyó en otro mundo. Creó en este espacio un espacio invisible. Esta túnica celestial que llegaste a conocer como el firmamento y en la que vivimos, por tanto, en la que vamos volando, creó un nuevo espacio. El sol y la luna emitieron sus fuerzas. Eso se convirtió en un nuevo sistema solar. Es el cuarto grado cósmico como espacio y parecido a otro peldaño más para la vida de Dios.

Pero ese espacio ahora es diferente. Porque en la vida después de la muerte el alma como ser humano también ya es diferente y tiene una vida espiritual inmaculada, según las leyes que fueron creadas por Dios. Así que más adelante el universo también será diferente. Ahora vemos que estos tres grados universales tienen un espacio. Allí se ha simplificado el sistema solar. Resulta que allí hay siete planetas juntos. No te crearás, Karel, bueno, nadie de los aquí presentes, cómo es la vida allí. En el primer planeta, por ejemplo, llegas a la edad de unos trescientos años. En el planeta madre —el grado más elevado— como ser humano a la edad de unos siete mil años. Porque regresas a Dios. Allí ya no se duerme ni hay enfermedades, Karel. ¡Algún día el ser humano permanecerá despierto! Este sueño nos resulta necesario porque aún tenemos la conciencia animal y el cuerpo todavía no se ha hecho espiritualmente más etéreo. Pero Dios es empuje en todo. Cae por su propio peso que

algún día también nosotros seremos empuje, entonces ya no necesitaremos dormir. Debido a que allí ya no se mata ni hay violencia, a que la gente no se ha mancillado sus cuerpos, todas esas leyes para la desintegración se han disuelto por completo. ¡Allí sí que hay justicia! ¡La policía no hace falta, como aquí! El ser humano ha asimilado un amor más elevado. Seguramente lo sentirás: en mil años la gente lo poseerá también en esta tierra, pero entonces estaremos en las esferas de luz y nos prepararemos para acceder al cuarto grado cósmico vital. ¡Porque regresamos a nuestro estadio divino! ¡Y no se excluye a ni una sola alma! ¡Por eso es una lástima tan grande que la iglesia no quiera darse cuenta de que Dios no es capaz de condenar! Entonces a la gente le servirían mucho más los sermones y desearía que nunca tuvieran fin. Así de hermosa va a ser la vida.

Pero ¡de esos asuntos ya hablaremos! Así surgieron siete espacios cósmicos. Los primeros tres, aquí, donde vivimos; a continuación viene la vida después de la muerte, que no es más que un mundo para prepararse. Imagino que lo sentirás: ¡el alma va escalando y algún día será como Dios!

Y desde allí, Karel, regresó la gente a la tierra. Esas personas divinas se conectaron con en el sexto, quinto, cuarto y tercer grado cósmico. Con las personas, los maestros en las esferas de luz, que llaman los “cielos”. El Mentor más elevado dijo: “Empiecen (empezad) lo antes posible con este plan, seguiremos en contacto con ustedes (vosotros). La tierra tiene que recibir conciencia”. Y entonces empezó a buscarse un alma, un ser humano. Y lo encontraron. Ese ser humano ya vivía allí y quería convencer al ser humano material de que no había una muerte. Pero no sabía cómo hacerlo. En la tierra habló al ser humano material, pero este no lo oía. Era demasiado basto. Eso lo tienes que poder oír espiritualmente, por medio de tu alma. No fue posible. Así que habría sido posible por medio de inspiración, si hubiera habido seres humanos de ese tipo viviendo en la tierra. Pero estos aún tenían que nacer.

Entonces esos ángeles más elevados descendieron a las esferas más bajas y encontraron a quienes necesitaban. Un ser humano deseoso de contar a la vida en la tierra que no existe una muerte, que se volverían a ver después. Allí es donde empieza la historia humana, Karel. Abraham, Isaac, Jacobo, ya conoces la historia. Llega Moisés, comienza la Casa de Israel. Todo eso es cierto; aunque allí encontremos también historias que no son ciertas, la esencia ocurrió de verdad. La Casa de Israel adquiere importancia. Seguramente que también sentirás que los ángeles no podían alcanzar a esas masas salvajes de otra manera. Sabían que esa gente aún no estaba abierta al amor. La humanidad en la tierra es como una banda salvaje, los autócratas hacen lo que les plazca. Si no tienes nada, eres un esclavo y tu vida es torturada. Moisés lucha. Pero es un alma reencarnada. Ya antes conoció la vida después de la muerte.

No sabe nada de su vida anterior; Moisés aún no ha aprendido esas leyes desde la tierra. Y hay que asimilarlas desde este mundo. También esos problemas ya te los explicaré más adelante. Pero Moisés ha hecho que en él despertara el sentimiento para ello. Si no estás exento de las leyes del karma o de las de causa y efecto —seguramente que ya lo estarás sintiendo—, entonces esos pensamientos interfieren en ti y jamás llegarás a la revelación espiritual de tu propia vida y conciencia. Entonces es que has regresado a la tierra para otra cosa, no para tareas espirituales. Para eso hay que estar completamente libre de cualquier trastorno material, o tu alma como personalidad no llegará a sentir ni a ver ningún espacio. ¡Puedes hacer comparaciones para ti mismo y entonces lo sabrás!

¡Moisés está libre! Antes de que entrara en comunicación con los ángeles intentó regresar a la tierra por su propia cuenta. Descendió en la madre y vivió la fecundación con ella. Pero Moisés tiene que aceptar que esta vida pertenece a otra personalidad. Cuando la vida se aproxima a los tres meses expulsa a Moisés de ese contacto, del ser uno con la madre. Tiene que aceptar entonces que vivía fuera de ese templo. Las puertas del óvulo materno estaban cerradas. ¿Lo sientes? ¡Qué poderoso es esto! Moisés llora. Tiene que aceptar que no recibirá una vida material. Con su saber quiere convencer a la gente de lo que vio en su vida espiritual. Pero todavía no sabe que el nacimiento desbanca la vida anterior. Porque el alma despierta y retoma lo que hay presente alrededor de esa vida. Así todo lo anterior va sumergiéndose en el subconsciente y solo puede hacerse consciente —escucha bien ahora— a condición de que aun así seas capaz de vivir, al margen de esos centenares de miles de leyes materiales, tu vida del alma como conciencia anterior; eso es algo que ahora poseo, pero tuve que dar centenares de vidas antes de tenerlo. Atravesé la locura, el suicidio, cualquier ley material para asimilar las leyes espirituales. Todos llegan (llegáis) a ese deseo y solo entonces estarás convirtiéndote en algo. Quise poseerlo aquí, igual que lo deseó Moisés y, con nosotros, millones de personas más. ¡Queremos ayudar a los seres humanos materiales y llevarlos hasta el despertar espiritual! Y ¡ya lo ves, ya estamos en ello!

Así es como Moisés está fuera de esa madre y tiene que aceptar que no recibe la vida material, sino que es otro quien va a vivir este nacimiento según las leyes cósmicas. Moisés concluyó su vida terrenal de forma perfecta, solo puede recibir una nueva vida por medio de su deseo. Cuando ese deseo llega al cien por cien —a ver si ahora escuchas bien, Karel, lo sencillo que es todo cuando estás en armonía con las leyes divinas— nos hacemos como esa ley. ¡Entonces somos ley! Y ahora vivimos revelaciones divinas. Moisés va vagando. Claro que aún conserva su propio nombre. Todavía no se llama Moisés, pero ese nombre lo recibirá más adelante, porque ¡llegará a su propia

familia, para la que nacerán primero Abraham, Isaac y Jacobo! Pero aún nos olvidamos de Noé. Ese es el que empezó en el fondo a poner los primeros fundamentos para la Casa de Israel. Moisés deambula como ser humano espiritual por este espacio material y espiritual. Observa las estrellas y los planetas, porque cuando sintoniza con ellos puede verlos. En esa vida no hay más que un deseo: regresar a la tierra para hablar a las personas materiales del Dios verdadero. Pero aún desconoce el nombre de Dios. Solo se conoce a él mismo y sabe que no hay ninguna muerte. ¡Nadie conoce a Dios en la tierra! Dios, como palabra, no ha cruzado labio alguno, aún no se conoce ninguna ley de todas esas realidades. Así que de este modo es como esta alma vaga por el espacio. Él, como ser humano, está en la tierra y sigue a la gente. Ve como las personas se desfogan. También sabe cómo pueden hacer algo para ellos mismos y lo que pueden alcanzar durante su vida material. Pero no hay cambios. ¡Sí en su vida! Estalla de deseo. Rebose de deseo de que se le conceda volver a la tierra. ¿Vivió esta vida, Frederik?

—¡Lo que a mí se me concedió vivir, René, ya está en flor!

—Así es. También por tu búsqueda, tu pensamiento, tu deseo de pensar por la masa tonta, de poder ayudar a la masa tonta, despertó tu vida interior. No solo fuiste elevándote cada vez más, sino que cada ley ya hablaba a tu ser. Te fuiste abriendo. Lo que tú llamas la inmaculada claridad, ¡era justo eso, exactamente eso, para Moisés! Te fuiste de la tierra en sentimiento, ampliaste interiormente tu pensamiento material. Moisés hizo eso desde el mundo espiritual y por fin alcanzó esa altura. Ahora estamos ante una ley divina, Karel, y puedes vivir el milagro de Dios dentro de ti. Frederik se fue haciendo más etéreo. Moisés también. Pero lo que ocurre es exactamente igual allí. Lo que recibió Frederik, Moisés lo llega a tener en sus manos. Frederik se disuelve ante tus ojos, cambia, se hace más fino y más etéreo, empieza a sentir las cosas y ya llega a recibir de tiempo en tiempo esos pensamientos que se le envían. ¿Qué hace Frederik? Hace que despierte su vida interior. ¡Trabaja en el mundo de su alma! ¡Y eso es un espacio! Está en flor, desde luego, el encanto de la vida de su alma se revela a su personalidad interior. Persevera y llega hasta ese punto. A mí me puedes seguir en todo. Vivo con él, porque su vida se abre para mí. Si esto no fuera así, entonces habríamos vivido —habría vivido Frederik— otros fenómenos.

Es exactamente lo que hizo Moisés. Va escalando en sentimientos. Se hace etéreo, ¡se hace nacimiento por medio de su deseo! Ya no puede vivir otra cosa, no es capaz de hacer otra cosa. ¡Moisés se planta a sí mismo! Adquiere plena conciencia y se conduce a sí mismo hacia esa ley. Nadie puede ayudarlo, ni siquiera un ángel, es algo que la propia vida tiene que querer. De Dios lo podemos obtener todo si uno mismo lo quiere y quiere empezar con esa concienciación más elevada. Moisés se convierte en el empuje más elevado.

Se hace ley, la ley para el nacimiento, ¡no es ni quiere otra cosa! Regresa mil veces a la tierra, ve cómo viven esas horribles masas. También ve que algunos se desfogan a costa de esa masa, y esos son los autócratas de la tierra. ¡El resto juega a ser esclavo y es torturado y flagelado! Su vida y ser se transforman paulatinamente. Llega al punto en que su personalidad se hace etérea y regresa al mundo astral. Allí deambula por un mundo que se parece a las nieblas. Ya lo sientes: un ángel de la luz ya no participa en la violencia bruta. Un ángel del primer cielo ya no puede cometer cosas duras. Para eso hace falta un ser humano que aún no ha alcanzado esa altura. ¡Es Moisés! Vuelve a vivir en el mundo astral y está triste. Ya no soporta a la gente allí. Son unos vagos. La mayoría no sabe todavía que han muerto en la tierra y esos inconscientes no hacen preguntas al respecto, para ellos aún no significa nada. Así tenemos millones más en este mundo, no son malos ni buenos, han depuesto lo diabólico, pero ¡lo que falta todavía es la luz! Son bonachones, pero el sentimiento de hacer algo por los demás no está todavía.

Moisés se aísla. Deambula allí en esa infinitud y piensa. ‘¿Cómo regreso a la tierra? ¿Quién puede darme un nuevo cuerpo?’. Suplica por más espacio para que se le conceda poder servir. Y entonces, Karel, se le acerca un ángel. Moisés siente que ya no está solo. Eso ya lo tiene mucha gente aquí en la tierra. Moisés reflexiona. Se pregunta lo que es. Se siente etéreo y está tranquilo. Y entonces oye de repente que se le dice:

“¿Me oye usted?”.

“¿Quién es usted?”, pregunta. Sigue entonces una conversación. Moisés recibe respuestas a todas sus preguntas. El ángel como maestro de la luz dice que él es de Dios y que será Dios. Y eso es cierto. Desde el Omnigrado llega el mensaje de que allí hay que conectar con una palabra todo lo que se ha creado. Esa mera palabra tiene que expresar por completo la vida de los espacios. Entonces se constituyó la palabra Dios, el Señor. Moisés ya oye hablar ahora del Señor. Y el ángel le dice que tiene que regresar a la tierra para seguir a la gente allí, que allí recibirá ayuda por medio de pensamientos. Moisés va hasta la tierra. Pero los maestros ya empezaron con el plan. Ya surgió la Casa de Israel, esa Casa recibirá conciencia por medio de Moisés. Moisés vuelve a deambular por la tierra. Seguramente que ya sentirás que aún le falta para llegar al punto. Tiene que seguir haciéndose más y más etéreo y vivir conforme a la ley del renacer; solo entonces esa ley elevará espiritualmente su vida. Según nuestros propios cálculos pasan otros veinte años, pero entonces esta vida regresa a las esferas y se siente preparada. Ahora aparece el ángel a su vida y le habla. El ángel sigue a Moisés hasta que esta vida recibe el renacer. Esta vida del alma se disuelve. El maestro dice que Moisés escuchará la voz divina en la tierra. Y entonces vuelve a hundirse hasta la existencia embrionaria. Se disuelve ante los ojos del maestro, se hace más y más pequeño, hasta

volver a convertirse en chispa. ¡En embrión! Y después de un tiempo —el alma como personalidad duerme ahora, no es capaz de pensar como chispa o destruiría el fruto— esta vida del alma despierta en la madre. Moisés es atraído por la paternidad y maternidad material. Y justo llega al lugar donde tiene que estar. La Casa de Israel acoge esta vida. Esta alma se llama ahora... ¡Moisés! Y el niño despierta. ¡El alma tiene intuición! Este sentimiento es abierto y consciente. En esta vida hay un solo objetivo, un solo deseo: servir a esta humanidad. Esta humanidad tiene que recibir una fe. Moisés recibe sus datos para alcanzar la unión de estas masas. Ya sentirás seguramente que todas esas criaturas, hombres y mujeres, son muertos en vida. ¡Ahora llega la fe, el Señor hablará! ¡Y así será! Pero ¡el Señor es representado por los ángeles! Ahora ya se ha establecido comunicación con el Omnigrado divino. El Omnigrado divino sigue todo esto. ¡Conocemos la vida de Moisés! ¡Otros profetas siguen! Todos esos profetas, nacidos igual que Moisés para su tarea, hablan sobre el Mesías. Uno tras otro llega a la tierra. Moisés se ha hecho fuerte. Sí, tiene que librar una guerra para protegerse a sí mismo y a su hijos. ¡Es capaz de hacerlo! Pero ¿tiene que ver esto con Dios? ¿Con el Dios de toda esa vida? ¡Sin duda! Pero no es Dios mismo. Lo son los maestros, los seres humanos que tuvieron que vivir, igual que Moisés, cada una de las leyes materiales. Pero ¡todos los espacios de Dios están habitados! Los maestros reciben mensajes que son enviados desde el Omnigrado divino, saben cómo tienen que actuar, todos los mundos han alcanzado la unión. La tierra ya está en manos del Omnigrado divino, el ser humano al que se le ha concedido que complete su ciclo universal.

Así van pasando los siglos. Se habla de un milagro divino. El Hijo de Dios vendrá a la tierra. Y ¡es Cristo! Desde luego: Cristo, desde el Omnigrado divino, traerá el Evangelio divino a la humanidad. Naturalmente, ¡hay muchísimas víctimas! Quien se esfuerza por esa evolución se enfrenta a la tortura. ¡Se convierte en una lucha contra el mal en el hombre, el odio contra el amor! Pasión contra bondad. Tinieblas frente a luz, que ahora es traída a la tierra. Entonces se acerca el Siglo de Cristo. La historia bíblica ya lleva mucho tiempo escrita. Lo que esa gente escribió está muy bien para quienes vivían en esos tiempos, pero ya no para este siglo. Está todo muy bien lo que ellos mismos podían seguir, pero cuando se trata de leyes divinas lógicamente ya no sabían. Es así como tuvieron que hacer un comienzo. Y te pregunto, Karel: ¿Sabe la vida de nuestra sociedad dar respuestas a preguntas cósmicas? ¡No! Todavía no es posible, porque la ciencia aún no ha llegado a ese punto. Que el ser humano haya nacido, surgido, del barro y del aliento vital, ¡es algo que todavía aceptan millones de personas! Al decir a la gente que la palabra de Dios es sagrada, las personas se la creen y temen que pase algo con sus vidas.

Por ejemplo: ¡mira un estudio de esos de un teólogo! Observa el estudio

de un experto en religión. ¿Qué sabe esa gente de la creación divina? ¿Ha llegado el astrónomo al punto en que conoce el estadio inicial de la creación divina? No, todavía no hemos llegado allí. Pero la gente se ríe y se encoge de hombros. Así fue como esta humanidad recibió su desarrollo. Entonces los maestros comenzaron con la sabiduría, el arte y los milagros técnicos. Seguramente que ya se dan cuenta: millones de almas trabajan en esta concienciación. Constatan por qué aparecieron las enfermedades. Surge la facultad médica. Aparece la música, ¡la vida humana necesita que los sentimientos se hagan etéreos y se sonoricen! ¡Todo está calculado! No hay ningún alma que pueda trabajar en ese desarrollo a su aire, para eso tienes que nacer y haber armonizado tu propia vida. Así es como surge la unión. Lo que antes, hace siglos, eran tribus, ahora se han convertido en pueblos. Esa masa salvaje despierta por las guerras. Esa masa empieza a sentir y a comprender que esta tampoco es la manera. ¡Y solo ahora estamos ante eso! Los pueblos empiezan a comprender ahora que con esas matanzas tampoco se avanza. Pero las leyes de Dios no han cambiado en nada. ¡Sigue habiendo enfermedades! También locura. A medida que el alma va elevándose, va conociendo esas leyes y ¡asimilará su fuente espiritual! Lo que antes eran cabañas en la selva ahora son ciudades. Recibimos luz, recibimos arte, hemos asimilado sabiduría, pero aún se desconoce el universo en el que vivimos. Eso todavía tiene que venir y está acercándose.

Ahora voy a contarte por qué sé todo esto. Como ya dije, he dado cientos de vidas por la sabiduría. ¡Recorrí la magia y las leyes para el yogui! Asimilé leyes por las que me podía hacer enterrar durante semanas enteras. ¡No podía morir! Esas personas aún existen, pero son las leyes ocultas físicas. ¡Continué! Llegué al punto de poder liberarme de todos los sistemas materiales. De modo que me desdoblé conscientemente de mi cuerpo y moraba entonces en la vida para mi alma. Una vez allí, me esperaba un maestro, que dijo:

“Rachi-Hadju, solo ahora hemos llegado. ¡Soy su maestro! Ahora se le concede conocerme”.

Estoy dormido allí. Hace muchas vidas alguien se metió en mi cuerpo, y debido a que me faltaba dominar las leyes tuve que aceptar la locura. Esa personalidad se desfogó en mi cuerpo. Al irme de este mundo material, llegué a él y él llegó a mí. También esas leyes las tuve que aceptar. Las primeras veces hasta mi muerte material y entonces nos quedamos desgarrados el uno del otro. Esa persona mala empezó a buscar una nueva vida y volvió a desfogarse. ¡Eso es lo que es estar poseído espiritualmente, Frederik! En esto puedes ver miles de grados vitales. Porque, claro, cada ser humano es diferente al otro. Para esto tienes la locura consciente y la inconsciente. O sea, la enfermiza y la sana. Por ejemplo, seres humanos que se desfogan por medio de una persona sana, con quienes está sintonizado en estos momentos Hans. Allí no hay

nada que hacer, Elsje, ¡porque él mismo no lo quiere! Porque todavía no es capaz, porque para toda fuerza del pensamiento tenemos que recurrir a nuestra personalidad entera, para espiritualizar esos rasgos del carácter; entonces los egos tenebrosos ya no nos pueden alcanzar.

¡El maestro me dijo entonces que quería empezar a conectar Occidente con Oriente! Ahora sabes que estoy aquí y dónde he conseguido toda esa sabiduría. Estoy conectado con una orden, Karel, y esa orden está ahora elevando espiritualmente a Occidente a la altura espiritual del Antiguo Egipto. Es para esto que tuvimos que emprender ese viaje.

—Para mí es una revelación, Frederik.

—Como para cualquiera que se quiere abrir —añade Erica.

Karel pregunta a René:

—¿No conoces el cansancio?

—No, Karel, porque esto te infundo alma en todo, ¿no es cierto?

—Y ¿cuando estás dormido? ¿Qué vives entonces?

—Entonces me salgo, Karel. Y ahora regreso a mi maestro. Es él quien me explica las leyes para el cosmos. Y es un ángel de la luz. Este lazo, este ser uno, es infalible. ¡En esto ya no pueden aparecer trastornos! ¡Esto está terminado! Ahora se te explican todas esas leyes. Solo que ahora no entramos a tratar los milagros técnicos; seguramente que sentirás que es algo muy diferente. Tampoco tienes que pensar que me las quiero dar de médico, aunque sea posible, porque ahora miro a través de las enfermedades. Pero no lo hacemos, porque así se dividiría el verdadero objetivo, y esa ya no es la intención. ¡Eso lo hicimos antes! Todas esas leyes las hemos vivido.

—Lástima que Hans no estuviera allí, Elsje —añade Erica—, pero eso ya vendrá. ¡No pierdas el ánimo, niña, aquí no se regala nada! Ya estamos viendo lo milagrosa que puede ser la vida. No quisiera perderme esto ni por todo el oro del mundo. Lástima también que no esté Lent, todos pueden recibir clases universitarias. De verdad, René, ¡inclinó mi cabeza ante tus capacidades!

Erica se lleva a Elsje, nosotros nos quedamos hablando un poco. Puedes preguntarle todo. Karel comprende ahora cómo fueron capaces de pintar así esos maestros antiguos y por qué Mozart se arrastró aún gateando a su piano, y miles de otras cosas adquieren conciencia para él. René se va ahora arriba. Es consciente de todo. Karel dice:

—¿Siempre supiste esto, Frederik? Pero que alcanzaría esta altura seguramente que no lo sabías, ¿no?

—¿No te dije siempre que René es un niño prodigio espiritual? Y ¿no he terminado teniendo razón? He de reconocerlo: esos pensamientos me fueron dados. Ahora sé también qué es lo que gobernaba mi mano. Eran René y su maestro. Ahora sé también qué es lo que me creó el deseo de dejarme encerrar

en la clínica de Hans. Ahora lo sé todo, y puedo responderme a todas las preguntas. ¿Cómo éramos cuando nació esta vida? Lo sé, no lo tendrá fácil, pero ¡lo que sale de esta vida es una conciencia más elevada para todos! ¡Ya estoy viendo los libros! Imagínate, Karel, ya se está enfrentando a los astrólogos de este mundo. Es increíble, pero experimentas los milagros.

Regresa Erica.

—Hans es un energúmeno, Karel. ¿Qué podemos hacer por nuestra pobre Elsjé? Nada. Frederik, ¿le has preguntado alguna vez a René qué piensa de esto?

—Pregúntaselo tú mismo; creo que viene bajando por la escalera, ¿no, Erica?

Y sí, que vuelve un rato más. Karel pregunta:

—Hans está hecho un energúmeno, René, ¿no puedes curarlo? ¿Qué tenemos que hacer por Hans?

Llega de inmediato:

—Papá, ¿crees en mí?

—¡Al cien por cien, hijo mío!

—Entonces te digo que no puedes hacer nada contra esto. Es Hans mismo quien tiene que intentar quitárselo de encima.

—¿Es posible eso?

—Claro que es posible. Pero ¡no es tan sencillo! Tiene que poner toda la carne en el asador por su vida normal, o sucumbirá. Ahora está bajo una influencia terrible. ¡Por ahí no pasa! Ya verás, díselo algún día, se reirá de ti. Esa es su personalidad. ¿Puede uno seguir orillando por más tiempo las leyes? ¡De ninguna manera! Y es que sería injusto, entonces cualquier persona se compraría un poco de sentimiento. Entonces sería posible comprar la conciencia humana, pero eso no es posible, para eso tienes que entregarte por completo. ¡Por medio de esto no puedes alcanzar a Hans! Ha vuelto a hundirse en su propio pasado. Hans vivía bajo las leyes de amor que tenía su madre. Pero por fin ves la verdadera personalidad. Esa personalidad tiene que hacerse consciente, tarde o temprano. Hay quienes van agachados toda su vida bajo eso. Así es como una madre puede influir a su hijo para toda la vida. Con las personalidades fuertes eso solo dura unos años. Los débiles de espíritu —lo viste por mí y por mamá— no se libran de esa influencia. Solo cuando llegue la muerte; entonces se separan esos mundos diferentes. A Hans no se le puede ayudar, porque está atado a leyes del karma. ¡Está siendo vivido por esas leyes! Tiene que querer despojarse de ellas, pero eso es una lucha de vida o muerte y a veces peor incluso que el empuje natural que ahora tiene que aceptar. Así ves deambulando a millones de personas, y toda esa gente solo ahora vive los problemas de vidas anteriores. Hans está ante una nueva conciencia, pero otras leyes le remiten a algo cuyo nacimiento ya está sintiendo.

—¿Qué es, René?

—No voy a adentrarme en eso, papá. Ya te explicaré esas leyes más adelante. Solo entonces me pondré a pensar en eso, ahora soy incapaz de eso.

—¿Por qué quieres que Elsjé aprenda el idioma?

—Porque veo dones en ella. ¡Sabe escribir! Eso también lo verán (veréis) despertar. Así será más fuerte de cara a esta vida.

—¿Por qué no pones tu ojo en alguna joven, René?

—¡Ya vendrá, papá! Pero ¡en su debido momento! Mi maestro dice: ¡Aguarda! Y eso es lo que haré. Una cosa sí te digo: voy a ser feliz en esta vida. ¡No te preocupes por mí! Piensen (pensad) todos en mi dirección, es todo lo que necesito de ustedes (vosotros); del resto me encargo yo. ¡Ahora tengo setenta y cinco años!

Karel se ríe. Da unos golpecitos a René en los hombros y dice:

—Chico, mi gratitud por todo. Inclino la cabeza y espero que se me conceda ayudarte algún día.

—Observe sus enfermos bien, papá. Habla a estas almas y dales todo de tu vida.

Pero ya lo sabemos: Karel precisa ayuda, así de bien marcha su consultorio. La gente ya no lo quiere perder. Su carácter se ablanda. Ahora porta a sus enfermos. La gente pide su personalidad a gritos. Los pobres lo llevan en brazos. Ya tiene el mote de que es el médico de los pobres. A Karel eso le enorgullece. Las flores que recibe de sus enfermos van para René. ¡Erica lo respalda como un haz de luz! ¡Tendrías que verla ahora. ¡Dan ganas de abrazarla! Se ha convertido en una vigorosa personalidad. Hemos llegado a casa del viaje y disfrutamos de todo ese esplendor. ¡Las mordeduras de serpientes se han curado! Ya no hay osos pardos que nos gruñan. No sabemos lo que son las hienas, el barco no se ha convertido en un pecio, sino en una fortaleza en el mar. Somos capaces de navegar todos los mares. Hans sigue siendo el único lastre. Está pegado al barco como la brea al hierro. ¿Qué tenemos que hacer? Darle una manita de pintura blanca no sirve de nada. Él mismo no quiere servir de pintura blanca brillante. Así es como ahora están las cosas. Desconozco a dónde va a parar esto. Pero en el fondo lo sé todo. Solo que no quiero pensarlo. Es algo que se te echa encima de tu vida. ¡A René también lo comprendo! Es consciente, pero hay que ver qué cauto.

Todas estas cosas las anoto rápidamente en mi habitación. Las leyes que hay que explicar van al cuaderno de bitácora. Puedo mantener todo al día, tengo todo el tiempo. ¡De todas estas cosas bellas no se echa a perder nada! Nada, pero cada día se añaden nuevos fenómenos; todos son aclarados. Ya estoy volviendo a desear las sesiones en sí, con los sabios. ¡Los problemas para esta humanidad te son explicados con una asombrosa nitidez! En nada se ve desesperación. En nada nos queda debiendo una respuesta; lo que no sabe

hacer es para él a la vez el alto irrevocable. Ya se nos concedió recibir una imponente cantidad de cosas. Trabaja en su arte y en su vida, también en esta sociedad tan horripilante. ¡Y esa vida aún no ha cumplido los veinticuatro años! ¡Dios mío! ¿Quién habría podido imaginarse esto? ¿Y hemos de decir: “Esto es imposible”? ¿Podemos seguir aceptando por más tiempo un Dios vengativo? Pobre humanidad, ¿por qué no avanzas y asciendes? ¿Qué aspecto tendrá esta sociedad cuando haya luz? Entonces ya no podrán nacer más locos con delirios religiosos. Lent ya le hará preguntas luego. Ese hermoso ser prefiere escuchar. Leuvens es una persona de los sentimientos. ¡Dice con honestidad que todavía no lo sabemos! Pero también dice que esto realmente podría ser la solución. Para él es sobrenatural, pero para Dios todo es posible. Leuvens se da tal como se espera de un ser humano erudito. Porque resistirse contra esto da igual de todas formas. Leuvens dice: ¡Todavía me falta! Si todo se demuestra científicamente, ¡vivimos en estas horas el mayor genio de este siglo! ¡Eso Erica se lo ha metido bien en la cabeza! Karel también, le pareció una palabra real, ¿no es así? Él también dice que René es un genio y ¡nosotros sabemos cómo era Karel! Ten Hove no sale de su guarida, para eso esa vida es demasiado torpe. No comprendí por qué Karel lo llamó para que viniera. Cuando se lo pregunté dijo: “¡Rompe las cosas un poco! Tiene que haber más que solo esos pensadores agudos. Déjale a ese bobo, ahora puede convertirse en otra persona, no es mal tipo”.

¡Ahora solo falta Hans! ¡Y entonces estaríamos todos! Yo aguardo, pronto seguiremos. ¡Se nos concedió vivir ser tocados por lo divino! ¿No es algo milagroso? ¡Oh, qué feliz soy!

Frederik, ¡el Pablo de este siglo vive entre nosotros!

Los días que transcurren son de alegría y felicidad, son horas de una hermosura increíble, en medio de seres queridos, una unión que ya no es de este mundo. Ya casi nos desborda esta felicidad, así de poderosa es. Nos vemos los unos a los otros del todo diferentes. Nuestras vidas están abiertas a lo que sea y disfrutamos de todo lo que hacemos. Salimos juntos: el teatro y otras artes nos agradan más que antes. Un buen concierto habla a tu vida entera. Ahora puedes llorar de felicidad y aun así no eres infantil en nada. La gente te lo nota, buscan algo en ti y no saben lo que es. Cuando se te abre el corazón y muestras un instante tus pensamientos, entonces lo suelen saber. Ahora están ante un ser humano que lleva pequeñas sandalias. Sí, sí, con lo que me encontré allí es algo que no encuentras todos los días. ¡He conocido a un ser humano! Tu amor por todo lo que vive se abalanza sobre toda la demás vida. Qué hermoso sería este mundo si millones de personas se pusieran con esto. Solo ahora la vida merece la pena ser vivida. ¡Ahora disponemos nosotros mismos de esa felicidad, y eso gracias a nuestro loco! Ya no nos atrevemos a pronunciar esa palabra. La gente que conoció a René ya no se cree lo que ven. Lo que entonces nació con él, lo que era sano, lo que como si dijéramos le iba muy delante, años por delante, ahora ya no es conciencia. René los adelanta a todos a pasos agigantados y las chicas ya lo buscan, pero no toma ninguna. Semejante talento joven bien quiere decir algo. A veces Erica lo comenta todavía. Entonces oyes:

—Frederik, ¿no podría ser Marja una de ellas? Estaría dispuesta a morir por ese milagro. Daría lo que fuera por que se me concediera conocer a esa criatura. Te aseguro, Frederik, que mantendré los ojos bien abiertos. No le tienen que dar gato por liebre. Pero ¿por qué me preocupó tanto? Todo se andará, porque él aguarda, ¿no es así? (—pregunta).

¡Desde luego que el chico aguarda! No aguarda en vano, si quieres saber lo que pienso, eso ya está allí desde hace mucho. Ahora estoy más tranquilo. Puedo procesar todo asombrosamente bien y Karel también lo absorbe. ¡Anna es ahora un gran milagro, parece tener treinta años! Así es como esa animación más elevada incide en tu vida. El matrimonio se convierte en una revelación. Karel y Erica son como enamorados jóvenes y cada día se hace más hermoso para esos dos. Erica se ha convertido en una belleza. Mira ese semblante tan encantador. Parece ahora incluso algo más grande que antes, así es como se eleva por encima de ella misma. Tendrías que verla ahora, cómo lleva su ropa. Tendrías que ver a Karel. Karel, que solo andaba detrás

de sí mismo, que era incapaz de quitarse de encima lo paleta, ahora se ha hecho un aristócrata. Un gentleman hasta los tuétanos, un caballero de pies a cabeza. ¡Un verdadero médico! Un buen ser humano, un médico con sentimientos refinados. Y yo me conozco. A mí esto tampoco me ha perjudicado. ¡Ahora calzo pequeñas sandalias de color blanco plateado! Ya no pienso en fantasmas; ya no ha habido fantasmas para ninguno de nosotros en los últimos meses. Los cielos han descendido hasta nuestra vida, y eso es algo que está en manos de cualquiera. ¿No es imponente?

A Karel ya no le apetece estar tratando con los caballos. Dice que entonces faltaría a sus enfermos. ¿Ves? ¡Ese es Karel! Es Karel, el campesino. ¡Lo que esperábamos llegó! Nos encontramos en el séptimo cielo. El ser humano es milagrosamente hermoso. Fíjate ahora en un beso de esos de Karel y Erica. Mira lo que pasa cuando se va. Lo levanta y lo besa. ‘¿Ves?’, pensé, ‘eso es’. ¡Y todo eso por su propio hijo, por nuestro loco de René! ¡Esto se produjo por la doctrina de Bartjes (también conocido como Bartjens, 1569-1638, con cuyo librito ‘Cijfferinge’ los niños holandeses aprendieron durante dos siglos a hacer cálculos). Ya lo oyes, aún no nos desvanecemos. Seguimos siendo personas de carne y hueso. No tenemos ninguna gana de hacer el pirado. Entonces ya nos llamará la atención René. Las sábanas blancas, dice, no significan nada. Hay que seguir siendo realistas, ¡o perderemos tornillos! Mantén los pies en la tierra, no te pierdas, ¡por culpa de eso ya hay bastante gente majareta! Y ¡así tiene que ser!

Esos días pasaron volando. Ahora ya no tenía nada que preguntarle, ahora lo recibo todo directamente de Rachi-Hadju, y también los demás lo están viviendo. La gente ya ha enviado flores para Rachi-Hadju, los artículos son apabullantes. Karel también lo está disfrutando. No saben quién es, pero las flores llegan a casa. Se piensa que soy yo. Pero no soy yo ni lo seré en esta vida. Lo que sí sé es que aquí ya no volveremos, seguiremos allá. Ay, muerte mía, hay que ver el compañero nuestro que te has hecho. Pero ¡qué tipa tan estupenda eres! Cómo te masaca la gente. Cómo insultan tu ser poderosamente hermoso. Pero cuánta tristeza tiene toda esa gente en vano. Ya es ridículo ahora. Cuando ves pasar todos esos carruajes negros tienes que contener el aliento, sellar los labios para evitar estallar en risas. Mira, observa a esa gente en los cementerios. Me vi concederme el honor de haber espantado una decena de ellos de esos cementerios. Esa gente coloca sus flores en casa, junto a sus seres queridos. Esas bobadas del Día de Difuntos las veo ahora de otra manera. No digo nada sobre las iglesias, me parece algo tremendamente bello, pero hace poco fui a echar un vistazo a qué habían logrado los espiritistas.

Antes no comprendía a esa gente, entonces esos videntes nos engañaban que daba gusto. No quiero ni pensarlo. Pensaba así: voy a ver un poco lo

que esa gente tiene que contar. Ahora sé que ese contacto es posible. Pero hay que ver las cosas que hacen esas almas, esos hombres y mujeres; lo que tenemos nosotros es entonces el contacto verdadero, divino. Esos hombres y mujeres despilfarran dones espirituales para los cuales hay que recurrir a miles de vidas. Pues yo prefiero la teosofía. Cómo ha avanzado esa secta. Ahora soy capaz de evaluar cada secta, me he hecho un verdadero experto en cuestiones y leyes sobrenaturales. Creo que la teosofía ha llegado ahora a un punto muerto. René me contó que intentará explicarles más adelante las leyes. Esperan un nuevo maestro. Pero aún no ha llegado. Con Blavatsky se fue su último profesor. René dice que ¡es él! ¿Que si lo quieren aceptar? Pero ¡eso ya vendrá! Así que vivimos milagros. Sobre eso tengo que hacerle muchas preguntas todavía, y lo haré lo antes posible.

Los espiritistas viven una cantidad ingente de sensacionalismo. Así lo he constatado y eso lo puede hacer cualquiera que sepa algo de estas leyes. Es maravilloso tener contacto con tus familiares, pero esto se está convirtiendo en una tomadura de pelo con quienes partieron. Si dependiera de esta gente, ¡pararían por completo la vida para el alma! Entonces la vida en ese otro mundo ya no tendría nada que decir. Ahora vuelven a vivir juntos, pero según sus propios pensamientos. Si tomas eso en serio ya no es que quede mucho de ese otro mundo, tan poderoso sin embargo. Hay un hecho que hemos de aceptar: el contacto es posible. René dice que escribirá los libros también para esa gente, pero entonces despojará a muchos de sus dones imaginarios, esas personas no poseen nada. Quieren poseerlos y lo único que hacen es apropiárselos. Así ¡tan panchos!

Constaté que esas almas no sirven esta causa sagrada, sino que la desintegran. Lo convierten en una charleta. Si sigues esas charletas, si sientes los disparates, sales corriendo. No diré nada de algunos buenos, pero si les pides una respuesta, tampoco te la dan. René dice que no son más que pensamientos propios. Se entiende que esa gente se aferre a sus amores, pero entonces el ser espiritual se detiene por completo. Van pisando los talones de esos seres materiales día y noche. De esta forma no avanzan ni un paso. ¿Es posible eso? No, ¡es imposible! ¡No puede ser! ¡Es que esto son majaderías! No digo nada de los buenos. Pero si esas personas no se ponen en guardia, les juro que ya no quedará nada de su contacto, ¡se convertirá en un gran caos desastroso! René ya no quiere que vaya allí. “Te mancilla el alma”, dice. Y es cierto. Las personas que habían obtenido un asidero lo vieron pisoteado y embarrado por muchos de esos tipos. Ellos mismos muerden el anzuelo por mentiras y engaños. ¡Son tipos peligrosos!

Pero ¡nosotros seguimos viviendo! Esto es más claro que el agua. De eso ya no es necesario que dudemos. Ahora sé lo que los teósofos saben al respecto. Soy capaz de seguir la mentalidad de todas esas sectas. Cuando lo comenté

con nuestro maestro, respondió:

—Sí, Frederik, eso lo has intuido bien. ¡Todo está en punto muerto! ¡Todo! ¡También las iglesias! ¡Es una lástima! Cuando luego esté mi Universidad entonces avanzaremos de nuevo miles de siglos. Esto es lo más elevado de todo lo que recibirá la humanidad. Naturalmente, luego los propios maestros vendrán a la tierra. Entonces tendrán instrumentos, milagros técnicos por los que podrán hablar. Y ¡solo entonces será conectada la humanidad con las fuentes de la vida! Entonces en todas las facultades se enseñará directamente desde los cielos.

En la tierra todo está en un punto muerto. No hay maestros. Míralo tú mismo. Oriente tiene que venir a Occidente para sacarlo de esa miseria. Yo ahora sigo, porque ¡mi contacto está conectado con el universo divino! Voy más allá que Buda, Blavatsky, Mahoma, Krishna y Rama, más allá y más profundamente que Ramakrishna, ya lo conoces, y a muchos otros. Y no lo soy yo mismo, Frederik, es la orden para la que todos vivimos y trabajamos. En fin, eso ya lo oirás en las sesiones (—dice).

Y así es, él lo traspasa todo. Tiene la maestría más elevada que haya vivido después de Cristo. Ya lo tendremos que aceptar más adelante. Para René las leyes están abiertas.

Y así volvimos a estar ante nuestra noche. René ya está abajo, los médicos han llegado. Hablan un poco, pero entonces René me da la señal de que podemos comenzar. La joven lo anota todo. Él se echa y se queda dormido. Vuelvo a preguntar:

—¿Me oye usted?

Después de unos instantes llega:

—Lo oigo. Estoy preparado.

—¿Quiere escuchar? ¿Podría descender quince años en su propia vida?

Llega:

—Ya estoy. ¿Conoce usted esa vida?

Menciona fenómenos que vivió a esa edad, en qué mes vivimos, cómo son Erica, Anna, demasiado bien lo sabemos. Pregunto:

—¿Quiere regresar a su nacimiento? Pero no pierda la conciencia.

Oímos:

—Ahora tengo unas horas de edad.

Y lo vemos, es como si el cuerpo fuera menguando ante nuestros ojos. Todos lo ven. Hasta Hans mira con interés. Este es el organismo de un niño. Cómo es posible, el rostro ha rejuvenecido quince años. Pregunto:

—¿Puede volver usted al interior de la madre?

—Regreso.

Un poco después llega:

—¡Estoy en la madre!

—Vuelva entonces al instante en que comienza la creación. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Lo sé. Lo que ve usted allí es el regreso de mi alma, la retirada de la personalidad a este mundo. No tenga miedo, me voy al sueño epiléptico.

Vemos cómo tiene lugar. El cuerpo está pálido como un muerto. Karel se preocupa, le tomamos el pulso. El ritmo cardíaco es tranquilo, pero débil. Pero esa debilidad no es un fenómeno anormal, dice Karel, sientes lo otro, esto, esta ley, también este desprenderse. Es sorprendente. Ahora llega:

—Antes me dejaba enterrar en este estado. Asimilé esas leyes ocultas, ahora sintonizo con la sabiduría. Soy uno con esta vida. Ahora puedo contarle cómo desciende el alma en el cuerpo maternal. Así es como constatamos que el alma es una personalidad espiritual antes de que nazca. Soy yo mismo, puedo pensar, conservo en un equis por ciento mi conciencia. Vivo en la madre. Puedo ver todo con claridad. Ahora podría mirar en vidas anteriores. Por medio de la conciencia de la vida, en la que vivo ahora, conozco las leyes. Si hubiera estado en alguna parte, entonces ahora se me revelaría esa vida. ¿Pueden aceptarlo los caballeros? Así que no es posible reconducir el cuerpo material a la nada. Pero ustedes pueden ver ese cambio, no es posible ir a una mayor profundidad, entonces surgen los trastornos materiales y ¡eso no debe ser! Así que estoy pendiente de mí mismo, pero no toquen mi cuerpo. ¿Tienen alguna pregunta los caballeros? Entiéndanme bien: si en lo material regresara a una mayor profundidad, lo cual es posible, ya no sería capaz de decir ni una sola palabra y las cuerdas vocales desistirían. Yo mismo ya no tengo la fuerza de penetrar hasta la materia.

Lo comprendemos. Lent pregunta:

—¿Sabe usted sintonizar con la psicopatía?

—Estoy conectado con ella.

—¿Qué siente?

—Estoy en armonía con la vida material. Tengo mi propia conciencia. Pero si desciendo en la violencia de este mundo, mi personalidad deformaría la materia. Soy uno con muchas leyes. Puedo asegurarle que existe la herencia material. Pero ¡no para el alma!

—¿Qué significa eso?

—Que el alma no recibe pensamientos o fuerza de los sentimientos para su vida en la tierra. El organismo posee genética. Se pueden vivir enfermedades para todos los grados. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Lo comprendemos, siga.

—O sea, eso quiere decir que los sistemas orgánicos han sido contagiados con patógenos por nuestros antepasados. De ese modo, surge el cáncer en el tercer grado y la siguiente generación se encuentra ante enfermedades. Ese contagio es posible, pero no para el alma. Significa que el alma ha tenido que

asimilar sus talentos en las vidas ya vividas. Así que la locura es inconsciencia. Aun le falta a esa alma. ¡Ha transgredido las leyes divinas!

—¿Cómo es posible eso?

—Viviendo una vida animal. Las pasiones y las experiencias violentas los conducen a esas leyes. Ahora ven que el alma ha transgredido las leyes armónicas. Todo pensamiento erróneo se dibuja en el rostro. Cuanto más desatienda el alma la vida inconsciente, predominante, destructora para las leyes divinas para la armonía, tantas más veces vivirá que comienza una nueva vida material. Así es como ven ustedes todas esas horripilantes máscaras. Si el alma está en armonía, entonces el ser la irradia y la verán en el rostro. Pero en este punto —presten ahora mucha atención— la materia puede dominar al alma. Es decir, padres hermosos pueden dar a luz a un hijo hermoso. Entonces el tejido material domina al alma. ¿Lo siente?

—Está claro.

—¿Lo veo bien? ¿Es usted, doctor Lent, quien habla?

—En efecto, maestro.

—Bueno, doctor, todos sus chicos se destruyeron ellos mismos en vidas anteriores. Ahora son inconscientes. Cuando el alma llega a estar algún día ante su vida material consciente, dibuja en detalle su morada material, el cuerpo, completamente acorde a la fuerza de su personalidad. ¡Sus chicos también lo son! Pero esto ya es progreso. Ahora viene la paternidad y la maternidad, y ven ustedes miles de pensamientos como leyes cósmicas ante las que está el alma y que tiene que aceptar. Porque desde los sentimientos paternos avanza hacia los maternos. ¡Entonces nos adentramos en la homosexualidad! Esas vidas son atacadas detrás de esto por los oscuros mundos astrales. Es natural que esos seres llenos de conciencia busquen a personas que estén abiertas a bajezas. ¿Ve usted a sus muchachos como grados de conciencia más bajos y más elevados? Así es como tiene que verlos. Verá a sus enfermos según su conciencia. Ahora predominan la paternidad y la maternidad. En tres grados el alma no es ni madre ni padre. ¡Son leyes naturales! Es imposible cambiar algo en esto. Hay miles de posibilidades que lo conducen a esta deformación consciente de los sistemas materiales. Esto es descomposición, doctor, inconsciencia, ignorancia; Dios no tiene nada que ver con esa miseria. Cuando empezó la creación divina fuimos disponiendo de las leyes divinas. Hemos mancillado nuestro yo por todas esas vidas. Esto, mi ayuda y mi vida, es la personalidad de esta humanidad.

Leuvens pregunta:

—¿Hay planetas en los que haya vida y en los que se nos concedió a nosotros, como seres humanos, vencer a esas leyes disarmónicas?

—Detrás de este universo se encuentra otra conciencia, y más elevada, como espacio. El alma como ser humano que ha alcanzado las esferas de luz

está libre de pecados y errores. Solo entonces puede acceder al “reino de Dios” del que tanto se ha hablado y escrito. ¡Entonces continúa! Pero en el reino de Dios, en el primer cielo para el alma como mundo, en el que vive y se prepara para la siguiente existencia material, ya no siente trastornos terrenales. Así que el sistema de los planetas ha llegado a la conciencia más elevada para la vida espacial y humana, la animal, igual que la naturaleza. Allí ya no tenemos leyes materiales, porque regresamos a Dios.

—¿Conoce usted las leyes de eso?

—¡Me son dadas y las vivo!

Lent continúa y pregunta:

—¿Tiene usted medios para hacer algo por los enfermos?

—Es posible elevar espiritualmente varios grados de conciencia por medio de la hipnosis. Si no es posible alcanzar la conciencia diurna —ya lo sentirá usted, probablemente— entonces uno tiene que aceptar su impotencia. Hay algunos grados que se pueden alcanzar. Los inferiores necesitan muchas vidas para llegar a esa altura. Esto para sus enfermos psicopáticos. El ser humano adulto vive otras leyes. A medida que la vida es consciente, vive las leyes orgánicas por las que se desarrolla la personalidad.

—¿Cómo surgió esa personalidad?

—Es muy sencillo, doctor. Porque los rasgos del carácter se formaron por los millones de vidas, y aquellos representan la personalidad. En la luna hemos comenzado a construir nuestra vida. Para ello tuvimos que recorrer un camino cósmico. El alma llegó a ver su ser por esta conciencia espacial.

—¿Posee el alma una voluntad propia?

—La voluntad propia, doctor, es la personalidad. ¡La voluntad y la personalidad son sinónimos! ¡Y esa es la vida! Esa vida es consciente por medio de la personalidad. Cuando comprenda esto sabrá que el alma lo ha recibido todo de Dios. Lo que hace es materializar su mundo. Hace más densa su sintonización divina como ser humano. Eso es así para todo lo que vive en este espacio y para los mundos siguientes.

—¿También para el animal?

—¡Desde luego!

—¿Dónde nació el animal?

—¿Puede aceptarme si le digo que en la luna? ¡La luna es por tanto la madre para este espacio! Si la conoce, ¡la creación divina está abierta para su propia vida!

Leuvens pregunta:

—¿Qué significa eso?

—Amigo mío, cuando empezamos nuestra primera vida en la luna, cuando recibimos la luz material desde el estadio embrionario, cuando estábamos ante la primera muerte como ley material, ¡surgió a partir de eso el animal!

—¿Llegó tan lejos la teosofía?

—No, pero sí los maestros que construyeron esta doctrina universal, a la que pertenezco yo también; ahora continúan los maestros que controlan esta orden. Penetran hasta los primeros estadios de todos y entonces sigue la explicación divina. Cuando como embrión vivimos la paternidad y la maternidad en la luna, cuando se desprendieron nuestras almas para prepararse para el siguiente nacimiento, este primer embrión pereció. Y ¡ahora están ante la Omnisciencia divina! Les pregunto algo para ver si comprenden todo esto. ¿Cree usted que puede acceder al Omnigrado divino por una sola breve vida aquí?

—No.

—¿Cree usted que podemos vivir como seres humanos la profundidad divina en una sola vida, como espacio, como paternidad y maternidad, luz, vida, amor, alma, espíritu?

—¡No!

—Pues bien, ¡también la muerte tiene profundidad! Esa primera célula material estuvo sometida a las leyes vitales por medio de la muerte. ¿Siente usted esto?

—Lo comprendo.

—Gracias. No es posible, ¡no! ¡Por una sola vida no alcanza usted ningún Omnigrado divino! Pero ¡en una sola célula se encuentra la Omnisciencia divina! ¿Lo cree?

—También eso.

—¿También cree que esa misma célula humana tiene profundidad divina?

—Eso también me queda claro.

—¿Lo siente?

—Intento comprenderlo.

—¿Así que me sigue en este análisis?

—Desde luego.

—Pues bien, amigo mío, esta célula, nimia como una gota de agua, pero aún millones de veces más etérea, ¡posee todo lo que es Dios! ¿Lo comprende?

—Sí, lo comprendo.

—No lo llevo a un disparate; deme su personalidad franca, atáqueme cuando quiera, doctor, pero no diga “sí” en caso de que no lo pueda aceptar. Estos son asuntos divinos y con esto no se hacen bromas. De modo que esta célula es millones de veces más etérea. ¿Me permite que le haga una rápida comparación con el actual estadio como sintonización con Dios? ¿Siente y sabe usted que el esperma humano se ha hecho millones de veces más denso? ¿Y que para las leyes de la revelación divinas, para la paternidad y maternidad, posee una conciencia sin precedentes? ¿Está claro también?

—Lo comprendo.

—Entonces estoy listo. Esta célula material como ser humano tuvo que aceptar allí la primera muerte espacial. Después de que se hubiera completado la división —los seres humanos también nos dividiríamos, ¿verdad?— el alma de esta vida salió del embrión material y, naturalmente, abandonó la parte material. Ahora vuelvo a preguntarle: ¿Cree que esta vida ha terminado de vivir si usted sigue su propia creación para el ser humano, para el animal y la naturaleza?

—No, eso no es posible.

—Le doy las gracias por su buen pensamiento y sentimiento. Efectivamente, eso no es así, porque Dios es de una profundidad infinita. De esto surgió un proceso de putrefacción. Y de este proceso de putrefacción surgió nueva vida. O sea, nueva vida de la primera fuente vital de todas, del primer grado de vida, de la primera evolución. ¿Está claro?

—Continúe.

—Eso se convirtió en el mundo animal, amigo mío. De ese proceso de putrefacción salió nueva vida. Usted aún conoce esas leyes, pero ahora por lo existente, lo actual, lo definitivo: ¡la creación está terminada! O sea, eso significa que se vivió la fase vital definitiva. Visto por medio de todas las leyes vitales materiales como cuerpos para los hombres, animales y la naturaleza. La profundidad de la vida divina se materializó como fuentes vitales, hasta que se vivió el correspondiente final. ¿Sabe usted donde vive ese final para su mundo?

Toma un poco de tiempo. Yo tampoco lo sé. René me pregunta:

—Y ¿usted, Frederik? ¿Tampoco lo sabe mi padre? Piense un poco, piense más allá, la respuesta vive en su corazón, está usted encima, puede verlo y vivirlo. No quiero decir que esté usted debajo, para eso usted se hizo humanamente consciente y humanamente puro, se dedica a la belleza. Se lo diré. El grado de vida más bajo y más profundo de todos que, sin embargo, ya ahora ha dejado de pertenecer a la creación propiamente dicha, lo que nosotros llamamos postcreaciones, lo ve usted representado por sus piojos y otra vida. Ahora regrese. Observe los millones de grados de vida animal y estará usted de vuelta en la luna, donde a partir de nuestra primera existencia material como célula surgió nueva vida, la animal. ¿Siente usted lo cerca que estuvo Darwin de su nacimiento? ¿Siente usted también lo pobre que es su comparación? El mono, amigo mío, ese ser animal, fue la primera vida que apareció de la corteza material humana. ¡Por eso el animal tiene tanto del ser humano! ¿No es milagroso? A partir de esa primera célula material surgió nueva vida, y esta era la vida animal. Cuando empezó la creación, el alma tuvo que vivir profundidades, espacios, personalidades, y materializarlos. Y ahora lo siguiente.

Cuando Dios se manifestó a sí mismo, o como Omnifuentes, eso no sucedió

de golpe. ¿Lo cree?

—¡Lo acepto!

—Gracias, doctor Leuvens. Para eso hacían falta revelaciones divinas, vistas como leyes para una mayor densidad material. Porque desde esa “nada”, en la que estaba la fuente primigenia, apareció el primer empuje. Y esa fuerza, vista como protoplasma, se hizo más densa, lo cual tomó millones de siglos. Si siguen esto, señores sabios, entonces verán los estadios de transición. Dios también lo tuvo que aceptar. El universo no se hizo denso de golpe, en unos segundos. ¿Está claro?

—Continúe.

—Esos estadios previos los hemos conocido como grados y leyes vitales para las eras en que las cosas se densifican. Y los volvemos a ver en todo lo que vive. Esas leyes relativas al proceso en que las cosas se densifican son idénticas para el hombre, los animales y las plantas. Por tanto, doctor, eso significa que a partir de la primera muerte corporal humana, que también surgiría de allí, no se podía vivir el grado definitivo, el divino. El mono se asemeja a nuestro ser material humano, porque la primera capa aún tenía esa semejanza. ¡Es como si el mono fuera la sombra del ser humano! Darwin pensaba por eso que los seres humanos habíamos sido monos. Pero desconocía los primeros fenómenos para las revelaciones divinas. No vivía en ellas, porque esas leyes no se pueden constatar desde la tierra. Así que el mono también tuvo que recorrer un camino universal. ¡Todo lo que vive! Y ahora sigue la segunda muerte material. Así que a mayor profundidad que alcanzamos, más inhumana se hace la vida animal como ser. Surgieron siete grados para el mundo animal. Todos esos mundos animales, vistos como entidades —cada grado adquirió una entidad propia, también sus piojos poseen ese mundo— creó nueva vida y se dividió. Pero en ese primer estadio cada grado siguió densificándose y continuó dividiéndose. Nosotros, como seres humanos, permanecemos siendo nosotros mismos, el mono también. Cuanto más bajo llegamos ahora, más espaciosa se hace esta división. De cada grado surgen ahora muchas vidas corporales. Llegan a desarrollarse materialmente millones de deformaciones. Hasta que la primera célula humana haya dejado de crecer, de vivir, y ya no haya animación. Esa vida, doctor, llegó en la luna hasta esa entidad propia. Y esa vida regresaría con nosotros hasta Dios. Y eso fue posible, pero ¿cómo?, pregunto a mi padre. ¿Cómo?

—No lo sé.

—Escuche bien entonces. Le dije que continuamos existiendo y que se habían gestado planetas de transición. En nosotros existe una profundidad divina. Lo más elevado de todo que pudimos vivir en la luna es el estadio humano de pez. Su conciencia branquial aún se puede constatar en su cabeza. Nosotros seguimos, ¡también el animal era capaz de ello! También

el animal fue atraído por ese siguiente planeta astral, espiritual. ¡El animal siguió esa evolución propia! El animal se adhiere a esa mentalidad más elevada succionándola. La vida de las plantas y de las flores también puede seguir, porque la luna envió sus fuerzas al espacio. Creó para ella misma, o sea, para su vida, una nueva continuación.

El alma animal nace en el siguiente cuerpo macrocósmico, igual que los seres humanos hemos recibido esa vida. El alma desciende en el primer proceso de putrefacción. Cuando los seres humanos comenzamos una nueva vida, nos vemos ante la vida embrionaria. Eso aún vive en la madre, ¿verdad?, usted posee todavía esas leyes divinas, el niño no puede nacer de otra manera, la naturaleza y la vida animal enteras le muestran el camino hacia allá, no hay otra posibilidad de recibir nueva vida, y así la ley divina también permaneció para el animal, aunque el alma viviera el siguiente estadio. Eso, pues, significa que la luna creó el alma para todo lo que vive. Desde el Omnigrado divino podría calcularse el número de almas humanas nacidas por Dios. ¿Es increíble esto? Y aun así, imagínese por un instante el cuerpo materno: la luna. ¡Se dividió para Dios! ¡No tenía otra cosa que hacer! Esa es y era su tarea. El alma humana y el animal, la naturaleza también, han adquirido la propia entidad por medio del cuerpo materno de la *luna*. ¡Así que para este espacio la luna es la “madre”! ¡El sol, “el padre”! Ahora ya mira usted a través de la creación divina. Pero ¿de todo esto Buda no sabía nada! Ni Blavatsky, Mahoma, Rama, Krishna o Ramakrishna, su santo oriental al que conozco personalmente, porque ahora vive en mi entorno y porque tendré que continuar con su sabiduría, porque tendré que representar su vida: ninguno de ellos alcanzó esa altura y profundidad. No me llame creído o presumido. ¡Doy esas pruebas! ¡Todos somos uno! ¡Hacemos un solo trabajo! Hay una sola tarea que tenemos que cumplir. ¡Me dicen que soy el Pablo para este siglo! Quieren que yo les diga esto. ¡Quieren que ustedes sientan que hay otros que continúan nuestra labor! ¡Que otras almas se preparen para hacer que adquiera conciencia el trabajo de los maestros!

¿Acaso le impone una figura como Buda? ¡A mí también! Pero ¡he de continuar! Doy personalidad y consistencia a su vida. No estoy imaginándome nada, usted también puede vivir estas leyes. ¡Usted también puede prepararse para esta tarea sagrada! Doctor, ¿sabe que he recorrido su escuela? ¿Que estudié astronomía en Francia? ¿Y que también se me concedió conocer las leyes de la astrología? Y ¿sabía usted que tuve que aceptar mi derrota?

Regresamos a Dios por medio de las religiones, la fe, el estudio, la ciencia. Si yo hubiera podido vivir un estudio, este mismo me habría asesinado. ¿Lo siente usted?

—No. La ciencia lo necesitaba a usted.

—Eso lo dice usted. Porque mi vida tenía que despertar. Ya padecía inter-

ferencias por la luz material, por tener que comer y beber, por tener que dormir. Sufría interferencias por hablar y por todo aquello que los seres humanos integramos en nosotros por medio de nuestra existencia y vida materiales. De modo que adquirí conciencia material e iba a quedarme completamente vacío.

—Comprendo.

—Gracias. Porque se dice que los estudios destrozan el talento natural. Pues bien, a mi vida se le había dado conciencia material y así quedé blindada para lo que es del interior. Pero yo mismo me encargué de ello y me rebelé, ¿no? No, no, yo libré una batalla entre mí mismo y la conciencia material. Mi vida quería recibir conciencia, pertenecía a esta vida y mi alma se blindó a sí misma para esta conciencia material. Cuanto más me blindaba para el mundo material, tanto más rápidamente empezaban a funcionar mi vida y conciencia anteriores. Esas leyes las ha vivido mi madre durante su ser uno conmigo. Pero de eso no estamos hablando ahora. Quería dejarle claro que Darwin estaba muy próximo al entorno de la realidad divina, pero que aun así no pudo vivir sus leyes porque no pudo liberarse de este espacio, de la tierra. Darwin no pensó en la luna. Pensó poder resolver el enigma desde su propia conciencia, pero eso es imposible. Hay que despedirse de la tierra, de la conciencia propia, querer aceptar un espacio, que es la primera vida y a la que la luna infundió animación y evolución.

Así que Darwin se estrelló. Y con él, muchos eruditos. Si llegamos a las leyes dimensionales, entonces lo llevo a usted desde su existencia material hasta el mundo para el alma y pierde usted su propio yo, ¡que aún no pinta nada!

El animal, amigo mío, nació en la luna, pero, por elevarse, recibía una y otra vez nuevos cuerpos que había creado él mismo. A todos ustedes los coloco ahora ante una ley divina. Alberga usted sentimientos de inferioridad. ¡Les demostraré que son dioses! ¿Qué cree? ¿Que Dios creó este universo para nosotros?

—Desde luego.

—Exactamente. Pero ¿quién creó los planetas?

—¡Dios!

—Se lo pregunto a todos ustedes. ¿Karel?

—¡Dios!

—¿Frederik?

—¡Dios!

—¿Doctor Lent?

—¡Dios!

—¿Ten Hove?

—¡Dios!

—¿Profesor Groevers?

—No lo sé.

—¿Erica?

—¡Dios!

—¿Anna?

—¡Dios!

—¿Doctor Stein?

—¡Dios!

—¡Doctor Van Hoogten?

—¡Dios!

—Y ¿usted, señor pastor?

—¡Dios!

—¿Lo ven? Así, pues, es el pensamiento humano. ¡No saben! Se han empobrecido. No saben lo que Dios les ha dado. Escuchen la respuesta divina. ¡Son ustedes! ¡Nosotros! Somos nosotros quienes hemos infundido animación a los siguientes planetas. Nosotros, como seres humanos, trajimos evolución, si no el primer planeta transitorio jamás habría recibido nueva vida humana. Fue entonces cuando por fin nos encontramos ante el planeta tierra. ¿Cómo es la paternidad en el espacio? El sol tiene una luz débil, violácea, todavía no hay más luz. Este fue el instante en que la tierra iba a comenzar con su tarea. Fue entonces cuando los seres humanos habíamos alcanzado la esfera de la tierra, su lugar ante el sol y la luna. ¡Marte y la tierra son los hijos del sol y la luna! Llegamos a ese planeta y adquirimos conciencia. ¿Qué ocurre en la madre si no hay animación? Ustedes desconocen esas leyes. Y así es como piensan que el alma está por primera vez en la tierra. Pero el alma vivió millones de años. Resulta que esa alma no entra en el “*óvulo*” materno para comenzar una nueva vida por medio de la fecundación creadora. ¿Qué ocurre entonces? ¿Que no hay fecundación? Pueden hacer lo que quieran, la fecundación no es posible, esa madre se ha expulsado a sí misma de la maternidad por vidas disarmonicas. ¡No hay otra ley ni posibilidad! ¿Qué podría haber hecho con sus propias fuerzas la tierra astral, o sea, la parte de Dios que planeaba por el espacio por la división divina? ¿Era posible evolucionar allí? ¡No, era imposible! Debido a que los humanos le dimos su tarea para que la viviera. Nosotros trajimos conciencia, así es como fue obligado el cuerpo macrocósmico a parir y a impulsar. ¡Nosotros creamos la tierra, y no la tierra a nosotros! Nosotros creamos los planetas, ¡nosotros como vidas que infunden alma dimos conciencia a los planetas! Nosotros, y así es como llegamos a adquirir el espacio y seremos más adelante divinamente conscientes.

—Pero ¿y la luna?

—¿No me sigue usted todavía, Karel? ¿No entiende usted que la luna realizaba directamente una labor divina y que gracias a ella se creó la siguiente

vida? Por eso el sol adquirió la conciencia material semidespierta. A la luna se le asignó una maternidad directamente divina. Lo que nacería de ella ¡se humano y animal! ¡La luna se dividió a sí misma! ¡Era esa precisamente su tarea y no podía vivir otra cosa, pero los siguientes planetas adquirieron empuje por medio de la vida de la luna! Éramos nosotros, el animal: es la madre naturaleza. Así es como el animal adquirió una conciencia más elevada. Si no hubiéramos alcanzado o recibido esa altura, la tierra tampoco habría podido crear esta conciencia elevada. ¡Entonces podríamos haber vivido el estadio de los peces! ¿Se dan cuenta de ello? El estadio de la tierra, ya habíamos hablado de ello antes, ¿verdad? Pero ¡ahora profundicemos un poco!

Si la tierra no hubiera podido apartar de un giro su cuerpo del sol, nos habríamos quemado vivos. Ahora bien, si la tierra hubiera empezado el proceso de densificación y si también ella, igual que la luna, hubiera tenido que dividir su cuerpo —lo que sucedió de todas formas, pero para su propia personalidad, nosotros poseíamos una entidad propia— nosotros no habríamos estado preparados para esas fuerzas y el sol habría ahogado nuestra conciencia. ¿Sienten esto? No, este los supera, ¡aun así es la sagrada verdad!

Pero la tierra adquirió conciencia debido a que pudimos vivir el espacio desde la luna. Cada grado va conectándose con otro grado. Cuando el alma como ser humano, el animal y la naturaleza hubieron alcanzado el cuarto grado cósmico, la luna pudo decir: “¡Ya estoy casi disuelta, preparada!”. ¡Y así fue! Pero fuimos nosotros los que llevamos la tierra hacia el empuje y la evolución. Absorbimos tanto contenido vital macrocósmico que esto resultó ser suficiente para nuestra primera existencia en la tierra. ¡Así que la tierra vivió la propia división! Pero ¡la vida de nuestra alma en la luna la adquirimos por la luna misma! Esta es la respuesta divina, pero por la que nos hicimos con Sus mundos. ¡Así es como obtuvimos conciencia espacial! Ustedes se sienten pobres, pero ¡en el espacio no hay pobreza! ¡No hay vida inconsciente! ¡Toda la vida es consciente! Todo lo que vive es divino y posee la entidad divina! ¡El animal también! También una flor, un árbol, una planta, incluso los piojos. ¿Sientes dónde se vive el límite divino? ¿Cuándo resulta que se está ante la creación existente y cuándo tiene uno que aceptar procesos de putrefacción que se extinguirán? ¡No lo saben! ¡Y es que no pueden saberlo, porque desconocen la relación cósmica, no la tienen! ¡Cada animal, cada insecto, que ha tenido que aceptar las postcreaciones, aunque vea usted sus hermosas maripositas, esa vida se extingue! Esa vida no tiene sintonización divina, porque ha nacido de lo no existente. Su ratón no obtendrá conciencia del cielo, su rata tampoco. Y ¿dónde vive su león, su gatopardo? ¿En los cielos? ¿Qué es la concienciación de su serpiente? ¿Pensaba usted que esta vida tiene sintonización divina? Todo lo que pertenece a la postcreación y que obtuvo la vida pertenece a la tierra y lo poseerá como el espacio vital propio, pero no

tiene nada que ver con el nacimiento divino de este yo adquirido, ¡que solo es temporal!

Si les pregunto dónde viven los primeros seres humanos de este mundo, no lo saben. ¿Dónde se encuentran las personas prehistóricas? ¡No lo saben! Y ¿si les digo que lo son ustedes? ¿Me creen entonces? ¿Si les digo que su tigre algún día vivirá la existencia del ruiseñor? ¿Me creen si les digo que toda esa vida evoluciona en otros cuerpos materiales? ¿Qué vamos a poder hacer con estos animales en la vida eterna? También el animal continúa, pero ¡solo la especie más elevada, la alada, regresa a Dios! El resto se disuelve y obtiene el organismo más elevado. Eso llevaría al planeta tierra a la densificación y evolución. Les pregunto:

¿Pueden vivir ustedes una animación más elevada al margen de su propio cuerpo? ¡Sí! ¡Pueden hacerlo! Pero sustraer de golpe su propia conciencia y llevarla a lo más elevado para este mundo, ¿no son capaces de eso? Entonces ¿por qué no lo hace el niño de la jungla? ¿Pueden soltarse ustedes de su propia conciencia? ¡No! Para eso tienen que vivir leyes. ¡Evolucionarán para ello! Necesitan vidas para alcanzar esa altura. ¿Entienden? Esa es la entidad obtenida. Ascenden y avanzan poco a poco. Y algún día tendrán la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es). Eso es lo más elevado para ustedes y accederán a la vida después de la muerte, ¡que no es muerte! Continuarán.

¿Qué experimenta el animal? ¡Desciendan en sus especies animales y verán dónde termina la creación divina! ¡Y también de esa vida surgió nueva vida, pero son las alimañas! Aunque vuele, aunque el animalito posea la riqueza universal y divina en cuanto a colores, permanecerá aquí y se extinguirá. Toda la demás vida continúa y regresará a Dios. ¿Hay que darle conciencia divina a un piojo? Esa vida apareció por contaminación. Pero sigan un poco ese grado de vida consciente. ¿Cuál es la conciencia de un piojo? Por ello pueden constatar que la irradiación de ustedes posee una personalidad. ¡Su irradiación humana animó a esta vida! Por esa contaminación surgió una nueva existencia embrionaria, con animación y conciencia. ¡Son ustedes! Ustedes dieron al piojo su apariencia. ¡Ustedes animaron esa vida! ¡Ahora es parte de ustedes mismos! Y ¿qué pudo hacer, pues, la luna? ¿Cómo eran sus fuerzas cuando envió al espacio su energía vital adquirida? ¡Era creadora! Y así es como los planetas de transición obtuvieron nueva animación. ¿Sienten la profundidad de su propia vida? ¿Aún tienen un complejo de inferioridad? ¡Entonces se lo quitaré! Da igual donde ustedes vivan, aunque el ser pertenezca a las razas menos elevadas (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es), ¡el alma tiene sintonización y es como Dios! ¿Y querrían ustedes ahora condenar esta vida? Señor pastor, ¡investíguese a sí mismo! ¿Qué quiere? ¿Qué quisiera poder hacer? ¿Puede usted aceptar por más tiempo que Dios

habló como ser humano a Moisés? Todo es diferente, pero mucho más poderoso de lo que cree, ¡mucho más! ¡Dios dio a nuestra vida todo de sí mismo!

¡Todo lo que vive evoluciona! El ser humano prehistórico ya vive en el Omnigrado divino. Pero ¡qué profundidad en esa era prehistórica! Tome, por ejemplo, la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es), usted mismo. ¿Cuánta gente se encuentra en el grado de usted? Observe ahora el suyo propio. ¿Cuántos millones de personas no tienen que vivir todavía ese grado más elevado de todos? ¡Son millones de seres humanos! Y todos esos millones de almas tienen que alcanzar y vivir el grado de vida de usted. Solo entonces ha vivido el alma lo más elevado para el cuerpo y también para la vida interior. De modo que esos millones de personas tienen que venir a la conciencia de usted. Unos viven en leyes del karma, el esquimal aún tiene que vivir su grado de vida como cuerpo. Ahora se encuentra usted ante la profundidad de su propio organismo. Y también ese cuerpo posee siete profundidades, siete grados para el desarrollo; solo entonces el alma se ha llevado a sí misma y al organismo a la armonía para la continuación. ¿No es cierto? El mundo animal también lo tiene. Su tigre y su animal doméstico el gato poseen un mismo grado de vida. Sale usted de su casa o regresa a su mascota desde la jungla. ¿Ve usted? También su cuerpo humano tiene para el propio grado, para la propia especie, siete profundidades como leyes vitales, que son materiales y espirituales. ¡Las encontramos en todos los cuerpos materiales y sintonizaciones interiores, en todos los grados de conciencia! ¡Pueden constatarlas en todas partes! ¡Vivirlas! ¡Abarcarlas con la vista!

¿Por qué se ha adelantado usted a la otra vida? Porque nació antes. Quizá una décima o millonésima de segundo en la luna antes de que su grado adquiriera la vida. Ahora que está en la tierra han cambiado esos segundos por vidas. Usted se ha adelantado unas vidas a esas vidas. No hay más. Junto a usted hay millones de personas en un solo grado. ¡Ese es su grado de vida como entidad humana propia! ¡También es su sintonización para esta sociedad! ¿Por qué puede estudiar usted y otra vida no lo puede hacer? ¡A esa vida aún le falta! Pero ¡lo conseguirá! ¡Esa vida tendrá que alcanzar su altura si quiere regresar a Dios y después dejar la tierra!

En su propio grado se encuentran siete leyes de transición que pueden verse como personalidades. ¿Por qué hay genios? ¿Por qué no puede ser usted una persona famosa? Porque le falta sentimiento. Pero ¿posee su propio grado esa genialidad? Así ve que cada rasgo del carácter, cada facultad, crea lo más elevado como ser humano. Y de eso solo es capaz el ser humano que se haya creado lo más elevado para el propio grado. Ahora tienen que volver a aceptar grados para su estudio. Así sigue avanzando. Le digo: cada grado, aunque se haga humano. Conozco bien esos espacios. ¡Los conozco a todos ustedes! ¡Sé quiénes son! Es más: ¡constato su conciencia a partir de su pregunta! ¡Para

mí usted está del todo perdido cuando hace su pregunta! Vea: ¡cuando usted posea la conciencia cósmica, nosotros constataremos los grados de conciencia menos elevados! Y ¡ahora está usted desnudo ante mí! ¡Así lo quiso Dios! ¡Represento lo más elevado de todo para la personalidad! ¡Ya no me puede dejar atrás! ¡Esto es lo más elevado!

Y se encontrará usted esos grados en todos los rasgos de carácter. Ahora siga sus antiguos maestros. Todos esos pintores, ¿son Rembrandt? ¿Son Van Dyck? ¿Rubens? ¡No! Pero representan el grado más elevado para su arte. La música, sabiduría, los estudios: allí es donde se encuentran los grados humanos para la personalidad. Alturas y bajuras. Beethoven y Mozart: pertenecen al grado más alto. Los profesores de ustedes no se encuentran todos en el grado más elevado, los genios no andan por la calle, solo algunas de estas almas viven en la tierra. ¿Se imagina usted su propio grado? El organismo humano representa por tanto también alturas y bajuras. ¡Es algo que se vuelve a ver en todo! ¡Su propio grado se encarga ahora de la extinción! ¡Unas madres no quieren tener hijos y los matan, otras vidas del propio grado de usted no los consiguen! ¿Es obra de Dios? ¡Es la propia inconsciencia! Pero si unas madres no cuidaran de las otras, de las inconscientes, entonces tendría que aceptar usted que su propio grado se extinguiría. Pero eso ahora se evita. ¿Qué es lo que hace un ser humano sagrado? ¿Qué hace la iglesia? Dé gracias a Dios, señor pastor, que no se haya hecho usted sacerdote. ¡Esas almas viven como parásitos! ¿Quieren estas regresar a la tierra? Sí, ¡es que tienen que regresar! Ahora no solo crean disarmonía para ellas mismas, sino también para el propio grado de vida. El ser humano crea hijos para regresar a la tierra. Si no se hace eso, entonces está en rebelión. ¡Entonces viven disarmonía! ¡Uno mismo se elimina para la creación divina! Entonces se crea desevolución, se vive por medio de las leyes y las fuerzas de otra persona! Hay que crear una sola vida según las leyes armoniosas para el nacimiento, para usted mismo y además para su madre. Esas vidas, ¿lo sienten, continúan nuestras vidas? Ni siquiera hicieron falta más vidas. Esa es la ley divina para el nacimiento. Pero ¿qué hace usted? ¡Masacra esas vidas! ¡Hace la guerra! ¡Los seres humanos no importan! Pero ¿cómo tiene que seguir usted su propio grado de vida si lo extermina? ¿Lo siente? Dios no tiene nada que ver con la santidad que adquirió un significado humano. Solo se está en armonía con Sus leyes si se engendran, si se dan a luz, si se crean hijos para uno mismo y para esta evolución divina. ¡Ahora tienen que crear y dar a la luz por usted otra madre, otro padre! ¡Y él se ríe! ¡Y los llama usted cerdos? Mire ahora la vida disarmónica de usted. Quien viva como madre en la tierra y no pueda dar a luz vive, o bien en una ley disarmónica, o vivirá por ello su final en este mundo. Pero no se aferre usted a eso. Un solo ser humano, una sola madre entre millones vive el camino definitivo de vuelta a Dios y podrá decir: “Yo ya no regreso a

la tierra". Esos otros millones de personas tienen que regresar porque ¡aún no han asimilado las leyes de la madre tierra ni el grado de vida propio!

¿Son cerdas las madres si dan a luz a quince hijos? ¿Son bobadas! Esas madres mantienen en pie la creación, la vida de usted. ¡Ellas crean y dan a luz para ustedes! ¡Ustedes matan la vida, ellas cuidan de la armonía divina para el grado de conciencia de ustedes! ¿Sienten lo sencillo que se hace todo, pero también lo justo que es todo? ¿Entienden ahora que cuando matan una vida darán a esa vida del alma un nuevo cuerpo? Doctores, ¿están ante abortos espontáneos! ¡Es algo que tienen que aceptar! Pero ¡sepan que cada asesinato será enseguida un aborto espontáneo! ¡Los derribo a todos de un golpe, porque las leyes divinas hablan a mi vida! Pueden aceptar esto, ¡el Pablo de este siglo les ha hablado!

¡Buda les impone, igual que los demás! ¡Les digo que yo voy más allá y más profundamente! ¡Todo esto es para su siglo, para su conciencia! Y ¿qué decir ahora de sus enfermos? ¿De sus dementes? ¿Aún no sienten su propia torpeza? ¿Para qué les han dado lo más elevado? ¿Qué es elevado para su conciencia? ¿Qué son una vez que se han hecho catedráticos? ¡Miran al espacio y no lo conocen! ¡Miran a sus locos y no conocen esos grados vitales! ¡Están ante enfermedades y están impotentes, porque ustedes mismos ahogaron esa sintonización vital! Hablan de un Dios de amor y condenan su vida. Todos ustedes están ante la inconsciencia y no se conocen a sí mismos. ¿Qué quieren? ¿Qué quieren saber? ¡Puedo explicarles las leyes de Dios! Nosotros, como seres humanos, ¡hemos dado a la tierra mayor densidad, empuje, evolución! Así es como llegamos a tener en nuestras manos el espacio, el de ella. Pero ¡seguimos!

¡Inclinen las cabezas ante el Omnipoder divino, pero sepan también que llegarán a tenerlo en sus manos y que lo llevarán bajo sus corazones como una posesión humana! ¡Y toda esa vida es amor! ¡Lo más elevado para Dios! ¿Cómo actúan ahora según su amor? Si ahora me vienen con su conciencia científica jurídica se la destrozo delante de sus narices. ¿Quieren dictar justicia y condenar la vida de Dios? ¿Quieren hacer arder, en este siglo, eternamente la vida de Dios? ¿Siguen creyendo que Dios condena? ¿Siguen creyendo que fuimos creados a partir de barro y un poco de aliento? ¿Creen en Adán y Eva? ¿Lo creen eso como seres humanos del siglo veinte? ¡Deberían avergonzarse!

Y usted, mi amigo y hermano, doctor Leuvens... ¡continúe! Le explicaré todas las leyes cósmicas. ¡Si usted quiere! Lo reconduzco a Dios a través de los sistemas universales. Al pastor a través de los infiernos y los cielos, de los primeros seres humanos hasta el último, al instante en que también la tierra vivirá su muerte. O ¿cree usted que Jehová tiene razón? ¿Cree en la locura de que la tierra perecerá en cualquier momento con sus hijos? Desde el nacimiento de la primera célula material de todas no se ha echado a perder ni

una sola célula y ¿lo considerarían posible, ahora que han recibido como seres humanos sus leyes de la justicia, que pueden vivirlas, que las tienen en sus manos? No son ratas, son seres humanos. No tienen ustedes un instinto de piojos, sino ¡sintonización divina!

¡Sea feliz, señor pastor, con su alma creó usted tres hijos! Perdió a uno. ¿Por qué? ¡Eso lo veo en su aura vital! No, no, nadie me dijo nada, me avergonzaría ante Dios. No quiero saber gracias a otro, ¡esa escuela jamás la seguí! Partí de mi sentimiento. ¡Es usted como Dios y por eso despertará! Siga las leyes. Yo seguí esas leyes, fui de una vida a la otra. Lo veo en su aura. ¡Su pequeña María aun vive! ¡Se deshace usted llorando, pero no hace falta! Volverá a ver a su pequeña y la reconocerá. Puede regresar a la tierra, pero ¡entonces pertenecerá a otros padres! Entonces estamos ante el amor universal, ¡ante nuestra unión divina! Pero ¡su pequeña María es consciente! ¡Yo la veo! ¡Vivo en ella! Me muestra —voy a tratarlo un momento, pero ya no lo haré— ¡la pequeña cruz de ustedes! ¡Es azul! ¡Es azul! ¡La pequeña cruz de la bisabuela de ella! ¿Está usted llorando? ¿Está temblando! ¿Tan pronto está perdiendo ya su personalidad?

Soy un omnisciente en este espacio, señor pastor. Su hija vive. Pero ya no es una niña pequeña. Tiene dieciocho años. Dice: “¡Mi nacimiento se produce el día en que todo este mundo reza, se arrodilla, abre el corazón humano! Todo este mundo”. Me muestra un uno y un siete. ¡Junto quiere decir siete minutos después de la una! ¡Su nacimiento, el día de Navidad! Lo saluda y saluda a su madre y sus hermanas y hermanos. ¿Tengo que explicarle también lo siguiente? ¡Salude también a su madre de mi parte! Dice: “¡Fue mi final para la tierra! ¡Tuve que seguir! ¡Crean al maestro! ¡Crean a este ser humano, está iluminado por Dios! ¡Dios lo envió a sus vidas! Papá, mamá, hermana, hermano: ¡vivo! ¡Estoy en un cielo! ¡Se lo juro: así es!”.

Pero les digo: ya no lo haré más. Yo no haré de contacto para sus vidas, háganlo ustedes mismos. Busquen, ábranse, ahora es cuando aprenden, ¡si no se quedarán detenidos! Si ustedes mismos pueden vivir este contacto ¡esa alma tiene suerte! ¡Ahora está viviendo pobreza! ¡Por eso no avanza ninguno de sus espiritistas! No viven. No les ocurre nada en sus vidas. Buscan, buscan y tienen los ojos abiertos sin ver este contacto. ¡No anhelan la sabiduría! ¿Es por eso perfecta la teosofía? No, tiene perifollos, la forma pura se ha difuminado. ¿Que si es una lástima? ¡Yo he venido a purificar esa doctrina! Estoy aquí en medio de todos ustedes para conectarlos todos con el espacio y con su vida verdadera. ¡Soy yo!

El pastor pregunta:

—¿Da usted clases universitarias?

—Más adelante, amigo mío. ¡Entonces podrá recibir sus clases en la “Universidad de Cristo”!

—¡Voy a estar con usted!

—¿Está seguro de eso?

—Muy seguro.

—Piénselo bien. Le di algunas pruebas. También ahora podrán decir: ¡Es telepatía! Lo extraje de sus vidas succionándolo. Estupendo, entonces siga. Pero ha de saber usted que miles de seres han seguido todo esto desde sus mundos, ¡también su hija! Pero yo voy a edificar una Universidad. De esto puede vivir usted lo más elevado. La conciencia espacial. Y entonces, señor pastor, ¡a través de la Biblia! ¡Entonces seguiremos la creación! Cuando lleguemos a la vida de Moisés, explicaremos esas leyes. Ahora el alma de Dios las puede aceptar. Entonces todas esas eras vividas empezarán a significar algo. ¡Entonces ya no estaremos impotentes y sentirán que son dioses! Le doy las gracias, es usted mi primer adepto. Habrá más. ¡Esta doctrina procede del corazón de Cristo! Pero ¡usted conocerá otro mundo! Brindaré concienciación a todas las facultades espirituales de su universidad. ¡Están ustedes parados! Tengo un mensaje para esta humanidad. Y ya no me podrán parar. ¡Dios me bendijo y estoy tocado por el espacio de Sus mundos! ¿Me cree usted?

—Le creo, ¡lo acepto!

—Entonces podrá regresar pronto a casa y dar a la madre de la pequeña María la felicidad de las esferas de usted y mía. El tiempo es escaso, pero recibo ayuda. ¿Alguna pregunta más? (—dice).

Ya no hay más preguntas. Hans se ha quedado dormido. Elsje está sacada de quicio, pero su amor es capaz de perdonarlo todo. ¡René regresa! Hace una profunda reverencia ante la gente, vuelve a inclinarse y se va. Erica dice:

—Frederik, el Pablo de este siglo vive entre nosotros.

No hay nadie entre los presentes que lo ponga en duda. El doctor Leuvens dice:

—Para mí es una revelación.

Hans se pone el abrigo y se marcha, casi se asfixia. Elsje tiene que venir. Ten Hove no hace más que andar de un lado para otro, ya no sabe. El doctor Lent es feliz. Van Hoogten y Stein también están hechos un lío. Dicen hermosas palabras sin sentimiento. Sentimos que ellos jamás lo van a conseguir. Esos quieren conservar su torpeza. ¡Quieren darse aires! ¡Quieren ser grandes o no son nada! Aquí hay una conciencia sobrenatural que nos habla a los seres humanos. Karel los ataca. Dice:

—¿Quieren que les dé un consejo? ¡No vuelvan aquí nunca más! Ya no quiero ver sus muertos. Ante los cerdos, allí es donde saben hablar. Pero ¡nosotros somos capaces de inclinar la testa! Si no son capaces y no tienen nada de su propio yo que sea capaz de hacerlo, ¡no vuelvan nunca más! ¡Váyanse, ya no quiero verlos más!

Los señores se ponen el abrigo y dicen que no era su intención decir otra

cosa. Karel añade además:

—Maravilloso, pero tanta falta de agilidad ya no la voy a consentir más. O se vienen con nosotros y escuchan, o se van. ¿Qué saben de esto? ¡Nada! ¡Están dormidos!

—Pero ¿qué pasa entonces con Groevers?

—Ese hombre está enfermo. ¿Quieres considerar a Hans consciente? Ese hombre está enfermo, pero ustedes están muertos en vida. Una palabra fuera de aquí y se van a enterar. Si oigo que esto se convierte en una charla académica, señores míos, ajustaré cuentas con ustedes, uno por uno. Pueden decir aquí lo que quieran, pero no fuera de mi casa. Pongo la mano en el fuego por mi hijo. También por lo que cruza aquellos labios.

Se van. Leuvens se queda un rato. Lent también. Les parece una revelación. Es increíble. Antes: imposible de creer. Ahora: ¡vive aquí! Es imponente. Aunque todavía no podamos demostrar las leyes, inclino la cabeza ante esta conciencia. ¡Leuvens es así! ¡Lent es así! ¡Esas almas continúan! Lent, Leuvens y el pastor reciben su sorpresa, porque René regresa. Dice:

—¿Siente usted que esa gente interfiere? Puedo sintonizar con ello, puedo blindarme ante ello, pero es tan cansado, mi cuerpo absorbe esa torpeza y no me queda otra que procesarlo después del contacto. ¡Luchas contra una mentalidad que se resiste, un muro, desintegración! ¿Por qué tendría que hacerlo? Necesitamos hombres que posean verdadero sentimiento. Personas que comprendan lo que nos falta aquí en Europa y lo que golpea tanto a esta humanidad. Esos hombres tendrían que haber llevado a cabo otra tarea. No son médicos. ¡El futuro exige el conocimiento de las almas!

Doctor Leuvens, y usted, señor pastor, compréndanme bien, no es mi intención destrozar su sabiduría, estoy como un profano delante de ella. Pero no pueden desdibujar las leyes del Antiguo Egipto, ¿no? Escuchen, síganlo, ahora tienen el contacto que se ha adelantado siglos a esta humanidad. Créanme, me comunico con Ramakrishna y los demás. Soy yo quien tiene que continuar su trabajo y doctrina, y después de mí habrá otros más, si eso fuera necesario. Cuando oyen ustedes que soy un omnisciente, se asustan. Para este espacio pueden asimilar ustedes mismos esas leyes. ¿Es que no entienden lo bella que será la vida si la gente supiera todo esto? Cuando conozcan ustedes el espacio, sus vidas se abrirán al universo. No idolatro a nadie, no soy ningún iluso, sé lo que digo y conozco mi vida y este contacto. Todo lo que digo pueden contrastarlo con aquello que la humanidad ya recibió por esos hombres. Ramakrishna, uno de los conocidos, no llegó más lejos que el mundo espiritual. Y ¡allí vio y vivió a la “Madre”! ¿Conoce el libro, doctor Lent?

—Lo leí. Sé que usted va más allá.

—Deje ese “usted” cuando esté yo, así nos acercaremos más. Cuando hablan las leyes, estas exigen de mí que me aleje de las vidas de ustedes.

Ramakrishna vive ahora bajo mi corazón, igual que Buda. Buda se manifestó ante algunos espiritualistas y ahora más o menos maneja esas almas a su antojo. ¿Lo cree? ¿Quieren aceptar que cuando partimos de aquí volvemos a estar en primero de primaria para nuestro desarrollo? ¿Realmente pensaban que esas almas apoyarían a un ser humano con el que no saben qué hacer? Con esto quiero dejar claro... ya lo sienten ustedes, vuelven a hablar las leyes, ahora desde la conciencia, porque también eso es posible y es lo más elevado que puedo alcanzar para mí mismo... que desaparezcan todas esas chapuzas. Con eso se mancilla a semejantes genios. La humanidad no recibe el despertar. Ramakrishna tuvo que poner esos cimientos para mí. Yo no me hago el santo, pero he recibido otro desarrollo. ¡Él también continúa! Y con él todos esos grandes. Conozco a Pitágoras, y a Rudolf Steiner, a Sócrates, Platón y Aristóteles! Cuando nos ponemos a tratar las leyes están a mi lado. De modo que pueden ustedes preguntarme lo que quieran, es esa “orden” la que habla por medio de mí.

No es un farol, no son palabras vacuas, ¡lo demostraré! ¡Ahora estamos ante revelaciones! ¡Créanlo! ¡Aceptenlo!

—¿Me permite hacer algunas preguntas más? ¿Está usted en condiciones?

—Estoy preparado, doctor Leuvens.

—¿Qué es lo que hizo tener a Saturno su anillo? ¿Puede explicarlo?

René se sintoniza con las leyes. Después de unos segundos llega:

—Usted está pensando que no va a recibir la respuesta. Le pregunto: ¿Hay alguien entre ustedes que conoce el nacimiento de Saturno?

—Nadie.

—Pues bien, voy a retroceder, millones de años. Es el lugar en el espacio que dio a Saturno su anillo. Ya saben: todo cuerpo cósmico vive un ciclo, completa una órbita. Cuando se produjo la mayor densidad para los primeros estadios del universo, cuando el planeta madre se hizo más denso, muchos miles de cuerpos tuvieron que aceptar ese resultado, esa irradiación. Todo lo que vivía emitió las fuerzas adquiridas. Los planetas que cumplirían una tarea para la maternidad absorben el aura vital consciente del sol y la luna, y reciben así la concienciación semidespierta. La conciencia semidespierta significa vivir un grado de sentimiento que vive entre la paternidad y la maternidad. Es lo que son los planetas de transición. Lo son Saturno, Júpiter, Venus, Uranio y muchos otros. Esos planetas se encuentran alrededor y dentro de la paternidad y maternidad. Después sigue densificándose el universo. Ahora los planetas absorben esa aura vital emitida y llegan a completar su órbita vital alrededor del sol. La órbita, pues, que completa Saturno en esos tiempos no es más profunda que la estancia en la que vivimos. Pero esa ampliación se acerca. Saturno completa un ciclo durante miles de siglos y ese empuje se hace más denso, pero sigue siendo materia semiconsciente. El cic-

lo, la órbita, que completa este cuerpo se adhiere como una ventosa a la vida interior. A medida que el sol y la luna se hacen cada vez más conscientes y densos, se perfeccionan los órganos respiratorios para las vidas que tienen que representar esos planetas. Así que Saturno hace más densa su propia órbita. Fue posible por su lugar en este espacio. Otros planetas, por ejemplo Júpiter, vivieron otra manera de desarrollarse y de densificarse, porque, influidos por las fuerzas y leyes centrífugas, pudieron iniciar un proceso de densificación y de concienciación propios. Por la ubicación de esos planetas edificaron una vida propia para la paternidad y la maternidad. Sirven y tienen que cumplir una tarea, igual que las algas en el acuario de usted. Así que esos planetas son los órganos vitales para este sistema, para este cuerpo, tal como también se nos concedió edificar nuestros sistemas renales y endocrinos. ¡No hay más!

—Gracias. Es milagrosamente sencillo.

—En el universo todo es sencillo y natural cuando se conoce su génesis. Dios no creó cosas complicadas. Toda ley vital como grado de vida y conciencia se abre ante nosotros y puede ser analizada. Si de este modo llegamos a la astrología, entonces seguramente que sentirán que no queda nada de esa seguridad. Aunque lo comenzaran los egipcios, aunque naciera el zodiaco, es posible extraerlo de un juego de cartas. ¡Nadie de ellos conocía las creaciones! Miran desde la tierra al espacio y no saben que la tierra recibió la conciencia más elevada de todas para el universo. Si pueden aceptarlo, sabrán que como almas hemos de vencer este espacio. Y así lo quiso Dios. Puedo explicarle las leyes desde la génesis, doctor Leuvenhuk, y aquello que en el espacio recibió una densificación, aquello que representa un grado de vida, lo volvemos a ver en nuestro propio cuerpo. Puedo explicarle por qué hemos recibido dos ojos. Si no hubiera llegado a haber paternidad y maternidad en el espacio, habríamos recibido como seres humanos un solo ojo. Son leyes. Esas divisiones pueden verse y vivirse, los maestros conocen estas leyes. Me conectan con su saber y lo transmiten a este mundo.

¿Dónde nos hicimos padre y dónde por primera vez, madre? ¿Cómo recibimos nuestra primera muerte y la primera vivencia para el renacer? ¿Dónde se gestó la personalidad, el alma, el espíritu? ¿Dónde nos hicimos conscientes de nuestro primer roce con Dios? ¡Puedo explicarles esas leyes! ¡Toda la creación está abierta ante nosotros!

¿Cómo son los otros sistemas, los siguientes, de sintonización universal? ¿Qué saben los teósofos del grado cósmico cuarto, quinto, sexto y séptimo, de la Omniexistencia? ¡Nada! ¡Puedo conectarlos con los siguientes estadios de desarrollo! ¡Yo soy su preceptor! Pero ¿me aceptarán? La vida de usted ¿es capaz de recibir aquí clases universitarias? ¿Quiere esa gente cederme a mí sus caballos blancos? Quienes ahora se las dan de maestros ¿serían capaces de inclinar la cabeza? Puedo demostrárselo, pero ¿qué sale de sus bocas? Soy hijo

de nuestro pueblo, pero debería haber sido un oriental. ¿Podría haber alcanzado desde allí esta mentalidad? Les digo: ¡algún día tendrán que aceptarme! ¡Soy yo! Y a todos los conduzco a un saber más elevado.

Conozco este espacio.

—¿A qué se debe, si puede responder a esta pregunta, que la luna posee todos sus cráteres?

—¿No conoce usted ese nacimiento? Jamás tuve en mis manos un libro sobre esas leyes. Mi desarrollo me prohibía leer lo que traerían otros, porque me influiría. De modo que ahora le respondo desde la fuente universal. Los cráteres de la madre tierra, amigo mío, fueron sus últimas opciones de respirar antes de morir. En eso puede verse su muerte, su regreso a Dios. Así que en sus últimas horas, cuando se preparaba para su muerte, ese barro, esa putrefacción, emergió a borbotones de su interior. En esos tiempos la luna no era más que un proceso de putrefacción. Cuando se terminó su tarea pudo morir. Ese barro se fue haciendo más denso, más duro. Ese fango natural hervía. Cuando se disolvió la atmósfera, esa masa se hizo más densa. ¿Sienten ustedes que de ese modo ella pudo comenzar con su proceso de morir? Cuando aún había empuje en ella, eso mantenía intacta la atmósfera. Cuando hubo materializado su última chispita de fluido vital, cuando sus hijos se hubieron marchado, eso fue el final para la luna. Entonces la atmósfera se hizo más etérea y su vida se endureció, esa materia como tierra y minerales por la que surgió. Los últimos instantes de su vida fueron emergiendo a borbotones. A eso siguió una resucción, su corazón viviente succionó esa materia más densa de regreso a la conciencia interior, y así surgieron las montañas y los valles.

—¿Es todo el planeta como lo vemos desde la tierra?

—Sí, dado que la luna recibe su luz de soles. Lo que se observa desde la tierra se ha hecho materialmente denso, como la otra parte. La luna no ha podido vivir la rotación de la tierra, si no estaríamos congelados. Ese ciclo se ha densificado y se ha materializado y ya no se puede cambiar, como tampoco se puede con el anillo de Saturno. Este conserva ese anillo porque ya no puede vivir cómo se hace etéreo. Ese es su nacimiento. También la luna tiene que aceptar sus propias leyes, igual que todo la vida creada por Dios. Cada vida posee ahora un cuerpo material, por el que sirve y por el que ha recibido un lugar en todo este conjunto. El insecto más pequeño se lo puede demostrar. La luna se ha densificado, pero lo que se ve es solo un lado de su contorno. Pero también ese otro lado ha podido desarrollarse. A medida que el sol fue ganando fuerza, los planetas fueron densificándose. Y ahora sigue usted la ubicación de esos planetas. Así es como se puede determinar la propia mentalidad adquirida. Vemos esos planetas como leyes vitales inconscientes. La astrología las convierte en leyes conscientes ¡y ahora da sentimientos hu-

manos a planetas inconscientes! ¿Es posible eso? Por tanto, ¡la astrología nunca será ciencia! ¡Jamás! Es imposible. A esos tipos les quito todo, ¡ya llevan engañando a la gente desde hace bastante tiempo! Esa séptima casa de esta gente es importante para el alma, pero de otra manera de lo que piensan y no como hacen ahora. Sobre eso escribiré una Trilogía y entonces seguiremos la aparición del ser humano hasta las esferas de luz. Solo entonces conocerá esa gente sus infiernos. ¿Está claro?

—Le doy las gracias.

—¿Cómo surgieron esos infiernos? ¿Podría saberlo?

—Sin duda, amigo mío. Cuando Dios se manifestó —ya se lo dije— empezó a haber empuje en el espacio. Después de la división comenzó la vida material. Y detrás de esa vida vive ahora el mundo astral, aunque inconsciente, ¡el espacio! De modo que este se encuentra entre la vida material para el espacio y lo divino. ¿Se da cuenta?

—Lo comprendo.

—Gracias. El ser humano va a representar entonces el mundo material. Al soltarse el alma de la materia y vivir el proceso de morirse, accede a ese mundo para prepararse para volver a nacer. De manera que detrás de eso vive el mundo divino. El universo se fue haciendo más denso, el mundo para el alma ya estaba preparado. Ese es el mundo para dormirse y volver a nacer. Pero ahora seguimos millones de años y llegamos a la tierra. Cuando las primeras personas hubieron completado el ciclo de la tierra, accedieron a un mundo consciente. Un mundo para su personalidad. Ese mundo era su sintonización. Ese mundo era un espacio, pero reinaban las tinieblas. Esa gente tenía que empezar todavía una vida más elevada. No conocía el amor. Las pasiones todavía no tenían una naturaleza por la que ya conocemos a los demonios, porque esta humanidad, el actual estadio al que pertenecemos hace más mal que el que pudo hacer aquella gente. Quizá asesinarían a un ser humano, pero no más que eso. Claro que eso ya es bastante horrible, y por ellos sus almas regresaban a la tierra. No lo comprendió ni una sola alma, porque desconocían las leyes materiales y porque la conciencia anterior se disolvió por completo. ¡Pues eso son los infiernos! Allí no hay fuego, allí solo se da el sentimiento de pasión y violencia, por el que esas almas tienen que aceptar un submundo, unas tinieblas. Por hacer el bien y cuidar el ser material fueron adquiriendo una conciencia más elevada.

Allí surgieron siete infiernos. Siete mundos diferentes. Ya lo ve. Lo que surgió en el espacio como mundos materiales, lo volvemos a ver ahora también para la vida del alma. Esos siete infiernos representan mundos de transición. Se pasa de un mundo a otro, pero ese mundo llega a manifestarse cuando uno vive una vida llena de amor. Ya lo ve, fuimos recibiendo esos mundos, pero tuvimos que asimilar las leyes correspondientes. En un solo espacio

nacieron siete infiernos. La sintonización de un mundo así lo mantiene a uno preso. Allí vivían millones de personas; personas que habían completado sus vidas materiales. Pero en ese espacio se encuentra por tanto también el mundo que es inconsciente. El mundo para el alma que vuelve a nacer. ¡La tierra retiene el alma! Si uno todavía no ha alcanzado aquí su existencia corporal más elevada, entonces ese grado de vida, material y por tanto humano, atrae a su alma de vuelta a la tierra. La gente de la jungla, los esquimales y otros pueblos con una conciencia menos elevada (véase el artículo ‘Ser humano o alma’ en rulof.es) tienen que evolucionar todos primero al grado más elevado; solo después esas almas comienzan a enmendar. Seguramente que sentirá usted que esos inconscientes hacen cosas malas en esas vidas materiales. No saben que actúan mal, pero las leyes armoniosas de Dios los obligan a comenzar luego con la vida más elevada, porque el alma como personalidad divina tiene que regresar a Él. ¿Siente usted ahora lo sencillo que es todo? Así que esos infiernos tienen un significado del todo diferente que el que la Biblia puede explicarnos. Tanto castigar por la Biblia, esa destrucción de la vida del alma humana fue necesario. Por eso las personas materiales comenzaron otra vida, mejor. ¡Ese fue el látigo divino! Pero ¡eso no es sabiduría divina! No es justicia divina. Este siglo ya no puede aceptar eso más tiempo, y verá usted también que la gente ya no cree en eso.

Esto son los infiernos. A medida que esa gente se elevaba más, irradiaba más amor y eso hizo su vida y su entorno más luminosos. Por fin el alma humana se ha liberado de las tinieblas y surgieron siete cielos. Otra vez leyes de transición como mundos, pero ahora para avanzar y acceder a otro espacio, que de nuevo es material y que ha surgido a partir de este universo. En el instante en que las primeras almas como seres humanos, o sea, los ángeles, los maestros, alcanzaron la séptima esfera, se encontraron ante las regiones mentales. Son los espacios que atraen al alma para acceder al cuarto grado cósmico y entrar ahora, como ser humano material, en una vida espiritual. Libre de cualquier trastorno. ¿Comprende usted esto?

—¿Hay ángeles que nunca han vivido el mundo material?

—No, porque ¡eso es imposible! ¡Es que Dios no creó esas vidas! ¡Son invenciones! ¿Es Dios capaz de ser injusto? ¿Creó Dios cielos para ángeles humanos, al margen de nuestra vida? Sería impresionante, pero ¡cierto no es! ¡Dios no pudo crear otros mundos! Porque Él es justo. Toda Su vida ha tenido que recorrer un mismo camino. Es la versión que dieron los autores de la Biblia. Cometieron tantos errores, pero era lo único que sabían. Tuvieron que cargar con la tarea más pesada que los seres humanos podemos recibir. No se conocían a ellos mismos. Y así, millones de personas más. Esta humanidad avanza lentamente. ¿Se podría haber aceptado todo esto hace miles de siglos? Cuando hablen los propios maestros —eso sucederá, pues, por medio

de instrumentos técnicos, directamente desde los cielos astrales a la tierra— ¡todos esos errores se disolverán y se volverá a escribir el Antiguo Testamento! ¡La vida de Cristo no puede socavarse, todos nosotros luchamos por Él! Pero el Antiguo Testamento: es por esto que las personas pierden sus sentimientos inmaculados. Hay que dejar de asustar al ser humano con infiernos ardientes y una condena eterna, el alma como ser humano puede enmendar sus vidas fracasadas, puede reparar los errores cometidos. Dios no tiene nada que perdonarles. ¡Dios dio todo lo que tenía! Ya ven, ¡las leyes divinas hablan a las vidas de ustedes! Ustedes siguen. La paternidad y maternidad: son poderosas; pero el amor universal, llevado a la humanidad por Cristo, está en un nivel más elevado. Hoy soy hijo de usted, dentro de siglos usted será hijo mío. El estado infantil no existe para nuestro espacio. ¡El alma tiene millones de años de antigüedad!

Así que cuénteles a su gente, a sus creyentes, señor pastor, que ¡no es necesario que teman infiernos en llamas, sino que un acto equivocado castiga mucho más que un infierno ardiente! Cada acto equivocado sintoniza su vida con las tinieblas. Esa es la pérdida de su vida armoniosa para Dios. ¡Ahora empieza la miseria! ¡Y esa miseria la ha creado uno mismo!

—¿Y Cristo? ¿Cómo ve usted la Santísima Trinidad?

—Amigo mío, puedo explicarle esas leyes. Pero no antes de que usted sea discípulo mío. No se olvide de que no quiero lastrar su corazón. Todavía no quiero que pierda su propio asidero. Pero acepte lo siguiente. La Santísima Trinidad es tal como la recibió usted. Dios como Padre, Dios como Hijo y Dios como Espíritu Santo. ¡Nosotros, los maestros, los ángeles, decimos: ¡Ustedes también son el Hijo de Dios! Todos nosotros alcanzaremos algún día la vida de Cristo. ¡Algún día accederemos al Omnigrado divino y seremos iguales que Cristo! Cristo llegó desde el Omnigrado divino a la tierra. Él es como Dios y puede decir: ¡Soy como Mi Padre! Pero ¡ustedes también lo son! Para explicarles esas leyes tenemos que regresar al instante en que Dios aún tenía empezar con sus revelaciones. Ahora que tienen que experimentar ustedes que Dios como palabra y como ser humano no tiene significado para nuestra vida, pueden intuir quién es Cristo. Y por qué Cristo vino a la tierra para traer el Evangelio divino. Pero ¡en eso vive la realidad! ¡La recibirá usted, pero más adelante! ¡Solo entonces estará usted preparado para ese estadio de su desarrollo!

—¿Hay ángeles caídos?

—¡No! El ser humano que hubiera accedido a las esferas de luz, no recaía hacia los cielos. Caeremos miles de veces como seres humanos antes de que accedamos a las esferas de luz. Una vez llegados allí mantendremos en pie nuestra vida. Les pregunto: ¿Serían capaces todavía de matar a su prójimo?

—Diría que no. Pero yo no sé hasta qué tentaciones puedo llegar, ¿no?

—Lo ve, ¿es usted todavía un asesino! Esas leyes, esas incertidumbres, las vencimos hace ya mucho tiempo. Sabemos que ya no podemos matar. ¡Preferimos matarnos nosotros mismos! Pero ¿eso lo saben también las almas de los cielos! No pueden caer para empezar vidas demoniacas, esas vidas fueron depuestas. ¡Eso también es una falsedad, ignorancia! Esos errores se disolverán luego por completo. No hay ángeles caídos, porque el alma alcanzó allí su estadio por medio de millones de vidas. ¡Ahora sabe lo que quiere!

—¿Sabe usted también cómo viviremos allí como ángeles?

—Nosotros intentamos allí hacer que despierte la otra vida de Dios, nuestras hermanas y nuestros hermanos. ¡De esa forma nosotros mismos nos alejamos cada vez más y avanzamos cada vez más! En los cielos, no se olviden de eso, nació todo. Los ángeles trajeron desde allí a la tierra la doctrina como sabiduría. Todas las ciencias surgieron por animación espiritual y además por un renacer. Todo pensamiento más elevado llegó desde ese mundo a la tierra. ¡Todo el arte, todas las ciencias! ¿Intuye usted ese ser uno? Pero tengo que parar, luego seguiremos. ¡Los saludo! (—dice).

Vuelve a subir. Todavía no hablamos, casi reventamos de felicidad. Nuestros invitados se despiden. Karel está pensando, todos estamos pensando. ¡Son milagros! Revelaciones para nuestra vida. Esos otros ya no tienen que venir aquí. Aquí hay que encargarse de que haya almas abiertas, aquí solo puede aprender el niño grande. Y ¿ese hijo de Dios recibe todo! En verdad, ¡los demás se largan! No hay nada que hacer con esa gente. ¡Interfiere! ¡Desintegra! Hans tampoco tiene que venir. Se lo dirá Karel. ¡Esto va a ser de una sagrada seriedad!

René regresa con nosotros cuando estamos solos. Dice:

—¿Quiere decir a esos otros sabios, Karel, que ya no pueden aparecer más por aquí?

—Comparto tus sentimientos, hijo mío. Ya me encargaré de eso.

—Esa gente interfiere, papá. ¿Por qué tendríamos que consentir eso? El mundo ya ha sufrido bastante por estos indecisos. Creer no creen, aunque estén encima de su propio cadáver espiritual. Ya no quiero ver a esa gente. Pero dígame, por favor, papá, ¿cómo estuvo?

—Me he abierto, René. Solo puedo darte las gracias. Te demostraré que he aprendido a lo largo de los años. Agitaré a otros sabios hasta despertarlos, que escuchen.

—Un poco de paciencia todavía, papá. Primero prepararé a estos. Después compondremos un nuevo grupo. O tendría que repetir una y otra vez. Y además de eso, primero he de demostrar de lo que soy capaz. Todavía no puede hablar de esto. Ya avisaré. Primero tengo que escribir unos libros. Voy a describir estas sesiones y publicaré esos libros. Solo entonces podremos vencer a otros. ¿Está bien así, papá?

—¡Fabuloso, René!

Karel besa a su chico. Erica también. Después vamos arriba y anoto todo. Es milagroso. Son revelaciones. Esta vida lo traspasa todo. Creo que puede recibir y vivir lo divino. Anoto:

“René es más profundo que Buda, más profundo que Ramakrishna. Conozco esa vida. He leído el libro de su vida. René dijo sobre este ser humano: ‘Lo que ese hombre santo vivió durante su éxtasis es para mí conciencia vital. Lo que experimentó por sus desdoblamientos solo era el contacto con la vida después de la muerte. Yo puedo vivir el espacio entero. ¡Yo soy capaz de recibir la respuesta divina! Puedo explicar todas las leyes; ¡él no sabía nada de ella!’.

¡René prosigue esas vidas! ¡Él representa una orden universal! Y es por eso que disfrutamos de una conciencia espacial. ¡Lo veo como un ‘Pablo’! ¡Es él! ¡Él supera a toda esa gente y conserva su sencillez! ¡No es nada más, pero tampoco nada menos! ¡Lucha como un león consciente por ‘Cristo’! ¡Puede ser malo esto? ¡Profundiza más que la teosofía! Y más que cualquier otra secta, es un maestro nato. ¡Nuestro pequeño país puede considerarse feliz con este niño, esta vida, esta alma!

Ya no tengo nada más que añadir. Lo que vino esta noche lo recibiré la semana que viene para consignarlo en el cuaderno de bitácora. ¡Hans está peligrosamente enfermo! ¡Le tengo miedo! ¡Pobre Elsje!

Van Stein, Van Hoogten y el pajarraco son almas torpes. Da igual porque con ellos no se pierde nada. Pero tienen espinas. Y eso es un impedimento. ¡René los ha dejado en cueros! ¡Y eso no lo tragan! Así es como te topas con la personalidad que no es capaz de inclinarse. Y eso, para todas las leyes, es la propia muerte, el propio ocaso. Yo comprendí, y eso hace mucho ya, que quien puede inclinar la cabeza siempre alcanza a ver nueva vida. Quien no es capaz se estrella y no le queda más remedio que comenzar con ello algún día.

Somos personas felices. Nunca imaginé que las cosas alcanzarían esta altura. Ni lo pude soñar jamás. ¡Jamás! Lo que ahora se me concede vivir es un gran milagro, una felicidad para esta humanidad. Es una revelación, ¡un nuevo nacimiento! ¡Es bienaventuranza! Amor sobrenatural. Dios mío, ¡qué bueno eres para nosotros, Tus hijos!

Karel se ha convertido en un hacha. Hay que verlo para creerlo. ¡Ahora es un hombre! Erica es un milagro en sí y Elsje está más radiante que nunca. Anna no dice nada, pero está construyendo templos. Creo que está empezando a llevar las sandalias doradas. ¿Qué amor puede darte Anna? ¡Se está haciendo celestial! No me conozco a mí mismo, pero ¡me pregunto a qué debo esto!”.

¡Me voy a dormir! ¡La tensión en la sala es enorme! La gente no se esperaba que esto naciera de todo. ¡Cayeron máscaras y se explican! Han enmudecido de la emoción, aunque te topes allí con gente que se llama Van Stein, Van

Hoogten y Ten Hove. ¡Pobreza a espuestas! Cuando estás en el escenario sientes cómo se te acerca el oleaje humano. He llegado al punto en que ya no pueden interferir en mí. Ya llevo tanto tiempo sobre el escenario, pero ¿los primeros? ¿Nuestros discípulos? ¿Esta noche hubo un aluvión de flores espirituales! ¡René duerme ahora sobre una cama de violetas, de margaritas y de nomeolvides! ¡Y se lo deseamos de todo corazón!

¿No es maravilloso todo esto? Qué nimia es esta palabra ahora, ¿verdad? También esa máscara material cayó. ¡Nos vamos directamente a nuestra desnudez! Ya la tengo desde hace mucho, y aun así: ¿No ves mi pequeña túnica, de una belleza que impresiona? Para Dios siempre estás vestido. ¡No tienes más que inclinarte y ya estás!

Ay, Frederik, ¡qué horror, Hans se ha suicidado!

Estamos metidos hasta el fondo en la miseria. Hans se ha suicidado, puso fin a su vida con veneno. Se hizo realidad el sueño de Anna al pie de la letra y muchas otras cosas han revelado sus máscaras. ¡René lo sabía todo! No pudo hacer nada por Hans, no había escapatoria. ¡Y ahora ha desaparecido de repente esa desagradable influencia sobre la que escribí! Estás encima, lo destrozas bajo los pies, un poco después eso está subido en un árbol y se ríe de ti. Siempre sentí, pero estaba impotente ante ello. Aún no lo creemos, pero hay una cruz sobre su tumba y él mismo está bajo tierra. Se nos fue. No quiero ni pensarlo. René nos explicó las leyes y ahora podemos retomar el camino; de lo contrario me habría quedado sin saber qué hacer.

Dos noches después de haber celebrado la última sesión Erica preguntó a Karel:

—Karel, ¿qué te parecería si les dijéramos a Hans y Elsje que vengan a pasar unas semanas con nosotros? Entonces quizá podrías conseguir algo. Y nosotros hacemos nuestra parte.

A Karel le parece bien, le parece una muy buena idea. Así es como estamos pues sentados en la mesa, hablamos de todo y nada, pero Hans no responde a nada. Está callado y en el fondo rudo, lo ataca todo y te lo hace trizas delante de tus narices. Es un caso perdido. Ni un momento es posible hablar con él decentemente. Se ha hecho un ser patoso. En el fondo se ha petrificado, es la única vía posible con él. Así es como Erica tuvo que aceptar pronto que no hay quien lo pueda ayudar. Karel intentó de todo, Erica y Elsje ofrecieron un precioso recital, pero eso también molestó al señor. Fue hacia las once cuando de verdad le dieron los siete males. Pero ¡entonces nos encontramos de repente ante una revelación!

El acontecimiento fue un golpe tan inesperado que nos pusimos de mil colores, los corazones nos fustigaban las gargantas, ni uno de nosotros lograba dominarse. Si Elsje hubiera sentido cuál era en el fondo la cuestión, habría sucumbido. Pero no lo sabía y pensaba que nos habíamos asustado tanto por Hans.

Hans quería irse, pero Erica y Elsje quieren acabar un lied de su querido Schubert. Se enfurece y brama como un león salvaje. De pronto espeta:

—Marja, ¡yo me voy!

Se levanta, busca su abrigo y sombrero, y se pira. Elsje ya está a su lado, en solo unos segundos ha terminado el drama. Estamos sentados aquí sin poder decir nada. Karel es el primero en rehacerse, y dice:

—Ni una palabra sobre esto, por favor. Si las leyes hablan por nosotros, pues que sean ellas las que aclaren cómo tenemos que actuar los seres humanos (—dice).

Una respuesta buena y nítida. Acordamos que nadie de nosotros se lo comentará a René. El chico no lo presencié por los pelos. ‘Típico’, pensé, ‘como si así tuviera que ser’, y luego dejé constancia de ello en el cuaderno de bitácora. Erica añade:

—¿No es horroroso no poder hacer nada contra esas cosas? Nuestras vidas se obstruyen unas a otras de manera infalible. Dios mío, me voy a dormir. Quiero meditarlo (—dice).

Ya vamos yéndonos, yo también acudo a mi habitación y me pongo delante del cuaderno de bitácora. De mi pluma sale ahora:

“Ya a los cinco años de edad —creo que era un poco mayor, pero eso da igual— René habló de Marja. Lo veo sentado en la escalera, el niño va subiendo, más y más. Fue una poderosa imagen. Erica miró en ese instante en ojos angelicales. Y ahora estamos ante Marja. Marja lleva un tiempo pasando por aquí, come y bebe con nosotros, es un ángel, un ser enviado desde el cielo. Casi no me atrevo a pensar, porque no sé por dónde empezar primero. ¡Marja! Marja. ¡Abro el cuaderno de bitácora! Hay constancia de todo, ¡esto no miente! ¡He de inclinar la cabeza ante estas leyes! ¡No puedo eludirlo, esto me ha golpeado! Se me ocurrió algo cuando Hans dijo:

—Quizá pueda ser yo útil para otra cosa en este mundo.

Maldita sea, no quiero ni pensarlo, Hans. Te llevo en mi corazón, no quiero saber nada de esto, no quiero oír hablar de esto, erradico todos esos pensamientos extraños. Pero ¿tú mismo nos la traes a nuestra vida? ¿A él? ¿A su corazón? Porque ¿qué es lo que no sabemos? Ay, Hans, si conocieras estas máscaras. Nosotros miramos detrás, estamos ahora encima, vivimos estas leyes ¡y tú, a la hora de la verdad, estás dormido! ¡Estás muerto en vida! Ya no eres un ser humano. ¡Una criatura increíblemente infeliz!

¡Está Marja! Creo que este es el segundo nombre de Elsjé. Jamás oímos a Hans pronunciar este nombre. Ahora se ha materializado, se ha erigido como un pedestal para una sola vida, pero con la que todos nosotros tenemos que ver. ¡René! ¡Me voy a dormir, esto me ha destrozado! Y sin embargo ha llegado también otra cosa a mi vida. Esa terrible influencia está menguando. Al haber sido pronunciado ese nombre se ha producido una fisura en esas fuerzas desconocidas. Pareciera que ya quisieran ser vividas ahora; dicho más claramente: como si quisieran nacer. Pero lo voy a dejar. Quiera asegurarme de estar mañana en forma. Ahora no quiero perderme. René vino hace un rato a verme y me mostró su nueva pintura al pastel. ¡Es un milagro! Ha representado la “Loto” egipcia. Algo tan hermoso jamás se lo vi hacer antes. Está unido a su corazón y su sangre. Dice, así, sin más:

—Despertó, Frederik, ¿lo ves? ¡Habla, está viva, me da algo!

Di rienda suelta a mis lágrimas cuando se fue. Lloré como un niño, como no lo había podido hacer desde hacía mucho; así de conmovedor, así de emocionante es el chico cuando ahora habla a tu vida. Y si él supiera. Le observé su rostro, los ojos. Y allí vivía otra cosa. Dentro de ellos seguí algo, ahora allí no había ningún destello: acogían una profundidad desconocida. ¡Es un saber! ¡Una felicidad! Una profundidad de una belleza desconocida, pero la personalidad está muy lejos, alejada de este mundo. Ves a un maestro y a un niño al mismo tiempo. Así es como un ser humano llega a ser hermoso. ¿Lo sabe él?”

Al día siguiente estamos callados. Nadie dice nada. Y pasa otro día, no sale palabra alguna de nuestras bocas. Nos intuimos y no somos capaces de hablar. Es como si algo estuviera por caer. René trabaja duro, nos cruzamos como estatuas de piedra, que aun así tienen muchas cosas que decir. Salgo volando al bosque, pero allí tampoco logro serenarme. Al regresar a casa está Elsje. Hans se a ha puesto a vagabundear. Bebe mucho y regresa a casa de madrugada. Elsje ha tenido que ocupar otra habitación. Él la obligó a hacerlo, golpea y grita como una fiera. Ella no quiso, deseaba ayudarlo, apoyarlo en todo, pero él la sacó a golpes de la habitación. Se comporta como un salvaje, como un borracho. Pero Elsje dice que se las puede arreglar ella sola, lo procesará todo y estará a su lado. Nosotros no podemos hacer nada. Aun así, Karel ha intentado de todo. También los demás médicos ven que las cosas van mal y han hablado con él. Hans los echó de casa a patadas. Y ahora ¿qué?

La siguiente mañana Erica dice a Anna:

—Anda, ¿por qué no vas a Elsje y le preguntas cómo está todo?

Anna se va. Yo había salido de casa para hacer algún recado. La redacción recibía nuevos artículos. Cuando regresé se me abalanzó Erica, diciendo:

—Ay, Frederik, ¡qué horror, Hans se ha suicidado!

¿Qué? ¡Qué! Me dejo caer sobre una silla. Anna llegó a casa de Elsje. Esta dice: “Iré a echar a un vistazo para ver cómo está Hans, llegó tarde a casa”. Entonces baja volando y se lanza a los brazos de Anna. Ambas vienen a casa. Se le llama a Karel. Este se va con Elsje a Hans. Karel certifica la muerte por medio de envenenamiento, pero lo convierte en un paro cardíaco. Lo demás no requiere más palabras. Se entierra a Hans, la universidad en pleno acudió. Y ahora estamos juntos, Erica y Elsje se irán de viaje en breve. Elsje necesita salir un poco. Erica la acompañará. Visitarán el sur. Hans ha legado todas sus propiedades a Elsje. Elsje posee una fortuna, pero le deja indiferente. Hablamos del viaje, actuamos. No tratamos el problema de Marja. Entonces llega el momento de la partida de Erica y Elsje. Vamos a la estación de trenes. Han ocurrido miles de cosas en solo cuestión de horas, ni una sola de ellas imaginable de antemano. Así es como la vida pasa volando por nuestras al-

mas. El tren sale, Karel y yo nos despedimos. René no quería ir, a Karel eso le pareció lo mejor para todos nosotros. Dice: “Ese chico sabe exactamente como tiene que ser, estoy orgulloso de él”. Después nos vamos a casa. Por la noche René se acerca a Karel y a mí y dice:

—Las leyes, papá. ¡No son más que leyes! ¿Conoces ahora a Marja?

Karel vuelve a darse un susto de padre y muy señor mío. Yo mantengo una absoluta frialdad, sabía que él estaba experimentando todo, porque era inevitable. Continúa:

—Ves, Karel, por eso no podías ayudar a Hans. No te preocupes, sé lo que hago, ya esperaré. No influyo a nadie. Sé exactamente lo que piensas, Karel. Te explicaré las leyes, entonces podrás seguir adelante. ¡Escucha!

Regresamos unos siglos. Vivimos en el Antiguo Egipto. Yo vivía allí, igual que Hans, Elsjé, Frederik y Anna. A ustedes los (vosotros os) conocí en vidas posteriores. Allí me dedicaba a asimilar las leyes y a eso entregaba mi vida. Llegué a conocer una vida encantadora. Hans violó a esa criatura. Estuve encerrado, pero después fui liberado por amigos. Hans era sumo sacerdote. Todo su ser y su personalidad entera aún lo atestiguaban. Pero Hans servía al mal, yo ya al bien. No solo me despojó de mis propiedades, también de mi amor. Arrancó con violencia a esta Marja, que también allí se llamaba Marja, de mi vida. Qué hacer cuando estás lleno de impotencia frente a lo más elevado de un templo. Hans se desfogaba con las sacerdotisas. Mis padres me cedieron al templo, más tarde volvimos a reunirnos. Ese es Frederik, Oteb: él también siguió mi vida e hizo mucho por mí para intentar mitigar todo. Me escapé de aquel satanáas de entonces. Esa vida fue miserable, esa vida me golpeó de una forma terrible. Yo era el hijo de Anna y Frederik. Sufrieron y lucharon e hicieron todo lo posible para dar color y forma a mi vida y a la de ellos. Fuimos cargando con todo. Me daba cuenta de que algún día volvería a estar ante Hans y que enmendaría lo que él allí me había quitado y robado. Ese es el resumen. Proseguí mi vida, alcancé lo más elevado en ese sitio, pero en otras vidas seguí las mismas leyes. ¡Fui a Ra y Re, de Isis a Indonesia, al Tibet! Hasta que terminé de prepararme para que se me concediera servir. El Dios de todo lo que vive sabía que yo había aceptado todas mis desgracias. Si me hubiera opuesto a Hans, si lo hubiera combatido con el mal, esto jamás se habría revelado, porque entonces destruimos esa ley justa. Al no hacer nada frente a Hans —allí se llamaba Rohna-Gu, sumo sacerdote para las leyes “ocultas”— jamás habría podido vivir esta felicidad, porque estamos ante la desintegración y la justicia no puede vivir un final triunfante. Todo rasgo del carácter adquiere de esta forma un significado divino. Cada acto equivocado tiene que ser enmendado; si el alma puede aceptar, recuperará irrevocablemente sus propias posesiones. Pero Marja tenía que enmendar cosas ante Hans debido a una vida anterior. Para eso entregó entonces su propia

vida, ¡tuvo que hacerlo con su cuerpo! ¡Así es como la madre lo entrega todo de sí misma! Elsjé paga sus deudas, se enmienda el engaño, así es como vuelve a recuperar el equilibrio con sus leyes espaciales.

Así es como están las cosas ahora. Quien sea engañado como ser humano, Karel, y quiera reparar ese engaño del mismo modo —o sea, mediante engaño— jamás llegará a poseer la ley divina. El universo jamás hablará a tu vida, porque quieres combatir el mal con el mal. Ya entonces lo comprendí, porque vivíamos las leyes astrales. ¡Oteb era rico! Yo, igual que mis padres, era un noble oriental. Pero eso da igual. Oteb y Anna son almas gemelas. Marja y yo también, si no no nos habríamos llegado a conocer. Marja es la parte de mi corazón que surgió de mí, nació de mí, en la luna. Ambos formamos una sola vida. Yo, a partir de su vida, y ella, a partir de la mía. Karel, cuando empezamos nuestra propia división —explicaré estas leyes más tarde, entonces te valdrás mejor por ti mismo— creamos por medio de nuestra vida dos nuevas vidas y pudimos regresar a la tierra. ¡Para aquello, la luna! Hasta que alcanzamos la tierra mantuvimos la armonía. Las leyes corporales exigían que las viviéramos. Pero cuando nos fuimos convirtiendo en seres humanos y habíamos vivido las leyes materiales, o sea, las corporales, nos encontramos ante la causa y el efecto. Antes de eso tuvimos miles de vidas, para llegar desde la selva a la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). La paternidad y la maternidad nos obligan a aceptar esas leyes. Así es como uno va avanzando. Sin embargo, poco a poco vas recuperando la armonía. Cuando sabes que en cada vida cometes pecados y errores, y que cada pensamiento te arroja fuera de la armonía divina, sientes lo que es necesario si quieres recuperar la armonía con la divina creación. Nosotros hemos vivido esas leyes. Cualquiera las vive. Son ineludibles. Es en esas vidas donde hemos enmendado. Poco a poco fuimos empezando a seguir la senda del bien. A nosotros eso se nos enseñó en los templos. Haz el bien, haz todo según las leyes naturales y llegarás a controlarte a ti mismo. Nunca te enfades, aunque te cueste la vida. ¡Inclínate ante todo! ¡Y eso, Karel, lo asimilé yo, igual que Oteb, Marja y Anna!

Ya entonces vivíamos para dar felicidad a esta humanidad por medio de las leyes divinas. Esas vidas nos hicieron crecer y florecer. Lo que ha sido vencido una vez por completo ya no te puede llevar a lo apasionado. Pones coto a esos sentimientos. Marja malbarató su vida allí. Hans se desfogó, pero antes de eso ya habíamos entrado en comunicación. Así vemos que recibimos miles de vidas. Y todas esas vidas son necesarias si quieres salir de ese espantoso causa y efecto. Las leyes del karma te llevan de vuelta a la tierra para dar un nuevo cuerpo a las almas. Hans estaba anclado en esas leyes. Era incapaz de quitárselas de encima, el pasado se revelaba a su vida. Te falta el sentimiento, la fuerza, para comprender las cosas cotidianas, y tampoco estás abierto a

ellas. ¡Ahora se nos devuelve todo!

¿Que si Marja está mancillada? Para nada. Hans no pudo vivir ni un gramo de sentimiento de su alma. Aun así, recondujo a Marja a mi vida. Marja sabía en sus adentros que si se atraía a ese hombre, viviría su felicidad. Ya lo sabía de niña, te lo contaré más adelante. Igual que se despertó en mí lo anterior, en ella regresó ese conocimiento. Cada vida reclama la concienciación anterior. De modo que cuando naces es ese pasado el que emerge. Es imposible cambiar nada en eso, esas fuerzas de los sentimientos te obligan a aceptarlos. Es imposible ser de otra manera, es imposible actuar de otra manera. Este es nuestro increíble subconsciente. Es esto por lo que los sabios hacen tantos aspavientos y a lo que jamás pueden encontrar una respuesta concluyente, porque no aceptan el renacer.

Así que está claro que cuando despierta el alma ya vives en tu pasado, en la vida anterior. ¡Es algo ineludible, Karel! Todos esos sentimientos de una sola vida —tantos sentimientos son de tu subconsciente inconmensurable— forman, pues, la personalidad. Para muchos contiene arte, gente con buenas cabezas, con talento para algo, pero en la siguiente vida eso vuelve a sumergirse en las profundidades de ese espacio y entonces eres un deficiente mental. Hans sucumbió ahora por su pasado. Empezó después de que cumpliera cuarenta años, entonces fue despertando. Se lo despertó su Hansi. Hans podría haber vivido una vida silenciosa si no se hubiera metido con la psicología, pero hacia allá lo condujo su subconsciente. Pero te digo: es algo de lo que no te puedes escapar. ¿Podría haberlo ayudado yo? ¿Vosotros (ustedes)? ¡No! ¿Podría haber hecho Hans otra cosa? ¡No! ¿Por qué estuvo tan bien dotado? ¿Por qué tenían sus padres tantas posesiones? Esas vidas regresan todas a nuestra vida. Ya sentirás que en una sola vida puedes tener que ver con miles de personas. Y todas esas vidas hacen algo, se desfogan o te roban. ¡Suele girar en torno al amor, al hombre o la mujer! ¡Y eso es sencillamente porque estas vidas viven las leyes universales; el dinero y las propiedades penden de ellas, participan, pero se trata de que uno tiene que entregarse con su vida!

Estas leyes llegan infaliblemente hasta tu conciencia. Y a veces dos o tres vidas a la vez. La personalidad absorbe sentimientos de todas esas vidas. Se han vivido vidas que no significan nada. Millones de personas experimentan esos rasgos de carácter. Millones de personas no viven nada porque todavía tienen que despertar. Las experiencias emocionantes penetran hasta la conciencia diurna. Quieren ser vividas. Tampoco es que se las pueda detener; el alma como personalidad las despierta ella misma. De ese manera empieza la vida. Empiezas a ver, de niño, lo que en el fondo vive en el alma. El carácter ha de escuchar, la personalidad está pegada a él. El arte, la sabiduría, mística, las pasiones y la violencia, paternidad y maternidad: todos esos miles de leyes adquieren entonces protagonismo. Y eso es la personalidad, vive en el organ-

ismo y representa el bien y el mal, para la causa y el efecto, para las leyes del karma. A ver si vuelves a decir ahora que no tienes nada que ver con otras vidas. Te digo, Karel: no hay ni un solo ser humano en esta sociedad, en la jungla —porque esas leyes no las puedes vivir, son automáticamente otros grados vitales vistos como organismos— con los que no tengas que ver. Si estás separado de esas almas, si has enmendado la causa y el efecto, esas vidas se van de tu aura. ¡Eso no falla! Tu propio grado de vida tiene la animación más intensa. Ahora es posible vivir las leyes de dar a luz, retrocediendo cuatro grados vitales. Es decir, que puedes engendrar niños, que los puedes atraer por esos grados más bajos. Puedes engendrar un hijo donde los esquimales, pero ese no es tu propio grado de vida. Estás, pues, ante una ley natural, ya te sintonizas con otro grado de vida y estás en disarmonía con tu propio grado de vida. O ¿pensabas que esto no tiene consecuencias para las leyes cósmicas? Puedes seguir decenas de vidas, pero alguna vez tendrás que enmendarte ante esa vida, la ley natural para la paternidad y maternidad te vuelve a llamar. Así se desperdicia el alma a sí misma y genera división, no solo para lo corporal, también para su personalidad. La ley cósmica te exige aceptar el grado de vida que pertenece a tu propia vida. Si naces aquí, no tienes nada que ver con otro pueblo. Este grado te obliga a crear y a procrear y siempre acertarás. Estas leyes se descubrirán en unos siglos. Entonces sigues siendo sangre de tu sangre e hijo de tu propio pueblo, como se suele decir, pero estás en armonía con el grado de tu vida. Pues bien, se puede llegar a la unión con muchos pueblos, eso no significa nada, de ese forma entra otra sangre en nuestro cuerpo. Así que por mucho que las leyes lo conecten a uno con la vida de otros pueblos, esta sí que es la ley más elevada que habla a nuestras vidas. De ese modo un solo grado de vida llega a lo más elevado de todo para el organismo humano. Tampoco hay que olvidar que lo pretenden las propias razas (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) de la tierra. ¡Cada tipo de raza crea un núcleo propio! Cada grado de vida sigue buscando hasta que se encuentre la vida que pertenece a la otra. Ahora tu alma vive en otras regiones de la tierra. Allá la buscarás o volverá a tu vida. Ya lo estarás sintiendo: se te vienen encima miles de posibilidades y no conoces ni una.

Aun así, la naturaleza continúa. Los siete grados vitales corporales para el organismo nos exigen vivir y aceptar las leyes. Durante vidas enteras estás atado a personas y solo te separas de ellas después de haber enmendado. También es verdad que nuestro propio grado de vida se ha extendido por toda la tierra. Si no fuera el caso, se vería que ni un solo holandés podría casarse con un vástago de otro pueblo, porque sencilla y llanamente la propia alma no lo querría. Todas esas búsquedas de la gente entre otros pueblos para encontrar el verdadero amor ya impulsan al alma al otro pueblo. Pero una vez vividas esas leyes del karma dejan de existir y la vida interior ya no se libera

del propio grado de vida. Entonces uno ya no puede eludirlo, no hay forma de escabullirse, hay algo en uno que dice: ¡hasta aquí y no más! Justo lo que ocurre ahora con Hans, ¡no podía hacer otra cosa!

Así que estas son las leyes. No solo para el propio grado de vida, sino que otros miles de leyes deciden ahora sobre tu vida. ¡Y así es el ser humano! Así es una mujer y un hombre. Si has cometido asesinatos, tienes que hacerte madre para devolverle la armonía a la vida por medio de lo que se posee. ¿Qué clase de posesión es esa? Tu cuerpo. Pero ahora los hombres se han liquidado entre ellos. Uno de nosotros ha cometido el mal. En otra vida serás madre y estarás cara a cara. ¿Reconoces esta alma? ¿Puedes aceptar de tu hijo que te haya asesinado en vidas anteriores? ¿Por qué regresé a ti, Karel? Porque te privé de algo en una de mis vidas. Y justamente eso tiene que ver con el ser niño. ¡Ahora estoy enmendando! Te devuelvo a la conciencia que te quité en otro tiempo. Lo más peligroso que podemos hacer los seres humanos es quitarle la fe al prójimo. Apartar a la gente de lo más elevado es el crimen más grande de todos los que podemos cometer. Si esto obstruye el desarrollo para el alma, ¡será tu caída! Eso, pues, son las leyes cósmicas. Son mucho más conscientes que cualquier otro mal, mucho más. Ahora controlas directamente la evolución divina. Ahora estás frente a la ley divina. Quien me masacre ahora y mancille así espiritualmente a la gente, es decir, aplastándola a muerte, apartándola de mi doctrina y de las leyes divinas, quien se dedique a mancillar, no sabe lo que le espera. No solo tendrás que resolver los errores corporales, ahora estás ante un ser humano al que querías dar todo, pero quizá sin que se acepte. ¿Por qué no? ¿Por qué esa alma no quiere aceptar? ¿Por qué no logras cambiarle las ideas a esta vida? ¿Porque uno mismo destrozó esa vida! Y ahora a ver si uno consigue volver a despertarla. Y es imposible dar un solo paso en la vida después de la muerte si uno no ha abierto a esos hijos de Dios para Sus leyes. Hay miles de posibilidades que lo mantienen preso a uno. Es imposible desprenderse de ellas, hay que vivirlas y reconducirlas a las armoniosas leyes divinas —las de la justicia y la evolución divina—, pero con las que uno está ocupado vida tras vida.

No te cortes, destrúyeme, luego estarás ante tu propia destrucción. Ay de tu vida cuando traiga la verdad. Si cuento cuentos, entonces todo será diferente y tienes derecho a masacrarlo. Pero si estoy trayendo las armoniosas leyes divinas a tu vida y a las de otros, Karel, entonces mejor que me mancilles tú, hacen falta vidas enteras para eliminar ese veneno de esas almas. ¿Sabes ya, pues, por qué tanta gente se deja la piel para hacer que despierte la otra vida de Dios? ¿Sabes, por fin, por qué albergo una voluntad tan enorme de llevar todo esto a término? Dejaría que me hicieran cachitos por eso. ¡Moriría por ello! Quisiera desangrarme por esta tarea, porque yo también viví cada una de esas leyes.

Basta con que hables mal de un ser, de un ser humano, con que lo acribilles, y tarde o temprano estarás ante tu propia miseria. Y ¿si es tu mujer? ¿Creías que todos esos matrimonios fracasados no significan nada? ¿Creías que esa gente llegó a juntarse así por deseo propio y por voluntad propia? Puedes pasarte de rosca un rato, así se crea nuevo karma, pero tarde o temprano la mujer o el hombre que pertenece a tu vida estará delante de ti. ¿No es así? ¿Por qué el alma no llega a actuar? ¿Qué es lo que se niega en tu personalidad? ¿Por qué no llegas a decidirte? ¿Por qué es justamente esa otra persona? Es precisamente la equivocada. Claro, ya te gustaría, ¿verdad, Karel? Eso que estaba conscientemente en ti ¡actúa ahora! Esto que tiene que representar la conciencia diurna decide ahora sobre tu vida. Y no se entienden (os entendéis) el uno al otro. Eso es natural, ahora vas a ver tu tarea. Ahora puedes empezar otra vez con reconducir esa alma a aquella claridad inmaculada de Frederik. Me quedé esperando. Al saber que no tengo que hacer nada ¡la vida me viene a mí! Sin duda que me encontraré con ella. Si me hubiera decidido por una de las chicas que querían tenerme, entonces me habría blindado yo mismo para esa ley espacial. Seguramente que ya lo sentirás: puedes atraer a más de una chica a tu vida, sin problema, y experimentar con ellas el ser uno, pero luego de todas formas tendrás que encontrarte con aquella vida, por haberte conectado por medio de las leyes más poderosas —la paternidad y maternidad— con esa alma. Si te limitas a los pasatiempos juguetones, al beso humano, o si te casas con esa vida y llegan niños, ¡no es tu alma! Tu propia alma, la que pertenece a tu vida y por la que has de representar a este universo y el Omnigrado divino: con ella eres fuerte, con ella eres capaz de todo, te porta, te anima, te impulsa hacia arriba, lo cual es poderoso y solo viven algunos en este mundo. Esa otra te chupa hasta dejarte vacío y detiene tu propia felicidad, mancillas tu felicidad que tiene sintonización cósmica.

Si te quedas solo, aunque revientes de deseo, pero sientes que tienes que esperar y transcurre esta vida, entonces has conservado la armonía con tu propia vida y con la de tu alma gemela. Centenares de miles de posibilidades se te echan encima de la vida. La mujer que es para ti es inconsciente. O lo eres tú mismo. No te perteneces el uno al otro para la eternidad, porque eso no es posible. Si no terminas esa vida, luego te la encontrarás de todas formas y puedes empezar de nuevo. Yo sabía todo eso. Actué por tanto por conocimientos adquiridos en otros tiempos. Yo asimilé esas leyes. Marja aún tenía algo que vivir, que enmendar. Pero ella sabía —eso ya lo oirás más adelante—: por esa alma consigo lo otro. Y eso no es ningún engaño. Has podido ver tú mismo cómo cumplió con sus deberes. Cargó con la vida de Hans. Si me hubiera percatado —la conozco desde hace tiempo— de que lo tenía abandonado, entonces habría sabido que aún no está preparada para mi vida. Por lo que tampoco me podría haber encontrado con ella; quizá, y eso

está descrito en nuestros corazones, la habría conocido en la vida después de la muerte. En los cielos ¡por fin! Ahora vamos a recibir esta vida milagrosa. ¡Ella está lista para mí, y yo para ella! ¡Me ayudará, y yo a ella! Para eso dije que estudias la lengua. Ella completará lo que crearé yo. Así es como servimos ahora, pero dejaré que lo hagan las leyes, ¡ella misma lo tiene que saber! ¡Solo entonces me daré por aludido y estaré seguro de mí mismo! ¡No quiero crear karma! Ya la veía de niño, me la enviaron, ¿me la regalaron? Para nada, ¡habíamos entrado en armonía con el espacio! ¡Eso es!

Tú y Erica se encontraron (os encontrasteis) y se consiguieron (os conseguisteis). El uno pertenece al otro. Pero, Karel, ¿sientes la diferencia con nosotros? Sus (vuestrós) sentimientos son materiales, los nuestros, espaciales; ya puedes vivir espiritualmente esa sintonización y también entonces es una felicidad milagrosa. Pueden (podéis) vivir lo más elevado para este mundo, Karel, porque tú y Erica nacieron (nacisteis) una y otra vez para eso. A ese otro Karel lo has matado diez veces. Erica a sí misma también. Pero ¿qué hace esa otra gente? No son capaces, porque uno de los dos está ante aquel otro vacío. A esa alma no lo puedes cambiar en una vida; sí es posible cuando esas fuerzas viven en la conciencia diurna. Si no, están (estáis) ante la inconsciencia y ambos tiran (tiráis) hacia el lado propio, ¡como dos burros en una ilustración! ¿Que si es una falsedad? ¿Tonterías? ¿Que si son cuentos?

¿Por qué no miras a Frederik? ¿Cómo actuó? ¿Se dividió? Con que hubiera aceptado a Anna solo unos años demasiado pronto, toda esta sabiduría se le habría escapado. Ahora empieza a tener el amor universal entre las manos. ¿En qué se habría convertido si hubiera aceptado la vida material? En nada. Eso se ve enseguida, carece de importancia para tu despertar. Es lo que busca el hombre, sin embargo; se desfoga de esa manera, pero es que es imposible eludir las leyes propias. Te dan el alto espacial para miles de cosas.

La paternidad y maternidad, la creación te obliga a aceptar la otra vida. Si estás de camino como madre y se despierta tu maternidad y no acude ningún creador, entonces ¿qué haces? Es posible que la primera alma pertenezca a tu vida. ¿Quién se conoce a sí mismo para su amor? ¿Quién siente que la vida, por inconsciente y miserable que sea, ha de ser completada? ¿Cuántos divorcios no vivimos? Te digo: de cualquier manera, es ineludible, algún día tendrás que dar a esa alma completamente todo de tu propia vida. Pero ¡entonces esa vida es un infierno! Dios, sin embargo, no tiene nada que ver con eso, ¡es tu propio yo!

Cada pensamiento exige de tu vida y personalidad ser vivido en armonía. Mírate, por ejemplo, a ti mismo. ¿Cómo vives? ¿Cómo vivías años atrás? ¿Qué le has dado a Erica? Si no eres una persona abierta, si eres inconsciente, ¿puedes dar todo lo que tienes a tu amor, a tu mujer? ¿Pensabas que todas esas personas despiertan por estar buscando a otras? Tu vida despierta precis-

amente por la miseria. Te hace pensar. Si empiezas ahora con llevar esa vida al despertar, a lo que es mejor y más consciente, eso será tu propio desarrollo y luego estarás ante un amor más elevado. ¡Cuando te llega eso vives la ley divina para tu amor y tu propia felicidad, como hombre y mujer, como dos almas de una sola voluntad, un solo sentimiento, un solo amor y un solo entendimiento! ¿Intuyes esta conciencia y ese amor? ¡Pues para eso mueres y es lo que ha generado tantos libros! ¿Te sirve para aprender? Si empiezas con ello, pero ¡eso la gente no lo hace!

¿Qué sabe un psicólogo del alma, Karel?

—¡Un comino!

—Así es. ¿Crees que me darían un grado académico si diera clases en la universidad?

—Tienen que aceptarte en todo.

—Imagínate que supieran que tengo razón: ¿cómo tendrían que actuar todos esos grandes? Ahora soy un medio loco. Ya lo oirás. Soy un loco, un iluso. Pero ¿qué quiere esa gente? Lo más elevado de todo, que no se entiende, siempre termina vapuleado. Ese ser humano tiene que ser liquidado. Ya lo verás. Aunque ellos mismos ya no sean capaces de ello —aún me falta mucho en este pragmático Occidente—, nosotros mismos, sin embargo, podemos hacer un montón por ello. ¡Al menos sé lo que me espera y no lo temo, luego los desafiaré uno por uno! ¡Los obligaré a escucharme, miles de personas aceptarán mis libros! Tengo algo que aportar. Ahora llevo un mensaje al Lejano Oeste, ¡el yo pragmático de Nuestro Señor!

—¿Qué vas a hacer con Marja?

—Más adelante ya lo verás y vivirás tú mismo, Karel. Mamá nos llamará. Entonces celebraremos allí nuestra pedida, en la playa, en el poderoso sur. Pero ¡primero iremos todos juntos a Gizeh, Isis, Ra, Re, a la esfinge! Eso ya lo sé. Esto es entonces la poderosa posesión para sus (vuestras) vidas. Oteb, mandaremos este mensaje del alma a Mohamed. ¿Quieres vivir otro milagro, Karel?

—Por favor. ¿Qué es?

—Quiero hacerte vivir la gracia de cómo el hijo de Dios es uno solo. Eso yo también lo soy con Marja. En estos momentos Mohamed recibe mi mensaje. Le mando: Nosotros iremos más tarde. Vete a Marja y que tu vida y amor sean una bendición para ella. ¡Me apuesto a que irá Mohamed! Yo mandaré a mamá a la esfinge. Tiene que irse a Egipto, usted también lo puede hacer. Allí estaremos juntos. ¿Te parece, Karel?

—Esto es increíble. Yo también iré, bueno, por fin. Y ¿qué piensas ahora de Hans?

—Hans puso fin a su vida. Eso es la peor cosa que puede hacer el alma. Seguramente que sentirás que ahora no tiene ni vida ni muerte. Se arroja

demasiado pronto fuera de la vida y no la ha completado. Lo que sigue a continuación es el siguiente proceso. Es muy, muy triste, pero no se puede cambiar nada. Una cosa sí que te puedo decir: Hans habría tenido como mucho otros tres años de vida. En el fondo menos, porque ya percibí su muerte normal en su aura.

—¿Puede verse?

—Todo vive en el aura humana, Karel. Hans está ahora anclado a su propio cuerpo, bajo la tierra.

—¿Cómo dices?

—Hans vive conscientemente la putrefacción de su cuerpo. Porque como alma y personalidad no se ha separado, no ha terminado de vivir, ¿verdad? La ley que domina su vida, que determinará el tiempo y todo, que fija la hora de nacimiento y la hora de morir, esa ley lo mantiene preso, como personalidad espiritual, junto a su cuerpo. ¡Hans vive ese proceso de putrefacción conscientemente y ha sido arrojado fuera de la materia, del espíritu! Nada puede ayudarlo, solo puedo pedir a mis maestros que de vez en cuando vayan a verlo y que con su aparición mitiguen su vida. Les diré: Apacigüen sus dolores, explíquenle las leyes y díganle que seguimos pensando en su vida.

—¿Cuánto tiempo dura esa miseria?

—Hasta que no quede ni una fibra en sus huesos; solo entonces las auras humanas se desgarrarán de las corporales y podrá ir a donde quiera. Pero ¿ahora? Si tiene que regresar a la tierra, entonces tendrá que vivir allí, en ese mundo, donde no hay ni vida ni muerte. Ese mundo está vacío, es la sintonización de los suicidas. Pero ¡no verá a ninguno de ellos! Con él hay millones que se han quitado la vida, ¡no los ve! Estará solo hasta que llegue la hora de morir en la tierra. Y entonces experimentará Hans su muerte material. ¿No es sorprendente? ¡Así es como el alma se recupera! Así regresa a las leyes armoniosas de Dios, ¡para el alma, el espíritu, la materia! Y ¿después? Si Hans tiene que empezar una nueva vida, el mundo anterior a su nacimiento atrae su vida y se disuelve. Entonces se convierte en un embrión. Pero tengo aún otro milagro para ti, que te alegrará: Hans no va a regresar. Ha vivido su ciclo material y ya no posee leyes del karma. Hans era bueno, era un tipo bueno, hacía todo lo posible por sus enfermos, pero estaba anclado a su propia vida. Así que Hans irá al mundo astral. Si no hubiera sido el caso, entonces no lo habrías vuelto a ver en miles de siglos. Pero ¡eso ya daría igual! Así es como ves que solo el alma, la vida, tiene importancia para Dios, Hans como ser humano de este mundo, no. Conocemos millones de almas y todas esas ellas forman parte de nuestra propia vida. Pero como ser humano, y como tu padre o madre, tu hermana o hermano, ya no ves ni sientes a esa gente. ¡Es la vida! Y esa vida vive para ti, tú vives para esa alma como vida. Esa es la sintonización universal para nuestro propio yo por que el que murió Cristo.

Así que más tarde reconoceremos a Hans. ¡El primero de nosotros que haga la transición lo verá! Hay que ver los años que está viviendo ahora, años de una miseria, dolor y pena increíbles, es indescriptible, porque ese proceso lo vives, vives cómo los gusanos te devoran y destrozan el corazón. Gritas, pero nadie te oye, ¡estás atado a ti mismo! Eso durará unos tres años para Hans. Entonces el cuerpo ya habrá hecho un buen recorrido hasta la descomposición y se desgarrará de esa miseria como la chispa divina. Si hubiera tenido que seguir viviendo aquí las cosas otros diez o quince años, entonces se habría quedado atado a esa tumba y ese cuerpo durante esos años. No puedes alejarte y no sabes a qué se debe. Tiras de ese cordón, pero no se rompe. ¡Conozco todas esas leyes porque me suicidé para conocerlas!

—¿Cómo dices?

—Me suicidé junto a otros muchos, éramos siete, los sumos sacerdotes, Karel, que ¡querían llegar a conocer la muerte y la vida eterna! ¿O pensabas que había recibido este saber así, sin más? ¡Nos metimos en la muerte, la fuimos buscando! Y entonces tuvimos que aceptar y vivir esas leyes conscientemente. Así aprendimos, porque estábamos sintonizados conscientemente con la muerte. Otros no tienen eso, lo hacen por medio de la inconsciencia.

Es exactamente igual que cuando fumas un buen puro. También el que tienes ahora en la mano está fumado, pero no sabes que hayas fumado. ¡Ahora eso no es nada! No lo disfrutas, solo echas humo. ¡Fumar es un arte! Aquellos que entran a la muerte por una desgracia no viven nada. Solo sienten un poco de miedo más tarde cuando vuelven a encontrarse ante el suicidio, pero no hay nada más que haya cambiado en esas almas. ¡Nosotros entramos en ello conscientemente! Fue una gloria cómo los demás nos depositaron en nuestras tumbas. Y entonces fuimos aun más lejos. Nos dejamos embalsamar. De los nuestros algunos todavía siguen bajo tierra en el Antiguo Egipto: se dejaron matar y embalsamar, pero a ellos les tocó un puro horrible. Ese purito sigue ardiendo eternamente. Todos esos embalsamamientos crean una influencia que es eterna. Seguramente que ya lo sentirás: esos cuerpos no pueden disolverse, el alma está anclada a ellos y no se separa. Aun así, un alma de esas adquiere otra vida. Pero entonces, ¿cómo es la conciencia? ¿Son estos los peores locos de todos? No, son los peores psicópatas de los que hay. Esas almas no tienen su plena conciencia. Por eso conocemos psicopatía consciente e inconsciente. Son almas que fueron demasiado lejos. Todo eso de embalsamar los cadáveres detiene el desarrollo del alma. El alma se ancla a sí misma en esos cadáveres. Ni en siglos llega a la concienciación, ¡porque arrastra algo eternamente! La incineración del cadáver, a su vez, contraviene las leyes divinas. Parece todo tan estupendo, pero ¡esta vida desconoce las leyes divinas para el cuerpo, espíritu y alma! Pero principalmente para el espíritu, porque es la personalidad para el alma en la siguiente vida. ¡Esa es la sintonización divina

y la transmutas en materia y vida espiritual! ¿No es sencillo?

—¿Qué vivías en esas catacumbas, René?

—Pues, Karel, la putrefacción de nuestros cadáveres. La vivimos conscientemente, pero todos los sacerdotes nos siguieron.

—Y ¿entonces?

—Siglos después regresamos uno tras otro a nuestros templos. Entonces fue despertado nuestro pasado. Y fue allí donde aparecieron estas leyes. El Antiguo Egipto jamás las conoció, aún les faltaba para eso. Y tú sabes mejor que yo que allí embalsamaban como en ningún otro sitio. Te digo: aún hay miles en posición horizontal en calabozos muy hermosos excavados en la tierra esperando su redención. Si es posible haré mucho por eso, podré cambiar muchas cosas. Pero ¿qué me dice uno de esos faraones de ahora? ¿Lárgate de aquí! Si le digo que soy tal y cual, viví aquí como sumo sacerdote, me pone detrás de sus rejas. Mohamed hizo todo lo posible, pero este rey no quiere creer en esto, es violar una cultura que le es sagrada. Y ¡hete ahí, Karel! Si quieres ayudar esas almas, tienes que quemar todo ese follón. Esos cuerpos embalsamados —a nosotros también nos sobran— corroen la conciencia del alma. Esos cuerpos conservan algo que ha de morir, disolverse. Si quieres estar libre, poder continuar para concluir tus vidas, solo será posible si no tienes que cargar con lastres. Ahora regresas a una vida, te falta algo, no sabes lo que es, los médicos te quieren meter una inyección y te hacen aún más inconsciente. Lo sientes y lo llevas contigo. Es algo que no puedes evitar, pero estás entre los vivos. Cuando te has hecho consciente hay algo que te atrae hacia alguna parte. Pero ¿dónde está eso? ¿Dónde vive? ¡Y ahora todavía todos los miles de problemas para los que vives! ¿Sientes que el alma humana se ha convertido a sí misma en un caos? Violó las leyes humanas. Ya no tiene una existencia normal, es un calvario. Aún más en lo invisible que en aquello que conocemos como enfermedades u otros asuntos miserables. Las leyes invisibles, tal como las tiene que aceptar Hans, ¡ya te enseñarán a inclinar la cabeza! Y entonces es que tu personalidad testaruda de hecho desciende, ¡porque hasta allí te llevan los gusanos! Eso de embalsamar es lo peor que puedes hacer para ti mismo. La incineración, en cambio, es demasiado rápida. Seguramente que ya lo sentirás: las almas están pegadas al cuerpo humano y se queman. ¡Ese choque es tremebundo! Están sueltos, naturalmente, el proceso de incineración desgarrar el alma del cuerpo. Pero el alma no es consciente. Siente de forma material, terrenal. Así que va deambulando con ese choque, vaya adonde vaya, solo se liberará de ese estado cuando posea otra vida o tenga tal altura espiritual que se haya vencido a sí misma. ¡Millones de personas, Karel, sufren hasta el punto de gritar debido a las leyes astrales!

—Es imponente, René, creo y acepto todo.

—E imagínate ahora lo que puedes hacer con tu vida de la tierra. Dirás:

¡Elsje está derrengada! ¿Tendría que haber tenido yo otra vida? ¿Tendría que haberme casado con una criatura casta, inmaculada? Eso es bueno para los inconscientes. Claro, ya ves, también yo he de enmendar todavía. Pero ¡Hans no pudo vivir ni un gramo de sentimiento de la vida de ella por sus propios sentimientos! A pesar de ello, he de inclinar la cabeza ante estas leyes. Estoy agradecido a Dios por que ahora pueda empezar nuestra vida eterna. ¡Cada pensamiento es ahora para nosotros un universo! ¿Han (habéis) obtenido su (vuestra) alma? Se consiguieron (os conseguisteis) el uno al otro; pero también millones de personas, solo después vieron que habían sido golpeados a muerte por un solo pensamiento. Y eso es mil veces peor.

No, Karel, a mí dame Marja y tú quédate las reinas de este mundo. Por cierto: ¿no viste que es una reina? ¡Es lo que poseo! Es su conciencia y esta se disuelve en la mía. ¡Viviremos! Amaremos, pero más adelante nos iremos todos de viaje. Y con ese viaje ayudaremos y apoyaremos a Hans.

—Quien muera aquí ahora, o, claro, luego, ¿verá a Hans?

—Sí, Karel, Hans te esperará allí.

—¿Sabes quién de nosotros va primero?

—¡Yo lo sé! Y como lo sé no diré nada. No obstante, te daré la prueba. Luego lo verás tú mismo. Advertiré de antemano a la persona en cuestión por medio de pensamientos. Y esa alma será la primera en ver a Hans, tal como fue.

—¿Lo reconocerás al instante, pues?

—Allí uno no cambia en nada, Karel.

—¿Eres allí igual en todo, como aquí?

—¡En todo! Allí tendrás tus dientes y muelas. Ya en el Antiguo Egipto se nos concedió vivir las materializaciones. En nuestros tiempos había templos enteros planeando por el espacio, pero vivíamos magia negra. Entonces me dedicaba a buscar la ley blanca, sagrada, para la vida, y la conocí. Hans está allí como era aquí. La personalidad espiritual continúa viviendo. Con esas almas puedes vivir el contacto, pero entonces has de vencer todo lo de tu cuerpo. Y eso no es tan sencillo. Pero eso hay un montón de engaño entre los espiritistas. Sin embargo, siguen las leyes del Antiguo Egipto. Otras sectas no quieren saber nada de eso, pero se blindan ahora por completo contra el contacto directo. A Hans lo verás como te verás y vivirás a ti mismo. Pero bueno, quien sea el primero volverá a disfrutar de su personalidad. Será otro, lleno de amor. ¡Comprenderás que lo que Hans tiene que vivir ahora es una lucha terrible! Está siendo apaleado por las leyes de su organismo. También sobre eso escribiré un libro. Todavía tenemos mucho que hacer, Karel, pero ahora ya sé que conseguiré lo que he de conseguir.

—¿Así que le edad está predeterminada?

—Sí, Karel. Las leyes para el alma fijan su edad.

—¿A ti qué te parece, Frederik? No sabrías también eso, ¿no?

—No, Karel, me hace feliz, ¡es algo poderoso!

—¿Sabes, pues, cuántos años llegarás a tener, René?

—Lo sé, Karel. El nacimiento te otorga una nueva vida y esta solo acabará cuando se haya terminado de vivir el aura vital. Entonces de pronto la maquina se niega a latir y el alma regresa para entrar en su siguiente vida. Esas vidas acaban con una precisión absoluta. Si estás vinculado a una orden, esta hará que la otra alma prosiga tu trabajo. Cuando se fue Galileo nació Newton. Así ves que cada alma puede vivir esas leyes. ¡Y es algo que nosotros mismos controlamos! Para eso te preparas. Y contigo está la madre, como tu alma.

—¿Sabes entonces también si seguirás siendo hombre?

—Yo lo soy, Karel. Más adelante, en la siguiente vida, también. Pero también puede ser que para eso tengas que regresar a la tierra.

—¿Qué significa eso?

—Imagínate que yo soy la madre para mi propia parte. Déjame que añada que para el espacio somos ambas cosas: padre y madre. Si tuviera esa sintonización, tendría que regresar para ello a la tierra. Pronto seré atraído y entonces también regresaré pronto, aún siendo un niño. Mi madre vuelve a llorar hasta quedarse sin lágrimas, pero yo soy la vida de otra persona. Y esa otra persona me espera en las esferas de luz. Cae por su propio peso que cuando vives en las tinieblas aún estás lejos de esas leyes. Ya tienes que haber alcanzado tu sintonización espiritual, de lo contrario no será posible. Ahora estamos en armonía. El alma se centra en esas leyes y sintoniza con ellas, completamente. La vida anterior ya se regula según esas leyes. Como padre y madre puedes vivir siete vidas, antes de que puedas acceder a la sintonización propiamente dicha. ¡Hay siete vidas para volver a llevarte a la armonía para tu propia alma! Es de una belleza fantástica y de una profundidad imponente, pero también muy natural, porque Dios nos dio esas leyes armoniosas. Poco a poco vas elevándote y vas creciendo de vuelta hacia tu propia vida. Algún día estarás cara a cara, como hombre y mujer. En el cuarto grado cósmico eso se vuelve a intercambiar, automáticamente, cada vida posterior es diferente. Despertamos por medio de la maternidad. En el Omnigrado divino eres padre y madre, y también allí te ves a ti mismo como ser humano, pero ¡entonces eres divinamente consciente!

—Es sorprendente, ¿de dónde sacas todo eso?

—Puedes preguntarme lo que quieras, Karel, ¡jamás te quedarás sin respuesta mía! Sobre esto se pueden escribir miles de libros, y ni uno te contará lo mismo. ¡Por un solo pensamiento atravesamos espacios hasta encontrarnos ante Dios! Y ¿cuántos mundos tienes que vivir ahora? ¡Millones! ¡Ese pensamiento concreto lo tienes que hacer divino! Y después los millones que

posees y que forman parte de tu personalidad. ¿Qué profundidad tiene el alma humana? ¿Qué es el matrimonio? ¿Qué comprende la gente del matrimonio? Oh, Karel, ¿sientes lo que significa esto? ¿Intuyes lo que es ser uno con una vida que es una contigo hasta la médula? ¿No intuyes lo que puedes dar al otro entonces? ¿Comprendes por qué no quiero una de esas señoritas? ¿No es vacuidad, pobreza? Eso se oye al instante, ¿no? Dime lo que quieres y te diré quién eres. Pero eso ni siquiera hace falta, lo veo en tus ojos, en tu forma, rostro, paso, voz, constitución, en todo; un solo detalle y ya no estás para mí, ¡por muy hermosa persona que seas para ti! ¡No quiero saber nada de ti!

¿Qué ve el hombre en la mujer? La belleza atrae, pero ¿qué significa la belleza exterior? Elsie es una reina. Y ella es mi juventud, mi vida, mi alma. ¿Sabes lo que nos espera? ¡Veremos juntos esta humanidad! Eso es lo más elevado para Hans, nos ha vuelto a entregar el bien robado. En Viena ya compré la pequeña cruz para Marja.

—¿No lo dirás en serio!

—Espera un poco, te lo mostraré, Karel.

René sube y un poco después regresa.

—Míralo tú mismo, ¡esto es para Marja!

—Cómo es posible.

—Es la verdad, Karel.

—¿Sabías todo esto?

—Frederik ha consignado todo en el cuaderno de bitácora. A Marja siempre la vi, siempre estubo conmigo. Pero ¿no viven esto millones de personas? El ser humano aún no conoce las leyes, Karel, pero te aseguro que cada alma las vive para el espíritu y la materia, para la paternidad y la maternidad y la justicia espacial. Marja vivió conscientemente en estas leyes. Pero ¡para nosotros! Si supieras, Karel, para lo que vives, la vida es un milagro sagrado. Si lo conviertes en una desgracia, entonces es un infierno. ¡Y ante esto estuvo Hans!

Hans no quiso que pintara a Elsie, ¿verdad que no? Yo pregunté, Frederik, qué pensaba al respecto. Pero ¡mejor mira detrás de eso! Anda, mira esta máscara, lo verosímil que es. Hans sentía inconscientemente quién era yo. ¡Me odiaba! Le caía mal. Y ¿no fui siempre amable con él? ¿Le di motivos para odiarme? Hans hasta habría sido capaz de asesinarme. Pero ¿por qué? ¿A santo de qué, Karel?

—Ahora que lo dices todo me queda claro.

—Ves, ¡así funcionan las vidas anteriores! Así son las leyes que no conoces. Odias a alguien sin saber por qué. Aun así, cargas ese sentimiento. Esas almas ¿tienen que ver con tu vida? Tienes que encargarte de amar todo lo que vive. Pero ¿esto? ¿Es su subconsciente! Pero, claro, buscan (buscáis) el subconsciente sin saber lo que es ni dónde reside. Aun así, es algo que te infunde

alma. ¡No puedes eludirlo, llega poco a poco para destruir tu conciencia diurna y tienes que demostrar como personalidad lo que quieres! ¡Hans vivió su pasado! Cuanto más se ponía a odiar, más cerca estábamos de este final, ¡la nueva máscara! Es algo que penetra infaliblemente hasta tus pensamientos. ¡Es verdad, Karel! ¡Es la santa verdad! Ahora llegas a conocer el subconsciente del ser humano. Hans no quería saber nada de mí, ¡habría podido matarme! Por eso me mantenía alejado de él. No quería provocarlo en nada, pero ¡sí quería darles (daros) las pruebas para el cuaderno de bitácora! A él también le he dedicado unos cuantos pasajes. Cuando se casó y estuvimos todos con él, Frederik, tú me seguiste. Acogí tus pensamientos. Ya entonces sabía yo quién era Elsje. De eso tú dejaste constancia en el cuaderno. Te vi escribir desde mi vida, ¡yo te obligaba a hacerlo!

—¿Está eso negro sobre blanco, Frederik?

—¡Todo, Karel!

—Pero es enorme. Va a ser una película, una obra de teatro. Son libros sorprendentes. Y ¿después, René?

—A través de Elsje oímos su segundo nombre. Oí cómo me hablaba Marja. Recibí sus pensamientos enviados a mi interior.

—Y ¿Elsje también lo sabía?

—¡Elsje lo sabía todo! Sabía que me encontraría por medio de Hans. Algo le impulsó en esa dirección y Hans nos la trajo. ¡Son leyes! Y Elsje lo supo procesar todo. ¿Pensabas que no habría desfallecido? ¡Ella sabía que allí vivía su alma!

—Y ¿nunca hablaste con ella?

—Te lo juro, Karel, ¡jamás! No se nos concedía hacer eso y tampoco lo necesitábamos. A Frederik le dije que yo no deseaba un amor que perteneciera a otro. ¡He llegado a ese punto! ¡Sé que mi edad no significa nada!

—¿Y de eso también dejaste constancia, Frederik?

—Sí, Karel, de todo. ¡Cada pensamiento ha sido descrito!

—¿Cuándo estarán terminados esos libros?

—Tomará algún tiempo más. René te lo podrá contar. ¡Yo no!

—¿Cuándo podremos leerlo todo, René?

—Eso también es una máscara, Karel. Podría decírtelo, pero entonces dejaría abiertas demasiadas cosas. No lo he hablado con Frederik. Pero sé que puedo decirte cuándo estará listo el cuaderno de bitácora, hasta en qué segundo. ¿No es así, Frederik? Pero sé cómo hacerlo de otra manera. Escribiré o consignaré, Karel, cuándo te llegará el momento de leerlo tú. Frederik lo sabe, pero se lo callará. Yo también lo sé y eso llega, igualmente, desde el espacio a nuestra vida. Esta misma noche recibirás una carta cerrada mía, Karel. Enseguida voy a ponerme con ella. Solo cuando yo te lo diga la abrirás. Antes no podrás echarle ningún vistazo. ¿Lo prometes?

—Por supuesto.

—Esa carta te dirá, pues, por qué Frederik no te puede contar esto, al menos, no ahora. ¿De acuerdo?

Karel le da la mano a René, después a mí. Sé lo que quiere decir, ¡es que lo sé! El chico prosigue y dice:

—Así están las cosas, Karel, llegarás a ver tu propia vida como no la conociste nunca antes.

—Pero ahora otra cosa más, René. ¿No podría haber ido Elsie a ti antes de conocer a Hans?

—¿Ves? Al final sigues sin darte cuenta. ¿No te dije que tenemos que enmendar cosas para Hans? ¡Elsje lo hizo por medio de sus leyes corporales! Eso es lo más elevado que tiene un alma para entregar. El dinero, las propiedades, carecen de importancia. Entregarte a ti mismo sobrepasa cualquier ley y es ineludible. ¡Eso lo estás viendo ahora! ¡Elsje no pudo eludir a Hans! Tuvo que abrirse ella misma para su vida. Es algo que de todos modos no puedes evitar. Pero te digo que Hans no vivió ni un gramo del alma de ella. No era posible. Hans solo tocó las leyes materiales. Lo que unos ven y sienten como gélido en un alma, para otros es personalidad que tiene sintonización con esa vida, ¡amor sobrenatural! ¿Pensabas que las personas podían vivirse unas a otras? ¿Pensabas que conocían sus amores, que los experimentaban? Cuando uno mismo no está abierto, ¿cómo vas a querer entregar entonces los miles de rasgos del carácter para tu amor si aún están inconscientemente pegados a tu personalidad? ¿Lo sientes? Hans no tocó su vida, ¡no era capaz! No estaba en condiciones. ¿Cómo viviste tú mismo, Karel? ¿No han (habéis) muerto varias veces el uno para el otro? ¿No se han (os habéis) matado una y otra vez por dentro? Hay que querer matar cualquier rasgo, es lo que tiene que experimentar el proceso de la muerte para tu personalidad, si quieres elevar todos tus rasgos hasta el amor. Han (habéis) podido convertirse (convertiros) en algo hermoso. Estuvieron (estuvisteis) ante la desintegración y la miseria, porque Erica no ha avanzado más que tú mismo en este camino. Ustedes concuerdan (vosotros concordáis), pero si hubieran (hubierais) vivido otros grados y ella perteneciera a otro, no habrían (habríais) alcanzado esta altura, para eso la vida material es demasiado breve. Puedes vivir alturas inmensas, pero ¿es capaz de eso la vida? ¿Quiere el ser humano superarse? Ya te tropiezas con un solo pensamiento. Pero ¡este es parte del carácter en sí! Y lo es de tal forma que puede hacer añicos toda tu personalidad. ¡Ustedes se levantaron (vosotros os levantasteis)! Tú, por ejemplo, albergas el poderoso sentimiento de inclinarte ante la verdad. Si no hubieras sido capaz, Karel, entonces ¡su (vuestro) matrimonio habría terminado en nada! ¡En nada! Pero esto es lo más elevado que tienes. Al recibir un poco de sentimiento, algo de amor, al poder inclinar tu sabia cabezota, tu personalidad se fue modificando. Los

seres humanos no se inclinan. Piensan que son algo, pero ¡no son nada cuando quieren tener razón a pesar de equivocarse! Nunca puedes evitarlo, Karel, te golpeas a ti mismo, te detienes ante esas leyes, ¡hasta inclinar la cabeza! Algún día, en la otra vida, volverás a estar ante esas leyes. Todo el tiempo, hasta que quieras ser derribado de un golpe, y solo entonces comienzas tu propia vida.

¡Erica estaba abierta para ti! ¿Cuánto amor recibiste en esos años? ¿No es un milagro para ti? ¿No es una mujer como no la hay entre centenares de miles? ¿Querrías tener una reina en lugar de ella? ¿Qué te da Erica? ¿Qué recibes? ¡No la conocías! Ella tampoco tenía nada que darte. ¡Estaba muerta en vida! Por eso ya dije de niño: ¡Esas abluciones inhumanas son diabólicas! ¿Todavía no lo sientes? Deja que Frederik abra el cuaderno de bitácora, Karel, y ¡ya te conocerás mejor!

Quiero prepararme interiormente, ¿ustedes lo hicieron (vosotros lo hicisteis) materialmente? ¿Qué significa la materia? ¿Qué dice un cuerpo? ¡Nada! Y sin embargo ¡es lo más poderoso de lo que posee el alma! ¡Así es como la madre da al padre el universo! ¿Vivieron (vivisteis) un universo gracias a eso? ¿Qué tenías tú para darle a ella, y ella para darte a ti? ¡Nada, Karel! ¡Estabas demasiado vacío y muerto para eso! Ya lo ves: falleciste muchas veces. Tu matrimonio se ha hecho ahora un milagro sagrado, nunca serás viejo, jamás, ¡porque ya no es posible! ¡A cada pensamiento le has dado conciencia vital, Karel! ¡Ahora son (sois) nuevos el uno para el otro! ¡Despiertas, arrojaste una máscara tras otra al suelo!

Es por eso que Hans no pudo vivir a Elsje. ¡La recibo desde un cielo! ¿Qué podría haberme dado a mí semejante perifollo? ¿Pensabas que un alma es pura aunque no haya sido tocada para este mundo? ¡El infierno y el diablo toman conciencia! ¡No, no es eso, al menos no para nosotros! ¡Cada vida tiene leyes propias, pero cada una de ellas se puede analizar! ¡Las chicas se me echaban encima! Si hubiera querido, ya podría haber creado accidentes en mi viaje a Italia. ¿Cuánto se tarda en caer en la trampa? ¿No es sorprendente? Pero ¿cuál es el final? ¡Que esperes! ¡Que tengas cuidado! ¡Sabrás, irremediablemente, que es ella la que llega a ti! Y si está mal, se suele decir: “¡Me vendieron gato por liebre!”. ¡Para nada, Karel! ¡Tienes que tenerla a ella, porque tienes que enmendar cosas para esa vida! ¿Qué es el subconsciente? Vive en la superficie de tu yo cotidiano. Hans lo padecía, pero no hizo nada, se entregó a ello. Pero ¡todavía podría haber vivido tres años!

Anda, ¿por qué no te fijas en otra vida? ¿Ahora qué haces? ¡Crear un nuevo karma! Llegas a estar ante leyes, creas nuevas que te conectan con otras vidas. En este mundo puedes desfogarte sin ningún problema, hay hombres y mujeres de sobra, abiertos a un poco de amor loco, Frederik, pero ¿qué pasaría si fuera la persona equivocada? Si quieres vivir el amor y la madre puede decir

que ha transmutado sus deseos dando a luz a un niño y que por eso es feliz, entonces sus (vuestras) vidas tienen que revelar algo a este mundo, y eso es una bendición. ¡Ay de tu alma y personalidad si llegan las desgracias! Pero ¿qué hacen millones de personas? Piensan: ‘Tomo esto y lo otro’. Y conviértelo ahora en desgracias, ¿no? Algún día tendrás que enfrentarlo y entonces ¡habrás de aceptar esa miseria inconsciente! Por descontado que creas más miseria y desgracias. Todas estas leyes, Karel, las puedes seguir y analizar según las revelaciones divinas. Pero si esperas, tienes que aceptar cómo es tu amor; romper el contacto te deja parado durante siglos.

—¿Tú describes estas leyes, René?

—Sí, Karel, escribiré una treintena de libros. Libros para el alma y el espíritu, para las leyes materiales por las que el alma llega a conocerse. Puedes escribir un libro sobre cada ley. Pero voy a empezar pronto. Pintar era para mí algo accesorio, aunque vaya a conseguir mucho con eso, porque ¡por el arte despertó mi vida interior y adquirió personalidad! ¡Yo mismo derribé esas máscaras! Escribo libros para esta humanidad, Karel, ¡esa es mi tarea! ¡Elsje me ayudará! ¡Nosotros y ustedes (vosotros) juntos, y quienes quieran seguirnos! Primero todos esos libros, ya se han escrito suficientes cosas desgraciadas, ¡esto le sirve a la gente de algo más! ¡Entonces se explicarán las leyes! ¡También escribo libros sobre la demencia! ¡Estamos edificando una psicología universal! ¡Va a ser una universidad, Frederik ya empezó con ella! ¡Sus libros constituyen los fundamentos, son los sistemas en sí sobre los que se apoya la “Universidad de Cristo”! ¡Esa es mi vida y la tuya propia! Es el regalo para cualquiera que desee despertar. Para Cristo pertenece a Su vida. ¡No desintegramos nada! ¡Edificamos! Más adelante toda alma sensata tendrá que darme la razón, porque la ciencia sigue desarrollándose. Muchos sabios me dan la razón, ¡porque luego se adentrarán en la vida embrionaria! También muchos sacerdotes, y astrónomos, ¡porque tienen que aceptarlo, no es posible ir por otro camino!

Sé lo que hago y lo que quiero, Karel. No es mi intención privar a la gente de su Dios, pero ¡la condena no existe! ¡La iglesia es más necesaria que el pan! Si no hubiera iglesias, esta humanidad estaría perdida. Vivo para católicos y protestantes, para todas las sectas de la tierra. ¡Aporto luz y no destrucción! ¡Recibo mi sabiduría de los ángeles, los maestros, y no hay ni una sola alma que me detendrá! Me he preparado. Más adelante tú mismo podrás empezar; ¡algún día tendrás que entregarte en cuerpo y alma por ello! Inclínate ahora, solo entonces irás al amor perfecto para el que vives a fin de cuentas! ¿Cierto o no?

—Lo admito todo, René. Pero otra cosa: ¿Qué opinas sobre las diferentes enfermedades? ¿Recibimos ayuda de los maestros para el cáncer y la tuberculosis?

—¿No sabes lo que es el cáncer, Karel?

—No lo sabemos. Hacemos lo posible, pero ¿dónde reside el origen?

—El cáncer es la desintegración interior, Karel. Sistemas endocrinos que perdieron la propia fuente natural. Con lo que sabes ahora no consigues nada. Yo conozco esa desintegración y sé dónde vive el núcleo. Pero ¿vuelves conmigo millones de años? Es allí donde viven las leyes, es allí donde puedes ver cómo se van formando estas enfermedades, ante las que estás impotente. El cáncer es debilitamiento y después sigue la putrefacción. Solo el aura vital inmaculada puede resolver ese debilitamiento, ¡para que los sistemas endocrinos puedan volver a hacer su trabajo! De eso también ya hablaremos alguna vez. Papá, ¡entonces podremos darte clases universitarias!

—Por favor, René.

—Gracias, Karel, ¡te demostraré que no estás tratando con un loco! Pero yo voy arriba. Voy a preparar tu carta. Insisto: ni tocarla, va a ser una pieza del testamento.

Se va. Karel dice:

—¿No es esa vida un milagro, Frederik? Pero hay que ver lo que digo. ¡La de cosas extrañas que puede hacer un ser humano! Ya no quiero ni pensarlo. ¡Es milagroso lo que sabe! Y ¡así es exactamente! ¡Es algo ineludible! Van a ser libros poderosos. Me dominaré. Me parece sobrenatural. Es ahora cuando empezaré a vivir. ¡Tiene razón en todo! ¿Cómo éramos? ¿Cómo vivíamos? Y ahora ¿cómo es? Aunque hubiera sabido que por esto tendría que renunciar a Erica, cuánta fuerza te da esto. Me prepararía entonces para lo otro. Te morirías de ganas de entregarte para todo lo que vive en el mundo. Pero, tiene razón, no estamos preparados para ello. ¡Todo me parece sagrado, Frederik! ¿Me crees?

—Te creo, Karel.

Nosotros también vamos arriba y allí apunto:

“¿Qué quieren (queréis), seres humanos de este mundo? ¿Reírse (reírse)? ¿Encogerse (encogerse) de hombros? ¿Hacerse (hacerse) los sabios? ¿Mejor desintegrar todo, porque uno siempre lo sabe mejor? ¿Quedarse tiesos de veneno y destruir la vida? ¡Nosotros decimos que no! ¡Nosotros aceptamos y nos va bien! ¡Hans también volverá a salir de su miseria! ¡Ya lo sé ahora! ¡No diré nada! Pero lo sé. ¡Sé exactamente cuándo saldrán los libros! De hecho ¡ya lo dije! ¡Ellos sí que saben! Pero ¡todo irá bien! ¡Todo! ¡Mejor, imposible! Yo ya no tengo nada que decir, mañana dejaré constancia de su sabiduría. ¡Ahora tengo todo el tiempo! Pero ¡tiemblo de felicidad, de inmortalidad, creo! ¿Cómo es posible, Karel? ¡Esto ya lo sabía yo cuando él no había nacido todavía! Admito que las máscaras me eran desconocidas. Pero ¡él ya lo enviaba a nuestras vidas a partir de Erica! ¡Mundo, humanidad, acéptenlo (aceptadlo). Por favor, créanlo (creedlo), amen (amad) y estarán (estaréis) edificando

su (vuestro) amor eterno! Y ahora, ¡mira un poco a tu mujercita, creador! A ver, ¡mujer, madre, mira a tu marido! ¿Ya lo conoces? ¿Lo conocías así? No, ¿verdad? ¡Así todavía no! Esto va a ser el universo de él y de ella. Prueba ahora el beso de su alma y habrás llegado al punto. ¿Que es lo que yo pienso? Sí, pero ¡es algo que tienes que elucidar para ti mismo! Dios mío, ¡que bueno has sido siempre con nosotros! Esta noche lo voy a decir a gritos... Mundo, ¿lo oyes? ¡La *condena* no existe! ¡El Dios de la vida nos ama! ¡Más no voy a decir ahora sobre esto! Me voy a dormir!”.

Frederik, oh, Frederik, ¡qué día!

El pastor Dicksma acaba de bendecir el enlace de Elsjé con René. Los sonidos del divino Bach en el órgano dan una felicidad celestial a estas dos almas, alas, para que puedan empezar una vida enorme. Estas almas están unidas para siempre; el discípulo de René completó su tarea de un modo del que podría aprender el ser humano. Así esta congregación protestante recibió animación, su oficiante conduce el alma humana lentamente hasta un Padre de amor. Son horas benditas que ahora pueden vivirse por medio de este ser humano. Tendrías que escuchar alguna vez sus sermones.

Están allí, postrados, estos dos hijos sobrenaturales de Nuestro Señor. Lo que no era necesario, sí lo han hecho; ¡no quieren liberarse de esta sociedad, quieren ser un ejemplo de cómo tiene que ser y de cómo va a ser! Por eso el pastor Dicksma bendijo este matrimonio; por la iglesia quieren alcanzar la luz... por aquello que recibieron los apóstoles de Cristo hacia el espacio, el universo de dos almas de un solo color, ¡encantadoras la una con la otra, como flores!

Nos vamos a casa. Todo ha terminado, hoy tenemos fiesta. Erica me susurra al oído:

—Frederik, oh, Frederik, qué día, ¿verdad?

—Menudo día, cariño.

Me agarra por el brazo, Anna va paseando junto a Karel. Nos subimos en los vehículos y vamos al castillo de Hans, donde viven nuestros hijos. ¿Lo quiso así Elsjé? Hans lo quiso vivir así. ¡Hans mismo!

Estuvimos esperando cuatro años, esperando una respuesta, que nos sería dada por los cielos. Y cuando llegó nos encontramos a Hans entre nosotros. Entonces dijo lo que quería y partió, se fue de nosotros por mucho tiempo, como dijo, ¡para empezar a trabajar en él mismo! Ese recado lo recibió René de sus maestros. De sus maestros, de su orden, a la que sirve. Hans se fue, pero dejó todo lo que tenía en manos de René y Elsjé. Aún se oyó:

—Ese día pensaré en ti. Pero trabajaré, ¡te lo prometo!

Ese fue el instante en que pudimos aceptar que Hans estaba libre de desgracias. La terrorífica tortura la tiene a las espaldas. Por medio de René nos hizo saber que regresaría más tarde para que René también describiera sus datos. Aunque René lo sabía mejor que él, aun así el ser humano de la tierra tendría que saber lo que le espera si se quita la vida, poniendo prematuramente fin a ella. Iba a ser un libro por separado.

Entonces dimos exclamaciones de alegría. Nos besamos de felicidad, ¡por nuestro Hans! Le compramos flores por algunos centenares de florines, las

pusimos delante de su retrato, pero cinco mil florines se destinaron a los pobres, más incluso. Mil personas compartirán la felicidad con nosotros, ¡en honor a un alma que ha vencido! Lo que esto fue para Hans te conduce a una tumba gélida que en el fondo ya no lo es. ¡Ahora es un cuarto de tortura para el alma como ser humano! Después, René y Elsje fijaron su matrimonio. Cuatro años de espera, cuatro años de gran felicidad. Todos nuestros pensamientos se centraron en Hans, y ahora sabemos que nos sintió, allí, en esa terrible soledad, su horrorosa miseria. Pero antes de eso vivimos cosas poderosas. Se retomaron las sesiones. René dejó pasar dos meses; después regresaron los sabios y les fueron explicadas las leyes. Erica y Elsje seguían de viaje. Una noche, René le dice a Karel:

—¿Cuándo puedes marchar, Karel?

—¿Marchar? ¿A dónde?

—Vamos a seguirles los pasos a Erica y Elsje.

Diez días después ya estábamos en el tren. Anna, Karel y yo. Íbamos a encontrarnos con las señoras en El Cairo. ¡Y así sucedió! Mohamed, entretanto, se había presentado ante ellas. Karel volvió a recibir una prueba sobrenatural, que no solo estaba en el aire sino que estaba calculada hasta el último detalle, que estaba siendo sentida y vivida a fondo, al menos las cosas que iban a venir: el contacto de René con él y con otras almas de este mundo. Entonces vivíamos todos juntos al pie de la pirámide y la esfinge. Aquí, en el Antiguo Egipto, despertó Marja para su amor. Por el camino se sintió inclinada a seguir viajando hasta Egipto. A Erica le pareció una revelación. René envió los telegramas de que seguiríamos él y nosotros. Mientras tanto, Elsje había abierto su vida para Erica. Dijo literalmente:

—Sabía que si me casaba con Hans, vería a René. Sabía que tenía que enmendar cosas ante Hans, por eso pedí esa paliza, y me la dieron. Aún faltaba que me golpearan un poco. Pero ¡ahora es una bendición! Ojalá Hans pudiera darnos otra palizas de esas, entonces aún estaría con nosotros. ¡Ahora todo ha cambiado! Erica, soy de René. ¿No lo sabías? Yo misma me puse mi nombre. Se me ocurrió así como así, cambié María por completo por Marja. No sabía que me había llegado desde el pasado, pero estaba muy segura. Y cuando vi a René por primera vez supe que era él. Entonces me entregué por Hans, porque ya no quería cometer errores. Hice esa ropa para René y Hans. Una para hacerle ver mi presencia y la otra para abrirle a lo hermoso en la madre. Hans ni lo vio ni lo sintió, pero a mí me dio satisfacción, porque yo lo veía a él, ¿no?

—¿Sabías todo eso? —preguntó Erica.

—Pues, pregúntaselo a René, él también lo sabía. Por cierto: siempre lo vi. Ya de niña, con siete años, dibujaba cómo era. Lo buscaba y no lo encontraba. Pero yo sabía que él existía. Cuando conocí a Hans fue como si una voz

interior me dijera: “Tómalo, suplícale que te tome y entrégate por completo a esta vida, él te llevará a la otra que nació para ti”. Pero ¡Hans no quería! ¡Se tropezó! Hans me amaba como si fuera una hija suya. Pero yo lo era todo para él y al ser eso así, se manifestó su vida anterior. Cuando René empezó con las sesiones, yo ya había visto el final. Hice todo, hablé con Hans, pero no había quien lo ayudara, y ¡no tenemos nada que reprocharnos!

Fuimos paseando todos juntos por la orilla del Nilo. René y Elsje, Erica y Karel, Anna y yo. Lo que esas horas significaron para nosotros no es necesario que lo cuente y tampoco voy a entrar en ese asunto. Me son demasiado sagradas. Vimos que Elsje y René fueron a prepararse para recibir su bendición cósmica. Cuando René sintió que estaban listos, partimos al palacio de Mohamed. Allí es donde recibirían su bendición en el templo. ¡Acudieron muchos sacerdotes! Y entonces vivimos cómo fueron bendecidas dos almas para el espacio. Sucedió al modo en que lo conocieron los templos de Ra, Re e Isis. Estos hijos recibieron allí lo más elevado de lo que puede vivir un ser humano. Mohamed contó que en el Antiguo Egipto, cuando ambos yacían postrados a los pies de la diosa, esto era lo más elevado de todo que dos almas podían recibir de Dios. ¡Esto solo sucedía para el “gran alado”! Este no era el sacerdote más alto de todos, sino que ¡para el templo era el contacto divino! ¡Era el alma que recibía la sabiduría entre la vida y la muerte, y que era aceptada como un dios!

Si un alma de esas, un Alado de esos, hubiera muerto y si el templo ya no estuviera en posesión de este contacto, entonces habrían pasado meses y meses de preparativos. Se añadía entonces el alma a este milagro espiritual —una sacerdotisa— con lo que recibirían una nueva vida. Entonces era cuestión de aguardar. ¿Cuál de los sacerdotes sería quien se entregaría por ese nuevo nacimiento? ¡Nadie lo sabía! Eso lo daría la diosa, como imágenes visionarias, a los siete sumos sacerdotes. Así es como los sumos sacerdotes recibían imágenes visionarias y las pegaban hasta formar un conjunto. En eso no se podían cometer errores. Si una sola imagen no era real, entonces la recepción no valía. Uno, por ejemplo, recibía algo del carácter del sacerdote que había sido llamado como creador para la unión sagrada. Otro llegaba a ver algo sobre la juventud del sacerdote; otros, a su vez, algo del pasado, con lo que tenía que demostrarse quién estaba listo para llevar a cabo la obligación universal, por lo que el templo atraería una nueva vida y recibiría al “gran alado”. Después había una fiesta y preparativos sagrados que a veces podían tomar meses y meses, pero también años, porque no estaba listo ningún sacerdote. Así es como se atraía a un alma inmaculada, para que el templo recibiera sabiduría. Es imposible imaginar lo que era esto para las almas: ni un solo hombre o mujer más en la tierra vivió semejante preparativo para su matrimonio, no pudo vivirlo, ¡para eso no estaba abierta ni un alma! Por

muy casto y santo que seas, el alma no sabe nada de eso. ¡Eso solo era posible en semejante templo! ¡Y esas leyes se les puso a René y Marja, así, sin más, en las manos! Mohamed se encargó del acabado sagrado. De todas partes llegaron sacerdotes y sacerdotisas a estas vidas. René y Elsje vivían aislados de los demás; no llegamos a verlos en cuatro meses. ¡Estaban día y noche bajo control, ¡sus vidas estaban siendo veladas! Iba a nacer Marja. ¡En esos meses Elsje tenía que morir! ¡Y de hecho murió! ¡René recibió ahora como el “gran alado” una nueva vida! Mohamed veía las leyes; una noche regresó a nuestra propia vida y me dijo, de forma pura, lo que Karel, Erica y yo ya sabíamos: cómo habían sido nuestras vidas. Por mucho que Karel lo revisara todo, pero era imposible encontrar fisura alguna.

¡Elsje por fin había muerto! Entonces vivimos una consagración del templo. ‘Dios mío’, pensé, ‘qué pobre es todo donde nosotros cuando ves esos quehaceres orientales y te pones a hacer comparaciones’. ¡Las túnicas que llevaban eran de una belleza desconocida! Elsje estaba muerta y enterrada. René lo describirá todo, yo allí no voy a meter las narices, de cualquier manera no voy a ser capaz de representar sus sentimientos ni los de Marja. Mohamed me dio las gracias por ello y dijo: “Mejor que eso lo haga Rachi-Hadju, ¿no crees, Frederik?”. Y tenía razón; a mí me habría hecho sucumbir.

Cuando los sacerdotes —veintiuno en total— supieron y vieron, cuando hubieron recibido los mensajes desde el universo, que Elsje había muerto, Marja volvió a salir a la luz y la volvimos a ver por primera vez. Karel era una revelación en esos días. A mí me dice:

—Frederik, voy a morirme. Quiero hacer las cosas una vez más. ¡Yo también me voy a encerrar! Es algo tan imponente lo que vivo aquí que podría caerme de rodillas para volver a pedirte perdón por esto y aquello. Hombre, lo que has tenido que sufrir cuando te echamos de casa y te enviamos a la granja para que mejorara tu vida. ¿De verdad que me puedes perdonar?

Ya dije que entonces vimos a Marja. Más hermosa que nunca. ¿Qué clase de cosas habían hecho con esa vida? ¡Era como un ángel! No podía creerme los ojos. ¡Erica y Anna agotaron sus lágrimas! ¡Yo igual! ¡Y Karel! ¡Nos postramos ante ella! ¡Los sacerdotes también! Todos nosotros —muchas personas— estábamos a los pies de René y Marja. La luz, dice Mohamed, para Occidente. ¡Marja es otro ser! ¡A Elsje ya no la conocemos, murió! Es un gran milagro.

Y ahora la bendición. El cielo y la tierra alcanzan la unión. Se revelan el amor cósmico y la sabiduría celestial. Allí están, sobre un trono de felicidad, ¡ciento treinta y cuatro hombres y mujeres están a sus pies! Mohamed lee antiguas fórmulas. La diosa de Isis vive entre nosotros, ¡bendice estas vidas! Estas almas están en la tierra para dar sabiduría a la gente, son el contacto con muchos otros mundos cuyas leyes nosotros ya pudimos recibir. Aspiramos un delicioso aire con aroma de hierbas, que acarician nuestro olfato humano. Se

les lee las leyes del espacio. Aquí no solo han de decir sí y amén, sino también probar de lo que son capaces. René tiene que ser capaz de responder las preguntas que son universales, de lo contrario ¡no sería un “Alado”! Sabemos lo que puede hacer y lo profunda que es su vida. Después siguen los regalos. De Mohamed: un caballo blanco pura sangre; para Marja, otro espléndido animalito de esos de regalo. Perlas y diamantes: todo lo imaginable, para estas vidas se abren los cielos. Y ¡eso a cambio de nada! Pero René tendrá que pagar todo esto con su sangre. ¡Para eso tendrán que entregarlo todo estos dos! ¡Es una película! Nuestra cena fue un milagro tremendo, harían falta cien páginas para contarla entera. Y luego los viajes que hicimos. ¡Ahora conocen a mi sultán! También las damas del harén. Karel dijo mil veces que daría un castillo por que Hans hubiera podido vivir esto. Pero después se tropezaba con Elsje, que ahora se llama Marja y que ha empezado una nueva vida.

Allí nos quedamos tres meses y medio para descansar. Ya solamente la cantidad de dignatarios que conocimos y que se hicieron amigos nuestros es un tesoro para esta vida. Y toda esa gente quiere apoyar a esta humanidad. No son marajás que quieran librar una guerra, ¡son sacerdotes de la antigua tribu! Representan la vida del templo de la diosa Isis. Les fueron explicadas las leyes, naturalmente. René se desveló como Rachi-Hadju y a él correspondieron todos los honores. Una vez más viajamos por todo el universo por medio de nuestro joven maestro, tan viejo por otra parte. Mohamed disfruta ahora. Le hacía preguntas jamás planteadas. Dice textualmente: “Doy un millón de libras por esta vida. Quiero postrarme toda mi vida a los pies de él. Ojalá pudiera comprarlo”, suspira, “¡porque esto es pan celestial!”. E hice una comparación con nuestro pragmático Occidente. Le pregunté:

—Pero ¿no es posible eso desde aquí?

Y respondió:

—No podemos cambiar esas leyes, Oteb. ¡Tenemos que inclinarnos ante la diosa! ¡Es ella quien quiere que Occidente despierte!

Lo que Mohamed quería decir es para él mismo. Allí nos encontramos con gente a la que le hubiera encantado dar sus fortunas por un poco de sabiduría. Pero son ellos quienes hacen las preguntas. Y en un segundo saben si lo eres o no.

Esta vida fue aceptada. ¡A Marja le pusieron la estrella de Oriente en el pecho izquierdo, y luego las “alas”, las grandes alas!

René les obsequió diez noches de una belleza divina. El fuego que le dieron, las preguntas que se hicieron también halagaron sus sentimientos. No tuvo que dudar ni un solo segundo. Esa vida está de inmediato lista para responder. Mohamed me dijo:

—¿No es un milagro, Oteb? ¿No es una gracia divina que se nos conceda poder escuchar esto? Y ¿pensabas, Oteb, que no sabíamos si conoce las leyes?

En solo cinco minutos, con una sola pregunta, ya sabemos lo que puede vivir el alma para nuestra conciencia. ¿Cuántos hubo aquí y sucumbieron? A esa gente le dimos una paliza, la pusimos en la hoguera con nuestras preguntas, y después les dimos un poco de pan y algo de beber para regresar a casa. ¡Esto es! Esto es un “Alado” como no lo habíamos vivido nunca antes, pero sabíamos que regresaría a nosotros.

Es algo que uno mismo tiene que vivir para poder experimentar el poder y lo divino que tiene; de cualquier manera, no es algo para estar contando a los demás, nadie se lo creará.

Estuvimos reunidos en nuestras sesiones hasta la mañana. René regresó a su templo. A Marja le explicó las leyes encima de las ruinas. Nos mostró el lugar donde habíamos vivido. Antiguos idiomas traspasaban sus labios, sin más. ¡A Karel eso le puso pálido! El amor que sentimos y que tenemos por él es ilimitado. ¡Lo que poseemos para estas dos criaturas y que recibimos por medio de Dios roza lo increíble! Karel y Erica cambiaron allí como jamás se lo imaginaron. Ellos también recibieron su nota por buen comportamiento. Entonces viví el momento álgido de mi vida. A Anna y a mí nos ofrecieron obsequios, pero ¡al día siguiente también nosotros nos fundimos unos con otros para la eternidad! Solo ahora Karel y Erica vieron cumplidos su deseo. No puedo escribir ni una palabra sobre eso, ¡mi pluma se niega ahora! ¡Que lo hagan otros después de mi muerte! ¡Quizá yo mismo regrese entonces por un rato! ¡Eso también es posible, según sabemos!

¡Lo más sagrado de todo de cualquier manera nos lo guardamos! Si haces todo por ello, esa santidad también la puedes vivir y recibir en Occidente; solo que uno tiene que estar dispuesto a morir medio centenar de veces por ello, o jamás llegará a tener contacto con tu corazón humano. ¡Fallecimos por ello! ¡Decenas de veces! ¡Queremos morir todos los días por ello! ¡Inclinaremos nuestras cabezas ante todo! Eso nos llevó al despertar, al descenso en otra vida y a sentir por esta el bien. No somos sentimentales, sabemos lo que hacemos, ¡es felicidad sobrenatural!

Y entonces llegó el final de este viaje. Karel y Erica primero querían regresar al esfinge. Hicimos nuestro recorrido por el desierto, todos juntos, Mohamed de guía, algo inolvidable. Estuvimos echados a los pies de la esfinge y oímos la respuesta por la que Karel sucumbió. Estábamos en la habitación de la torre, estábamos en el pasado y en el presente, ¡en cielos sobre la tierra! ¡Y se lo deseábamos a toda la gente, sin excepción!

Cuando llegamos a casa comenzamos con nuestro trabajo. Las sesiones volvieron, René ya empezó con sus libros. Naturalmente, Marja está día y noche entre nosotros, no queremos echarla en falta ni un solo segundo. ¡Me sentía extenuado! He de reconocerlo: esto fue un aviso de que ya no soy quien era hace unos años. Cuando llegamos a casa me tomé un descanso, me obli-

garon a hacerlo. Me siguieron. René vino a verme:

—Mira, Frederik, no vamos a contarnos ninguna cosa nueva, pero ¿sentiste la advertencia? ¿Sabes cuánto tiempo más te podemos tener aquí? Descansa un poco, aunque trabajes día y noche, descansa mientras trabajes, tú sabes cómo —dijo.

Entonces supe que me seguía en todo. Entretanto he comenzado con los libros. Sé cuánto tiempo me queda, esa ciencia no solo la recibí de René, sino también de Mohamed, que podía verla en mi aura. Estaré listo para abandonar esta hermosa vida; ¡esta existencia fue para mí un paraíso! Puedo decir que la gente es capaz de alcanzar la felicidad con lo que aprendí, ¡a mí también me dio todo! Ya sé que podría haber actuado de manera muy diferente, pero puedo estar satisfecho. Y para el cuaderno de bitácora es igual.

He dejado las cosas tal como me hablaron. Claro que podría haber cambiado palabras que sonaran algo duras, pero sabía —y así lo viví— que la materia se representa a sí misma. Allí no es preciso que los seres humanos cambiemos nada, porque te conduce a la inspiración. ¡Va por sí solo! Si al menos eres capaz de abrirte, vives esa santidad y la vida tendrá algo que decirle a tu conciencia. Si las palabras te molestan, mira entonces bien de qué se trata. Es una máscara que nos quiere mostrar cómo actuar. Y a veces esta máscara era falsa; es decir, tenía que haber figurado otra palabra. Lo dejo así, porque también eso lo quiero aprender, y espero asimilar las leyes correspondientes.

He trabajado duro estos cuatro años. La primera y segunda parte están acabadas y ya he avanzado un buen tramo con la tercera. Estuve trabajando día y noche; no tenía otra cosa que hacer. Todos estábamos muy ocupados. Karel, entretanto, ya tiene su propia clínica. Un hospital propio: está al frente de muchas personas, a quienes las encanta trabajar con él. ¡Un obsequio de Mohamed para Karel! ¿Qué te parece? Tendrías que haberlo visto, a nuestro Karel. René ha organizado todo el edificio tal como lo quería papá Karel, pero sin saber nada de eso. Así es como aquí van los sentimientos de ser humano a ser humano. Y entonces sorprendimos a Karel. ¿Un hospital propio? Imagínate, el sueño de su vida. Se puede alojar a casi trescientos enfermos. No llevaba ni diez días vacío cuando la gente vino de los cuatro puntos cardinales. Los enfermos ya no quieren separarse de él, los que andan achacosos no quieren marcharse y ahora eso es posible, pueden quedarse el tiempo que quieran. Karel ha recibido ayuda y puede hacer las cosas a su antojo. René y Marja también le dieron un extra a su padre: como regalo de cumpleaños hubo un hospital de primera para Karel. A la entrada ponía: “Para Karel, ¡de Nuestro Señor!”. ¡Tendrías que haberlo visto!

Mohamed estaba orgulloso de poder regalárselo. Un gran honor para esa alma. Karel lloraba, es que nos superaba, realmente, ¡estábamos desbordados de felicidad!

¡René trabaja duro! Las sesiones con los astrólogos, con los psicólogos y médicos, no han podido vaciarlo. Y recibió la palabra buena, y única, como reconocimiento. Él es un milagro espiritual, según tuvieron que aceptar todos. Pero René y yo sabemos demasiado bien que no podemos poner sus facultades patas arriba, ¡eso vendrá más tarde! Sin embargo, ¡lo que ellos dicen al respecto es una ganancia! No pueden con ello. Naturalmente, René tiene que demostrar a la ciencia que tiene razón. A pesar de eso, los eruditos dijeron: “No lo sabemos... Esto es increíble, esto es sobrenatural, ¡para todos esos sistemas hay que darle el título de médico!”. Lo machacaron con tanta dureza que pensé: ‘Hombre, a ver si hablas de algo de lo que sabes’. Pero se fue con los sabios de grado en grado, no solo por el espacio hasta en el Omnigrado, sino que ¡regresó desde allí hasta el ser humano y aclaró las leyes para la vida espiritual y material! Él mismo va a describir todas esas sesiones, no hace falta que lo haga yo; yo no haría más que disminuir la violencia que contiene. Lo que le dieron ya es suficiente, porque cada sesión habla por sí misma.

También le satisfizo una exposición de sus obras de arte. ¡Recibió bonitas críticas! Pintó un Cristo. Ahora ya no se puede decir que haya errado el tiro, ¡ahora es una pieza de arte que cuelga en la casa de ellos, donde descansan, y donde experimentan la seriedad para el espacio! También representó a Cristo paseando con sus apóstoles, y el retrato de Marja se ha convertido en un milagro. La pequeña cruz le pende ahora del cuello. Sabemos lo que esto significa para ambos. Ya no dejo constancia de esas cosas, porque ¡ya no hace falta! ¡La ley habla por sí misma! Y a eso se añade que en estos cuatro años he tenido tiempo para reflexionar. En el cuaderno de bitácora escribí algo para cada uno. Empecé con Karel, para que tengan algo mío cuando yo ya no esté aquí. Dice:

“Sí, Karel, aunque tú y yo nos hablemos a diario, jamás te dije lo que me pareces, aunque encontrarás mucho en el cuaderno de bitácora. Aquí hay muchas cosas que te pertenecen. Si cometí errores, te pido perdón, no soy un maestro. Hice lo que pude, porque sentía que podría servir a otros para aprender, no di más que eso. Más bien destaqué las cosas malas y no las buenas, porque las primeras nos sirven de aprendizaje, lo demás no conforma más que un vacío pedestal, que ¡ahora de todas formas no quieres!

Cuando vuelvo a pensar en nuestro viajecito a los fiordos tengo que sonreír. Yo te hacía gracia, tú a mí me parecías un verdadero fanfarrón. Erica me atraía, ¡el porqué lo sabemos ahora! No eras tú, porque aún no estaba aquella conciencia. No voy a poner paños calientes, ya te conoces ahora, tú sabes lo que es y lo que llegó a tu vida. Eras un alborotador, no muy diferente del pajarraco que llegamos a conocer más tarde, aunque tu carácter tenía otros rasgos que hacían posible descender en ti; si no me habría largado. Pero qué tiempo tan hermoso fue, hay tantas cosas que se pueden decir al respecto,

pero no voy a entrar en ellas. He dejado que hablen los hechos, lo sobrenatural. Ya se han escrito tantas novelas, esto no tiene que convertirse en otra; tu vida, no obstante, ha hablado a todos.

Más adelante, Karel, te conocerán todos. Pero no mencioné el número de tu casa, ni yo lo conozco. Pero ¡todo está bien! Está muy bien; mejor, imposible. En el fondo ya no tengo nada, ¡la vida se me hace tan hermosa, estuve tan bien, a pesar de todo eras un amigo tan bueno para mí! ¡Cuántas cosas se me concedió aprender, Karel! Aprendí un montón de cosas justamente por las cosas y tus acequias. Vi cómo fuiste cambiando. Una cosa: dile a quien quiera oírlo que cuando la personalidad se inclina, se te abre todo este poderoso universo. Entonces puedes seguir avanzando siempre. Esas leyes las aprendimos por medio de nuestro chico. Inclinar la cabeza ante el derecho: eso sí que te reconduce a Dios. ¡Es algo que nadie puede eludir! Y hemos visto —¿no es así, Karel?— que de hecho así es. ¡Hombre! ¡Qué hermoso te has hecho! ¡Qué vida tan maravillosa eres ahora! ¡Cómo te quiero, Karel! Y luego saber que más adelante iremos de la mano para conocer el universo con los maestros, ¿verdad? ¿Puedes creerte que ya deseo poder ir? ¿Que es egoísta? De verdad, ya me veo en el espacio. En la luna, los planetas: en todas partes estoy ahora en casa. Y una vez más sabemos que esto no son palabrerías. Lo primero que haré allí será, naturalmente, visitar a Hans, pero quizá sea él quien venga a buscarnos a nosotros. ¡Ahora mismo ya te podría decir quién de nosotros dos partirá primero, Karel! ¿Quieres saberlo? ¡Seré yo! En el fondo ya estoy sintiendo cómo voy soltándome de todo en este mundo. Beso cada paso donde he caminado. Luego iré a despedirme de todo. No lo notarás, pero lo haré, porque ya no no regresaré aquí como ser humano material. ¿Sabes, Karel, lo que pone en la carta de René? Que leerás los libros cuando yo haya partido, porque también esto hay que incorporarlo todavía. Y no vas a ponerle una chaqueta de terciopelo a un nonato, aunque sea uno de la raza más elevada (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es); con eso se espera hasta que haya pasado todo. ¿Cierto o no? ¡Yo soy el primero de todos, Karel!

El resto, más adelante, ¿lo oyes? ¡El resto, más tarde, después de mi partida!

Erica, fuiste un tesoro conmigo. ¡Amo tu vida! ¡Te quiero! ¡He llegado a amarte tanto! ¡No hay más! Todo parece tan nimio si ahora quiero decir otra cosa. Repaso todo, todo. Pero me niego a escribir. Soy incapaz de desplazar la mano, señal de que está bien. ¡Déjalo así! Ya sabes. He crecido en tu corazón. ¡Vivo en tu corazón! No solo eres mi madre, también eres mi hermana. ¡Yo lo soy todo para ti, y tú, todo para mí! ¡Más que eso incluso! ¡Es espacial! Volveré a verte allí. Creo que también allí viviremos juntos. Lo que siempre se malogró entre la gente cuando iban a vivir juntos se hizo para nosotros un paraíso. Y ¿eso ahora para el mundo? ¡Erica, era tan milagroso! En todo ese tiempo no te vi ni te sentí, y aun así estábamos el uno cerca del otro. A

veces no te veía en meses, pero estabas conmigo en la mesa, estábamos cara a cara. ¿No es universal? La gente aún no sabe cómo hay que hacer las cosas. Rajan la vida del otro y la dejan hecha jirones. Nosotros lo mantuvimos en orden, no hubo arrugas. ¿No fue algo maravilloso? ¡Así es como tiene que ser! Si sientes algo por el otro y si das un poco de amor, otro ser humano será lo más elevado que puedas vivir en este mundo. ¿Qué poder tiene la amistad? Y después ¿todo ese amor tan hermoso que recibes a cambio? Pero ¡hay que fijarse en la letra pequeña! Un solo pensamiento erróneo ya te arroja fuera de esa otra vida, y entonces te encuentras ante las migajas de tu propio carácter insignificante.

¡Esto va a ser con la humanidad entera! ¡Así será! ¡Así sucederá entonces! ¿Me crees? De modo que sí, aún me quedaba algo por decir. Luego todo lo demás.

¿Anna? Solo ahora puedo decirte lo que fuiste para mí. Pero escribiré otra cartita para ti sola. Aquí vienen solo unos pocos pensamientos. ¿Te das cuenta ahora? ¿Te das cuenta? Te veo sentada junto a la corriente..., el tramo que tanto nos gusta, ¡donde celebramos la luna de miel para después de esto! Te veo paseando, te veo ir, veo y oigo como piensas. ¡Eres tú! ¡Tú eres mi final divino! ¡Todo! ¡Sin ti me quedo alicaído! Oh, qué viajeros y trotamundos vamos a ser. Allí se nos explicarán millones de leyes. Pero yo soy el primero al que se le concede partir. Me encargaré de que nuestra casa allí esté en orden. Tú aún tienes unos años para prepararte para tu gran viaje. ¡Años de preparación, belleza egipcia mía! Pero ¡llegarás! Sabes lo que quieres. Y allí nos prepararemos juntos para ir al cuarto espacio cósmico, donde por turnos seremos padre y madre. ¿No es milagroso?

Entonces te recibiré como jamás fuiste recibida. Y eso lo sabremos entonces conscientemente, porque siempre seremos más espaciales, allí ya no hay sueño ni enfermedades ni miedo. Esas leyes nos las explicó René. En ese espacio de allí planeamos como seres humanos materiales. Lo que aquí en la tierra es capaz de hacer un sacerdote, allí los ángeles lo saben hacer mejor y con más perfección. Los tibetanos ya están levitando. Eso lo vi con mis propios ojos. ¡Te podría contar todavía tantas cosas de mi propia vida! ¡Aprendí tanto en Oriente! Anna, presencié cómo un sacerdote se desplazó miles de millas en solo una hora. ¿Te parecen tonterías? ¡Tú sabes muy bien que no hago bromas con nuestros asuntos sagrados! Pude comprobarlo con mis propios amigos. Para saberlo le di mil dólares a ese hombre. En el fondo era una apuesta, pero la perdí. Y luego pensar que algún día seremos seres humanos en una materia más etérea, ¿cómo seremos entonces? ¿Cómo viviremos y amaremos entonces? No quiero ni pensarlo, porque la felicidad sería desgarradora. Pero eso es lo que nos espera, y a cualquiera que empiece con ello.

¿Qué nos enseñaron las últimas sesiones? Recibimos alas, conciencia divi-

na. Volamos de un planeta a otro. Podemos regresar al comienzo absoluto de las creaciones divinas. Y ¿eso como seres humanos? ¡Sí! Pero, Anna, mi reina de este espacio, ¡siente, por favor, lo que nos espera!

En las esferas de luz nos prepararemos para alcanzar ese grado consciente. Seremos uno con todas las leyes del espacio. Sabemos cómo despertaremos y cómo podremos experimentar todo lo que vive. ¿No es así, Anna? Penetramos hasta todos los grados vitales, nada nos detiene, nada, ¡porque somos dioses! Hemos vencido toda la miseria del mundo material. ¡Vivimos sin distinción para la chispa divina! Esto es para lo que Cristo vino a la tierra. Anna, ¿no lo ves paseando a “Él”? ¡Yo a Él lo veo cada segundo! A cada segundo Él me indica el camino, Dios mismo viene a mí y dice: Frederik, aquí hay todavía unas cartas, ¿me las repartes un momento? ¿La gente se cree esto? Algún día estarán encima. ¡Ahora todavía lo pisotean a Él, luego lo conocerán, pero entonces Él no estará en un árbol para reírse de ellos, vive en el Universo, también en el insecto más pequeño..., en todo, si tan solo miras detrás de esa máscara!

Vamos a regiones más elevadas, mundos para el bien, ¡porque se nos concedió vencer lo erróneo! ¿Ves nuestro castillo allá, Anna? ¿Ves las violetas, las margaritas y los lirios del valle? ¿Todas esas preciosas flores de tu corazón? ¿Sientes que de corazón a corazón somos uno? ¿Sientes también lo profunda que es la vida?

Tienes derecho a saberlo todo de mí. En el pasado estuve casado, Anna..., pero me engañaron horriblemente. Así que yo ya recibí mi ración de preocupaciones y golpes. Esa mujer me dio tres hijos, Anna. Pero el cólera me quitó esa vida. Y más tarde oí que también ella tuvo su escarmiento, pero que inclinó la cabeza. ¡Entonces lo vio como un castigo! A mí ya no me engañan. Los hijos le abrieron los ojos. Entonces hubiera deseado regresar a mí de rodillas, pero aquella a quien yo tenía que enmendar cosas había muerto en mi vida. ¡Directamente desde el corazón y entonces una muerte así es universal! ¡Los últimos pensamientos de todos mueren! Tenía yo dos niñas y un niño. Tendrías que haberlos visto. Pero incluyo los pequeños retratos en la carta que te dejo. A ella también la conocerás. Y otra cosa más:

Karel ya puede saber que fui médico. Era pediatra, Anna. Todo lo de los niños me interesaba, pero de repente me harté porque ya no podía procesar esa injusticia. Pero completé mis estudios en Viena. De verdad que no era un papanatas en mi oficio. También me dedicaba a la psicología, Anna. También en eso alcancé mi grado universitario. Toda esa sabiduría la tiré por la borda. Ya ni siquiera quería oír ni una palabra docta. Me ponía malo. Me puse a hablar como un palurdo, así es como aprendí un sinfín de dialectos. Pero todos esos años estuve jugando al gato y al ratón con Karel. ¡Se lo puedes contar! Eso será entonces un regalito aparte para su vida y personalidad. ¿Te

parece extraño que eso siempre me lo callé? Ahora tenía toda la fuerza, Anna. Ya lo viste. Ahora podía hacerle frente a diez sabios. Quien piense que es algo ya ha perdido sus fuerzas. Si piensas que sabes algo ¡no sabes nada! Así es como traté a todos esos señores. Cuando Erica tuvo sus primeros fenómenos, pensé: 'Frederik, ahora vas a ver!'. Di gracias a Dios por que se me enviara por el camino de ella, cuyas leyes se nos concedió conocer todas.

Ves, Anna, en la jungla se me concedió ofrecer la luz vital a miles de negritos. Sentía compasión por todas esas madrecitas de allí. Entonces se me concedió conocer a Dios, aunque no comprendiera las leyes. Todos estos años me hice el necio, pero entonces aprendí. He seguido siendo niño, las grandes personas lo dejan todo hecho trizas, como tú misma pudiste ver. ¡De modo que estaba un poco preparado! Todas esas tesis las asimilé, viví, también las completé. Cuando vi lo que me aportaría, que tendría que aceptar todo ese engaño, también de mi mujer, sucumbí. Tardé años en volver a encontrarme. Entonces me hacía el mensajero, Anna, y por el camino cuidaba los hijitos de mucha gente. Allí donde se precisaba mi ayuda lo daba todo de mí mismo, ya no quería recibir dinero a cambio. Jamás dejé sin responder ni una sola pregunta, jamás un ser humano me estuvo esperando en vano, pero ¡ya no dejaba que me engañaran! ¡Eso es lo que aprendí! Y cuando vi lo que aun podía hacer por muchos, ¡empecé a pensar para esa masa! Ahora sé, sabes tú, que ¡así tenía que ser! ¡Es nuestra vida!

Estuve viajando veinte años. En el fondo viví todos los pueblos. Cada nacionalidad me invitó a tomar el té. Fui amigo de soberanos y pobres, eso, por cierto, lo sabes desde hace mucho. Vi que había suficientes sabios en este mundo, ¡para mí se trataba de una elevada posesión! No te pareceré demasiado débil, ¿verdad?, que por eso haya abandonado mi trabajito, porque sé que así tenía que ser, ¿no? Se me concedió ayudar a miles de personas, Anna, a diestro y siniestro se acercaban a mi vida. Y siempre lo convertía en algo hermoso que me hacía avanzar por este camino. Vi que estaba bien lo que hacía.

Ya de niño conocí la vida y la muerte, pero entonces la muerte me dijo que ella era la vida. Aún no la entendía, pero desde ese instante he ido caminando en su dirección. Solo ahora, desde hace unos años, ¡sentí que caería su máscara! Y ¿cómo cayó su máscara? Aunque yo no fuera un genio en mi oficio, sí que vi nacer la vida tal como Dios la creó. Karel seguramente que se quedará sorprendido, pero eso me hizo ser fuerte, ¡yo sabía!

¡Esos golpes fueron certeros! A fin de cuentas, siempre podía encajarlos. Para mí de lo que se trataba era ver sus pequeñas personalidades. Aprendí la sencillez, ¡en todo! Quizá fui demasiado sencillo, pero entonces no podría podido abrir esos corazones. Si Karel hubiera sabido que yo era médico jamás lo habría recibido, jamás podría haberlo abierto. ¿Tú también lo sientes ahora así? Y ¿tú, Karel? ¿Te habría alcanzado si hubieras sabido lo que sabía yo y

lo que vivía en mí? Nos habríamos amargado nuestras vidas. ¡Me incliné ante ti! Te esquivaba, siempre decía yo: “¡Te cedo el honor!”. ¡Tú siempre eras el primero, pero te seguía como mejor podía! Pero en todo te precedía. La ciencia es poder, pero si eso hace que te pierdas, eres más pobre que una rata bajo tierra. ¿No es así?

Nuestras vidas decidieron, las leyes del karma me obligaron a abandonar la jungla. Ahora he conseguido más, infinitamente más, porque aprendí a pensar. ¡Aprendí como precisamente no tenía que ser! Ahora, en el fondo, lo sabes todo de mí. Yo sé de dónde viniste tú. También sé cómo viviste tus golpes, aunque todavía no haya oído ni una sola palabra al respecto, ¡lo sé! Ya lo ves, también en esto somos exactamente iguales: callamos, nos guardamos las cosas para el momento en que puedan nacer. Ahora es poder, posesión, antes nos habría atravesado la cabeza volando, entrando por un oído y saliendo por el otro, sin que lo hubiéramos meditado. Ahora es un golpe para Karel: si yo hubiera puesto las cartas encima de la mesa, me habría convertido en un sujeto perdido y él se habría limpiado los pies conmigo. Si le hubiera contado todo de esto, no me habría aceptado jamás. Ahora se ha convertido en una fuente de la que nos nutrimos todos. Ahora es ciencia, espacio, amor, felicidad, hice algo con eso por los demás, pero en el instante adecuado.

Me propuse enterrar esa sabiduría y lo he conseguido enteramente. Ves, así es como comprendí a René. Cuando me quedé vacío, cuando ya no era nada, se me abalanzaron las verdades universales y me despertaron. Abandoné mi trono y descendí a la nada, pero a cambio ¡recibí tesoros! No quiero decir que cualquiera tenga que actuar así, ya sentirás que sería un sinsentido. Cada vida es diferente. Pero algún día darás ese honor a los demás e irás cuesta abajo, de regreso a los países más bajos, pero ¡donde te hablarán Dios y Sus creaciones!

Y entonces fui recibiendo una felicidad tras otra. Materialmente me había ido muy bien, porque lo tenía todo; heredé de papá y mamá muchas propiedades, con las que supe qué hacer. Cuando haya partido sabrás cómo actuar con ellas. En primer lugar, harás imprimir miles de libros de “Las máscaras y los seres humanos”, y los repartirás entre la gente. Será un trocito de nueva vida. Y quien quiera ayudar podrá repartirlos igual que nosotros, la gente aprenderá a pensar con ellos, a inclinarse, recibirán amor y sentimientos por medio de nuestras vidas. Este es mi regalo para millones de almas de este mundo. Eso lo sabe René, ese fue el honor que recibí. ¿No te sientes feliz, Anna, que no convertí tu vida en un circo? Qué fácil habría sido que hubiéramos despilfarrado nuestra felicidad. Porque lo sabes todo, ¿no? ¿No vivía debajo y dentro de tu corazón? Así lo vemos: los cielos han despertado en nuestra vida. Si esta la haces material, también estarás en la materia y habrás de aceptar esos sentimientos. Porque no era yo un santurrón, ningún santo, y ¡aun así recibí tantas cosas! No quiero que llegues a verme jamás

como un hombre bueno, ¡porque tengo defectos! ¡Todavía tengo tantas cosas que cambiar en mí, Anna! ¡Y haré todo lo posible para darte eso! ¡Estoy trabajando en mí mismo!

¡Te doy las gracias desde el fondo de mi corazón por las revelaciones que me diste! ¡Te vi y al instante te conocí! ¡Ahora sí que todo está bien! No hemos concedido espacio a ni un solo pensamiento erróneo y ¡así tiene que ser! ¡Vivo en ti! ¡Vivo debajo de tu corazón y allí me quedo! ¡El resto ya vendrá!”.

Cuando más o menos hube arreglado todos esos asuntos, pude entregarme del todo al cuaderno de bitácora y en esos años viví una felicidad desconocida. Hasta que llegó el momento en que René me contó que Hans estaba libre y que podían empezar a pensar en su matrimonio. Que se abriera a Dicksma es debido a que quiere conciliar su vida con la felicidad terrenal, para que también más tarde la gente vea que no hay que tirar por la borda todo lo que Dios y los ángeles trajeron a la tierra. Dicksma lo comprendió a él muy bien y consideró que este matrimonio era el primer enlace verdadero que había bendecido. Estas dos almas saben lo que les espera. Y René sabía que Elsje no podía dar a luz a niños por la otra vida. Pero si hubiera habido cinco o diez hijos, entonces aun así Marja se habría revelado a su vida, porque ¡las leyes universales llevaron estas vidas al altar secular! ¡Y también ahora hubo comprensión y felicidad!

Así vemos: ¡lo que ya no puede ser tampoco ya es posible! Pero, de todas formas, ¡René sabe que atraerá almas! ¡Marja también lo sabe! ¿No es un milagro? ¡Ese honor será de ellos! ¡Esas leyes las pueden vivir ellos! Hans no, ¡no era capaz! Tenía que vivir otras leyes, ¡primero a sí mismo! Lo que esos dos atraerán está libre de tinieblas. Las vidas que nacerán por medio de estas almas se encuentran en la riqueza divina, ¡llegarán a tener que aceptar una tarea que, naturalmente, estará sintonizada con este desarrollo! ¡Y así continúa esa orden! ¡Esa orden trae concienciación! ¡También la Casa de Israel empezó con ello! ¡Este es un siglo nuevo! ¡La concienciación más elevada para todos los niños de este mundo! ¡El comienzo del reino de Dios! ¡Eso es!

René quería que conectaran sus vidas a las de otros. Y ahora ya hemos vivido la gran suerte de que un sinnúmero de pastores estén abiertos a las leyes y digan sin tapujos que la Biblia tiene que ser reescrita. Ya saben que el Antiguo Testamento comienza con una mentira, que cuenta majaderías. También saben que esos autores de la Biblia estaban ante una increíble tarea y que no eran capaces de ver más allá de sus narices respecto a este sistema solar. No hay que empezar a insultar a esa gente, aunque tengan que aceptar, igual que nosotros, sus errores. ¡Algún día regresarán para corregir esos errores! Y solo entonces recibiremos una vida nueva y consciente en la tierra. Ya lo ves: cuando la gente se sabe todo de la iglesia, se salen. ¡No creen en un Dios que odie, que libre guerras, que sea injusto! ¡Es imposible! ¡Y así sigue avanzando

la ciencia a trompicones! Jamás llega a un verdadero poder sobre la humanidad, porque hay agujeros que nadie puede tapar. Y ¡aun así ha de suceder! René ya está recibiendo ayuda de todo esos pastores, y eso es algo enorme, todos se muestran abiertos a él. Ya dan la cara, ya no se andan con rodeos. Ya no son capaces de dejarse escapar ni una palabra como si estuvieran jugando, se asfixian en ella, porque ¡saben que no es la verdad! ¡Saben que de ese modo empequeñecen y mancillan a su Dios! ¡Ves! ¡Esos pastores ya existen! ¡Y uno de ellos es Dicksma! ¡Es un tipo magnífico!

Ya está pasando malos tragos, ya tiene que librar sus combates, pero su sentimiento dice: “¡Así es!”. Y ¿no es para alegrarse? El doctor Lent ya está dando conferencias sobre las leyes universales. ¡Él mira detrás de la demencia! E innumerables sabios se preguntan de dónde le vienen ese ruido, cómo ha adquirido sus conocimientos, de tan claro que es todo. Los velos del espacio vienen cayéndose ahora por Freud y otros. ¡Las máscaras ya no significan nada, miran detrás! Qué bueno, ¿verdad? Así es como adquirimos nueva conciencia. Ha comenzado una nueva vida, ¡este “siglo” trae el despertar de cada alma!

Y ahora estoy aquí, pensando. La fiesta es impresionante. Karel invitó innumerables sabios para experimentar esa santidad. Todos hablan sobre Hans y han llegado a quererlo. Es otra manera de ser que la de años atrás. ¡Los Ten Hove también están! Como Van Stein, aunque él y Van Hoogten, igual que Ten Hove, tuvieron que despedirse de las sesiones. ¡Karel les desea la vida! “Yo mismo vi y aprendí”, dice Karel, “lo difícil que es llegar a comprenderte a ti mismo”. No es culpa de ellos, ¡les daremos otra oportunidad más para convertirse en seres humanos! ¡Tippy no es así! La veo hablando allí con Erica. Marja acaba de llegar y escucha a las mujeres. Es una bonita pareja. Tippy tiene otro aspecto, porque en sus ojos ha entrado un poco de vejez. Y él, el gordinflón, se ha hecho un poco más jovial, ya no es tan fanfarrón. Creo que estoy empezando a pensar de otra manera sobre esas almas. Por cierto, se me está acercando Ten Hove.

—¿Qué, Frederik? ¿Eres feliz?

—Lo soy, amigo mío. ¿Tú?

—Sí, Frederik, voy a serlo. Estoy haciéndome un poco más pequeño, algo más infantil, tú ya me entiendes. Me había ido muy lejos, ¿verdad?

—¡Felicidades, Joke...! ¡Suerte! ¡Lo digo en serio! Saludos también a Tippy.

—¿Ya te lo contó Karel?

—¿Qué?

—Voy a ir a su casa. Voy a conectarme con su casa, vamos a entablillar todo junto. ¡Creo que es eso! ¡Ahora sí que puedes captar bastante más! ¡Tenemos que ser uno, tenemos que hacer todo lo posible por los enfermos, todos unidos somos más fuertes que nadie! ¿No es cierto, Frederik?

—Felicidades, Joke. Verdaderamente, Karel lo sabe.

—¿Puedes perdonarme mi alboroto, Frederik?

—Felicidades, Joke. Verdaderamente, te has hecho otra persona. ¿Aún sigues pensando en ropa de noche? ¿Te gusta dar saltitos en la pista de baile, Joke?

—Hombre, no me lo recuerdes. Estoy en vías de matar ese milagro. Piso-teaba a mis enfermos. Unas semanas más y podría haberme ido a una fábrica. Creo, Frederik, que el tiempo apremia. ¿No es Karel un hacha?

—He de felicitarte en todo, Joke. Mira, allí está Tippy. Hola, cariño.

—Hola, Frederik. ¿Me permites darte las gracias por todo? ¿Quieres aceptar mi agradecimiento?

—Te comprendo, cariño. ¡Me siento tan feliz! Mira, allí también está Van Stein.

—¡Hola, Frederik!

—Qué tal, buen hombre. ¿Cómo estás?

—Pues, Frederik, ¿ya lo oíste? Yo también me apunto. Vamos a levantar un solo gran municipio, una sola ciudad, solo para nuestros enfermos. Madre mía, lo bien que van a estar. Frederik, espero que esto lo llegues a vivir. ¡Me siento tan feliz! ¡Qué burro que fui! ¡Karel es un milagro! (—dice).

Y allí también está Van Hoogten.

—Vaya, Evert..., felicidades, ya me enteré. Cielos, qué avance. Unión entre los sabios. Todo junto, desde una sola mano hacia la perfección. ¡Qué agradecido les (os) estará Dios! Y ¡qué bendición para los enfermos y esta humanidad! Chicos, diez botellas de champán, invito yo (—dice).

Bebemos, ¡y cómo! Nunca antes participé de esa manera. Después de la imponente cena estamos sentados juntos, con las mujeres a nuestro alrededor. Karel desvela sus planes. Dinero no falta. ¡Hay millones! Caballeros, muchachos, vamos a comenzar otra vida. ¡Vamos a servir! ¡Ahora sí que vamos a vivir la verdad! Éramos bandidos, los buenos estaban fuera de juego. ¡Yo era un bandido, un veterinario para seres humanos! ¡Todavía me avergüenzo! Si esta sociedad es incapaz, porque siempre hay peleas, ¡lo haremos nosotros! Todas esas poderosas ideas se estrellaron contra los intereses propios. Primero yo, ¡eso se acabó! Primero los enfermos. Ya lo sé: así es como continúa Karel, sobran las instituciones en el mundo que van por delante de nosotros, pero ¡aquí aún no ha llegado! Uno en todo, pero consciente en vida para los enfermos. ¡Ya hay cuatro psicólogos, tres psiquiatras, siete médicos internistas, tres cirujanos, siete ginecólogos! ¿No te dice nada eso? Incorporamos la clínica de Hans. Hans va a disfrutar de su trabajo. ¡Muchachos! ¡Por la salud de todos los futuros enfermos! ¡Viva el amor! ¡Va estupendo así, más hermoso era imposible!

Esto son seres humanos, pensé, cuando todo volvió a ser cosa del pasado y

dejamos solos a esos dos venturosos. No era preciso que hicieran un viaje de novios; sabemos que se desdoblaron espiritualmente de sus cuerpos y que ahora van rumbo al espacio. René me dijo:

—¡Iremos juntos a la luna, Frederik! Así de lejos se me concedió llegar. ¿Qué te parece? ¡Y allí celebraremos nuestro ser uno, uno con las leyes de Dios, tenemos las “grandes alas”!

Cuando me dormí y sintonicé brevemente con esas vidas, vi que partían: ¡Regresan directamente a Dios! Veo esas túnicas. René calza pequeñas sandalias en las que ves el universo. ¡Las de Marja son de un azul celeste! Van tomados de la mano, nuestros hijos. Ahora se disuelven ante mí. Aún no he llegado hasta el punto en que pueda seguirlos, pero eso ya vendrá. Pero una vez dormido yo también sentí el deseo de mirar un poco más allá de las fuerzas y el sentimiento que albergo. ¡Contaba más o menos con algo de... “gracia”! Para eso uno es ser humano, ese deseo siempre está presente en nuestra vida. Quien diga que no es así miente a conciencia y volvemos a estar ante una máscara de materia basta, con la que ya no quiero tener que ver nada. Exclamé a los demás:

—¿Anna? ¿Recibiremos también nosotros una pequeña excursión? Desde luego, veo que Karel y Erica también se están preparando para salir al escenario del Teatro Divino, para besar “SU” firmamento y depositar a “SUS” pies... la posesión humana adquirida. Pero creo que esta cosa desconocida es algo que René nos da. Oh, cielos... ¡he logrado salir! Anna, estoy fuera, estoy fuera de mi castillo y vivo, ahora veo de forma consciente en la “inmaculada claridad”. ¿Ves cómo brillo?

Anna abre los ojos, pregunta:

—¿Dónde estamos ahora, Frederik? Mi Oteb, ¿dónde estamos?

—Estamos en la “luz” de todas las luces, cariño mío. Ahora vamos a la pradera de Nuestro Señor, pero tenemos que tener cuidado. Mira, allí también está Karel. Mira, ¡Erica se libera! ¿Ves tus hermosas sandalias pequeñas? ¿Ves lo poderosa que es tu túnica, ángel mío? Aquí también portamos la naturaleza en la que vivimos, nuestros pies reciben cuidados espirituales. ¡Estas son nuestras pequeñas sandalias! ¡Estas mismas! Qué milagrosa eres, Anna. Oh..., cómo podremos procesar esta cosa tan poderosa. Pero ¡habrá que hacerlo!

Karel, Erica, vamos, les (os) precederé a la pradera divina, verán su (veréis vuestro) árbol de la vida. Ahora están (estáis) en flor... todos sus (vuestros) rasgos de carácter están en flor, hijos míos. Iremos hasta donde se me concedió ver por primera vez a René.

Planeamos tomados de la mano, abandonamos nuestro castillo material. ¡Sabemos que vivimos, somos conscientes! Estamos remachados unos con otros. ¡Cuatro manos fundidas, felices como niños, no hay ciencia! Y ¡sin

embargo? ¿No es esto lo definitivo para todo lo “SUYO” que vive? ¿El gran deseo? ¿Son cuatro personas, auténticas, de carne y hueso... hijos de un solo Padre! ¿Sabemos! También sabemos dónde está René con su milagro universal. Habla a nuestras vidas:

—Así está bien, Karel, Erica, Anna y Frederik! Este es el regalo de Nuestro Señor. Continúen (continuad), ¡seguiremos estando despiertos! —dice.

¡Estamos en la “pradera”! Es el lugar donde se prepara el alma humana para acceder a las esferas de luz, pero donde ves tu propio “árbol de la vida” tal como de verdad eres, ¡aquí estás ante el altar divino! Vemos ahora millones de árboles, son seres humanos... hijos de Él, que vela por nosotros. ¡Ve por las flores cuánto has avanzado y cómo amamos los seres humanos “SU” vida! Y ¿cómo iba a ser si no? Caminamos por un paraíso, pero hay otros más de los que asimilaremos las leyes y además el amor. ¿Sabemos ante lo que estamos! ¿Ahora somos omniscientes en este espacio que es nuestro, vivimos para ello, portamos, comprendimos, hemos llegado a serlo! Vemos ahora que... ¡así lo quiso Dios! ¡Esto es lo que creó para nosotros, los seres humanos! Aquí recibí mi primer beso espiritual. Karel y Erica también. ¡Anna vive en mi corazón! ¡Nos hemos hecho unidades eternas, somos luminosos y nuestra felicidad es imponente! ¿Y eso por nuestro René? ¡Sí, sí... es una revelación!

Vivimos aquí, caminos por nuestra propia felicidad adquirida, todo este espacio es amor inmaculado y lo absorbemos a fondo. Vivimos en una sintonización vital propia, merecida, según sabemos, ¡debido a que lo que hicimos fue inclinar la cabeza ante “SUS” leyes! ¡Ahora ya no tenemos máscaras, todos nuestros pensamientos y sentimientos según las leyes materiales son conscientes, lo comprendemos todo! La muerte se ríe..., posee una túnica de una belleza poderosa..., dice...: “Fui lanzando nomeolvides, lirios del valle y margaritas... porque sus (vuestrós) rasgos de carácter quieren poseer una representación celestial. Ahora absolutamente todo está bien... ahora sí que somos uno para la eternidad. Exacto..., y ¿eso por mí? ¡Ahora sí que es posible pensar! Soy sentimiento, luz, vida... pero ante todo... ¡amor! ¡Amor! ¡Amor!”.

¡Hay que ver qué muerte! Tengo ahora veintitrés años y los demás aun así son algo mayores que yo... ¡solo Anna ha alcanzado mi juventud...! Karel parece tener treinta y seis años, Erica algo más, pienso que tan solo unos minutos más, pero lo ves por su figura; es posible determinarlo sin ningún género de duda por su increíblemente hermosa irradiación.

Ya lo sabemos, el “alma humana” permanece joven y es eterna, y a medida que las floraciones representan el espacio te encuentras ahora de forma consciente en la primavera divina ante ti mismo y ante quienes te pertenecen. ¿Sientes como te arde en los labios un beso de esos? Vamos, dime ahora que ese amor loco no lo quieres vivir. ¡No lo creo! ¡Cualquier ser humano espera vivir alguna vez la “inmaculada claridad” y poder conocer todo al respecto!

Nos conocemos y sabemos dónde hemos vivido para esta conciencia. ¿Lo sientes ahora? ¡No hay vejez en este mundo, ser joven es tenerlo todo! Nos pertenecemos, o si no uno tras otro tendría que haber aceptado que esta gracia no está reservada para la vida de ahora. De lo contrario no habríamos llegado tan lejos. Y cada madre, cada hombre —no hay niños en la creación divina, el alma tiene, según vemos ahora, millones de años de antigüedad— ¡puede recibir esta imponente felicidad! ¡Nos inclinamos ante todo!

Entonces llegaron volando cuatro palomas de la paz con ramas de olivo en los picos, que depositaron este señal divina en nuestras manos; nos arrodillamos. ¡Estábamos tocados por el Dios de todo lo que vive! ¡Es un beso! Acaricié Su mensaje, di las gracias, y además lloré como un niño feliz. ¡Karel también! ¡Y Erica! ¡Y Anna! ¡Éramos nosotros mismos! Nunca antes habíamos estado tan cerca de “SU” vida. Sentíamos Su respiración, sentimos que nos entraron sus latidos. Nuestra chispa divina iba madurando, estaba ante esta conciencia en una floración divina. Pero aún hay miles de mundos que tenemos que vencer, según supimos de inmediato al segundo, y será lo siguiente a lo que serviremos.

Seguimos elevándonos, de forma consciente. Siempre a más altura, ¡hasta que seamos como Él!

Millones de tipos de flores nos dieron la bienvenida, y pidieron amor a nuestro corazón humano. Descendimos en estos mundos y nos hicimos uno con esta beatitud. ¡Comprendíamos!

Había flores que se disolvían en las nubes, señal de que ya eran una con esos otros mundos y que allí emitían sus antenas, que absorbían las sabias vitales, por lo que aquí ya recibían y experimentaban una espiritualización. Y eso es igual para el ser humano de la tierra. Oh, madre..., ¡qué poco saben sus hijos de su vida y amabilidades...! Toda esta vida regresa a Dios.

Vemos millones de pájaros, vienen a nosotros. Se posan en la mano que extiendas y hablan un idioma que entiendes. Ahora lloras, no hay otra opción..., y tus lágrimas significan ahora algo..., ¡felicidad! Ahora sabemos que toda esta vida tuvo que aceptar “SUS” leyes. No vemos ni leones ni tigres..., este pájaro de una belleza maravillosa vivió una vez en la jungla y era silvestre..., era de otra especie..., vemos y tenemos que aceptar que todo lo que vive evoluciona, que cambia..., lo que vivía antes, en eras prehistóricas, florece aquí como paz y sosiego eternos, ¡ahora se ha hecho “amor”! ¡Tenemos que aceptar esto, sin duda! ¡Toda esta vida regresa a Dios!

Aquí no es necesario decir nada, porque nuestros corazones son uno, hablamos de sentimiento a sentimiento. Pensé..., Dios mío, cómo regresaremos. ¿Cómo tendremos que continuar luego nuestras vidas allí? Pero, ha de ser así..., todavía somos uno con nuestro pequeño castillo, y estamos unidos a él.

Veo mi propia túnica: es imposible reflejarla en palabras, no tengo ese poder... o tendría que llenar libros enteros, pero creo que ya no tengo tiempo para eso. Soy “luz”..., vida, amor..., mi túnica y la de los demás surgieron por mi voluntad..., es el amor y la comprensión lo que me envuelve en sus irradiaciones, como una densa veladura material. Mi túnica es más o menos así, irradia, vive, cada rasgo del carácter que forma parte de mi personalidad lo ves en ella, vive en ella, pero yo mismo soy quien ahora te sonrío, quien te da mi amor, ¡en todo! ¿Qué supone ahora la posesión terrenal, la belleza material? Mi túnica y la de otros ¡es espacio! Y ese espacio lo ves en mis ojos..., también en los de Erica, Anna y Karel. Dios mío..., ah, ¿y si supieran esto Sus hijos?

Estamos conscientemente sobre el escenario divino... ¡es esto! ¡Es espacio y felicidad para lo que Dios creó a Sus hijos!

Si vuelvo a mirar ahora al teatro humano, veo llorar a toda esa otra gente. ¿Se esperaban este final? No, pero ¡ahí está! Los hombres abrazan con fuerza a las mujeres, a sus amores; estas madres están de repente radiantes como ángeles, de tan maravillosa que es esta revelación para el ser humano. Esas vidas también se disolvieron por completo, y nosotros también sabemos a dónde irán ahora, y para lo que viven. El teatro humano y lo divino son una sola vida; sea donde sea que se encuentre la vida, allí es donde actúa, donde vive, donde puede dar algo de sí misma a la otra vida... detrás de todo esto vive “ÉL”. Va siguiendo nuestro juego... oye, escucha bien. ¡Está entre nosotros y ni siquiera lo vemos o sentimos! Pero ¿viste eso? Papá... ¿viste eso? Lo vi, hijo mío..., lo he visto desde hace tanto tiempo. ¡Qué felicidad que ya lo puedas ver ahora! “Eso sí que son noticias para alegrarse”, dice un padre a su propio hijo, dice la madre en voz alta a su felicidad en la tierra y susurra un joven encantador a su chica... Y detrás de este acontecimiento se encuentra la fe, la iglesia para tu vida..., si no estuviera ella no tendrías felicidad, ella sí que es quien te dio las primeras pequeñas sandalias, ¡a pesar de todo! ¡Adiós, señor cura! Más adelante se verá que tengo razón, ... yo, pero si de todas formas quieres tener razón, no verás tus propias flores... ¡ahora eres un inconsciente! Adiós, estimado mío..., tendrás que volver muchas veces..., porque a mí y otros nos dejaste en las tinieblas.

En la sala veo a sacerdotes de la tierra, quieren encaramarse al escenario para dar gracias a los actores, pero no consiguen subirse a los tablones, de los que resbalan como materia resbaladiza, de vuelta a su propia existencia. Ayuda a esta gente, échales una mano, Karel, elévalos en tu hermosa vida, ¡tú eres capaz! Te digo...: hombres y mujeres lloran, ¡oigo su “beso”! Pero ¡Dios dice que todo está bien! Ahora comenzamos una nueva vida, ¡todos...!

Los últimos fenómenos aportaron una satisfacción aplastante o una sensación terrorífica, es un “saber”; la luz aquí mismo y en la sala va disminuyendo. La luz en la que vivimos se disuelve, esta gracia divina se ha

vivido, ¡ha llegado el final! Y para eso tenemos que volver a inclinar la cabeza. La gente todavía mira, rota, pero anhelante, abierta y consciente, las caras están radiantes, estos pequeños espacios humanos..., conocidos desde la infancia... ahora que han podido contemplar la luz vital radiante, bendecida de su Dios, ahora que saben que detrás de todo esto..., de nuestra bondadosa tierra, continúa la vida como si no hubiera cambiado nada. Al contrario, todo es más hermoso, más encantador, más glorioso, aquí en lo que vivimos, y con nosotros todos los millones de personas que nos precedieron avanzando por medio del ataúd.

¡La gente de la tierra vuelve a casa, todos intentan planear ahora..., hombres y mujeres están postrados y rezan, dan las gracias, también ellos fueron tocados, fueron abiertos, empezaron una nueva vida y aprendieron a “pensar”! Ellas también verán luego sus flores, ¡verán su propio árbol vital en flor...! ¡También se les cayeron las máscaras! Pero quieren vivir este juego miles de veces, estos niños sintieron cómo fueron cambiando mientras jugaban, cómo mejoraron, y ninguno de ellos sintió nada brusco..., ¡así de amoroso es Nuestro Padre en “SUS” cielos! ¿Viste aquello? ¡Yo sí lo vi! ¡Todos nosotros sabemos!

Volvemos a nuestros pequeños castillos y tendremos que acabar nuestra vida material. Había una masa de flores cuando regresamos. ¡Nuestros corazones han sido abiertos, la madre tierra continuará hasta que todos sus hijos vivan este contacto divino, sabrá entonces que sobre su cuerpo solo existe el “bien”..., “felicidad”..., “amor”... que ahora solo tiene que aceptar y admirar el último trocito de su vida... pero entonces su momento se habrá acercado a lo que “dura eternamente”! ¿Lo sientes? Entonces es cuando también ella se disolverá, también estará ante su ataúd, igual que también lo vivió su madre, que mientras muere dará de todas formas todo lo que sabe a la “tierra”. ¡Madre luna..., soy vida de su vida, alma de su alma, espíritu de su espíritu..., pero por encima de nuestra vida vemos el “Omnigrado”!

¡Los seres humanos han visto su “yo” divino!

Oh, mi Cristo, ahora es cuando queremos morir y además vivir por ti. ¡Ahora sí que es posible! Perdona nuestros errores... ¡enmendaremos! ¡Serviremos! ¡Es decir, por la posesión material de todos los mundos Tuyo!”.

* *

*

El cuaderno de bitácora está listo, ya está el fin, también el mío para este mundo. He llevado a cabo mi tarea, ahora estoy ante mi ataúd. Veo que Karel, Erica, Anna, Marja y René están al pie de mi cama; hace unos momentos me encontraba lejos de sus vidas, ya moraba en la “pradera”. Aun así regresé,

porque he de prepararme para el fin consciente que todos conocemos. Ahora transfiero mis pensamientos a René..., él es capaz de captarlos y después de mi partida los materializará. Si sientes esto, estamos seguros de estos dos mundos y tu vida también podrá aceptar esa gracia. René me hace saber que todo está bien, ¡va tomando apuntes...!

Karel me puso hace un momento una de esas inyecciones tuyas, porque quiere que me mantenga consciente hasta el último momento de todos. Y le envié por medio de René que me parecía bien.

Ni un nervio está a pleno rendimiento, he consumido todas mis fuerzas materiales, de nada les sirve mi cuerpo a los gusanos..., y así tiene que ser, según veo ahora, los seres humanos tenemos que agitarnos hasta vaciarnos nosotros mismos, solo entonces vivimos alguna cosa y llegamos a crecer. ¡Di vida, luz y amor a todos los pensamientos!

Ya se está debilitando mi conciencia. Ya no me hace falta dar la mano a nadie, ya lo hicimos, pero entonces todavía estaba más sano que un roble. He de decirte que jamás estuve enfermo. También ahora vivo una partida natural, poco a poco mi “yo” se separa del pequeño castillo y quedo exento de todas las trabas materiales. ¡Así es como tiene que ser!

“Ahora recibo mis alas espaciales... René; ¡se lo envié a su vida! ¿Anotaste todo?”. Recibo: “Sí, mi querido Oteb, ... sí ¡Continúa, despreocúpate!”. Yo le envié...: “¡Entonces mi vida te quiere dar las gracias! ¡Gracias!”.

Después... de pronto me llega y allí oyen que me cruza los labios...:

—Hijos, Hans está aquí..., Hans. —Y todos lloraron de felicidad.

—¡Me viene a buscar Hans! ¡Hans está aquí!

René cuenta mi mensaje a los demás. ¡Aquí está Hans! ¡Vive! Se ha convertido en otra persona, aunque todavía tiene que hacerse más espacial; pero veo que ya ha empezado a hacerlo, lo cual me hace muy feliz. ¡Oh, mi Hans, qué feliz me siento! Le agarro la mano, me abrazo a él y ¡volvemos a ser enteramente uno! Hans me ayuda para experimentar la separación. Le envié: “¿Ves...? Esta es nuestra ‘inmaculada claridad’, ¡la tuya ya está empezando a florecer!”. Oh, Dios mío, ¡cuánto cariño nos das!

Karel está ahí, con el cuaderno de bitácora pegado al pecho, hace unos instantes se lo regalé, a él y a todos quienes quieran entregarse a lo “absoluto”, a aquello que está abierto. ¡El cuaderno está terminado, Karel!

Nuestros ojos siguen siendo uno, ¡me despido de Karel! Ya no tenemos nada que decirnos. Adiós, mi Karel. Oigo...:

—¡Adiós, mi, Frederik!

—Gracias... Me voy a Erica.

—Adiós, cariño mío.

—¡Adiós, Frederik!

Voy a Anna... nuestras vidas son una. Le doy:

—Hasta luego, bueno, hasta enseguida, si quieres que te lo diga —¡También me llegó eso!

Anna susurra:

—Adiós, Oteb.

Se añade todavía:

—Adiós, Frederik, ¡mi todo!

Voy a Marja, solo unos segundos, sabemos.

—Adiós, hija mía.

—Adiós, cariño mío. —Me llega a mi yo en vías de alejamiento, y ahora veo que se aproxima el último momento de todos. Llegó a René, ¡nos conocemos ya desde hace tanto tiempo! Le envió:

—¿Lo tienes todo?

—Lo tengo todo, Oteb..., se lo transmitiré a esta humanidad. Puedes decir que seguiré haciendo todo lo que pueda. ¡Adiós..., adiós..., Frederik!

—¡Hasta más tarde, queridos míos! ¡Hasta luego!

Oigo cantar a los ángeles. ¡Ya no hay máscaras materiales! Me quedo suelto y puedo ir a donde quiera. Hans me hace saber que haremos un viaje universal. ¡Y juntos! Juntos, Hans y yo nos vamos juntos, ¡porque nos elevamos más y porque queremos saber!

Lo que resta está... “muerto”, pero ¡la muerte no existe! Veo mis pequeñas sandalias, las genuinamente espirituales, estoy envuelto en una preciosa túnica. Mis ojos irradian luz y mi corazón está abierto a absolutamente todo. ¡Hace unos instantes vi que se acercaban a mí Dios y “SU” Hijo! Todos los santos me sonríen, viven y una vez fueron como yo, ¡seres humanos! Y por encima de todo esto veo el “Loto divino”... Me veo a mí mismo, junto a Anna, ay, tan pequeños todavía, pero nos elevamos de esta vida por medio de “SU” voluntad porque “somos como es “ÉL”, vida, luz, pero en todo “amor”! ¡Eso es lo que recibí yo, este pequeño Frederik! ¡Era por René!

“Adiós, hijos míos, ¡hasta más tarde!”. Allí alcancé la edad de noventa y siete años... ¡cómo es posible! Y ahora unos veinte años y pico... ¡algo que también fue creado para tu propia vida! Me quedo completamente libre, ¡veo en mi mundo y en el tuyo! Estoy allí donde viven todos tus seres queridos, si también ellos quisieron el bien. Construye, ya no derribes aquello por lo que corrió tanta sangre divina... ¡hay que amar!

Digo..., y estoy postrado, con Hans a mi lado...

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... —Y ahora tampoco me sale todavía “Amén” por los labios... ¡porque aún no he llegado! ¡Eso solo vendrá más tarde, según veo, según sé ahora! ¡También esa “palabra” me la tendré que ganar!

Pero entonces ya estamos planeando a cada vez más altura, la madre tierra

se nos va disolviendo..., somos uno con “ÉL” y “SUS” espacios creados para nosotros. Padre..., madre..., ¡ya vamos!

Me entra sosiego..., todavía sigo planeando, con Hans, ¡tomados de la mano! Cuando toda la materia reciba sus pequeñas sandalias, cuando las túnicas vibren de felicidad y también de amor, sabré que estaré eternamente desprendido de la tierra y sus leyes... Ahora veo que esta fue mi última vida allí, pero más tarde regresaré para darle a ella, a mi madre tierra, las flores de mi corazón. Pero, vaya..., no vuelvas a lastimarla, deja de tronar de esa manera que le parte el corazón maternal, ¡ella es vida! ¡Tiene circulación sanguínea...! ¡Es algo que todos han de saber!

¡Ha comenzado una nueva vida de una belleza impresionante!

Todas las piedras las aporté yo mismo; ahora lo veo: con que una sola alma te hubiera ayudado, todo carecería de sentido aquí. ¡Y también vi que René me seguía en todo, por lo que esta verdad también te viene de manera pura desde la “inmaculada claridad”! Ahora me desprendo, amigos míos, hermana y hermano míos..., me voy; ¡también el “hasta luego” para tu vida! ¡Su pequeño Frederik! ¡Que nadie se olvide de Hans! A todos les deseo allí una vida llena de bendiciones... ¡Hasta aquí!

FIN